ELISEO RECLÚS

EL HOMBRE Y LA TIERRA









Publicaciones de la Escuela Moderna

Cortes, 596-BARCELONA

EL HOMBRE Y LA TIERRA

Tomo 4


1020076312

EL HOMBRE Y LA TIERRA



Materias contenidas en el

TOMO I

LOS ANTEPASADOS — HISTORIA ANTIGUA

Orígenes. — Medios telúricos.
Trabajo. — Pueblos retrasados. — Familias, Clases, Pueblos.
Ritmo de la Historia. — Irania. — Caucasia. — Potamia.

TOMO II

Fenicia. — Palestina. — Egipto. — Libia. — Grecia.
Islas y costas helénicas. — Roma.

TOMO III

Oriente chino. — India. — Mundos lejanos.

HISTORIA MODERNA

Cristianos. — Bárbaros. — La segunda Roma.
Arabes y Bereberes. — Carlovingios y Normandos.
Caballeros y Cruzados.

ELÍSEO RECLUS

EL HOMBRE Y LA TIERRA

VERSIÓN ESPAÑOLA POR A. LORENZO

BAJO LA REVISIÓN DE ODÓN DE BUEN

La Geografía es la Historia en el Espacio, lo mismo que la Historia es la Geografía en el Tiempo.

TOMO CUARTO

Municipios. – Monarquías. Mongoles, Turcos y Chinos. – Descubrimiento de la Tierra. – Renacimiento. Reforma y Compañía de Jesús. – Colonias. Rey Sol. – Siglo XVIII.



BARCELONA
ESCUELA MODERNA
596, – Calle de Cortes, – 596
1908



IMPRENTA ELZEVIRIANA
DE BORRÁS Y MESTRES
Rambla de Cataluña, 12
: : : BARCELONA : : :



HISTORIA MODERNA



LOS MUNICIPIOS. — NOTICIA HISTÓRICA

Conrado III, de Hohenstaufen, fué elegido emperador de Alemania en 1138 y pasó la mayor parte de su reinado luchando contra los duques de Baviera, Enrique el Soberbio (muerto en 1140) y su hijo Enrique el León.

Federico I, llamado Barbarroja, nació en 1123. Aliado por su padre á los Welf, procuró, en Alemania al menos, atenuar los contrastes entre Güelfos y Gibelinos; sucedió en 1147 á su padre como duque de Suabia y acompañó á su tío Conrado III á la segunda cruzada. Fué elegido emperador en 1152 y atravesó por primera vez los Alpes en 1154 para ceñir la corona lombarda y despojar á Arnaldo de la dominación de Roma substituyéndole por la del papa, haciéndose reconocer emperador. Tomó á Milán en 1158, la destruyó en 1162, y después, de represión en represión, llegó á ser derrotado en Legnano en 1176. Aleccionado por el resultado de sus seis excursiones á Italia, se consagró en lo sucesivo más especialmente á Alemania antes de dirigirse á Oriente, de donde no volvió más.

Enrique VI el Cruel (1190-1198) se casó con la heredera del trono normando de las Dos Sicilias; fué el carcelero de Ricardo Corazón de León y venció definitivamente á los Welf. Felipe, hermano del precedente, vió suscitar contra él por el papa un anti-rey, Otón IV, hijo de Enrique el León, y murió asesinado en 1208. Otón IV reinó á continuación solo, pero habiéndose visto forzado á seguir la política de sus predecesores, sufrió la excomunión papal y murió poco después de haber sido derrotado en Bouvines, 1214.

Federico II, hijo de Enrique VI, nació en 1194, cerca de Ancona. Asistió como aliado del rey de Francia á la batalla de Bouvines y reemplazó á Otón IV en el trono, 1218. Pero desde sus primeros movimientos fué excomulgado (1222), poco tiempo antes de su partida para Tierra Santa. Allí fué más afortunado que muchos de sus predecesores, puesto que entró en Jerusalem, pero sus triunfos de nada le sirvieron cerca de los papas, que eran cada vez más

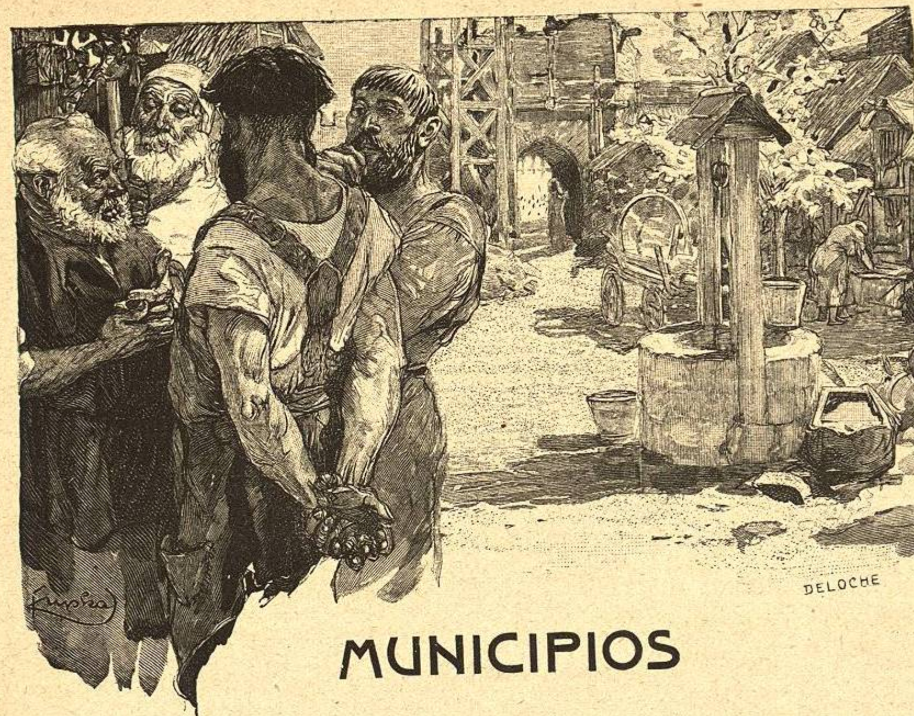
exigentes. El emperador fué nuevamente excomulgado en 1239 y murió en 1250, desconocido de la mayor parte de sus vasallos y rechazado de muchos otros.

Conrado IV (1250-1254), su hijo, apenas tuvo tiempo de conquistar Italia, y su nieto Conradino, nacido en 1252, disputando la posesión de Nápoles á Carlos de Anjou, protegido del papa, fué preso y ejecutado á los dieciséis años. A ese crimen respondieron las Vísperas Sicilianas veinte años después.

Los papas enemigos de los Barbarrojas son Adriano IV (1154-1159), Alejandro III (1159-1181), después, durante los diez años siguientes, Lucio III, Urbano III, Gregorio VIII y Clemente III. Inocente III (1198-1216) fué el contemporáneo del emperador Otón IV. Honorio III y Gregorio IX (1227-1241) fueron los primeros adversarios de Federico II, luego Celestino, Inocente, Alejandro, Urbano y Clemente, cada uno el cuarto de su nombre, asisten al fin de los Hohenstaufen.

Los Albigenses fueron excomulgados en 1179 y en seguida comenzaron las persecuciones. En 1208, el asesinato del legado que presidía los autos de fe dió pretexto á la cruzada. Beziers fué tomada en 1209 (60,000 víctimas), el Norte venció al Mediodía en la batalla de Muret (1213) y Albi abrió sus puertas en 1215. Simón (de Monfort-l'Amaury) fué muerto en 1218 bajo los muros de Tolosa; la toma de Aviñón terminó la guerra.

El siglo XII y la primera mitad del XIII fueron en Alemania la época de los Wolfram von Eschenbach y de los Walther von der Vogelweide; en Francia, la de los Wace, Benito de Sainte-Maure, Villehardouin y G. de Lorris.



MUNICIPIOS

¡Cuán pesada era para los municipios lombardos la ruda defensa de su libertad! Cada año veían bajar de los Alpes las cabalgatas de bandidos alemanes, terribles enemigos, aliados más peligrosos todavía.

CAPÍTULO VII

Edad Media. — Pantanos y montes, protectores de la independencia. — Formación de los municipios libres. Venecia, Pisa, Génova. — Güelfos y Gibelinos. Los dos Federico. — Guerra de los Albigenses. Ciudades del Norte de Francia y de Flandes. Ansa germánica. — Fundación de las Universidades. Conflictos y caducidad de los municipios. Arquitectura ojival.

A pesar de los términos vagos introducidos en el lenguaje común, hay muchos cuyo sentido ha cambiado gradualmente y que debe interpretarse de diferente modo según las épocas. Una de estas palabras es la de «edad media», que suele aplicarse actualmente á todo el período que separa la caída de Roma bajo los golpes de los bárbaros y la entrada de los Turcos en Cons-

tantinopla. No crearon los historiadores ese vocablo para darle semejante acepción. En otros tiempos se aplicaba por los humanistas al período en que los escritores no empleaban ya las formas clásicas de la lengua hablada desde Cicerón hasta el reinado de Constantino, aunque se expresaban, no obstante, en frases latinas. Desde el punto de vista especial de ese lenguaje, considerado como el único digno de servir á la expresión del pensamiento, se habían dividido los siglos en edad superior, en edad media ó en edad inferior, la que vió el abandono del latín como lengua usualmente escrita y la formación literaria de las lenguas modernas [1]. Poco á poco, por una evolución lenta en el empleo de los términos, los historiadores reunieron la edad media y la edad inferior de los filólogos para hacer de ella la Edad Media, tomada en la acepción de período de obscuridad relativa, de noche entre los dos días del pensamiento.

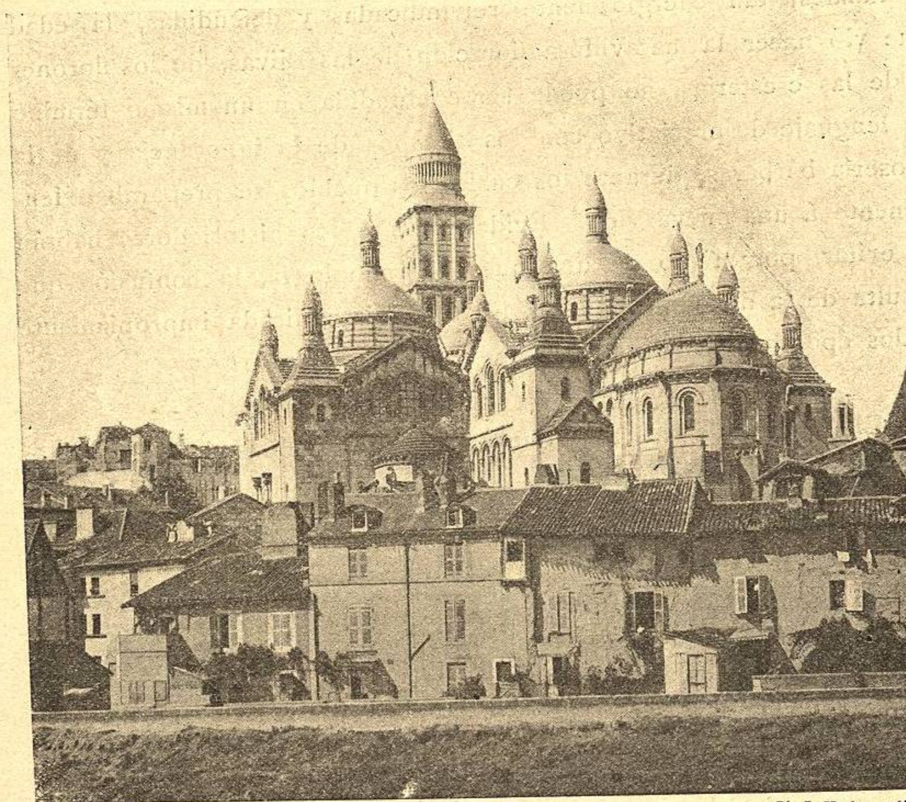
Vico, en su *Ciencia Nueva*, tomó los siglos de la Edad Media como ejemplo de esa vuelta de las edades después del término completo de un ciclo de la historia, marcado por la caída del Imperio Romano. En su opinión, la humanidad comenzaba nuevamente el curso de su existencia por un estado de barbarie análogo al de los tiempos más antiguos mencionados por las leyendas; asimila las dos fases comparando todos sus rasgos de furor y de ignorancia, y llega hasta decir que en aquellos «desgraciados» tiempos de la segunda barbarie «las naciones recayeron en el mutismo», puesto que muchos siglos no nos han dejado ningún escrito en lenguas vulgares y que el latín bárbaro del tiempo era solamente comprendido por un corto número de nobles, todos eclesiásticos [2].

Es indudable que esa delimitación entre el *corso* de los tiempos clásicos y el *ricorso* de las edades de ignorancia no tuvo la precisión que imagina Vico, pero al menos, respecto de la Europa occidental, responde á una realidad histórica de primer orden. Para otras partes de la Tierra, especialmente para Arabia, Persia y Siria, que resplandecieron súbitamente animadas de una fe nueva restaurada después por el conocimiento de la Tierra, el desarrollo de las

[1] Godfr. Kurth, *Congreso Científico internacional de los Católicos*, celebrado en Friburgo en 1877.

[2] *Science Nouvelle*, edición francesa de 1844, ps. 373, 374.

ciencias y el progreso de las artes y de las letras, los mismos siglos, aquí la edad de las tinieblas, fueron allá la edad de la luz por excelencia. La Edad Media, es decir, la fase de retracción, de sufrimiento y de muerte aparente, no existió más que para los cristianos de Europa y coincidió con el período durante el cual el



Cl. J. Kuhn, edit.

PERIGUEUX — CATEDRAL DE SAN FRONT

cristianismo, bajo su forma católica y romana, fué aceptado sin protesta ni herejías por los fieles occidentales.

Comprendida de esta manera, la Edad Media comienza, en efecto, con la destrucción del Imperio Romano por los bárbaros, por el saqueo de Roma por los Godos y los Vándalos, pero no dura ciertamente hasta la circunnavegación de Africa ó el descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón, Cabot y Vespucio. Mucho antes de esta época, la Europa occidental había vuelto á tomar su fuerza de expansión, manifestándose en las Cruzadas, en las expediciones comer-

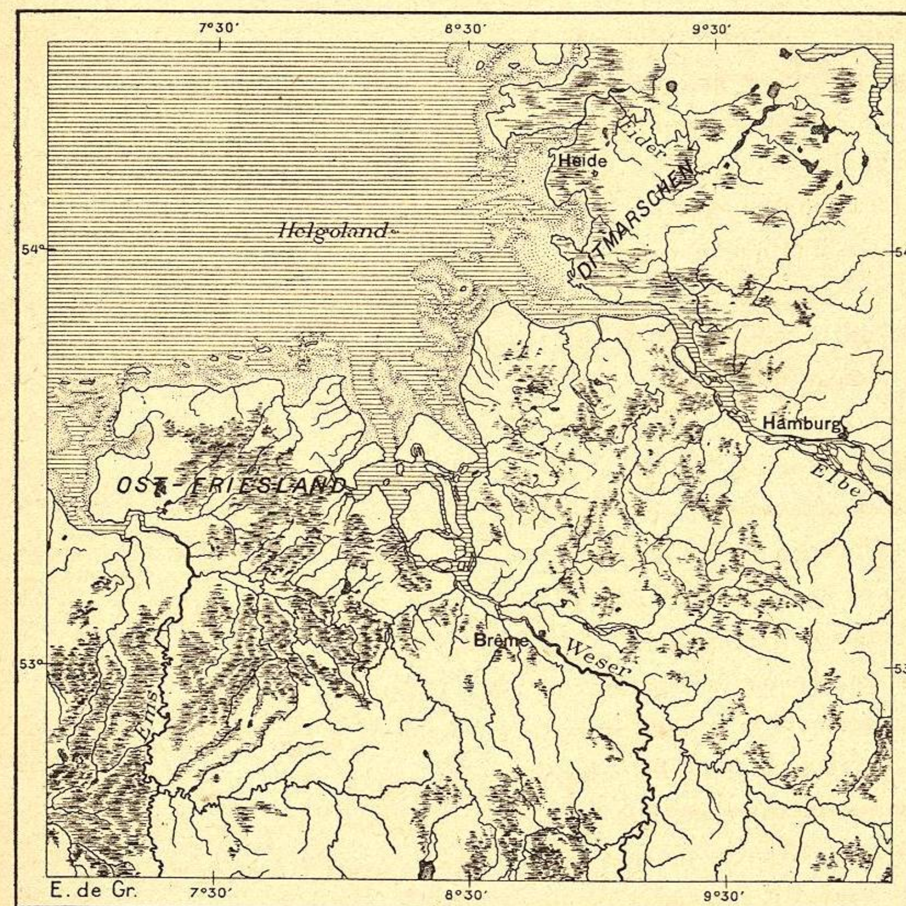
ciales de los mercaderes italianos, en los progresos de los oficios y de las artes y sobre todo en la constitución de los Municipios. La iniciativa individual, que no se aviene con la fe cándida ni con la obediencia mística á papa ó emperador, creaba un primer Renacimiento, dos ó trescientos años antes del que lleva especialmente este nombre en la historia. El espléndido período de las libertades comunales, tan enérgicamente reivindicadas y defendidas, la edad que vió nacer la maravillosa floración de las ojivas, de los florones y de las cresterías, no puede ser confundida en un mismo término de lenguaje despreciativo con los tiempos de la ignorancia y de la grosería bárbaras, durante los cuales los pueblos se preparaban lentamente á una nueva vida. Evidentemente los historiadores habrán de evitar, por medio de una nueva terminología, la confusión que resulta de la denominación de Edad Media aplicada impropiamente á dos épocas diferentes.

El espíritu de libertad, que es el soplo de la vida y procura sobresalir incesantemente y por todas partes, había de aprovecharse del movimiento de las Cruzadas. La partida de los señores con sus soldadotes y defensores fué un gran alivio para la generalidad de los súbditos. Es indudable que los príncipes, barones y vasallos habían hecho dar á las tasas y á los impuestos diversos, todo lo que la violencia y la astucia podían extraer de la población desgraciada: dejaban su país empobrecido y exangüe, pero se iban al fin; ¡se vieron desaparecer á lo lejos sus pendones entre la polvareda del camino! Aparte de que los señores se vieron obligados por la dura necesidad del momento á hacer bellas promesas, hasta conceder positivos privilegios á los villanos para que respetasen las tierras feudales y los castillos durante la ausencia de las guarniciones, para que obedeciesen con sumisión á las gentes castellanas y á sus hijos todavía sin espada. Conscientes de las realidades que dejaban tras de sí, muchos señores marchaban contra su voluntad, pero cediendo al impulso de las multitudes, se ponían á pesar suyo á la cabeza de su contingente.

La plebe de los campos, los artesanos de las ciudades hubiesen podido vengar los sufrimientos de otros tiempos, al menos recobraban

parcialmente su autonomía y llevaban la audacia hasta dirigir en parte sus negocios. Así, para no citar más que un ejemplo, los *capitouls* de Tolosa, representantes de la burguesía de esta ciudad,

N.° 317. País de los Frisones y de los Dithmarschen.



tomaron gradualmente posesión de la administración del municipio durante la ausencia de su conde, realizándose análoga transformación en todas las demás ciudades de la comarca: el condado llegó á ser de hecho una federación, formada de gran número de pequeñas repúblicas, reunidas bajo la honorífica protección del condado feudal. Cuando Ramón ó Raimundo V murió en Oriente, después de haber fundado el reino de Trípoli, que dejaba á su primogénito Bertrán,

la viuda, que volvió á Tolosa con su joven hijo Alfonso Jourdain (n'Anfos Jordan) — sobrenombre tomado del nombre del río en que fué bautizado — hubo de colocar al heredero bajo la tutela de los *capitouls* y hacerle educar por sus cuidados. Pero cuando se hizo después la terrible Cruzada en el interior que redujo las poblaciones del Languedoc á la servidumbre, los caballeros franceses del Norte vengaron mucho menos las diferencias de doctrina religiosa que pudieran existir, que la afrenta hecha por las ciudades libres al poder feudal.

En ciertas comarcas de Europa las condiciones favorables del medio permitían á los habitantes mantenerse en comunidades perfectamente independientes y hasta inatacables. «En mi país, dice con orgullo Niebuhr, entre los Dithmarschen, no ha habido jamás siervos»[1]. Ese privilegio débese á la buena naturaleza del terreno: si la tierra de los Frisones y de los Dithmarschen se ha mantenido libre hasta el principio del siglo XVII, á pesar de la presión de los grandes Estados feudales que con ella confinaban al Sud y al Sudoeste, era porque estaba protegida por pantanos difíciles de atravesar, por canales cenagosos, por espacios cortados por barrancos, donde se hubieran hundido ó despeñado las pesadas cabalgaduras de los barones cubiertos de hierro. Empeñados en ser los únicos conocedores de su país, las gentes de los pantanos se guardaban bien de iniciar en la práctica de los vados peligrosos á los señores ni á sus hombres de armas, y el barro los defendía mejor que los brazos del Océano protegen las poblaciones insulares.

Por una razón análoga, los hombres de las «tierras nuevas» de Flandes, del lado opuesto de las bocas rhenanas, eran también hombres libres. Para conquistar un suelo firme sobre el mar y sobre los ríos era insuficiente la «servidumbre»; se necesitaba la libertad creadora, la franca iniciativa, la inteligencia y la firmeza en el trabajo. Los «huéspedes», roturadores y desecadores ambulantes, á quienes los príncipes feudales de tierra firme concedían esos campos futuros, no hubieran podido aceptar la ruda tarea si hubiesen estado sometidos al censo personal y á las demás tasas que pesaban sobre

[1] Jules Michelet, *Histoire Romaine*, 1 vol., p. 9.

los siervos, y sobre todo si se hubiesen visto obligados á recurrir á gentes armadas con el cuchillo ó con el palo para vigilarlos en su trabajo: todo lo que se les podía pedir era la promesa de pago de un censo anual cuando se hubiera conquistado la tierra. Toda subvención preliminar les era inútil; les bastaba con que se les dejase libres de obrar; la fuerza necesaria la obtenían por la potencia de la asociación; en su obra sabia y de todos los instantes, emprendida para disciplinar los elementos, habían de contar los unos con los otros, distribuirse los trabajos, todos igualmente útiles al éxito definitivo, y vivir en una comunidad de esfuerzos que constituía una verdadera república de intereses y de amor mutuo. Por una colaboración de ese mismo género, mucho antes de la existencia de las monarquías egipcias, los ribereños del Nilo, del Tigris y del Eufrates crearon esos admirables campos de que los soberanos absolutos se hicieron fácilmente dueños cuando ya no se necesitó más trabajo que el de la vigilancia y la conservación. Del mismo modo, cuando las tierras de Flandes, antes periódicamente cubiertas por las aguas y devoradas en parte por una terrible inundación en 1170, se hubieron secado, no ofreciendo para lo sucesivo dificultades su conservación en buen estado bajo la dirección, ya inútil, de intendentes, de *watergraven*, *dijkgraven* ó *moormeesters*, los condes trataron de gobernar más directamente esas tierras libradas de las aguas, y hasta, por el ejemplo que les había sido dado por los campesinos iniciadores, pudieron aumentar en diversos puntos la extensión de sus dominios palustres: así fué como Felipe de Alsacia, en el siglo XII, hizo levantar el gran dique del Zwyn y se jacta en sus cartas de haber desecado á sus expensas extensos territorios[1]. No obstante, la forma de las antiguas repúblicas comunitarias se conservó mucho tiempo y se ha perpetuado aún bajo el nombre de *wateringen, wateringues;* á lo menos esos sindicatos de desecadores conservan el reflejo de su glorioso pasado.

Por otra parte, cuando esos conquistadores de los lodos, esos creadores de tierras arables se hallaron, en su propio país, tiranizados por el poder de los señores, se aventuraron lejos de sus desemboca-

[1] H. Pirenne, *Histoire de la Belgique*.

duras fluviales para conquistar otras tierras ó estuarios extranjeros; conocedores de su fuerza, no temían ninguna rivalidad. Desde el principio del siglo XII (en 1106), y sobre todo en las dos generaciones siguientes, viéronse colonias de desecadores y de cultivadores flamencos que formaban repúblicas ambulantes, que se apoderaban de los pantanos del país de Brema, y, en diferentes puntos, desde las orillas del Elba, llegaron luego hasta el Holstein, hasta las orillas del Oder, donde muchos campos conservan á través de los siglos el sistema de diques y de división de los terrenos establecido entonces, y donde antes de la revolución de 1848 se reconocían todavía restos de costumbres y del derecho flamenco [1]. Otras bandas penetraron también en Francia: se les ve trabajar en las orillas del Soma y del Sena, del Sevre, del Charente y del Gironda hasta en las Landas. Vense «pequeñas Flandes» diseminadas desde Dunkerque á Bayona por todo el litoral francés. En Inglaterra y en Escocia se encuentran también vestigios de establecimientos flamencos; nombres como Fordd Fleming en el sud del País de Gales, algunas costumbres locales, ciertos modos particulares de hablar y la vida distinta de varios habitantes revelan el origen extranjero [2].

Como los brazos de mar, así también los pantanos, los espesos bosques, los desfiladeros, las rocas, las ásperas montañas y las nieves, en una palabra, todos los obstáculos de la Naturaleza que dificultan el ataque y facilitan la defensa, protegían las comunidades que habían quedado libres á pesar de las guerras feudales. Así fué como en el corazón de los altos valles de los Alpes, pudieron vivir apartados los Valdenses durante siglos; hasta se les hubiera olvidado allí si la necesidad de vivir no hubiera obligado á muchos de ellos á descender anualmente de sus cumbres para ejercer algún trabajo ó comercio lucrativo en las ciudades de las llanuras inmediatas. Entre las comarcas realmente independientes había algunas oficialmente reivindicadas por señores feudales y que, según los tratados y las convenciones, se distribuían á tal ó cual señor, pero no por eso dejaban de formar grupos autónomos, bien protegidos por sus bosques y sus montañas, sin otro lazo de dependencia con el personaje

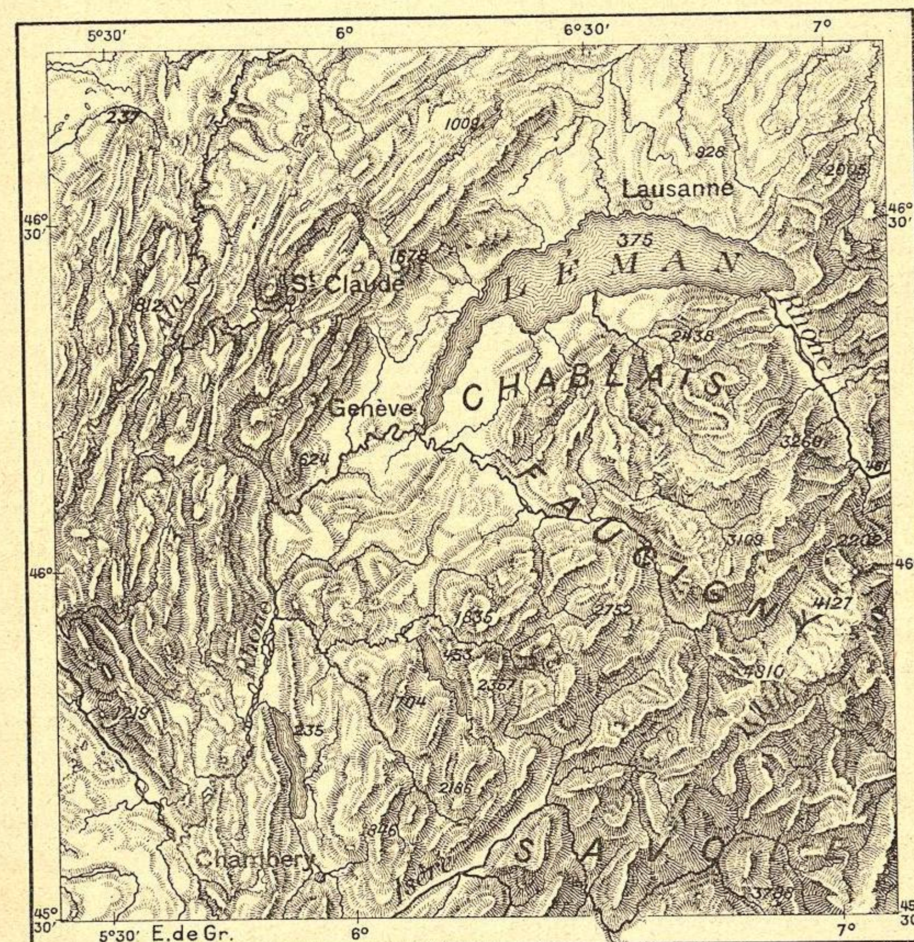
[1] Avendt, *Des Colonies flamandes dans le nord de l'Allemagne.*
[2] Howard Read, *Journ. of the Manchester Geog. Society*, 1903.

oficial, conde, duque ó barón, que el homenaje anual de algunos productos de su industria y de las cultas fórmulas de buena amistad.

De ese modo, según los documentos de la Edad Media, Suiza se supuso que pertenecía alternativamente al imperio germánico, al

N.° 318. Ginebra y el boquete del Ródano.

(Véase página 20)

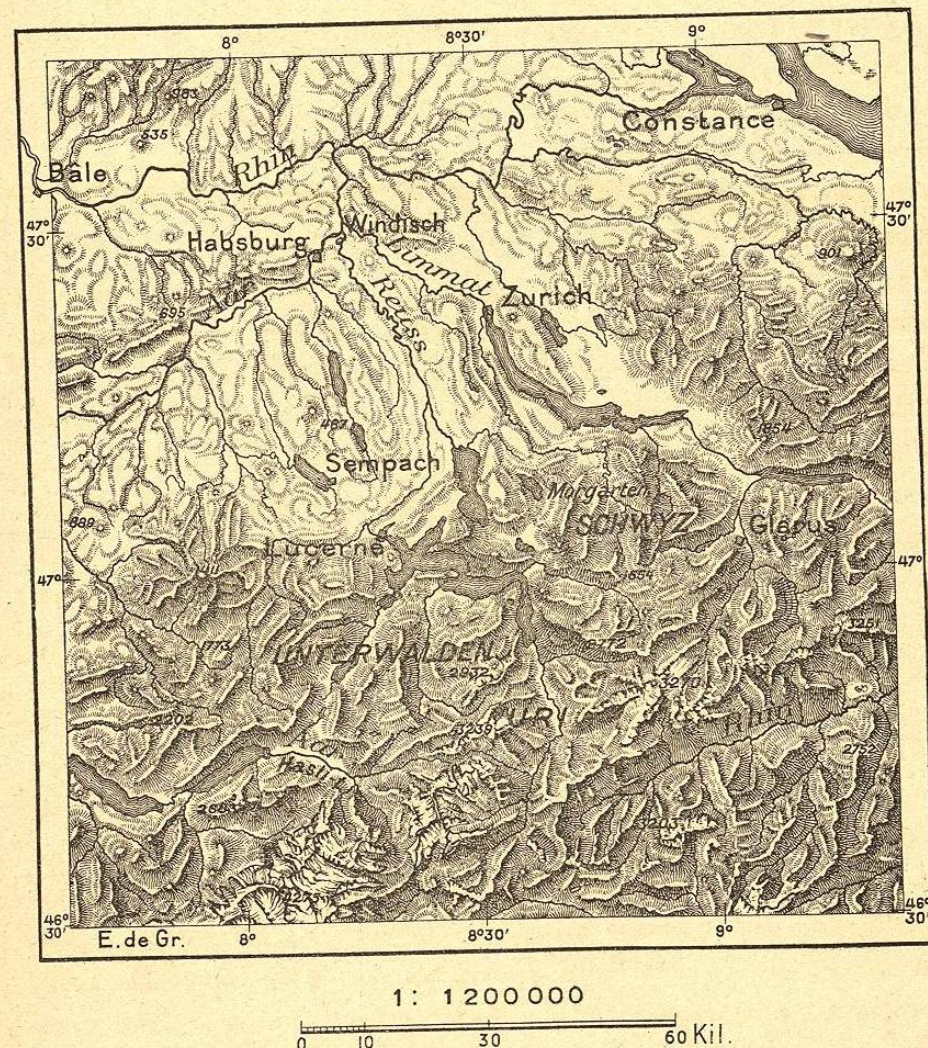


reino de Arles, luego otra vez á Alemania: en realidad, el conjunto de la comarca se hallaba naturalmente dividido en gran número de gobiernos distintos, comunidades de montañeses, ciudades libres, villas señoriales y feudos mediatos é inmediatos. Según que los

territorios se hallaban más ó menos abiertos á la agresión, habían logrado mejor ó peor salvar su independencia, y también puede decirse de una manera general que la parte de Suiza inclinada hacia las llanuras alemanas fué en el transcurso de los siglos la más frecuentemente amenazada por la invasión; sin embargo, ciertos accidentes del territorio protegen algo los valles: el lago de Constanza y el furioso recodo del Rhin forman una barrera transversal al norte de Suiza, y, más lejos, las alturas del Jura suabio, ampliamente extendidas entre el Rhin y el Danubio, rechazaban á derecha é izquierda las expediciones guerreras. Las vías históricas han debido trazarse al Oeste por el valle que bordea el Rhin entre los Vosgos y la Selva Negra, al Este por las regiones de las fuentes danubianas. En cuanto al gran camino de penetración en Suiza que las gentes del Norte, comerciantes, inmigrantes pacíficos ó soldados, podían alcanzar, sea indirectamente contorneando las montañas de la Germania meridional, sea directamente franqueando pasajes difíciles, esta vía se muestra claramente indicada por la Naturaleza en el valle del Aar, que comprende, con sus afluentes y sus lagos tributarios, todo el amplio espacio abierto en forma de triángulo entre los macizos de los Alpes y las cadenas del Jura. En esta región de llanuras suavemente onduladas, de praderas que alternan con bosques y rocas aisladas que se levantan acá y allá á la orilla de los ríos, halló el feudalismo un territorio favorable para su extensión, y el aspecto de las ciudades y de las villas revela claramente todavía el antiguo estado social de la comarca. Esta Suiza campestre, donde los barones habían instalado sólidamente el régimen aristocrático, cortaba así en dos la Suiza de las montañas con sus valles, cuyas poblaciones constituían por la fuerza de las cosas otras tantas pequeñas repúblicas, independientes de una parte y de otra. Los vallecillos prolongados del Jura quedaban separados de los valles tortuosos de los Alpes; únicamente al Sud se encontraban en punta á la extremidad sudoccidental del Leman los dos sistemas orográficos, estableciendo de nuevo el acuerdo entre los regímenes sociales: Ginebra y el boquete del Ródano, rincón de tierra tan notable desde el punto de vista geológico, geográfico é hidrológico, lo es también respecto de la historia.

Hay otro distrito de Suiza de igual importancia en la sucesión de los acontecimientos que han determinado el equilibrio actual de Europa: la llanura donde el Aar, poco antes de su desembocadura

N.º 319. Primer núcleo suizo.



1: 1200000

0 10 30 60 Kil.

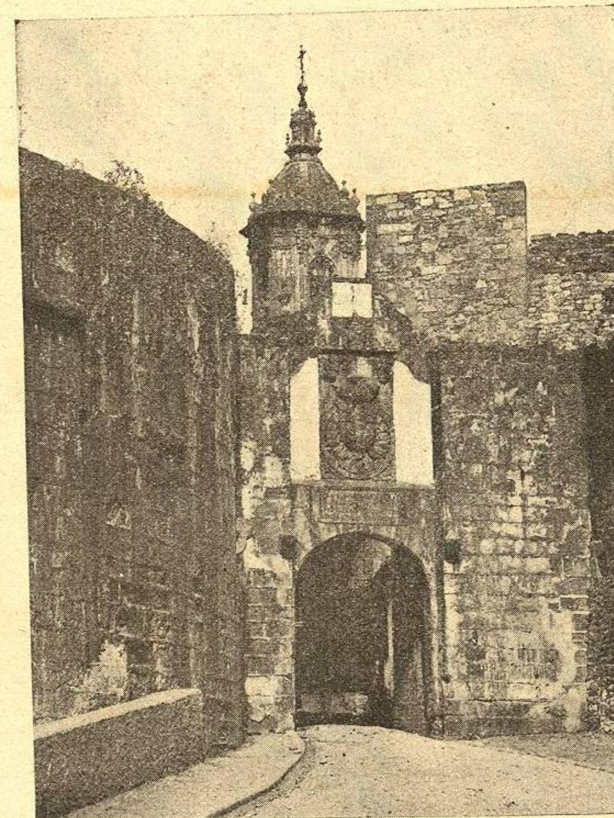
en el Rhin, recibe sus afluentes de los Alpes centrales. En aquel punto fundaron los Romanos su ciudad militar, Vindonissa (Windisch), á donde convergían los caminos que bajaban de los collados alpinos, y esta misma posesión estratégica había de ser también utilizada por los Germanos: las ruinas del castillo feudal de Habsburgo, donde tuvo origen la familia imperial todavía reinante en

Austria, se elevan sobre los campos en que se extendía la ciudad romana. Pero en cuanto la fuerte mano de Roma cesó en la posesión de esta llave de todos los valles, de los cuales poseía también todos los pasos superiores y donde los ejércitos habían trazado amplias vías, los habitantes de cada valle distinto recobraron su autonomía natural; la conservaron durante los mil años de la Edad Media, porque las comunidades montañesas eran ya bastante poderosas para resistir los ataques de los señores cubiertos de armaduras que ascendían penosamente desde las llanuras bajas.

Esos barones solían presentarse, no obstante, más como clientes que como pretendientes al feudo. Atraídos hacia Italia, donde tantas ciudades suntuosas y tan ricas industrias solicitaban los ladrones, los señores alemanes necesitaban pastores de la montaña que les guiasen á través de las rocas y de las nieves; habían de pagar un derecho de pasaje con presentes, con promesas y frecuentemente con una parte del botín obtenido en el saqueo de las ciudades lombardas. De ese modo los valles centrales de los Alpes suizos, federados por sus intereses comunes, que consistían á la vez en resistir á la presión germánica y en utilizarla por un peaje regular, se constituyeron en un núcleo sólido, que podía servir de apoyo á las comunidades circunvecinas más amenazadas ó situadas en posición desventajosa. Al final del siglo XIII, en 1291, menciona la historia la primera asociación formal concluída entre los cantones «florestales» y el municipio burgués de Zurich; pero pronto fué necesario conquistar en batalla esa libertad que sólo obtienen los fuertes, y en 1315, todo un ejército de caballeros alemanes se presentó á estrellarse contra los palos puntiagudos, las hachas, las mazas y las piedras que manejaban los montañeses. La batalla de Morgarten comienza la historia cierta de Suiza, pero una historia legendaria se le ha agregado con el mito de Guillermo Tell, reminiscencia de las divinidades solares, que el celoso patriotismo helvético ha debido sacrificar aunque de mala voluntad.

Los Vascos ó Euscaldunac, que viven en el extremo occidental de los Pirineos propiamente dichos, y sobre las dos vertientes en España y en Francia, se cuentan también entre los pueblos de Europa que debieron su larga independencia política y su rudo

amor á la libertad á la forma y al relieve de la naturaleza ambiente. Ocurre preguntarse en primer término por qué las repúblicas de esas montañas no se han conservado en los valles de la gran cadena central. Allá también las «universidades» ó municipios han conservado durante siglos su autonomía administrativa, y tal ó cual costumbre en desacuerdo con las leyes ú ordenanzas de los dos grandes Estados limítrofes se observa fielmente en nuestros días; pero si en los grandes Pirineos no ha podido federarse ningún grupo de comunidades libres en una nacionalidad superior, á menos que se consideren los valles andorranos como merecedores de ser tomados seriamente por una personalidad política, se debe á que los valles están arrimados á una cresta superior demasiado alta, harto difícil de franquear, y á que están separados los unos de los otros por muros excesivamente elevados: cada uno de ellos era para sus habitantes una especie de prisión donde los soberanos de la llanura baja podían bloquearlos fácilmente. La unidad política no hubiera podido nacer de una serie de valles tan claramente aislados los unos de los otros y relativamente tan pequeños en comparación con las grandes cuencas fluviales que los limitan al Norte y al Sud, el Garona y el Aude, el Ebro y Segre.



Cl. J. Kuhn, edit.

PUERTA PRINCIPAL DE FONTARABIA

En el país vasco, por el contrario, las montañas no eran bas-

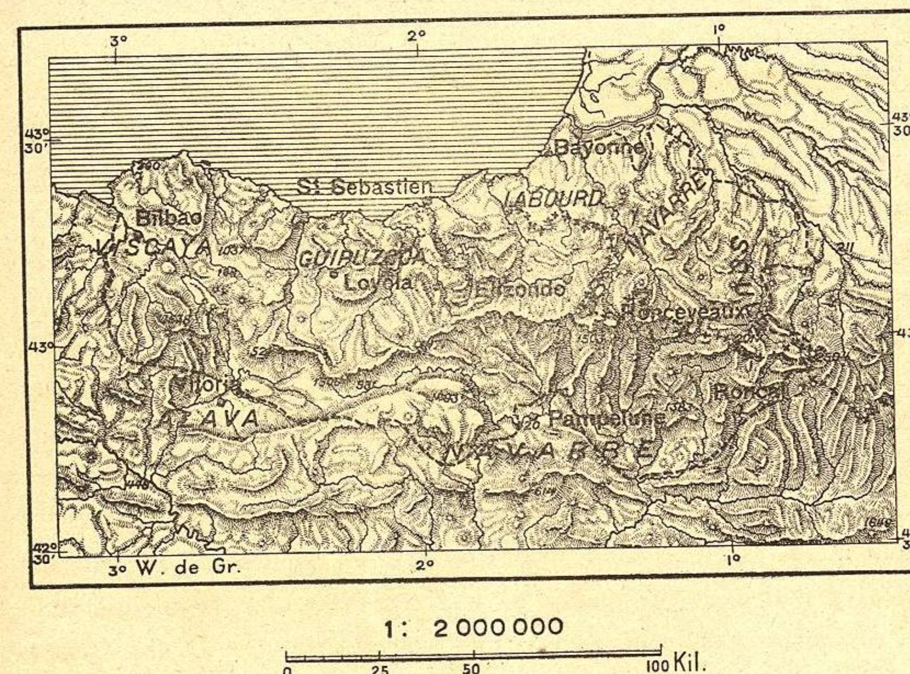
tante altas para hacer las comunicaciones difíciles entre Francia y España, entre el mar y la depresión del Ebro. Las tres provincias vascongadas «no forman más que una», como lo expresa la palabra simbólica de la federación, *Irurat-bat;* con frecuencia se han unido espontáneamente á Navarra. Costumbres, pasiones políticas y hasta la lengua en sus diversos dialectos se han conservado evolucionando de una manera independiente. En otro tiempo los Vascos fueron bastante fuertes para resistir con el mismo éxito, de un lado contra los Sarracenos, de otro contra los Francos de Carlomagno; en nuestros días, aunque políticamente unidos sobre una vertiente á Francia y sobre la otra á España, la línea de demarcación étnica se reconoce aún perfectamente entre Eúskaros y gentes de otro origen, Bearneses ó Castellanos.

Y se observa con admiración que esa resistencia se hace sin esfuerzo aparente, sin ataque á las costumbres pacíficas de la población. Mientras que en todo el contorno del Mediterráneo, los habitantes del litoral se vieron obligados á refugiarse en las ciudades, dejando la campiña desierta, y á rodearse de una cintura de murallas y de castillos para resistir á los ejércitos regulares y á las bandas de los malhechores y de piratas, las familias vascas prefirieron en todo tiempo vivir aisladas en algunos sitios bellos de su país de montes y colinas, á la sombra de una encina secular, árbol que simboliza la tribu y su antigua libertad. ¿De dónde venía á los Vascos esa hermosa confianza en sí mismos, más que de la Naturaleza que los protegió siempre? Y sin embargo, la vía mayor que de todo el resto de Europa conduce á España atraviesa necesariamente ese país euskaldunac, y si el pasaje frecuente de pueblos extranjeros no llegaron á destruir la nacionalidad vasca, débese á que se tenía interés en conservarla, en pedirle guía, más que en trazarse una vía sangrienta. Gracias á esos privilegios conferidos por el suelo mismo, ciertos municipios ó «universidades» vascas, como Roncal y Elizondo, han podido conservarse con unas instituciones que admiran por el sentimiento de la igualdad personal y la preocupación del bien público. Hasta en los territorios existentes en las estribaciones de los montes y en la llanura abierta al Norte, las ciudades bearnesas debían á la vecindad y al ejemplo de los Vascos la posesión de liberta-

des desconocidas á todas las demás comunidades urbanas de Francia.

Como Suiza y los Pirineos, los montes Ilirios, Montenegro y las ásperas regiones de la Albania nos muestran poblaciones republicanas igualmente determinadas en su formación por los rasgos del medio geográfico.

N.° 320. País Vasco.



La línea de rasgos interrumpidos limita el territorio fuera del cual no se habla más que francés ó español.

Las «Tres Provincias» son Guipúzcoa, Vizcaya y Alava; pero éstas no contienen más que las tres quintas partes de las poblaciones vascas; Navarra y el país vasco francés (Labourd, Baja Navarra y Soule) suministran cada una otra quinta parte. En todo, 500,000 ó 550,000 personas utilizan el euscaldunac.

En todas partes se observa la misma ley general, cualesquiera que sean las diferencias procedentes de la infinita diversidad del desarrollo humano en el espacio y en el tiempo. La Europa feudal presentaba en su vasta extensión mil contrastes que habían facilitado ó atrasado el establecimiento del poder de los señores y la jerarquía de los feudos. En diferentes comarcas no protegidas por estrecho, bosque ni monte, el grupo naturalmente formado por los aldeanos ó por los «campesinos» conservaba á pesar de todo su derecho co-

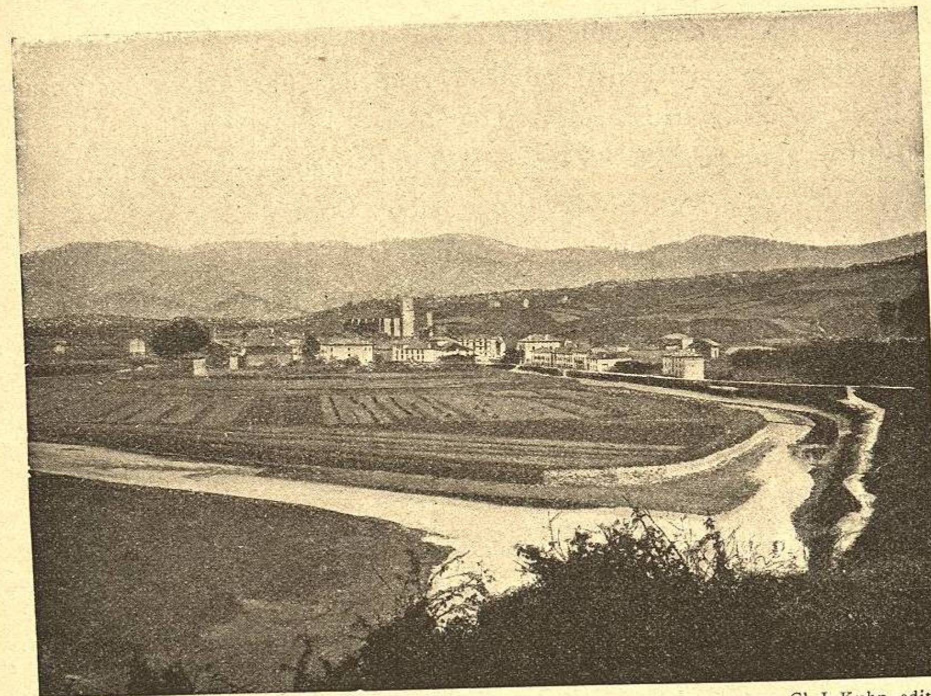
lectivo sobre el suelo y se administraba él mismo: el señor feudal no podía apoderarse de él de golpe. Del mismo modo que en la antigua Galia, el Romano había de dirigirse á la ciudad municipal reivindicando sus fueros, eligiendo sus cónsules, invocando sus tradiciones de libertad, así también en Germania el señor tuvo frecuentemente que comenzar por pedir apoyo á las gentes de la gleba antes de poder someterles á servidumbre. Cuando el soberano enviaba su lugarteniente á alguna villa, los labradores iban delante de él llevando en una mano un ramo de flores y en la otra un puñal ó un cuchillo, preguntando al embajador cuál sería su ley, la de la villa ó la del amo [1]: en el primer caso sembraban de flores el paso del enviado y le acompañaban al festín de honor con cantos y gritos de alegría; si no, se formaban en batalla y defendían la entrada de sus cabañas. Hasta los legistas de Carlomagno hubieron de confirmar esos derechos fundamentales de la comunidad aldeana: la autonomía se conservó á pesar de todo, y en muchas comarcas con suficiente energía para que el grupo de campesinos se encargase de su propia defensa contra los invasores, Normandos, Hunos ó Arabes, y de construir murallas para transformar las villas en ciudades: el municipio urbano nació así en gran parte por el desarrollo del municipio aldeano.

Donde quiera nacían repúblicas urbanas en el seno del feudalismo, la ciudad se establecía con mayor solidez en su libertad municipal si se componía de una agrupación de aldeas ó de caseríos que conservaban su personalidad como productores, mercaderes y consumidores asociados. En Venecia, cada uno de los islotes fué durante mucho tiempo una comunidad independiente, que adquiría aparte los víveres y las primeras materias para distribuirlos entre los asociados. Del mismo modo las ciudades lombardas estaban divididas en barrios autónomos. Siena se hizo famosa en la historia por las rivalidades y las alianzas, las enemistades y las reconciliaciones de las veinticuatro pequeñas repúblicas yuxtapuestas en la gran república urbana. Alrededor de la mayor parte de las ciudades del centro y del norte de Europa, las «vecindades» constituyeron otros

[1] F. Dahn, *Urgeschichte der germanischen und romanischen Völker*, citado por Pedro Kropotkine en *L'Entr'Aide*, p. 178.

tantos submunicipios distintos que gravitaban hacia el gran municipio; en Roma, cada calle de la ciudad tenía su personalidad autónoma [1].

La antigua Londres antes de la conquista normanda fué una aglomeración de pequeños grupos aldeanos dispersos en el espacio



Cl. J. Kuhn, edit.

VILLA DE RENTERÍA EN GUIPÚZCOA

cerrado por las murallas, teniendo cada grupo su vida y sus instituciones propias, guildas, asociaciones particulares, oficios, unidos de una manera poco sólida al conjunto municipal [2].

La ciudad de la Edad Media normalmente constituída nos aparece como el producto natural de los elementos de asociación: en primer término el de los individuos agregados según sus intereses de profesión, de ideas, de placer; después el de las vecindades, de los barrios, pequeñas unidades territoriales que no debían ser sacrificadas al centro de la ciudad. De ese modo la ciudad tipo era una federación de barrios y de profesiones, á la vez que ésta era una asociación de ciudadanos. Por extensión había municipios ur-

[1] Ernest Nys, *Recherches sur l'histoire de l'Economie politique*, ps. 34, 35.
[2] R. Green, *Conquest of England*.

banos ó rurales que se unían en ligas: una confederación del Laonesado duró quinientos años y no sucumbió hasta el siglo XIII; la Creuse y el Lionesado suministran ejemplos análogos.

La historia nos muestra, pues, con toda evidencia el origen natural y espontáneo de los municipios nacidos de las condiciones del medio y de la asociación forzada de los intereses. No obstante, ciertos escritores se han dejado llevar de una filosofía de las cosas demasiado fácil, atribuyendo á la voluntad de los príncipes el nacimiento y el desarrollo de los municipios; ¿no se ha repetido millones de veces, y se repite aún, que Luis VI y Luis VII, en Francia, fueron los «fundadores de los municipios»? El hecho es que entre los poderes existentes que se disputaban la posesión de las tierras y el dominio sobre los hombres, ocurrió con frecuencia que uno ú otro buscó temporalmente su punto de apoyo contra sus rivales en los burgueses de las ciudades nacientes y hasta en el pueblo ínfimo de los campos; el papa tendía á suscitar enemigos al emperador y á los reyes; éstos veían también con satisfacción cómo se constituían municipios que podrían oponerse á las ingerencias de los obispos y á las rebeldías de los grandes vasallos; por último, también éstos se complacían en hallar en caso necesario la alianza de las ciudades contra el señor temporal ó espiritual. Por su parte, las comunidades, urbanas ó de otro género, todavía débiles y como consecuencia más astutas, sacaban todo el partido posible de las disensiones que ponían frente á frente los poderes soberanos.

Por otra parte, en aquel inmenso caos de guerras, de asedios y de invasiones que constituía la época feudal, los señores más decididos y más rudos para la lucha sentían á veces necesidad de reposo y tranquilidad, que no podían obtener sino limitando su propio poder y haciendo ciertas concesiones al sentimiento de libertad de los jóvenes, de los valientes, de los desesperados; y con frecuencia esas mismas concesiones fueron para ellos un medio indirecto de aumentar su fuerza apoyándose sobre la ayuda agradecida de sus obligados, sea contra otros señores, sea contra los obispos ó los reyes, siempre temibles, tanto en el concepto de amigos, como en el de enemigos. Como consecuencia, en las provincias feudales se fundaron multitud de villas y ciudades denominadas Francheville, Villefranche, Villefranque, Villafranca, Borgofranco, La Sauve, Sauveté, Sauvetat, Sauveterre, Salvatierra, Freiburg, Freistadt, etc., y cada una de estas aglomeraciones podía llegar á ser tanto más próspera cuanto más había servido de refugio á hombres valientes, más decididos á conservar contra el patrón y contra todos, sobre todo contra el patrón fundador, las franquicias que se les había garantido.

Las iglesias, que, por sus monjes, habían tenido en muchos puntos la iniciativa de la roturación de eriales, tomaron en un principio mayor parte que los señores en la institución de las salvedades: así pudieron constituirse muy fácilmente en feudos religiosos. El clero tenía la ventaja capital de fundar asilos donde los recién llegados, desgraciados, ladrones ó siervos, se hallaban bajo la salvaguardia eficaz de un santo universalmente venerado. Cuatro cruces que limitaban el espacio sagrado indicaban la protección divina, y á su abrigo se elevaban rápidamente las casas y cabañas de los protegidos de la Iglesia [1].

Pero si los sacerdotes solían fundar salvedades, donde se reclutaban para ellos trabajadores y pagadores de diezmos, eran tanto más hostiles á la burguesía naciente de las ciudades que espontáneamente reivindicaban franquicias. A este respecto los príncipes eclesiásticos fueron más refractarios y duros que los príncipes laicos, debido á que los obispos tenían un sistema más completo, doctrinas fijas; en el gobierno de las ciudades como en el de la Iglesia se consideraban como representantes de Dios sobre la tierra, y no veían más que rebeldes en esos burgueses que procuraban imponer el respeto á su autonomía, y, efectivamente, los obispos no cedían sino cuando se tocaba á rebato para reunirse y correr contra ellos. Además, las ciudades episcopales poseían todo un conjunto de instituciones que no podían modificarse sin un cambio completo. Los obispos comprendían muy bien la terrible alternativa: desde luego eran en general más fuertes que los condes y podían resistir mejor á la presión de abajo. Las ciudades eclesiásticas estaban más sólidamente establecidas que las residencias de los príncipes, gracias al espíritu conservador de la Iglesia, que les aseguraba la duración. Mientras que la residencia del gobierno, y por consecuencia la atrac-

[1] A. Luchaire, *Histoire de France*, por E. Lavisse, t. II, 2.ª parte, p. 340.

ción de los recursos financieros, cambiaba frecuentemente de residencia entre los príncipes laicos, por capricho ó por las exigencias de la guerra, el obispo oficiaba siempre en la misma catedral, recibiendo siempre en el mismo lugar las ofrendas que se le traían de todas las comarcas circunvecinas: por su persistencia, la institución era más poderosa que el hombre [1].

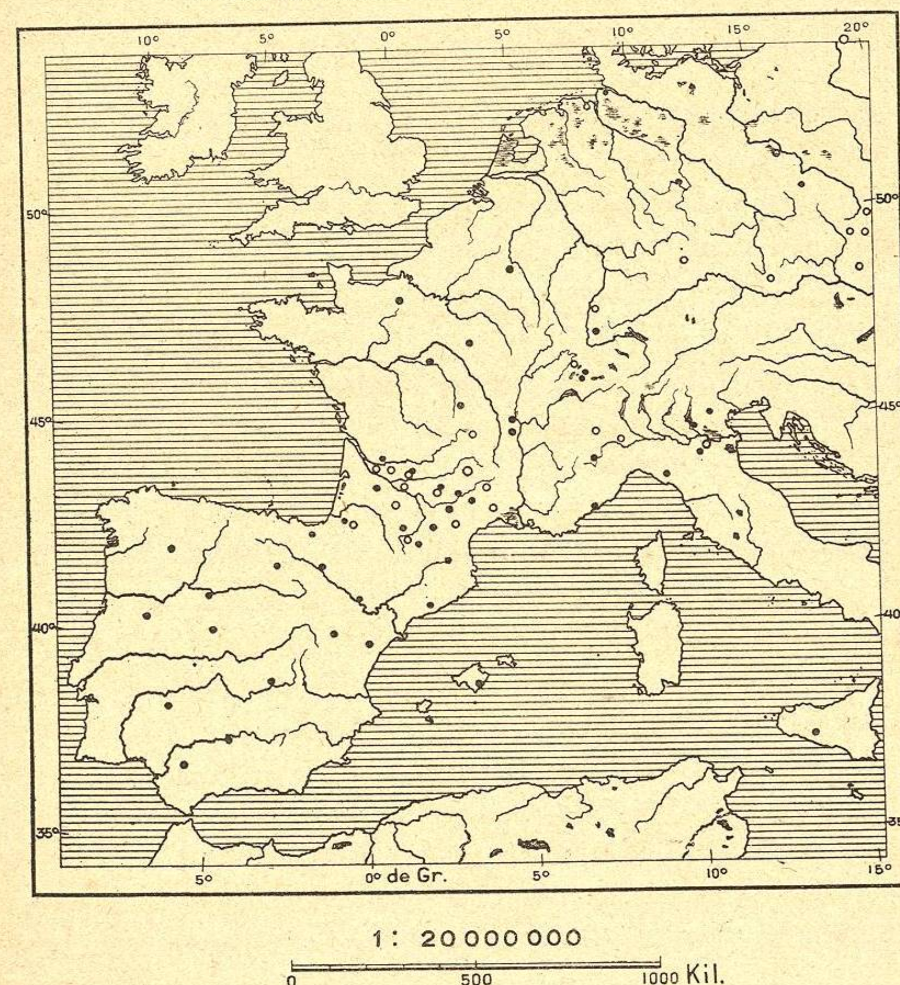
Mas á pesar de todas las oposiciones, viniesen de los reyes, de los señores ó de los sacerdotes, el municipio había de formarse forzosamente en el seno de la sociedad feudal, puesto que era el órgano de necesidades nuevas en la vida de las naciones: la burguesía nacía con la industria y el comercio. Así se explica la expresión de alegría profunda y solemne que manifiesta Agustín Thierry, uno de los más notables y de los más dignos representantes del tercer estado triunfante, cuando describe la emancipación de los primeros municipios franceses en la Edad Media; habla en términos casi religiosos de los industriales y de los mercaderes, conscientes de su obra, que fueron los augustos antecesores de la era cuya floración gloriosa había de tener su época en el siglo XIX. Bajo la organización feudal se constituía todo un aparato social nuevo destinado á reemplazarla en su día y á dar su fuerza especial al conjunto de la sociedad política. Inútiles en ese nuevo orden de cosas que hacía surgir las grandes ciudades por la atracción de los obreros y de los artesanos de toda especie y daba al comercio una expansión siempre creciente hacia los países lejanos, los señores no podían acomodarse á él. El «municipio», «guilda», «cuerpo de oficio» ó cuerpo de mercaderes era, por su misma naturaleza, absolutamente autónomo: compraba la primera materia, solo la trabajaba y solo vendía los productos; tenía sus árbitros para las diferencias que podían elevarse entre sus miembros, y en cuanto se sentía con poder suficiente organizaba su milicia para defenderse contra el sacerdote ó contra el rey.

Así se fundaban espontáneamente las asociaciones según las diversas profesiones de los individuos y las condiciones cambiantes del medio. En aquella época de fuerza bruta, el organismo administrativo y político no tenía ductibilidad suficiente para vigilar el

[1] H. Pirenne, *Histoire de la Belgique*, p. 121.

hombre á cada modificación de su existencia y aislarle sabiamente del grupo natural de los compañeros de trabajo con quienes arriesgaba

N.º 321. Sauveterre, Freiburg y otras ciudades francas.



1: 20000000

0 500 1000 Kil.

Los puntos negros representan, en las penínsulas Ibérica é Itálica y las islas, Villafrancas; en los países de lengua alemana, Freiburgs; en Francia, Villefranches, tres Franchevilles y una Villafranque.

Los puntos abiertos son Borgofrancos en Lombardía, en Alemania Freistadts, en Suiza la aglomeración de las Montañas Francas, en Francia Sauves, Sauvetats y Sauveterres.

El mapa se ha establecido por medio del diccionario Vivien de Saint-Martin, pero respecto de Francia, el repertorio de los municipios y aldeas permitiría señalar un centenar de municipios francos en lugar de los 33 señalados en el mapa.

el combate de la vida. Cada cuerpo de oficio tenía sus guildas, sus «hermandades», sus «cofradías»; hasta los mendigos y las mujeres perdidas se unían en sociedades de defensa. A bordo de los barcos

se formaban también agrupaciones temporales, de tal modo trataban de satisfacerse las afinidades naturales hasta en los medios menos favorables. En cuanto el barco se hallaba á media jornada de navegación distante del puerto, el capitán reunía todo el personal, marineros y pasajeros, y les hablaba en estos términos que refiere un contemporáneo [1]: «Puesto que estamos á la merced de Dios y de las olas, cada uno debe ser el igual de cada uno. Nos hallamos rodeados de tempestades, de grandes oleadas, de piratas y de grandes peligros; necesitamos, pues, conservar el orden más perfecto para llevar nuestro viaje á buen fin. Comencemos por hacer una plegaria, pidamos un viento favorable y el pleno éxito de nuestros proyectos; después, según la ley de la marina, nombraremos los que deberán sentarse sobre el banco de los jueces». En nombre, pues de la igualdad primitiva de los hombres, los marinos, sintiéndose amenazados por la muerte, trataban de establecer la justicia entre sí, y en nombre de esa misma igualdad, al fin del viaje, los jueces resignaban sus funciones diciendo á sus compañeros de peligro: «Lo que ha sucedido á bordo nos lo debemos perdonar recíprocamente y considerarlo como no ocurrido... por eso pedimos á todos, en nombre de la honrada justicia, que olvidéis toda animosidad ó rencor que uno pudiera conservar contra otro, y que juréis sobre el pan y la sal no pensar en ello con mala idea». Hasta al desembarcar, los miembros de la guilda flotante trataban de reconstituirse en grupos nuevos, y sobre todo el contorno del Mediterráneo cada unidad mercantil tenía sus barrios especiales donde colonias venecianas, genovesas, provenzales ó catalanas formaban otras tantas pequeñas Venecia, Marsella ó Barcelona [2].

En Italia, donde el recuerdo de la república no se había extinguido nunca, fué donde el movimiento de los municipios libres alcanzó más pronto gran valor histórico. Hasta en el curso de la «primera» Edad Media, no cesaron de existir ciudades autónomas. Tal fué la gloriosa Venecia, que por lo demás debía á la Naturaleza, como las poblaciones de Frisia y de Flandes, hallarse eficazmente protegida contra los ataques del exterior. Desde la época

[1] Jean Janssen, *Geschichte des deutschen Volkes*.
[2] Oscar Peschel, *Geschichte des Zeitalters der Entdeckungen*, p. 13.

romana estaba habitado uno de sus islotes, como lo atestiguan los restos de construcciones antiguas, descendidas actualmente á nivel inferior al del mar. En la época de la irrupción de los Bárbaros, sobre todo después de la caída de Aquilea, donde venía á concentrarse todo el tráfico del mar Adriático septentrional, las gentes de tierra firme acudieron en gran número á buscar asilo en el suelo tembloroso de los islotes diseminados ante la costa baja. Las ventajas comerciales que habían pertenecido á la ciudad del litoral pasaron á la ciudad que se había trasladado al agua de las lagunas. «¿Cuáles fueron las causas de la grandeza de Venecia?» se pregunta César Lombroso, y la respuesta que se da apenas tiene en cuenta las condiciones geográficas del medio, que, sin embargo, tuvieron importancia preponderante en el destino de la República. Desde el punto de vista de la defensa, de importancia capital en un período de guerras incesantes, ¿no estaba Venecia igualmente protegida por el lado de la tierra como por el del mar? Al Oeste, los pantanos fangosos donde se hubieran sumergido los ejércitos hostiles; al Este, un cordón litoral y pasos sinuosos donde no hubiera osado aventurarse una flota enemiga. Para bloquear la ciudad, el adversario hubiera debido mandar á la vez en mar y en tierra.

Esa perfecta seguridad de Venecia la hizo tanto más temible para el ataque, porque los marinos de las lagunas tenían la elección del lugar de desembarque sobre los diversos puntos de la costa interior y el de la puerta de salida hacia la alta mar. Considerada desde el punto de vista geográfico, esta ciudad tenía la ventaja de estar cerca de la desembocadura del Po, el gran río de la Italia septentrional, y de varios otros ríos, Adige, Brenta, Piave, Livenza y Tagliamento, cuyos valles le abrían otros tantos caminos naturales hacia los Alpes: la región de campos que se inclina hacia las lagunas es de una rara fecundidad, debida al excedente de las aguas que la recorren, y, de toda antigüedad, le atraviesan caminos fáciles en todos sentidos.

Desde el punto de vista mundial, Venecia no estaba menos felizmente situada: gracias á la prolongadísima forma del golfo Adriático, se halla á la vez á la orilla del mar y proyectada á un millar de kilómetros en el interior del continente; por las largas extensio-

nes de agua que la unen al mar Jónico, pertenece ya al mundo mediterráneo del Oriente, mientras que por la vecindad de los Alpes, cuyas azuladas cimas recortan el cielo al horizonte del Norte, se encuentra casi al pie de los caminos de las montañas que la ponen en comunicación con la Alemania central, con la triple vertiente del mar Negro, del mar Báltico y del mar de Holanda. Todas esas ventajas aseguran tanto más la supremacía comercial de Venecia, cuanto que no hay abra natural en toda esa región de las desembocaduras fluviales; para hallar un punto seguro, era preciso seguir el desarrollo curvilíneo de la costa hasta Ancona. Las bocas del Po, que forman una dilatada prolongación en las aguas del Adriático, á corta distancia al sud de las lagunas de Venecia, son demasiado variables y están harto obstruídas por el fango para que los marinos hayan podido intentar tomarlas por camino de acceso hacia las ciudades del interior después que los barcos primitivos fueron reemplazados por verdaderos buques que calan algunos pies de profundidad.

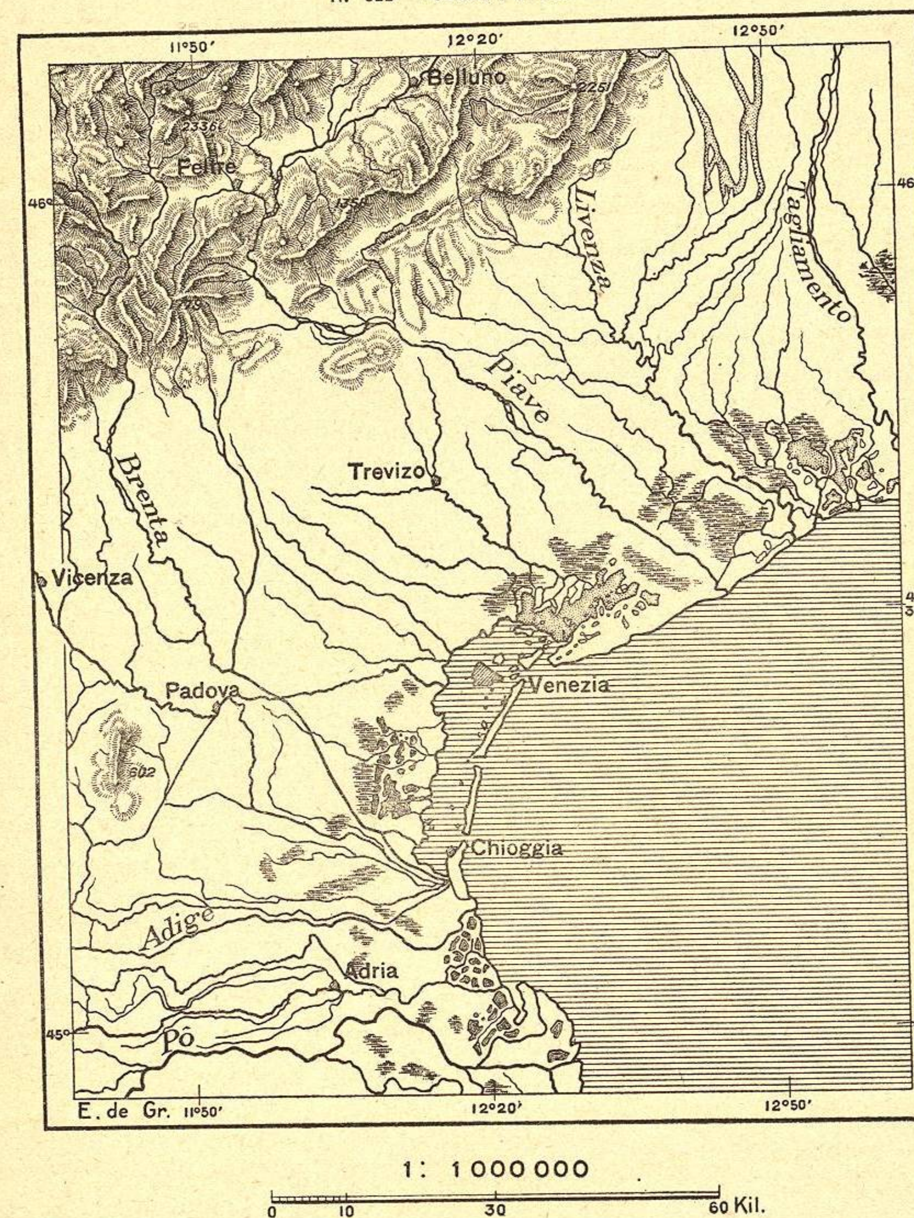
Las aguas del Adriático eran realmente «la esposa» de Venecia, y cuando desde la popa del *Bucentauro* el dux tiraba al agua su anillo de matrimonio, el pueblo reunido veía la realidad misma en ese acto simbólico. Esa realidad resultaba de un acto voluntario. La república de Venecia, orgullosa por sus conquistas sobre tantas riberas lejanas, reivindicaba la posesión del mismo mar. Todo el espacio marítimo limitado al Sud por la playa de Rávena, del lado italiano, y, del lado dálmata, por el Quarnero, era considerado como mar cerrado, como dominio puramente veneciano, y sus fiscales percibían un impuesto considerable sobre todos los barcos que flotaban en aquella parte del golfo. Así también Génova consideraba la alta mar como el campo de sus embarcaciones, y, en la época de su mayor potencia, pretendía no permitir á las ciudades vecinas más que la navegación de cabotaje, llegando hasta determinar la distancia á que los marinos de Provenza y Languedoc tendrían derecho de avanzar en el Mediterráneo [1].

Es, sin embargo, notable que Venecia en las edades de su ma-

[1] W. Heyd; Ernest Nys, *Un Chapitre de l'Histoire de la Mer.*

jestad tenía escaso empeño en hacer grandes conquistas territoriales: limitaba sistemáticamente sus posesiones sobre el continente de Europa

N.º 322. Venecia y el litoral.



ó de Asia, reduciéndose á la anexión de islas, de islotes, de fuertes peninsulares que le era fácil defender por medio de sus flotas, omnipresentes en el Mediterráno oriental; solía evitar todo contacto hostil

con potencias con las cuales hubiera sido preciso combatir por tierra, y, en los casos en que sus intereses lo exigieran, sabía suscitar campeones que se batían por ella. Hija del mar y después su dominadora, Venecia confundía su historia con la de las lagunas y del golfo que le rodeaban. Los insulares, primero pescadores y salineros, después comerciantes para la expedición de sus productos, constructores de barcos, gracias á la excelencia y á la cantidad de los bosques que encontraban sobre la costa de Dalmacia, habían conquistado gradualmente la hegemonía de los cambios en las escalas de Oriente, y, por sus relaciones con gentes de todas razas y de todas religiones, habían llegado á ser grandes conocedores de hombres: la «escuela del mar» hizo la educación de sus diplomáticos tan maravillosamente prudentes [1].

Siendo Venecia la república italiana cuyos marinos dominaban el Adriático y la entrada del mar Jónico, se hallaba por eso mismo en la mejor situación para servir de depósito á las mercancías de Oriente, sea que hubiesen llegado convoyadas por los Arabes, ó que Arabes ó Griegos las hubieran aportado por tierra ó por mar á Constantinopla. También Venecia se deslizó fácilmente hacia la indiferencia religiosa: procedente de musulmanes ó de cristianos, el dinero tenía para ella igual valor. La misma Iglesia ortodoxa griega le parecía equivalente á la Iglesia católica; hasta el siglo XI no se reemplazó para Venecia el señorío oficial del Imperio de Oriente por el del Santo Imperio romano germánico, no menos virtual. La influencia de la Roma oriental fué tan fuerte en Venecia, que la «oligarquía republicana» del Adriático se modeló de diversas maneras sobre la «monarquía despótica» del Bósforo. El griego, lengua del tráfico en Oriente, servía á muchos Venecianos como la lengua sabia por excelencia. En los siglos IX y X, el advenimiento de un emperador ó de un dux daba pretexto para el envío de un representante á Bizancio: casi siempre el enviado era un hijo de dux, y su misión aumentaba sus títulos de sucesión á la magistratura ejercida por su padre. Durante todo el período en que el duxado pareció inclinarse á ser hereditario y en que la asociación de un hijo al poder de su

[1] Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Völkergrösse*, ps. 58, 59.

padre fué muy frecuente, el viaje á Constantinopla creó hasta una especie de derecho de primogenitura al que había sido escogido para efectuarlo [1]. Las cosas no cambiaron hasta que los Genoveses, celosos, reemplazaron á Venecia en el favor de los señores de Bizancio, después de la caída del Imperio Latino, á la mitad del siglo XIII.

Durante los siglos de su dominación comercial, Venecia, que poseyó hasta 3,500 barcos tripulados por 36,000 marinos, fué con mucho el



Cl. J. Kuhn, edit.

IGLESIA DE SAN MARCOS, EN VENECIA, CONSTRUÍDA DE 977 Á 1071

centro más considerable de la circulación internacional de los hombres y de las cosas. Después de Génova y de las repúblicas ó municipios privilegiados de la Italia meridional, Venecia no tuvo más concurrentes que las ciudades comerciales de Flandes y de Alemania; y aun los barcos de esas ciudades no servían más que para el cabotaje de las mercancías entre los diversos puertos afiliados á la ansa. Sumergida en el fondo del Adriático como una araña en un rincón de su tela [2], había

[1] J. Armingaud, *Archives des Missions Scientifiques*, 2.ª serie, t. IV, p. 328.
[2] Guillaume de Greef, *Essai sur la Monnaie, le Crédit et les Banques*, «Ann. de l'Inst. des Scienc. Soc.», 1900.

tendido su hilo á todas las comarcas del mundo conocido para atraer á sí y para repartir los productos de valor, á los cuales había sabido añadir los objetos de su propia industria, especialmente los terciopelos, los paños de oro y brocados. Venecia hacía dinero de todo: y por sus cuidados se vendían á los cándidos creyentes occidentales multitud de reliquias «auténticas», procedentes de las tumbas de Oriente [1].

Pero si la aristocracia de los mercaderes insulares se sentía orgullosa de sus relaciones con el famoso emperador de Oriente, era por eso mismo más dura con las gentes del menudo pueblo y los habitantes de las ciudades italianas de la tierra firme. No hubo jamás gobierno alguno más severo, más despiadado, más «cerrado»; semejante al acceso de las lagunas era el corazón de su gobierno. A menos de un favor especial, justificado por grandes servicios prestados, ningún extranjero podía ser domiciliado en Venecia sino á condición de casarse con una Veneciana, y un espía le acompañaba á todas partes. El comercio era un monopolio de los señores, y los burgueses no podían traficar sino en condiciones muy onerosas. La mayor parte de las mercancías que llevaban barcos extranjeros eran prohibidas ó confiscadas, y cuando se toleraba su entrada, los importadores habían de pagar un derecho igual á la mitad de su valor. Las ciudades del continente sometidas á la República no podían expedir sus productos sino haciéndolos pasar por la metrópoli, que percibía muy elevados derechos de tránsito. En las colonias, tales como Creta, todas las funciones estaban confiadas á Venecianos notables; asimismo, cuando el gobierno juzgaba oportuno confiar una flotilla al comercio, escogía los capitanes y regulaba los servicios de á bordo de la manera más minuciosa: el ojo de la policía seguía á los navegantes hasta los puertos de Flandes. Por último, como todas las comunidades de mercaderes, como la antigua Cartago, Venecia tenía un celo feroz por el monopolio de las industrias que constituían su riqueza. El obrero emigrado que trabajaba de su oficio en beneficio de otro pueblo, primeramente era invitado á volver; si se negaba, el puñal daba cuenta de él [2]: así lo decretaba una de las leyes secretas depositadas en la cajita de hierro. Los

[1] Fr. Cosentini, *Grandeur et Décadence de Venise.*
[2] Daru, *Histoire de Venise.*

asuntos de dinero los tomaban los Venecianos muy en serio; tanto, que en 1369 conservaron como prenda la persona de un emperador de Bizancio, Juan V, quien no recobró la libertad hasta haber recibido de su hijo el importe de su deuda, extraído de los habitantes de Salónica [1]. Por un gran instinto de verdad Shakespeare escogió la república de Venecia para dramatizar en ella el hecho terrible de que el interés y el capital, á falta de dinero contante, se pagan con la carne y la sangre del deudor. No es esta una pura ficción: la costumbre feroz estuvo ciertamente en vigor, puesto que una huella de ella aparecía todavía al principio del siglo XIX en una ley de Noruega «que permitía al acreedor llevar á su deudor ante el tribunal y cortar de él lo que le agradase de su cuerpo por arriba ó por abajo» [2].

Venecia no perdió su rango hasta que las vías del Océano se abrieron ante los Díaz y los Colón; en el día, en su vecindad, existe un puerto con aguas profundas, Trieste, que representa lo que en otro tiempo representaba la ciudad del Lido, esperando que ésta, que no está dispuesta á abdicar, se adapte á las necesidades de la navegación moderna.

Las otras grandes repúblicas marítimas de Italia, Amalfi, Pisa, Génova, debieron también á su feliz posición geográfica la importancia de su tráfico, y, por una consecuencia natural, su potencia política. Pero Pisa sucumbió pronto; la Naturaleza se alió contra ella, puesto que los aluviones del Arno y del Serchio cegaban gradualmente el puerto; al final del siglo XIV los Pisanos fortificaron la villa de Liorna, donde sus barcos podían hallar refugio, pero obraron sin la audacia necesaria y dejaron á otros el cuidado de hacer prosperar la ciudad nueva.

Nótase, á la simple vista del mapa, la posición similar que ocupa Génova, relativamente á Venecia, en el equilibrio comercial de la península Itálica. Una y otra ciudad se han fundado hacia la curva más avanzada de su golfo, de modo que vinieran á ser focos de convergencia para el mayor número posible de vías continentales:

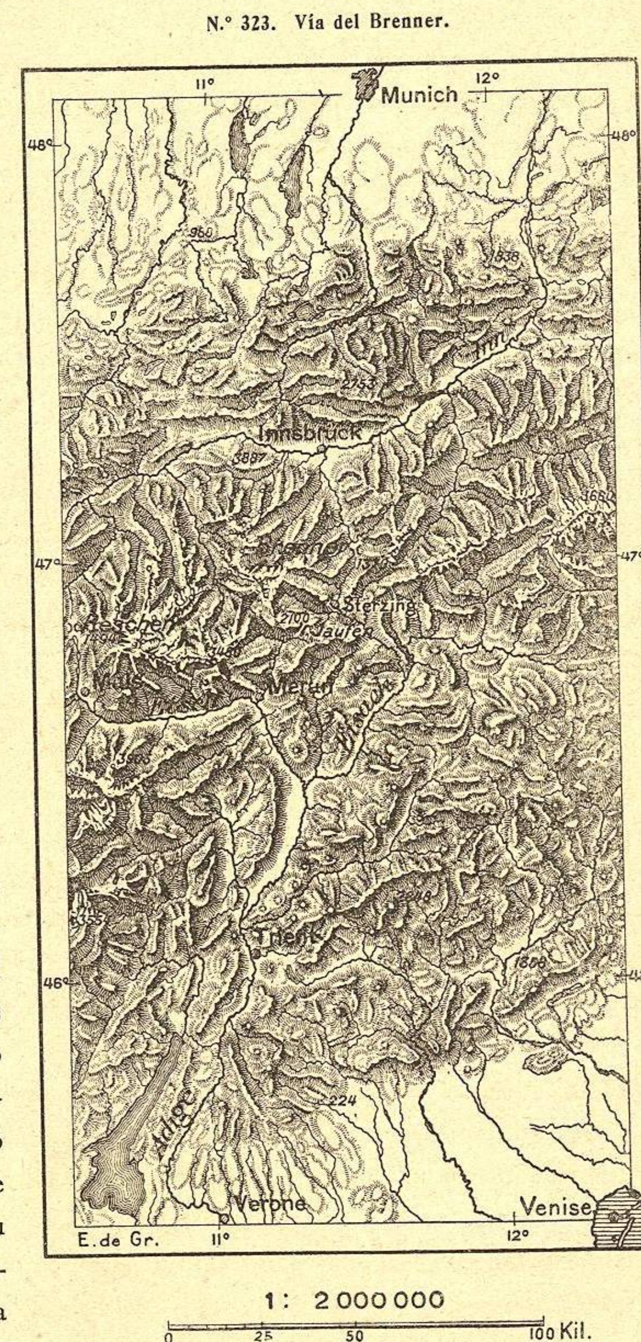
[1] Milenko R. Vesnitch, *Le Droit international dans les Rapports des Slaves méridionaux au moyen âge*, p. 39.
[2] Guillaume de Greef, *Essai sur la Monnaie, le Crédit et les Banques*, p. 50.

Génova, lo mismo que Venecia, era un lugar de expedición y de repartición designado por un círculo muy extenso. Pero cuando la ciudad liguria estaba desprovista de todo aparato de diques y de rompeolas, se hallaba libremente abierta al mar y recibía las olas y los vientos de alta mar, del mismo modo que estaba expuesta á los ataques de una flota enemiga. Desde el punto de vista mundial, tenía otra desventaja de importancia mayor: comunicaba mucho menos fácilmente por la vertiente septentrional de los Alpes. Los mercaderes genoveses franqueaban primeramente los Apeninos; después, á la parte opuesta de las llanuras lombardas, antes de alcanzar las pendientes que descienden hacia la Germania, penetraban en desfiladeros mucho más elevados y difíciles que los utilizados por Venecia.

El camino más frecuentemente seguido por las bandas germánicas era el del Brenner (1,372 m.). De 144 expediciones emprendidas á través de los Alpes por los soberanos alemanes durante el curso de la historia, 66, cerca de la mitad, escogieron esta vía. Durante los tres siglos que transcurrieron desde 950 á 1250, cuarenta y tres ejércitos descendieron á Italia por el Brenner; pero, al salir de Innsbruck, los invasores del Norte no penetraban en las profundas gargantas donde ruge el torrente por debajo de Sterzing, la antigua Vipitenum, sobre el río Eisack, sino que ascendían al collado de Jaufen (2,100 m.), y bajaban después á Meran, sobre el Adige. El nombre de Jaufen, antiguamente Jauven, recuerda el nombre latino Mons Jovis, y atestigua la frecuentación de ese paso en tiempo de los Romanos. De Trento á Verona, el camino principal no se prolongaba por el Adige, sino que seguía un valle paralelo, situado al Este, el hermoso valle Sugana [1].

De ese modo los destinos de las dos ciudades se hallaban escritos de antemano durante ese período que había atribuído á las Repúblicas italianas el cargo de mediadoras, entre la India y la Europa occidental. Génova no podía ser todavía el puerto de Alemania como era Venecia y que los subterráneos abiertos á través de los Apeninos han asegurado después al gran puerto de la Liguria. Pero, no teniendo más que una pequeña parte en el comercio de la Europa central, Génova había tratado con gran empeño de procurarse otros monopolios. Por numerosos tratados concluídos con las ciudades rivales de la costa de Languedoc y de Provenza, se había asegurado el carácter de intermediaria obligada para los cambios de las regiones francesas con todas las comarcas situadas al oriente de su meridiano, especialmente con Sicilia; también había de ser Génova la ciudad de Italia que más se inclinara del lado del Océano, y sabido es que ya al principio del siglo XII (1102-1104) Génova prestó su flota á Enrique de Portugal para su cruzada sobre la costa de Africa [1]. Para las escalas de Le-

N.° 323. Vía del Brenner.



¹ A. Hedinger, *Handelsstrassen über die Alpen in vor und frühgeschichtlicher Zeit*, «Globus», 15 Septiembre 1900.

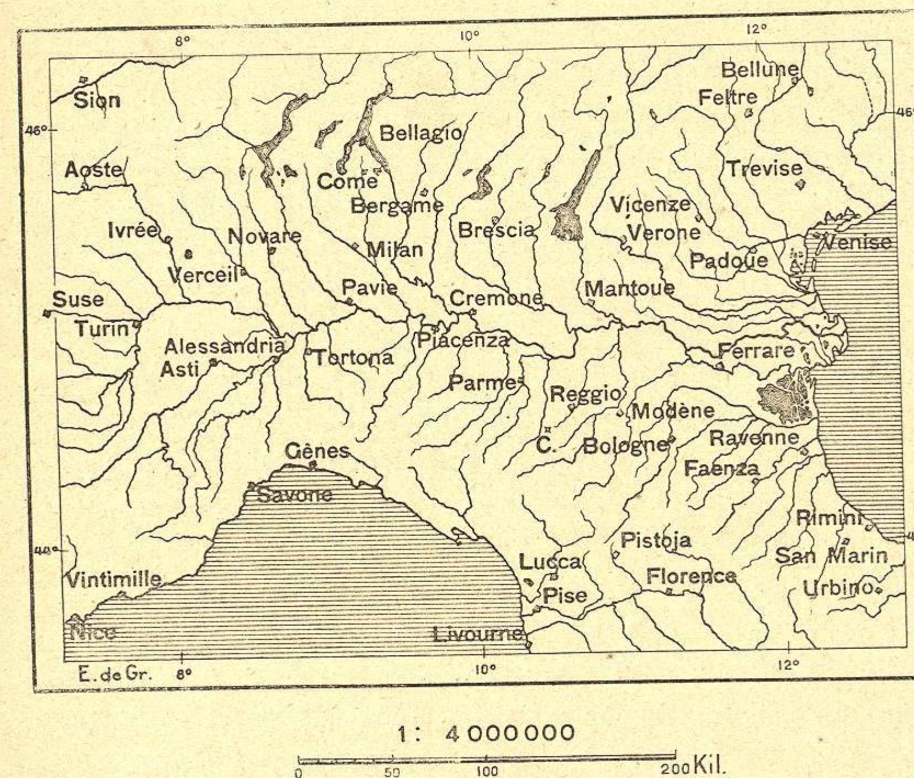
¹ Sophus Ruge, *Topographische Studien zu den portugiesischen Entdeckungen auf den Küsten Afrikas.*

vante, Génova, poco más alejada que Venecia de aquellos lugares de mercado, puesto que una y otra habían de conducir sus flotas por el mar Jónico, trataba de hacerse indispensable á los emperadores de Bizancio, y, por un tratado formal concluído en 1261, le fué concedido el monopolio comercial del mar Negro. Kaffa, la Theodosia de los Milesianos, llegó á ser una segunda Mileto, y fué entonces el principal mercado de Oriente, el punto de enlace de los caminos «genoveses» que penetran á lo lejos hacia las llanuras de Rusia y hasta en Irania por los pasos caucásicos.

En el interior de Italia se habían engrandecido también otras ciudades populosas en la confluencia de los caminos históricos. En Toscana, en las cuencas del Arno y del Serchio, en la rica Lombardía y las comarcas próximas, se constituyeron esas comunidades republicanas, débiles por la extensión de su territorio, pero muy fuertes por la energía de las iniciativas, por el valor y la adhesión de los ciudadanos á su ideal ó á su partido. Fué aquella una maravillosa época á la que la sociedad moderna debe referir directamente sus orígenes, pero que cometió la falta de buscar un modelo más bien en la historia que en su propia experiencia. Como Arnaldo de Brescia, cada ciudad italiana que procuraba desprenderse del poder feudal, miró hacia el pasado de la Roma antigua para buscar en él sus enseñanzas, para instituir cónsules y tribunos encargados de defender la libertad de los ciudadanos contra todo ataque. Este renacimiento de las municipalidades se hizo en dirección del Sud al Norte, siguiendo el camino que la influencia de Roma había seguido mil doscientos ó mil quinientos años antes; al principio del siglo XII, todas las ciudades de la Italia del norte se habían así erigido en otras tantas Romas, pero dando todas al elemento popular una parte más importante que el que le había dado la ciudad de las Siete Colinas.

¡Cuán dura había de ser para esos municipios recientes la ruda defensa de la libertad! Las ciudades de la Lombardía no tenían la ventaja de hallarse bien defendidas como Venecia y Génova, la una por las tierras inundadas de su ribera, la otra por la muralla de los Apeninos; menos favorecidas que las ciudades de Toscana, defendidas todas por cortinas de montañas, de colinas y de bosques, no poseían ni siquiera un cerro donde erigir su ciudadela; pero, sentadas en la llanura rasa, no dejaban de vivir á su gusto, y sintiendo engrandecer su fuerza por el trabajo, aprendían á pesar de todo á hacerse respetar; sin embargo, el peligro renacía incesantemente.

N.° 324. Ciudades Lombardas.



Al sudoeste de Regio, C. indica el emplazamiento del castillo de Canosa. Legnano se halla al noroeste de Milán, á la mitad del camino de la punta meridional del lago Mayor.

Milán, Pavía y Cremona veían cada año bajar de los Alpes las cabalgatas de los bandidos alemanes, terribles enemigos, aliados más peligrosos todavía.

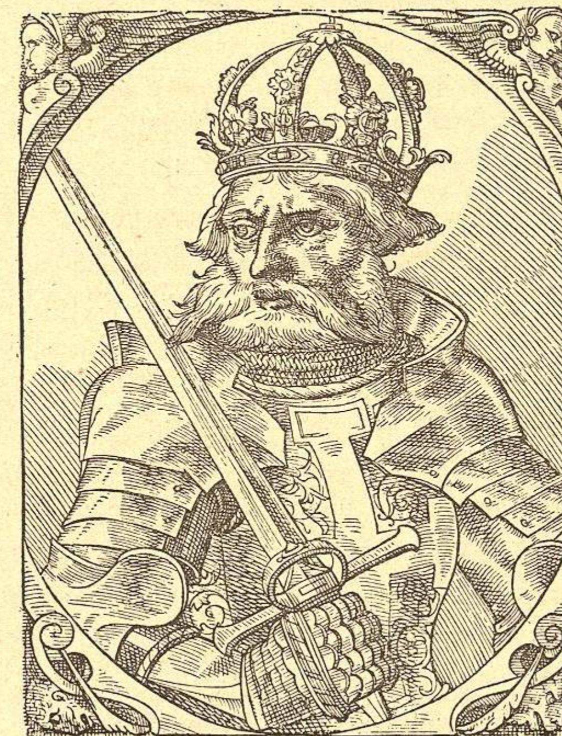
Verdad es que todos esos municipios libres hubieran podido federarse contra los enemigos exteriores y presentarles así un frente inatacable. Bajo la presión de los acontecimientos, se formaron con frecuencia ligas parciales ó generales entre las ciudades lombardas, ¡pero cuántas veces también, á pesar del peligro inminente, permanecieron desunidas, ó hasta se desgarraban entre sí, sacrificando el

porvenir á la satisfacción de sus odios inmediatos! El ciudadano apenas veía más allá de su propia ciudad, y frecuentemente en la ciudad misma no se cuidaba sino de su partido, del grupo de las familias que detentaban ó ambicionaban el poder. De ahí venían disensiones continuas, luchas y venganzas que hacían de las campiñas más bellas de Europa un inmenso campo de batalla, y que el furor inmortal del Dante había de perseguir hasta en los círculos del Infierno. Pero todas esas múltiples guerras de las repúblicas italianas, que desplazaban incesantemente su centro de gravedad, no eran sino episodios de la lucha secular que ponía frente á frente el papa y el emperador, la Europa central y el Mediodía. Las rivalidades de familia á familia, de municipio á municipio, se fundaban en la gran rivalidad entre «Güelfos» y «Gibelinos».

Esos nombres famosos, que habían de ser repetidos sobre todo en la rica Italia, punto de cita de todos los bandidos alemanes, se habían originado en los Estados germánicos. «Güelfos», en un principio, fueron los partidarios de la familia Welf, cuyas inmensas posesiones en un solo territorio ó por fracciones, se extendían desde el Báltico al Mediterráneo, y cuyo representante, Enrique el Soberbio, duque de Baviera, había contado en 1138 llegar á ser el sucesor de Lotario en el trono del imperio. «Gibelinos» fueron los que siguieron la fortuna de su rival, el Waiblinger ó señor de Waibling, duque de Suabia, Conrado de Hohenstaufen. Estas dos palabras, nacidas de una sencilla competencia de candidatos al imperio, acabaron por tomar una significación general: se vió en los Güelfos otros tantos enemigos del emperador y amigos del papa, en tanto que los Gibelinos fueron considerados como los adversarios del pontífice de Roma, los partidarios del imperio y de la autoridad laica. Pero en ese remolino formidable de guerras civiles y generales entre sacerdotes, reyes y municipios, los compromisos adquiridos, los tratados y las alianzas no tenían más que el valor de un día y la lucha de los partidos se modificaba incesantemente. ¿No se vió en el origen mismo del conflicto entre Güelfos y Gibelinos hacerse el papa campeón de estos últimos contra su propia causa? Y en cuanto á las repúblicas italianas, que no tenían más cuidado que el de su propia libertad, ¿no estaban siempre al acecho para saber de qué

lado tenían más probabilidad de defensa ó de engrandecimiento? «Los Italianos, dice una memoria de la Edad Media, querían dos señores para no tener realmente ninguno». Política ingeniosa indudablemente, pero inmoral, que se avenía con todas las bajezas, con todas las traiciones, y que había de terminar fatalmente por la doble servidumbre de los ciudadanos al papa y al emperador.

Pero las ciudades tuvieron grandes días. Hasta el más famoso de los Césares alemanes, Federico Barbarroja, el que en la leyenda personifica el imperio germánico y que en la realidad afirmó más enérgicamente el derecho divino de los emperadores, señores á la vez espirituales y temporales, ese caballero siempre armado no fué, sin embargo, bastante fuerte para vencer la resistencia de las ciudades italianas; una primera vez (1155) hubo de pasar ante Milán sin intentar su asalto; luego, después de haberla al fin tomado y haber hecho el simulacro de restituirla al campo por el laboreo de sus ruinas (1162), sufrió la humillación de verla reconstruir sus edificios y sus murallas, mientras que una plaza fuerte, Alessandria ó Alejandría, así denominada en honor del papa y construída según los procedimientos técnicos más sabios, se elevaba en las llanuras del Piamonte, en el foco estratégico de las principales vías militares. Esos burgueses despreciados aplicaban contra él un arte de guerra superior al suyo. Habiéndose desvanecido su ejército, tuvo que



Biblioteca Nacional. Gabinete de las Estampas.

BARBARROJA

huir disfrazado, corriendo el riesgo de haber sido apresado al paso en los desfiladeros de Suse. Habiendo emprendido nueva campaña, vino á estrellarse contra las tropas de los municipios, agrupados alrededor del gran carro de batalla, del *carrocio* suntuoso donde flotaba el estandarte de los hombres libres, y sufrió en Legnano (1176) una derrota tal, que no volvió ya á tomar el camino de Lombardía, viéndose obligado á firmar la paz, y en la iglesia de San Marcos, en Venecia, á inclinarse ante Alejandro III y besar su pie, veinte años después de haber tenido el estribo á Adriano IV.

Uno de los sucesores de Barbarroja, Federico II, que fué elegido al principio del siglo XIII, renovó la lucha contra las ciudades lombardas, con menos fogosidad, pero con más ciencia, y pudo creerse por un momento en su victoria final, y sucumbió sin embargo. Pero, aunque luchando contra los municipios que trataban de emanciparse por completo de su tutela, no por eso dejaba de ser en gran parte el representante del mundo civilizado de Italia contra la bárbara Alemania; del mismo modo, tomando parte en las cruzadas como si estuviese animado por la fe cristiana, practicaba la tolerancia respecto de sus súbditos mahometanos y se portaba casi como oriental, despojándose de todas sus preocupaciones hereditarias de alemán y de católico. Como consecuencia, tuvo que oir proclamar la cruzada contra él, y la lucha que hubo de sostener contra el papa fué menos la de un competidor que de un hereje. Hasta se le atribuían publicaciones blasfemas contra el culto oficial, contra sus santos, contra sus dioses. Hombre inteligente é instruído, estudiaba sobre el cadáver los órganos del cuerpo humano; prosista y poeta, hablaba y escribía todas las lenguas de su imperio, el árabe y el griego, el italiano y el provenzal, lo mismo que el alemán.

En Sicilia, en la Italia meridional, su política fué la continuación de la que habían debido seguir los condes normandos. Esos conquistadores, débilmente acompañados, eran muy poco numerosos para no haber de tener en cuenta todos los elementos políticos y nacionales que se equilibraban en el país: se mantuvieron en equilibrio, y, como habían hecho los Arabes antes que ellos, respetaron absolutamente la libertad religiosa, con gran escándalo de los cristianos fervientes. En el siglo XII, la Sicilia ofrecía un espectáculo

único, admirable, el de una comarca en que todos los habitantes adoraban al dios que mejor les parecía. La autonomía administrativa

N.° 325. Imperio de Federico II.



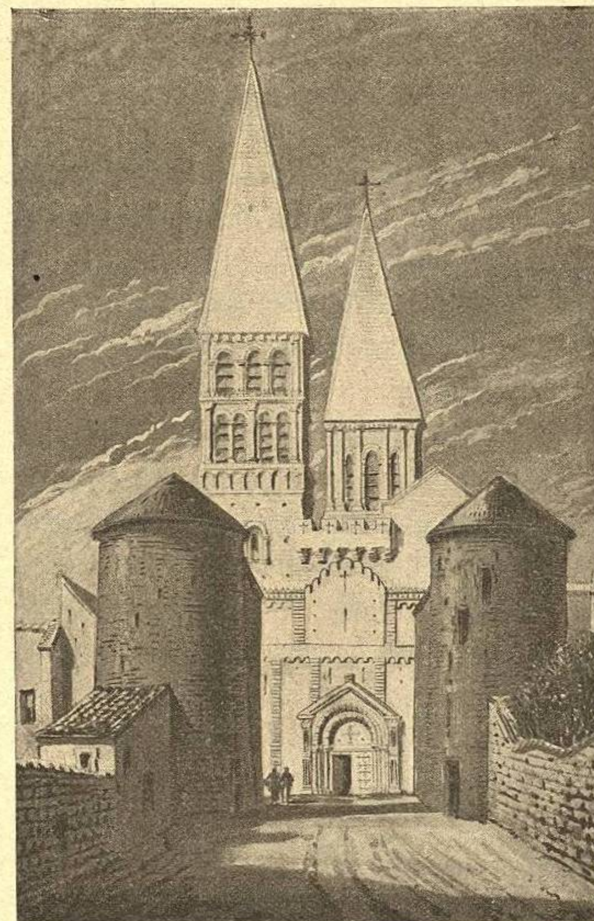
estaba garantida entre los Arabes y los Bereberes, entre los Judíos y los Griegos, tan bien como entre los indígenas sicilianos. Gracias

á la libertad, esos elementos tan diversos, que hubieran podido sostener rudas guerras civiles, no entraban en fermentación de lucha, y el país desarrollaba en paz su industria y sus riquezas: los Griegos introdujeron allí la sericultura; otros extranjeros aportaron sus profesiones y sus oficios. Es probable que la brújula, cualquiera que sea el origen primitivo, local ó de importación extranjera por mediación de los Arabes, llegó á generalizarse en los mares sicilianos: el nombre mismo *bussola* es una palabra siciliana que significa *cajita de madera*. En cuanto á la marca de la flor de lis, grabada todavía en nuestros días sobre el cuadrante de la brújula, no pudo ser puesta más que en el dominio de las Dos Sicilias, gobernado al fin del siglo XIII por príncipes de la casa de Anjou, pero el uso de ese ornamento no indica que el descubrimiento de la aguja imantada no fuera muy anterior. La primera mención de un barco que se dirigiera por la brújula data de 1294: en aquella época el barco *San Nicolás*, de Messina, tenía á bordo dos «calamitas» ó «agujas de mar», con su aparato [1]. La leyenda de un supuesto inventor de la brújula, natural de Amalfi, no se funda sobre ningún documento de la época y se explica por una equivocación de comentadores modernos.

Federico II, que vivía como un príncipe oriental en su quinta napolitana de Lucera, de la cual había hecho una industriosa ciudad sarracena, afectaba un género de vida que le haría aparecer como un verdadero monstruo á los ojos de los cristianos fanáticos. Un elefante llevaba su estandarte imperial, símbolo del mundo extranjero á Europa, cuyo representante se declaraba. A pesar de los recursos considerables que le valían sus dominios mediterráneos, se hallaba en condiciones muy difíciles, sobre todo considerando que su imperio estaba geográficamente dividido; su residencia en la Italia meridional se hallaba demasiado fuera del centro natural del imperio para que no se introdujera la desorganización en el conjunto del gran cuerpo: Roma y las ciudades lombardas que el emperador alemán encontraba en su camino se unían frecuentemente á la múltiple muralla de los Alpes para impedir ó retrasar su marcha. El mundo germánico y su dueño oficial se hallaban tan alejados el uno

[1] Ch. de la Roncière, *Un Inventaire de Bord en 1294*. Bibliothèque de l'Ecole des Chartres, 1897.

del otro, que las poblaciones alemanas aprendieron á pasarse sin su gobierno, y las ciudades comerciantes se aprovecharon de ello con gran celo para asegurar sus franquicias y la libertad de sus relaciones recíprocas. Pero era imposible que de rechazo el emperador no sufriera afrenta ó perjuicio, y en efecto, después de la derrota y la muerte de Federico II (1250), la raza de los Hohenstaufen, condenada en sus representantes á la vida de aventuras, acabó por extinguirse miserablemente, y el papa, victorioso en una lucha que duraba hacía ya doscientos años y queriendo extirpar la herejía que habían tolerado los príncipes alemanes, confió el dominio de las Dos Sicilias al rudo y malo Carlos de Anjou: de ese rey esperaba servicios análogos á los que su tío, el monarca francés, había prestado con la matanza de los Albigenses.



Gabinete de las Estampas.

TOURNUS — FACHADA DE LA IGLESIA DE SAN FILIBERTO

Las antiguas provincias latinizadas de la Galia meridional, desde Marsella á Tolosa, menos frecuentemente recorridas por los bárbaros que las llanuras del Norte, se habían defendido muy bien contra las brutalidades feudales. Gracias á sus antiguos privilegios urbanos, á su organización municipal apoyada sobre una larga tradición, y con

frecuencia también gracias á fuertes murallas y á su valor, los ciudadanos de las ciudades del Mediodía habían conservado y desarrollado una civilización muy superior á la de la Francia septentrional; se habían aprovechado también del comercio de los Arabes para renovar sus artes, aumentar sus conocimientos y ser en Europa iniciadores para las ciencias y para los trabajos del pensamiento. Su hermosa lengua, que había de decaer pronto durante siglos en la condición de dialecto, era una de las más elegantes y mejor formadas entre los idiomas románicos, y, aun fuera de las comarcas tolosanas y provenzales, adquiría una especie de superioridad: podía esperarse que sucediese al latín como lenguaje de los letrados. Habiendo abierto las inteligencias, las «herejías» ó lo que así denominaban los católicos, se osaba discutir, en los castillos y hasta en la plaza pública, los dogmas y las creencias, y se había podido llegar á verdaderos concilios del pensamiento libre ó emancipándose á medias.

Lo que perjudicaba á las ciudades del Mediodía en sus tentativas de emancipación completa, es que miraban hacia el pasado como la Roma de Arnaldo de Brescia: daban demasiado importancia á su organización urbana municipal, se complacían orgullosamente en el formalismo tradicional de sus ceremonias y no estaban animadas del nuevo espíritu que los intereses comunes de la industria y del comercio daban á las ciudades de la Italia lombarda y á las del Norte de Europa. La vida moderna no pudo producirse con suficiente impulso en ese medio obstruído por las ruinas de la civilización romana. Por otra parte, si el feudalismo afectaba en el Mediodía de las Galias un carácter menos brutal que en el resto del país, debíase siempre al poder de algunos que tenían intereses personales absolutamente contrarios á los de sus súbditos y que disponían de grandes recursos de dinero añadido á su prestigio.

Otro hecho de orden geográfico contribuía también á disminuir la fuerza de resistencia de las poblaciones del Mediodía, consistente en que no presentaban un conjunto bien dispuesto para la defensa; al contrario, su territorio estaba por los dos lados, del Este al Oeste, completamente abierto á los ataques del exterior, y, hacia su centro, de tal modo se hallaba estrechado, que las comunicaciones llegaban

á ser difíciles entre los mismos defensores del país. Del lado de Provenza y de Nimes, el valle del Ródano, y del lado de la Guyena, el valle del Garona, formaban verdaderos embudos donde podían engolfarse los invasores, mientras que á la mitad de la distancia de esas dos amplias puertas, la arista que reune los campos del bajo Aude á los del Hers en la cuenca garonesa se reducían á un verdadero desfiladero: Tolosanos y Albigenses, separados por cadenas secundarias, no podían acudir en socorro de los Biterrenses, ni, en caso necesario, ser socorridos por ellos. El mismo relieve del suelo, protector durante mucho tiempo de los Meridionales cuando el ataque era desordenado, proclamaba, por decirlo así, la futura victoria de la Francia del Norte. El gran macizo de las tierras altas, que avanza en punta hacia el Sud, que apenas deja á las gentes del Languedoc un estrecho camino de ronda entre los Cevennes y las estribaciones de los Pirineos, indica retrospectivamente cuál había de ser el término de la guerra llamada de los «Albigenses».

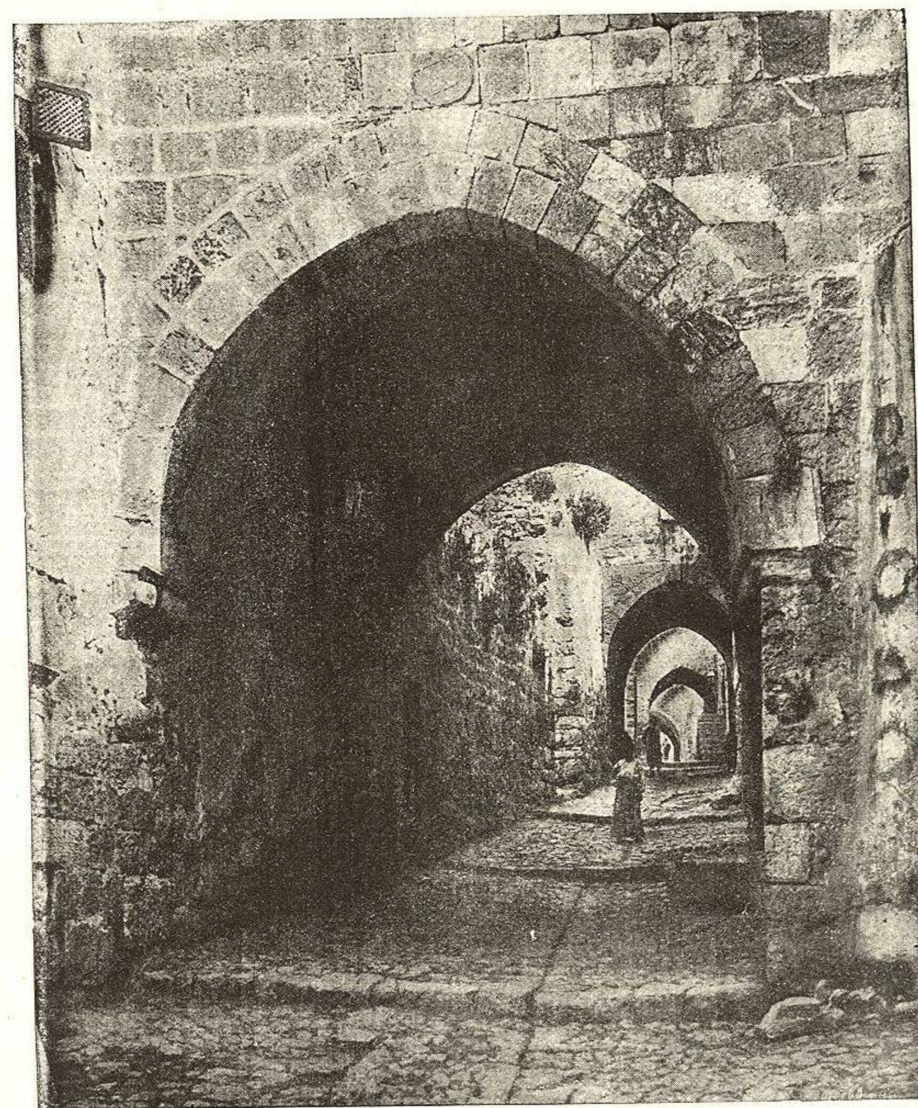
A las primeras amenazas de la tempestad que la cólera del papa y de los frailes contra los herejes iba á desencadenar sobre el Mediodía de Francia, el pueblo cándido comenzó por poner su confianza en el príncipe feudal, imaginándose que éste representaba en su persona todos los intereses, todos los votos de los que le rendían homenaje; pero, aquí como en tantos otros lugares, el primer traidor á la causa de las poblaciones del Mediodía fué precisamente el hombre encargado oficialmente de la protección común y de la salvación de todos. Raimundo V, el conde de Tolosa, asustado del porvenir por las amenazas del clero, llamó á los frailes de Citeaux para defender la ortodoxia contra sus propios súbditos; después, reconociendo «la impotencia del cuchillo espiritual», recurrió al «cuchillo material» de los reyes de Francia y de Inglaterra. Sin duda fué servido á medida de sus deseos, mas como, después de todo, no quiso consentir en ser despojado de sus Estados, ganó con ello ser excomulgado «como hereje y fautor de herejes».

Después de él, su hijo Raimundo VI, dominado por el miedo, empleó su reinado en desorganizar la resistencia de sus pueblos contra el extranjero, y, naturalmente, por premio de sus cobardías, sólo obtuvo la suprema vergüenza de haber de ser el verdugo al

servicio de sus vencedores. Una liga de los municipios de Languedoc y Provenza ofreció ciertamente una resistencia mucho más eficaz, si no se hubiera visto obligada á contar con las debilidades, las vacilaciones y las mentiras de sus deplorables señores feudales.

El violento pontífice Inocencio III no había de guardar consideraciones á un Raimundo VI. La persecución de los herejes fué organizada oficialmente en la misma Tolosa, delante de la residencia del conde, y dos frailes de Citeaux, nombrados «jueces de las herejías», llegaron á ser los verdaderos dueños de la ciudad: fueron los primeros inquisidores, los que fundaron, para un período de más de seis siglos, el terrible tribunal de los calabozos, de los tormentos y de las hogueras. A los frailes armados del cuchillo espiritual, se unieron el legado del papa, Pedro de Castelnau, y el fanático misionero «hermano Domingo» ó Dominico, canónigo de Osma, «el más humilde de los predicadores», según decía él mismo, pero uno de los que hablaron más alto en nombre de la voluntad divina. Ese primero de los dominicos fué ante todo un maldiciente. Los equívocos y las coincidencias fortuitas de nombres tuvieron siempre una gran parte en las impresiones que recibe la multitud y que fijan sus leyendas durante mucho tiempo. Así el perro simbólico de los dominicos — dominicanos *Domini canis* — justificaba en la imaginación popular los ladridos y los furiosos asaltos de los frailes blancos contra todos los herejes; del mismo modo que fué Pedro reputado como el fundador de la Iglesia porque todo edificio reposa sobre una «piedra angular». *Tu es Petrus et super hanc petram ædificabo.*

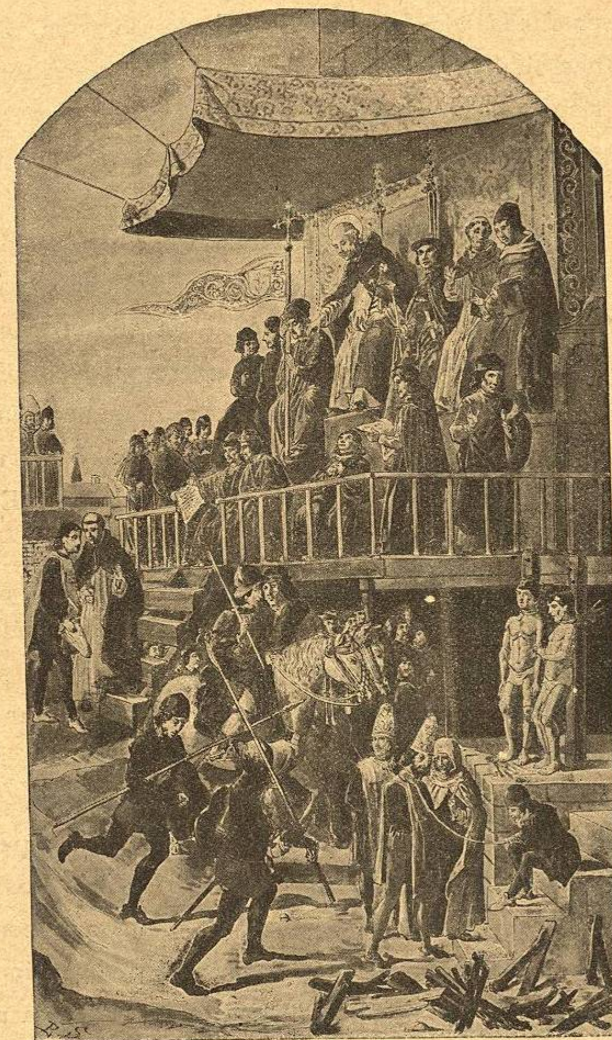
Pero la obra de purificación no avanzaba con suficiente rapidez, y entonces, en 1207, fulminó Inocencio III su última amenaza contra Raimundo, admirable ejemplo de lenguaje diplomático de la época: «Si Nos pudiéramos abrir tu corazón, en él encontraríamos y te haríamos ver las detestables abominaciones que has cometido; mas ya que tu corazón parece más duro que la piedra, difícilmente se podrá penetrar en él tocándole con las palabras de salvación... No obstante, aunque hayas pecado gravemente lo mismo contra Dios y contra la Iglesia que contra Nos en particular, te advertimos y te mandamos que hagas una pronta penitencia, proporcionada á tus faltas, para que merezcas obtener los beneficios de la absolución.



Cl. Bonfils.

JERUSALEM.—CALLEJUELA ASCENDENTE AL PALACIO DE HERODES

Si no, como Nos no podemos dejar impune una injuria tan grande hecha á la Iglesia y aun á Dios, sabe que Nos te haremos quitar los territorios que posees de la Iglesia, y, si este castigo no te reconcentra en ti mismo, Nos excitamos á todos los príncipes vecinos á que se alcen contra ti, como enemigo de Jesucristo y perseguidor de la Iglesia, con permiso cada uno de ellos de retener todas las tierras que pueda quitarte, á fin de que el país no sea más infectado de herejía...»



Museo del Prado.
AUTO DE FE PRESIDIDO POR SANTO DOMINGO DE GUZMÁN
pintado por P. Berruguete.

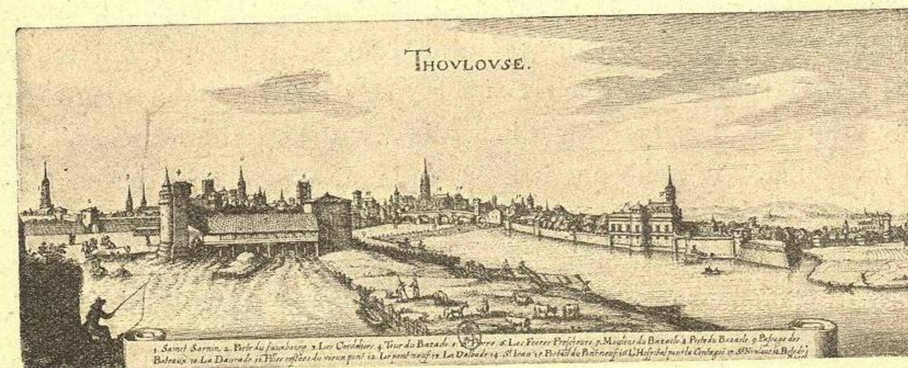
Ese permiso de pillaje concedido á los vecinos fué más eficaz que los reproches, los anatemas y las plegarias. La cruzada predicada contra el Mediodía de las Galias fué ante todo un negocio al que la herejía sirvió de pretexto: así es como en nuestros días todos los conquistadores europeos de países de Africa ó de Asia dan á sus apetitos y á sus especulaciones bellas razones de humanidad, que no engañan á nadie. Muchos aventureros se presentaron, pero necesitaban soldados mercenarios, ¿y cómo hallarlos sin un gran botín? Porque la fe era por sí misma insuficiente para estimular su celo. Si miles y miles de herejes

«cataros», «patarinos» ú «hombres buenos» tenían sobre la naturaleza espiritual del «Hijo de Dios» opiniones en discordancia con la de los prelados, no era suficiente para excitar el furor de las masas profundas de las poblaciones de Borgoña ó de la Isla de Francia; necesitaban razones más substanciales. Ahora bien, el Mediodía era rico: sus industrias le habían convertido en gran núcleo de atracción para los tesoros del mundo mediterráneo, y dirigiéndose á las gentes de bandidaje, á los salteadores de toda especie que habían surgido de las guerras feudales y de las expediciones de Oriente, dando á sus crímenes pasados y futuros la absolución papal, acompañada de la certidumbre de alcanzar la gloria eterna, Simón de Montfort, Foulques, el obispo trovador, y el feroz Dominico pudieron reunir en su rededor bandas suficientemente numerosas para atacar los poderosos municipios del Mediodía. Por lo demás, bandidos y malandrines llamados de todas las comarcas de Europa, hasta del fondo de Alemania, no habían de hacer más que seguir en país cristiano las tradiciones de rapiña y de asesinato aplicadas en país musulmán. La empresa había de llevar también el nombre de «cruzada», beneficiar de las mismas preces y excitaciones que la marcha á la liberación del Santo Sepulcro y suministrar á los combatientes la misma parte de tierra y de botín. «Todo hombre, por cierto que esté de su condenación eterna», obtendría su perdón por el solo hecho de su participación en la matanza; pero podía también — lo que sin duda sería más precioso á sus ojos — conquistar sacos de monedas contantes y sonantes — con que comprarse una señoría — con el asalto de alguna rica ciudad de patarinos, y hasta de una ciudad de buenos católicos, siempre que hubiera un pretexto de captura.

¡Cuántas veces se han repetido, bajo formas poco variadas, las famosas palabras del fraile de Citeaux, excitando á la soldadesca á la matanza de Beziers: «¡Matad, matad; Dios reconocerá á los suyos!» Se mató en grande; después de las batallas y las conquistas vinieron las operaciones fructíferas del fisco y de la Iglesia: confiscaciones por causa de herejía, impuestos, multas, venta de feudos civiles y eclesiásticos. En el arreglo de cuentas era fácil entenderse con los señores y los barones, porque el pobre pueblo pagaba las diferencias, pero contra las ciudades, contra los municipios

en que había alentado el espíritu de libertad, las venganzas fueron crueles [1]. La franca iniciativa del individuo: ¡he ahí el enemigo!

Con esas diversas vicisitudes, la guerra duró veinte años, y hasta se pudo creer que Raimundo VII, hijo del lamentable conde que se había sometido á la vergüenza de ser públicamente azotado por orden del papa, acabaría por reconquistar la herencia paternal; pero todo ello fueron éxitos efímeros, y aunque los señores feudales del Languedoc hubiesen quedado los dueños nominales de esas provincias en lugar del rey de Francia, la situación hubiera sido igualmente desastrosa, porque en el país arruinado las industrias



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

VISTA ANTIGUA DE TOLOSA

estaban destruídas. Por tercera vez, después del triunfo del cristianismo, los fanáticos salteadores del Norte se avalanzaron sobre la desgraciada ciudad de Tolosa para despojarla de su tesoros y degollar á sus habitantes. Por tercera vez, después de los Francos de Clodoveo y los Austrasianos de Carlomagno, los que se llamaban ya los Franceses hicieron brotar del suelo la fuente de sangre que, según la leyenda, aparece de era en era sobre la plaza del Capitolio tolosano. Aunque destinada á tan terribles aventuras, la gran ciudad del Mediodía ocupa ciertamente un sitio demasiado á propósito como centro de cita, por lo que no deja de levantarse después de cada desastre, soberbia metrópoli de toda la comarca entre Aude y

1 *La Croisade contre les Albigeois*, edición Mary-Lafón, Introducción, p. 28.

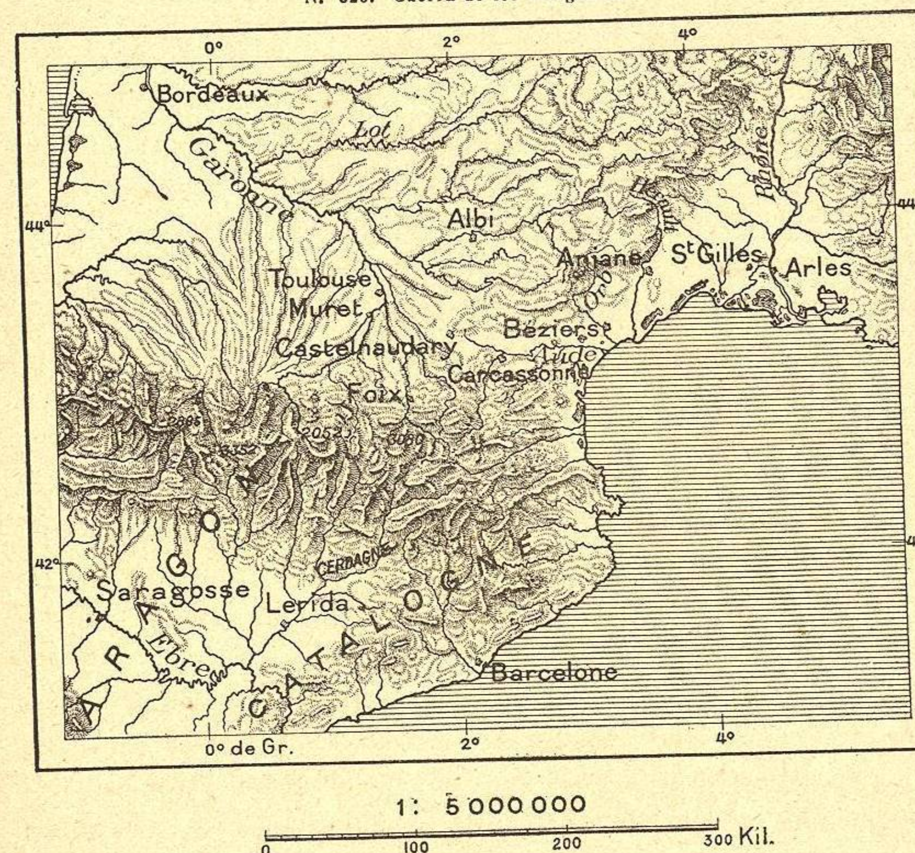
Gironda; pero perdiendo su libertad, la ciudad perdió lo que hace la vida honorable y digna. En lo sucesivo los vencidos quedaban despojados del derecho de pensar, puesto que la Inquisición les dominaba, sometiendo á la vigilancia y á la delación las menores manifestaciones de la palabra. De rabia por haber dejado muertos exceptuados del suplicio, los «hermanos» inquisidores se ingeniaron hasta quemar cadáveres, después quemaron cuerpos vivos «á la gloria de Dios, de Jesucristo y del venerable Dominico». Bernard Guy, el autor de la *Pratica* de los inquisidores, manual de los interrogatorios y de las sentencias, se jactaba de haber quemado 630 herejes en seis años (1217 á 1223), de haber atormentado y emparedado á miles. Para evitar que la juventud destinada á las funciones llamadas liberales pudiera aventurarse en las vías del pensamiento libre, se instituyó la pretendida «universidad» de Tolosa, establecimiento en que lo que se llamaba ciencia había de ser domesticado al servicio de la ortodoxia. Y, como por irrisión, en la misma época en que se fundaba esa grande escuela, la lengua desaparecía: el idioma delicioso de los trovadores se repartía en dialectos de términos torpes y balbucientes [1]. Una de las últimas obras tolosanas fué el bello poema de la «Cruzada contra los Albigenses», compuesto por un desconocido en 1210: «*Quand blanchit l'aubépine...*» (Cuando blanquea el espino albar...).

Cataluña y Aragón no perdieron menos que Provenza y Languedoc en el rebajamiento del Mediodía francés, que fué la consecuencia de la guerra de los Albigenses. Hasta el presente, los historiadores no han contado con este hecho, sin embargo tan importante, de que en el siglo XII, antes de la primera invasión de los Franceses del Norte, los Pirineos no eran considerados como un obstáculo tan formidable como lo es, aun en nuestros días, en pleno siglo de los ferrocarriles. En aquella época eran mucho más frecuentes las relaciones de la una á la otra vertiente de los Pirineos centrales que lo que han llegado á ser setecientos años después. Solían visitarse entonces de Tolosa y Carcasona á Zaragoza y á Lérida; en ambos lados la civilización se desarrollaba paralelamente, bajo las mismas influencias, y se realizaban alianzas íntimas entre las

[1] Louis Brand, *Trois Siècles de l'Histoire du Languedoc*, p. 76.

poblaciones de las dos cuencas del Garona y del Ebro, separadas por tantos bosques, rocas y praderas. La lengua era la misma, con excepción de algunas variantes de los dialectos; las relaciones eran constantes; las brechas de las montañas accesibles á los jinetes y el mar de Cerdaña servían de vía común á los visitantes del Norte y

N.º 326. Guerra de los Albigenses.



del Sud. Cuando la terrible jornada de Muret, en 1213, la mitad del ejército llamado «Albigense» se componía de Aragoneses, que con su rey Pedro pasaron por los collados actualmente tan poco frecuentados del Salat y del Ariege.

Uno de los cronistas que refieren la matanza de Tolosanos y Aragoneses, dice que después del desgraciado choque «el mundo valió menos» [1]. La expresión es exacta. Cuando quedó sólidamente

[1] *Les Croisades contre les Albigeois*, edición Mary-Lafon, p. 149.

establecido el dominio feudal de los Franceses en las llanuras meridionales, y el centro de gravedad de toda la comarca comprendida entre la Mancha y Mediterráneo se halló bruscamente desplazado hacia el Loira y el Sena, el valle del Ebro quedó por el mismo golpe privado de la fuerza de gravitación que le unía á los campos del otro lado de los Pirineos; la ruptura de las relaciones y cambios se hizo por ambas partes, de modo que los Catalanes y los Aragoneses permanecieron muy empequeñecidos en su resistencia contra los Castellanos de las mesetas. La ruina de una de las mitades del mundo provenzo-catalán produjo de rechazo la ruina de la otra mitad. Puede decirse que la misma Naturaleza tomó parte en el retroceso de civilización resultante de la victoria de Simón de Montfort. Desde entonces los Pirineos se han elevado virtualmente mucho más entre los dos pueblos. Convertidos en la frontera de grandes Estados cuyos soldados y aduaneros guardan celosamente todos los pasajes, esos montes se han transformado en un muro de completa separación. El comercio ha acabado por suprimirse casi por completo, las relaciones de vecindad han cesado enteramente; apenas algunos escasos contrabandistas se aventuran sobre las altas praderas prohibidas. Se acusa á la Naturaleza de haber creado esta barrera entre los hombres, pero tal acusación es una pura mentira: el mal ha de atribuirse principalmente á los mezquinos celos, á la imbécil reglamentación de las marcas prohibidas entre los Estados limítrofes.

Por fortuna en la Francia del Norte no se unieron rivalidades de lengua, de costumbres y de religión á las luchas, ya harto rudas y complicadas de matanzas que dieron origen á los municipios. En diversos lugares concurrieron al movimiento circunstancias muy favorables, pero donde quiera que el poder real, feudal ó religioso se mantuvo en toda su fuerza, la clase burguesa luchó en vano para adquirir el poder. Así fué que en la Isla de Francia, donde los intereses del pueblo, bajo muchos aspectos parecían confundirse con los del rey, puesto que sus esfuerzos comunes tendían á destruir los castillos de los pequeños señores, á proteger las ciudades contra los bandidos que recorrían sus alrededores y á restablecer las comunicaciones libres entre el Sena y el Loira, las gentes de las ciudades

y de las villas esperaban en vano la recompensa del concurso de sus milicias, puestas con entusiasmo á la disposición del señor, quien, si vendió algunas cartas comunales, fué en territorios fuera de su propio dominio. Mantes y Dreux fueron las únicas ciudades á él directamente sometidas á las que hizo algunas concesiones municipales; París no recibió ninguna franquicia; precisamente por ser la capital del reino, quedó privada de todas sus libertades. De siglo en siglo y en las coyunturas más diversas, razones análogas pusieron la gran ciudad en tutela considerándola como sospechosa.



Gabinete de las Estampas.

INTERIOR DE UN MERCADO EN EL SIGLO XV

Miniatura reproducida por el bibliófilo Jacob Lacroix. La Edad Media y el Renacimiento.

Pero la tensión económica era tan fuerte, á la vez en el mundo rural y en el mundo urbano, que sobre centenares de puntos, se hicieron tentativas, con buen ó mal éxito, para la agrupación de defensa común y de ayuda mutua entre campesinos y burgueses. Al final del siglo XI y durante el curso del siglo XII, el movimiento de emancipación tomó un carácter tan intenso y tan rápido, que se le ha podido comparar á una especie de explosión. En todo tiempo, y sin necesidad de recurrir á la existencia de recuerdos atávicos, los hombres se han unido espontáneamente en «conjuraciones», en «guildas», en «sindicatos», en «hermandades», ó como quieran designarse las alianzas entre individuos que sufren los mismos daños y tratan de librarse de la opresión. Según las ocasiones y los medios, el resultado de los esfuerzos varía singularmente, y las combinaciones más diversas fueron su consecuencia; pero en ninguna parte, necesario es consignarlo, un grupo cualquiera adquirió su completa independencia,

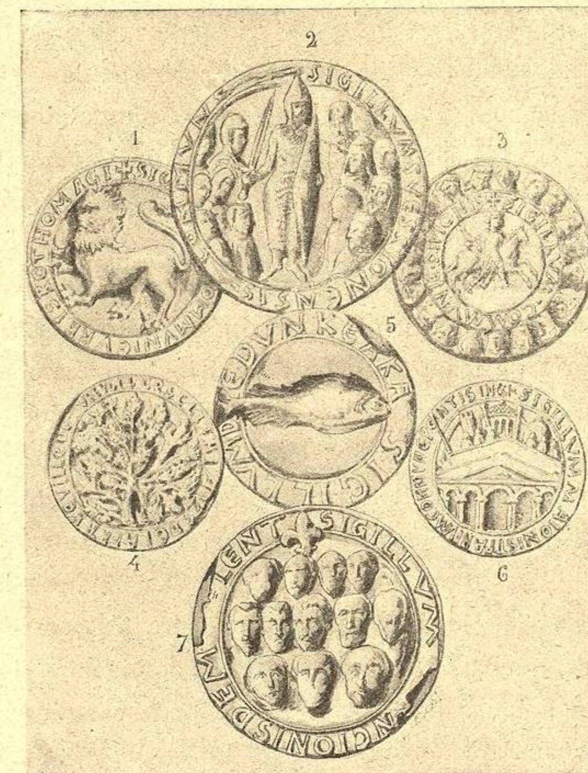
sin ningún acto de vasallaje, sin lazo ó tradición por la cual los antiguos señores, sus herederos ó sus rivales, no pudiesen reducir á los emancipados á nueva servidumbre.

Aparte de las ciudades del Mediodía, el primer ejemplo de una revolución comunalista en Francia es el del Mans, cuyos artesanos, muy numerosos, trataron desde 1069 de unirse en comunidad municipal con las ciudades y castillos circunvecinos [1]. Pero la nueva asociación entraba en conflicto con un señor feudal demasiado poderoso, Guillermo el Conquistador, para que su empresa pudiera lograr éxito feliz: la ciudad hubo de contentarse con la confirmación benévola de «sus antiguas libertades y justicias». En el Norte de la comarca, sobre los confines de Flandes, los comuneros habían de hallar un terreno más favorable. En el año 1076, el municipio de Cambrai trató de fundarse de una manera violenta contra el obispo Gerardo II. Un predicador popular, Ramihrdus, excitó á la multitud de los artesanos á la rebeldía contra el prelado simoniaco, pero tuvo la candidez de creer en el juramento del obispo y desarmarse. Pronto la ciudad fué entrada á sangre y fuego y Ramihrdus pereció en la hoguera. Sin embargo, el impulso estaba dado: En 1101, el municipio de Cambrai, restablecido por un tiempo, se constituyó casi en república independiente: poseía un ejército y se apoderó de las rentas episcopales. Un movimiento general de insurrección se propagó por contacto, y á pesar de los anatemas nada pudo la Iglesia contra la «*Commune*, nombre nuevo, nombre detestable» [2]. A su vez se ve á la mayor parte de las ciudades episcopales de la Picardía y países vecinos, Noyon, Beauvais, Laon, Ámiens y Soissons proclamarse libres. Las ciudades condales de la misma región obtuvieron más fácilmente sus privilegios; hubo señor, cómplice á medias, que se sintió feliz de hallar en la burguesía naciente una aliada contra príncipes rivales.

El área de libertad donde las revoluciones comunales fueron la regla y transformaron la sociedad subordinando los obispos y los príncipes á la burguesía, se extendió, al norte de la Isla de Francia,

[1] A. Luchaire, *Les Premiers Capétiens*, «Histoire de France», de Ernest Lavisse, t. II, 2.ª parte, p. 348.
[2] Abbé Guibert de Nogent, citado por A. Luchaire, *Les Premiers Capétiens*, p. 349.

en las cuencas del Oise, del Aisne, del Somme, del Lys y del Escalda, que eran las comarcas más industriosas y más comerciales de la Europa occidental, y allí, por consecuencia, debía nacer el nuevo estado social. Ya, durante el período de la ocupación romana, los ribereños del Escalda eran hábiles en el tejido de telas de lino y preparaban el *birris*, que se exportaba hasta más allá de los Alpes. Los «prados salados» que bordean el litoral eran á propósito para la cría del carnero, y los habitantes podían fácilmente recoger la lana en cantidades muy superiores á sus propias necesidades; de ahí nació espontáneamente la industria pañera. «Los paños frigios de la alta Edad Media no son, bajo otro nombre, sino los paños fabricados en la época romana por los Morins y los Menapios» [1]. Eran bien conocidos en las ferias de Saint-Denis desde los tiempos merovingios; después se les exportaba por cargas considerables por los ríos de Bélgica hacia el centro de Europa, mientras que por mar se expedían á la Gran Bretaña y á Escandinavia. Tal fué el principio de la prodigiosa fortuna de las ciudades industriosas del norte de Francia y de Flandes.



Archivos Nacionales.

SELLOS DE MUNICIPIOS

1. Ruan. 2. Soissons. 3. Dijon. 4. Maubeuge. 5. Dunkerque. 6. Pontoise. 7. Meulan.

[1] H. Pirenne, *Histoire de la Belgique*, t. I, p. 5, véase también ps. 171-179.

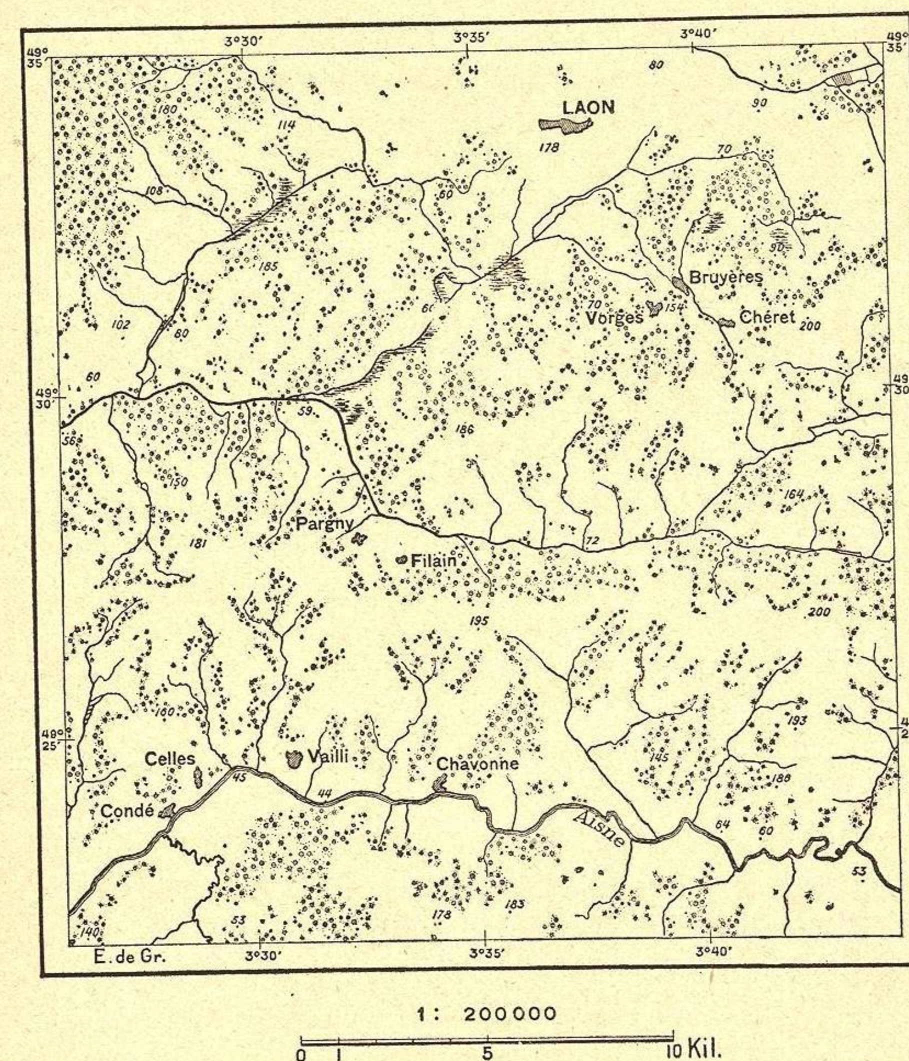
Un siglo antes de las Cruzadas, las formas de contrato no eran conocidas y practicadas más que por los nobles y gentes de Iglesia; pero he aquí que burgueses y hasta campesinos se unen para obtener contratos, «compras» de emancipación: por cientos y por miles se multiplican los pergaminos fijando los antiguos derechos y estipulando los nuevos. Hasta los siervos llegan á ser libres en las «salvedades» y se hacen garantir sus derechos por escrito. Después de la constitución de los grandes municipios urbanos de «fe jurada», se establecieron multitud de pequeños municipios rurales sobre el mismo plan; tal fué la regla en ciertas comarcas. Luchaire cita especialmente cuatro villas del país de Laon y seis del Soissonesado que se constituyeron de una parte y de otra en federaciones rurales [1]. La carta de Arras fué el tipo modelo que se reprodujo en la mayor parte de los otros pactos municipales. La ciudad adquirió una especie de preeminencia entre los otros municipios, quizá porque poseía un taller monetario: los condes de Flandes se reservaban citar, ante los regidores de Arras, los magistrados de las otras ciudades acusados de haber pronunciado juicios falsos.

Las grandes llanuras agrícolas, en que las ciudades abiertas no eran sino lugares de mercado para los campesinos de las inmediaciones, quedaron casi todas bajo la dominación de los señores, por ser las condiciones de lucha demasiado desventajosas para los descontentos. Así fué que en el valle del Loira, excepto en Orleans, los burgueses no hicieron ninguna tentativa de federación comunal, al menos que tuviera suficiente importancia para que la historia la mencionara. Pero al sud del Loira, sobre la gran vía histórica de la Francia occidental, Poitiers trató de emanciparse, en 1137, primer año del reinado de Luis VII. Este comprendió inmediatamente el peligro, y su primer cuidado fué declararle la guerra para disolver el municipio naciente: todo el Poitou hubiera sido perdido para él si la metrópoli de la comarca hubiera formado una confederación de paz y de amistad con todas las otras poblaciones de la provincia. La liga poitevina se había constituído sobre el modelo de las federaciones lombardas; pero no tenía ni los recursos ni el valor de los adversarios de Barbarroja.

[1] A. Luchaire, *Les Communes françaises à l'époque des Capétiens*, ps. 69 y siguientes.

Los municipios del Norte tuvieron en Flandes el período más glorioso. El nombre de Flandes suscita actualmente la idea de un país completamente germánico: se llama así la parte de Bélgica

N.° 327. Villas federadas del Laonesado.



donde se habla el antiguo *thiois*, pero en la época de las revoluciones comunales ese nombre no tenía sentido etnográfico especial; su significado era puramente político y se aplicaba á todas las comarcas colocadas bajo el señorío de los condes de Flandes, lo mismo á los habitantes de Arras que á los de Brujas y de Gante. Por lo

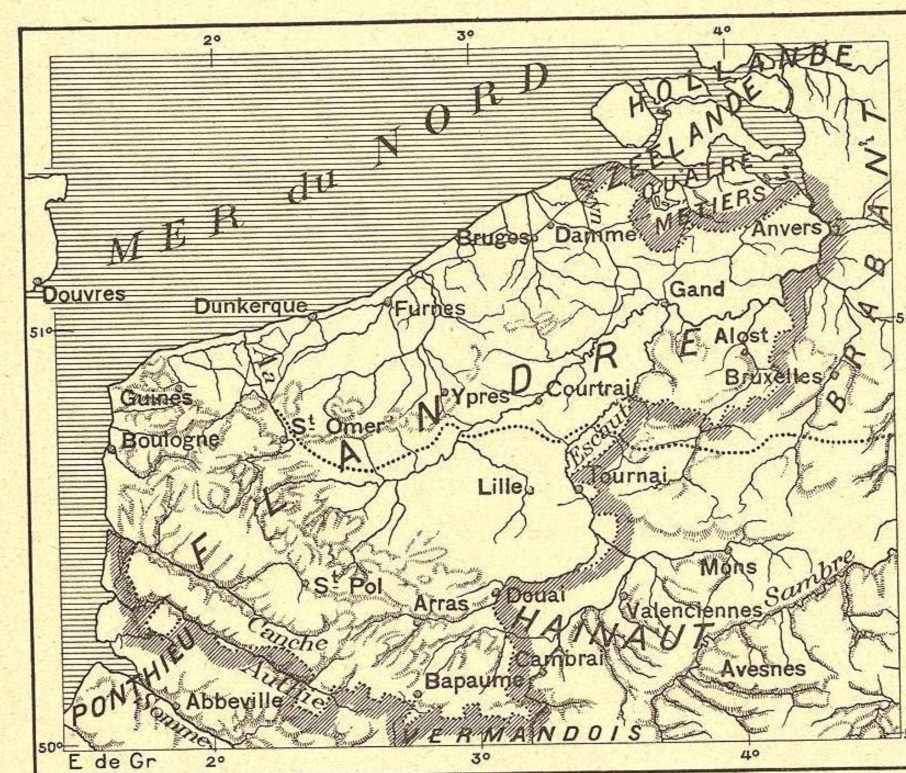
demás, ¿no se dice aún Lille en Flandes [1], aunque esta ciudad se halla desde tiempo inmemorial fuera de los límites del idioma germánico designado especialmente como el lenguaje flamenco? Las revoluciones de Flandes anteriores al régimen borgoñón no han tenido ningún carácter nacional, como algunos patriotas contemporáneos desean: han sido exclusivamente comunalistas y sociales, és decir, mucho más serias en el fondo que lo que se les querría representar. Pero también es cierto que por una consecuencia necesaria, la tenaz resistencia de las ciudades flamencas ha contribuído á señalar los límites del país por el lado sud y á determinar así la preparación de un futuro Estado de Bélgica.

En Flandes la importancia á la vez industrial y comercial de de Brujas llegó á ser completamente excepcional, debido á que varias vías históricas mayores se reunían en sus inmediaciones. Los ríos navegables en su curso inferior, Rhin, Mosa y Escalda, eran naturalmente los caminos principales de los cambios; pero la navegación no quedaba siempre libre, sea á causa de las inundaciones, de los cambios de cauce y de las tempestades, sea á consecuencia de las dificultades fiscales, militares ó políticas; el comercio apreciaba mucho esta ciudad unida á la alta mar por un canal siempre accesible. Un gran camino que pasaba por el interior de las tierras hubo de reemplazar con frecuencia la vía fluvial: los mercaderes solían tomar el camino que conduce directamente al Oeste por el «trayecto» de Maestricht [2] hacia las tierras bajas de Flandes. Brujas, anticipándose á Amberes, llegó á ser el verdadero puerto del Rhin, aunque situada á gran distancia de su desembocadura, y, en el interior de las tierras, Gante fué el depósito principal de las mercancías entre Alemania y los Países Bajos [3]. Y no solamente las dos ciudades de Brujas y de Gante se hallaban al punto de llegada del gran comercio germánico, sino que estaban también en los lugares de escala natural entre el mediodía y el norte de Europa. Brujas tenía el carácter no menos cosmopolita que Venecia: por ella el derecho marítimo, nacido en las orillas del Mediterráneo, se dió á conocer

[1] H. Pirenne, *Histoire de la Belgique*, p. 89.
[2] Maestricht, traducción del nombre latino *Trajectum ad Mosam*.
[3] H. Pirenne, *loc. cit.*, t. I, ps. 240-244.

á los navegantes del mar del Norte, quienes designaban aquella ciudad bajo el nombre de Zeerecht van Damme, según el antepuerto de Brujas, que se abría en otro tiempo en la extremidad del estuario del Zwyn: así fué como, sobre las costas oceánicas de Francia,

N.° 328. Condado de Flandes en el siglo XII.



La línea puntillada indica el límite actual de las lenguas flamenca y franco-walona.
Flandes en aquella época formaba parte del reino de Francia, excepto el distrito situado sobre la orilla derecha del Escalda, de Gante hacia Alost.

las prácticas marítimas habían sido codificadas por Franceses, Ingleses y Rochelleses bajo el nombre de «Costumbres de Olerón». Precisamente á causa de la universalidad de su comercio, Brujas debía hallarse fuera de la confederación de las ciudades libres de Germania; se abría demasiado á las transacciones mundiales para estrechar su campo de actividad por tratados particulares. Hacia el fin del

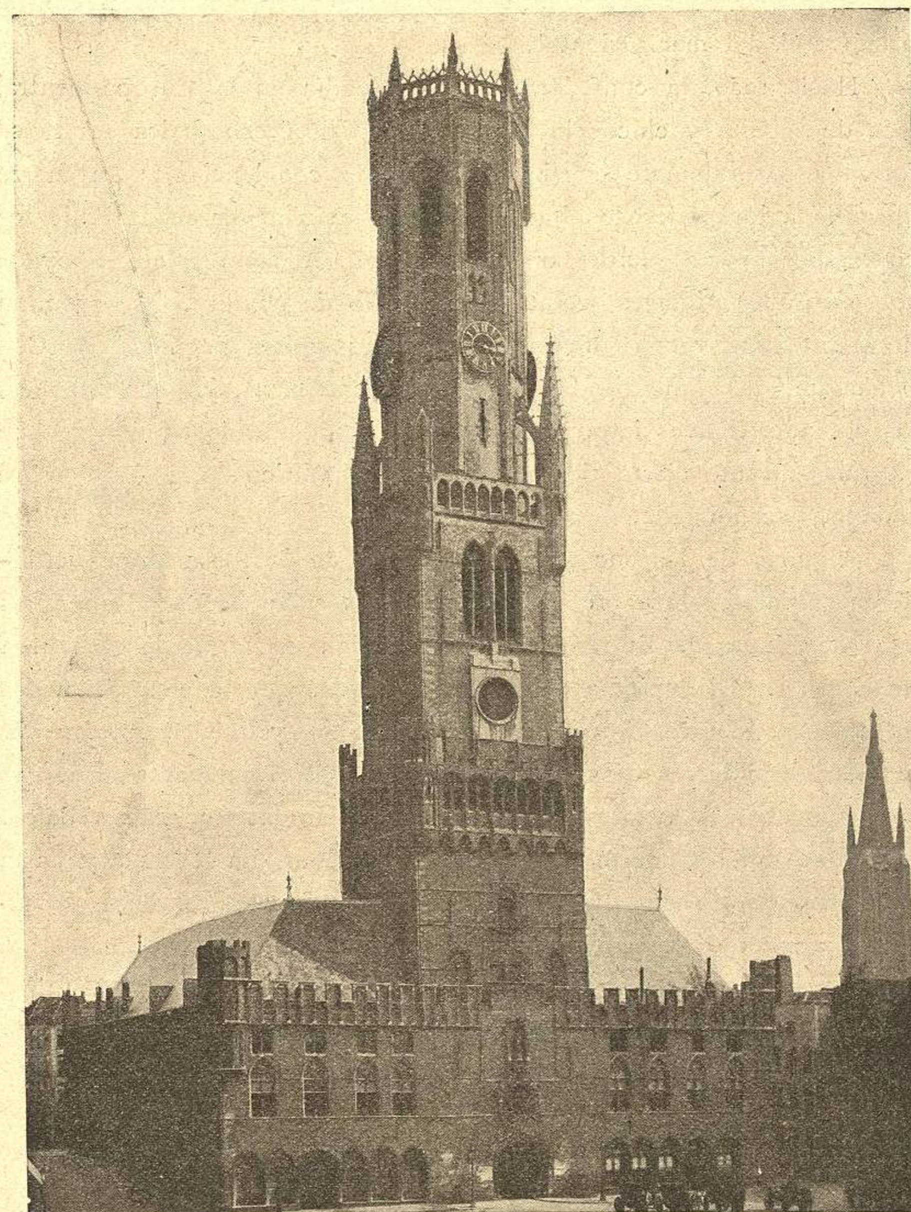
siglo XIII, un texto redactado para uso de los mercaderes enumera más de treinta comarcas diferentes, tanto cristianas como musulmanas, «de las cuales vienen mercancías á Brujas»; ninguna tierra era comparable en tráfico «con la tierra de Flandes»[1]. Después de la conquista de Artois por Felipe Augusto, Brujas llegó á ser también la gran ciudad de los bancos á expensas de Arras, reconcentrando en sus despachos todos los elementos del comercio occidental.

Al mismo tiempo que la organización comunal, se desarrollaba un movimiento de federación entre artesanos de una misma industria y participantes en el mismo tráfico. Solicitados por sus intereses solidarios, los mercaderes de una ciudad se asociaban á corresponsales de ciudades vecinas ó lejanas: de ese modo nacía un cuerpo internacional, independiente de las condiciones de lengua, de gobierno y de costumbres. En cada una de las ciudades aliadas por el comercio en general ó por tal especialidad, no teniendo la mayoría de los habitantes intereses comunes, continuaban ignorándose de mercado á mercado, mientras que de una parte y de otra los burgueses de la liga fraternizaban sobre tierra y mar. Esta nueva vía, que penetraba el cuerpo de Europa y creaba para su uso un organismo nuevo, anunciaba un mundo futuro completamente distinto del que se había experimentado hasta entonces, regido por el papa ó por el emperador, por los frailes ó por los barones.

Los primeros orígenes de la Ansa, muy obscuros, remontan al principio del siglo XI. En aquella época, los negociantes de Colonia, asociados á burgueses de ciudades westphalianas, poseían en Londres una factoría privilegiada donde las compras y las ventas se hacían para ellos con grandes ventajas. Después, Lubeck, que llegó á ser la residencia principal de las Dietas y de los Consejos, como también del Tribunal Supremo, tomó parte en las mismas operaciones; alcanzó el rango económico de «Reina de la Ansa», y en el mar Báltico, á la mitad del siglo XIII, la «Wisby dorada», la poderosa capital de la isla Gotland y de todo el «tertial» anseático de la Europa nor-oriental, «donde los cerdos comían en dornajos de plata», llegó á ser el gran depósito del comercio de Alemania

[1] Warnkœnig-Gheldolf, *Histoire de la Flandre*, t. II, p. 516, citada por Pirenne.

con Escandinavia, Finlandia, Ehstonia, Livonia y «Sus Señorías» Pskov y Novgorod. Los «derechos» de Wisby son aceptados como



MERCADO Y TORRE DE BRUJAS — Cl. J. Kuhn, edit.

el código marítimo de todos los navegantes del Báltico. Después, la influencia de los mercaderes de Alemania, domiciliados en las factorías extranjeras, reaccionó sobre la madre patria, y muchas ciu-

dades germánicas se asocian sucesivamente bajo el patronato de San Nicolás y bajo la hegemonía de las dos ciudades de Lubeck y de Hamburgo, centralizando, ésta el comercio del mar del Norte, la primera el del mar Oriental.

Hacia 1250, la confederación comprendía en la Europa central más de setenta y cinco ciudades, cuya alianza económica se transformaba naturalmente en liga política; la conciencia de su fuerza permitía á los poderosos burgueses intervenir en los acontecimientos contemporáneos y expresar su voluntad, frecuentemente apoyada sobre bandas militares reclutadas á precio de compra. En 1362, la flota anseática venga ofensas comerciales sobre la ciudad de Copenhague, á la que se despoja de sus campanas, y poco después, las ciudades ligadas imponen á Dinamarca un tratado humillante que asegura durante cierto tiempo el dominio político de la Ansa sobre toda la Escandinavia.

Algunas de las factorías extranjeras de la Ansa eran verdaderas colonias, entre otras, unas villas pescadoras fundadas en las islas de Moen, de Bornholm, como también en la península sueca de Escania. El depósito de Bergen, en Noruega, no contaba menos de 3,000 residentes, procedentes de Alemania, y que constituían dos pequeñas repúblicas de empleados célibes. Establecimientos menores se escalonaban á lo largo de las costas en Inglaterra, Países Bajos, en Francia en los puertos de Harfleur, Honfleur, La Rochela y hasta en Portugal. En las llanuras orientales de Europa, la Ansa germánica extendía directamente su imperio sobre las mil asociaciones ó «artelas» de cazadores, pescadores, artesanos de toda especie, fijos, móviles y hasta errantes, que aportaban el producto de su industria á las ciudades de mercado. La Francia del Norte tenía también su «Ansa»: en 1237, una convención de los burgueses de Londres fué dirigida á los mercaderes de Amiens, de Corbie y de Nesle, asegurándoles el tratamiento de comburgueses londinenses en toda Inglaterra, mediante el pago de 50 marcos á los sherifs de Londres para la descarga y la carga de sus mercancías en la ciudad (E. Nys). Pero de todos los burgueses extranjeros que comerciaban en Londres, aquellos de quienes se apreciaba más el crédito y el buen oro *sterling*, eran los Œsterlinger ó los «Easterlings» de las factorías anseáticas.

Las ciudades de la Ansa, ligadas para la defensa de sus intereses comerciales, solían considerarse como otras tantas repúblicas

N.º 329. Ciudades de la Ansa germánica.



Las ciudades más distantes del mar eran Breslau (Bu), Erfurt (Er), Andernach (An) y Dinant (Di). — Lubeck, ciudad de imperio en 1226, concluyó en 1241 un tratado de alianza con Hamburgo (H), luego con Soest (So), antes con Brema (B) y toda otra ciudad.

Las disposiciones del Código marítimo de Wisby eran tomadas del Código de Lubeck, de las matrículas de Olerón, de los juicios de Damme y de Westkapelle (Flandes) y de las costumbres de Amsterdam (A), de Stavoren (St) y de Enkhuyzen (En). — (George Blondel.)

independientes de la autoridad imperial y real, sometidas únicamente á la jurisdicción de los magistrados elegidos por ellas; los recintos, las fortificaciones regulares de que como las otras ciudades se habían

rodeado, les defendían contra el señor feudal; deseando la paz para el desarrollo de su comercio, imponían un reposo relativo á los señores feudales y á sus lansquenetes. También intervenían en la política de los reinos escandinavos, y desde 1361, fecha de la destrucción de Wisby por un rey dinamarqués, hasta la mitad del siglo XVI, regentaron en cierto modo la Europa del Norte. Pero las divergencias impidieron á la liga desarrollarse en proporción del aumento de los cambios europeos. Careciendo del suelo necesario que hubiera podido servirle de punto de apoyo [1], quiso, no obstante, conservar el monopolio, reservándosele para siempre por medio de medidas prohibitivas, y hasta quiso limitar, en provecho de las ciudades más poderosas, el número y la importancia de los mercados. El comercio es esencialmente móvil y todas las tentativas hechas para fijarle debían enemistar los intermediarios, obligándoles á buscar nuevas vías. El tráfico se desplazó en gran parte, y la Ansa, herida de muerte, fué pereciendo gradualmente, absorbida por sus vecinas políticas.

Como lo habían presentido los representantes de la Iglesia, sacerdotes y frailes, cuando lanzaban sus apasionadas maldiciones contra el «execrable» municipio, los burgueses y los artesanos de las ciudades, que se ligaban para la producción industrial y para la venta de sus mercancías, se desprendían forzosamente de la influencia eclesiástica y hasta acababan por serle hostiles. El suelo de los municipios no pertenecía ya más que en una parte mínima á los capítulos ó á los conventos; en algunas ciudades había sido reivindicado por completo; los sacerdotes no gozaban ya de ningún privilegio especial, y cuando se hacían culpables de algún delito habían de comparecer como cualquier otro ciudadano ante los tribunales civiles; los frailes de Brujas no tenían el derecho, como en las otras ciudades de Flandes ó Alemania, de vender su vino bajo las bóvedas de las bodegas, libre del pago de derechos [2]. Se llegó hasta prohibirles recibir las ofrendas y se les quitó la enseñanza de los niños. Los mercaderes fundaron para sus hijos escuelas laicas, y, por un

[1] Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Vœlkergræsse*, p. 46.
[2] H. Pirenne, *Histoire de la Belgique*, t. I, p. 258.

movimiento paralelo al de los municipios, las universidades cesaron de ser lo que fueron en un principio, cuerpos eclesiásticos fundados con la autorización y bajo la bendición del papa, como los obispados y los conventos. Gracias á la herejía, al espíritu de libertad, se

N.º 330. La Ansa y Venecia.



1: 40 000 000

0 1000 2000 3000 Kil

Los puntos negros representan las ciudades y factorías de la Ansa germánica; los puntos abiertos indican las ciudades que traficaban especialmente con Venecia y Génova.

Los territorios rayados son las posesiones territoriales de Génova, Córcega y las de Venecia (Chipre, Candía, Negroponto, litoral dálmata y griego).

alejaron de su objeto principal, que fué enseñar en primer término las cosas del orden sobrenatural, las «verdades de la revelación», no tratando las ciencias del orden natural sino en sus relaciones de subordinación á la teología, señora universal del saber.

Pero el burgués, aunque conservando todavía la fe ó la ilusión de la fe, trataba de conciliarla con la razón, ó con su buen sentido

práctico de las cosas. Una primera universidad se abrió en Bolonia (1119), como continuación de una escuela de Derecho, fundada en 425 por Teodosio II; después se crearon rápidamente otros centros en Italia, en Francia, en España, en Inglaterra, en las márgenes del Danubio y del Rhin, todas semejantes por su división en facultades y la agrupación de los alumnos. La ilusión de los profesores que, pretendiendo permanecer cristianos, querían mostrarse filósofos, no podía dar otro resultado que la perversión y la ruina de la fe: en todo razonador se revelaba ya el protestante futuro [1]. A pesar de una resistencia encarnizada, la influencia de Aristóteles acabó por dominar sobre la de San Agustín: pronto no hubo fraile bastante ignorante para atreverse á sostener que la tierra era plana; todos los alumnos salidos de las universidades habían aprendido de los Griegos y de los Arabes que era redonda.

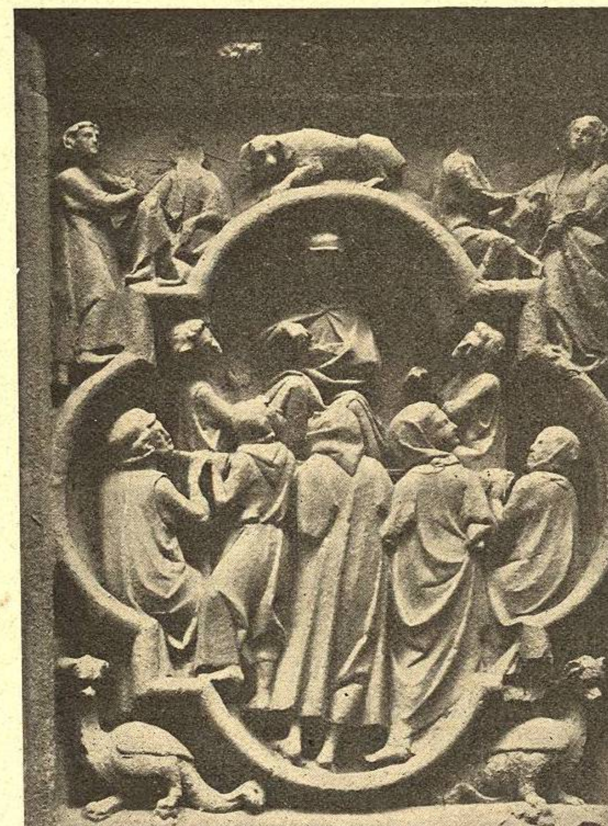


Cl. Giraudon.
ESCENAS DE LA VIDA DE LOS ESCOLARES PARISIENSES
(Catedral de París, siglo XIII)

Bajo ciertos aspectos, las universidades de la Edad Media eran corporaciones libres, independientes las unas de las otras y del Estado. Podían, pues, reivindicar con dignidad sus privilegios y

[1] Victor Arnould, *Histoire Sociale de l'Eglise*, «Société Nouvelle», Enero 1897, páginas 32, 34.

libertades contra los príncipes y sus mandatarios; pero por la teología, de que todas las otras ciencias eran no más que servidoras, se consideraban como constituyentes de una parte de la Iglesia, aunque parcialmente fueran rebeldes. Los estudiantes eclesiásticos eran en ellas mucho más numerosos que los otros, porque en la jerarquía episcopal era donde las ambiciones tenían más probabilidad de poder satisfacerse, y en ese sentido obraba el fenómeno de «capilaridad social» descrito por A. Dumont en los otros dominios. Como en la Iglesia, las universidades estaban abiertas á todos: lo mismo recibían mendigos, que canónigos y príncipes; estaba perfectamente admitido que los estudiantes recurriesen á la mendicidad ó al trabajo manual para subvenir á sus necesidades; una multitud de escolares vivía como servidores de escolares ricos, aunque gozando oficialmente de las mismas prerrogativas fuera de la universidad. Pero en el Estado distinto que constituía el vasto organismo de la Escuela, con sus costumbres, sus leyes y su voluntad divergente, no dejaba el favor, como en todos los demás Estados, de gravitar hacia los grandes y poderosos. Por lo común, el rector protegía sus alumnos contra el burgués, pero ejercía sobre ellos un poder absoluto, en lo espiritual como en lo temporal.



Cl. Giraudon.
ESCENAS DE LA VIDA DE LOS ESCOLARES PARISIENSES
(Catedral de París, siglo XIII)

La gran ventaja de las universidades de la Edad Media consistía en que no estaban roídas por la rutina qué impone la centralización: respecto de este punto se acercaban al ideal acariciado por los pensadores mucho más que esas escuelas de nuestros días, en que se adiestran y marcan los jóvenes diplomados para el combate de la vida. Así las profesiones de maestros y de discípulos no eran esencialmente distintas, sobre todo en la Facultad de filosofía, generalmente designada con el nombre de «Facultad de los artistas», donde los estudiantes se instruían mutuamente, de manera que tal miembro de la asociación que conocía perfectamente una rama de la ciencia, la enseñaba á sus compañeros, para sentarse á su vez sobre los bancos de los auditores cuando otro alumno le reemplazaba en la cátedra para otro curso [1]. Hombres de todas edades estudiaban juntos, porque las universidades no eran entonces simples fábricas de doctorados, y muchos estudiantes proseguían indefinidamente sus investigaciones en el medio de saber que les convenía, sin verse obligados á obedecer la imperiosa obligación de crearse rápidamente una carrera. Por último, las universidades tenían un carácter esencialmente internacional, como la Iglesia; pertenecían, no á tal ciudad ó á tal distrito, no á un pueblo, sino á todo el mundo culto, y los alumnos, agrupados en «naciones», hallaban una patria común en la grande Escuela donde las ideas pertenecían á todos. Es uno de los rasgos más amables de ese período de la Edad Media, ese espíritu de cordial fraternidad con que se trataban los miembros de la gran familia de los que buscaban el saber. Tenían clara conciencia de que formaban entre sí una gran república, débil por el número, es cierto, pero estrechamente unida por el sentimiento de un ideal común.

De ese modo, sobre el terreno de la ciencia, la sociedad laica y burguesa trabajaba incesantemente para desprenderse del yugo real de la dominación eclesiástica; el dominio del espíritu le pertenecía por derecho de conquista como el de los oficios, del tráfico y de las artes. Pero el derecho que da la fuerza no estaba siempre

[1] Jean Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen Age*, p. 74.

de su parte en sus luchas contra la nobleza, de cuya opresión quería librarse; las ambiciones de los hombres, alimentadas por la envidia y el rencor, productos de la desigualdad social, hacían renacer constantemente la aristocracia, hasta cuando parecía vencida. Como las repúblicas italianas, las ciudades flamencas tuvieron que sufrir alternativamente la dominación del «pueblo flaco» y la del «pueblo gordo». Las gentes de los linajes ó *geslachten*, los patricios, llamados también los «hombres heredables», trataban de acaparar todo, el suelo, los capitales, las funciones y los títulos. Hasta cuando las gentes del pueblo no osaban rebelarse directamente contra ellos, á lo menos se enardecían para negarse á trabajar, las huelgas ó *takehans* se sucedían unas á otras muy numerosas, y hasta se vió al principio del siglo XIII agruparse las ciudades manufactureras en una especie de ansa para defender los intereses de los patronos contra los obreros turbulentos ó sospechosos. En el seno de los municipios se hallaba latente la «lucha de clases», como en nuestros días en todas las naciones industriales. La guilda mercantil ó manufacturera era una ruda señora respecto de los artesanos, y tenía gran cuidado de impedir á los pobres esa emancipación que, para sí misma, le había parecido tan legítima. Los obreros estaban estrechamente vigilados por espías especiales, designados en Flandes bajo el nombre de *eswardeurs* (mirones). Los agentes de la guilda tenían el derecho de entrar á toda hora en todos los talleres, «porque la inviolabilidad del domicilio, proclamada por las cartas urbanas, no existía para el taller». Se excitaba la delación, atribuyendo una parte de la multa al denunciante, y para que la vigilancia fuese más fácil, se obligaba al obrero á trabajar á la vista de los transeuntes, á su ventana ó ante su portal [1]. Como consecuencia, cada divergencia civil encontraba en seguida bandas armadas entre los obreros descontentos. Los combates ensangrentaban con frecuencia las calles de Brujas, de Gante, de Ipres y de Doaui; todo pretexto, toda ocasión renovaba el conflicto.

Los municipios de la Edad Media, cualquiera que fuese su superioridad sobre el régimen feudal, contenían, pues, en sí mismos, el germen de su propia muerte. Hubiesen podido durar mucho

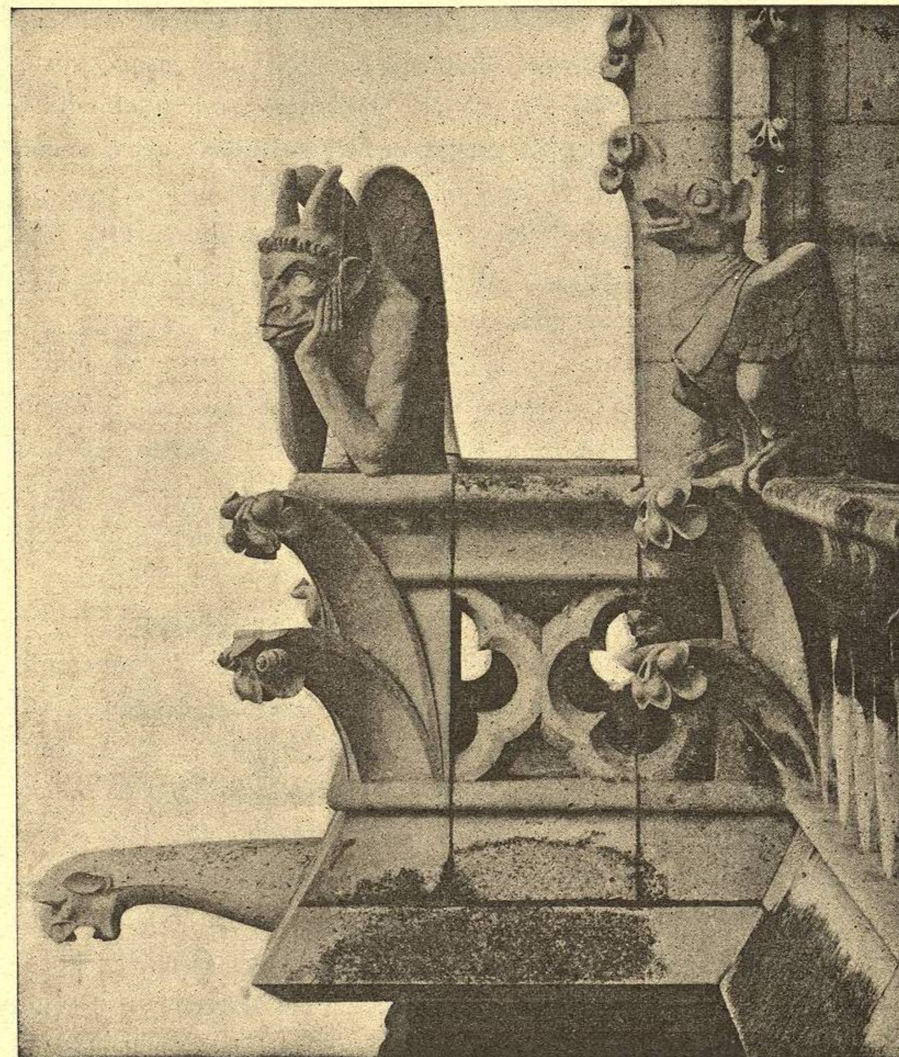
[1] H. Pirenne, *Histoire de la Belgique*, t. I, ps. 255, 256.

tiempo, ó á lo menos evolucionar de una manera normal, si hubiesen presentado una perfecta unidad de sentimientos y de voluntad contra el enemigo exterior, pero estaban forzosamente divididos por la lucha de las clases. Es verdad que los adversarios del exterior estaban también divididos, ¡pero eran tantos! Los municipios eran como islas diseminadas en un mar sin límites. Sobre los municipios burgueses, los reyes y los sacerdotes; debajo, los obreros y los campesinos. Y á causa de resultar éstos perjudicados, aquéllos, los antiguos señores, habían de reconquistar el poder. La historia demuestra cuán metódica y rigurosa era la regla en las ciudades anseáticas; cuán cuidadosa de la ganancia, estrecha é implacable con los que no pertenecían á la liga. El extranjero, para los anseatas, era una presa: no entraba al servicio á bordo de sus barcos; no se le confiaba la carga de ninguna mercancía; á toda costa había de evitarse que el menor beneficio se extraviara sobre un intruso. Y en cuanto á la turba de los campesinos, quedaba siempre separada de la ciudad, más por el desprecio de los ciudadanos que por las murallas y los fosos. ¡Cuántas veces las ciudades se entendieron con los señores, sobre la cabeza del campesino, «para ganar de ese modo preciosas alianzas» y se hicieron los peores enemigos de aquellos que hubieran debido ser sus amigos naturales! Pero una victoria complicada de felonía acaba siempre por cambiarse en derrota: los señores á quienes los comuneros se habían confiado, volvían frecuentemente á la ciudad como peligrosos dictadores, sobre todo los que habían recibido el título de «comburgueses», y que, aunque se les suponía iguales, se consideraban todavía como señores [1].

Como quiera que sea, la maravillosa iniciativa que dió nacimiento á los municipios atestiguaba una superabundancia de fuerza que se manifiesta en todos los productos de la actividad y cuyos monumentos más soberbios son los edificios que se levantan en el centro de las ciudades. El espíritu laico tuvo, pues, una gran participación en esas obras, cuyo nombre de «iglesias» podría equivocadamente representar como de origen puramente religioso.

[1] Pierre Kropotkine, *L'Etat, son Rôle historique.*

Naturalmente las raíces múltiples de esa admirable planta arquitectónica se desarrollaron en todas las formas anteriores de la civilización, del mismo modo que desde el punto de vista puramente



Cl. J. Kuhn, edit.

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS, QUIMERAS Y GÁRGOLAS

material, se pueden explicar por todos los progresos sucesivos en el arte de edificar. Ciertamente que es grande la diferencia de las pesadas bóvedas merovingias, semejantes á cavernas, y las suntuosas catedrales, que se dilataban hacia el cielo como flores gigantescas; sin embargo, comparando unas con otras se observan todas las tran-

siciones evolutivas, semejantes á las del árbol de los bosques. La inexperiencia de los arquitectos, mezclada sin duda al sentimiento de pavor religioso que llevaba á los pueblos todavía bárbaros á ocultarse en la tierra para hablar á sus divinidades chthónicas, explica la forma de las primeras iglesias cristianas, completa ó parcialmente enterradas, con cintras plenas, húmedas, negras de musgo, sostenidas por pilares gruesos y pesados. Después, cuando el edificio se desprendió libremente para elevar al aire sus altas naves, se conservó la costumbre hasta el final del siglo XI, y aun hasta el XII (de Caumont), de conservar las criptas bajo las iglesias: en ellas se conservaban las reliquias, y el culto, celebrado en la obscuridad, adquiría un carácter más misterioso, más formidable, como si allí se adorasen aún los genios de la tierra, á la vez dioses y demonios.

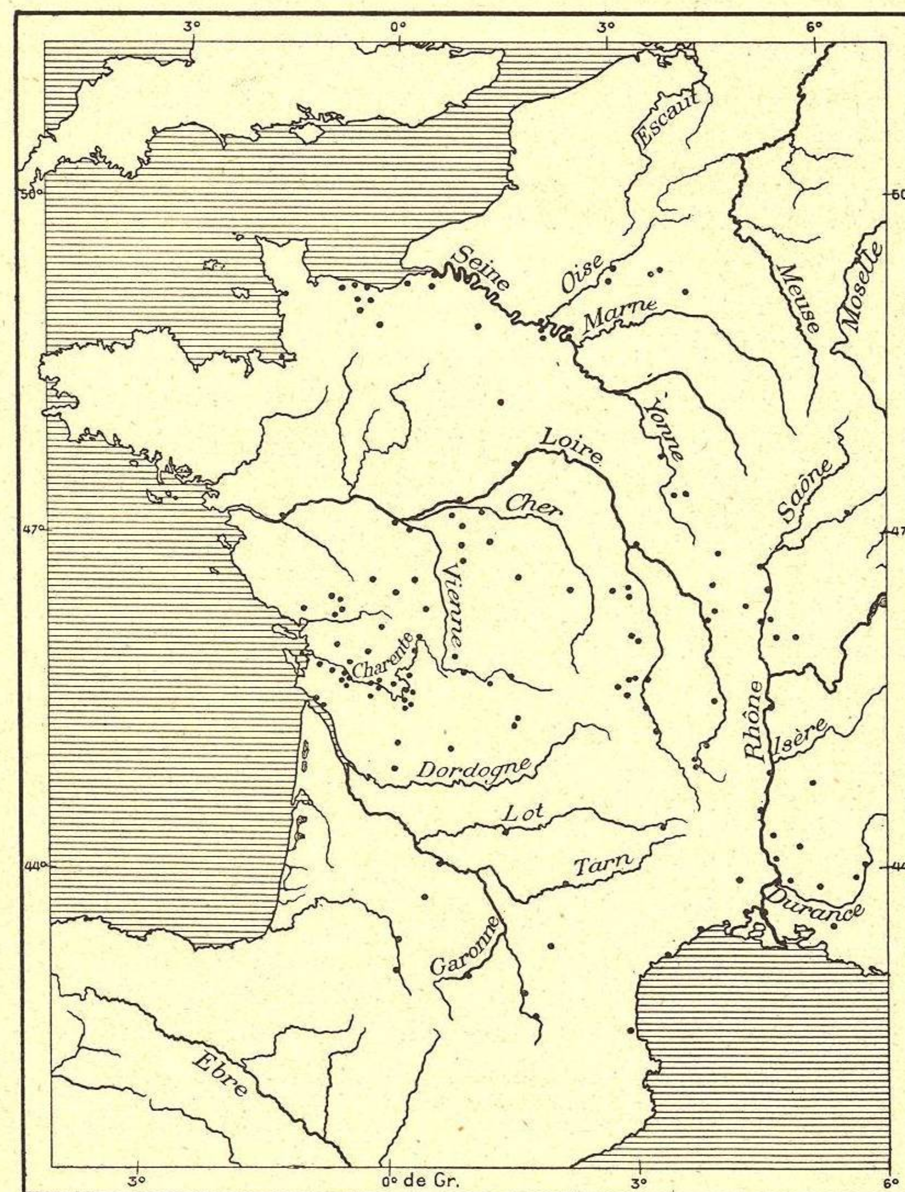
Es evidente que la influencia oriental, simbolizada en Bizancio, que servía de baluarte á toda Europa contra el mundo asiático, ofreció sus modelos á los edificios religiosos que se elevaron en el Occidente en las épocas de progreso y de paz relativa que sucedieron á las invasiones bárbaras.

Esa influencia sería probablemente mucho más poderosa que lo que suele imaginarse, porque las numerosas iglesias bizantinas que existen en toda Europa y especialmente en Auvernia, Perigord, Angoumois y Saintonge atestiguan en pro de la intimidad y de las relaciones frecuentes entre Constantinopla y esas provincias. Se comprende fácilmente que entre los Venecianos, esos comerciantes tan activos como intermediarios de los cambios en el Mediterráneo, haya habido artistas que se inspirasen en el estilo de la suntuosa iglesia dedicada á los Santos Apóstoles por Justiniano, y que de él se hayan aprovechado para elevar su propio monumento de San Marcos; pero causa admiración ver en la misma época (984 á 1047) erigirse en Perigueux la bella iglesia de cúpulas de San Front [1], que ha sido el modelo de muchos otros edificios religiosos entre Loira y Garona, y, por evolución gradual, el punto de partida de la arquitectura ojival en el resto de Francia [2].

[1] Ed. Corroyer, *Les Origines de l'Architecture française au Moyen Age*, reunión pública anual de las cinco Academias, 25 Octubre de 1898.

[2] F. de Verneilh, *Architecture byzantine en France*. — Véanse diversos grabados del capítulo de las Cruzadas.

N.° 331. Algunas iglesias bizantinas.



Quizá más allá de Constantinopla hayan de buscarse algunos de los iniciadores directos de los arquitectos del Occidente: parece que unos artistas persas ejercieron su influencia, no por interme-

diarios y por contacto, sino por enseñanza inmediata. Dieulafoy y otros arqueólogos han reconocido con admiración que la iglesia de San Filiberto, en Tournus, en la orilla derecha del Saona, es un edificio de construcción persa en una gran parte: los pilares, los arcos, las pechinas, las bóvedas y todos los detalles de esta obra del siglo IX se parecen exactamente á los que se hallarían en un edificio de la misma época en Chiraz ó Ispahan y se conforman rasgo por rasgo con las formas correspondientes de las construcciones bizantinas. Preciso es admitir que algunos arquitectos persas que entonces residían en gran número en Constantinopla fueron comprendidos en el edicto de proscripción lanzado por León el Isaurio contra los iconoclastas, y acabarían por refugiarse en las márgenes del Saona, donde los monjes de Tournus les emplearían, á ellos ó á sus discípulos, en la construcción de su iglesia abacial (Dieulafoy).

Después, cuando las Cruzadas, los mismos Occidentales fueron á inspirarse directamente en las formas del Oriente, en Halepo, Edesa y Damasco. Los maestros albañiles de Levante y de Poniente se conocieron mutuamente, y mientras que las costas de Siria se erizaban de torres feudales de una potencia arquitectónica admirable, las iglesias de las Galias se adornaban con florones y esculturas que, aunque concertando armónicamente con la naturaleza circundante, aportaban, no obstante, algo extraño como el recuerdo de un mundo lejano donde los viajeros cabalgan á la sombra de las palmeras. Además, los que erigieron las flechas góticas se vanagloriaban de esos orígenes orientales, y, sin saber exactamente cuál era la región madre, designaban el Asia de una manera general, Tiro, Jerusalem ó Babilonia. De ese modo, en la historia de los progresos humanos, esos mismos Arabes que recibieron de los Persas y de los Bizantinos los tesoros de la literatura y de la filosofía helénica y colaboraron de rechazo en el movimiento del Renacimiento, secundaron también á los Occidentales en su más grandiosa obra, la de la arquitectura ojival en el siglo XII. Por lo demás, ¿no se ha transportado el Oriente todo entero, por decirlo así, de Arabia, de Siria, de Irania, hasta Sicilia y España? ¿No se desviaba el conjunto de todos esos productos, hombres y cosas, hacia el Atlántico, y no había debido cumplirse entre vecinos, aunque enemigos, la penetración

N.º 332. Algunas catedrales góticas.

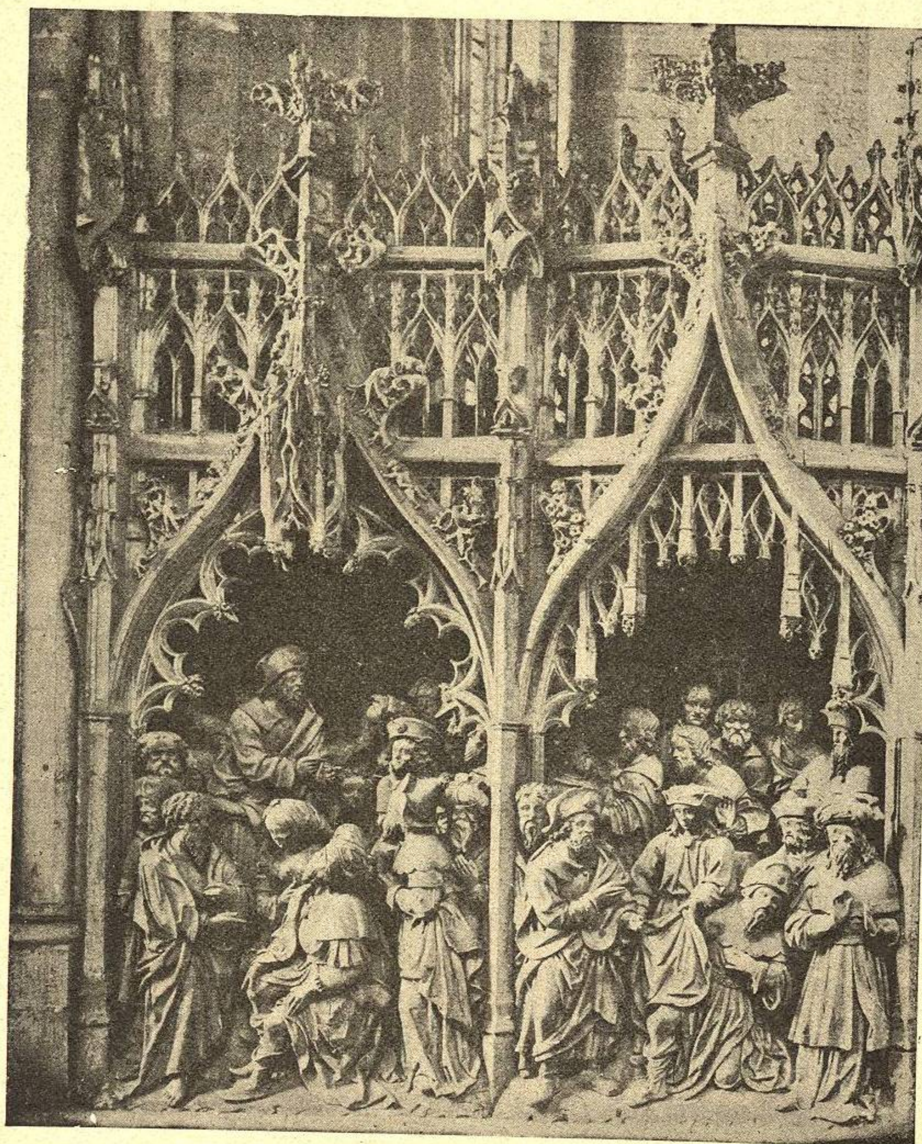


de los sentimientos, de las ideas y de los procedimientos? «Esa evolución de la arquitectura, dice Dieulafoy, fué el último éxito del Islam». Pero fué necesario, no obstante, que el Oriente se agotase

por nosotros, y el arte persa especialmente nos reserva todavía muchas enseñanzas en beneficio del encanto y de la elegancia de las viviendas.

Los místicos suelen imaginarse que las soberbias catedrales de la Edad Media, desprendidas de las formas algo pesadas de la arquitectura románica, nacieron por sí mismas por el único impulso de la fe, como si bastase querer subir á los cielos para conseguirlo. El ideal, por elevado que sea, necesita también el concurso de condiciones materiales, y, ese concurso, los municipios del Occidente que erigieron las iglesias y los campanarios, le hallaron en la enseñanza de sus antepasados, no menos que en el desarrollo de su propia industria local. Como quiera que sea, el arte, por su mismo nacimiento, representa un estado social en el cual han surgido preocupaciones nuevas muy diferentes de la sencilla creencia. En su período de ardiente fe, de desprecio absoluto de las cosas terrestres, de odio del mundo visible y de éxtasis en visiones divinas, la religión creería envilecerse descendiendo hasta el arte, incitación de origen diabólico. El fervor hacia Dios no podría hallar alegría en la belleza de las piedras, en la majestad de las naves sonoras, en las soberbias proporciones de las columnatas que convergen á la gloria del altar. Los apóstoles del sacrificio, de las maceraciones y de la privación voluntaria prefieren las negras criptas, hasta las cavernas de las rocas. Los maravillosos edificios del período románico y de las siglos de la ojiva nos refieren, no el poder de la religión, sino al contrario, la lucha victoriosa que el arte, esa fuerza esencialmente humana, ha sostenido contra ella; nos hablan del triunfo de los obreros, quienes se relacionaban poco con los curas y recíprocamente no gozaban de las simpatías de éstos. Los «masones» (albañiles), la corporación que supo adquirir tanto esplendor en la época de la gran florescencia arquitectural, desde el siglo XII al XIV, se encontraban siendo ya, á consecuencia de su oposición con el clero, verdaderos «franc-masones» y daban libre expansión á sus sentimientos por las caricaturas y las sátiras en piedra con que adornaban las columnas, los chapiteles y las molduras de los edificios. Aunque el clero haya tenido después de la Edad Media tiempo y ocasiones de borrar las huellas más flagrantes del odio ó del desprecio que

inspiraba ó en que se le tenía, queda, no obstante, un número suficiente de esos testimonios que establecen la perfecta independencia



Cl. J. Kuhn, edit.

AMIENS — ESCULTURAS EN MADERA DE LOS ASIENTOS DEL CORO

de los artistas constructores y de los burgueses de la ciudad respecto de los clérigos.

Los constructores de catedrales se muestran igualmente libres de toda ingerencia eclesiástica para los motivos de ornamentación, que

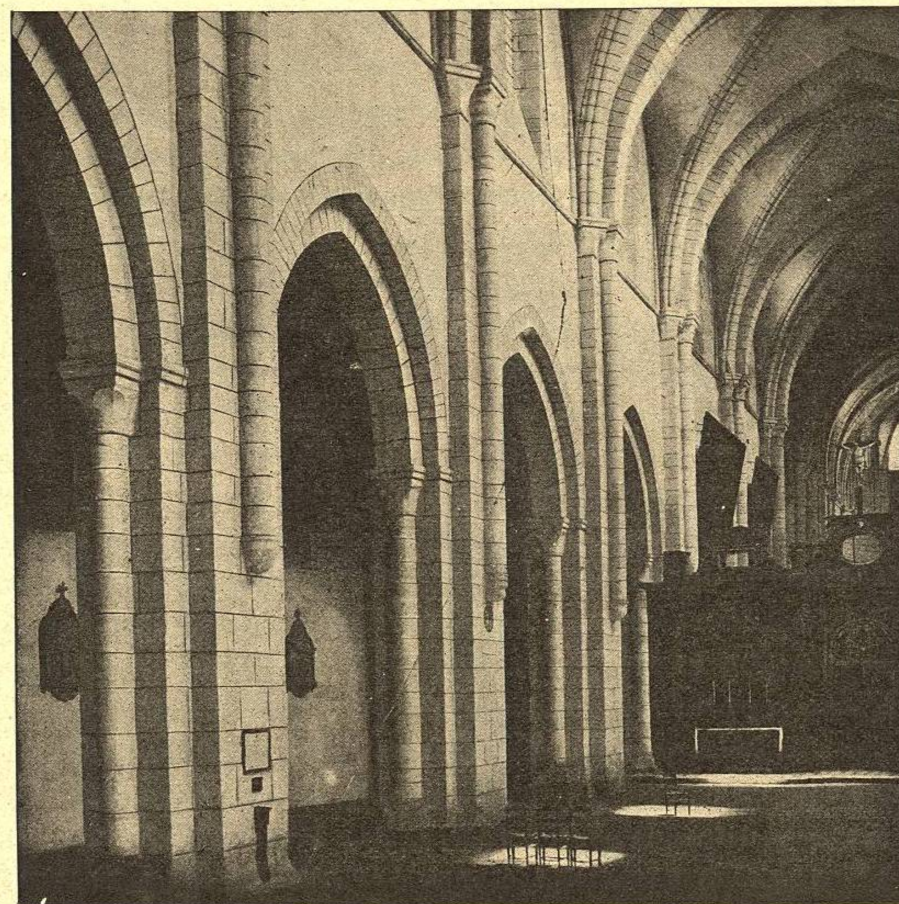
sacan de la Naturaleza y de la historia profana. El escultor medioeval introducía en sus obras las bellas formas que había visto en los bosques y en los campos: así el arqueólogo Saubinet ha podido formar la lista de veintiuna plantas de la flora indígena reconocidas por él en las esculturas de la catedral de Reims [1]. Los canteros gustaban también de representar los animales, pero la dificultad del trabajo les obligaba á hacer caricaturas, no imágenes fieles; daban vuelo á su fantasía para labrar gárgolas fantásticas, para representar animales monstruosos, dragones y serpientes, como símbolos de los demonios especiales de cada vicio particular y del gran Tentador, que debía contrastar con las efigies de los santos apóstoles, profetas, vírgenes, sibilas y personas divinas; si la ignorancia del artista en anatomía le obligaba á representar con ingenua torpeza los seres santificados por la leyenda y la tradición, también le permitía dar á los diablos las formas más quiméricas, las contorsiones más extrañas, pero esos grupos tallados atestiguaban una afición naturalista muy lejana del sentimiento de la fe cristiana.

Ha podido sospecharse que las columnatas de las naves, que extienden sus haces de ramas hacia la altura de las bóvedas, imitan las majestuosas arboledas de los bosques, que elevan al cielo sus pesados ramajes de hojas que se inclinan hacia la tierra. Tampoco es imposible que los Arabes hayan tomado de la sandía abierta el modelo de las estalactitas y de las pechinas que se admiran en la Alhambra, porque el hombre, acostumbrado á la vista de ciertas formas, siente el impulso natural de reproducirlas ó á lo menos de tomar de ellas un motivo de adorno. Por eso el primitivo, para su habitación, ha solido imitar la caverna de las fieras, los techos rústicos de los monos y las galerías de los cavadores, así como para sus telas ha tomado por modelo los tejidos fibrosos que rodean las bracteas de palmeras y bananos, y para sus armas ha copiado las espinas y los dardos de las plantas, los garfios y los puñales de los animales de presa [2].

Lo que los cristianos, poseídos del ardiente celo de la fe, pensaban de todas esas magnificencias del metal, del mármol y de la

[1] Emile Motte, *Une heure d'Art*.
[2] Désiré Charnay, *Mission scientifique*, 1881.

piedra, de todas esas bellas esculturas, de los mil objetos graciosos que decoraban la basílica, lo dice en su Apología el verdadero papa del siglo XII, el gran San Bernardo [1]: «¡Oh vanidad de las vanida-



Cl. Kuhn, edit.

PONTIGNY (YONNE), «CUARTA HIJA DE CITEAUX»
Tipo de iglesia construída bajo la inspiración de San Bernardo.

des, menos vana aún que insensata! Con las riquezas de los pobres se sacian los ojos de los ricos... ¿A qué esos monos impuros? esos leones feroces? esos monstruosos centauros? esos hombres-bestias? esos cazadores que tocan la trompa?... Tan numerosa, en fin, y tan chocante aparece en todas partes la diversidad de las formas, que

[1] *S. Bernardi Apologia, ad Guillelmum S. Theodorici abbatem*, citado por Nap. Peyrat, *Les Réformateurs de la France et de l'Italie, au douzième Siècle*, ps. 25, etc.

el monje siente mucho más la tentación de estudiar los mármoles que los libros, y de meditar esas figuras que la ley de Dios».

Pero los místicos de nuestros días, tomando la defensa de la Iglesia en el siglo de San Bernardo contra San Bernardo mismo, tratan de demostrarnos que los monumentos religiosos de la Edad Media, perfectos en su conjunto, lo mismo que en cada una de sus partes, representan la «verdad» cristiana en toda su amplitud, á la vez que en sus dogmas generales y en todas sus consecuencias: cada forma, cada dimensión del edificio tendría un sentido misterioso y ocultaría una verdad profunda; la iglesia sería una Biblia revelada en relieve arquitectónico, como las Santas Escrituras lo son en caracteres hebraicos, y la menor piedra del santo tabernáculo correspondería á un versículo del Libro: también la impresión sería divina. Sin llegar hasta esas afirmaciones extremas, la opinión común admite al menos que las formas generales del edificio religioso simbolizan ampliamente los dogmas principales de la fe; pero ¿no se reduce á la nada todo el simbolismo cristiano ante la consideración de que la disposición de las catedrales reproduce exactamente la de las basílicas romanas? «Tres puertas conducían al monumento, cuya capacidad interior estaba dividida, en el sentido de la longitud, en tres partes por una doble hilera de columnas con arcadas... Las tres avenidas paralelas ó naves terminaban en una construcción transversal, en un transept, elevado por algunas gradas sobre el área de la nave y defendido por una balaustrada. Frente á la nave central y al lado opuesto del transept, el edificio se redondea en hemiciclo»[1]. ¡Pues precisamente esas mismas son las disposiciones de la catedral! Los Romanos idólatras, sin saberlo, habían simbolizado la cruz y el dogma de la Trinidad. ¿Y no eran también las iglesias redondas, tan numerosas en la Francia antigua, imitaciones de las rotondas romanas? El simbolismo, obra de paciencia inconsciente y de reflexión, no precede á los acontecimientos, sino que los sigue.

La perspectiva histórica nos muestra al revés la sucesión de los hechos, no en su período lógico de formación, sino en sentido inverso, en sus últimas evoluciones; mas la sociedad moderna, infinitamente más compleja que la de la Edad Media, ha separado netamente el clero del resto de la nación; los intereses se han diferenciado de una manera absoluta, y las iglesias han acabado por ser atribuídas exclusivamente á las ceremonias religiosas. Admítase fácilmente la creencia de que siempre fué así, pero lo desmiente el testimonio de la sucesión de los siglos: los documentos antiguos demuestran que la iglesia era el edificio de todos, el lugar de asamblea popular, tanto para las fiestas y las ceremonias civiles como para los ritos religiosos. Pueden citarse como ejemplo los «perdones» de la católica Bretaña: aparte de esos concursos de población, las diversiones profanas, que eran ciertamente de origen anterior al cristianismo, dominaban con mucho sobre las prácticas del culto en la pasión de los campesinos: las danzas y los cantos, los ejercicios atléticos, la lucha y las carreras con apuestas y primas se celebraban alegremente en las landas que rodeaban la iglesia; todavía á la mitad del siglo XVIII se danzaba en las naves delante del altar mayor. La vieja querella de San Efflamm se «puso en verso» para ser cantada en la iglesia[1].

[1] Batissier, *Histoire de l'Art monumental*, p. 309.

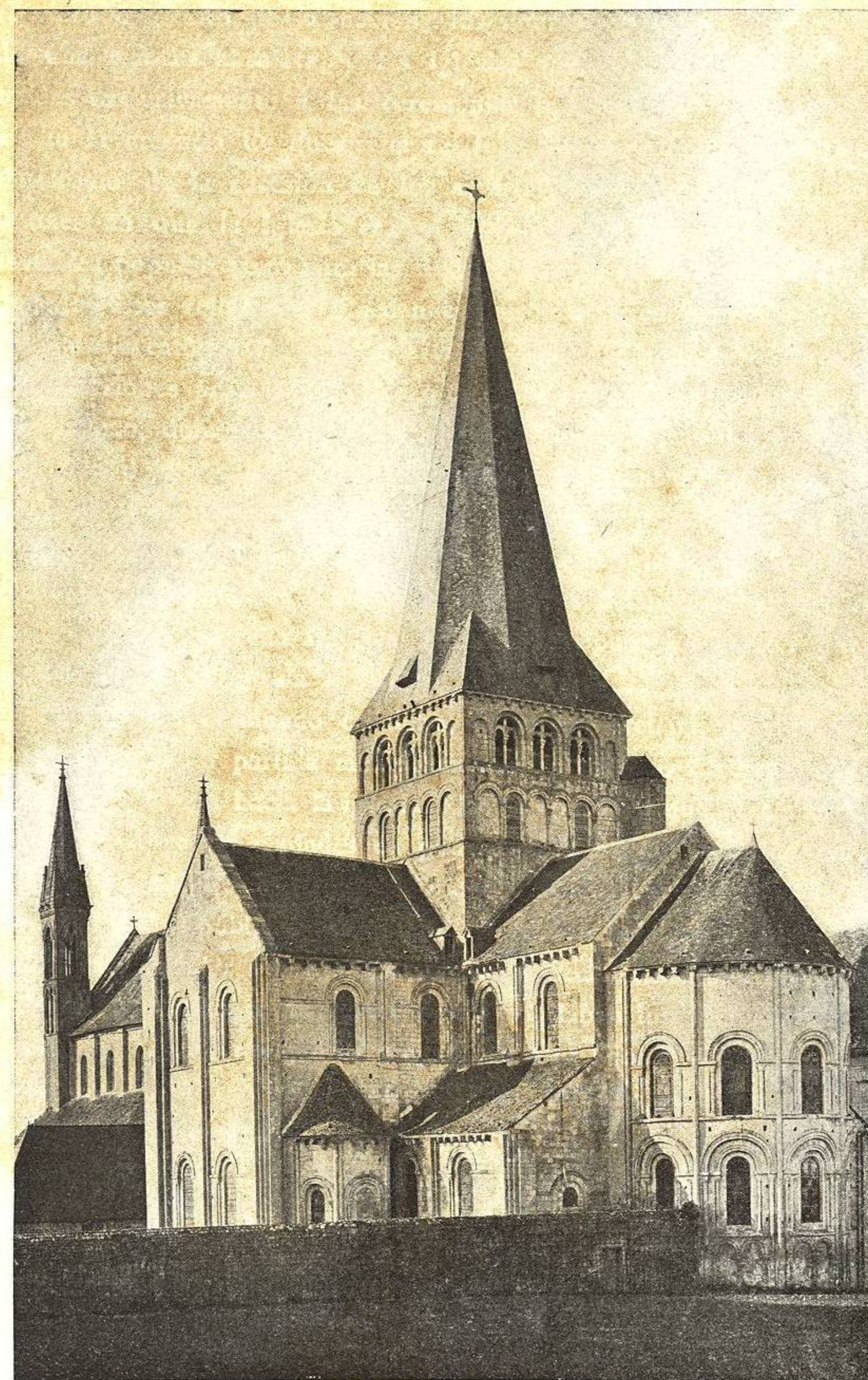
Y en todo el mundo cristiano, como en Bretaña, la vida social, todavía no repartida metódicamente en edificios diversos, convergía toda entera hacia la iglesia. En la época en que el comercio transformaba ya las ciudades en poderosos focos de atracción para las riquezas del Occidente y del Oriente, comenzaban á diferenciarse los monumentos públicos: se aprendía á edificar palacios municipales, donde los mercaderes burgueses trataban especialmente sus negocios y los de la ciudad, y baluartes donde vigilaban los centinelas que acechaban los peligros que se preparaban á lo lejos; pero el edificio hacia donde se dirigía especialmente la multitud de los artesanos, sea para discutir intereses, sea para reposarse del trabajo de la jornada por el paseo en las naves sonoras, por la conversación y la vista de las cosas bellas, ese palacio del pueblo era siempre el santuario de triple columnata: á la iglesia se convocaba á todo el pueblo por la gran voz de la campana, la voz misma de la ciudad sobre la cual los curas no tenían ningún derecho[2].

[1] Le Villemarqué, *Barzas Breiz*, p. 488; — Ch. Letourneau, *Evolution littéraire*, p. 485.
[2] J. Michelet, *Histoire de France*, XVI, p. 95.

El municipio construía el monumento sobre un plano tanto más grandioso y con tanta mayor riqueza cuanto era más poderoso: las ciudades que habían llegado á ser bastante libres para hacer frente á sus barones y á sus obispos, erigían sus catedrales mucho más á su propia gloria que á la de Dios, mientras que las ciudades cuyas tentativas de rebeldía no habían tenido éxito no poseían más que tristes, frías y pobres iglesias. En razón de sus mismas triunfantes insurrecciones comunales surgieron los soberbios edificios como para entrar en lucha con las moradas señoriales vecinas, pertenecientes á los detestados señores. «Las primeras ciudades que se hicieron autónomas fueron también las primeras que edificaron catedrales góticas (Noyon, Soissons, Laon, Reims, Amiens, etc.), y los más bellos de esos monumentos son los de las ciudades más libres (Laon, Reims, Amiens, Beauvais, Sens, etc.)» [1]. Cada ciudad libre recordaba la palabra que fué pronunciada en el consejo comunal de Florencia cuando Arnolfo di Lapo fué encargado de edificar la catedral, en 1298: «Las obras del municipio deben ser concebidas de modo que respondan al gran corazón, compuesto de los corazones de todos los ciudadanos, unidos en un mismo querer». Se comprende el orgullo de los burgueses á la vista de esos maravillosos edificios que eran obras suyas. Cuando el duque de Normandía, Enrique Beauclerc, hubo hecho prisionero á Conan [2], el comunero rebelde, le condujo á lo alto de una torre de Ruan y le dijo: «¡Contempla los bosques y el río, mira la ciudad populosa, sus murallas y sus bellas iglesias, contempla todas esas cosas antes de morir!»

Admirados por la grandeza de las iglesias construídas en los siglos XII y XIII en la Francia del Norte, Leopold Delisle y Simeón Luce manifiestan la opinión que esta comarca tuvo en la Edad Media una población igual, sino superior, á la de las mismas provincias en los tiempos actuales; pero las vastas dimensiones de las iglesias no son indicios demostrativos de una gran densidad de población, porque antes de descomponerse en numerosos edificios especiales, el monumento del municipio había de ser mucho más

[1] Raoul Rozières, obra citada, p. 258.
[2] Hanoteaux, *Société Normande de Géographie*, 1900, t. I, p. 24.



Cl. Kuhn, edit.

SAN MARTÍN DE BOSCHERVILLE (SENA INFERIOR)

extenso que lo que hubiesen exigido las simples necesidades del culto. Ese edificio era, en efecto, el centro de todo el organismo urbano: casa comunal, mercado público, palacio de las corporaciones, granero y almacén de lanas. Cuando se estudia en los archivos la



Cl. Kuhn, edit.

CATEDRAL DE YORK

historia de las antiguas catedrales, se halla en ellos constante mención de los actos atestiguados por los notarios en las diversas capillas, que constituían otros tantos edículos con diferentes destinos [1].

La región en que el arte ojival tomó su forma definitiva es precisamente aquella parte de la Francia septentrional donde mejor se

[1] Thorold Rogers, citado en la *Humanité Nouvelle*, Julio de 1898, p. 117.

mezclaron los elementos céltico y germánico, de donde salió la nacionalidad francesa; se halla comprendida entre los puntos extremos de Chartres, Ruan, Amiens, Reims, y las ciudades de Beauvais, Compiegne y Soissons, dispuestas de Oeste á Este transversalmente al valle del Oise, que constituye el eje de este país tan admirable en

Leyenda de los mapas n.os 331, 332, 333.

Las listas formuladas por C. Enlart en su *Manuel d'Archéologie Française*, constan de más de 1,500 iglesias románicas y otras tantas iglesias góticas, sin contar los edificios de transición (Angers, Evreux, etc.) y los de estilo brillante (Aix, Auch, etc.).

El mapa 331 no indica más que una elección, arbitraria sin duda, de las mejor conservadas entre las iglesias bizantinas; el mapa 332 sólo menciona las iglesias llamadas catedrales, sin distinción de estilo; el mapa 333 da las 27 iglesias más bellas de Inglaterra. Algunas entre ellas, Canterbury, comenzada en 1070, Durham en 1093 (véase grabado página 575, tomo III), Norwich en 1094, representan el período *normando*; la mayor parte de las otras son francamente góticas. – En este mapa R, Cl, L, reemplazan respectivamente Runnymede, Clarendon, Lewes, citadas en el capítulo siguiente.

Comparada con la construcción francesa, la catedral inglesa es la más larga (Winchester alcanza 170 m. con la capilla de la Virgen), menos alta (Westminster, la más elevada, sólo pasa notablemente la mitad de la altura de la de Beauvais, 47 m.), menos ancha de nave; el transept sobresale ampliamente sobre los lados bajos, la torre más importante está situada en la intersección de las bóvedas, el ábside es generalmente rectangular. He aquí las dimensiones de algunos edificios de los dos países, con la fecha de su erección[1]:

SALISBURY....	(1220-1258)	long. int.	137 m.	anch. nave	25 m.	alt. nave	26 m.
WESTMINSTER.	(1245-1269)	— —	154	— —	23	— —	32 —
YORK.......	Fin del siglo XIII	— —	147	— —	32	— —	28 —
WINCHESTER..	(1360-1400)	— —	162	— —	26	— —	23 —
BOURGES....	(1192-1324)	— —	124	— —	42	— —	38 —
CHARTRES....	(1194-1260)	— —	134	— transept	76	— —	37 —
RUAN.......	(1202-1302)	— —	135	— fachada	54	— —	28 —
AMIENS.....	(1220-1258)	— —	143	— nave	52	— —	43 —

la historia del arte, menos aún por sus magníficas construcciones civiles y religiosas que por las humildes viviendas y las casas de campo que nos quedan de la Edad Media. Los pequeños edificios religiosos elevados en aquella época en el espacio de algunos años, que presentan, gracias á esa rapidez de construcción, una perfecta armonía de conjunto en todas sus partes, son más instructivos para los hombres de estudio que las grandes catedrales, acabadas casi todas en el siglo XIV, cuando el primer impulso de los fundadores había cedido el puesto en los continuadores al cansancio, hasta á un senti-

[1] Bruce Home, *Notas manuscritas*.

miento de impotencia, ó á la habilidad. Algunas de esas pequeñas iglesias, dice Renan, son «modelos tan puros, tan notables de unidad como el más bello templo griego», y esto es verdad, principal-

N.º 333. Catedrales inglesas.



mente respecto de las pequeñas iglesias románicas de los Charentes, del Poitou y de la Normandía (Deshain).

Procedente de la Isla de Francia, país que, aunque habiéndose germanizado grandemente él mismo, fué el primero en desprenderse del feudalismo germánico, la nueva arquitectura tardó cien años en propagarse á las otras comarcas de Europa, modificándose según las

condiciones locales y los conocimientos en el arte de edificar. La escuela de los innovadores debía de encontrar naturalmente tantos menos discípulos cuanto más rico era el país en monumentos y que los residentes de la comarca podían alabarse de su preeminencia artística. Así las provincias del Mediodía francés, que pertenecían á un ciclo de civilización muy anterior al del Norte y estaban ricamente provistas de nobles edificios de vastas proporciones, no tuvieron que elevar en cada una de sus ciudades construcciones de estilo análogo á las de la cuenca del Sena. Pero al Este, en los ricos valles del Mosela y del Rhin, donde el movimiento social y artístico se desarrollaba paralelamente al de la Isla de Francia; al Norte, en Flandes, donde la industria daba origen á ricos municipios plenamente conscientes de su fuerza; al Noroeste, en Inglaterra, que los Normandos unían filialmente á Francia por las artes y, hasta en parte, por la lengua; en todos esos países la arquitectura floreció en monumentos espléndidos. Sólo que los arquitectos ingleses, más prácticos, más prudentes en su ideal de belleza que sus hermanos continentales, edificaron catedrales relativamente menos altas, más sólidas en sus vastas proporciones y de más fácil ejecución en su conjunto.

Al Sudoeste, los constructores del arte ojival, siguiendo la vía histórica por Burdeos, Bayona y la brecha vizcaína de los Pirineos, penetraron en España, donde, entre tantos otros testimonios de su audacia y de su ciencia, se eleva la catedral de Burgos; después llegaron á Portugal, donde el arte de las gentes del Norte, en contacto con el de los Moros, elevó los edificios más admirables por la unión de los dos estilos. Tocante á Italia, se vió dividida en dos territorios: en la parte septentrional de la Península prevaleció la «manera» alemana, procedente del Rhin y de Baviera, en las escasas ornamentaciones ojivales que los Italianos, orgullosos de su superioridad en el arte, hasta entonces no disputado, permitieron que se hicieran en sus edificios religiosos y feudales. En la parte meridional y en Sicilia, por el contrario, se manifestó la «manera» normanda ó más bien francesa entre los constructores. Sin embargo, en una parte y otra, al sud como al norte de Italia, el genio nacional, que podía mostrar con orgullo las poderosas masas romanas, que pesaban sobre las iglesias de los cristianos, modificó profundamente el estilo

gótico en las de las ciudades que reunieron á los artistas extranjeros.

Pero muy lejos, más allá de Italia, hacia el extremo oriental del Mediterráneo, los monumentos de Chipre, que se erigían en país



Cl. J. Kuhn, edit.

CATEDRAL DE BURGOS

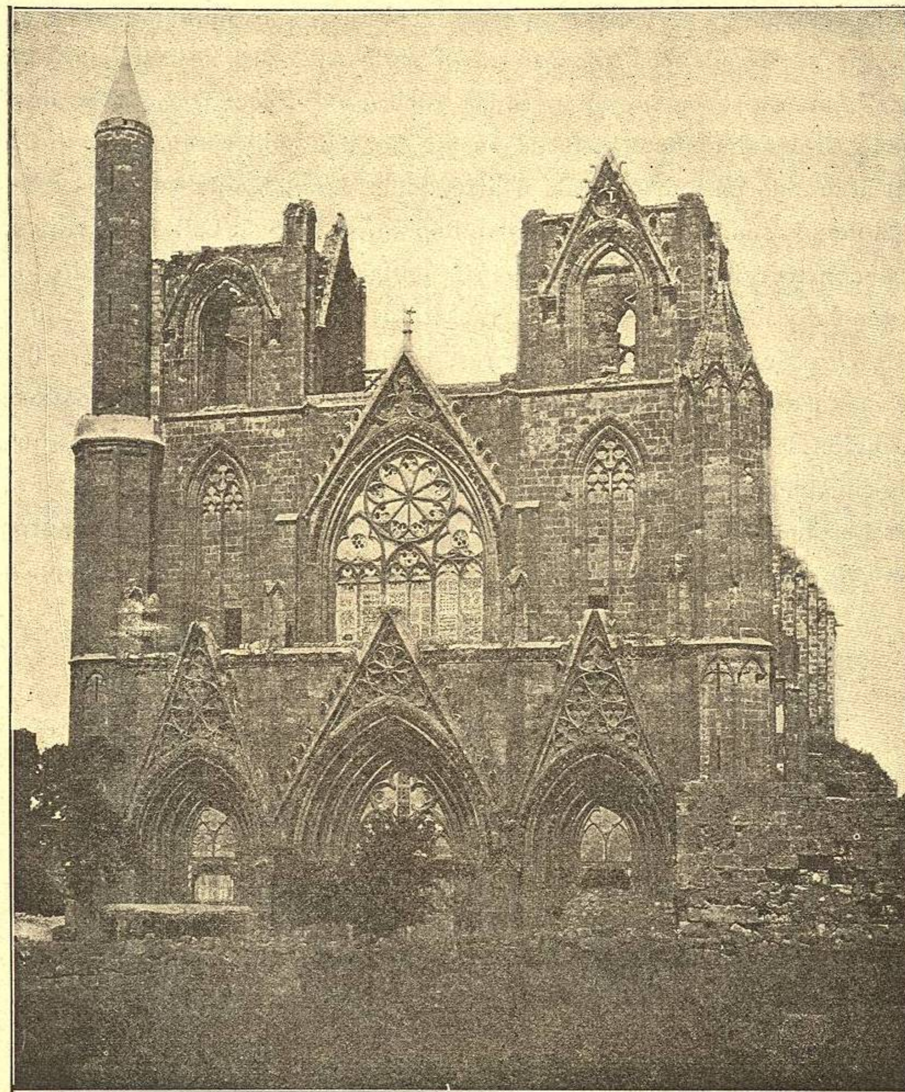
virgen, por decirlo así, conservan fielmente su carácter de origen. Tal catedral de Famagusta ó de Nicosia, tal monasterio de las montañas de Cerines se parecen de una manera admirable á los edifi-

cios similares de Francia; concurren las circunstancias de que fueron construídos en las mismas épocas, en los siglos XIII y XIV, y por arquitectos de un mismo origen que habían recibido la misma educación. La isla de Chipre había llegado á ser una de las tierras europeas más prósperas, gracias al movimiento de colonización que se sostuvo en el curso de más de cuatro siglos que duró la dominación cristiana, y que fué una cosa muy diferente de una simple invasión de aventureros, como sus historiadores supusieron. Y cosa extraña que atestigua bien la diferencia de los medios: esas bellas iglesias góticas de las ciudades chipriotas no tuvieron techos; estaban construídas, como los antiguos templos griegos, para que en sus naves entrara la franca luz del sol[1]. En el continente vecino, en el Asia menor y en Siria, los arquitectos franceses levantaron también bellísimas construcciones, observando las condiciones impuestas por el suelo y el clima, pero dejándose influir apenas por el estilo de los constructores islamitas y los recuerdos del arte de los Helenos.

Lo mismo que los municipios, su gran manifestación artística, la arquitectura ojival, contenía en sí los gérmenes de su decadencia, y ese maravilloso estilo que se llamaba especialmente «francés», *opus francigenum*, se extinguió en su patria de origen, trastornada por la guerra de Cien años, mas para continuarse por más tiempo en Alemania, donde halló admirables intérpretes. Aunque el antiguo fervor se hubiese conservado, y aunque los criminales, los presos, los cautivos y los siervos no hubiesen sido obligados á palos á terminar ó á lo menos á continuar unos monumentos que habían sido comenzados como una obra de amor por entusiastas compañeros, el arte ojival debía terminar en muerte natural, por el abuso del esfuerzo y del prodigio. Como por una especie de ironía del destino, la religión, que se decía eterna, trataba de tomar por moradas exclusivas los edificios á los cuales debía forzosamente de faltar la duración. Los templos egipcios y griegos, los palacios romanos estaban construídos para la eternidad, y costaba gran trabajo su destrucción á los demoledores, mientras que las iglesias llamadas «góticas» caen por sí mismas en pedazos, á pesar de los contrafuertes exte-

[1] Camille Enlart, *Société de Géographie de Paris*, sesión del 4 de Diciembre de 1896; *Bulletin*, 2.° trimestre 1897.

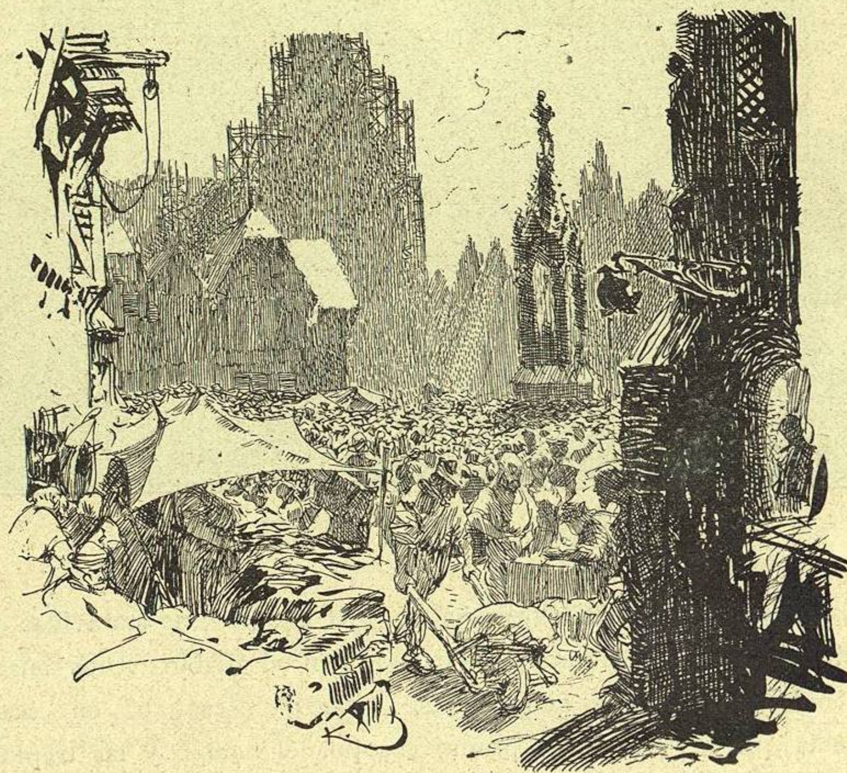
riores que les hacen como un esqueleto de ballenas. Sus ligeras columnitas y sus bóvedas aéreas se elevan con tan inconcebible osadía, que el primer sentimiento de todos los admiradores es el de



CATEDRAL DE FAMAGUSTA, ISLA DE CHIPRE

la inquietud: el pueblo explicaba en otro tiempo esas maravillas del equilibrio por la celebración de pactos con el diablo: Dios mismo no hubiera podido prestarse á ese milagro. Resultaba en consecuencia que los trastornos producidos por el tiempo y las trepida-

ciones del suelo daban en poco tiempo el aspecto de ruinas á esas grandes construcciones insuficientemente afirmadas, y ningún edificio gótico se hallaría en pie en nuestros días, después de una corta existencia de cinco á siete siglos, si no se trabajara constantemente en su restauración. Por otra parte, no fué larga la floración del arte, ya que su decadencia comenzó en el siglo XIV. El Renacimiento no tuvo que reprocharse, como se ha dicho con frecuencia, haber desviado violentamente el arte de su vía normal, porque cuando vino á dar al mundo un nuevo ideal, el arte de la Edad Media ya no existía, ó al menos sus más delicadas flores habían perdido su belleza primitiva. Las construcciones que quedaban á millares con su fiero aspecto de potencia y de solidez, eran los castillos, las murallas, los recintos y las fortalezas. Los constructores, no previendo que el hombre llegaría un día á ser dueño de un nuevo rayo, creyeron edificar para la duración de los tiempos: más empeñados en fortificar sus guaridas que los ciudadanos en continuar las iglesias no acabadas de sus ciudades, los barones sabían levantar, alrededor de sus soberbias rocas, muros verdaderamente infranqueables, excepto á la traición ó al hambre.



LAS MONARQUÍAS. — NOTICIA HISTÓRICA

INGLATERRA. Enrique Plantagenet, hijo de un duque de Anjou y de una nieta del Conquistador, subió al trono de Inglaterra en 1154, dos años después de haberse casado con Alienor de Aquitania, esposa divorciada de Luis VII. La mayor parte de los príncipes de esta familia, reinante hasta 1485, se suceden de padre á primogénito: Enrique II, 1154-1189; Ricardo Corazón de León, 1189-1199; su hermano Juan sin Tierra, 1199-1216; Enrique III, 1216-1272; después los tres Eduardos, reemplazados en 1307, 1327 y 1377. El hijo de este último, el príncipe Negro, murió antes que su padre, por lo que le sucedió el hijo y nieto de ambos, Ricardo, 1377-1399; siguieron tres Enriques IV, V y VI hasta 1461; por último, Eduardo IV, uno de los «hijos de Eduardo», y su asesino Ricardo III, 1483-1485.

ESCOCIA. Larga serie de reyes más ó menos auténticos, de los cuales fueron los últimos Malcolm IV, 1153-1165; Guillermo, 1165-1214; Alejandro II y Alejandro III, 1249-1286; interregno bajo la dominación inglesa que llena la rebeldía de Wallace, ejecutado en 1305. Roberto Bruce levanta nuevamente el estandarte escocés y, vencedor en Bannockburn, reina hasta en 1329; su hijo David alterna con un Baliol; pero desde 1370, los Estuardos toman el poder y le conservan durante más de tres siglos.

FRANCIA. La descendencia directa de San Luis duró poco: Felipe III el Atrevido, 1270-1285; Felipe el Hermoso, 1285-1314, y sus tres hijos, Luis X, Felipe V y Carlos IV, que en junto sólo reinan catorce años. El orden de primogenitura llama al trono á Felipe de Valois, sobrino de Felipe el Hermoso, pero Eduardo III de Inglaterra era, por su madre, nieto del mismo rey, lo que explica la guerra de Cien años. A Felipe VI, 1328-1350, suceden Juan el Bueno, 1350-1364; tres Carlos, el quinto del nombre, el sexto ó el Loco, 1380-1422, y el séptimo, muerto en 1461; después Luis XI y Carlos VIII, que murió en 1498 sin descendencia. Una nueva rama de los Capetos iba á subir al trono.

Las fechas principales de la lucha franco-inglesa, á partir del siglo XII, son: tratado de Perona, 1199; toma de Ruan, 1204; tratado de Chinon, 1214; batalla de Saintes, 1242; tratado de París, 1258; batallas de la Ecluse, 1340; de Crecy, 1346; toma de Calais, 1347; batalla de Poitiers, 1356; paz de Bretigny, 1360; batalla de Azincourt, 1415; alianza anglo-borgoñona en Troyes, 1420; Juana de Arco, 1429; tratado de Arras, 1435; batallas de Formigny, 1450; de Castillon y toma de Burdeos, 1453.

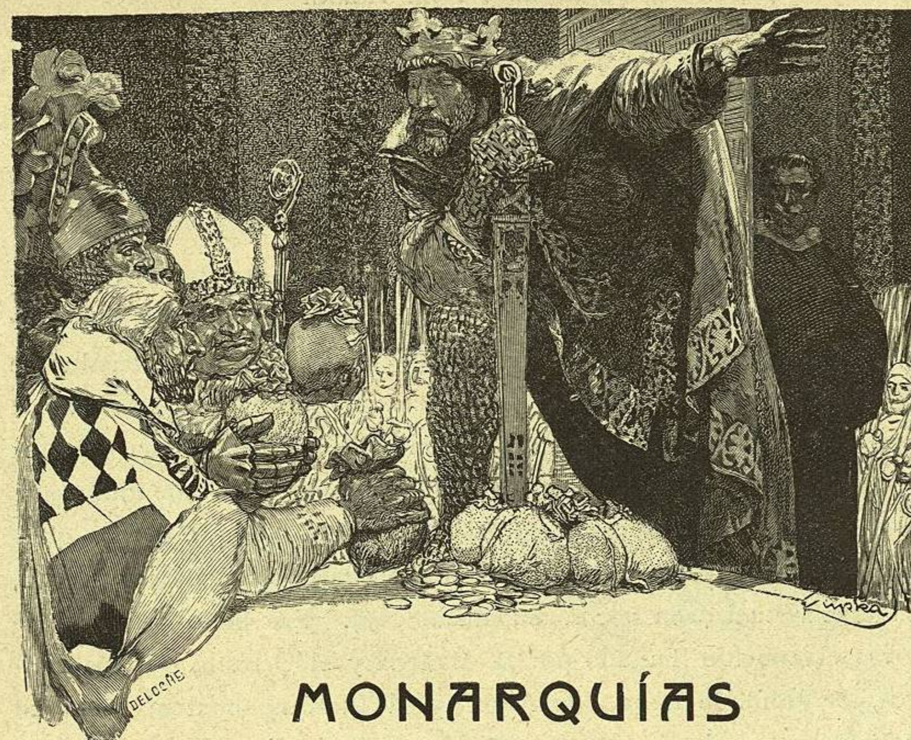
El Trono de San Pedro no contó menos de nueve ocupantes durante los veintitrés años que siguieron á la muerte de Clemente IV, 1268. Después de ellos, Bonifacio VIII, adversario de Felipe el Hermoso, fué papa hasta 1303, y Benito XI hasta 1305. La nomenclatura clásica enumera á continuación siete jefes de la Iglesia residentes en Aviñón, desde Clemente V, 1305-1314, hasta Gregorio XI, 1370-1378, que entra en Roma en 1377. A su muerte estalla el gran cisma de Occidente, durante el cual se ven pontífices excomulgándose en Roma, en Aviñón ó en Basilea. En 1447, la lista única reaparece con Nicolás V.

A consecuencia del matrimonio del duque de Borgoña, Felipe, hijo de Juan el Bueno, con Margarita de Flandes, los dos territorios se hallaron desde 1384 en las mismas manos, y el duque ejerció en Francia una misión preponderante. Después de Felipe, muerto en 1404, y Juan sin Miedo, asesinado en Montereau, 1419, vienen Felipe el Bueno, 1419-1467, y Carlos el Temerario, derrotado por los Suizos en Granson y en Morat en 1476 y muerto delante de Nancy en 1477.

Los emperadores elegidos en Alemania desde 1273 á 1437 pertenecen á diferentes familias: á los Habsburgo, Rodolfo, 1273-1291, y Alberto, 1298-1308, separados por Adolfo de Nassau; á la casa de Baviera, Luis, 1314-1347, y Roberto, 1400-1410, pero especialmente á la de Luxemburgo, Enrique VII, 1308-1313; Carlos IV, 1347-1378; Wenceslao, 1378-1400, y Segismundo, 1411-1438.

Cítanse algunos personajes en las páginas siguientes: Froissart, 1338-1404, nacido en Valenciennes; Gerson, 1362-1428, nacido en Champagne, «doctor cristianísimo», autor probable de la *Imitación de Jesucristo*, uno de los jueces de Juan Huss. El pensamiento se detiene preferentemente sobre otros nombres.

Bacon (Roger), experimentador y sabio	1214-1294
Tomás de Aquino, nacido en Rocca-Secca, padre de la Iglesia	1226-1274
Dante Alighieri, poeta florentino	1265-1321
Artevelde (Santiago y Felipe van), patriotas ganteses en	1345 y 1382
Petrarca, nacido en Arezzo, poeta	1304-1374
Rienzo, patriota romano	1313-1354
Du Guesclin, nacido cerca de Dinan	1320-1380
Wiclef, nacido en York, heresiarca	1324-1384
Chaucer (Geoffroy), nacido en Londres, poeta	1340-1399
Huss (Juan), nacido en Husinetz, patriota y heresiarca	1369-1415
Juana de Arco, nacida en Domremy, patriota francesa	1412-1431



MONARQUÍAS

¡Cuántos derechos perecen y caen en el olvido, cuando no son sostenidos por la fuerza de los ciudadanos conscientes, como lo fué la «costumbre» gloriosamente reivindicada en las verdes praderas del Támesis!

CAPÍTULO VIII

Francia feudal. — Carta magna. — París y Londres.
Alemania sin capital. — Viena. — Príncipes electores.
Extensión del poder real en Francia. — Judíos y usura.
Guerra de Cien años. — Jacquerías. — Borgoña y Flandes.
Peste, bandidaje, esclavitud, posesión del suelo.
Wiclef y Huss. — Escocia é Inglaterra. — Cristianos y Moros.

A pesar de la extremada fragmentación del mundo feudal y la resistencia encarnizada que los señores oponían á la agrupación espontánea de las poblaciones en organismos nacionales, la extensión considerable de los cambios y la frecuencia de los viajes acercaban á los hombres y ensanchaban los horizontes. Tendían á constituirse grandes Estados conservando la forma monárquica impuesta por la timidez de los espíritus, que no osaban ser

EL TRONO DE SAN PEDRO no contó menos de nueve ocupantes durante los veintitrés años que siguieron á la muerte de Clemente IV, 1268. Después de ellos, Bonifacio VIII, adversario de Felipe el Hermoso, fué papa hasta 1303, y Benito XI hasta 1305. La nomenclatura clásica enumera á continuación siete jefes de la Iglesia residentes en Aviñón, desde Clemente V, 1305-1314, hasta Gregorio XI, 1370-1378, que entra en Roma en 1377. A su muerte estalla el gran cisma de Occidente, durante el cual se ven pontífices excomulgándose en Roma, en Aviñón ó en Basilea. En 1447, la lista única reaparece con Nicolás V.

A consecuencia del matrimonio del duque de BORGOÑA, Felipe, hijo de Juan el Bueno, con Margarita de Flandes, los dos territorios se hallaron desde 1384 en las mismas manos, y el duque ejerció en Francia una misión preponderante. Después de Felipe, muerto en 1404, y Juan sin Miedo, asesinado en Montereau, 1419, vienen Felipe el Bueno, 1419-1467, y Carlos el Temerario, derrotado por los Suizos en Granson y en Morat en 1476 y muerto delante de Nancy en 1477.

Los emperadores elegidos en ALEMANIA desde 1273 á 1437 pertenecen á diferentes familias: á los Habsburgo, Rodolfo, 1273-1291, y Alberto, 1298-1308, separados por Adolfo de Nassau; á la casa de Baviera, Luis, 1314-1347, y Roberto, 1400-1410, pero especialmente á la de Luxemburgo, Enrique VII, 1308-1313; Carlos IV, 1347-1378; Wenceslao, 1378-1400, y Segismundo, 1411-1438.

Cítanse algunos personajes en las páginas siguientes: FROISSART, 1338-1404, nacido en Valenciennes; GERSON, 1362-1428, nacido en Champagne, «doctor cristianísimo», autor probable de la *Imitación de Jesucristo*, uno de los jueces de Juan Huss. El pensamiento se detiene preferentemente sobre otros nombres.

BACON (Roger), experimentador y sabio	1214-1294
TOMÁS DE AQUINO, nacido en Rocca-Secca, padre de la Iglesia	1226-1274
DANTE ALIGHIERI, poeta florentino	1265-1321
ARTEVELDE (Santiago y Felipe van), patriotas ganteses en	1345 y 1382
PETRARCA, nacido en Arezzo, poeta	1304-1374
RIENZO, patriota romano	1313-1354
DU GUESCLIN, nacido cerca de Dinan	1320-1380
WICLEF, nacido en York, heresiarca	1324-1384
CHAUCER (Geoffroy), nacido en Londres, poeta	1340-1399
HUSS (Juan), nacido en Husinetz, patriota y heresiarca	1369-1415
JUANA DE ARCO, nacida en Domremy, patriota francesa	1412-1431



...RQUÍAS

...erechos perecen y caen en el olvido, cuando ...ostenidos por la fuerza de los ciudadanos ...es, como lo fué la «costumbre» gloriosamente ...ada en las verdes praderas del Támesis!

...LO VIII

...MAGNA. — PARÍS Y LONDRES.
...NA. — PRÍNCIPES ELECTORES.
... FRANCIA. — JUDÍOS Y USURA.
...ERÍAS. — BORGOÑA Y FLANDES.
...TUD, POSESIÓN DEL SUELO.
...LATERRA. — CRISTIANOS Y MOROS.

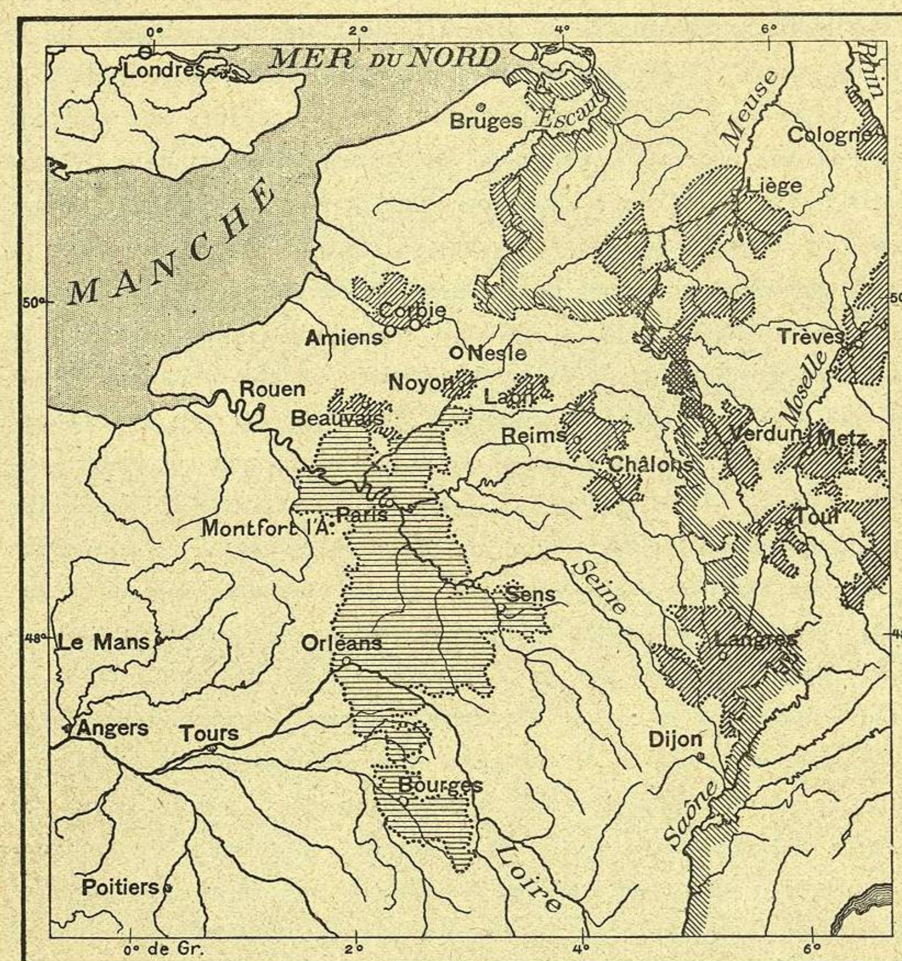
A... fragmentación del mundo feudal y ...da que los señores oponían á la ... de las poblaciones en organismos ...le de los cambios y la frecuencia ...res y ensanchaban los horizontes. ...ados conservando la forma monár- ... los espíritus, que no osaban ser

libres. Unicamente las comunidades de pastores montañeses, las repúblicas italianas, las ciudades industriales y comerciales del norte de Francia, de Bélgica y de Alemania trataban de conservarse en focos independientes.

A la mitad del siglo XIII, cuando el movimiento de las Cruzadas estaba á punto de terminar, una de las partes de Europa que, por su configuración geográfica, parecía mejor destinada á constituirse en un cuerpo político distinto, esta Francia, que ya en tiempo de la dominación romana formaba, bajo el nombre de Galia, una comarca bien delimitada en el conjunto del Imperio, había sido tan totalmente desmembrada y fragmentada por el régimen feudal, que apenas quedaban algunos jirones de territorio, á los cuales se añadía, es verdad, la fuerza virtual dada por el feudalismo real. Ese bello polígono de tierras claramente limitado por la Mancha y el Océano, por los Pirineos, el golfo de León, los Alpes y el Jura, no contenía sino un pequeñísimo territorio real que representaba la Francia propiamente dicha: apenas constituía la vigésima parte de la superficie que se ha acostumbrado á considerar después como tierra francesa.

El rey de Inglaterra era al mismo tiempo duque de Normandía, conde de Anjou y de los señoríos á él unidos; además, un matrimonio feliz de Enrique II Plantagenet había añadido la Aquitania á esas posesiones inglesas: desde los Pirineos hasta el Somma, más de la mitad del territorio francés se hallaba en poder de un vasallo, que resultaba más poderoso que el señor feudal. Enrique II, hombre de una actividad prodigiosa y político hábil, comenzó por consolidar el poder en su reino insular: sometió los montañeses célticos del país de Gales, después obligó al rey de Escocia, Malcolm, á rendirle homenaje, y provisto de la invitación del papa, inauguró la conquista de Irlanda, la «isla hermana», convertida en la isla esclava. Vuelto á Francia, se hizo conceder el condado de Nantes, lo que le permitió, pasado algún tiempo, pretender toda la península de Bretaña; luego procuró, aunque sin éxito, apoderarse de Tolosa, en calidad de duque de Aquitania; también hizo valer sus derechos á la posesión de la Auvernia y del Berri; trató de rodear completamente con territorios suyos el estrecho patrimonio territorial del rey de Francia, llegando hasta á establecer sus guarniciones en algunos

N.º 334. Territorio real en 1154.



1: 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

El rayado horizontal indica el territorio real de Luis VII en 1154; el límite del reino, desde el Escalda al Saona, está señalado por un borde rayado.

Los distritos cubiertos de rayas inclinadas: Amiens, Beauvais, Noyon, Laon, Reims, Chalons, Langres, Toul, Metz, Verdun, Treves, Lieja, Colonia, son feudos eclesiásticos.

Amiens, Corbie y Nesle son las tres ciudades picardas que tuvieron una convención comercial con Londres.

castillos próximos á París, tales como Montfort l'Amauri [1]; y el pretendido dueño, cercado en su «Isla», no pudo siquiera comunicar fácilmente con Etampes ú Orleans. Siglo y medio antes del prin-

[1] A. Luchaire, *Histoire de France* de Ernest Lavisse, t. III, c. II, p. 36.

cipio de la guerra de Cien años, en la segunda mitad del siglo XII, el territorio continental de la corona inglesa era más extenso que lo que fué cuando Juana de Arco apareció en escena.

Lo que quizá salvó la continuidad de la monarquía francesa bajo la forma que presentaba entonces, fué la residencia del papa Alejandro III (1163-1165) en el país del «hijo primogénito de la Iglesia». Luis VII, á quien su huésped pontifical había enviado la «rosa de oro», emblema de piedad perfecta, pudo beneficiar del doble prestigio de la realeza y de la santidad. Alejandro, establecido en su ciudad de Sens, convertida momentáneamente en una verdadera Roma, era á la sazón el verdadero soberano, protector del rey de Francia.

Durante ese tiempo Enrique II se ponía en una situación peligrosa respecto de la Iglesia por sus «Constituciones» de Clarendon (1164), en virtud de las cuales los prelados católicos se convertían en simples vasallos y las tierras de iglesia quedaban sujetas al impuesto real. El asesinato de Thomas Becket, arzobispo de Canterbury (1170), cometido por unos caballeros que deseaban demostrar su celo cortesano al rey de Inglaterra, suscitó contra él tales indignaciones, que le obligó á retroceder y á pedir perdón á la Iglesia. Estos episodios facilitaron un nuevo plazo de descanso al rey de Francia. Después las disensiones de familia, la rebeldía de los hijos de Enrique, retardaron todavía las últimas anexiones que parecían inevitables; por último, el mismo Barbarroja, temiendo un rival al imperio de Alemania en ese antiguo conde de Anjou, que avanzaba como conquistador hasta los Alpes, intervino algo en favor de Luis VII. Por un notable contraste, ese pobre rey santurrón, que tenía más de fraile que de caballero, fué quizá el señor feudal de Francia bajo cuya dominación se prepararon mejor en la conciencia general, la idea de la unidad geográfica del país y su existencia virtual como gran Estado.

Ayudado por sus aliados naturales, que eran la tierra misma y las afinidades que se forman entre gentes que tienen lenguaje y cultura común, el sucesor de Luis VII, Felipe II, pudo reconstituir en gran parte aquel territorio sobre el cual su padre sólo había tenido derechos feudales ficticios; después de grandes peligros, de los cuales supo librarse más por la astucia que por la fuerza, logró al fin res-

N.º 335. Francia é Inglaterra en 1180.



El rayado cubre la Francia no inglesa desde 1154 hasta 1187; la disminución gradual de este feudo está indicada por sus límites en las fechas posteriores de 1200, 1259, 1328. Entre tanto Francia se había incorporado el Vivarés y el Valentinosado.

Per. marca el solar de Perona (tratado de 1199).

Bou. el de Bouvines (batalla de 1214).

taurar el reino. En 1206 Felipe arrancó á Juan sin Tierra la Normandía, la Bretaña, la mayor parte del Anjou y de la Turena, y después, habiendo llegado á ser jefe de un gran Estado, ganó la victoria de Bouvines (1214), á la vez sobre las tropas inglesas de Juan sin Tierra y el ejército alemán del emperador güelfo Otón IV. Se le dió el sobrenombre de «Augusto», que mereció plenamente, no por la nobleza de su carácter, sino por el éxito de sus empresas. Sin embargo, no recobró la Aquitania, demasiado alejada de París, su capital, pero bajo su reinado comenzó la invasión del condado de Tolosa y de las tierras próximas, que había de tener por consecuencia entregar, empobrecidas y despobladas, las ciudades y los campos del Mediodía á los bandidos de la Francia del Norte. Obligada á someterse al poder de la monarquía, la caballería se vengaba matando á la multitud de los plebeyos.

Ese régimen feudal del que Francia se libraba con gran dificultad para rehacer su unidad, no por la libre federación de sus provincias, sino bajo la dominación de un amo común, no lo conoció Inglaterra bajo la misma forma que Francia y Alemania. En tanto que en el continente el siervo campesino dependía únicamente de su amo, y éste, á su vez, no debía fidelidad más que á su señor inmediato, sin haber de inquietarse por la voluntad del rey ni reprocharse el crimen de rebelión si había seguido á su propio señor en una expedición de rebeldía, no sucedía lo mismo en Inglaterra, donde todos los habitantes eran considerados como súbditos directos del rey. Guillermo el Conquistador exigió de todos su juramento de fidelidad á su persona, y cada vasallo ó subvasallo era responsable respecto del señor común antes de serlo respecto del señor particular. Cada uno de los hombres de armas era «hombre del rey» antes de pertenecer á su barón. Esa fué una de las causas que después dió á los ejércitos ingleses tanta fuerza de cohesión cuando se encontraron en lucha con las bandas francesas, unidas unas á otras solamente en las personas de sus jefes [1].

Esta forma de vasallaje, tan diferente de la que se había conservado en Francia y en el centro de Europa, tuvo otra consecuen-

[1] W. Deuton, *England in the fifteenth Century*, ps. 27, 29.

cia entre los mismos señores: el conjunto de su clase presentaba una organización más democrática. Menos separados del poder central, puesto que los grados de la jerarquía feudal estaban más confundidos, podían quejarse, protestar, rebelarse más directamente, y el acuerdo era más fácil entre ellos cuando querían tentar una



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

VISTA ANTIGUA DE LONDRES

1. Iglesia de San Pablo.
2. San Lorenzo.
3. San Duston.
4. La Torre.
5. Winchester.
6. Santa María Overs.
7. San Olawes.

acción común. La ocasión se presentó desde el principio del siglo XIII, cuando habiendo firmado Juan sin Tierra el tratado de Chinon (1213), por el cual abandonaba al rey de Francia la mayor parte de su territorio continental, desembarcó en Inglaterra vencido, despreciado y pidiendo á sus barones y á su pueblo que le pagase los gastos de la desgraciada guerra. La indignación fué universal y reconcilió contra el rey á sacerdotes, nobles y burgueses. Apoyándose en una carta antigua de Enrique I, que prometía «á la Iglesia el respeto de sus bienes y la libertad de sus elecciones, á los nobles la libre transmisión de sus feudos, á todos los ingleses una buena moneda y una legislación clemente», los señores se acercaron á Juan sin Tierra y le obligaron á firmar el compromiso solemne de respe-

tar en lo sucesivo sus franquicias y libertades. Al principio se negó con cólera; pero cuando vió prepararse la guerra y los barones armados rodearle amenazadores en la llanura de Runnymede, cerca de Windsor, firmó, con la muerte en el alma, el documento famoso conocido después con el nombre de «Carta magna», *Magna charta*. En realidad, aquella pieza arrancada al rey despreciado y débil no era sino las «costumbres» normandas que aseguraban á los señores el derecho de voto por sus representantes en la fijación del impuesto; quizá también, para ciertos detalles, Simón de Montfort, que tuvo gran parte en la redacción de la carta, aplicó á Inglaterra el régimen de Aquitania, de que había sido gobernador [1]. Pero ¡cuántos derechos perecen y caen en el olvido cuando no son sostenidos por la fuerza, como lo fué la «costumbre» gloriosamente reivindicada en el día 15 de Junio de 1215, en las verdes praderas del Támesis!

En términos explícitos la Carta magna contiene poca cosa; sanciona únicamente antiguos privilegios de la Iglesia, de los señores, de los burgueses y de los mercaderes; no estipula nada en favor de los campesinos ni del pueblo bajo; pero cuenta con la salvaguardia de hombres de armas que velan por la ejecución de las promesas del soberano: Inglaterra no se había entregado al puro capricho de un amo absoluto como Francia, y esto bastó para orientar aquel país en una vía más feliz y más digna. Guillermo, por su conquista y su política, había roto la organización urbana que nacía en la Gran Bretaña como sobre el continente, pero el entusiasmo no hizo sino abrirse paso con mayor vehemencia por haber estado comprimido durante ciento cincuenta años: la monarquía inglesa quedó sujeta á la observancia de la Carta magna, mientras las otras monarquías aniquilaban la libertad de los municipios.

Aunque Inglaterra, parte integrante de Europa, participase de la evolución feudal de las comarcas que se bañan en las mismas aguas atlánticas, y que, durante algunos siglos, sus príncipes y sus nobles, desde Guillermo el Conquistador hasta Simón de Montfort, fuesen á la vez señores en la isla y en la tierra firme, la existencia

[1] Wentworth Webster, *Société Ramond*, 2.° trimestre, 1902.

del derecho constituía, no obstante, un límite evidente para todas las inteligencias y daba un carácter particular á la vida política de los insulares. En una época en que la lengua, la religión, las costumbres y las tradiciones de familia eran las mismas entre los nobles de Inglaterra y entre los de Normandía y del Anjou, los primeros llegaban pronto á considerarse como formando un grupo aparte: se constituían en aristocracia distinta, y fué á título de «barones ingleses» como arrancaron al rey Juan esa preciosa carta que fué la salvaguardia de sus privilegios y, por evolución lenta, la garantía de la constitución británica [1].



Gabinete de las Estampas. Biblioteca Nacional.

SIMÓN DE MONTFORT

Barón anglo-normando, jefe de la cruzada contra los Albigenses, vencedor en Muret, 1213, colaborador de la Carta magna, 1215, muerto delante de Tolosa, 1218.

Pero, dígase lo que se quiera, hubo también revoluciones, y el mismo año en que se pronunció solemnemente el juramento de la pradera de Runnymede, fué el año del perjurio. Juan sin Tierra obtuvo de Inocencio III, el papa que distribuía las tierras á su antojo, una bula de revocación de la palabra dada, y bandas de mercenarios vinieron á ayudar al rey á readquirir las ciudades y los castillos de su reino. En su ansiedad, los barones apelaron á Felipe

[1] S. Novicov, *Conscience et Volonté sociales*, p. 208.

Augusto, ofreciendo la corona á su hijo, el que después ocupó el trono de Francia bajo el nombre de Luis VIII. La Inglaterra meridional fué conquistada una segunda vez por el extranjero, mientras que al Norte, el rey de Escocia, Alejandro II, se apoderaba de las tierras limítrofes. Pero la muerte de Juan sin Tierra, ocurrida durante el desarrollo de esos sucesos, cambió el curso de los acontecimientos; el joven rey Enrique III pudo aceptar la Carta magna sin excesiva humillación, y los franceses, batidos en Lincoln (1217), se vieron forzados á evacuar el territorio.

Cincuenta años después, bajo este mismo rey, se reprodujo de nuevo el conflicto; se reunió el «parlamento» de los barones, obligando al rey al respeto de la Carta, imponiéndole consejeros, fiscalizadores y jueces: la guerra hubo de arreglar el litigio, y el rey, vencido en la batalla de Lewes, cayó cautivo (1264) en poder del conde de Leicester, hijo de Simón de Montfort, el terrible enemigo de los Albigenses. El prisionero se veía reducido á obedecer; pero, así y todo, la Carta magna hubiera quedado expuesta á ser letra muerta á consecuencia de los complots y de alianzas con soberanos extranjeros si Montfort no hubiera comprendido que la nobleza sola sería con el tiempo impotente y que necesitaba aliarse con la burguesía naciente. Al año siguiente se reunía un parlamento en el que muchas ciudades y villas estaban representadas por dos burgueses, que discutieron en condiciones de igualdad con los mandatarios nobles de los condados, elegidos también en número de dos por cada circunscripción. Esa innovación, que había de sobrevivir al ascendiente del conde de Leicester, es evidentemente el origen de la Cámara de los Comunes, cuya historia se confunde con la de la misma Inglaterra, y que ejerció, por la fuerza del ejemplo y de la imitación, una influencia tan considerable durante los siglos que acaban de transcurrir.

El lenguaje de los ingleses se modificaba al mismo tiempo que las costumbres y las instituciones políticas. Al llegar á país extranjero, donde todos los habitantes hablaban una lengua diferente de la suya, Guillermo el Conquistador y sus barones no trataban de imponerles su habla francesa á las poblaciones dominadas; al contrario, para la expresión de su pensamiento, gustaban de sentirse diferentes

de la multitud sojuzgada, lo que á sus ojos constituía una incontestable superioridad; mas, por lo prolongado de la dominación, los señores y los que habían llevado consigo aprendieron poco á poco

N.° 336. Llanura del norte de Francia.



Los nombres en letras mayúsculas son los de ciudades que conquistaron su carta municipal, pero faltan, por ejemplo, Compiegne, San Quintín, Evreux; por otra parte, entre los nombres en letras minúsculas, Senlis y Sens disfrutaban de algunas franquicias, concedidas más bien por la buena voluntad de los señores feudales, que por la audacia de los habitantes.

el anglo-sajón, en tanto que el francés se esparcía entre los Ingleses; el vocabulario de las dos lenguas se enriquecía por préstamos mutuos, y aunque las órdenes, los decretos y los actos legales se

publicasen siempre en lengua popular para que la multitud de los súbditos pudiesen comprenderlos, cada vez más se mezclaban en ellos términos franco-normandos. Luego, doscientos años después de la conquista, cuando todos los barones hablaban ya el inglés entre sí y sus hijos estaban obligados á aprender el francés como una lengua extranjera, se produjo el hecho extraño de que el inglés fué abandonado en todos los documentos políticos y legales para ceder el puesto al francés como lengua oficial, debido á que Ruan fué durante mucho tiempo la verdadera capital de Inglaterra, ó á lo menos la residencia más habitual de la corte, y que Francia ejercía una fuerza de atracción poderosa como reino que había de conquistarse por completo. Sin embargo, esos esfuerzos de arriba fueron impotentes contra el impulso que se producía en la masa popular. En 1362 el inglés reemplazó al francés en la apertura del Parlamento y de los tribunales, y el uso exclusivo de la lengua nacional fué mandado para los debates, las defensas y las acusaciones [1]. La pedantería jurídica conservó, no obstante, durante mucho tiempo la costumbre de traducir al francés todos los decretos, leyes y actos legales; y todavía en nuestros días, después de la interrupción consiguiente al período republicano, ciertas viejas fórmulas en jerga franco-normanda parecen indispensables á los legistas y cancilleres con peluca para asegurar al Estado británico su funcionamiento normal.

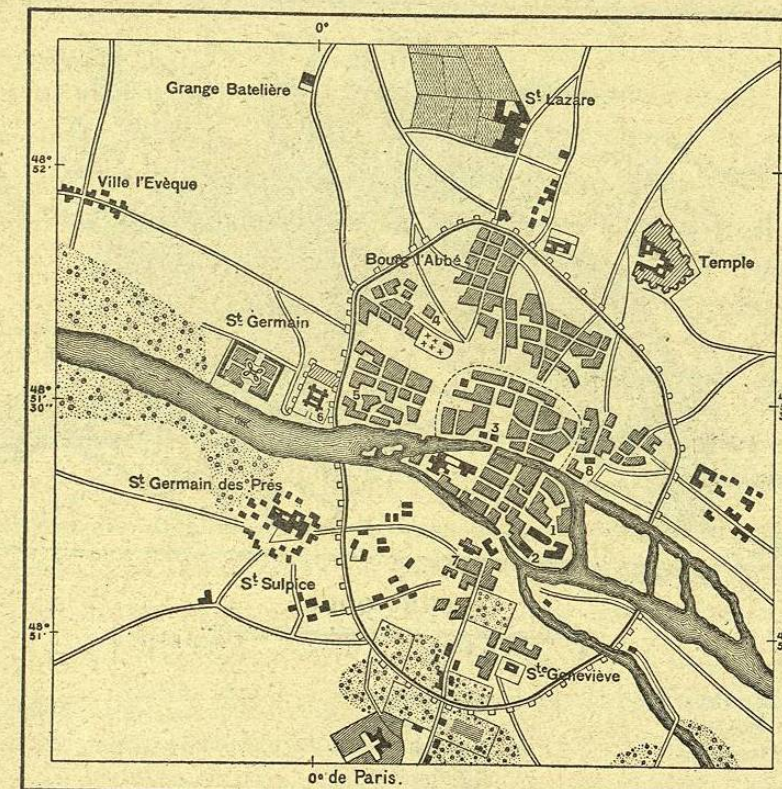
El contraste de los dos países, Francia é Inglaterra, debía reproducirse y caracterizarse en sus capitales, París y Londres. Estas ciudades ocupan posiciones predestinadas por su medio geográfico para ejercer una influencia preponderante en la historia de Europa y del mundo.

París se halla en el centro natural, á la vez geológico y geográfico, de toda la cuenca comprendida en el recinto de alturas, cuyos bastiones exteriores están formados por los Ardenes, el Morvan y las colinas del Perche; es el punto de cita claramente indicado para toda la región, con tanto mayor motivo cuanto que los caminos históricos trazados hacia la ciudad, están dispuestos como los radios conver-

[1] W. Denton, *England in the fifteenth Century*, ps. 4 á 6.

gentes de un semi-círculo: vienen del alto Loira y del alto Allier por Montargis y Nemurs, de Autun por Clamecy y Auxerre, de las mesetas de la Costa de Oro por Troyes y Montereau, de los confines de la Lorena por el curso del Marne, de las fronteras de Bélgica

N.º 337. Paris en tiempo de Felipe Augusto.

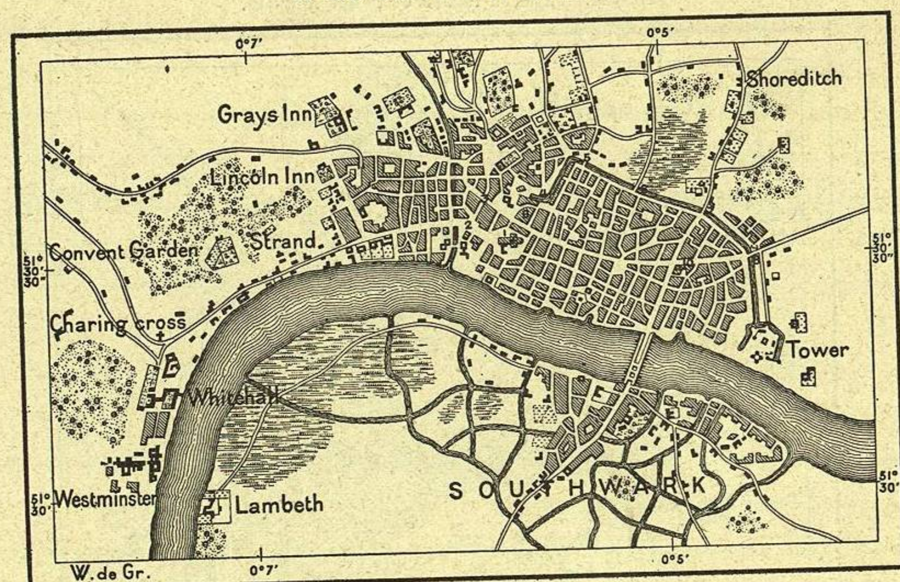


1. Nuestra Señora.
2. Hotel Dieu
3. Chatelet.
4. San Eustaquio.
5. San Germán l'Auxerrois.
6. El Louvre.
7. Termas de Juliano.
8. San Merry.

por las márgenes del Oise y del estuario del Sena por Ruan. Al Sudoeste, la llanura rasa del Beauce es aún más fácil de recorrer que un valle fluvial y da cómodo acceso á las hermosas campiñas del Loira, desde donde parte una red de caminos, seguidos en todo tiempo en la dirección del Sud y del Oeste. París tiene todas las ventajas como lugar de concentración; comparada con Londres, sólo

le falta el camino del mar, aunque haya sido fundada por una corporación de marineros y haya tomado por blasón simbólico un barco mecido por las olas. Mas si París no tenía en la Edad Media ningún tráfico directo con el mar, no dejaba de dominar los caminos

N.° 338. Londres en el siglo XIII.



D'après Spruner Menke.

1 : 30000

0 500 1000 1500 Mètros.

1. San Pablo.
2. Ludgate.
3. Newgate.
4. Aldersgate.
5. Cripplegate.
6. Moorgate.
7. Bishopsgate.
8. Aldgate.
9. San Martín el Grande.
10. Leadenball.

que desde el centro de Francia conducen al litoral y gobernaba el movimiento por sus puertos de agregados.

Londres, como se ve por el mapa, tenía en el más alto grado la superioridad marítima para los cambios con las comarcas de Europa que tenía frente á sí, y además había llegado á ser el principal depósito de Inglaterra para todos los caminos que irradian hacia los otros puertos y estuarios de las costas del Sud, del Oeste y del Norte. Pero ocurre preguntarse, ¿por qué la ciudad de Londres no ha llegado á ser la capital oficial del reino inglés? ¿No parece que la residencia del gobierno debiera corresponder á la ciudad más importante del reino? ¿Por qué Charing, pueblecillo sajón, situado á al-

gunos tiros de flecha fuera de las murallas, fué el sitio escogido para campamento de los jefes sajones, y por qué Westminster, su heredera, fué escogida por los reyes normandos como el centro de la vida política? Precisamente porque Londres, ocupada por mercaderes y marinos, que se regían por leyes distintas, constituían un microcosmo de origen antiguo y respetado, un Estado superpuesto que sólo participaba del conjunto del reino por el reconocimiento del mismo soberano. De ese mismo modo los Mandchues, descendiendo hacia el imperio del Medio, fundaban una ciudad tártara al lado de cada ciudad china, y que los bárbaros Tuaregs velaban en armas en su campamento á las puertas de Tombuctu. Debido quizá á ese carácter de doble capital, London-Westminster ha recibido en francés, bajo la forma de Londres, la marca del plural. Y, sin embargo, Lyon y Marsella han tomado la misma terminación en la ortografía inglesa, de que no da cuenta esta explicación.

En cuanto á la Germania imperial, no tenía, y, según la misma idea que se tenía del imperio, no podía tener más capital que Roma, la residencia de los antiguos Césares. La obligación moral que incumbía á los emperadores de hacerse coronar allí fué la ocasión principal de las guerras que los ejércitos del Norte paseaban incesantemente en las campiñas de Italia; tal era, por lo demás, la única expedición para la cual los príncipes alemanes habían de suministrar un contingente á su elegido.

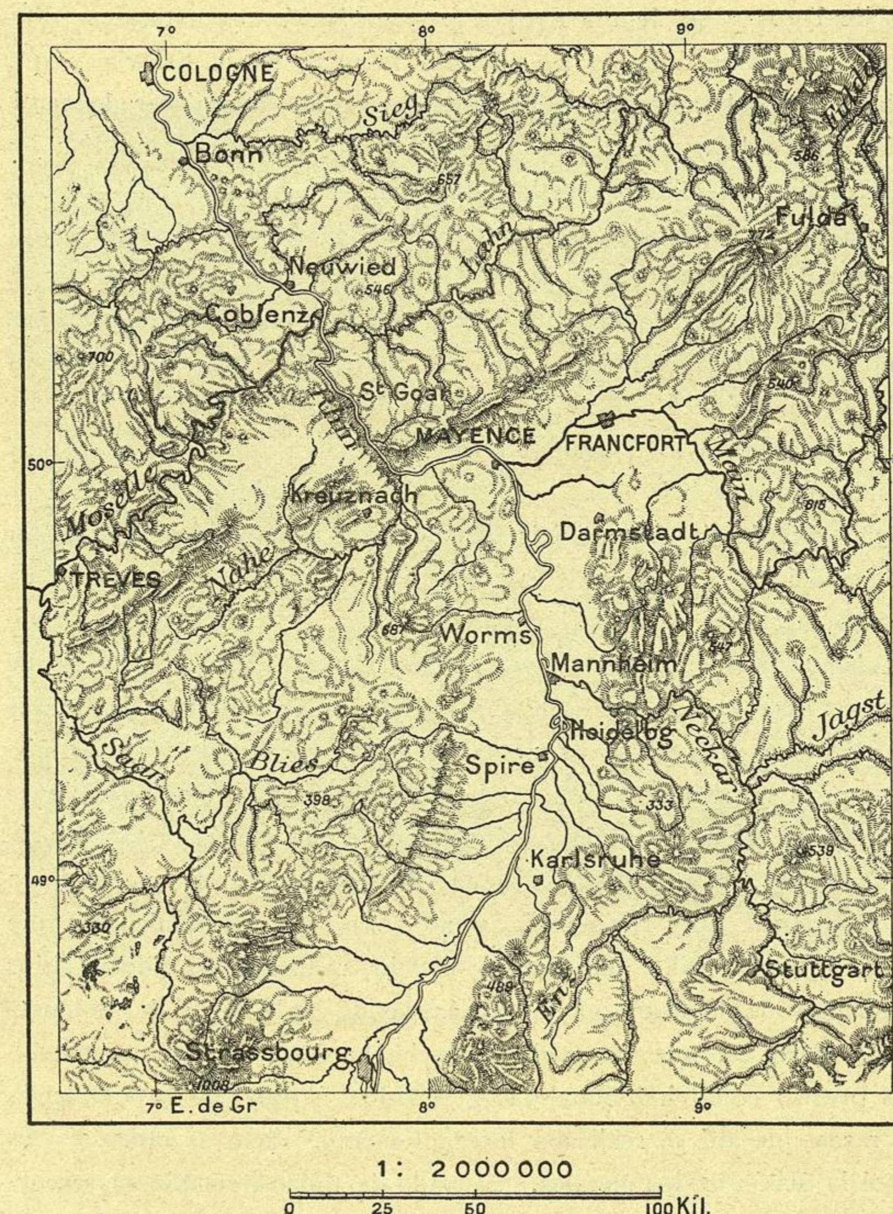
Pero, al norte de los Alpes, se impuso una ciudad. Frankfurt, «vado de los Francos», que, desde el reinado de Luis el Germánico, había sido el mercado más activo del «Reino oriental», tomó naturalmente una importancia de primer orden cuando la llanura, antiguamente lacustre y después pantanosa, en que se eleva, quedó completamente seca; hay pocas regiones en Alemania que ocupen una situación más central. Está edificada sobre el Main, no lejos de su confluencia con el Rhin y en la línea transversal formada de Este á Oeste hacia la mitad del valle del gran río alemán por las dos corrientes del Main y del Nahe, que llegan en sentido inverso; allí desemboca la vía histórica seguida en todo tiempo entre el Danubio y el Rhin, y hasta doblada en tiempo de Carlomagno por un

canal de unión entre los dos ríos; Frankfurt era el principal punto de etapa para los mercaderes entre Viena y el mar del Norte; además, como el gran camino del Este se dirige hacia la brecha de Sajonia entre las montañas de la Turingia y las de la Franconia, servía también Frankfurt de punto de distribución en la cuenca rhenana, y allí se juntaban también otros caminos menos importantes. Se comprende, pues, que la ciudad haya adquirido grandísima fuerza de atracción en el movimiento de los cambios de Alemania y que el mundo político haya tenido allí su centro temporal; llegó á ser la ciudad electoral de los emperadores, la capital virtual del imperio, y su palacio municipal, denominado *Romer* ó el «Romano», conserva de ello como un reflejo de Roma.

¿Qué otra ciudad de Alemania hubiera podido adquirir una preponderancia incontestada, cuando el imperio, con sus fronteras siempre flotantes entre los Franceses al Oeste, los Eslavos al Este y los Italianos al Sud, se hallaba dividido en su interior en una multitud de soberanías y de feudos de límites no menos cambiables, y que el señor feudal, procedente sucesivamente de diversas familias, cambiaba frecuentemente de residencia, llamado aquí ó allá según las oscilaciones de la política y los azares de la guerra? Con frecuencia el mismo emperador residía fuera de Alemania, como sucedió con Federico II, que vivía en su quinta italiana de Lucera, entre Normandos y Sarracenos. Por sus macizos de montañas, y más aún por sus extensos bosques salpicados de lagos, Alemania se hallaba dividida en comarcas muy distintas y todas de bastante importancia para neutralizar mutuamente su poder; mientras que en Francia, la cuenca media del Sena, unida á la del Loira, con París por centro de gravedad, era superior evidentemente en cohesión y en poder al círculo de tierras bajas que rodeaban el macizo central de las mesetas y de los montes; ¿dónde había de buscarse el núcleo vital por excelencia en esa extensa Germania que se extiende desde el Rhin al Vístula? El mismo gran valle rhenano se descomponía en dos regiones tan diferentes desde el punto de vista de la historia como desde el de la geología: al Norte, Colonia equilibraba en población y en gloria las ciudades de la cuenca meridional, Estrasburgo, Espira, Mannheim, Worms, Francfort y Maguncia. La gran cuenca de Baviera, donde

el alto Danubio absorbe los poderosos torrentes de los Alpes, formaba también una región natural donde habían de constituirse centros

N.º 339. El Rhin, desde Estrasburgo á Colonia.



políticos de primer orden, Nürnberg, Augsburgo, Regensburgo, Passau y, después, Münich. Sajonia, bien apoyada sobre el Erzgebirge y las montañas de la Turingia, constituía otra provincia natural, gra-

cias al Elba medio y á su bella ramificación de afluentes, mientras que al Noroeste, la cuenca del Weser, con sus numerosos Estados pequeños, formaba la transición entre los campos del Elba y los del Rhin. Al Norte, los arenales del Brandeburgo, sus turberas, sus hileras de lagos y sus lentos arroyos pertenecían á una naturaleza diferente, semejante á la de las grandes llanuras de la Eslavia y que daba á los habitantes de la frontera germánica el carácter de centinelas avanzados. Por último, sobre los dos mares se sucedían los puertos de comercio, convertidos también en centros de una potencia política muy importante, sobre todo después de la alianza de Hamburgo y de Lubeck (1241), que fué el origen oficial de la liga anseática.

La Alemania propiamente dicha, con todos sus reinos, ducados, condados, señoríos, ciudades libres y confederaciones diversas, comprendía también el país de los Alpes, el Tirol, la Carintia, la Estiria y el Austria, lo mismo que los valles cuya población se agrupa en nuestros días bajo el nombre de «Suiza alemana». La ciudad de Viena, que había de adquirir después una importancia de primer orden como centro de actividad mundial, se convertía á la sazón en el foco principal de atracción para los alemanes del Sudeste, siendo al mismo tiempo la guardiana del imperio contra los invasores de diversas razas que se estrechaban á Oriente y contra los eslavos que ocupaban en gran parte las montañas, las llanuras del Norte lo mismo que el cuadrilátero de la Bohemia, cortando las comunicaciones directas de Austria con las regiones populosas y más civilizadas de la Germania nor occidental. Viena ocupaba entonces una posición de vanguardia muy amenazada y no se unía á Alemania más que por el estrecho valle del Danubio medio, reducido en ciertos sitios á sencillos desfiladeros por las avanzadas de los Alpes y del Bohmerwald. Pero ese mismo estado de lucha le daba un carácter mucho más preciso como individualidad germánica, á pesar de la mezcla de las razas que allí se realizaba incesantemente, como se opera en un crisol la fusión de los metales. Sacando de toda Alemania sus recursos en conocimientos y en fuerza moral para su continua resistencia contra las agresiones del mundo oriental, Viena transformaba todos sus elementos étnicos en alemanes, aunque muy diferentes de los germanos de la Suabia y de la Turingia.

Antigua ciudad gala, después romana, Vindomina, convertida en Vindobona, acabó por reunir en sí todas las ventajas geográficas de los lugares ribereños del Danubio que se suceden en la travesía del Austria propiamente dicha, entre la confluencia del Inn y el del March ó Morava. Dos de esas ciudades tenían para los Romanos

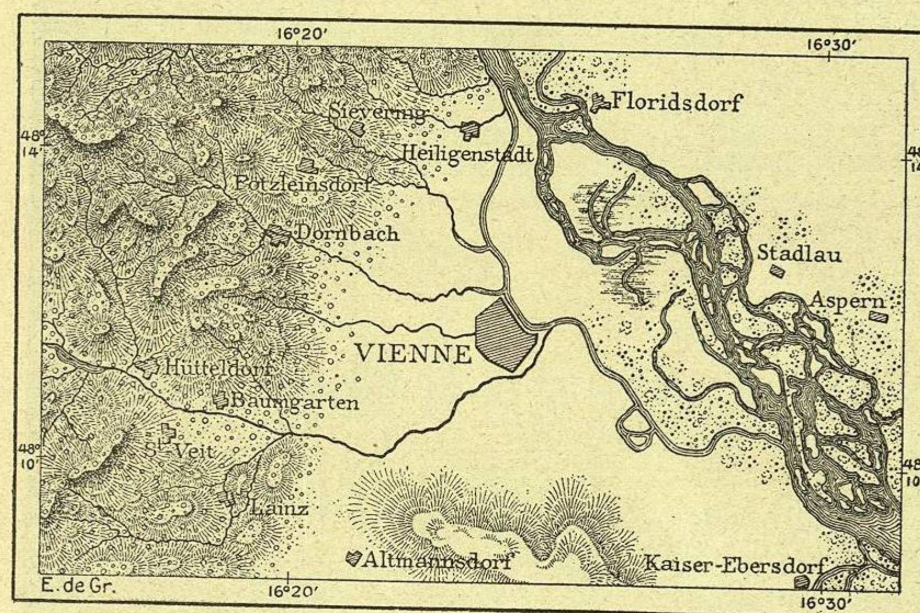


FRANCFORT-SUR-LE-MEIN, SALA DEL ROMER

una importancia especial, Laureacum, la actual villa Lorch, donde desembocaba el camino principal que seguían las legiones á través de las cadenas paralelas de los Alpes, y Carnuntum, por bajo de Vindobona, frente á la amplia llanura donde serpentea el Morava antes de unirse al Danubio. Los caminos de los Alpes, partiendo de las dos orillas del Adriático, la italiana y la istriota, se unen en Viena, que se halla precisamente en el ángulo nor-oriental del sistema de los

Alpes propiamente dichos, en el punto de llegada á la llanura del Danubio de todos los caminos naturales que descienden de la montaña: esas condiciones aseguraban á la ciudad la ventaja de surgir en el punto de crecimiento de las dos grandes vías principales de la Europa central, el camino danubiano entre París y Constantinopla y el camino moravo entre Italia y el litoral báltico; de todas las ciuda-

N.° 340. Viena y el Danubio en la Edad Media.



1: 175 000

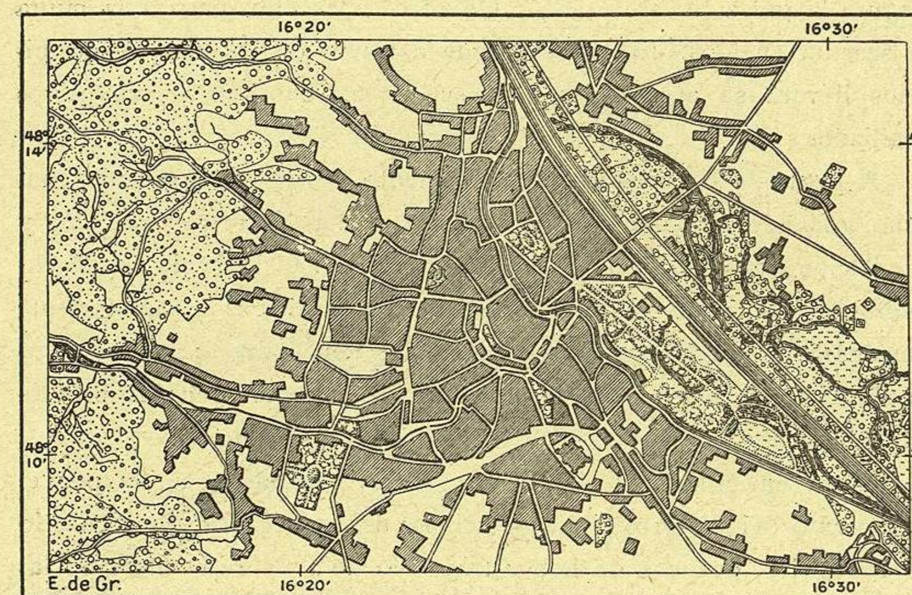
0 1 5 10 Kil

des del continente que sirven de encrucijadas á caminos transversales del mismo género, Viena es ciertamente la que tuvo mayor importancia histórica. Después de la Edad Media, la capital austriaca ha aumentado de poder, convirtiéndose en dueña del gran río cuya proximidad temía tanto en otro tiempo.

El siglo XIII fué para Alemania la época en que el poder imperial tuvo menos fuerza y en que por una consecuencia natural se hicieron sentir mejor las iniciativas locales. Aquella fué la edad más dichosa de la nación y nunca fué su desarrollo tan rápido en los conocimientos y en las artes. Federico II, cuyo reinado duró el

espacio de toda una generación (1215 á 1250), había habituado á sus pueblos á prescindir de él: si reinaba oficialmente, guerreando ó legiferando en alguna parte, en el sud de Italia ó en Oriente, la vida independiente de las ciudades alemanas se manifestaba en el cumplimiento de las obras nacionales. Hasta en los documentos públicos, y á pesar de los frailes, la lengua popular venía á ser el

N.° 341. Viena y el Danubio en el siglo XX.



1: 175 000

0 1 5 10 Kil.

vehículo del pensamiento; los poetas, que viajaban de ciudad en ciudad y de corte en corte para recitar sus cantos, se frecuentaban y se instruían mutuamente en el empleo de un lenguaje puro, armonioso y lógico, en substitución de los lenguajes provinciales. Al mismo tiempo, hombres laboriosos estudiaban el país y resumían su geografía, su historia, sus leyendas y su jurisprudencia. Los arquitectos construían entonces los edificios soberbios del estilo ojival, que son todavía la gloria de las ciudades de la cuenca rhenana, y, en menor grado, de las otras regiones alemanas. Por último, por entonces comenzó á precisarse y á hacerse consciente ese amor de

la Naturaleza que sienten tan profundamente los poetas de Germania y que en los últimos siglos ha producido tantas bellas obras literarias. En pleno período de cazas y de guerras incesantes al animal y al hombre, había, sin embargo, algunos bosques prohibidos á toda obra de sangre. Uno de ellos era el bosque del Harz. El Sachsen-Spiegel decía, al principio del siglo XIII: «Cuando Dios creó al hombre, le dió poder sobre los peces, las aves y todos los animales salvajes. Hay, no obstante, tres lugares donde el decreto del rey asegura la paz á los animales... Quien cace en ellos pagará la multa de sesenta sueldos. El que cabalgue á través de los bosques prohibidos llevará su arco distendido, su carcax cubierto y sus perros atraillados».

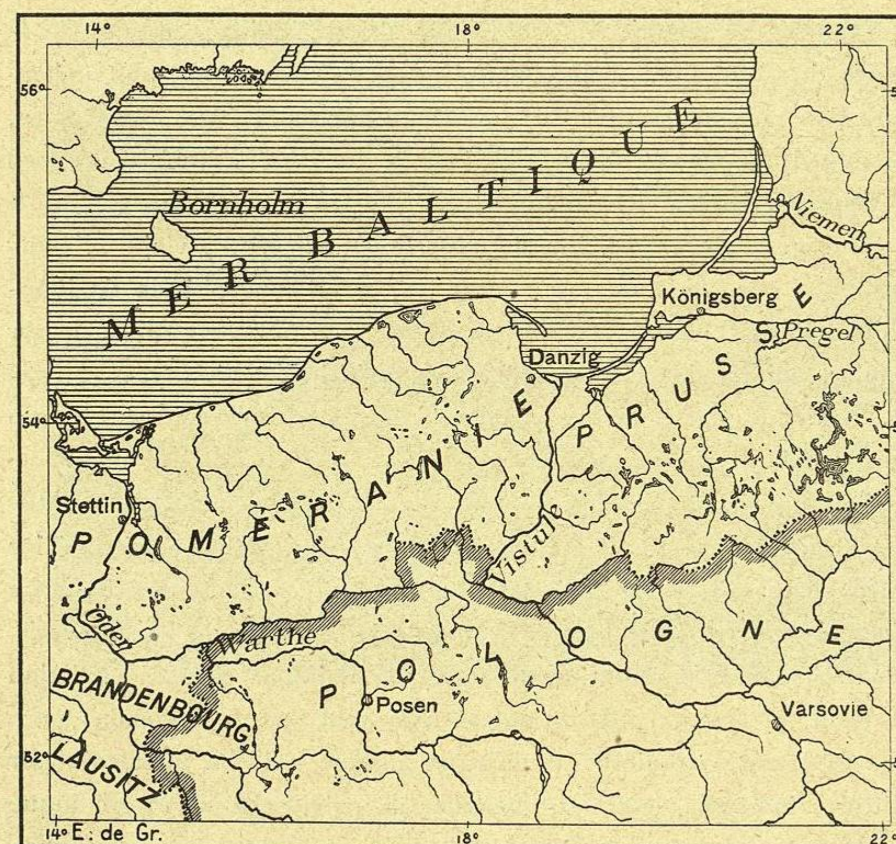
A pesar de las invasiones, el elemento étnico de Germania continuó ganando en la dirección del Este y del Norte por rechazo y asimilación gradual de las poblaciones eslavas: el Holstein, el Meck-lemburgo y la Pomerania se convirtieron en tierras completamente alemanas, y bajo el mando de Hermann von Salza, 1230-1237, los caballeros teutónicos fundaron colonias de Alemanes en las provincias «bálticas» de Curlandia, de Livonia y de Ehstonia.

Hasta en el mayor riesgo de guerra, Alemania, unida por el sentimiento del peligro, podía prescindir del emperador. Así cuando los Mongoles, después de haber triunfado de toda resistencia en las comarcas de la Europa central, se avalanzaron contra los países alemanes, en 1241, el emperador reinante, Federico II, parece no haber tenido participación en la resistencia, ni siquiera por su diplomacia; fueron las poblaciones de los países inmediatamente amenazados, principalmente Moravia y Silesia, Eslavos y Alemanes, los que sostuvieron el terrible choque en la batalla de Liegnitz, y, aunque vencidos, por su actitud, hicieron comprender á los vencedores que lo más seguro era no pasar adelante; la invasión mongola, desviándose hacia el Sud, fué á dispersarse sobre las costas de Dalmacia. A pesar del «interregno» de cerca de un cuarto de siglo (1254 á 1273), Alemania no cesó de prosperar moralmente en poder y en civilización; se nombraron reyes, pero como seres virtuales, escogidos en país extranjero y conservando sus nombres. No había que temer la intervención de Guillermo de Holanda, Ricardo de Cornwales, Alfonso de Castilla:

príncipes y pueblos alemanes se pasaban sin ellos, como se habían pasado sin los Hohenstaufen italianos.

Cumplíase entonces una importante evolución en la idea que los Alemanes se hacían del poder imperial. En un principio, el recuerdo prestigioso del antiguo Imperio Romano dominaba de tal modo á

N.° 342. Tierras de los Caballeros teutónicos.

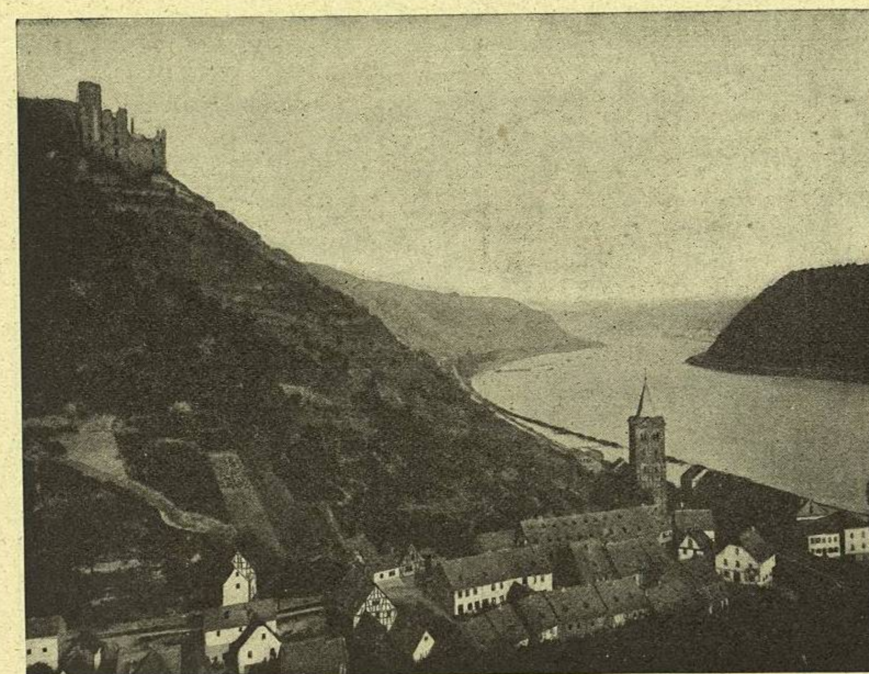


las gentes, que los ambiciosos se daban por único objeto continuarle: en Roma habían de ser consagrados, y si la travesía de los Alpes ocasionaba grandes gastos para el sustento del cortejo, el viaje en plena Italia, entre ciudades frecuentemente hostiles y bajo la amenaza constante de asaltos y de revoluciones locales, les obligaba á hacerse acompañar de un ejército; cada visita de aparato se trans-

formaba en campaña de guerra. La última expedición de ese género, la de Conrado IV, hijo de Federico II, se terminó de la manera más fatal. Carlos de Anjou se había apoderado de la Italia del Sud y de Sicilia en detrimento del imperio, y el hijo de Conrado, el joven y gracioso Conradino, último de los Hohenstaufen, fué públicamente decapitado en Nápoles (1268), trágica aventura que el romanticismo patriótico de los Alemanes no perdonó jamás á Francia. Carlos I de Nápoles fué además el genio malo de su familia; después de la muerte de Conradino, dirigió hacia Túnez la cruzada en que su hermano San Luis había de morir; él mismo, por su política «ortodoxa», sucesora de la mansedumbre religiosa de los Hohenstaufen, provocó las Vísperas sicilianas, y también comprometió á su sobrino Felipe III en la desgraciada expedición del Rosellón (1285). El viaje del emperador al otro lado de los montes iba, pues, acompañado de innegables peligros, pero la noción de imperio no por eso dejaba de ser popular, aunque los electores feudales, príncipes civiles y eclesiásticos, temiendo darse un amo demasiado poderoso, vacilasen mucho antes de elegir un candidato.

Durante el curso del siglo XIII se constituyó de una manera distinta el cuerpo electoral que, en lugar del papa, debía conferir á los futuros emperadores la majestad del poder. Se componía de siete príncipes, los tres arzobispos de Maguncia, de Colonia, de Tréveris, y cuatro señores temporales, el duque de Sajonia, el conde palatino del Rhin, el margrave de Brandenburgo y el rey de Bohemia; pero éste, soberano extranjero por la raza, aunque unido á Alemania por múltiples intereses, había de defender su privilegio contra el duque de Baviera. El poder de Alemania, representado por los siete grandes electores, tenía su centro de gravedad en la parte occidental del imperio, y el valle del Rhin, la «calle de los Sacerdotes», como solía llamarse á causa de las innumerables iglesias y de las suntuosas catedrales ribereñas del río, reunía por sí sola la mayoría de los votos; pero aunque los arzobispos rhenanos tuviesen en el consejo electoral una influencia frecuentemente decisiva y que se creyese ver en ellos representantes del papa, la influencia directa del pontífice romano quedaba ya rechazada. En 1330 se llegó hasta establecer claramente en un manifiesto la independencia de los electores imperiales frente á las pretensiones de Roma, especificando que los poderes del emperador emanan exclusivamente de la oligarquía de los príncipes.

En 1273, después del «interregno», la elección recayó sobre un señor de rango secundario, Rodolfo de Habsburgo, que debió probablemente su fortuna á la modestia relativa de su estirpe. El nuevo emperador, reducido á la impotencia en la gran política, ligado ya, como muchos soberanos modernos, por las reglas de la Constitución y las tradiciones del ministerio, hubo de limitarse á afirmar bien sus derechos y privilegios de familia; sin embargo, algunos de sus sucesores volvieron á la fascinación de Roma y de Italia, pero sin resultado serio. Y no solamente la península se eliminaba del imperio, sino que también el reino de Arles se hacía difícil de gobernar y se fragmentaba en beneficio de la monarquía francesa; además se cerraban los caminos que atravesaban los Alpes suizos, por haberse unido bajo juramento los representantes de los valles para defender su independencia contra las pretensiones de los Habsburgo y de sus



VALLE DEL RHIN EN SAN GOAR

administradores. El duque Leopoldo de Austria penetró imprudentemente con sus caballeros pesadamente armados en los altos desfi-

N.° 343. Ciudades y Provincias de Alemania.

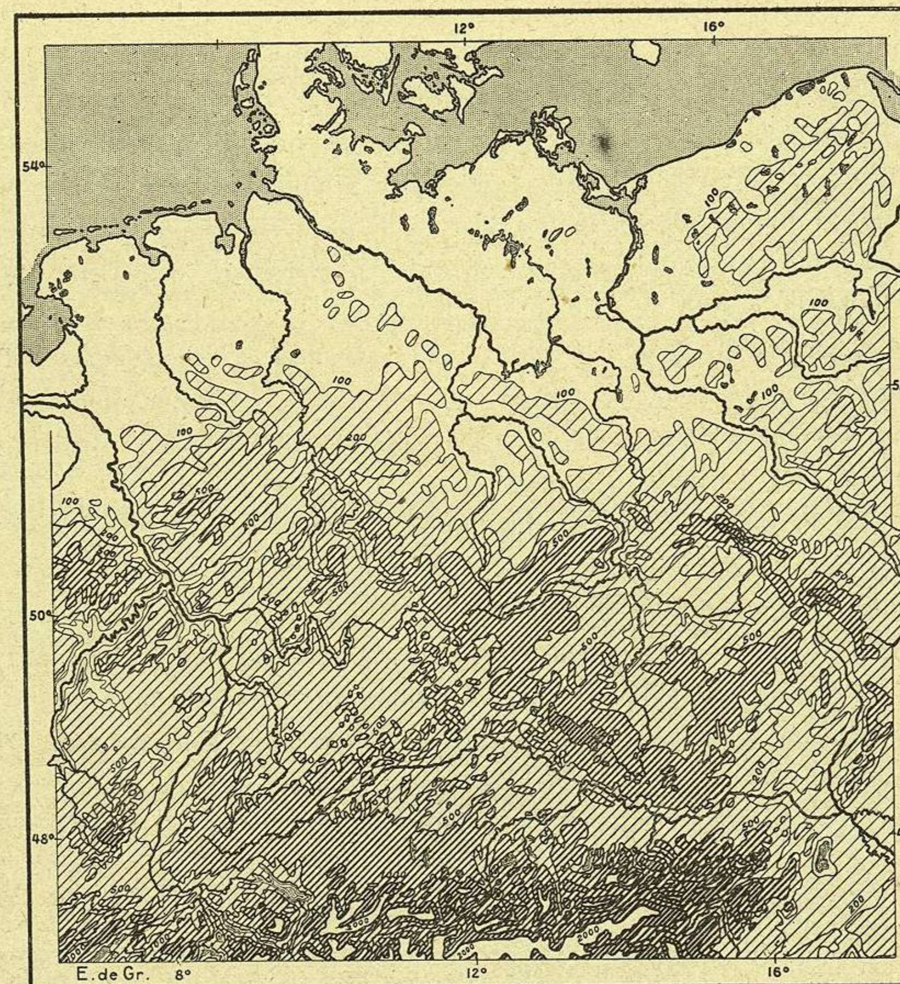


Este mapa lleva la indicación Prusia, conforme con la realidad actual, mientras que en los siglos XIII y XIV es la provincia al este del Vístula que llevaba ese nombre. (Véase mapa n.° 342, p. 121.)

laderos de los Alpes, y las piedras y las mazas triunfaron allí de las lanzas. La batalla decisiva ganada por los montañeses en Morgarten (1315) aseguró la autonomía de los cantones forestales, núcleo de la

Confederación suiza. Cuando se renovó el conflicto, hacia el final del siglo, las batallas de Sempach (1386) y de Næfels (1388) proba-

N.° 344. Relieve de Alemania.



El collado de Taus está indicado en este mapa; en el mapa n.° 343, T señala el emplazamiento de la ciudad de Taus; L, el de Lorch; C, el de Carnuntum. (Véase página 117).

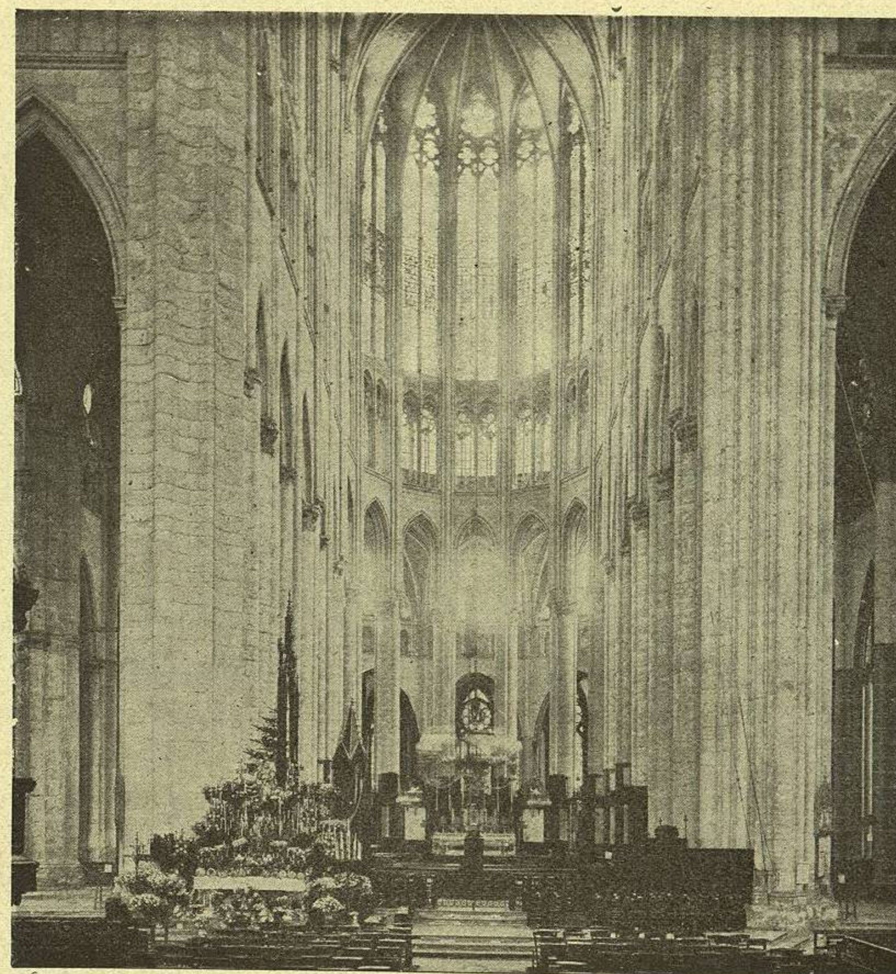
ron nuevamente que los montes de Suiza eran una muralla intangible.

El territorio de la actividad de los emperadores alemanes no pasaba apenas de las regiones meridionales y occidentales de la Ger-

mania propiamente dicha; las comarcas del Norte y del Este se hallaban bajo la dependencia de las ciudades anseáticas, de los caballeros teutones y de los margraves de Brandeburgo, constituyendo así un grupo distinto que obtuvo su vida propia y contuvo en sí los gérmenes de esa individualidad política destinada á llegar á ser la Prusia. El contraste que había de alcanzar un día importancia capital entre las dos grandes potencias de Alemania, Austria y Prusia, comenzaba á dibujarse históricamente: ¿no estaba además indicado por el mismo relieve de los terrenos? Los campos del Danubio medio y las tierras arenosas donde serpentean los ríos, donde duermen los lagos de entre Elba y Oder, están claramente separados por el gran cuadrilátero de la Bohemia, ceñido de montañas y de bosques; mientras que al Oeste de Alemania el curso del Rhin unía francamente las comarcas del Norte á las del Sud, y, por sus afluentes Main y Neckar, ponía en libre comunicación Austria, el Tirol, el país de Salzburgo, Baviera, Suabia, con Turingia, Hesse y Westfalia.

En Francia, donde la unidad política estaba mucho mejor indicada por la Naturaleza, pero donde no podía ser completamente realizable sino después de la ruina de los grandes feudos, la lucha se continuaba entre el rey y sus vasallos. Después de Felipe Augusto, la diplomacia real no conservó el mismo rigor inflexible hacia la subordinación de todas las funciones al Estado; sin embargo, en el conjunto, la monarquía francesa aumentó grandemente su poder, no sólo á expensas de los altos feudatarios, sino también del papa; hasta aquel mismo rey de quien la Iglesia hizo un «santo», Luis IX, no se dejó dirigir por el clero: más sinceramente religioso que la mayoría de los sacerdotes y de los frailes, podía prescindir de sus consejos. Uno de sus sucesores, Felipe el Hermoso, que subió al trono en 1285, pudo ir más lejos en su lucha contra la Iglesia: anticipándose á muchos soberanos modernos, fué, en plena Edad Media, un diplomático astuto que, sin preocupaciones caballerescas, se rodeaba de burgueses tan astutos como él y no se ocupaba sino de buenos asuntos para acrecentar metódicamente su poder y sus bienes. Precisamente el papa que tuvo por adversario, Bonifacio VIII, fué un nuevo Hildebrando, un sacerdote que aspiraba á la dominación de los cuerpos lo mismo que á la de las almas y que todavía tenía

fe en la virtud de los viejos rayos de la excomunión. Felipe el Hermoso no por eso dejó de reducir su clero á la obediencia, y persiguiendo al papa en su propio territorio, Agnani, le hizo capturar por unos confidentes, «en interés de nuestra madre la Santa Iglesia»



Cl. J. Kuhn, edit.

CATEDRAL DE BEAUVAIS — LA NAVE

— así se expresa el enviado Nogaret, — y le redujo á morir de cólera y de pena (1303). El nuevo papa tuvo que hacerse el muy humilde respecto de aquel rey á quien Bonifacio había excluído de la Iglesia; después fué reemplazado por una hechura de Felipe, por un simple vasallo religioso, Clemente V (Bertrand de Got), que sufrió la vergüenza de abandonar la «Ciudad Eterna» y de ir á residir á Poi-

tiers, después á Aviñón, bajo la vigilancia de su verdadero amo (1305).

El papado, apoyado por las comunidades municipales lombardas, había vencido al imperio germánico después de una larga serie de luchas, pero ese último insulto hecho por la monarquía francesa al papa no amenazaba lo más mínimo á la independencia de las ciudades libres, y debido á eso el mundo cristiano se conmovió muy poco por el atentado de Agnani: no se creía ya que la autoridad divina hablaba por boca del sucesor de San Pedro.

No sólo el rey de Francia atacó directamente al papa, sino que emprendió la obra todavía más difícil de tocar al alma misma de la Iglesia, representada por sus tesoros. El excomulgado comenzó por hacerse entregar todos los diezmos del clero francés durante cinco años; luego, después de haberse apoderado de los Judíos para extraer de ellos todo el oro que poseían, como se extrae el aceite de la aceituna, después de haber recortado las monedas de oro y de plata, se hizo entregar los Templarios, convertidos en banqueros cristianos, y dió orden á sus agentes para retirar de sus encomiendas todos los tesoros reunidos por los Caballeros del Templo desde el principio de las Cruzadas. Su crimen, evidentemente, consistía en ser ricos; poseían más de nueve mil casas señoriales y provincias enteras en toda Europa, desde Portugal y Castilla hasta Irlanda y Alemania. Por otra parte, daban motivo á las más graves acusaciones: durante el largo espacio de tiempo que fueron los defensores del Santo Sepulcro, nadie hubiera osado juzgarlos, aunque se permitieron todo lo que puede sugerir el orgullo, la insolencia, la avaricia y la lujuria; en voz baja se referían los ritos abominables, musulmanes y diabólicos con que glorificaban el Templo como distinto de la Iglesia. Ayudada en la obra del desplazamiento de las fortunas por los frailes mendicantes y otros parásitos, la monarquía francesa osó atacarles en razón de sus herejías.

El rey tenía que vengarse de no haber podido ser recibido en la orden, de la que hubiera querido ser gran maestre; además debía dinero á los Templarios, y no tenía más medios de pagarles sus deudas que robándoles, arrebatándoles sus tesoros; después de la ruina de los Judíos, no quedaban más que cristianos á quienes despojar. Sin embargo, esos adversarios eran tan temibles por el número, por la riqueza y por el prestigio, que Felipe el Hermoso, secundado por su complaciente papa, pudo durante mucho tiempo temer un fracaso. El proceso duró años, y fué conducido de una manera atroz por medio de testimonios falsos, de amenazas y de tormentos. Aunque la fuerza principal de los Templarios radicase en Francia y Felipe pudiera en consecuencia herir á la orden de caballería en pleno corazón, los demás Estados estaban muy interesados en el proceso, y, si hubieran diferido del juicio del rey de Francia, hubieran podido suscitarle grandes dificultades. En un principio sus concilios absolvieron á los Templarios, pero después de la condenación severa y de las expoliaciones ordenadas por Felipe, se pusieron de acuerdo para participar también del precioso botín. España fué la única nación que los defendió hasta el fin, ó al menos permitió la transformación pacífica de su orden; pero ha de tenerse en cuenta que en España no había terminado aún la cruzada [1].

Todos esos procesos, todas esas hogueras, obra de los inquisi-



Cl. Kuhn, edit.

AVIÑÓN — EL CASTILLO DE LOS PAPAS

[1] J. Michelet, *Histoire de France*, t. III, p. 158.

dores al servicio de la monarquía, prueban cuánta importancia había adquirido la cuestión del capital y del dinero en esa sociedad que se desprendía de la Edad Media. Se ha dado gran importancia á la prohibición del comercio del dinero hecha al público por el cristianismo primitivo, pero esta ley moral tuvo escasa aplicación á las prácticas corrientes de la sociedad: el cristianismo, que no podía sin pecar percibir interés sobre el dinero prestado á otro cristiano, aprovechaba la ocasión de prestar á un infiel, á un Judío; ¿no trataba también de enriquecerse por el ahorro ó por la renta territorial? Nada tan fácil como burlar la ley y hacerse pagar interés bajo otra forma: por ejemplo, el fiel, que debía abstenerse de exigir interés ó «usura» por el préstamo de una cantidad de dinero, podía estipular que el acreedor y sus herederos pagaran en cambio una renta perpetua [1]. Del mismo modo los cánones eclesiásticos no prohibieron nunca el contrato de *cheptel*, ilustrado en la leyenda hebraica por el genio mercantil del patriarca Jacob. El cristianismo sabe también que el antepasado judío tuvo completa autorización divina para enriquecerse por el aumento de sus ganados, porque el *cheptel* (cabezas de ganado), palabra que, en inglés, se ha convertido en *cattle* (conjunto de los rebaños), es una de las formas por excelencia del ahorro, é indica por su mismo nombre que fué uno de los principales orígenes del capitalismo moderno [2]. Y después, la misma Iglesia, aunque vituperando la riqueza cuando se trataba de los otros, ¿no tuvo pronto por ideal enriquecerse á su vez, puesto que le convino solicitar las donaciones y los legados? En realidad la Iglesia no pudo censurar en los otros lo que llegó á ser su constante práctica, directa ó indirecta.

Cuando la Iglesia no prestaba, hacía prestar por el Judío; y luego quedaba en paz maldiciéndole y despojándole como ladrón y como impío, después de haberle utilizado como prestamista. Los teólogos más honrados buscaban argumentos para explicar su hipocresía: «La usura, dice Gerson, debe ser extirpada; pero convendría fijar en qué casos se comete verdadero pecado de usura... para no exponerse por un rigor mal entendido á comprometer las rentas

[1] Viollet, *Précis de l'Histoire du Droit français*, p. 582.
[2] Gastón Richard, *Le Socialisme et la Science sociale*, p. 12.

de muchas iglesias» [1]. A tal fin se operó una especie de división del trabajo en beneficio del mundo clerical, entre los eclesiásticos regularmente establecidos de una parte, y los frailes mendicantes de otra. Estos se atenían á la antigua ortodoxia, que no reconocía ningún derecho de propiedad, ni en particular, ni en común. Este principio de conducta justificaba y hasta imponía la mendicidad, y ésta tenía además la ventaja de aumentar las riquezas eclesiásticas, porque los que no tenían el derecho de poseer estaban, sin embargo, perfectamente autorizados para administrar los bienes ajenos, y por administrarlos en nombre de la Iglesia no había prescripción de tiempo que interrumpiera sus derechos. No sucedía lo mismo respecto de los frailes de excesivo celo que hubiesen querido practicar el comunismo societario por el trabajo, con lo que arriesgaban acercarse á la sociedad civil: éstos eran inmediatamente rechazados y perseguidos [2].

En aquella época de transición, cuando la riqueza se movilizaba rápidamente por la moneda, por el crédito y por la banca, los Judíos fueron preciosos auxiliares para los gobiernos. Los poderes reales en todo tiempo, cuya política, hasta inconsciente, conduce á dividir para reinar, tuvieron interés en disponer de una clase de súbditos sobre los cuales pudiesen, en circunstancias difíciles, descargar la cólera y las violencias del pueblo. Así los Judíos fueron para los Estados de la cristiandad medioeval los «indispensables deicidas» á quienes era legítimo castigar cuando otros eran culpables; si no hubiesen existido, la Iglesia les hubiera sustituído con heresiarcas ó cismáticos. Durante las grandes expediciones de las Cruzadas, en las ciudades conquistadas, los jefes daban Judíos á las bandas armadas para que los asesinaran; cuando se temían guerras civiles, se tenía cuidado, como sucede en nuestros días en Rusia, de guiar, de canalizar el furor popular impulsando á los hambrientos lejos de las ricas abadías y de los suntuosos castillos, hacia los establecimientos de los Judíos malditos; pero, á menos de satisfacer venganzas personales, se cuidaba mucho de no designar á la multitud los ricos usureros ó los recaudadores de impuestos, que colocaban con gran-

[1] Charles Jourdain, *Mém. de l'Acad. des Insc. et Belles Lettres*, t. XXVIII, 1874.
[2] Guillaume de Greef, *Essais sur la Monnaie, le Crédit et les Banques*, ps. 34, 35.

des beneficios el dinero de los nobles y de los curas. El Judío era odiado como extranjero de raza y de religión, pero como agente de negocios era indispensable: tal fué el origen de la teoría jurídica según la cual el Judío fué considerado como «siervo» del rey y de los señores. En una gran extensión del mundo feudal, cada señor tenía su Judío, como tenía su tejedor ó su herrero. El Judío era una verdadera propiedad que se daba en feudo, que se vendía y que él mismo no podía disponer de ningún bien como cosa propia, porque su amo era dueño de todo cuanto le pertenecía. Tal era la doctrina que profesaba el ilustre Tomás de Aquino y que la mayor parte de los potentados de Europa ponían en práctica. Los soberanos ingleses sobre todo procedieron con método, organizando, sistematizando la usura por medio de sus instrumentos, de sus «muebles», los Judíos, á quienes William de Newbury llama los «usureros reales». Sin embargo, esos agentes especiales del rey, muy metódicos en sus procedimientos, lograron conservar para sí gran parte de las riquezas que estaban encargados de extraer de la nación. En 1187 se evaluaba ya aproximadamente su fortuna moviliaria en país inglés en 240,000 libras esterlinas, en tanto que todos los demás habitantes del reino, incomparablemente más numerosos, no poseían en junto más que 700,000 libras [1].

Naturalmente, los Judíos hubieron de sufrir la pena de su fortuna, y no pocas veces el pueblo se amotinó contra ellos, y los soberanos, volviéndose contra sus usureros, que se enriquecían en proporción del empobrecimiento del reino, les hicieron devolver el oro de que estaban repletos, y por último, las multitudes fanatizadas y los sacerdotes pretextaron la usura ejercida por los Judíos para satisfacer su odio religioso atormentando, asesinando ó quemando Judíos á fuego lento.

A veces se mezclaba la locura: en 1321 un rumor insensato recorrió toda Francia, incitando al pueblo á las más crueles abominaciones. Corrió el rumor de que los Judíos habían imaginado un veneno bastante virulento para destruir toda la cristiandad, á condición de que fuese administrado por los *mesiaulx* ó leprosos. La

[1] Ernest Nys, *Recherches sur l'Histoire de l'Economie politique.*

horrible historia no encontró incrédulos y de todas partes se precipitaron las gentes sobre las maladrerías para incendiarlas: en Aquitania y en gran parte del Franco-Condado todos los *mesiel* fueron quemados. El miedo instintivo al contagio contribuía sin duda á lanzar al pueblo en este atroz frenesí, pero el rey mismo, que tuvo «tanta voluntad de conservar sus súbditos en buena paz y en buen amor», lanzó tres ordenanzas sucesivas para entregar los «leprosos fétidos», hombres, mujeres y niños mayores de catorce años, á los rigores de la «justicia», del tormento y de la hoguera; en Chinon se quemaron en un mismo día 160 leprosos [1].



LEPROSO OBLIGADO Á LLEVAR LAS SONAJAS

Según un ventanal de la catedral de Bourges, siglo XIII

Desde un punto de vista completamente general, puede decirse que los Israelitas hubieran sin duda acabado por acomodarse gradualmente al medio cristiano, entre las naciones europeas de la Edad Media, si hubieran continuado siendo indispensables y si la ruda concurrencia de bancos cristianos no los hubiera rechazado. Las grandes persecuciones se produjeron en la época en que se comenzó á no necesitarles. Los monjes Templarios, los «Lombardos» y los cambiantes florentinos aprendieron á manejar el oro, la plata y las piedras preciosas con tanta habilidad como los Judíos, descubrieron también todos los secretos del crédito y, por sus agentes y corresponsales, establecidos en todas las ciudades de Oriente, sobre la vía de las Indias y de la China, se atrevieron pronto á sostener la lucha contra los Judíos. Estos, ya inútiles, fueron fatalmente rechazados; sucumbieron, y sus rivales triunfantes pudieron lavarse las manos de los suplicios á que fueron sometidos, atribuyéndolos á la exasperación popular. Lo mismo sucedió cuando se hizo devolver la sangre

[1] Lehugeur, André Lefèvre, *Quelques années du bon vieux Temps*, «Revue de l'Ecole d'Anthropologie de Paris», Noviembre de 1901, ps. 351 y siguientes.

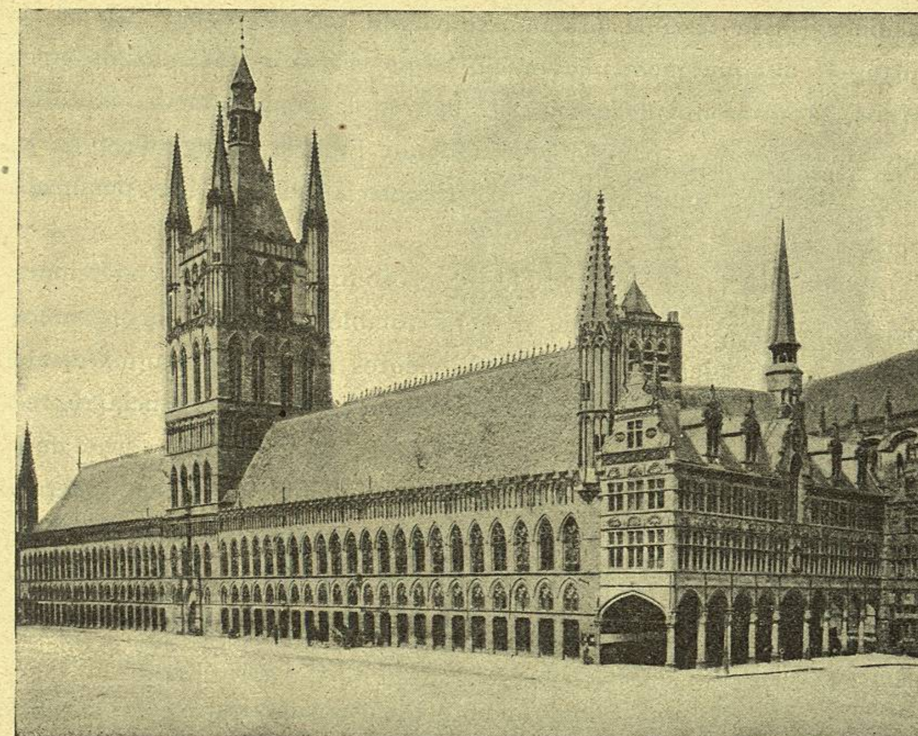
de que se habían hartado otras sanguijuelas: para reemplazar á los Templarios quemados, no faltaron Lombardos ni Flamencos.

En aquella época el país de Flandes, comprendiendo desde el punto de vista político una zona de extensión considerable donde se hablaba la lengua francesa, era, sobre la vertiente oceánica de Europa, la región en que la burguesía había podido desprenderse más completamente de la antigua tutela eclesiástica y donde las prácticas industriales y comerciales habían seguido más libremente su evolución. Frente al rey de Francia, que reivindicaba el señorío feudal, las ciudades flamencas representaban un movimiento casi republicano, pero desgraciadamente no poseían esa unidad de voluntad que da el éxito definitivo: en cada ciudad existían dos clases en lucha incesante, patricios y plebeyos, dando alternativamente la victoria á cada partido y permitiendo á los hábiles ambiciosos desviar en provecho propio el objeto de la lucha. Así ocurría que las gentes del pueblo se vieron en el caso de combatir, no por su propia causa, sino por tal eclesiástico demagogo, feliz si conseguía hacerse conde y jefe de ejército; por su parte, los ricos ciudadanos de Flandes, convertidos en *leliaerts* ó «gentes del lirio», eran por eso mismo considerados como afrancesados, y, lo quisieran ó no, luchaban por la sumisión política de su patria. La libertad social que soñaban algunos no podía obtenerse en tal caos y se hacía forzosa una desviación. En un principio, en 1302, los proletarios alcanzaron una de esas victorias memorables en que se vió una multitud anónima de obreros y de campesinos triunfar de los príncipes y de los barones, que en la historia de los artesanos representa un hecho análogo al que se produjo algunos años después en Morgarten, en la historia de los montañeses. En Courtrai, los habitantes de la Flandes meridional como los de Brujas vencieron á los caballeros «de espuelas de oro» de Felipe el Hermoso, y cuando Fouquard de Merle, convocado el pueblo de Douai, le preguntó qué partido pensaba tomar en la guerra que se emprendía, todos exclamaron: «¡Todos somos y seremos Flamencos!» [1].

Pero tres años después de la batalla de Courtrai, el pueblo ven-

[1] O. des Marez, *Revue de l'Université de Bruxelles.*

cedor se dejó representar cerca del rey de Francia por unos embajadores nobles que, en realidad, eran sus enemigos, y de nuevo hubo de conformarse con las tradiciones de obediencia: su cólera se vió vanamente satisfecha por una temporada. Si las ciudades de Flandes pudieron reproducir contra Francia la antigua querella, fué gracias



Cl. J. Kuhn, edit.

EL MERCADO DE YPRES

á las complicaciones europeas, que permitieron á los Artevelde, representantes de las libertades gantesas, apoyarse sobre Inglaterra. En esa lucha, los condes de Flandes y los nobles tomaron invariablemente el partido de su señor feudal francés: la guerra tomó muy secundariamente un carácter nacional, siendo en verdad y ante todo un conflicto entre la clase burguesa de la sociedad moderna y la clase sobreviviente del feudalismo.

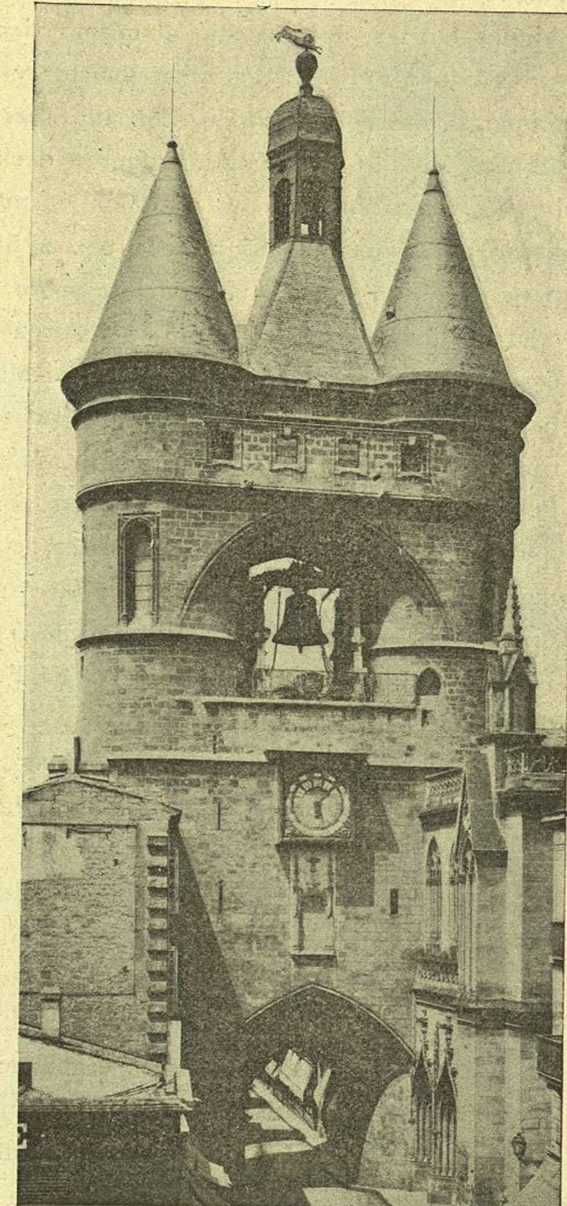
Entre Francia é Inglaterra las guerras acabaron por determinar un estado hereditario de odio, que se hizo casi instintivo: por ambas partes el fenómeno normal durante cinco siglos consistió en injuriarse y combatirse mutuamente, y sabido es que aun quedan de ello

muchas y deplorables supervivencias. La «guerra de Cien años» — oficialmente ciento dieciséis, desde el día en que Eduardo III pretendió la corona de Francia (1337) hasta la toma de Burdeos (1453), aunque en realidad el antagonismo existiera desde Guillermo el Conquistador, rey en Inglaterra, vasallo en Francia, — la guerra de Cien años fué la causa de un gran retroceso material y moral en las dos naciones. Ese terrible drama explica de rechazo cómo España y Portugal, aunque menos favorecidos que Francia por muchos conceptos, alcanzaron mucha superioridad en la concurrencia vital durante el siglo XV: por haberse agotado Francia é Inglaterra en la guerra de Cien años, obtuvo la supremacía temporal la península Ibérica.

La diferencia de los caracteres, el contraste de las condiciones sociales se revelaron de una manera notable entre las dos naciones beligerantes, y dieron á los acontecimientos una forma singularmente trágica. Puede decirse, de una manera general, que Francia representaba á la vez dos causas bien diferentes: la del pueblo que defendía justa y enérgicamente sus campos, sus ciudades y sus talleres, y la causa del feudalismo, que no sabía ya siquiera combatir, y se lanzaba locamente á las batallas como si fueran torneos de parada. En cuanto al ejército inglés, aventurado sobre un suelo extranjero, supo apreciar desde el primer día cuán grave era la guerra, y se dedicó á ella con una industria enteramente práctica. Así considerado aquel ejército, constituía una especie de democracia contra la supervivencia feudal.

La gran ventaja inicial de los ejércitos ingleses durante esta guerra interminable, provenía de la posesión de la Guyena: la Francia del Norte estaba así cogida como en una prensa. Por otra parte, la situación geográfica particular de la Guyena, relativamente al país de sus señores feudales, los reyes de Inglaterra, obligaba á éstos á guardar extremadas consideraciones para hacerse aceptar como protectores en aquella lejana provincia. La proximidad de temibles enemigos que amenazaban constantemente la frontera por el Norte, el Este y el Sud; las facilidades que hubieran tenido los habitantes para rebelarse ante el menor motivo que les hubieran dado los señores feudales, les aseguraban por parte de los Ingleses un escrupuloso

respeto de las libertades locales. Los Gascones se hallaban entonces, respecto del gobierno de Westminster, en una situación análoga á la de los actuales Canadienses. Diecisiete municipios autónomos prosperaban en el Bordelés, territorio correspondiente con corta diferencia al actual departamento de la Gironda, y, más de dos siglos después de la ruina de los municipios de la Francia capetiana, los del Sudoeste gozaban tranquilamente de su plena libertad; además, gran número de pequeñas poblaciones llamadas «bastidas» poseían también sus cartas y privilegios [1].



Cl. J. Kuhn, edit.

BURDEOS — PUERTA DE LA CAMPANA GRANDE

La ciudad de Burdeos, que después había de ser en Francia el campeón del libre cambio, recibía de Juan sin Tierra, desde el año 1205, la exención de toda *maltôte* ó impuesto por sus mercancías, en la ciudad y á lo largo del río. Compárese con esa política sensata, las absurdas medidas comerciales que adoptaba la monarquía francesa. Luis IX, á quien se suele considerar como pru-

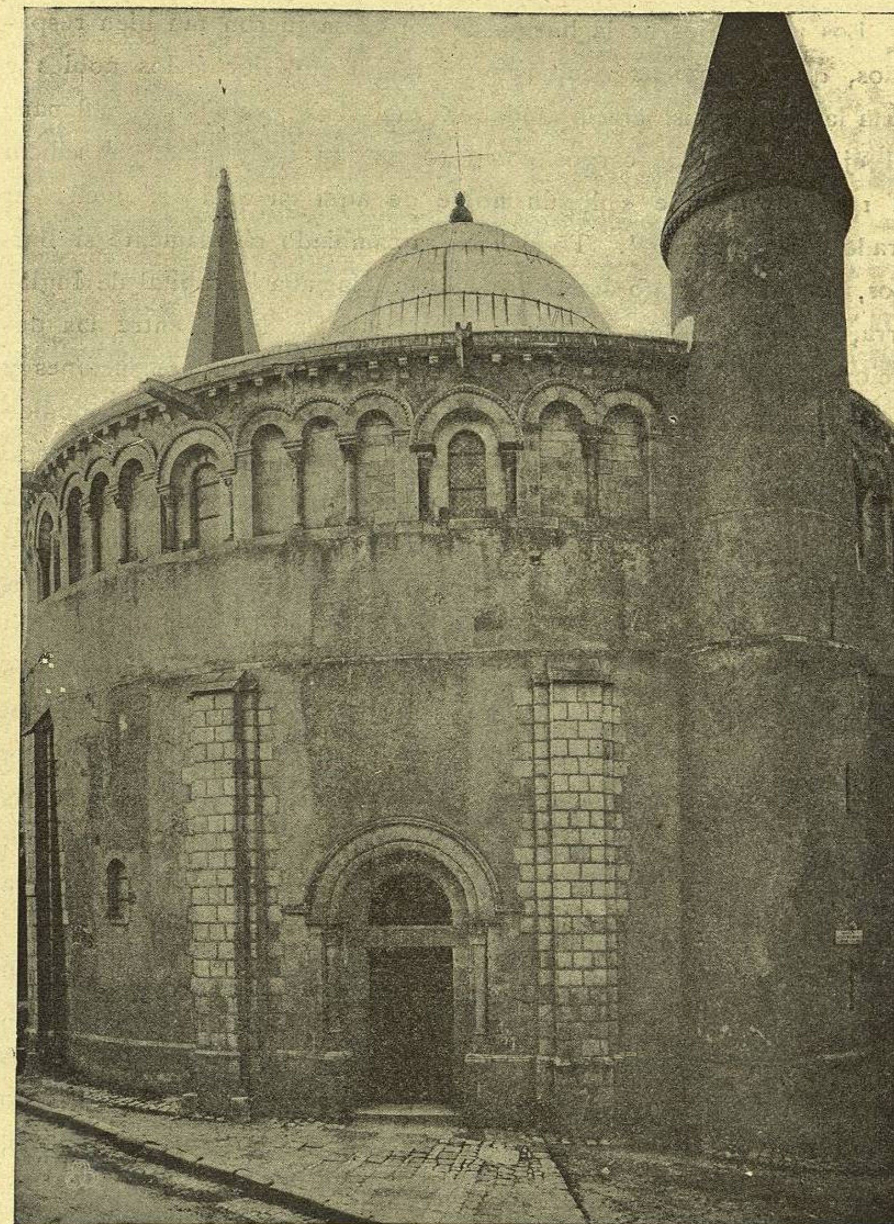
[1] D. Brissaud, *Les Anglais en Guyenne*, ps. 65 y siguientes.

dente, comprendía la protección del tráfico nacional como lo harían aún los prohibicionistas de nuestros días. Al establecer el puerto de Aigues-Mortes, le concedió al mismo tiempo un monopolio al cual «se sacrificó todo». Los otros puertos y canales del litoral, desde el Camargo hasta la roca de Leucate, fueron cerrados al comercio; los ríos Herault, Orb y Aude fueron declarados cerrados; todos los buques, hasta los mismos que por su puerto de destino habían de pasar por aguas de Aigues-Mortes, recibieron orden de acercarse para pagar un derecho de tonelaje sobre su carga para la conservación del nuevo puerto. Y tan absurda ley quedó en vigor hasta después de que el puerto de Aigues-Mortes quedó completamente impracticable por efecto de los aluviones [1]. Es decir, prohibióse el tráfico marítimo á la Francia mediterránea, por lo que el comercio fué forzosamente rechazado sobre las comarcas limítrofes. Al otro extremo del reino, los procedimientos de protección industrial y comercial eran también absurdos y podían producir atroces consecuencias. Una orden de 14 de Julio de 1315 proscribía á todos los Flamencos, expulsándolos del reino de Francia, so pena de ser condenados «á ser siervos y esclavos». Y si quedase alguno de ellos aún «después de la octava de la Magdalena», se les debía matar «sin esperar ningún juicio y donde quiera que fuesen encontrados» [2].

A la mitad del siglo XIII, Burdeos, sintiéndose feliz por no ser protegida, llegaba á ser municipio de pleno derecho, pudiendo nombrar su alcalde sin intervención del señor feudal y hasta aliarse directamente con Brujas, la ciudad republicana de Flandes [3]. Mientras que los reyes de Francia, fuertes por el derecho brutal dado por la conquista, secundados por los recaudadores de impuestos y por la jerarquía administrativa, oprimían ó suprimían los municipios, los reyes de Inglaterra oponían prudentemente los intereses de los Aquitanos á las ambiciones de Francia. Es indudable que no hubieran podido suscitar un patriotismo inglés espontáneo: las costumbres, la lengua y el medio se oponían á la fusión de las voluntades en las dos patrias respectivas; á lo menos Burdeos y las ciudades de la Guyena

[1] A. Duponchel, *Introduction à la Géographie générale du département de l'Hérault*, páginas 62, 65.
[2] Alphonse de Hauteville, *Les Aptitudes Colonisatrices des Belges*, p. 119.
[3] D. Brissaud, *obra citada*, ps. 230, 231.

comprendían que les convenía materialmente permanecer bajo el señorío feudal inglés, y, lejos de ayudar á Francia en sus luchas contra



Cl. Kuhn, edit.

IGLESIA DE NEUVY — SANTO SEPULCRO (INDRE)
Tipo de iglesia redonda. (Véase p. 86)

los insulares, se esforzaban por estrechar con éstos los lazos tradicionales de la amistad. Una sola rebelión tuvo lugar, provocada en

1365 por los impuestos arbitrarios del Príncipe Negro; pero bastó este experimento, los dominadores extranjeros tuvieron el buen sentido de no repetir la tentativa.

Los privilegios de la burguesía bordelesa fueron tan bien respetados, que los *jurats* ocuparon un rango superior á los nobles y hasta la misma aristocracia feudal era mal vista, excluída de antemano del ejercicio de los cargos como tocada de indignidad: un edicto de 1375 decide que «ningún noble de aquí en adelante pueda ser jurado de la ciudad»[1]. Todo hubiera cambiado rápidamente si Burdeos, que un geógrafo árabe de la época llamaba la capital de Inglaterra, hubiera cesado de ser el objeto de la lucha entre las dos naciones. De ese modo los burgueses tomaban sus precauciones y se prevenían contra las consecuencias fatales que hubiera podido tener para ellos la conquista definitiva de Francia por los Ingleses. Exigieron, pues, de Eduardo III que, si llegase un día á ceñirse la corona de Francia, ellos quedarían siempre directamente unidos al reino de Inglaterra. Lo mismo que el gran municipio libre, los otros municipios de Guyena, sus «hijuelos», pedían también la conservación de las instituciones que les tenían separados de sus vecinos franceses: la carta de uno de ellos, Bazas, hasta contiene extractos de la ley inglesa del *habeas corpus*[2]. En 1379, Burdeos estaba ya bloqueado por los Franceses por la parte de tierra, cuando todas las ciudades-municipios de las márgenes del Garona y del Dordoña, desde San Macario y Castillon hasta Blay, se ligaron para salvar la metrópoli y conservarla para Inglaterra.

Las batallas de Crecy (1346) y de Poitiers (1356), y después, en el siglo siguiente, la de Azincourt (1415), presentan tal semejanza, que se creería ver en ellas una sola y misma batalla. Los primeros se hallaban todavía en la edad de los caballeros romanos: cada uno de aquellos paladines, viviendo en su ideal, quiere obrar á su antojo, seguro de dispersar ante sí la turba de los villanos; los Ingleses, por el contrario, entrados ya en la era del razonamiento, trataban de proceder con ciencia en su campaña: esperaban prudentemente el choque, y, concertadamente, dispersaban á los asaltantes y los rechazaban en desorden. La vanidad de los nobles franceses, representantes por excelencia de la caballería en su decrepitud, como lo había sido en su florecimiento, el necio amor propio de las gentes acorazadas de hierro tomó tales proporciones, que los desgraciados corrían á su perdición, arrastrando en su ruina la de Francia. En tanto que los ejércitos de Flandes y de Inglaterra sacaban su fuerza principal de sus alabarderos y arqueros, armados con mazas ó picas, los arrogantes caballeros franceses juzgaban indigno de sí reunir un cuerpo de tropas reclutadas entre villanos, ó bien, cuando iban á la guerra acompañados de esa canalla despreciada, los rechazaban y los asesinaban en el momento supremo para no dejarles ganar la victoria. En Courtrai la infantería francesa, que rechazó á los Flamencos, suscitó la cólera de los nobles, hombres de armas, quienes temieron que se les arrebatara el honor de la victoria, é impulsados por esa idea se precipitaron sobre las filas de sus mismos ballesteros y los pisotearon con sus caballos, para tener el orgullo del triunfo, allí donde no hallaron más que una derrota vergonzosa y merecida. También en Crecy Felipe de Valois hizo matar toda la «chusma» victoriosa que le cerraba «la vía sin razón». Quería vencer sin ella, y sin ella fué vencido. Por ese mismo crimen de jactancia la caballería francesa fué tan dura y tan terriblemente castigada en Maupertuis, cerca de Poitiers, por los arqueros del Príncipe Negro[1].

Esas derrotas más que vergonzosas de Crecy y de Poitiers, á continuación de la batalla naval de la Esclusa ó Sluys (1340), cerca de Brujas, donde la flota francesa fué completamente destruída, eran suficientes para arruinar para siempre el prestigio del poder real y de los caballeros que le representaban con una insolencia tan poco justificada. Parecía llegado ya el tiempo de ver cómo caían esas instituciones en un desprecio definitivo, pero la fuerza del hábito y de las preocupaciones hereditarias es tal, que esa sucesión de desastres, aunque hirieron de muerte la caballería, la dejó, sin embargo, prolongar durante más de un siglo su nefasta existencia. El feudalismo tuvo todavía, en el reino devastado, un período de renovación, merced á su transformación democrática efectuada por Du Guesclin, que

[1] D. Brissaud, *obra citada*, p. 127.
[2] *Ibid.*, p. 263.

[1] Simeón Luce, *Histoire de la Jacquerie*, p. 32.

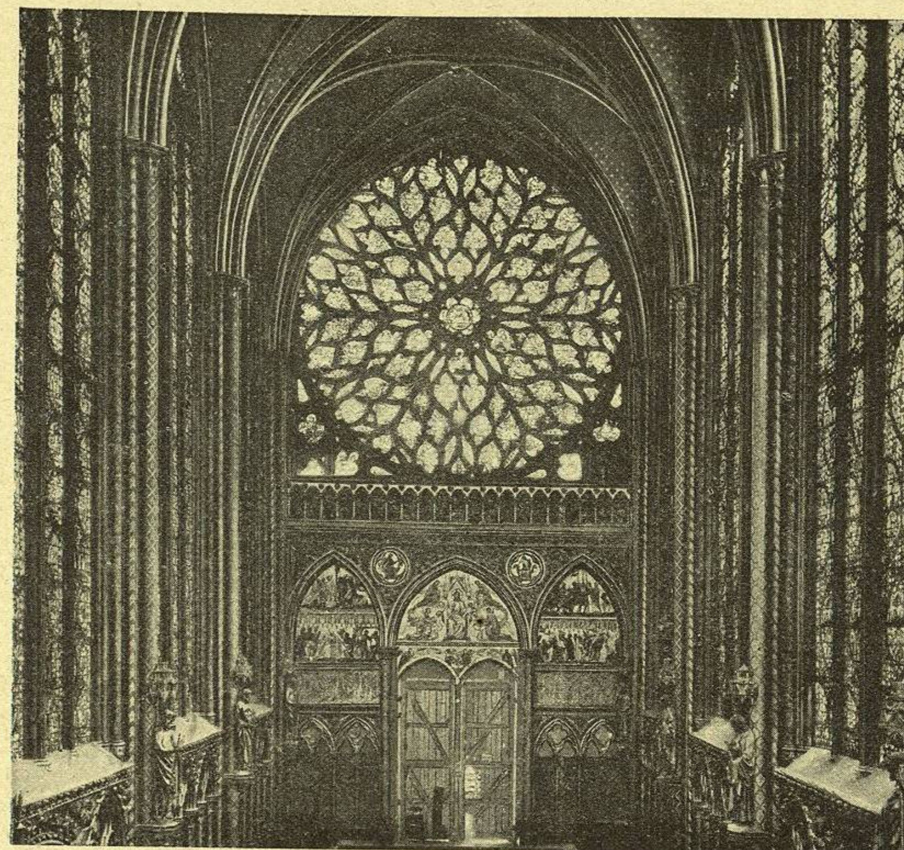
supo sacar la enseñanza de las batallas precedentes y servirse, para la reconquista del suelo, de los elementos populares organizados en bandas con las armas que les convenían, según su genio propio y sus afinidades de costumbres y de lenguaje, y como consecuencia las guerras tomaron una forma espontánea y revolucionaria á la cual aportaba el pueblo tanta pasión como los nobles.

En Bretaña principalmente la lucha adquirió su carácter más nacional, más contrario á un buen acuerdo con el Inglés. Muy diferentes de los habitantes de la Guyena, los Bretones no habían entrado aún en el período industrial y comercial; no tenían género precioso que vender, como lo eran, por ejemplo, los vinos de Clairac *(Claret)* y otros productos del Bordelés. Además, los rudos Armoricanos no tenían la ductilidad del Gascón y no se avenían con los extranjeros: querían permanecer siendo dueños en su territorio y la lenta infiltración francesa les molestaba menos que las bruscas irrupciones de los Ingleses. Sin duda, su duque deseaba hacerles traición y más de una vez rindió homenaje al rey de Inglaterra, pero la resistencia de las poblaciones le reconducía al lado francés, lo que tuvo capital importancia en la historia de la Europa occidental. Si Bretaña, ese bloque de granito, no hubiera resistido á los Ingleses, como las islas de sus costas resisten á las olas; si, interponiéndose entre la Normandía y el Anjou [1], no hubiera roto la continuidad de las posesiones del invasor, la Francia berrichona y champañesa hubiera sido indudablemente conquistada por la Francia angevina y aquitana bajo la hegemonía inglesa, y pueden evocarse todas las consecuencias buenas y malas que esa victoria hubiera tenido para cada uno de los países interesados para sus vecinos y para la civilización mundial.

Naturalmente el pueblo de Francia, ciudades y campos, trató de utilizar en favor de la emancipación el ruinoso desorden en que habían caído la monarquía y la caballería. Especialmente los burgueses de París creyeron la ocasión propicia cuando el rey Juan el Bueno, retenido como rehén por los Ingleses, hacía mendigar en todo el reino el pago de su rescate. La autoridad de los nobles fué de tal modo abolida en París, que los títulos llegaron á ser consi-

[1] J. Michelet, *Histoire de France*, t. II.

derados como una deshonra. Se dió el caso, cuando la destrucción del castillo de Ermenonville por orden del preboste Esteban Marcel, que el castellano Roberto de Lorris se vió obligado á renegar «gentileza y nobleza» para salvar su vida con mujer é hijos, y juró amar más á los burgueses y el «común de París» que sus parientes y an-



Cl. J. Kuhn, edit.

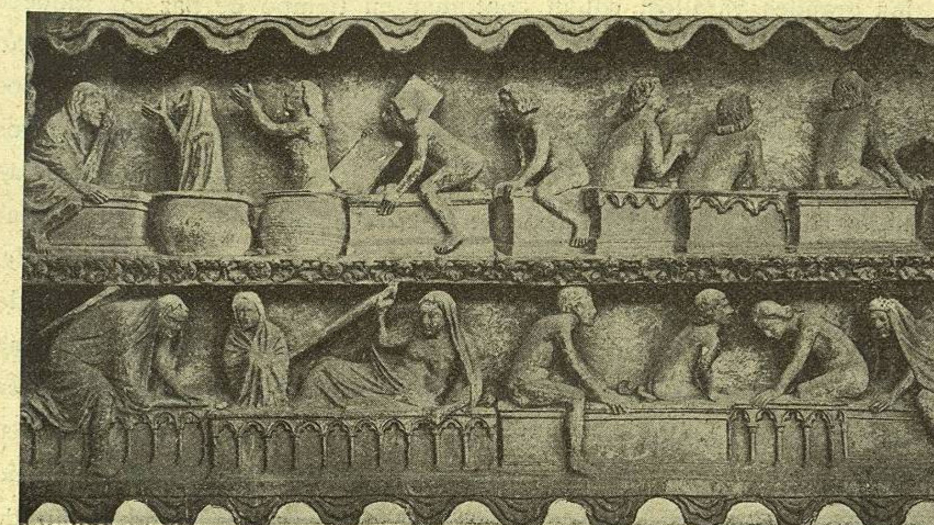
ROSETÓN. SANTA CAPILLA EN PARÍS, EDIFICADA DE 1243 Á 1248

tiguos amigos, los nobles [1]. Pero los señores, expulsados de París, tenían todavía demasiado prestigio y poder hereditario sobre la población de los campos para aceptar de ese modo su anulación: antes de perecer, el feudalismo, impotente contra el extranjero, tuvo bastante cohesión para vengarse de la odiada multitud de burgueses y villanos rebeldes. París gozó poco tiempo de su independencia municipal.

[1] Simeón Luce, *Histoire de la Jacquerie*, ps. 115, 116.

Antes de aquella época, que fué también la de la «Jacquería», había habido en todo tiempo rebeldías de campesinos contra las exacciones intolerables de los opresores y la brutalidad de los nobles. Puede citarse como ejemplo la hermosa federación de campesinos que se formó en el Velay hacia 1180, bajo el nombre de cofradía de los «Pacíficos». Entonces, como después, durante la guerra de los Cien años, los bandidos y los vagabundos eran los dueños de Francia, y los desgraciados trabajadores del país, obreros ó campesinos, que no defendían á sus propios señores, buscaron en su propia unión elementos de resistencia, prometiendo «amarse y ayudarse mutuamente siempre». El capuchón de lana blanca que usaban les valió el nombre de «Encapuchados» ó «Caperuzas blancas»; después, cuando llegaron á ser muy numerosos, no solamente en el Velay, sino también en la Auvernia, el Berry, Borgoña, Aquitania y Provenza y se confederaron en todo el reino, se les conoció principalmente bajo la denominación de «Jurados». Se prometían recíprocamente observar siempre una conducta regular, ir á confesar, no jugar ni blasfemar, no frecuentar las tabernas, dar el pan y el vino y hasta el beso de paz al que por accidente matase un hermano. A sus reuniones debían presentarse siempre desarmados.

Pero los jurados se armaban y equipaban cuidadosamente contra el enemigo, y en un principio obtuvieron grandes victorias. En 1183 los jurados de Auvernia mataron tres mil foragidos; poco tiempo después, en el Borbonesado, degollaron diez mil. Habiendo llegado á ser fuertes, no se limitaron ya á perseguir el bandidaje, sino que, dirigiéndose á los señores y á los obispos, también reclamaron justicia. En un manifiesto que la Iglesia ha desgarrado como impío, «ese pueblo imbécil é indisciplinado, en el colmo de la demencia, osó significar á los condes, vizcondes y otros príncipes que era preciso que trataran á sus súbditos con más dulzura...» Un contemporáneo hace constar que los «señores no se atrevían ya á exigir de sus hombres más que los tributos legales, quedando reducidos á contentarse con lo que se les debía...; por efecto de esa invención diabólica, no había ya temor ni respeto á los superiores. Los jurados se esforzaban por conquistar su libertad, diciendo que la habían recibido de los primeros hombres»[1]. A su vez los poderosos de la Tierra se volvieron contra los pacíficos é hicieron alianza con los malhechores y en todas partes sometieron incondicionalmente á los campesinos. El bandidaje recobró su antiguo esplendor, y «una notable parte de Francia recayó bajo el régimen del terror y de la desolación que era su estado normal».



CATEDRAL DE REIMS — LOS MUERTOS SALIENDO DE SUS TUMBAS
Fragmento del tímpano de la Puerta del Juicio.

Entre tantas otras rebeliones de campesinos en todas las comarcas de la Europa feudal, la «Jacquería» propiamente dicha no fué más que una conmoción de muy breve duración, como uno de esos prodigiosos incendios que recorren en algunas horas un inmenso territorio. No preparada y dominada en seguida, esa súbita insurrección que sólo duró unos quince días, un mes contando las matanzas de campesinos, fué una breve fulguración que quedó en la memoria del pueblo como uno de los grandes acontecimientos de la vida nacional. Las matanzas mandadas por el rey ó por los señores feudales no admiraban á nadie, y los cronistas de la época las refieren como cosa natural; pero una rebelión de los labradores contra los nobles sor-

[1] Cronista anónimo de Laon, citado por A. Luchaire, *Grande Revue*, Mayo de 1900.

prendió las imaginaciones como una especie de prodigio. En una sociedad más respetuosa de la persona humana hubiera parecido, al contrario, lo más extraño que esas desgraciadas gentes de los campos hubiesen podido soportar tanto tiempo, sin una explosión de furor, los tratamientos feroces á que les sometía la nobleza.

En aquella época la guerra era un oficio provechoso, y los soldados mercenarios que se alistaban por cuenta de los reyes y de los grandes vasallos, solían continuar en tiempo de paz los saqueos y asesinatos acostumbrados; el nombre de «brigantes» con que eran designados los hombres de guerra, con la significación de alistados á una brigada, mereció pronto el sentido que se le da en nuestros días[1]. Las «grandes compañías», mandadas casi todas por caballeros de alta extracción, recorrían el país sin más objeto que saquear y devastar, viviendo en grande de la substancia de las gentes del campo y aun de las de la ciudad. Algunas comarcas habían llegado á ser inhabitables, ó al menos los campesinos no podían cultivar sino poniendo centinelas en las rocas ó en las torrecillas de acecho. En las márgenes de los ríos, los labradores, abandonando sus cabañas, iban á pasar la noche en los islotes ó en barcas ancladas en medio de la corriente; en los países rocosos se ocultaban en el fondo de las grutas ó de las canteras. Después de la batalla de Poitiers, cuando el príncipe de Gales hubo licenciado sus tropas entregándoles como presa «el bueno y espléndido»[2] país de Francia, la devastación tomó un carácter atroz y en algunas comarcas el trabajo se paralizó por completo.

A veces, no obstante, resistían los campesinos, y batallas formales se terminaban por la derrota de las «compañías de brigantes». Los villanos hasta se atrevieron á luchar directamente contra toda la nobleza, porque una orden del regente, el futuro Carlos V, ordenó á los «caballeros de Francia y del Beauvoisis» poner en estado de guerra y de abastecimiento todos los castillos y fortalezas de la comarca; pero los campesinos, previendo cuánto les costaría esa restauración feudal, se sublevaron inmediatamente contra los gentiles-hombres, y las matanzas, los «horrores», comenzaron en diversos puntos.

[1] Simeón Luce, *Histoire de la Jacquerie*, ps. 9 y 10.
[2] Froissart, *Chroniques*, I, v, 190.

Los acontecimientos que tuvieron lugar durante el corto período de lucha, no son apenas conocidos más que por la crónica de Froissart, que era un parásito de los nobles, y por las narraciones de otras personas interesadas en mendigar el favor de los poderosos; los «Jacques» no están señalados en la historia de la época sino por las palabras de execración que suelen usar los que se vengan de haber tenido miedo, tratando de justificar por bajas injurias una feroz represión. La historia de la Jacquería queda, pues, obscura en sus detalles, ya que los escritores de aquel tiempo no tuvieron otro cuidado que maldecir sus fautores; pero se sabe que los Jacques, armados al azar, sin plan de ataque, desconociendo toda estrategia y sin otro ideal que la venganza, marchaban á la ventura del furor. Como los mujiks rusos rebelados contra los señores, conservaban la religión del rey y lanzaban en la batalla el grito de «¡Montjoie!» bajo los pliegues de la bandera flordelisada. Verdad es que tuvieron algunos amigos en las ciudades y hasta viéronse en sus filas caballeros y frailes tránsfugas de su clase, pero no se hizo ninguna alianza estrecha, como pudiera haberse esperado, entre los campesinos rebelados contra los nobles y los comuneros de París ó de otras ciudades sublevadas contra el poder real: no hubo más que ayudas mutuas, fortuitas, por decirlo así, y cada banda tiraba por su lado después de un acuerdo momentáneo. La derrota de los Jacques, lo mismo que la de los comuneros, era, pues, fatal, puesto que separaban sus fuerzas contra rivales reconciliados, monarquía y nobleza.

La Jacquería, que comenzó el 21 de Mayo, cerca de Compiegne, terminó el 10 de Junio, cerca de Clermont, á una treintena de kilómetros al Oeste; pero al «horror» que había hecho temblar á los señores, ¡cuántos otros horrores sucedieron en las cabañas de los campesinos!

Más importante y todavía menos conocida fué la sublevación de los Tuchinos — «*Tue-chiens* (mata perros), los que se ven reducidos por una extremada miseria á matar perros para alimentarse»[1] — que comenzó en los distritos de Saint-Flour y de Mauriac. Respondiendo á las exacciones de un duque de Berry, ese movimiento ensangrentó

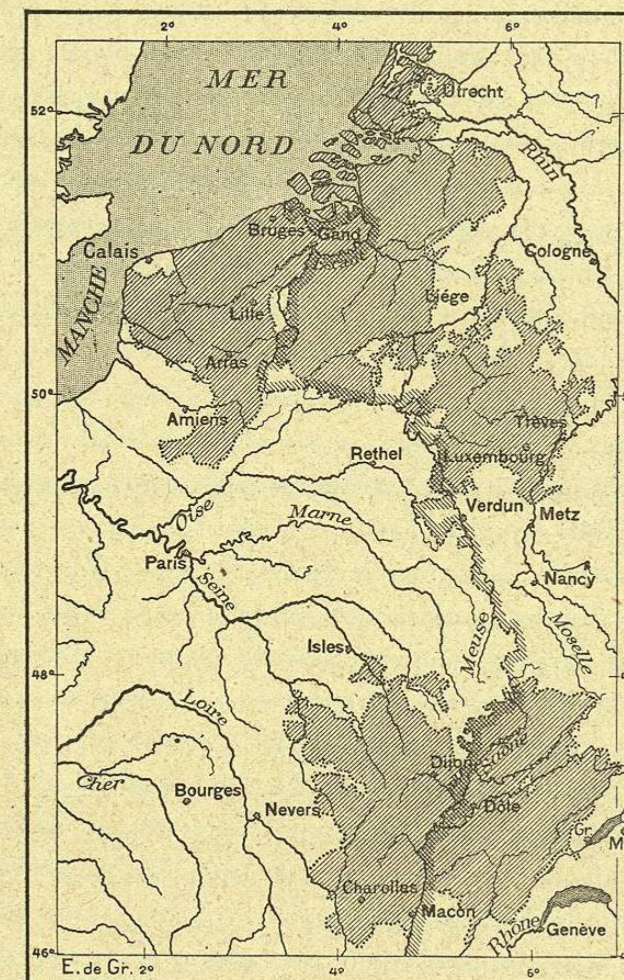
[1] Marcellin Boudet, *La Jacquerie des Tuchins*.

la Alta Auvernia desde 1363, se extendió á todo el Mediodía, desde Beaucaire al Poitou, y fué anegada en sangre en 1384.

La desorganización de Francia, que Inglaterra amenazaba por todas partes, al Norte, directamente por sus ejércitos, al Sud, por sus vasallos, y que se hallaba en continuo estado de guerra civil entre ciudadanos, campesinos y señores, fué singularmente apresurada por la escisión que le hizo sufrir la constitución del ducado de Borgoña en un gran Estado realmente independiente. El centro de gravedad de las Galias parecía haber sido transportado al este del Loira y del Sena, en la cuenca del Saona superior, y alrededor de ese centro fué donde, por el azar de las alianzas, de las sucesiones y de las empresas feudales, vinieron á agregarse los territorios más discordes por no tener ninguna afinidad por sus poblaciones desde el punto de vista del origen, de la lengua ni del ideal político, bajo el dominio de Felipe de Borgoña, que por su matrimonio (1369) llegó á ser soberano de Flandes. Ese extenso reino, que formaba una larga banda de Sudeste á Noroeste, recordaba por su disposición general y por su incoherencia natural, el antiguo imperio de Lotario, tan rápidamente desmembrado por inevitables guerras. En sí, el conjunto de posesiones feudales que se llamaba la Borgoña era un verdadero monstruo geográfico, el tipo de esas extrañas formaciones que, sin consideración á la configuración física de las comarcas, las condiciones étnicas y la voluntad de los habitantes, lanzaban en un desorden caótico los ducados y los condados, los señoríos y las tierras libres con sus instituciones, sus leyes, sus diferentes costumbres, sus distintos centros de atracción y sus fermentos de odios hereditarios. La Borgoña, tomada en un sentido provincial, como país de los Burgondios y de los modernos Burguiñones, es decir, el valle del Saona y las vertientes de las alturas circundantes, es una región natural, orgánicamente constituída, que se mantiene en el juego espontáneo de su vida económica, independientemente de los cambios políticos y de las divisiones administrativas; pero el gran Estado feudal de la Borgoña estaba en plena rebeldía contra la realidad de las cosas: las campiñas ribereñas del Saona por un lado, y por otro las llanuras de Flandes, formaban las dos extremidades

de ese conjunto heterogéneo. Dijon y Brujas eran sus dos capitales, y de la una á la otra ciudad, tan diferentes por su aspecto, los habitantes y el medio, las únicas vías eran caminos de guerra que atravesaban territorios extranjeros, feudos aliados, posesiones de un día. Hasta llegó á suceder que el centro de gravedad del ducado de Borgoña se trasladó completamente á la parte de Flandes: Brujas llegó á ser, no sólo la ciudad más importante del territorio burguiñón, sino que ocupó un lugar entre las ciudades «mundiales», y quizá fué la primera en el Occidente europeo. Hacia 1400, la palabra «Flamencos» había llegado á ser en Inglaterra y en otras partes una expresión corriente y sinónima de «mercader», así como «Lombardo» había tomado el sentido de «prestamista». Las industrias de la lana, del terciopelo y otros tejidos, tapicerías y joyería habían dado el primer lugar á Flandes entre las comarcas de Europa. Y esto, gracias á la libertad de la producción y de los cambios para todas las mercancías que no

N.º 345. Ducado de Borgoña.



fueran géneros alimenticios. En los primeros años del siglo XIV Eduardo II de Inglaterra quiso que se excluyeran los tratantes escoceses de los mercados flamencos; con este motivo mereció del duque esta respuesta, bien olvidada después por la mayoría de los que detentan el poder: «Nuestro país de Flandes está en sociedad con el mundo entero y su acceso es libre á cada uno». También sabían batirse los habitantes del país: en la batalla de Roosebeek, contra Carlos VI, en 1382, nueve mil pañeros ganteses, la mitad del contingente, se hizo matar sobre el terreno con Felipe van Artevelde. No existían entonces derechos protectores ó diferenciales, ni primas de ninguna especie, y la decadencia no comenzó sino con el sistema de «protección» introducido por los duques de Borgoña, guerreros y centralizadores. Cuanto más pesado se hizo el yugo político sobre Flandes, más peligró el comercio [1].

Los príncipes de Borgoña, que disponían de las riquezas inesperadas que la industria obrera había reunido en su residencia y en las otras ciudades de Flandes, gozaron de ellas con una prodigalidad sin ejemplo, que sus súbditos, nobles, burgueses y menestrales, se apresuraron á imitar: hubo furor de kermeses desbordantes, de procesiones lujosas, de comitivas y de diversiones de todas clases; las mesas estaban cargadas de viandas para la multitud congregada; las fuentes públicas manaban hidromiel y vino. Del mismo modo que la población romana se vendió á los Césares por el «pan y los juegos», la de Flandes, olvidando el viejo espíritu de independencia comunalista, se entregaba á sus amos por la alegría de los festines [2]; Brujas no se enorgullecía solamente de la actividad de su comercio, del esplendor de sus productos, sobre todo se mostraba satisfecha de sus gloriosas comilonas, donde sus duques encontraban el más seguro medio de gobierno. Entre las alegrías de la mesa, que inmortalizaron después los Teniers y los Jordaens, y las del éxtasis ascético, que por contraste dominaba entonces en los conventos y en los beaterios, no había lugar para la reivindicación de las libertades antiguas. Los príncipes podían permitirse todo; todo les era perdonado de antemano. Así fué como Felipe el Atrevido, cínico,

[1] Alfonso de Hauteville, *Les Aptitudes colonisatrices des Belges*, ps. 112 á 119.
[2] H. Fierens-Gevaert, *Psychologie d'une Ville*.

impío y cruel, fué llamado Felipe el «Bueno» en la memoria del pueblo que se complacía con él.

En la humilladísima situación en que se hallaban los reyes de Francia, los ricos y fastuosos vasallos burguiñones habían naturalmente de intervenir como patronos y protectores, y no faltó mucho para que hubiesen llegado á ser los verdaderos dueños: se aliaron con los Ingleses y la partición de Francia parecía inevitable. En París llegaron los partidos á disputarse el dominio de la calle. En otra batalla, en Azincourt (1415), lo que quedaba de la loca caballería francesa fué derrotada vergonzosamente por plebeyos á pie, como lo fueron sus padres en Crecy y en Poitiers; después, con la ayuda de la reina madre, los Ingleses entraron en París (1418). El Loira fué la única línea defensiva del reino que había sido tan poderoso bajo Felipe Augusto. Se evalúa en dos terceras partes la disminución que sufrió la población de Francia durante la guerra de Cien años [1]. Vastas extensiones de terreno se habían convertido en soledades; villas y aldeas habían desaparecido bajo la maleza, y la bestia salvaje había reemplazado al hombre, ¡y sin embargo todavía no venía la paz! Las prodigiosas victorias de los Ingleses no habían servido más que para prolongar la guerra, haciéndoles esperar el triunfo definitivo y animándoles en aquella empresa imposible, consistente en reducir una comarca demasiado extensa para ellos, donde sus fuerzas acababan por extraviarse y perderse.

Lo que Francia hubo de sufrir durante ese período, es indecible: la población se hallaba por completo impulsada á la locura. En París, más de veinte mil casas abandonadas se derrumbaban; los telares no funcionaban en las ciudades industriales; el trabajo estaba abandonado en todas partes, y la vida había llegado á ser tan insegura, que no se confiaba ya su conservación á ninguno de los medios ordinarios convertidos en recursos ilusorios, sino que se disputaba á los lobos; las pestes pasaban y volvían á pasar sobre el pueblo, dejando el terror en pos de sí, y los desesperados se hicieron facinerosos ó brujos. En algunas comarcas los campesinos pensaron en «entregarse al diablo», esperando, en efecto, que el eterno enemigo,

[1] W. Denton, *England in the fifteenth Century*, p. 82.

el dios del mal y del infierno sería menos cruel que el «dios de bondad»[1]. «¡Pongámonos en manos del diablo y estaremos mejor!» En cuanto á los sutiles doctores, á los tímidos y á los delicados á quienes la oración y el sufrimiento habían reducido á la supresión de toda voluntad, no tenían más recurso que la resignación extática y leían la *Imitación de Jesucristo*.

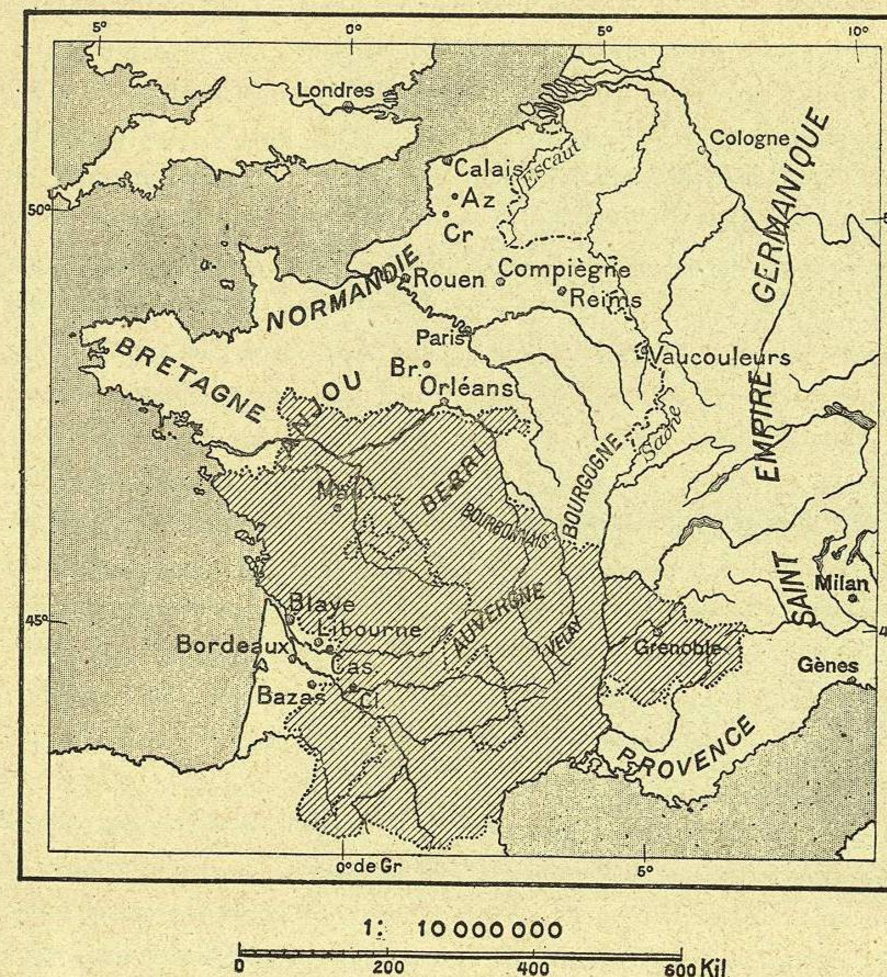
¿De dónde podía venir la salvación? El pobre pueblo hubiera querido dejarse guiar todavía por los señores, que de tan extraño modo le habían defendido en los campos de batalla, pero los nobles se hallaban casi todos en los campos extranjeros; no le quedaba más recurso que «hacer jacquería» contra los Ingleses, como lo había hecho más de una vez contra los nobles; la desesperación le aconsejaba todas las locuras, y por ella se precipitó siguiendo á una pastora inspirada. Era insensato, decían los hombres de guerra, pero esa insensatez libertó á Francia. A lo menos por cierto tiempo la lucha dejó de ser un torneo de caballería, y las mujeres y los campesinos se lanzaron á ella con toda sinceridad, sirviéndose de las armas que poseían y que supieron manejar con más fuerza y destreza que los hijos de los paladines supieron manejar las suyas. La fortuna cambió de partido, y unas después de otras, las ciudades amuralladas y las provincias fueron tomadas á los Ingleses. Por un magnífico ejemplo, el pueblo de los oprimidos y de los vencidos demostró que podían prescindir de los reyes cubiertos de bordados de oro y de prelados magníficos; y resultó que por un instinto seguro de interés de clase, el rey Carlos VII abandonó á Juana de Arco que le había coronado (1429), y los prelados, con el arzobispo á la cabeza, la acusaron de brujería y de pacto con el diablo, y la quemaron en una plaza de Ruan (1431). Los mismos que en nuestros días continúan la tradición conservadora de la monarquía y de la Iglesia se esfuerzan ahora por colocar á Juana la Pastorcilla en el rango de «Santa». Después de un medio milenium, el arrepentimiento es tardío.

La intervención directa del pueblo en sus propios asuntos reconquistó gradualmente el territorio nacional. París fué devuelto á

[1] *Journal d'un Bourgeois de Paris*, año 1421, citado por Raoul Rosières, *Recherches critiques sur l'Histoire religieuse de la France*, ps. 411 y siguientes.

Francia en 1436, y los Ingleses que mandaba Talbot hicieron en Castillon (1453) sus últimos esfuerzos de resistencia, seguidos bien pronto

N.º 346. La Francia de la guerra de Cien años.



El territorio rayado es el que obedecía al rey de Francia en el momento en que Juana de Arco se presentó á Carlos VII.

Al principio de la guerra de Cien años, los Ingleses no poseían más que la Guyena y el Ponthieu (véase mapa n.º 335, p. 103). Desde sus victorias de Crecy (Cr.) y de Poitiers (Mau.) hasta la paz de Bretigny (Br.), en 1360, su dominio se extendió desde el Poitou en el Armagnac hasta la línea puntillada. En la segunda parte de la guerra, después de la campaña de Du Guesclin y Azincourt (Az.), los Franceses recuperaron gran parte de la Francia del Sud-oeste, pero casi todo el Norte pertenecía á los Ingleses.

de la sumisión de Burdeos, que vió la resistencia inútil. Las dos plazas de Calais y de Guines fueron las únicas que quedaron en poder

de Inglaterra, porque se hallaban enclavadas en territorio burguiñón.

De una parte y de otra era completo el agotamiento de los pueblos. No hay duda que habiendo tenido lugar sobre el territorio francés las expediciones, las maniobras y las batallas, en él causaron los mayores males la miseria y el hambre; pero si la guerra de Cien años no asoló directamente el suelo de Inglaterra, la situación de los vencedores no fué mucho menos miserable que la de los vencidos. En primer lugar los Ingleses sufrieron mucho por el brusco desembarco de piratas normandos, bátavos, árabes ó turcos, no sólo en tiempo de guerra, sino también en tiempo de paz. A pesar de la vigilancia de los ribereños, pocas ciudades de la costa inglesa, desde Bristol y Plymouth hasta Berwick, se libraron del incendio y del saqueo: las islas de Wight y de Thanet, mal socorridas por las gentes de la gran tierra, fueron despobladas casi por completo, y entre las ciudades destruídas por los piratas franceses, las hay que no han reparado todavía sus desastres; por ejemplo, sobre la costa de Kent, la ciudad marítima de Sandwich, muy importante en otro tiempo. Se abandonó la conservación de los caminos que conducían desde los puertos de mar al interior, por temor que los utilizaran los corsarios; los habitantes de Salisbury, á pesar de hallarse á 40 kilómetros del mar en línea recta, elevaron una gran muralla y cavaron un ancho foso en derredor de su ciudad, para defenderla de los peligrosos visitantes.

En todo el país, el empobrecimiento causado por el peso de los impuestos y de las servidumbres, por la partida de los jóvenes y el cese de la industria y del comercio, tuvo por consecuencia el hambre; en muchos puntos las mujeres se comieron sus hijos; los ladrones encerrados en las prisiones esperaban con impaciencia que les trajeran otros criminales para arrojarse sobre ellos y devorarlos todavía palpitantes. Desaparecieron en gran parte los animales domésticos, robados por los vagabundos ó muertos de inanición; en algunos distritos no quedaron bueyes, vacas ni gallinas; hasta las abejas murieron por la pestilencia. Los animales rapaces y de presa se negaban á comer la carne de los animales putrefactos: fué preciso designar enterradores especiales para enterrar todas esas materias en descomposición. Hasta las plantas nutricias estaban enfermas, y las

«hierbas medicinales, dice un autor de la época, destilaban veneno» [1].

La peste reinaba también sobre los hombres, y esa peste en realidad no era más que otra forma de la miseria. Para los desgraciados campesinos, 1348, á la batalla de Crecy siguió el año fatal por excelencia, puesto que los analistas refieren que más de una mitad de la población desapareció por el azote: se borraron ciudades de la tierra sin que de ellas quedase recuerdo; en algunas ciudades, como Norwich, más de las tres cuartas partes de los habitantes sucumbieron á la «muerte negra». El clero sufrió aún más que los laicos: en una sola diócesis, la de Norwich, hubo necesidad de ocupar 863 plazas vacantes de «rectores», ordenando laicos precipitadamente por la única razón de que sabían leer, ó porque, habiendo quedado viudos, podían pronunciar el voto de celibato. Las pestes sucesivas causaron menos mal, porque ya se había hecho el vacío ante la muerte; pero se produjeron frecuentes reapariciones de la epidemia, como incendios que renacen de un hogar mal apagado.



Cl. J. Kuhn, edit.

ESTATUA DE JUANA DE ARCO EN VAUCOULEURS
DONACIÓN DE LUIS XI

Veinticinco años después de la muerte de Juana, en 1456, fué revisado su proceso y rehabilitada su memoria en Ruan.

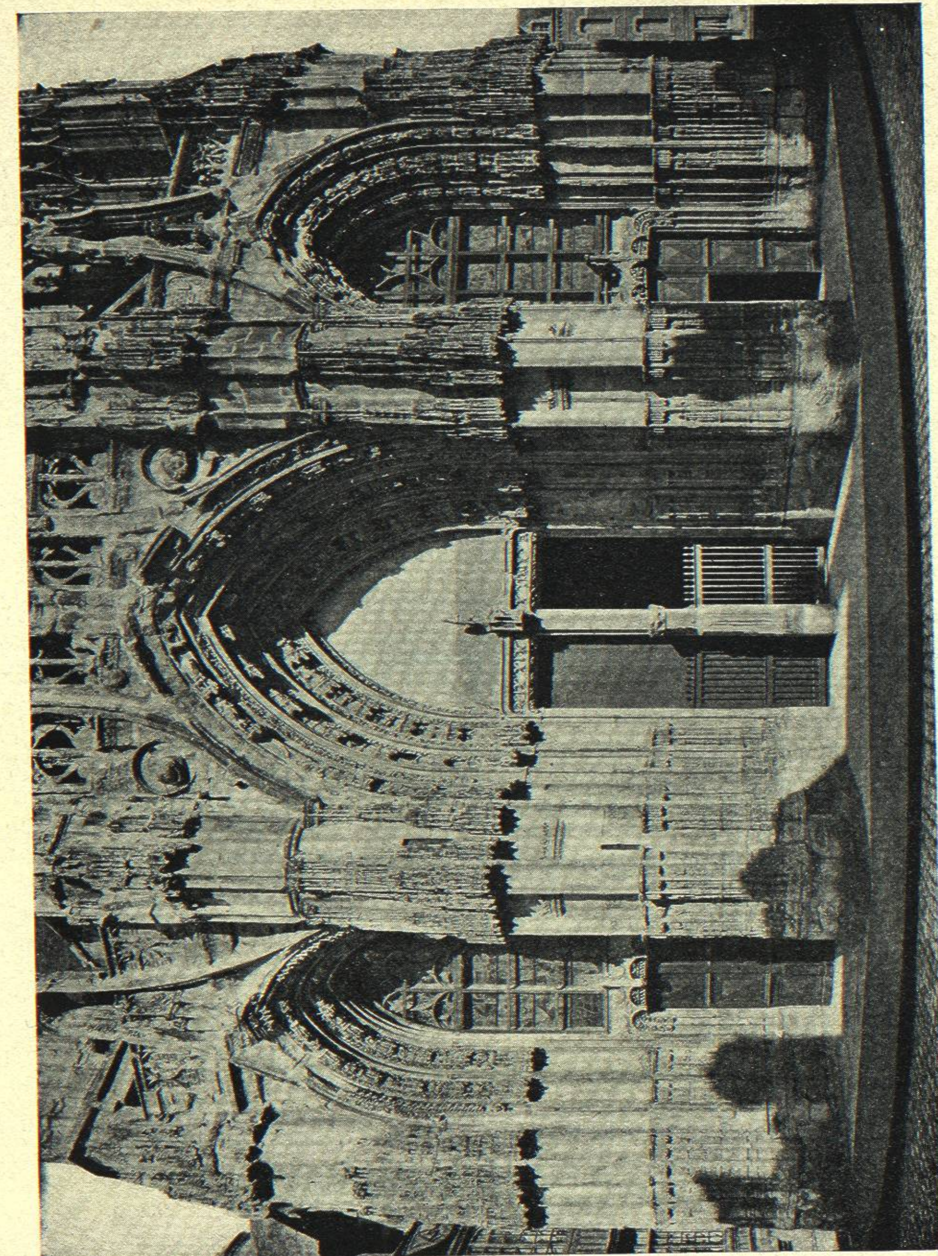
[1] Trokelowe; — W. Denton, *England in the fifteenth Century*, ps. 85 y siguientes.

Se evaluaron en general en una veintena de asaltos los ataques de la peste que se renovaron durante el final del siglo XIV y parte del siglo XV, pero mejor puede decirse que la enfermedad no cesó en todo ese período con mayor ó menor violencia. Las relaciones de ciudad á ciudad estaban interrumpidas: en 1406 el rey Enrique IV estuvo en peligro de ser capturado por unos piratas, porque, no osando atravesar Londres, se había aventurado sobre el bajo Támesis para ir desde el Kent al Essex, siendo capturada una parte de su convoy. Se suprimió la ceremonia del besamanos porque el vasallo temía contaminar sus labios y el señor temía entregar su mano [1].

En sus estudios históricos sobre la Edad Media en Inglaterra, Denton trata de calcular el movimiento de población después de Guillermo el Conquistador, del cual resulta que parece que hubo progreso positivo, aunque lento, durante el período normando hasta después de la muerte de Eduardo I. A la mitad del siglo XIV la población inglesa debía ser de unos cuatro millones, pero la guerra de Cien años, la lucha continua sobre la marca de Escocia, la miseria y la peste causaron nueva soledad, y el número de habitantes descendió probablemente bajo el nivel indicado por los registros del Domesday-book [2].

El retroceso de civilización que se produjo durante los dos siglos de asesinatos, de miseria y de despoblación fué tan considerable, que los objetos de comodidad y de lujo empleados en la época normanda fueron completamente olvidados, hasta el punto que los pares de Inglaterra volvieron á comer cogiendo la comida con los dedos, y cuando reaparecieron los tenedores en las mesas, en el reinado de Isabel, se habló de esos instrumentos como de un verdadero descubrimiento [3]. Sin embargo, hacia el final del siglo X, un teólogo eminente refiere con horror que la hermana de un emperador de Oriente, casada con el hijo de un dux de Venecia, empleaba unas pequeñas horquillas para llevarse los alimentos á la boca: ¡lujo insensato que pronto atrajo la cólera celeste sobre la tierra, puesto que murieron de la peste algunos años después!

[1] W. Denton, *England in the fifteenth Century*, ps. 97, 105.
[2] *Ibid.*, pp. 128, 129.
[3] *Ibid.*, p. 51.



Cl. Kuhn, edit.

ESTILO BRILLANTE

Iglesia de Caudebec en Caux, construída de 1426 á 1515

El bandidaje había llegado á ser la gran industria de los campos. El peligro de los ataques á mano armada había hecho votar una ley (1285) por la cual los señores, los municipios y otros propietarios quedaban obligados á derribar y destruir todos los cercados, malezas y bosques, hasta doscientos pies de distancia, de cada lado de los caminos que conducían de un lugar de mercado á otro. El propietario de los terrenos que atravesaban los caminos era considerado como responsable de todo crimen de violencia cometido en el sitio donde se hubiera descuidado el trabajo de limpieza ribereña [1].

Las condiciones de la propiedad de la tierra habían cambiado y la situación del pobre pueblo empeoraba. El capricho y la avidez de los señores no dejaban á los campesinos más que la rutina de su cultivo, hallándose todo sujeto á regla en el trabajo agrícola: una parte de la tierra estaba dividida en pequeños lotes, con su habitación familiar cada una, bien limitada por un cercado de madera ó de seto vivo, el *ton* ó *tun*, origen primitivo de tantos *towns* ó ciudades [2]; una segunda parte de la tierra se sometía también al cultivo, pero no en provecho de determinadas familias, sino que la labor se hacía en ella en beneficio colectivo de la comunidad. Ese campo estaba formado en arriates de una longitud uniforme, medida que los agrimensores y dibujantes de planos usan todavía en Inglaterra, el *furlong* [3], y cada uno de ellos estaba separado de los otros por un espacio inculto, cubierto de césped ó de maleza donde pudieran cobijarse las liebres. Todos los arriates de un mismo grupo estaban labrados por el mismo arado y la cosecha se hacía al mismo tiempo para que la tierra quedase en pasto común desde el 1.º de Agosto (*Lammasday*) hasta la Candelaria, á principios de Febrero.

El «señor del feudo» miraba con avidez esos cultivos que pertenecían al municipio, del que podía creerse su representante, y, por una consecuencia natural, el verdadero dueño; pero la ambición por excelencia del noble consistía en apoderarse de los bosques, de los pastos y de las turberas que constituían desde los

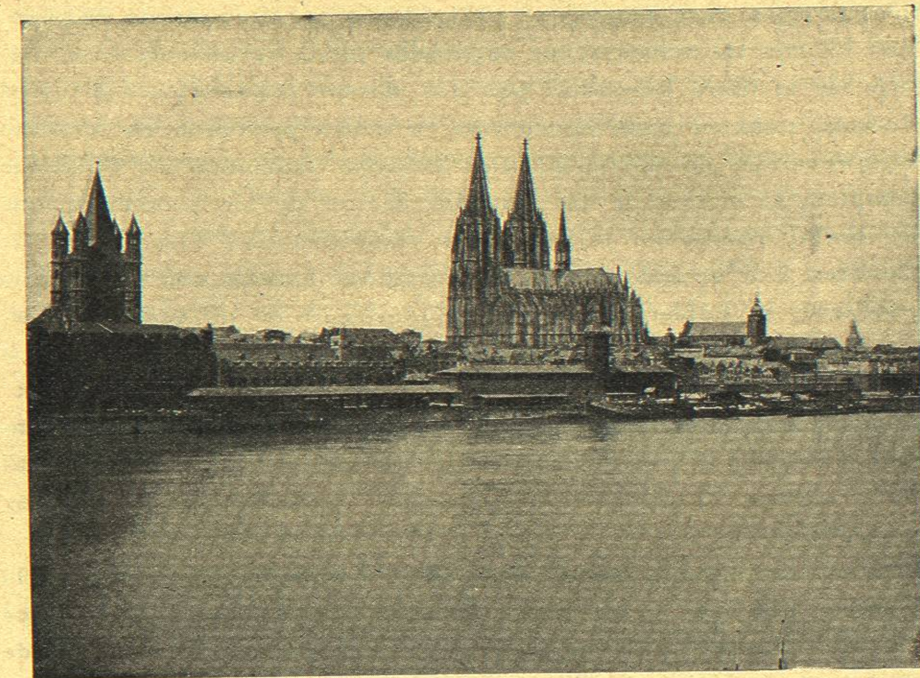
[1] W. Denton, *England in the fifteenth Century*, p. 171.
[2] Emile de Laveleye, *Revue des Deux Mondes*, 15 Julio 1870.
[3] *Furrow long*, «longitud de surco», ó sea 220 yardas ó 660 pies (201 metros): es la octava parte de la milla de tierra, *English* ó *Statute mile*.

tiempos más remotos la propiedad de todos y perpetuaba de siglo en siglo el antiguo régimen comunitario, tal como había existido antes del período histórico, entre los antepasados bretones, germanos y escandinavos. En esas tentativas de monopolio, los señores tenían naturalmente el apoyo que da la ley, puesto que ellos mismos formaban el Parlamento y podían legiferar á su gusto, asegurándose á costa de dinero el concurso de los juristas, la alta domesticidad del reino.

Desde la mitad del siglo XIII existía una guerra incesante entre los barones y los municipios por la posesión de esos terrenos indivisos: los tribunales y el Parlamento resonaban continuamente con esos debates, y á veces se trató de resolverlos por la fuerza. En 1235, un acta dió el derecho á los señores del feudo de cercar las partes del suelo común que «no eran necesarias á los comuneros libres». Pero ¿cuál era la regla precisa que permitiera establecer esa distinción entre el terreno necesario y el terreno inútil? Los señores, generalmente sostenidos por los cuerpos beligerantes, pedían la mayor y mejor parte del suelo, cuando no la totalidad, en tanto que los comuneros reclamaban la conservación de los antiguos derechos, y cuando no se les daba razón solían destruir á viva fuerza los setos ó cualquier otra clase de cercados puestos por los señores. Tomás Moro hablaba en su *Utopía* de esas continuas usurpaciones de los «nobles y gentilhombres que cercan todo para pastos, derribando las casas, desarraigando las villas y no dejando en pie más que las iglesias, para convertirlo en parque de ovejas». La mayor parte de los escritos políticos ingleses del fin del siglo XV y de la primera mitad del XVI se halla dedicada á quejas de esa naturaleza. A cada instante surge todavía en la Gran Bretaña del siglo XX la lucha entre las parroquias y los grandes propietarios por el *right of way*, derecho de pasaje, que en último término suele negar la ley á los ciudadanos.

Apoderándose de la tierra, los señores trataban también de apoderarse del hombre, de restablecer la esclavitud bajo otra forma. A este respecto había retroceso evidente sobre los progresos anteriores: cuando la conquista normanda, los esclavos eran todavía numerosos en Inglaterra, mas parecían haber disminuído rápidamente,

gracias al refugio que les presentaban las ciudades y los territorios reales: todos los que lograban escapar á las pesquisas durante un año y un día dejaban de ser esclavos ó siervos para convertirse en trabajadores libres. Verdad es que en las actas del siglo XIII se habla frecuentemente de los aprendices «vendidos» y «comprados», pero



Cl. Kuhn, edit.

EL RHIN Y LA CATEDRAL DE COLONIA

esas palabras habían probablemente perdido su sentido primitivo y se referían simplemente á los derechos y compromisos respectivos de los patrones y de sus discípulos [1].

Para trabajar los territorios cuya extensión aumentaban incesantemente, los señores trataban de fijar nuevamente el hombre y su trabajo, y para disponer de la mano de obra necesaria, hicieron publicar un acta del Parlamento por la cual se prohibía á los campesinos irse de su parroquia; no obstante, tan grande era la miseria

[1] W. Denton, *England in the fifteenth Century*, p. 36.

en ciertos distritos de los pantanos, de los eriales y de las marcas de Gales y de Escocia, que en aquellas comarcas la «busca de trabajo» no era considerada como delito punible por la ley. Asimismo, en oposición á un edicto que prohibía el aumento del salario de los obreros agrícolas, las necesidades de la oferta y la demanda solían obligar á los propietarios á violar en detrimento propio sus mismas leyes para asegurarse trabajadores por un aumento de pago. Los jóvenes de ambos sexos empleados desde su infancia en el trabajo de la tierra quedaban por eso mismo condenados á la gleba durante todo el resto de su vida, y tenían prohibido en absoluto el aprendizaje de un oficio. Sin embargo, hallándose en oposición completa el interés de las ciudades con el de los propietarios de la tierra, resultaban jurisdicciones contradictorias. La ciudad de Londres, por ejemplo, donde la mortalidad excedía con mucho á la natalidad, se hubiera convertido rápidamente en un cementerio si, á pesar de las leyes, no hubieran acudido emigrantes del campo á llenar los vacíos dejados por los muertos; el mismo fenómeno económico debía producirse en todas las demás ciudades, que continuaban existiendo á pesar de hallarse en contradición con todas las reglas de la higiene. Los distritos industriales indicaban también la ley en su beneficio [1].

Pero de todas maneras, señores y burgueses se disputaban la posesión exclusiva de los brazos humanos para utilizarlos como amos crueles. También tuvo Inglaterra sus «jacquerías», y aun puede decirse que la jacquería inglesa fué emprendida con más método y alcanzó los resultados más considerables, desde luego efímeros, como los de todas las jacquerías del continente. En 1381 el Parlamento vota una nueva ley de capitación para subvenir á los gastos de guerra y al lujo de la corte: los campesinos, exasperados por los agentes del fisco, se sublevaron en el condado de Essex; pronto siguieron el movimiento todos los demás condados del Sudeste, y partidas tan numerosas que constituían un ejército de más de cien mil hombres se pusieron en marcha hacia la capital, destruyendo los castillos, abriendo las cárceles y apaleando á los señores y magistrados. El rey Ricardo II

[1] W. Denton, *England in the fifteenth Century*, ps. 145, 217 y siguientes.

no se atrevió á hacerles frente, y los rebeldes entraron en Londres, donde quemaron los palacios de los señores más odiados. Entonces cedió el gobierno, comprometiéndose por juramento á todas las reformas pedidas. Los campesinos, confiados, se dispersaron, y Wat Tyler — Gault el Tejero —, jefe de los insurrectos, fué asesinado por el *lord-maire* en una conferencia con el rey. Fácil le fué á éste hacerse librar de sus promesas por el Parlamento y ordenar el tormento y la matanza por centenas de los campesinos señalados como agitadores. La opresión se emprendió de nuevo con más vigor después de aquella tentativa de emancipación.

Paralelamente á ese movimiento económico, se había producido un impulso de libertad en la iglesia inglesa: la «reforma» se cumplía siglo y medio antes del período crítico que lleva ese nombre en la Europa occidental, personificando y dirigiendo esa transformación religiosa el doctor Wiclef. En la universidad de Oxford, ante el Parlamento y sobre todo ante el pueblo, se le vió combatir las pretensiones del papa á la dominación de las almas, y la ingerencia de los curas y de los frailes en la sociedad civil y en la vida de las familias; rechazó la confesión; después, apelando á la Biblia contra sus intérpretes oficiales, se puso á traducirla en lenguaje popular para que el mismo pueblo, libre de los maestros oficiales de la Iglesia, fuera el juez directo y el confesor de su fe; por último, por vigorosos folletos, esparció sus sarcasmos sobre los abusos religiosos. Hombre de principios, Wiclef llegó hasta las consecuencias de sus ideas, y, como precursor, por la lógica de su doctrina religiosa y hasta política y social, fué mucho más lejos que sus continuadores; en realidad, «llegó al anarquismo individualista absoluto» [1]. El poder civil, en consecuencia, hubo de reprobar su acción, lo mismo que el poder religioso. En 1381, el año mismo del conflicto que puso frente á frente la jacquería de los campesinos y la monarquía, fué condenada por los profesores de Oxford la enseñanza de Wiclef, y sus partidarios, los *lollards*, fueron perseguidos. No se osó, sin embargo, tocar á aquel hombre puro, universalmente respetado, y murió tres años después sin haber sufrido

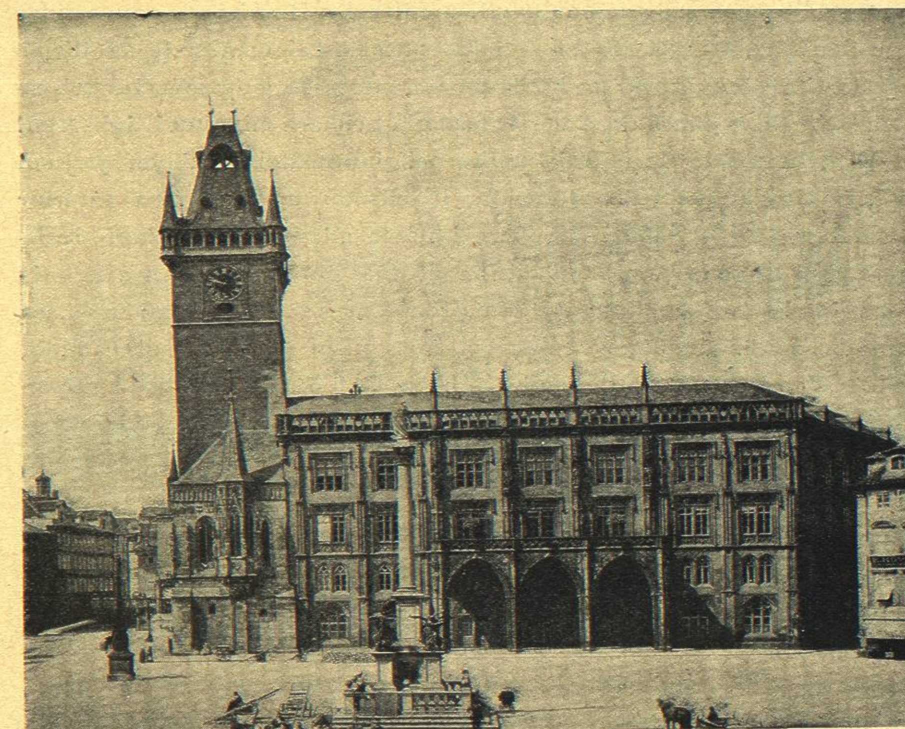
[1] Ernest Nys, *Notes sur la Neutralité*, «Revue de Droit International et de Législation comparée», 1900.

violencias; pero en 1428, por orden del concilio de Constanza, sus huesos fueron desenterrados y destruídos por el fuego.

A pesar de todo, el espíritu de rebeldía continuó como rescoldo bajo la ceniza en varias comunidades religiosas de Inglaterra, esperando la época en que el gran incendio había de estallar de nuevo. Pero fué en otro punto, en Bohemia, en el centro del continente europeo, donde se continuó directamente la obra de Wiclef, por efecto de las condiciones políticas especiales en que se hallaba aquel país. Eslavos y Germanos estaban allí á la sazón en conflicto, como todavía lo están en nuestros días, y la enemistad natural procedente de la diferencia de lenguas, de costumbres y de las desigualdades sociales que eran su consecuencia, exaltó suficientemente los ánimos para dar la mayor aspereza á las discusiones religiosas. Aquella comarca, que se presenta afrontando con arrogancia las llanuras germánicas, parece constituir un cuerpo distinto y como un mundo aparte. Pero considerando á los Eslavos como la guarnición de la poderosa ciudadela, se observa que, sobre la mayor parte de su contorno, las murallas de recinto están precisamente ocupadas por el enemigo, es decir, por los Germanos. Los Tcheques, venidos del Este, habían podido penetrar fácilmente en Bohemia, cuya parte central habían ocupado, sobre todo las antiguas tierras lacustres, transformadas en fecundos campos que irradian alrededor del confluente del Vltava y del Labe — del Moldau y del Elba —, y que guardaba la ciudad de Praha ó Praga, poderosamente fortificada por ellos. Pero habían sido detenidos por los montes cubiertos de bosques, y solamente los habían franqueado por escasos pasajes, de los cuales el principal era el de Domazlice ó Taus, que se dirige hacia el codo del Danubio. Los Alemanes, más numerosos, y además llamados por los reyes de Bohemia que querían poblar sus dominios, habían escalado los montes, se habían instalado en los claros de los bosques y después habían colonizado acá y acullá los valles del interior: toda una cintura etnológica se había desplegado en semi-círculo alrededor de las poblaciones eslavas de la Bohemia central.

De ese modo, el contraste de las razas, opuestas por la fuerza de las cosas é independientemente de las voluntades, había de com-

plicar la situación religiosa, única que interesaba entonces á la Iglesia soberana. En aquella época, Juan Huss era, entre todos los innovadores que seguían la doctrina de Wiclef, quien había conservado de aquella enseñanza la impresión más viva: sintiéndose agitado por ella hasta en su sueño [1]; y se declaró contra la autoridad des-



Cl. Kuhn, edit.

PRAGA — HOTEL DE VILLE

pótica del clero. Obligado á huir de Praga, donde su vida estaba amenazada, fué enviado ante el concilio que entonces se celebraba en Constanza (1414) para tratar de remediar el inmenso desorden de la Iglesia, cuyo gobierno se disputaban tres papas. Huss desconfiaba con razón de la cortés invitación que se le había dirigido, pero el emperador Segismundo le proveyó de un salvo-conducto y

[1] Alfred Dumesnil, *Jean Huss, fragment d'une Histoire du Libre Esprit.*

le hizo acompañar por caballeros garantes. Sin embargo, la Iglesia, que posee las llaves del cielo y del infierno, y que detenta también el derecho de cambiar el mal en bien, para la mayor gloria de Dios, rompió el salvo-conducto é hizo subir á Huss á la hoguera, crimen que no debía ser olvidado. En la misma Bohemia estalló la guerra casi inmediatamente: más de quinientas iglesias y conventos fueron incendiados, y se libraron sangrientas batallas entre los Hussitas — convertidos en ardientes patriotas eslavos — y los católicos alemanes de las inmediaciones. El equilibrio no había de restablecerse, en provecho del catolicismo y de la causa de Austria, hasta la primera mitad del siglo XVII.

El triunfo de la Iglesia sobre los innovadores Wiclef y Juan Huss, en Inglaterra y en Bohemia, lo mismo que en época anterior la matanza de los Albigenses, atestigua la admirable fuerza de resistencia que todavía poseía la rutina de las poblaciones ante la iniciativa intelectual y moral de los precursores de justicia: la masa profunda de las naciones europeas no quiso prestarse al cambio, aunque el desorden de la institución papal hubiese llegado á ser un verdadero caos, y que de todas partes las burguesías nacientes y constituídas apelasen á un concilio de reformadores para poner fin á los abusos monstruosos del gobierno clerical, á las luchas intestinas del clero, á las excomuniones mutuas de los papas y anti-papas. Los concilios se reunieron en Pisa, en Constanza y en Basilea; los prelados asistieron durante años, pero si lograron reconstituir la unidad aparente de la Iglesia sometiéndola al poder espiritual de un solo pontífice, no lograron purificar el catolicismo de las prácticas de simonía, de las prevaricaciones, de las violencias, de las exacciones de toda clase que habían causado ya las primeras tentativas de rebeldía, y que debieron producir en el siglo siguiente la explosión definitiva de la Reforma. Siendo los jefes incontestables de la Iglesia, como príncipes temporales y espirituales, los papas creyeron que podían permitirse todo en lo sucesivo. Los concilios fueron impotentes contra ellos, no pudiendo, en virtud de sus mismos principios, disputar al sucesor de San Pedro el gobierno de las almas.

El imperio germánico estaba todavía más dividido que la Iglesia y su unidad sólo estaba reconocida temporalmente, según los intereses inmediatos de los grandes príncipes electores, de las ciudades y de las federaciones de ciudades que se declaraban guerras incesantes. Alemania, de vagos contornos, imprecisos, menos bien marcados que las fronteras naturales de los Estados que la constituyen, distaba mucho aún de presentar rudimentos de unidad política: á



Cl. Kuhn, edit.

PRAGA — EL PUENTE VIEJO SOBRE EL VLTAVA

este respecto estaba evidentemente mucho más atrasada que los países de la Europa occidental, Francia, Inglaterra y España, cuyos territorios geográficos naturales estaban claramente definidos.

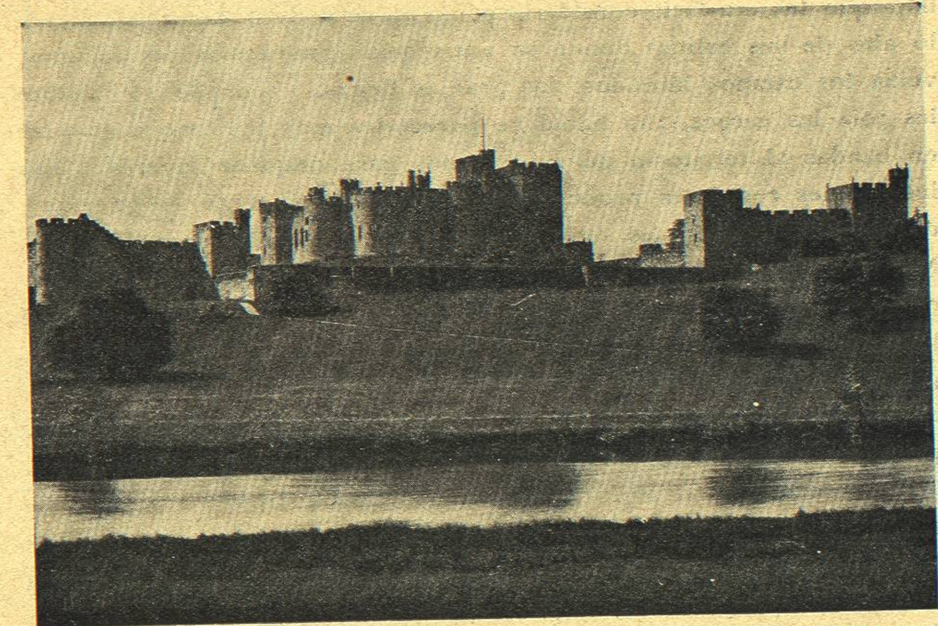
A pesar de las terribles guerras que les habían agotado, á pesar de su empobrecimiento y sus epidemias de «muerte negra», los dos reinos separados por la Mancha gravitaban cada uno hacia una forma definitiva concordándose con las indicaciones del medio. En Francia esa terminación natural no podía menos de prepararse, aunque no realizarse, en tanto que el ducado de Borgoña desarrollaba sus anillos como un dragón desde el Charolesado á Flandes. En Inglaterra se hacía la evolución de una manera más metódica y segura.

Los distritos montañosos habitados por los galo-célticos habían sido anexionados en 1283, y, una vez realizada esa conquista, Eduardo I se había dedicado á la obra mucho más difícil de subyugar los Escoceses y de colocar así toda la Gran Bretaña bajo el dominio de los reyes de Inglaterra. Ya les estaba sometida la mayor parte de Irlanda: el conjunto del archipiélago estaba forzosamente condenado, por la desigualdad de las poblaciones en lucha, á sufrir tarde ó temprano el ascendiente inglés.

Mas, á pesar de esa unidad impuesta por la violencia, la Gran Bretaña, ese fragmento desprendido del continente de Europa, que recortan en penínsulas numerosas escotaduras, sobre todo á Occidente, y que se prolonga de Sud á Norte sobre un enorme desarrollo lineal de un millar de kilómetros, con una débil anchura relativa, se divide, por eso mismo, en varias comarcas diferentes unas de otras, bien formadas para dar á las poblaciones residentes una vida autónoma. La península de Cornwales y el macizo montañoso de Wales, que se avanza á lo lejos en las aguas del canal de Irlanda, estaban evidentemente designados por la Naturaleza como tierras cuyos habitantes hubieran debido normalmente permanecer mucho tiempo apartados de los otros insulares, conservando sus costumbres, lengua é instituciones propias. Más positivo es esto todavía respecto del principal miembro articulado del cuerpo de la Gran Bretaña, ese territorio cuyo contraste geológico, geográfico, climático, étnico y social ha creado el de las dos naciones, Escocia é Inglaterra.

Evidentemente la zona baja de terrenos que comprenden las dos cuencas del Clyde, sobre la vertiente occidental, y del Forth, sobre la vertiente oriental de la isla, ha debido tener una importancia capital en la historia de las luchas que tuvieron lugar de una parte y de otra antes de la unión de los dos reinos. Un foco especial de vida nacional debía desarrollarse en esos campos de doble pendiente, donde la arista divisoria no tiene más que 61 metros de elevación sobre el nivel del mar y donde la industria no dejará de cavar algún día un canal de gran navegación. En comparación de las regiones montañosas del Norte, donde se alinean las ásperas cadenas de los Grampians, esa estrecha depresión de las tierras fértiles, convertidas en populosas, representa casi toda la parte

viva de la comarca, y por la parte del Sud, contrasta también con montañas cubiertas de matorrales y soledades que se extienden de mar á mar. Los Cheviot-hills se prolongan oblicuamente á las orillas en la dirección del Nodeste al Sudoeste, y constituyen la muralla exterior de ese macizo avanzado; el límite oficial de Escocia, que



Cl. Kuhn, edit.

CASTILLO DE ALNWICK, NORTHUMBERLAND

llega al fondo de la escotadura del Solway Firth, corresponde así exactamente al límite natural: puede decirse que allí se halla el «talle» del grande y esbelto cuerpo del que es Escocia torso y cabeza. Al extremo nor-oriental existe un pasadizo único y bastante ancho que permite el paso, y la posesión de esta puerta natural dió lugar á incesantes conflictos. Por la travesía de los ríos y por la conquista de las líneas divisorias tuvieron lugar las batallas más encarnizadas.

Si se añaden al territorio de la Escocia propiamente dicha los archipiélagos que le continúan al Norte, la mitad escocesa de la Gran Bretaña es tan desarrollada en longitud como la mitad inglesa,

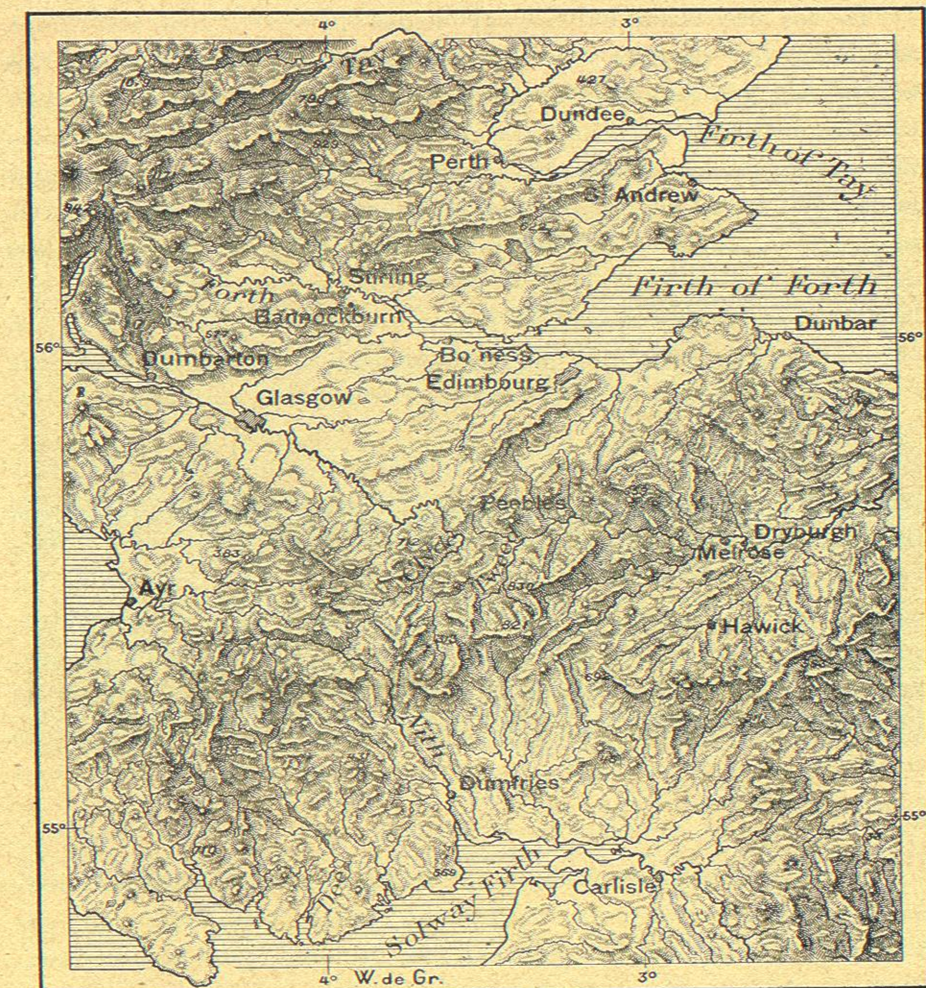
pero es de superficie menor, y su población debió ser siempre menos densa y proporcionalmente muy inferior en número. Los obstáculos de la Naturaleza restablecían, no obstante, el equilibrio militar, en aquella época en que los medios de comunicación no ayudaban todavía á la penetración de las regiones del Norte. Además los Escoceses, por su posición geográfica, tenían hábitos naturales de pillaje que les era fácil considerar como un verdadero derecho. Desde lo alto de sus colinas donde se entretenían guardando sus rebaños, veían los campos labrados, las granjas llenas, y cuando el hambre les roía las carnes, ¿no había de parecerles muy legítimo descender en bandas al territorio de sus vecinos para adquirir víveres? Las incursiones regulares producían un estado permanente de guerras y de matanzas. Después, en las grandes campañas estratégicas, los Meridionales, es decir, los Ingleses, gracias á su superioridad numérica, solían forzar las múltiples murallas de las *Low lands* ó «Tierras bajas», y tomar las posiciones militares de entre Forth y Clyde; pero más allá chocaron contra los montes escarpados del Norte, donde la Naturaleza les era tan enemiga como los hombres. La aspereza de la comarca compensaba la inferioridad del número.

Desde el fin del siglo XIII, Escocia parecía dispuesta á la sumisión. Los jefes Baliol y Wallace fueron derrotados por Eduardo I; pero un nuevo rebelde, Bruce, agrupó las fuerzas escocesas para una resistencia desesperada, y logró, en efecto, triunfar del ejército inglés sobre la colina de Bannockburn (1314), que cubre al Sud la puerta estratégica de la alta Escocia, Stirling. Esta victoria permitió al reino del Norte tomar la ofensiva: Bruce hasta penetró en Irlanda, donde esperaba encontrar aliados contra Inglaterra; pero, invadida hacía tiempo, recortada en territorios y en principados diversos, Erin no presentó en ninguna de sus provincias bastante unidad política para ofrecer un punto de apoyo suficiente.

La victoria de Bannockburn fué quizá para los Escoceses un triunfo deplorable: mucho mal causó á sus enemigos, pero mucho más dañosa fué para ellos mismos. Escocia, que hasta entonces había recibido del mediodía británico todo su fermento de vida, cesó de ser alimentada desde el punto de vista de la industria, del comercio y del arte. Las gentes instruídas y los artesanos hábiles, que en

su mayor parte eran Ingleses, se retiraron de Escocia: todo retrogradó allí en concepto material, intelectual y hasta moral. Los Es-

N.º 347. Baja Escocia.



coceses, que se habían vuelto casi salvajes, llegaron hasta no saber ya fabricar sus armas, que necesitaron importar de Francia y de

Flandes. Por otra parte, la antigua nación de los Pictos debe, sin duda, á esta separación política y social, haber vivido siguiendo un desarrollo más original y mantenido á través de los siglos su individualidad propia.

De los dos lados del Solway y del Tweed la zona de cultivo se cambió en desierto: en el espacio que podían alcanzar los ladrones en una incursión nocturna á caballo, todo el país fué rápidamente devastado. Dícese que pereció más de un millón de hombres en las guerras nacionales y civiles de Escocia. Puede juzgarse de las desgracias del pueblo por la suerte de los mismos reyes: la mayor parte murieron de muerte violenta, dejando el trono á sus hijos todavía menores. Muchas ciudades cayeron en ruinas, quedando cubiertas de maleza: el puerto de Berwick, que, en la Gran Bretaña, sólo fué excedido en importancia por el de Londres, y que se había llamado «otra Alejandría», perdió toda su actividad, que no ha recobrado jamás.

Privada de toda relación con Inglaterra, su vecina, su educadora natural, Escocia fué de rechazo inclinada hacia Francia, que llegó á ser á la vez su aliada política y su modelo en civilización [1]. Pero los dos países están muy distantes uno de otro y los mares que los separan son de navegación peligrosa. La fuerza de atracción mutua, por la naturaleza misma de las cosas, debía disminuir «en proporción del cuadrado de la distancia»; sin embargo, es admirable el número de los galicismos de toda especie que desde aquella época se han introducido en las instituciones, la arquitectura, las costumbres y la lengua de los Escoceses.

A otro extremo de Europa, los habitantes de la Península Ibérica bregaban también en constantes luchas, solicitadas por una ú otra de las dos fuerzas en conflicto, la pasión de la individualidad provincial y la ambición de la unidad general del país: los rasgos geográficos marcados en la península por los contornos de las mesetas y las aristas de las montañas explican esos acontecimientos. En el conjunto, las guerras incesantes de la Edad Media

[1] W. Denton, *England in the fifteenth Century*, ps. 65, 79.

en España están representadas á la vez como un conflicto de religiones y de razas. Para los espíritus simples que han sufrido la educación católica, que presenta todo en anchos colores lisos, las revoluciones de España no han sido más que una reivindicación interminable de la fe cristiana contra el culto musulmán, un torneo entre los caballeros de Dios y los supuestos caballeros del demonio; todo lo más pudiera mezclarse á ese conflicto religioso un poco de



Cl. Kuhn, edit.

ROCA DE DUMBARTON, SOBRE EL CLYDE

Cuando los Ingleses invadían Escocia, se contentaban generalmente con ocupar cuatro puntos fortificados que dominan el istmo: las rocas volcánicas de Dumbarton y de Edimburgo, la colina de Stirling y un fortín cerca de Borrowstoness (Bo'ness).

contraste étnico, producido por el contacto de las razas aborígenes y de los hijos de los Suevos y de los Visigodos con los invasores del Sud y del Oriente, Bereberes y Arabes. Ciertamente que hay parte de verdad en ese concepto general de las cosas; pero los fenómenos de la vida local, en su mezcla con la tendencia nacional hacia la unidad política, tuvieron sin duda alguna una importancia más considerable todavía.

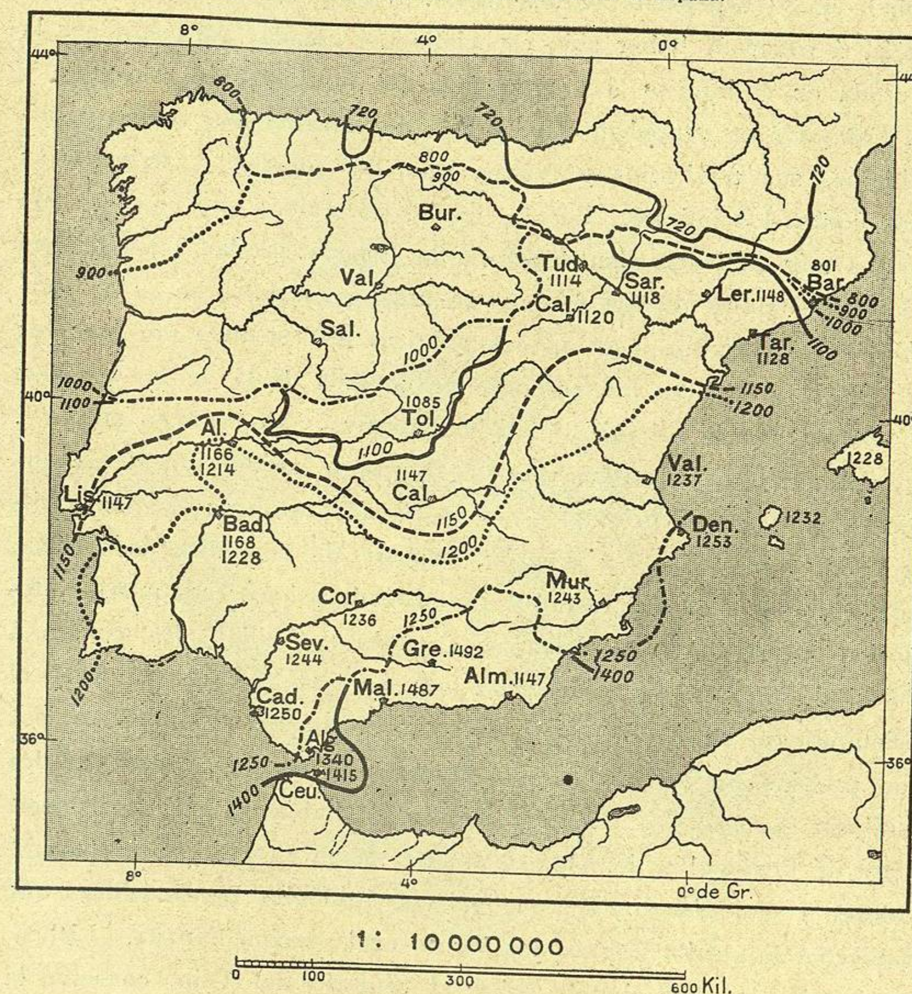
Además ha de hacerse también la parte del retroceso hacia la barbarie creada por el continuo bandidaje: puede juzgarse de ello por la verídica historia de Ruy ó Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador ó «Batallador», en el cual la leyenda veía el campeón incorruptible y caballeresco de la fe cristiana, mientras que en realidad fué un jefe de bandas mercenarias, que se ponía al servicio de los cristianos ó á sueldo de los Musulmanes, según las probabilidades del botín. «Profesaba el oficio de encadenar los prisioneros y de arrasar las fortalezas», en beneficio de uno ú otro señor, atormentando á los cautivos, quemándolos á fuego lento, haciéndolos destrozar por sus perros, no para convertirlos á una fe cualquiera, sino para obligarles á revelar los escondrijos donde se hallaba su oro. Por lo demás, el nombre de Cid — en árabe *Sidi*, «Señor» — que le ha quedado, es la denominación con que le conocían sus aliados musulmanes. En la actualidad es bien conocida la historia de ese bandido [1]; pero es preciso hacer constar que los documentos utilizados por los historiadores anteriores se expresaban unánimemente en el mismo sentido, sólo que no se les quería creer, hasta tal punto parecía temerario combatir la leyenda acreditada. ¡Triste civilización relativa en la que un Cid Campeador puede concentrar en sí, como un sol, todos los rayos de la admiración de un pueblo!

Al final del siglo XI tuvieron lugar las aventuras guerreras celebradas en un *Romancero* del siglo XVI, y desde el principio del siglo siguiente los cristianos pudieron esperar la conquista entera de la península. Un rey de Aragón, que por matrimonio llegó á ser co-soberano de Castilla, creyó llegado el momento de llamarse «emperador de Hispania». En 1147, una circunstancia feliz permitió á los cristianos apoderarse de Almería, y, en consecuencia, los reinos árabes del Mediodía se encontraron ya amenazados por el lado del mar y separados parcialmente de sus correligionarios de Africa. Desde la mitad del siglo XIII la suerte de los Arabes quedó fijada irrevocablemente, puesto que el bloqueo se estrechó en su rededor. Fueron batidos en las Navas de Tolosa (1212), después en Mérida

[1] Reinhart Dozy, *Histoire des Musulmans d'Espagne*.

(1230) y se les despojó de Extremadura; se les tomó Córdoba, después Sevilla y por fin Cádiz, en 1250. La emigración de regreso comenzó para los Musulmanes de las provincias conquistadas, y las

N.º 348. Avance gradual de los Cristianos en España.



1 : 10 000 000

0 100 300 600 Kil.

Las líneas fechadas indican, de una manera un poco sintética, el retroceso gradual de los Musulmanes. Las cifras cerca de las ciudades dan la fecha de su paso á poder de los cristianos. Alcántara (Al. sobre el Tajo), Badajoz (Bad.) y Almería (Alm.), volvieron á poder de los Moros después de haber sido perdidas por ellos una primera vez. Cal. sobre un afluente del Elen es Calatayud; Cal. sobre el Guadiana, que debería estar á 50 kilómetros más al Sud, es Calatrava.

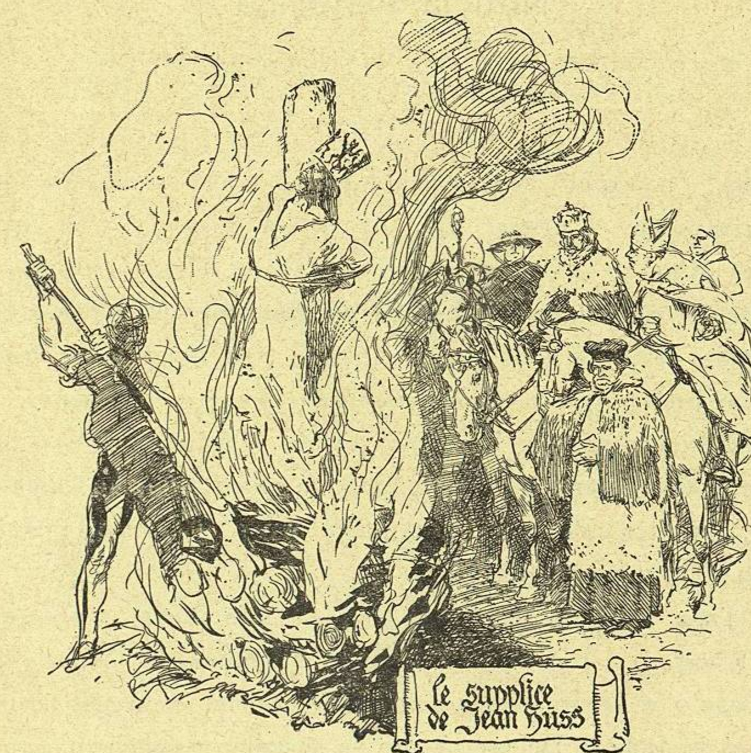
familias nobles pedían el bautismo en masa para convertirse en nobles de Castilla. El círculo de hierro fué completado en 1340, cuando Algeciras cayó en manos de los Españoles y el reino árabe de Gra-

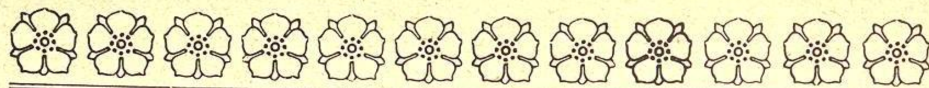
nada quedó completamente aislado. Sin embargo, más de un siglo había de transcurrir todavía antes de recibir el último golpe, porque los pueblos, interesados en el trabajo, no deseaban más que les dejasen vivir en paz; el celo de la fe católica no tenía ya el ardor que le da el espejismo de los siglos. Hasta las órdenes de caballería, á pesar de haber sido especialmente creadas para sostener la cruzada en el interior, las compañías de Santiago, de Alcántara y de Calatrava se ocupaban mucho más de aumentar sus títulos y privilegios, sus territorios y rentas, que de guerrear y arriesgar su vida contra los infieles. Por lo demás, cualquiera que fuese el celo de los más ardientes campeones de la España cristiana, no dejaban de ser discípulos de los Arabes en una gran parte de su civilización. Hasta en sus instituciones políticas les tomaban por modelo: la justicia aragonesa fué enteramente copiada de la de los Arabes, lo mismo que la organización administrativa y el régimen militar [1].

El equilibrio, instable y constantemente modificado, tenía entonces dos centros principales en la España católica: Castilla, aristocrática y orgullosa, y Aragón, especie de república campesina, que vigilaba á su rey, aunque permitiéndole hacer conquistas interiores, anexionarse las Baleares, Cerdeña y Sicilia. En cuanto á Portugal, que se había declarado independiente de Castilla desde el principio del siglo XII, había tenido su evolución autónoma, y por sus propias fuerzas se había desembarazado gradualmente de los Arabes: Alfonso III, que murió en 1279, había podido proclamarse «rey de Portugal y de Algarve». La fusión se hizo entre conquistadores y conquistados sin producir las horribles persecuciones que hubieron de sufrir después los Moros en la vecina España. Lisboa, tan admirablemente situada sobre el estuario del Tajo, conservó la importancia comercial que le dieron los Arabes y hasta la aumentó, gracias á sus relaciones con los puertos del Norte, llegando á ser un foco de vida cosmopolita que tomó un lugar completamente distinto en el conjunto de la península Ibérica; en su rededor se constituyó una individualidad política bastante precisa, si no al Norte, del lado de Galicia, al menos al Este, hacia Castilla y Extremadura,

[1] Julián Ribera, *Orígenes del Justicia de Aragón*.

donde vastas extensiones montañosas, cubiertas de jaras y brezos, se desarrollan en soledades monótonas. En 1415, cuando los Portugueses, muy á disgusto en su estrecho litoral, se apoderaron de Ceuta, en la costa africana, estaban dispuestos para la carrera de descubrimientos que hizo de ellos un pueblo sin igual en la historia del progreso humano.





TURCOS, TÁRTAROS, MONGOLES Y CHINOS

Noticia histórica

CHINA. La época militarmente gloriosa de la dinastía de los Han corresponde al primer siglo de la era cristiana, con los emperadores Ming-ti (60-70) y Ho-ti (89-105). Desde 226, China se fragmentó lo menos en tres reinos de contornos flotantes. Parece que durante este período se entablaron relaciones muy pacíficas hacia el Norte, y que el conocimiento de los ríos siberianos, hasta el Ob', se extendió entre los sabios chinos. El príncipe establecido en el valle del Hoang-ho reunió poco á poco toda la China bajo su cetro, pero cuando la unidad quedó hecha, 589, hubo de ceder el puesto á una nueva dinastía.

Los Tang reinaron de 619 á 906; su más ilustre representante fué Tai-Tsang, 627-650, que extendió los límites del imperio hasta el mar Caspio y las soledades heladas del Norte, conquistó la Corea y amenazó la India. De 907 á 960 se sucedieron cinco dinastías en medio de trastornos en que se mezclaron los Khitan de la Tierra de las hierbas; después quedó restablecida la regularidad de las sucesiones por los Sung, 960-1280, restringidas, desde 1127, á las provincias meridionales de China.

Djenghis-khan entró en China en 1211, sin pasar del sud del valle del Hoang-ho; Ogotai sometió el país hasta el Yangtse; Kublai, Gran khan desde 1260, completó la conquista y en 1285 pudo decirse rey del Tonkin. Los Mongoles fueron expulsados en 1368, y los Ming los reemplazaron, 1368-1644.

ASIA CENTRAL. Temud-chin, nacido en 1162, elegido Jefe supremo ó Djenghis-khan, en 1206, murió en 1277, después de haber sometido la mitad del Asia á su ley. De sus hijos, Ogotai tomó el Oriente con la supremacía nominal; Batu, el Occidente, y Djaggatai, las extensiones intermedias. En 1291, la segunda mujer de Ogotai, Turakina, hizo elegir su hijo Kuyuk (Gaiuk) Grand khan, y conservó la regencia hasta 1246. Kuyuk murió en 1251, y Mangu, nieto de Djenghis-khan por Tuli, fué elegido; envió uno de sus hermanos, Hulayu, á la conquista de la Mesopotamia, y el otro, Kublai (1214-1294), á la de la China meridional.

Tamerlán ó Timur-lenk, hijo de un principillo de la Bactriana y biznieto de Kublai por una de sus hijas, nació en 1336 manco y cojo. Por la fuerza de su espada era ya khan del Djaggatai en 1369, y treinta y cinco años de guerras continuas le hicieron dueño de un imperio que se extendía del Mediterráneo á la Mongolia y desde Rusia al Hindostán. Murió en 1405, cuando se disponía á invadir la China; sus Estados fueron divididos en numerosos fragmentos.

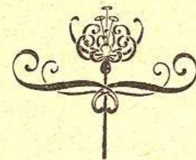
RUSIA. Entre los príncipes anteriores al siglo XVI, los de Moscou se hicieron notar por su tenacidad y por el arte con que imitaron la práctica del poder absoluto de que usaban los khan de Sarai. Citemos Juan Kalita (1328-1340) y Simón el Orgulloso (1341-1353). Dimitri-Donskoi fué el primero que osó desafiar los Tártaros y les infligió una derrota, que fué bien pronto vengada. Ivan III reinó de 1462 á 1505.

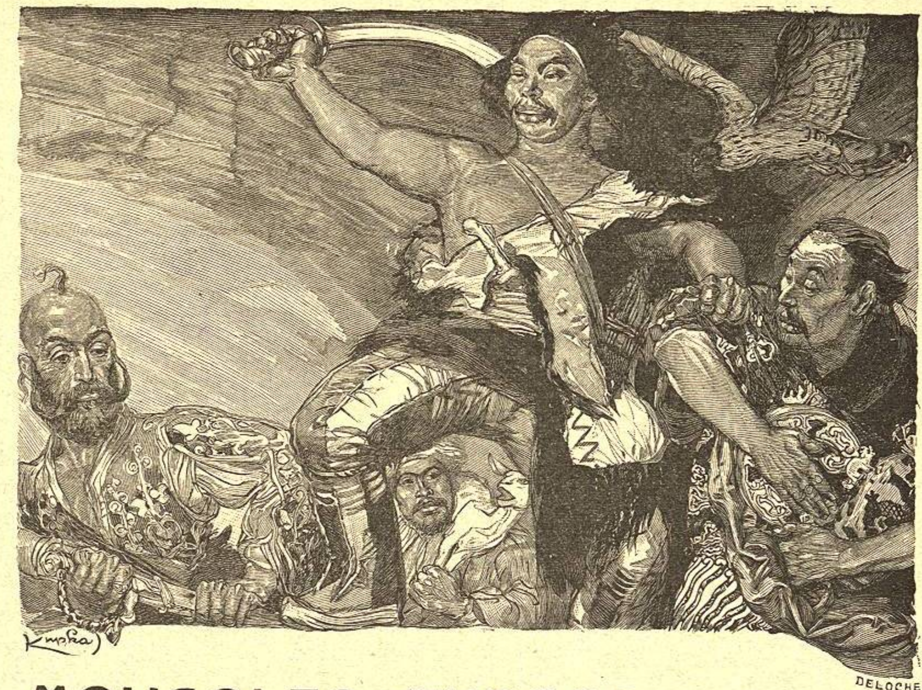
TURQUÍA. La horda turca derrocó los Seldjoucidas en 1292; Osman tomó el título de sultán y reinó de 1299 á 1326; después vinieron Orkhan (1326-1360), y Amurat (Murad I), (1360-1389); luego, en rápida sucesión, Bayaceto I, Soliman, Musa, Mahoma I y Amurat II. Este fué sultán desde 1421 á 1451. Mahoma II (1451-1481), y Bayaceto II (1481-1512), conducen á una época de que trataremos en un capítulo posterior.

Los viajeros COSMAS INDICOPLEUSTES y MASSUDI nacieron en Egipto: el primero en el siglo VI y el segundo en el X.

GUIL. DE RUBRUK, nacido en 1220, murió en el Monte Athos en 1293.

Dos hermanos POLI, Nicolo y Maffeo, comerciaban entre Venecia y Bizancio. Hacia 1260, sus negocios les condujeron á Sarai, después á Karakorum y por último á Khanbalik. Habiendo sido bien recibidos por Kublai, volvieron á Venecia en 1269, y en 1271 emprendieron nuevo viaje á Khanbalik, llevando consigo al hijo de Nicolo, MARCO POLO, á la sazón de dieciséis años de edad. Emplearon cuatro años en atravesar el Asia y permanecieron cerca de veinte años al servicio del khan. Volvieron por mar, llevando al rey de Persia una princesa china, su prometida, y volvieron á Venecia en 1296. Marco murió en 1317.





MONGOLES, TURCOS, TÁRTAROS Y CHINOS

En cada país del Mediodía, detrás de cada muralla de montañas, el pueblo invasor se disgregaba rápidamente como mosca que cae en la corola de una flor carnívora.

CAPÍTULO IX

NUEVAS RELIGIONES EN EXTREMO ORIENTE. — MISIONES BÚDHICAS.
NESTORIANOS, JUDÍOS Y ARABES.
ERA DE LOS GRANDES TRABAJOS EN CHINA. — INVASIONES MONGOLAS.
CABALGATAS GUERRERAS. — KARAKORUM.
RUBRUK Y MARCO POLO. — DISGREGACIÓN DEL IMPERIO MONGOL.
RUSIA Y ORIENTE MEDITERRÁNEO. — TAMERLÁN Y SUS MEZQUITAS.
CETRERÍA. — COMERCIO. — OSMANLI. — TOMA DE CONSTANTINOPLA.

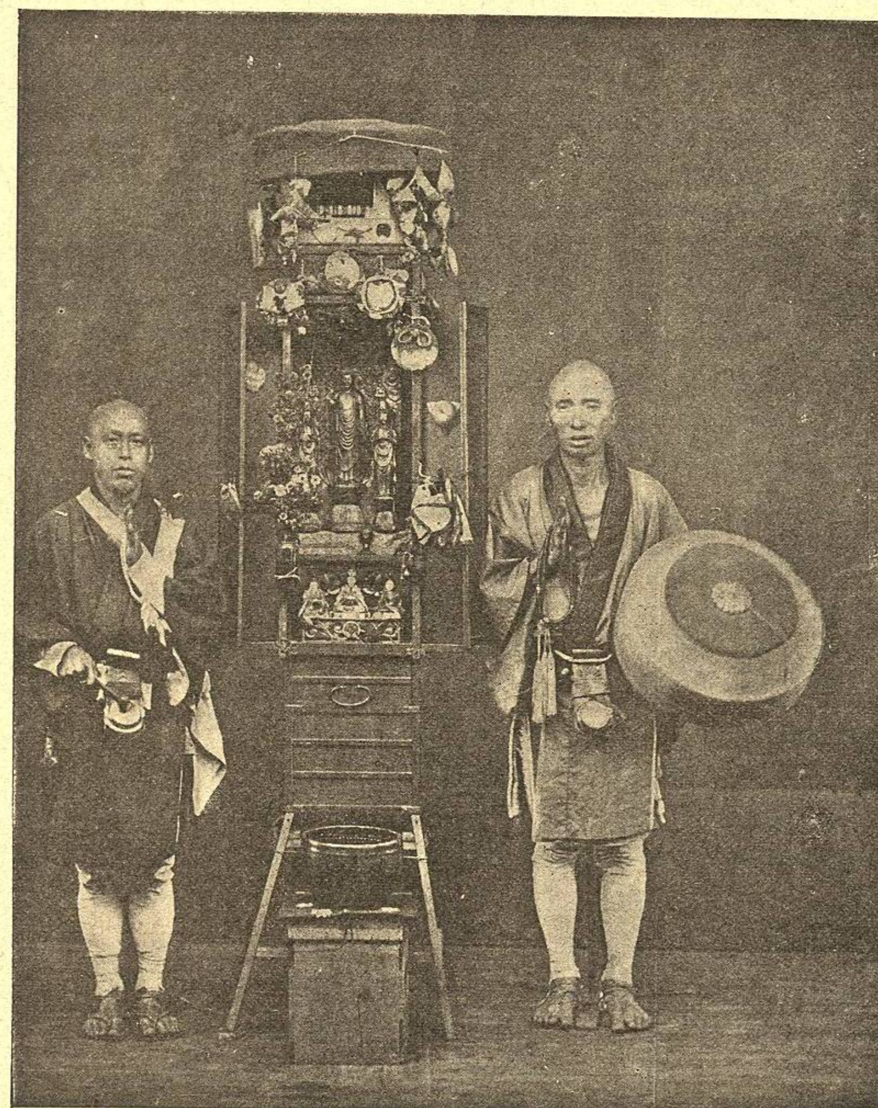
EL desarrollo histórico de la China, durante el período que tomó en Europa el nombre de «Edad Media», presenta una notable analogía con el de las comarcas occidentales. El Imperio Chino, como el Imperio Romano, se había fragmentado

en varios Estados, soldándose nuevamente después bajo un soberano único, pero las revoluciones interiores habían sido muy numerosas y la confianza de la nación en su prosperidad y su duración se había debilitado mucho. En este período de depresión moral penetró en China el culto de Budha, una religión muy aproximada moralmente al cristianismo, que se mezcló gradualmente, si no reemplazó, á los ritos practicados por las religiones anteriores. Del mismo modo que la meseta de Irán, Judea, Babilonia, Egipto y Grecia suministraron á los Romanos y á los bárbaros entremezclados los elementos de la fe cristiana, así también la India envió á todo el Oriente, al otro lado de los montes, misioneros para predicar su nueva creencia á los desengañados sectarios de las religiones antiguas.

Siempre en las mismas condiciones de paralelismo histórico, el budhismo no logró conquistar parcialmente las poblaciones de la China hasta algunos siglos después de haber tenido su desarrollo inicial en su patria de origen, y cuando no se asemejaba ya á sus formas primitivas. La diferencia principal en la marcha victoriosa de las dos religiones se explica por las dificultades que opone el medio geográfico al vaivén de los hombres: la palabra de Jesús tardó cinco ó seis siglos en recorrer las comarcas mediterráneas y en llegar á las orillas del Océano; la de Budha empleó diez ó doce en pasar de la península hindu hasta el imperio del Medio y el archipiélago del Japón.

El cristianismo perseguido no triunfó hasta después de haber llegado á ser la religión de los perseguidores; el budhismo, que inició sus primeras luchas contra los sacerdotes y se había rebelado contra las ceremonias rutinarias para acatar la verdad pura, no triunfó en las costumbres del pueblo chino hasta después de haberse transformado él mismo en ceremonial eclesiástico meticuloso. Con frecuencia las victorias consisten en cambiar los nombres conservando las cosas; las revoluciones no son más que aparentes; pero en China no desaparecieron por completo las antiguas denominaciones. La religión de Confucio, el *ju-kiao* y el *tao-kiao* ó supuesta doctrina de Laotse, se conservaron á pesar de todo; el *fo-kiao*, culto de Budha, tuvo que celebrar tratados de paz, que cambiar prendas con las creencias antiguamente dominantes; porque en China los labra-

dores aseguran una fuerza preponderante al elemento conservador: en ningún país comprenden las extensiones entregadas á la agricultura en un solo poseedor tan grande superficie relativa. Las diver-



CAPILLA BÚDHICA EN EL JAPÓN

sas supersticiones, magias, adivinaciones, ritos y morales se entremezclan, pues, en paz, con el grave inconveniente de aumentar en gran manera el número de los parásitos en ermitas y conventos.

La primera introducción del budhismo en los territorios depen-

dientes de China remonta á una época anterior á la nuestra lo menos dieciocho siglos. Diversos emperadores de la dinastía de los Han habían extendido los límites de su dominación hasta el Oxus, y durante un siglo, un vaivén particularmente accidentado, que precedió á un largo período de aislamiento relativo, unió la China á las vertientes occidentales de las altas montañas[1]. Un manuscrito descubierto por Dutreuil de Rhins, en 1892, en las ruinas de un templo búdhico, cerca del río Kara-kach, al sud de Khotan, y que es el más antiguo documento de la literatura hindu que se conoce hasta el día, suministra la prueba de la extensión del «gran vehículo» en la Kachgaria desde el principio de la era cristiana. En efecto, está escrito en caracteres *karochthi*, alfabeto de la India nor-occidental que servía para reproducir el sanscrito y que desapareció hace más de mil setecientos años. Sabemos además que unos misioneros aislados habían visitado la China en fechas más remotas: el itinerario que seguían esos peregrinos pasaba por la Bactriana y contorneaba al Norte los inmensos pliegues del Asia central, en el camino conocido con el nombre de Tian-chan-pe-lu; hasta mucho tiempo después no se evitó ese gran rodeo, atravesando las cordilleras principales y utilizando el Tian-chan-nan-lu, el camino de la Seda y el del Jade que directamente pasa del Kachmir al Tibet por el collado de Karakorum[2].

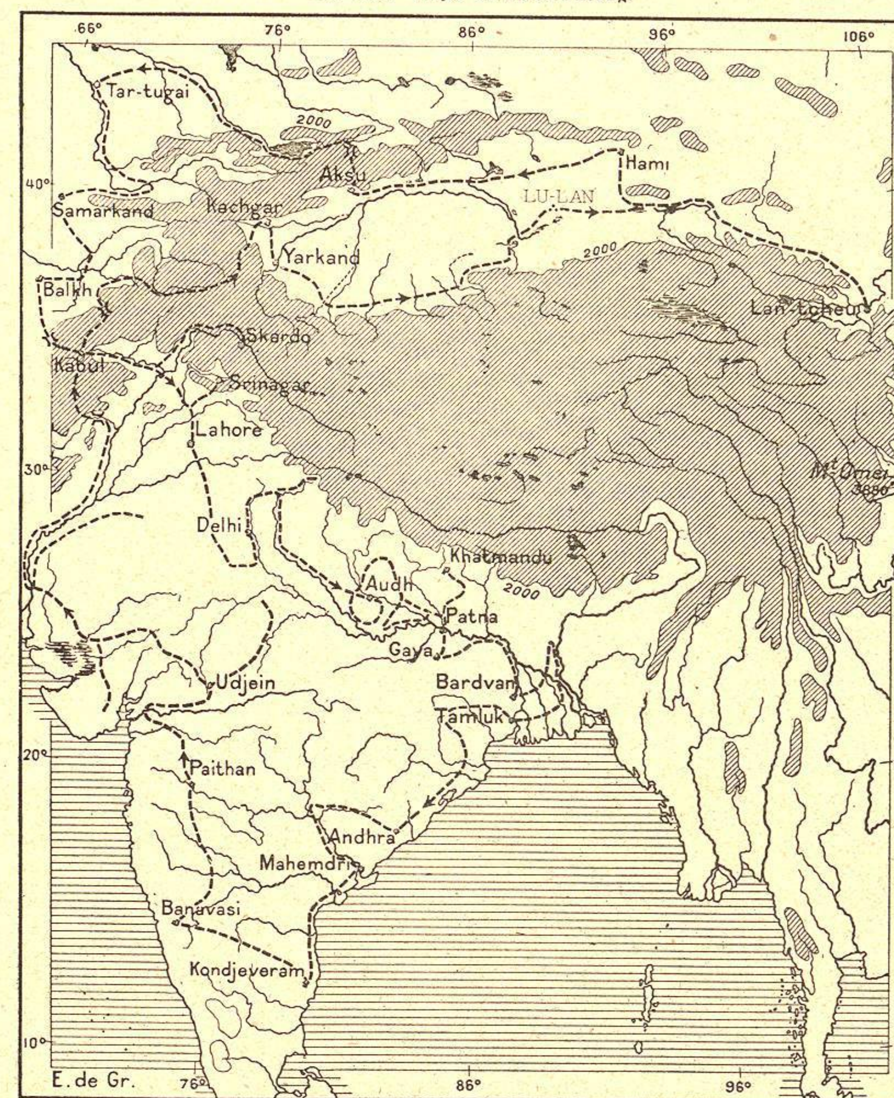
La gran era del budhismo triunfante comienza en China con el siglo VI: fué entonces cuando se introdujeron las prácticas nuevas al norte del Yangtse. En aquella época, el antiguo fervor de la moral de sacrificio y de ternura no se había disipado aún, y los apóstoles de la fe pasaban su existencia recorriendo el mundo para anunciar la buena nueva á todos los hombres. La afición á los viajes tenía gran participación en las grandes peregrinaciones á través del Asia, y la historia menciona especialmente, entre esos budhistas celosos y no menos entusiastas viajeros, los misioneros chinos Fa-hian y Hiuen-thsang[3], que se ausentaron cada uno durante largos años de su país natal (399-414 y 629-645) y trajeron á él, además de la

[1] Ferd. de Richthofen, *China, Ergebnisse eigener Reisen und darauf gegründeter Studien*, Erster Band, p. 511 y siguientes.

[2] Drouin, *Annales de l'Alliance Scientifique*, Enero 1898. — Véase la descripción de esos caminos, t. III, ps. 16 á 24.

[3] Stanislas Julien, *Histoire de la Vie de Hiouen-thsang et de ses Voyages*.

N.º 349. Viajes de Hiuen-Thsang.



1 : 30 000 000

0 500 1000 1500 Kil.

El trazado del itinerario dado en este mapa, excepto algunos detalles, está en conformidad con la reconstitución que del mismo hizo Vivien de Saint-Martin en su Memoria aneja á la obra de Stanislas Julien. Los nombres inscritos son los que tienen actualmente los lugares visitados por Hiuen-Thsang. La porción del trayecto más incierta es la que va de Aksu á Samarkand; las distancias en *li* y las direcciones indicadas por el viajero concuerdan mal con los caminos posibles.

relación circunstanciada de sus viajes hacia la patria de Çakya-Muni, muchos manuscritos originales que contenían el texto y los comentarios de su doctrina. Sus itinerarios, reconstituídos por los sabios

de Europa con gran incertidumbre en los detalles, atestiguan una religiosa perseverancia.

Las relaciones de comercio y de cultura se aumentaban entre pueblos limítrofes, por el efecto de esa activa propaganda budhista, que se hacía tan directamente por mar. Los historiadores de China hablan de barcos enviados á Ceylán para buscar allí reliquias, estatuas del Budha, los libros sagrados, y para dar en cambio las sederías, los esmaltes y las porcelanas de la comarca nuevamente conquistada para la fe. Pero ¡cuán alejadas la una de la otra estaban India y China, separadas por la ancha meseta del Tibet con sus montes de aristas paralelas y con las múltiples murallas del sistema himalayo! En cuanto las altas tierras tibetanas fueron visitadas por los misioneros budhistas y que el camino se halló así facilitado para las bandas guerreras, el imperio de China, que alcanzaba á la sazón su mayor extensión territorial, tuvo la ambición de acortar las distancias en beneficio propio por la conquista de las llanuras hindus que dominan los montes helados.

Durante el curso de la historia y espaciadas de cerca de doce siglos, 647-648 y 1792 de la era vulgar, se señalan sobre la vertiente meridional del Himalaya dos incursiones militares, de las cuales la primera avanzó muy lejos hacia el Ganga, que tomó «580» ciudades y llevó un rey prisionero; pero ha de reconocerse que los generales chinos habían reclutado la casi totalidad de su ejército en el Nepal. Semejante tentativa no podía tener buen éxito: las montañas, los valles intermedios, las mesetas estériles, el frío excesivo, la carencia de recursos y la longitud del trayecto, oponiendo dificultades prodigiosas á los ejércitos en marcha, impedían que esas incursiones pudiesen tener una duración gloriosa. Ya se han visto las dificultades sufridas por la expedición inglesa de 1904 hacia Lhassa, á pesar de haber sido equipada con un cuidado perfecto y guiada por todos los recursos que la ciencia moderna ponía á su disposición. El conjunto de las altas tierras no sintió, pues, la radiación del país más próximo, ó, á lo menos, no sufrió su influencia sino por las vías apartadas y penosas del Norte, y por la Kachgaria el Tibet fué, si no conquistado materialmente, al menos moralmente anexionado al mundo oriental por la introducción triunfante del budhismo desde el final del siglo VII.

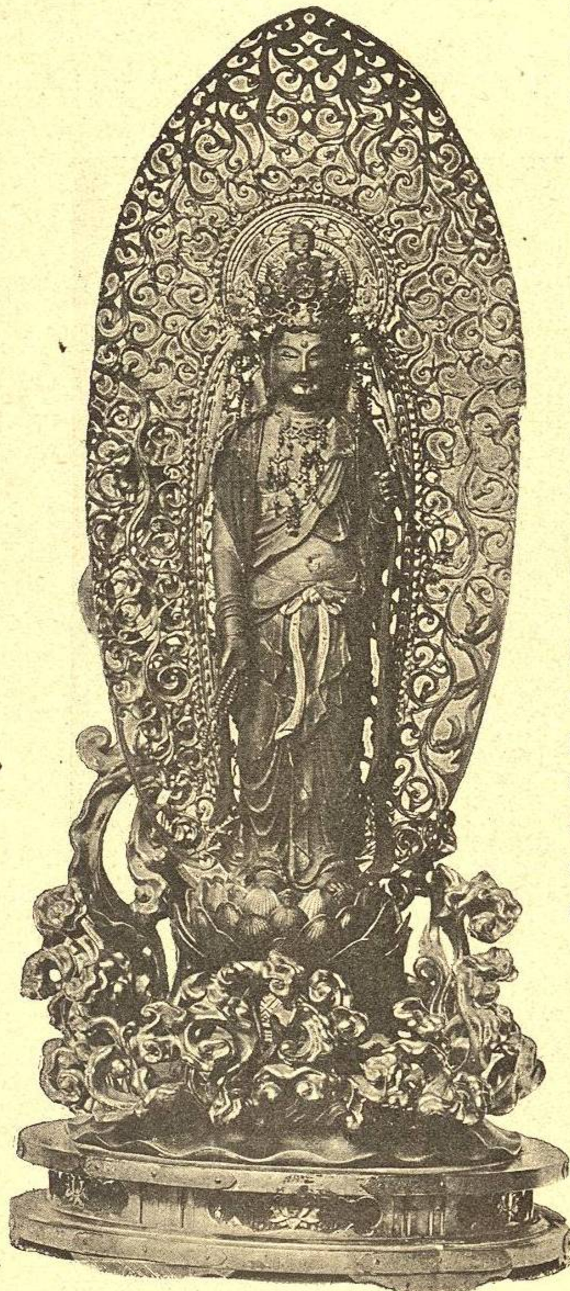
En ningún país del mundo «ha tomado la religión tan gran imperio sobre los hombres». Los sacerdotes, monjes y religiosas constituyen en muchos puntos la mayoría de la población, y donde los conventos-ciudadelas no han hecho el vacío en su rededor, los habitantes restantes llevaban una vida de tal modo regulada por los ritos religiosos, que se parecen á los funcionarios de los templos por las genuflexiones, las prácticas y las plegarias. Evidentemente, el budhismo tibetano ha tomado entre esos montañeses gran poder de conservadorismo feroz por la absorción íntima de los antiguos ele-



Fotografía de M. A. Ular.

SACERDOTE DE LHASSA

mentos chamanistas y de todas las supersticiones primitivas, y la famosa invocación *Om mani padme hum*[1], las seis sílabas que se repiten más frecuentemente bajo la redondez de los cielos, y que se interpretan por las palabras: «¡Oh joya en el loto, amén!» palabra de conjuro hacia el conjunto de los genios y de los dioses, no es ciertamente más que una fórmula de los antiguos cultos genesíacos; por ejemplo, el de Siva.



Museo Guimet. Cl. Giraudon.
DIVINIDAD BÚDHICA SOBRE LA FLOR DE LOTO
Siglo XII.

Según la leyenda, la montaña de Omei, existente en el Szetchuen occidental, en uno de los ángulos de la meseta central de Asia, de su plataforma suprema, de 3,380 metros de altura, envió los misioneros que convirtieron la China al budhismo. Pero los monasterios que se suceden de terraplén en terraplén sobre las pendientes de la montaña sagrada, unidos entre sí por escaleras que suben penosamente los peregrinos achacosos ó enfermos, pertenecen seguramente á la época de la dominación de los sacerdotes, no á la de la entusiasta propaganda. Esos monumentos grandiosos que albergan todas las divinida-

[1] Véase grabado de esta inscripción, t. III, p. 45.

des locales, indican á lo menos el foco más intenso de la fe búdhica en la China propiamente dicha, fuera del Tibet y de la Mongolia.

No lejos de allí, cerca de de Kia-ting, en la confluencia del Min-kiang y del Tong-ho, se ha esculpido, hace más de mil cien años, en una roca de 120 metros de elevación, un Budha sublime, sentado entre las dos corrientes, con la cabeza al nivel de la meseta próxima y los pies bañándose en las aguas. La imagen había sido primitivamente pintada, adornada con estucos y vidriados convenientemente distribuídos; vense todavía algunas huellas de aquella antigua decoración, especialmente sobre el rostro que colora el sol poniente, pero la mayor parte del cuerpo está vestido con follaje: bejucos, helechos y arbustos han introducido sus raíces entre los intersticios de la piedra roja, mostrándose á trechos bajo la ropa de verdura[1].



Museo Guimet.
DIOSA DE LA CARIDAD, LA DE VEINTICUATRO BRAZOS
(INDO-CHINA)

La extensión del budhismo se produjo en el Japón en la época misma de su mayor prosperidad en China, en el siglo VI, y allí también se mezcló con las diversas formas de las religiones locales y sobre todo con el culto de los antepasados. La civilización china

[1] Marcel Monnier, *Le Tour d'Asie, l'Empire du Milieu*, ps. 293, 294.

y la fe que aportaban los misioneros se confundían entre los indígenas en una misma evolución; la superioridad notable de los Chinos que introdujeron la escritura, las industrias, las artes y sobre todo la imprenta, les daba un gran ascendiente sobre los Japoneses, y éstos cambiaron poca cosa en las efigies tradicionales de Chaca ó Çakya, lo mismo que en las diversas imágenes de su encarnación búdhica más popular: Kannon, la Konanyn de los Chinos, «la Diosa de la misericordia, la de las mil manos bienhechoras», que se ha encontrado también en la península transgangética bajo análogas denominaciones.

En la Indo-China, donde la conversión se había hecho por contacto personal, á la vez por tierra y por mar y sobre mil puntos de la frontera común, la religión de Budha pudo arraigarse muy fuertemente y, por mediación de los Malayos, los grandes traficantes de Insulinda, sucedió al brahmanismo como el culto por excelencia de los civilizadores hindus. Se sabe que el poderío de los Khmer, antepasados de los Cambodgianos actuales, sufrió más que todos los demás pueblos de la península transgangética esa influencia de la India, y las admirables ruinas de Angkor Wat atestiguan por sus mil esculturas el arraigo que la «Gran Doctrina» aportada por el Budha tuvo en las imaginaciones, mezclándose primeramente con la vegetación lujuriante de los cultos de la trimurti. La primera inscripción búdhica de ese templo khmer supónese que data del año 667.

Durante los siglos correspondientes á la Edad Media europea, la nación más poderosa de la Indo-China parece haber sido la de los Tchames (Tsiam), emparentada con los Khmer, y, como ellos, fuertemente impregnada de la influencia hindu. El país de los Tchames ó reino de Tchampa, que todavía en el siglo XIII llama Marco Polo «la gran comarca de Cyamba», el Tchen-ching de los Chinos, de que los Europeos han hecho Cochinchina, se extendía, en el siglo IV de la era vulgar, desde el Tonkin al Cambodja; pero pronto tuvo que habérselas con los conquistadores del Norte, y durante mil cien años, hasta el siglo XV, luchó palmo á palmo con los invasores chinos; rechazados poco á poco del Tonkin al Annam actual y después á las provincias del Sud, los Tchames resistieron con una singular perseverancia, y quizá hubieran permanecido en los países meridionales si el centro de ataque, muy lejano cuando se hallaba en la China propiamente dicha, no se hubiera transferido al reino de Annam, separado políticamente de la China, aunque adquirido por completo á su genio y á sus costumbres [1]. Desde el siglo XVI, esos Tchames han ido reduciéndose gradualmente al mismo tiempo que transformándose por los cruzamientos; apenas se cuenta actualmente más que un centenar de mil, sin contar los mestizos, dispersados en pequeños grupos sobre un territorio casi tan extenso como Francia.

Se observan también otros vestigios de la penetración hindu en la península malaya. Los indígenas ribereños del lago Singora pretenden proceder de inmigrantes venidos de la India. Sus jefes dicen haber sido instituídos por los mismos dioses y no quieren inclinarse ante nadie. Poseen todavía libros sagrados, pero nadie los comprende [2].

Unas inscripciones sanscritas, encontradas en la Indo-China, mencionan la existencia de relaciones también entre la gran península asiática y la isla de Java. Hasta un rey célebre, conocido generalmente bajo el nombre de Yayavarman el Grande, que reinó al principio del siglo IX, había venido de la gran isla á visitar el país (E. Aymonier). En aquella época los reyes de Cambodja, lo mismo que los de los archipiélagos Indonesios y de la India meridional, llevaban el nombre de Varman: tenían costumbres análogas y unos y otros adoraban á Siva, frecuentemente designada por la misma denominación que los reyes. Las invasiones de Malayos y de Javaneses llegados por mar eran entonces frecuentes, y las inscripciones no disimulan cierto temor de esos «hombres muy negros y muy delgados que llegaban en barcos de una comarca lejana». Una banda de esos piratas se apoderó de una estatua famosa de Baghavati, que un rey mítico, Vicitra Sagara, había erigido «1.700,000 años antes»: á lo menos puede creerse que existía hacía ya varios siglos [3].

La isla de Java conserva todavía, entre otras huellas de la enseñanza de Çakya-Muni, los restos de un templo á la vez búdhico y sivaíta que se elevó, hace más de mil años, á Beroe-Bœdhœr, cerca

[1] E. Aymonier, *The History of Tchampa.*
[2] Skeat, *Verhandlungen der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, 1900, p. 436.
[3] E. Aymonier, *The History of Tchampa*, ps. 11, 14.

de Magelang, en el centro mismo de la isla. En las tierras que se suceden al este de Java, las huellas de las doctrina aportada de la India persiste todavía bajo formas reconocidas por los observadores.

Después de la irrupción de los bárbaros, doce ó catorce siglos antes de la época presente, las regiones del alto Yenissei estaban sometidas á la dominación de un pueblo turco, los Tou-Kioué (Tukiu) de las crónicas chinas, que había recogido la herencia de los antiguos Tchoudes y recibido de ellos la escritura rúnica. Los Tou-Kioué alcanzaron sin duda un alto grado de poderío, toda vez que sostenían relaciones directas por el comercio y la diplomacia con la China y el imperio Bizantino, pero á mediados del siglo VIII hubieron de ceder ante el ascendiente de sus vecinos de Ouigour (Uigur), que desapareció también ante los Khitan. La escritura rúnica fué reemplazada por el alfabeto de origen sirio aportado por los Ouigour y transmitido por ellos á los Mandchues. Más de una vez se yuxtapusieron pacíficamente las civilizaciones: hay estelios que contienen inscripciones bilingües. Yadrintsev y Heikel señalan, cerca del lago Tsaidam, una de esas inscripciones redactadas en tres series de caracteres: chino, ouigour y rúnico [1]. La civilización se ha propagado de Europa á Asia á lo menos cuatro veces en el sentido de Oeste á Este, en oposición á una supuesta ley; cuatro escrituras procedentes de Occidente se han sucedido en Oriente durante el curso de las edades, la escritura cuneiforme, la rúnica, el sirio y el ruso.



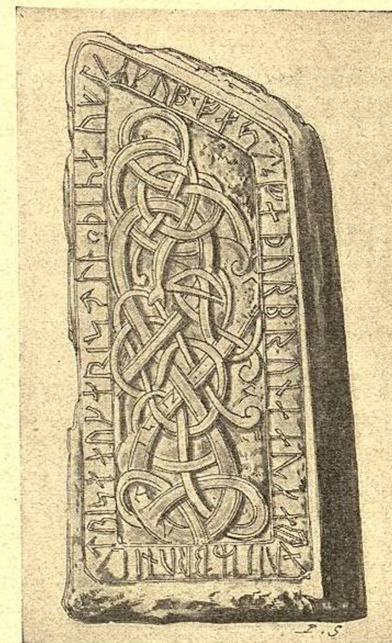
INSCRIPCIÓN OUIGURE DESCUBIERTA POR KLEMENTZ EN SIBERIA EN 1882

En la época en que las formas religiosas originadas en la civilización búdhica se generalizaban en todas las comarcas del Asia continental é insular, los cultos de origen semítico tenían también

[1] Deniker, *Tour du Monde.*

acceso en China. Según una piedra de las inmediaciones de Hsi-ngan [1], que data de 781 y contiene una inscripción bilingüe, siria y china, los Nestorianos, distinguidos entre todas las sectas derivadas del cristianismo por lo serio de sus estudios, la dignidad de su conducta y lo atrevido de sus empresas, habían penetrado en China desde 635, fundando numerosas comunidades en cada una de las provincias. Hasta el movimiento religioso á que dieron origen influyó de una manera profunda sobre los acontecimientos políticos.

Entre los reinos secundarios nacidos en el Asia central, se cita el de los Khitan — origen de la denominación más común de China en la Edad Media, que persiste todavía en Rusia, Cathay, Khitai — que fundaron su imperio fuera de la Gran Muralla, en Mongolia, y cuya dominación se extendió desde el Baikal al Aral. Uno de sus khan ó khorkhan, Yelintache, rey de los Kara-Khitan, que vivía en el siglo XII, adquirió gran renombre como legislador. Se cree que pertenecía á la secta de los Nestorianos, y fué el que adquirió en la leyenda cristiana tan gran importancia bajo el nombre de «Preste Juan» [2]. Los cruzados, que oyeron hablar de su poderío, se imaginaron que podían aliarse con él contra el Islam, el enemigo común; pero ignoraban en qué comarca precisa vivía y ni siquiera conocían el camino que habían de seguir para dirigirse á él. En el siglo XIII, cuando Luis IX envió hacia los Mongoles sus famosas embajadas, esperaba descubrir el preste Juan; pero el imperio de los Kara-Khitan había ya sucumbido hacía un siglo y de él no se conservaba más que un recuerdo incierto. Sin embargo, las



PIEDRA RÚNICA DE LAS INMEDIACIONES DE UPSALA
Altura: 2 metros.

[1] Escayrac de Lauture, *Mémoire sur la Chine.*
[2] Gustave Oppert, *Presbyter Johannes.*

leyendas no quieren morir, y aunque los misioneros no lograron encontrar al preste Juan entre los Nestorianos de Asia, fué entre los Abisinios de Africa, cristianos también, aunque á su manera, donde se quiso encontrar ese personaje mítico: la emigración del preste Juan quedó completamente fijada por la leyenda en la mitad del siglo XIV.

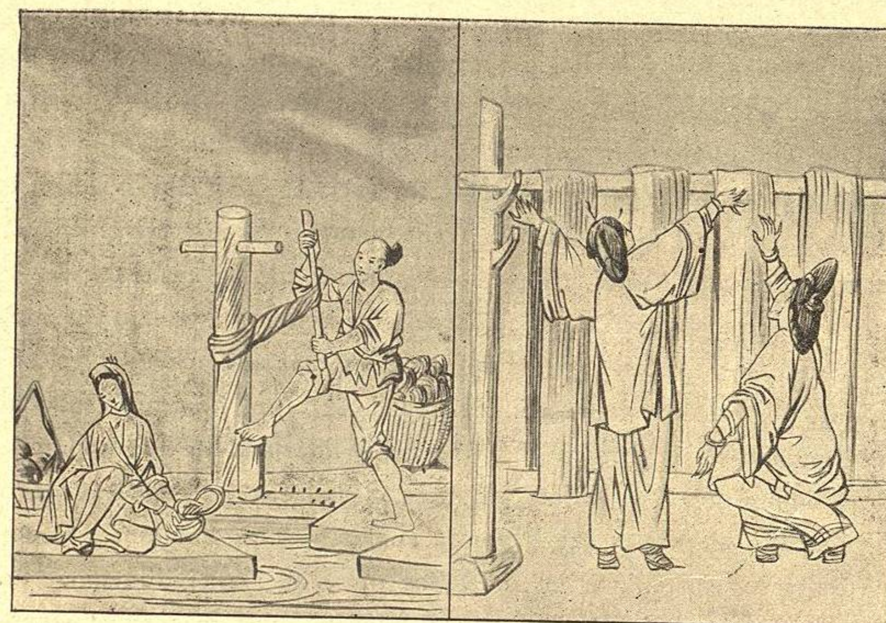
Los Judíos, como sus enemigos los cristianos, se contaban en el número de los que fueron á pedir asilo á la China, á la «vieja



TRABAJO DE LA SEDA, FILATURA DE LOS CAPULLOS

abuela», como la llaman los Coreanos. Según la tradición unánime, la época de su exodo fué aquella en que reinó la dinastía de los Han, correspondiente á los dos últimos siglos de la República Romana y á los dos primeros del Imperio: sería, pues, muy posible que la causa de su destierro, voluntario ó forzoso, hubiese sido la toma de Jerusalem y la pérdida definitiva de la independencia israelita. Durante toda la Edad Media, las comunidades judías se conservaron aisladas en diversas partes de la China; pero la falta de comunicaciones con los correligionarios del mundo occidental y la ignorancia creciente del pasado religioso é histórico acabaron por entregar la mayor parte de los grupos á la mentalidad ambiente del

mundo chino, excepto allá donde la llegada de los Musulmanes permitió á los Judíos abandonados unirse por la conversión á la religión más poderosa de los monoteístas del Islam: éstos, frecuentes visitantes de las ciudades del litoral chino, ó inmigrantes llegados por tierra al Yunnan ó al Kansu, constituían y constituyen todavía por su propaganda un elemento religioso de gran importancia en el conjunto de la población china [1]. El nombre chino de Hoi-hoi,



TRABAJO DE LA SEDA, TINTURA

que designa los antiguos Ouigour, hoy desaparecidos, prueba que son conocidos desde hace mil doscientos años en la China occidental.

Por esa parte, fueron principalmente los Turcos los introductores de la fe mahometana, mientras que por el Sudeste y el Este lo fueron los mercaderes árabes. Mucho antes de la hegira los marinos del Yemen y del Hadramaut navegaban hacia los mares orientales del Asia impulsados por los monzones: según el testimonio de Cosmas Indicopleustes, el comercio de la seda no fué jamás interrumpido por las vías marítimas, y los Arabes fueron siempre sus intermedia-

[1] Véase mapa en colores n.º VI.

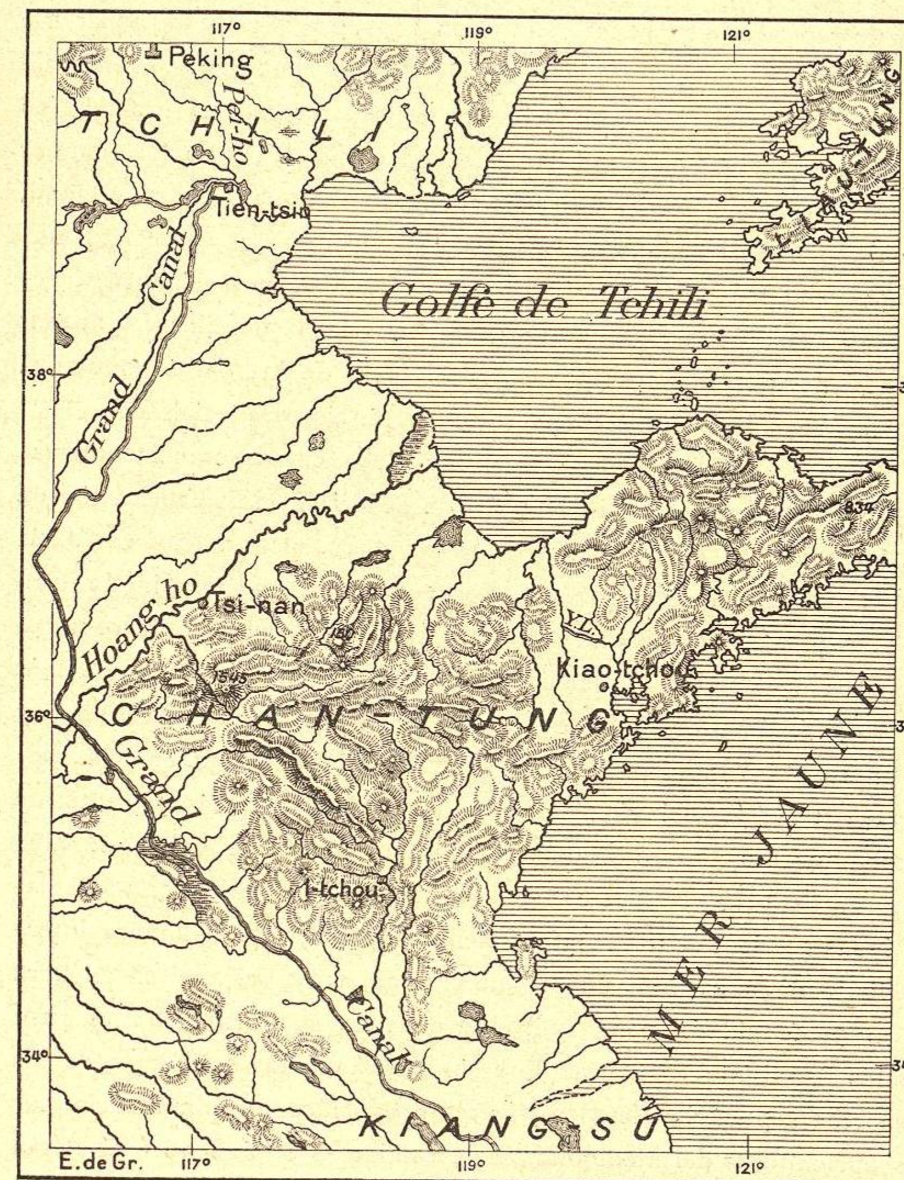
rios. Los primeros geógrafos árabes que describen la Tierra en la época en que se hizo la gran expansión de su raza hablan especialmente de cierto Suleiman, hábil navegante, que atravesó sucesivamente los «siete» mares para arribar á un puerto de la China meridional: los siete mares son fáciles de encontrar, gracias á las señales que marcan las islas y los estrechos; Ceylán y Sumatra son evidentemente las primeras etapas desde las cuales las aguas del mar interior, estrechadas por los numerosos archipiélagos de la Insulinda, se dividen en gran número de depresiones. Desde el final del siglo VIII, los anales mencionan la llegada regular de los mercaderes árabes al puerto de Gampon, que se cree haber desaparecido bajo la violencia repetida del reflujo; sin embargo, una ciudad amurallada, que lleva el mismo nombre bajo la forma de Kamp'u, se ve todavía sobre la orilla septentrional de la bahía de Tche-kiang ó Hang-tcheou: en esa misma región del litoral chino no ha cesado de permanecer desde aquella época el centro de atracción del comercio del Extremo Oriente. La visita de los Arabes seguida de la de los marinos occidentales, fué el punto de partida de relaciones constantes que unieron China al resto del mundo y prepararon la futura solidaridad de los hombres.

El imperio del Medio era entonces ciertamente el país del mundo que ocupaba el primer lugar por la cultura de sus habitantes y por sus progresos sostenidos en todas las obras de la civilización. La forma política y social de China respondía entonces más exactamente que en ninguna otra época al ideal de Confucio, el que presentan las familias reunidas alrededor de los padres, éstos agrupados en comunidades y las comunidades abrazándose en una colectividad de hombres conscientes de una moral recíproca. Esta vasta sociedad, á la que se sentían dichosos de pertenecer, se designaba por medio de un término general «la Tierra y el Agua», que atestigua un gran sentido de la armonía de las naciones con el suelo nutricio [1].

Los tiempos más prósperos de la China parecen haber sido los que transcurrieron de los siglos VII al X. Durante una gran parte de este período, que corresponde á la dinastía de los Tang, todas las naciones del Asia oriental permanecieron agrupadas en un her-

[1] P. d'Enjoy, *Revue Scientifique*, 8 Septiembre 1900, p. 305.

N.° 350. Gran Canal de China.



1 : 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

Y. L. indica el trazado del Yuen-liang-ho que se menciona en la página 197.

moso conjunto político alrededor de las ricas provincias de la Flor del Medio que riegan los dos grandes ríos Hoang y Yangtse. Las ciencias y las artes se desarrollaron y, en medio de ese desarrollo,

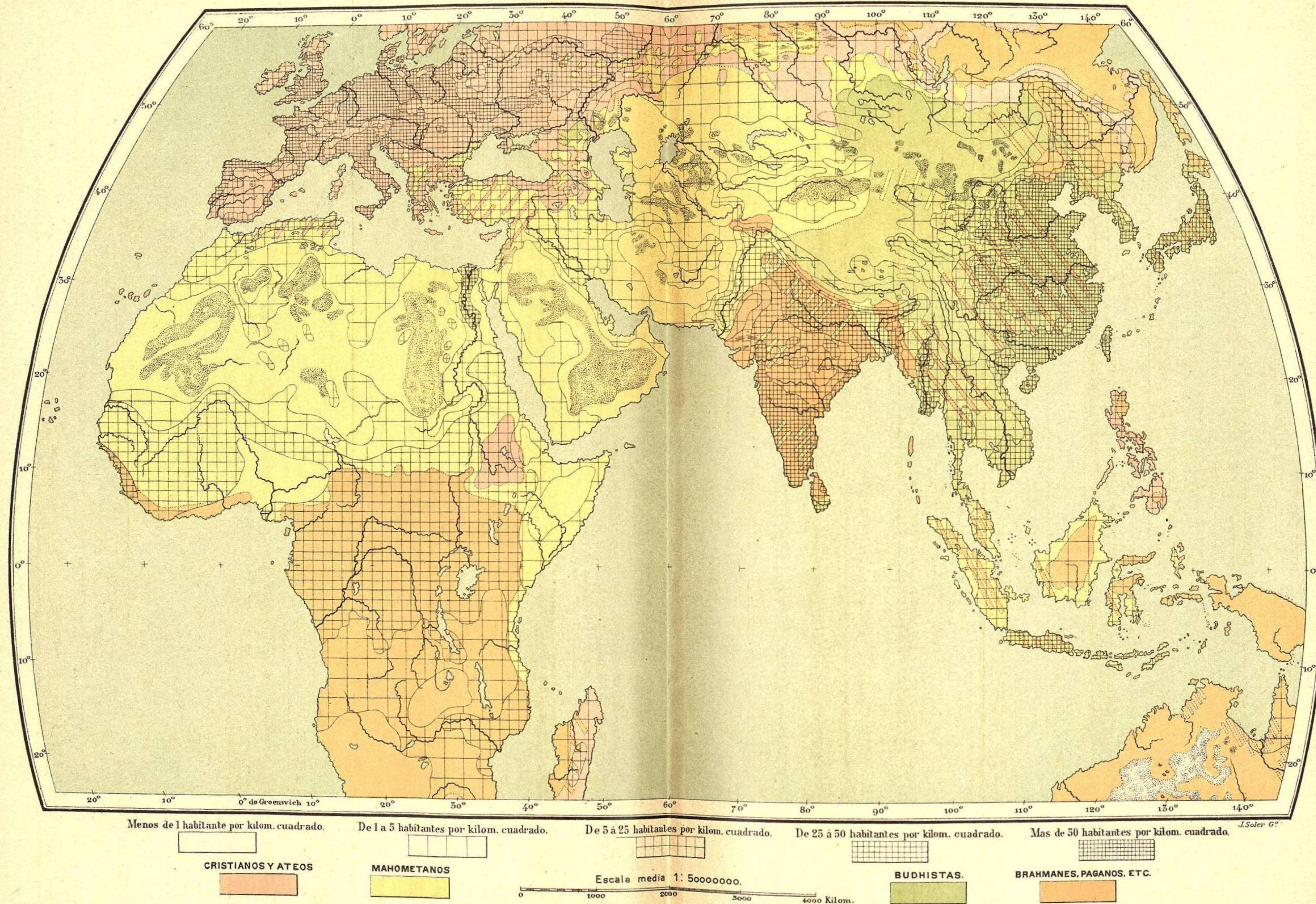
brilló el arte por excelencia, la imprenta, que da al hombre el medio de reproducir su pensamiento con toda precisión y de esparcirle por miles de ejemplares. En el año 593, el emperador Wenti dió orden de reproducir cierto número de clásicos por el grabado en madera, «arte conocido ya hacía mucho tiempo»[1], y en los tiempos que siguieron se aplicó ese procedimiento de una manera general, lo mismo que el grabado en piedra y en cobre y los caracteres móviles; pero los miles de signos de que tenían necesidad para reproducir las obras de literatura, de historia y de filosofía apenas permitían emplear esos tipos móviles, fuera de las obras populares, en las que sólo se utiliza una corta proporción de palabras.

Durante aquella gran época, los artistas chinos eran incontestablemente los primeros en el tejido de sederías, en la fabricación de las lacas, de las porcelanas y de los bronces. Los ingenieros de la China se entregaban también á ciertos trabajos que en ningún otro país se pensaba emprender. En el siglo VII se concibió la obra gigantesca de reunir, por medio de una ancha vía navegable de más de 1,000 kilómetros de longitud, los tres grandes ríos del centro y del norte, el Yangtse, el Hoang-ho y el Pei-ho. A pesar de la peligrosa travesía del río Amarillo, que cambia frecuentemente de lecho, que tan pronto inunda los campos como los colma de aluviones, se tuvo la audacia de utilizar todos los lagos, todas las antiguas corrientes, todas las corrientes parciales de la llanura intermedia y de unirles en un camino líquido, muy desigual en anchura y en profundidad, pero suficiente en todo su curso para el paso de los barcos de transporte que suministran á los habitantes de las comarcas septentrionales los víveres producidos en abundancia por los agricultores del Mediodía. Este camino es el Yun-ho ó el «Gran Canal», que no se ha cesado de utilizar por completo desde que la navegación ha facilitado las vías del mar exterior tan poco costosas, y que ha servido durante un millar de años, siendo una maravilla de genio práctico, laboriosamente conservado por mil medios ingeniosos.

El establecimiento del canal de navegación marítima que tuvo efecto por la unión de los ríos de un extremo á otro en la parte

[1] Stanislas Julien, *Documents sur l'Art d'Imprimer*.

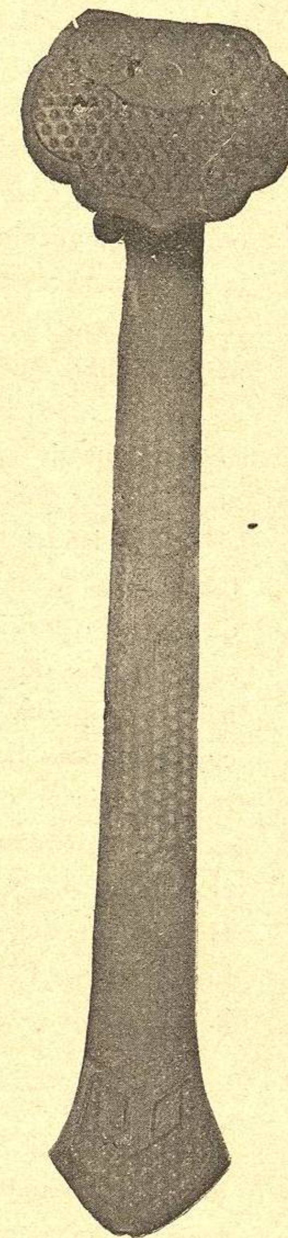
PRINCIPALES RELIGIONES DEL MUNDO ANTIGUO.



occidental de la península de Chan-tung, entre la bahía de Kiao-tchou y el golfo de Petchili, fué también una hermosa obra de iniciativa en la utilización de los recursos naturales de un país. Ese canal, que data de 960, no permitía el paso de los juncos durante todo el año; desprovisto de esclusas y sin más diques que unos muros de protección para los campos ribereños, quedaba sin agua en los tiempos de sequías; los juncos penetraban en él viniendo del Sud durante el monzón meridional, y volvían del Norte con el monzón contrario, sin haber de doblar los peligrosos promontorios del Chan-tung oriental. El canal, que no sirve actualmente más que para el desagüe de los campos, con frecuencia inundados por las grandes lluvias, era designado bajo el nombre técnico de Yuen-liang-ho, es decir, «Río para el transporte de los géneros venidos de lejos» (A. Gaedertz).

La construcción de puentes «edificados para la eternidad» es también una especialidad del albañil chino.

El Romano ha elevado arcos soberbios que cuentan cerca de 2,000 años; pero los del Chino, ni menos bellos ni menos antiguos, sirven todavía para el tráfico de los pacíficos hijos de Han, sin que haya sido desprendida una piedra por el hombre ó por la corriente (Marcel Monnier). Por sus puentes magníficos, por sus trabajos de regularización, especialmente por el cercado del alto valle del Min, son notabilísimas las inmediaciones de Tcheng-tu, en el mismo corazón de China.



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

BASTÓN DE MANDO EN JADE

Los caminos que se construyeron en los siglos que corresponden á la Edad Media de Occidente, admiraron también á los primeros viajeros europeos admitidos en el interior de China, quienes, con excepción de algunos restos de las antiguas vías romanas, no tenían en sus

patrias respectivas ninguna vía de comunicación que pudieran comparar con las del Extremo Oriente. Hay caminos chinos, por ejemplo el que pasa por los montes de la China oriental entre el Wei-ho y el Min-kiang, los que unen el Hoang-ho y el Yangtse, el Yangtse y Cantón, que han sido tallados en la roca viva para subirla en zig-zags ó en escalones; otros que pasan por subterráneos ó por largos viaductos á través de escarpas ó de pantanos; por lo demás, como obra de un pueblo ecónomo de su terreno, no suelen tener más que la anchura necesaria para el vaivén de los peatones y portadores de palanquines. En los pasajes de tránsito se les ha dado suficiente amplitud para que puedan desfilar varias carretas de frente.

Entre todos los trabajos de los «puentes y calzadas», la obra más notable de la China, que, por otra parte, no ha sido igualada en ninguna parte, data igualmente de la dinastía de los Tang: es el dique-viaducto que, arraigándose en la fortaleza de Tsi-hai, situada en la desembocadura del Ning-po, bordea la orilla meridional de la bahía de Hang-tcheu, en una longitud de 144 kilómetros, y se compone de unos cuarenta mil intercolumnios; el camino de halar que presta servicio á un canal de navegación y de desagüe, cuyas enormes baldosas, encorvadas en la base, protegen las llanuras del interior contra la formidable marea de la bahía.

En el extremo occidental del estuario se elevaba la aglomeración industrial y comercial más activa de China, la metrópoli del Mediodía del imperio, antes de Nanking y Chang-hai, la famosa Quinsay de Marco Polo, hoy Han-tcheu, la «nobilísima ciudad sin tacha, la más noble y mejor del mundo».

Mientras se cumplían en la Flor del Medio las maravillas de la civilización del Mediodía, la presión de los nómadas ávidos y ladrones aumentaba en la frontera del Norte. Los ejércitos chinos luchaban incesantemente, con éxito vario, contra los Tártaros y los Mandchues del lado opuesto de la Muralla. A la postre el empuje se hizo irresistible, y los Mongoles, descendiendo de sus herbosas mesetas, penetraron en las campiñas bajas que riegan los grandes ríos. Por otra parte, si hubo agresión de los Mongoles contra el mundo chino, débese á que la influencia del gran imperio meridio-

nal se había hecho ya sentir hacía mucho tiempo al otro lado de la Gran muralla y hasta allí se había extendido su gloria. Lo mismo que los bárbaros de Germania fueron atraídos á las ricas ciudades del Imperio Romano por la fama de su opulencia, así también los Mongoles sintieron la codicia de los tesoros acumulados en las grandes colmenas humanas de la Flor del Medio. Así como los Godos, los Hérulos y los Vándalos, los Mongoles habían servido como mercenarios ó aliados en los ejércitos de los emperadores vecinos, y en ellos aprendieron en calidad de parásitos su oficio de conquistadores. El atavismo guerrero de las luchas antiguas solía despertarse en ellos.



Museo Guimet. Cl. Giraudon.

BASTÓN DE MANDO EN JADE

Según sus leyendas, los Mongoles no eran únicamente una nación de pastores nómadas. Muchas tribus unidas á ellos, aunque habitando en los altos valles de los montes, conocían también la industria, el comercio y las artes; como mineros y metalúrgicos tomaron parte en aquella iniciación de las naciones occidentales que se realizaba por ritos secretos, por mediación de los Cabires y otros pueblos dedicados á las divinidades del Fuego. Según una tradición que refiere Lenormant, los antiguos Mongoles habían vivido en un valle del Altai cerrado por todos lados por infranqueables montañas de hierro: para salir de ese paraíso donde habían pasado tiempos dichosos, pero que acabó por parecerles una cárcel, necesitaron abrirse un desfiladero en la muralla de metal por medio de un fuego violento que derritió la masa; Djenghis-khan, á quien el mito presta tantos orígenes fabulosos, pretendía descender del primer herrero que inició el incendio; otros le daban por antecesor el «lobo azul venido de más allá de las grandes aguas»[1].

[1] F. Lenormant, *Les premières Civilisations.*

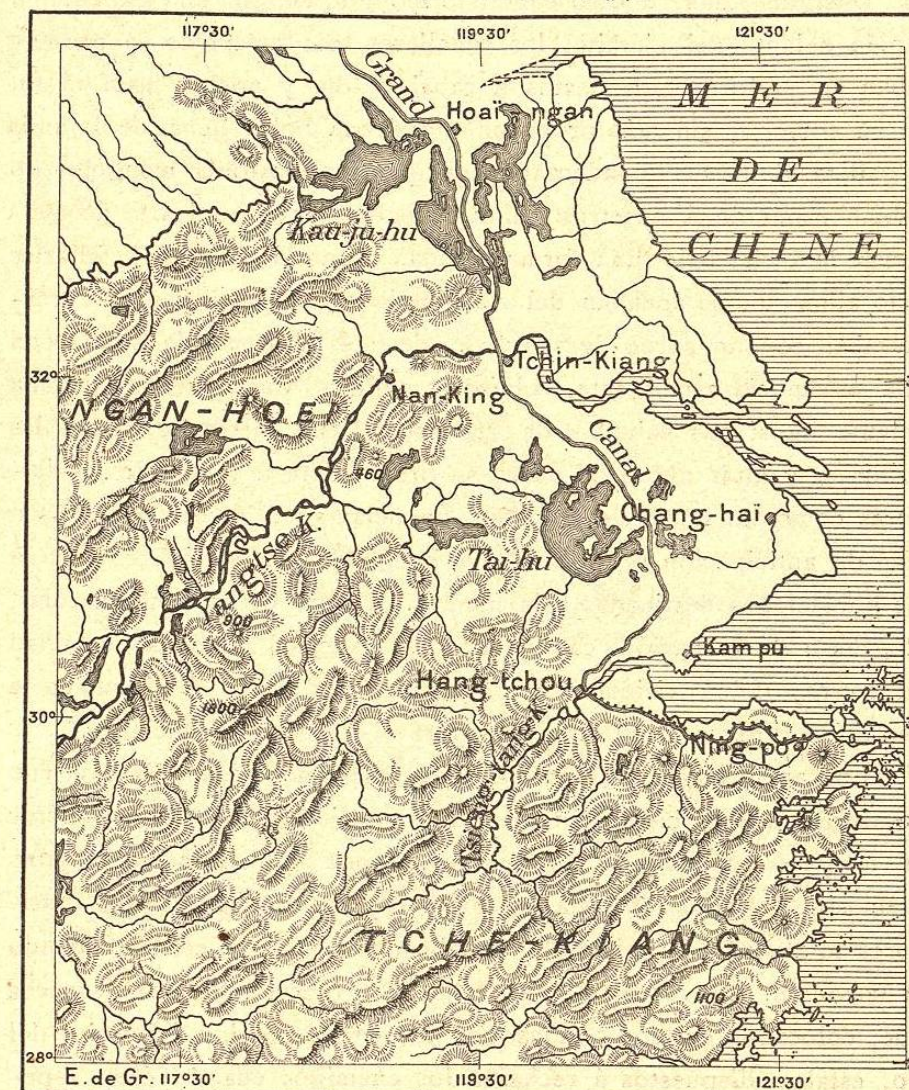
Del lado de China la invasión mongola tomó un carácter diferente del que tuvo hacia el Asia anterior y Europa. Fué menos bárbara, como si los asaltantes hubiesen conservado ante su vista la majestad del Imperio; los Germanos vacilaron más de una vez delante de Roma, hasta cuando estaba sin defensa. Además no ambicionaban los Mongoles imponer á los Chinos sus costumbres, su idioma y su civilización; sino, al contrario, alcanzar ó exceder á los «Hijos del Cielo» en la cultura confuciana, cuya absoluta superioridad reconocían; querían hacerse Chinos, y sus jefes, modelados según la etiqueta tradicional, se conformaron con todas las costumbres de la nación culta de que habían triunfado; únicamente habían aportado á ella más energía y originalidad. El famoso Kublaikhan, que reinó en China de 1260 á 1294, fué ciertamente uno de los emperadores que más se distinguieron por la iniciativa. Aunque éste no hubiera existido, habría un lugar preferente para los soberanos del Extremo Oriente, que, al acoger á los mercaderes venecianos de la familia de los Poli, establecieron las primeras relaciones directas de la China con la Europa occidental.

En cuanto á las marchas guerreras al oeste de su territorio natal, las hordas mongolas las practicaron de una manera horrible. Sus invasiones son, entre todos los acontecimientos referidos por la historia, las que más sangre han derramado y dejado tras de sí más vastas soledades. Por horribles, por monstruosas que hayan sido las luchas de las naciones en todos los países del mundo, antes y después del tiempo de las incursiones mongolas, no igualaron esa abominable matanza, esa devastación completa que recuerdan los nombres de Djenghis-khan y de Timur-lenk. Si «la paz no es más que un sueño hermoso», como ha dicho casi moribundo un estratégico moderno, como palabra testamentaria, forzoso será deducir que la realidad es la guerra, y en tal caso el apogeo de la humanidad estaría representado por el período de los exterminios mongoles.

Las condiciones del medio que permitieron á los Mongoles hacerse la nación conquistadora por excelencia no volverán á encontrarse, porque después de aquella época ha cambiado algo la superficie de la Tierra, y en mayor proporción, las poblaciones mismas. No hay duda que una extensa llanura fácil de recorrer

exceptuando el paso de anchos ríos, se desarrolla en nuestros días como entonces á través de una gran parte del Mundo Antiguo, desde la cadena ribereña del Pacífico hasta el Báltico y el mar del Norte;

N.° 351. Dique-Viaducto de Ning-po.



1 : 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

pero entonces los obstáculos puestos por los hombres en ese inmenso campo de carrera eran fáciles de rodear ó de reducir, y las poblaciones, muy separadas entre sí, carecían de número para agru-

parse en masas coherentes y resistir á ataques repentinos: se encontraban en condiciones análogas á la de aquellos aldeanos á quienes sorprenden las aguas de un río que se desborda ó á quienes amenaza el desprendimiento de las nieves desequilibradas.

Djenghis-khan, ú otro soberano mongol, lanzaba una expedición rápida delante del ejército, los caballeros más atrevidos se presentaban en multitud, dispuestos á cabalgar día y noche hasta el fin de su correría, sin más provisiones que una bolsa llena de koumis y galleta de leche condensada, porque los pastores mongoles no habían esperado á nuestros químicos para aprender el arte de conservar la leche bajo una forma sólida. Cuando llegaba á faltarles todo alimento, se apeaban del caballo, le abrían una vena, se restauraban con un sorbo de sangre y, después de cerrar la herida con una substancia astringente, volvían á montar. Cada guerrero llevaba delante de sí sus caballos de repuesto, hasta dieciocho, dicen las crónicas, y altas nubes de polvo se propagaban á través de las llanuras como un humo de incendio, anunciando, á veces con horas ó días de anticipación, el diluvio de hombres que se aproximaba á las poblaciones destinadas á la muerte. Detrás de esas vanguardias, el grueso de la nación, caminando á sus anchas, no tenía necesidad de convoy de provisiones; le bastaban sus rebaños ó al menos le permitían esperar la razia hecha sobre el ganado del enemigo.

Los anchos ríos no detenían á aquellos nómadas. En invierno pasaban sobre el hielo; en las otras estaciones construían cuadros de madera, que cubrían con cueros, donde colocaban los objetos preciosos, las armas y hasta las mujeres y los niños: aquellos bastidores se ataban á la cola de los caballos, y el convoy, contrarrestando la corriente, atravesaba el río, bajo la protección de los arqueros que, colocados en dos bandas por la parte superior é inferior del río, estaban dispuestos á rechazar los enemigos cuando éstos esperaban en la orilla opuesta; con frecuencia también elegían un pasaje en que, depositándoles la corriente sobre una punta de arena, podían formarse en orden de combate. Se refiere que los Mongoles capturaron muchas veces embarcaciones á nado, como lo hicieron después, durante la guerra de la Independencia sud-americana, los *Llaneros* de Venezuela, otros nómadas á quienes se vió un día atacar

y conquistar una flotilla española en pleno río Apur; verdad es que, según dice la leyenda, estaban acompañados de un escuadrón de héroes invisibles, *el escuadrón de las ánimas*.

La destreza de aquellos jinetes mongoles, que se movían con entera libertad en sus caballos como si con ellos formasen un solo cuerpo, les permitía atacar los enemigos siguiendo una táctica inusi-



De una fotografía de M. A. Ular.

PIRÁMIDES EN HONOR DE LAS DIVINIDADES MONGOLAS

Después de Lhassa, el convento más importante del Tibet.

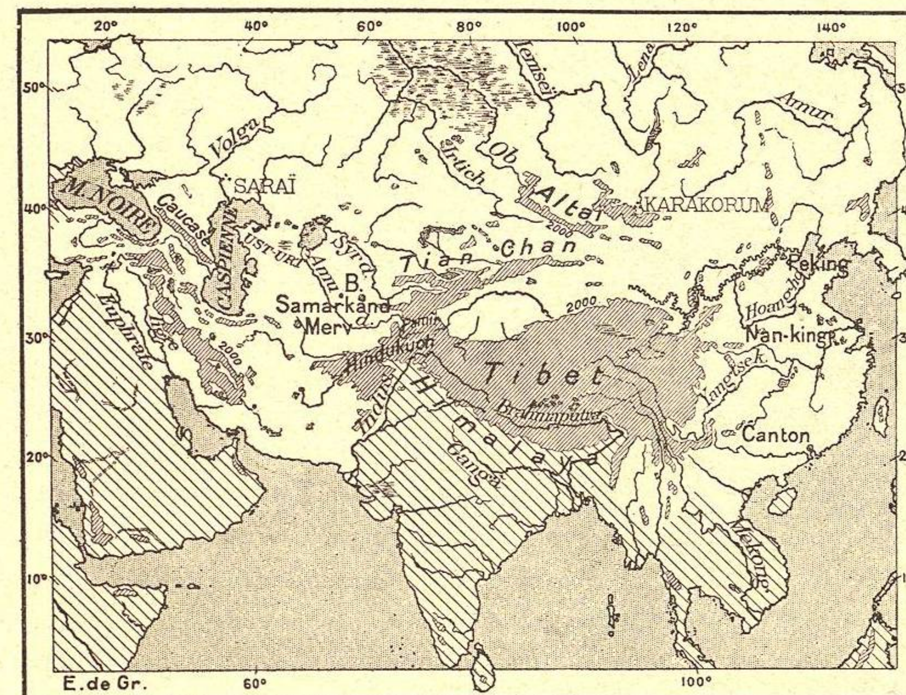
tada y temible para el adversario: si, llegando al trote de sus caballos, tropezaban con una masa de infantería sólidamente atrincherada, huían inmediatamente, al menos en apariencia, pero volviendo cara al enemigo y disparándoles sus flechas; si éste se aventuraba en su persecución, tomaban nuevamente la ofensiva, dirigían toda la masa de sus caballos sobre un punto débil de la multitud de sus

perseguidores y mataban á cuantos se aventuraban fuera del grueso del ejército. Rodeando sin cesar cerca del enemigo, acababan por fatigar su constancia y su atención por medio de fingidos ataques, hasta el momento que descubrían un punto favorable para forzar la entrada en el campo, y entonces continuaba el exterminio mientras quedaba un hombre en pie. En sus campañas inmolaban también todos los habitantes que encontraban á su paso. De esta manera no habían de temer que se les inquietase sobre su línea de retirada; aparte de que cuando querían volver á la estepa natal, procuraban atravesar otras comarcas donde hubieran todavía ciudades que saquear y rebaños de que apoderarse; á causa de su cohesión, los Mongoles podían presentarse en todos los países conquistables con la gran ventaja que da la fuerza del número. Sin duda su raza era numéricamente muy inferior á los pueblos cuyos territorios atravesaban, pero los residentes, impotentes para reunirse en fuerzas tan considerables, no solían resistir sino bajo la protección de sus murallas. Durante mucho tiempo pareció que el destino condujo á los Mongoles, que fascinaban á sus adversarios, quienes se dejaban asesinar.

Otra causa de las victorias mongolas provenía de la real superioridad de iniciativa que la práctica constante de la libertad había dado á aquellos nómadas: no eran soldados mercenarios ó reclutas reunidos en rebaños, como los siervos de Europa retirados del arado y de sus industrias, sino que iban libremente á la guerra y obedecían á jefes escogidos por ellos en las grandes asambleas de la estepa. El ejército se constituía por elección: los combatientes elegían sus decenarios, quienes á su vez nombraban sus centenarios, y así, por elecciones sucesivas, se nombraban los jefes de mil, de miriadas; por último, de elección en elección se remontaba hasta el Gran khan, al Señor de los señores, cuyo poder debía ser confirmado en vastas asambleas, en el *kouroultai*, donde toda la nación, á caballo y en armas, poseía voz deliberativa y decisiva. Evidentemente el ejercicio del poder absoluto modificó bien pronto ese estado de cosas, pero en principio, el Gran khan quedaba el elegido, como lo atestigua el *yassak* ó recopilación de costumbres formadas por Djenghis-khan. Ese código del imperio declaraba en

términos formales que el pueblo reunido tenía el derecho y el deber de destituir soberanos injustos. En los primeros tiempos de la dominación mongola, esas garantías constitucionales no eras vanas palabras. Aquellos señores, ante cuyo poder temblaba el mundo,

N.º 352. Imperio de los Hijos de Djenghis-khan.



1 : 75 000 000

0 1000 2000 4000 Kil.

El rayado estrecho cubre los montes de más de 2,000 metros; el rayado ancho, el territorio que no invadieron los Mongoles. Es poco probable que el alto Norte notara la dominación del hijo de Djenghis-khan.

respetaban á sus súbditos y velaban por que se les hiciese justicia. Hasta los súbditos pertenecientes á una raza anteriormente enemiga eran tratados equitativamente por ellos. Se cita el ejemplo del emperador Ogotai, hijo de Djenghis-khan, que castigó con la muerte á un denunciador mongol por haber penetrado indebidamente en la tienda de un musulmán.

Los Mongoles, partidos de sus estepas al principio del siglo XIII, recogieron de camino aliados de toda procedencia, y quizá hasta su

mismo gran jefe Temudjin, que fué elegido en 1206 como «Señor de los señores», el formidable Djenghis-khan, era de raza turca; pero todos los Mongoles no formaban con él más que un cuerpo y un alma. Su primer choque fué irresistible: saliendo de sus estepas natales por la amplia puerta de Dsungaria, abierta entre Altai y Tian-chan, veían extenderse ante sí todo el vasto espacio, sin más obstáculos que los ríos, prolongándose al Oeste hasta el Ural, al Sud hasta las cordilleras limítrofes del Norte desde la Irania al Hindu-kuch. Comenzaron por devastar todas esas llanuras, cuyas ciudades arrasaron, reemplazándolas por pirámides de cabezas, y, aumentando sus fuerzas con las poblaciones que quedaban, continuaron su camino hacia el Asia meridional y Europa. Por ese lado el camino es fácil, gracias á la ancha «Puerta de los pueblos», abierta por la Naturaleza entre las cadenas divergentes del Ural y las montañas del Mogudchar, al norte del mar Caspio.

Desde el año 1224, Djenghis-khan avanzaba hasta las orillas del mar de Azov, y, derrotando todos los ejércitos que querían cerrarle el paso, subyugó la Rusia meridional. Después, en 1237, Batu-khan penetraba en la cuenca del Volga á la cabeza de 300,000 jinetes y, en menos de tres campañas, anonadó toda resistencia. A continuación atacó Hungría y Alemania sin ser detenido por un desastre, como Atila. La última batalla (1241) librada por los Mongoles, cerca de Liegnitz, en Silesia, fué una victoria sobre la caballería de la Europa oriental; sin embargo, ese triunfo, penosamente adquirido, detuvo la marcha directa de las hordas turanias hacia el Occidente: se desviaron hacia el Sud, luego, tras haber chocado, sin tomarla, con la ciudadela de Olmutz, destruyeron Buda (Ofen), la cual no tenía enfrente todavía á Pest, avanzaron hasta las inmediaciones de Viena, y, al otro lado de los Alpes, alcanzaron los campos adriáticos de la Dalmacia.

Si las devastaciones no continuaron por más tiempo, debióse á que los ejércitos de invasión fueron llamados á Mongolia para asistir al gran kouroultai causado por la muerte de Ogotai, el hijo de Djenghis. Kuyuk, todavía joven, fué elegido, con su madre como regente, pero siguiendo procedimientos electorales que atestiguan la evolución rápida verificada entre la democracia primitiva y la dinas-

tía absoluta. El voto fué unánime, acompañado de la declaración siguiente: «¡Hasta que no exista de tu raza más que un trozo de carne ó un poco de hierba frotada con tu grasa, no daremos á otra persona la dignidad de Khan!» El sello de Kuyuk tenía estas palabras, frecuentemente copiadas después: «Dios en el cielo y Kuyuk en la tierra». (D'Ohsson.)

A la mitad del siglo XIII, cuando el imperio mongol alcanzaba su mayor extensión, el país que habían hollado los cascos de los caballos tártaros comprendía un espacio desmesurado para sus propios dueños, que los conocimientos actuales permiten evaluar en veintiocho millones de kilómetros cuadrados, que es cerca de la mitad más que lo que posee en nuestros días el imperio británico con sus numerosas dependencias en todos los continentes y en todos los mares, ó la Rusia con sus anejos siberiano ó turquestánico. A la Mongolia y á las llanuras interminables del norte siberiano se habían añadido, al Este la China y una parte de la península indo-china; al Oeste, el Turkestán y la Eslavia, en tanto que al Sud, Hulagu se había apoderado de Bagdad en 1258, había dado en feudo los Turcos seldjoucidas de Asia Menor y conquistado la Irania hasta el Indo. Ya Djenghis-khan moribundo hablaba á sus sucesores de la inmensidad de su imperio, tan extenso que «para ir desde el centro á uno de sus extremos se necesitaba cabalgar lo menos un año». Sin embargo, al Oeste, las conquistas mongolas se detuvieron ante el mar, excepto en el golfo de Okhotzk, donde los jinetes esperaban el invierno para ir sobre el hielo á atacar á los pescadores goldes y mandchues. Las grandes expediciones navales de Kublai-khan no tuvieron éxito en sus tentativas contra el Japón y contra Java.



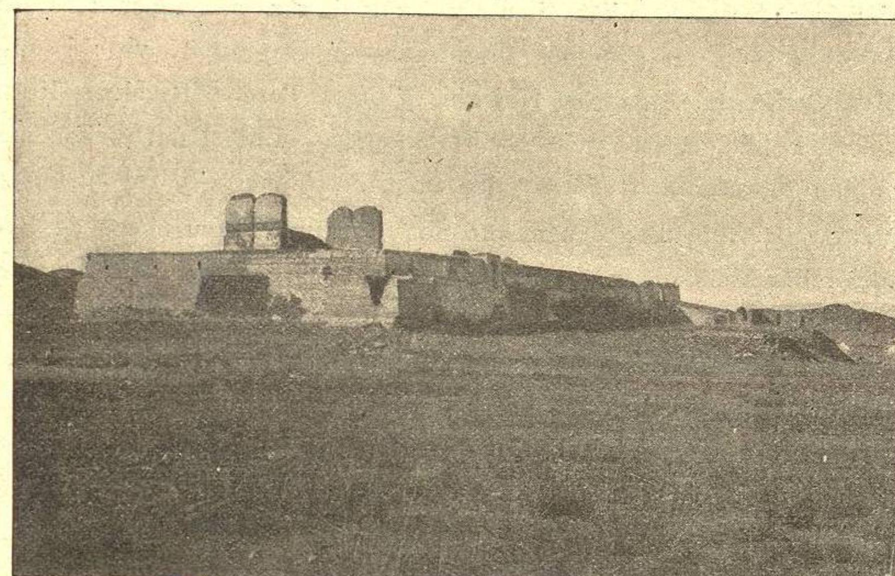
ESCRITURA ARAMENSE
Mesa de libación hallada en Egipto.

La unidad política del imperio mongol duró cerca de medio

siglo, de tal modo el orgullo de la dominación había unido sólidamente á los vencedores y tanto había subyugado á los vencidos el espanto de la muerte. En tanto que el centro del poder se mantuvo en esta Tierra de las Hierbas, desde donde se había propagado el movimiento, el funcionamiento del prodigioso organismo se hizo en provecho del absolutismo unitario. Ya las crónicas chinas del siglo VIII mencionan un campo de la alta cuenca del Salenga, Holin ó Khorin, cuyo nombre turco originario parece haber sido Karakuran ó el «campamento negro»: es la capital conocida con el nombre de Karakorum; el emperador mongol Ogotai la escogió en 1234, hizo converger á ella las nuevas expediciones de todos los puntos del mundo y allí recibió los embajadores de los reyes suplicantes ó aliados. Por lo demás, como simple parada imperial en medio de la estepa, Karakorum no representaba ninguna utilización del suelo, ninguna industria para la exportación de objetos preciosos: no servía más que para el albergue de los grandes funcionarios y proveedores necesarios al suministro suntuoso de la mesa y de la casa imperiales. Según el monje Rubruk, la «ciudad vale menos que el pueblecillo de Saint-Denis». Verdad es que en la llanura, fuera del recinto, se celebraban mercados chinos y musulmanes, frecuentemente animados por una población flotante. La existencia de una ciudad en la soledad herbosa concuerda tan poco con las costumbres nómadas, que las ruinas de Karakorum permanecieron mucho tiempo ignoradas de los viajeros. Se conocen actualmente gracias á Paderin y á Yadrintzev, y se han recogido con cuidado las inscripciones de sus murallas, descifradas por los primeros exploradores, á los cuales se han unido Heikel, Thomsen y Radlov. Esas inscripciones, que en un principio se consideraban como «rúnicas», están redactadas en turco y apenas mezcladas con algunas palabras chinas que reproducen los títulos de los dignatarios; mas, por un extraño cruzamiento de las civilizaciones, la escritura empleada por los grabadores se refiere al sistema del alfabeto arameo. Los Nestorianos habían aportado esas letras sirias, que Turcos y Mongoles utilizaron faltos de escritura propia: así se mezclaban y batían las diversas civilizaciones del Asia.

El «campamento negro» no permaneció mucho tiempo siendo

la capital única de un reino que se extendía sobre más de 10,000 kilómetros de Este á Oeste. En los veinte años siguientes á la muerte de Djenghis, sus hijos y su familia se hicieron independientes de hecho del emperador y escogieron en los contornos del imperio residencias apropiadas á su territorio. Hulagu, el conquistador del Asia anterior, se fijó en Maragha [1], cerca del lago de Urmiah, en el



De una fotografía de M. A. Ular.

RUINAS DE KARAKORUM

corazón de la antigua Azerbeidjan y, aceptando la influencia del astrónomo Nasr Edin, hizo de esta ciudad un centro de estudios de primer orden. Después de la toma de Bagdad en 1259, se construyó allí un observatorio, se formó una biblioteca, fueron llamados astrónomos y otros sabios de todas partes y afluyeron los alumnos; dícese que el equipo escolar comprendía globos celestes y esferas terrestres con indicación de las regiones habitadas. Maragha y su vecina Tabriz reemplazaron también á Bagdad en su carácter comercial y Trebizonda llegó á ser el gran puerto del Oriente mediterráneo [2]. Por terrible que fuera en el campo de batalla, Hulagu era perfectamente tolerante en materia religiosa, por cuyo motivo los frailes

[1] Véase para Maragha el mapa n.° 53, t. I.
[2] R. Beazley, *Mediæval Trade and Trade Routes.*

no dejaron de afirmar que había abrazado la verdadera fe. Además se casó con una cristiana, y la tumba de ambos esposos existe todavía cerca de Maragha.

Por otra parte los Mongoles, después de cincuenta años de guerras exteriores, habían cesado de ser Mongoles, aunque guardando el orgullo nacional y el prestigio de sus infalibles victorias. El grueso de los ejércitos no se componía ya de hombres de las poblaciones primitivas: á los Khalkas, Eleuts y Ordos de raza se habían mezclado gentes de todas las naciones, arrastradas en el gran diluvio: Dsungares, Ouigours, Tártaros, Khirghiz y otros Turcos, Bachkirs, Koumanes, Petchenegues y otros Finlandeses. Los Eslavos estaban también representados entre ellos en gran número, y los nombres citados por Rubruk prueban que los aventureros europeos de Bizancio, de Alemania y de Italia se habían apresurado á presentarse en multitud á ofrecer sus servicios á los destructores de la cristiandad. El espíritu del ejército cambió al mismo tiempo que sus elementos étnicos, y los soldados habían gradualmente cesado de ser aquellos guerreros libres que elegían sus jefes para ser simples bandidos guiados solamente por el cebo del botín. Por su parte los «Señores de los señores», siguiendo la pendiente natural que lleva á los hombres hacia el poder, no querían ya reconocerse como elegidos de su pueblo y preferían considerarse como dueños absolutos por la voluntad de Dios, que se confundía con su propia voluntad: todos sus decretos eran dictados «por el poder del cielo inmutable». La muerte les hacía dioses; sin embargo, bajo ciertos aspectos se les consideraba como habiendo sido hombres, puesto que se les daba compañeros para seguirles en el otro mundo; se sacrificaban alrededor del cuerpo los caballos que había montado; se degollaban también cuarenta doncellas para formar su harem de ultratumba, y se mataban todos los hombres que hallaba á su paso la procesión mortuoria para servir de escolta. Dícese que veinte mil hombres fueron así favorecidos por el destino que hizo de ellos los guardias del cuerpo del invencible Djenghis. Según las relaciones populares, en el espacio de una noche brotó un bosque para ocultar á ojos profanos el sitio misterioso donde fué depositado el gran antepasado de los khan.

Habiendo llegado á ser los soberanos de medio mundo, los emperadores mongoles habían de recibir los homenajes de sus adversarios, los reyes cristianos, á quienes hacían temblar en sus tronos. En 1245, quince años después de Liegnitz, el papa envió á Tartaria primeramente un monje, Ascelino, quien, según parece, tuvo tan poco acierto en sus tentativas de conversión, que el khan concibió el propósito de hacerle desollar vivo, de lo que desistió después, dejándole volver sano y salvo con encargo de que dijera al papa: «Nos no sabemos lo que tu enviado nos ha dicho; si tienes empeño en hacernos comprender el sentido de tus palabras, ven tú mismo». El año siguiente, otro legado, Plan-Carpin, se dirigió hacia el país de los Tártaros, «hijos del infierno», y se presentó ante Kuyuk-khan, después de un viaje de dieciséis meses, pero no aportó de su estancia en «el otro mundo» más que la relación de milagros divinos y de prodigios diabólicos, mezclada con alguna impresión fugitiva de las comarcas recorridas. Se cita también la expedición de un Andrés de Longjumel en 1248.

El rey Luis IX eligió en 1253 un embajador no menos piadoso pero de espíritu más abierto, el monje Rubruk, Ruysbroek, Rubriquis, de las inmediaciones de Valenciennes. Como sus predecesores, el enviado de la Europa cristiana tuvo que renunciar á convertir el Gran khan, y con él á su pueblo; hasta le fué preciso comenzar por una especie de apostasía, prosternándose ante el soberano de los Mongoles como ante un dios. No obstante, salió del apuro como convenía á un sacerdote, aun antes del nacimiento de los Jesuítas, haciendo servir mentalmente este acto de adoración á un fin cristiano é invocando su Padre Eterno para la conversión de Mangu-khan. El buen monje tenía muchos otros casos de conciencia que resolver, puesto que le parecía ver cristianos entre los idólatras que le rodeaban: sus sacerdotes practicaban el celibato, se tonsuraban y llevaban mitra, casulla y rosarios, todos prácticos y objetos idénticos á los que le eran familiares; pero, junto á esas apariencias de la verdadera fe, ¡cuántas ceremonias abominables, ciertamente inspiradas por el demonio! ¿No era ya cosa odiosa por excelencia la tolerancia universal que los mismos khan extendían sobre los cultos de toda especie, chamanismo y budhismo, islamismo y nestorianismo?

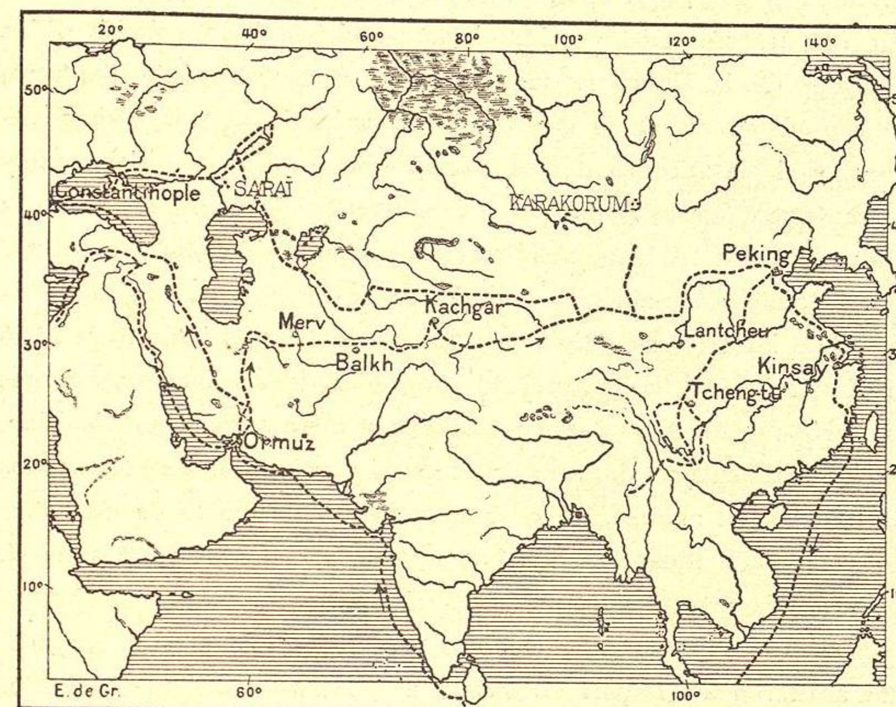
El hombre de la Edad Media cristiana, penetrado de la enseñanza formal de la Iglesia: *Compelle intrare!* «Obligadlos á entrar», no comprendía la tranquila indiferencia de los khan respecto de lo que le parecía ser el objeto mismo de la existencia; aquello era para él «la abominación de la desolación», tan cierto es que la moral de ayer se convierte en la inmoralidad de hoy; no admitía más que la persecución en nombre de la unidad religiosa, mientras que en la actualidad se busca esa misma unidad de las almas en la libre discusión y en la investigación libre de la verdad científica. Mangu-khan comprendía la unidad desde un punto de vista más personal. Cuando despidió á Rubruk, le encargó para su amo este sencillo mensaje: «El orden del Dios Eterno consiste en esto: Un Dios, un Rey». ¿No era el mismo el sueño de Luis XIV y de tantos otros?

Satisfechos de esa tolerancia religiosa que tanto escandalizaba al monje Rubruk, los comerciantes extranjeros se dirigían presurosos á la corte del Gran khan para ejercer en ella su industria ó cambiar sus mercancías. Eslavos y Germanos, Italianos y Franceses se ingeniaban para hacer allí fortuna. Un jardinero, Guillermo, distinguíase por su talentos de organizador de las fiestas; pero la colmena de los trabajadores estaba principalmente llena de Chinos, y, en la historia de la geografía, el valor de Rubruk consiste ante todo en los informes que transmitió á Europa sobre las maravillas del trabajo que se realizaban en China: él fué el primero que estableció relaciones directas entre el Extremo Oriente y el Extremo Occidente.

Sin embargo, sus narraciones no conmovieron tan profundamente Europa como, hacia el fin del siglo, las del *messer Millone*, el viajero comerciante, que fué así denominado por sus compatriotas venecianos á causa de los millones que había visto correr por las manos de Kublai-khan, de sus ministros y de sus proveedores. Convertido él mismo en personaje de la corte, quizá gobernador de provincia y enviado confidencial del emperador, Marco Polo tuvo todas las ocasiones favorables para conocer, durante su residencia de cerca de veinte años, 1275-1294, el país de adopción que había recorrido en todos sentidos. Su libro, que dictó después en una cárcel de

Génova á uno de sus compañeros, Rusticiano di Pisa, y que se publicó en francés, la lengua popular que en aquella época pareció más clara y más culta, fué para sus contemporáneos como la revelación de un mundo nuevo, y las miradas de los Occidentales se fijaron en aquel imperio del Sol levante, el país del jade, de la seda,

N.º 353. Viajes de Marco Polo.



El itinerario que pasa al norte del mar Caspio es el que siguieron los dos hermanos Poli, Maffeo y Nicolo, en su primer viaje á Extremo Oriente (1260-1269). En 1271 emprendieron nuevo viaje con Marco, hijo de Nicolo; pasaron á la ida por la Armenia, el golfo Pérsico y el Pamir, y volvieron por mar veinticinco años después. Este último viaje duró dos años.

de los esmaltes, de las porcelanas y de las lacas. Cuando Vasco de Gama dobló el cabo de las Tormentas, cuando Colón bogó fuera del estuario de Palos, veían de lejos el reino de Kathay y la isla misteriosa de Zipango. El Nuevo Mundo hubiera indudablemente tardado más en unirse al conjunto del planeta, si Marco Polo, caminando de Occidente á Oriente, no hubiera hecho un signo á Colón

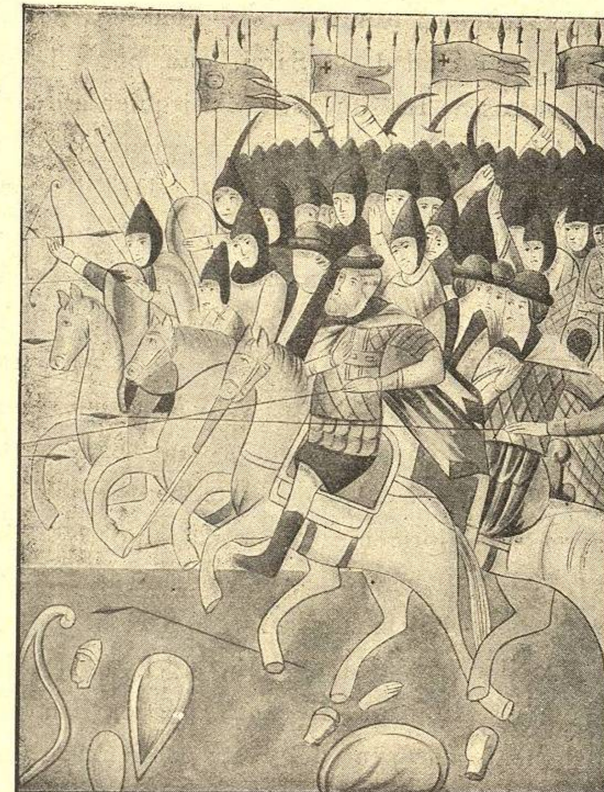
á través de las edades y no le hubiera indicado sobre la redondez de la Tierra el camino de Oriente á Occidente.

La disgregación del imperio de los Mongoles, apresurada por la entrada de las razas más diversas en las hordas guerreras, era inevitable cuando los odios religiosos llegaron á dividir geográficamente el país conquistado. Mientras que el grueso de la nación mongola transformaba en budhismo su chamanismo primitivo, los invasores de la China se acomodaban á las doctrinas de Confucio, los conquistadores del Turkestán y de la Irania se hacían mahometanos, y el ala europea de los ejércitos de invasión se dejaba penetrar un poco por la religión del Cristo. Pero la conservación de la unidad política se hizo completamente imposible cuando el centro de la dominación abandonó su lugar de origen en medio de la Tierra de las Hierbas. En tanto que el cerebro del imperio se halló en Karakorum, la homogeneidad geográfica de las extensas llanuras de Europa y de Asia pudo corresponder á un organismo histórico, pero, á consecuencia del atractivo natural que se produce sobre todos los pueblos en marcha, el gran movimiento de exodo de las tribus mongolas y de todas las que habían sido arrastradas en pos de sí, debía desviarse gradualmente hacia el Sud.

De ese mismo modo, muchos siglos antes, los pueblos bárbaros que asaltaron el Imperio Romano se sintieron atraídos hacia los ricos países del Mediodía por un imán irresistible, y después desaparecieron en la población conquistada cuando fueron sometidos á las influencias disolventes de un nuevo medio. Los Ostrogodos se perdieron entre los Bizantinos, los Lombardos se fundieron con los Celtas y los Latinos de Italia, los Visigodos se hicieron Provenzales, Languedocianos y Españoles, y los Suevos y los Alanos cesaron pronto de distinguirse de los Iberos de España, y en la Mauritania se buscan en vano las huellas de la invasión de los Vándalos. En cada país del Mediodía, detrás de cada muralla de montañas que forma como una especie de portezuela de paso ó de cierre, el pueblo invasor se disgregaba rápidamente, como una mosca caída en la corola de una flor carnívora.

El mismo fenómeno tuvo lugar con los Mongoles: también ellos

en todas sus expediciones conquistadoras se inclinaron en la dirección del Mediodía, hacia los dulces climas, hacia las campiñas fértiles y las ciudades opulentas. Los Señores de los señores, abandonando sus yurtas suntuosas, dejaron pronto tras de sí la Gran muralla y se establecieron en las fecundas llanuras del Pei-ho y del Hoang-ho para fundar la dinastía de los Yuen y habitar los palacios edificados por los industriosos Chinos. Sólo por esto cesaban casi por completo de ser Mongoles y se convertían en Chinos. El protector de Marco Polo, Kublai-khan, que había fijado su residencia en Khanbalik, la «Ciudad del kan», que en nuestros días se denomina Peking ó «Corte del Norte», era todavía un Mongol por la energía de su voluntad y el orgullo de su raza, pero era Chino por la cultura intelectual. Siendo de nación distinta, los Mongoles de la China llegaron á ser una casta privilegiada, detentadora de los títulos, del poder y de la riqueza. En razón de sus abusos de autoridad y no por su raza se hicieron odiosos al pueblo chino, y éste acabó por rebelarse, y después de una guerra de muchos años, el partido nacional, al que se habían negado los destinos y los honores, triunfó del partido de los funcionarios y de los soldados mongoles, y la dinastía puramente china de los Ming reemplazó la de los conquistadores del Norte. Encuadrada históricamente



Gabinete de las Estampas.

CABALLERÍA RUSA DEL SIGLO XII

entre emperadores mongoles y emperadores mandchues, esta familia ha permanecido popular hasta nuestros días en el espíritu de los nacionalistas chinos.

Al oeste de la Mongolia y de sus prolongaciones asiáticas se efectuaba una evolución paralela á la de la China: los khan tártaros de la «Horda de Oro» ó Kiptchak no estaban ya en comunicación directa con los campamentos primitivos de la Mongolia. Establecidos en su ciudad de Sarai, que bordeaba sobre una veintena de kilómetros de longitud la orilla izquierda del Achtuba, corriente lateral del bajo Volga, los khan no ejercían soberanía directa sino sobre las comarcas medio desiertas de la Rusia oriental, desde Kazan al Don, y sobre las orillas del mar Negro, especialmente en Crimea. Separados de sus hermanos de raza por la cuenca del Caspio y las soledades del Ust-Urt, tampoco tuvo relaciones mediatas con los Eslavos del centro y del oeste de Rusia: les dejaban gobernarse á su manera, guerrear entre sí ó hasta con el extranjero, siempre que pagasen el impuesto y se presentasen á rendir homenaje en Sarai, no siendo en realidad más que los arrendadores generales de las comarcas anteriormente conquistadas por los hijos de Djenghis.

Habían hecho una distribución natural de razas conforme á las condiciones del medio. Las poblaciones, en gran parte «allofilas», de las llanuras semi-asiáticas del Este, permanecían sometidas á los Mongoles Kiptchak, en tanto que los Eslavos de las regiones completamente europeas del Oeste continuaban viviendo bajo el gobierno de sus jefes de origen normando, dejando constituirse una monarquía poderosa en el Kremlin, en medio de las ricas poblaciones de las orillas del Moskva, después de haber fracasado en Souzdal y en Wladimir [1], y que, por mediación de las repúblicas de Novgorod y de Pskov, los Rusos comerciaban con las comarcas ribereñas del mar Báltico. El contraste geográfico oponía los agricultores á los nómadas: al Oeste, las «tierras negras», los países cubiertos de árboles y ondulados fijaban los habitantes al suelo y absorbían los huéspedes ó enemigos de paso; al Este, la estepa dejaba sin cohesión las tribus que la recorrían; pero éstas, por el hecho de su aislamiento, perdían

[1] Pierre Kropotkine, *L'Etat et son Rôle historique.*

gradualmente en fuerza: de un lado, los Rusos se engrandecían al Oeste, y de otro, se preparaba un nuevo retoño de irrupción asiática, á la vez turca y mongola, la de Timur. Cogido entre dos enemigos, lo que subsistía de la Horda de Oro fué exterminado por el «gran príncipe Ivan III, autócrata de toda la Rusia», y Sarai fué destruída en 1480, no quedando de ella más que ladrillos rotos, y



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

ANTIGUA FORTALEZA EN TIFLIS

los descendientes de los Tártaros, convertidos en súbditos rusos, se llaman actualmente Eslavos y lo son en realidad por la cultura y el pensamiento.

Entre la Horda de Oro y el reino de Hulagu, el Cáucaso permaneció insumiso y puede decirse que desarrollaba su existencia por partida doble. Las múltiples tribus caucásicas, encerradas en sus valles, se concentraban en sí mismas y conservaban una feroz independencia respecto de sus vecinos. Las guerras eran frecuentes y como los montañeses poseían todos, por debe y haber, una cuenta de venganza que ejercer y que sufrir, no podían traficar directamente y necesitaban hacerse representar por terceros que pudieran presen-

tarse en todas partes. Los Judíos solían desempeñar el lucrativo oficio de «viajeros francos», que les permitía presentarse en todo lugar sin temor á la muerte. Pero el pasaporte universal dado á los «Judíos de la montaña», análogo al que en la India se asegura á los mercaderes povindah, y que antiguamente pertenecía también á los Tsiganes de Europa, no dejaba de tener ciertos inconvenientes, porque todo se compra aquí bajo. Los soberbios Tcherkesses, los Lesghienses indomables que clavaban sus miradas como dardos en los ojos de sus adversarios, acogían naturalmente con cierto desprecio unos hombres que no llevaban un puñal en la mano y no sabían odiar como ellos, que se presentaban sonriendo siempre humildemente, inclinados, como para hacerse perdonar el olor del extranjero que aportaban en sus vestidos. El traficante judío había de resignarse al insulto, á las humillaciones, hasta á los ultrajes: su oficio no le aseguraba el respeto debido á los huéspedes. Había otros Judíos caucásicos que no ejercían la industria de intermediarios, que, en tantos países, se ha convertido en monopolio de su raza: unos grupos numerosos, especialmente en los altos valles del Daghestán, se dedican á la agricultura; son los labradores más inteligentes del país lesghiense, y en los mercados se disputa su rubia y su vino. Gracias á hábitos hereditarios, esos Judíos se parecen á aquellos de que nos habla la Biblia, que gustaban de vivir á la sombra de sus olivos y de sus higueras, y se distinguen singularmente de los mercaderes y de los prestamistas á la semana, por su espíritu de tolerancia y por su hospitalidad.

Hacia el centro del imperio mongol primitivo, las invasiones verificadas en los países turcos, y, más al Sud, en la Irania, tuvieron también como consecuencias grandes transformaciones étnicas. Los Turcos habían acabado por predominar, hasta entre aquellos que se creían con derecho á denominarse Mongoles, es decir, entre los khan de Djaggatai, cuyo territorio comprendía principalmente la parte actual del Turkestán y de la Siberia, comprendida entre el Irtich y el Oxus ó Amu-daria. Esos campos que riegan grandes ríos y que fertilizan las tierras aluviales aportadas de los montes orientales Tianchan, Alai, Pamir, muy expuestos á la invasión y á la conquista, puesto que se hallan ampliamente abiertos al Norte hacia las estepas

de los nómadas, pueden, no obstante, repoblarse fácilmente una vez la paz restablecida. De ahí esos períodos sucesivos de prosperidad y de miseria por los cuales han pasado los «potamios» del Turkestán, cuyo brillo intermitente puede compararse al de los faros de eclipses, que tan pronto emiten deslumbradores rayos de luz, como una vaga claridad. Hasta después del primer paso de los Mongoles, al principio del siglo XIII, el desierto no fué más que temporal.

Cuando Djenghis-khan tomó Samarkand por asalto, en 1219, degolló los 140,000 defensores y se creyó un vencedor clemente porque solamente mató 400,000 de sus habitantes pacíficos. Después de Samarkand, el Señor de los señores visitó Balkh, la «madre de las ciudades», donde se contaban mil doscientas mezquitas y doscientos baños públicos, cubriendo un espacio de 30 kilómetros de circunferencia. Todo fué arrasado, y cerca de allí, el suburbio de Siyagird se cambió también en un extenso campo de piedras que no ocupaba menos de 13 kilómetros de Norte á Sud [1]. En cuanto á los habitantes, sabido es lo que hizo el vencedor: levantáronse pirámides de cadáveres al pie de las murallas derruídas. Merv tuvo la misma suerte que Balkh, y sus residentes, llevados en procesión fuera de la ciudad, fueron asesinados metódicamente, como se matan en nuestros días los bueyes en los saladeros del Plata. ¡Y muchas otras ciudades fueron tratadas de la misma manera! La soledad se extendió desde el mar Caspio hasta el Pamir.

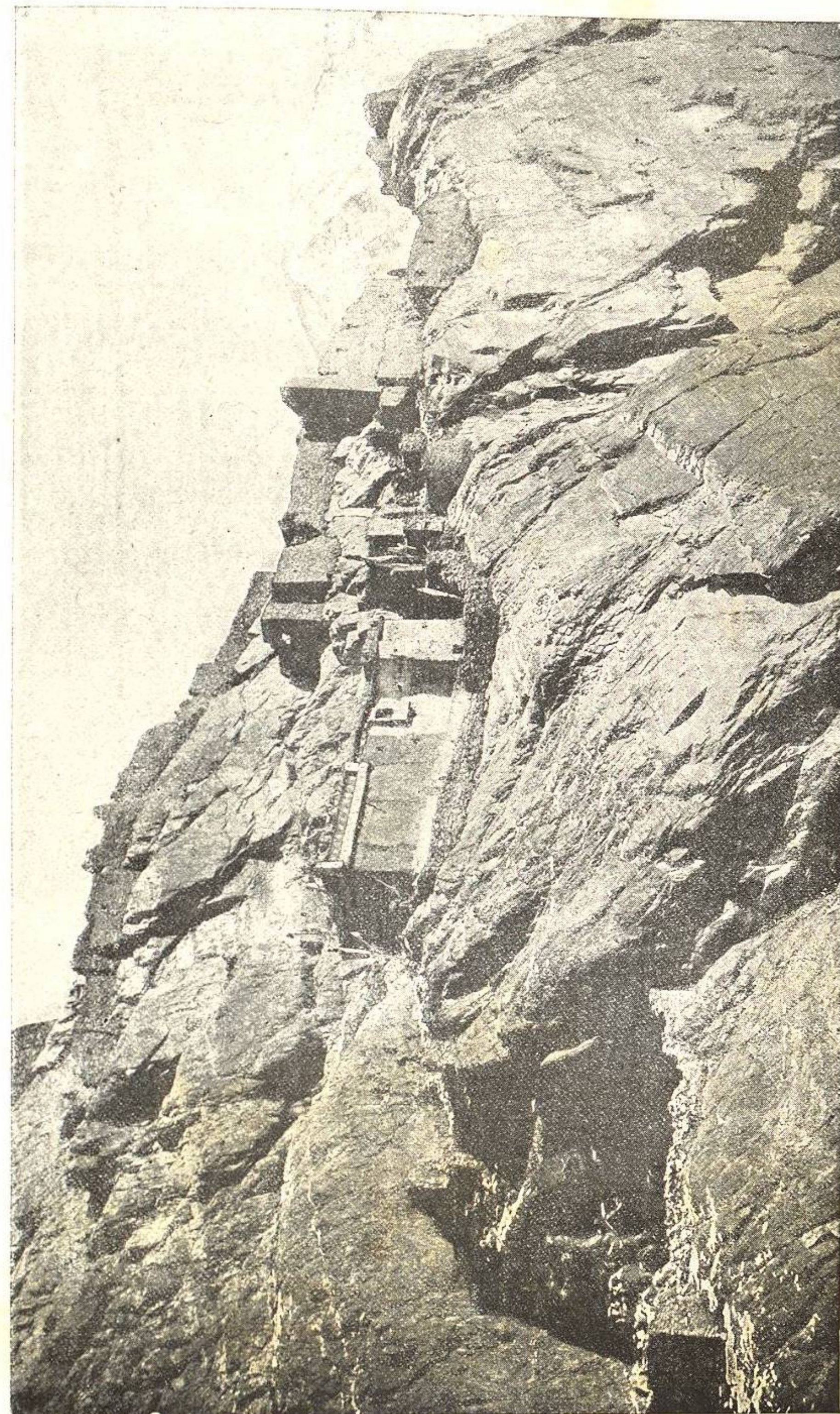
Y sin embargo, siglo y medio después el terrible «Cojo» Timourlenk ó Tamerlán pudo comenzar nuevamente las matanzas, de tal modo se había repoblado y enriquecido nuevamente el país. Un plazo de cuatro ó cinco generaciones había bastado para volver á ese país devastado la vida social, las industrias, la investigación científica y hasta la práctica de las artes.

Vuelta otra vez á ser capital bajo Tamerlán, Samarkand fué también la ciudad más hermosa del Oriente, como lo atestiguan los edificios maravillosos que el tiempo ha respetado. Los más bellos restos de la arquitectura irania se ven, no en la misma Persia, sino en las grandes ciudades del Turkestán, y los que los hicieron edificar

[1] Grodekov, trad. por Ch. Martin, *From Herat to Samarkand*.

fueron precisamente esos hombres sin el menor cuidado de la vida humana, que no tenían en cuenta los gustos ni las voluntades de nadie. Era preciso que el sentimiento del arte y hasta el amor de la ciencia hubiesen sido bien espontáneos y eficaces en la generación anterior para conservarse de tal modo bajo el reinado de Tamerlán; de modo análogo hay seres entre los animales inferiores que continúan nutriéndose por un lado cuando son ya comidos por el opuesto. Algunas de las admirables mezquitas de Samarkand y de Bokhara, que hizo edificar Tamerlán, eran escuelas á las que acudían de todas partes los estudiantes. Cada ciudad creía aún, como antes de Djenghis-khan, ser una de las primeras ó la primera por sus instituciones científicas como por su belleza. Samarkand se decía la «Cabeza del Islam», y los soberbios restos de la *medressé* de Ulug-beg, que data de 1420, recuerdan que fué la escuela de matemáticas y de astronomía más famosa de todo el Oriente. En cuanto á Bokhara, también era una ciudad de saber, de un saber tan profundo, dice la leyenda, que «la luz sube de Bokhara, en tanto que fuera de allí la luz desciende del cielo». Pero ¿cuál era la parte de ciencia personal y desinteresada, y cuál la de la charlatanería y la de las repeticiones faltas de sentido? Al final del siglo XVIII Samarkand no era más que una ruina: allí no se veía más que un hombre, un pastor, durmiendo sobre la tumba del terrible rey cojo, y sobre la piedra se había grabado esta inscripción insultante para el rebaño de los hombres: «¡Si yo viviera, todavía temblaría el mundo!»

En la Irania como en el Turkestán, el paso de los Mongoles aseguró por cierto tiempo el triunfo del Tourán, el del dios malo Ahriman sobre el dios bueno, el bienhechor. Un gran viento destructor de civilización pasó sobre los campos, que se cambiaron en estepas: se puede decir de los Mongoles lo que también se decía de los Turcos, que «cesaba de crecer la hierba en el suelo tocado por los cascos de sus caballos». Con Djenghis-khan y Hulagu, en la primera mitad del siglo XIII, y después con Tamerlán, en la segunda mitad del XIV, hubo como un diluvio de hombres que sumergió la población persa: parecía que hubiera de comenzarse de nuevo el largo trabajo de los siglos. Las dinastías nuevas hasta cesaron de tomar su punto de apoyo sobre la meseta de Irán; Tamerlán go-

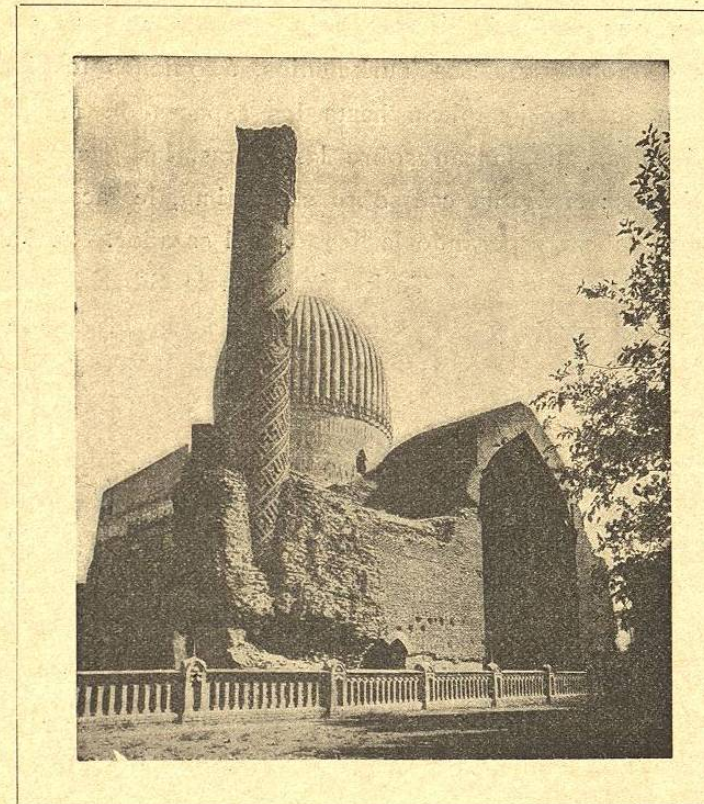


De una fotografía de Sven-Hedin

CONVENTO TCHOVA EN TANSKI, EN LOS CONFINES DEL KACHMIR Y DEL TIBET

bernó su imperio desde Samarkand y no desde ciudad alguna situada en la alta ciudadela del macizo iránico.

Hecho característico: los Mongoles no han dado al mundo civilizado más que un solo arte, ciertamente muy ingenioso, el de la cetrería; y el fenómeno se explica, porque en la Tierra de las Hierbas, de ilimitados horizontes, se hallan reunidas todas las condi-



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

MEZQUITA ELEVADA SOBRE LA TUMBA DE TAMERLÁN

ciones necesarias para que este arte pudiera nacer y desarrollarse: el espacio es libre ante el cazador, lo mismo sobre la tierra que en el aire, y nada escapa á su ojo, ejercitado en la lucha por la existencia, de cuanto se mueve en el campo de su visión, sean rapaces del cielo ó caza de la estepa rasa ó de la maleza; aprende á conocer fácilmente los hábitos y costumbres de todos los seres que pululan en su rededor, ya que en parte alguna se encuentra mayor

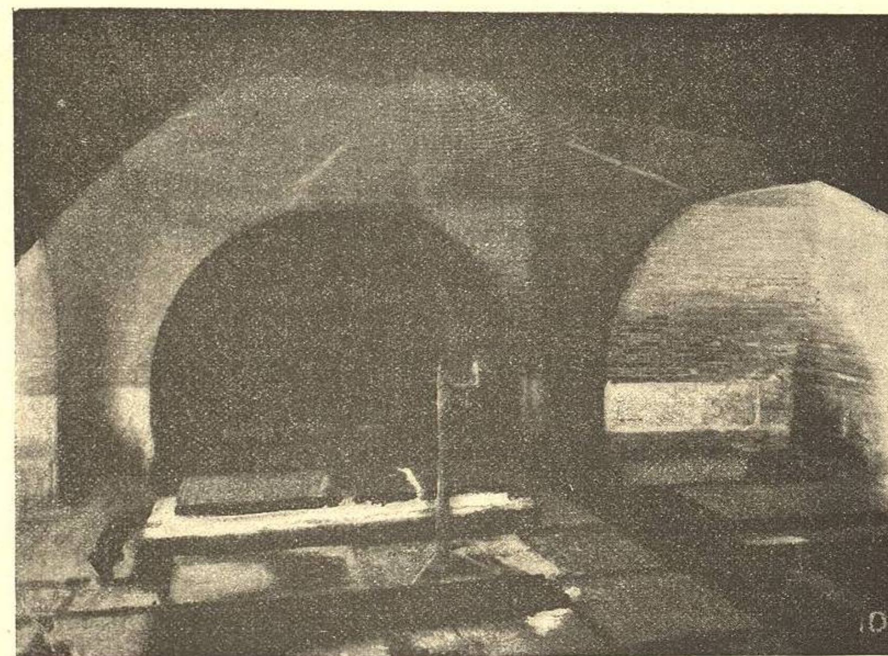
cantidad de aves de presa, buitres, águilas, milanos, halcones, gavilanes, alimoches, buhos, y esas especies tan numerosas no pueden vivir sino por la multitud de aves de bajo vuelo y de los animales que se cobijan bajo las piedras, en las madrigueras y bajo los arbustos. Eduardo Blanc[1] enumera más de cincuenta géneros de rapaces que viven en las estepas de la Mongolia occidental y del Turkestán, y casi todos se utilizan para la caza. Se domestican especialmente las hembras, que son más fuertes, más grandes que los machos y más fáciles de adiestrar. Los Turkmenios, á quienes los Mongoles han enseñado su arte, emplean hasta los rapaces de mayor talla, como las águilas, que lanzan sobre las zorras, las gacelas y hasta sobre los ciervos: el águila cae sobre su víctima, le saca los ojos y se aferra á su cabeza esperando la llegada del cazador. Se ha adiestrado también al buho en el Turkestán y en la Siberia meridional, pero sólo caza de noche, y para seguirle en la obscuridad se le ponen cascabeles en las patas y en la cola. Tan extendida está la cetrería en el Turkestán, que pobres y ricos emplean el halcón como auxiliar de caza. Los niños, desde su más tierna edad, aprenden á cazar con el cuervo y á ensayar con él los ejercicios que después han de practicar con el halcón y otros rapaces más nobles. De la Mongolia y del Turkestán la cetrería se extendió á todo el centro de Asia, á la India, al norte de Africa, á los países musulmanes y hasta Europa. Los señores feudales, vueltos de las cruzadas, se complacían en mostrar su destreza en esa diversión elegante y cruel, pero después de la invención de la escopeta, el halcón desapareció como el arquero.

Dueños de Persia, los Mongoles habían llegado también hasta la India; pero la gran distancia, los desiertos sin agua, las ásperas montañas y las groseras poblaciones de las mesetas y de los altos valles retrasaron la conquista definitiva de la península, y los supuestos Mongoles que después se apoderaron de ella lo eran solamente por el orgullo de la descendencia. El camino de tierra, cortado por obstáculos naturales y defendido por los terribles Afghanes, solía quedar desierto por los mercaderes; pero, gracias á los marineros

[1] *Revue Scientifique*, 15 de Junio de 1895.

árabes, un movimiento comercial no interrumpido unía por mar las llanuras de la Mesopotamia y la franja del litoral persa á las riberas del mundo índico. Sin embargo, la gran escala del tráfico se desplazaba frecuentemente á consecuencia de los hechos de guerra y de las vicisitudes locales.

En el siglo V se daban cita los barcos en la desembocadura del Eufrates, y hasta le remontaban; Massudi refiere que cada año ancla-



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

INTERIOR DE LA TUMBA DE TAMERLÁN EN LA VIEJA SAMARKAND

ban juncos chinos en el río, para cargar las materias preciosas de Persia y de Arabia en cambio de los tesoros del Extremo Oriente. Cuando la expansión del mahometismo en el siglo IX, el emporio del gran comercio se hallaba á la puerta de entrada del mar Pérsico, en la poderosa ciudad de Siraf[1], que se elevaba en el sitio que ocupa en nuestros días la villa de Tcharak. Un cambio político ocurrido después desplazó la feria marítima en beneficio de la isla Kais (Qais, Kich, Geis), situada al Sudoeste, á dieciséis ó dieci-

[1] Véase el mapa n.º 366 en el capítulo siguiente, para conocer el emplazamiento de estas ciudades.

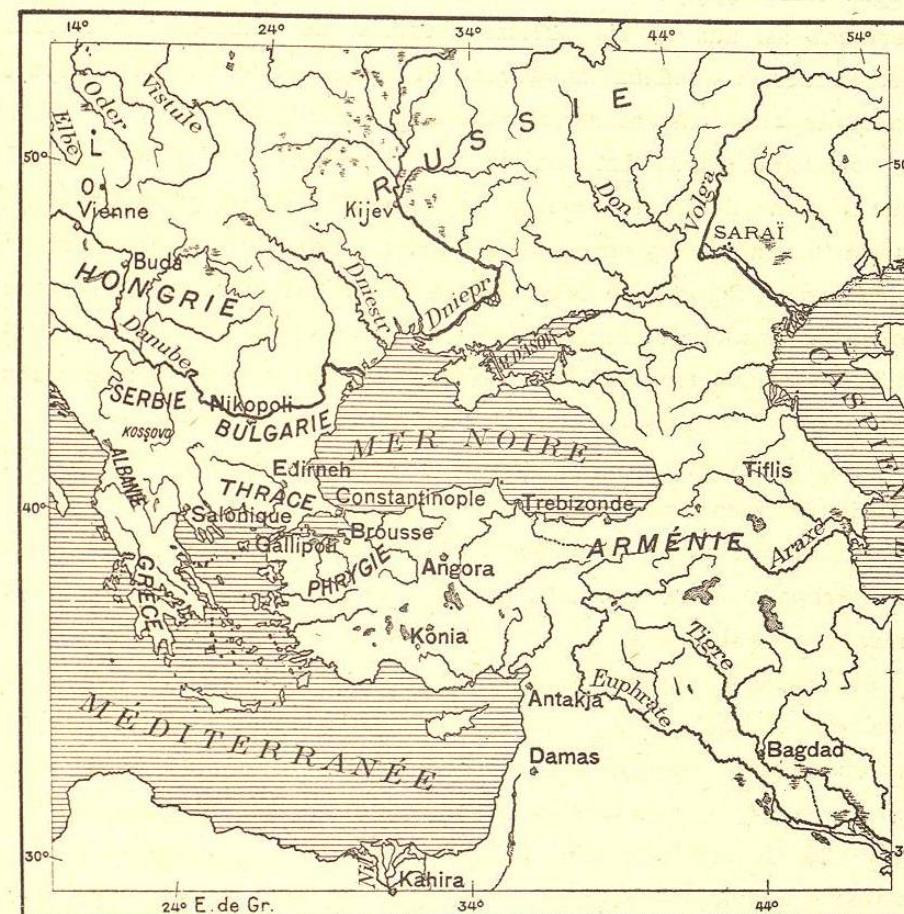
siete kilómetros de la costa persa. Al principio del siglo XIII Siraf estaba casi despoblada, y sobre la orilla septentrional de la isla Kais se elevaba una capital agitada, Harira, rodeada de palmeras, huertos y jardines; pero su prosperidad apenas duró un siglo, y, en 1320, la isla de Kais, completamente empobrecida, cayó bajo la dependencia de Ormuz, ciudad situada fuera del golfo Pérsico, pero á su misma entrada, en el brazo que le une al golfo de Oman. Ese gran mercado, que en un principio se hallaba sobre el continente, no lejos del punto donde se agrupan actualmente las casas de Bandar Abbas, cuando la ruina de Kais había sido ya transferido á un islote próximo del litoral, y allá se amontonaron las riquezas de las Indias y del lejano Oriente, en beneficio de los mercaderes árabes, hasta la época en que habiendo penetrado directamente los Europeos en el Oriente Indico se halló cambiado todo el equilibrio del mundo [1].

Del otro lado de la Irania, al Occidente, los Mongoles habían arrasado también la comarca y trabajado con empeño en la extensión del desierto en la Mesopotamia, privada de sus canales; pero las montañas de la Armenia, de la Siria y del Asia Menor no habían podido convenirles, y sus conquistas no pasaron de efímeras cabalgatas. Otro pueblo conquistador se había establecido en aquellas comarcas inmediatas á Europa. Hacia 1225, una aglomeración de unos cincuenta mil Turcos, en previsión del huracán mongol que les amenazaba, y huyendo de las llanuras del Khorassan, conquistadas á los Persas orientales, tomó la dirección del Oeste, hacia las montañas de Armenia, donde los aventureros hallaron hermanos de raza, los Seldjoucidas, que mandaban hacía siglos en el Asia Menor, cuya fuerza inicial de ataque se había ya agotado parcialmente. Los Turcos del Khorassan se hallaban todavía en su furor primitivo de riesgos y de combates; se hicieron campeones del sultán seldjoucida de Konia, y bajo el mando de Ertogrul, recibieron en la Frigia del Noroeste un territorio que habían de defender contra el emperador de Constantinopla. De ahí la lucha sin tregua del guerrero nómada contra el agricultor pacífico, la guerra santa del mahometano contra

[1] Arthur W. Stiffe, *Geographical Journal*, Junio, 1896, p. 644 y siguientes.

el cristiano. Los Turcos combatían con extremado ardor, y en cada choque ponían á los mercenarios de Bizancio en completa derrota. Elevado á «sultán» por su propia cuenta el hijo de Ertogrul, Osman,

N.º 354. Territorio atacado por los Osmanlis.



El punto L indica el sitio que ocupaba Liegnitz. O el de Olmutz.

por cuyas venas corría más sangre griega que turca, adquirió tal gloria militar, que su pueblo, á partir de él, fué designado con el nombre de Osmanli.

Al final del siglo XIII, Orkhan, no menos afortunado que su padre, se apoderó de la magnífica Brusa, al pie del Olimpo de Bitinia, y

allí hizo edificar su palacio de la «Sublime Puerta», desde donde veía á lo lejos el país que quería conquistar á la orilla del mar; después cayó Nicea en su poder en 1330. Luego Suleiman, hijo de Orkhan, logró adquirir un puesto fijo sobre la costa opuesta en Europa: tomó Gallipoli, en los Dardanelos (1356), y allí permaneció, cerrando así una de las puertas naturales de Bizancio por el lado del Sudoeste; quedaba inaugurado el bloqueo que un siglo después había de dar Constantinopla á los mahometanos.

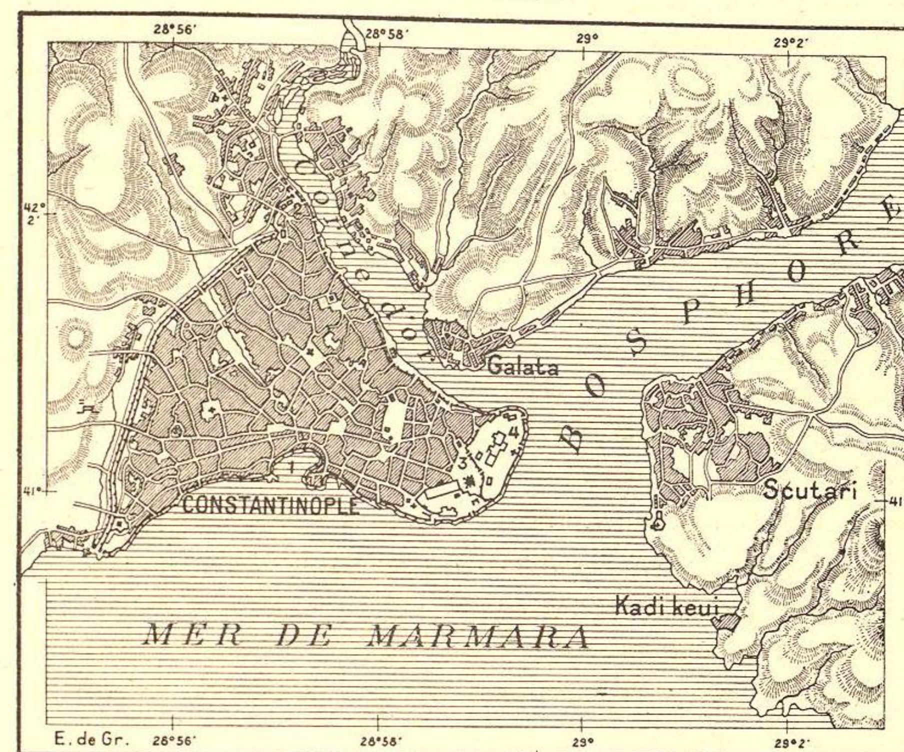
Se había hecho tan temible el nombre de los Turcos Osmanli, que á pesar del corto número de sus combatientes, veinticinco mil apenas [1], ya se veía en ellos á los destructores de la Roma oriental; pero éstos, conociendo la dificultad de su empresa, se prepararon con gran prudencia militar: no había ejército más sólidamente organizado para las expediciones militares y para las batallas; en todos los países circundantes habían establecido un servicio de reclutamiento, y los aventureros cristianos eran acogidos en el ejército musulmán, reconociéndoseles todos los privilegios desde el día de su conversión. En aquella época, en el momento mismo de su entrada en Europa, los Turcos, más que un pueblo, eran una casta guerrera y conquistadora.

Pocos años después de la toma de Gallipoli, Murad I se apoderó de la Tracia, y en 1365 instalaba su residencia en Edirneh, la antigua Hadrianópolis, conocida en Occidente con el nombre de Andrinópolis, cerrando de este modo todas las comunicaciones directas entre Constantinopla y el continente de Europa: reducido á un simple suburbio, el imperio de Oriente no tenía ya ninguna razón de ser, puesto que se hallaba privado de todo comercio. Al mismo tiempo, los Estados eslavos de la región de los Balkanes, que frecuentemente habían combatido á Bizancio, y que, no obstante, le habían servido de punto de apoyo y de defensa contra las poblaciones en marcha en el valle danuviano, perdían de un golpe su independencia en el «Champ des Merles» (1389), en las altas llanuras de Servia. El rey Lázaro y la mayor parte de los nobles servios fueron decapitados en la tienda del vencedor. Después de

[1] H. Vambéry, *Die primitive Cultur des Turko-Tatarischen Volkes*, p. 47.

haber alcanzado, á mediados del siglo, el mayor grado de poder político, puesto que bajo Esteban Duchan, la Servia se extendía de una parte hasta Grecia y de otra hasta Bulgaria, este Estado desaparecía completamente de la historia como individualidad indepen-

N.° 355. Constantinopla.



1 : 100000

0 1 2 3 4 5 Kil.

1. Puerta de Teodosio. — 2. Ruinas del palacio de Constantino. — 3. Santa Sofía.
4. El serrallo, en el sitio de la primitiva Bizancio.

diente durante un plazo de más de cinco siglos. El campo de batalla de Kossovo, en la memoria de todos los Yougo-Eslavos, es el lugar fatal donde se cumplió el irremediable desastre.

Después de esta victoria, que daba á Murad I la preeminencia absoluta en la península de los Balkanes y le aseguraba el tributo lo mismo que el servicio militar de los cristianos subyugados, no le faltaba más que sitiar Constantinopla. El peligro era tan inminente, que se organizó una nueva cruzada bajo la dirección del rey Segis-

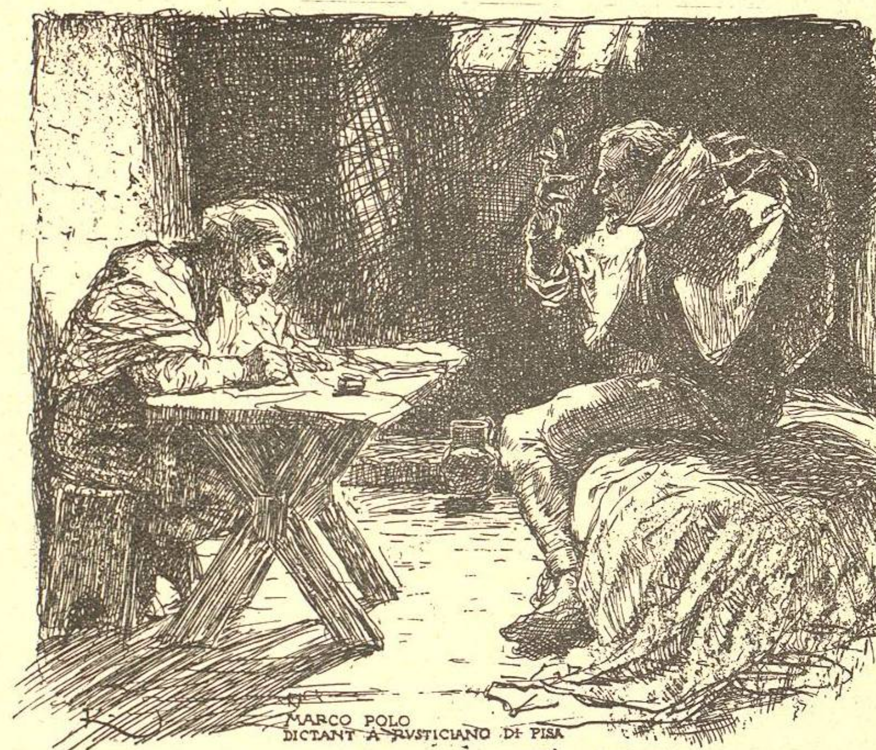
mundo de Hungría; pero hacía ya mucho tiempo que las naciones de Occidente habían dejado Constantinopla á su destino, y los cristianos del oriente de Europa eran por sí solos insuficientes para rechazar la invasión mahometana. Los Húngaros desembarcados en Nikopoli sobre el Danubio fueron completamente derrotados en 1396, y la ciudad del estrecho se hallaba á merced de los Turcos cuando se presentó Tamerlán. La ciudad amenazada pudo verdaderamente esperar que sería inexpugnable. Murad reunió todas sus fuerzas para resistir á los Mongoles, pero fué batido en las llanuras de Angora (Ancyre) por los Bárbaros (1402), y murió en un calabozo.

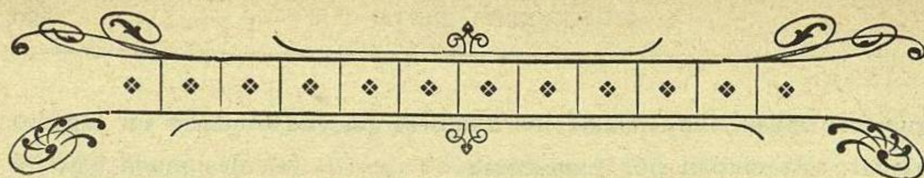
Se necesitaron muchos años para restaurar el imperio turco y darle su fuerza de ataque: en 1422 Murad II pudo hacer nuevos preparativos de asalto, pero sin consecuencias; los Albaneses del Pindo, los Servios y los Húngaros del Danubio resistían con energía contra la opresión mahometana en las fronteras occidentales y septentrionales del imperio. Por último, vencidos los pueblos rebeldes en una segunda jornada de Kossovo (1448), pudo emprenderse regularmente el sitio de Bizancio, y en 1453, el último emperador de Constantinopla, un Constantino Paleólogo, cayó en la brecha de su ciudad, que durante un largo período de tiempo sólo había sido una prisión para sus señores. El sultán Mahomed sancionó para siglos la dominación de la barbarie sobre lo que había sido la flor de la civilización de Europa. A pesar de los cambios de dinastías, de lenguas, de religiones y de razas, lo que acababa de realizarse era la revancha del Asia sobre Alejandro.

Mahomed II no tuvo más que despejar las inmediaciones de Constantinopla para establecer definitivamente el nuevo orden de cosas, mientras que los piratas turcos, enardecidos por el éxito, se aventuraban fuera del Mediterráneo, penetrando hasta en los mares interiores del Norte y los corsarios mahometanos hormigueaban en la Mancha y en las costas inglesas (W. Denton).

Los Bizantinos tenían todavía un pie en tierra de Trebizonda: esta ciudad, la última fortaleza de Asia, les fué arrebatada en 1461, y en todas partes los súbditos cristianos dejaron de ser hombres libres para convertirse en simples *rayah*, sometidos al capricho del

guerrero musulmán. Hasta los nombres griegos tomaron un aspecto bárbaro: la ciudad por excelencia Εἰς την πόλιν fué designada bajo el nombre de Stambul, y la media luna de Artemis y de Hécate que adornaba los edificios de Bizancio, llegó á ser, contra la «cruz» de Roma, el símbolo mismo de la guerra santa musulmana.


MARCO POLO
DICTANT À RUSTICIANO DI PISA



DESCUBRIMIENTO DE LA TIERRA

Noticia histórica

He aquí la sucesión cronológica de los principales acontecimientos de la gran época:

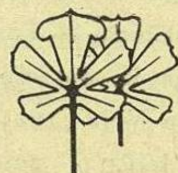
1484. Diego Cao recorre el litoral africano hasta el 22° Sud.
1487. Pedro de Covilhao se dirige por vía de tierra á las Indias y á Etiopía. — Bartolomé Díaz rodea el Africa.
1492. Cristóbal Colón parte de Palos el 3 de Agosto, llega el 12 de Octubre á Guanahani, el 28 á Cuba, el 6 de Diciembre á Haití.
1493. Colón vuelve el 15 de Marzo á Lisboa. Segunda partida el 13 de Noviembre. Regreso en 1496.
1497. 8 de Junio. Partida de Vasco de Gama de Lisboa, rodea y dobla el cabo de Buena Esperanza el 22 de Noviembre. — Juan Cabot á Terranova.
1498. 20 de Mayo, Vasco de Gama arriba á Calicut. — Segundo viaje de Cabot. — Tercera partida de Colón, 30 de Mayo.
1499. Alonso de Hojeda y Vespucci, Peralonso Niño y Cristóbal Guerra en las costas de Guyana y de Venezuela.
1500. Vicente Yáñez Pinzón y Vespucci en la desembocadura del Amazonas; Diego de Lepe y Rodrigo de Bastidas exploran los mismos sitios. — Pedrálvarez Cabral toca tierra el 22 de Abril en la Santa Cruz, después va á las Indias por el Cabo. — Primer mapa del Nuevo Mundo por Juan de la Cosa.

1501. Amerigo Vespucci en las costas del Brasil.
1502. Miguel Cortereal se pierde en el Salvador. — 9 de Mayo, cuarta partida de Colón, vuelve el 28 de Junio de 1504. — Segundo viaje de Vasco de Gama, descubrimiento de las Seychelles.
1503. Cuarto viaje de Vespucci. Alburquerque á las Indias.
1505. Almeida á las Indias.
1507. El Nuevo Mundo llamado América por primera vez.
1508. Vicente Pinzón en la costa del Yucatán. — Sebastián Cabot explora el norte del Labrador.
1509. Los Portugueses en Ceylán, Sumatra y Malacca.
1510. Alburquerque ocupa á Goa, después á Malacca en 1511.
1512. Los Portugueses en las Molucas.
1513. 25 Septiembre, Balboa toma posesión del mar del Sud. — Ponce de León rodea la Florida. — Alburquerque visita el mar Rojo.
1515. Juan Díaz de Solís en el río de la Plata. — Barcos mercaderes portugueses á China. — Toma de Ormuz.
1519. Alonso de Pineda en la desembocadura del Mississippi. — Cortés desembarca en Vera-Cruz el 21 de Marzo y llega el 8 de Noviembre á Méjico. — 20 de Septiembre, partida de Magallanes.
1520. Magallanes pasa el estrecho desde el 21 de Octubre al 28 de Noviembre.
1521. Magallanes encuentra una primera isla el 4 de Febrero; llega á las Filipinas el 16 de Marzo; muere el 27 de Abril.
1522. 6 de Septiembre, Sebastián del Cano entra en Sanlúcar.

Los informes que se tienen sobre la vida de los navegantes de aquella época son asaz incompletos. Ignórase generalmente su origen; muchos de ellos perecieron miserablemente á causa de la ingratitud de sus señores.

Bartolomé Díaz, subalterno de Cabral, pereció con cuatro embarcaciones de la expedición doblando el cabo de Buena Esperanza. Vasco de Gama, nacido en 1469, fué despachado después de su segundo viaje á las Indias, en 1503, y no fué llamado nuevamente

hasta 1524; murió al llegar á Cochin. ALBURQUERQUE, nacido en 1453, uno de los menos injustos entre esos conquistadores, cayó en desgracia después de una larga serie de victorias y murió de pesar en Goa, en 1515. El mismo año murieron, en Cuba PONCE DE LEÓN, en Haití ALONSO DE HOJEDA y en la Plata DÍAZ DE SOLÍS. PEDRO DE COVILHAO fué como embajador á la India y á Abisinia, se instaló en este último país y en él murió á una edad muy avanzada.





DESCUBRIMIENTO DE LA TIERRA

¡ Cuántas veces la ciencia de los libros fué la causa de un retraso y hasta de un retroceso en la ciencia de los hechos !

CAPÍTULO X

CAMBIO DE EQUILIBRIO EN EL MEDITERRÁNEO. — SANTA HERMANDAD.
ESTADO DE LOS CONOCIMIENTOS GEOGRÁFICOS.
MAPAS, DERROTEROS, PORTULANOS. — AFRICA, DESDE MADERA AL CABO DE LAS TORMENTAS. — OBSESIÓN DEL NUEVO MUNDO.
COLÓN EN LAS INDIAS OCCIDENTALES.
COSTAS DE LAS DOS AMÉRICAS. — DIVISIÓN DEL MUNDO.
AMERIGO VESPUCCI.
CUESTIÓN DEL ESTRECHO. — RUTAS DE LAS INDIAS ORIENTALES.
PRIMERA CIRCUNNAVEGACIÓN DE LA TIERRA.

POR una especie de compensación, el triunfo de los cristianos en el occidente de Europa respondía á su derrota en las comarcas orientales. Las situaciones se aclaraban por ambas partes: mientras que al Este los Turcos, pertenecientes á un tronco de poblaciones asiáticas muy diferente del de los grandes

pueblos de Europa, se arraigaban fuertemente sobre el suelo del continente, precisamente en aquel de sus puntos vivos cuya posición geográfica presenta más ventajas naturales, los conquistadores de diversas razas agrupadas en España bajo el nombre de «Arabes» se preparaban á abandonar la península y á pasar otra vez ese estrecho de Gibraltar, que, como el Bósforo, constituye uno de los rasgos más esenciales en la historia del planeta. Producíase un cambio de equilibrio semejante al de los platillos de una balanza. Como faltaban sucesivamente á Europa los caminos orientales, se imponía la necesidad de un camino occidental: rechazados del mar Rojo, del golfo Pérsico y del mar Negro, los navegantes del Mediterráneo se veían atraídos hacia el Océano, y el descubrimiento del Nuevo Mundo se hacía necesario.

Pudo parecer en un principio que, en el conjunto del desarrollo humano, las pérdidas superarían en proporciones enormes sobre las ventajas. La toma de la segunda Roma que, después de tantos siglos, se elevaba como un faro del lado de Oriente, parecía que había de coincidir con el abandono definitivo de las comarcas lejanas de donde la humanidad consciente había recibido su primera civilización; todo el territorio donde se había desarrollado la historia parcialmente legendaria de las primeras edades, quedaba para lo sucesivo vedado á los Occidentales, y no sólo aquella tumba que para los cristianos era el signo representativo de la redención celeste, sino también todas las tierras clásicas donde nacieron los mitos primitivos del paraíso y del diluvio, de la reunión y de la dispersión de los pueblos, del paso del mar Rojo y de la estancia en el desierto. Después, con Irania, Armenia y Caldea, debían quedar también vedadas al Europeo Siria, Egipto y el Asia Menor, y la mayor parte del mundo griego, quizá ese mundo por completo, con los lugares sagrados de Atenas, de Maratón, de Salamina, con las islas y los valles donde nacieron los dioses del Olimpo, quedaban separados del territorio legado á los herederos de su civilización. ¡La humanidad consciente había perdido la ceniza de sus abuelos!

Es indudable que el interés de los mismos príncipes musulmanes les obligaba á no romper las relaciones comerciales que les ligaban á los pueblos occidentales, y el hilo de oro que de ciudad en ciudad unía los pueblos del Atlántico á los del Océano Indico y del Pacífico no se rompió completamente nunca. Durante un siglo después de la toma de Constantinopla, los Venecianos conservaron posesiones en el Mediterráneo oriental, y los Genoveses, aun habiendo perdido el dominio directo de Kaffa, en Crimea, trataron al menos de conservar la línea de mercados que protegía una serie de «castillos genoveses» á través de los montes del Cáucaso y hasta Armenia y á las puertas del Irán. ¡Pero cuántas vergüenzas y cuántas miserias tuvieron que sufrir para conservar ese resto de tráfico que disminuía de año en año! Considerado el hecho en su conjunto fué un bien para la Europa viviente, como si la tierra misma que sostenía los caminos de la India hubiese desaparecido. Hasta podía preguntarse si la muerte histórica había de herir también al Mediterráneo. Los hombres y los dioses mueren; lo mismo sucede á las tierras y á las aguas. Así el «mar Interior», que había sido el mar por excelencia, desde los tiempos míticos en que los Cretenses dominaban sobre las olas, es decir, desde miles de años, el admirable lago en cuyo rededor se habían sentado los pueblos formando anfiteatro, desde Tiro á Cartago y á Siracusa, el inmenso dominio líquido, el «gran mar», se hallaba inutilizado, suprimido por decirlo así, entre los Turcos del Norte y del Este, que habían desprendido de él el mar Negro, el Archipiélago y los mares de Creta, de Siria y de Egipto, y los Arabes pastores que ocupaban las costas meridionales. Sus aguas iban quizá á quedar desiertas, como lo habían quedado las tierras litorales, de las cuales los caballos de Oriente con sus cascos habían desarraigado la hierba.

De ese modo, las repúblicas comerciales de la Italia septentrional, las más amenazadas por esa aproximación de la muerte, habían de esforzarse más que los otros países para librarse de la opresión del cadáver, para rechazar lejos de sí su peso abrumador. Pero ¿cómo librarse de tan grave peligro? El primer sentimiento, el de la resistencia impulsiva, excitaba á los actores y transmisores del comercio mundial á reaccionar por la violencia, por formidables ataques contra los invasores musulmanes. Se pensó hasta en renovar el movimiento de las cruzadas, y el papa Pío II trató de reconducir á esta vía de combate todas las fuerzas de la Iglesia; se

cambiaron muchas promesas, pero, al final del siglo XV, se revelaban en toda la cristiandad los signos precursores del gran cisma protestante, y los Estados del Norte, vueltos hacia el Océano, gozando de sus libres comunicaciones comerciales unos con otros, daban escasa importancia á los intereses puramente italianos como parecía serlo la conservación de las antiguas vías del tráfico internacional. La única tentativa que tomó forma fué el envío, por el rey de Francia Carlos XII, de una veintena de galeras hacia el mar Egeo, que terminó en un fracaso completo delante de Metelin. Las repúblicas de Italia tuvieron, pues, que acomodarse lo mejor que pudieron al nuevo orden de cosas, haciendo su paz con el Gran señor y aprovechándose de alguna abertura que le convenía dejar en el inmenso contorno del bloqueo á la vez marítimo y continental.

Surgieron grandes proyectos para conjurar el destino. Venecia tomó los planos del faraón Niko y del árabe Amru para romper el istmo de Suez y abrir una puerta directa entre el Mediterráneo y el Océano Indico por el mar Rojo[1]. Después, en el siglo XVI, bajo León X, Paolo Centurione, adelantándose á las empresas del siglo XX, fué en embajada á Moscou para animar al czar á establecer relaciones seguidas entre el Caspio y las Indias por la vía del Oxus y del Afghanistán[2]. Pero no habían llegado aún los tiempos para esos grandes trabajos.

Siguiendo la ley del menor esfuerzo, las fuerzas vivas de Italia, que no encontraban ya empleo en Oriente, trataban de dirigirse hacia Occidente, y los mejores entre los marinos y pilotos, es decir, en esta ocasión los más atrevidos y los más aventureros, fueron á buscar fortuna á los puertos del Océano, á Sevilla, á Lisboa y hasta Bristol. Como la industria mayor de las repúblicas italianas era el tráfico de géneros y mercancías, los marinos, que habían llegado á ser demasiado numerosos para su profesión, recorrían los puertos ofreciendo sus servicios á los poderosos. Hasta se llegó á dirigirse en sentido inverso del exodo general, hacia aquella misma Constantinopla, cuyos caminos del Asia acababa de cortar el nuevo emperador.

[1] Rinaldo Fulin, *Archivio Veneto*, 1879.
[2] Aldo Blessich, *Il progresso ferroviario asiatico*, ps. 5 y 6.

Los Venecianos, aislados en el fondo de su golfo que se abre hacia el Oriente, experimentaron grandes dificultades por el abandono de los antiguos caminos, en tanto que Génova se volvió fácilmente, cuando por el nuevo giro del mundo comercial se vió obligada la navegación á seguir los grandes caminos oceánicos, partiendo de los puertos poco distantes del estrecho de Gibraltar



Documento comunicado por la Sra. Astier.

MADERA, VISTA DE FUNCHAL

para ramificarse al Norte, al Oeste y al Sud hacia el Nuevo Mundo y hacia las Indias. Es, pues, natural que los navegantes que tuvieron la mayor participación en el descubrimiento del doble continente del Oeste, Colón, los exploradores de las Antillas y de la «costa Firme», Cabot ó Gabotto, el primer visitante de la América del Norte después de los Normandos, fueran uno y otro hijos de Génova, aunque el último, nacido quizá en Gaeta, fuese también ciudadano de Venecia[1].

[1] D'Avezac; Gribaudi, *Revista Geog. Ital.*, 1904.

Evidentemente iba á cambiarse el antiguo instrumental de la geografía europea al mismo tiempo que la historia. El mundo civilizado debía crearse nuevos órganos para el comercio, por faltarle el que hasta entonces le había servido: después de las islas del Archipiélago y de Creta, después de Chipre, los islotes y ensenadas del litoral sirio, después de las buenas calas del litoral asiático, los estrechos y los mares cerrados de Tracia, las mil escotaduras de Grecia y los puertos de Italia, naturales ó artificiales, el continente europeo se daba entonces en la península Ibérica como un miembro nuevo para hacer que á él convergieran las corrientes de entrada y salida con los países de ultramar. España y Portugal habían de obtener á su vez, pero por un tiempo relativamente breve, apenas un instante en la historia de la civilización, la primacía comercial, y hasta reunir como en una sola las dos grandes vías mundiales del Mediterráneo y del Atlántico.

El territorio portugués se preparó el primero para su acción geográfica; España no estuvo dispuesta hasta el fin del siglo XV, cuando hubo constituído su unidad política definitiva. Esa unidad se manifestó exteriormente por la consolidación en un solo reino de los Estados de Aragón y de Castilla, en manos de una real pareja que obraba en un mismo impulso de tenaz voluntad; pero de una manera íntima y profunda, la unidad verdadera había tenido por causa la asociación, la «santa fraternidad» *(santa hermandad)* de las ciudades y de los distritos rurales para la conservación y defensa de sus derechos, de su libertad y de la paz doméstica contra toda opresión de los nobles y toda violencia perpetrada por los caballeros. La alianza de las ciudades puso un término á esta incoherente dominación de los señores que había sostenido durante mucho tiempo la guerra civil; pero la nación industriosa que se levantaba de ese modo constituyendo la burguesía enfrente de la nobleza, no se sentía asaz fuerte para obrar sola: se apoyaba por un lado sobre la monarquía conquistadora de Fernando é Isabel, por otro sobre la Iglesia católica, enemiga encarnizada de los Judíos y de los Moros.

Jamás se vió mezclarse de una manera tan estrecha, en una gran crisis social, elementos tan diversos, comprendiendo á la vez fermentos de feliz transformación para el desarrollo de la nación en fuerza y en vitalidad, y gérmenes de destrucción que arrastraban consigo, si no la muerte, á lo menos una larga asfixia. Los elementos de vida, suministrados por la liga fraternal de las ciudades, dieron á España, aunque tan desunida desde el punto de vista provincial, una notable solidez frente al resto de Europa; los elementos de muerte consistieron en ceder la autoridad á la monarquía centralizada y sobre todo á la Iglesia «infalible». Esa libertad, que las ciudades habían reivindicado victoriosamente contra los nobles, fué sacrificada en beneficio de otros dueños: hasta el nombre de «Santa Hermandad», que fué el de la federación de las ciudades libres, llegó á ser, por una sangrienta ironía, la designación del tribunal feroz de los inquisidores.

Por el juego de todas esas energías combinadas, el mismo año (1492) que vió la toma de Granada, último punto de España ocupado por los Moros, y el desembarco de Colón en las Bahama, vió también la expulsión de ciento setenta mil Judíos, cuya inteligencia en los negocios, actividad comercial y conocimientos científicos, les habían hecho los verdaderos iniciadores de la naciente burguesía. A esta medida de expulsión general tomada contra los Judíos, sucedió pronto un decreto análogo lanzado contra los Moros. No puede menos de hacerse notar la gran diferencia, desde el punto de vista moral, existente entre la conducta de los soberanos de España y la de los sultanes de Turquía: Mahomed II, apenas entrado en Constantinopla, llamó á su presencia al preboste de los Genoveses para ocuparse con él, antes de todo acto administrativo, de asegurar las medidas necesarias para la libertad individual y colectiva de los cristianos.

El año 1492 fué, pues, una de las grandes fechas de la historia geográfica, el año en que se hizo el segundo descubrimiento del Nuevo Mundo, esta vez definitivo. En aquella fecha la hidrografía de los mares europeos era ya bastante conocida para que el piloto Pedro García pudiera intentar, desde 1483, la redacción de un «Gran itinerario y pilotaje y enseñanza para anclar tanto en los puertos y abras como en otros lugares del mar... tanto de las partes de Francia, Bretaña, Inglaterra, España, Flandes y alta Alemania».

García, dice Ferrando, de origen español, como su nombre lo indica, vivía en Vendée en el puerto de Saint-Gilles-sur-Vie, y los informes que suplieron á su propia experiencia le venían principalmente de los pilotos de los puertos comprendidos entre Honfleur y «Tout Brouage». Ese precioso documento, debido á los «maestros expertos del noble, sutilísimo, hábil, cortés, atrevido y peligroso arte y oficio del mar», fué publicado en numerosas ediciones francesas é inglesas; y durante más de dos siglos no vino á reemplazarle ningún libro en ningún idioma [1].

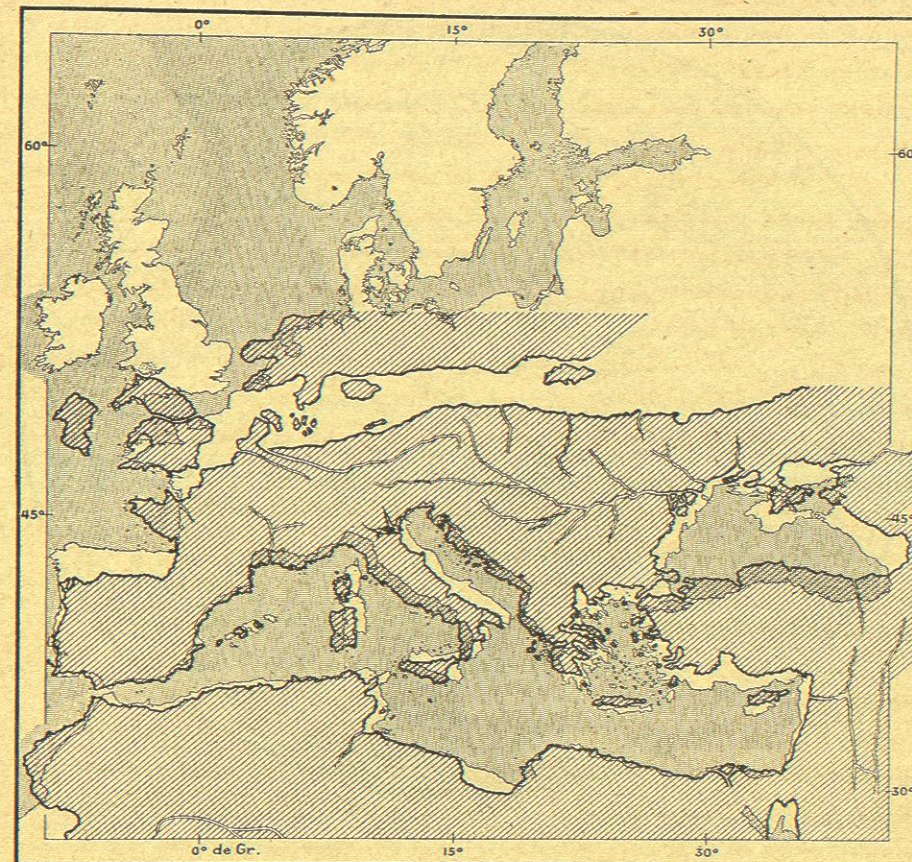
A falta de «itinerarios», los mapas y las cartas de marear del Mediterráneo trazadas por los súbditos italianos, provenzales, catalanes, mahoneses y mallorquines eran también muy numerosos, y los mapas llegados hasta nosotros hacen resaltar este hecho extraño: de un lado la precisión verdaderamente admirable del dibujo, de la orientación, de las distancias y de todos los detalles de las costas [2], del otro los errores groseros en la dirección de los ríos y de las montañas, en la evaluación de las distancias terrestres. Mírese el mapa de Juan de Carignan que data próximamente del año 1300: todo en él es lamentable ignorancia fuera del trazado notablemente exacto de las cuencas que se suceden desde el estrecho de Gibraltar á los montes del Cáucaso, bien conocidos, gracias á la multiplicidad de las travesías que habían sido efectuadas en todos sentidos.

Por una singular extrañeza, el progreso de la ciencia de los libros tuvo ciertamente por consecuencia un retroceso en el arte de la navegación. La fe realmente religiosa que despertaban las obras de los antiguos había de crear supersticiones, y con frecuencia hacía prevalecer ideas falsas, tomadas de la Antigüedad, sobre conocimientos ya precisados por los observadores de la Edad Media. Así ocurrió que cuando las obras de Ptolomeo se hallaron en su forma primitiva, en manos de geógrafos y navegantes al principio del siglo XV, el Mediterráneo volvió á tomar en los mapas una forma incorrecta que se perpetuó aún en las cartas de marear y en los atlas hasta principios del siglo XVIII [3].

[1] A. Pawlowski, *Bull. de la Soc. de Géogr. Com. de Bordeaux*, 17 Febrero 1902.
[2] La Reveillère, *La Conquête de l'Océan*.
[3] Joachim Lelewell, *Géographie du Moyen âge*; Cosimo Bertacchi, *Soc. Geogr. Italiana*, Septiembre 1900, p. 759.

En el oriente de Europa, por no haber sido completamente exploradas las tierras asiáticas, faltaba mucho para que fueran conocidas, aunque á lo menos se conocía su repartición en sus grandes

N.º 356. Europa y Mediterráneo, según Juan de Carignan.



Los dos trazados, el del mapa de fondo (Bosquejo Mercator, escala ecuatorial de 1 á 50 000 000) y el del mapa de Juan de Carignan, en el que las tierras están cubiertas de un rayado, han sido superpuestos tomando Lisboa y el ángulo sud-oriental del Mediterráneo como puntos de apoyo.

rasgos. Los mercaderes venecianos y genoveses, los legados de los reyes y de los papas habían visitado el Asia central, la Mongolia y la China, mientras que los Arabes y los Malayos, que habían contorneado las penínsulas índicas, se habían encontrado con los

Italianos llegados por tierra en la suntuosa ciudad de «Quinsay», que era entonces el mayor mercado del mundo. Viajeros de Europa, frailes, aventureros ó traficantes, habían visitado también las

N.º 357. Mapa del Mundo, según Fra Mauro.



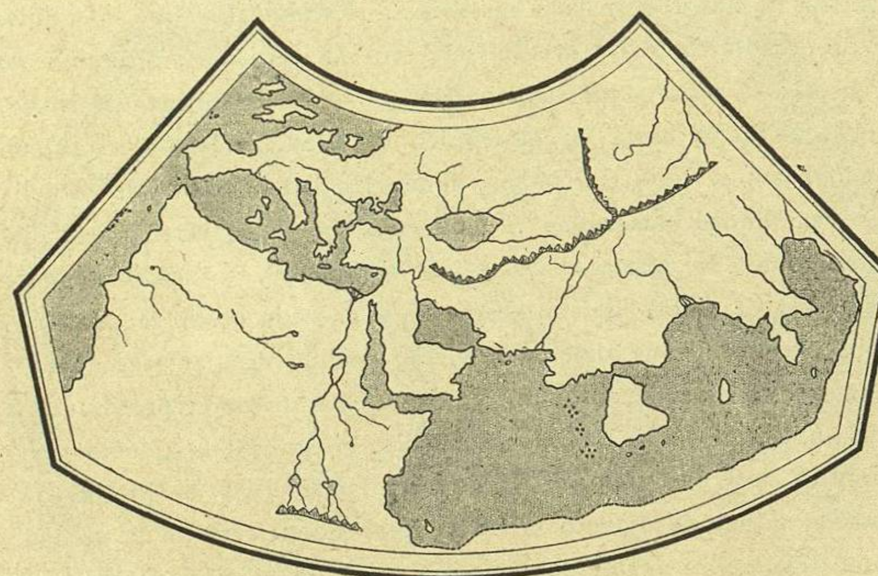
El original del mapa de Fra Mauro tiene un diámetro de 0'675; el Sud está arriba (véase la reconstitución de Kupka en la cabecera del capítulo). Esta reproducción está orientada según el uso actual y simplificada de conformidad con Carlo Errera, *L'epoca delle grandi Scoperte geografiche.*

islas y las penínsulas meridionales de Asia, entonces misteriosa, «donde se cría la pimienta», especia tan necesaria en aquella época, por la mala calidad de la carne, frecuentemente corrompida, con que se alimentaba el pueblo, y cuyo mal gusto era necesario disimular [1].

[1] W. Denton, *England in the fifteenth Century*, p. 206.

Algunos de esos viajeros, Pordenone, Mandeville, Schitbergen, tenían bastante literatura para referir con mayor ó menor sinceridad las maravillas de aquellas lejanas comarcas.

En cuanto al Africa, las cartas de marear del Mediterráneo, á falta de relatos detallados, atestiguan también que los mercaderes del Mediodía de Europa poseían muchos informes sobre el interior del «continente negro». El mapa de *fra Mauro*, que adornaba un palacio de Venecia desde mediados del siglo XIV, indica las mon-



EL MUNDO SEGÚN CLAUDIO PTOLOMEO, SIGLO II

tañas y los ríos de la Etiopía con relativa precisión. Otro mapa, de origen catalán, construído en el año 1375, prueba que ya existían relaciones entre Barcelona y la Mauritania; en él se leen los nombres de Biskra, del Touât, de Tombuctu y de algunos otros puntos; están trazadas las rutas de las caravanas, y los Tuaregs se representan con la cara cubierta y montados en camellos. En los escritos de la época se habla de viajes hechos más allá del desierto hasta la Sudania.

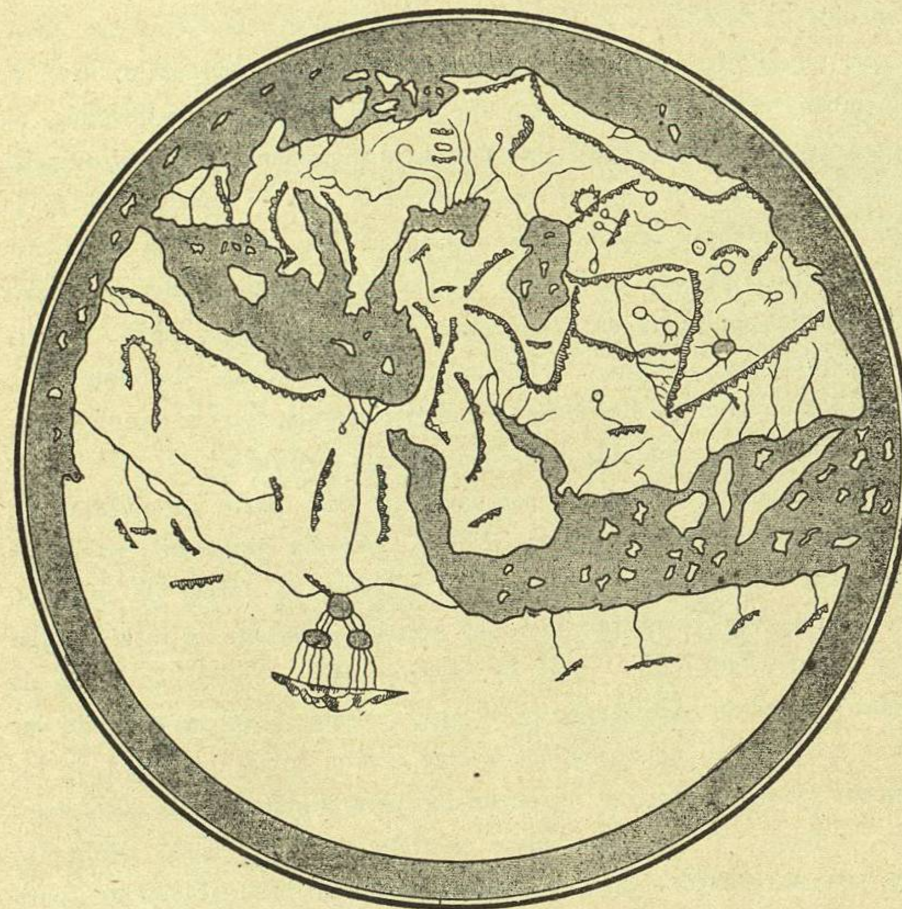
Los Arabes, á quienes los monzones llevaban alternativamente de una orilla á otra en el Océano Indico, sabían aprovecharse también de las brisas diarias y de los vientos generales sobre las

costas orientales del Africa, cuya verdadera forma les era indudablemente conocida. Massudi, en la primera mitad del siglo II, describe el aspecto verdadero de esas orillas; sin embargo, admira ver en el mapa, muy posterior, de Edrisi, preciosamente conservado en Oxford, el extraño trazado que aquel erudito de la corte de Roger II, el rey normando de Sicilia, da del litoral africano del mar de las Indias. Ese dibujo es verdaderamente incomprensible en pleno siglo XII, en una época en que, á lo menos hacía ya cuatrocientos años, los marinos árabes hacían regularmente escala en Melinda, en Mombase, en la isla de Zanzíbar y hasta en Sofala. Es imposible que no hubiesen observado en sus travesías cuál era la verdadera dirección de las costas; es seguro que habían visto el sol en el trópico del Norte, en el ecuador y hasta en el trópico del Sud, puesto que habían llegado hasta el cabo Corrientes, donde les había espantado el peligroso remolino de las aguas [1]. Conocían, pues, la forma general del Océano Indico lo mismo al Oeste que al Norte, y á ellos debió después Vasco de Gama la fácil orientación hacia la costa del Malabar. Sí, los marinos y los viajeros hubieran podido dibujar más aproximadamente el contorno oriental del continente africano; pero muchos sabios, apoyándose en su misma ciencia, creían deber atenerse á la ignorancia antigua: teniendo á la vista las «tablas de Ptolomeo», aceptaban aquel documento como la expresión cierta de la verdad; entre el testimonio de los contemporáneos y los escritos de los Griegos, consagrados por el tiempo, no dudaban. ¡Cuántas veces la ciencia de los libros fué la causa de un retraso y hasta de una regresión en la ciencia de los hechos!

Al occidente del Africa, Arabes, Genoveses y Portugueses habían penetrado en las aguas atlánticas, guiados indudablemente en sus investigaciones por los recuerdos de la antigüedad fenicia, griega y latina. Unos marinos genoveses, cuyo nombre se ignora, descubrieron el grupo de islas más inmediato á Europa, y la tierra mayor de ese archipiélago recibió la denominación de Legnamo, traducida después por los Portugueses en la de Madera, actualmente inmerecida. En la misma época, es decir, á mediados del siglo XIV, fué hallado

[1] Oscar Peschel, *Geschichte der Entdeckungen.*

por otros Genoveses el archipiélago de las Azores; un mapa de 1351 indica ya todas las islas, una de las cuales, San Zorzo, estaba ya designada con el nombre del patrón de la república ligura, en tanto que otra tierra, la Terceira actual, se le nombra Brazi ó Brasi — nombre de una ó varias plantas tintóreas —, denominación miste-



EL MUNDO SEGÚN EDRISI, 1099-1164

riosa que no cesó de viajar sobre los mapas en la dirección del Oeste, hasta que sirvió para designar fijamente la mitad occidental del gran continente sud-americano.

En cuanto á las Canarias, más aproximadas á la tierra de Africa y conservadas en la memoria de los hombres por los escritos de los antiguos, habían sido indudablemente halladas de nuevo antes de aquella época, á lo menos en la primera mitad del siglo XIV. Una

expedición genovesa, probablemente anterior al año 1341, habla de las Canarias como tierra «nuevamente descubierta» recientemente, sin duda, como piensa justamente D'Avezac, por uno de esos caballeros normandos que se hallaban á la sazón en toda la furia de sus aventureras conquistas [1]: el Genovés que edificó un «castillo» en la isla de Lanzarote, probablemente al final del siglo XIII, era un Lancelot de Maloisel, cuyo nombre, modificado á la Genovesa, llegó á ser, en la historia de la República, «Lancilote de Maloxilo»; la isla misma recibió también esta denominación. Un siglo después, en 1402, otro Normando, pero éste venido directamente de su provincia, Juan de Bethencourt, partió de la Rochela con 53 compañeros de la Francia occidental, desembarcó en Lanzarote y comenzó la ocupación del archipiélago por la corona de Castilla. Después de peripecias diversas, la conquista se realizó con gran daño de la bella é inteligente población indígena, llamada de los Guanches, probablemente emparentada con los Bereberes de la Mauritania, y «que una evangelización bien conducida hizo desaparecer pronto» [2].

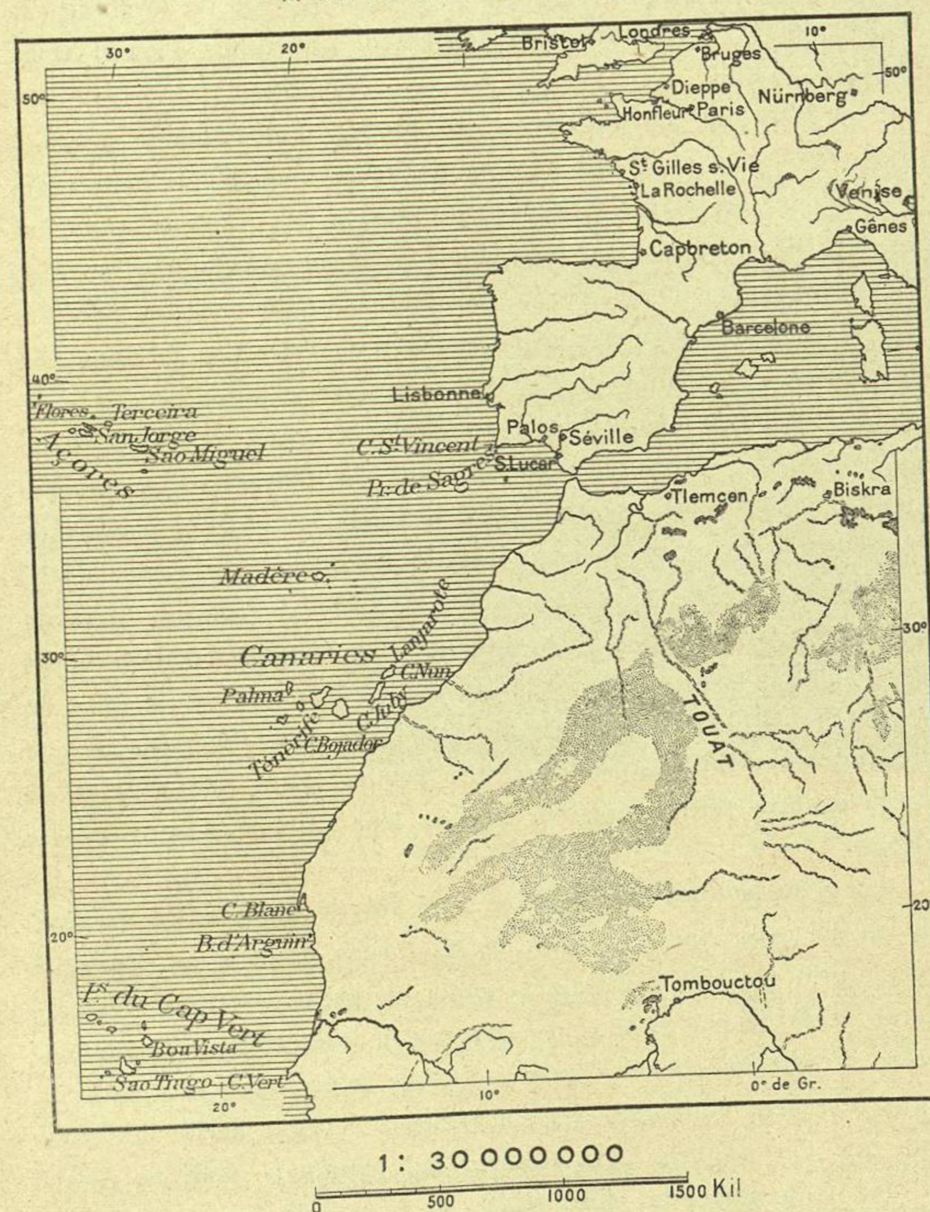
Esos insulares habían conservado en gran parte su civilización, remotamente influída por la de Egipto; todavía pintaban jeroglíficos sobre sus rocas y conservaban sus muertos en forma de momias. Sus costumbres y sus instituciones atestiguaban una cultura antigua muy desarrollada, que hubo de retrogradar á consecuencia de la escasa extensión del territorio en que estaba acantonada y de las duras condiciones aristocráticas á que estaba sometida. Una de las pruebas más notables del retroceso de los Guanches era la falta absoluta de barcos y hasta de balsas en todo el archipiélago. En tanto que sus antepasados habían equipado flotas indudablemente para dirigirse desde el continente á las islas, ellos mismos no podían navegar de una á otra de las tierras que se veían en el horizonte: se habían convertido en cautivos del Océano. Como decía una de sus tradiciones, el dios que les había colocado sobre aquella roca del mar, había acabado por olvidarles.

Los bárbaros españoles y normandos les hicieron ver otra vez la tierra de origen, pero como esclavos: vendieron la mayoría de

[1] *Nouvelles Annales des Voyages*, 1846.
[2] *Journal des Débats*, 26 de Diciembre de 1896.

los indígenas á los mercaderes de Marruecos, y en la actualidad no queda un solo Guanche de las Canarias, á excepción de los indivi-

N.º 358. Primeras costas descubiertas.



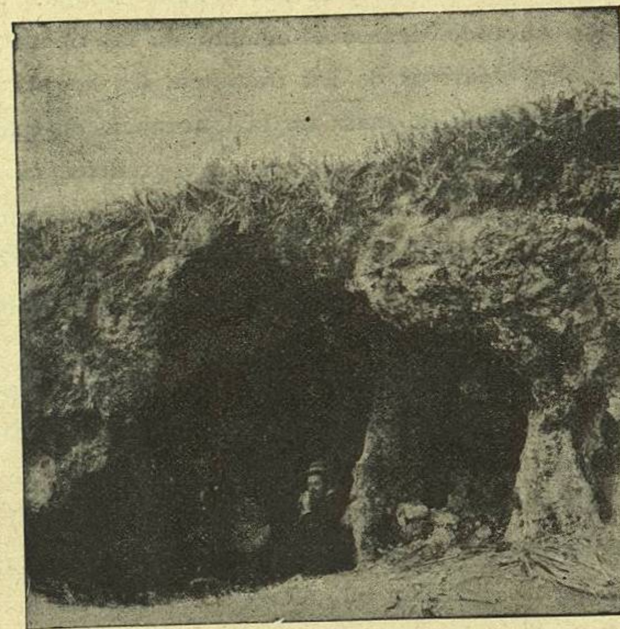
duos de raza cruzada, entre los cuales los etnólogos se esfuerzan en descubrir los rasgos y los indicios. Durante el siglo XV, los únicos objetos de tráfico, aparte del hombre, fueron la droga farmacéutica

sangre de drago y la orchilla, utilizada en tintorería. Sin embargo, las Canarias han adquirido gran valor como vivero natural para la transplantación al Nuevo Mundo de las especies preciosas del Antiguo: la caña de azúcar, el plátano y otras plantas de las Indias no se han hecho americanas hasta después de una estancia en el archipiélago canario.

La obra de descubrimiento se proseguía lentamente sobre la costa africana, y se comprende que así fuese, puesto que bajo aquellas latitudes las playas arenosas sólo pueden dar acceso á las inmensas soledades del Sahara. Además, se temía aventurarse hacia el ardiente ecuador, donde, según las antiguas tradiciones, el calor era tan fuerte que ningún organismo podía resistirle. Los marinos portugueses, que debían distinguirse después entre todos por su audacia, eran todavía al principio del siglo XV muy inferiores á los marineros de Génova, de Venecia ó de las Baleares, y cuando el infante D. Enrique, encargado, por su cualidad de gran maestre de la orden del Cristo, de las empresas de descubrimiento, se instaló en el promontorio de Sagres con sabios de todos los países, y fundó al lado de su castillo un observatorio, una escuela naval y reunió una rica biblioteca, cuando organizó lo que había de ser la obra de su vida, la exploración de la costa africana, tuvo que atraerse un cartógrafo de Mallorca, «el maestro Jacob», para que enseñase á los navegantes portugueses el arte de leer los mapas terrestres y celestes.

Antes de la toma de Ceuta, en 1415, los Portugueses no pasaban todavía del cabo Nun en el sud de Marruecos, es decir, el «no», el promontorio tras del cual parecía imposible pasar. Después transcurrieron cerca de veinte años de esfuerzos inútiles sin que se pudiera doblar el cabo Bojador, el «mugiente», que se prolonga á lo lejos por largos arrecifes, obligando á los marinos á navegar hacia alta mar, hasta que Gil Eannes, para alcanzar del infante D. Enrique gracia por una falta cometida, juró pasar el cabo Bojador. Cumplió su palabra en 1434, y entonces comenzó la serie rápida de los descubrimientos metódicamente realizados á lo largo del litoral, poniendo empeño cada navegante en ir más lejos que su predecesor. Gonçalez Baldaya descubre la bahía llamada actualmente Río de Oro, así

denominada por el polvo de oro que contiene; este descubrimiento inclinó hacia el príncipe la opinión pública, que antes le ridiculizaba y, en unión del clero, le oponía la Santa Escritura en prueba de que sus exploraciones no podrían tener éxito; entonces se comprendió que se tenía ya el camino de la India, «país natal de todo el oro» [1]. Nuno Tristão dobló en seguida el cabo Blanco, y pasó de la bahía de Arguin y sus ricos bancos de pescados. Las desiertas playas del Sahara se dejaron al Norte, y los navegantes alcanzaron ya costas pobladas de donde se extraían gomas y otros objetos preciosos y, por desgracia, también esclavos.



Documento comunicado por la Sra. Astier.

GRUTA ANTIGUAMENTE HABITADA POR LOS GUANCHES

Cerca de Las Palmas, Gran Canaria.

En 1445 Diniz Díaz hizo el gran descubrimiento del cabo Verde, al cual dió precisamente ese nombre para demostrar cuánto se habían engañado sus predecesores al atribuir á las comarcas tropicales una eterna aridez. Desde entonces los viajeros se arriesgaron con mayor audacia, debido á que otros Europeos se habían aventurado también en el interior, y que el conocimiento de la tierra completaba de ese modo el del mar en un mismo conjunto geográfico. Los desastres servían también para la experiencia de los marinos: Nuno Tristão y varios de sus compañeros murieron heridos por flechas envenenadas, y el resto de la tripulación huyó directamente por mar, sin ver el litoral en un solo punto hasta la llegada á las costas de Portugal.

[1] Winwood Reade, *The Martyrdome of Man.*

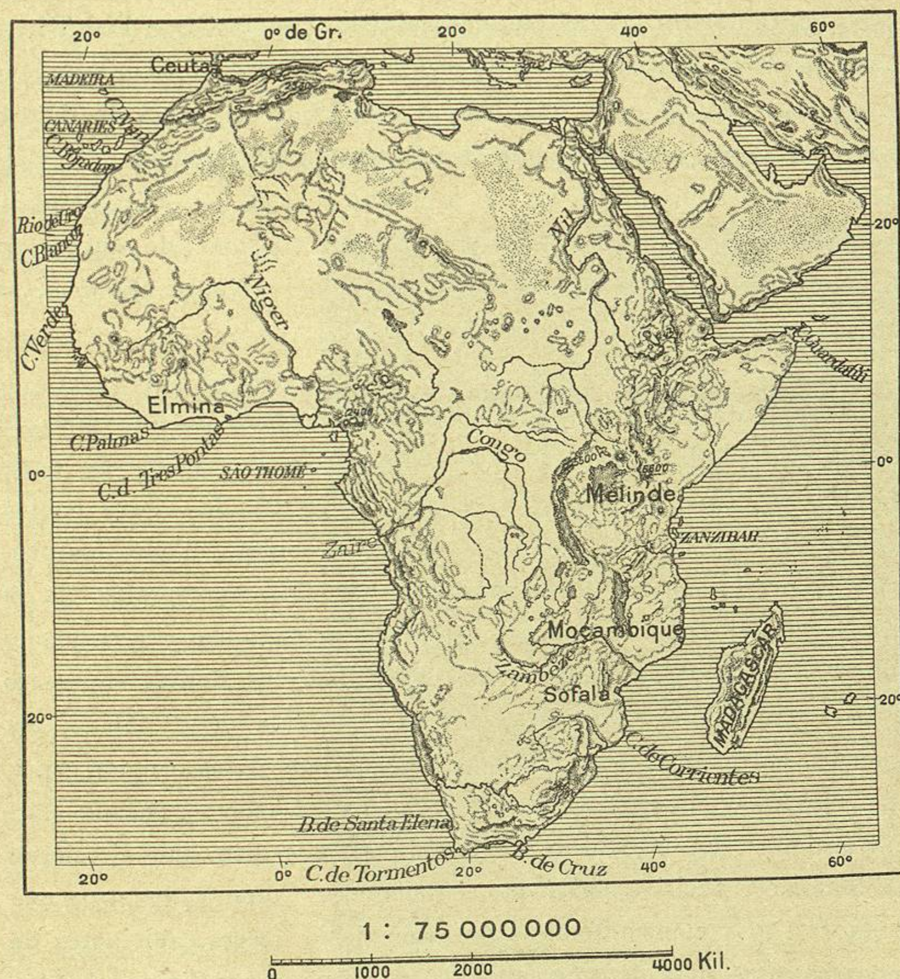
La muerte del príncipe Enrique, en 1460, no detuvo el impulso de los descubrimientos: los navegantes habían alcanzado ya la costa llamada hoy Sierra Leona, de donde trajeron tesoros; la avaricia bastaba por sí sola para conservar el ardor de los viajes.

Según las tradiciones normandas, los Diepenses estuvieron en competencia con los Portugueses; un «pequeño Dieppe» se elevó en la costa cerca de la portuguesa Elmina. Sin embargo, habiendo sido en todo tiempo el secreto de las operaciones uno de los principales objetivos de los tratantes, los negociantes de Dieppe fueron ellos mismos la causa de la ignorancia en que quedó el mundo respecto de sus descubrimientos geográficos, tanto sobre la costa americana como sobre la de Africa: ningún monumento escrito recuerda su gloria. Hay, pues, que limitarse á consignar este hecho, de orden general: los Diepenses tomaban gran parte en el comercio de los géneros venidos de Africa, especialmente en el de la malagueta ó pimienta africana, especia muy inferior á la pimienta índica.

Dom João, segundo de este nombre, prosiguió la obra del periplo africano con el mismo celo que el príncipe Enrique. Diogo Cão, franqueando el paso del Ecuador, alcanzó primeramente un gran río al que dió el nombre de río del Padrão ó «río del Pilar», á causa de la construcción que elevó sobre una punta de su desembocadura, en testimonio de su toma de posesión; ese gran caudal de agua, solamente excedido en abundancia por el Amazonas, es el Zaire ó Congo, cuyas tierras ribereñas ocuparon pronto los Portugueses. Antes de volver á Portugal, Diogo Cão navegó á lo largo de la costa hasta el 22° de latitud meridional, donde dejó otro pilar de espera (1485).

Su sucesor en la obra de circunnavegación africana, Bartolomé Díaz, elevó nuevos jalones sobre la costa africana hasta la bahía de Santa Elena (Saint-Helens), no lejos de la punta terminal de Africa, pero habiendo sido sorprendido por las tempestades, fué llevado lejos de las costas donde las olas, «más altas y más frías que en otras partes», se desarrollaban majestuosamente en la dirección del Este. Los navegantes comprendieron que habían dejado atrás el continente: navegaron primeramente al Este, después al Norte, y cuando alcanzaron la costa de Africa, en el punto en que se abre

N.° 359. Etapas del periplo africano.



Los puntos designados en el mapa fueron alcanzados en las fechas siguientes: 1434 Cabo Bojador, 1435 Río de Oro, 1441 Cabo Blanco, 1445 Cabo Verde, 1456 á 1462 costas hasta la proximidad del Cabo Palmas, 1470 Cabo de Tres Pontas y São Tomé, 1471 Elmina, 1484 desembocadura del Zaire, 1486 Bahía de Santa Elena, Cabo de las Tormentas y Bahía de Cruz (ó de Algoa).

En 1497, Vasco de Gama atraviesa el Atlántico de Norte á Sud, no toca tierra sino en la bahía de Santa Elena, dobla la punta de Africa denominada desde entonces Cabo de Buena Esperanza y llega á Zanzíbar y Melinda en 1498.

En 1500 llega á Tombuctu á través del desierto; en 1501 los Portugueses descubren las islas atlánticas de Santa Elena y de la Ascensión, en 1502 las Seychelles, en 1505 las Mascareñas, en 1506 Tristão de Acunha y Madagascar, llamada entonces San Lorenzo.

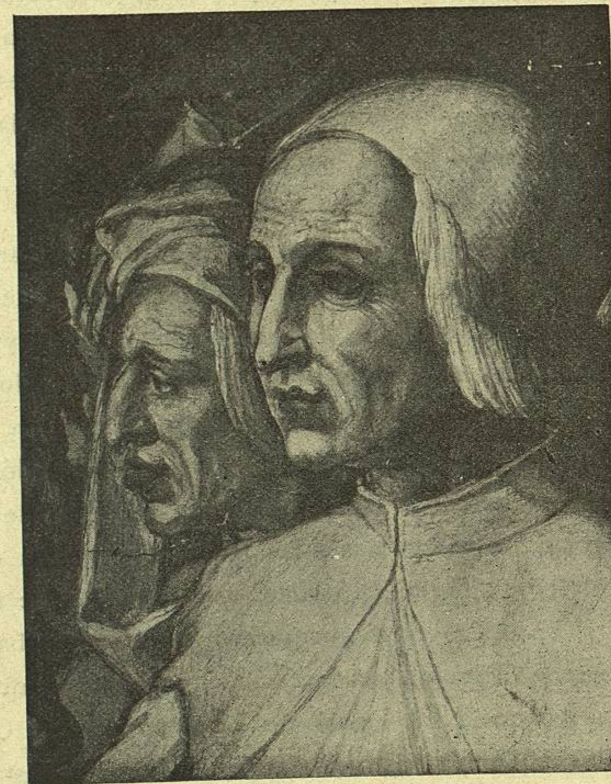
la bahía llamada actualmente de Algoa, observaron que el litoral tenía una dirección oriental con inflexión hacia el Norte (1487). El problema estaba resuelto y los navegantes podían volver á su patria. Sin embargo, Bartolomé Díaz consiguió que sus compañeros le per-

mitieran seguir aún tres días el litoral africano: llegó hasta la desembocadura del río De Infante, denominado después Great Fish River, y vió perderse la costa en la dirección del Nordeste; cuando estuvo de regreso ante el pilar que habían erigido en la bahía de Algoa, le abrazó «como un hijo», nos dice Barros en sus *Décadas*. El viaje hacia las Indias Orientales no fué proseguido hasta diez años después, y, en el intervalo, otro descubrimiento más considerable aún, el de las Indias Occidentales, ó por mejor decir, del «Nuevo Mundo», se verificó para gloria de España.

Al final del siglo XV, quinientos años después de los viajes de Bjornis y de Leif Erikson, el redescubrimiento de ese mundo occidental y la toma de posesión geográfica de toda la Tierra habían llegado á ser acontecimientos necesarios, inevitables. Todos los pensadores, presintiendo y preparando el porvenir, apresuraban ya la obra de la civilización, y los cartógrafos se adelantaban construyendo globos planetarios sobre los cuales dibujaban los límites supuestos de las tierras y los mares, sea según la tradición de Ptolomeo, sea según las narraciones y leyendas de los marinos ó sus propios caprichos. Los más famosos de esos globos, los del eslavo-germano Martín Behaim y del florentino Toscanelli, se nos dice que ejercieron una influencia decisiva sobre la resolución de Colón y de otros exploradores. La ciencia tomaba posesión de la Tierra, aun antes de conocerla; prescribía de antemano á sus obreros el trabajo que habían de ejecutar.

La obra de expansión de Europa á los otros continentes se proseguía de una manera desigual, con ó sin método, según los individuos y los medios políticos y sociales. Las leyendas más variadas relativas á los viajes de los marinos hacia los mares occidentales, los nombres de tierras insulares, míticas ó existentes, que aparecen en los mapas, prueban que hubo expediciones intentadas por espíritu de aventura, ó forzadas por la tempestad, verificadas hacia el gran Oeste. La religión, mezclada al recuerdo de los mitos platónicos, intervenía en esas investigaciones: se decía que siete obispos, desterrados por su fe, se habían refugiado á lo lejos en las inmensidades del Océano, y que allí habían descubierto siete islas dichosas, ó que

en una tierra afortunada habían fundado siete ciudades, las situadas hoy en el lago Das Sete Cidades, en la isla de São Miguel. Una leyenda irlandesa refería también que un fraile ferviente, San Brandan ó Brandaines, anduvo errante siete años de isla en isla á través del mar «viscoso» — recuerdo de las narraciones de Pytheas — hasta que los guías angelicales le condujeron á la «Buena Tierra», un paraíso donde los frutos nacían por todas partes para el placer del viajero. Por esa causa los mapas y los libros de la época mencionan todos una ó varias tierras de Brandan, que el descubrimiento de las islas del Cabo Verde y de las Azores rechazó mucho más allá, lo mismo que otras islas míticas, en lo desconocido de alta mar. Los mahometanos, durante su período de dominación en la península Ibérica, tuvieron también su parte en las aventuras oceánicas. Una tradición árabe habla de los padres Almaghmirin, los «Alucinados» ó los «Errantes», que partieron de Lisboa y descubrieron, en efecto, una isla, desde donde fueron inmediatamente conducidos, con los ojos vendados, hacia una costa desconocida, llegando finalmente al puerto marroquí de Safi: tal es el testimonio de Edrisi. Ibn Khaldun, escritor en 1377, imagina todavía que el «mar de las Tinieblas» es muy difícil de navegar «porque los vapores que



PAOLO DEL POZZO TOSCANELLI (1397-1482)
Y MARSILIO FICINO (1433-1499)

Tomado de un cuadro de G. Vasari en Florencia.

se elevan á la superficie del agua imposibilitan la navegación; en efecto, los rayos del sol, reflejados por la tierra, no alcanzan estas lejanas regiones» [1]. El vasto mar, abierto quizá á los santos, pasaba por no ser permitido á los hombres, como lo repite Dante en su *Nueva Comedia*, «Hércules ha plantado sus dos marcas sobre las orillas del estrecho para que nadie se atreva á rebasarlas».

Pero los intereses de Europa, y no solamente los de Portugal, exigían que el «mar de las Tinieblas» fuese también reconocido, que la redondez de la Tierra fuese explorada, y Lisboa, ya situada fuera de los límites naturales de Gibraltar y de Ceuta, ¿no era el punto de partida indicado para los futuros descubrimientos? Allí se dirigieron los marinos genoveses, quizá también algunos venecianos, á ofrecer sus servicios al rey de Portugal para el tráfico con Flandes é Inglaterra, lo mismo que para los viajes de descubrimiento hacia el Africa y sus islas. Al final del siglo XIII, fué un Genovés, Pezagno, al servicio al rey Diniz, el «Buen labrador», como gran almirante del reino. Dos siglos antes de Colón, dos galeras genovesas, equipadas á expensas de un Doria y de los hermanos Vivaldi, habían navegado hacia las Indias por la vía de Occidente, pero no volvieron: según D'Avezac, ese funesto viaje tuvo lugar hacia 1275.

En 1484, otro aventurero genovés estaba en Lisboa buscando fortuna. Era un marino hábil que había recorrido las regiones lejanas: conocía los mares de Levante, los de Canarias y hasta de la Guinea; había visto Inglaterra y llegado hasta Islandia. Lo que á la sazón se proponía era bogar directamente hacia las Indias, dirigiéndose al Oeste siguiendo la marcha del sol. «Puesto que la Tierra es redonda», decía con Pitágoras y Aristóteles, con todos los sabios de la época y con los cartógrafos que construían esferas celestes, «puesto que la Tierra es redonda, es natural singlar sobre su redondez á través de las olas del Océano Atlántico. Siguiendo esta vía, los barcos arribarán indefectiblemente á las costas orientales de Asia. El todo está en saber si las distancias son tales que sean infranqueables á una expedición equipada para uno ó dos meses de viaje».

En aquella época preparatoria de los grandes descubrimientos,

[1] Reinaud, *Aboulféda*, t. I, p. 265.

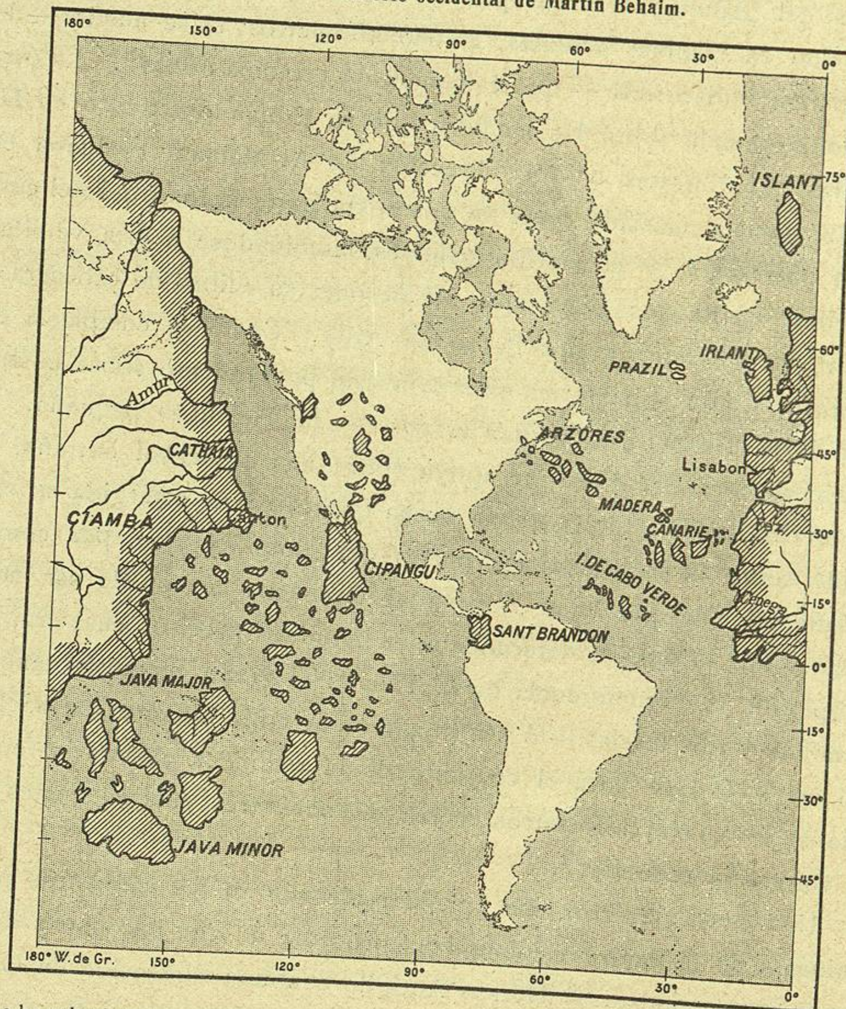
había entre los humanistas dos opiniones muy diferentes sobre el grandor real de la Tierra: una apoyada en la poderosa autoridad de Eratóstenes, daba á la circunferencia terrestre un desarrollo de 252,000 estadíos, superior cerca de una séptima parte á las dimensiones positivas del planeta; la cifra que había obtenido el Alejandrino da, traducido en medidas actuales, 46,000 kilómetros, si se admite — lo que parece indiscutible — que calculaba en estadíos áticos [1]. La otra opinión, fundada sobre las medidas que se habían practicado en las llanuras del Eufrates bajo la dirección de Al-Mamun, evaluaba en una distancia demasiado corta de una sexta parte la longitud del contorno planetario, y el marino genovés, ateniéndose á esta versión, confiando en un documento que fué después su «libro de cabecera», la *Imagen del mundo*, por Pedro de Ailly. Como se complacía en repetirlo, Colón daba forma precisa á este pensamiento sobre la medida de la Tierra: *¡El mundo es poco!* — la Tierra es pequeña. Y para corroborar su dicho, se apoya sobre una autoridad extraña, la del escriba judío Esdras, quien afirma que la tierra emergida se extiende sobre la seis séptimas partes del globo, y que, por consiguiente, el mar que baña Europa al Occidente no puede ser muy ancho. Por lo demás, determinaba en términos precisos cuál era, en su opinión, la circunferencia de la Tierra: el grado ecuatorial tendría 56 millas y dos tercias — ó sea (1,480 m. la milla romana) de 85 kil. 810 m., — lo que para el conjunto de la redondez planetaria, equivale á 30 792 000 kilómetros, cerca de unas tres cuartas partes de su verdadera redondez [2].

Una causa de error más considerable aún en los elementos preliminares de la empresa colombiana procedía de que los mapas de la época representaban el Mundo Antiguo con una dimensión de Oeste á Este muy superior á la realidad. En todas las cartas de marear, el eje longitudinal del Mediterráneo contaba 60 grados, mientras que en realidad es sólo de una tercera parte, y, respecto de las imágenes de Asia, se admitían las evaluaciones de Marinus de Tiro, según las cuales la anchura total del Mundo Antiguo, entre las islas Afortuna-

[1] E. H. Bunbury, *History of ancient Geography*, I, p. 622.— El estadío ático tiene unos 185 m.; el estadío de Eratóstenes descansa sobre un error de comentadores.
[2] Gabriel Gravier, *Société Normande de Géographie*, Enero-Marzo, 1902, p. 42.

das y la capital del país de la Seda, se extendería sobre un espacio de 225 grados, cerca de las dos terceras partes de la circunferencia terrestre. Verdad es que los Árabes habían aprendido á rectificar

N.º 360. Hemisferio occidental de Martín Behaim.



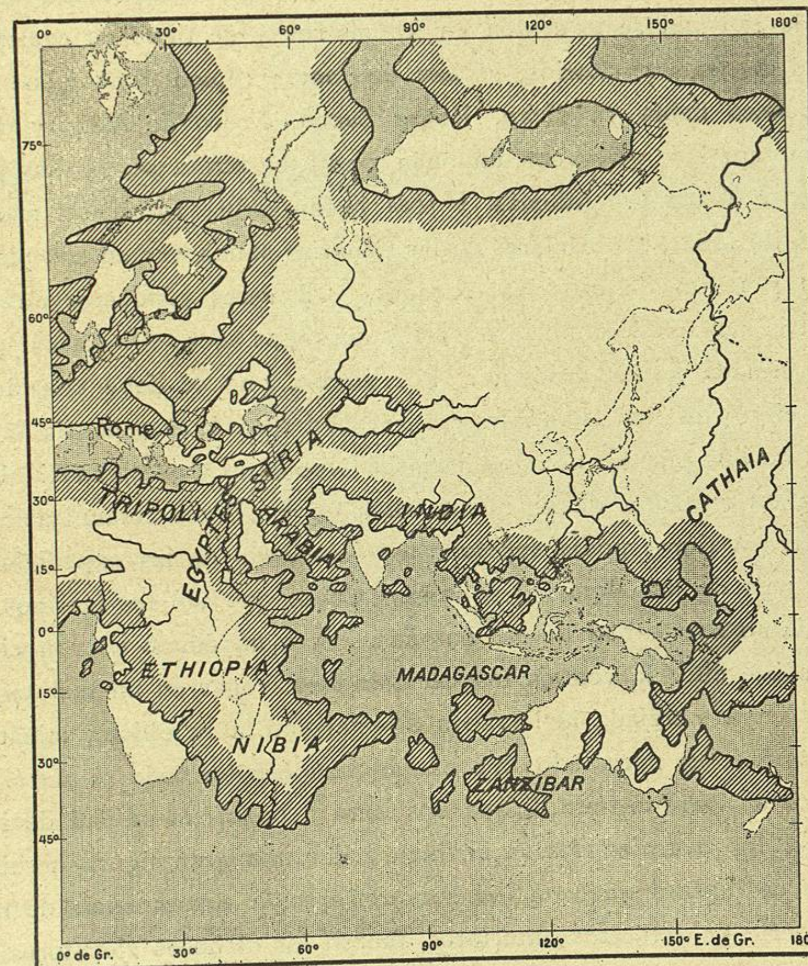
Se ha calcado sobre un mapa mundial Mercator, á la escala ecuatorial de 1 á 200 000 000, el dibujo del globo de Martín Behaim, sobreponiendo el meridiano de Greenwich de los dos trazados.

ese dibujo y retraían á 180 grados, y menos aún, 174[1], las dimensiones de la Eurasia, correcciones que no fueron aceptadas por los Behaim y los Toscanelli. Más aún, los geógrafos de la época, y con

[1] Oscar Peschel, *Zeitalter der Entdeckungen*, p. 94.

ellos Colón, interpretaban un detalle de los viajes de Marco Polo admitiendo que los 1,500 *li* de distancia entre la costa de la China y el archipiélago de Zipango ó Japón significaban otras tantas millas italianas — 1,480 metros en vez de 576 — : la gran dependencia insular

N.º 361. Hemisferio oriental de Martín Behaim.



El globo de Martín Behaim, conservado en la biblioteca de Nürnberg, tiene un diámetro de cerca de un metro. Su relieve continental está más cargado de detalles que esta reproducción. Los nombres están en el índice con su ortografía usual.

de Asia se hallaba así rechazada á lo lejos en el Océano, y el espacio franqueable partiendo de Europa hacia Oriente había disminuído otro tanto. Las dos hipótesis, una empequeñeciendo la circunferencia de la Tierra, otra engrandeciendo mucho la superficie del

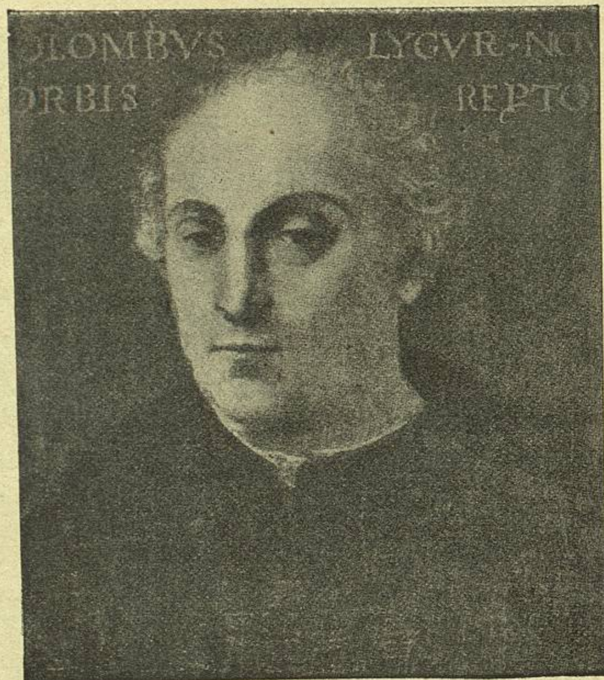
Mundo Antiguo y de sus islas orientales, servían igualmente á Colón para permitirle afirmar las escasas dimensiones relativas del Atlántico entre Europa y las Indias. En resumen, todos los errores acumulados falseaban radicalmente la distancia entre las Azores y el archipiélago Japonés. El globo de Behaim estima el error en unos 36°, décima parte de la circunferencia terrestre, que en realidad es de más de 180°; si se le evalúa en kilómetros y se tiene en cuenta la latitud de esos territorios, se han de contar 16,000 y no 3,000.

Séneca había ya dicho, Roger Bacon, Pedro de Ailly y otros habían repetido, que «con un buen viento bastarían pocos días para atravesar el mar». Además, y este hecho debía ayudar al marino en sus ilusiones, los insulares de las Canarias solían ver en sus playas frutos y ramas de especies extrañas, y á veces productos de una industria humana desconocida, y atribuían todos esos restos á una gran tierra situada hacia Occidente. Por último, ¿no se debe considerar como cierto que los Islandeses conservaban todavía la memoria de los viajes hechos por sus abuelos hacia el Groenland y el Vinland? Una simple interrupción de cincuenta años en las libres comunicaciones de tierra á tierra podía suprimir todo recuerdo de las expediciones en el país de las *Sagas*, y el mismo Colón que vió los marinos de Islandia no oyó hablar de sus hazañas. Pero háyalas ó no conocido, tuvo sobre ellos la ventaja inapreciable de navegar en un mar cuyas olas y cuya marejada le llevaban directamente á su objeto, mientras que los Viking normandos afrontaban tempestades todo el año [1].

Por un instinto natural que nos lleva á buscar la unidad de impresión, los historiadores se inclinan á dar una gran figura heroica, una virtud sobrehumana á los hombres que, á consecuencia de una larga serie de esfuerzos anteriores, fueron los dichosos ejecutores de una empresa de largos siglos de duración. Tantos intrépidos marinos se habían aventurado en el mar de las Tinieblas, tantos valerosos buscadores habían abandonado las costas conocidas para arrostrar las tempestades del gran Oeste, para el descubrimiento de islas y de costas lejanas, una suma tan prodigiosa de trabajos, de desgracias y de desastres estaba representada por todos esos viajes, que se

[1] Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Völkergrösse.*

sucedían de generación en generación, que el personaje en quien llega á concentrarse toda la radiación de la gloria colectiva toma necesariamente un carácter sobrehumano: se le cree más bien un dios que un hombre; aunque, por ciertos rasgos personales, no fuera superior al término medio de sus contemporáneos, y hasta pueda considerársele como inferior á algunos.



CRISTÓBAL COLÓN (1446? - 1506)
De un retrato del Museo de Como.

Las relaciones de la época nos dicen que Colón, obligado á huir de Portugal, donde se hallaba empeñado, tuvo que luchar penosamente para hacer que fuera acogido su proyecto por los soberanos de Castilla y de Aragón, Isabel y Fernando; mas para explicar esos trabajos no ha de perderse de vista que sus adversarios tenían razón contra él: que no descubrió lo que tenía la pretensión de encontrar, y lo que encontró no lo buscaba; la casualidad le dió un mentís que no quiso aceptar hasta su muerte, á pesar de las pruebas acumuladas en contrario.

El descubrimiento de que fué instrumento involuntario es aquel cuya realización había previsto Eratóstenes [1], anunciando que en la inmensidad de los mares que separan la Europa occidental del Asia oriental, se encontraría un segundo continente habitado. Colón desembarcó, no en las Indias, sino sobre aquellas tierras cuya denominación actual honra al piloto florentino que le siguió. La primera

[1] Strabon, libro I.

isla á que abordó, Guanahani, era sin la menor duda una de las Bahama sud-orientales, Cat-Island, Mayaguana, Samana ó cualquiera otra isla próxima; ninguno de los puntos de arribada descritos por los comentadores del diario de bordo coincide en absoluto con la relación de Colón; mas respecto de todas sus otras expediciones á



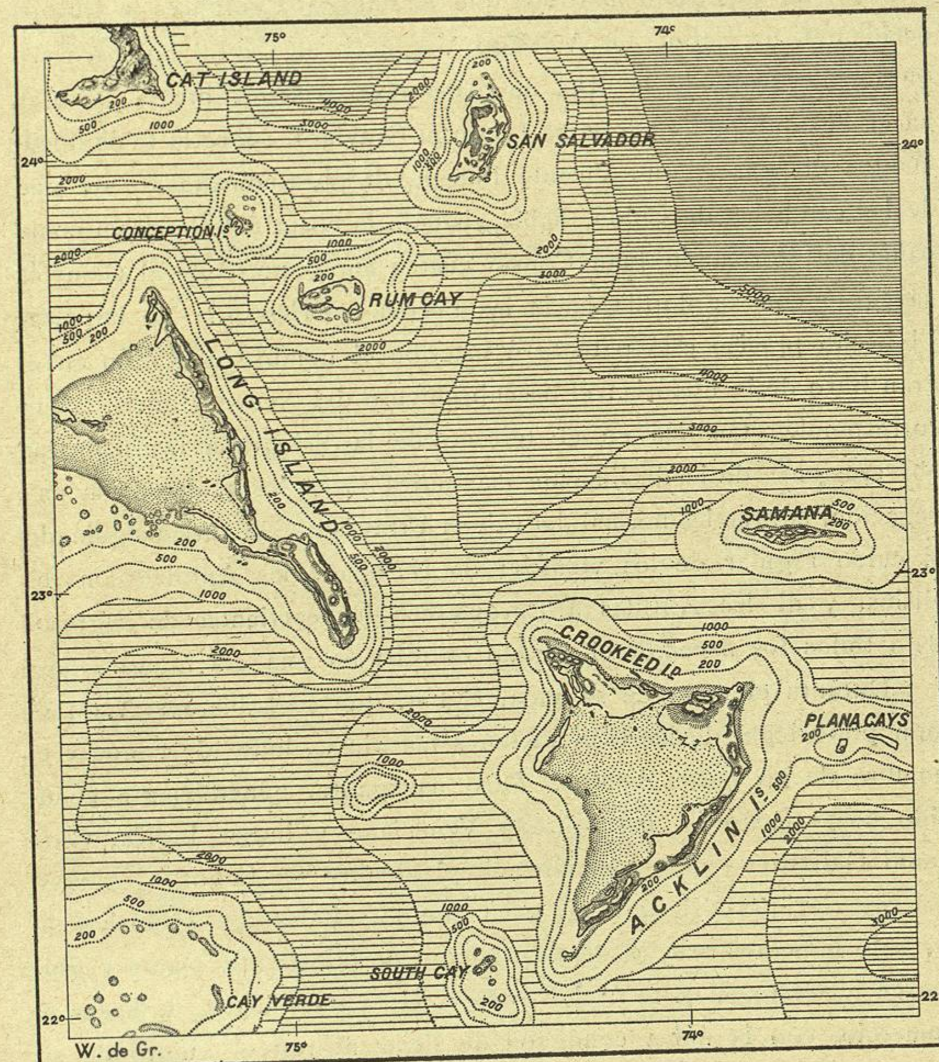
PRIMER DESEMBARCO DE COLÓN EN LAS INDIAS OCCIDENTALES
Grabado del siglo XVI.

las Antillas y al contorno del mar de los Caribes, los itinerarios están bien establecidos: pueden seguirse sus barcos por las costas de Cuba, de Haití ó Española, de la Jamaica, de Puerto Rico, de las Antillas exteriores, de la «costa Firme» y de las costas de la América central, entre Honduras y el golfo de Uraba.

Por lo demás, preciso es decirlo, el principal objetivo de Colón, que nos revelan sus diez años de exploración en las aguas del Nuevo Mundo, no fué realizar grandes descubrimientos geográficos: tenía

más empeño en reunir riquezas, adquirir territorios, asegurarse rentas y monopolios y en fundar una familia bien dotada y poseedora de enormes tesoros. Verdad es que todo ese montón de oro había de

N.° 362. Bahama, primer grupo de islas hallado por Colón.



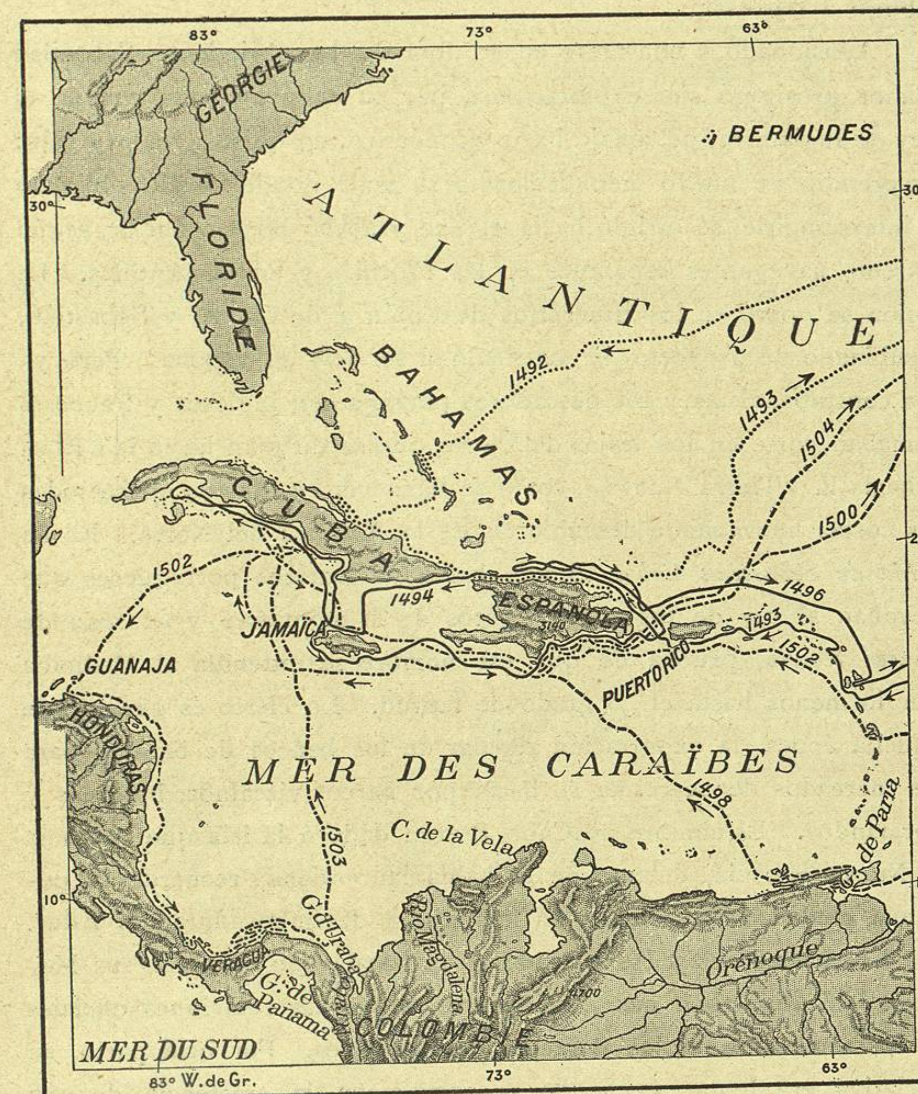
servir un día para libertar el Santo Sepulcro, pero no hizo el menor esfuerzo para dar á sus piadosos deseos la más ligera tentativa de realización; su celo religioso no llegó ni siquiera á embarcar un capellán á bordo de sus carabelas.

El hecho capital en la historia de Cristóbal Colón consiste en que, después de olvidados los Normandos, él fué el primero que halló otra vez las tierras de ultra-Atlántico, y, para un acontecimiento de esta importancia, es ya mucho la ganancia de algunos años. En el movimiento de expansión marítima que caracterizaba entonces la Europa occidental, un Cabot, un Amerigo Vespucci, un Cabral hubiesen seguramente realizado la obra en plazo más ó menos breve. ¿No se ha creído que podía afirmarse (Gabriel Gravier), sobre la fe de documentos diepenses, que Vicente Pinzón, después comandante de una de las carabelas de Colón, había visitado la costa del Brasil en compañía del Normando Juan Cousin cuatro años antes que el Genovés navegase con su flotilla hacia las tierras americanas? No importa. El hecho preciso está patente é inscribe el nombre de Colón en el gran libro de la historia: el descubrimiento del Nuevo Mundo. A él corresponden también en el terreno de la fisiografía las primeras observaciones de la declinación magnética y, en los anales de la navegación, la práctica normal del vaivén á través del Atlántico siguiendo el curso regular de los vientos: de Europa á las Antillas con los alisios, y de las Antillas á Europa con las corrientes de regreso. Bajo todos los aspectos el mundo entraba en una era nueva.

Durante el resto de su vida, Colón, que se había reservado el monopolio legal de las exploraciones marítimas, hubo de conocer el nombre de no pocos émulos. Otro navegante, generalmente conocido como Genovés, naturalizado Veneciano y luego Inglés, Giovanni Gabotto — más conocido con el nombre de Cabot —, obtuvo del rey Enrique VII, para él y su familia, el derecho exclusivo de ir, bajo pabellón real, al descubrimiento de las tierras, mares y golfos en el Oeste, el Este ó el Norte, y, si hubiese lugar, de hacer el comercio, con la única condición de dejar al rey el quinto de su beneficio. Es posible que conociera las antiguas relaciones de los Escandinavos con las tierras occidentales, porque Bristol estaba en aquella época en relaciones muy estrechas de tráfico con Islandia: como quiera que sea, navegó francamente en la dirección misma del Vinland, y en 1497, más de un año antes que Colón tocara la «costa Firme» de América, Juan y su hijo Sebastián alcanzaban, á través de los hielos flotantes, una «tierra primera» — *terra primum visa* —,

donde habitaban unos Esquimales vestidos con pieles y donde se hallaban osos blancos y renos. Una segunda exploración, hecha el

N.º 363. Viajes de Cristóbal Colón.



Los primeros exploradores llamaron «Costa Firme», Tierra Firme, al litoral de la América del Sud, desde la desembocadura del Orinoco al golfo de Uraba.

año siguiente, llevó á Sebastián bajo una latitud más meridional, hacia las «islas de los Bacalaos» — quizá Terra Nova —; después el

intrépido marino, continuando su carrera hacia el Sud aproximado á las costas, llegó hasta la latitud de Gibraltar, correspondiente á las costas de la Carolina del Norte, donde la falta de provisiones le obligó á regresar.

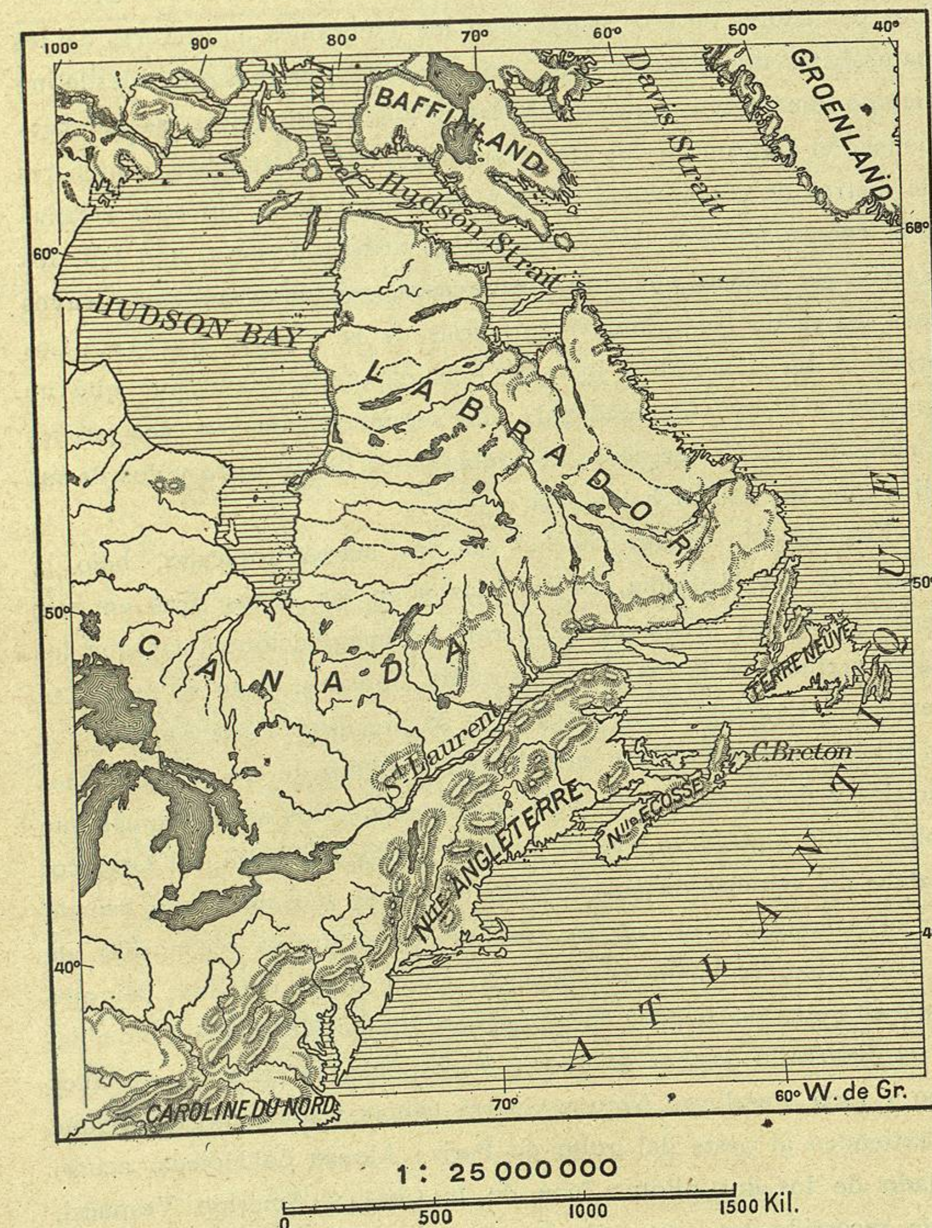
Apasionado y constante en su obra de descubrimiento, Sebastián Cabot prosiguió sus exploraciones por su propia cuenta cuando el rey de Inglaterra, personaje harto económico, no quiso ayudarle más: emprendió de nuevo metódicamente su viaje donde se vió obligado á interrumpirle, se dirigió hacia el Sud y acabó por encontrar, según parece, navegantes españoles en las Floridas y en las Antillas. La unión se operó en los itinerarios de Colón y de Cabot, y Sebastián, cambiando de proyecto, se matriculó al servicio de España. Pero ya los contrabandistas y los pescadores portugueses, ingleses y franceses tomaban parte en los viajes del Norte que se dirigían hacia la «Isla» ó hacia la «Tierra Nueva», como se llamaban en aquella época todas las costas nuevamente descubiertas de la América del Norte. En su *Vida de Sebastián Cabot*, Biddle habla de marinos portugueses que llevaban al rey de Inglaterra «gatos de la montaña» y «loros» de Tierra Nueva, prueba de que ese nombre se extendía al Mediodía por lo menos hasta el 35 grado de latitud. Lo cierto es que, desde aquella época, la exportación regular de los bancos de bacalao para los mercados de cuaresma se hacía por barcos vizcaínos, bretones y normandos. El nombre de Cabo Bretón dado á la isla que continúa la Nueva Escocia, delante de la bahía laurentiana, recuerda la pequeña ciudad vasca situada en la antigua desembocadura del Adur.

Los armadores y los pescadores de bacalao no escribían sus Memorias ni regulaban sus expediciones según las relaciones oficiales de los almirantes ni los decretos de los reyes. Por otra parte, su iniciativa era lenta, y cuando se comprueba la existencia de una industria muy activa, en varias naciones á la vez, como sucedía con la pesca del bacalao al principio del siglo XVI, puede asegurarse que se había originado hacia ya mucho tiempo. En el año 1464, un gobernador de Terceira, João Vaz Cortereal, había visitado una «tierra del Bacalao» *(terra do Bacalhao)*[1].

[1] Luciano Cordeiro, *De la Découverte de l'Amérique.*

La pretensión que tuvo un hijo de este Cortereal, Gaspar, de haber hallado en aquellos parajes, en 1500, una «Tierra Verde»,

N.º 364. Costas de los dos Cabot.



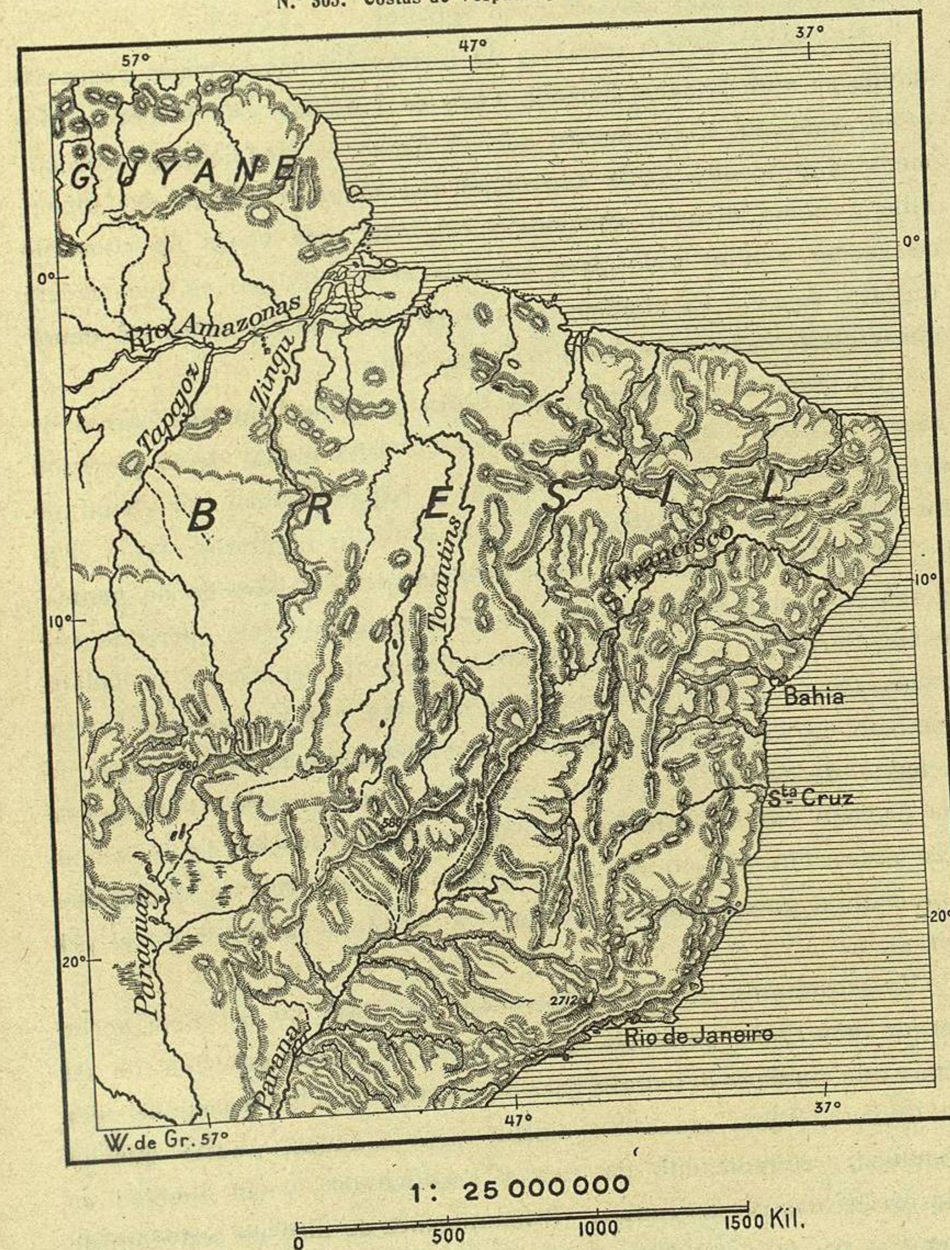
permite considerar como muy probable que la tradición de los viajes islandeses no se había perdido nunca, hasta en el sud de Europa; los cazadores de ballenas, aventurándose á lo lejos en las frías aguas

boreales, se habían dedicado probablemente á la pesca del bacalao — el Kabeljau de los marinos del Norte —, reemplazando con ésta su primera y más peligrosa industria, á medida que el cetáceo iba escaseando en el golfo de Gascuña y los otros mares templados. Los pescadores de esos mares eran los admirables antecesores de los naturalistas de nuestros días, esos atrevidos marinos que, desde un tiempo inmemorial, quizá desde las edades prehistóricas, sabían harponear el tiburón en las aguas abismales del Atlántico á centenares de metros de profundidad. Sea lo que fuere de la hipótesis relativa á la continuación de las navegaciones árticas desde el año mil, los Vascos, lo mismo que los Portugueses, reivindicaban como suyos esos mares de las grandes pesquerías de la «Tierra Nueva». Los primeros les nombraban Juan de Echaide, de un navegante que no conocía la historia documentada; los segundos llamaban esos parajes «mares de los Cortereaes», del gobernador de Terceira y dos de sus hijos que allí habían hallado la muerte.

Los descubrimientos hechos en los mares tropicales, bajo la franca luz del Mediodía, en las islas y en las costas ricas en oro, perlas y plantas preciosas, excitaron las imaginaciones más que los viajes verificados en los sombríos mares boreales, y no se perdió su memoria. Una legión de buscadores se precipitó á las Antillas y á las riberas del continente meridional, á pesar de las prohibiciones oficiales y de las concesiones de monopolios. Dos años después que Colón hubo tocado la «costa Firme», cerca del delta del Orinoco, «salido del paraíso terrenal», todo el litoral sud-americano bañado por el Atlántico y el mar de los Caribes estaba ya reconocido, de un lado hasta la bahía de Cananea, en el Brasil del Sud, del otro hasta el golfo de Uraba, en el ángulo nor-occidental de Colombia, en un desarrollo costero de unos 9,000 kilómetros. En los dos años 1499 y 1500, Peralonso Niño y Guerra habían visitado las costas que se extienden al oeste del golfo de Paria; Alonso de Hojeda, acompañado de los dos pilotos Juan de la Cosa y Amerigo Vespucci, había recorrido las costas de las Guyanas, de Venezuela y de la Colombia actual hasta el cabo de la Vela; después Bastidas de Sevilla había explorado las orillas que se prolongan más allá hacia las bocas del Atrato, mientras que Vicente Pinzón, uno de los compañeros de

Colón, recorría el «mar Dulce» que forma el río de las Amazonas al salir de su estuario, seguido por Diego Lepe; por último, los

N.º 365. Costas de Vespucci y de Cabral.



trece barcos portugueses que Pedro Alvarez Cabral dirigía á las Indias abordaban á la «isla de Veracruz ó Santa Cruz», es decir, á la costa brasileña, sea por error de ruta, sea de propósito delibe-

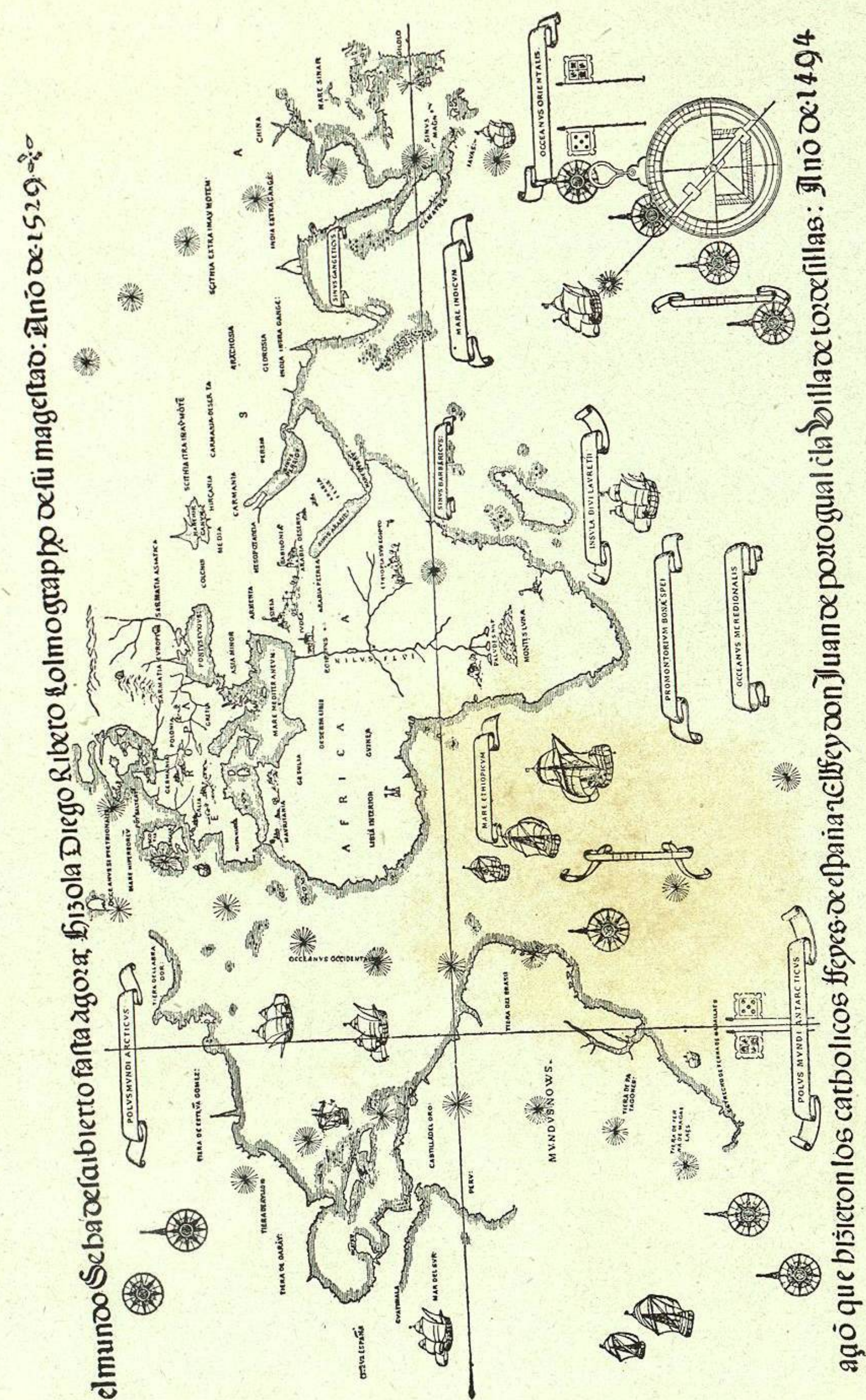
rado, y para hacer que se reconociera oficialmente como portuguesa una tierra que practicaban ya marinos de todas las naciones[1]. La pretensión de Cabral no fué vana: la lengua portuguesa quedó implantada en medio del territorio español.

Es cierto que los tratantes de Normandía hacían viajes á la costa donde se abre la bahía llamada «Río de Janeiro» «de muchos siglos acá», antes de 1503, puesto que el hecho es mencionado especialmente á propósito de la expedición del Diepés Paulmier de Gonneville[2]: como dice el documento original, esos viajes de comercio se hacían «sobre todo para adquirir el brasil, que es una madera tintórea roja». El nombre de «Brasil» prevaleció sobre las denominaciones oficiales de Vera ó Santa Cruz.

La toma de posesión de esa tierra occidental por los barcos de Pedro Alvarez Cabral, en 1500, fué la fecha inicial de la partición del nuevo continente entre Portugal y España. Esta, en virtud de los viajes de su gran almirante Colón y de sus lugartenientes y rivales, llegó á ser, según los usos tradicionales del derecho de gentes, la señora feudal de las tierras nuevamente descubiertas; pero de este hecho, Portugal, ya propietario hacía tiempo de las Azores, se hallaba amenazado de perder las islas, quizá dudosas, que los marinos habían señalado en las inmediaciones; ocupado hacía más de un siglo en la busca de comarcas en una dirección nueva, corría el riesgo de ser privado enteramente de sus hallazgos en provecho de su vecino más favorecido. Como resultado pronto comenzaron las discusiones diplomáticas inmediatamente después de la vuelta de Colón de su primer viaje.

Ya el príncipe Enrique, á mediados del siglo XV, se había hecho otorgar una bula pontificia dando á Portugal la posesión de las tierras que pudiera descubrir pasado el cabo Bojador «hasta las mismas Indias». Esta concesión dejaba lugar á dudas, puesto que los Españoles, reivindicando las tierras occidentales, veían también en ellas las escalas de las Indias. Primeramente se hizo un convenio de espera, y ya en 1494 se formuló el tratado de Tordesillas[3], por el

[1] Aug. de Carvalho, *Revista da Soc. de Geogr. do Rio de Janeiro*, 1893.
[2] D'Avezac, *Nouvelles Annales des Voyages*, 1869.
[3] En el mapa n.º 358 falta Tordesillas; esta ciudad está situada sobre el Duero, algunos kilómetros más abajo de Valladolid.



MAPA-MUNDI DE DIEGO RIBERO, 1529
SIMPLIFICADO POR CARLO ERRERA

cual los Portugueses, que en un principio no habían obtenido por línea divisoria del mundo, entre ellos y los Españoles, más que un meridiano que pasa á «cien leguas» al oeste de las Azores, hicieron retraer este límite de partición á 270 leguas del mismo archipiélago. Un cardenal de la corte de Alejandro VI se encargó de aprobar eclesiásticamente el acuerdo de las dos potencias [1]; pero no ha de verse en la firma eclesiástica un acto de altanera soberanía al estilo de Hildebrando, cual si el soberano pontífice se hubiera arrogado el derecho de cortar el mundo en dos como si fuera una manzana [2]; en realidad, la fuerza respectiva de las dos potencias contratantes determinó únicamente el trazado de la línea de demarcación: el primer meridiano de límite, que no hubiera dado á Portugal más que la parte extrema del Brasil, suscitó en Lisboa una tempestad de recriminaciones, por lo que España se resignó á la aceptación del tratado de Tordesillas [3]; y sabido es que, en el curso de la historia, Portugal no se contentó con eso, puesto que la frontera del Brasil fué llevada más de 2,000 kilómetros más lejos en el interior.

En el año 1501 tuvo lugar otro viaje á lo largo de las costas del Brasil, menos importante que el de Cabral, desde el punto de vista político, pero quizá más importante en resultados, puesto que hizo conocer mejor el Nuevo Mundo: fué el viaje de Amerigo Vespucci, quien, pilotando una flotilla portuguesa, estudió de escala en escala el litoral brasileño, desde el puerto de Bahía á la bahía de Cananea hacia el grado 25 de latitud meridional; después, navegando hacia el Sudeste, recorrió el Atlántico austral hasta una tierra fría, árida, rocosa, que se cree fuera la Nueva Georgia. Aquella expedición, entre todas las de la primera década de los viajes á las tierras nuevas, fué la que se aventuró más en los mares desconocidos, pero su importancia fué debida principalmente á las relaciones que de ella se publicaron después del regreso de Amerigo Vespucci. Una carta de éste dirigida á su amigo Lorenzo Medici en 1503 fué traducida al latín y en los años siguientes se publicó en las lenguas modernas de Europa. En 1507 se publicaron en Saint-Dié los *Qua-*

1 Ernest Nys.

2 Oscar Peschel, *Zeitalter der Entdeckungen.*

3 Oldham, *Scottish Geographical Magazine*, March 1893. — Véase la línea de demarcación sobre el Mapa-mundi de Diego Ribero.

tour Navigationes, relaciones que contenían graves errores, y eran como la recopilación de cartas dirigidas por Vespucci al gonfalonero Soderini de Florencia, y esos documentos, incorrectos, pero redactados por algún escritor en vista de una Memoria ciertamente auténtica, fueron acogidos por el pueblo con una curiosidad apasionada é hicieron conocer á todos el nombre del viajero Amerigo. Mientras que éste había propuesto siempre dar á los continentes recientemente descubiertos la denominación de «Nuevo Mundo», el editor de las *Cuatro Navegaciones*, Basin de Sandocourt — ó quizá el regente de su imprenta —, Waldseemüller, más conocido por su pseudónimo de Hylacomilus, pronunció el primero el nombre de Amerigo como el que debería llevar en lo sucesivo la gran tierra occidental. Durante el siglo XVI se aplicaron diversos vocablos en los libros y en los mapas á las tierras que los Españoles designaban oficialmente con Colón con el término de «Indias occidentales»; pero en el siglo XVII prevaleció definitivamente la palabra «América», debido indudablemente á la eufonía que presenta la serie de los nombres continentales: «Europa, Asia, África, América».

Sin embargo, esta hipótesis no puede considerarse como cierta, y podría suceder que, según ideas bien acogidas por la opinión pública americana, sugestionada quizá por un patriotismo inconsciente, el nombre del doble continente fuese de origen indígena. Según Alphonse Pinard, el gran mercado de Ameraca (Maraca, Amaracapana), situado cerca de la moderna Cumana, fué el padrino del Nuevo Mundo. En concepto de Jules Marcou, las montañas del Nicaragua, llamadas sierra Amerrique, fueron señaladas á Colón, en su viaje de 1502, como las que suministraban el oro de Veragua, y este nombre, conocido de los buscadores de oro, acabó por ser atribuído al conjunto de las tierras occidentales. Sin embargo, no parece que un solo documento mencione esta cadena de la América central antes de la obra de Thomas Belt, *The Naturalist in Nicaragua*, publicada en 1874, en tanto que un mapa de 1507, hallado por J. Frischer, lleva ya el nombre de América.

Después del último viaje de Colón en 1504 hubo un período de calma en los grandes descubrimientos, debido á que ya se dejaban sentir los efectos del monopolio instituído por el gobierno español,

y además á que los exploradores verdaderamente cuidadosos de la geografía, como Amerigo Vespucci, eran muy escasos: la mayor preocupación de los buscadores consistía en hallar oro, perlas, piedras preciosas y hasta el paraíso terrenal, reconquistado al fin por los fieles católicos recitando devotamente sus padrenuestros. Las Memorias del tiempo hacen constar que los Ponce de León, los Pán-



CARABELA DEL SIGLO XVI
Grabado de la época.

filo de Narváez y otros marinos, navegando hacia las Bahama y la Florida, tenían por objeto descubrir aquella maravillosa «fuente de Juvencio» de que hablaban los taumaturgos y los poetas; pero ninguno de los manantiales de agua clara que vieron brotar del fondo de las galerías calcáreas, en las grutas misteriosas, y hasta elevarse del fondo del mar en medio de las olas saladas, pudo darles la primera juventud y asegurarles la fuerza y la salud.

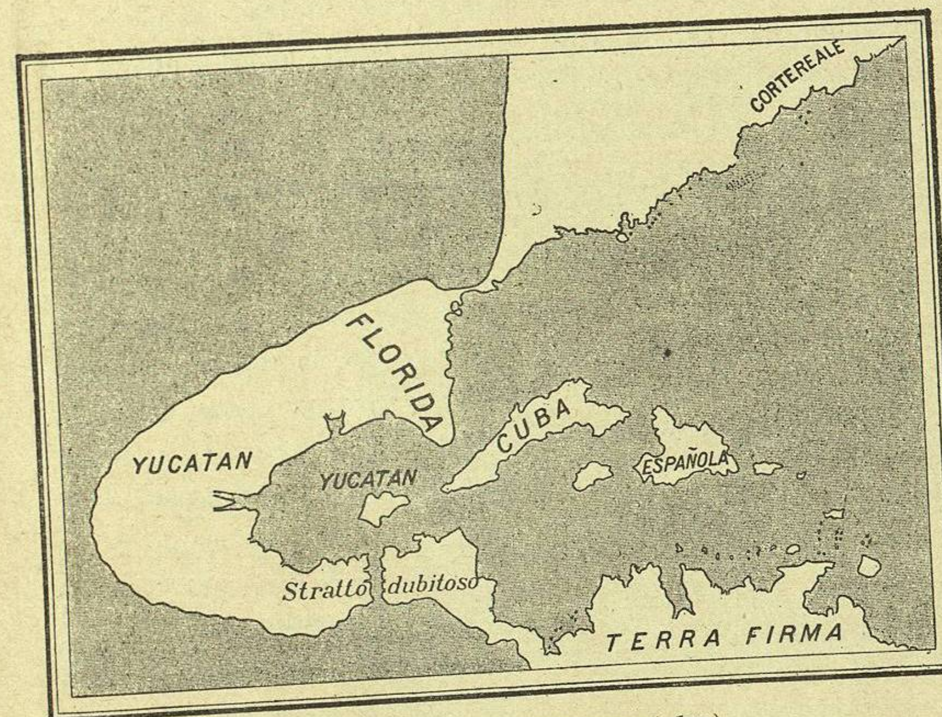
No obstante, el descubrimiento de Colón suscitó un problema

geográfico de primer orden. ¿Había encontrado realmente las «Indias», como creía, ó había desembarcado en un «Mundo nuevo», como decía Amerigo? Obstinado en su idea, Colón quería, contra toda evidencia, que Cuba fuera una península de Asia; sin embargo, no la rodeó hasta el punto de su unión continental, y tratando de perpetuar lo que presentía ser un error, llegó hasta amenazar á las gentes de su tripulación si hablaran de aquella tierra como de una isla verdadera [1]. Mas, puesto que quería imaginarse así seguir las costas del imperio del Gran khan, debía encontrar en la dirección del Sudoeste el estrecho por el cual Marco Polo había contorneado el Asia, acompañando á Irania la princesa mongola que iba á presentarse á su prometido. De ese estrecho había oído hablar cuando seguía las riberas de Veragua, ó, por mejor decir, así interpretó lo que le dijeron los indígenas de un mar muy cercano, que prolongaba á lo lejos sus aguas en la dirección del Sud y del Oeste, pero buscó en vano la entrada de ese pasaje, dejando á otros navegantes el hallazgo del misterioso camino. Se le buscó mucho tiempo todavía después de él, y hasta mediados del siglo XVI se le buscaba todavía, aunque ocupándose ya de un nuevo problema, el de abrir un canal artificial, puesto que no se lograba descubrir el estrecho natural, el *estrecho*, como se le designaba por antonomasia.

Entre los aventureros y los buscadores de riquezas que se habían arriesgado en la Castilla de Oro — la parte del istmo americano que se extiende á lo largo del mar de los Caribes, entre el golfo de Uraba y la laguna de Chiriqui —, se hallaba un valiente y astuto capitán, Vasco Núñez de Balboa, hombre acosado de deudas, culpable de traición y de asesinato, deseoso de hacerse ilustre por alguna grande acción. La ocasión que deseaba se le presentó: en una de sus expediciones de pillaje, supo por un Indio qué camino había de seguir para alcanzar, al otro lado de la sierra, un estuario del mar opuesto, y, al final del año 1513, llegó al estuario que se abre en el Océano Pacífico. Con su resplandeciente armadura de guerra, se lanzó sobre una roca que rodeaba el agua ascendente de la ola y tomó enfáticamente posesión «¡por la corona de Castilla, de todos

[1] Navarrete, t. II, v; — Oscar Peschel, *Zeitalter der Entdeckungen*, p. 200.

los mares australes, con comarcas, riberas, puertos é islas... con sus reinos y dependencias... de origen antiguo ó reciente, habiendo existido, existentes actualmente ó que hayan de existir un día... con sus archipiélagos y tierras firmes del Norte y del Sud, lo mismo que sus mares desde el polo boreal al polo austral, de este lado y del otro del ecuador, por dentro y por fuera de los trópicos del



AMÉRICA CENTRAL SEGÚN MAIOLLO (1527)

Según el atlas de Kretschmer, *Entdeckung Amerika's*, este mapa es uno de los que indican el «estrecho dudoso»; existe, sin embargo, uno de fecha posterior, 1532.

Además, un mapa de 1512 por Joannes de Stobnicza representa una tierra continua de 40° Sud al 50° Norte, destacado del continente asiático y de la isla de Zipango.

Cáncer y del Capricornio, hoy y siempre, en tanto que dure el mundo y hasta el juicio final de todas las razas mortales!» De ese modo reivindicó hasta las edades futuras toda una mitad del mundo para el rey de España, lo que no impidió que Balboa fuese decapitado por orden de su señor.

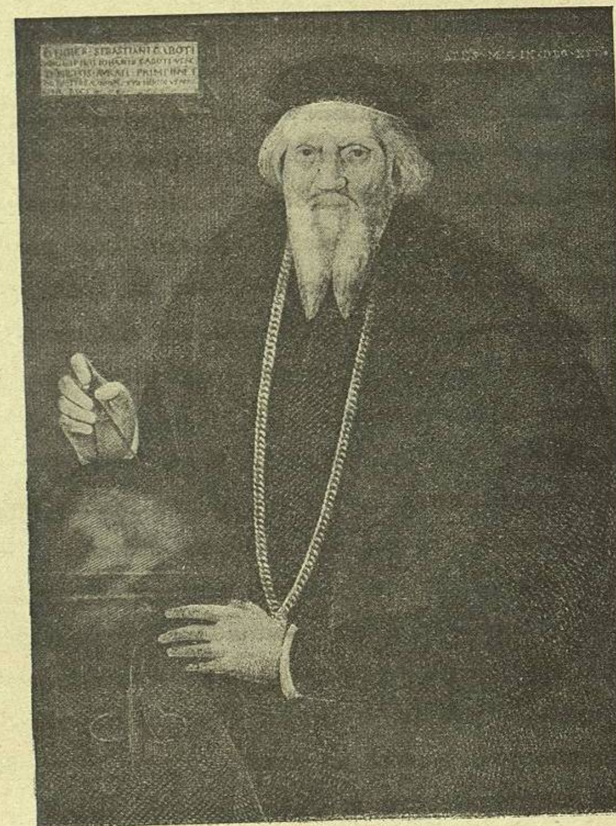
Mas por poco dignos que fuesen los instrumentos del glorioso descubrimiento geográfico, el descubrimiento quedó realizado, y para lo sucesivo se conoció el camino del «mar del Sud», así llamado á

causa del repliegue del istmo hacia el Oeste, entre el mar de los Caribes (mar del Norte) y el golfo de Panamá. Pronto se lanzaron cuatro carabelas en las aguas que bañan el archipiélago de las Perlas, y de allí navegaron á lo largo de las costas: los caminos quedaban abiertos, al Sud hacia el Perú, al Noroeste hacia Méjico, al Oeste hacia aquella Asia lejana que el gran Genovés creía haber abordado. Sin embargo, todavía había navegantes que buscaban ese pasaje marítimo que en vano se había buscado detrás de las Antillas. En 1509, Vicente Pinzón y Díaz de Solís creyeron por un instante haber penetrado en él cuando entraron en la ancha desembocadura del Río de la Plata; después, en 1517, el admirable navegante Sebastián Cabot esperó, con más razón, bogar al fin sobre la verdadera ruta marítima del Asia cuando hubo pasado las costas atlánticas del Labrador y hubo entrado en un amplio estrecho — probablemente el Fox-Channel — donde alcanzó el 67° 30′ de latitud septentrional; pero allá, sus compañeros, espantados á la vista de las nieves, de las rocas áridas, de los hielos flotantes, le obligaron á retroceder. Sin embargo, estaba en la buena vía: su barco había penetrado en ese formidable laberinto de estrechos que conduce al mar de Bering y al Pacífico, y que no había de ser descubierto hasta 333 años después por los exploradores árticos de la Gran Bretaña.

Es imponderable la iniciativa, la audacia y la ciencia de aquel marino del siglo XVI, que pudo avanzar tanto en unos mares de acceso tan difícil y realizar parcialmente su tentativa. Y sin embargo, Sebastián Cabot quedó casi ignorado de su tiempo; se olvidó que, por la longitud de las costas descubiertas y dadas á conocer, había hecho suyo el continente septentrional del Nuevo Mundo; no se prestó tampoco la atención que merecían á sus importantísimas observaciones sobre la física del globo, porque á él se deben los primeros conocimientos sobre la diramación de las corrientes parciales de lo que hoy se llama *Gulfstream* ó «corriente del golfo»; él fué también el primero que reconoció los parajes precisos del mar — 110 millas al oeste del Azore Flores — donde en su tiempo pasaba el meridiano de la brújula sin declinación [1]. Hasta se ignora cuándo

[1] A. von Humboldt, *Cosmos*.

murió Sebastián Cabot, en algún rincón de Londres, después de su vuelta de un viaje al Río de la Plata, al Paraná y al Uruguay, en 1528, donde había dado pruebas de su genio, indicando el río como el camino futuro de los países del Plata, recientemente descubiertos en los montes occidentales de los Andes por los conquistadores. La poca celebridad relativa de Sebastián Cabot se debe probablemente á que, más cuidadoso de la ciencia que de la fortuna, no trajo de sus viajes el oro y las perlas que ilustraron á Colón y que después hicieron la gloria de los Pizarro y de los Cortés. Además, la vida aventurera de aquel Genovés, Veneciano é Inglés, unas veces al servicio de Carlos V, otras al de Enrique VIII, no permitió á ningún país reclamarle especialmente como una gloria nacional. Los habitantes de Bristol, para honrar la memoria de los dos Cabot, padre é hijo, elevaron una torre conmemorativa en la cima de la colina de Brandon ó Brandan, en cuya altura estaba situado el santuario venerado que presidía á las grandes navegaciones del Atlántico. Antiguamente en el mar abundaban las islas y archipiélagos puestos bajo la invocación del santo eremita, reemplazado ahora por los dos Gabotto.



SEBASTIÁN CABOT (1470-1555?)
Retrato atribuído á Holbein.

En la época en que Sebastián Cabot buscaba el camino de la

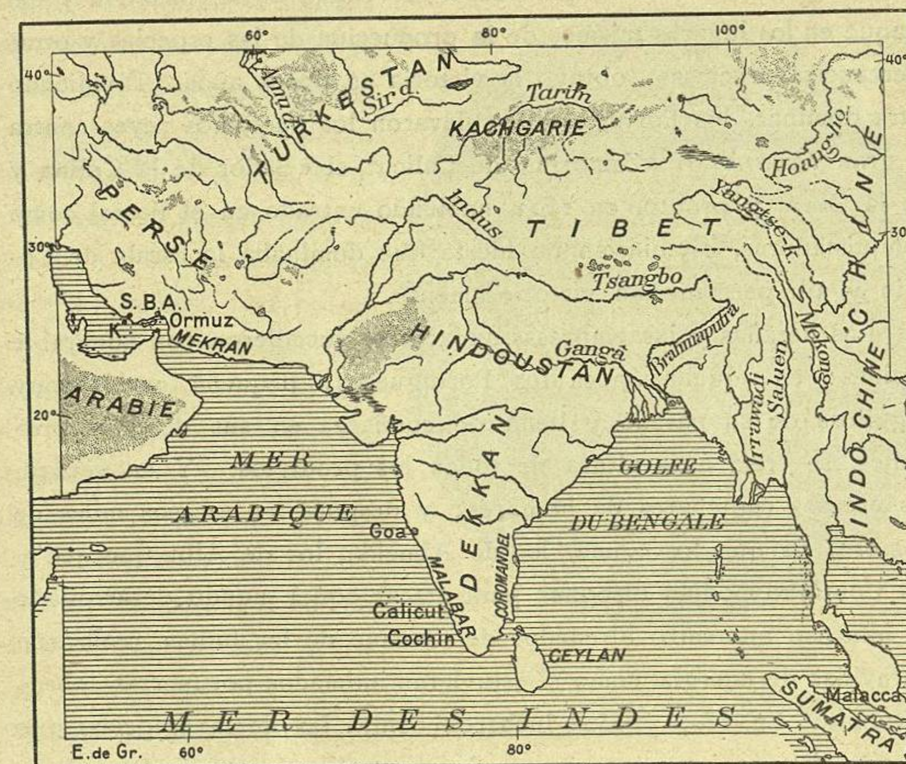
China y de las Indias por el «paso del Noroeste», el camino directo por los mares orientales se practicaba ya hacía cerca de veinte años. Los Portugueses hasta le conocían ya de antes, puesto que Bartolomé Díaz había contorneado el extremo meridional del África, y Pero de Covilhão, embajador enviado al rey de Etiopía, que se pensaba fuera el famoso «Preste Juan» de la leyenda, había recorrido el Océano Índico en barcos árabes, visitando Madagascar, Sofala y la costa occidental de la India. El objeto y los medios de alcanzarle eran, pues, ampliamente conocidos, pero el gobierno portugués había vacilado ante el coste enorme de una expedición marítima hasta el momento en que el descubrimiento y la exploración de las Indias Occidentales por Cristóbal Colón hubieran puesto un término á todo retraso.

Vasco de Gama partió en 1497 con una escuadrilla de cuatro barcos, y sin más dificultad que la lucha contra las fuertes corrientes del canal de Mozambique, dificultad que atestigua todavía el nombre de cabo Corrientes que lleva un promontorio del litoral, alcanzó la desembocadura del Zambeze, el «río de los Buenos Pronósticos». En este punto quedaba hecha la unión de los itinerarios marítimos, puesto que los marinos árabes descendían más al Sud, hasta Sofala, en sus navegaciones costeñas. No se crea que Vasco de Gama y sus compañeros portugueses debieran á su solo genio y á su inquebrantable voluntad el hallazgo de las vías del mar de las Indias: gracias á los pilotos árabes de la costa oriental del África, á aquellos mismos á quienes iban á despojar del dominio del mar, navegaron de puerto en puerto, Mozambique, Mombaz, Melindi y se hicieron llevar después por el monzón al puerto de Calicut. Cuando Vasco de Gama se presentó en aquellos mares índicos ya se observaban las reglas del derecho marítimo de una manera más escrupulosa que en los mares europeos: desde el final del siglo XIII los navegantes árabes y malayos de religión mahometana habían redactado allí, «según las costumbres antiguas», una recopilación de jurisprudencia marítima, generalmente aceptada en los mares de la Malasia [1], lo mismo que en los de Madagascar y de África. Las costumbres de la piratería fueron introducidas en aquellos mares por los cristianos.

[1] J.-M. Pardessus, *Collection de Lois maritimes antérieures au* XVIII[e] *Siècle;* — citado por E. Nys, *Un Chapitre de l'Histoire de la Mer.*

Los encuentros que tuvieron los Portugueses en la costa del Malabar prueban que, mucho antes del establecimiento de comunicaciones oficiales entre los Estados de Europa y de Asia, los traficantes habían hallado por sí solos el camino de las tierras lejanas impulsados por la concurrencia vital. Lo mismo en la costa africana que

N.º 366. Teatro de las conquistas portuguesas.



A la entrada del golfo Pérsico, S. indica la posición de Siraf, K. la isla de Kai, y B. A. Bender-Abbas.

en las orillas del Malabar, Vasco de Gama tuvo por aliados naturales unos cristianos «tomistas», descendientes de los Hindus convertidos en los primeros siglos de la propaganda «nazarena»; después, en sus cruceros de puerto á puerto, contrató, como piloto y como espía, un judío polaco que chapurreaba el italiano: unos mercaderes de Venecia, antecesores de los Portugueses, habían sido sus educadores.

Por lo demás, en la India como en el Mediterráneo, la lucha comercial continuaba entre pueblos cristianos: Lisboa se dedicó á cortar el tráfico de Venecia, servido por los navegantes árabes; las guerras, asaltos, sorpresas, batallas y bombardeos que se sucedieron entre los recién llegados y los soberanos del litoral hindu no fueron en realidad más que episodios de la lucha entablada entre los dos grandes mercados europeos. Lisboa, que poseía la ventaja de la iniciativa y del ataque en los lugares mismos de la producción de las especias y otras mercancías preciosas, obtuvo la victoria en pocos años. Dividiendo para dominar, los Portugueses sublevaron los pequeños reyes contra el gran *tamutivi* ó «Zamorin» de Calicut, el «Señor de la Colina y de la Ola», y pronto, en 1503, habiendo entrado en el litoral como conquistadores, establecían un fuerte que dominaba la escala de Cochin y allí permanecían victoriosamente.

Las hazañas y las empresas audaces se sucedieron con admirable rapidez: en aquella época los Portugueses, pequeña nación muy orgullosa de su pasado y llena de confianza en sus destinos presentes, se creía á la altura de todos los prodigios. Y en verdad, los escasos centenares de hombres, y después los escasos miles de hombres de que los Gama, los de Almeida, los de Alburquerque y los Coutinho podían disponer para atacar aquel mundo desarrollado en inmenso anfiteatro alrededor del Océano de las Indias, realizaron maravillas de energía, como si estuvieran animados por fuerzas sobrehumanas. En 1507 y 1508 lucharon contra las flotas egipcias, que querían á toda costa conservar el monopolio de Alejandría como mercado de los productos de la India, y las destruyeron por completo; en 1510 se apoderaron de Goa, donde establecieron el depósito de la India gangética, y el año siguiente, á algunos miles de kilómetros más lejos, se introdujeron por fuerza en la gran ciudad marítima de Malacca, donde se daban cita las cuatro naciones comerciales del Extremo Oriente, agrupadas cada una en su barrio respectivo, los Goudzerati ó Hindus occidentales, los Bengali, los Javaneses y los Chinos. Después en 1515 se establecieron como dueños en la isla de Ormuz, la guardiana occidental del Océano Índico, donde las riquezas del Asia Menor, de Babilonia y del Irán se cambiaban contra los tesoros de la India, el mercado central que

un proverbio persa dice ser el «carbunclo engastado en el anillo del mundo». Por último, desde el año 1518, los buques portugueses recorrieron las aguas de Banda y de las Molucas y fueron á cargar directamente á los lugares de producción las especias que en aquella época eran más preciosas que el oro. El rey de Portugal podía proclamarse el «dueño del comercio de la India y de Etiopía». Lisboa, la capital de un reino minúsculo, llegó á ser el principal depósito del mundo, y durante cierto tiempo tuvo el monopolio absoluto de la pimienta, del gengibre, de la canela y del clavo y de la nuez de especia. Ni junco, ni prau, ni barca china, malaya ó árabe podían navegar en los mares orientales sin pasaporte firmado por un inspector portugués.



FERNÃO MAGALHÃES (1470-1521)
De un grabado de Ferd. Selma.

Los grandes acontecimientos de la conquista se sucedían rápidamente en los mares orientales. Los Musulmanes acababan apenas de sentar su dominación completa en la isla de Java (1478) por el derrocamiento del reino de Madjapahit, cuando los cristianos de Europa aparecieron en sus inmediaciones. Más al Este, en el archipiélago de las Molucas, los Árabes precedieron de tan poco á los Portugueses, que los indígenas pudieron en muchas ocasiones hacer confusión entre los sectarios de Mahoma y los de Cristo. Después, cuando las poblaciones de la Insulinda se hallaban todavía poseídas por la emoción de terror causada por esa doble invasión de Occidentales, á la vez mercaderes y guerreros, se les presentaron otros hombres desconocidos, venidos por los mares de Oriente: eran los Españoles.

Esta expedición era conducida por un hombre como ha habido

pocos en la historia, un genio de inteligencia clara y de terrible voluntad, Magallanes (Magalhães), que pertenecía también á ese enérgico y pequeño pueblo portugués que un siglo de iniciativa náutica y de haberse acostumbrado á los peligros del mar había disciplinado perfectamente al valor y á la perseverancia. Magallanes había tomado parte en las expediciones de la India y se contaba en



ESTRECHO DE MAGALLANES

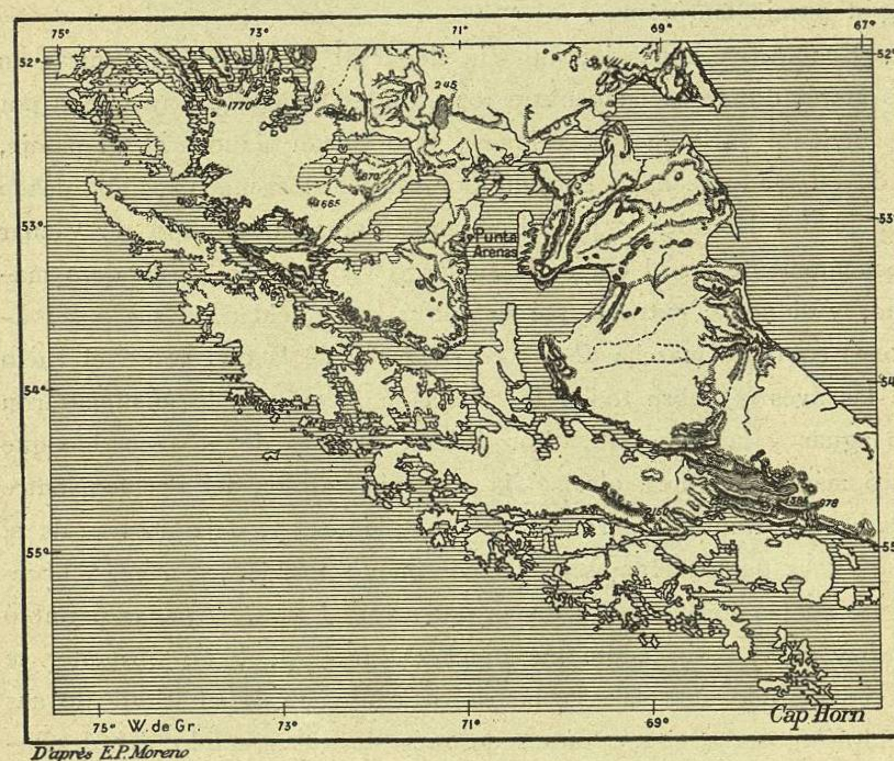
De una obra publicada en 1602 (*Peregrinatio in Indiam occidentalem*).

A. Barcos á la entrada del estrecho.
B. Isla de los Pingüinos.
C. Pingüino.
D. Bahía de las Conchas.
E. Caracol.
F. Cabo Fruart ó Froward.
I. Bahía de Rillens.
K. P. Hombres indígenas.
L. Bahía cerrada.
M. Bahía de las Rocas.
N. O. Mujeres indígenas.
Q. Barcos á la salida del estrecho.
R. Restos de fortaleza.

el número de los asaltantes que tomaron la villa de Malacca; había guerreado después en Marruecos, pero creyéndose ofendido por sus jefes y por su rey, salió secretamente de Portugal para hacerse español y proponer sus servicios á un soberano más equitativo. Aunque pequeño, cojo, de aspecto sombrío y rudo, Magallanes fué recibido en alto lugar: su proposición fué aceptada por el rey Carlos I, que pronto llegaría á ser Carlos V, y hacia últimos de 1519, la pequeña flotilla de descubrimiento franqueó la desembocadura del Guadalquivir en Sanlúcar de Barrameda. Las dificultades de la navegación comenzaban, pero mayores eran todavía las pro-

movidas por la conducta de los hombres, divididos por las preocupaciones de origen, los odios de patria, las vanidades de rango y las rivalidades de interés. Los Genoveses han llegado á ver en Colón el más grande de sus compatriotas, aunque haya descubierto el Nuevo Mundo bajo un pabellón que no es el suyo; pero las con-

N.º 367. Estrecho de Magallanes.



D'après E.P. Moreno

1 : 5 000 000

0 100 200 300 Kil.

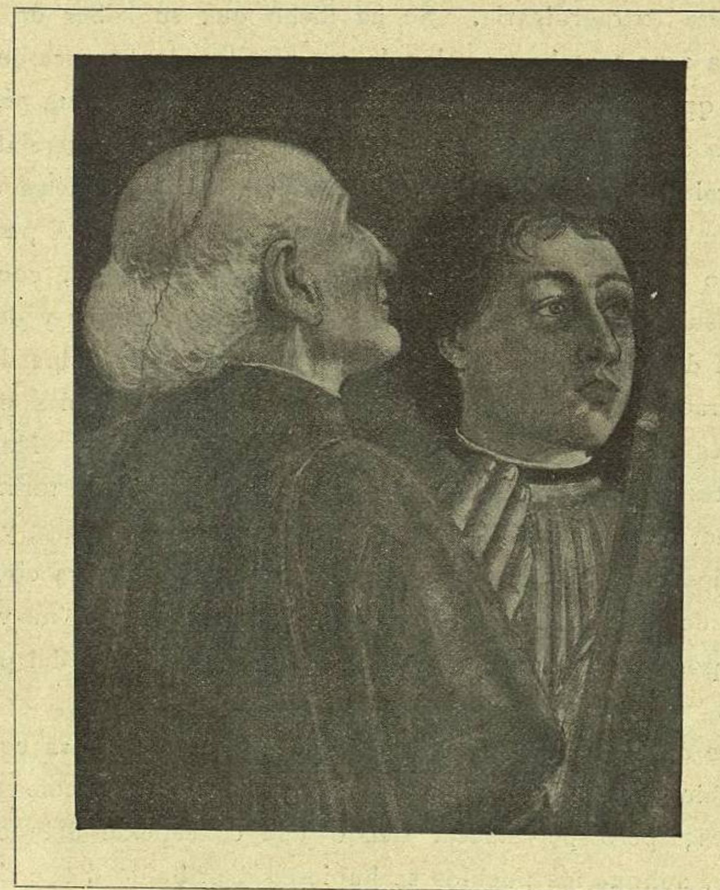
diciones del medio no eran las mismas para Magallanes: los dos reinos de la península, encontrándose entonces en ardiente emulación de conquistas, el navegante portugués fué considerado como un traidor por las gentes de su nación, y más de una vez tuvo que defenderse contra sus asechanzas; después tuvo que defenderse también contra las sospechas y los rencores de los Españoles que tenía bajo su mando, y con frecuencia tuvo que emplear la fuerza para mantener su autoridad desconocida. Fué temible en la bahía de San

Julián, donde comenzó la invernada; triunfó, por la astucia y la violencia, de los rebeldes que querían navegar directamente hacia las Molucas por el cabo de Buena Esperanza, librándose de los peligros de buscar otro camino por el Occidente; pero la decisión de Magallanes era invariable: se había propuesto llegar hasta el grado 75 de latitud meridional, «aunque tuviera que comer cuero y estopa, si no encontraba antes de llegar la punta extrema del continente ó algún pasaje marítimo».

Encontró ese pasaje, aun sin llegar al grado 53, sin entrar en los mares donde se encuentran los grandes témpanos arrastrados por la corriente en largas procesiones; pero es tan sinuoso el tal pasaje, y de tal modo se halla cortado por estrechos secundarios, bordeado por bahías laterales y pasadizos imprevistos, que hubo de vacilar frecuentemente en el curso de su largo viaje por el desfiladero marino, y si no se extravió fué debido á la sagacidad de sus observaciones sobre la marcha de las corrientes y de la ola, sobre el vuelo de las aves y sobre todos los demás indicios que le suministraron las aguas y la atmósfera. Por último, después de un recorrido que duró más de un mes, alcanzó la soberbia entrada del Pacífico, entre pilares de granito que rodean las rompientes, y, dejando tras de sí la «Tierra de los Humos» y el continente americano, navegó libremente en las inmensas soledades del mar del Sud. Apenas percibió aquí y allá algún islote en aquel Océano, que, no obstante, se ha comparado con la vía láctea, á causa de la multitud de sus archipiélagos, y, cuatro meses después de haber salido del desfiladero marítimo, llegaba al archipiélago llamado actualmente de las Filipinas.

No pudo pasar de allí. Tomó parte en las guerras locales, en un acceso de locura orgullosa, y allí pereció miserablemente, sin terminar la circunnavegación del globo, puesto que de Malacca, donde había peleado á las órdenes de Alburquerque, á la isla de Mactan, donde se enfangó en la playa pantanosa, la desviación entre los meridianos representa cerca de la décima-séptima parte de la circunferencia terrestre. Después de la muerte de Magallanes, el viaje de regreso fué una completa derrota: sus compañeros, reducidos constantemente en número por las deserciones, el escorbuto,

el hambre y las privaciones de toda clase, huían á través del mar de las Indias y después á través del Atlántico, tanto como lo permitían las olas, los vientos, su carena cargada de hierbas y de mariscos, sus mástiles recompuestos y su velamen en jirones. Por



AMERIGO VESPUCCI (1451-1512)

De un fresco de Ghirlandajo en Florencia.

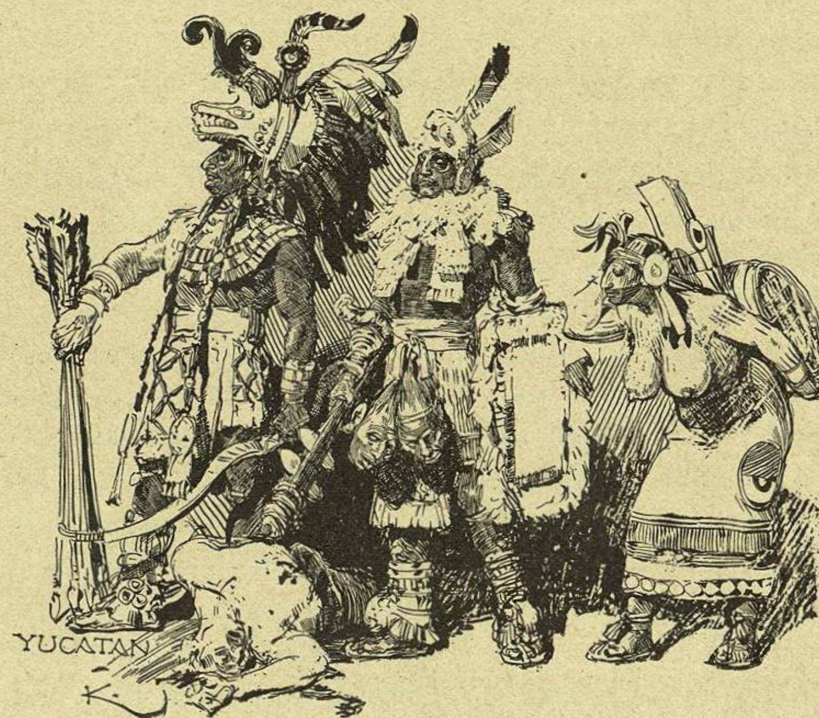
último, de los 234 navegantes que partieron tres años antes de Sanlúcar de Barrameda, volvieron 13, demacrados, harapientos, lamentables, cuyos nombres ha recogido la historia: entre ellos se hallaban el piloto Albo y el marino vasco Sebastián del Cano, que mandaba los restos de la expedición y al que Carlos V dió este blasón notable: «*Primus circumdedisti me*». El vicentino Antonio Pigafetta,

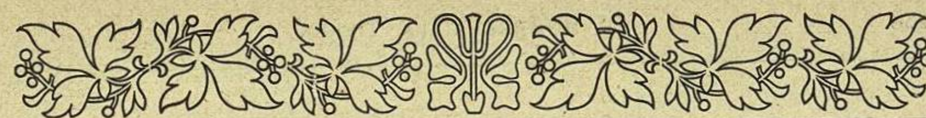
que refirió en francés, para tener más lectores, las vicisitudes de aquel gran viaje, se contaba también en el número de los supervivientes.

Aquellos pobres fugitivos, á quienes unas tablas apolilladas apenas defendían del naufragio, aportaban, sin embargo, una carga de una riqueza extraordinaria. Se ha dicho que su haber en clavos de especia representaba un valor de 100,000 ducados, ¡cerca de cinco veces lo que había costado todo el armamento de su flota antes de su partida del Guadalquivir! La falta de equilibrio comercial entre las dos mitades del mundo podía producir tales contrastes en los precios de producción y de compra de las mercancías. A pesar del monopolio que los poseedores de las diversas «Indias», continentales é insulares, trataron por largo tiempo de constituir y de conservar, el descubrimiento de Magallanes era el primer golpe dado al sistema tradicional de las transacciones secretas, operadas por los mercaderes en países desconocidos de los consumidores. Mas, por importantes que sean las relaciones de comercio en la historia de la humanidad, no forman más que una parte de sus relaciones, y no la más preciosa: desde todos los puntos de vista, la primera circunnavegación del mundo fué el acontecimiento capital de la nueva era, la fecha por excelencia que separa los tiempos antiguos del período moderno.

Antes de Magallanes la redondez de nuestra tierra era conocida de los sabios, hasta había sido demostrada por los astrónomos y los navegantes, pero permanecía siendo una concepción del entendimiento, y, aunque los pueblos se hubiesen distribuído desde tiempos inmemoriales en los continentes y en las islas sobre toda la circunferencia terrestre, ningún hombre consciente de su obra había dado la vuelta al planeta. Magallanes y sus compañeros fueron los primeros que le rodearon como con un hilo de oro, al cual se unieron después todas las mallas de la red tejida por la multitud innumerable de los exploradores que se han sucedido y se vienen sucediendo en la superficie del globo. Al navegante portugués debemos la línea fundamental, el ecuador de los itinerarios que une en su conjunto todos los rasgos geográficos. Gracias á él, la Tierra se ha constituído científicamente y se ha hecho la unidad en la historia de los

hombres lo mismo que en la estructura general de las formas terrestres. Verdad es que las consecuencias de esta revolución se producen con lentitud, de siglo en siglo, de década en década, de año en año, pero la historia hace constar la segura evolución, prosiguiéndose en la confusión aparente de las generaciones entremezcladas.





EL RENACIMIENTO. — NOTICIA HISTÓRICA

Francia. A Carlos VII, 1422-1461, sucedió su hijo Luis XI, 1461-1483, después Carlos VIII, bajo la regencia de su hermana Ana de Beaujeu. Habiendo muerto el rey sin hijo en 1498, subió al trono el duque de Orleans: Luis XII, 1498-1515. A su muerte, subió al poder una nueva rama de los Capeto con Francisco I, 1515-1547.

Alemania. La dignidad imperial perteneció en la época del Renacimiento — desde 1438 hasta 1740 — á la familia de los Habsburgo, duques de Austria. Federico III ocupó el trono de 1439 á 1493, sucediéndole su hijo Maximiliano hasta el 1519. Este, casado con la hija única de Carlos el Temerario, tuvo un hijo, Felipe, que murió prematuramente (1506) dejando un hijo de su matrimonio con Juana la Loca. Este nieto de Maximiliano, Carlos, heredero en 1516 de las posesiones del Nuevo Mundo y de las coronas de España y de las Dos Sicilias, después en 1519 del ducado de Austria, de Borgoña y de Flandes, se presentó á la elección de los príncipes electores y llegó á ser el emperador Carlos V, 1519-1556.

España. Los reyes de Aragón, poseedores de Sicilia desde 1409 y del reino de Nápoles desde 1435, se sucedieron regularmente: Fernando I, Alfonso, 1416-1458. Juan, 1458-1479. Fernando II, rey de las Dos Sicilias en vida de su padre, 1468, se casó en 1469 con Isabel, hermana del rey de Castilla; á la muerte de éste pudo poner la corona de este reino sobre la cabeza de su mujer, y el matrimonio reinó sobre toda la España católica desde 1479. Isabel murió en 1504, dejando una sola hija, Juana, madre de Carlos V.

Los príncipes de PORTUGAL empeñados en la obra del descubrimiento de la Tierra, son Juan I (João), 1385-1433, sus hijos el rey Eduardo y el infante Enrique, después Alfonso, 1438-1481, Juan II, Manuel después 1495 y Juan III, 1521-1557.

Los más célebres y los menos déspotas de la familia de los MÉDICI, son Cosme, 1389-1464, gonfaloniero desde 1429, y Lorenzo, 1448-1492.

Sólo citamos algunos grandes nombres entre los hombres del Renacimiento. Otros, nacidos después de 1467, se hallarán después con sus contemporáneos los Reformadores.

GIOTTO (di Bondone), pintor, nacido en Toscana	1266-1336
PETRARCA (Francesco), nacido en Arezzo	1304-1374
BOCACCIO (Giovanni), Florentino nacido en Paris	1313-1375
Gemiste, llamado PLETON, nacido en Constantinopla	(1355)-(1450)
Los hermanos VAN EYCK, pintores flamencos, Huberto	1366-1426
y Juan	(1385)-1441
DONATELLO, escultor toscano	1386-1466
Fra ANGÉLICO (Fra Giovanni da Fiesoli)	1387-1455
Biondo FLAVIO, historiador, nacido en Forli	1388-1463
Fra FILIPPO LIPPI, nacido en Florencia	1400-1469
Battista ALBERTI, arquitecto, nacido en Génova	1404-1472
Giovanni BELLINI, pintor, nacido en Venecia	1426-1516
BOJARDO, poeta, nacido cerca de Módena	1430-1494
Andrea MANTEGNA, pintor, nacido en Padua	1430-1505
PULCI, poeta, nacido en Florencia	1432-1484
Constantino LASCARIS, gramático, nacido en Constantinopla	1434-1493
MEMLING, pintor flamenco, nacido en Souabe	1435-1494
GIOCONDO, arquitecto, nacido en Verona	1435-1515
Lazzari, llamado BRAMANTE, arquitecto, nacido en Urbino	1444-1514
Pietro Vannucci, llamado el PERUGINO, pintor	1446-1524
BOTTICELLI (Alessandro Filipepi), pintor florentino	1447-1510
Aldo MANUCIO, impresor, nacido en Bassiano	(1449)-1515
Domenico Currado, llamado GHIRLANDAJO, nacido en Florencia	1449-1498
Lionardo DA VINCI, pintor y sabio, nacido en Toscana	1452-1519
SAVONAROLA (Jerónimo), nacido en Ferrara	1452-1498
Pedro VISCHER, escultor, nacido en Nuremberg	1455-1529
Adam KRAFFT, escultor, nacido en Nuremberg	(1456)-1507
PIC DE LA MIRANDOLA, filósofo, nacido cerca de Módena	1463-1494
Quintín METZYS, pintor, nacido en Lovaina	1466-1530



RENACIMIENTO

La humanidad futura, tal como debe prepararla una educación viril, ¿no se compondrá de hombres cada uno de los cuales podrá bastarse á sí mismo y crear nuevamente un mundo en su rededor?

CAPÍTULO XI

RENACIMIENTOS. — QUATTROCENTO. — HUMANISTAS. — BIBLIOTECAS.
EDUCACIÓN. — REHABILITACIÓN DE LA CARNE.
AMOR Á LA NATURALEZA. — RENACIMIENTO EN ALEMANIA.
IMPRENTAS. — UTOPÍAS. — LUIS XI Y CARLOS EL TEMERARIO.
FRANCESES EN ITALIA.
JUDÍOS Y BANQUEROS ALEMANES. — DESPLAZAMIENTO DEL COMERCIO.
CONQUISTAS ESPAÑOLAS. — PRESTIGIO Y DECADENCIA DE ESPAÑA.

En tanto que la fuerza viva de la Europa civilizada se aplicaba al descubrimiento del mundo, empleábase también en su interior en la reconstitución social, en un gran sentimiento de unidad humana, muy diferente de la unión ficticia obtenida por la comunidad, puramente verbal, de los dogmas religiosos y por la jerarquía del clero católico.

Bajo el nombre de «Renacimiento» se suele comprender el período de emancipación intelectual que se produjo en los siglos XV y XVI, bajo la doble influencia del aumento del saber en el espacio y en el tiempo. Los descubrimientos realizados en China y en el Extremo Oriente por los Venecianos, en África y en las Indias por los Portugueses, después en el Nuevo Mundo por los Españoles y todos los navegantes de la Europa occidental ensancharon los límites del horizonte terrestre á la par que se aumentó el vuelo de la imaginación y la audacia del pensamiento; ocurrió lo mismo con la erudición por la reaparición de la literatura antigua que unía los siglos presentes á los siglos pasados por encima de los orígenes mismos de la Iglesia. La humanidad se engrandeció doblemente: por una parte tomó posesión de todo su dominio terrestre sobre la redondez completa del globo, y por otra se apoderó de su herencia greco-romana desde los orígenes de su historia. Semejante época bien merece ser designada de una manera especial en la sucesión de las edades.

Sin embargo, la palabra «Renacimiento» tiene sólo un valor relativo, porque antes del siglo XV, antes de la huída de los gramáticos griegos de Constantinopla llevando sus libros hacia el Occidente, las letras latinas jamás cesaron de ser cultivadas en Roma y en las Galias: Virgilio hasta había sido venerado en esos países á la misma altura que un padre de la Iglesia, casi divinizado. ¿No había tenido el Renacimiento italiano con un siglo de anticipación un Petrarca por precursor, y no había sido precedido por el Renacimiento árabe, durante el cual los Moros, los Judíos, los Levantinos aportaban á Europa el conocimiento del Asia oriental, de sus condiciones geográficas, de sus poblaciones, de sus productos y de su historia? En todas las épocas ha habido «renacimientos» de un valor más ó menos decisivo. Antes del que respondió á los descubrimientos de Gutenberg y de Colón, se suele citar el de Carlomagno, después el del siglo XII, que, excitado por la filosofía de la antigüedad, tuvo la ventaja de no ser dominado por ella, como lo fué su hermano menor el gran Renacimiento.

Así como son frecuentes las emigraciones y transplantes de comarca en comarca, dando lugar á fenómenos de orden muy diferente de la rutina de las cosas, así también pueden realizarse «saltos» de

siglo á siglo sobre las edades intermediarias, dando á ideas antiguas una nueva juventud: hay generación que no resplandece en su segunda flor sino después de unos intervalos de decadencia y de esterilidad. Así ha sucedido con la literatura, la filosofía y la moral de los antiguos, al salir de la sombría época de la Edad Media.



Cl. J. Kuhn, edit.

VENECIA — PIAZZETTA

En el fondo San Marcos, á la derecha el Palacio de los Ducs, á la izquierda el Campanile (derrumbado) y la Librería de San Sovino, uno de los monumentos más puros del Renacimiento.

En Italia fué principalmente donde la evolución de la ciencia y del arte, siguiendo vías nuevas, se manifestó de una manera bastante poderosa para merecer el nombre de «Renacimiento»: hasta se le ha resumido por la palabra *quattrocento*, aplicada á todos los progresos del saber humano realizados en Italia durante el curso del siglo XV [1].

[1] Philippe Monnier, *Les Quattrocento, Essai sur l'Histoire littéraire du XVe Siècle italien*, 2 volúmenes.

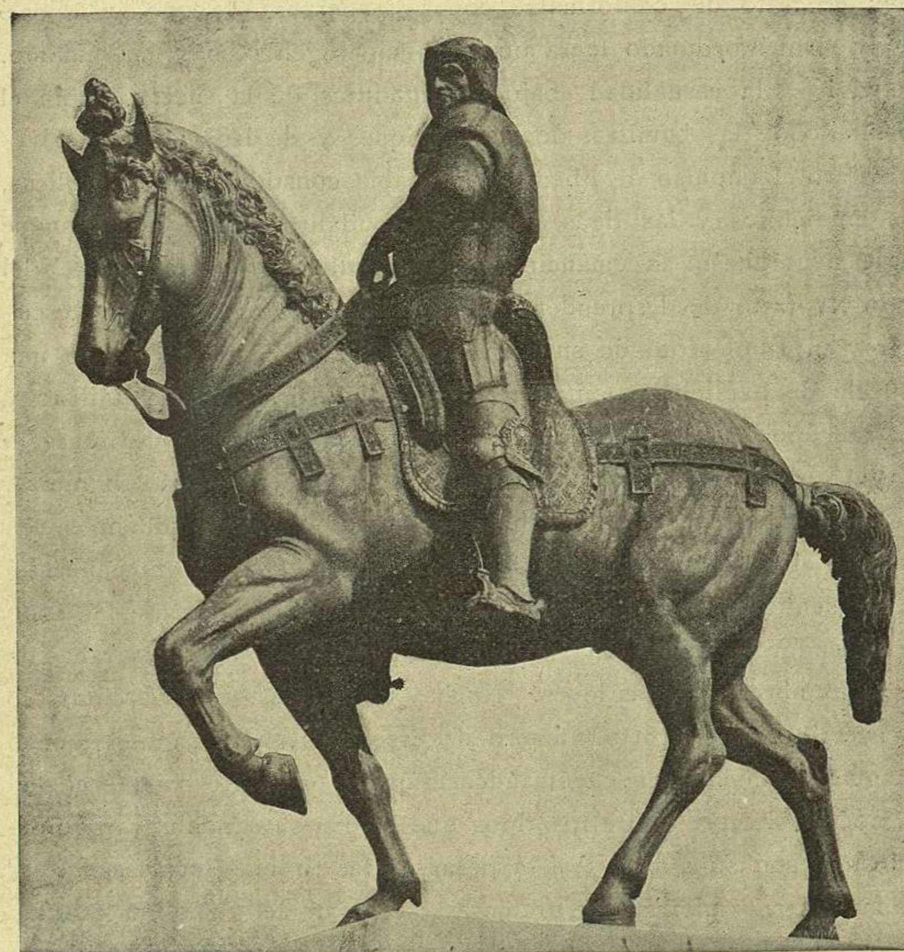
En aquella época desaparecía el municipio italiano, reemplazado en todas partes por el gobierno de un señor; una sola ciudad conservaba su forma republicana, Venecia, separada de tierra firme por las lagunas, y á la que las condiciones especiales de su política extranjera creaban una vida completamente diferente de la de las otras ciudades italianas.

Las causas de la decadencia y de la ruina definitiva de los municipios de Italia son harto evidentes. Dividiéndose en castas enemigas, cada uno de ellos consume sus fuerzas en luchas intestinas, y, como ocurre siempre, la casta oprimida, cuando la ocasión se presenta, busca sus aliados en el exterior; la nobleza urbana se apoya sobre la nobleza extranjera; los ricos comerciantes celebran alianzas con los comerciantes poderosos de fuera; el pueblo recurre á las clases populares de las ciudades vecinas, á menos que, en su imprudencia, no introduzca dentro de sus murallas algún señor poderoso que halague sus pasiones, ó aclame algún rico que distribuya con largueza su caudal. Cada casta no ve más que sus intereses particulares, y en las ciudades felices donde el equilibrio se ha establecido poco á poco, el municipio no tiene más ideal que él mismo, y no comprende que si no defiende la libertad de todos, la suya está también comprometida. Los ejemplos de más alta apreciación de las cosas son raros en los anales de las ciudades. Cuando en 1289 libró Florencia á los campesinos de toda servidumbre, «porque la libertad, derecho imprescriptible, no puede depender del arbitrio ajeno», esta noble actitud fué poco imitada, y aquella misma ciudad lo olvidó pronto en su conducta respecto de Pisa. Pocas repúblicas fueron magnánimas en la comprensión de sus verdaderos intereses.

Y si los municipios estaban destinados á perecer en sus luchas intestinas, lo estaban también por las guerras continuas que sostenían contra las ciudades próximas. Florencia se enemista con Pisa porque le toma el mar, y con Siena porque le cierra el camino de Roma; Milán reprocha á Pavía, Cremona y Brescia que le disputen su poder y disminuyan su parte de riquezas. Lo mismo en Luca en 1548, que en Milán en 1447, el pueblo no quiso oir hablar de una federación de ciudades en que todas tuvieran los mismos derechos.

Tantas eran las ocasiones de conflicto, que el municipio no tenía

tiempo de pelear por sí mismo, y había de confiarse á especialistas, á gentes cuyo oficio consistía precisamente en alquilarse á un príncipe ó á una ciudad para combatir en su lugar, ganar sus victorias ó sufrir sus derrotas. El que sentía en sí la audacia necesaria, el



Cl. J. Kuhn, edit.

VENECIA — ESTATUA DEL CONDOTTIERE «IL COLLEONE»
por Andrea del Verocchio, nacido en Florencia en 1422 ó 1435, muerto en Venecia en 1488.

gusto por la rapiña y el genio de las aventuras, trataba de agrupar una banda de tunantes tan poco respetuosos como él de la vida humana y de los productos del trabajo, y cuando reunía su *condotta*, recorría el país en busca de ciudades que le confiriesen sus asuntos. Se vendía al que ofrecía más, y si el enemigo á quien combatía ayer

le ofrecía más que su aliado de un día, cambiaba de partido y penetraba como vencedor en la ciudad que antes defendía. Jamás se decidió más bruscamente la lotería de la guerra, por golpes inesperados, que bajo el régimen de los *condottieri*. Alguno que llegó á ser señor absoluto de un antiguo municipio libre era una fiera terrible: se trató de conformarse con la esperanza de que su hijo ó algún rival afortunado fuera buen príncipe, generoso y magnánimo. Se vivió á la casualidad, bajo las ligaduras de la suerte, según el resultado de las batallas, de las traiciones y de las matanzas.

Pero el impulso de libertad que había constituído las repúblicas, los municipios y las ligas contra el feudalismo debía continuarse lógicamente hasta la emancipación del individuo, y el hombre del siglo XV trató de desprenderse de la sociedad ambiente para descubrirse en la plenitud de su fuerza y de su belleza. Produjose una especie de paralelismo entre el período del Renacimiento italiano y la gran época de la floración helénica. A dos mil años de intervalo se ve igualmente al hombre tratando de realizar su ideal en fuerza, en elegancia, en gracia personal, á la vez que desarrollándose en valor intelectual y en saber. Tal es el movimiento del «humanismo» en su sentido profundo: el individuo tiende á manifestarse en todo el esplendor de su persona, desembarazado de las múltiples trabas de las costumbres y de las leyes. No hay duda que esa perfección sólo es accesible á un corto número de escogidos, pero ya es mucho intentarla, teniendo en cuenta además que el conjunto de la sociedad se modela siempre sobre los tipos que le dan su carácter y, por decirlo así, son su alma. Así, á pesar de las tiranías locales, á pesar de las guerras civiles y extranjeras, á pesar del remolino político en que giraban los Estados, la época del Renacimiento no deja de ser una de las más notables de la historia, porque el valor de las sociedades se mide por el de las individualidades fuertes, conscientes de sí mismas que en ellas surgen. La humanidad futura, tal como debe prepararla una educación viril, ¿no se compondrá de tales hombres, cada uno de los cuales podrá bastarse á sí mismo y crear nuevamente un mundo en su rededor?

El movimiento del gran siglo del Renacimiento, continuando á su antecesor Petrarca, tuvo, pues, un alcance mayor y muy diferente que

el de crear «humanistas» en el sentido estrecho de esta palabra: hombres que ponían su gloria en hablar en bello latín y que veían en un barbarismo el colmo del oprobio. No, el humanismo en su más alta concepción consistía, como su nombre lo indica, en el conocimiento y adaptación de todo lo que es «humano», de todo lo que eleva al hombre á sus ojos, y lo muestra, no sólo en la práctica de un «bello lenguaje» — *dicendi peritus* — sino también en el ejercicio de toda bondad: noble, generoso y magnánimo. Y como la literatura antigua, griega y latina, contiene, bajo la forma más bella, los pensamientos más profundos y la más alta moral; como todo el tesoro de las adquisiciones humanas se encuentra reunido en aquella literatura, la atención exclusiva de los hombres del Renacimiento se fijó en los escritores de la antigüedad clásica.

La revolución que se producía en las inteligencias era, en su verdadera naturaleza, esencialmente religiosa: el hombre, cesando de ser la víctima del pecado original, recobraba su pureza primitiva y su derecho de gustar libremente los frutos del paraíso; á pesar de la prohibición antigua, promulgada por todas las Iglesias que se sucedieron en la historia, tenía derecho sobre todo al árbol de la ciencia: inocencia é ignorancia habían cesado de ser sinónimos. No todos los humanistas fueron hombres de gran carácter; entre ellos hubo gentes sin consistencia y sin dignidad, hipócritas, aduladores y parásitos, y su acción educadora fué por ello empequeñecida; pero no por eso dejaron de producir nuevos conocimientos, ni fué obstáculo para que se abrieran escuelas, ni para que representaran la ciencia contra los que, con San Pablo y San Agustín, predicaban la «absurda fe».

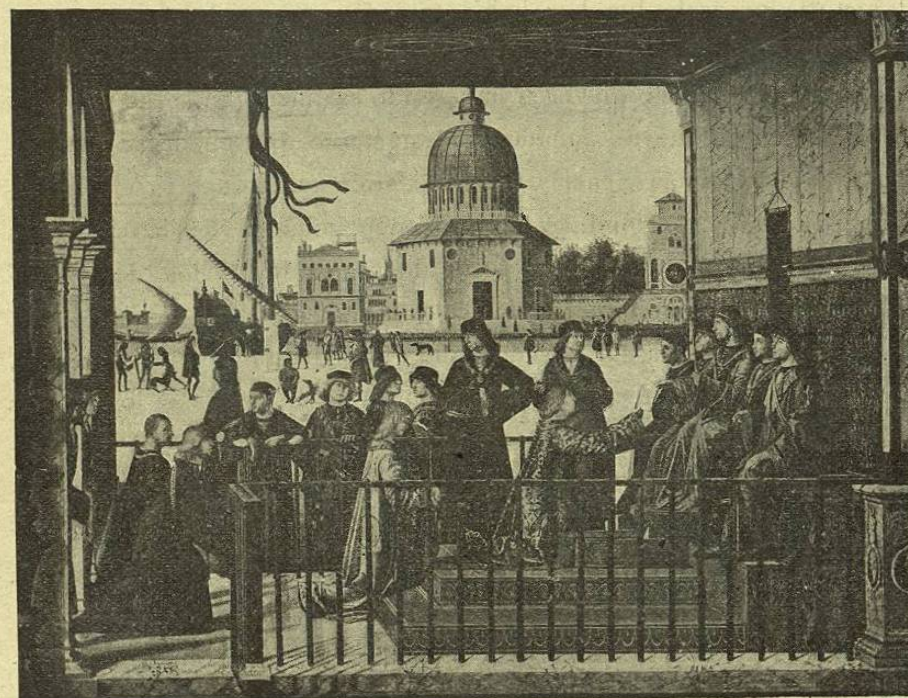
A pesar de cuanto se diga, la Edad Media, en su conjunto, odiaba los libros, y los religiosos que los amaban á pesar de todo, por instinto espontáneo, habían sido celosamente vigilados como fautores de una rebeldía oculta. Sin embargo, algunos nombres de conventos, tal como el Monte Cassino, suscitaban la idea de libros y de manuscritos; la palabra «benedictinos» produce la ilusión, tan común entre los que ven las cosas por orden y en confianza, que los frailes de la Edad Media eran aplicados al estudio, á la lectura, á la copia de manuscritos, y que les debemos la preciosa herencia de la literatura antigua; error que no tiene en cuenta el estado general

de la sociedad durante aquella negra época ni la estrechez de entendimiento que forzosamente engendra en toda comunidad la rígida observancia de las reglas que tienen por único objeto la disminución de la iniciativa personal. Además, el celo del apóstol Pablo, que hizo quemar los libros de Efeso, animó durante mucho tiempo á los pontífices penetrados del fervor primitivo. He aquí lo que al final del siglo VI escribía Gregorio el Grande á un obispo: «Se me hace saber, y no puedo repetirlo sin vergüenza, que vuestra Fraternidad ha osado exponer á algunos los principios de la gramática... Cosa grave y vergonzosa es que un obispo se ocupe de esas futilidades, indignas de los religiosos y de los laicos». Y muchos obispos descuidaban, en efecto, esas miserias mundanas de la instrucción: ¿no se había dado el caso de que en el concilio de Calcedonia, en 451, hubieran de recurrir á la amabilidad de sus colegas ó de sus amanuenses para atestiguar su aprobación á los decretos que no sabían firmar por sí mismos? Entre los frailes benedictinos, cuyo nombre ha venido á ser sinónimo de hombres de estudio, gracias á los religiosos eruditos de los siglos XVII y XVIII, la regla no exigía que el hermano supiera leer ni escribir, ni le prescribía instruirse en los arcanos del alfabeto durante su año de noviciado. Entre los monjes de Citeaux, la norma para los que se dedicaban á la lectura era no leer más que un solo libro al año y copiar los manuscritos guardándose bien de adornarlos con el menor dibujo [1], ese trabajo profano se encargaba á los dibujantes y pintores de fuera.

¡Cuán pobres en libros eran, durante los siglos de la Edad Media, los más ilustres monasterios! El más rico de todos, en 1472, en vísperas del Renacimiento, es el de Clairvaux, que, según D'Arbois de Jubainville, contenía 1,714 volúmenes. Nuestra Señora de París no poseía en 1297 más que 97 obras, mientras que en aquella época, en el Cairo, la biblioteca de los Fatimitas tenía, según Quatremere, ¡más de dos millones y medio de volúmenes! Verdad es que la biblioteca del Vaticano excedía á todas las demás de Europa: bajo Sixto IV se componía de 2,546 volúmenes. Se recordará la visita hecha por Bocaccio á lo que restaba en el siglo XIV de la biblioteca

[1] D'Arbois de Jubainville, *De l'Intérieur des Abbayes cisterciennes*, p. 62.

del Monte Cassino: en ella sólo encontró libros mutilados; los frailes raspaban entonces los cuadernos, cortaban los márgenes y hacían pequeños salterios para los niños y las mujeres [1]. De esa manera, muchas obras de la antigüedad greco-romana, que existían todavía en los siglos del X al XII, se perdieron antes de los días luminosos del Renacimiento, y si en aquella época pudieron felizmente los eru-



Academia de Bellas Artes en Venecia. Cl. J. Kuhn, edit.

EPISODIO DE LA VIDA DE SANTA ÚRSULA
REGRESO DE LOS EMBAJADORES INGLESES Á SU PATRIA
por CARPACCIO, nació en Venecia en 1460 y murió allí mismo en 1522.

ditos hallar gran número de ellas, se debe á que las buscaron y las hicieron aparecer de nuevo bajo la cubierta de libros de oraciones, de recetas ó de fórmulas sin valor, cuyas hojas habían sido arrancadas.

Aun antes del descubrimiento de la imprenta, habían comenzado los humanistas la gran obra de conquista literaria y científica que, en lo sucesivo, había de proseguirse sin tregua; despertóse el sentido

[1] Benvenuto de Imola, citado por Philippe Monnier.

de la continuidad en la historia y hubo eruditos que trataron de reanudar los acontecimientos de los tiempos antiguos con los de los modernos, pasando sobre el período obscuro de la Edad Media. Flavio Biondo, el autor de la primera obra de reconstitución arqueológica de Roma [1], intentó renovar en Italia la tentativa de Ibn Khaldun entre los Mahometanos de Mauritania un siglo antes que él, pero con más amplio criterio, con una concepción más elevada y filosófica. El historiador árabe-bereber había tomado por objeto de sus estudios el desarrollo de la civilización en el conjunto de la humanidad, pero, aunque diciendo que cree haber sido el único que se ha ocupado de esa «ciencia nueva», añade modestamente que puede engañarse, porque «¡hay tantas ciencias y han existido tantos sabios en las diversas naciones! ¿Dónde están los conocimientos de los antiguos Persas? ¿dónde las ciencias de los Caldeos, de los Sirios, de los Babilonios, con sus monumentos?»

Esa resurrección del pasado, que Ibn Khaldun creía imposible, acabó por realizarse algunos siglos después de él, gracias á los activos investigadores del Renacimiento, como Aldo Manucio, que se ocuparon con actividad incansable de restituir al menos el tesoro literario de Roma y de Grecia, y que, con extremada inteligencia y sagacidad adivinatoria, supieron discutir los textos y restablecerlos en su pureza primitiva. Así se desarrolló el sentido crítico; primeramente sobre los problemas de puntuación, de ortografía y de palabras; después sobre las más altas cuestiones de la historia y de la ciencia en su conjunto. De ese estudio escrupuloso de los manuscritos diferentes y contradictorios nació el libre examen de las doctrinas igualmente diversas y opuestas.

Los Italianos no habían esperado el exodo de los Griegos de Constantinopla para tomar posesión de la herencia helénica. Además, ya en vísperas del Renacimiento, el elemento griego, que dos mil años antes había alimentado la escuela de Pitágoras y otros colegios de ciencia y de filosofía en la Gran Grecia, se conservaba todavía en el sud de Italia, por la influencia de Constantinopla, que había permanecido siendo la soberana del país hasta el final del

[1] *Roma Instaurata*, 1446.

siglo XI, y no había dejado de enviarle numerosos fugitivos. El viejo fondo yapigio de la población primitiva emparentada con los Pelasgos se había acomodado tan bien á la cultura griega, que la lengua «romaica» no se había extinguido por completo hacia la extremidad meridional de la tierra de Otranto y de la de Calabria. ¿No es en el fondo griega por el carácter del pensamiento la patria de Giordano Bruno, de Campanella y de Vico? [1]

Sin embargo, la restitución de la literatura y del pensamiento griegos en la época del Renacimiento no se hizo en la Italia meridional, todavía medio helénica de origen: debía cumplirse naturalmente en la parte septentrional de la península, donde la historia tuvo su más rápida evolución. Florencia, que era entonces el verdadero centro de la Italia artística y sabia, «Florencia, la ciudad que fué la flor de las ciudades» [2], llegó á ser como una nueva ciudad griega.

Florencia aportó á su obra artística tanta imaginación y genio creador como la gran Atenas, aunque con menos variedad y riqueza; parecía desanimada, cansada de la acción y no se rebelaba contra la dominación extranjera. Dícese [3] que su corazón no estaba al nivel de su genio; ¿pero no sería más bien que su ideal estaba sobre todas las cosas de la tierra y que las miserables disputas de los hombres no podían empañar su pureza diamantina? Los poetas, desde Pulci y Bojardo hasta el Ariosto y Goldoni; los pintores, desde el Perugino hasta Corregio, todos muestran la misma serenidad. Durante el saqueo de Roma, el Parmesano pintaba todavía cuando los lansquenetes penetraban en su taller. «Buscad, dice Quinet, en las vírgenes de Andrea del Sarto y de Rafael, la triste mirada de la Italia esclava, violada, despojada y harapienta, y encontraréis en ellas la mirada del bienaventurado que sube al cielo, no la desesperación de una caída política». Italia, por la historia de su arte y de su pensamiento filosófico y político, salió la primera del círculo estrecho de la nacionalidad propiamente dicha, confiándose sin defensa al espíritu de civilización, al genio de la humanidad: la patria de los Italianos durante mucho tiempo fué el universo [4].

[1] Fr. Lenormant, *La Grande Grèce*, XI, p. 65; — E. Nys, *Autour de la Méditerranée*, p. 4.
[2] J. Ruskin.
[3] G. Perrot, *Revue des Deux Mondes*, Noviembre 1870.
[4] Paul Ghio, *L'Anarchisme aux Etats-Unis*, p. 148.

Florencia, la ciudad luminosa por excelencia, se había transformado en capital desde que los Médicis, los ricos mercaderes, habían sabido tomar el poder real, aunque desdeñando el título. En ninguna parte fué la vida del burgués y del letrado más espléndida, más alegre y al mismo tiempo más noblemente embellecida por la grandeza de las artes y la elegancia de la palabra, en prosa y en verso, en latín flexible y fluído, que volvió á ser lengua viva y casi maternal, y en griego sonoro y correcto. Los cortesanos, los oradores, los gramáticos y los poetas que gravitaban alrededor de Lorenzo el «Magnífico» tenían plena conciencia de vivir en una época gloriosa entre todas, digna de ser comparada con la que vió el esplendor de Atenas. Marsile Ficin, uno de los hombres más ilustres del grupo, exclama con felicidad: «Este es un siglo de oro: ha dado nuevamente á luz las disciplinas liberales casi extinguidas, la gramática, la poesía, la elocuencia, la pintura, la arquitectura, la música, el arte de cantar sobre la antigua lira de Orfeo, ¡y todo esto en Florencia!» Escribe á un amigo invitándole á establecerse en la noble ciudad, y le dice: «¡Sé dichoso, sé Florentino!»

Durante aquel bello siglo del Renacimiento, en aquella hermosa comarca de Italia no estaban reservadas las alegrías del estudio á la flor única del ingenio de los privilegiados, príncipes é hijos de príncipes; también se hacía partícipes de ellas al pueblo, se acomodaban á los niños, transformando las escuelas en «casas alegres», tipos de las que edifican en distintos puntos los hombres libres de la sociedad moderna. Ejemplo, la escuela que fundó Vittorino Rabaldoni, cerca de Mantua, en una pradera «regocijada con los árboles y las fuentes». En la extensa casa, adornada con frescos y flores, niños venidos de todos los países y pertenecientes á todas las clases sociales, vivían como hermanos, felices, sin temor á los golpes. Vittorino, cuyo rostro era tan simpático «que curaba los enfermos», sabía hacer la ciencia amable y el juego instructivo, de tal modo que sus discípulos trabajaban cuando danzaban, saltaban, cantaban, montaban á caballo, recorrían las montañas, y se divertían cuando recitaban fragmentos de obras de Virgilio, escribían latín ó improvisaban discursos. El educador había comprendido que las diversas partes del ser deben desarrollarse paralelamente, la inteligencia renovada por la variedad

de estudios, el cuerpo restaurado por la diversidad de los alimentos y todo defecto físico corregido: así se obtienen la fuerza y la resistencia, la belleza y la gracia. Rabaldoni, «nacido de una encina», era el modelo á que todos querían parecerse [1].

Compárese con esa mansión de dicha los antros en que los alumnos, sometidos á la tortura de las rutinas, tenían que pagar todas



Cl. J. Kuhn, edit.

CATEDRAL DE FLORENCIA

En el horizonte, á derecha, se ven las alturas de Fiesoli.
La cúpula de la catedral fué construída por BRUNELLESCHI, Florentino, 1377-1466.

sus faltas por otro suplicio, el del azote, ¡tratamiento que tiene tantos admiradores en Inglaterra! Un escritor, panegirista de la Edad Media, trata de mostrarnos esa educación feroz bajo un aspecto poético, describiendo la «Fiesta de las Varas», que padres y maestros, conduciendo sus hijos y alumnos, celebraban en Alemania durante un hermoso día de verano. Bajo la severa mirada de las personas

[1] Philippe Monnier, *Le Quattrocento*, t. I, ps. 241 y siguientes.

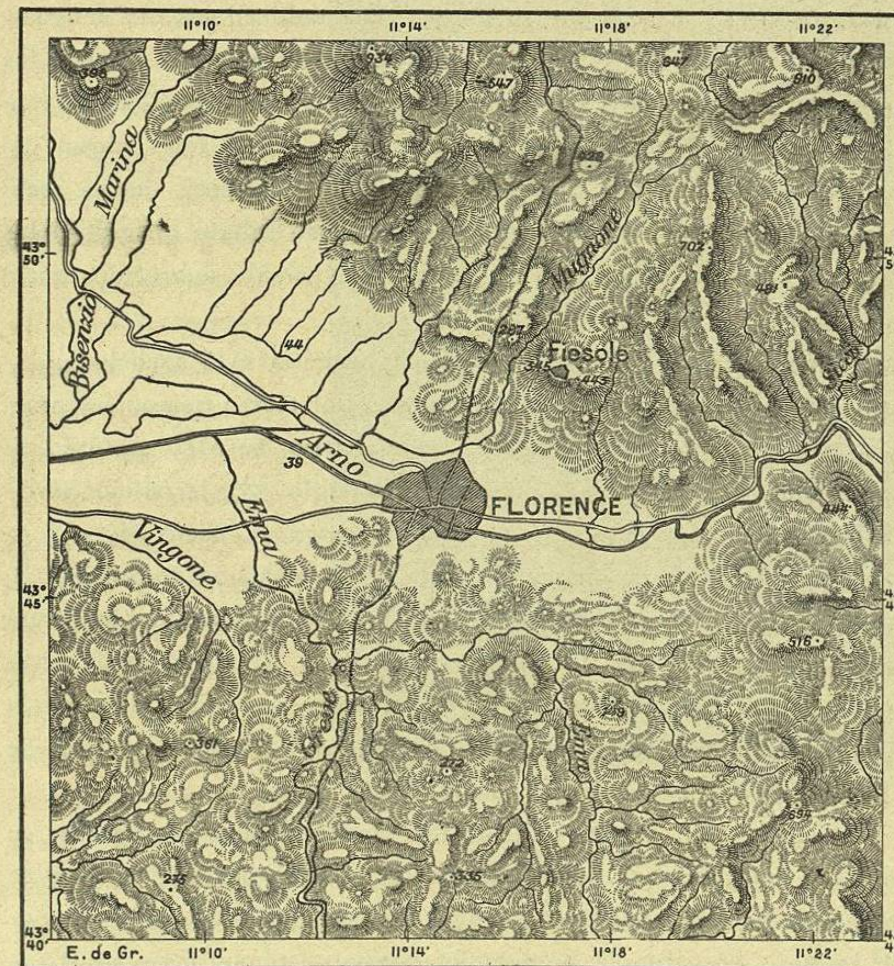
mayores, los escolares iban al bosque á hacer provisión de las varas que habían de servir para golpear su carne: se les obligaba á escogerlas flexibles y fuertes, de abedul, y cada uno había de conducir su haz. Después de los juegos y de la comida campestre sobre la hierba, los niños entraban en la ciudad cantando la «Canción de las Varas», ofreciendo el recuerdo de los gladiadores que se inclinaban ante el César que con un signo les hacía morir [1].

Acercándose á la verdad científica, Italia, y Europa con ella, se alejaban de la fe. Es indudable que las viejas formas tradicionales del culto no cambian, y hasta el arte, mezclándose más á la vida popular, hace que las fiestas religiosas ganen en brillo, en esplendor y en riqueza; pero la indiferencia, más aún que las herejías, separa gradualmente de la Iglesia los hombres instruídos de las cosas de la antigüedad; uno de los neo-platónicos llegados á Florencia, Gemisto Plethon, profesaba sin causar escándalo entre sus amigos que la religión futura no será «ni de Cristo ni de Mahoma, y no diferirá esencialmente del paganismo». La autoridad del soberano pontífice se había singularmente debilitado, sobre todo en esa misma Italia, de la cual era uno de los príncipes temporales. El territorio de Roma venía á ser un principado secularizado, donde ante todo predominaban intereses políticos y mundanos, apoyándolos mucho más sobre la fuerza guerrera y la astucia que sobre exhortaciones religiosas. Humanistas y coleccionadores de manuscritos como otros potentados de Italia, los papas, en su mayor parte hostiles á todo celo religioso, se limitaban á consagrar las tradiciones de la curia. Cuando murió Nicolás V, el poeta Filelfo ponderó sobre todo la desesperación de Apolo y de las musas, y después, cuando Portugal y España intrigaban á cual más cerca de los chambelanes y de los notarios del papa para hacerse adjudicar la mejor mitad del globo, Alejandro VI, ocupado de su Estado, de su familia, de sus negocios privados, ignoraba los grandes intereses que hacía nacer en Europa el nuevo equilibrio del mundo. En Roma, el cardenal Jacopo Ammanati, buscando un preceptor cristiano, sólo pudo encontrar letrados. La palabra «virtud» había llegado á ser sinónima de mérito excepcional en el uso del latín.

[1] J. Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge.*

Y precisamente por una extraña ironía de las cosas, en la época en que la autoridad del papa cesó de ser reconocida en Occidente, se procedió á la ceremonia de una supuesta vuelta de la Iglesia de Oriente á la sumisión del pontífice de Roma. En Ferrara se reunió un concilio que, á causa de la peste, se trasladó á Florencia, donde, haciendo gala de erudición, de dialéctica y de elocuencia,

N.º 368. Florencia y sus contornos.



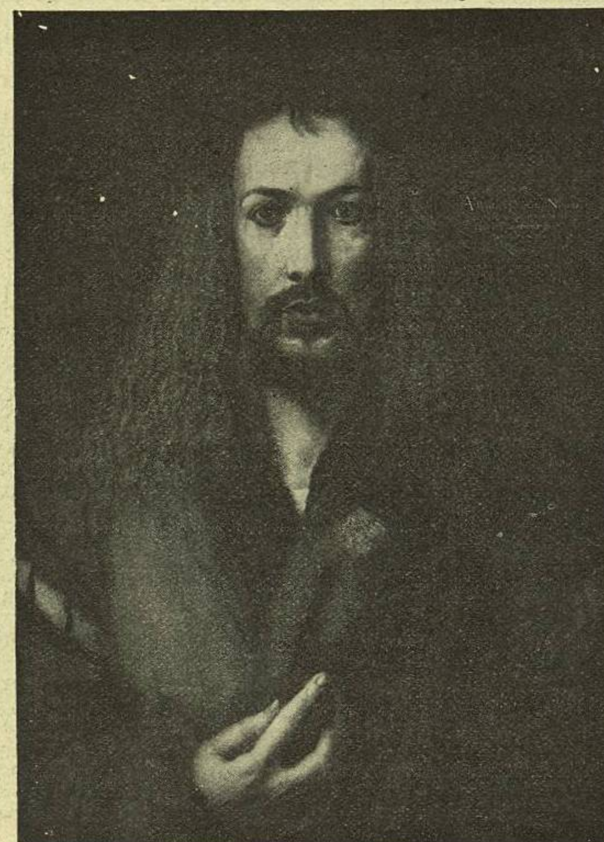
los letrados más notables de la Iglesia griega y de la Iglesia latina proclamaron la unión dogmática entre las dos partes de la cristiandad. En la nave de Santa María Nueva se erigieron dos tronos elevados á la misma altura, el del papa de Roma, Eugenio IV, y el del emperador de Oriente, Juan Paleólogo; rodeáronles los grandes dignatarios, oficiaron los sacerdotes de los dos cleros, la multitud aplaudió y se prosternó. El tratado de unión, redactado en las dos lenguas, fué leído y jurado solemnemente, y, convertido en letra muerta, fué á reposar en los archivos. Esas bellas fiestas de reconciliación religiosa, celebradas en 1439 en la ciudad que era el foco mismo del humanismo, no tuvieron en realidad nada de religioso; fueron esencialmente paganas y como el alegre y amoroso saludo dirigido á los grandes genios de la antigüedad griega nuevamente aparecidos entre los hombres.

La relajación de la piedad católica permitía á la sociedad pensante volver á la naturaleza é interrumpir por cierto tiempo las prácticas de ascetismo; éstas tuvieron, sin embargo, su corto período de reaparición victoriosa cuando al final del siglo XV, Jerónimo Savonarola, rodeado de sus «lloradores» ó *piagnoni*, dictó leyes á la misma señoría de Florencia, y, volviendo á la tradición de San Pablo, hizo quemar cuadros, instrumentos de música y obras de literatura profana, entre otras los *Cuentos* de Bocaccio. Pero esa crisis de fe aguda y de penitencia duró apenas cuatro años, y á su vez Savonarola fué quemado por orden del papa Alejandro VI por el crimen de demasiado ardor en su fervor hacia Dios.

Es cierto que el movimiento del Renacimiento, tomado en su conjunto, determinó la emancipación de la sociedad civil uniéndola á la cultura antigua sobre y á través de las edades cristianas, y por él la mujer, mitad de la humanidad, reconquistó entonces prácticamente una débil parte de la vida social que le había negado la Iglesia, y pudo salir del círculo de la familia y de la sombra de las bóvedas y conventos; hasta gran número de ellas llegaron á ser célebres por su ciencia, su ingenio y su energía; en muchas familias nobles, las hijas participaban plenamente de la educación de sus hermanos.

La maldición que la Iglesia cristiana había pronunciado contra el cuerpo, considerado como el asiento de toda pasión vil, cesó de

pesar sobre los hombres: «Los mil años de ignorancia y suciedad» en que Michelet resume la Edad Media, tuvieron, en fin, su término. Fué aquella una gran revolución, la más importante que haya determinado el Renacimiento, porque representa el decaimiento del dogma terrible del pecado original que había podrido la humanidad cristiana, enseñándole á despreciar su cuerpo ó á ver en él el receptáculo de todos los vicios. El castigo de la primera culpa entrañaba forzosamente el horror á la «carne» contrastando con el alma inmortal, y, en la práctica de la vida, ese desprecio del cuerpo no fué otra cosa que la suciedad: los parásitos, las úlceras y las llagas estuvieron en honor preponderante; se tuvo á gloria elevar hacia Dios manos purulentas, atraer su mirada sobre miembros atrofiados ó chorreando pus. En los campos franceses, sometidos durante mil cuatrocientos años á la disciplina eclesiástica, fué hasta una época reciente un deber para los fieles no «lavar el agua del bautismo»: por una depravación extraña, el mismo símbolo de la purificación acabó por servir de pretexto á la impureza. Todavía en nuestros días los Mongoles cesan de lavar sus vestidos durante todo un año [1] cuando una desgracia



Pinacoteca de Munich. Cl. J. Kuhn, edit.

DURERO PINTADO POR SÍ MISMO

[1] W. W. Rockhill, *Diary of a Journey through Mongolia and Tibet*, p. 154.

pública, la pérdida de una cosecha, por ejemplo, atestigua la cólera celeste; su mentalidad no ha cambiado apenas desde la visita de Rubruk, quien aseguraba que un lavado bastaría para que cayera el rayo. Y, volviendo á las tierras cristianas que la dominación de los frailes ha hecho parecerse tanto á las de la Mongolia, ¿no se ha visto á la Iglesia en España prohibir el uso del agua pura? En 1467, el cardenal Espinosa puso término al escándalo de los baños que tomaban todavía los descendientes de los Arabes que quedaban en el reino «católico» por excelencia [1], en ese país donde la suciedad de una princesa fué erigida en heroísmo.

Como consecuencia, la rehabilitación de la carne, como decían los Sansimonianos en la época romántica del socialismo, era la condición esencial de la emancipación del arte. Verdad es que el pueblo de la hermosa Italia había guardado siempre el sentido de la belleza, ó por mejor decir, había reflejado siempre el encanto y la gracia de la naturaleza circundante. Los paisajes tan amables de Toscana, de Lucca y de la Umbría, con la línea pura de sus colinas, sus bosquecillos, sus ríos, sus rosadas aldeas; la rica variedad de sus cultivos; el contraste del verde claro y de los cipreses ennegrecidos; los bosques susurrantes de los altos Apeninos, y más allá las llanuras de inagotable fecundidad; las estribaciones floridas de los Alpes, ese maravilloso conjunto de colores cambiantes de primavera á verano y de invierno á una nueva primavera, todo eso se encuentra en el carácter del pueblo, risueño, ágil, ingenioso, amante y deliciosamente artista. «Joaquín de Flora amaba la naturaleza y sabía mirarla; un día que predicaba en rogativa para la lluvia, las nubes se entreabrieron repentinamente y un alegre rayo de luz iluminó la iglesia: deténiese el predicador, saluda al sol, entona el *Veni Creator* y sale con el rebaño de los fieles para contemplar la risueña campiña» [2]. Alberti, humanista de primer orden, cuya dulzura magnética encantaba los animales silvestres, lloraba á lágrima viva á la vista de un árbol hermoso ó de ricas mieses; toda belleza era una revelación.

No hay campesinos en el mundo que tengan cantos populares más conmovedores y de verdadero sentimiento, más armoniosos, más

[1] A. S. Martin, *Spain, its Greatness and Decay*, p. 153.
[2] Arvède Barine, *L'Italie Mystique*.

elegantes y rítmicos en la forma que los *rispetti* y los *stornelli* de los aldeanos toscanos; en parte alguna tampoco combinan más graciosamente las casitas su decorado con el de los árboles y los campos; el albañil rural no piensa, como en muchos otros países, en imponer á la vista su construcción; sabe unirla al medio, añadiendo un rasgo más á la gracia del paisaje. Y él mismo, consciente de su belleza,



Cl. Kuhn, edit.

MURCIA — RUINAS DE BAÑOS ÁRABES

sabe conservarla y hacer honor á la mujer que ha escogido: corona de flores á sus hijos, adorna sus bueyes con guirnaldas, levanta en sus campos espantajos que son objetos de arte, y, para recreo de la vista, «coloca un tomate sobre un saco de trigo» [1].

A este amor de la Naturaleza se une un hecho preciso que le da una fecha en las conquistas humanas. Los escaladores de montañas, trepando por la alegría de subir, de ver ensancharse los horizontes ante sí, surgir las ciudades detrás de las colinas y la línea clara del

[1] Philippe Monnier, *obra citada*, t. II, p. 223.

mar después de la de las llanuras, pueden reivindicar la gran memoria de Petrarca subiendo al monte Ventoux [1].

Así de edad en edad, á pesar de la opresión de la Iglesia y de los señores, á pesar de los incendios y las guerras, el pueblo italiano había conservado el tesoro del sentido artístico, pero el arte no pudo desarrollarse sino con la libertad de esculpir y de pintar las verdaderas formas humanas, despojadas de todo el aparato hierático impuesto antiguamente por la costumbre religiosa. Era necesario desprenderse del símbolo, ver nuevamente al hombre tal cual es en su belleza, no mancillada por el pecado original, y hasta comprender las escenas tenidas por sagradas y divinas á través de las personas, de los actos y de las actitudes de la vida diaria: los ojos del artista adquirían nuevamente el derecho de ver la Naturaleza y los hombres tales como son, y las cadenas caían de sus manos. Habían transcurrido dos mil años desde que los artistas griegos comprendieron la belleza del hombre y la representaron en todo su esplendor; á la sazón, llegando por otras vías, los artistas italianos se elevaban también á la visión de lo bello, si no muy diferente de la de los Helenos, no menos perfecta en su orden de nuevos sentimientos. Así como los escultores jónicos, abandonándose alegremente á la vida, representaban la juventud del arte, los artistas italianos, desprendidos de los lazos de la Edad Media, conservaban en su mayor parte, hasta en su cándida alegría, un rasgo de melancolía, una suave morbidez, que recordaba las tristezas pasadas. Habían conquistado, por los sufrimientos anteriores, la profundidad del sentimiento, y por el estudio del hombre y de la Naturaleza volvían á encontrar la completa belleza de la forma. Hasta el más humildemente cristiano de aquel tiempo, fra Angélico, que no osaba comer carne en la mesa del papa sin autorización de su prior y pintaba todos sus personajes concienzudamente vestidos desde el cuello hasta los pies, no perdía jamás de vista en sus obras la belleza del cuerpo humano y se inspiraba en los progresos realizados en la técnica por sus contemporáneos.

¡Cuán grande debió ser la alegría de los artistas emancipados,

[1] Günther, *Wissenschaftliche Bergbesteigung*.

casi todos menestrales, á quienes se conocía solamente por sus nombres sin el apellido, ó por sus apodos, y alguno por el nombre de su población natal; cuán dichoso debió ser su impulso hacia la belleza cuando se sintieron libres de representarla como la veían en todo el brillo de la juventud y de la fuerza! Fué aquella una época de alborozo de que participaba el pueblo ínfimo, encantado de ver



Museo del Louvre. Cl. J. Kuhn, edit.

EL CONCIERTO CAMPESTRE

por Giorgione, Veneciano, 1477-1511.

las obras maravillosas de los suyos. Al mismo tiempo, los pintores, audaces por sus progresos, se lanzaban por la vía de los descubrimientos: se instruían en la ciencia de la anatomía, aprendían las leyes de la perspectiva y hallaban nuevos procedimientos para la preparación de los colores y el tecnicismo de la pintura. Fué una edad de oro en el mundo de los artistas italianos, y por extensión en los países de la Europa occidental, donde circunstancias análogas habían iniciado á los ciudadanos en la comprensión de la belleza.

Las ciudades flamencas y las poblaciones industriales de la Alemania central, que habían pasado por la educación primera de la vida comunal y en las cuales la emancipación del pensamiento había dado libertad á la iniciativa individual, por la práctica y la apreciación del arte se convirtieron en otras tantas pequeñas Italias, pero cada una con su originalidad propia.

¡Qué maravilloso centro de poesía, de ciencia y de arte fué la ciudad de Nürnberg (Nuremberg), no menos curiosa que Florencia! Según un autor de la época [1], «la abundancia y la riqueza eran aportadas allí por siete pueblos diferentes, Húngaros, Esclavones, Turcos, Arabes, Franceses, Ingleses y Holandeses». Es decir, toda Europa y el Oriente mediterráneo traficaban con la gran ciudad industrial. Durante todo el tiempo que Venecia y Génova sostuvieron relaciones con la India y el interior del Asia por sus vías respectivas, Nuremberg y Augsburgo conservaron una importancia de primer orden en el reparto de los preciosos productos en el centro de Europa, y esas ciudades, la primera sobre todo, supieron dedicar una parte considerable de sus beneficios á la glorificación del trabajo y al esplendor del arte. Admirable mundo de artistas, verdaderamente hombres, el del glorioso Renacimiento germánico, hermano del Renacimiento italiano. Inspirados exclusivamente por la idea del bien, sin buscar en ello un honor, muchos de aquellos artistas han quedado anónimos: su obra era perfecta, pero quedaron voluntariamente desconocidos. Arquitectos, escultores, joyeros, pintores, cristaleros y miniaturistas vivían como obreros, como hermanos de corporación, comiendo y platicando juntos. Un Adam Krafft se llamaba «cortador de piedras», un Peter Vischer era «calderero» [2] y se representa en traje de trabajador en la tumba de San Sebald. En aquella hermosa época de renovación el arte está en todas partes: el hombre, consciente de la belleza de su cuerpo, procuraba aumentarla por un traje de corte elegante y colores variados: los muebles y las casas se construían con amor; hasta las calles estaban pintadas, exponiendo á los forasteros los anales y las crónicas de la ciudad. «Respecto del arte, nos vemos obligados á considerar la época del siglo XV,

[1] Rosenplut.
[2] Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge.*

tan brillante en Alemania, como un paraíso perdido». (Schmoller).

La preeminencia de ese gran momento en la historia procedía del equilibrio respectivo de las grandes ciudades que, desprendién-



Cl. J. Kuhn, edit.

UNA CASA EN NUREMBERG

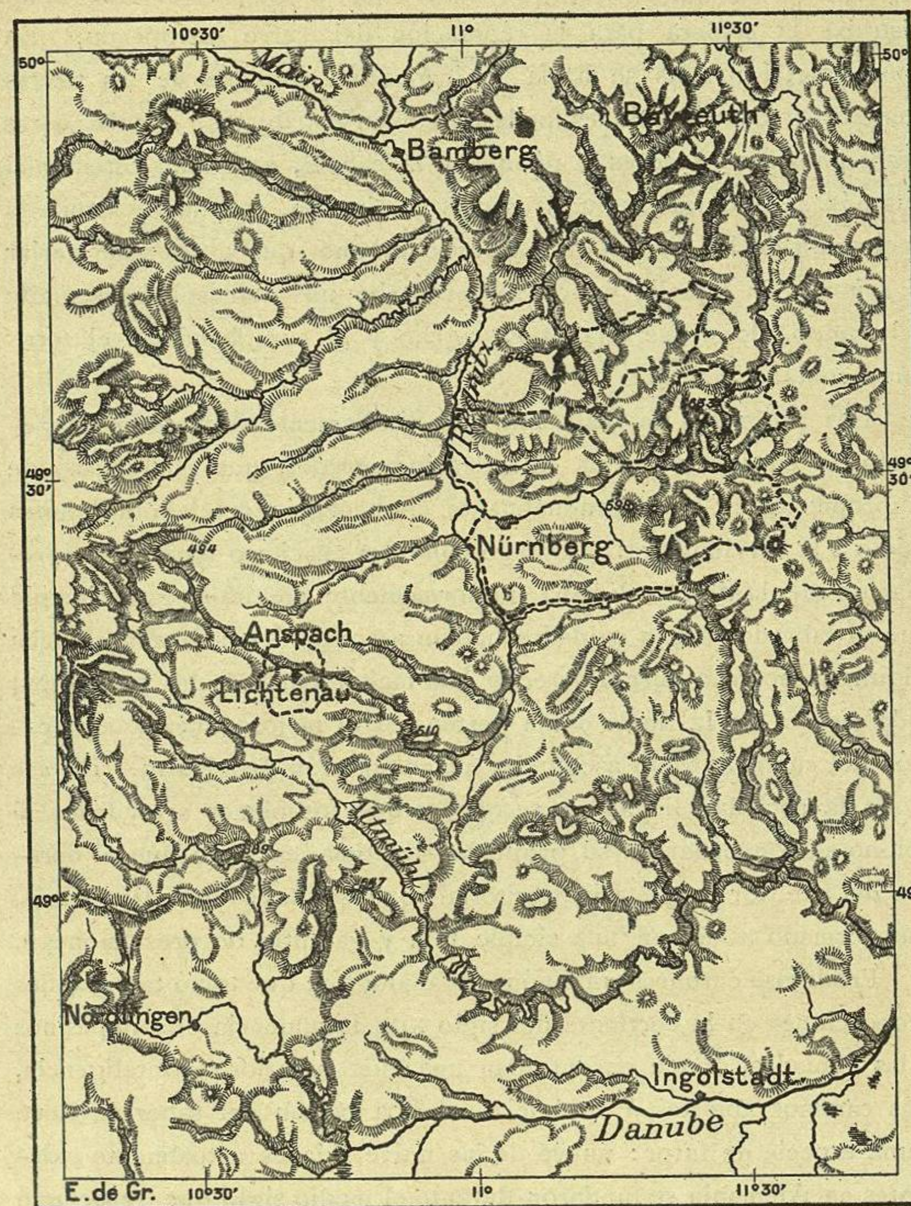
dose de la dominación de los curas y de la autoridad absoluta del emperador, quedaban, no obstante, obligadas á apoyarse unas sobre otras para mantenerse en libertad y constituían en realidad una especie de federación de las más complejas, puesto que sus condiciones

variaban de un modo extraño de comunidad á comunidad. A consecuencia de ese apoyo mutuo, se había establecido la paz, una paz siempre temblorosa é insegura, como la aguja imantada, que, oscilando incesantemente, no deja de hallarse en constante gravitación hacia el Norte. Aquellas ciudades eran poderosas por su comercio y por sus corporaciones industriales, y eran también una especie de centros agrícolas y poseían grandes territorios. Las tierras de Nuremberg, urbanas y rurales, se extendían en el espacio enorme de 1,100 kilómetros cuadrados, catorce veces el territorio de París: comprendía, no sólo vastos recintos comunales, sino también tierras de labor, cultivadas en provecho de los ciudadanos, consistiendo en su mayor parte en feudos comprados á familias nobles empobrecidas. Esas posesiones urbanas eran casi todas explotadas por arrendatarios libres, aunque no se hallase excluído el trabajo de los colonos adscriptos á la gleba, ¡de tal modo se entremezclaban los diversos regímenes sociales en aquella sociedad tan complicada de la Edad Media! En aquella época Maximiliano, en vida de su padre, proponía la reunión de un Congreso en Francfort para el establecimiento de la paz perpetua [1].

Los progresos, en aquel período relativamente dichoso, se facilitaban por la constitución de la propiedad, mucho menos injustamente distribuída que lo había sido precedentemente y que lo fué después de la Reforma. Todas las poblaciones poseían sus bienes comunales, consistentes en bosques, praderas y dehesas, y todos los vecinos tenían en ellos un derecho igual, hasta en los territorios compuestos de bienes señoriales: el colono adscripto á la gleba tenía su parte de tierra como el campesino libre, siempre que perteneciese realmente al país, que tuviese en él su «propio hogar, su pan y su alimento propio». Ninguna parcela de ese terreno de todos podía ser vendida, y los señores territoriales no tenían el derecho, sin el permiso de los comunitarios, de cortar árboles del bosque ni de mandar transportarlos fuera de los límites de la villa. Sin embargo, el desgraciado, el extranjero tenía derechos sobre las tierras de todos. Las mujeres parturientas, fuesen ó no del territorio municipal, en

[1] J. Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge*, p. 500.

N.° 369. Nuremberg y su territorio.



muchas villas percibían su provisión de leña. El transeunte, á lo menos una vez podía echar su red en el río ó en el lago común; el jinete ó el carretero que atravesaban el país durante la siega, podían tomar una gavilla ó más. El viajero cuyos animales estuviesen can-

sados, pedía forraje ó la ayuda necesaria, y el bosque comunal suministraba la madera para la reparación del carro estropeado. En épocas determinadas se hacía la inspección solemne de las tierras comunales, en procesiones pedestres ó en cabalgatas, con banderas desplegadas y tambores y pífanos á la cabeza, según un ceremonial que aún se practica en nuestros días en Escocia, cuando se simula la inspección de los límites del territorio urbano, que antes solía variar el señor. En aquella época se levantaba un altar sobre el límite del campo, donde se leía el Evangelio y el cura bendecía el territorio comunal [1].

Los progresos se realizaban tan rápidamente durante aquel período de equilibrio de las ciudades industriales, que el traspaso de la propiedad se hacía gradualmente en beneficio del labrador antes sujeto á la servidumbre: el trabajo conducía en cierto modo á la apropiación de la tierra. Estaba uniformemente admitido en principio que el labrador cuyos cuidados habían asegurado una buena cosecha adquiriría por eso mismo derecho á la mayor parte de los productos; toda mejora de la tierra debía pertenecer al mejorador; la bonificación del surco nutricio aseguraba su adquisición progresiva. De ese modo la sociedad llegaba á reconocer que los bienes arrendados al colono se convertían en su propiedad legítima, en tanto que el derecho del anterior propietario territorial iba disminuyendo cada vez más, transformado al fin en una simple tasa y garantía de prestaciones [2].

Prodújose entonces un fenómeno análogo al que tomó tan grandes proporciones en la corriente del siglo XIX, la afluencia de campesinos á las ciudades, donde encontraban una vida superior de inteligencia, más caminos abiertos á su iniciativa. La pasión del saber se llevó á una especie de furor: nueve de las universidades actualmente existentes en Alemania se fundaron durante el medio siglo que transcurrió de 1450 á 1506; la afición al descubrimiento científico iba á la par con el anhelo por las invenciones materiales, pero ¡cuántas dificultades en los estudios! ¡qué pobreza en el material de enseñanza! Al final del siglo XV la facultad anatómica de Tubinga recibió el derecho

[1] Grimm, *Weisthümer*; — J. Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge*, p. 276 y siguientes; — Maurer, *Geschichte der Dorfverfassung in Deutschland*.

[2] J. Janssen, *obra citada*, ps. 393, 394.

N.° 370. Universidades en principio del siglo XVI.



● Universidades fundadas antes de 1200. ▲ Universidades fundadas de 1200 á 1300.
○ Universidades fundadas de 1300 á 1400. • Universidades fundadas de 1400 á 1506.

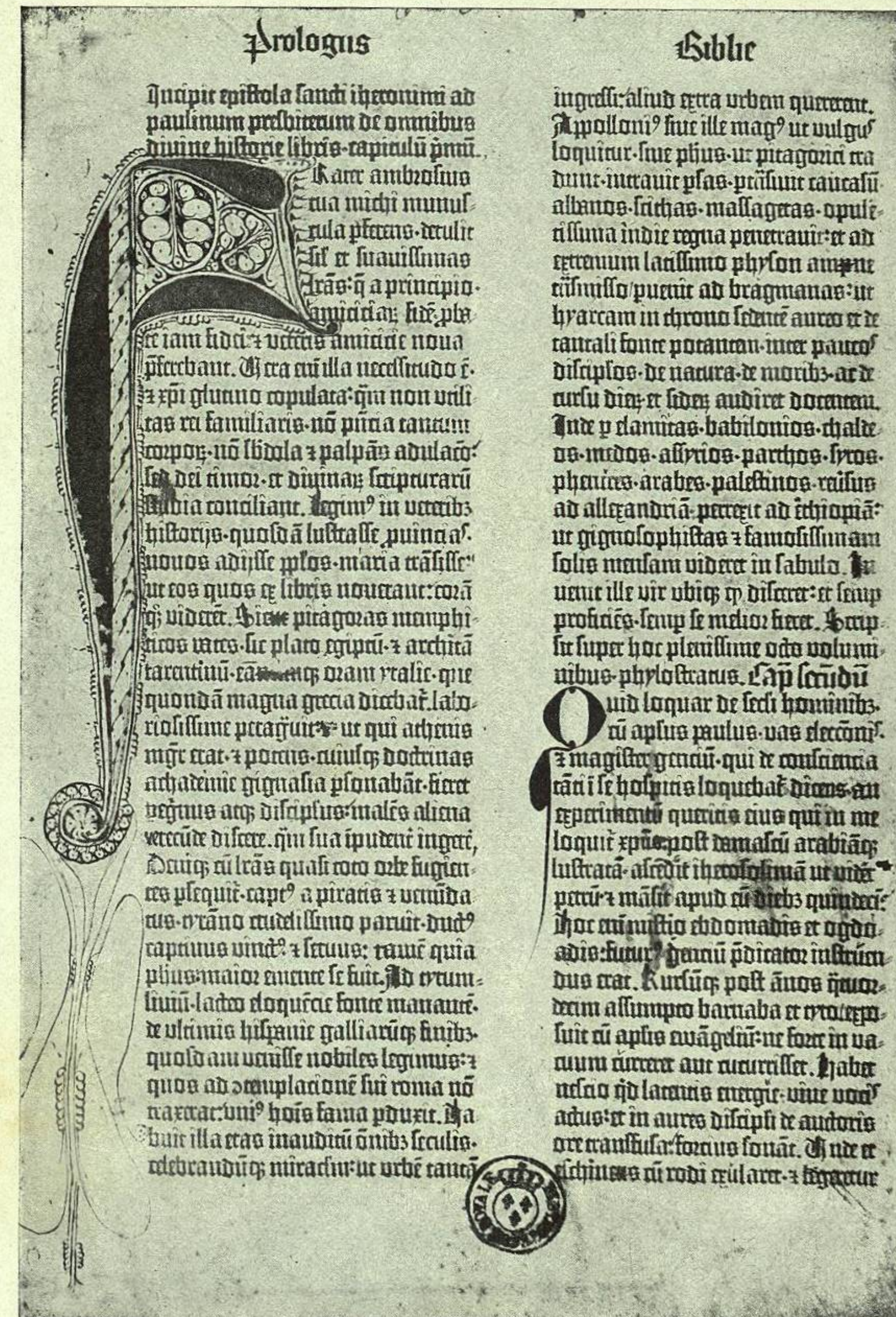
Sucesora de la Escuela de Rávena, la Universidad de Bolonia pretende ser anterior al año 1000; la fundación de la Escuela de Salerno se cree que data del 1080; la de Oxford, del 1167; París abrió su Universidad en 1150 ó 1170, según los orígenes que se le reconocen; Montpellier, en 1137 ó 1220; Módena y su anejo Reggio, en 1182-1188. (*The Universities of Europe*, Hast. Rashdall.)

Los dos mapas n.os 370 y 371 son á la escala de 1 á 20 000 000.

de hacer una autopsia cada tres ó cuatro años; á partir de 1538 pudo disecar un cadáver cada año; la Universidad hizo en 1547 la adquisición de un esqueleto, el único que poseyó durante 104 años [1]. El deseo de aprender y de enseñar fué tal, que se vieron jóvenes profesores en edad en que se les consideraba incapaces para el ejercicio de las armas, y mientras que unos adolescentes enseñaban, se estrechaban sobre los bancos para aprender ancianos, clérigos, canónigos y príncipes; las mujeres se sentían también impulsadas por el deseo de saber [2]. Los estudiantes hacían su excursión por Alemania y por toda Europa, á semejanza de los obreros compañeros de los diversos oficios, hallando por todas partes también análoga hospitalidad. Ya profesores, geógrafos, astrónomos, naturalistas, sabios de toda especie, iban á establecerse á grandes ciudades lejanas, Lisboa, por ejemplo, donde se encontraban marinos y aventureros en solicitud de misión de descubrimientos. La confección de los globos, imaginada por los Martín Behaim como por los Toscanelli, apresuró indudablemente la «invención» del Nuevo Mundo.

En esta Alemania tan bien preparada por el estudio y la difusión del saber, por la aparición ó la restauración de las industrias más diversas, se reveló, á mediados del siglo XV, el procedimiento de la imprenta con caracteres móviles, punto de partida de una revolución intelectual y moral respecto de la cual todas las revoluciones precedentes tienen un valor secundario: puede decirse que gracias á la imprenta esas revoluciones se presentan á nuestra consideración en su verdadera importancia relativa. El gran siglo XV, el iniciador de la civilización moderna, debe su rango en la historia á los descubrimientos capitales del espacio y del tiempo; del espacio, por la exploración de la redondez del globo en África y en las dos Indias; del tiempo, por la resurrección y reaparición de las obras maestras de la Antigüedad. Y la imprenta permitió hacer esta conquista sobre las edades pasadas, y si se descubrió fué por efecto de la necesidad sentida por los humanistas de reproducir al infinito los fragmentos manuscritos tan escasos que poseían de las obras originales de la Antigüedad. El deseo de esparcir sus propias ideas, de

[1] A. Froriep, *Globus*, 1903, p. 162.
[2] Richard Heath, *Anabaptism*, p. 4.

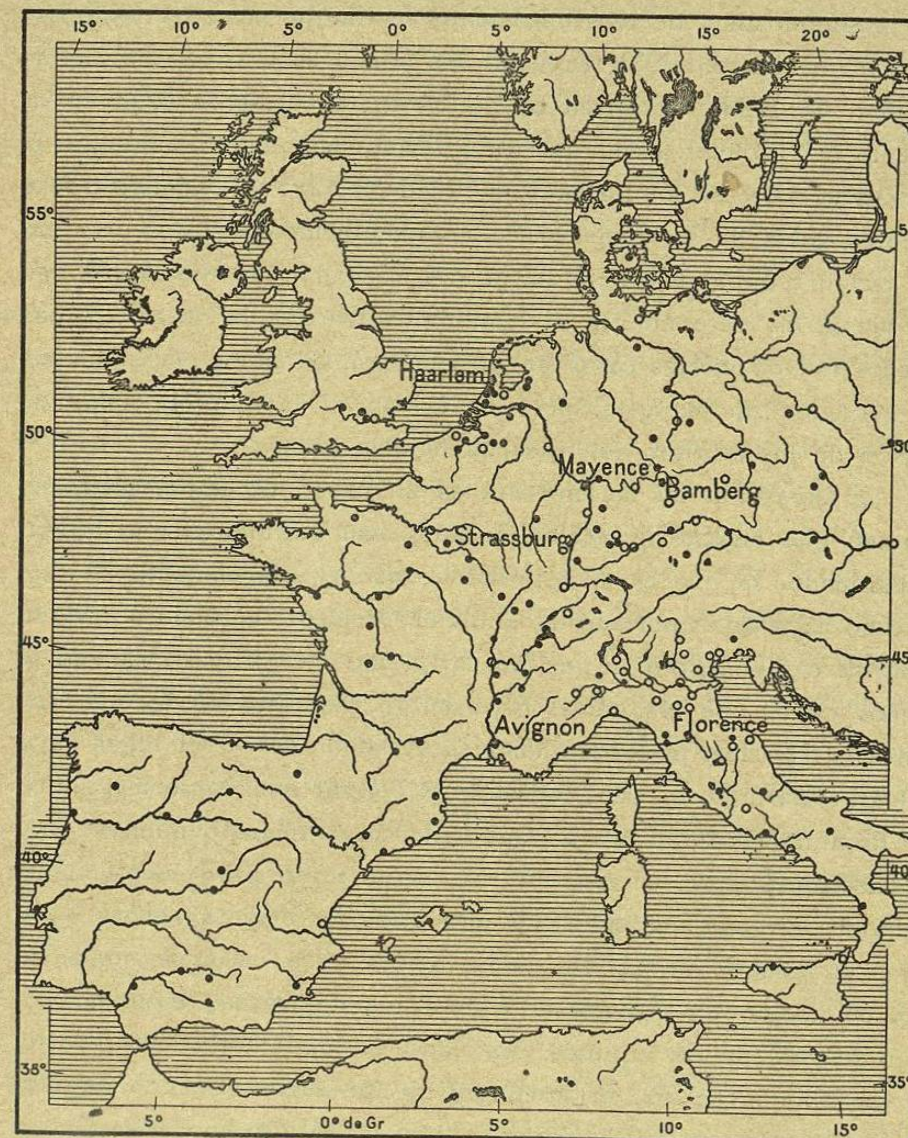

Prologus Biblie

Biblioteca Nacional.

UNA PÁGINA DE LA PRIMERA BIBLIA DE GUTENBERG

JUAN GEINSFLEISCH, LLAMADO GUTENBERG, NACIÓ Y MURIÓ EN MAGUNCIA, 1400-1468

N.º 371. Imprentas en 1500.



◎ Imprentas fundadas antes de 1450. ○ Imprentas fundadas de 1450 á 1475.
• Imprentas fundadas de 1475 á 1500.

Gutenberg hizo ensayos en Estrasburgo en 1436 antes de establecerse en Maguncia en 1444. Waldvogel de Praga vivía en Avignon en 1444 y enseñaba la «escritura artificial» á algunas personas. Las pretensiones de Haarlem, Bamberg y Florencia tienen menos fundamento. De Maguncia proceden las impresiones más antiguas llegadas hasta nosotros.

dirigirse directamente á sus contemporáneos como literato, filósofo ó moralista, tuvo una parte mínima en el impulso de esfuerzos que

hizo surgir la industria nueva, porque todas las obras impresas en los primeros años del descubrimiento fueron documentos religiosos ó profanos ya conocidos, embellecidos por la aureola que da la tradición. Se había escrito en los siglos que precedieron al descubrimiento del carácter móvil, pero á lo sumo han podido sobrevivir la centésima parte de los libros de la Edad Media [1]. El número de los autores debía de ser inmenso en un tiempo en que el escritor era su propio editor, el poeta su propio recitador, el dramaturgo su propio actor, pero muerto el hombre desaparecía la obra. La imprenta fué en ciertos casos un obstáculo á las letras, desanimando al pensador sin energías, pero multiplicó al infinito el campo de acción de los escritos que pasaban bajo la prensa.

La invención de la imprenta es un hecho de importancia tan capital, que muchos países y ciudades han reivindicado su gloria. Admitiendo, lo que es muy probable, que el conocimiento de este arte no haya sido aportado de China al Occidente europeo por algún Rubruk ó algún Polo, y que pueda afirmarse el origen local, no es menos cierto que Maguncia, Estrasburgo, Bamberg, Avignon, Florencia y Haarlem pretenden también el honor de ser el lugar natal del gran arte; y, en esta discusión, el veredicto es tanto más difícil de formular, cuanto que los industriales guardaban entonces muy cuidadosamente sus secretos, y que la imprenta propiamente dicha toma sus orígenes en industrias anteriores muy aproximadas, entre otras el grabado en madera de los naipes y las estampas de santos con invocaciones y oraciones. Como quiera que sea, según la opinión general de los eruditos, Maguncia es indudablemente la patria de la noble invención, y Gutenberg fué su autor. Cuando después de la conquista de la ciudad por el arzobispo Adolfo de Nassau en 1462, fué divulgado por el mundo el «maravilloso secreto» de la imprenta, Maguncia poseía dos establecimientos de impresión, el de Gutenberg, luchando penosamente contra la miseria, pero trabajando á pesar de todo, y el del rico Johann Fust ó Faust, que había creído reducir á su antiguo asociado á la impotencia, haciéndole condenar ilegalmente al pago de dos préstamos con los intereses y sus réditos

[1] Remy de Gourmont, *Le Chemin de Velours*, p. 30.

correspondientes: como siempre, en los orígenes y en el desarrollo de la industria, se halla la áspera lucha del capital y el trabajo. Pero el descubrimiento había entrado en el período de realización. El primer incunable, del que sólo existe un corto número de ejemplares, es una *vulgata* en dos volúmenes in-folio, que Gutenberg empleó tres años en imprimir, de 1452 á 1455. La obra se vendía á treinta florines; manuscrita costaba cuatrocientos ó quinientos [1].

Habiendo cesado de ser un secreto, el arte de la imprenta se extendió rápidamente por toda Europa, y hasta el final del siglo, en menos de cuarenta años, se contaron más de mil impresores, en su mayor parte de origen alemán. Dos años después de la toma de Granada había en esta ciudad tres impresores alemanes; dos de esos industriales se aventuraron hasta llegar á la isla ecuatorial de San Thomas, donde actualmente sería difícil descubrir una librería.

No dejó de establecerse naturalmente una cierta división del trabajo en las diversas comarcas para la obra de reproducción de los manuscritos poseídos por los sabios. Alemania, mucho más empeñada que Italia en el misticismo de la Edad Media, imprimía principalmente obras religiosas, salterios, oraciones, recitaciones piadosas, á las que se añadían gramáticas, recopilaciones de palabras y de proverbios. Muchos libros impresos en Alemania antes del final del siglo XV se perdieron durante las guerras que sobrevinieron, pero quedan aún más de mil obras de esta época, entre las cuales más de 100 *Biblias* y 59 *Imitaciones*. En cuanto á Italia, el país de los humanistas por excelencia, ya casi desprendido en sus clases instruídas de la creencia en el cristianismo, se ocupó sobre todo de la publicación de los clásicos. Dos frailes, Schweinheim y Panartz, introdujeron la imprenta en 1465 en el convento de Subiaco; desde 1476 Milán imprimió el primer libro griego, la gramática de Constantino Lascaris, y pronto se vió á Aldo Manucio «el Romano» imprimir «toda la sabiduría de los Griegos... en tanto que conservó un soplo de vida». De 1495 á 1514 publicó sucesivamente Aristóteles, Hesiodo, Jámblico y los neo-platónicos, Aristófanes, los epistolares griegos, Tucídides, Sófocles, Herodoto, las *Helénicas* de

[1] V. Duruy.

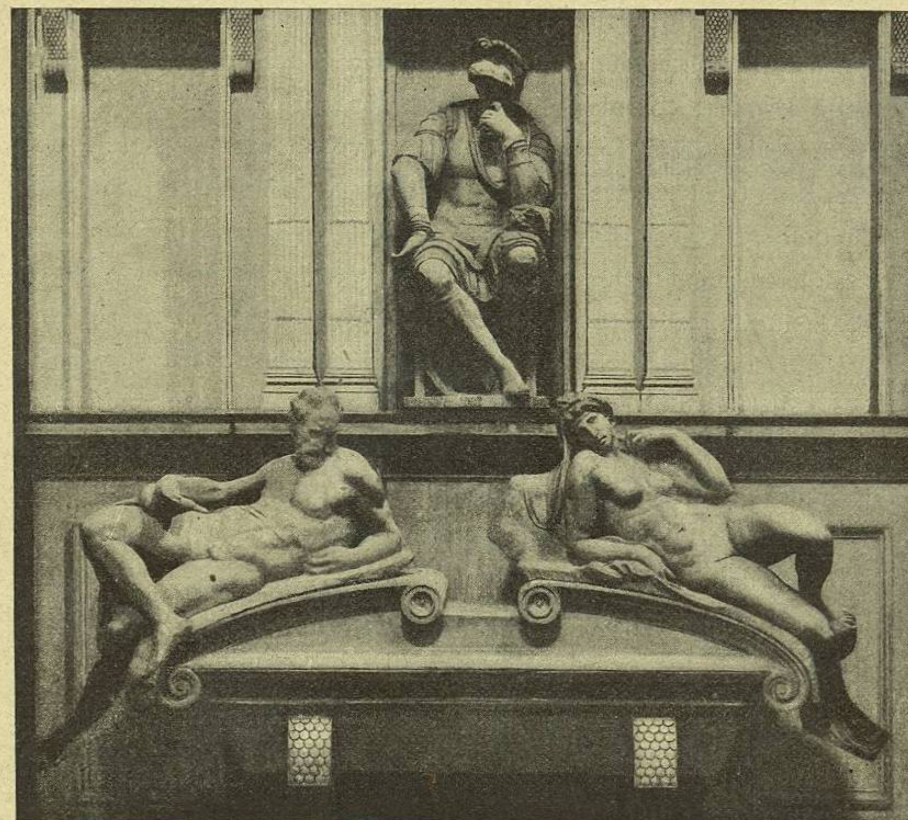
Jenofonte, Eurípides, Demóstenes, los *Opúsculos* de Plutarco, Platón, Píndaro; luego Virgilio y otros latinos. En la época en que el taller de Manucio en Venecia producía esas admirables y preciosas ediciones, cuyos ejemplares se vendían á 2 fr. 50, valor actual, Alemania imprimía aún con mezquindad y fealdad gramáticas y manuales de ortografía para principiantes.

Desde entonces y en lo sucesivo todo el tesoro de la Antigüedad pertenece al que quiere aprender y saber, y se puede beber directamente en el manantial en lugar de recibir el conocimiento más ó menos mezclado en su curso por canales impuros. Recuérdese el grito de entusiasmo lanzado por el buen Gargantua, dirigiéndose á su hijo Pantagruel: «Ahora se han restituído todas las disciplinas, las lenguas se han instaurado: griega, sin la cual es una vergüenza que nadie se diga sabio, hebraico, caldaico, latino. Las impresiones, tan elegantes y correctas en uso, que han sido inventadas en mi tiempo por inspiración divina, como á contra-pelo, la artillería por sugestión diabólica... Todo el mundo está lleno de gentes sabias, de preceptores doctísimos, de librerías muy amplias... Yo veo los bandidos, los verdugos, los aventureros y los palafreneros del día más doctos que los doctores y predicadores de mi tiempo». Ha de oirse también al ardiente Ulrich von Hutten lanzar un grito de alegría en honor de su siglo: «*O sæculum, o litteræ! Juvat vivere etsi quiescere nondum juvat!* [1]»

El excedente de fuerza que poseía la sociedad del Renacimiento, y que le permitió hacer cosas tan grandes, debía manifestarse también en obras sin realización práctica: la edad de los admirables descubrimientos en el espacio y en el tiempo fué también la de peregrinaciones á un mundo quimérico. La embriaguez de una ciencia mal comprendida en sus detalles, pero profundamente sentida en su amplitud y en sus alcances es siempre creadora de utopías, de un vuelo de imaginación tanto más extenso cuantos más cambios ha producido la vida contemporánea. El gran triunfo de los Griegos sobre las innumerables hordas que los reyes de Persia habían lanzado contra ellos, llevó á los vencedores á considerarse casi como

[1] ¡Oh siglo, oh bellas artes! ¡Es agradable vivir, aunque no agrade todavía reposar!

dioses, y á pesar de la ponderación natural del espíritu helénico, los escritores imaginaron á porfía sociedades ideales en cuya realización no creían. Un movimiento análogo se produjo en los bellos tiempos del Renacimiento y por un impulso de la misma naturaleza: todo lo sorprendente ocurrido en la vida de las naciones hizo nacer



Nueva Sacristía de San Lorenzo. Cl. J. Kuhn, edit.

FLORENCIA — TUMBA DE LORENZO DE MÉDICIS
por MIGUEL ANGEL, 1475-1564.

de rechazo un mundo de ensueños casi todos grandiosos y espléndidos. Parece, sin embargo, que las utopías de los filósofos y de los poetas fuesen todas verdaderas mejoras del mundo actual, una vez transformadas en hechos. Lejos de ser así, es raro que el ensueño tenga la belleza de la vida. Además, los libros de los utopistas se parecen á sus autores; como todos los demás escritos, reproducen los nobles deseos y las malas ambiciones, los elevados sentimientos

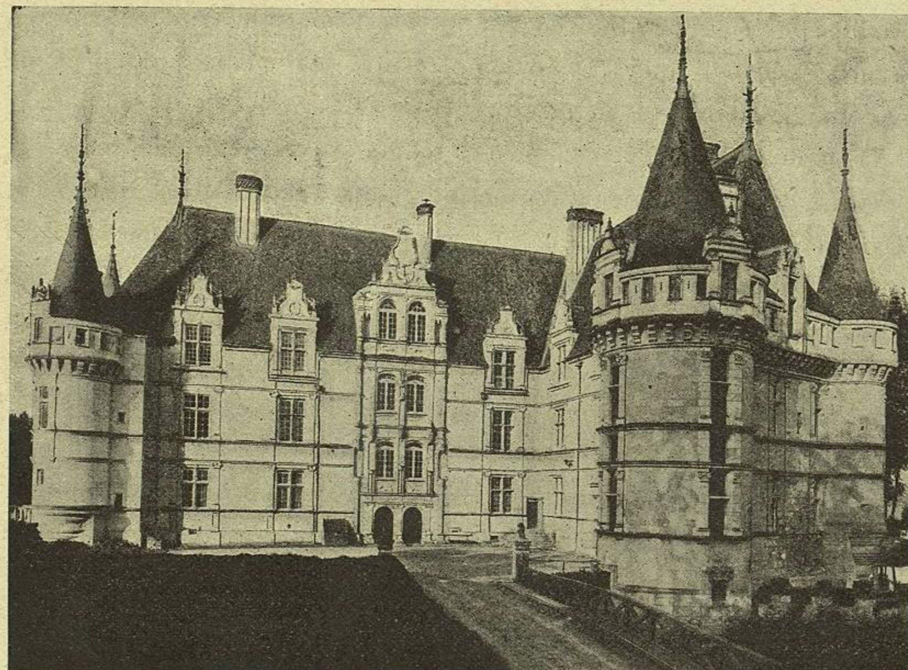
y las pasiones bajas de los que las han sentido. Con frecuencia, en esas obras quiméricas lo malo supera á lo bueno. ¿Qué buen juicio puede formarse de la primera utopía famosa que nos ha legado Platón bajo el nombre «República», que no es en realidad más que una glorificación de los Espartanos, un retroceso hacia una sociedad de donde toda iniciativa estaba desterrada?

El Renacimiento árabe precedió al Renacimiento italiano, y el ciclo de las utopías comenzó también en una época anterior entre los Moros de España, lo mismo que entre los Sirios y los Árabes de Asia. Entre los forjadores de ideal que evocan una sociedad futura para representarla á sus contemporáneos españoles, cristianos y mahometanos, los eruditos citan al árabe Ibn-Badja, que nació en Zaragoza hace unos ocho siglos y cuyo nombre ha tomado en la historia la forma vulgar de Aven-Pace ó Avempace. Sus escritos no han llegado hasta nosotros, y únicamente conocemos su substancia por un análisis debido al judío Moisés de Narbona, pero es seguro que ningún autor comprendió mejor que él la importancia de la educación individual, siendo cada hombre un centro natural en cuyo rededor se constituye la sociedad en su conjunto como alrededor de su eje [1]. Verdadero precursor, veía claramente que las revoluciones duraderas no vienen de arriba, de sacerdotes, de reyes ni siquiera de lo más selecto de los pensadores, sino que han de hacerse primeramente en cada individuo, elemento inicial de todo progreso. «Solitario» él mismo, Ibn-Badja se dirige á los «solitarios» que, en una sociedad imperfecta, tratan de llegar á ser seres constitutivos de una sociedad perfecta. Ante todo les aconseja se desprendan de su educación primera, obrando como plantas que, después de haber sido curvadas, adquieren su porte natural y crecen como conviene á su instinto de vida; «extranjeros en sus familias y en la sociedad que les rodea, los solitarios se transportan por el pensamiento á la república ideal que es su verdadera patria». En el nuevo mundo que suscita Ibn-Badja será inútil hacer justicia, porque las relaciones de los individuos entre sí serán las del amor [2]. La sociedad se transformará en una gran escuela donde cada individuo será solicitado hacia

[1] S. Münck, *Mélanges de Philosophie juive et arabe*, p. 363.
[2] Ernest Nys, *Autour de la Méditerranée*.

la perfección de su ser, al esplendor de su belleza corporal y moral.

Antes de Ibn-Badja tuvieron los Arabes entre sus filósofos otro utopista famoso, Ibn-Sina ó Avicena [1], cuya enseñanza bien comprendida tenía en el fondo el mismo alcance libertario, pero en el que los Occidentales no vieron más que una novela, un juego de



Cl. J. Kuhn, edit.

FACHADA PRINCIPAL DEL CASTILLO DE AZAY-LE-RIDEAU

ingenio. El médico filósofo á cuyo rededor se agolpaba la juventud estudiosa de Bokhara, imagina la existencia del niño Hai, que nace y se desarrolla en una isla desierta, instruyéndose poco á poco por los fenómenos de la Naturaleza y por las lecciones de toda especie que le dan los animales; con ellos y con las plantas vive dichoso, ama á todos los que le rodean y es amado por ellos, aprendiendo incesantemente, gracias á una paciente observación; de ese modo llega á ser filósofo y moralista, sabio y poeta. Esta regresión hacia la Naturaleza, esta fraternización con los animales que quedaban puros de todas las convenciones de la vida artificial, encantaron durante

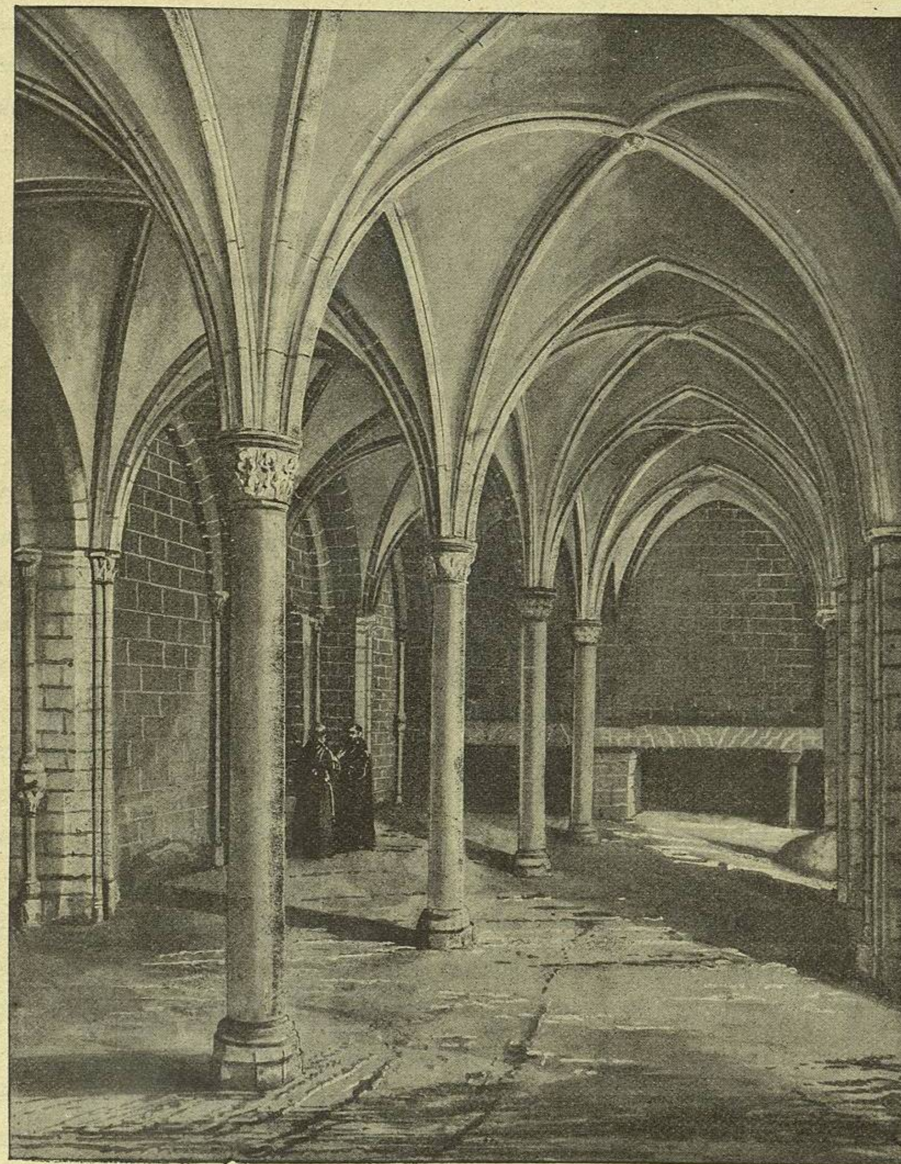
[1] Avicena, 980-1037. — Avempace nació en Zaragoza en 1100, murió en Fez en 1138.

toda la Edad Media á trovadores y juglares, á quienes las necesidades de la existencia obligaban á llamarse cristianos, pero que concebían también ensueños caballerescos de justicia y de bondad [1]. De transformación en transformación, Hai, incesantemente modificado por los utopistas, que hacían de él un representante de su carácter y portavoz de sus ideas, acabó por vulgarizarse demasiado, y su genealogía terminó por la numerosa familia de los Robinsón, que descubrían, no una sociedad nueva, sino simplemente los medios prácticos de vivir acomodándose á su medio.

Las utopías del Renacimiento tenían un carácter más elevado, como lo atestigua el sentido mismo dado á la palabra «utopía», desviada de su significación primitiva «en ninguna parte» [2]. El término debía aplicarse en lo sucesivo á los proyectos de mejora social, condenados sin duda á no realizarse, pero inspirados por un sentimiento profundo de solidaridad humana: Campanella trata de colocar al individuo en tal situación, que le es casi imposible ser malo ni depravado. Sin embargo, cada uno tiene su utopía determinada por su propia naturaleza: el más voluptuoso de los poetas, Torcuato Tasso, en la *Amiata*, canta la edad de oro y el amor libre según los ritos de la inocencia natural. Para la multitud abrumada por el trabajo y falta frecuentemente de lo necesario, la utopía es el «país de Cucaña», el *Schlaraffenland*, donde los manantiales de leche y de vino brotan del suelo, donde caen del cielo manjares deliciosos perfectamente preparados, donde existen mesas cargadas de viandas y de frutas á pedir de boca, bajo la sombra de frondosos árboles, á la orilla de arroyos susurrantes. La comilona es el ensueño del pueblo famélico, mientras que la humanidad bien nutrida y aficionada á los libros ve en su imaginación surgir un palacio con grandes bibliotecas, atestadas de volúmenes con encuadernaciones soberbias y texto irreprochable. La abadía de Thelema, la más bella mansión que haya creado el Renacimiento, contenía «grandes librerías en griego, latín, hebreo, francés, toscano y español, repartidas por los diversos pisos en combinación con éstos y con los idiomas». Y, cosa extraordinaria, en aquella abadía, tan diferente de todas las

[1] Raoul Debardt, *Revue Blanche*, 1.° Diciembre 1900, p. 302.
[2] Thomas Morus, *De optimo reipublicæ statu, deque nova insula Utopia*, p. 303.

demás, en aquel asilo de la libre conciencia, del estudio y de la felicidad por el respeto mutuo y por la práctica de la vida noble, en aquella «estancia del honor», Rabelais, el pintor de tantas glo-



Cl. Selliet.

ABADÍA DEL MONTE SAN MIGUEL — COCINA Y REFECTORIO

tonerías, descuida absolutamente las cocinas. Se complace en dar todos los detalles de la arquitectura; describe galerías pintadas, salas de estudio y de juegos, colecciones, observatorio, estanques de na-

tación, jardines, todas las disposiciones de los edificios que podían contribuir al confort de los habitantes; hubo tan gran cuidado en la descripción de este palacio de la Voluntad y de la Conducta Libres, que ha podido ensayarse la reproducción del plan de la abadía utópica [1]; pero el autor no pensó ó quizá desdeñó mencionar la refección del cuerpo en comida y bebida, cosa extraña en una época en que cada abadía poseía cocinas monumentales y reposaba sobre amplias bodegas llenas de barricas superpuestas [2].

Los soberanos, tan frecuentemente enloquecidos por el vértigo del poder y el incienso de la adulación y de las alabanzas, debieron á su vez sufrir también la embriaguez de aquella época y dar á sus quimeras una forma romántica. El duque de Borgoña Carlos el Temerario fué, en pleno siglo XV, el tipo más notable de esos jefes de Estado que se dejan llevar por la pasión frenética de lo imposible. Probablemente la extraña configuración de sus Estados, tan poco conforme con las divisiones geográficas naturales, debió contribuir en gran parte en el destino fatal del ambicioso personaje: aquel conjunto absurdo de posesiones no tenía valor á sus ojos sino completándose con la adquisición de todas las regiones intermedias, y mientras no lograra darle una forma normal y definitiva, había de intrigar, maquinar y sobre todo combatir sin reposo. Su existencia aventurera fué la consecuencia necesaria de esa lógica de la historia que le imponía la transformación de sus esparcidos dominios en un reino poderoso y bien equilibrado.

Pero esa unidad que quería crear para una Borgoña en gran parte artificial, entraba forzosamente en conflicto con otros grupos políticos más sólidamente constituídos y de mayor vitalidad natural como organizaciones nacionales: Alemania, Suiza y Francia. Además, Francia se hallaba precisamente regida por el amo más prudente y menos aventurero que haya existido jamás. El contraste entre los dos soberanos rivales era completo, añadiendo rasgos cómicos y hasta grotescos á los elementos del drama. Ya las poblaciones habían

[1] Arthur Heulhard, *Rabelais, ses Voyages en Italie*; — César Daly, *Revue d'Architecture*, 1841.
[2] Eugène Noël, *Notas manuscritas*.

notado la singular diferencia que presentaban en su porte y en su ademán el joven Luis XI y el duque de Borgoña, llamado «el Bueno», que se había hecho el fastuoso mentor y protector del rey de Francia. Cuando hicieron juntos su entrada en París (1461), se decía del rey: «¿Es ese un rey de Francia? Su vestido y su caballo no valen en junto veinte libras», mientras que Felipe el Bueno se le proclamaba «un hombre sol» por la voz unánime de la multitud [1]. Cuando Luis XI tuvo después por adversario, aunque frecuentemente por supuesto aliado, el sencillo é impetuoso hijo de Felipe, Carlos el Temerario, la oposición de las dos individualidades características colocadas á la cabeza de los dos Estados tomó una forma notable. Uno y otro eran, sin embargo, hijos de su tiempo y no pertenecían á la Edad Media sino por supervivencias de orden secundario. Luis XI comprendía perfectamente que tenía que apoyarse sobre el pueblo para combatir los grandes vasallos y retrotraer el feudalismo á la observancia de las leyes del reino; aunque muy devoto y hasta fetichista en su adoración de las imágenes santas, no ignoraba el peligro que corría la sociedad civil si dejaba afirmarse el poder de los curas y de los frailes, y, aunque fué el primero de los reyes de Francia á quien el papa calificó de «cristianísimo», fué quizá el que más ayudó al pueblo á desprenderse de su fe primera dando al poder civil la preponderancia sobre el poder religioso; por último, amó la paz y hasta supo vivir sencillamente en un modesto palacio que nada tenía de real. Se le llamó la «araña»: metido prudentemente en el fondo de su tela, vigilaba las moscas susurrantes que revoloteaban por aquí y por allá á su alrededor y que al fin venían á caer en sus redes.

En cuanto al «Temerario», descendiente de una larga generación de caballeros, amaba la guerra por la guerra misma; se complacía en dar golpes exponiéndose á recibirlos en cambio, pero no era un simple pendenciero, como se han visto tantos entre sus antepasados; sentíase también penetrado de las grandes ambiciones de su siglo, y aunque á veces tan cruel como su rival Luis XI, tenía, no obstante, algunos rasgos de magnanimidad. Instigado por el loco deseo de conquistarse un reino, que no le hubiera bastado y que

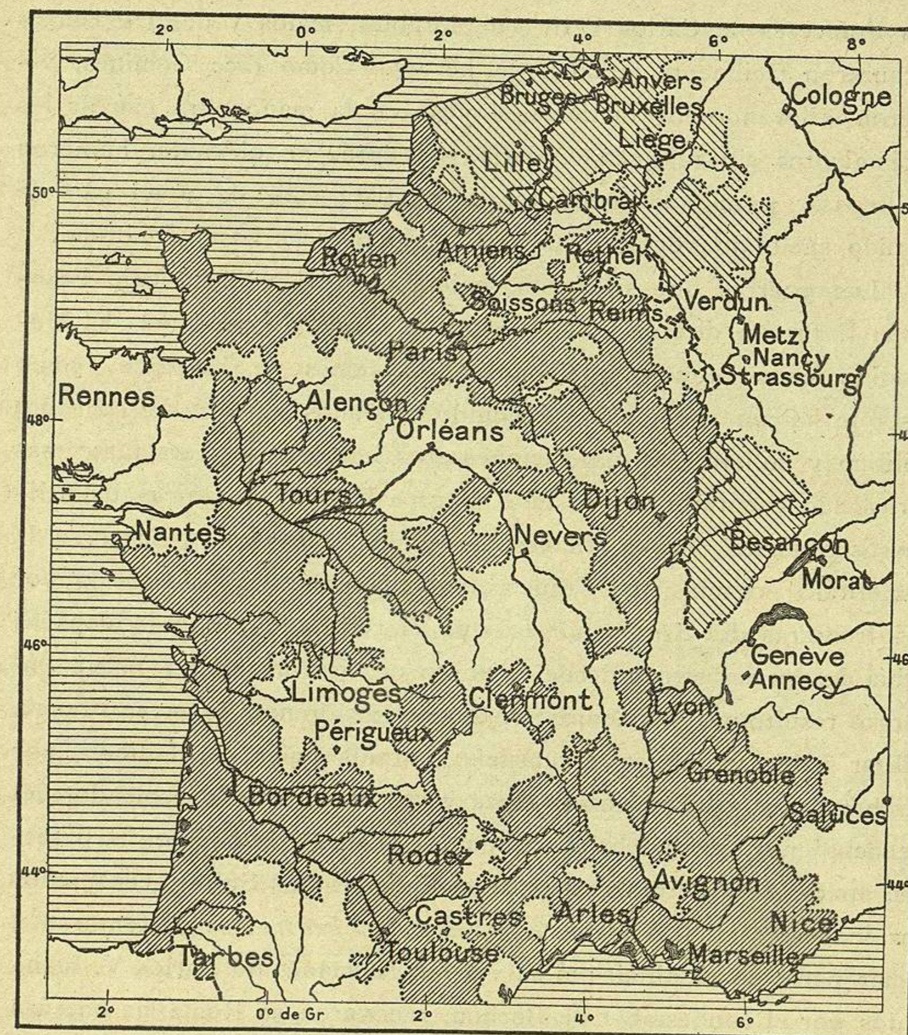
[1] H. Fierens-Gevaert, *Psychologie d'une Ville*.

hubiese querido universal, hizo de sus diez años de reinado diez años de guerras, y acabó por perecer miserablemente ante las murallas de Nancy (1477). Anteriormente, dos sangrientas derrotas sufridas en Suiza, en Granson y en Morat, le habían despojado de su prestigio: los ribereños del lago de Morat se complacían en mostrar flotando sobre las aguas grandes algas manchadas de rojo, que llamaban «sangre de los Borgoñones».

La casa de Borgoña se derrumbó en provecho de los Estados vecinos, sobre todo en el de Francia. Cuando murió Luis XI había extendido su reino hasta los Alpes y los Pirineos, y muchas ciudades que antes sólo le habían pertenecido por los lazos de un homenaje indirecto, se hallaban definitivamente sometidas á sus leyes; los ingresos de su territorio se habían elevado á más del doble, y el peso de los impuestos pagados por los burgueses y los proletarios se había aligerado notablemente. En cuanto á Suiza, enorgullecida por sus victorias, llegó á dejarse arrastrar por su mismo triunfo á la vergüenza nacional por excelencia, la de vender sus hombres al que más pagaba como instrumentos vivientes de guerra. El alquiler de los mercenarios llegó á ser la principal industria de los confederados: durante cuatrocientos años, los Suizos, hoy tan orgullosos de sus «libres montañas», tuvieron por lucrativo oficio el de ir á destruir por dinero la libertad de los pueblos circundantes. Francia, sobre todo, fué el mercado de carne helvética; de 13 cantones, 12 se habían comprometido á suministrar al rey una leva permanente de seis mil á dieciséis mil hombres, pero no bastaban los salarios estipulados, se necesitaban además regalos: frecuentemente los Suizos esperados no se presentaban.

El sucesor de Luis XI no tuvo reparo en derrochar realmente las economías de su padre. Como Carlos el Temerario, pero sin energía de voluntad, Carlos VIII se dejó guiar por su fantasía, y como ésta le mostró las maravillas de Italia, quedó fascinado. En realidad, la expedición de Carlos al otro lado de los Alpes no fué una guerra, sino una aventura novelesca; ni siquiera sabía dónde iba, se dirigía únicamente hacia el sol del Mediodía, hacia el mar azul, hacia los países espléndidos de los cuales había salido la vida; caminaba adelante como el paladín de las leyendas que había leído en su infancia. No hubo conquista más fácil, porque Italia, dividida políticamente

N.° 372. Francia al final del siglo XV.



El rayado ancho cubre el territorio que quedó á la casa de Borgoña á la muerte de Carlos el Temerario. Durante su vida el duque poseyó el ducado de Borgoña (véase mapa n.° 345, página 149), y, por poco tiempo, la Alsacia, después la Lorena.

El rayado estrecho indica el territorio directamente gobernado por Luis XI al final de su reinado; Bretaña se le unió pronto, en 1491, por el matrimonio de Carlos VIII con la joven duquesa Ana, que se casó también con su sucesor Luis XII.

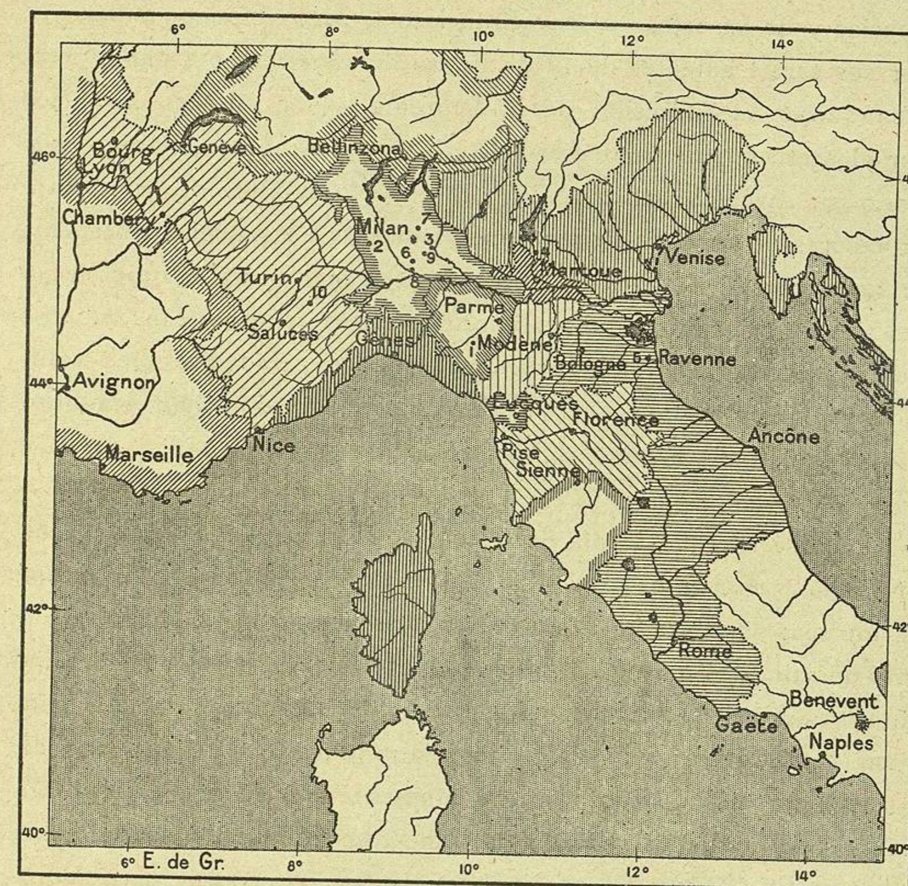
entre tantos príncipes, no tenía ya fuerza de resistencia colectiva en sus municipios, y también porque la mayor parte de los letrados habían ya dejado atrás la estrecha concepción de patria, sin haber

comprendido aún que todo opresor es el enemigo. Así fué como los Franceses de Carlos VIII, «deplorables, malos y desarreglados» alcanzaron fácilmente la fama de héroes. Como dice Comines, vinieron «llevando los furrieles el yeso en la mano para marcar los alojamientos sin ninguna dificultad». Pero, no obstante, hubieron de repasar precipitadamente los Alpes para salir de aquel país de pérfido suelo donde hubieran arriesgado perecer hasta el último.

Las guerras que siguieron, bajo Luis XII y hasta bajo Francisco I, fueron dictadas también por el ansia de posesión del Mediodía: en el fondo eran nuevas invasiones de bárbaros, como las que habían conmovido el mundo mil años antes. En concepto político y militar esas expediciones eran imprudentes; era tanto más arriesgado aventurarse á lo lejos al otro lado de los Alpes de peligrosos senderos, en el Milanesado, en las Romanías y hasta en la Napolitana, cuanto que Francia quedaba abierta y amenazada por sus fronteras del Norte, por lo que el resultado de esas campañas había de ser desastroso desde el punto de vista material. Y, sin embargo, resultó un bien indirecto: durante dos generaciones, la Francia militar había vivido en el ensueño, atraída hacia el Mediodía por sus hermosos cuadros, sus estatuas y sus libros, que el esplendor del Renacimiento exponía brillantemente á la luz. Después otros bárbaros, aparte de los Franceses y de sus aliados, los Suizos, censurados por los versos del Ariosto [1], «*quei villan bruti*», se presentaron á tomar parte en el pillaje; á su vez los Alemanes de Carlos V, mandados por el condestable de Borbón, renovaron en Roma las hazañas de los Godos y de los Vándalos. Los fenómenos de endósmosis y de exósmosis que se producen en los cuerpos organizados tienen también lugar en el cuerpo social. En virtud de su misma preeminencia en el mundo intelectual y moral, Italia se entregaba á los pueblos vecinos, y, según el grado de cultura de los hombres que participaban de sus bienes, daba á los unos comilonas y festines, ó bien oro, pedrerías y joyas; á los otros el tesoro imperecedero de la ciencia y del arte. El dominio del Renacimiento se extendía de ese modo en las comarcas circundantes, mas por el hecho mismo del contacto

[1] *Orlando furioso.*

N.° 373. Campañas francesas en Italia.



1: 7500000

0 100 200 400 Kil.

Los principales acontecimientos de las campañas de Italia pueden agruparse de este modo:
1494-1495. Entrada de Carlos VIII en Nápoles, vuelta precipitada, batalla de Fornoue (1).
1500-1512. Victoria de Luis XII en Novara (2), ocupación de Milán, entrada en Nápoles en 1501; retirada en 1503, pérdida de Gaeta en 1504; insurrección de Génova en 1507; derrota de los Venecianos en Agnadel (3) en 1509; victorias francesas en Bolonia y en Valeggio (4) en 1512, después, en aquel mismo año, derrota de Rávena (5) y pérdida del Milanesado.
1513. Derrota de Novara (2), evacuación de la mayor parte del Piamonte.
1515-1524. Francisco I en Marignan (6), ocupación del Milanesado; derrota de la Bicocca (7) en 1522; los Imperiales invaden la Provenza y sitian á Marsella, 1524.
1525-1529. Nuevo ataque de Francisco I, derrota de Pavía (8). Saqueo de Roma por el condestable de Borbón 1527, derrota de los Franceses en Landriano (9).
1544. Inútil victoria de los Franceses en Cerisola (10).
El Piamonte fué ocupado por los Franceses durante la mayor parte del siglo XVI.

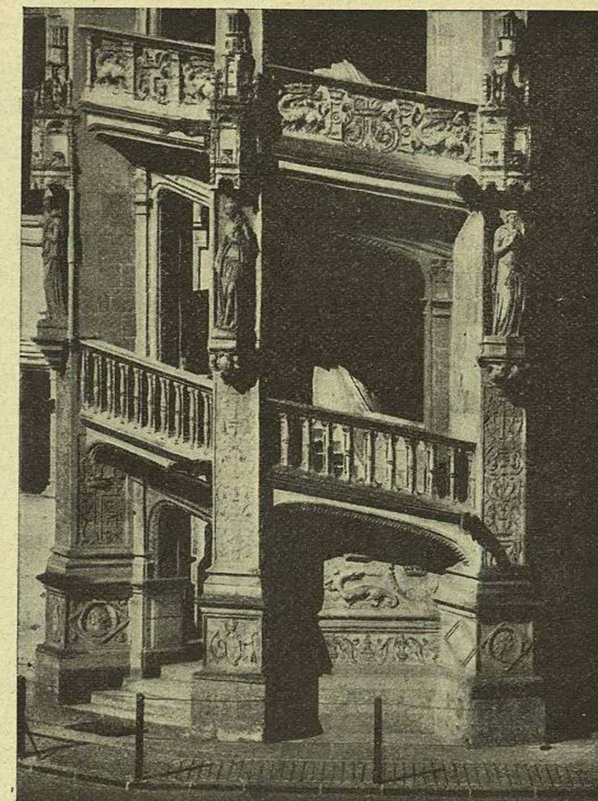
y de la propagación de las ideas, no por la voluntad de los dueños, como lo han pretendido los historiadores sometidos al espejismo del

poder. La adulación ha concedido el título de «Protector de las ciencias y de las artes» al rey Francisco I, pero conviene saber que, por sus cartas patentes de 13 de Enero de 1534, ese personaje declaraba querer la supresión de la imprenta. «En su singular afecto por el acrecentamiento de las bellas letras y estudios», había exceptuado de diversos impuestos y del servicio militar los veinticuatro impresores libreros de París; pero, cediendo á las quejas interesadas de los doctores en Sorbona, amenazó con «la horca á quien en lo sucesivo imprimiera ó hiciera imprimir en su reino». Sin embargo, mediante la petición del Parlamento, «doce personajes bien calificados y garantizados» fueron autorizados para imprimir los libros «aprobados y necesarios al bien público» [1].

Por una singular ironía de las cosas, el período del Renacimiento en Europa coincidió para España con una repentina y lamentable decadencia. La Iglesia católica triunfante, jerarquía poderosa que se unía oficialmente á Roma pero que obraba como autocracia perfecta, sin otro objeto que la defensa de su poder absoluto, había llegado á ser la dominadora universal y trabajaba gradualmente para dominar á la realeza misma, para hacerla impotente por la red del ceremonial y de la etiqueta. Sabido es cómo habían logrado aprovecharse los curas de la liga de las ciudades contra los señores para sobreponerse á aquella «santa Fraternidad» y transformar la unidad civil en un tribunal eclesiástico, la Inquisición. Aquellos defensores de la fe se encarnizaron contra todo pensamiento independiente. Su primer cuidado fué quemar las bibliotecas y cerrar las escuelas y los baños; después se dirigieron á lo que quedaba del pasado, derribando los edificios, cubriendo las obras maestras de arabescos con groseros revoques, abandonando los trabajos de riego y exhumando millones de cadáveres, todas las generaciones pasadas, para hacer con ellas hogueras populares. ¡Sobre aquella misma tierra, las llamas materiales, símbolo de las llamas del infierno que no se extinguirán jamás, debían exterminar todos los heresiarcas y relapsos, Judíos, Moros y sobre todo pensadores libres!

[1] Pierre Margry, *Navigations françaises.*

En el año 1492, el año mismo que vió la toma de Granada y el descubrimiento de América, la persecución de los Judíos españoles fué inaugurada de una manera atroz. Se declaró el bautismo obligatorio, y todo Judío que se negaba á bautizarse quedaba obligado á salir del reino en el plazo de tres meses bajo pena de muerte y confiscación de bienes. Los que rechazaban la abjuración y preferían el destierro quedaban libres, hasta el momento de su partida, de disponer de su fortuna, pero no de llevarse el valor en oro ó plata; era, pues, la ruina absoluta: los desgraciados huían por todas partes, pero se desencadenó la caza del hombre, y como la crueldad de los soberanos autorizaba la de los súbditos, se despojó y asesinó á los fugitivos. Ochenta mil Judíos buscaron un paso hacia el mar á través de Portugal, y el rey Juan II les vendió el tránsito al precio de ocho escudos de oro por cabeza. Doscientos ó trescientos mil proscritos se dispersaron por África y por Oriente; no quedaron más que traidores, apóstatas, los *marranos*, entregados de antemano á la sospecha y á nuevas persecuciones.



Cl. J. Kuhn, edit.

PALACIO DE BLOIS — ALA DE FRANCISCO I
LA GRAN ESCALERA

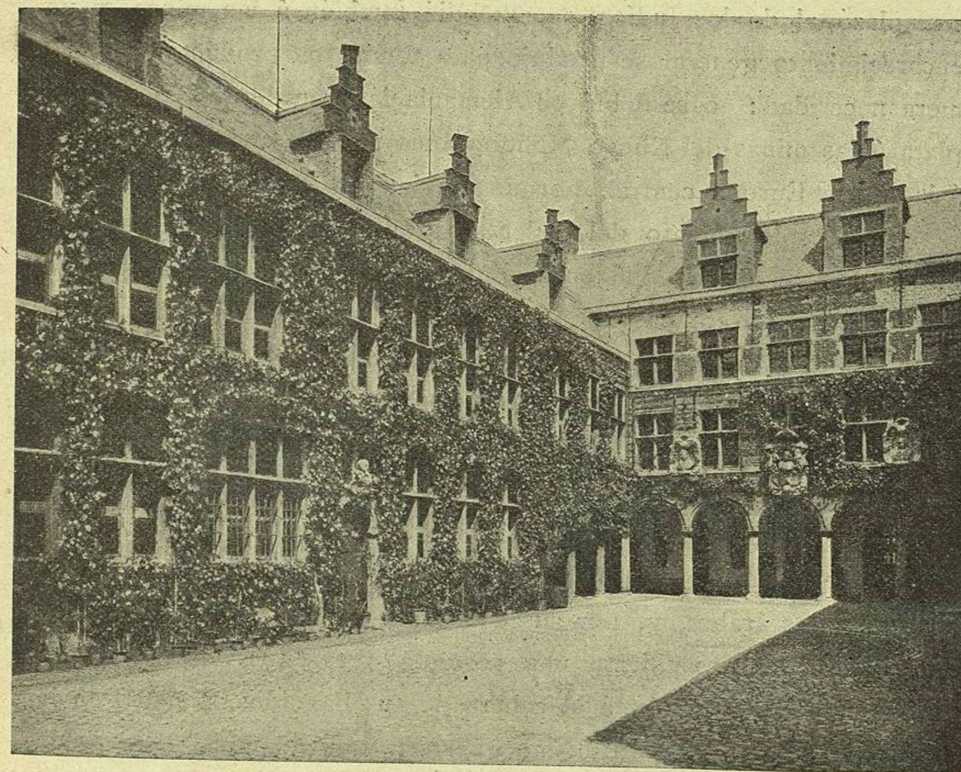
Semejantes atentados contra toda una raza que hasta entonces había tenido como intermediaria el monopolio del comercio, no podían llevarse á cabo sin tener como consecuencia una vuelta completa

hacia la barbarie primitiva, si los Judíos expulsados no hubieran podido ser reemplazados por rivales, cristianos verdaderos ó supuestos. Y esos cristianos que se apresuraban á tomar la sucesión de los Judíos se presentaban en multitud, sobre todo Italianos, Flamencos y Suavios. Los grandes movimientos geográficos causados por el aumento en extensión del mundo comercial explican ese desplazamiento de los centros de actividad. En primer lugar, el cierre de los caminos orientales por los Turcos había hecho refluir hacia Occidente las gentes de comercio, y de los más hábiles entre ellos, Venecianos, Lombardos y Florentinos: de Bristol á Cádiz, se les encontraba en todas partes, fijando su residencia. Por la iniciativa de los negocios, por el trato con los clientes, por la habilidad en toda transacción de dinero y de diplomacia, los Florentinos habían llegado á ser los principales intermediarios de Europa: el papa Bonifacio VIII decía de ellos que eran el «quinto elemento» después de la tierra, el agua, el aire y el fuego.

Pero desde el punto de vista puramente hacendista fueron principalmente los Alemanes del Sudoeste quienes reemplazaron á los Judíos en el manejo de los grandes negocios de España. Cuando Venecia hubo perdido su dominio comercial, las ciudades activas de Alemania no cesaron de considerarla como la ciudad sin igual, y especialmente los Augsburgueses continuaban enviando á ella sus jóvenes como á la escuela del negocio por excelencia. Sin embargo, la gran revolución que había herido á Italia debía quebrantar de rechazo el comercio de la Alemania interior. El primer resultado fué desplazar todo el centro de gravedad hacia el Oeste: habiendo sido reemplazada Venecia por Lisboa como mercado de importación de las Indias, los depósitos de la Europa central sufrieron un movimiento general de atracción en sentido de Occidente; las vías mayores cambiaron de dirección y algunas grandes ciudades del Este perdieron su antigua actividad. Especialmente Breslau fué rebajado en beneficio de Leipzig, mientras que las ciudades occidentales de Alemania, sobre todo las del ángulo sudoeste, ganaron en importancia relativa [1].

[1] J. Partsch, *Lage und Bedeutung Breslau's*, p. 7.

En tanto que Portugal, dueño del camino de las Indias, conservó la preponderancia en los cambios con el mundo de las especias, Augsburgo y Nuremberg, en muy buenas relaciones con Lisboa, lograron aprovecharse indirectamente de la nueva vía que se había abierto al comercio del mundo; hasta hubo negociantes de Alemania,



Cl. J. Kuhn, edit.

AMBERES — PATIO DEL MUSEO PLANTIN

con sus secretarios y sus empleados, que fueron autorizados para tomar parte en las expediciones á la India y unir algunos barcos al convoy de la flota real [1]. Pero de Alemania á Lisboa, lo mismo que á Sevilla y á Cádiz, puertos de expedición de España, el camino era mucho más largo que á Venecia y á Génova, y sobre todo había que franquear las numerosas y temibles aduanas intermediarias en Francia y en España. Los peligros eran mayores, los viajes más dispendiosos, únicamente grandes capitalistas podían arriesgarse á ese

[1] F. Kunstmann, *Historisch-politische Blatter*, *48*, 1861.

lucrativo comercio de las especias, y fué necesario que poderosísimos sindicatos unieran sus capitales para la explotación de ese tráfico; se aumentó su riqueza, y, en consecuencia, su audacia: gradualmente esas «compañías generales» acapararon los trigos, los vinos, la carne, lo mismo que los frutos coloniales, y la sociedad entera fué cada vez más explotada por ellas. El monopolio de esas compañías, que reemplazó al de los Judíos, se extendió también á las minas, y un encarecimiento general se produjo para todos los productos de primera necesidad: no se debió en Alemania la gran depreciación de la plata á las minas del Nuevo Mundo, como se cree comunmente, sino á las de la Europa central, por un movimiento paralelo [1].

Ese desplazamiento del poder se produjo también en Rusia, y, en gran parte, bajo la influencia de las mismas causas. La república de Novgorod no era ya «todopoderosa», y la envidia de sus rivales, Pskov y Moscou, rompió su independencia; sus mejores ciudadanos fueron desterrados y substituídos por inmigrantes moscovitas. Se olvidó el camino de los antiguos mercados; los Novgorodianos, sometidos á servidumbre, no tuvieron ya relaciones comerciales con las comarcas que recorre el Ob' «al otro lado de las fronteras», es decir, al este de los montes Urales, y este país, ya bien conocido de los escritores árabes, y, por su mediación, de los geógrafos cristianos, debió ser descubierto una segunda vez, en 1579, cuando el cosaco fugitivo Yermak, á la cabeza de sus bandidos, penetró en la ciudad de Sibir. El patriotismo guerrero, que no concibe nada sin la violencia, considera meritorio que Yermak ocupara como conquistador unos territorios cuyos habitantes hubieran continuado tranquilamente sus transacciones pacíficas de los antiguos tiempos, si los mismos emperadores de Rusia no lo hubieran imposibilitado en absoluto.

Mientras que la alta banca cristiana de Alemania, más usuraria que lo que habían sido los Judíos españoles, preparaba la sujeción y la ruina definitiva de los habitantes de la península Ibérica, las guerras de expansión política al exterior continuaban sin tregua. Se comprende que la constante batalla, que fué durante siete siglos

[1] J. Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge*, p. 384.

el estado normal de las poblaciones, no podía cesar bruscamente. Vencedores de los Moros, dueños de todo el suelo de los abuelos entre los Pirineos y el estrecho, los Españoles debían, en virtud de la herencia, tratar de emplear fuera su excedente de fuerza. Los más



Cl. J. Kuhn, edit.

MOSCOU — IGLESIA DE BASILIO EL BIENAVENTURADO, 1544

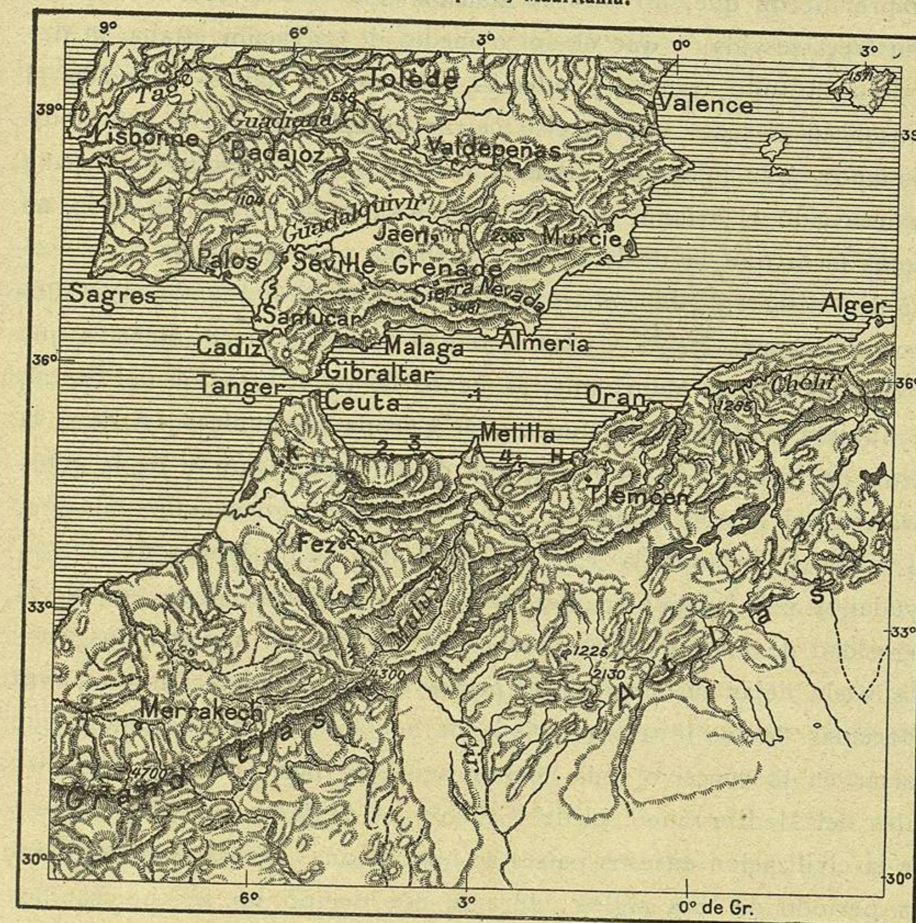
atrevidos entre los batalladores y los aventureros veían abrirse ante ellos el Nuevo Mundo, pero esas tierras milagrosas, de que pronto se contaron maravillas, estaban muy distantes; los buques que á ellas se dirigían, algunos de los cuales huían en secreto, sin anuencia del fisco, eran escasos y las expediciones muy costosas, porque los soberanos unidos de Castilla y Aragón, muy avaros, no querían arriesgar

grandes tesoros en aquellas conquistas lejanas y de resultados todavía dudosos. Asimismo no se comprometían sino con prudencia sobre el litoral de África, cuyo interior les era vagamente conocido; pero, muy ávidos de las riquezas que veían á su alcance, cayeron sobre las islas del Mediterráneo y sobre la Italia meridional: por ese lado entraron á fondo, no ya por afición á las aventuras y por placer, como los Franceses de Carlos VIII, sino como gentes prácticas, muy decididos á conservar las ricas comarcas cuya posesión habían adquirido. Entre las casas reales de diverso origen que se han sucedido en el dominio de Nápoles, no ha habido una que superase en solidez á la de Aragón: creía en su fuerza. En Nápoles, el rey Ferrante era un dueño absoluto, un verdadero rey-sol, más rudo, mas trágico, menos majestuoso, es cierto, que lo fué después Luis XIV. «Creemos en un solo Dios en su gloria, no vemos más que un sol en los cielos y adoramos un rey en la tierra», decía Giuniano Maio en su libro *De Majestate*.

Y ese orgullo español, á la vez aragonés y castellano, parecía justificado por el éxito y por ese valor militar á que en época de turbulencias suele concederse la mayor importancia. Donde quiera se presentaba la sólida infantería española obtenía la victoria. La guerra, acompañada de la crueldad y del ansia de rapiña, había entrado en la sangre de los vencedores del Islam; pero las victorias se compran, no sólo con la desgracia de los vencidos, sino también por el retroceso moral y material de los triunfadores. Vióse un ejemplo notable de ello en todas las comarcas que baña el Mediterráneo occidental. Antes de las agresiones españolas, cuando la Mauritania no tenía más habitantes que indígenas bereberes é invasores árabes, los Europeos vivían allí en paz y el derecho de gentes era respetado. Existían tratados regulares entre las comunidades de las dos riberas opuestas; se habían establecido colonias de mercaderes en las ciudades moras, las personas y los bienes se habían conservado y respetado, y hasta el cristiano extranjero tenía el derecho de edificar iglesias al lado de las mezquitas. Los soberanos de la Mauritania, especialmente los reyes de Tlemcen, tenían á su servicio milicias cristianas: durante tres siglos, hasta el final del XV el vaivén se hacía libremente desde Provenza é Italia á toda la costa

berberisca y á las ciudades del interior. Las galeras venecianas, llamadas «de Berbería», partían regularmente del Lido en la segunda

N.º 374. España y Mauritania.



Posesiones españolas en Mauritania (Presidios): Ceuta, — isla de Alborán (1), — Peñón de Vélez de la Gomera (2), — isla y bahía de Alhucemas (3), — Melilla, — isla Chafarinas (4).
H: Honein, puerto de Tlemcen. — K: Kazar el Kebir, derrota en 1578 del rey Sebastián de Portugal.

quincena de Julio, hacían escala en Siracusa, Trípoli, Djerba, Túnez, Bujía, Argel, Orán, para terminar su viaje en Honein, ciudad actualmente destruída, que servía de escala á Tlemcen [1].

[1] La Mas-Latrie, *Traité de Paix et de Commerce*.

Pero cuando en 1509 el rey Fernando, el conquistador astuto, hubo hecho desembarcar soldados y misioneros sobre la costa de África y entró en Orán, todo cambió por completo. Los musulmanes comprendieron que, no sólo se atacaba á su territorio, sino también á su fe, á su vida, y que el único medio de salvación estaba en defenderse á todo trance, y además, después de haber rechazado al invasor en el mar, era preciso cerrar completamente el país á los cristianos, á su influencia, hasta á su tráfico. La victoria de España hubiese sido el triunfo de la Inquisición, y de una Inquisición no menos feroz que la de la lepra y la llama que devoraban á los Españoles mismos. Sin embargo, los ejércitos de Fernando el «Católico» y después los de Carlos V tenían tan gran fuerza ofensiva que la conquista de la Mauritania, al menos de toda la región del litoral, se hubiera realizado ciertamente, si Europa no hubiese estado á la sazón ocupada en la gran empresa de la exploración y de la colonización del Nuevo Mundo y sobre todo en sus guerras de ambición, en Italia y en toda la Europa occidental. Los Moros de África, ayudados por las poblaciones bereberes, pudieron, pues, resistir la fogosidad de los conquistadores españoles, no sin apelar á los Turcos y sin dejar sus puertos en manos de los piratas. Las tentativas abortadas de los invasores cristianos no tuvieron más resultado que cortar en lo sucesivo toda comunicación pacífica entre los dos litorales del Mediterráneo, el del Cristo y el de Mahoma. El retroceso de la civilización en esos países se hizo de una manera completa para un período de tres siglos: durante ese tiempo no se supieron los acontecimientos ocurridos en el país enemigo de una parte y de otra más que por mediación de los prisioneros reducidos á esclavitud. Verdad es que los Españoles habían podido sostenerse aparentemente sobre la tierra africana, fortificando la ciudad de Orán con una cintura de murallas y de poderosas obras militares; pero se hallaban encerrados en aquel gran cuartel, como lo están actualmente en Ceuta, en Melilla y en sus otros presidios de la costa marroquí: no osaban salir de sus puertas, porque fuera de ellas cada mata ocultaba un enemigo.

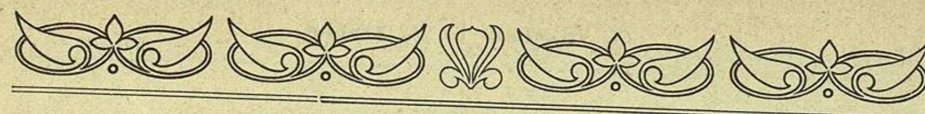
Pero ese fracaso de los Españoles al otro lado del mar azul permaneció ignorado ó al menos inexplicado y misterioso, perdido en

el brillo deslumbrador de las victorias. La transformación política de España en ese corto período podía, en efecto, ser considerada como una sucesión de prodigios. Ninguna razón sana hubiera podido prever semejantes acontecimientos. ¿Cómo un pequeño rey de Aragón y una pobre reina de Castilla, personajes secundarios entre los soberanos de Europa, pudieron llevar á término una obra en que los cristianos de España se habían empeñado durante setecientos años? Y esta obra la terminaron por completo, constituyendo la unidad política de los antiguos reinos, y añadiendo á ese núcleo peninsular toda una multitud de ducados, de condados, de señoríos, de ciudades llamadas «libres»; y después surge un nuevo mundo más allá de los Océanos, y ese mundo además se le atribuye España y realiza su conquista: unas bandas compuestas á lo más de algunos centenares de Españoles, se lanzaban casi al azar á través de los países desconocidos, entre millones de hombres que hubieran podido ser amigos, pero á quienes se hacía enemigos por la práctica de violencias y de brutalidades inauditas: seguros de su victoria, aunque privados de toda comunicación con la madre patria, iban siempre adelante, viendo distintamente la virgen María, Santiago de Compostela y otros dignatarios celestiales que acudían para tomar parte en el degüello de los infieles. No era, pues, extraño que, así protegidos por el cielo, tuviesen además los Españoles, por una maravillosa coyuntura de los astros, la suerte de ver su rey, casi un niño, ceñir su cabeza con la corona del «Santo Imperio Romano» que habían gobernado César y Carlomagno. Nada parecía ya imposible: la monarquía universal, imagen terrestre del infinito reino de los cielos, parecía hallarse ya en vísperas de extenderse sobre el mundo.

Y sin embargo, por una punzante ironía de las cosas, España, llegada á la hegemonía de Europa, se hallaba en plena decadencia: los mismos medios por los cuales se había realizado su elevación eran los que debían producir su irremediable caída. La historia detallada del siglo XVI demuestra cómo España, cogida en el engranaje de los acontecimientos humanos, se vió absolutamente incapaz de resolver los problemas de la Naturaleza, industriales, económicos,

intelectuales y morales que se presentaban á los hombres, y cómo, con toda la apariencia de la fuerza, cayó lamentablemente en la impotencia absoluta, debido á que en ese país se había agotado el manantial de toda fuerza: la libertad individual y la autonomía comunal habían desaparecido.





REFORMA Y COMPAÑÍA DE JESÚS

Noticia histórica

PAPAS. Los principales pontífices contemporáneos del Renacimiento y de la Reforma fueron Pío II (1458-1464), Pablo II, Sixto IV (1471-1484), Inocente VIII, Alejandro VI Borgia (1492-1503), el enérgico Julio II de la Rovere, León X (1513-1522), Clemente VIII y Pablo III Farnesio (1534-1550), que reunió el concilio de Trento. Citemos además Pío V (1566-1572) y Sixto V (1585-1590).

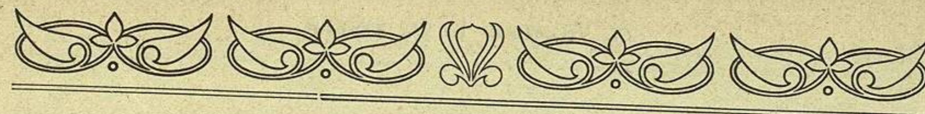
FRANCIA. A la muerte de Francisco I en 1547, subió al trono su hijo Enrique II; bajo su reinado Toul, Verdun y Metz fueron incorporadas á Francia y reconquistada Calais, á pesar de la derrota de San Quintín (1557). Sus tres hijos, los últimos Valois, le sucedieron: Francisco II, 1559-1560, Carlos IX, que murió en 1574, y Enrique III, asesinado en 1589, algunos meses después del duque de Guisa. Los últimos Valois presidieron las guerras de religión que, comenzando en 1562 por la matanza de Vassy, duraron hasta el edicto de Nantes en 1598 y de las cuales la de San Bartolomé fué el episodio más conocido (24 Agosto 1572).

IMPERIO. Carlos V abdicó en 1556 y murió en 1558; los príncipes electores eligieron como emperador á su hermano Fernando, ya rey de Bohemia. Fué seguido en línea directa, por el tolerante Maximiliano II (1564-1576) y por Rodolfo (1576-1612). Sobre el trono de España, á Felipe II (1556-1598) sucedieron Felipe III, Felipe IV (1621-1665) y Carlos II que murió en 1700.

PORTUGAL. Su rey Sebastián pereció en Marruecos, y le sucedió un anciano, el cardenal Enrique (1578-1580); á su muerte tomó España posesión del país, pero recobró su independencia en 1640.

intelectuales y morales que se presentaban á los hombres, y cómo, con toda la apariencia de la fuerza, cayó lamentablemente en la impotencia absoluta, debido á que en ese país se había agotado el manantial de toda fuerza: la libertad individual y la autonomía comunal habían desaparecido.





REFORMA Y COMPAÑÍA DE JESÚS

Noticia histórica

PAPAS. Los principales pontífices contemporáneos del Renacimiento y de la Reforma fueron Pío II (1458-1464), Pablo II, Sixto IV (1471-1484), Inocente VIII, Alejandro VI Borgia (1492-1503), el enérgico Julio II de la Rovere, León X (1513-1522), Clemente VIII y Pablo III Farnesio (1534-1550), que reunió el concilio de Trento. Citemos además Pío V (1566-1572) y Sixto V (1585-1590).

FRANCIA. A la muerte de Francisco I en 1547, subió al trono su hijo Enrique II; bajo su reinado Toul, Verdun y Metz fueron incorporadas á Francia y reconquistada Calais, á pesar de la derrota de San Quintín (1557). Sus tres hijos, los últimos Valois, le sucedieron: Francisco II, 1559-1560, Carlos IX, que murió en 1574, y Enrique III, asesinado en 1589, algunos meses después del duque de Guisa. Los últimos Valois presidieron las guerras de religión que, comenzando en 1562 por la matanza de Vassy, duraron hasta el edicto de Nantes en 1598 y de las cuales la de San Bartolomé fué el episodio más conocido (24 Agosto 1572).

IMPERIO. Carlos V abdicó en 1556 y murió en 1558; los príncipes electores eligieron como emperador á su hermano Fernando, ya rey de Bohemia. Fué seguido en línea directa, por el tolerante Maximiliano II (1564-1576) y por Rodolfo (1576-1612). Sobre el trono de España, á Felipe II (1556-1598) sucedieron Felipe III, Felipe IV (1621-1665) y Carlos II que murió en 1700.

PORTUGAL. Su rey Sebastián pereció en Marruecos, y le sucedió un anciano, el cardenal Enrique (1578-1580); á su muerte tomó España posesión del país, pero recobró su independencia en 1640.

INGLATERRA. Enrique VIII reinó desde 1509 á 1547; dejó tres hijos que reinaron: Eduardo II, hijo de Juana Seymour, tercera esposa, que murió á los dieciséis años (1553); María la Sanguinaria, hija de Catalina de Aragón, que se casó con Felipe II, é Isabel, hija de Ana Bolena, reina desde 1558 á 1603.

SUECIA. Un joven noble, Gustavo Vasa, libró su país del yugo dinamarqués y fué proclamado rey en 1523; abdicó y murió en 1560.

He aquí los nombres de algunos personajes del Renacimiento y de la Reforma, nacidos durante el período de 1467-1534, duración de dos generaciones:

ERASMO, humanista, nacido en Rotterdam, muerto en Basilea	1467-1528
Nicolás MAQUIAVELO, historiador y hombre de Estado, florentino	1469-1527
Alberto DURERO, pintor alemán, nació y murió en Nuremberg	1471-1528
Lucas CRANACH, pintor, nacido en Franconia	1472-1553
Nicolás COPÉRNICO, astrónomo polaco, nacido en Thorn	1473-1543
EL ARIOSTO (Ludovico Ariosto), poeta, nacido en Reggio	1474-1533
MIGUEL ANGEL (Buonarotti), nacido en Arezzo	1475-1564
GIORGIONE (Barbarelli), pintor veneciano	1477-1511
EL TICIANO (Tiziano Verellio), pintor veneciano	1477-1576
ANDREA DEL SARTO (Vannuci), pintor, nacido en Florencia	1478-1530
TOMÁS MORO, utopista y hombre de Estado, nacido en Londres	1480-1535
RAFAEL Sanzio, pintor, nacido en Urbino	1483-1520
Martín LUTERO, reformador, nacido en Eisleben	1483-1546
Francisco RABELAIS, cura de Meudon, nacido en Chinon	1483-1553
Ulrico ZUINGLIO, cura de Einsidel, después de Zurich	1484-1531
ULRICO VON HUTTEN, humanista, nacido en Franconia	1488-1523
El CORREGIO (Antonio Allegri), pintor parmesano	1494-1534
Hans HOLBEIN el joven, pintor, nacido en Augsburgo	1497-1543
Felipe MELANCHTON, reformador, nacido en Baden	1497-1560
El PRIMATICCIO (Francisco Primaticcio), pintor bolonés	1504-1570
John KNOX, reformador escocés, nacido en Haddington	1505-1572
Juan CALVINO, reformador, nació en Noyon y murió en Ginebra	1509-1564
Teodoro DE BEZE, reformador, nacido en Vezelay	1509-1605
El TINTORETO (Jacopo Robusti), pintor, nacido en Venecia	1512-1594
RAMUS ó Pedro la Ramée, escritor, nacido en Vermandois	1515-1572
Pablo VERONÉS (Paolo Caliari), pintor, nacido en Verona	1520-1588
Pedro de RONSARD, poeta, nacido cerca de Vendôme	1524-1585
Luis de CAMOENS, poeta, nacido en Lisboa	1525-1580
Esteban de LA BOETIE, escritor, nacido en Sarlat	1530-1563
Miguel MONTAIGNE, escritor, nacido en Perigord	1533-1592



REFORMA Y COMPAÑÍA DE JESÚS

La Reforma pedía el derecho de examen, pero exigía que el resultado del examen fuese de conformidad con sus conclusiones.

CAPÍTULO XII

ESTERILIDAD DEL HUMANISMO. — ABORTO DEL RENACIMIENTO.
VUELTA AL ANTIGUO TESTAMENTO. — LA REFORMA, LA BURGUESÍA Y EL PUEBLO. — DIVISIÓN GEOGRÁFICA DE LOS CULTOS.
GUERRA DE LOS CAMPESINOS.
ANABAPTISTAS. — SUIZA, ALEMANIA, FLANDES, INGLATERRA, ESCOCIA.
IDENTIDAD DE LAS RELIGIONES ENEMIGAS. — CAPUCHINOS.
COMPAÑÍA DE JESÚS. — EDUCACIÓN.
LIBRE EXAMEN. — LAS SECTAS Y EL ARTE. — MISIONES LEJANAS.

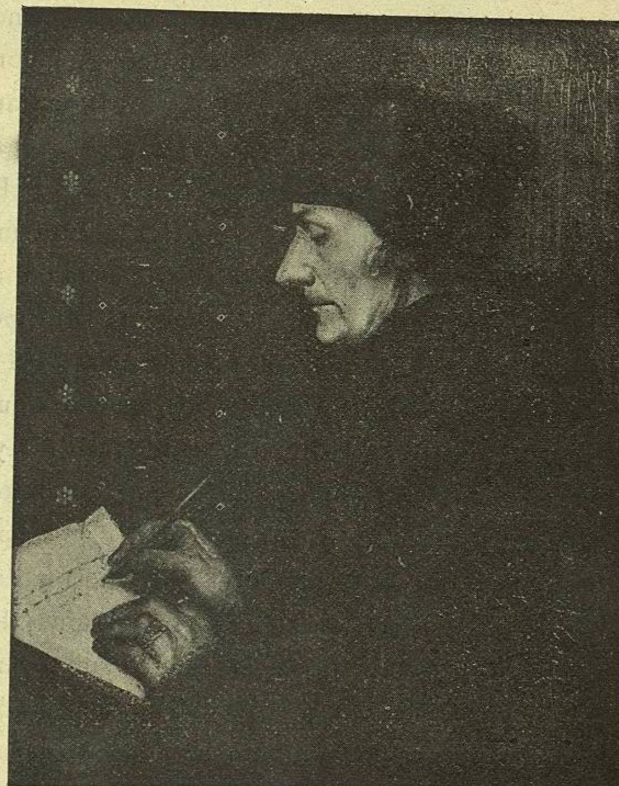
EL bello ideal de los humanistas, aquella unión en amable confraternidad de saber y de goce artístico con los otros hombres, era irrealizable porque lo ambicionaban solamente para un corto número de llamados y para un número más reducido aún de escogidos. Constituían una aristocracia intelectual muy desdeñosa de ese pueblo de abajo que trabaja y se fatiga para darnos pan, sin disfrutar de una hora para cultivar en sí el sentido de la

belleza. Hubo humanista, Erasmo por ejemplo, que se nos muestra como dominando desde gran altura por la inteligencia y la ironía las disputas religiosas y las disensiones políticas á que se entregaban furiosamente sus contemporáneos; pero esa superioridad de pensamiento queda reducida á nada, porque es estéril y no se transforma en acción; no tiene la más mínima participación en la vida general de los pueblos arrastrados por el gran remolino de los acontecimientos; antes al contrario, se aleja de ellos cobardemente por miedo de comprometer la tranquila elaboración del pensamiento y la preparación lenta de las frases exquisitas que han de traducirle para los amigos elegidos. Erasmo, el gran pensador, es también el hombre que cerró su puerta á Ulrico von Hutten fugitivo y le denunció á las autoridades para no verse comprometido por la presencia de un antiguo amigo. Los humanistas eran ya «super-hombres» y, como tales, se hallaban fuera de la humanidad.

Pero habíanse realizado demasiados progresos en todos sentidos, abundaban ya notabilísimos descubrimientos en el espacio y en el tiempo; la industria y el comercio acrecentaban de tal modo la extensión de sus dominios y la variedad de sus aplicaciones, y al mismo tiempo aumentaba el tesoro de los conocimientos humanos en tales proporciones, que la sociedad, cambiando su punto de apoyo, se halló forzosamente obligada á tomar formas nuevas. Sin embargo, cambios de esta naturaleza no se hacen de manera que realicen lógicamente las consecuencias de los principios invocados por los innovadores y revolucionarios; conformes con la resultante de todas las fuerzas en lucha, representan el término medio del estado social con sus innumerables contradicciones, con todas las supervivencias del pasado más ó menos resistentes, entremezclándose con las imágenes rudimentarias de las realizaciones futuras. El movimiento intelectual y moral del Renacimiento, obligado á tomar cuerpo en la sociedad ambiente, debió acomodarse al término medio de las concepciones religiosas, morales y políticas, encarnándose así en instituciones muy inferiores á su tendencia natural.

No puede negarse que el Renacimiento, tomado en el círculo estrecho de sus intelectuales y artistas, fué en su esencia muy superior á la Reforma: abría el espíritu humano á la razón, buscaba

la verdad pura; pero desmoralizándose para constituir la Reforma, incorporándose en la masa del pueblo, tomaba las preocupaciones, ante todo, la primera de todas, la de la unión de las cosas humanas á la autoridad divina, por no haberse todavía despojado de la idea de vida religiosa la idea de existencia superior [1]. Desde el punto de vista histórico, la Reforma es, pues, en primer término el aborto del Renacimiento [2].



Museo del Louvre. ERASMO Cl. J. Kuhn, edit.
por HANS HOLBEIN

Apoyándose sobre el mismo principio que la forma católica romana del cristianismo, el conjunto de las sectas que se conoce con el nombre de protestantismo no es, pues, una verdadera «reforma», ya que en todo tiempo germinó como matas de hierbas silvestres alrededor de los cultivos de la Iglesia. El protestantismo surgió en diversas épocas y sobre muchos puntos de Europa antes de tomar su forma definitiva en Alemania con las «tesis» de Lutero públicamente afirmadas. Sin hablar de sus antecesores, que recitaban la «noble Leyczon» en los valles de los Alpes, ni de Wiclef, cuyo protestantismo fué mucho más revolucionario que el del fraile agustino de Wittemberg, ni de Juan Huss, que supo morir sencillamente por su fe, Lutero había podido oir en Italia todo lo que repitió después

[1] Nietzsche, *La Volonté de Puissance.*
[2] Jules Baissac, *Société Nouvelle*, Septiembre 1896, p. 764.

ante Carlos V. Cerca de dos siglos antes, Petrarca, campeón de la Iglesia, había anunciado la caída de la gran organización eclesiástica á que pertenecía: «No es necesario ser profeta, decía; basta el juicio más sencillo para darse cuenta de que el papado está en la pendiente de una ruina inevitable». Lorenzo Valla, que fué protegido hasta su muerte por la opinión pública y salvado de toda persecución, se había dirigido también contra el papa, no menos violento y animoso que el religioso alemán: «Me propongo ahora escribir contra los vivos, no ya contra los muertos, contra una autoridad pública y no contra una autoridad privada. ¿Contra qué autoridad? Contra la del papa, ceñido, no sólo de la espada laica de los reyes, sino también de la espada espiritual del episcopado supremo. De modo que no es posible defenderse de él, de su excomunión, de su execración ni de su anatema detrás de ningún escudo de príncipe. Y podría decir con la Biblia: «¿Dónde huiré de tu presencia y del soplo de tu boca?»[1].

Puede decirse que los mismos concilios que discutieron en Basilea y en Constanza las cuestiones dogmáticas y las de la moral religiosa, colocándose sobre el papa y hasta contra él, estaban animados de un verdadero espíritu protestante. No faltaba á los doctores y á los prelados más que un poco de audacia y de sinceridad para anticiparse y reformar la Iglesia, como después lo intentó Lutero dirigiéndose al poder laico. Más aún: una furia mayor que la del protestantismo latente, anhelando la Reforma por la excitación de la fe religiosa, no cesó durante la Edad Media de atacar directamente á la Iglesia: esa fuerza era el buen sentido irreligioso. En todo tiempo, y hasta la época en que las almas se abandonaban más cándidamente á la fe y en que el fanatismo armaba más enérgicamente el brazo contra el infiel, una gran parte de la literatura nacional atestiguaba un fondo de escepticismo irónico en muchos que, guardándose prudentemente de atacar á la Iglesia, tenían cuidados muy diferentes de los del dogma y de la oración. Es de notar que esa ironía popular tenía un alcance muy superior á todas las formas cristianas y que no se hubiera acomodado al culto protestante mejor que á la religión católica; siendo de notar que en Francia, el país

[1] Citado por Philippe Monnier, *Le Quattrocento*, t. I, p. 285.

más rico en romances satíricos dirigidos contra los eclesiásticos, el protestantismo no arraigó de una manera verdaderamente profunda más que en una parte de la población. La masa de la burguesía,

N.° 375. Carlos V y Francisco I.



El territorio rayado es el de Carlos V; además, la Italia septentrional era frecuentemente ocupada por tropas alemanas y españolas.

á la que la religión nueva se adaptaba mejor que la antigua forma romana, no creyó que valía la pena de cambiar la rutina ordinaria de las prácticas religiosas. Ya en aquella época «no había bastante religión en Francia para dividirla en dos».

Rabelais mismo, el que con razón ó sin ella se cree que fué el autor de la más ruda sátira contra «la Isla Sonante y todos sus pajarracos», no se dignó abandonar la estola y el hisopo: permaneció cura, convencido de que bajo el vestido severo del pastor calvinista hubiera estado más ridículo todavía. En el siglo de la Reforma, cuando la evolución religiosa fué bastante poderosa en la Gran Bretaña y en los países germánicos para cambiar la forma exterior del culto y dar á los cristianos un nuevo ardor, los elementos de esa renovación de la fe en el más allá no fueron suficientes en Francia para que el protestantismo adquiriese una fuerza comparable á la que se manifestó en el Este y en el Norte: faltó empuje á la espontaneidad del impulso.

En el conjunto, si se considera el protestantismo en sí, sin las mil circunstancias exteriores á que ha debido acomodarse, ha de verse en él una vuelta hacia los orígenes, una tentativa por parte de los cristianos de dirigirse á las fuentes mismas de la vida, de beber en la fuente viva que mana á los pies de Jesucristo, y que después fué conducida, canalizada y mezclada con las aguas más diversas por los papas y los concilios. Toda revolución comienza, en el pensamiento de sus autores, por una simple reforma. Los primeros cristianos quisieron volver á la sencillez de los antiguos Hebreos; así también los primeros protestantes trataban de remontar á los tiempos del Evangelio. Más aún: aceptando devotamente la tradición que daba á los dos «Testamentos» de las Santas Escrituras un mismo valor, puesto que las palabras son igualmente inspiradas por Dios, aspiraban á restablecer la «antigua alianza», el pacto consentido por el Eterno con sus servidores Samuel, Moisés y el padre Abraham: todo progreso, y desde ciertos puntos de vista de tal debe ser calificado el protestantismo, comienza por un movimiento de retroceso hacia el pasado.

No se crea que esa vuelta de la voluntad religiosa hacia los tiempos tan lejanos de la antigüedad judaica haya quedado sin consecuencias materiales, sin reacción eficaz sobre la civilización protestante. La influencia de la Biblia sobre la cultura moderna es mucho mayor que lo que generalmente se supone. El precepto del libro, «Escudriñad las Escrituras», tomado en el sentido del estudio personal de las cosas santas sin la ayuda de pastores, entró en la conciencia del protestante, y millones de hombres en Alemania, en los Países Bajos y en Escandinavia, en las islas Británicas y en la Nueva Inglaterra, en las montañas de los Cevennes y en otros distritos de la Francia hugonote, se dedicaron á la lectura única de la «Palabra de Dios», comenzando por el Génesis, y, bajo esta influencia, acabaron por ser mucho más judíos que cristianos. La historia mítica y legendaria, á veces atroz, de los Beni-Israel les llegó á ser más familiar que la historia de su propia nación, modificó su lengua y su modo de pensar y penetró hasta el fondo del ser por su moral primitiva. Tales libros inspirados por esas ideas del protestantismo judaizante son absolutamente incomprensibles para los no iniciados, lo mismo que tales ó cuales actos de fervientes calvinistas que toman por modelo Moisés, Josué ó el «santo rey David». Actos abominables, reprobados por toda moral humana, encontraban amplia justificación en los ejemplos dejados por el «pueblo elegido», y considerado el enemigo como «Filisteo» ó «Amalecita», se tenía sobre él derecho de exterminio, de tortura y hasta de eterna maldición, de condenación al fuego que no se extingue. Recorriendo los anales contemporáneos se encuentra el relato de alguna horrible matanza familiar, que en un principio parece un acto de simple locura, pero que bien considerado se ve que está seriamente conforme con una ú otra escena del judaísmo antiguo y se precisa en la voluntad del criminal bajo la influencia de lecturas de la Biblia renovadas sin cesar: son los crímenes rituales del protestantismo.

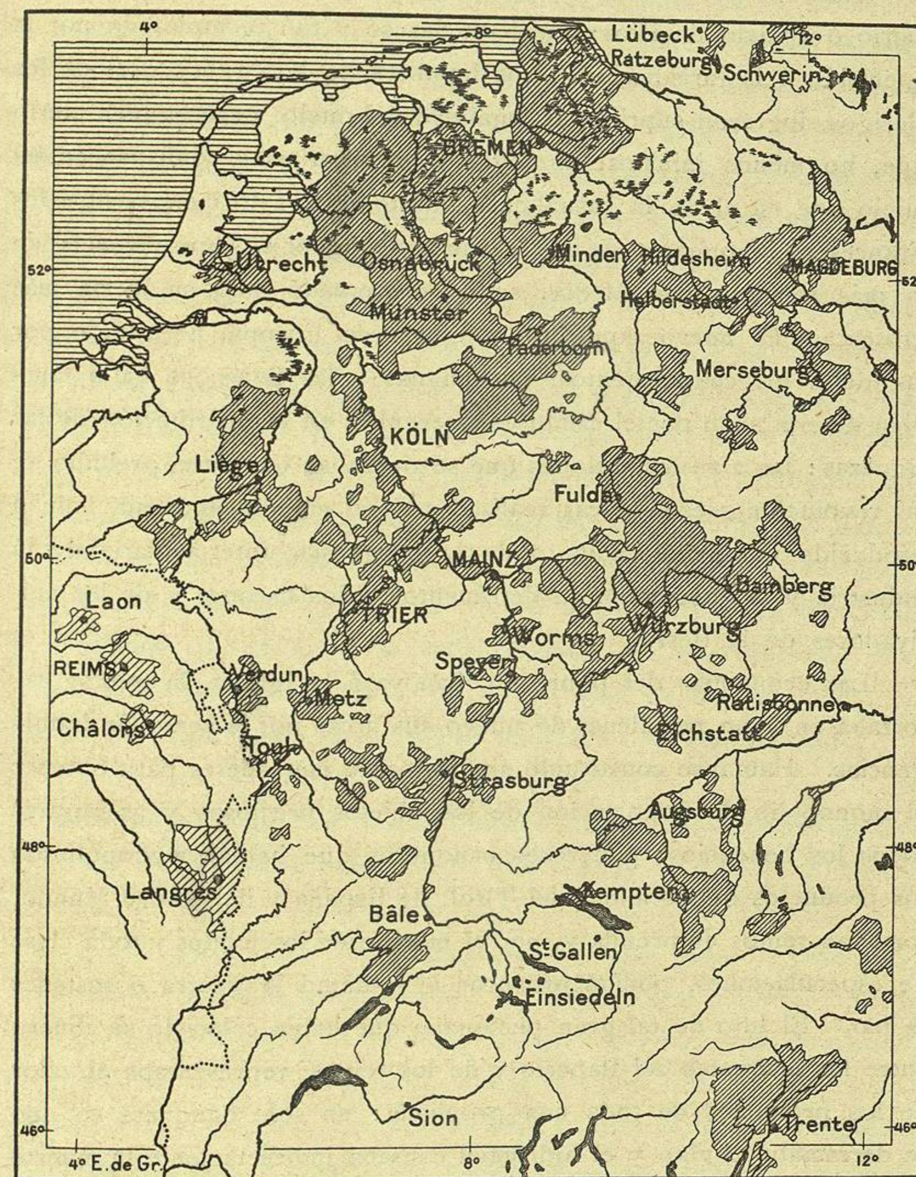
La Reforma, pues, estudiada exclusivamente desde el punto de vista de la evolución religiosa, no es más que una tentativa de «renacimiento» ó de purificación del catolicismo, lo que el mismo Renacimiento había sido en el estudio y en el arte. Los protestantes fueron católicos más ardientes que los papas y los prelados; en tanto que éstos se acomodaban fácilmente á las modificaciones causadas por el tiempo y no se cuidaban de parecerse á San Pablo y á los apóstoles, los fanáticos reformadores remontaban, en su tenaz investigación del pasado, tan lejos como lo permitía su erudición, más allá de Jesús y sus discípulos. No podía ser de otro modo: la generación que precedió á Lutero poseía ya la obra reputada como divina,

de la cual se habían hecho ya una veintena de traducciones antes que la suya — la primera, editada en Delft, data de 1477 —, y el arte de la imprenta, que la distribuyó pronto entre todos los fieles [1], por centenares de ediciones, por miles y miles de ejemplares, creó por eso mismo multitudes rivales á los predicadores oficiales, curas y frailes. Cada lector de la Biblia llegó á ser su propio dispensador de verdad, su pontífice supremo, tenía en su mano la llave divina que abre las puertas del cielo. Como decía Bossuet, «con su Biblia en la mano, todo protestante fué papa». A lo menos así sucedía entre burgueses y nobles, porque las costumbres de los pueblos inclinaron siempre su balanza hacia el poder. En proporción de la instrucción creciente que cambiaba el centro de gravedad en la sociedad burguesa, la explosión de la Reforma había llegado á ser irresistible, era necesario romper la vieja armadura de la Iglesia y había que forjar una nueva.

La forma de la religión debía, pues, acomodarse á la mentalidad del mundo burgués; también debía prestarse á los métodos científicos recientes, introducidos por los humanistas, y no descuidar, como lo había hecho hasta entonces, las lenguas modernas, que se habían emancipado del latín y se convertían á su vez en admirables intérpretes del pensamiento; por último, la revolución operada en el mundo de la inteligencia había de producirse paralelamente en la concepción, en la práctica de las leyes y favorecer proporcionalmente la evolución religiosa. El derecho romano reemplazó al antiguo derecho germánico, á pesar de la oposición encarnizada de la Iglesia. En posesión de la tercera parte del territorio y de los bienes muebles en la Europa occidental, el clero temía esa transformación, que colocaba las piedades eclesiásticas bajo el examen y la crítica de los legistas, y de ese modo preparaba la Reforma antes que se efectuara desde el punto de vista religioso, pero no pudo evitarlo. Los monarcas franceses, prosiguiendo la obra de Felipe el Hermoso, habían restringido poco á poco el poder de los papas, y, finalmente, Francisco I se sintió bastante fuerte para reservar á la autoridad civil el nombramiento de los obispos; por el concordato de 1516, la «hija primogénita de

[1] Richard Heath, *Anabaptism*.

N.° 376. Algunos territorios eclesiásticos.



Los territorios rayados estaban sometidos á la jurisdicción eclesiástica, que, en Francia, fué gradualmente subordinada al poder real, y, después del concordato de 1516, se hizo puramente nominal. — Los nombres en mayúsculas son los de los arzobispados; las otras ciudades eran sedes de obispados ó de abadías importantes.

la Iglesia» imponía condiciones durísimas á su madre, pero ésta no tuvo más remedio que someterse á ellas.

También fué herido el poder de la Iglesia cuando el duelo judiciario ó «juicio de Dios» cayó en desuso y fué reemplazado por la apelación á la jurisdicción. Los hombres de ley, vencedores de los clérigos, lograron suprimir la legalidad del duelo; pero es bien cierto que, no menos injustos, no lograron inspirar más confianza en su juicio que en el de la casualidad, puesto que, á lo menos entre los Franceses, la práctica de los «lances de honor», supervivencia de la más remota Edad Media, se ha conservado bajo su forma más grotesca. El nuevo equilibrio religioso de Europa, necesitado por las ideas, los conocimientos, las lenguas y las leyes, se halló también determinado por el cambio sobrevenido en la distribución de las riquezas: las transformaciones que se operaban entonces, preludio de las revoluciones económicas realizadas en el mundo moderno, habían producido el enriquecimiento de la burguesía, intermediaria de la industria y del comercio, en detrimento de los barones y de los cultivadores de la tierra.

Las economías del pobre no iban ya á la Iglesia, la que se esforzaba en vano por llenar de nuevo sus arcas por la venta de indulgencias. Habíanse constituído sindicatos de mercaderes para obtener el monopolio de importación de los objetos preciosos y asegurarse todos los beneficios; poderosos banqueros que habían monopolizado los productos de las minas del Tirol, de España y del Nuevo Mundo, tomaban reinos en prenda y, por el manejo de los fondos y toda clase de especulaciones, podían provocar á voluntad la guerra ó sostener la paz. El lujo de tal gran personaje, que había colocado su dinero entre los magnates del Imperio y de los reinos, representaba el valor de los productos de toda una provincia: un solo banquete en que se derramaba el vino y el hidromiel causaba indirectamente la muerte de algunos miles de aborígenes en la Española, en Cuba ó en el continente americano.

Menos ricos que esos banqueros, los príncipes y soberanos bien hubieran querido imitar esas prodigalidades fastuosas correspondientes á su rango, pero estándoles prohibido todo trabajo, ¿qué medios podían emplear para aumentar sus riquezas? Tenían ya tasada la materia imponible, habían cobrado tributos, exigido servidumbres, reivindicado la mayor parte del parasitismo sobre toda manifesta-

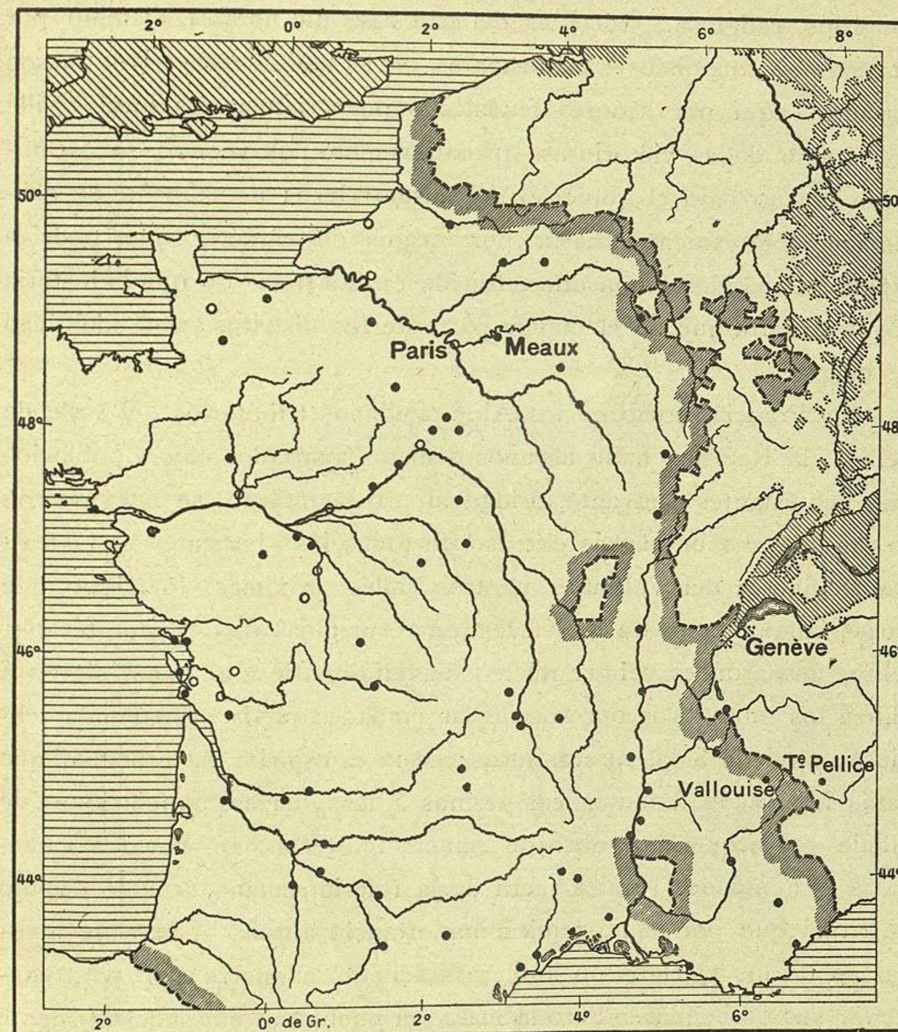
ción del trabajo humano, ¿pero no había llegado ya el momento de confiscar, de *incamerer* ó anexionar al dominio de la cámara eclesiástica, de apropiarse los tesoros de la Iglesia, como se había hecho tantas veces con los de los Judíos, de proseguir respecto de todos los prelados católicos y en todos los conventos la obra que poco antes el rey de Francia, arrastrando tras de sí todo un mundo tembloroso de magistrados y de clérigos pronto á retractarse, osó intentar contra la sola orden de los Templarios, declarada de antemano herética para que sus bienes fuesen buena presa? La conversión á la forma nueva del cristianismo ofrecía, á los príncipes y á sus amigos y consejeros de la burguesía, la ocasión única de recompensar su repentino celo por la verdad del Evangelio con el monopolio de las economías seculares acumuladas en iglesias y conventos. La Reforma, primera gran victoria de esa clase burguesa que dos ó tres siglos después había de dominar con el triunfo de la Revolución francesa, iba á ayudar eficazmente á la redistribución de las riquezas. Esa es una de las formas necesarias de la actividad de las revoluciones, pero no la única, como historiadores temerarios lo han supuesto.

Los que se contentan con ampulosas afirmaciones representadas por frases tradicionales, suelen decir que cuando la gran escisión de la Iglesia, se hizo la repartición siguiendo el contraste geográfico del Norte y del Mediodía; suele agregarse que esta división coincidió con la de los pueblos germánicos y de los pueblos «latinos». Sin embargo, la observación de los hechos demuestra que esas afirmaciones generales están en desacuerdo con la realidad, como lo demuestra el hecho de que en pleno Norte, ó al menos sobre la vertiente septentrional de Europa, Polonia, los países rhenanos, Bélgica, Irlanda, los Highlands de Escocia están principalmente habitados por católicos, y que en algunas comarcas en que las dos religiones se disputan la supremacía, ni el clima ni la raza tienen nada que ver en la diferencia de las confesiones. Es preciso estudiar separadamente en cada país la evolución de los acontecimientos que han producido el equilibrio religioso para apreciar y medir las causas diversas que han determinado el triunfo de la forma católica ó de la forma protestante en las religiones nacionales.

En primer lugar, las poblaciones de las dos penínsulas «latinas» de Europa, aquellas precisamente en que «renacimientos» sucesivos, con sus reformas correspondientes, habían precedido al gran Renacimiento y á la gran Reforma, permanecieron fuera del movimiento separatista. Respecto de España, la causa es bien evidente: el éxito incomparable de la autoridad monárquica, que lograba todo hasta el absurdo, había impulsado á la nación hacia el retroceso en todas las cosas. No solamente no podía ya el pueblo español en su conjunto participar en las rebeldías de la inteligencia, sino que apenas si algunos hombres libres conservaban la fuerza de pensar: las hogueras de la Inquisición se encendían para todos aquellos cuyas palabras no eran la fórmula consagrada, ni los actos repetición servil. Parece que los reyes de España hubieran podido obrar como los de Francia y concentrar entre sus solas manos el poder absoluto, pero de una parte y de otra de los Pirineos eran diferentes las condiciones. Ni los Fernando ni los Carlos V contaban con una larga tradición monárquica: en la época de la Reforma llegaban apenas á la posesión indiscutible de la península y la cooperación del clero era indispensable á la obra de expulsión de los Moros: la monarquía española sólo era fuerte por la Iglesia.

Italia, agotada por sus esfuerzos anteriores, se encontraba también en pleno período de reacción; el suelo, erial y como abrasado, no podía alimentar ya nuevos cultivos; hasta lo que había sido la exuberante Florencia no era más que una ciudad triste, sin vida moral y sin esperanza. Habiendo llegado á ser dueños absolutos de lo que había sido la república de los hombres libres, los Médicis tuvieron cuidado de sumir en la indolencia á los ciudadanos tan móviles y tan ingeniosos de la noble ciudad; para hacer de ellos vasallos fieles y sustraerles á la propaganda herética, prohibieron los viajes á aquellos hijos de viajeros «incomprensibles», á quienes se había comparado al «quinto elemento». Lograron constituir en rebaño los Florentinos, casi encerrarlos en una Bastilla, y cesando así de conocer el mundo exterior, fueron también ignorados del mundo. Aparte de algunas familias de Toscanos desterrados, de Ferrarenses fugitivos y de montañeses valdenses, herederos de la antigua «noble Leyczon», la historia de la Reforma señala apenas algunos nombres italianos.

N.º 377. Algunas iglesias calvinistas en Francia.



1 : 7 500 000

0 100 250 500 Kil.

Meaux es la primera ciudad en que se desarrolló en Francia, hacia 1520, un movimiento análogo al de la Reforma. — En 1559 se celebró en París un sínodo protestante, en el que participaron doce iglesias cuyas residencias se señalan con un punto abierto.

Fuera de los límites de Francia, el territorio rayado indica los países rebelados contra Roma. El Charolés formaba teóricamente parte del imperio alemán.

Verdad es que la influencia de los cuadros eclesiásticos, la educación clerical propia de cada Iglesia y la interpenetración, la alianza más ó menos íntima de los elementos de una misma denominación han tenido por consecuencia diferenciar y oponer en un contraste

claro y hasta violento algunas poblaciones limítrofes, distintas por la confesión religiosa. Suiza es de este caso un notable ejemplo por sus contornos católicos y protestantes, cuyos límites respectivos fueron trazados, aquí por señores feudales ó por aristocracias locales, allá por comunidades victoriosas: primitivamente los vecinos se asemejaban mucho bajo el gobierno del mismo clero; actualmente se diferencian notablemente, hasta por rasgos de carácter que podrían suponerse debidos á una diferencia de raza, á pesar de que la historia nos demuestra que en la mayor parte de los distritos existe identidad de origen.

En Francia, como en los Alpes italianos tributarios del valle de Pellice, la Reforma halló algunos distritos apartados cuyas poblaciones, protestantes con anterioridad al protestantismo, se anexionaron en seguida al mundo más extenso de todos los «hermanos en la fe»; los Delfineses del Vallouise y otros valles próximos, lo mismo que varias comunidades de los Cevennes, resucitadas de una muerte aparente, formaron el primer núcleo de religionarios, al que vinieron á unirse los numerosos obreros de las ciudades que la propaganda religiosa convirtió á las nuevas ideas; hasta el espíritu de rebeldía, que había impulsado á tantos campesinos á las guerras, expediciones de pillaje y «jacquerías», obró de manera indirecta para llevar á numerosas comunidades rurales fuera de la Iglesia romana, sencillo cambio de ritual que por sí no tendría importancia alguna si la clase amenazada de los clérigos no hubiera suscitado la guerra civil para conservar sus prebendas. Pero la masa del pueblo no era suficientemente apasionada ni estaba bastante conmovida en sus profundidades morales para poder leer é interpretar la «palabra divina» sin la mediación del cura de la parroquia, para que esta idea pudiera impulsarle á lanzarse con toda su alma en los furores de las guerras religiosas.

Verdad es que las consecuencias económicas de la supresión de los conventos y de las propiedades de la Iglesia hubieran podido interesarle directamente si hubiera tenido la perspectiva de ser el heredero de los frailes y de los curas, pero pronto se le hizo comprender que siervo adscripto á la gleba había sido en el siglo de San Bernardo y siervo quedaría en el de Lutero y Calvino. Muy popular era el movimiento de la Reforma entre los rurales de Francia en el

segundo cuarto del siglo XVI, pero acabó por serles indiferente cuando se persuadieron de que no habían recibido de él libertad ni bienestar.



Cl. J. Kuhn, edit.

FUENTE DE LOS INOCENTES
esculpida por JUAN GOUJON, de 1547 á 1549.

Cuando la rebelión de 1548, que del Agenés al Poitou y del Saintonge á la Marche levantó á los habitantes contra los rigores de la gabela, las divergencias religiosas no tuvieron la menor participación;

ni un solo calvinista parece haber protestado contra el asesinato de miles de campesinos.

Una parte notable de la aristocracia francesa, y especialmente la nobleza del Mediodía, que se beneficiaba en grande con el traspaso de los bienes eclesiásticos, unía sus intereses á los de los «hugonotes» durante las guerras llamadas de religión — que en realidad eran guerras bajo pretexto de religión [1] —, y Francia estuvo dividida, no tanto entre dos cultos como entre dos partidos políticos en lucha por la conquista del poder. Al fin, la guerra religiosa, complicada con matanzas como la de San Bartolomé, se transformó en una guerra dinástica entre la agotada familia de los Valois y la poderosa casa de Guisa. Después, cuando el puñal hubo hecho su obra, primero por el asesinato de Guisa y en seguida por el de Enrique III, los ejércitos protestantes se confundieron con los de la monarquía, convertida en legítima, puesto que Enrique de Navarra, su jefe, tomaba desde entonces el título de rey de Francia. La evolución era completa: los antiguos rebeldes eran á la sazón los defensores del trono, sólo les faltaba hacerse «defensores del altar», lo que sucedió cuando Enrique IV, entrando en aquel París que «bien valía una misa», abjuró por segunda vez el culto protestante. Por un cambio de la opinión que prueba cuán poco los pobres y los oprimidos de las ciudades asociaban sus esperanzas al triunfo de los protestantes, en la multitud de las ciudades la «liga» de los católicos intransigentes halló sus más fanáticos elementos.

Sin embargo, en ese siglo de discordias, de luchas intestinas, de odios y de matanzas, la nación, llena de vida y de empuje, se desarrolló de una manera notable en las ciencias, las artes, la cultura y la bella floración de su lengua. Entonces el Renacimiento italiano se hizo francés, siendo representado por alguno de sus más gloriosos artistas, tales como Leonardo y el Primaticio; entonces también tuvo Francia maravillosos escultores, entre otros Juan Goujon, y el más grande de todos los escritores que en la serie de los siglos ilustraron el hermoso idioma francés, Rabelais, el admirable «abstractor de la quinta esencia». El genio nacional, manifestado durante el siglo XVI

[1] Edm. Demolins, *A-t-on Intérêt à s'emparer du Pouvoir?*

con tanto brillo, atestigua la desorganización del poder en aquella época. Iglesia y monarquía, en sus constantes incertidumbres, no tenían la fuerza necesaria para dominar y amortiguar la nación que por todas partes buscaba una salida á su voluntad de obrar.

Francisco I hubiera querido ejercer su autoridad de una manera absoluta, pero los acontecimientos no le fueron favorables. Primeramente, atraído, como sus predecesores, por la novela de las guerras de Italia, fué allá á alcanzar victorias inútiles y á sufrir irreparables derrotas que le obligaron á implorar el socorro de su pueblo para pagar su rescate. Las guerras casi continuas con Carlos V y, hasta durante las escasas treguas, sus intrigas de rivalidad, le arrastraron á una política contradictoria, quitando toda continuidad á sus ideas: viéndose obligado á buscar por aliados precisamente á los amigos de aquellos á quienes perseguía en su propio reino. De esa incoherencia de proyectos y de acontecimientos, á que venía á mezclarse el rechazo de las revoluciones interiores, surgía una situación anárquica propicia á las iniciativas individuales: el genio libre y la alegre fantasía nacían de la impotencia de la monarquía y de la debilidad de la Iglesia.



LUTERO

Cl. J. Kuhn, edit.

La división de Alemania en numerosos Estados de instable equilibrio favoreció el movimiento de la Reforma, que, por lo demás,

hallaba en aquella parte central de Europa su medio natural. Allí fué donde la religión nueva tomó el nombre general de «protestantismo», aplicado todavía al conjunto de las sectas derivadas, hasta á comunidades que, por su dogma, se han evadido del cristianismo; allí tuvo lugar lo más encarnizado de la batalla, tanto en lo referente á la polémica como respecto de la cantidad de sangre derramada: en ninguna parte había de producir el conflicto mayores desastres; pero al principio de la Reforma, cuando su importancia política no era todavía prevista, puesto que el papa León X, un pagano del Renacimiento, no veía en ella más que una «querella de frailes», la separación de los cultos se hizo sin más ruido que el de la discusión acalorada. No hay duda que Carlos V, el nieto de los muy católicos soberanos Fernando é Isabel, hubiera querido destruir en germen el mundo naciente del cisma, pero, lo mismo que Francisco I, tuvo necesidad, bien á pesar suyo, de plegarse á las circunstancias: por más emperador que fuera, lo era no más que por la gracia de poderosos electores, y el gran arte consistía en oponer los unos á los otros para ganar tiempo y consolidar su poder.

El elector de Sajonia, Federico el Prudente, el mismo personaje á quien Carlos debía la corona imperial, era también el protector de Lutero, y cuando éste, enviado ante la dieta de Worms, se levantó frente á frente del emperador, estaba acompañado de cien caballeros armados. ¡La fuerza contra la fuerza! Tal fué la razón que permitió á Lutero escapar á la suerte de Juan Huss; mas, por fogoso y audaz que fuera el fraile rebelde, y por muchos que fueran sus poderosos amigos para protegerle contra la ira del emperador y del papa, no dejaba de correr grandes peligros, y Federico le prestó el servicio de sustraerle á los efectos de la proscripción, encerrándole durante un año en la fortaleza de la Wartburg, en Turingia, cárcel grandiosa, desde la cual lanzó al mundo sus gritos de guerra contra Roma y sus diatribas violentas y alegres contra todos sus enemigos: allí también comenzó aquella sabrosa traducción de la Biblia al dialecto sajón del alto alemán que, más que todas las obras análogas, numerosas en aquella época, fué acogida por los fieles, fijando así en un idioma sagrado la lengua alemana escrita de una manera definitiva. Cuando Lutero salió de su alta residencia, que había sido para él casi un Sinaí, un monte Tabor, tenía ya su aureola de poder y de gloria: su prestigio le defendía contra Carlos V, y el culto luterano se constituía tal como se ha conservado hasta nuestros días.

Naturalmente, Lutero hubiera querido detener la Reforma y todo progreso humano que excediera la obra que había realizado: predicaba la abolición de ciertas costumbres que en la Iglesia católica le parecían fuera de la enseñanza directa de las Escrituras: intercesión de los santos, purgatorio y rescate de las almas, confesión auricular y celibato de los sacerdotes; pero no poseía el arte de conjurar los espíritus desencadenados del pensamiento libre y de la rebeldía; no podía detener el curso de ese río desbordado cuyas esclusas había levantado. Por otra parte, las rebeliones eran tanto más inevitables cuanto que el mundo de los campesinos se hacía más desgraciado desde que la sociedad burguesa había comenzado á reemplazar al régimen feudal. La existencia del labrador, tan difícil ya de soportar, se había hecho más intolerable aún y le impulsaba á la revolución por el recuerdo de un pasado menos malo, comparado con la abominable servidumbre que había llegado á ser la regla general.

Un nuevo instrumento de sabia opresión se hallaba en manos de los poderosos, por la substitución gradual del duro derecho romano á los antiguos derechos consuetudinarios [1]. A la mitad del siglo XV, la servidumbre apenas existía más que entre los campesinos eslavos de la antigua Pomerania, en las comarcas que habían reducido á servidumbre los caballeros Teutónicos; había sido abolida durante el impulso de libertad que se hizo sentir al final de la Edad Media. La ley suavia, que prevalecía entonces en toda Alemania, decía expresamente: «Un hombre no debe pertenecer á otro hombre» [2]. A partir de la Reforma, la servidumbre volvió á ser ley, al menos en Alemania. Las rebajas de los salarios, impuestas á los servidores y á los pastores por las ordenanzas legales, encaminadas á restablecer prácticamente la servidumbre, datan todas de la mitad del siglo XVI: en la misma época, es decir, después del establecimiento de la «Re-

[1] Richard Heath, *Anabaptism*, p. 9.
[2] J. Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge*, p. 267.

forma», los colonos se vieron obligados á dejar servir sus hijos en casa de los señores, ya gratuitamente, ya en cambio de pagos ficticios ó irrisorios.

La resistencia al poder del Estado, de los señores y de los burgueses urbanos no había cesado de producirse sobre diversos puntos, pero esas rebeliones parciales, vago rudimento de revolución social, debía tomar naturalmente forma religiosa, sin la cual no se imaginaba todavía posible la existencia de una sociedad. Todas las tentativas de transformación que tomaban ese carácter cándido de la confianza en Dios y en los santos, presuponía por esto mismo en principio la fatalidad de la derrota, puesto que las potencias de lo alto tienen siempre intérpretes que participan de la infalibilidad, como consecuencia del poder celeste, y esos intérpretes están siempre dispuestos á atribuirse esencia divina.

En la larga serie de las insurrecciones agrarias que se sucedieron en Alemania, recuérdese sobre todo la de Pfeifers-Hänslein, Juanito Fluteux, á quien se le apareció la madre de Dios en 1476, en Niclashausen, en el Wurtemberg, ordenándole anunciara la fraternidad de los hombres, la abolición de toda autoridad temporal ó espiritual y el deber para cada uno de ganar su pan por el trabajo; pero, capturado pronto, el pobre Juanito fué decapitado ante las risas groseras de aquella multitud que quiso hacer libre.

Poco después los señores tuvieron que hacer nuevas matanzas de campesinos en la baja Germania del noroeste. Unos desgraciados, agotados por las servidumbres y los impuestos, se rebelaron tomando por símbolo «el pan y el queso», modesta reivindicación, porque eso era lo que necesitaban para vivir: de ahí el nombre de *Kæse-Brœder* bajo el cual se les conoce en la historia. Ese movimiento fué para la nobleza y el clero una ocasión para aumentar sus privilegios, no sólo volviendo á la servidumbre á los *Kæse-Brœder* librados del verdugo, sino también privando á los palustres holandeses y á los Frisones de todas las franquicias tradicionales que la cintura de los pantanos del litoral les había asegurado hasta entonces; fué aquel un gran triunfo del feudalismo en los últimos años del siglo XV.

Durante las décadas siguientes corrió todavía con abundancia la sangre de los campesinos alemanes. Una insurrección más seria que

las precedentes, y menos embarazada con signos religiosos se propagó rápidamente desde la Alsacia y la Suavia á las comarcas vecinas. Los campesinos tomaron por enseña el zapatón del labrador por contraste con la bota con espuelas del gentilhombre, y ese *Bundschuh* ó «Zapato de la Alianza» hizo temblar frecuentemente á la nobleza y al clero, cuerpos parásitos de la sociedad de la época. Se



Cl. G. Jagemann.

CÁMARA DE TRABAJO DE LUTERO EN LA WARTBURG

temía sobre todo que, siguiendo el ejemplo de la tentativa hecha en 1523 por Franz von Sickingen y Ulrich von Hutten, se formase una liga política entre los campesinos insurrectos de Alemania y sus vecinos los Suizos, que se habían desembarazado ya de sus señores y se hallaban en lucha con los burgueses de las ciudades. En diversas ocasiones se vieron, en efecto, montañeses suizos unidos con los campesinos suavios, pero la alianza no era duradera, porque las gentes del cayado y del arado habían ya tomado la costumbre de venderse para vestir la armadura de guerra. Los señores combatieron á los campesinos rebeldes lanzando contra ellos otros campesinos, los *Landsknechte*, lansquenetes, que tenían el derecho de robo, de rapiña y de asesinato.

Por otra parte los campesinos, hasta levantándose contra sus amos, eran tan dulces, tan humildes y tan respetuosos con los privilegios antiguos, tan deseosos estaban de hacer de nuevo la paz, que su falta de audacia les condenaba de antemano á la derrota. Como lo decía uno de sus refranes, «no podían curarse de los curas ni de los nobles», de tal modo que durante la guerra, solían confiar la dirección de sus asuntos, no á campesinos como ellos, sino á caballeros, casi todos traidores futuros. ¡Cuán modestas eran las reclamaciones contenidas en sus «doce artículos», que la nobleza de la época acogió con tanto furor!

«Cada municipio debe tener el derecho de escoger un pastor y de destituirle en caso de indignidad.

»Cada municipio debe pagar el diezmo ordenado por el Antiguo Testamento, pero no debe pagar ningún otro.

»Queda abolida la servidumbre, porque no concuerda con la redención del hombre por Jesucristo; pero la libertad cristiana no impide la obediencia á la autoridad legítima.

»La caza, las aves y los peces de agua corriente pertenecen á todos.

»La propiedad de los bosques volverá de los señores al municipio.

»La servidumbre personal no es permitida, porque es preciso conformarse á los usos antiguos.

»Los señores no pueden exigir de los campesinos más que los servicios establecidos por contrato; todo aumento de trabajo será pagado con una cantidad legítima.

»Cuando los bienes están de tal modo recargados de impuestos que el trabajo no da beneficio al cultivador, la tasa del alquiler debe reducirse mediante arbitraje de hombres honrados.

»Las multas judiciales no deben aumentarse arbitrariamente, sino que se seguirán las antiguas costumbres.

»El que se haya apoderado injustamente de los bienes comunales les queda obligado á devolverlos.

»El impuesto que se llama «caso de la muerte» (*Sterbfall*) debe suprimirse como robo odioso á las viudas y á los huérfanos.

»Anularemos cualquiera de los artículos precedentes si se nos prueba que está en desacuerdo con el espíritu de la Santa Escritura,

pero nos reservamos ampliarle, si nos parece conforme con la Escritura y con la verdad».

Tales eran las justas aunque insuficientes reivindicaciones de los campesinos «hermanos», y si los reformadores hubieran tenido respecto de ellos el menor sentimiento de equidad, hubieran debido hacer causa común con ellos, en lugar de aliarse con los señores y condes palatinos. Enfrente de aquellos desgraciados que exponen sus quejas con tanta moderación, se ve claramente que la religión nueva, á pesar de proclamar la libertad de interpretar la Biblia, tenía pocos puntos de contacto con la idea de la libertad en sí, y que, por el contrario, prefería colocarse al lado de los fuertes contra los débiles, de los ricos contra los pobres, de los propietarios contra los comunistas que comenzaban á levantarse en diversos puntos en masas compactas, sobre todo en Turingia, en Sajonia, en Hesse y en la Suavia. Lutero, fuera de sí á la vista del león popular, desencadenado por él mismo según la acusación de sus enemigos, puso toda su elocuencia y todo su furor al servicio de los príncipes feudales para reconducir la multitud á la servidumbre tradicional. «Si yo pudiera hacer que recayera la responsabilidad sobre mi conciencia, aconsejaría y ayudaría para que el papa, con todas sus abominaciones, volviera á ser nuestro amo, porque el mundo quiere ser conducido así por leyes severas y por las supersticiones»[1]. Pero lo que Lutero no osó hacer dirigiéndose al papa, de quien había renegado, lo hizo invocando los príncipes que había asociado á su rebeldía contra la Iglesia, y lo hizo en un lenguaje atroz: «Como los arrieros, que han de caminar siempre montados sobre sus animales, porque de lo contrario éstos no andan, así el soberano debe empujar, pegar, estrangular, ahorcar, quemar, decapitar y poner en el torno al pueblo, *Herr Omnes*, para que éste le tema y se someta á la brida». «Magullad, estrangulad, acuchillad, en secreto, en público y como podáis, recordando que nada puede ser más venenoso que un hombre rebelde. Hay príncipe inquieto y enérgico (*aufrühr-risch*) que gana antes el cielo por la matanza que por la oración». Y los consejos del «reformador» fueron seguidos al pie de la letra.

[1] Citado por Hartmann, *Religion de l'Avenir*.

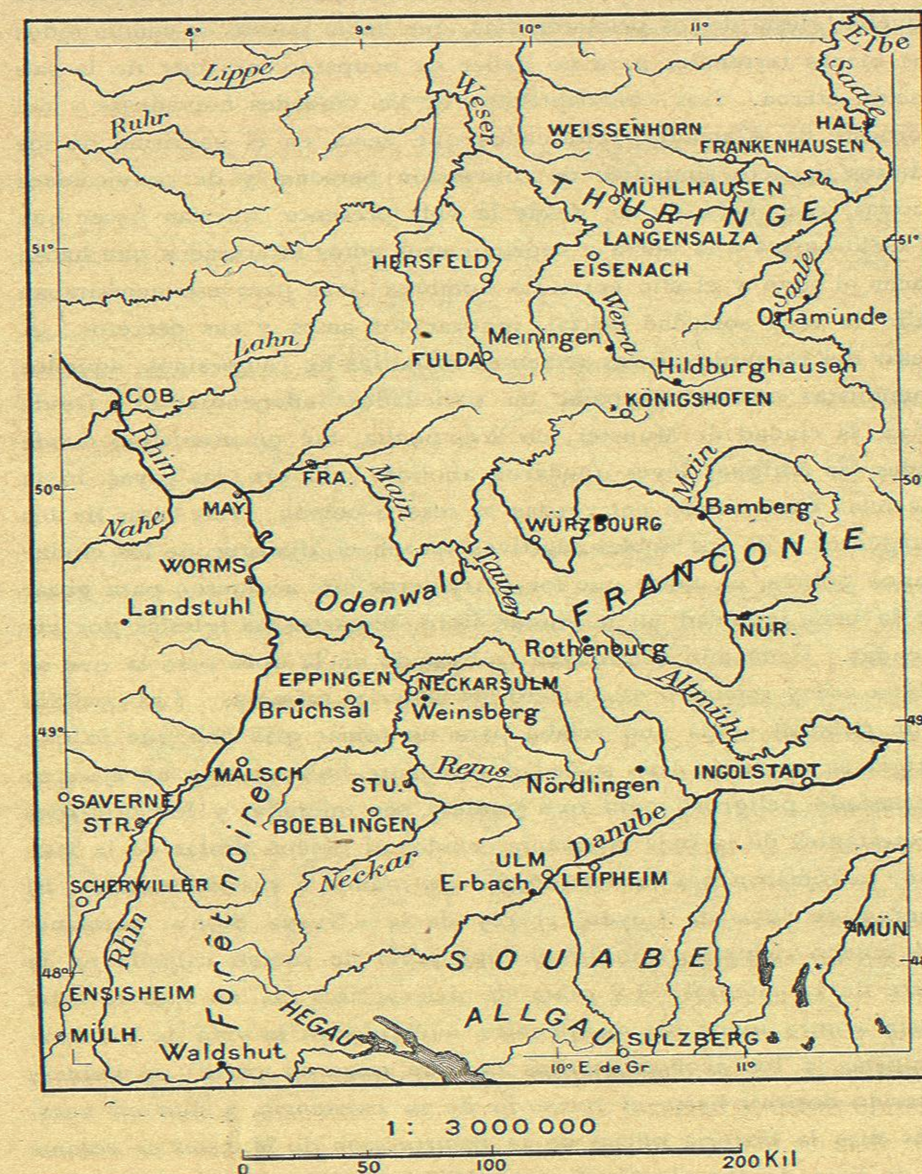
De ello se glorificó después: «Yo, Martín Lutero, por mi parte he matado los campesinos, porque he mandado herirles de muerte; su sangre corre sobre mi cuello; pero yo me descargo de esta responsabilidad sobre Dios nuestro señor, que hubiera mandado hablar como he hablado» [1].

Cuando los campesinos de Waldshut, cerca de la frontera helvética, desplegando la bandera negra-roja-oro, el 24 de Agosto de 1524, decidieron fundar la fraternidad «evangélica» de los campesinos, llevando la «guerra contra los castillos, los conventos y los curas», después de luchar sin tregua hasta la liberación de todos los hermanos sujetos á servidumbre en el imperio, el espanto fué general en el mundo de los señores. Reuniéronse poderosas hordas en Marzo de 1525, varios nobles imploraron el favor de ser recibidos entre los «hermanos», muchas ciudades se aliaron á los campesinos confederados, y éstos llegaron á ganar victorias en batalla campal contra los caballeros y sus mercenarios. Pero cuando se vió que los campesinos no se atrevían á aprovecharse de sus triunfos y se proclamaban siempre leales y fieles súbditos del emperador, los señores recobraron ánimo y su furor se aumentó en proporción del miedo que habían tenido. La represión fué terrible, y las matanzas y los tormentos no hubieran cesado si á pesar de todo los señores no hubieran necesitado criados, siervos y soldados. Eso es lo que los amigos de Casimiro de Brandeburgo le hicieron observar cuando había asesinado ya á quinientos de aquellos desgraciados: «Pero si matamos á toda nuestra gente, ¿dónde encontraremos otros campesinos para vivir sobre ellos?» Se contentaron, según el obispo de Spira, con sacrificar unos cincuenta mil, ¡pero con qué furiosa alegría se lanzaron sobre los rebeldes inteligentes que habían tenido conciencia de su obra, como Tomás Munzer! ¡Con qué refinamiento de voluptuosidad se rompieron sus huesos y se vertió gota á gota su sangre en las cámaras de tormento!

Y sin embargo, la lógica de los acontecimientos impulsaba hacia una libertad práctica absoluta á los hombres á quienes el protestantismo, á pesar suyo, había concedido la libertad de examen. Entre

[1] *Tischreden*, edición Reclam, p. 194.

N.° 378 Teatro de la Guerra de los Campesinos.



Las localidades marcadas con un punto negro recuerdan un buen éxito de los campesinos rebeldes; más de mil palacios fueron destruídos de centenares de ciudades que fraternizaban con los insurgentes.

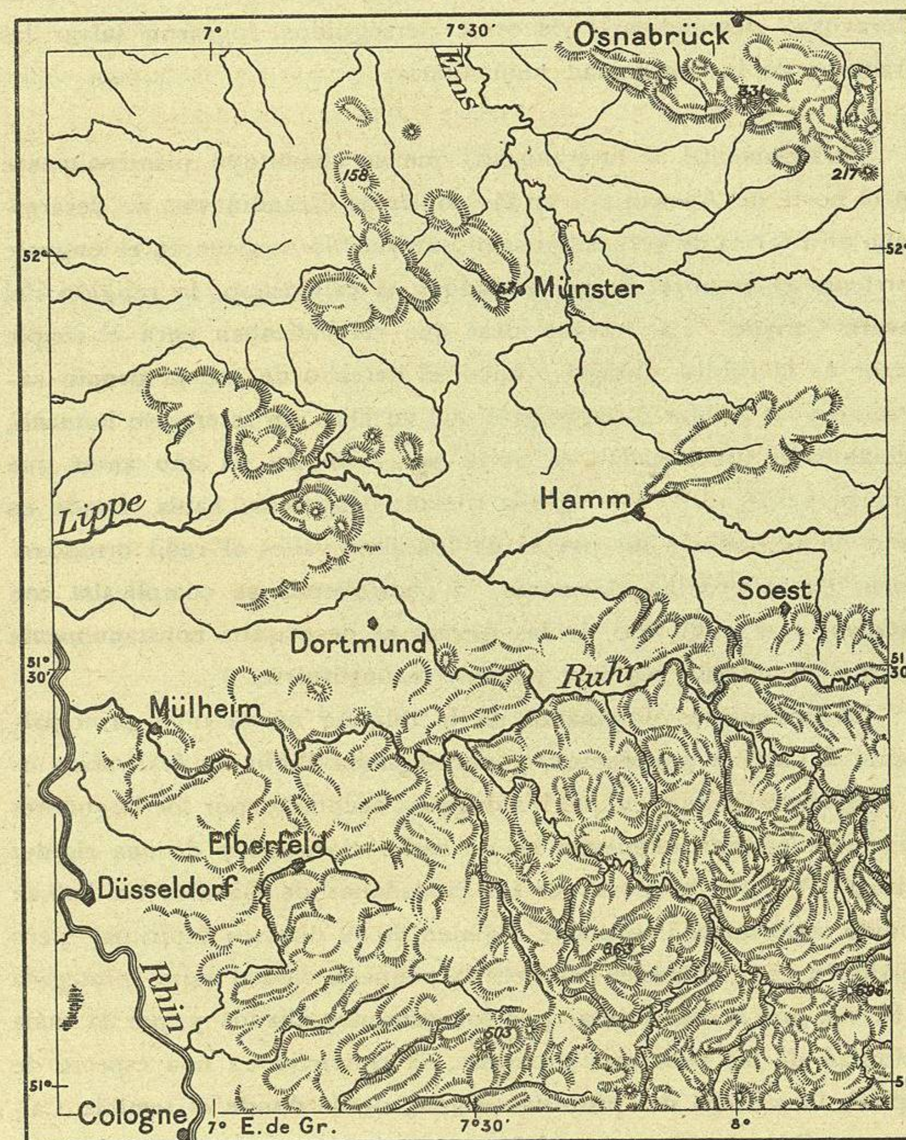
Los puntos abiertos designan los lugares de derrotas y de matanzas: Leipheim, 4 Abril; Frankenhausen, 15 Abril; Saverne, 17 Mayo (20,000 víctimas); Eppingen, 27 Mayo 1525.

los que habían abierto la Biblia, los había que deseaban reconstituir aquella Iglesia de los primeros días, que había puesto en común todos los bienes terrenales para no haber de ocuparse más que de la salvación eterna. Los «anabaptistas» de las ciudades holandesas y del noroeste de Alemania, reformados que veían en el bautismo de los adultos un acto simbólico de conversión personal y de convicciones activas, eran de los que, desde la vida presente, querían hacer que el cielo bajara á la tierra y suprimir esos odios interesados que hacen nacer el tuyo y el mío entre los hombres; mas para eso necesitaban salir de toda sociedad oficial, ignorar los amos y sus decretos. Á pesar del recuerdo de las recientes matanzas de campesinos, aquellos comunistas osaron agruparse en sociedades independientes. Desde 1533, la ciudad de Munster, en Westphalia, fué un municipio donde todas las antiguas leyes quedaron abolidas. El oro, las joyas, hasta las telas ricas fueron entregadas al tesoro común. Las casas de los burgueses y de los nobles fugitivos fueron el albergue de los ciudadanos pobres, en tanto que los extranjeros que acudieron para gozar de la bella igualdad en la ciudad libre, tomaron las iglesias por viviendas. Cada uno continuaba trabajando en la obra para la que se sentía útil y recibía á este efecto las materias primeras. Las comidas eran públicas, cada uno velaba para no tomar más pan que lo que exigía su apetito. Una sociedad semejante hubiese sido un ejemplo demasiado peligroso para que pudiera ser tolerada, y los príncipes protestantes de la baja Alemania, unidos al obispo titular de la ciudad, la tomaron por asalto (1535), asesinando á sus defensores. El cuerpo de Juan de Leyde, el rey de la «Nueva Sión», permaneció mucho tiempo expuesto en una jaula de hierro colgada en la torre de la catedral. La rabia de destrucción fué tal que se cebó hasta contra todos los documentos que referían la vida de los anabaptistas y los acontecimientos en que tomaron parte: se hubiera querido destruir hasta el recuerdo de su existencia, y aun en nuestros días la historia oficial de la insurrección de Munster se resume en la lista de los abusos de autoridad que Juan de Leyde hubiera cometido.

La secta religiosa que, aparte de toda ambición política ó social, se proponía únicamente conservar la enseñanza dogmática y el nom-

bre originario, tuvo que hacerse muy humilde para obtener el derecho de manifestarse al margen de la sociedad protestante, distinguiéndose

N.º 379. Munster y sus inmediaciones.



1: 1000000

0 10 25 50 Kil.

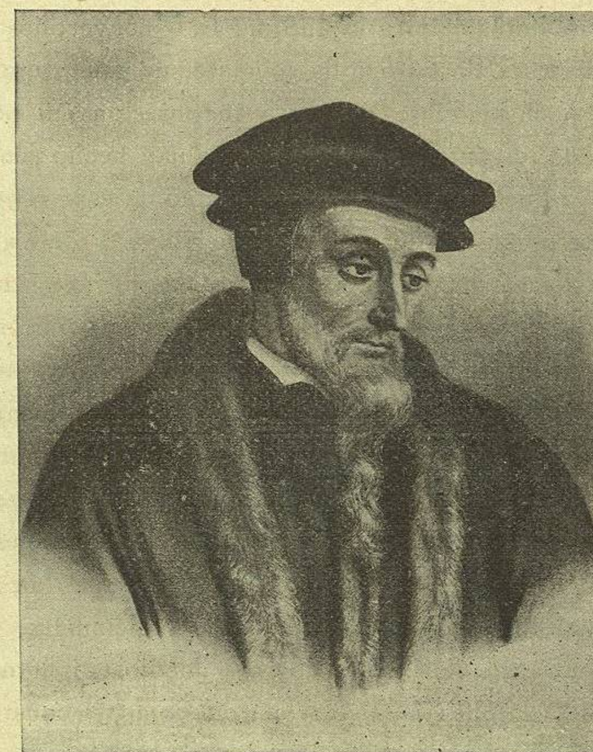
entre todas las comunidades por su respeto al orden establecido. Los Mennonitas que de Holanda pasaron á Alemania, luego á Rusia

y que tres siglos después hubieron de huir todavía al Canadá, á los Estados Unidos y á la República Argentina, conservaron sobre todo, como por herencia, la obligación estricta de buscar la paz, de evitar toda violencia, de execrar las armas, en tanto que los «hermanos Moravos», descendientes de otros perseguidos, lograron salvar las prácticas de la fraternidad humanitaria.

Paralelamente al luteranismo, que se constituyó principalmente en el norte de Alemania y en las comarcas escandinavas, se desarrollaba otra forma de protestantismo, que recibió también en el lenguaje corriente el nombre de su fundador: el calvinismo, la religión del severo Calvino. Las nuevas ideas que reivindicaban para el simple lector de la Biblia, clérigo ó laico, el derecho de ser su propio sacerdote y de hablar directamente con su Dios sin intérprete humano, habían sido proclamadas en Suiza por Zwinglio un año antes que Lutero, desde 1516, y la Iglesia romana desposeída había tratado en vano de reconducir sus ovejas de los altos valles al redil ortodoxo. Como en la próxima Alemania, la controversia se complicaba con batallas, y el equilibrio de las fuerzas se desplazaba constantemente sin que el antiguo régimen pudiera reconstituirse.

El movimiento dominante de la religión nueva tuvo principalmente á Calvino por doctor, y por segunda Biblia la *Institución de la religión cristiana*, en que los dogmas, aceptados por los hugonotes franceses, estaban expuestos en un estilo clarísimo y de una rigidez glacial. Ya una primera vez los ciudadanos de Ginebra no habían podido soportar el implacable régimen de su director espiritual, pero volvió en 1541, y desde entonces la pequeña ciudad suiza, protegida á la vez por la naturaleza, por los cantones aliados y por la mala voluntad de las potencias próximas, se convirtió en una especie de capital, la «Roma del protestantismo», desde donde el temible Calvino escribía sus cartas, enviaba sus emisarios y mantenía el ardor de la fe en toda la Europa tocada por la propaganda de la Reforma, y especialmente en Flandes y en Escocia. Por lo demás, la mitad calvinista de la religión protestante no toleraba la libertad de pensar como tampoco lo toleraban los luteranos: para el reformador de Ginebra como para el de Wartburg, todo hereje, es decir, todo hombre

que no pensara como él merecía la muerte. Calvino mostró con toda serenidad de alma esa intolerancia, cuando hizo prender y condenar á la hoguera al sabio físico y geógrafo aragonés Miguel Servet, que tenía al mismo tiempo la desgracia de ser teólogo y de haber emitido sobre la Trinidad opiniones contrarias á la ortodoxia calvinista. No sólo hizo Calvino quemar á Servet, sino que mandó también arrojar á la hoguera los ejemplares de sus dos ediciones de Claudio Ptolomeo [1].



Cl. Kuhn, edit.

CALVINO

Los tribunales de Ginebra eran, pues, inquisitoriales; mas por rigurosas que fuesen sus sentencias, no causaron tanto mal á las poblaciones como la austera y grosera concepción calvinista de la vida, siempre viciada por el remordimiento del pecado original, al que venían á añadirse los mil pecados de cada día. «Zwinglio y Calvino abrieron los conventos, dice Voltaire, para transformar en un convento la sociedad humana».

El mapa religioso de Suiza y de Alemania occidental, según le trazaron los acontecimientos del siglo XVI, demuestra claramente que la iniciativa de los habitantes fué de escasa energía en la elección de las dos creencias que se hallaban frente á frente. La voluntad espontánea del pueblo apenas tuvo participación, en unas partes en

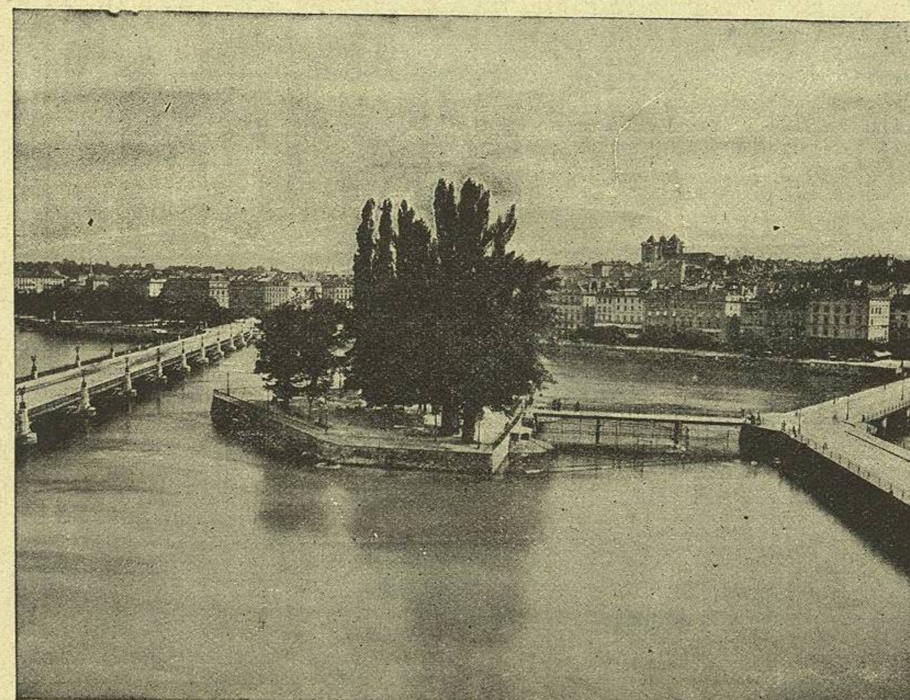
[1] *Geographical Journal*, 1902, p. 648.

la conservación de la religión católica tradicional, en otras en la introducción de la nueva fe. Puede hacerse constar fácilmente que los principados y cantones de Alemania y de Suiza tienen casi tan claramente señalados sus límites por la confesión religiosa como por la libertad política. Por una parte la conservación, por otra el cambio de culto se había hecho por mandato, no por la voluntad de los habitantes fieles á la antigua fe ó convertidos á la nueva. Según los intereses de tal familia reinante, de tal grupo de aristócratas directores, de tal clase burguesa en posesión del poder, se habían conservado los curas católicos ó se habían hecho venir pastores protestantes.

Pueden citarse como ejemplo de esas religiones impuestas el que presentan los dos cantones de Valais y de Vaud, ya contrastados por la forma de sus nombres, que, aunque con una significación casi análoga, «Gran Valle» y los «Valles», tienen sin embargo un aspecto y un tono tan diferentes. El corte es absolutamente neto; el límite de las religiones es idéntico al de las fronteras políticas: los que miran al Oeste, hacia Lausana, son protestantes y hubieron de serlo, bajo penas graves; los que se inclinan al Este, hacia Sión, permanecieron católicos, y la apostasía les hubiese costado cara. A la diferencia de las religiones correspondió la de las alianzas, de las instituciones, de las prácticas tradicionales, y, bajo las influencias opuestas que creaban los dos medios distintos, los habitantes de los dos cantones se desarrollaron como si constituyeran razas extrañas la una respecto de la otra, casi enemigas.

Los mismos contrastes religiosos y políticos en la cuenca rhenana: esta comarca tan notable tiene por eje medio el Rhin, que cruza del Sud al Norte otro eje, de importancia más considerable, el de toda Europa, representada sobre todo por las grandes llanuras que, desde Rusia, se prolongan hasta el Loira. Semejante disposición geográfica asegura al valle del Rhin ventajas excepcionales, seguramente utilizadas desde antes del período romano. El movimiento comercial había de seguir la corriente y hacer nacer grandes ciudades en todos los puntos de travesía, de detención forzosa, de confluentes ó de caminos convergentes acompasados con el curso fluvial. Las riquezas se acumulaban en consecuencia en los centros de actividad que se suceden á lo largo de esta línea de vida, bordeada por regiones montuosas y florestales y poblaciones relativamente bárbaras á la sazón.

Pero toda superioridad prematura se paga, y los mismos privilegios de las ciudades ribereñas que no habían sabido federarse entre sí atrajeron muchas veces los asaltos y el infortunio. Toda clase de desgracias cayeron sobre aquellas ciudades, causadas principalmente por un doble parasitismo, el de los señores feudales, que habían levantado sus torres de acecho sobre las rocas y cavado sus cavernas de botín en los promontorios, y el de los prelados, tanto más temibles cuanto que las riquezas venían á amontonarse por sí mismas, por decirlo así, en sus iglesias y conventos, aportadas voluntariamente por los peregrinos y compradores de indulgencias. Así también, cuando la gran crisis religiosa que produjo el fraccionamiento de la Iglesia cristiana occidental, las poblaciones rhenanas, exangües, explotadas á fondo, no tuvieron voluntad personal para manifestarse: recibieron órdenes, se hicieron protestantes ó permanecieron católicas según la voluntad de quienes mandaban: obispos obedientes á



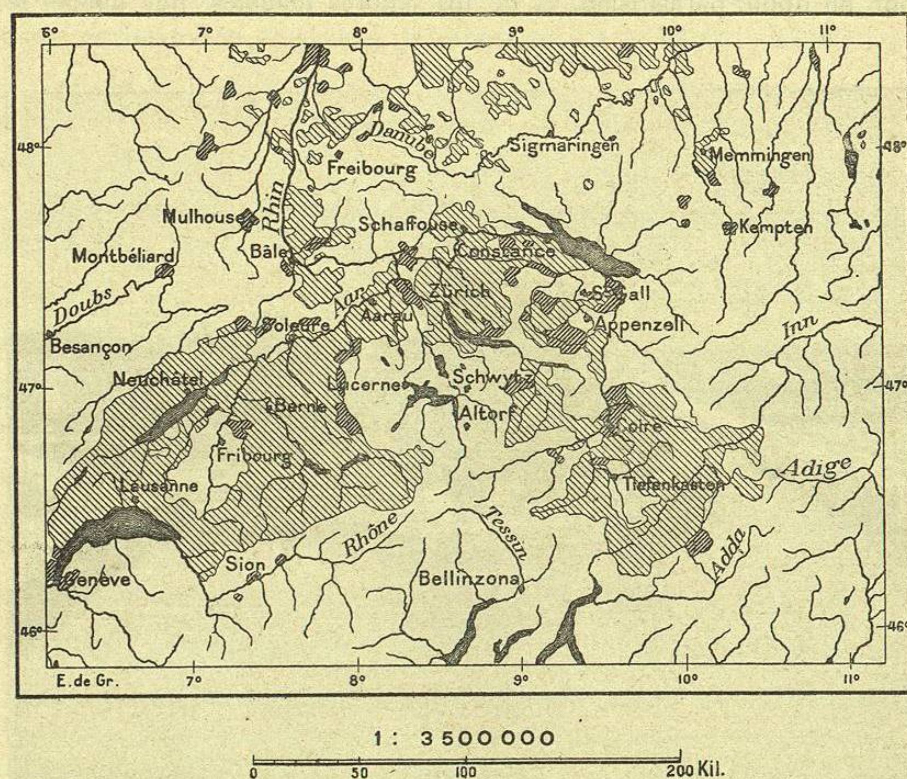
Cl. J. Kuhn, edit.

EL RÓDANO Y LA ROMA PROTESTANTE

Roma, ó grandes señores contentos con poder apoderarse de los bienes eclesiásticos.

Se dice que la persecución no triunfa jamás y que «la sangre de los mártires es la semilla de la fe»; pero mírese sencillamente

N.° 380. Protestantes y católicos en Suiza.



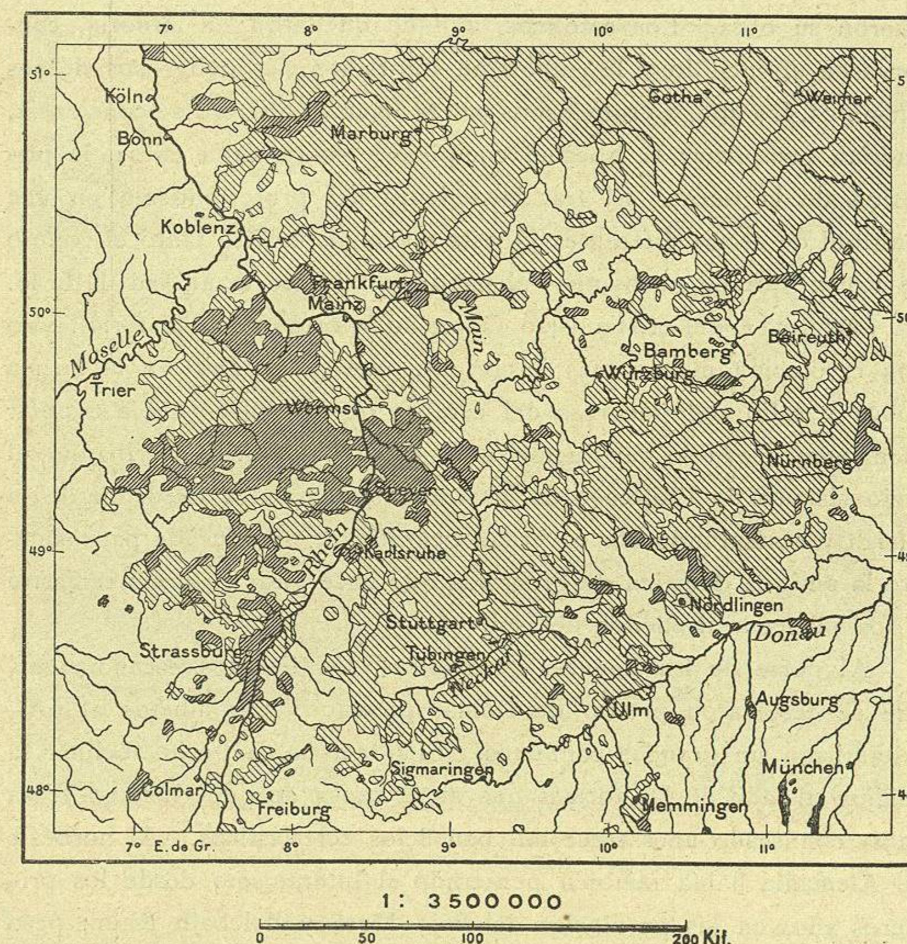
Sobre los dos mapas números 380 y 381, formados según el atlas Sydow-Wagner, los rayados anchos cubren los territorios en que los protestantes constituyen el 75 por 100 de la población; los rayados estrechos aquellos en que su proporción oscila entre 75 y 50 por 100.

el mapa de Europa, tal como se formó en la época de la Reforma, que subsiste casi idéntico en nuestros días: ¿con qué se han trazado esas fronteras sino con la espada, y con qué se han marcado sino con sangre? La historia lo atestigua: donde quiera que el poder político tomó resueltamente partido por una de las dos doctrinas que se disputaban las almas, las almas pertenecieron á aquella doctrina, católica ó protestante, es decir, á la fuerza [1].

[1] Hyacinthe Loyson, *La grande Revue*, 1.° Septiembre 1900, ps. 504, 505.

Así fué como por la espada de los señores y por la sangre de las víctimas se estableció esa antinomia de la Alemania del Norte y de la Alemania del Sud, oposición que adquirió tan gran importancia en los dos siglos siguientes y que continuó existiendo, aunque bajo

N.° 381. Protestantes y católicos en Alemania del Sud.

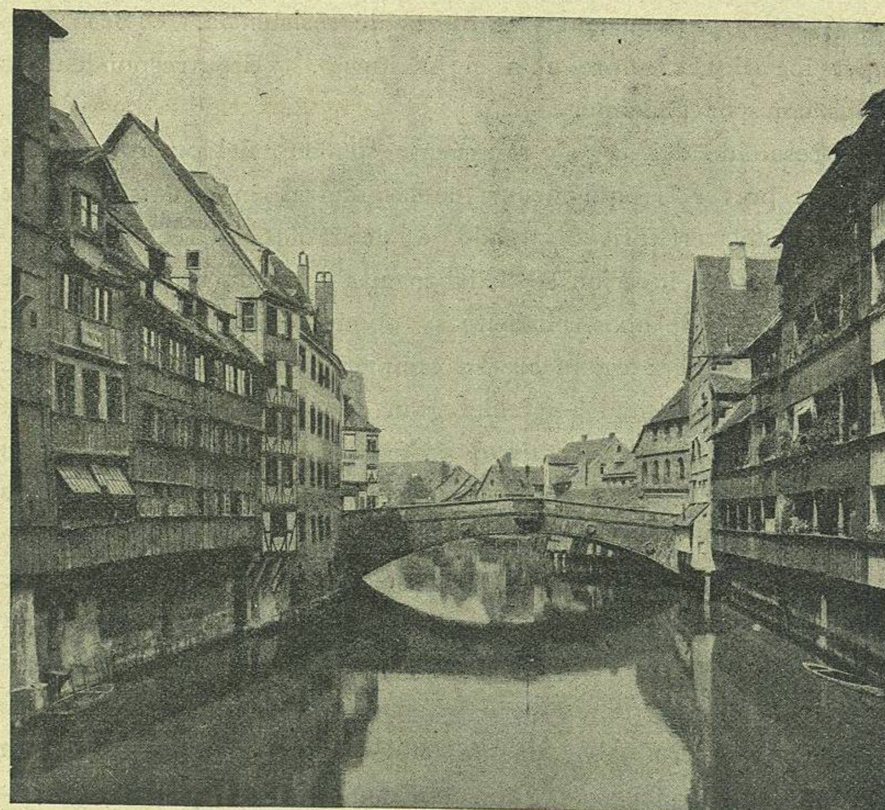


una forma menos aguda: una frontera religiosa claramente trazada marcaba la separación de los respectivos territorios. En el Norte y el Nordeste, los dueños del suelo, y con ellos todos los habitantes que les obedecían, se habían adherido al protestantismo bajo la forma luterana; el landgrave de Hesse-Cassel, el elector de Sajonia, el duque de Mecklemburgo y de Pomerania se apresuraron á secularizar todos los bienes de la Iglesia romana que les parecían convenientes, y el

elector de Brandeburgo, gran maestre de la orden Teutónica, se aprovechó de la crisis para declararse duque hereditario de Prusia, bajo el señorío feudal de Polonia. Ésta estuvo á punto de pasar por completo al protestantismo: se evaluaba solamente en la sexta parte de la población el número de los habitantes que habían permanecido fieles á la antigua fe; pero allí también «el hierro y el fuego» cumplieron su obra. Los católicos, aunque quedaron en minoría, conservaron el cuchillo y le emplearon contra los más peligrosos de sus enemigos, los que, no satisfechos con la llamada libertad de conciencia, querían conquistar la libertad completa y su garantía eficaz, la posesión de la tierra. El fraccionamiento del protestantismo en una multitud de sectas diferentes y hasta enemigas facilitó tanto el triunfo de Roma, que en pocos años el terror restableció la unidad de la fe. La «reforma» del cristianismo fué como borrada de la historia, pero una revolución mucho más importante que se produjo en la misma época y salió todopoderosa del cerebro de un Polaco debía triunfar plenamente: era la revolución que operó Copérnico derribando el viejo sistema de Ptolomeo de las rotaciones astrales alrededor de la Tierra y restaurando como verdad definitiva y demostrada para siempre la antigua doctrina de Pitágoras que hace girar el globo terrestre y los planetas alrededor del sol.

Al norte de las llanuras germánicas, los Estados escandinavos, que se destacaron pronto de Roma, permanecieron adictos al protestantismo sin grandes conflictos. El poder había hecho inclinar la balanza al lado de las formas nuevas, á causa de que Gustavo Wasa había confiscado unos trece mil beneficios eclesiásticos. Al noroeste de Alemania había también penetrado el luteranismo desde los primeros años en las provincias del bajo Mosa y del bajo Rhin; pero la Inquisición española se apresuró á perseguirle allí. Fué una lucha memorable la de los católicos, dirigidos por el duque de Alba, y de los reformados unidos agrupados alrededor de Guillermo el Taciturno: pocas veces ofrece la historia ejemplos semejantes de voluntades enemigas estrechándose con tanta energía, perseverancia y tenacidad, debido á que en ese drama emocionante y grandioso, no se trataba solamente de la forma de las genuflexiones ni de la redacción de las plegarias, sino también de la independencia política ó de la servi-

dumbre. Verdad es que en el conflicto fueron principalmente los Españoles, habituados hereditariamente á la matanza, quienes cometieron mayores atrocidades y derramaron más sangre: los precedentes y las exhortaciones de la Iglesia lo querían así. Bajo la terrible dominación del duque de Alba, cerca de diecinueve mil habitantes de



Cl. J. Kuhn, edit.

NUREMBERG — CASA ANTIGUA SOBRE EL PEGNITZ

la provincia de los Países Bajos fueron entregados al verdugo, ¡sin contar los innumerables que perecieron en los campos de batalla y en las ciudades entregadas al furor de los soldados! Se dice que Felipe II y su lugarteniente, haciendo juntos su examen de conciencia, convinieron en que las víctimas ajusticiadas jurídicamente debían quedar á cargo del rey, y que el duque de Alba respondería ante Dios de los herejes é inocentes sacrificados en la guerra ó en las matanzas. Por lo demás, uno y otro se sentirían en paz consigo mismos y quizá juzgábanse culpables del delito de clemencia, puesto

que recibieron la aprobación directa del papa por su obra de exterminio. Puede juzgarse del carácter que habían tomado las relaciones entre beligerantes por esta palabra del virrey, relativa á los sitiados de Alkmaar: «Cada garganta servirá de vaina á un cuchillo». Por otra parte, los ciudadanos de Leyde, atacados por la flota española, no vacilaban por un instante en arruinarse, en perder sus praderas y sus ganados para aumentar su fuerza de resistencia. «¿Se han de romper los diques?» pregunta el Taciturno. «Sí», responden los sitiados con voz unánime.

El resultado del largo y sangriento conflicto fué precisamente el que hacía prever la equivalencia de las fuerzas en lucha. La parte meridional del territorio disputado, es decir, aquel en que los ejércitos católicos de invasión se hallaban más cerca de las comarcas de reclutamiento y de abastecimiento, y donde tenían bajo sus pies el suelo más firme para establecer su campamento y trazar sus vías de comunicación, esa mitad belga del gran campo de batalla quedó en poder del extranjero y continuó profesando por fuerza la religión del vencedor, que era al mismo tiempo la de sus abuelos. Después de haber oscilado entre las dos confesiones, como lo hacía inevitable la evolución natural del siglo, Bélgica, sujeta por el hierro como sobre un cadalso, se vió obligada á repetir las viejas letanías, palabra por palabra, por orden de la Inquisición, y, como sucede siempre á causa del invencible amor propio de los hombres, esos mismos Flamencos y Walones que profesaban una fe impuesta por el terror, acabaron por conformarse nuevamente con ella con toda candidez, imaginándose devotamente que no habían intentado jamás escapar á la ignorancia hereditaria. En cuanto á los republicanos victoriosos de las siete Provincias unidas, que, por su parte, no dejaron de atribuir el buen éxito á su inteligencia y á su virtud, debieron mucho á las condiciones de la especie de tablero de ajedrez formado por los *polders* y los canales que sus abuelos habían conquistado al mar y que transformaron en inexpugnable fortaleza de diques, de fosos y de lagos. Poseídos del orgullo consciente que les daba el triunfo, los Holandeses unidos realizaron maravillas de audacia y de vigor: pueblo pequeño por el territorio y por el número, hicieron, sin embargo, su nación poderosa, adquirieron por cierto tiempo la dominación de

N.° 382. Las Siete Provincias Unidas.



1: 2 500 000

0 50 100 150 Kil.

El cordón rayado limita las siete provincias (desde Frisia á Zelanda), que se unieron por el tratado de Utrecht en 1579, y se separaron formalmente de España por el de la Haya el 26 de Julio de 1581.

La rebelión de los protestantes contra el régimen inquisitorial comenzó en 1566 y 1567; los sitios de Leyde, Haarlem, Alkmaar, etc., datan de 1572-1574; Guillermo el Taciturno fué muerto en Delft en 1584; las ciudades y provincias meridionales se sometieron en 1585, excepto Ostende, que no capituló hasta 1604.

los mares y, lo que es mucho mejor, tuvieron la noble satisfacción de convertir su país en lugar de asilo para los pensadores y los perseguidos.

En Inglaterra, como en el continente, la fuerza brutal tomó gran parte en los cambios religiosos que se llevaron á cabo. Desde un

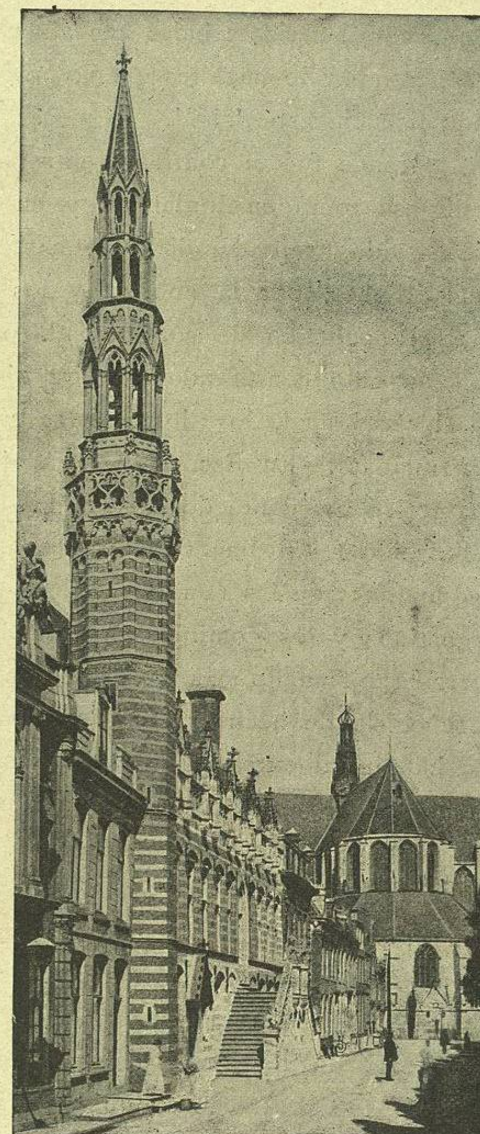


LA VIRGEN DE TOLEDO, ABIERTA Y CERRADA

Las tropas francesas encontraron á su entrada en Toledo este instrumento de suplicio en uno de los subterráneos de la cárcel. Que haya servido ó no, lo cierto es que no respondía al dogma de la Inquisición de castigar sin efusión de sangre.

principio, Enrique VIII, conservador celoso de las cosas del pasado, lanzó imprecaciones contra Lutero, y erigiéndose en «defensor de la fe», llegó á ser entre los soberanos el principal campeón del papado; pero Enrique era un hombre colérico, violento é impulsivo, y cuando el papa se negó á pronunciar su divorcio con su mujer, Catalina de Aragón, de quien se había cansado después de

veinte años de matrimonio, comprendió súbitamente que el protestantismo tenía algo bueno para los reyes, y sin cesar de ser rígido católico, se divorció siguiendo su voluntad para casarse después en uniones sucesivas, matando ó dejando con vida á sus mujeres, según los caprichos del momento. Quizá por falta de valor no se proclamó «papa», pero al menos se declaró (1534) jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra, cuyos dogmas hizo retocar por un consejo de teólogos complacientes: desde entonces la Iglesia «Anglicana» pretende ser la continuación directa de la antigua Iglesia de que San Pedro es considerado como el primer Pontífice. Los bienes de los prelados, que representaban un valor de mil millones, parecieron también al rey buena presa y le sirvieron para recompensar á los aduladores y á los verdugos; pero resistiendo algo la nación en distintos puntos, el rey no vaciló en quemar ó ahorcar á todos aquellos, católicos ó herejes, á quienes no había atraído el prestigio de su palabra: los primeros debían morir porque no le reconocían como jefe de la Iglesia, los otros por blasfemos y adoradores del diablo. Como gran moralista, Enrique VIII contaba mucho con el ejemplo para la represión de las acciones y opiniones que juzgaba malas: durante su



Cl. J. Kuhn, edit.

PALACIO DEL AYUNTAMIENTO DE ALKMAAR

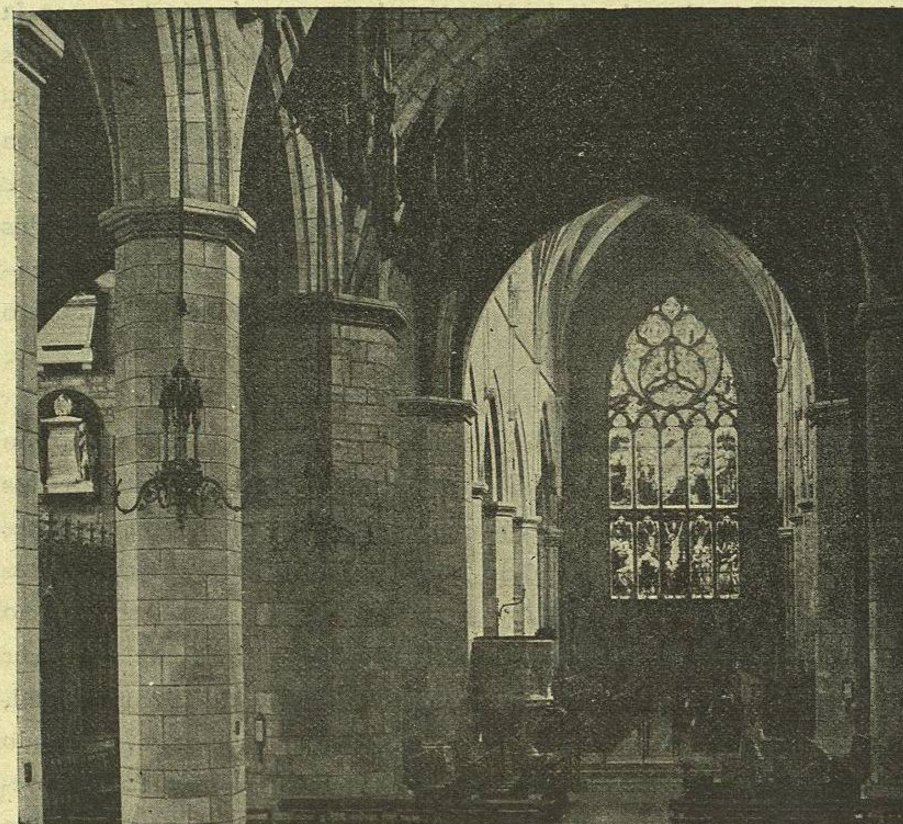
reinado no ahorcó menos de 72,000 súbditos. La lectura de la Biblia continuó prohibida á las personas del común: nueve años después de la repudiación del poder papal, declaraba un edicto del rey: «Las gentes de las clases bajas han abusado del privilegio de leer las Escrituras, por lo cual les queda prohibido hacerlo en lo sucesivo sin una licencia especial» [1].

Grande fué el contraste entre las dos formas que la revolución religiosa tomó en Inglaterra y en Escocia. En el reino del Sud había sido aceptada, dirigida, contenida por la monarquía, y, bajo sus órdenes, por la nobleza y los prelados fáciles, pero sin que hubiera solución de continuidad, puesto que los antiguos templos habían sido conservados sin cambios para el nuevo orden de cosas y el ceremonial, los libros y los cánticos sólo se habían modificado ligeramente. En Escocia se produjo la crisis por un impulso más natural, procedente de la voluntad misma de una gran parte de la población relativamente instruída, que comprendía la burguesía, los segundones de las familias nobles, el clero pobre y hasta frailes, los agustinos y los dominicos [2]. Sin embargo, el movimiento de conversión fué mucho más tardío que en el resto de la Europa occidental, por el simple hecho material de la distancia, debido á que Escocia se hallaba al extremo del mundo civilizado, sobre las orillas inhospitalarias de unos mares á la sazón muy poco explorados.

Pero si la reforma escocesa fué más lenta en su desarrollo que la de la Europa central, fué, no obstante, más rígida y seria. John Knox, el apóstol más celoso de esta evolución religiosa, conocía la miseria bajo todas sus formas, y hasta había remado dos años en las galeras francesas; en Ginebra, bajo la mirada del maestro, se había penetrado de la doctrina intransigente de Calvino; cuando volvió á su país, fué casi como conquistador y no solamente como predicador. Ante todo se midió con la reina regente de Escocia y la «monstruosa» María de Inglaterra, insurreccionando al pueblo contra ellas: prácticamente Escocia llegó á ser una especie de república, regida por pastores elegidos que frecuentemente fueron más poderosos que la corona. Knox murió en 1567, después de haber contribuído en gran

[1] Richard Heath, *The Captive City of God*, p. 89.
[2] Andrew Lang, *History of Scotland from the Roman Occupation*.

parte á la destitución de la reina María Estuardo. Cuando el entierro del reformador, el regente Morton pronunció estas palabras que muy pocos hombres han merecido: «¡Aquí reposa el que jamás tembló ante un rostro humano!»



Cl. J. Kuhn, edit.
EDIMBURGO — IGLESIA DE SAINT-GILLES DONDE PREDICABA JOHN KNOX

En cuanto á Irlanda, que en los primeros tiempos de la Edad Media tuvo una participación considerable en la introducción del cristianismo, permaneció obstinadamente cerrada á la forma nueva: le bastaba que la Inglaterra enemiga la hubiese aceptado para rechazarla. Verdad es que la reina Isabel se apoderó de los bienes del clero católico para dotar á los prelados anglicanos, pero éstos no por eso dejaron de permanecer distanciados del rebaño de fieles que se les había distribuído como arrendatarios y siervos. Estallaron rebeliones en muchos puntos, y los cuarenta últimos años del siglo XVI se

emplearon por los ejércitos ingleses en dominar violentamente ó en reconquistar la «isla hermana». La emigración, que tres siglos después había de tomar una importancia demográfica tan considerable, había comenzado ya, no en la masa popular, es cierto, sino en las familias nobles: muchos jóvenes salían de Irlanda para alistarse en los ejércitos de Francia ó de España, sin temor, ó más bien con la esperanza de haber de combatir á los Ingleses. Hasta ocurrió muchas veces que algunos emigrados, seguidos de tropas españolas, desembarcaron en las costas meridionales de Irlanda para sostener allí una guerra de guerrillas contra los invasores británicos, no viéndose libre la isla de esas partidas rebeldes hasta el año 1602. Pero reducidos á sufrir la paz, no dejaron los Irlandeses de ser los enemigos de Inglaterra, doblemente enemigos por ser doblemente oprimidos, como irlandeses y como católicos.

El movimiento de la Reforma acabó por cambiar á fondo el mismo catolicismo: al mismo tiempo que perseguían á los hugonotes, los papistas ardientes se convertían en protestantes sin saberlo. Antes del cisma, el catolicismo, fundido con el Renacimiento clásico, se manifestaba admirablemente bajo un doble carácter de «cristianismo paganizado». Religión á la vez mística y sensual, podía satisfacer las dos tendencias primordiales y contradictorias de la humanidad, que consisten en vivir á la vez en el finito y en el infinito. Cuando Lutero y Calvino, continuadores directos del áspero San Pablo, predicaron la vuelta á la sencillez del Evangelio, el catolicismo, obligado por las necesidades de la lucha á desembarazarse de los elementos paganos y de la parte artística de su vida, llegó á ser á su vez una especie de «protestantismo jerarquizado» que había perdido su razón de ser y se unía al pasado más por la tradición que por el genio [1]. De las dos tendencias siempre en lucha en el seno de la religión católica, la del Evangelio puro, despojado de todas las supervivencias de los antiguos cultos, obtuvo, al menos oficialmente, un triunfo definitivo. El catolicismo se depuró desde el punto de vista teológico, pero, desplazando su centro de gravedad, se alejó de la vida

[1] Remy de Gourmont, *Revue Blanche*, 1.º Abril 1898, p. 488.

ambiente, y el pueblo no encontró ya en él, como en el dogma de los protestantes, más que el inconsistente consuelo de las promesas de la vida eterna, sin atenuación material de sus miserias presentes. El católico se hizo razonador y polemista para ponerse en situación de discutir con los sabios, ateos ó cismáticos; fundó nuevas órdenes que respondieron á esta nueva evolución, y experimentó en aquella época alguna vergüenza en patrocinar las órdenes menores, como los capuchinos, que, no obstante, habían contribuído más que todos los eruditos y dialécticos á la consolidación de la Iglesia católica romana. Habiendo permanecido hijos del pueblo, amigos de los pobres y pobres ellos mismos, siendo compañeros alegres y bromistas á pesar de su sombría vestidura y de sus groseras y brutales maceraciones, eran amados y hacían amar la Iglesia. Reían sin escrúpulo con los jugadores y los bebedores, golpeaban amistosamente el vientre al compadre y charlaban ruidosamente con la comadre, interviniendo en todos los asuntos de familia y de vecindad, nacimientos, matrimonios, defunciones, riñas y reconciliaciones. A ellos, como al juez de paz y al director público de las conciencias, se dirigían las gentes en todas las pequeñas dificultades de la vida. Si un filósofo hereje ó un orador ampuloso se presentaba dispuesto á «socavar las bases de la fe», el capuchino no sabía responderle, pero la multitud no le reprochaba su ignorancia, tan profunda como la suya; reía con él, y no se quebrantaba lo más mínimo su cándida fe. Sin ostentación de ciencia ni de mérito el capuchino descalzo y de barba larga ha hecho quizá más por la duración del catolicismo que los jesuítas y otras órdenes religiosas de aspecto majestuoso [1].

Como es natural, la Iglesia, en su organización de casta propietaria, trató mucho menos de defenderse por razonamientos que de responder á las reivindicaciones por la poderosísima razón de la horca, del hierro y del fuego. El sabio organismo de la Inquisición funcionaba con todo el fervor de la locura que inspira la alucinación divina: el sagrado tribunal no vaciló en hacer encarcelar, torturar y quemar, más cuidadosos quizá de ver al fuego devorar los libros que los escritores mismos. Julianillo, por haber introducido en Es-

[1] Martin Philippson, *Les Origines du Catholicisme moderne*, ps. 21, 22.

paña ejemplares de la Biblia en lengua vulgar, estuvo preso tres años y fué atormentado y amordazado veinte veces antes de ser quemado en 1557. Según las opiniones de los historiadores y los documentos sobre que han creído que debían apoyarse, se cuenta de diverso modo el número de las víctimas condenadas al último suplicio por la Inquisición en España, sin contar las colonias. Como quiera que sea, los resultados obtenidos en la península, en Languedoc y en Bélgica por la Iglesia vengadora prueban ampliamente que la violencia empleada con método y perseverancia puede anonadar las ideas, y que éstas, cualquiera que sea su excelencia, no triunfan por su sola superioridad, sino que han de ser servidas por voluntades tenaces y durante generaciones sucesivas [1].

La Iglesia, no sólo tenía á su servicio los calabozos y las hogueras, pudo disponer también frecuentemente de grandes asesinos. Las guerras llamadas de «religión», aunque las convicciones íntimas entrasen solamente por una mínima parte, ayudaron en muchas comarcas, en Francia particularmente, al triunfo del catolicismo. Los hombres de guerra se inclinaban con indiferencia á uno ú otro partido, según las probabilidades de éxito. «Un día, dice Gotz von Berlichingen, íbamos á comenzar el combate; un pastor se hallaba cerca de nosotros guardando su ganado, y, como para darnos la señal, cinco lobos se lanzaron al mismo tiempo sobre el rebaño. Yo les deseé el triunfo, y á nosotros también, diciéndoles: «¡Buena suerte, queridos compañeros; que la fortuna os favorezca en todo lugar!» Entre las ilustres víctimas de la intolerancia, han de contarse también los sabios perseguidos por odios literarios, por las envidias de los impotentes, por bajos rencores. Uno de los más grandes entre los hombres, Kepler, fué frecuentemente perseguido; su madre fué procesada como bruja, él murió de hambre. Esteban Dolet, joven aún, fué quemado porque era impresor y no observaba la ortodoxia clásica hablando de Aristóteles. Por semejante irreverencia respecto del gran hombre, primeramente infamado y después adoptado por la Iglesia, Campanella, habiéndose permitido declarar que toda novedad no es peligrosa para el dogma, pasó veintisiete

[1] Louis Braud, *Trois Siècles de l'Histoire du Languedoc*.

años en los calabozos. Giordano Bruno, que, entre otras herejías, oponía al mundo finito de Aristóteles el mundo infinito en eterna evolución, fué quemado vivo. Velázquez no pintó el desnudo, sino en una Dánae un año antes de su muerte, porque la Inquisición lo prohibía [1]. Sin embargo, algunos escapaban, como El Tasso, Montaigne y «su otro yo», La Boetie, muerto antes que su obra, la sen-



ESCENA DE LA SAN BARTOLOMÉ

cilla y grandiosa *Contra uno*, fuese conocida. Algunos usaban ciertos recursos de habilidad y de astucia, y otros recurrían á procedimientos indignos cuya exposición causa profunda pena: se vió á un Enrique Estienne, que para librarse de la hoguera denunciaba, desde el fondo de su retiro, á sus propios amigos que no pensaban como él [2].

La «Compañía de Jesús» nació enfrente del protestantismo, y se dió por misión, no sólo defender la Iglesia y exterminar sus enemigos, sino también conquistar el mundo para ella. Una obra de tal importancia había de tener por iniciador un hombre de sinceridad

[1] Anatole France, *Le Jardin d'Epicure*.
[2] Theo. van Rysselberghe.

perfecta y de inquebrantable voluntad. Ese hombre valiente, un vasco, Iñigo López de Recalde, conocido en la historia bajo el nombre de Ignacio de Loyola, tomado del palacio donde nació en 1491, fué contemporáneo de los reformadores, y como tal sintió los ímpetus de la cólera. Habiendo sido herido gravemente en la defensa de Pamplona, consagró sus armas á la Virgen María y juró hacerse para lo sucesivo el campeón, no de un rey, sino el caballero de la Reina de los cielos. Después distribuyó sus bienes y comenzó el combate espiritual en Palestina, en Roma y en París, donde encontró á Láinez y otros con quienes discutió los principios de la orden que quería fundar. Hacía ya algunos años que los jesuítas habían preparado su obra, cuando fué definitivamente instituída en 1540, y Loyola, general de la Sociedad, fué también su más humilde servidor, dedicándose á la educación de los niños y á la colecta de las limosnas.

A los tres votos de los otros frailes, pobreza, castidad y obediencia, los discípulos de Loyola añadían un cuarto, el de «consagrar su vida al servicio constante del Cristo y de los soberanos pontífices, de servir como guerreros bajo la bandera de la cruz, de no obedecer más que al Señor y á su representante en la tierra y de cumplir sin vacilación ni recriminación todo lo que los papas les ordenaren por la salvación de las almas y por la propagación de la fe, cualquiera que fuese la comarca donde fueren enviados». Los papas, que veían entonces naciones enteras abandonar la fe católica, acogieron con entusiasmo la nueva tropa que se les entregaba en cuerpo y alma, y le aseguraron todos los privilegios que les era posible conceder, aun aquellos que sólo dependían de los soberanos temporales. Los jesuítas tuvieron desde su origen á la vez los derechos del religioso y los del sacerdote: quedaban declarados independientes del obispo y del fisco; aparte del papa y del general de su orden, no reconocían ningún superior, recibían el poder de ligar y desligar, de perdonar los pecados, de modificar la forma de los votos de abstinencia, de colocarse sobre las obligaciones impuestas á todos los otros religiosos ó sacerdotes y de adornarse con títulos académicos no obtenidos por la vía regular: en una palabra, podían cambiar el mal en bien, la mentira en verdad, y recíprocamente.

Considerada en su conjunto y de una manera general, la orden de los jesuítas, que se reclutó siempre con extremada circunspección, comprendió que el verdadero método de defensa consistía en atacar. En las comarcas donde la fe católica no había sido quebrantada, como en España y en algunas otras partes de la Europa occidental, esta política de agresión era fácil, ya que bastaba conservar los tribunales inquisitoriales y alimentar sus cárceles y sus hogueras



Cl. J. Kuhn, edit.

IGLESIA DE LOYOLA EN EL PAÍS VASCO

con todos los hombres sospechosos ó convictos de herejía; pero en países disputados enérgicamente por el protestantismo, ó, lo que es más grave, por las reivindicaciones sociales, había de obrarse con prudentes rodeos. Ante todo, importaba á los jesuítas la conquista del poder, no directamente y por medio de una lucha franca, como lo ambicionan actualmente los socialistas de Estado, sino indirectamente, por un concurso de influencias y de voluntades convergentes todas hacia el mismo fin y acabando por dominar á los soberanos más orgullosos de su poder y por imponer la misteriosa dominación del Gesú. Y para dominar en los palacios, en ese mundo de lujo, de caprichos, de mentiras y de intrigas, no había que temer el empleo sin vacilación ni remordimientos de medios análogos á los que se habían de combatir, y sobre todo era preciso disponer de un ejér-

cito secreto cuyos miembros, adictos hasta la muerte, estuviesen conjurados siempre bajo la voluntad del amo.

La Sociedad de Jesús era en su conjunto una escuela maravillosamente organizada para adiestrar todos los miembros en la parte de colaboración que se les pedía. Los candidatos no eran en seguida admitidos: primeramente habían de pasar por un período de prueba y de continuos exámenes morales antes de ser admitidos al noviciado, y dos años después entraban en la Sociedad, pero sin conocer todavía su funcionamiento: se hacían coadjutores, los unos en el orden espiritual para suministrar á la comunidad futuros profesores, dictadores ó confesores, según sus aptitudes presumidas y sobre todo según el juicio de los superiores; los otros en el orden secular, como sirvientes, cocineros, peones, intendentes, á veces hasta sin la autorización de aprender á leer ni escribir. Por lo demás, unos y otros habían sido igualmente sometidos á la obediencia perfecta, «como el bastón en la mano del amo», «como la osamenta bajo el pie del caminante», y esta obediencia no se les exigía solamente en las cosas de apariencia legítima ó natural, sino también en los casos que parecen contrarios al sentimiento, á la justicia y á la moral: lo que el superior manda, es decir, el papa, es decir, Dios, eso es lo normal, lo justo y lo bueno. Hasta sus movimientos estaban sujetos á reglas: la cabeza del jesuíta debe inclinarse ligeramente en la actitud que conviene á la humildad, y los ojos no deben mirar los ojos del interlocutor.

Admírase que una orden religiosa compuesta de un corto número de asociados — porque á la muerte de Loyola en 1556 apenas contaba la Compañía un millar de miembros — haya podido adquirir tan grande y duradera influencia sobre el gobierno del mundo; ello es debido á que ninguna sociedad presenta tanta cohesión á la vez que tanta diversidad en su textura tan perfectamente sólida y de tan maravillosa adaptación. Para todas las coyunturas, fáciles ó difíciles, tenía los hombres que necesitaba: abajo sicarios dispuestos á toda obediencia peligrosa, arriba hombres de Estado que formulaban tratados, preparaban matrimonios de príncipes, decidían de la paz ó de la guerra, y entre el general y el último de los coadjutores iletrados había toda la serie de instrumentos humanos, dispuestos á

servirse, según las circunstancias de las pasiones, de las voluntades ó de los vicios de sus contemporáneos.

Desde la constitución de su sociedad comprendieron los jesuítas el papel que ha quedado siendo el suyo, el de encarnar la educación clerical. En 1542 fundaron el colegio de Zaragoza, que no tardó en tener hasta veinticinco sucursales. Todos los países católicos reciben asimismo sus establecimientos de educación jesuítica desde mediados del siglo XVI. La Universidad de Ingolstadt, en Baviera, llegó á ser su centro de propaganda, después se apoderaron de la Universidad de Praga con sus enormes rentas y todos sus privilegios; obtuvieron del emperador una orden instituyendo el rector de su colegio, director perpetuo de toda la Universidad, «abrogando y anulando el derecho que otras personas pudieran pretender». La misma ordenanza sometía á la jurisdicción de los jesuítas «todos los colegios y escuelas del reino, tanto los establecidos como los que se establecieran en lo porvenir».

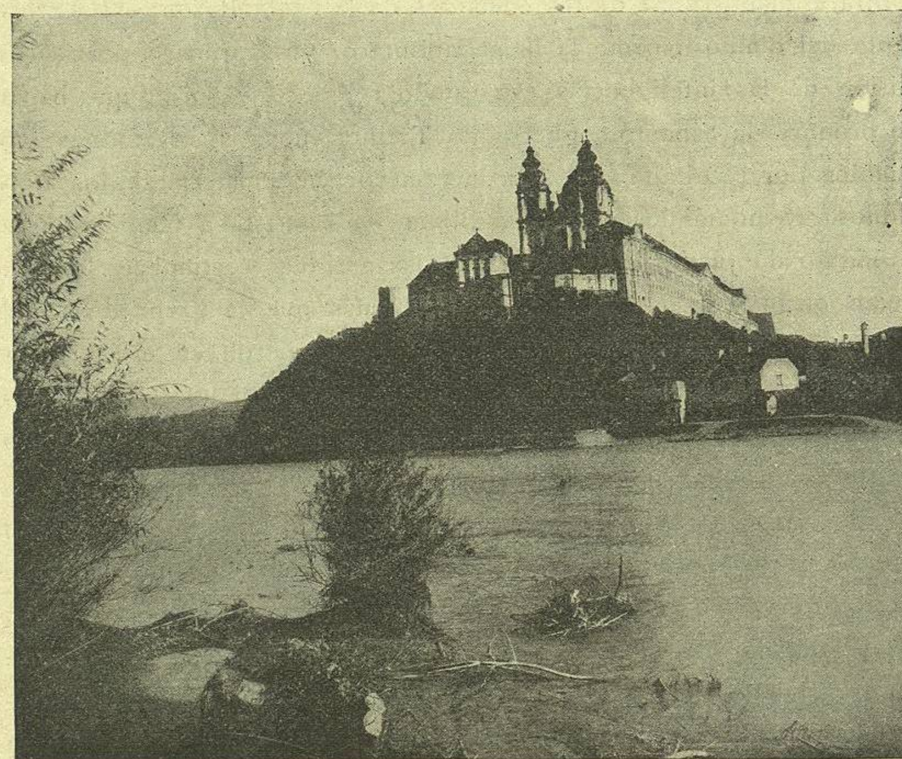
La enseñanza, cuyo monopolio trataban de conquistar y que, en efecto, lograban asegurarse en algunas comarcas, no podía diferir gran cosa de la que dieron los frailes en los siglos anteriores: los padres se distinguían solamente por el arte con que sabían adular las pasiones de sus alumnos, por su habilidad en conciliarse con ayuda de sus proyectos futuros el concurso de los poderosos, de los ricos y de los ambiciosos inteligentes, manteniéndoles respecto del dogma en una fe completamente irracional y, por lo tanto, inquebrantable: el estudio del latín, la memoria de los períodos retumbantes y de las palabras sonoras debían reemplazar á las investigaciones personales. Por una singular coincidencia, que prueba bien que en el fondo los competidores para la conquista del poder, los protestantes y los jesuítas, habían de recurrir á los mismos medios y no diferían entre sí tanto como lo hacía suponer el odio que mutuamente se profesaban, unos y otros procedían de la misma manera y seguían los mismos métodos de instrucción; los jesuítas con más gracia, gusto y habilidad, los protestantes con mayor seriedad y rigidez. Pero Aristóteles y los padres de la Iglesia eran también los genios inspiradores de uno y de otro culto. Habiéndose hecho protestantes por espíritu de conservación, por odio á la evolución que se había

realizado en el mundo religioso, Lutero y los otros supuestos «reformadores» de su tiempo eran también conservadores de las concepciones antiguas en el mundo de las ideas. Su objeto esencial era reaccionar, volver atrás, á la época en que los «Libros santos» no habían sido todavía interpretados por la evolución de la Iglesia contemporánea. Pero en cuanto á las cosas de la ciencia profana, los protestantes se atenían á la estricta observancia de las doctrinas adoptadas por la Sorbona: Aristóteles era sagrado para ellos, aunque en un grado menor que la Biblia; toda ciencia se suponía hallarse contenida en las obras profanas de la antigüedad, y en cuanto se había fijado rigurosamente el texto, no había más que inclinarse. Por lo mismo las ideas de Copérnico fueron muy mal acogidas en el mundo protestante, cuyas convicciones fijas sobre la autoridad divina absoluta se hallaban bien acomodadas al sistema geocéntrico del universo. Lutero se burla de Copérnico, y Melanchton le combate con rudeza [1]. Theodoro de Beze, el amigo y continuador fanático de Calvino, escribía á Ramus: «Los Ginebrinos han decretado una vez y para siempre que, ni en lógica ni en ninguna otra rama del saber, no se apartarían de los sentimientos de Aristóteles». Así también los estatutos de la Universidad de Oxford disponían que «todo bachiller y maestro de artes que no siguiera exactamente á Aristóteles pagaría una multa de 5 shillings por punto de divergencia»; y ese mismo reglamento hizo expulsar á Giordano Bruno de la Universidad inglesa donde se había retirado.

Cada uno por su parte, el protestantismo y el jesuitismo ejercieron la más nefasta influencia sobre la vida universitaria: mientras que las primeras universidades se habían constituído sobre el modelo de las ciudades libres, en comunidades autónomas, viviendo de su propia vida, sin ingerencia del Estado, y dejando á los estudiantes la iniciativa de las investigaciones independientes, luteranos, calvinistas y jesuítas, igualmente empeñados en la conquista del poder, únicamente se dirigían á transformar las escuelas en establecimientos de la Iglesia y del Estado, suministrándoles, bajo la vigilancia de una policía temible, el personal necesario de propagandistas y de servidores.

[1] S. Gunther, *Der Humanismus in seinem Einfluss auf die Entwickelung der Erdkunde*, «Geographen-Kongress zu Berlin», 1899.

Un escritor católico lo ha demostrado con superabundancia de textos y de documentos [1]; Alemania estaba en plena vía de prosperidad intelectual durante el siglo que precedió á la Reforma, y ese último movimiento con la ayuda de su hermana enemiga, la orden de Jesús, tuvo por resultado pronto y decisivo contener todos los progresos. La reacción se produjo con análogo conjunto en los dos



Cl. J. Kuhn, edit.

COLEGIO DE LOS JESUÍTAS EN MELK, CERCA DE INGOISTADT, SOBRE EL DANUBIO

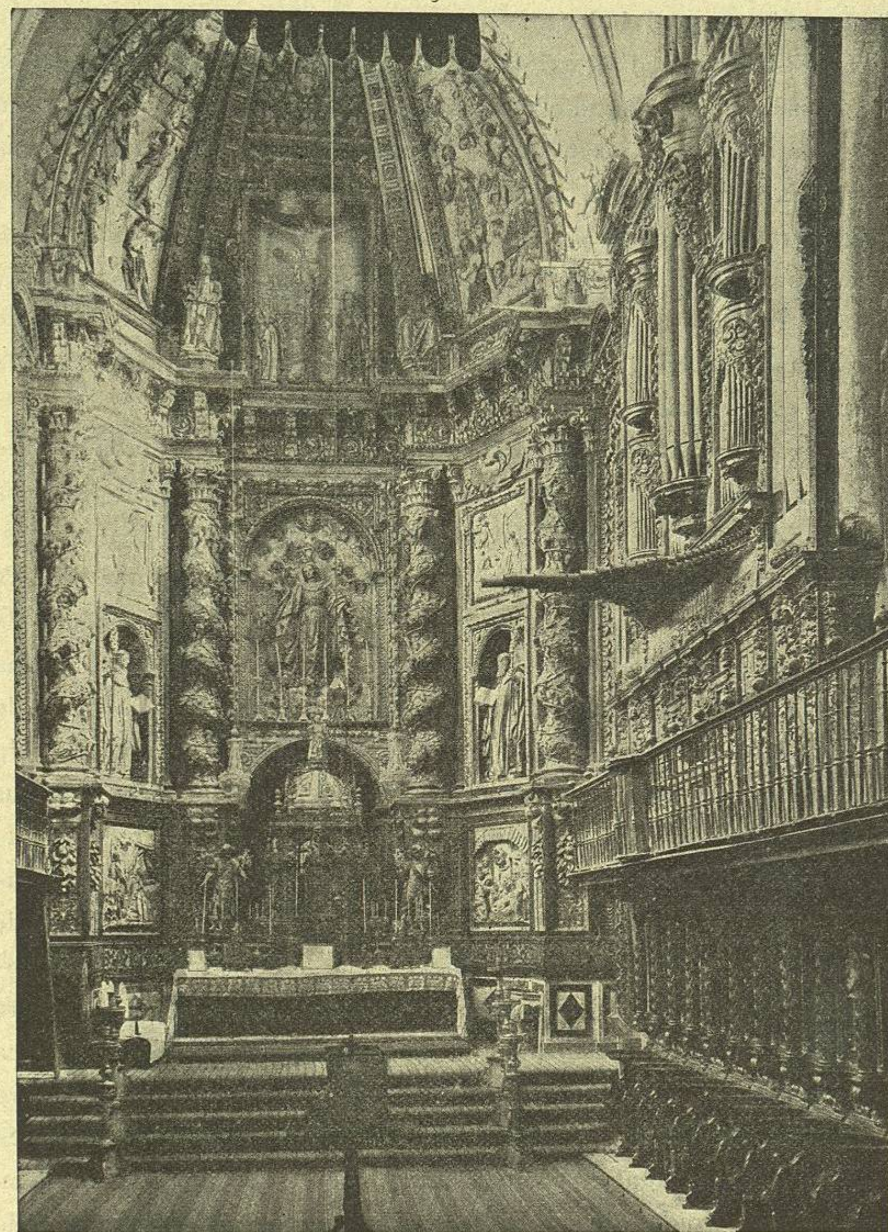
campos contra el espíritu de libertad que había dominado durante el Renacimiento. El pensamiento se había emancipado en el siglo XV, se había desprendido gradualmente de la sujeción intelectual ejercida por la Iglesia: se había hecho más humano, más interesado en los fenómenos de la vida, en la observación de la Naturaleza, en la investigación experimental de la felicidad terrestre, que en las especu-

[1] Johann Janssen, *Geschichte des deutschen Volkes, seit dem Ausgang des Mittelalters.*

laciones metafísicas y en la preparación mística de la salvacion. El Renacimiento había desplazado el eje del pensamiento, retrayéndole de los misterios de la vida futura á los problemas de la vida presente, y de la historia estrecha del cristianismo á la del conjunto del mundo; pero la rebeldía de Lutero volvió violentamente la sociedad contemporánea á la fe del Cristo, y como resultado, los mismos católicos se convirtieron de nuevo; de una parte y de otra se encarnizaron contra el más temible de los enemigos de la fe, la Razón, esa «prostituta del diablo», como la llamaba Lutero, y se preparó por la sumisión de las inteligencias ese estado religioso y social que había de producir la espantosa guerra de Treinta años. La Reforma tuvo también por resultado ayudar á la domesticación material de los individuos. Remontándose hasta la Biblia, se remontaba también hasta el código de Justiniano, desechando las antiguas costumbres locales. Como el Imperio Romano no conoció más que la gran propiedad aristocrática y la esclavitud, los juristas no vieron en el modo de arrendamiento usual más que un simple contrato temporal, y no comprendieron que se pudiera arreglar la posición de los colonos respecto de sus señores de otro modo que considerándolos como esclavos.

Sin embargo, no hay revolución funesta ó útil en su conjunto que no se presente sin una mezcla de elementos buenos y malos. La Reforma tuvo influencias felices, aunque considerada en general, sea principalmente un fenómeno de reacción contra el pensamiento. En primer lugar, fué una rebeldía, y como tal fué forzosamente acompañada de nobles reivindicaciones y de altos ejemplos; además, la Reforma afirmó por sí misma y de una manera triunfante la libertad de examen: acerca de este punto tuvo una gran participación en la historia de los progresos humanos. Sin embargo, la Reforma se ingeniaba á la vez en dar y en retener. Proclamaba, es verdad, la libertad de examen, pero los audaces que se permitieron esa gran libertad de examinar las razones de la fe sin otra guía que su propia inteligencia, lo hicieron á sus riesgos y peligros, y esos riesgos se extendían desde la prisión hasta la muerte en el cadalso ó en la hoguera: los protestantes sabían manejar también el hacha y encender el fuego purificador. Verdad es que los frailes, los curas, los teólogos, hasta los simples letrados que tenían la Biblia en sus manos,

sobre todo el texto original, hebreo, caldeo, griego ó la edición latina, muy incorrecta, de la Vulgata, se atribuían atrevidamente el



Cl. J. Kuhn, edit.

BURGOS — CORO DE LA CATEDRAL

derecho de obedecer directamente á la palabra divina «escudriñando las Escrituras»; pero era necesario que esa operación de «escruti-

nio» les llevase á las mismas conclusiones que á sus antepasados en la investigación de la verdad, de lo contrario serían culpables de blasfemia, de pecado contra el Espíritu Santo, de abominación criminal punible en el infierno.

La Reforma pedía, exigía, el derecho de examen, pero exigía que el resultado fuese conforme á sus conclusiones; aportaba un poco más de razón, cuya razón quería imponer á todos, porque se decía y se creía ser la Razón definitiva, la Razón eterna [1]. La Reforma no proclamó la libertad de opinión: fué solamente un período inicial en la historia de las luchas que libraron los rebeldes del pensamiento. Planteó la cuestión que, por otra parte, dista mucho de estar resuelta, porque todas las libertades son solidarias: ninguna libertad es garantida cuando no lo son todas á la vez.

Se pueden comparar también los protestantes y los jesuítas, representantes de las dos tendencias opuestas de la sociedad religiosa en el siglo XVI, por su actitud respecto del arte y de los artistas. La vuelta del protestantismo hacia la Biblia en su conjunto hubiera debido tener por consecuencia lógica la condenación absoluta de la pintura, la escultura y toda representación gráfica de esa forma humana que es al mismo tiempo la forma divina, la «imagen de Dios». Respecto de este punto, el cristianismo renovado hubiera debido ser tan intransigente como el Islam. Lo fué al menos en sus iglesias, que se edificaron desnudas y frías, sencillas paredes blanqueadas, ó que no se quiso recibir en herencia del catolicismo pagano sin haberlas limpiado cuidadosamente de todos los objetos de arte, cuadros, estatuas y bajo-relieves que recordaran las genuflexiones y las adoraciones anteriores, para que nada bello distrajera el pensamiento de la palabra rígida que descendía de la cátedra. La Reforma fué un movimiento de reacción contra el Renacimiento, pero un movimiento abortado, puesto que sólo se atrevió á medias. Si los terribles protestantes, como todavía existen algunos, vivían siempre bajo las miradas de su Dios, rechazando de su existencia todo lo que no les parecía la expresión directa de su voluntad, la gran masa de los religionarios debió arreglarse con el mundo exterior,

[1] Elie Reclus, *Notas manuscritas.*

aceptar los hechos consumados bajo el impulso irresistible de las conquistas humanas hechas fuera de la religión. La sociedad protestante estaba vencida de antemano como todo el cristianismo, puesto que se acomodaba con el arte y con la ciencia en la vida civil, y había de autorizar el estudio de la forma humana, hasta la disección de los órganos interiores. Si los templos llegaron á ser simples locales repugnantes á la vista porque estaban dispuestos sin gusto ni comodidad, había á lo menos artistas libres que vivían fuera de la comunidad y buscaban con toda independencia la belleza, asociándole á veces el estudio profundo de los caracteres.

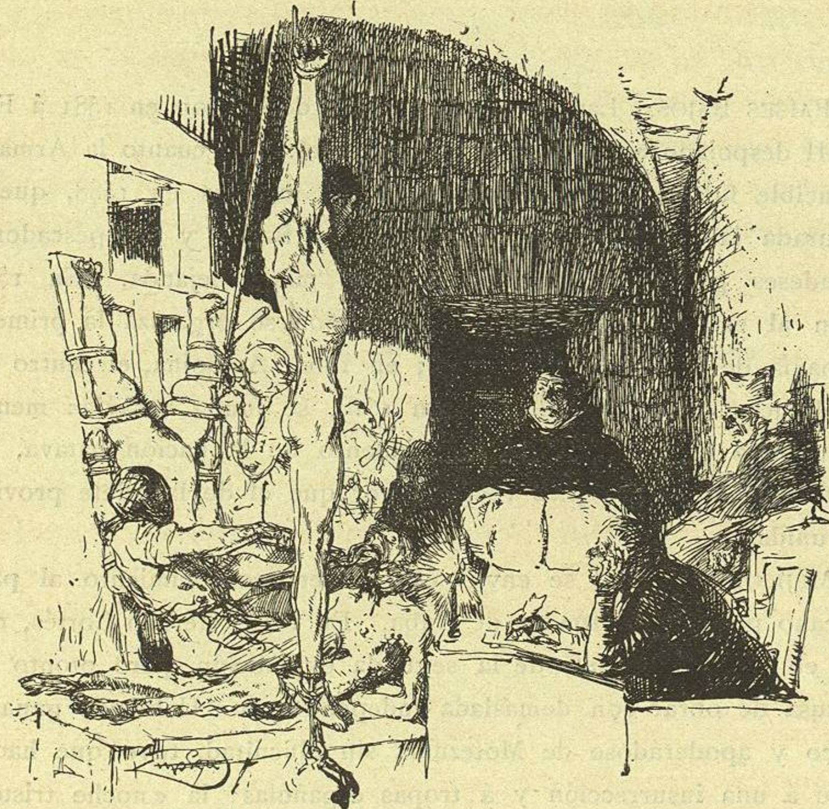
En cuanto á los jesuítas, siempre amables y complacientes para facilitar la entrada en la Iglesia y como consecuencia en la Gloria, se guardaron bien de combatir el arte y hasta quisieron cultivarle. Claro es que con su sistema de educación, necesariamente habían de afear y pervertir todo lo que tocaban: el arte llamado «jesuíta» revela el alma de los que hicieron edificar esas iglesias de anchas naves, cómodas, con buenos confesonarios, bien abrigadas, claras, pero sin que se sepa de dónde viene la luz, llenas de ecos sordos y discretos, que se confunden con un murmullo continuo, elegantemente decoradas de volutas, de mascarones y de relieves, que ocultan sus estatuas envolviéndolas entre telas adornadas de coronas, estrellas y nubes, que hacen brillar de lejos sus ricos altares dorados, festoneados, rodeados de guirnaldas y dominados por un frontón fastuoso sostenido por columnas retorcidas. Sobre todo los pilares, que reemplazan las fustas rectas y soberbias que en todo tiempo sostuvieron francamente el peso de los edificios, simbolizan el movimiento ondulante y flexible de esos directores de conciencia que conducen al cielo por la misma vía ancha y suave que, según las antiguas creencias, conducía al infierno.

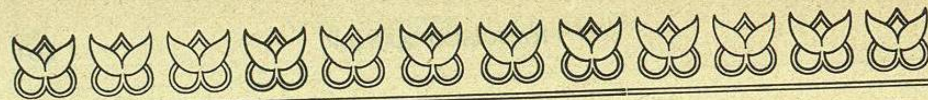
Así como los jesuítas resultaban hasta cierto punto superiores á los protestantes por una comprensión mucho más amplia del corazón humano, puesto que, no queriendo descuidar ninguna de las fuerzas por las cuales se puede influir sobre los hombres, habían concedido un lugar al arte, así también habían sobrepujado á sus enemigos y rivales por su ardor en la propaganda. Habían comprendido que para conservar las ventajas del ataque, era preciso emprender

de nuevo la obra de las misiones abandonadas desde las cruzadas y cerrar el mundo á los protestantes por la conversión de los pueblos paganos. En 1541, es decir, solamente un año después de la constitución de la Sociedad de Jesús, uno de los compañeros inmediatos de Loyola, nacido como él en un valle pirenaico, Francisco de Javier ó Xavier, iba á evangelizar las naciones de las grandes Indias, á la vez como enviado espiritual del papa y como delegado civil de los reyes de Portugal. Visitó, en efecto, la India peninsular, y en 1549 el Japón. Su obra de conversión fué ciertamente considerable, y se cuentan maravillas de los pueblos que acudían á su voz para hacerse bautizar en nombre de Yaso, es decir, de Jesús, que se creía ser una nueva encarnación de Budha. Pero entre todos los milagros que se atribuyen á San Francisco Xavier, es difícil discernir la verdadera existencia del apóstol: sus amigos que quedaron en Europa hicieron de él casi un dios. Cuando murió en Goa, su tumba fué un lugar de peregrinación; su cuerpo hasta recibió el título de gobernador de las Indias, de virrey, de capitán general, y los verdaderos dignatarios se vieron obligados á hacerse conferir por él su delegación al poder. A la mitad del siglo XVIII, cuando los Portugueses no tenían ya más que una sombra de poder que defender en la península gangética, San Francisco Xavier fué oficialmente encargado en el cielo de «proteger las Indias».

El glorioso apostolado de Xavier, por notable que fuese en realidad, sin la aureola de milagros sobrepuesta por los devotos, no fué, sin embargo, la más admirable de todas las misiones enviadas por la Compañía de Jesús al mundo de los infieles. Durante su período de grandeza, la orden de los jesuítas dió pruebas verdaderamente prodigiosas de la cohesión sin igual de su organismo, cuyos miembros, fraternalmente unidos, trabajaban de concierto en obras tan diversas y de apariencias contradictorias; mientras que por una parte el pensamiento director de la orden empleaba las inteligencias más flexibles, los casuistas más sueltos en la trama, dirección y resultado de las intrigas cortesanas, sabía utilizar, en los países más lejanos, los fervores más incansables en catequizar tribus salvajes y agruparlas en naciones para terminar por una parte y por otra al mismo fin, la gloria de la Iglesia. Esta parte de la empresa de los jesuítas, la

propaganda, que unos protestantes, entre otros los hermanos moravos, imitaron después con un celo ardiente, aunque sin llegar, no obstante, á un resultado comparable al de sus antecesores, adquirió gran importancia, especialmente en China y en la América meridional, y contribuyó por diversos medios á desarrollar el estudio y el conocimiento de los países y de los pueblos de la tierra. Como Cortés, Pizarro, Gama y Alburquerque, los dos misioneros Verbiest, Anchieta y sus colegas luchaban y padecían por la conquista del poder.





COLONIAS. — NOTICIA HISTÓRICA

Países Bajos. Las provincias unidas declararon en 1581 á Felipe II despojado en ellas de toda autoridad. En cuanto la Armada Invencible fué destruída sobre las costas inglesas en 1588, quedó asegurada la independencia de los Países Bajos, y los pescadores holandeses pudieron lanzarse hacia los mares lejanos. En 1596 llegan al estrecho de la Sonda. En 1602 se organiza la primera compañía de las Indias Orientales; en 1604, Amboina, el centro de las Molucas, cambia de dueño; en 1619, se funda Batavia: menos de cuarenta años después del nacimiento de la nación bátava, su territorio colonial era diez veces mayor que el de las siete provincias unidas.

Méjico. En 1518 se envió un primer reconocimiento al país mejicano por el gobernador de Cuba. En 1519, Hernán Cortés, nacido en 1485, es el jefe de la segunda expedición, pero pronto se le acusa de obrar con demasiada independencia. Habiendo ganado Méjico y apoderádose de Motezuma sin dificultad, tuvo que hacer frente á una insurrección y á tropas españolas; la «noche triste» fué la de 1.º á 2 de Julio de 1520. Méjico fué reconquistado en 1521 y Guatimozin ejecutado en 1522. Cortés, reemplazado en 1536, murió en 1547 cerca de Sevilla.

Perú. Saliendo por primera vez de Panamá en 1524, Francisco Pizarro y Almagro no ven hasta 1527 la existencia de una civilización peruana, y hasta 1532 no llega Pizarro á Túmbez. Con 168

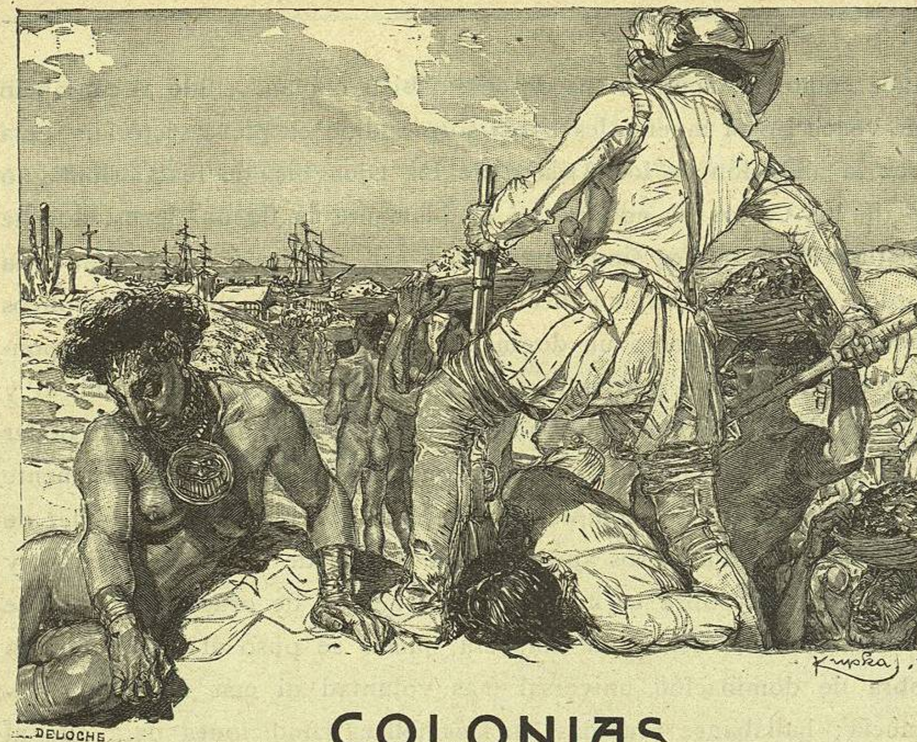
soldados penetra hasta Cajamarca, á 500 kilómetros de Túmbez, se alberga en una parte abandonada de la ciudad y visita al emperador. El 16 de Noviembre, los Españoles reciben á su vez al Inca. Apenas penetra el cortejo en el cuadro español, una descarga de fusilería derriba á los Peruanos... Atahualpa queda prisionero, y después de haber aportado toneles de oro por su rescate, es «juzgado» y agarrotado el 29 de Agosto de 1533. En 1534 se calcula la entrada en Cuzco y la fundación de Lima; Almagro parte para la conquista de Chile. — 1535, insurrección de los Peruanos. — 1536, ruptura entre Almagro y Pizarro. — 1538, ejecución de Almagro por Hernando Pizarro. — 1540, Gonzalo Pizarro gobernador de Quito; exploración amazónica y viaje de Orellana. — 1541, asesinato de Francisco Pizarro en Lima; llegada de un juez superior español. — 1543, ordenanza de la corona de Castilla aboliendo la esclavitud de los Indios; insurrección de los colonos bajo Gonzalo Pizarro. — 1544, llegada de un virrey del que Pizarro resulta vencedor. — 1547, llegada de un nuevo juez superior. En 1548 es ejecutado Gonzalo Pizarro.

A continuación la lista de sabios, filósofos y artistas:

Fernando de Herrera, poeta, nacido y muerto en Sevilla	1534-1597
Torcuato Tasso, poeta, nacido en Sorrento	1544-1595
Tycho-Brahé, astrónomo, nacido en Scania	1546-1601
Miguel de Cervantes, escritor, nacido en Alcalá de Henares	1547-1616
Giordano Bruno, filósofo, nacido en Nola	1550-1600
Francisco Bacon, filósofo, nacido en Londres	1561-1626
Cristóbal Marlowe, dramaturgo, nacido en Canterbury	1562-1592
Félix Lope de Vega, escritor, nacido y muerto en Madrid	1562-1635
William Shakespeare, poeta, nacido en Stattford-on-Avon	1564-1616
Galileo (Galileo Galilei), astrónomo, nacido en Pisa	1564-1642
Tomás Campanella, filósofo, nacido en Calabria	1568-1639
Juan Kepler, astrónomò, nacido en Wurtemberg	1571-1630
Fletcher (y Beaumont, 1585-1615), dramaturgo	1576-1635
Pedro-Pablo Rubens, pintor flamenco, nacidó en Westphalia	1577-1640
José Ribera, pintor, nacido cerca de Valencia	1588-1656
René Descartes, filósofo, nacido en Turena	1596-1650
Francisco Zurbarán, pintor, nacido en Extremadura	1598-1662
Antonio Van Dyck, pintor, nacido en Amberes	1599-1641

Diego Velázquez, pintor, nacido en Sevilla	1599-1660
Claudio Lorrain (Gellé), pintor, nacido cerca de Mirecourt	1600-1682
Pedro Calderón de la Barca, poeta, nacido y muerto en Madrid	1601-1681
Tomás Corneille, dramaturgo, nacido en Ruan	1606-1684
Juan Rotrou, dramaturgo, nacido y muerto en Dreux	1609-1650
David Teniers el joven, pintor, nacido en Amberes	1610-1694
Murillo (Bart. Esteban), pintor, nacido y muerto en Sevilla	1617-1682
Juan La Fontaine, poeta, nacido en Chateau-Thierry	1621-1695
Molière (Juan Poquelin), poeta, nacido y muerto en París	1622-1673
Blas Pascal, escritor, nacido en Clermont-Ferrand	1623-1662
Baruch Spinoza, filósofo, nacido en Amsterdam	1632-1677





COLONIAS

La hoguera de la Inquisición que quemaba un hombre libre, quemaba á la vez la misma España.

CAPÍTULO XIII

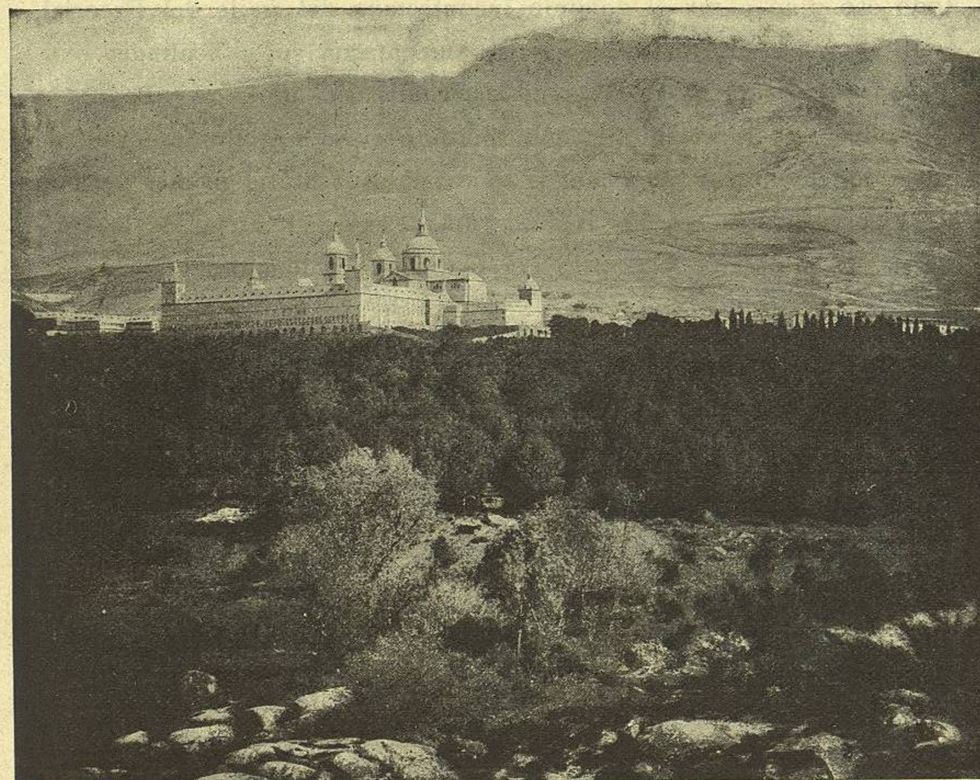
Monarquía absoluta. — Armada.
Grandeza artística de España. — Portugal, Indonesia,
Imperio Zeng. — España y posesiones americanas.
Inmigraciones y civilizaciones precolombianas. — Condiciones naturales. — Aztecas, Mayas, Pipils y Quichuas, Muizcas,
Antoqueños, Aimaras é Incas. — Comunismo peruano.
Araucanos. — Viajes de descubrimientos continentales.
Francia y Canadá. — Inglaterra y Bostonia.
Evoluciones diversas de las colonias.

En todo tiempo el amor de la dominación inspiraría á los reyes la loca ambición de hacerse dueños del mundo, y muchas veces después de Alejandro, cuyos aduladores pretendían que no había encontrado más tierra que conquistar, los domadores de pueblos pudieron creerse en vísperas de ver á todos los hombres prosternarse ante ellos; pero siempre había alguna barrera que se levan-

taba como obstáculo á sus deseos, ó bien habían cedido al cansancio de vencer, ó la muerte les había sorprendido en plena victoria. Esta vez la ambición de los Atila ó de los Djenghis, de los Carlomagno ó de los Carlos V no era ya simplemente la de un devastador de instinto ó de genio, sino que venía á ser, gracias á la creación de la orden de los jesuítas, un ideal religioso en el que todos los católicos habían de creer como un dogma: á los mismos súbditos correspondía en lo sucesivo preparar esa monarquía universal. El sombrío y tímido Felipe II pudo, sin mucha locura aparente, aspirar á ese poder real sin límites, apoyado por esa Compañía de Jesús verdaderamente incomparable por su completa solidaridad política y por el poder de su adhesión. Para esos apóstoles, la unidad de la obediencia al rey debía reposar sobre la unidad de creencia y de oración. Jamás se había intentado semejante empresa, jamás se puso al servicio de la obra de dominación universal más voluntad ni más larga perseverancia; hallábanse reunidas las más felices condiciones para que al fin, una vez en la historia de la humanidad, la monarquía absoluta pudiera llegar á la realización de sus fines; más de una vez en Europa, en China, en el Japón, en la América del Sud, pareció hallarse ese régimen en vía de realización, pero en todas partes, en España como en cualquier otro país, acabó por sucumbir. ¡Cómo hubieran celebrado los amos esa servidumbre definitiva! «¡Una fe, una ley, un rey!» Pero también hubiera sido la muerte del pensamiento. En España ya había muerto para siglos.

La misma inmensidad del mundo conquistado, ó al menos oficialmente anexionado, al otro lado de los mares, hubiera podido hacer creer que el método de los antiguos conquistadores quedaba para siempre abandonado, y que en lugar de recorrer triunfalmente la tierra á través de los campos de batalla, bastaría al futuro amo de los hombres saber preparar lentamente por ingeniosas conspiraciones, ayudadas en el momento oportuno por actos de fuerza, la servidumbre ó la humillación de las naciones vecinas. Mas por favorecido que fuese por las circunstancias y por bien secundado que estuviese por el apoyo de la Iglesia y de las órdenes religiosas, aquel triste personaje llamado Felipe II no tenía el genio de la oportunidad, ni el de la decisión cuando la fortuna se le presentaba sin pedirle más

que acción; hasta cuando era victorioso parlamentaba todavía y contemporizaba como para evitar una derrota. Siendo el más envidioso de los hombres, ocultaba aún sus proyectos cuando debieran hallarse en plena realización; huyendo de la luz del día, se sumergía en el fondo de su negra vivienda, en medio de sus polizontes y de sus



Cl. J. Kuhn, edit.

EL ESCORIAL DE FELIPE II

á unos cincuenta kilómetros al noroeste de Madrid.

frailes, en vez de cabalgar triunfalmente á la cabeza de sus ejércitos, los más sólidos del continente.

Su padre Carlos V no logró asegurarle el trono del imperio, pero le casó con la reina de Inglaterra, María, lo que sirvió únicamente para hacerse detestar por el pueblo inglés como el monstruo por excelencia, como el «demonio del Mediodía». Después de la aventurera batalla de Alkazar el Kebir (1578), en que desapareció D. Sebastián, Felipe II, heredero indirecto de la corona de Portugal,

logró por la fuerza hacer prevalecer lo que llamaba su «derecho». Toda la península Ibérica tuvo que reconocer el mismo soberano, y por ese mismo hecho las inmensas posesiones mundiales del Oriente y del Occidente, todas las Indias del Antiguo y del Nuevo Mundo, todas las tierras de la parte de acá y de allá que separaba el famoso meridiano de Alejandro VI, que dividía el planeta en dos mitades, todo eso vino á ser el dominio incontestado del fraile del Escorial, y la consecuencia fatal fué que se aumentaron sus dificultades.

¿Dónde comenzaba y dónde acababa su imperio? Todos lo ignoraban, y el pretendido amo, perdido en el orgullo insensato de su poder divino, lo sabía menos todavía. Durante el primer período de locura heroica, en los tiempos del descubrimiento y de la conquista, todo parecía fácil y lo era realmente, hallándose los conquistadores impulsados como por una especie de delirio y marchando en la plena iniciativa de su voluntad. Pero cuando llegó la hora de poner en movimiento aquella inmensa máquina, notóse que faltaba el punto de apoyo. Ni Sevilla ni Madrid podían levantar el brazo de palanca que se extendía hasta las extremidades del mundo; pasábanse años antes que una noticia, que podía ser mal comprendida, llegara de América ó de las Filipinas, que tal ó cual orden se transmitiera á capitanes, que quizá ya habían muerto. Como decía un historiador del siglo XVII, «es un barco difícil de gobernar el que tiene su popa en el Océano Atlántico y su proa en el mar de las Indias».

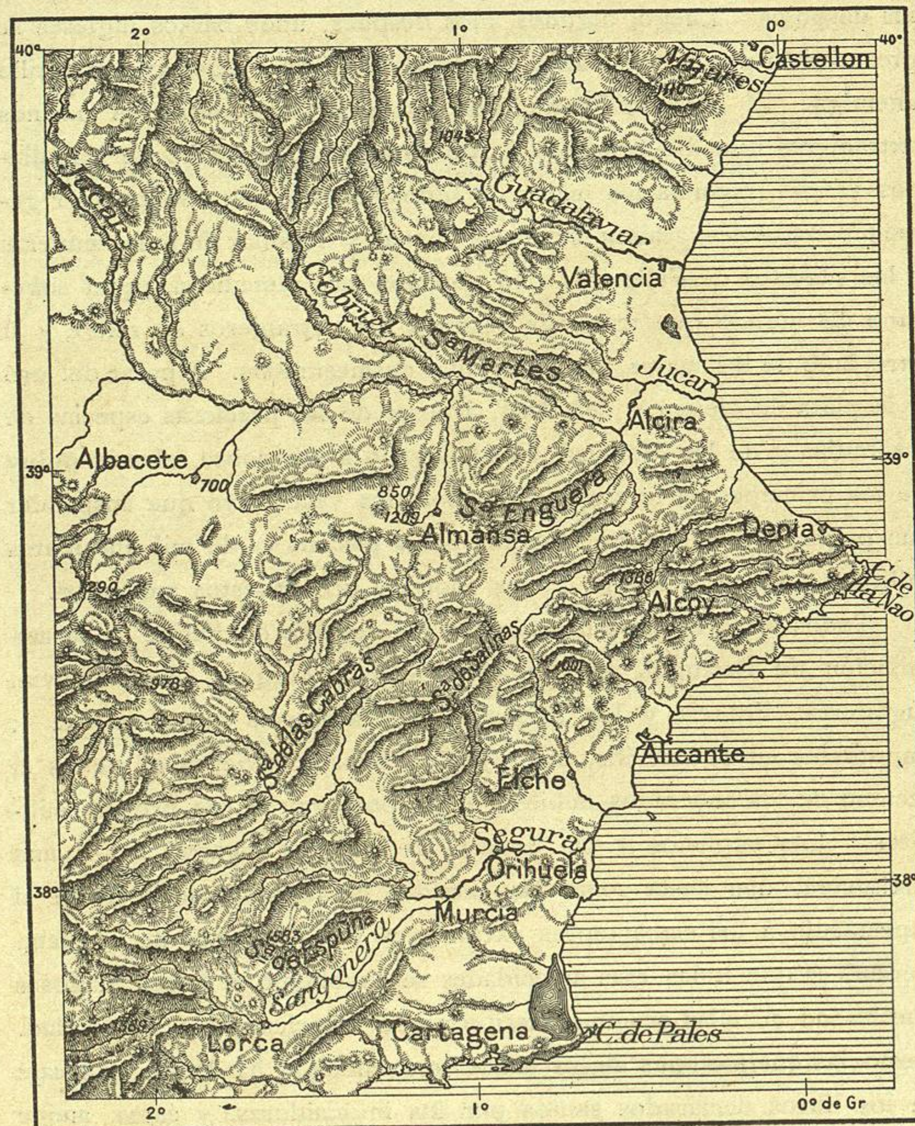
El fin del reinado de Felipe II, que fué al mismo tiempo el fin del siglo, reunió el aspecto de la omnipotencia á una decadencia lamentable. Del mismo modo que en una época anterior el papa Adriano IV regaló Irlanda al rey Enrique II, enviándole la piedra de esmeralda simbólica, así también Sixto V confirió aquel reino á su bien amado hijo Felipe II (1587); mas, para hacer efectivo el presente, hubiera sido preciso transformar el donatario en hombre de voluntad y de acción, arrancarle á sus oraciones y á sus genuflexiones de irresoluto y darle el dominio de las tempestades. Los escasos tercios de Españoles que envió para sostener á los insurrectos irlandeses sólo pudieron hacer inútiles campañas de partidarios; después, la formidable flota, la Armada por excelencia, que comprendía 131 navíos de guerra, montados por 7,000 marineros y 17,000 soldados, se dispersó casi sin choque, como ridículo juguete de los vientos y de las olas: desde los arrecifes de la Mancha hasta los del mar de Irlanda y de las Hébridas todo el litoral se cubrió de restos de las galeras rotas; los 25 navíos de Isabel sólo se ocuparon en recoger los despojos. Luego, algunos años después, unos barcos ingleses se presentaron por bravata ante el puerto de Cádiz á quemar una flotilla enemiga. El corsario Drake, que fué el primero entre los marinos extranjeros que dió la vuelta á América por el estrecho de Magallanes (1578), recorría los mares en todos sentidos para sorprender galeones españoles, asaltar fortalezas lejanas y humillar de todas maneras á los súbditos de Felipe II. No quedaba más remedio á aquel soberano del mundo que tratar de cerrar á los extranjeros su reino, y al otro lado de los mares, sus posesiones desmesuradas. A pesar del oro y la plata de Méjico y del Perú, á pesar de las preciosas especias de las Indias y de las Molucas, había llegado á ser pobre, el más pobre de los príncipes de la cristiandad; por dos veces tuvo que suspender sus pagos, y á su muerte la deuda había pasado ya de mil quinientos millones; era el principio de los enormes presupuestos modernos.

Todos los grandes pensamientos del reinado de Felipe II, la asimilación de Portugal, sus tentativas contra Turquía, Escandinavia, Inglaterra, Francia y los Países Bajos fracasaron sucesivamente [1]; impotentes en el exterior, los reyes de España tuvieron al menos el recurso de los soberanos débiles, el de perseguir á sus propios súbditos. Los suplicios y las quemas de herejes llegaron á ser una institución, una fiesta como las corridas de toros, y solía darse el espectáculo á los embajadores extranjeros y á las damas de la corte. Verdad es que todas esas atrocidades se envolvían en frases piadosas que hacían de ellas acciones meritorias de misericordia y de bondad. Pero «las compasiones de los malos son crueles», ha dicho un pasaje de los libros declarados santos por los inquisidores, y éstos, mejor que los demás hombres del mundo, han probado por su conducta cuán horriblemente verdaderas son esas palabras. Así era como, suprema hipocresía, la santa cofradía entregaba los supuestos culpables al brazo secular, «para que fuesen castigados todo lo caritativa-

1 Victor Duruy, *Histoire de l'Europe*.

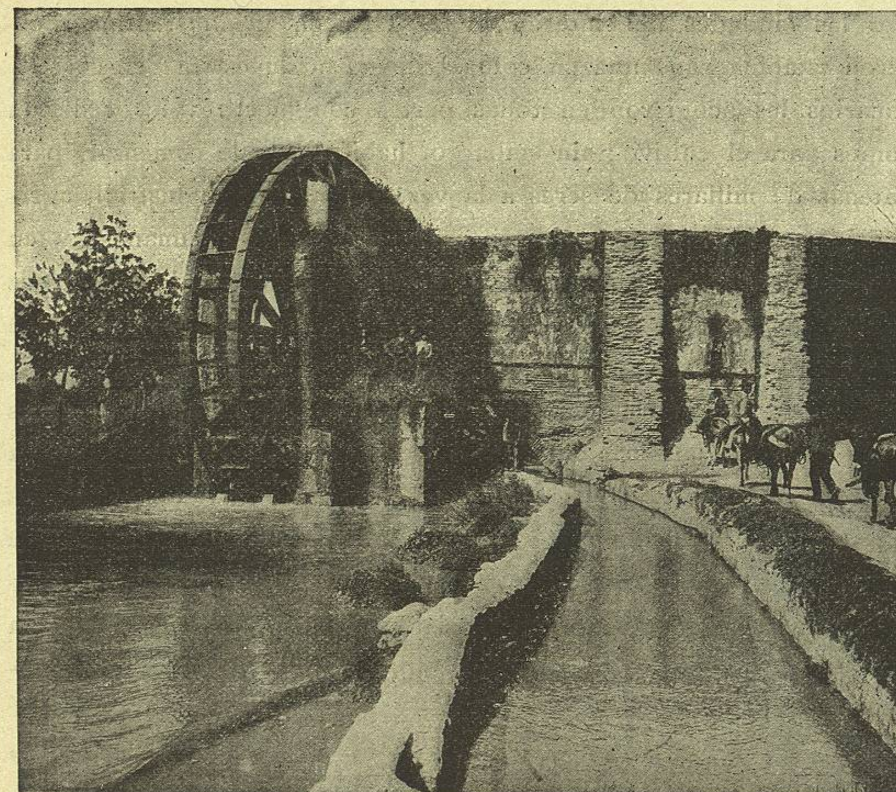
mente posible sin efusión de sangre»: tal era el suave eufemismo empleado para indicar la muerte en la hoguera.

N.° 383. Campiñas de Murcia y de Valencia.



La población de España parece haber disminuído durante el reinado de Felipe II: dícese que los diez millones de habitantes que existían en la península á la mitad del siglo XVI, en los cincuenta

años siguientes disminuyeron más de millón y medio. Era urgente pensar en la repoblación del reino, y, en efecto, se publicaron edictos para introducir agricultores laboriosos y restaurar la industria del suelo; pero ¡qué podían significar semejantes decretos, cuando en 1609 una ordenanza de «gracia» desterró unos ochocientos mil indi-



Cl. J. Kuhn, edit.

NORIA QUE SIRVE PARA EL RIEGO EN LAS INMEDIACIONES DE MURCIA

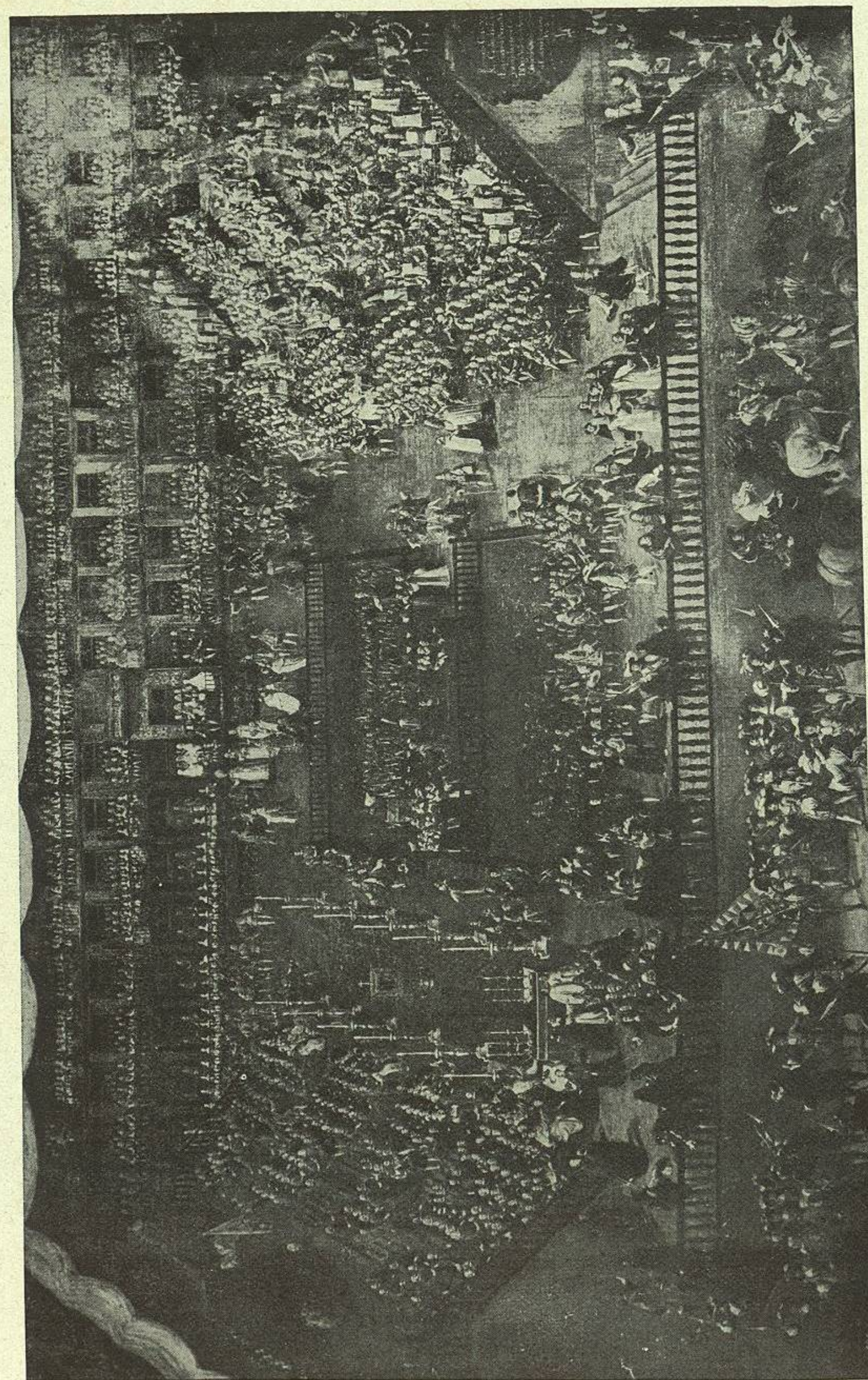
viduos, todos los Moros que no se habían convertido aún al catolicismo, ó aquellos cuya sinceridad de fe cristiana parecía sospechosa! Aquello fué un desastre absoluto: ciertas regiones de Andalucía y de las campiñas de Valencia y de Murcia fueron completamente devastadas. Todos los grandes trabajos hidráulicos para el riego de valles y llanuras habían sido realizados por los Moros, hasta desde la época de la dominación castellana: el gran dique de Almansa, sobre un afluente del Júcar, data de 1506, los de Elche y Alicante, del final del siglo XVI. Todas esas bellas construcciones que han

resistido admirablemente el asalto de las crecidas torrenciales fueron, es cierto, respetadas y hasta utilizadas por los cristianos, pero ningún trabajo nuevo vino á mejorar el sistema de los riegos árabes.

Los desterrados tuvieron suerte varia en sus numerosos lugares de destierro del África menor. La mayor parte se detuvieron en las ciudades del litoral de la Mauritania, entre Mogador y Trípoli, pero las ciudades del interior, Fez, Tlemcen y Constantina recibieron también cada una su colonia de «Andaluces». Sus correligionarios les acogieron en todas partes con afecto y les cedieron campos para el cultivo; sin embargo, habiéndose de comenzar, para centenas de millares de seres á la vez, la actividad industrial, agrícola y social, resultó una gran pérdida de vidas humanas, y en conjunto, no parece que los recién llegados llevaran al país de sus antepasados bereberes elementos de civilización superior, sino que se perdieron poco á poco en el medio de los musulmanes africanos, conservándose, no obstante, distribuídos en distintos puntos, grupos separados que se transmiten con fidelidad las bellas leyendas de la comarca perdida. El odio al «Roumi» se ha conservado entre ellos más ardiente, más rudo que el de los indígenas de Marruecos ó de Argelia. Un viajero, residente recientemente en Fez, habla con emoción de ese sentimiento de fría repulsión, desdeñosa, implacable, con que le miraban, como hijo de cristiano, los hijos de los Moros expulsados por Felipe II [1].

En cada efecto se hallan las causas, lo mismo que las causas en su mezcla infinita producen consecuencias análogas. Admira haber de consignarse que España, aunque disminuyendo muy rápidamente en población, en prosperidad material, y no teniendo, aparte de sus sacerdotes, de sus soldados y de sus funcionarios, más que vagabundos y mendigos, tuviese todavía en aquel período de decadencia una admirable floración de escritores y de artistas. Muchos de los primeros entre los Españoles y aun entre los hombres de todos los tiempos, Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Antonio de Herrera, Ribera, Zurbarán, Velázquez, Murillo y Camoens pertenecen á esa lamentable época de opresión en la que algunos de

[1] Ed. Ditte, *Questions diplomatiques et coloniales*, 1901.



FRANCESCO RIZI — UN AUTO DE FE — MUSEO DE MADRID

Cl. J. Kuhn, edit.

esos personajes hubieron de rebajarse hasta convertirse en «familiares», es decir, polizontes de la Inquisición. Aunque manchados por el ejercicio de semejante oficio, esos hombres fueron grandes, merced á que el impulso recibido durante la generación precedente, cuando España apareció de súbito la primera entre las naciones y se realizaron los prodigios del descubrimiento del Nuevo Mundo, había bastado para producir hasta en el siglo siguiente toda una pléyade de genios que tenían la fiereza, el lenguaje y el porte dignos de la raza; consciente de su antiguo heroísmo, tantas veces probado, la Iberia celebraba, una vez pasado y hasta en un siglo de rebajamiento, todo lo que había querido, realizado y presentido de grande y de bello.

En el momento en que, sintiéndose morir, se erguía el pueblo en su más noble actitud, cantaba su himno de gloria, que se oye aún y resuena de edad en edad. Durante aquella gran época de su literatura, el genio de España se desbordó con mucho de las fronteras políticas, y Francia é Inglaterra recibieron gran parte de su vida intelectual. Rotrou, Corneille, Beaumont y Flechter, Marlowe y hasta el poderoso Shakespeare deben al menos una chispa á la llama que ardía entonces al sud de los Pirineos.

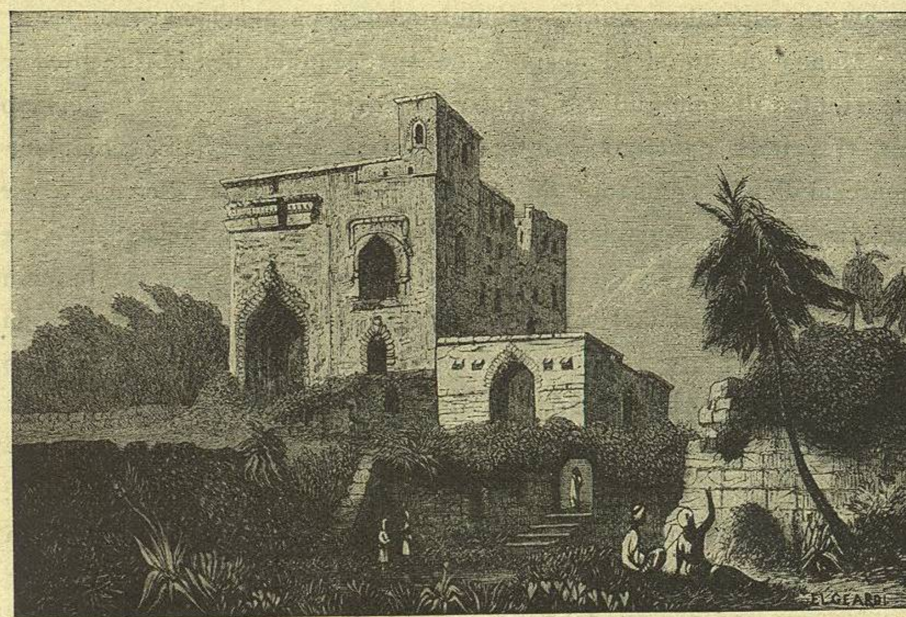
Por lo demás, mientras que la nación madre degeneraba, los hijos que había enviado al otro lado de los mares continuaban sus expediciones fabulosas en los países lejanos del ensueño, sin tutela, sin dirección venida del Escorial. Por la fuerza de las cosas los Cortés, los Pizarro, los Almagro, separados de la madre patria por meses, hasta por años de navegación, no podían contar más que con su propia iniciativa, y marchaban adelante á su capricho. Si hubieran tenido que obedecer al mandato del rey, hubieran esperado, contemporizado y descifrado largos despachos contradictorios, pero no hubieran conquistado Méjico ni Perú, dejando á otros aquel prodigioso botín. En tanto que la voluntad real no logró transformar todos los héroes del Nuevo Mundo en sumisos y tímidos vasallos, un poco de libertad ennoblecía todavía á España, y quizá los hombres independientes que no la habían abandonado aún, sentían una venganza suficiente al considerarse hermanos de los conquistadores libres en sus acciones al otro lado de los mares, que se burlaban de los edictos lanzados contra ellos.

España no estaba, pues, todavía exangüe, á pesar de la emigración de sus más valientes hijos, del frenesí de la ganancia y de la acción disolvente del oro; sin embargo, estaba condenada á decaer rápidamente á consecuencia de la opresión absoluta del pensamiento. La hoguera de la Inquisición que quemaba un hombre libre, quemaba á la vez la misma España. Todo individuo que sentía germinar en su cerebro una idea de verdad ó de justicia había de sofocarla en seguida ó pervertirla en un lenguaje engañador; es decir, había de hacerse cobarde ó hipócrita, so pena de caer en manos de los familiares del Santo Oficio. Toda vida mental se detenía en el gran cuerpo, y recayó por regresión en una existencia puramente vegetativa; según la expresión de Michelet, «de sangría en sangría, España se había desvanecido». Pero todo eso no impedía al orgullo español crecer, por decirlo así, en proporción de su rebajamiento. No hay pastor en las Castillas que no sienta en sí un emperador. En parte alguna como en España puede juzgarse de las consecuencias de un régimen en que el hombre sea reemplazado por el super-hombre.

La unión política se había hecho bajo el reinado de Felipe II entre las dos partes de la península Ibérica, España y Portugal, en el momento mismo en que su territorio de conquistas coloniales se extendía sobre tan vastos espacios desconocidos que podía considerárseles como ilimitados. En aquel inmenso imperio, español por un lado, portugués por el otro, las regiones de África y de Asia tuvieron una historia mucho menos llena de acontecimientos que la del Nuevo Mundo americano. En realidad los escasos miles de Portugueses, mercaderes, marinos, soldados y misioneros que se habían diseminado á lo largo de las costas y en las islas, desde la Guinea hasta las Molucas, representaban, en medio de centenas de millones de Negros, de Hindus y de Malayos, un elemento étnico demasiado poco considerable para que su acción pudiese tener una gran importancia material: la influencia, sobre todo económica y moral, se ejerció indirectamente por el desplazamiento de los caminos comerciales, la formación de nuevos mercados, el cambio de los procedimientos comerciales y de las clientelas, y también, en escasa proporción, por el contacto directo de las razas. A pesar de su ferocidad con

los indígenas, los Portugueses eran de un natural dulce y sociable; en distintos puntos, especialmente en Ceylán, se hicieron populares y persistieron algunos restos de su lenguaje: los nombres portugueses son todavía muy generalizados, mientras que los Holandeses que vinieron después han sido completamente olvidados [1].

Por mínimo que fuese su número entre las vastas multitudes, los Portugueses debían á sus barcos, á sus cañones, á su táctica militar



RUINAS DEL PALACIO DE LA INQUISICIÓN EN GOA

y al arte de las fortificaciones tan gran superioridad brutal, que les fué fácil abusar de ella. No solamente trataron de asegurarse el monopolio comercial de todos los preciosos productos del Oriente, obrando á este respecto como hubiesen obrado en su lugar cualquiera otra clase de traficantes ávidos, é hicieron el vacío á su alrededor como lo habían hecho en época anterior los Venecianos, los Egipcios, los Árabes y como lo hicieron después los Holandeses, sino que ejercieron también su intolerancia en materias religiosas: los mercaderes iban acompañados de misioneros, y éstos no admitían que se pudiese

[1] Em. Tennent, *Ceylon*, I, p. 418.

profesar sin pecado otra fe que la creencia en la Santísima Trinidad y en la Virgen María. Los tribunales de la Inquisición, importados á Goa y á Malacca, funcionaban de una manera más atroz aún que en la madre patria, donde, no obstante, Moros, Judíos y cristianos heréticos habían sido sacrificados á millares. Resultaron en consecuencia odios implacables, y si los tímidos Orientales entre quienes vivían los aventureros de Europa, carecían de la energía necesaria para expulsar á sus opresores, al menos estaban dispuestos á cambiar de amos: esperaban nuevos conquistadores para aclamarlos.

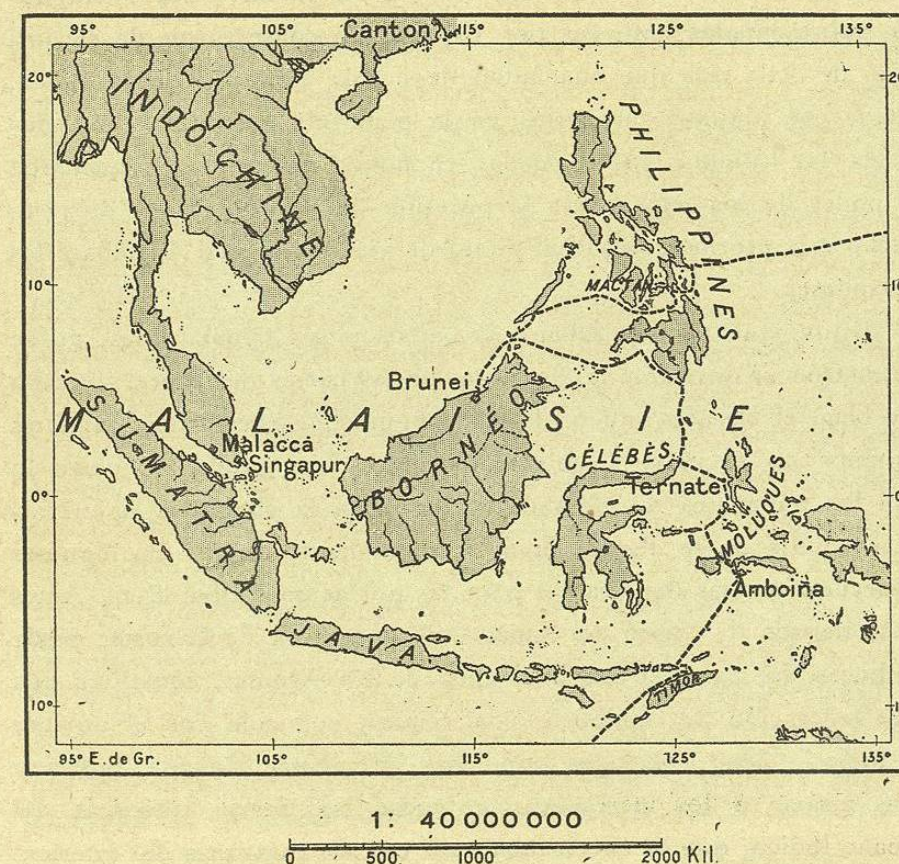
Menos de un siglo después de sus grandes descubrimientos y sus triunfos deslumbradores, estaba ya Portugal vencido de antemano por el primer enemigo que se presentara, porque había completamente abdicado en manos de los jesuítas, que habían llegado á ser sus directores de conciencia. Su discípulo, el rey Sebastián, que había hecho voto de castidad y de obediencia y á quien su función de soberano impedía el voto de pobreza, pudo al menos entregar su tesoro y su ejército á sus amados profesores, teólogos ardientes, pero políticos y generales incapaces, quienes organizaron aquella campaña marroquí en que pereció D. Sebastián, y que tuvo por consecuencia la anexión de Portugal á los ilimitados dominios de Felipe II, otro déspota tan mal aconsejado y tan imprudente como cualquiera de sus antecesores.

Lo que todavía quedaba de espíritu de aventura y de descubrimiento en las dos naciones oprimidas, fué tan mal dirigido, como las empresas de guerra. Tómese por ejemplo la historia del desgraciado piloto Pedro Fernández de Quirós: necesitó diez años de peticiones y esfuerzos para obtener el préstamo de dos barcos peruanos. La tierra donde tuvo la suerte de abordar era una de las mayores del Archipiélago de las Nuevas Hébridas, pero no merecía el nombre de Australia — Austrialia del Espíritu Santo — que le dió, sea en honor de Austria, sea en la creencia de que pisaba el gran continente austral cuya existencia se suponía, pero que era guardado por líneas de arrecifes. Como quiera que sea, tomó posesión de esta tierra «hasta el polo... en nombre de la Iglesia, del papa y del rey... por una duración tan larga como la del derecho». Después designó el sitio de la «Nueva Jerusalem» á la orilla de un río, el «Jordán», y tomó

parte en una procesión solemne de los curas y de la tripulación (1606).

Antes de morir, Felipe II tuvo tiempo de dar el primer golpe á su imperio colonial: en su pasión por el monopolio absoluto, intentó el imposible de impedir el comercio de detalle á que se dedicaban los mercaderes holandeses, embargando de una sola vez cincuenta

N.° 384. Islas de Indonesia.



El itinerario indicado en líneas discontinuas es el de los barcos de la primera circunnavegación. Llegaron el 16 de Marzo de 1521 á la vista de Filipinas; Magallanes murió el 27 de Abril delante de la isla Mactan; El Cano se hallaba el 8 de Julio en Brunei y no partió de Timor para España hasta el 11 de Febrero de 1522.

barcos de los Países Bajos anclados en el puerto de Lisboa (1594). Los hombres audaces é inteligentes que á la sazón dirigían la república de las Provincias Unidas comprendieron que, si no podían obtener las especias de segunda mano, valía la pena de ir á buscarlas al mismo lugar de producción, reemplazando por la fuerza á los tra-

tantes de Portugal. La tentativa tuvo un éxito feliz é inmediato; un librero de Amsterdam se había procurado mapas portugueses desde 1592, y diez años después, en los primeros años del siglo XVII, las escuadras holandesas expulsaban á los marinos portugueses del archipiélago de las Molucas, traficaban directamente con la China y el Japón y dictaban nuevos tratados de comercio á la mayor parte de las poblaciones ribereñas del mar de las Indias. Los Portugueses, representados entonces por España, no conservaron de su imperio de Asia más que una mitad de la isla Timor en la Insulinda, y Goa con algunos territorios en la península gangética. Sin embargo, las Filipinas, así llamadas en honor de Felipe II, quedaron en poder de los Españoles; la posesión de las Molucas y de Java, mucho más preciosas desde el punto de vista comercial, bastaba á los Holandeses.

Estos, que economizaban sus barcos y sus tripulaciones, no se molestaron en procurar la conquista de las partes del litoral africano que baña el Océano Indico: la triste figura que hacían los ocupantes lusitanos no excitaba á unos calculadores tan prudentes como lo eran los traficantes de Holanda á lanzarse á la conquista de tierras inútiles. En parte alguna tuvo la intervención de los Portugueses consecuencias más deplorables para las poblaciones ribereñas. Antes de la llegada de Vasco de Gama, toda la región de la costa, desde las bocas del Zambeze hasta el cabo de los Aromas, constituía una gran federación de repúblicas comerciales, conocida con el nombre de Imperio Zeng: ciudades populosas, Mombaza, Melinde, Sofala y otras atraían á los mercaderes de todas las tierras ribereñas del Océano Indico, que se encontraban allí con las caravanas del interior. La violenta intervención de los Portugueses cambió todo aquel bello equilibrio: por temor á las persecuciones religiosas los musulmanes se abstuvieron de frecuentar los mercados del litoral, y los caravaneros acabaron por olvidar el camino: del Imperio Zeng no subsiste más que un nombre: «Zanguébar» ó Zancíbar, tierra zeng, y las ciudades de la costa, por efecto de haber perdido su fuerza de atracción, dejaron que retornaran los habitantes del país interior á sus elementos primitivos de hordas distintas y enemigas. La regresión fué completa, pero del gran desastre queda apenas un recuerdo:

¡tantas naciones, después de haber brillado durante un tiempo, han desaparecido sucesivamente de la historia!

En el Nuevo Mundo propiamente dicho, los Españoles pudieron continuar durante mucho tiempo sus empresas de conquista y de colonización sin temor á sus rivales de Europa más que en la proximidad



Documento comunicado por la Sra. Agassiz.

TUMBA DE LOS ANTIGUOS SULTANES EN JAVA

de los puertos y en alta mar, como corsarios y piratas; en el interior de las tierras no tuvieron conflictos más que con los indígenas. Durante más de tres siglos, los latinizados de la península Ibérica, Españoles y Portugueses, fueron los únicos Europeos cuya acción se hizo sentir sobre las poblaciones de la parte del Nuevo Mundo limitada al Nordeste por la cuenca del Missisipi. Drake, Hawkins, Raleigh y otros corsarios ingleses eran harto poco numerosos para

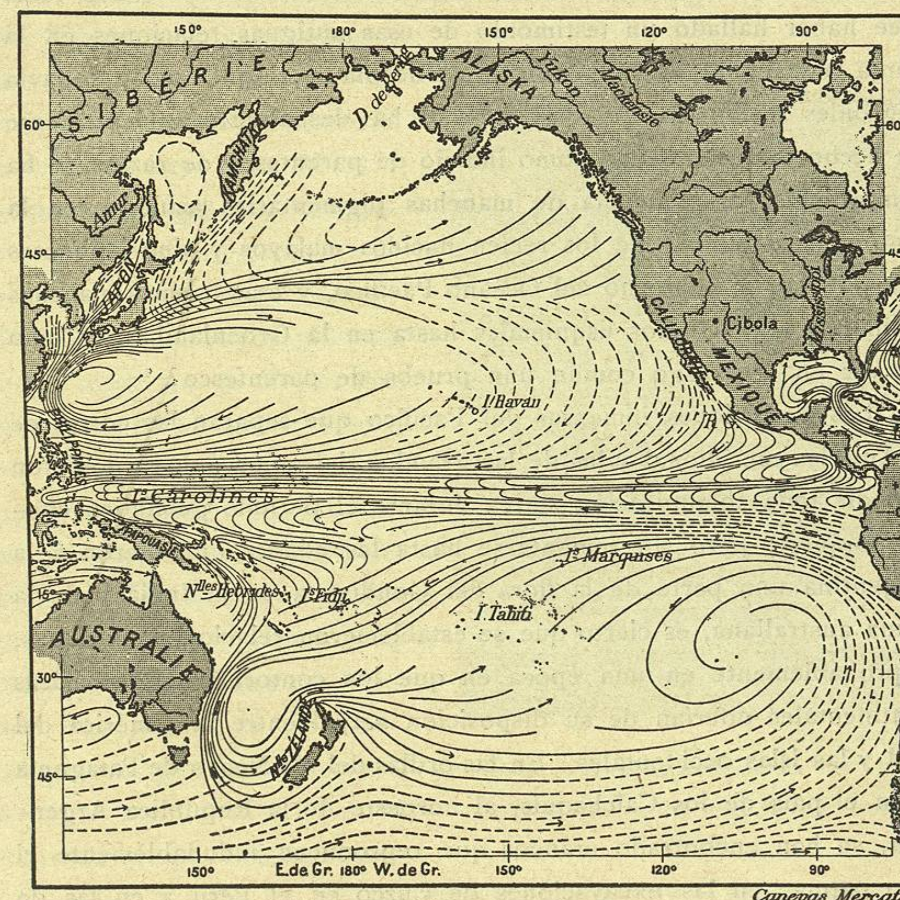
tratar de anexionar territorios; contentábanse con dar caza á los galeones españoles, y su obra se detenía generalmente en la costa.

No hubo intervención ni conquista por parte de otros Europeos más que en la pléyade de las Antillas y sobre la punta más avanzada del Brasil, en Pernambuco, donde, hacia el principio del siglo XVII, continuaron los Holandeses el movimiento de toma de colonias portuguesas que de modo tan brillante habían realizado en las Indias Orientales. El inmenso territorio, unos veintidós millones de kilómetros cuadrados, que comprenden hoy todas las repúblicas latinas de América, quedó, pues, sometido á la influencia de Europa por la mediación única de los Españoles y de los Portugueses durante una decena de generaciones, y si el imperio colonial se derrumbó después del largo trabajo que trajo consigo el crecimiento físico y la mezcla de los instintos y de las ideas, tal revolución no puede atribuirse á la acción brutal del exterior, sino sencillamente á la imposibilidad de vivir bajo el régimen del derecho divino. Lo que quedaba de la monarquía universal de Felipe II se extinguía por falta de aliento.

¿Qué relaciones habían existido antes de Colón entre las poblaciones de uno á otro grupo de continentes, del Antiguo al Nuevo Mundo? No se conocen de una manera cierta más que dos desplazamientos de hombres á través de los mares de separación. De un lado, los Esquimales del litoral polar americano y del Alaska franquearon el estrecho de Bering para establecerse en las costas de Siberia; del otro, los Normandos de Escandinavia y de Islandia desembarcaron, vivieron y fundaron colonias en Groenlandia y en las tierras nor-orientales de la América del Norte. He ahí los hechos claramente establecidos; pero además, las emigraciones voluntarias ó involuntarias de Tchuktchis y de Esquimales, de Japoneses y de Polinesios fueron harto numerosas durante el período de los cuatrocientos últimos años, sea á través del estrecho de Bering, sea por los caminos tempestuosos del mar, para que pueda quedar la menor duda acerca de antiguos viajes realizados por Asiáticos hacia las costas del Nuevo Mundo, ó por indígenas americanos hacia el Asia Central: un padre jesuíta que visitó la Tartaria en el siglo XVI encontró una mujer hurón que había sido vendida de tribu en tribu y había reco-

rrido cerca de la mitad de la circunferencia terrestre [1]. Industrias diversas como tejidos, arcillas cocidas y fabricación de bronce, pueden haberse introducido en las tierras del doble continente.

N.º 385. Corrientes del Pacífico.



La escala ecuatorial de este mapa es de 1 á 50 000 000.
Las líneas interrumpidas representan las corrientes frías. Se ve por la disposición de las corrientes que California y Chile están más predispuestos que Méjico y el Ecuador á recibir visitas de ultra-Pacífico.

Puede admitirse naturalmente que hubo cambios de procedencias y de ideas, puesto que el mar y los vientos, hasta independientemente de la voluntad de los individuos, pusieron frecuentemente en relaciones directas á los representantes de razas diversas. Un juego

[1] Charlevoix.

complicado, el *tric-trac* ó *jaquet* de los Europeos, suministra una prueba de las relaciones existentes entre Asia y América: se le encuentra bajo formas muy similares entre los Hindus y Birmanos, que le denominan Patchiti ó Patchit, y entre los antiguos Mejicanos que le conocían con el nombre de Patolli [1]. El naturalista Ten Kate cree haber hallado un testimonio de esas antiguas relaciones en la punta meridional de la península californiana, donde vivían todavía negroides melanesios [2]. Además se ha descubierto recientemente un hecho importantísimo como indicio de parentesco de razas: se ha comprobado la existencia de manchas pigmentarias azuladas en la región sacro-lumbar de los recién nacidos malayos y sino-japoneses que pueblan el contorno del Océano Pacífico, y esas mismas manchas se hallan en los niños esquimales hasta en la Groenlandia. ¿Cómo no ver en ese rasgo común una prueba de parentesco? [3]

Las extensiones inmensas del Pacífico que separan las costas de la América meridional y las de las grandes tierras oceánicas, debieron impedir toda comunicación activa durante el período geológico contemporáneo; pero sin remontarse hasta las edades que dieron á la Argentina una parte de la flora del Gondivana de la India y de la fauna australiana, es cierto que se establecieron relaciones continuas, y probablemente en una época en que los contornos de las masas continentales diferían de su disposición actual entre la América del Sud y las islas occidentales. En las orillas del río Negro de Patagonia y en el país de los Calchaquis, al noroeste de la República Argentina, se han encontrado cráneos que reproducen indudablemente el tipo papua; en las excavaciones de Cuzco en el Perú y en las de Santiago del Estero en la Argentina se han descubierto instrumentos de piedra de origen maori; mazas de madera tallada, enteramente semejantes á las de las islas Marquesas, proceden de las ruinas incas de las inmediaciones de Trujillo y de varios otros lugares de la costa occidental desde Colombia hasta Chile [4]. El museo de Lima contiene una varilla de tipo samoán admirablemente esculpida, hallada en el Perú.

1 E. B. Tylor, citado por Karl Gross, *Die Spiele der Menschen*, p. 243.
2 *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, t. VII, p. 564.
3 J. Deniker, *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, sesión del 4 de Abril de 1902.
4 Philippe Salmon; Gabriel de Mortillet, *Bulletin de la Soc. d'Anthropologie*, 1897, página 447, etc.

Así, pues, por esta antigua vía marítima, no utilizada desde las edades desconocidas, podrían transmitirse diversas pinturas y esculturas simbólicas cuyo origen parece asiático: tales son las *svastikas*, que no difieren de las de la India y del Japón; tal es también el *taïki* de las ruinas de Copan, que es esencialmente la imagen venerada de los Chinos, que representa á la vez el principio varón y el principio hembra, la fuerza y la materia, el rayo y la lluvia [1]. Como quiera que sea, y á pesar del silencio absoluto de la historia, aunque los comentadores modernos hayan probado la no identidad de Méjico con el Fu-sang de los anales chinos, no queda menos establecido, según los objetos hallados en las excavaciones, que hubo relaciones directas entre las tierras del Extremo Oriente y las del Extremo Occidente. Además, la hipótesis de un movimiento de pueblos europeos hacia el mundo occidental no es de las que puedan rechazarse fácilmente, porque ha habido unión de tierras entre las dos partes del mundo durante los tiempos cuaternarios hasta la época paleolítica. El reno pasó por aquel istmo y tras él pudo pasar el pastor [2].


Cl. A. Quiroga.
URNA FUNERARIA, HALLADA EN TAFI
Obsérvense las cruces pintadas que tiene la figura.

Los anales hallados en distintos puntos y los recuerdos que conservaban los Americanos vencidos, han permitido reconstituir algunos rasgos de la historia precolombiana del Nuevo Mundo. Hay también indicaciones que resultan de las condiciones geográficas del doble continente: el estado de civilización de los indígenas debía corres-

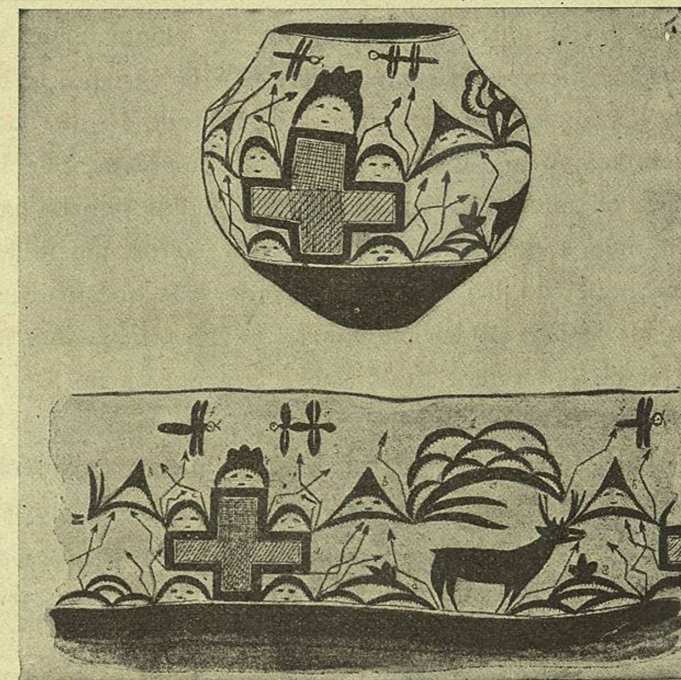
1 Adan Quiroga, *La Cruz en América*.
2 Josef von Siemiradski, *Beiträge zur Ethnographie der Südamerikanischen Indianer*, *Mitt. d. Anthr. Ges. in Wien*, t. XXVIII, p. 170; F. P. Moreno, *Geographical Journal*, II, p. 576.

ponder á las ventajas del medio que les ofrecía la Naturaleza y se hallaba escrito de antemano en la superficie del suelo. De ese modo, ninguna nación grande, por el número ó por el desarrollo de la inteligencia, hubiera podido desenvolverse en los claros de la inmensa selva amazónica, donde las comunicaciones naturales por tierra á través de los pantanos, las malezas y las ciénagas son casi imposibles, donde únicamente puede viajarse por agua, en regiones cuyos productos alimentan muy pobremente al hombre, aunque sin exigirle gran esfuerzo para mejorar su vida. Al nordeste y al sud de esas vastas extensiones forestales, hay otras regiones de llanuras igualmente poco favorables al nacimiento y al desarrollo de pueblos prósperos; de un lado están los «llanos», del otro las «pampas», espacios interfluviales que carecen de la humedad necesaria y donde la no existencia de animales domesticables, buey, oveja, caballo ó camello, no permitía ni siquiera la formación de tribus nómadas como las de los Árabes ó de los Mongoles. Más al Sud todavía, los grandes desiertos de piedra de la vertiente oriental de la Patagonia mantenían á los escasos habitantes dispersos en los territorios de caza, y, hacia la punta del continente, los glaciares, los derrumbamientos, las morainas, las rocas abruptas y los bosques reducían también la superficie de las tierras, desde luego avaras, donde los últimos indígenas pasaban su ruda existencia. En el gran triángulo de la América meridional, ciertas mesetas no obstruídas por nieves ó lavas, ó no revestidas de bosques infranqueables, lo mismo que diversas regiones intermediarias entre la llanura y la montaña eran, pues, las únicas comarcas que pudieran favorecer el desarrollo de las tribus en naciones cultas, gracias á las buenas condiciones del suelo y del clima, á la amplitud y á la cohesión suficiente del territorio.

El semillero de las Antillas, pequeñas y grandes, presenta una variedad singular de formas con una diversidad correspondiente de condiciones que hacen de la isla ó de una de sus partes un lugar de residencia penosa ó deseable; pero la mayor parte de esas tierras son verdaderos paraísos por la belleza de los paisajes, la abundancia de las aguas, la riqueza de la vegetación: á la vista de ciertas Antillas, acude la idea de que aquel espectáculo es el más maravilloso que puede ofrecer todo el planeta; á la esplendidez de las líneas y

al brillo de la luz, las Antillas añaden la facilidad de acceso por un mar casi siempre tranquilo, recorrido por vientos regulares: es fácil el traslado de una isla á otra, y así pudieron encontrarse é instruirse mutuamente gentes de razas muy diferentes, venidas del continente americano septentrional ó de las tierras serpentinas que se desarrollan al Oeste.

Desgraciadamente esa misma entrada libre que favorecía á los amigos, permitía también la penetración de los enemigos, y la obra prolongada de la paz fué interrumpida por guerras de exterminio; hasta los Caribes antropófagos, los «Caníbales» que halló Colón, y que venían probablemente de la América del Sud, donde vive todavía el grueso de la raza, se habían instalado sobre las costas orientales de la gran isla Española.



Cl. A. Quiroga.

VASO CEREMONIAL DE LOS SIOUX PARA IMPLORAR LA LLUVIA, QUE TIENE PINTADO UNA CRUZ

Se ven también cabezas de hombre y de mujer pertenecientes al pueblo de los Nuées, con la frente rodeada de gotas de lluvia; hay insectos de los que sólo se ven en tiempo de lluvia, y probablemente relámpagos.

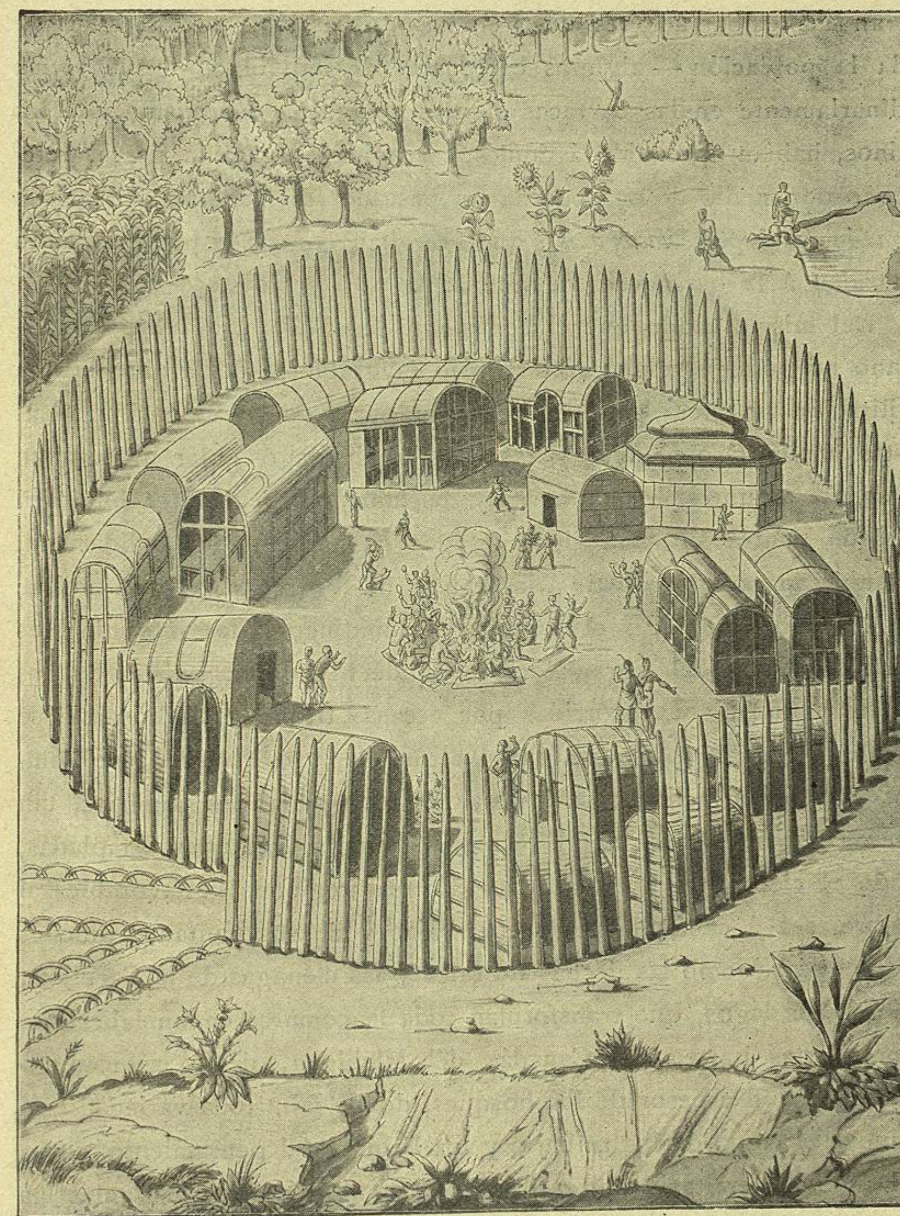
A pesar de los retrocesos hacia la barbarie causados por las guerras atroces, habían podido nacer ciertas civilizaciones por el contacto de los inmigrantes de medios diferentes. Los pocos detalles que los primeros visitadores españoles pudieron darnos sobre las costumbres y la cultura intelectual y moral de los Cebuneyes de Haití y de Cuba bastan para mostrar que esas naciones insulares habían salido hacía ya mucho tiempo del salvajismo primitivo y que eran incomparable-

mente superiores, por la mansedumbre, la bondad y el espíritu de justicia á la banda atroz de los aventureros españoles. Uno de los raptores y expoliadores, Colón, nos dice de los Haitianos que «amaban á sus prójimos como á sí mismos, y que su hablar, amabilísimo y muy dulce, iba acompañado siempre de sonrisas». Pero la obra de exterminio en las minas, en las plantaciones, en las canteras ó por los dientes de los mastines — á la vez que la brutal indiferencia de los recién venidos respecto de todo lo que no fuere oro ó no facilitara su adquisición, — fué tan completa, que la posteridad casi nada ha podido saber acerca de aquellas pobres naciones antillanas. En menos de medio siglo desaparecieron los millones de hombres que poblaban las islas, no dejando más que escasas familias ocultas en los retiros de las montañas [1]. Tan terrible fué la opresión, como si el cielo hubiera caído sobre las cabezas de los desgraciados, que los indígenas se enamoraron de la muerte como de una libertadora: comían tierra ó guijarros, se alimentaban con mandioca no despojada de su jugo venenoso. Los Cebuneyes murieron, no sólo de fatiga y de agotamiento, sino también por el deseo de concluir. Las mujeres cesaron de parir ó hicieron perecer sus frutos para que la esclavitud cesara con ellas.

Sin embargo, la raza á que pertenecían los Cebuneyes no fué exterminada por completo, gracias á su extensión fuera de las Antillas en la masa continental de América. Los Mayas de la península cuadrangular de Yucatán formaban parte del mismo grupo de naciones que los habitantes de Cuba; tenían el mismo aspecto físico, el cuerpo rechoncho, la cara ancha, la frente inclinada atrás por la manipulación que les hacían sufrir las madres en la primera edad, y se dice que se distinguían también por su amor al trabajo tranquilo y sus costumbres pacíficas. Pero tenían la ventaja de hallarse mejor protegidos contra la invasión: más alejados de España que sus hermanos de las Antillas, habitaban una tierra baja, rodeada de escollos y arrecifes, que se extendía hasta perderse sus costas de vista; además, no se les podía asaltar por todos lados á la vez, como á los insulares, y, en caso de derrota, les era fácil retirarse á los bosques

[1] Bart. de las Casas, *Destrucción de las Indias*.

impenetrables del interior; por otra parte los marinos españoles evitaron durante muchas décadas después del descubrimiento aventurarse



Cl. Sellier.

VILLA INDIA
según una obra del siglo XVI

en las espesuras del continente. En su territorio bien limitado del Yucatán pudieron los Mayas desarrollar en paz su civilización de una

manera más original y más completa que los Cebuneyes, aunque, según parece, habían llegado éstos á un notable grado de cultura. Siendo grandes navegantes, se aventuraban muy lejos sobre las aguas en anchas embarcaciones que, en caso necesario, podían contener toda la población — algunos centenares de individuos — que vivían ordinariamente en las barracas ó casas comunes. Lo mismo que los Chinos, habían aprendido á domesticar animales para la pesca, reteniendo por medio de una cuerda un pescado con ventosas, el famoso *pegadón* (*Echepeis naucratis*), que lanzaban contra la tortuga franca y atraían á la barca con su víctima [1].

Del mismo modo que el continente del Sud, el del Norte americano no podía suministrar territorio favorable al desarrollo de una civilización próspera sino en la menor parte de su extensión. Las costas de la Groenlandia y las del Archipiélago polar albergaban solamente algunos pescadores muy diseminados, y si no se hubiesen ayudado contra su mala situación por la más estrecha solidaridad, no hubieran podido resistir á las causas de disgregación y de muerte que les rodeaban. En el espesor del continente, las interminables llanuras heladas del «gran Norte», donde ni siquiera existen ya los árboles enanos, son recorridas por escasas tribus de Indios que se alimentan con animales que pacen el musgo, y es rarísimo ver hombres que logren aclimatarse á pesar de todo en países tan fríos, tan ásperos y privados de todo recurso. Bajo las latitudes templadas, donde el cielo es más dulce, hay diversas regiones desfavorables al hombre, sea á causa de sus costas bajas y de sus pantanos difíciles de franquear, como las flechas litorales y las ciénagas de la Carolina; sea por sus lagos, que transforman toda la comarca en un laberinto, como ciertas partes del Canadá, del Michigan, del Wisconsin, ó también por el espesor de los bosques, donde falta toda variedad que remueva el curso de los trabajos y los hábitos del pensamiento, como casi todo el territorio laurentino. ¿Cómo podrían ser habitadas las mesetas salinas ó nevadas de las Rocosas, ni las grandes llanuras del Oeste, casi sin agua, más que por cazadores nómadas? Escasos eran los oasis donde llegaban á cobijarse las tribus esparcidas, in-

[1] Felipe Poey, *Memorias sobre la historia natural de la Isla de Cuba*.

capaces de instalarse en parte alguna en un grupo formando nación.

Como lo atestigua una carta de la densidad actual de la población, á una tercera parte de los Estados Unidos puede evaluarse la superficie de las diversas regiones donde los habitantes gozaban de condiciones telúricas y climáticas favorables á su desarrollo, á condición, no obstante, de no hallarse en estado de guerra incesante y que su actividad no consistiese en exterminarse mutuamente. Entre los pueblos de Pieles Rojas, los más felices parecen haber sido las que vivían á la orilla de los estuarios de abundante pesca, mientras que los cazadores, en la estrechura de sus bosques donde la parte de alimento necesaria al hombre representa un gran dominio de la montería, entraban frecuentemente en lucha en los confines de sus territorios respectivos. Las matanzas, las destrucciones de campamentos y las emigraciones lejanas, que traían siempre, con la pérdida de fuerzas, un retroceso de la civilización, eran los acontecimientos más comunes de la historia precolombiana; sin embargo, muchas instituciones locales, salvadas del naufragio de la raza, lo mismo que los discursos, los proverbios y los cantos, demuestran que el espíritu de los indígenas se había ele-



Museo de Etnografía del Trocadero.

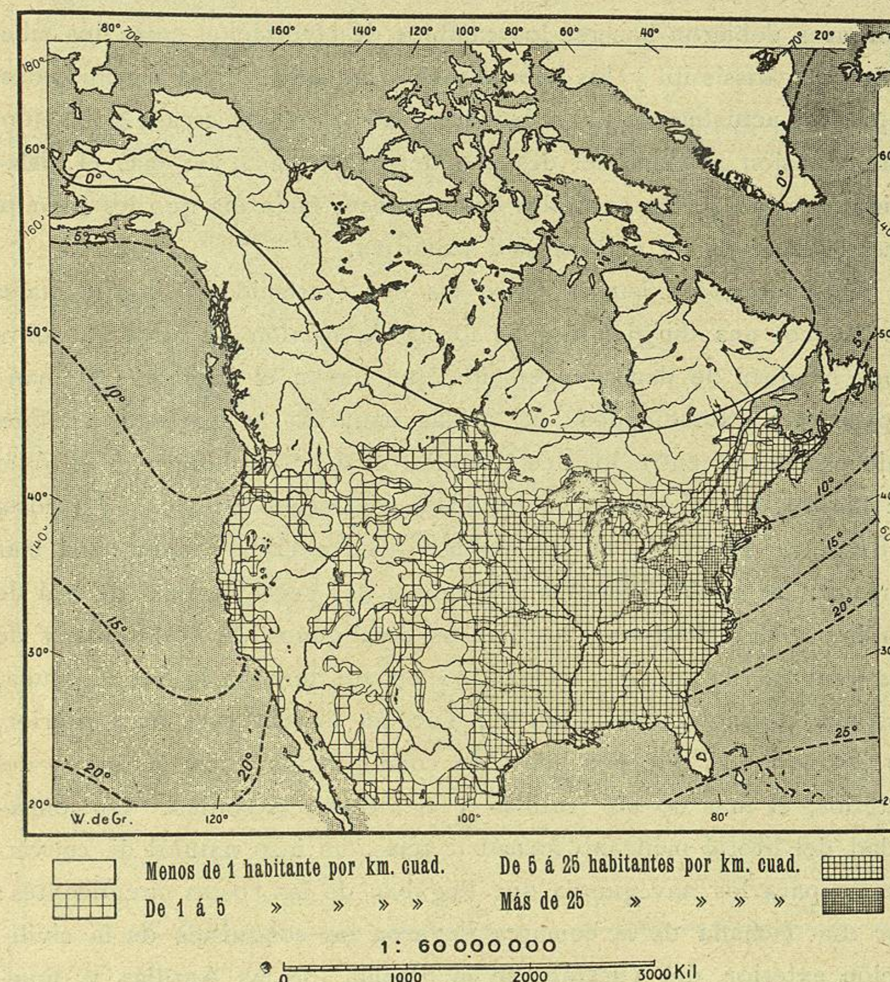
CORTÉS ALIMENTANDO Á SUS PERROS CON ESCLAVOS

vado á una gran altura de pensamiento y que había adquirido una gran profundidad en el conocimiento de las pasiones. Desde ese punto de vista, no hay grupo étnico más interesante que aquel á quien los sociólogos norteamericanos han dado el nombre de «Amerindianos», siendo de pronunciación poco agradable, y por lo mismo condenado sin duda á no entrar definitivamente en la lengua científica.

En el continente septentrional del Nuevo Mundo, la civilización más claramente caracterizada fué la del pueblo mejicano, y precisamente la meseta que se ha designado en su conjunto con el nombre de Anahuac, que pertenece especialmente á una porción del territorio, constituye una fuerte individualidad geográfica, cuyos rasgos ayudan á comprender los destinos de la nación. Hacia su extremidad meridional levántase esa meseta como una muralla y presenta escarpes de subida difícil que, desde la orilla del mar se elevan hasta la región de las nieves y ciñen como con bandas de diferentes colores, climas distintos que forman la separación de las poblaciones respectivas de las diversas alturas, de donde resultaba que los residentes de la meseta, encerrados en el alto recinto, casi no habían de temer los asaltos de los pueblos de la zona inferior. En primer lugar eran muy superiores en número, gracias á la naturaleza de su suelo templado, y en todas partes dispuesto para el desmonte y el cultivo; además debían á ese predominio de densidad la formación de grandes ciudades y de clases industriales ingeniosas para todos los trabajos, entre otros los de defensa, mientras que las tribus diseminadas en las tierras cálidas del litoral, que no habían de trabajar para su subsistencia, quedaban en la pereza intelectual primitiva, sin pensar apenas en el escalo de las altas cimas ni en el ataque de sus defensores. Cuando los conquistadores españoles subieron á la meseta, hallándose en condiciones especialmente favorables para la ofensiva, puesto que disponían del caballo y de las armas de fuego, se dieron cuenta de que el imperio de Motezuma, establecido en la cuenca cerrada de Méjico, comprendía la mayor extensión de las pendientes exteriores hasta los dos mares: la iniciativa de la conquista perteneció á los montañeses, lo mismo que en tantos otros puntos de los Andes, del Himalaya y de los Alpes.

Verdad es que por el lado del Norte, la meseta de Méjico, encerrada entre sus dos cadenas limitadoras, que siguen, una el litoral del Pacífico, otra el del golfo mejicano, se abre ampliamente hacia la alta cuenca del río Grande. El relieve del suelo en esta dirección

N.° 386. El inhabitable gran Norte.



no opone obstáculo á las emigraciones ni á las conquistas; de ahí las semejanzas de raza y de costumbres que atestiguan el parentesco de las poblaciones. Es indudable que se han verificado movimientos étnicos en el sentido de Norte á Sud, desde las llanuras del Mississipi hacia el embudo que presenta la meseta de Méjico, gradualmente estrechada en la dirección del Sudeste (Bandelier). En una época

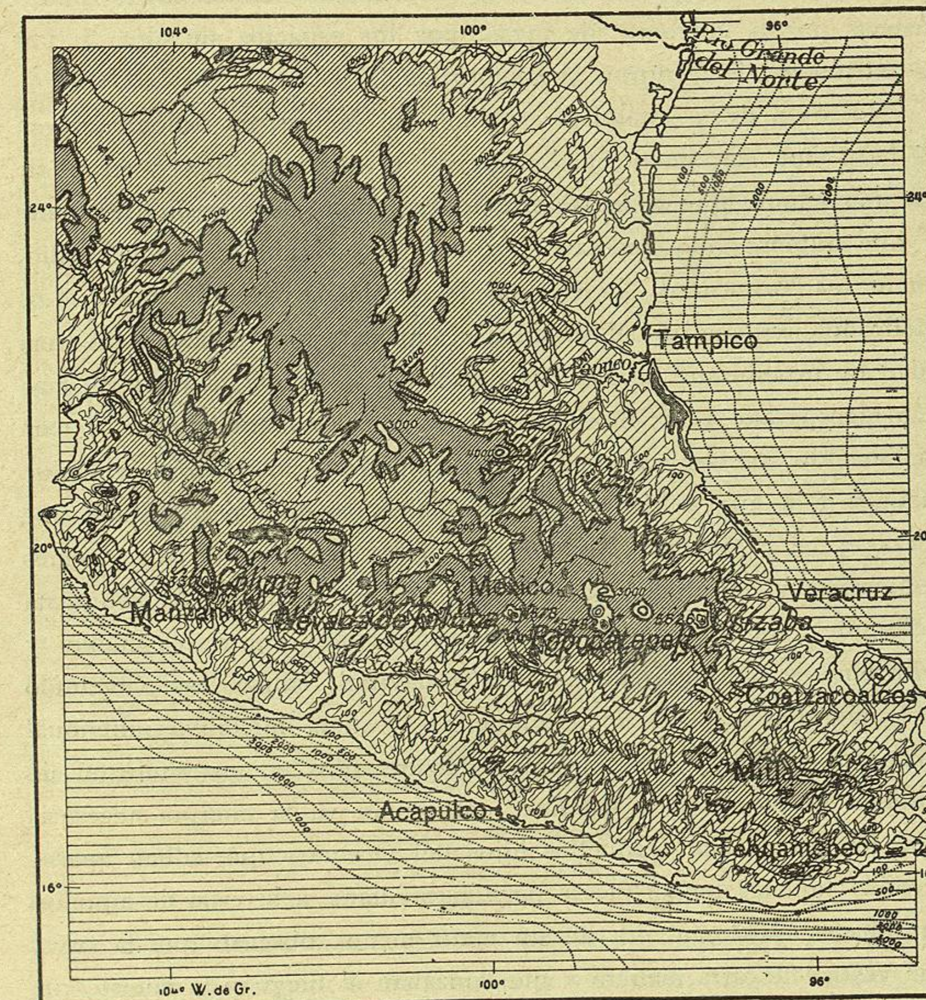
anterior, cuando los glaciares de las Rocosas y de los otros sistemas montañosos de la comarca llenaron de lagos los valles y esparcieron por todas partes aguas corrientes, los espacios que llegaron á quedar áridos y desiertos, que separan el Far-west americano de la meseta templada del Anahuac, se contaban entre los más agradables de la Tierra, y las naciones emigrantes se movían allí con toda facilidad. Entonces debieron hacerse los cambios de civilización entre los ribereños del Mississipi y los habitantes de las altas tierras meridionales, separadas actualmente por soledades y por zonas de escasa población. La extensión gradual del desierto determina cada vez más el aislamiento étnico de los naturales de la meseta mejicana que les permite desarrollarse en su originalidad primitiva.

El contraste existente entre las dos extremidades continentales de Méjico, una dirigiéndose en forma de bastión de fortaleza sobre unos bosques de densa vegetación que llenan el istmo de Tehuantepec, otra extendiéndose en áridas llanuras, se presenta también bajo otra forma entre los dos litorales, el del Este, que mira el golfo de Méjico, el del Oeste, vuelto hacia el Océano Pacífico. La costa oriental se desarrolla en un extenso semi-círculo y limita una mar cerrada: las orillas arenosas y fangosas del Tejas, la pata de oca de las bocas del Mississipi, los bancos coralígenos de la Florida y de sus «cayas», la «lengua de pájaro» en que termina la isla de Cuba, después la masa cuadrilátera del Yucatán limitan este mar interior, no dejando más que dos bocas de comunicación entre las aguas del exterior, el mar de las Antillas y el Océano Atlántico. La concavidad del litoral mejicano formaba, pues, un lazo natural de convergencia para los navegantes que llegaban de las costas circundantes: por esta fachada de la comarca llegaron las conquistas de la civilización exterior, del Yucatán, de la Florida, de las Antillas y, finalmente, los de Europa.

La costa occidental de Méjico, por el contrario, se redondeaba en una larga curva convexa á la orilla de un océano sin límites. Hasta la época de las grandes navegaciones mundiales que empequeñecieron el globo terrestre, esta parte de la orilla oceánica debió quedar solitaria, sin otras relaciones que las del escaso tráfico, de bahía en bahía. Defendida contra las corrientes de fuera por la

península de California que obraba á la manera de un rompeolas de mil kilómetros de longitud, la costa no podía ser punto de arribada de las embarcaciones en peligro, tripuladas por Japoneses ó

N.º 387. La meseta de Anahuac.



Polinesios: más al Norte, hacia la California septentrional, ó mucho más al Sud, á lo largo del litoral chileno, es donde tales naufragios, ocasión de mezclas étnicas, pudieron haber tenido lugar. Hasta puede admitirse que los antiguos Mejicanos hubieran conocido las islas volcánicas de Revilla Gigedo, que elevan sus rocas á 600 kilómetros al

oeste de la costa. Aun por tierra, las emigraciones de tribus y las relaciones internacionales no pudieron hacerse sino con gran lentitud á lo largo de la costa convexa del Méjico occidental, á causa de la falta de un camino natural bien trazado desde una cuenca fluvial á otra: en muchos puntos las comunicaciones se habían hecho penosísimas por la corriente de lavas, por los espacios sin agua y por la existencia de abruptos promontorios.

La obra de la conquista española en Méjico, en Colombia y en el Perú, fué ciertamente facilitada por el estado político y social de las poblaciones que se hallaban entonces en vía de regresión evidente y que hubiera sido necesario respetar más si hubieran conservado, como los Araucanos, la energía de su iniciativa individual. Los Mejicanos reconocían su decadencia, puesto que hablaban de una edad de oro durante la cual las ciencias, las artes y la industria habían prosperado maravillosamente. Se consideraban decaídos, y con fundamento, pero quizá no veían la verdadera causa: una evolución análoga á la que se había realizado en Europa hubiera podido observarse en el Nuevo Mundo; las clases parásitas de los dueños temporales y espirituales, frecuentemente en lucha por la conquista del poder, pero con mayor frecuencia unidos contra el pueblo y reduciéndole al estado de perfecta esclavitud, habían casi concluído por completo la obra de servidumbre, y toda iniciativa individual había desaparecido: los súbditos, transformados en una multitud sin impulso ni fuerza de resistencia, no tenían ya la energía necesaria para arrojar al mar «aquellos hijos del Océano» que solían aparecérseles; apenas tenían fuerza para maravillarse á la vista de aquellos extranjeros cuya piel era de un matiz menos obscuro que la suya, que vestían de otra manera y que lanzaban el fuego y la muerte con un tubo de acero.

Sin embargo, necesitó dos años de esfuerzos Hernán Cortés para dominar la resistencia de Méjico. Cuando desembarcó en 1519, cerca del lugar donde fundó la ciudad de Vera Cruz, no llevaba consigo más que quinientos hombres, pero, no teniendo que combatir con grandes ejércitos, pudo triunfar en detalle de los caciques más ó menos poderosos que le cerraban el paso, y reforzar su tropa con los Indios vencidos que consentían en seguirle, y sobre todo con los

hombres útiles reclutados en las tribus independientes ó hasta rebeldes contra la opresión de los Aztecas; varias veces también tuvo la buena fortuna de atraerse centenares de soldados españoles que su enemigo y rival Velázquez, el gobernador de Cuba, enviaba contra él. Tan astuto como valiente y codicioso, Cortés logró apoderarse



Cl. Sellier.

DIFERENTES MEDIOS QUE EMPLEABAN LOS INDIOS PARA ATRAVESAR LOS RÍOS
De una obra del siglo XVI.

de la persona de Motezuma, el soberano de la nación, y á gobernar en su nombre, haciéndole decretar la sumisión del país al emperador Carlos V y el pago de enormes tributos; pero, demasiado ávidos del goce, los conquistadores no supieron ni quisieron atraerse al pueblo, y en la «noche triste», cuando hubieron de evacuar la ciudad insular de Tenochtitlan, la Méjico de nuestros días, pasando con sus bagajes y sus escasos caballos y cañones sobre la estrecha calzada cortada de puentes que unía la ciudad á la tierra firme, creyeron llegado su último momento. La leyenda se produjo de súbito ante los ojos alucinados de los fugitivos: la madre de Dios y Santiago de Com-

postela, cogiendo en sus manos la bandera de Castilla y de León, condujeron los sobrevivientes á tierra firme, donde se preparon para la reconquista de la ciudad lacustre.

En 1521 la dominación española quedaba definitivamente afirmada en la meseta del Anahuac: sometidos todos los Aztecas y otros pueblos indígenas, se presumían, por ese mismo hecho, convertidos al cristianismo; Cortés, en su ascensión victoriosa á la meseta, había convertido á todos los paganos hallados á su paso, obligándoles á arrodillarse ante la cruz y las imágenes de la Virgen [1]; pero esta ceremonia preliminar ni siquiera era indispensable para operar conversiones en masa: bastaba proclamar la toma de posesión. Un fraile, armado con una cruz, pronunciaba algunas palabras latinas ante la multitud de los indígenas, después un notario leía un documento oficial, apenas comprensible para los mismos Españoles, atribuyendo al «rey católico», en propiedad legítima y sagrada la inmensidad de los territorios desconocidos, y era cosa hecha: á partir de aquel momento los religiosos podían declarar relapsos á los Indios que no se conformaran con los ritos impuestos, y los soldados castellanos, convertidos en servidores del Santo Oficio, adquirían el derecho de robo y de pillaje, de tormento y de matanza. Se llegó hasta contentarse con un simple simulacro de ceremonia pública, limitándose á simbolizar la conquista y la conversión. En 1538, el fraile Marcos de Niza, que se adelantó el primero sobre una colina desde donde se veía á lo lejos una de las poblaciones del misterioso país de Cibola, al norte del río Grande, amontonó apresuradamente algunas piedras para plantar allí dos ramas en forma de cruz y apoderarse oficialmente del «nuevo reino de San Francisco», que representaba los países actuales del Nuevo Méjico y del Arizona, huyendo en seguida «con más miedo que víveres», como lo expresa él mismo [2].

La conversión impuesta por los Españoles se realizaba tanto más rápidamente cuanto que los indígenas vivían hacía ya mucho tiempo bajo el imperio de las alucinaciones religiosas; no se admiraban de ningún milagro y se prosternaban fácilmente delante de todos los

[1] Bernal Díaz del Castillo.
[2] F. A. Bandelier, Memorias diversas; F.-W. Hodge, *The American Anthropologist*, Abril de 1895, vol. III, n.° 2.

ídolos nuevos con la misma fe que ante los antiguos. Los Españoles, queriendo hacer creer á los Indios que el blanco era un ser

N.° 338. Tenochtitlan y su laguna.



inmortal, aunque algún cadáver de los suyos hubiese quedado en los combates, se guardaban bien de exponer el crucifijo [1], pero exhibían

[1] Remesal; — Aubin, *Mémoire sur la Peinture didactique.*

siempre la imagen de la Virgen María ó «Gran Señora», la Tegleciguata, que después, hasta durante la guerra de la independencia de Méjico, fué la patrona de Méjico bajo el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe.

Desde el punto de vista religioso, los Aztecas y otros indígenas del país conocían bastante los horrores de los sacrificios humanos para aceptar sin extrañeza los dogmas y las prácticas de la religión cristiana. Los ritos introducidos por los sacerdotes, y constantemente agravados por ellos bajo el imperio del terror, eran los más atroces que se pueda concebir. Hasta la harina ofrecida á los dioses había de estar empapada en sangre de vírgenes y de niños muertos de miedo; el terrible Huitziloputzli no quería por ofrenda más que corazones humanos, pero los necesitaba á miles: las matanzas de que se habían encargado los sacerdotes «desolladores», vestidos de pieles sangrientas, se continuaban sin interrupción en los mataderos de hombres. Para entretener las matanzas, para tener víctimas suficientes para todas las fiestas de dedicación y de inauguración, para bañar las paredes de los templos en sangre de cautivos, se proclamaban «guerras sagradas» y se condenaba por tratados á los vencidos á suministrar numerosas víctimas. Los Mejicanos tenían también su Eucaristía: comían la carne de aquellos á quienes habían hecho dioses.

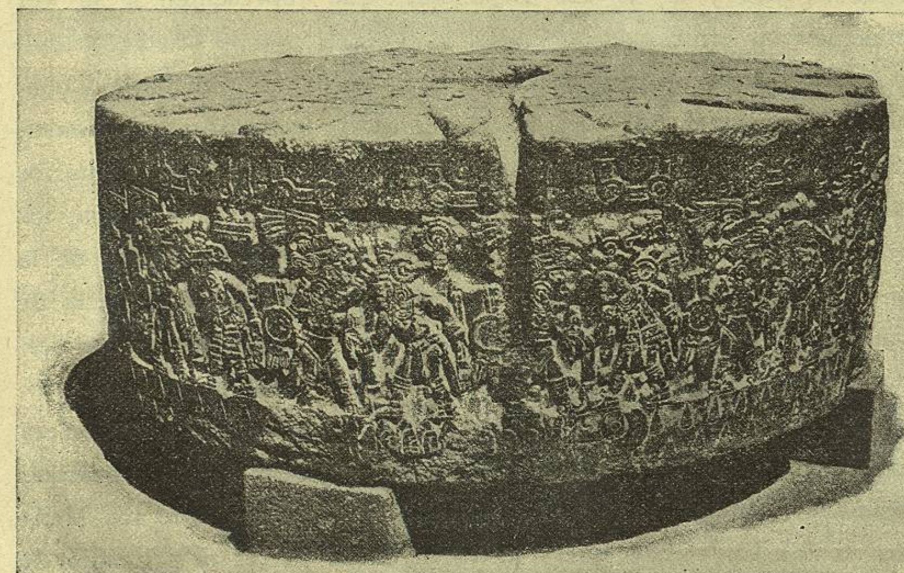


Cl. Sellier.

PIEDRA DEL CALENDARIO MEJICANO

Comparada con semejante régimen, la Inquisición debió parecer dulce á los nuevos fieles de la Iglesia. Si la población de Méjico

disminuyó notablemente, débense considerar como causa las miserias de la esclavitud. Oficialmente no podían ser reducidos los Indios á servidumbre, puesto que se habían apresurado á hacerse cristianos, á entrar en el gremio de la Iglesia universal, pero de hecho se les trataba más duramente que á los negros, porque eran más débiles. La repartición del país en grandes territorios, que el rey concedía á los personajes civiles ó religiosos, traía consigo la distribución del pueblo en chusmas de desgraciados á quienes se abrumaba con el trabajo, y en quienes se cebaban las enfermedades contagiosas, llevadas de Europa, hasta el punto de perecer poblaciones y distritos enteros. La raza pura parecía destinada á desaparecer, y realmente sólo se ha conservado en países apartados. Entre las civilizaciones locales que se extinguieron casi por completo, puede citarse la de los Zapotecas, los inmortales removedores de tierras, que modelaron de nuevo en plataformas y en pirámides montañas enteras en kilómetros cuadrados de extensión, los hábiles constructores de los palacios de Mitla, los arquitectos que igualaron á los de los mejores tiempos de Grecia y de Roma por la perfección en el corte y en la



Cl. Lippincott.

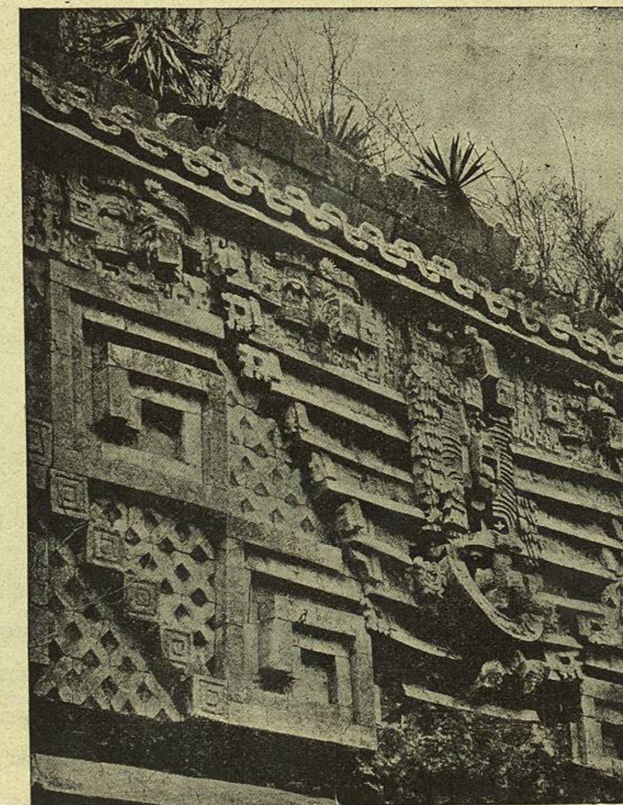
PIEDRA DE SACRIFICIO ENTRE LOS MEJICANOS

colocación de las piedras [1]; cerca de cuatro siglos después del paso de los devastadores por el país, se descubren con admiración aquellas hermosas ruinas, con sus jeroglíficos y sus decoraciones sorprendentes [2]. El Anahuac se hubiera despoblado por completo si los inmigrantes españoles, á imitación de Cortés y de otros conquistadores, no hubiesen en gran mayoría tomado Indias por mujeres, y si la nación no se hubiera mezclado á fondo, reemplazando los Nahuas de origen puro por hombres de sangre mezclada, unidos á la vez al tronco de los aborígenes y al de los Españoles, que representan á su vez tantas mezclas étnicas.

Estas uniones de raza á raza contribuyeron en gran parte á conservar el tesoro de las antiguas leyendas y facilitaron la reconstitución de los recuerdos nacionales desde una época lejana anterior á la conquista cerca de un millar de años. En aquella época, los Mejicanos ó Aztecas, de raza «nahualt» como los indígenas de la América Central, constituían ya una nación que tenía conciencia de sí misma y poseía una verdadera unidad de civilización que respondía á la unidad geográfica de la meseta de Anahuac. Los progresos científicos de los habitantes se habían realizado de una manera perfectamente original, sin intervención de las influencias asiáticas imaginadas por gran número de autores [3]. No solamente los Mejicanos tenían los oficios que indican en todas partes el principio de la civilización, sino que también practicaban las artes, arquitectura, pintura y escultura, y hasta con la palabra Toltecas — *toltecatl* artistas — se conoce una de sus tribus, que desde el siglo VII al XI fué la más poderosa entre los Nahuas de la meseta. La lengua nahuatl, que todavía se habla en Méjico junto con el castellano, pero que ha perdido la mayor parte de las palabras del antiguo idioma literario, atestigua por su extremada riqueza en términos abstractos el elevadísimo desarrollo intelectual que había alcanzado la nación. En tanto que en casi todos los países nuevos, los traductores de la *Biblia*, de la *Imitación* y otras obras místicas tenían gran dificultad para reproducir en el idioma del país el sentido del original, no les costó el

[1] Viollet le Duc; — Charney, *Cités et Ruines américaines.*
[2] W. H. Holmes, *Archelogical Studies among the ancient Cities of Mexico.*
[3] Cyrus Thomas; — Alfred Chavers, etc.

menor trabajo su traducción en azteca. Si los Mejicanos no tenían escritura cursiva propiamente dicha, transmitían muy bien sus ideas por medio de jeroglíficos pintados sobre las hojas del maguey ó de otro «árbol de papel», ó grabados sobre madera ó piedra, y dibujaban también mapas geográficos y celestes. Siendo hábiles astrónomos, como lo atestiguan la piedra conservada en la catedral de Méjico y el «codex» de Dresde, Aztecas y Mayas dividían perfectamente el año en dieciocho meses de veinte días, á los que se añadían cinco suplementarios, luego doce ó trece, según los cálculos, después de cada ciclo de cincuenta y dos años, considerado como el período normal de la actividad humana. En el museo de Méjico se halla un calendario esculpido en piedra que es uno de los más preciosos monumentos de la antigua civilización. Los edificios construídos por los Aztecas fueron todos arrasados, á excepción de las pirámides escalonadas, templos del sol, semejantes á los de la Caldea; de ellos quedan todavía algunos, de los cuales se han desprendido las piedras y parecen actualmente colinas naturales de ancha base: cultivos, árboles y en la cima iglesias católicas han ocupado el lugar de los antiguos ornamentos arquitectónicos de la pirámide.

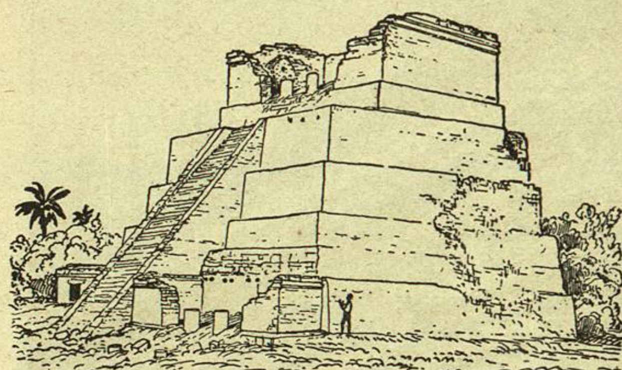


Cl. W. H. Holmes.

ESCULTURAS DE UN PALACIO EN UXMAL

La longitud del muro esculpido alcanza 221 metros y comprende 2,000 piedras de 15 centímetros por 30. Una cruz blanca indica el sitio de donde ha sido desprendida una cabeza esculpida.

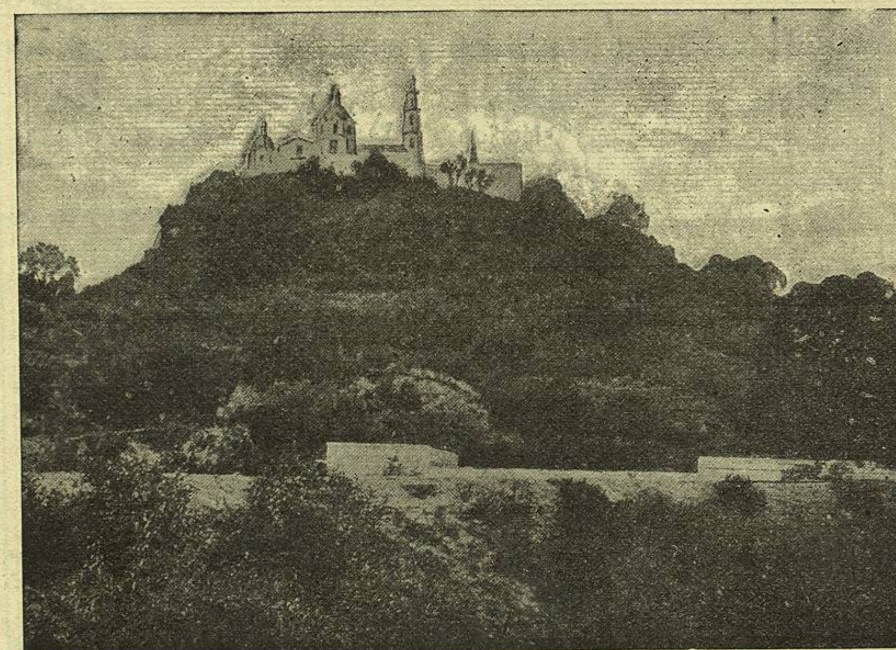
Los Mayas fueron más dichosos que los Aztecas, porque si la persecución política y religiosa se dirigió contra ellos con la misma violencia, supieron resistir con mayor energía y hasta conservar sus costumbres, su nacionalidad, su independencia en las regiones del interior donde la meseta calcárea del Yucatán viene á apoyarse sobre las estribaciones cubiertas de bosque de la gran cordillera. Cuando se presentaron los Españoles en el Yucatán ó Mayapán, la «tierra de los Mayas», éstos no se hallaban, según parece, en estado de decadencia, como los Mejicanos del Anahuac: menos dominados por los sacerdotes, extraños á la religión de sangre, gustaban de las fiestas alegres y vivían pacíficamente en ciudades no fortificadas; se hallaban en plena floración de cultura, indudablemente muy superior al término medio de la de sus verdugos los conquistadores y los inquisidores, que venían á arrasar las ciudades, romper las esculturas y quemar las bibliotecas. Por lo demás, resultaron bajo muchos conceptos la raza directora, puesto que habiendo conservado su lengua, impusieron naturalmente su uso á la gran mayoría de los Españoles, que llegaron á ser los burgueses de las ciudades y los propietarios de los territorios. Una sesentena de ciudades conservan todavía restos de templos, de pirámides, de palacios cubiertos de esculturas; numerosos caminos, construídos según procedimientos que no eran inferiores á los de las calzadas romanas y á nuestros caminos de macadam, se utilizan todavía entre las ciudades de mercado, y los museos poseen notables estatuas, de las que no todas tienen la forma exagerada del tipo originario de los antiguos Mayas, con su nariz y su frente inclinada hacia atrás. Pero de todos los tesoros de la antigua civilización, los más preciosos son los libros,



Cl. W. H. Holmes.

PIRÁMIDE EN LA COSTA NOR-ORIENTAL DEL YUCATÁN

ó telas cubiertas de jeroglíficos «calculiformes», en cuya interpretación se ocupan con empeño los sabios de Europa y de América, siguiendo métodos diversos y con resultados contradictorios hasta el presente. Esos preciosos documentos tienen quizás en reserva importantes descubrimientos sobre la prehistoria de las naciones americanas.



Cl. Lippincott.

CHOLULA — PIRÁMIDE CUBIERTA DE VEGETACIÓN CON UNA IGLESIA EN LA CIMA

Cholula, al pie oriental del Popocatepetl, era la ciudad santa del Anahuac.

Al Este y al Sudeste, los habitantes de la América Central, en su estrecha cinta de tierra serpentina, no tuvieron las facilidades necesarias para desarrollarse en naciones tan poderosas como las de los Aztecas y los Mayas. Sin embargo, es indudable que los hermanos de los primeros, conocidos en la América ístmica con el nombre de Pipils, y los Quichuas de Guatemala, emparentados con los Mayas de Yucatán, participaron de la civilización de los Mejicanos y hasta les precedieron. En tanto que la sociedad nahuatl no remonta más allá del siglo VI, una caoba hallada bajo una ruina guatemalteca, por sus círculos de crecimiento, ha permitido fijar en 1700 años lo menos la edad de la construcción (P. Mougeolle).

Los Quichuas han dejado también un tesoro literario de los más preciosos, el Popol-Vuh ó «Libro de la Historia», que se ha tra-

N.º 389. Peninsulas de Yucatán y de Honduras.



tado de traducir ó más bien de interpretar en español y en francés. Antes de la llegada de los blancos, Pipils y Quichuas vivían pacíficamente en próxima vecindad: no habitaban en grupos, y cada

familia se había instalado en el campo en medio de sus cultivos. No se fundaron ciudades hasta la época en que las revoluciones, las

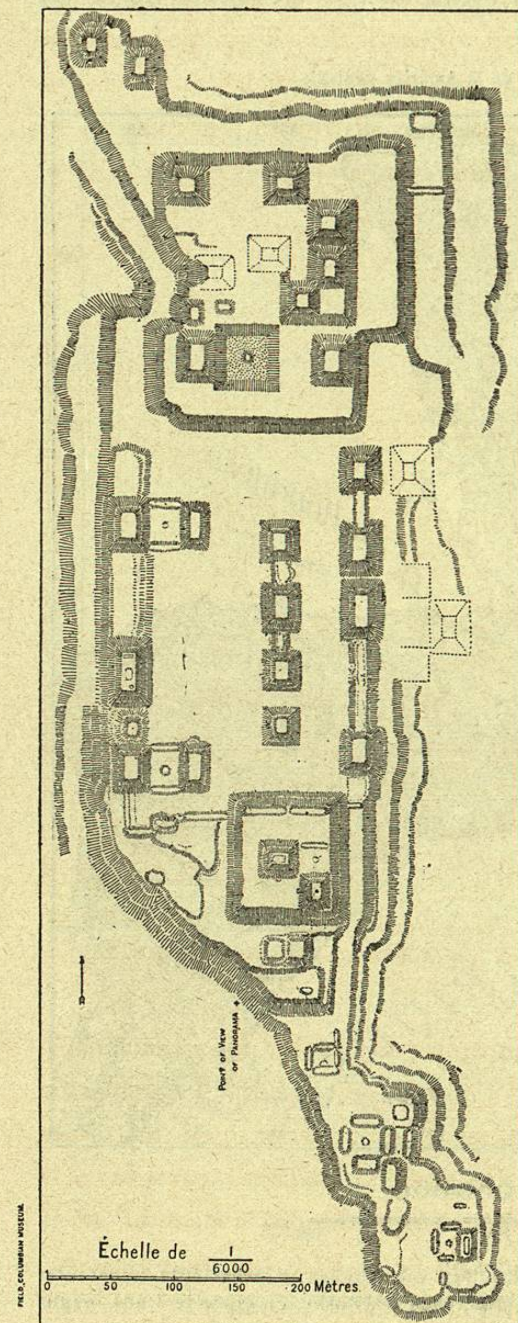
N.º 390. Lenguas de la América Central.



El Nahuatl, el Pipil, el Tsoluteka y el Niquiran son lenguas estrechamente emparentadas, como lo son también el Tzendal y el Tsol; cada territorio corresponde á una lengua distinta.

matanzas y las guerras obligaron á los habitantes á ocuparse de su defensa; las matanzas en masa que siguieron á la llegada de los Españoles tuvieron lugar precisamente en las regiones más populosas

y más civilizadas, como en Nicaragua, donde los agricultores, por haber destruído el arbolado de sus campos, carecían de refugio.



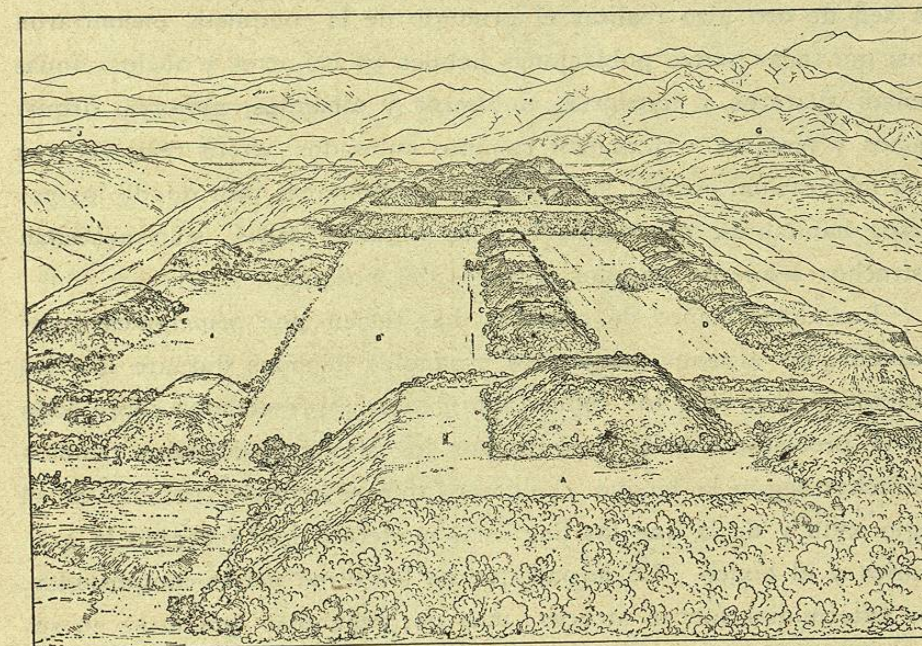
Cl. W. H. Holmes.
PLANO DEL MONTE ALBAN

La península de Nicoya era el verdadero límite de los dos conjuntos continentales de América: los arqueólogos observan que al norte del distrito se hallan en un área de civilización emparentada con la de la meseta mejicana, pero en cuanto alcanzan la vertiente meridional de los volcanes de Costa Rica y la vecindad del istmo, se hallan frente á una naturaleza muy diferente representada por tipos nuevos de plantas, de animales y de hombres: se entra evidentemente en la selva sudamericana [1].

En la América Central, los Indios que resistieron á los exterminadores españoles, merced á un medio más favorable, fueron los que vivían como «salvajes» en la espesura de los bosques ó en las gargantas de las montañas, á quienes actualmente se les designa bajo la denominación general de Chonta-

[1] Pittier; — Sapper; — Seler, *Globus*, 14 Abril 1904.

les (Tsondales), que no indica en modo alguno una comunidad de raza, sino únicamente el género de vida independiente y libre de las vejaciones del amo blanco ó mestizo. Los Indios cultos, pertenecientes á las naciones Quichua y Maya, sólo escaparon á las matanzas, ya que no á la opresión de los Españoles, en el distrito de Vera Paz «Verdadera Paz», donde los misioneros dominicanos obtuvieron de Carlos V


Cl. W. H. Holmes.
VISTA EN PERSPECTIVA DE LOS TRABAJOS DEL MONTE ALBAN, CERCA DE OAXACA

el derecho de penetrar solos y sin armas y de tener todo funcionario y todo soldado alejados durante el plazo de cinco años. La población no fué diezmada: vivió, pero de tal modo subyugada, intelectualmente empobrecida y privada de iniciativa, que al presente constituye la parte menos próspera y la más retrasada por todos conceptos en la república de Guatemala. La fundación de la Vera Paz, que atestigua la constante rivalidad de poder entre el elemento militar y el religioso, recuerda en pequeño lo que se hizo en grande, y con resultados análogos, en la América del Sud, en las orillas del Paraná y del Paraguay.

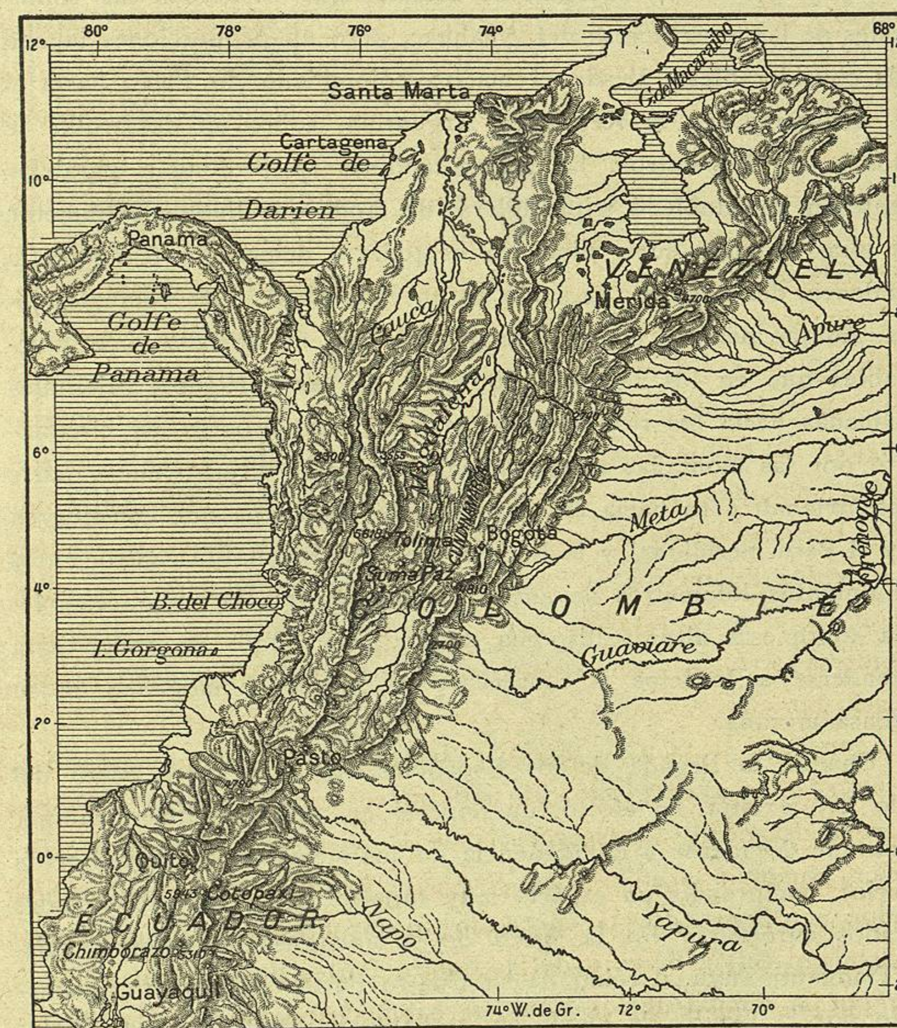
Lo mismo que la América Central, la Nueva Granada, en el án-

gulo nor-occidental del continente del Sud, carece de amplias mesetas de climas uniformes donde pudiera desarrollarse una gran nación que extendiera á lo lejos el prestigio de una alta cultura intelectual. La región, dividida por sus cadenas de montañas elevadas en varias áreas geográficas distintas unidas difícilmente entre sí, debía hallarse separada políticamente entre las poblaciones diferentes que sólo se conocían por ecos lejanos. Sin embargo, los Españoles, á quienes la sed de oro hizo realizar el prodigio de la conquista, encontraron casi por todas partes poblaciones hábiles en las artes y oficios: todas tenían alfareros y tejedores, tintoreros y albañiles, pintores, arquitectos y médicos. Hermosos caminos enlosados, cuyos restos se ven con admiración, escalan las más ásperas montañas, allí donde los escasos habitantes, esparcidos hoy en algunos valles, sólo necesitan estrechos senderos trazados á través del bosque.

Los Colombianos de nuestros días tienen por principales antepasados, no algunos emigrantes españoles llegados durante los tres últimos siglos, sino los Indios aborígenes, representados sobre todo en la prehistoria de la comarca por los Muyzcas, llamados también Chibchas según la lengua chuintante que se hablaba todavía en el siglo XVIII y de la que los lingüistas modernos han recogido la gramática y el léxico. Lo mismo que en los otros países conquistados, los exterminios fueron atroces; mas por espantoso que fuese en sus episodios el cambio de régimen, todavía cabe preguntarse si la civilización degenerada á que puso fin la invasión extranjera no era más deplorable aún, porque la sociedad muyzca había llegado á un completo aniquilamiento moral por la postración absoluta de los súbditos ante los sacerdotes y los reyes: el pueblo no sabía más que temblar y obedecer; parecía como estancado en su antigua civilización, y todo nuevo desarrollo se le había hecho imposible. Su actividad, aparte de los trabajos domésticos, se limitaba casi únicamente á tallar ídolos monstruosos y á fabricar en oro y en piedras duras figurillas humanas y objetos simbólicos, que se hallan actualmente recogidos á millares en museos y colecciones particulares. Al menos el final de los numerosos pequeños Estados muyzcas y otros coincidió con la llegada de algunos elementos étnicos nuevos que aportaban la iniciativa necesaria al progreso. Ello es que los Antioqueños ó des-

cendientes de los Españoles mestizos que se establecieron sobre las alturas, entre los valles profundos del río Magdalena y los del río Cauca, reconstituyeron realmente la raza: la tradición dice que pro-

N.º 391. Nueva Granada y Ecuador.



ceden de fugitivos judíos y moros que, en los primeros tiempos de la conquista, buscaron en el destierro voluntario un refugio contra la persecución; ellos mismos pretenden ser de origen vasco. Quizás las dos versiones tengan una parte de verdad; como quiera que sea,

los pequeños comerciantes é industriales antioqueños que se encuentran por todas partes en la República justifican esa fama de laboriosidad ingeniosa que se atribuye á su raza.

Por su disposición geográfica, el sistema de los Andes presenta de Norte á Sud una sucesión de mesetas que recuerdan las condiciones de las altas tierras del Anahuac, pero en proporciones mucho más considerables. Desde el macizo colombiano de Pasto hasta el de Aconquija, en la República Argentina, sobre un desarrollo de unos 4,000 kilómetros, las aristas andinas se prolongan paralelamente en una doble ó triple hilera, de modo que limitan claramente las altas llanuras cuyo clima no es todavía demasiado frío para la residencia del hombre; el suelo es en ellas fértil y las comunicaciones, aunque penosas en algunos puntos, son, no obstante, más practicables que en los inmensos bosques de las vertientes orientales inclinadas hacia los ríos amazónicos. El largo espacio así circunscrito por las montañas es ciertamente bastante estrecho en su parte septentrional, pero hacia el centro, en las comarcas que constituyen hoy el Perú meridional y la Bolivia, no tiene menos de cuatrocientos á quinientos kilómetros de ancho, de manera que la nación establecida sobre esas alturas disponía de un gran punto de apoyo para extenderse á lo lejos y conservar un carácter homogéneo en su extensa morada.

Cuando la llegada de los Españoles, en la primera mitad del siglo XVI, existía, en efecto, un imperio en aquel territorio andino, y aunque decadente á consecuencia de los vicios de su organización interior, comprendía un espacio muy superior al de los más grandes Estados europeos. En la época de su incontestada omnipotencia, el Tlahuanti-Suyu, ó reino de las Cuatro Partes del Mundo, gobernado por la familia de los Incas, se había desbordado mucho de la alta región de las mesetas para descender al Este y al Oeste sobre las dos vertientes: por el lado del Océano alcanzó el litoral donde se sucedían grandes ciudades, unidas unas á otras por un servicio de navegación sobre muy sólidas almadías de dos mástiles. Hasta en plena mar, á más de mil kilómetros del continente, los Incas se habían apropiado el archipiélago de los Galápagos. Sobre las pendientes orientales de los Andes, las malezas de la selva impenetrable

limitaron el imperio y su influencia de una manera más eficaz que los desiertos de la costa que se extienden al Oeste, interrumpidos de distancia en distancia por valles fértiles y habitables.

N.° 392. Meseta de los Incas.



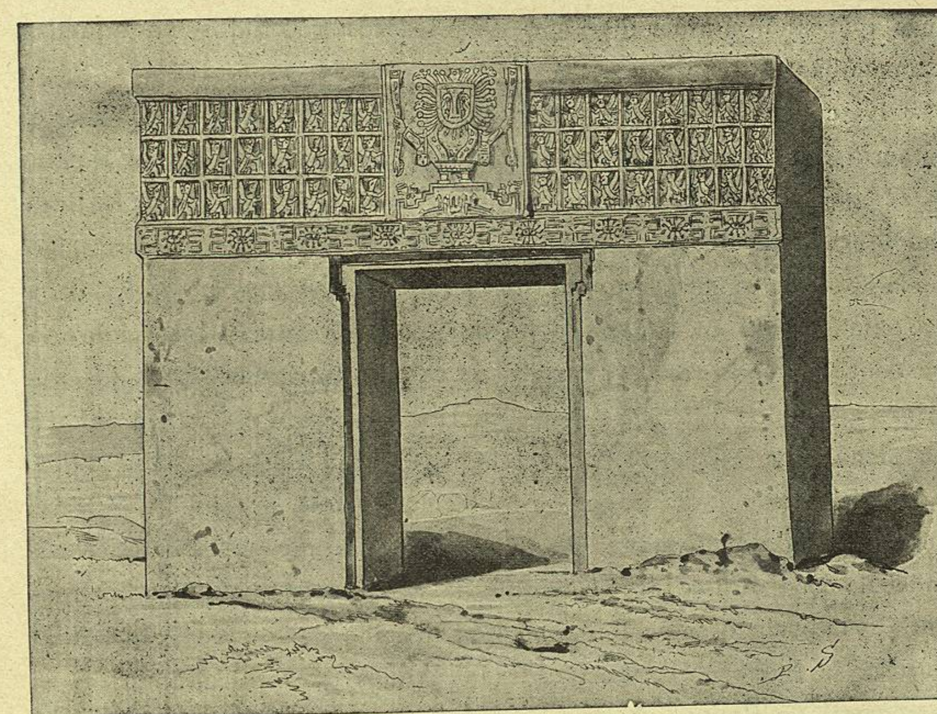
La civilización de los Quichuas, Aimaras y otros pueblos que se habían sometido á la dominación de los Incas, era relativamente muy avanzada, al menos igual á la de los Mayas y de los Nahuas

de Méjico y de la América Central. Los hallazgos hechos por los arqueólogos en cantidades considerables prueban que en una época histórica antiquísima el dominio de la civilización era mucho más extenso y comprendía regiones actualmente desiertas ó casi completamente despobladas á causa de su falta de agua. El estudio de toda la parte de la República Argentina, situada al Noroeste entre los Andes y el macizo de la Aconquija, demuestra que hubo en tiempos remotos grandes lagos en esos valles inferiores y que estaban rodeados de ciudades y villas, en tanto que en la actualidad esa misma comarca no ofrece más que llanuras salinas y rocas estériles, donde se ven ruinas imponentes, tales como la gran fortaleza de Pucará [1]. Del mismo modo sobre las costas del Pacífico, la zona de verdor y de población era mucho más ancha en épocas lejanas, siglos antes de la invasión castellana, de lo que puede deducirse que el recrudecimiento del clima, habiendo producido fatalmente la reducción del área de la civilización, ha reducido también el valor de la misma cultura. Como quiera que sea, hubiesen ó no decaído, los pueblos de la meseta peruana sabían también edificar bellos monumentos, de los que se ven todavía admirables ejemplos, especialmente en Cuzco y sobre la alta colina de Sacsahuaman, tras de la cual se defendió valerosamente lo que restaba de la familia de los Incas contra Hernando Pizarro y su banda de asesinos.


Cl. Sellier.
DETALLE DE LA PUERTA MONOLÍTICA DE TIAGUANACO

[1] Francisco P. Moreno, *Geographical Journal*, 1901, II, p. 581.

Los restos de los palacios y de los templos del Gran Chimu, cerca de los cuales se fundó Trujillo, y de Pachacamac, reemplazada por Lima, edificios que datan probablemente de tiempos anteriores á los Incas, atestiguan también la osadía en la construcción y la delicadeza en la ejecución que empleaban en su obra los arquitectos de aquellas épocas. ¡Cuánto más penetrados de la idea panteísta de la vida estaban aquellos constructores que los más místicos de los arquitectos del Mundo Antiguo! Cada columna del Gran Chimu había de ser profundamente analizada para tener su «corazón»; todo objeto trabajado recibía también un corazón; no había un vacío ni un reducto que no tuviera su pequeño altar, su nicho con una figurita de metal, de arcilla, de madera, ó su urna con granos de maíz. La casa vivía por todas sus paredes. Allí podía decirse en verdad de la arcilla y de las piedras: «¡Las paredes hablan!» [1]


PUERTA MONOLÍTICA DE TIAGUANACO
Tiaguanaco se halla á unos veinte kilómetros al sud del lago de Titicaca.

[1] Adolphe F. Bandelier; — Fr. Webb Hodge, *American Anthropologist*, Sept. 1897.

Las ruinas de Chanchan, ciudad antigua al sud de Túmbez, forman un conjunto prodigioso de *huacas*, nombre con que se designa indistintamente toda construcción antigua, necrópolis, palacio, fortaleza, almacén, acueducto ó vivienda. Una de esas huacas suministró en 1578 objetos labrados de oro por un valor total de 4.450,784 pesos de plata [1] (¿de 20 á 30 millones de francos?) Y eso no era más que una mínima parte de los tesoros recogidos en aquellas catacumbas.

En cuanto á los caminos, los que partían del centro político del imperio eran construídos con tanto esmero como los de los Mayas, y el conjunto de la red de comunicaciones, comprendiendo la línea del litoral y la de la montaña con todas las redes intermediarias, no tenía igual en el mundo; el de los antiguos Romanos no le igualaba en extensión ni en audacia y no duró tanto tiempo; hasta sobre la vertiente de los grandes bosques se ven en distintos puntos los caminos enlosados descender hacia los ríos amazónicos: también existen en plena selva en las orillas del Beni, el gran afluente del Madeira. Los misioneros franciscanos, establecidos en el puesto de Ysiama, cerca de la desembocadura del Madidi, siguieron aquella antigua calzada, llamada de los Incas [2], aunque tal vez pertenezca á tiempos más antiguos, como otro camino, también llamado de los Incas, que franqueaba la cumbre, la brecha de los Andes que utilizará un día el ferrocarril de Buenos Aires á Valparaíso.

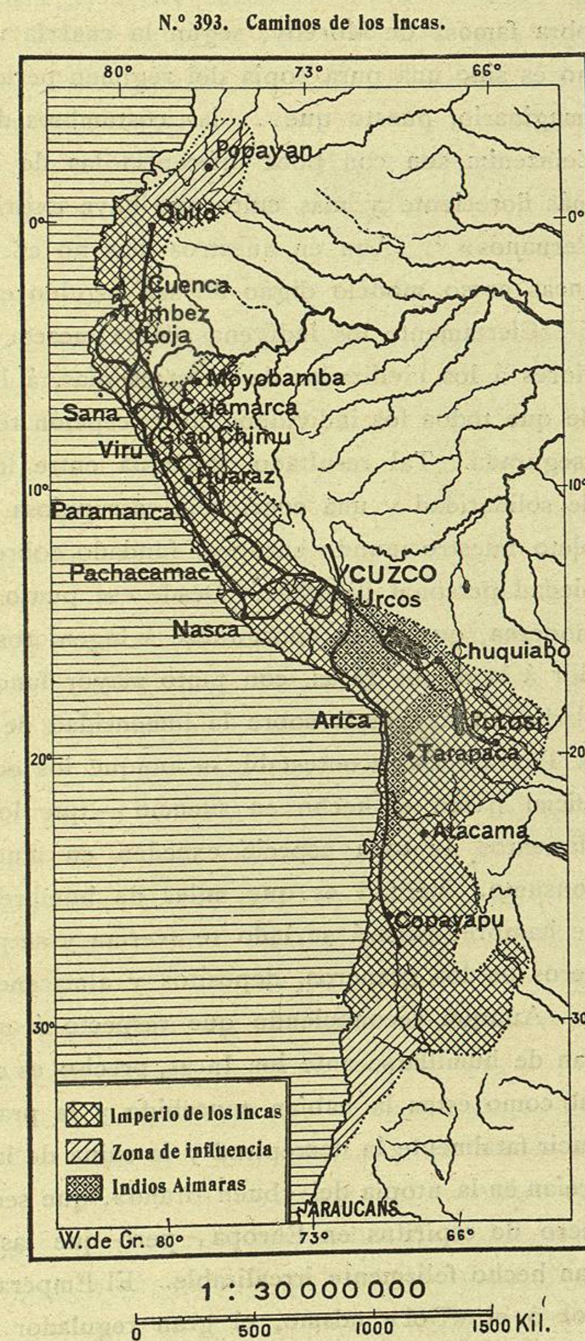
Los oficios de la edad incásica no eran inferiores á los de ninguna otra nación del Nuevo Mundo. Este pueblo era además el único que había sabido domesticar un animal de modo que pudiera ser utilizado bajo el punto de vista económico. La llama había llegado á ser el compañero del indígena como bestia de carga para el transporte de los productos y de las mercancías; el compañero, porque nunca se le pegaba, ni se le obligaba á apresurar el paso: se le seguía, animándole con buenas palabras, gorjeos y cantos. Si los Incas no habían llegado todavía á la invención de la escritura propiamente dicha, lo que afirman algunos autores contemporáneos

[1] Edwin; — R. Heath, *Antigüedades peruanas*, «Bol. de la Soc. Geogr. de la Paz», Bolivia, 1904.

[2] George Earl Church, *Geogr. Journ.*, Agosto 1901, p. 150.

y otros niegan, sabían al menos transmitir sus ideas y referir los acontecimientos por medio de *quippu* ó cordelitos de lana, de diversas longitudes y atados de diferentes modos, que presentaban infinitas combinaciones. La bella y flexible lengua de los Quichuas, que se habla todavía en casi todas las regiones andinas, desde el Ecuador hasta las fronteras de la Argentina y de Chile, y que en la lucha por la existencia hasta ha prevalecido provisionalmente sobre el castellano, fuera de las grandes ciudades, era usada por poetas, dramaturgos, historiadores, se empleaba para celebrar los amores y las alegrías; en la actualidad resuena en todos los *tristes* ó cantos melancólicos de los desgraciados oprimidos que penan trabajando para otro.

N.º 393. Caminos de los Incas.



Pero si los Incas y los pueblos por ellos gobernados, Quichua y Aimara, han llegado á ser famosos en Europa, sobre todo entre los filósofos y moralistas del siglo XVIII, débese á sus costumbres

comunistas. Puede juzgarse de la admiración provocada por el régimen político de los Incas leyendo el prefacio de la *Basiliade*, la obra famosa de Morelly, según la cual la utopía de su pueblo feliz no es sino una pura copia del régimen peruano: «El sistema no es imaginario, puesto que... las costumbres de pueblos que gobierna Zeinzenim son con poca diferencia las de los pueblos del imperio más floreciente y más culto que haya existido jamás..., el de los Peruanos» [1]. Aun en nuestros días no es raro oir alabanzas á los Incas como modelo digno de ser seguido en la sociedad futura.

Ciertamente los indígenas de la meseta andina eran muy superiores á los civilizados de nuestros días, á lo menos en el concepto de que todos los individuos sin excepción tenían allí su subsistencia asegurada. Tal resultado atestigua entre los Peruanos un espíritu de solidaridad y una conciencia escrupulosa de que carece por completo nuestro mundo europeo, fundado sobre el principio de la propiedad personal ilimitada. Desde ese punto de vista, la civilización moderna, que tanto enorgullece á ingenieros é industriales, es inferior á la de los Incas, con tanto mayor fundamento, cuanto que en el día no hay duda sobre la inmensidad de los recursos que posee la Tierra. Es incontestable — aunque los economistas de la escuela oficial pasen el hecho en silencio — que los productos anuales en alimentos de toda especie exceden en mucho las necesidades del consumo. Verdad es que miles de hombres mueren de miseria y de hambre, pero á su lado se averían y se pierden montones de géneros en los graneros, depósitos y almacenes.

Aunque reconociendo que respecto á ese punto los modernos han de humillarse ante los Incas, preciso es decir que la civilización, tal como éstos la habían concebido y la practicaban, había de producir fatalmente la decrepitud y la ruina de la nación. Los Peruanos creían en la utopía del «buen tirano», que seduce también á gran número de espíritus en Europa, pero que las revoluciones sucesivas han hecho felizmente irrealizable. El Emperador ó Inca era hijo del Sol ó el «Sol» mismo, el gran regulador de todo el sistema que gravitaba á su alrededor; la ley, *apou-p-simi*, era la «palabra del

[1] *Basiliade*, t. I, p. XLI; — André Lichtenberger, *Le Socialisme au XVIIIe Siècle*, p. 108.

amo» [1]. No sólo era irrevocable su voluntad, como la de los reyes de los Persas, era también infalible, como ha venido á serlo en teoría la del soberano pontífice. El pueblo no tenía que hacer más que gozar de la felicidad de que la razón suprema del monarca tenía á bien colmarle. Sin embargo, sin darse cuenta de ello, el Inca obedecía ciertamente á costumbres antiguas que, después de haber sido las de comunidades autónomas, habían tomado un carácter imperioso claramente monárquico. En primer lugar la tierra estaba dividida, como el imperio mismo, en cuatro partes: la primera cuarta parte correspondía al Sol, es decir, á su representante terrestre, al Inca; la segunda correspondía al gobierno, es decir, también al Inca; la tercera constituía las propiedades de los jefes ó *couraca*, y por último, la cuarta se dividía anualmente entre las familias de las comunidades. Esta porción solía ser suficiente para el sustento de los súbditos, pero en caso de escasez, éstos recurrían á los graneros públicos, constituídos por las reservas del Inca. Los animales de carga se repartían de la misma manera entre los Peruanos, pero el derecho de caza estaba reservado para los grandes personajes; no se dejaba á la disposición de todos más que las hierbas de los campos y el pescado de los ríos, de los lagos y del Océano. El guano de las islas Chinchas se dividía estrictamente entre las provincias del litoral y del interior para el abono de los campos respec-


Cl. A. Quiroga.
JOYA DE PLATA DE LOS BORDES DEL LAGO DE TITICACA

[1] Célestin Prat, *Bull. de la Soc. d'Ethnographie de Paris*, Abril-Julio 1901.

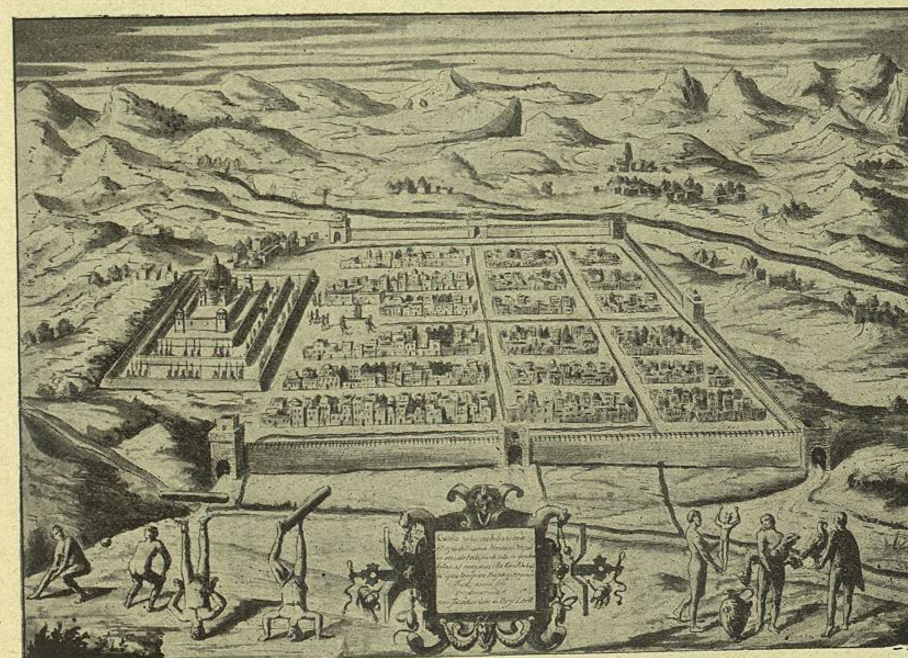
tivos, tanto los más lejanos del mar como los más próximos. Se había previsto la situación de los inválidos y de los enfermos: no quedaban á cargo de la caridad privada, sino que venían á ser como huéspedes de la nación, y las tierras á que tenían derecho se cultivaban por sus vecinos.

En cambio de la tierra que da la subsistencia, el hombre del pueblo debía obediencia absoluta á todos los que reflejaban la luz del sol: trabajaba para sus amos en los campos, en las minas, en los caminos ó en los palacios, y hasta, en ciertas circunstancias, se le pedía la vida, y estaba obligado á darla con alegría. Los grandes peligros nacionales, las enfermedades de los jefes, los signos de mal augurio exigían sangre, sobre todo la de los niños más fuertes y la de las doncellas más hermosas. Aparte de las órdenes del Estado, la voluntad individual no se manifestaba en nada; los matrimonios se hacían conforme á la elección de los amos y además siempre en el círculo de un estrecho parentesco y entre habitantes de una misma villa. No se toleraba el derecho de ir y venir: si los correos habían de llevar las órdenes del soberano de uno á otro extremo del imperio, los camineros no podían pasar de la parte de camino de cuya conservación estaban encargados, y el labrador permanecía fijo al trozo de tierra cuya cosecha le era concedida. La policía seguía á cada individuo en toda su existencia, siendo imposible escapar á la vigilancia de ese gran ojo del Estado, del sol que ve todas las cosas. Modelábanse las cabezas de antemano, según las clases y el género de trabajo á que se les destinaba: se había tenido cuidado de dar formas monstruosas á los cráneos de las gentes condenadas á la servidumbre absoluta; el hombre reputado infame estaba previamente afligido por la pena de tener una cabeza de infamia, mientras que se admitían ciertas tribus, particularmente protegidas, á la felicidad de llevar las orejas en forma de abanico [1].

De ese modo la docilidad de los pueblos de la meseta, Quito, Quichua, Aimara, Atacama, Chunchos, se obtenía de una manera completa; el rey Sol tenía súbditos según su corazón. Pero, aunque teniendo el título de dioses y siendo adorados como tales, los Incas

[1] Ch. Wiener, *Pérou et Bolivie*; — Edm. Gosse, *Déformation des Crânes*.

eran hombres, tanto más expuestos á la ignorancia cuanto que nadie de los que estaban á su alrededor les decía la verdad, y tanto más expuestos á sucumbir á la locura cuanto que podían tomar en serio el lenguaje de sus aduladores. Y esos rasgos de ignorancia y de locura no faltaron: á causa de la guerra de dos competidores, los Españoles pudieron entrar en el imperio desunido; por la estupidez



Cl. Sellier.

VISTA DE CUZCO

De una obra del siglo XVI.

de Atahualpa, Francisco Pizarro pudo tenerle en su fuerte mano como un juguete movido á su antojo; por la irresolución de aquellos millones de súbditos sin energía ni voluntad, un corto número de bandidos resueltos pudieron apoderarse de un territorio de cuya inmensa extensión distaban mucho de formarse una idea. Además, los Peruanos estaban dispuestos á prosternarse ante los nuevos dioses. ¿No se vió á un hijo de los mismos Incas, Garcilaso de la Vega, lamer las manos ensangrentadas de los que mataron á los suyos? «¡Oh ilustre raza de los Pizarro! — exclama en su obra — ilustre raza, ¡cuán obligados te quedan los pueblos del Viejo Mundo por las riquezas que el Nuevo les ha dado! ¡Pero cuánto más te son deudores

los dos imperios de Méjico y del Perú por tus dos ilustres hijos Hernán Cortés y Francisco Pizarro, con sus tres hermanos Fernando, Juan y Gonzalo, que han sacado á estos idólatras de las tinieblas en que estaban! ¡Oh familia de los Pizarro, que todos los pueblos del mundo te bendigan de siglo en siglo!»

La plata y el oro fueron en primer término las grandes riquezas del Perú. El acontecimiento capital de la guerra de servidumbre fué la entrega de las masas de oro que habían de llenar hasta la altura de un hombre la cámara del palacio de Cajamarca y servir de rescate al desgraciado Atahualpa, condenado á pesar de todo á ser ejecutado después de una apariencia de juicio. Sabido es cuál es el segundo sentido de la palabra «Perú», el de montón prodigioso de riquezas ilimitadas. Algunas minas han sido agotadas, otras se han perdido y otras no pueden ser explotadas actualmente por falta de combustible, de vías de acceso ó de población local; pero en tanto que los conquistadores españoles tuvieron á su disposición, como herencia de los Incas, los Indios de la meseta para imponerles el trabajo hasta matarlos, la única preocupación de los amos fué extraer el metal, siempre el metal. Tocar directamente el oro tangible y pesado en masas enormes, tal fué el frenesí dominante. Como consecuencia, el fausto más que real, la ostentación agresiva y la arrogancia tomaron las proporciones de la locura por efecto de esas fortunas sin límites que el trabajo de los Indios extraía de la tierra. Uno de los virreyes del Perú, el duque de Palata, que reinaba hacia el final del siglo XVII, hizo empedrar una calle con oro macizo para que en su entrada triunfal en la ciudad de Lima no hubiera de pisar la tierra vil sobre la que pasan los mortales vulgares: ese capricho le costó, según se dijo, cuatrocientos millones de francos; mas para elevar un bello monumento, para pintar ó esculpir una verdadera obra de arte siempre faltaban los recursos.

Suele atribuirse al exterminio directo la despoblación del Perú y de otras comarcas mineras de América. Es un error, puesto que los Peruanos, acostumbrados á la docilidad absoluta, no lucharon por su independencia ó no se rebelaron más que en raras ocasiones, y solamente en la proximidad de los grandes bosques, donde algunas tribus de fugitivos, vueltos al salvajismo, habían adquirido un

poco de aquel valor que da la vida libre entre los árboles y los animales. La despoblación de la cuenca minera fué la consecuencia fatal del trabajo excesivo; en cuanto á la de las regiones de la costa, á lo largo del Pacífico, era en gran parte anterior á la conquista: muchas ciudades del litoral estaban ya arruinadas por efecto de las



Cl. Sellier.

INDIOS TRABAJANDO EN LAS MINAS BAJO LA VIGILANCIA DE LOS ESPAÑOLES
De una obra del siglo XVI.

guerras que habían tenido lugar entre los indígenas. Además se ha exagerado mucho la población probable de las ciudades de la costa: verdad es que las ruinas del Gran Chimu ocupan un espacio enorme comparado con el de la antigua Menfis, pero las construcciones fueron elevadas en épocas diferentes, de modo que las casas habitadas estaban separadas por escombros; aparte de que había extensos espacios destinados á la agricultura como los que existen hoy entre las diversas poblaciones de la llanura: toda la tribu de los Chimus, evaluada en más de cincuenta mil individuos, vivía en

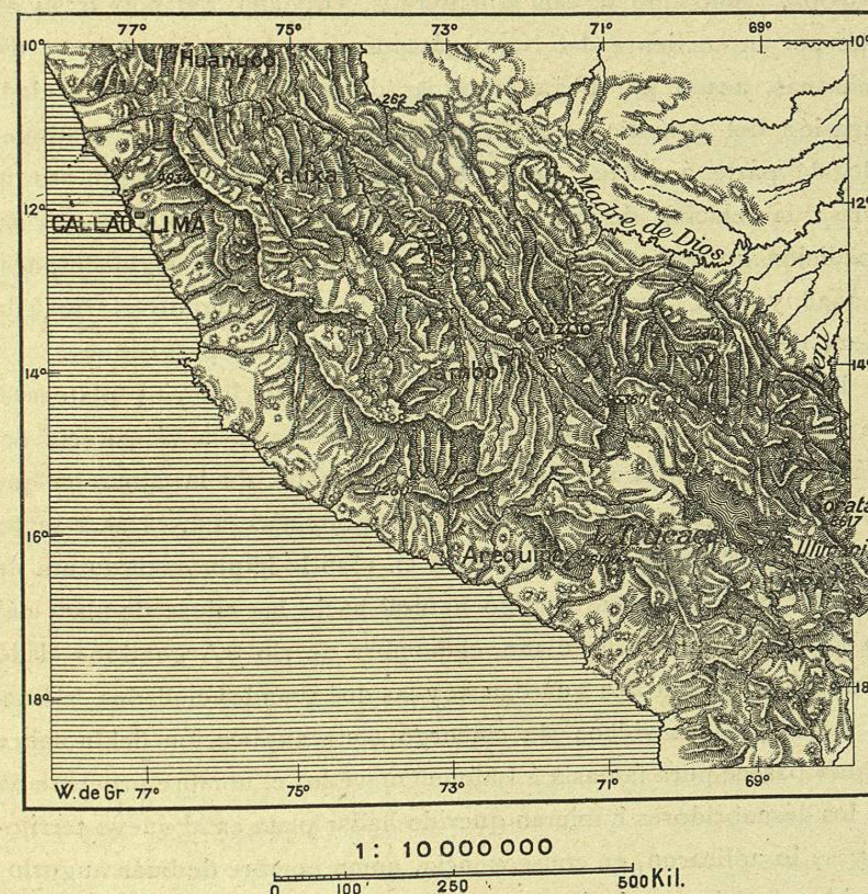
el interior de los límites urbanos y allí encontraba su sustento [1].

Los Españoles no ocuparon sobre las vertientes de los Andes más que bandas muy estrechas de terreno, fuera del reino de los Incas. En el territorio que ha llegado á ser el Chile meridional, se agotaron en sangrientas luchas contra los Araucanos, que, viviendo libres, sin amos, eran hombres completamente diferentes de los tímidos Quichuas: no se habían dejado dominar por los Incas, lo que les valió el nombre que llevan, que significa «rebeldes», ni se sometieron tampoco á los Españoles. A la mitad del siglo XVII, después de cien años de combates infructuosos, fué preciso reconocer por un tratado la independencia política de los Araucanos, y si dos siglos después acabaron por ser Chilenos, fué á consecuencia de una lenta modificación de la raza, de las costumbres y de las condiciones económicas: no hubo conquista.

Sobre la vertiente oriental de los Andes, los obstáculos opuestos por la Naturaleza, tanto como la hostilidad de los Indios pusieron un límite á las invasiones españolas: las bandas llegaban á las llanuras inferiores disminuídas por las fiebres, abrumadas por la fatiga, heridas y extraviadas; la menor escaramuza con los indígenas les daba el golpe de gracia. En vano intentaron los conquistadores de la Bolivia penetrar en la red de los ríos amazónicos. En 1560, Diego Alemán descendió de La Paz hacia las regiones que recorre el Amara-Mayo ó «Madre de Dios», pero fué capturado por los indios Mojos. Cinco años después, una expedición enviada en busca de minas de oro y de plata fué todavía más desgraciada: no se supo jamás de ella [2].

Por otra parte si las empresas exploradoras fueron frecuentemente desgraciadas, debíase en gran parte á las autoridades coloniales; porque así como el gobierno metropolitano se había atribuído el derecho de permitir ó prohibir las expediciones en el Nuevo Mundo, así también los diversos poderes representativos de la voluntad real velaban con extremado celo por que los viajes, intentados siempre con la idea de encontrar plata ú oro, fuesen autorizados y vigilados; ante todo necesitaban la seguridad de tener buena parte en los beneficios futuros: en ambos lados del continente, las autoridades castellanas y portuguesas desconfiaban unas de otras, y así ocurrió que muchas veces los exploradores hubieron de huir para escapar á la vigilancia inquieta de los gobernadores españoles. Por esta razón principalmente, y también á consecuencia de las grandes dificultades de las expediciones, las comunicaciones entre los Andes

N.° 394. Perú meridional.



1 : 10 000 000
0 100 250 500 Kil.

y el Atlántico eran siempre detenidas: sólo por el lado del Pacífico podía España ponerse en relación con los conquistadores del Perú.

En el antiguo reino de los Quitus, al este del Ecuador, parecía más fácil que por parte alguna abrirse una puerta de salida hacia el Atlántico, porque en esta porción de su desarrollo, los Andes propiamente dichos son menos elevados y más estrechos que en el resto de su extensión, y los ríos que de ellos descienden marchan en línea recta hacia la gran arteria fluvial de las Amazonas. Uno de los

[1] Adolphe Bandelier; — Hodge, *American Anthropologist*, Septiembre 1897.
[2] Sixto L. Ballesteros, *La Provincia de Caupolicán*, ps. 8 y 9.

hermanos del famoso Pizarro quiso, en efecto, seguir ese camino: se embarcó en 1540 sobre el río Napo, á través de un bosque de árboles que se imaginó eran caneleros; pero el viaje se hizo tan largo y penoso, de tal modo se complicó con fiebres y enfermedades de agotamiento, que Gonzalo hubo de renunciar á su propósito y tomar nuevamente el camino de la meseta para salvar lo que quedaba de su tropa. Sólo uno de sus subalternos, Orellana, dejando ir su esquife por la corriente del Napo, después por la gran corriente del Amazonas, acabó por llegar al «mar dulce» y volver á la azulada extensión del Atlántico. El continente había sido, pues, atravesado de parte á parte, pero Orellana no llevaba consigo oro ni perlas: la relación de sus aventuras no le suscitó imitadores, y su expedición no se rehizo en sentido inverso hasta un siglo después, en 1638 y 1639, cuando el portugués Texeira remontó el río á la cabeza de una cincuentena de canoas cargadas de provisiones.

Bajo un clima más templado, la cuenca de los ríos platenses, que los navegantes españoles habían abordado por la vía directa del Atlántico, fué colonizado por ellos mucho antes de la época en que el río de las Amazonas fuese reconocido directamente. Hasta se ha supuesto que Sebastián Cabot previó en 1528 la importancia futura de las aguas del Plata como camino natural hacia las minas de plata del alto Perú: de ahí, se ha dicho, el nombre de río «Argentino» dado al estuario cuya entrada guardan hoy las dos grandes ciudades de Buenos Aires y Montevideo; sin embargo, esta explicación del nombre «Plata» parece pura fantasía á Lafone Quevedo: el nombre proviene de que los descubridores hubieran querido hallar plata en el nuevo territorio y se lo aplicaron, en consecuencia, como nombre de buen augurio.

Al sud del mar de las Antillas, los primeros descubridores después de Colón, como Niño, Guerra, Hojeda, Vespucci, Bastidas y Juan de la Cosa, habían ya seguido el litoral, y rápidamente se conocieron bien los puertos y los mercados; pero la toma de posesión de las comarcas del interior no se hizo hasta un tercio de siglo después y en condiciones especiales, indicando ya la era de la dominación capitalista, llegada en nuestros días á la perfección.

De tal modo se habían amasado las riquezas en el siglo XVI en las casas de los poderosos monopolizadores del tráfico y del dinero, que su fortuna era superior á la de los imperios. Sin contar con Andrés Doria, que por sí solo poseía más barcos que la república de Génova, Carlos V no hubiera podido disputar á los Berberiscos las costas del Mediterráneo occidental; sin los banqueros de Augsburgo, el monarca no hubiera podido hacer que se ocupara la costa Firme de América. La alta banca, que manejaba los escudos y los ducados á millones, elevaba sus ambiciones hasta el imperio, y hacía la guerra, la piratería y las matanzas en comandita: ya los ricos Médicis habían llegado á ser verdaderos reyes por el poder del dinero; ¿por qué los Welser y los Fugger, más ricos aún, no habían de adquirir el rango de virreyes? En efecto, los banqueros que habían prestado doce «toneladas» de oro á Carlos V, recibieron en hipoteca inmensas extensiones de terreno con derecho de gobierno y de propiedad, incluso la de los hombres. Así se explica la aparición de nombres germánicos, tales como Alfinger, Speier, Fredemann entre los conquistadores, cuando hasta entonces todos habían sido españoles.

Uno de esos jefes alemanes mereció más que los otros ser colocado entre los héroes guerreros: á la cabeza de una banda que comprendía algunos jinetes, escaló (1537) las vertientes orientales de la alta cadena de Suma-Paz, la «Paz Suprema», para bajar á la meseta de Cundinamarca, donde se eleva actualmente la capital de la república de Colombia, Santa Fe de Bogotá. Pero se sabía que aquella región de los Andes poseía oro y esmeraldas, y Fredemann no fué el único que franqueó las montañas, las nieves y los valles profundos para alcanzar aquel país de promisión donde vivía el rey «Dorado», «El Dorado», que se bañaba en un lago después de haberse cubierto de arenas de oro. Tres partidas europeas de bandidos se hallaron á la vez sobre la altura de la meseta: una, la de Fredemann, que parecía haber caído de las nubes del Este; la segunda, la de Belalcázar, quien desde los volcanes de Quito había aparecido en el fondo del valle magdaleniano para remontarse en seguida hacia las altas tierras; la tercera, la de Quesada, que venía del puerto de Santa Marta por caminos no menos ásperos. Las gentes de las tres bandas, que se decía hallarse compuestas exactamente del mismo número de hombres armados — ciento sesenta cada una — con el

obligado acompañamiento de frailes, vacilaron algún tiempo entre la guerra y la paz, pero acabaron por entenderse mediante indemnización que había de suministrar el trabajo de los Indios. En parte alguna del Nuevo Mundo fueron los Españoles más crueles ni emplearon método más repugnante. Lo que se llama la piedad se mezcla tan bien con la ferocidad, que hubo piadosos capitanes que hicieron voto de matar cada día doce Indios en honor de los doce apóstoles.

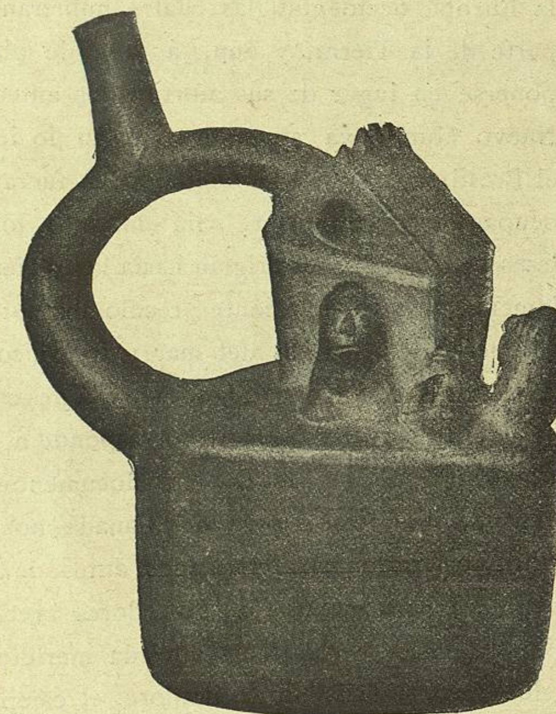


CACHARRERÍA PERUANA

La división del trabajo de conquista y de arreglo colonial se había repartido en los siglos XV y XVI entre los Españoles y los Portugueses. Los primeros habían tenido las Antillas, Méjico, la América Central, las regiones andinas y platenses; los segundos tomaron el litoral brasileño, que les había asegurado el viaje de Alvarez Cabral, y avanzaron gradualmente á lo largo de las costas de un lado hacia el Amazonas, del otro hacia el Plata, mucho más allá de los límites que les concedían en longitud el tratado de Tordesillas y la bula del papa Alejandro VI: en el año 1616 llegaron á Pará sobre la red de los ríos que fecundan el territorio de las regiones amazónicas. No encontraron delante de sí naciones organizadas que pudiesen resistirles, como los Aztecas y los Mayas á Cortés, los Araucanos á los Almagro y otros jefes de bandas que les sucedieron. Sin más adversarios que hordas sin consistencia, avanzaron á su antojo por donde reconocían interés en hacerlo; pero, colonos ó guerreros, eran en tan corto número, que el territorio realmente ocupado por ellos se limitaba á algunos puntos del litoral y á una parte del interior muy

cercano, rodeado de bosques, donde continuaban viviendo los Tupis, los Coroados y otros Indios. Además, la división de las posesiones portuguesas en inmensas capitanías donde la inmigración no podía hacerse libremente y habían de sufrirse mil impertinencias policiacas, se oponía al aumento rápido de la población europea.

Pero un Estado fundado sobre la violencia no puede mantenerse más que por la violencia, y los Portugueses no se limitaron á vivir en paz en el maravilloso país que les cobijaba. En primer lugar trataron de expulsar á los Europeos rivales que reclamaban su parte de lo que se creía ser «la isla» de Santa Cruz. En 1567 expulsaron á los Franceses de la bahía de Río Janeiro y les tomaron en 1615 la isla de Maranhão. Hallándose la costa brasileña tan expuesta como las Antillas á los ataques de los corsarios, fué preciso defenderla sobre mil puntos contra Ingleses, Franceses y Holandeses, sobre todo contra estos últimos, que acabaron por ocupar el litoral avanzado de Pernambuco durante treinta años del siglo XVII (1642-1654). Pero, aparte de la guerra sostenida para la reconquista de aquel territorio, el principal conflicto que estalló en la tierra brasileña, dedicada á la fe católica, fué precisamente una lucha de carácter casi religioso, puesto que puso frente á frente los *mamelucos*, mestizos blancos de São Paulo y todo el Brasil meridional con los misioneros jesuítas. En realidad se trataba por una parte y otra de la posesión de los indígenas. Los jesuítas, que los habían convertido y habían hecho de ellos los servidores más dóciles, querían conservarlos en su poder,



CACHARRERÍA PERUANA

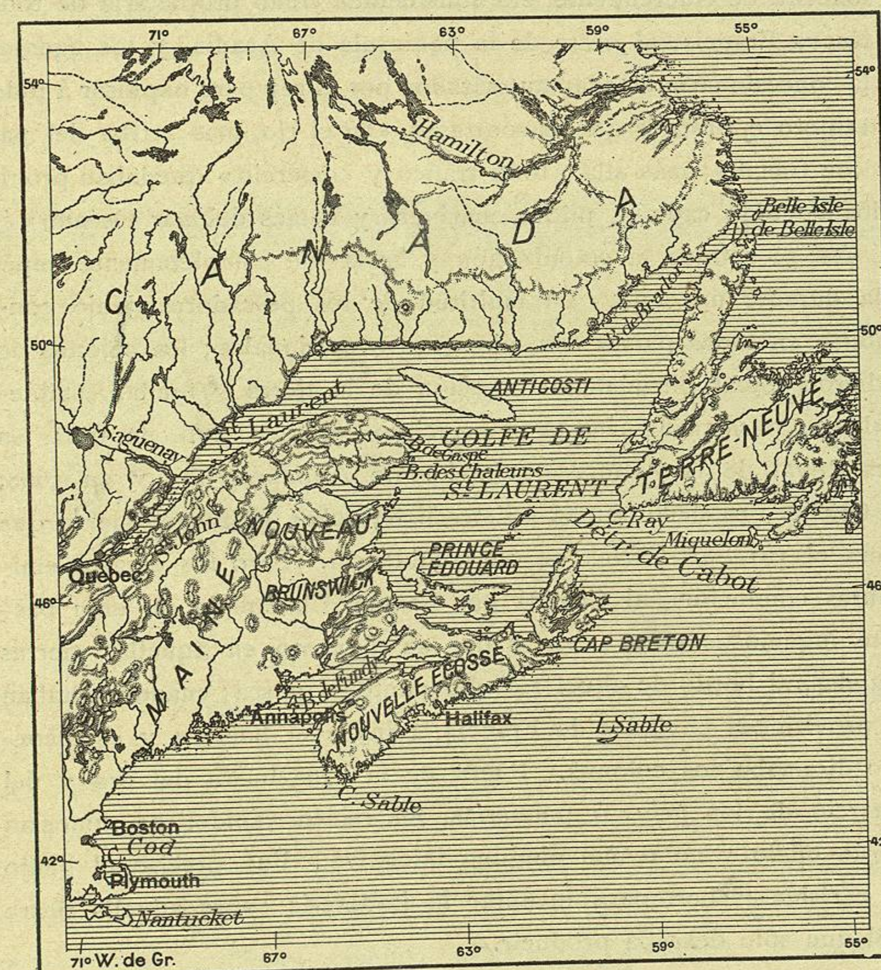
en tanto que los Paulistas pretendían apoderarse de ellos para hacerles trabajar en sus plantaciones. Después de terribles matanzas, los sacerdotes jesuítas, seguidos de sus rebaños humanos, tuvieron que huir lejos, al otro lado de Paraná, en las soledades del Paraguay, y lograron por cierto tiempo retener sus comunidades de fieles obedientes y laboriosos.

Como es natural, las prodigiosas conquistas de los Españoles y Portugueses excitaron la rivalidad de las otras naciones marítimas de la Europa occidental, las cuales hubieran querido también tomar su parte de la Tierra, y aun, á falta de playas no ocupadas todavía, ponerse en lugar de sus afortunados antecesores en las comarcas del Nuevo Mundo ya sometidas, como lo intentaron los Franceses en el Brasil, aunque en aquella época fueran escasas sus fuerzas para ocuparlas en el exterior. Sin embargo, los pescadores vascos, rocheleses y bretones se dirigían hacia las «Tierras Nuevas» desde tiempo inmemorial, probablemente precolombiano: no teniendo interés en dar á conocer los caminos del mar y los rincones del litoral que servían á su industria, quedaban ignorados, á pesar de la utilidad de su tráfico: la gloria del descubrimiento corresponde á viajeros que no seguían las tradiciones de la pesca. Los documentos recogidos por Fernando Duro y los historiadores del Canadá nos hacen saber que al principio del siglo XVI, cien años antes de la colonización oficial, se sucedían campamentos de pescadores bretones al norte del golfo de San Lorenzo, cerca de la entrada meridional del estrecho de Belle-Isle [1]: sobre la bahía de Bradore, el campamento de Brest albergaba en el momento de la pesca, hasta tres mil individuos. Y sin embargo, hasta 1535, Jacques Cartier, de Saint-Malo, no pasó de las tierras de la entrada laurentina y reconoció el carácter fluvial de las aguas que provienen del interior del continente, penetrando hasta la angostura principal del cauce, en el sitio en que el río llamado actualmente de San Carlos desemboca en el San Lorenzo y donde se levanta el soberbio promontorio que limita el lecho del río hasta el estrecho del cabo Rojo. Aquella roca, que domina el confluente y sostiene la ciudad pintoresca de Quebec, una de las metrópolis del

[1] Fernando Duro, *Arca de Noé*; — Benjamín Sulte, *Histoire des Canadiens français*.

Nuevo Mundo, no tenía entonces más poblado que una aglomeración de cabañas, un *canada*, palabra con que en la actualidad se designa todo el territorio de la «Potencia».

N.º 395. Desembocadura del San Lorenzo.



El campamento de Cartier y otros que se fundaron después, en el transcurso del siglo XVI, fueron abandonados por los colonos y arrasados por los salvajes: además, la población de la comarca por emigrantes venidos de Francia y de otros países era casi imposible, debido á que las largas extensiones de costas y todo el territorio posterior había sido dado en monopolio á personajes bien relacionados

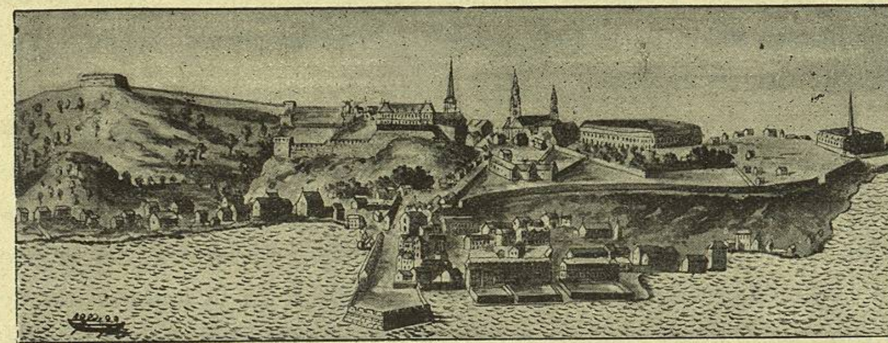
en la corte, aunque no bastante ricos para la explotación de la tierra, pero que querían impedir á quien quiera que fuese todo comercio ó beneficio en su territorio. Mientras que la península de Acadia, la futura Nueva Escocia, pertenecía al señor de Poutraincourt, una dama, la señorita de Guercheville, era considerada como propietaria de toda la Nueva Francia, al oeste de la península de Acadia, y los agentes de la concesionaria estaban autorizados por el rey para expulsar á todo extranjero ó Francés que encontrasen «en el río, más arriba del paraje de Gaspé»; más allá «todo tráfico y comercio» quedaban prohibidos á «todo capitán, piloto, marinero y demás del mar Océano» [1].

Así se retrasó la colonización y hasta fué completamente impedida durante un siglo. La multitud de los pescadores debió contentarse en todas partes con albergues provisionales; los colonos no pudieron tomar oficialmente posesión de la tierra y fundar establecimientos permanentes hasta el principio del siglo XVII, en 1604, en Port-Royal de la Acadia — actualmente Annapolis —, y en 1608, en Quebec, es decir, en el «Estrecho», sobre el ancho puerto que forma el río San Carlos en su confluencia. Pero los escasos emigrantes conducidos al Canadá por Samuel Champlain no eran bastante ingeniosos para saber hallar su alimento en aquellas tierras fecundas, al borde de aquel río abundante en pesca; cuando faltaban las provisiones enviadas de Francia, reinaba el hambre y el escorbuto diezmaba los colonos. Fuera de la vana busca del oro y del comercio de los *pelus* ó peleterías, los recién venidos no conocían ningún oficio y no tenían ninguna iniciativa. Fué preciso el genio del parisién Hébert para inventar la jardinería sobre aquella tierra fértil que sólo deseaba producir.

A la pobreza y á la incuria de los concesionarios, á la ignorancia de los colonos, pronto se unió otra causa de lentitud en la apropiación de la tierra: la intolerancia religiosa. Los inmigrantes que se hubieran presentado en mayor número, si el gobierno colonial hubiera autorizado la población espontánea, hubieran sido los protestantes, puesto que la mayor parte de ellos eran perseguidos en la madre patria, á quienes el cambio de fe, la ruptura de los lazos

[1] Benjamín Sulte, *Histoire des Canadiens français.*

tradicionales y las duras necesidades de una existencia nueva les dotaba de cierta iniciativa. En efecto, en los primeros tiempos desembarcaron en el Canadá unos hugonotes procedentes principalmente de Saintonge. Protegidos en un principio por el espíritu de tolerancia que había dictado el edicto de Nantes, fueron pronto obligados á salir de la colonia: la práctica de una ortodoxia intransigente acabó por imponerse y la unidad de fe prevaleció, con gran beneficio material del clero, que había llegado á ser soberano.



Cl. Sellier.

QUEBEC AL FINAL DEL SIGLO XVII

Los verdaderos reyes del Canadá, de quienes dependían los gobernadores lo mismo que los colonos, eran los misioneros jesuítas: disponían de todas las altas situaciones, les pertenecían las tierras más ricas y por el diezmo se atraían una parte considerable de la propiedad de los fieles. Al lado de esa aristocracia de la Compañía de Jesús, los franciscanos y los hermanos recoletos descalzos eran considerados como una especie de plebe religiosa, buena á lo sumo para convertir indígenas, con los cuales solían asociarse. Dueños de la tierra, los jesuítas hubieran querido poseer también el monopolio del comercio, y veían con malos ojos cómo se enriquecían los aventureros con el comercio de pieles. Las ordenanzas formales, solicitadas por ellos, prohibían á los «corredores», so pena de galeras, la caza á más de una legua de distancia, de lo que resultó que los «buscadores de pistas», obligados á huir de la sociedad culta, iban á vivir entre los Indios, que les acogían fraternalmente, y que sus familias, compuestas de «palos quemados», es decir, de mestizos, se reabsorbían poco á poco en la población aborígena. La alianza

de la sangre entre los colonos franceses y las tribus de Pieles Rojas, que hubiera dado una base sólida á la raza nueva y quizá le hubiera permitido resistir después el ataque de los colonos ingleses del litoral, fué reprobada por los directores espirituales del Canadá como una práctica inmoral, y se prefirió dirigirse á los curas de las parroquias francesas para el envío de huérfanas, lo mismo que á la policía de París para extraer de los asilos y de las cárceles mujeres encargadas de conservar en las orillas del San Lorenzo la pureza de la sangre europea. Debido á aquellas remesas de mujeres casaderas los Canadienses de la parte baja del río han permanecido siendo Franceses de origen auténtico [1].

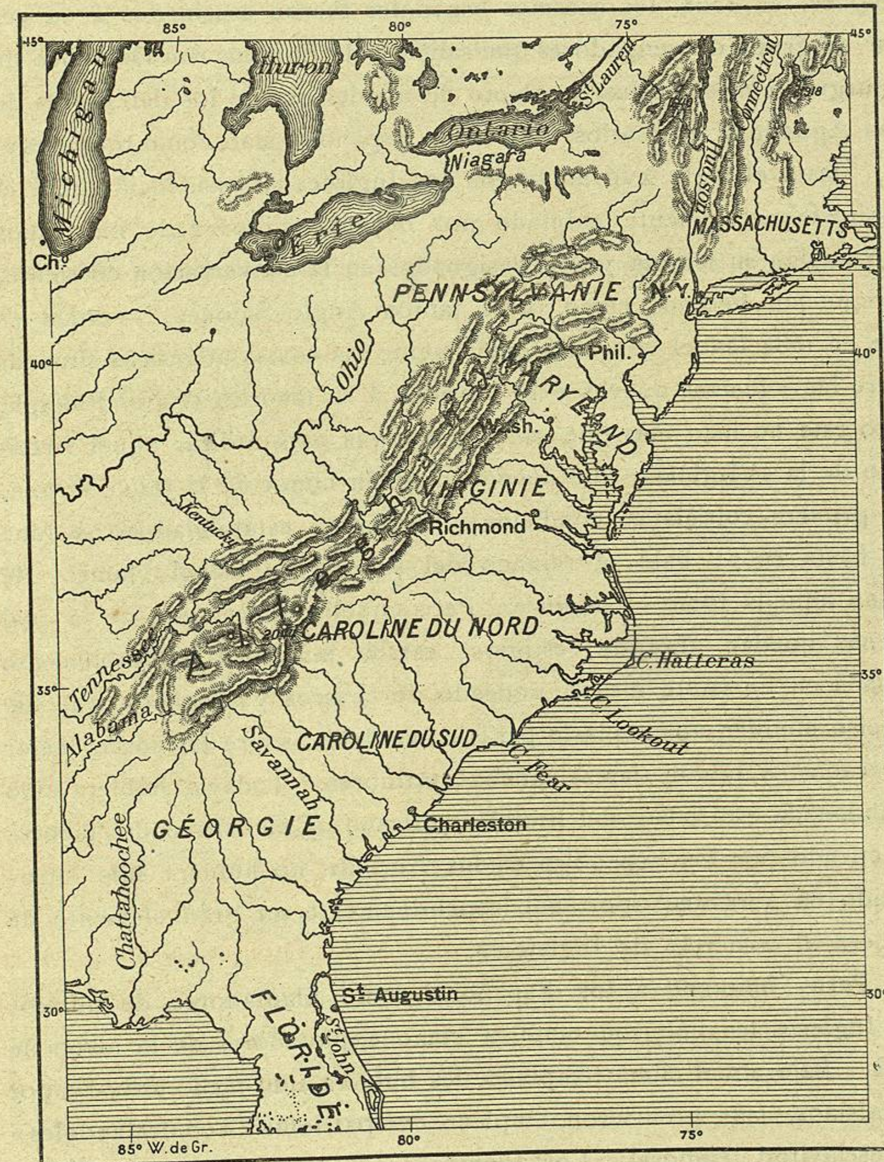
Durante el mismo período, la Gran Bretaña, indudablemente mejor situada para las relaciones con el mundo exterior, empleó su excedente de fuerza para el comercio, ya que no para la emigración colonial, mucho más activamente que Francia. Inglaterra, lo mismo que Holanda, reemplazaba á España y Portugal en la importación de las especias y otros géneros preciosos. Los galeones españoles, perseguidos sobre las rutas habituales del Océano, no se atrevían ya á arriesgarse en ellas sin ir acompañados de poderosos navíos, mientras que los ligeros barcos de los corsarios Hawkins y Drake recorrían audazmente los mares.

En 1600 dió la reina Isabel su primera carta á la compañía de las Indias Orientales; pero las dificultades para poblar el Nuevo Mundo fueron en un principio tan grandes para los Ingleses como para sus rivales los Franceses, y no llegaron á un resultado definitivo hasta algunos años después. Sobre la costa de los Estados Unidos actuales, lo mismo que sobre el litoral del Canadá, los primeros colonos que llegaron fueron hugonotes franceses buscando un lugar de paz lejos de la patria madrastra: eran, en 1562, una veintena de individuos dirigidos por Ribaud, amigo de Coligny, que se establecieron en uno de los islotes del estuario principal de la actual ciudad de Charleston, metrópoli de la Carolina del Sud; pero aquellos hombres de guerra, colocados en un nuevo medio carecieron de la inteligencia necesaria para acomodarse á él, y huyeron arrostrando los peligros del mar

[1] Benjamín Sulte, *Prétendue Origine des Canadiens français.*

para evitar los de la tierra. Dos años después hubo un segundo desembarco de hugonotes, esta vez más al Sud, en un islote del río

N.º 396. Litoral norteamericano



floridiano llamado en el día el Saint-John; pero la noticia de su llegada se propagó á lo lejos entre los Indios, y los Españoles de las Antillas, advertidos de la presencia de aquellos Europeos, doblemente

enemigos como Franceses y como herejes, fundaron en las inmediaciones el puerto de San Agustín, que todavía existe, y sorprendieron el fortín de los hugonotes para asesinar á los habitantes. Tres años después, en 1568, los asesinos españoles fueron asesinados á su vez por un grupo de vengadores que salieron de Burdeos con Dominico de Gourgues con el exclusivo objeto de apoderarse de los defensores de San Agustín y ahorcarlos, «no como Españoles sino como traidores».

Hasta el siglo XVII no fijaron los Ingleses su residencia sobre el territorio actualmente habitado por ochenta millones de individuos que hablan su lengua y son designados en la conversación corriente, aunque sin verdad, como otros tantos Anglo-Sajones. Verdad es que en 1584 Isabel concedió oficialmente las costas atlánticas situadas entre las «Tierras nuevas y la Florida» á su favorito Walter Raleigh, pero éste no hizo más que vanas tentativas para utilizar aquel virreinato de la «Virginia», que denominó así en honor de la reina Virgen. La primera colonia en condiciones de alguna estabilidad no se fundó hasta 1607, bajo el reinado del sucesor de Isabel, James, de quien aquélla tomó el nombre. Pero aquella Jamestown, de la cual apenas quedan algunos vestigios, estaba tan poco favorablemente situada en un islote insano, rodeado de charcos y pantanos, que fué preciso también abandonarle para ir más lejos, sobre las costas mejor desecadas, á labrar tierras menos insalubres. Todavía hubiera sido abandonada esta parte del litoral americano, si el cultivo del tabaco, practicado por los Españoles en las Antillas, no hubiera sido introducido en Virginia, aportando repentinamente un gran elemento de riqueza al comercio de Inglaterra.

Pero, imitando á los Españoles como plantadores de tabaco, los Ingleses les imitaron también como explotadores de la mano de obra. Bajo aquel clima templado, les hubiera sido fácil cultivarle por sí mismos, mas prefirieron emplear compatriotas, «contratándoles» en esclavitud temporal. Los agentes de los concesionarios virginios iban á reclutarlos á los puertos ingleses ó á capturarlos en cualquier territorio enemigo, y después los vendían á tanto por cabeza á los plantadores. Se compraban también mujeres, sea para los colonos propietarios, sea para los «contratados», al precio medio de 1,200 á 1,500 libras de tabaco. El gobierno inglés favorecía ese comercio,

entregando á los tratantes presos políticos ú otros, que sirvieron para constituir poco á poco, á medida que se iban emancipando, el grueso de la población libre de Virginia. Algunos negros, destinados á

N.º 397. Océano Atlántico.



La escala ecuatorial de este mapa es de 1 á 100 000 000.

S = Santiago del Estero; C = Copan.
El primer camino de la trata de negros fué de Guinea hacia las Antillas y Virginia.

permanecer esclavos durante toda su vida, «gracias á una feliz disposición de la Providencia», fueron también desembarcados en los mercados de la costa desde el año 1620, pero no eran de importación

inglesa; los habían proporcionado unos tratantes holandeses. Inmediatamente después, los marinos ingleses se apresuraron á monopolizar el tráfico de los negros con los colonos, sus compatriotas de ultramar. Antes de aquella época, el corsario Hawkins, en comandita con la reina Isabel, y sus discípulos negreros habían robado negros en las costas de Guinea tan sólo para el suministro de las colonias españolas.

En ese mismo año 1620, en que comenzó la esclavitud de los negros en las plantaciones de la comarca que llegó á ser la República de los Estados Unidos, se cumplía en la historia de la colonización otro acontecimiento de importancia étnica y social no menos considerable. Un centenar de emigrantes, á quienes la persecución religiosa había obligado á salir de Inglaterra y que primeramente se habían refugiado en Holanda, tomaron la resolución de huir al Nuevo Mundo y de establecerse allí sobre las orillas del Hudson, de que les había hablado algún viajero; pero, siendo navegantes inhábiles, no supieron hallar el lugar buscado, allá donde tres años antes unos Flamencos habían de fundar la colonia de Manhadoes, la futura New-York, y la casualidad les condujo mucho más al Norte, sobre la roca de New-Plymouth, á la entrada de la gran bahía donde Boston ocupa actualmente la extremidad occidental. Aquella fué la primera de las colonias de Nueva Inglaterra que se distinguió, entre todas las del Nuevo Mundo, por la homogeneidad de la raza y por el rigor de las observancias religiosas. Los millones de hombres que por la descendencia directa pertenecen más ó menos á esta raza de los «Puritanos de América», han exagerado singularmente el valor moral de ese elemento ancestral, y le han atribuído la preponderancia entre todos los inmigrantes cuya posteridad fundó la República de los Estados Unidos ciento cincuenta años después del desembarco de los «peregrinos». Es indudable que aquellos hombres, firmemente convencidos de ser poseedores de la verdad eterna y los representantes infalibles del «Altísimo», ejercieron una acción inicial muy poderosa, pero también muy funesta, sobre las generaciones que se sucedieron, persiguiendo á los Indios Pieles Rojas, como otros tantos «Amalecitas» y «Amorrheos», y castigando con el hierro candente, la prisión y la muerte á los herejes, los blasfemos y las brujas.

En las colonias del norte de América, la apropiación del suelo se hizo en condiciones muy diferentes á las en que se hizo en los territorios de la conquista española, produciendo también consecuencias históricas muy distintas. Los soldados de Cortés, de Pizarro y de Almagro se apoderaron del Nuevo Mundo en nombre de su rey, considerado como propietario directo y absoluto de la tierra conquistada y de sus hombres, en tanto que los inmigrantes del litoral americano que se extiende desde la Florida á Terra Nova y al Labrador meridional, se constituían en grupos bajo la dirección y responsabilidad de concesionarios. Siendo esas colonias inglesas, holandesas ó francesas, no eran producto de expediciones militares, sino el resultado de empresas relativamente pacíficas, que conducían á la fundación de pequeñas sociedades análogas á la de la madre patria, Inglaterra, Holanda ó Francia.

Los inmigrantes que acababan de pasar el mar obraban absolutamente como hubiesen obrado de tener sólo que atravesar un río para ir á establecerse á un erial próximo. Los personajes que habían obtenido de su gobierno el derecho de adquirir un feudo en país de ultramar, llevaban consigo sus vasallos, y el territorio ocupado sufría en un principio un régimen análogo al de los feudos de la madre patria. En el fondo se halla en todas partes el mismo sistema: un señor personal ó impersonal que recibe de la corona la investidura señorial sobre una región determinada, con el cargo de efectuar en ella la población con hombres escogidos. Por sí mismos los colonos no habían tenido la idea de expatriarse; pero siguiendo al segundón de familia ó al aventurero que les conducía y les hacía esperar una bella posición, se decidían á partir para el Nuevo Mundo, donde les esperaba una hacienda de grandes dimensiones, y quizás, si les favorecía la suerte, llegarían á ser á su vez poseedores de feudos y señoríos.

De todas las colonias norteamericanas, las que conservaron mejor y por más tiempo su carácter feudal fueron las de Acadia y Canadá, debido á que los señores canadienses habían venido acompañados de sus clientes, vivían la misma vida y llegaban á constituir con ellos una especie de clan que recordaba, aunque en condiciones muy preferibles gracias al bienestar, la antigua existencia en el país natal.

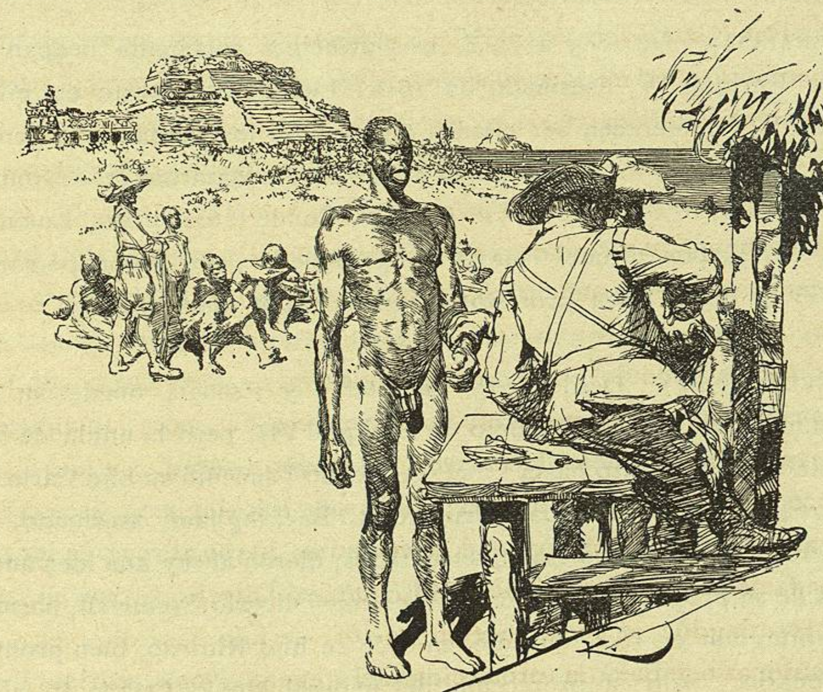
Ese estado de cosas se conservaba tan firme, gracias á la rutina hereditaria, que no fué muy modificado por la conquista inglesa hacia el fin del siglo XVIII, y aun quedan en nuestros días notables supervivencias.

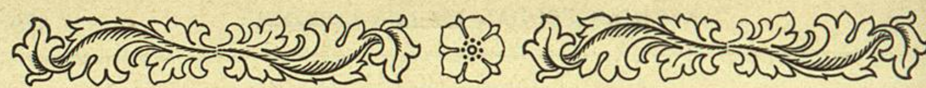
La evolución fué más rápida en las colonias del litoral fundadas ó adquiridas por los Ingleses. Las compañías á las que la Corona cedía grandes extensiones de terreno, divididas en feudos, estaban representadas en el Nuevo Mundo por encargados de negocios, no por los señores concesionarios. Lord Baltimore, á quien se regaló el Maryland, y William Penn, fundador de la Pensylvania, se cuentan entre los escasos personajes ingleses que fueron á instalar á sus terratenientes, el primero en 1632, el segundo en 1681, y aun no residieron mucho tiempo en sus territorios. Los mandatarios no tenían la autoridad suficiente para conservar los derechos señoriales, de lo que resultaron profundas modificaciones en la primitiva organización feudal: pronto no se vió en aquellos derecho-habientes más que simples recaudadores contra los cuales se rebeló cada vez más la opinión. Los terratenientes se ligaron en asambleas deliberantes, y las reuniones anuales se transformaron gradualmente en reuniones políticas, en las que fueron rechazados los privilegios feudales.

Las diferencias de toda clase procedentes del alejamiento, de las nuevas condiciones del trabajo, del suelo y del clima produjeron en las diversas colonias la más extraña mezcla de instituciones distintas donde era difícil reconocer el primitivo carácter. En las colonias del Sud, los pequeños feudatarios se desembarazaron pronto de los altos personajes á quienes habían sido concedidas las provincias, y constituyeron una verdadera aristocracia territorial que hacía cultivar sus tierras por «alquilados», es decir, por blancos esclavizados temporalmente ó por verdaderos esclavos negros. En las comunidades de la Nueva Inglaterra la evolución tomó muy diferente aspecto: el celo religioso de los puritanos modificó el régimen feudal de la sociedad, reemplazando la autoridad de los vasallos concesionarios por el poder de los pastores y los consejos de disciplina eclesiástica; el gobierno se transformó en un consejo teocrático cuya jerarquía reemplazó á la del antiguo feudo. Sin embargo, las instituciones se entremezclaron de una manera tan extraña, que la provincia puritana por excelencia,

la de la «Bahía» ó de Massachusets, quedó «señora» de las dos provincias compradas en el territorio del Marne y gobernadas contra su voluntad.

Cualesquiera que fuesen los cambios económicos y sociales que se producían en las colonias del litoral norteamericano, conservaron sobre las de España la ventaja capital de quedar en relación constante con las madres patrias y de participar por ello de una manera más íntima de su vida política y moral. En tanto que las colonias españolas, dependientes únicamente del «Consejo de Indias» y cerradas á todo comercio, á toda inmigración no recomendada por autoridad real, acababan por ser completamente ignoradas de los mismos Españoles y se hallaban, como antes de Colón, separadas de Europa por un mar desconocido, las tierras de la América del Norte que hacen frente directamente á Francia y á Inglaterra se acercaban, por el contrario, cada vez más, y sobre ambas orillas del «gran foso» se propagaban los movimientos históricos por una misma ondulación. Entre Inglaterra y sus colonias, la unidad de civilización se revelaba con toda evidencia.





EL REY SOL. — NOTICIA HISTÓRICA

Imperio. A Rodolfo, muerto en 1612, suceden los emperadores Matías, Fernando II (1619-1637), Fernando III, Leopoldo I (1658-1705) y José, muerto en 1711.

Francia. De 1589 á 1715, tres príncipes solamente ocupan el trono: Enrique IV, asesinado en 1610; Luis XIII, muerto en 1642, y Luis XIV. Merecen ser citados algunos de los ministros y generales: Sully (1559-1641), Richelieu (1585-1642), Mazarino (1602-1661), Turena (1611-1675), Colbert (1619-1683), Condé (1621-1686), Louvois (1639-1691), por último Vauban (1637-1707), cuyo valor personal excedió el de su obra profesional, considerable por sí sola.

Reino Unido. Desde 1603, Inglaterra y Escocia obedecían al mismo monarca, Jacobo, biznieto de Enrique VII, pero la unión de los dos reinos no se realizó hasta 1707. A Jacobo I sucedió su hijo Carlos I (1625-1648), cuyos principales ministros, Buckingham, asesinado, y Strafford y el arzobispo Laud, ejecutados, dieron al rey una idea anticipada de su propio fin. Al *Lord Protector* Oliverio Cromwell, nacido en Huntingdon en 1599, sucedió en 1658 su hijo Ricardo, bien pronto dimisionario. Bajo la protección del general Monk, Carlos II, hijo de Carlos I, sube al trono (1660) y reina hasta 1685 en medio de cre-

cientes dificultades; su hermano Jacobo II, ayudado en su obra de represión por el sanguinario Jeffreys, tuvo aún peor éxito. Guillermo III, estatuder de Holanda, nieto de Carlos I y yerno de Jacobo II, desembarcó en el Devon en 1688 y suplantó á su suegro sin combate pero no sin dar garantías de futura fidelidad al régimen representativo. Jacobo II murió en San Germán en 1701, y Guillermo III, ya viudo, en 1702. Ana, hija del uno y cuñada del otro, llega á ser reina; su reinado es ilustre por las victorias de Marlborough (1650-1722).

Polonia. Un Sueco, Segismundo Vasa, elegido rey de Polonia en 1587, ocupó el trono hasta 1632; sus hijos Ladislao y Juan II (1648-1668), después un Miguel Koributh, le sucedieron. Juan Sobieski, que desde 1648 mandaba los ejércitos polacos, fué elegido entonces (1674) y reinó hasta 1696.

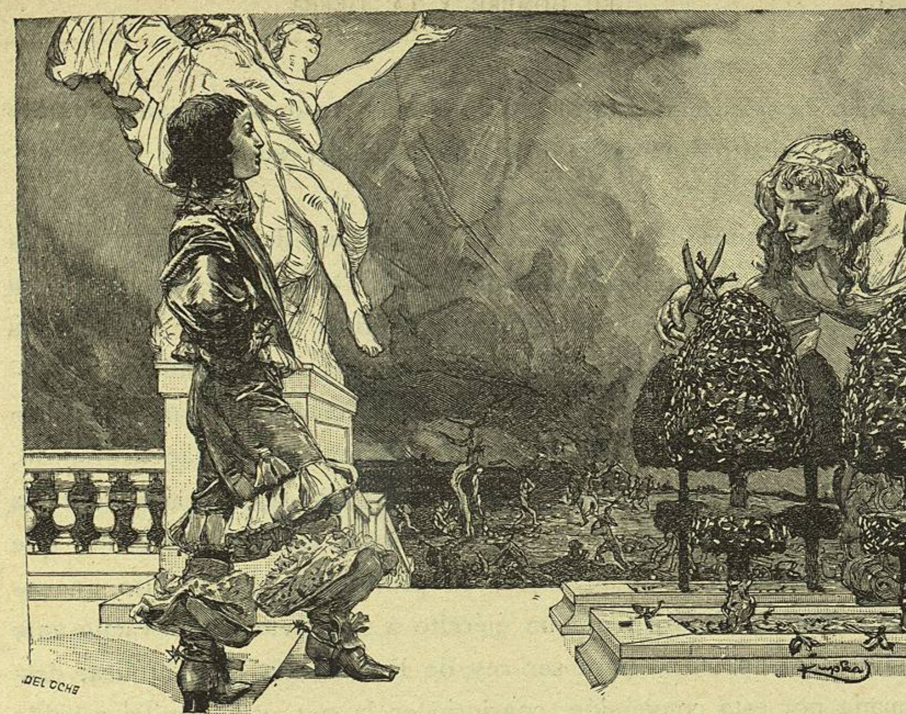
Rusia. Al *czar* Ivan el Terrible (1533-1584) sucedió su hijo Feodoro. De 1598 á 1613, período turbulento bajo Godunov, uno de sus hijos y después otros dos ó tres «usurpadores»; entonces los Polacos ocuparon Moscou. Pero fué proclamado Miguel Romanov y sigue reinando su descendencia: Miguel (1613-1645), Alejo, Feodoro III (1675-1682), después sus hijos Ivan y Pedro bajo la regencia de su hermana Sofía. Pedro, de 17 años de edad, separó hermano y hermana y gobernó solo (1689).

Suecia. Entre los sucesores de Gustavo Vasa, Segismundo III, que fué también rey de Polonia, ya citado, es reemplazado como rey de Suecia, desde 1604 por Carlos IX. El hijo de este último, Gustavo Adolfo, subió al trono á los 17 años, en 1611. Muerto en 1632 en la batalla de Lützen, dejó el poder al canciller Oxenstiern (1583-1654), el ejército á hábiles generales, Baner, Torstenson, Wrangel, y la monarquía á su hija Cristina. Esta abdicó en 1654 y murió en Roma en 1689, sucediéndole en el trono su primo Carlos X, cuyo nieto Carlos XII es el vencido de Poltava en 1712.

La lista siguiente de hombres eminentes ó célebres completa la de las páginas 303 y 304, hasta 1667:

Ben-Jonson, poeta dramático, nacido en Londres	1573-1637
Rembrandt (van Ryn, llamado), pintor, nacido en Leyden	160 -1669
John Milton, poeta, nacido en Londres	1608-1074
Bossuet, orador cristiano, nacido en Dijon	1627-1704
Charles Perrault, escritor, nacido en París	1628-1703
John Locke, filósofo, nacido en Somerset	1632-1704
Nicolás Boileau, poeta, nacido en París	1636-1711
Nicolás de Malebranche, filósofo, nacido en París	1638-1715
Jean Racine, poeta trágico, nacido en La Ferté-Milon	1639-1699
Isaac Newton, matemático, nacido cerca de Lincoln	1642-1727
Gottfried Leibnitz, filósofo, nacido en Leipzig	1646-1716
Pedro Bayle, filósofo, nacido cerca de Foix	1647-1706
Fenelon, literato cristiano, nacido en Perigord	1651-1715
Jonathan Swift, escritor, nacido en Dublin	1667-1745





EL REY SOL

La mano de Luis XIV pesa todavía sobre las soledades cenévolas.

CAPÍTULO XIV

Enrique IV é Isabel. — Inglaterra, dueña de los mares.
Equilibrio religioso. — Guerra de treinta años.
El Commonwealh. — Richelieu, la Fronda, el Rey Sol.
Guerras y fronteras de Luis XIV.
Revocación del edicto de Nantes. — Agotamiento de Francia.
Revolución y hegemonía de Inglaterra. — Turquía,
Polonia, Rusia, Siberia. — Colonos, siervos y raskolnikis.
Capitales rusas. — China y los jesuítas.

En la época en que Europa comenzaba á desbordarse sobre el mundo de ultramar para apoderarse moralmente de él después de haberle conquistado materialmente, sus pueblos se hallaban muy distantes del equilibrio interior, y no reposaban de las antiguas guerras sino para disponerse á otras nuevas. Sin embargo, el teatro de las luchas se había ensanchado: Europa adquiría con-

ciencia de sí misma, y la idea de un concierto de los Estados, nacido del movimiento humanista del Renacimiento, surgía en las inteligencias.

Francia, una de las potencias que al final del siglo XVI tenía la mayor parte en la hegemonía moral de Occidente, entraba en un período de gran calma consiguiente á crisis terribles. La matanza de la San Bartolomé, los asesinatos en masa, los incendios, las batallas, el hambre de París, el de tantas otras ciudades y campos habían dejado un sentimiento de horror: el país tenía necesidad de reposo, y afortunadamente sus recursos bastaban para las necesidades de la vida y hasta para gozar de cierta prosperidad. Enrique IV, que cuando la San Bartolomé abjuró el protestantismo, se hizo nuevamente hugonote para tener un ejército á su servicio y no vaciló ante una tercera apostasía para ser rey de Francia; la liga católica, desarmada por esta conversión, consintió en la paz, y la familia rebelde de los Guisa, que ambicionaba el trono, se vió obligada á someterse; el mismo rey de España, cansado de suministrar hombres y dinero para una causa perdida, acabó por firmar un tratado á la víspera de su muerte; y, mientras que los jesuítas, culpables á sus propios ojos de haber fracasado en una tentativa de regicidio, se dirigían á un destierro temporal, los hugonotes adquirían, en virtud del edicto de Nantes (1598), el derecho de vivir pacíficamente junto á los católicos y de rezar á su gusto, observando las leyes del reino. Francia vivió todavía casi en completa paz durante una docena de años, exceptuando unas pequeñas guerras del lado de los Alpes y del Jura, y se ha dicho, aunque sin pruebas estadísticas formales, que la población se había aumentado en tres millones de habitantes — elevándose de diez á trece millones — en la misma época en que España perdía igual número de habitantes. Verdad es que Enrique preparaba su hacienda y su ejército para nuevos y sangrientos conflictos: parecía casi inevitable un choque entre las tropas francesas y las de la casa de Austria, los males de la guerra estaban á punto de comenzar de nuevo, cuando Enrique IV, asesinado por Ravaillac, dejó al país acomodarse á nuevas circunstancias, bajo la regencia de la florentina María de Médicis y de sus favoritos italianos.

Por lo demás, ayudado en su memoria por la propaganda oficial

de la Iglesia y de la nobleza realista, el pueblo recuerda todavía vagamente á Enrique IV, sobre todo á causa de la semejanza que tiene con él por los vicios de inconstancia y de lujuria, y deplora que no haya odiado á sus súbditos como suelen hacerlo la mayor parte de los amos. Enrique IV dejó fama de haber querido que el pobre no sufriese hambre y hasta que comiese opíparamente en ocasiones, lo que no le impidió ser cruel con los cazadores furtivos y restringir con empeño todo lo que quedaba de las libertades municipales y nacionales, guardándose bien de convocar los Estados generales. De Enrique IV procedieron Richelieu y Luis XIV.

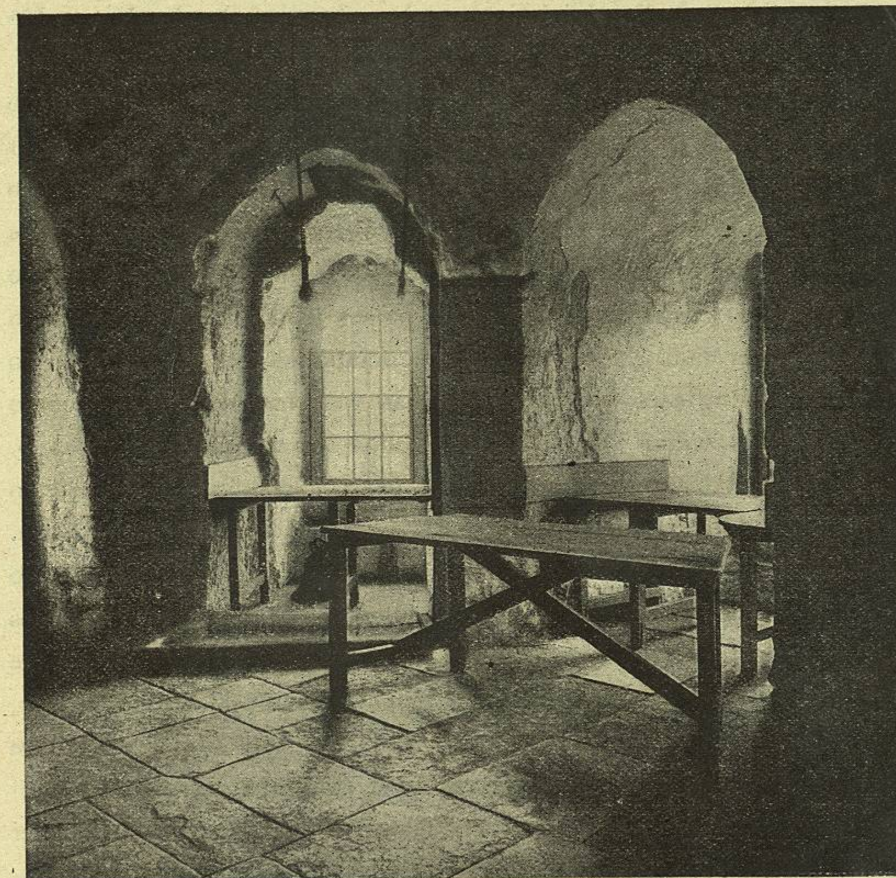
En la Gran Bretaña, la transformación religiosa había tomado su carácter oficial y definitivo: de cisma violento que había sido la religión dictada por Enrique VIII á sus súbditos, el protestantismo anglicano había llegado á ser un culto con originalidad propia, su dogma, su liturgia y un principio de tradiciones. Sin embargo, no se había operado aún suficientemente el arraigo de las ideas y de las costumbres que impidiera el predominio momentáneo de la religión católica. Ayudada por el realismo monárquico, muy poderoso sobre el espíritu de las multitudes, la devota María, hija de Catalina de Aragón, triunfó (1553) sobre la protestante Jane Grey, su desdichada rival, que perdió poco después su cabeza sobre el tajo. Durante los cinco años de su reinado, María pudo renovar la obra de persecución católica contra las herejías; estableció bajo otro nombre el tribunal de los inquisidores, y envió á la hoguera cerca de trescientos individuos, entre ellos tres prelados anglicanos, unas sesenta mujeres y cuarenta niños. Para sus súbditos protestantes, la reina no fué más que «María la Sanguinaria». Sin embargo, murió tranquila, después de haber empeñado á Inglaterra en una guerra contra Francia y asociado sus ejércitos á los de su marido Felipe II cuando la victoria de San Quintín.

El orden natural de sucesión al trono (1558) reprodujo el régimen anglicano con el gobierno de Isabel, hija también de Enrique VIII y de Ana de Boleyn. El estado de equilibrio inestable en que todavía se hallaba Inglaterra en concepto religioso cesó por completo: el protestantismo reinó definitivamente, representado, no sólo por la Iglesia de Estado, imponente heredera de la religión católica, sino

también por numerosas sectas nacidas del libre examen, de la espontánea iniciativa de los fieles. Y resultó que la nueva religión oficial, juzgándose infalible, como la precedente, hubo de perseguir de una parte á los católicos, que todavía ambicionaban la reconquista del poder, de otra á los «disidentes» ó no conformistas, que se permitían practicar su culto obedeciendo á su conciencia y no al formulario jerárquico. El régimen que prevaleció en Inglaterra bajo el reinado de Isabel, durante toda la última mitad del siglo XVI, fué el de un «gobierno fuerte», es decir, poco respetuoso de la vida humana: el término medio anual de ejecuciones en la horca por crímenes, delitos ú opiniones se elevaba á medio millar. La «alta comisión» nombrada por la reina se tomaba todos los derechos contra los individuos, hasta el de someterlos directamente á los consejos de guerra. El Parlamento, intimidado, no osaba ya criticar los actos de la soberana y hasta se abstenía de reivindicar su prerrogativa esencial, el voto del presupuesto. Inglaterra quedaba entregada á la arbitrariedad de la «Reina Virgen», que era estrictamente económica, hasta en sus caprichos: aprobaba mucho el lujo desplegado en su honor por los favoritos del día, pero no se asociaba á sus prodigalidades.

No obstante, Isabel quedó glorificada en la memoria del pueblo por motivos análogos á los que hicieron popular «al rey Enrique» en Francia: su reinado es el período representativo de un amplio desarrollo del comercio y de la industria. Todas las artes de la paz florecieron, y la población, menos oprimida por la miseria, hallando más expansión por su trabajo, tuvo un gran aumento. Antes del final del siglo XVI todavía subsistían las antiguas leyes que prohibían á los trabajadores de la tierra dejar la gleba natal: no se había movilizado la población. Unicamente en escasos distritos, donde los trabajos manufactureros habían empezado ya, especialmente en Norwich, los maestros tejedores tenían el derecho de tomar aprendices donde les conviniera. Pero con la nueva era que había de hacer de la Gran Bretaña la iniciadora de la industria mundial, la transformación económica reaccionaba sobre las antiguas costumbres, forzando á la legislación á ponerse á su servicio. Desde entonces los actos de la reina Isabel y de sus sucesores permitieron á los industriales reclutar sus aprendices entre los campesinos, y también procurarse

sus maestros obreros fuera de Inglaterra: las guerras y las persecuciones religiosas que dominaban á la sazón sobre el continente les suministraban gran número de hombres inteligentes entre los más hábiles y los más experimentados en los diversos oficios. Inglaterra se enriquecía, pues, á expensas de los países de ultramar, y aquellos



Cl. Kuhn, edit.

PRISIÓN DE LA PRINCESA ISABEL EN LA TORRE DE LONDRES DURANTE EL REINADO DE SU HERMANA MARÍA

á quienes acogía eran precisamente los mejores, la verdadera flor, puesto que tenían convicciones — cosa rara — y la voluntad de defenderlas hasta la ruina y el destierro — cosa más rara todavía. — El valor intelectual, moral y la civilización material de los ciudadanos ingleses aumentó en grandes proporciones casi repentinamente, gracias en primer término á la afluencia de los fugitivos y de los deste-

rrados flamencos que acudieron profusamente á los distritos industriales de Inglaterra, y no solamente desarrollaron los oficios ya existentes, sino que crearon otros nuevos, acelerando con un gran impulso los progresos nacionales. Y se dice que, en nuestros días, los condados donde los emigrados flamencos aportaron su trabajo, su pensamiento y su amor á la libertad, son los que más se distinguen por el número de ciudadanos de bellas iniciativas y de valor moral. La lejana herencia parece haber dejado huellas muy visibles [1].

La movilidad creciente del interior respondía á un movimiento de expansión hacia el exterior. El gusto por las aventuras y por los viajes se hizo muy potente en Inglaterra, precisándose ya como un rasgo nacional y penetraba en la literatura: á cientos, á miles se precipitaban los aventureros tras Walter Raleigh ó de cualquier otro buscador de tesoros ó de prodigios en países lejanos. La destrucción de la Gran Armada de los Españoles dejaba el mar libre, y en lo sucesivo, los Ingleses, no teniendo más que los Holandeses como grandes rivales, veían abrirse ante sí todos los caminos del Océano.

Durante el largo período que los centros comerciales se fijaron en la cuenca del Mediterráneo, Tiro ó Cartago, Bizancio ó Siracusa, Venecia ó Génova, la Gran Bretaña parecía hallarse en el extremo más remoto de la tierra: sus promontorios, sus archipiélagos, vueltos hacia las olas del Océano tempestuoso, eran límites temidos que nadie osaba franquear. Pero descubierto y aun traspasado el Nuevo Mundo, hecha la circunnavegación del globo, la Tierra llegó á ser realmente redonda bajo la estela de los barcos, y el conjunto del mundo conocido se desplazó con relación á las islas Británicas; cesando de ser Inglaterra el extremo límite de las tierras habitables, se halló de repente, si no en el verdadero centro, al menos hacia el medio de todo el conjunto geográfico de las masas continentales. Ninguna posición le era superior para los cambios con el mundo entero [2]. Por lo demás, Inglaterra pretendía ya hacía mucho tiempo, desde Eduardo I en 1299, la soberanía de los mares cristianos hasta frente á las costas de España. Esta pretensión se mantenía aún en el derecho internacional, y los barcos de guerra ingleses exigían el saludo en plena mar.

[1] Richard Heath, *Notas manuscritas*.
[2] H. J. Mackinder, *Britain and the British Seas*, p. 1, 4.

Principalmente á partir de la época del desarrollo comercial, inaugurado al final del siglo XVI, data la tradición de «Britannia

N.º 398. Plymouth y el Atlántico.



La isla Vaigatch está colocada como un lazo de unión entre Novaya Zemlia y el continente; la isla Kulguyev se halla á mitad de camino entre Vaigatch y la entrada del mar Blanco; el mar de Kara se extiende desde Novaya Zemlia á la desembocadura del Ob.

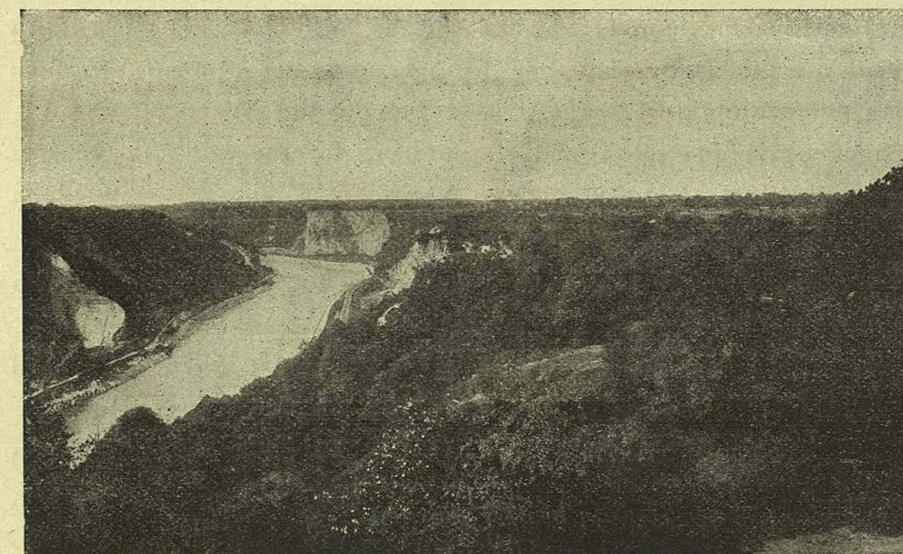
manda á las olas y al mar», á la vez por sus piratas y por sus mercaderes. Se llegó hasta definir expresamente los «mares británicos, ó por mejor decir, los mares de Su Majestad» como la extensión

marítima que se prolonga hasta el cabo Finisterre, y aunque en nuestros días las leyes internacionales hagan comenzar la alta mar á tres millas marinas (cinco kilómetros y medio) del litoral, todo el estuario de Bristol, entre los condados de Somerset y de Glamorgan, era considerado como «territorio» inglés. Como quiera que sea, los navegantes británicos del siglo XVI se lanzaron á las aguas marinas como si les hubieran pertenecido siempre. Ellos, que no habían tomado parte en los descubrimientos de los continentes lejanos sino por la mediación de extranjeros, los Cabot ó Gabotto, trataban sobre todo de apropiarse de las vías directas hacia el Asia Oriental por las dos circunnavegaciones boreales de los continentes, de un lado al norte de América, del otro al norte de Asia. Pero ni Frobisher en 1576, ni Davis en 1585, ni Hudson en 1610, ni Baffin en 1616 lograron feliz éxito allí donde el gran Sebastián Cabot había fracasado, y cuando Baffin volvió de su expedición infructuosa, creyó que podía pronunciar esta sentencia definitiva: «¡El paso del noroeste no existe!» El mismo fracaso hacia el Este; en 1553 Willoughby no pasó de la isla Kulguyev y pereció en Laponia, Chancellor encontró el camino del mar Blanco al estío siguiente, Burrough alcanzó la isla Vaigatch en 1556, Pet y Jackman, en 1581, penetraron en el mar de Kara, el holandés Barents, por último, descubrió el Spitzberg en 1584 é invernó en la punta norte de Novaya Zemlia; no se pasó de la desembocadura del Ob hasta mediados del siglo XVIII.

Si las tentativas de navegación boreal de tres siglos prematuros habían forzosamente de fracasar, la marina inglesa no dejaba de desarrollarse, y nuevos puertos se fundaban sobre el litoral para la navegación trans-oceánica. Anteriormente, casi todo el comercio de la Gran Bretaña estaba localizado en la parte sud-oriental de la isla, es decir, lo más cerca de las tierras continentales con las que se hacían los principales cambios. El nuevo movimiento de tráfico con las comarcas lejanas de ultramar debía desplazar la actividad comercial hacia las bahías del Sudoeste y del Oeste. Una estadística precisa de la mitad del siglo XIV permite apreciar el notable contraste que se produjo entre los puntos vitales de Inglaterra en el intervalo de doscientos años, desde el tiempo de Eduardo III hasta el de Isabel. Cuando el primer soberano puso á contribución todos los puertos

del reino para el suministro de los barcos destinados al sitio de Calais, pidió que se le remitiesen cincuenta y siete barcos: el puerto de Hastings representaba por sí sólo más de la tercera parte del movimiento comercial del reino, puesto que tuvo que entregar veintiuna embarcaciones. Compáresele la modesta Liverpool de entonces, ¡á la cual sólo se pidió una barca tripulada por seis marineros!

La situación histórica, vista en su amplitud, se nos revela del siguiente modo. A la sazón los «Cinco Puertos», los cinco puertos



Cl. J. Kuhn, edit.

ESTUARIO DEL AVÓN, MÁS ABAJO DE BRISTOL

por excelencia, de los cuales dos ó tres se hallan actualmente á distancia de la costa y los restantes no tienen la menor actividad fuera de la navegación de placer y de la pequeña pesca, Hastings, Winchelsea, Rye, Romney, Hythe, que eran como los tentáculos avanzados de Londres, eran como las abras más inmediatas del continente, aquellos cuyos marinos podían singlar más rápidamente hacia las costas de Normandía ó de Flandes. Como la vida llama la vida, todo el impulso de Inglaterra debía obrar en esta dirección; la atracción de la civilización continental obligaba á la nación á concentrar en esta región del litoral todo lo que tenía de fuerza, no solamente para recibir, sino también para reaccionar y para atacar. Al final del siglo XVI, el curso de los acontecimientos no había ciertamente hecho

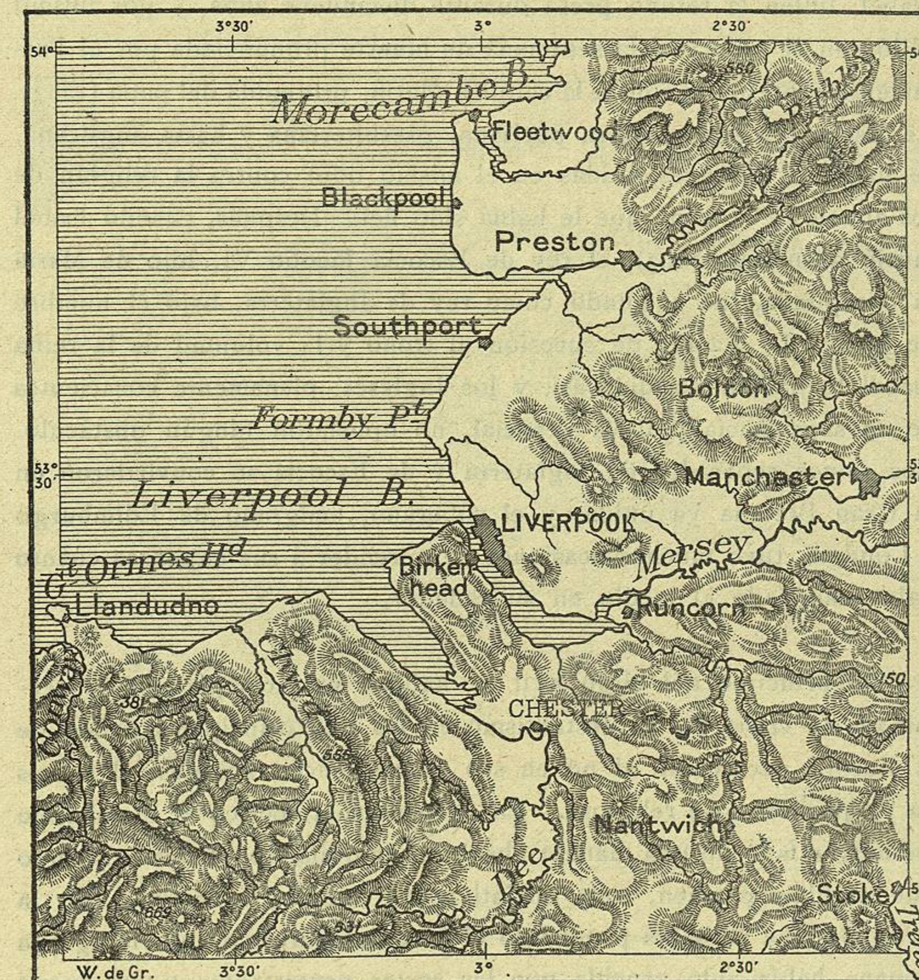
desaparecer esa atracción que el continente ejercía sobre el archipiélago británico, pero éste, por haber constituído más sólidamente su individualidad en todas sus partes, había tomado una vitalidad general que, manifestándose especialmente hacia la punta sud-occidental de la isla donde se hallaba la capital, se producía también, aunque en menor grado, sobre todos los puntos del territorio. Cerca de la extremidad sud-occidental del reino, Plymouth había llegado á ser el gran puerto de guerra y de las lejanas expediciones navales, mientras que sobre la costa del Oeste, Bristol, tan bien situado sobre un estuario que remonta cada día una alta marea, no era ya la única ciudad que se aprovechaba de los mercados de ultramar ofrecidos á los puertos ingleses por el descubrimiento del Nuevo Mundo, Liverpool atraía una parte, todavía mínima, de esas ventajas, y hasta el principio del siglo XVIII, el comercio de la comarca, obligado á huir del estuario del Dee, gradualmente relleno por los aluviones, fué á establecerse sobre el estuario del Mersey, casi exactamente en el centro de figura de las islas Británicas.

La gran época de la industria naciente y del movimiento local de los cambios, que se extendió rápidamente sobre el mundo, fué también para Inglaterra la de un admirable florecimiento de las ciencias y de las obras literarias; fué la edad deslumbradora de Shakespeare, de Marlowe, de Ben-Jonson, de Beaumont y Fletcher. El genio inglés se abría ampliamente á las influencias clásicas del Renacimiento y de las literaturas nuevas que se habían desarrollado en las otras comarcas de Europa, sobre todo en Italia y en España [1]; al mismo tiempo participaba del espíritu general de aventura para entregarse á los impulsos de una imaginación que no fué jamás superada en amplitud ni en audacia. En nuestros días el nombre de Shakespeare no tiene igual entre los de los escritores dramáticos, y sin embargo, el caos de los acontecimientos políticos le hizo ser casi completamente olvidado durante más de un siglo: para constituir una historia más ó menos probable de la vida del gran hombre, los comentadores de su obra han tenido que recurrir á las suposiciones más aventuradas.

[1] H. J. Mackinder, *Britain and the British Seas*, p. 21.

La expansión moral de Inglaterra y la influencia de su lenguaje, de sus ideas, de su individualidad política sobre Escocia, su vecina

N.º 399. Chester y Liverpool.



Chester, que data de la época romana, es la antigua ciudad importante del distrito; Manchester y Liverpool, unidas por un canal marítimo, tienen actualmente cada una más de 500,000 habitantes; Fleetwood es el puerto de embarque para la isla de Man; Blackpool, Southport, Llandudno son playas de baños de mar.

del Norte, debían producir la alianza íntima de las dos naciones y la penetración mutua de sus intereses generales, á pesar de los recuerdos odiosos de las antiguas guerras y las ambiciones rivales de las grandes

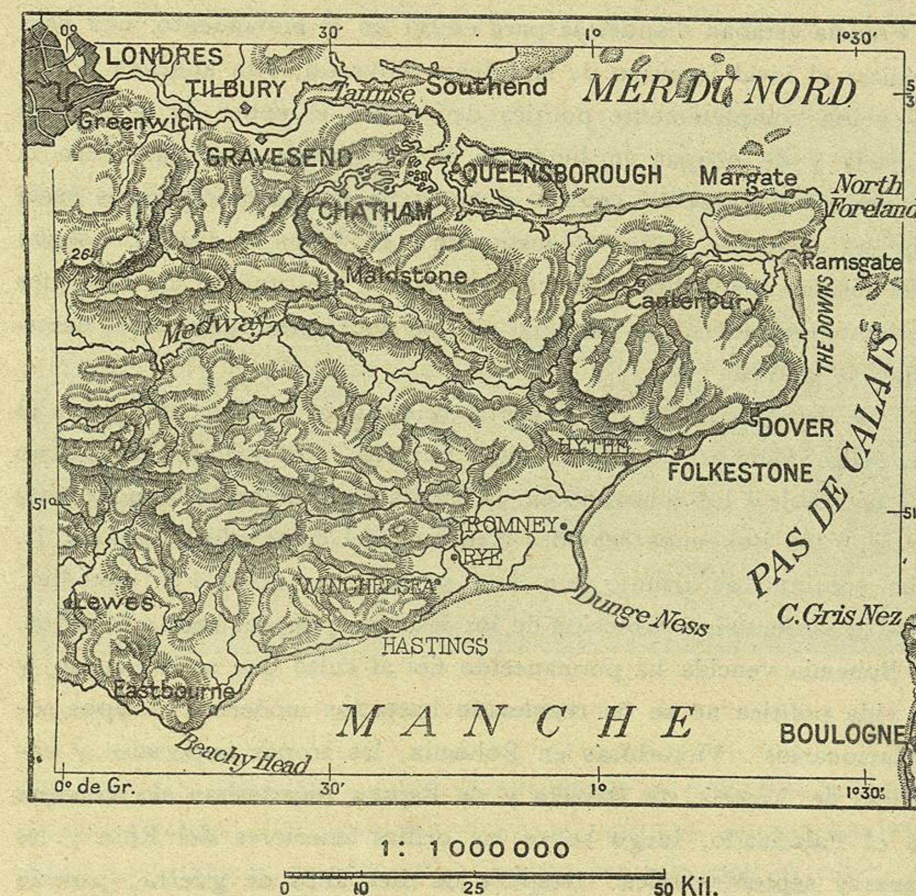
familias. El ascendiente de Inglaterra se había manifestado ya de una manera tan poderosa, que la reina de Escocia, María Estuardo, huyendo de la rebeldía de sus súbditos, imploró asilo á su prima Isabel, quien la retuvo presa durante diecinueve años, y por último selló con el sello real la sentencia de muerte pronunciada por el Parlamento protestante contra la católica María, protegida del papa (1587). La Escocia y la Inglaterra puritana, presbiteriana y hasta anglicana, se hallaban entonces unidas en el mismo odio contra la religión de los abuelos y la reina que le había sido fiel. Después, cuando Isabel murió á su vez (1603), el rey de Escocia Jacobo VI, hijo de María la decapitada, fué aceptado como rey de Inglaterra, bajo el nombre de Jacobo I. La ley de sucesión al trono y la voluntad de la reina Isabel lo habían decidido así, y los Ingleses, plenamente conscientes de su supremacía política y social, no opusieron ningún obstáculo. Los reinos separados de Inglaterra y de Escocia se convirtieron en la Gran Bretaña ya unida, y el soberano, emigrado de Edimburgo á Londres, tuvo muchas ocasiones de aprender á sus expensas cuánto había cambiado el medio en su rededor.

Al principio del siglo XVII se hallaba casi completamente terminada la crisis del protestantismo en los tres principales países de la Europa occidental, si no en sus consecuencias sociales, al menos en su primera fase religiosa. En la península Ibérica el catolicismo había triunfado de una manera absoluta, aniquilando, al mismo tiempo que el libre examen, toda iniciativa individual y colectiva. En la Gran Bretaña se había producido el fenómeno inverso: allí la Iglesia romana había sido vencida por las sectas protestantes y un nuevo fervor religioso se apoderaba de las almas. Francia, entre esos dos extremos, no había tenido solución precisa en uno ú otro sentido, pero el resultado definitivo, con atenuaciones, era al fin la victoria de Roma. Un movimiento análogo al de las grandes comarcas del Oeste había tenido lugar en los Países Bajos, donde las regiones del Mediodía, es decir, Bélgica, permanecía bajo el yugo impuesto por Felipe II, mientras que las Provincias Unidas conservaban al mismo tiempo su fe religiosa y su libertad política. De modo que, como lo ha hecho notar Taine, la crisis del Renacimiento renovó el cris-

tianismo en los países del Norte, en vez de emancipar la inteligencia como en país latino.

El equilibrio era todavía instable en Alemania entre las dos re-

N.º 400. Los Cinco Puertos.



Los «Cinco Puertos», como los Ingleses designan todavía aquellos cinco antiguos puntos de embarque, están indicados en escritura delgada; los grandes puertos actuales en escritura gruesa. Tilbury y Gravesend no son sino antepuertos comerciales de Londres; Chatham es el arsenal militar; Queensborough y Folkestone son cabezas de línea de servicios de pasajeros hacia Flessinga y Boulogne; Douvres, cuya rada de los Downs es un anejo, tiene los servicios de Ostende y de Calais, y adquiere además grande importancia como escala; Southend, Margate, Ramsgate, Hastings, Eastbourne son playas de baños de mar.

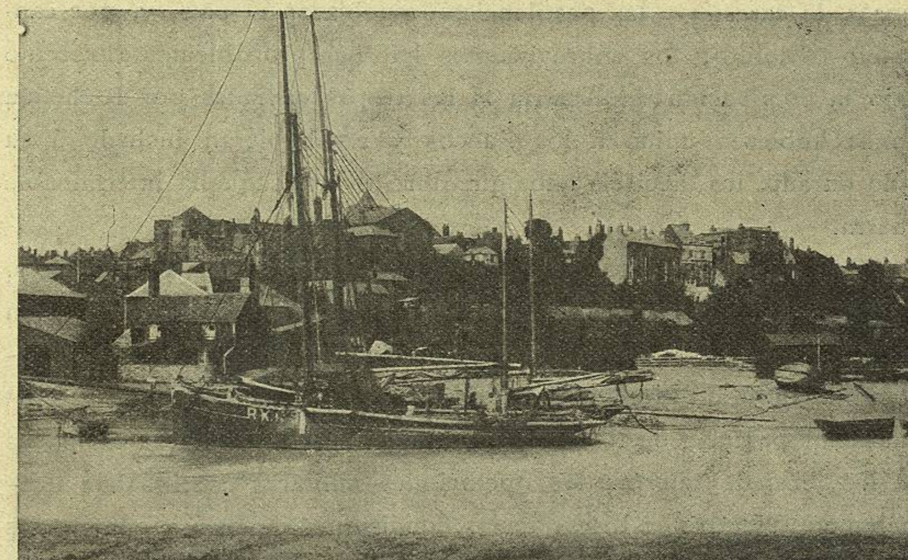
ligiones en lucha. Las convenciones y los tratados de paz firmados por las confesiones rivales no eran sinceros de una parte ni de otra, y la desunión de las sectas protestantes, calvinistas y luteranas, complicaba aún más la situación, permitiendo á los hábiles enlazar

toda una red de maquinaciones secundarias en el gran drama que se preparaba. Muchas veces había estado ya á punto de estallar la guerra: los dos ejércitos se constituían; cuando se hizo la unión de los príncipes y de las ciudades en 1608, en nombre del protestantismo, la Liga católica le respondió en 1609. Aparte de Alemania, España y Francia estaban dispuestas para entrar en el movimiento, una para realizar el ideal jesuítico de la Iglesia universal, otra animada por la intención completamente política de rebajar el poder de la casa de Austria y de ocupar su lugar en la hegemonía europea. Pero la muerte de Enrique IV retrasó el curso de los acontecimientos hasta que un accidente, la «Defenestración» de Praga, realizada, «según una antigua costumbre de Bohemia», por la multitud de los Tcheques descontentos sobre las personas de los consejeros imperiales, determinó la guerra.

Se estaba en 1618, y, durante treinta años, debía continuarse el degüello, acompañado de infinitas miserias. El primer choque no fué favorable á los innovadores: la batalla de la montaña Blanca (1620) entregó los Bohemios rebeldes á merced del emperador Fernando II, que continuó su triunfo con una persecución terrible y metódica, bajo la sapientísima dirección de los jesuítas, porque, hace tres siglos, la Bohemia vencida ha permanecido fiel al culto que se le impuso, y la vida política no se ha reanimado hasta los modernos tiempos revolucionarios. Victoriosas en Bohemia, las tropas imperiales y católicas de Austria, de Baviera y de España impulsaban sus ventajas en el Palatinado, luego sobre las orillas inferiores del Rhin y las llanuras septentrionales. Después de diez años de guerra, pareció dominar en toda la Europa central la reacción religiosa y política, aunque el rey de Dinamarca, Cristian IV, intervino para ayudar á los protestantes de Alemania. Los grandes capitanes Tilly, Spinola y Wallenstein habían barrido todo delante de sí; únicamente este último, fracasado ante las murallas de Stralsund, tuvo que batirse en retirada después de dos meses de sitio con un ejército disminuído en doce mil hombres. Sin embargo, el triunfo del antiguo régimen parecía tan bien establecido, que en 1629 Fernando II hizo proclamar un «edicto de restitución», según el cual todos los bienes que príncipes y ciudades hubiesen sustraído á la Iglesia en toda la extensión

del Imperio le habían de ser devueltos; lo mismo que las riquezas materiales, las almas debían ser restituídas al catolicismo: por todas partes se trató de imponer la abjuración del protestantismo y la vuelta de los arrepentidos al «redil».

No temiendo ya el peligro, los vencedores se apresuraron á disputarse los despojos, y Wallenstein, que había llegado á ser muy



Cl. J. Kuhn, edit.

PUERTO ACTUAL DE RYE

poderoso por sus aliados, hubo de abandonar en desgracia el mando de los ejércitos. Fué destituído demasiado pronto, porque los príncipes protestantes, tocados en el punto sensible por el edicto de restitución, buscaban un apoyo fuera de las fronteras, en Francia y en Escandinavia. El cardenal de Richelieu, que había llegado á ser el verdadero rey de Francia en lugar del vacilante Luis XIII, al que no dejaba más que la pompa oficial, fué, con el soldado Gustavo Adolfo, el personaje que restableció el equilibrio de los cultos y de los Estados en la Europa central. Como prelado romano, no permitía discutir á sus súbditos franceses las prerrogativas de la Iglesia católica; pero en el extranjero no sentía escrúpulos por su fe, y sólo trataba de suscitar enemigos á la insidiosa España y á la orgullosa Austria, fuesen el papa ó los mismos protestantes. Consiguió su

objeto y suministró dinero á los príncipes confederados, mientras que Gustavo Adolfo les aportaba su ejército constantemente victorioso. Pero la campaña del valiente hombre de guerra no duró más que un año, y el segundo acto de la terrible lucha se terminó en 1632 por la batalla de Lutzen, donde él murió en pleno triunfo. A las grandes maniobras estratégicas, siempre acompañadas de actos de bandidaje, sucedió un estado general de caos en casi toda Alemania; las matanzas, la carestía y las pestilencias despoblaron el país, y, por cansancio absoluto, los sobrevivientes habrían probablemente recaído bajo la dominación de Austria si las tropas enviadas por Richelieu no se hubiesen unido á los Suecos y no hubieran luchado á su lado durante los dieciséis años que duró todavía aquella interminable guerra.

Por último, después de siete años de conferencias preliminares, en 1648, la paz llamada de Westphalia fué firmada en Munster y en Osnabruck por un acto cuyo desdoblamiento impedía las necias susceptibilidades anteriores. Las discusiones ociosas de los plenipotenciarios parecían destinadas á prolongarse tanto como las campañas de los jefes de guerra; las operaciones militares continuaban normalmente mientras se discutían las condiciones de paz, y cuando los diplomáticos lograron ponerse de acuerdo, los protestantes estaban á punto de reconquistar Praga; la guerra de Treinta años terminó en el punto donde había comenzado. Los pequeños príncipes perjudicados por los terribles acontecimientos, los burgueses arruinados, los diezmados pueblos fueron olvidados en el arreglo definitivo, pero los grandes Estados recogieron el beneficio de su victoria sobre la casa de Austria: la independencia de Suiza y la de las Provincias Unidas fueron plenamente reconocidas; Suecia recibió un trozo de territorio germánico, y Francia se hizo asegurar la pacífica posesión de los obispados de Metz, Toul y Verdun, como también la de las campiñas de Alsacia. Se estipuló, naturalmente, que las convenciones arregladas entre las potencias tendrían un carácter «eterno». Al menos esa eternidad duró siglo y medio, hasta la Revolución francesa. La paz de Westphalia fué el punto de partida de toda la política nueva en Europa, política cuyo dogma inicial hacía de la «casa de Francia y de la casa de Austria como los dos polos de los cuales descendían

N.° 401. Teatro de la Guerra de Treinta Años.



Los principales hechos de guerra son los siguientes: (c), victoria austriaca; (p), derrota.
1620, Weisserberg (c); 1622, Wimpfen (c), Hochst (c); 1623, Stadtlohn (c); 1625, los Dinamarqueses atraviesan el Elba por Stade; 1626, Lutter (c), Dessau (c); 1629, sitio de Stralsund; 1630, llegada de Gustavo Adolfo; 1631, saqueo de Magdebourg, Breitenfeld (p), Donauworth (p), travesía del Lech (p); 1632, Lutzen (p); 1634, Nordlingen (c); 1636, Wittstock (p); 1638, Rheinfeld (p), Brisach (p); 1639, Chemnitz (p), Glogau (p), Schweidnitz (p); 1641, Wolfenbuttel (p); 1643, Rottweil (p), Tuttlingen (c); 1644, Fribourg (p), Juterbog (p); 1645, Marienthal (c), Yankowitz (p), falta en el mapa, Nordlingen (p); 1647, Lauingen; 1648, Sussmarch (p), Rain (p), Viena amenazada, toma del castillo de Praga por los Suecos.

La batalla de Rocroy, 1643, y de Lens, 1648, en que fueron derrotados los imperiales, pertenecen al mismo ciclo de guerra.

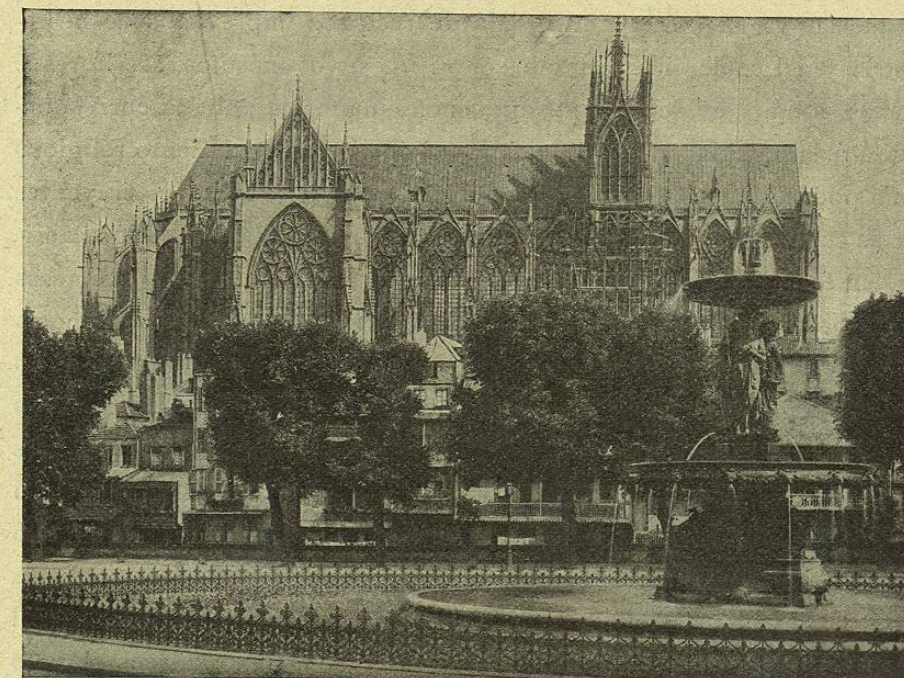
las influencias de paz ó de guerra» [1]. Cuando el tratado, los trescientos cincuenta y cinco Estados soberanos de Alemania se hallaban absolutamente agotados, sin fuerza para obrar al exterior, hasta incapaces de impedir que los pueblos vecinos hiciesen del territorio germánico su campo de batalla. ¿Qué disminución había sufrido la fortuna pública? ¿En cuántos millones había disminuído el número de hombres de la población germánica? No se sabe; pero las evaluaciones de los historiadores son espantosas: no quedaban más que miles de individuos allí donde se contaban millones al principio del siglo XVII; malezas y turberas cubrían los poblados y las ciudades desaparecidas.

Los protestantes ingleses no pudieron acudir al socorro de sus correligionarios de Alemania durante la guerra de Treinta años: también tuvieron sus grandes luchas que sostener. Allí, las ideas nuevas, que se revelaban de una manera deslumbradora en su manifestación literaria, procuraban también realizarse en el mundo político y social, en oposición á toda clase de intereses comprometidos en el sostén de las instituciones antiguas. El rey Jacobo I, luchando contra su Parlamento, procuraba, sin lograrlo, gobernar solo, de conformidad con su derecho divino; pero la carencia de fondos le obligaba á concesiones humillantes. El estado de crisis empeoró al acceso de Carlos I al trono (1625), hasta tal punto, que el rey, personaje voluntarioso, pérfido, caprichoso y no menos infatuado con su dignidad real que lo había estado su padre, creyó poder malquistarse definitivamente con su pueblo: durante once años extrajo los impuestos violando las leyes, sin convocar los miembros del Parlamento, y se apoyó sobre alianzas con Francia y España para intimidar á sus súbditos indignados contra él; pero la Revolución acabó por estallar á propósito de una cuestión religiosa, suscitada á pesar de todo por el espíritu nacional, porque en Escocia estalló el movimiento: en 1637, en la iglesia de San Giles, en Edimburgo, una mujer del pueblo, Jenny Geddes, tiró su asiento á la cabeza del sacerdote que leía la liturgia según el rito anglicano. Un año después, los presbiterianos se com-

[1] Ernest Nys, *La Notion et le Rôle de l'Europe en Droit international.*

prometieron por un solemne *covenant* ó contrato á sostenerse mutuamente contra todas las órdenes del rey, relativas á la confesión de fe religiosa y al ejercicio del culto.

Este contrato era la guerra, y ya en diversos puntos los *covenanters* escoceses comenzaban á expulsar las tropas reales. No era ya posible á Carlos I continuar gobernando contra la voluntad de



Cl. J. Kuhn, edit.

CATEDRAL DE METZ (1332-1546)

su pueblo, y con la mayor repugnancia se vió obligado á someterse convocando el Parlamento de 1640; pero en vano pidió dinero. Se le negó, mientras los Escoceses penetraban en plena Inglaterra y marchaban sobre el Tyne. El rey trató de hacer frente á las dificultades, oponiendo la Cámara de los Lores á la de los Comunes y apoyándose solamente sobre la aristocracia: á pesar de todo tuvo que ceder y convocar, esta vez seriamente, un parlamento que comenzó su obra revolucionaria acusando á los ministros y deponiendo al rey. Este no tenía ya la fuerza, pero le quedaba la astucia, y trató de suscitar conspiraciones católicas, después conspiró él mismo y al fin tuvo que huir. Comenzó la guerra civil entre los «Caballeros», los

fieles al rey, y los «Cabezas redondas», gentes sin peluca, que no cuidaban de ir bien vestidos, pero que eran tanto más rudos para la pelea. La guerra duró siete años, de tal modo se hallaban las fuerzas cerca de equilibrarse entre los dos partidos; pero terminó por la captura, la decapitación del rey y la proclamación de la República (1649).

Ese importante acontecimiento estaba en la lógica de las cosas. La burguesía, ya muy fuerte, disponía de recursos imprevistos de la industria y del comercio y contaba entre los suyos filósofos, escritores y artistas, y tenía evidentemente que darse una forma política correspondiente á la novedad de la situación. Además, el movimiento religioso venía poderosamente en su ayuda por la energía feroz de los creyentes que se sumergían en la lectura de la Biblia, en el recitado de los cánticos, en el éxtasis de la oración y confiaban ciegamente en las promesas de victoria y de salvación, tal como las interpretaban en la violencia de su fe. La «cosa común» — el Commonwealth — estaba copiado del estado político de las doce tribus de Israel en la época de los jueces y de los profetas, antes de la elección del rey Saúl, y dedicaba á los enemigos de Dios «toda la desapiadada crueldad que había ordenado Yahveh á sus servidores, Josué y Gedeón». Los «Caballeros» ó católicos irlandeses eran también Amorrheos malditos. Los soldados de Cromwell rechazaban delante de sí los campesinos célticos: «¡Al Connaught!» gritaban, y frecuentemente ese grito era reemplazado por la expresión más enérgica: «¡To Hell!» ¡Al infierno!

¿Pero la república fundada por aquellos rudos exterminadores neo-judíos era verdadera república? Las palabras cambian de valor según las edades, y, por mal gobernada que sea, la «cosa pública» es siempre la que ha de interesar á todos los hombres que contribuyen á su sostenimiento. Desde este punto de vista, cada nación constituye realmente una república para un número mayor ó menor de los que pueblan el conjunto del territorio. En cuanto á la república ideal, aquella en que todos los miembros obran como ciudadanos solidarios, como parte integrante de un mismo cuerpo político, no fué el objetivo del Commonwealth de Inglaterra: se estableció francamente en Estado centralizado, disponiendo de una fuerza más que real para la supresión de toda resistencia. El período más libre del pueblo inglés fué

el de la guerra que precedió á la supresión temporal de la monarquía, porque cada uno podía tomar parte en un campo ó en otro para defender la causa más en consonancia con sus opiniones. Pero la victoria de los Cabezas redondas era de aquellas que hacen ceder á toda oposición, y el que los mandaba resultó un verdadero emperador, aunque se contentase con un título más modesto. Delante de



Cl. Valentine.

UNA CALLE DE LONDRES — WHITEHALL

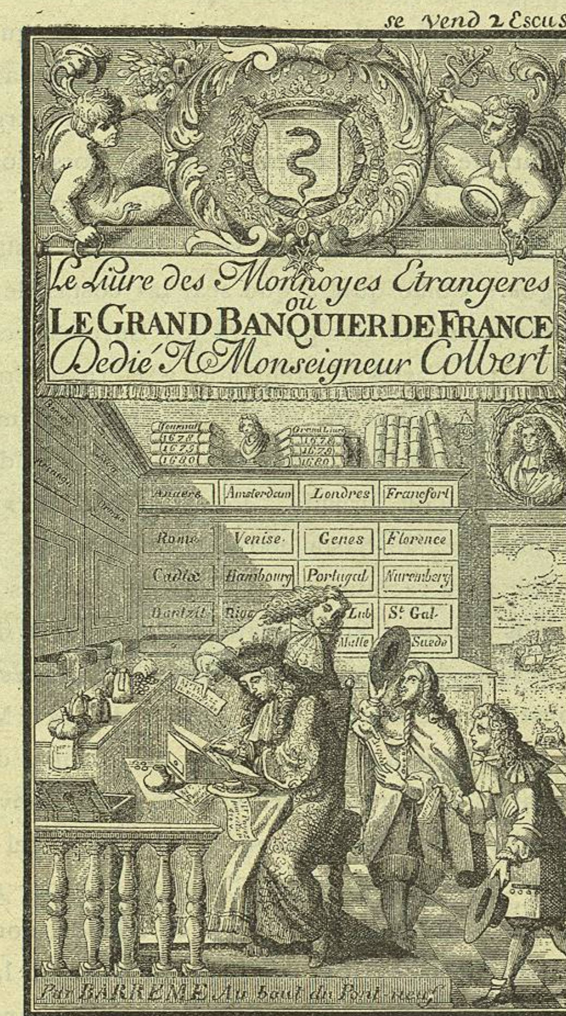
El cadalso donde fué ejecutado Carlos I hacía frente al primer edificio de la izquierda, al nivel de la ventana central del piso bajo.

él, el Parlamento no osó formular acta de observación ó reproche, y cuando esta asamblea llegó á desagradar, bastó un grupo de soldados para dispersarla. De tal modo había llegado Cromwell á ser el soberano efectivo, que hacia el fin de su reinado, en 1658, trató de reconstituir una Cámara de los Lores, para apoyarse sobre una asamblea aristocrática contra los representantes de la burguesía y del pueblo naciente. Murió demasiado pronto para acabar personalmente su obra de reacción en el interior: la monarquía dinásticamente restaurada, reconstituyó el mecanismo tradicional.

Inglaterra ocupaba en el exterior una situación á la que hubiera podido aplicarse la calificación de «espléndido aislamiento», imaginada dos siglos después. Tantas inteligencias firmes, tantas poderosas voluntades habían contribuído á la obra en los grandes acontecimientos, que la nación en su conjunto había llegado á estar absolutamente segura de su fuerza y podía darse el lujo de vivir sin aliados. Naturalmente tenía por enemiga la nación francesa, á la que el respeto del «derecho divino» había arrastrado á solidarizarse con la dinastía de los Estuardos, pero los marinos del «gran rey» no habían sido los más fuertes, y Mazarino sufrió la humillación de reconocer la república inglesa, y la, quizá más cruel todavía, de no poder hacer que se persiguiera á los Valdenses de los Alpes, ya protegidos por el brazo de Inglaterra. Portugal y España habían sido también reducidas á pedir la paz, y España hasta fué obligada á ceder la Jamaica, una de las grandes perlas antillanas, que los mercaderes ingleses se apresuraron á convertir en seguida en el principal mercado de negros para la recluta de los esclavos en las plantaciones de América. Por último, Inglaterra alcanzó tal grado de potencia marítima, que hasta pudo enemistarse con las Provincias Unidas por el acta de «navegación» publicada en 1651, que reservaba todo el comercio de las islas Británicas sólo á los barcos ingleses. Después de tres años de conflicto en el mar, los Holandeses se vieron obligados á aceptar las duras condiciones del vencedor; la Gran Bretaña quedaba como la única potencia que pudiera llamarse la «Reina del mar».

Y sin embargo, por un contraste muy natural, mientras que los barcos de la Europa occidental, y sobre todo los de los Estados del Norte, ingleses y holandeses, practicaban cada vez más el camino del Océano, el Mediterráneo, que había sido antes el «mar» por excelencia, se despoblaba casi enteramente. Las embarcaciones españolas é italianas no osaban ya aventurarse en las aguas orientales, donde dominaban los Turcos, y éstos temían penetrar en los parajes occidentales. Unicamente los piratas del Mediterráneo, aprovechándose del terror supersticioso que sus bárbaras costumbres habían extendido, vagaban á lo largo de las costas, prontos á apoderarse de los pescadores que retrasaban la vuelta al puerto, de los pastores y de los rebaños de la orilla cuya retirada habían podido cortar.

Los habitantes de las costas, aun los de las ciudades, poseídos de espanto, habían abandonado sus habitaciones costeras para establecerse sobre los promontorios de acecho, en el recinto de altas murallas, donde se encerraban á la menor alarma. La navegación comercial, intimidada, disminuía cada vez más, y, como siempre, traicionada por los gobiernos «protectores», fué hasta prohibida oficialmente: durante una parte del siglo XVII quedó suprimido por orden superior todo comercio de Francia con Mauritania. Es cierto que el movimiento de retroceso en civilización que desde la caída de Bizancio todo el mundo oriental había sufrido, tenía tendencia á reproducirse también sobre el litoral mediterráneo del Oeste; en ciertos órdenes de ideas, las poblaciones ribereñas habían retrogradado hasta la época pre-fenicia. Es admirable que la audacia y el éxito de los corsarios mahometanos se aumentaran precisamente en los tiempos en que las naciones cristianas habían conquistado ya la inmensidad de la redondez terrestre por sus viajes de circunnavegación. Este fenómeno histórico sólo puede explicarse por el desplazamiento relativo de la actividad humana: dirigiéndose hacia el Oeste, la vida de las naciones había



Cl. Sellier.
UNA BANCA EN EL AÑO 1680

abandonado su antiguo hogar; ya no gravitaba alrededor de Roma, sino alrededor de Londres y de Amsterdam para el comercio mundial, de París para el trabajo del pensamiento y de las artes.

Un indicio notable del retroceso en la civilización del Mediterráneo occidental se ve en el hecho de que la piratería pudo mantenerse en él durante tres siglos, desde la llegada de los hermanos Barbarroja en 1516 hasta la toma de Argel en 1830. Quizá esa admirable duración de un Estado de corsarios, cuyos recursos militares eran muy limitados, debe explicarse por alianzas secretas, ya que las potencias de Europa se inclinaban á suscitarse mutuamente enemigos. Como quiera que sea, las costas de la Mauritania se elevaron durante mucho tiempo para los Europeos como un muro de bronce. En 1541, Carlos V, teniendo á Hernán Cortés en su estado mayor, arriesgó inútilmente su fortuna ante los muros de Argel: su flota de 870 barcos fué dispersada, y con gran dificultad pudo volver con el resto de su armada. Los «Berberiscos», en su período de prosperidad, tenían hasta 200 barcos de corso, que les servían principalmente para reclutar sus talleres de esclavos y sus harenes; una parte de los cautivos era rescatada, y la suma de los rescates enriquecía el tesoro del dey, en tanto que las gentes capturadas en todo país constituían esa población híbrida de los «Moros», que remonta por su genealogía á todas las razas de Europa, de África y de Asia. Los corsarios de Argel, participando en el movimiento general que impulsaba á los marinos en la dirección del Oeste, osaron franquear también el estrecho de Gibraltar y hacer rápidas incursiones sobre las costas oceánicas: se les vió en Irlanda, donde destruyeron la ciudad de Baltimore; en 1627 aparecieron hasta en la «Tierra de los Hielos», y la isla principal del archipiélago Westmann fué por ellos completamente despojada de su población y de cuantos objetos de valor existían en sus cabañas [1]. En vano la Gran Bretaña, en la fuerza de su poder, cañoneó los fuertes de Argel; otros ataques de los Holandeses y de los Ingleses unidos en 1669 y 1670 fueron también inútiles. Los Franceses, por tener intereses más inmediatos que defender, puesto que las costas del Languedoc y de Provenza hacen frente á las de

[1] Olafson et Palsson, *Voyages*.

Mauritania, dirigieron sus ataques con más continuidad y, finalmente, en 1687, Argel, en gran parte incendiada, se vió reducida á pedir una paz, que fué mal observada, pero que creó para Francia una especie de derecho político de que se aprovechó un siglo y medio



Cl. Kuhn, edit.

ARGEL — VISTA DEL NORDESTE

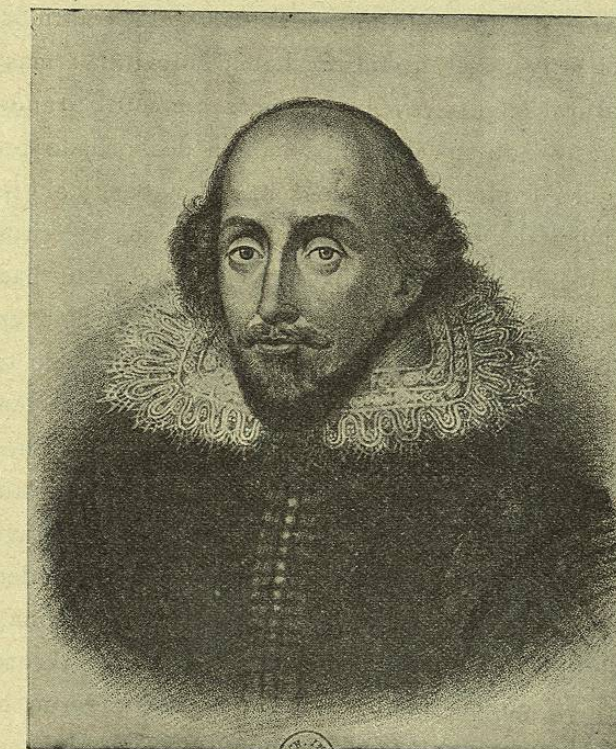
La escollera que une el islote de la Marina al litoral y protege el puerto contra el viento del Norte, fué construída, desde 1530, por Kheir-el-Din, uno de los hermanos Barbarroja (Bab'Aroudj). El islote tiene un faro y trabajos de defensa.

después para implantar su poder derrocando el de los soberanos mahometanos.

La paz relativa de que gozó Francia durante los últimos años del siglo XVI y la primera mitad del XVII, había renovado su haber en hombres y en recursos; había vuelto á ser bastante rica para practicar nuevamente sus hábitos de prodigalidad. Cuando murió el hijo de Enrique IV, Luis XIII, algunos meses después que Richelieu, el hombre de poderosa y tenaz voluntad que le había conducido siempre con andadores, Francia había conquistado la hegemonía entre las potencias de la Europa continental. El sucesor de Richelieu, también sacerdote, el cardenal Mazarino, continuó la política del amo

á quien había servido, sin dar á sus actos la misma audacia ni la misma voluntad, pero con más cautela y astucia y además con el mismo buen éxito; tuvo, sin embargo, que luchar con grandes dificultades y más de una vez se le pudo creer vencido, puesto que se vió obligado á desterrarse por algún tiempo, primeramente á Bruhl, cerca de Colonia, después á Bouillon. En este momento de la historia (1648), todos los descontentos, y eran numerosos, creían que la minoridad del rey Luis XIV, á la sazón de siete años de edad, bajo la tutela de una mujer y de un sacerdote, ambos extranjeros, suministraba una ocasión única para producir un cambio favorable á sus intereses. Los personajes de la alta aristocracia, á quienes Richelieu había rebajado el orgullo y disminuído los grandes privilegios, querían reconquistar las prerrogativas tradicionales de grandes feudatarios independientes; las gentes de toga, con los magistrados del Parlamento á la cabeza, trataban de alcanzar otra vez su parte de acción en el Estado que el amo había gradualmente centralizado en su provecho: todos los que querían por diversos títulos ocupar una función honorífica ó remunerada, se pronunciaban contra la intrusión cada vez más activa de extranjeros de toda especie, Italianos sobre todo, que el favor de Mazarino colmaba de beneficios y de plazas: ya el grito de «Francia para los Franceses» unía á los ambiciosos del poder en un gran partido. Por último, el pueblo, divertido por el ruido, arrastrado por la vaga esperanza de una mejora cualquiera, se mezclaba cándidamente en esa agitación de que no había de aprovecharse, y contribuía á darle ese carácter de «fronda» que presenta en la historia. En efecto, carecía de seriedad, no respondía á un deseo profundo, necesitado por un cambio de equilibrio en la vida nacional, y si hubiera habido modificación habría sido necesariamente en un sentido regresivo, por una especie de vuelta hacia el feudalismo. El movimiento abortó, pues, perdiendo todo carácter de agitación general con un fin determinado, para convertirse en simple querella entre dos individuos: un general afortunado de una parte, Luis de Condé, cuyo gran nombre y sus éxitos contra los Españoles no compensaban, á los ojos de sus mismos amigos, su grotesco orgullo y su grosera insolencia, y de otra parte un sacerdote astuto, conocedor de todos los recursos de la mentira y de la adulación y que

tenía para sí la fuerza de la tradición y el apoyo de la casa real, de que él mismo formaba parte, puesto que la reina regente, Ana de Austria, le había tomado religiosamente por marido, según dicen las memorias de aquel tiempo. En 1652 el cardenal era absolutamente dueño de la situación, y pronto entró en París precedido por una amnistía que no había de ser observada. Luis de Condé fué reducido á traicionar á Francia para hacerse nombrar en Flandes generalísimo de aquellos Españoles que antes había vencido.



Gabinete de las Estampas.

WILLIAM SHAKESPEARE

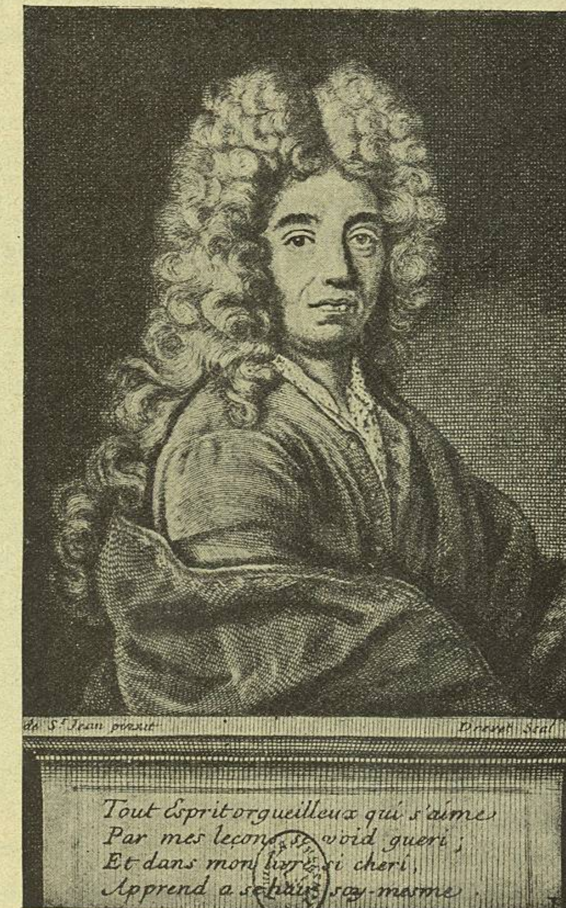
Sin embargo, la Fronda no desarrolló sus pequeños acontecimientos sin ser de alguna utilidad para Francia. Lo que se llama el «principio de autoridad» fué muy debilitado durante aquel período, y las iniciativas individuales se habían aprovechado mucho de él. Hubo mucha diversión bajo el régimen variable y caótico de los «fronderos» y de los realistas que se disputaban el poder; pero los pensadores, los moralistas y los pintores de caracteres pudieron estudiar más libremente, las inteligencias se desarrollaron con más fuerza y alegría. Ninguna época de la historia de Francia fué más rica que el período de la Fronda para la formación de hombres de genio ó de un talento superior: si Corneille estaba entonces en su plena vitalidad, puesto que ya era el autor del *Cid*, La Fontaine y Molière eran muy jóvenes; Perrault, Boileau y Racine se hallaban todavía en plena infancia, y La Bruyère nacía en los mismos años

de las disensiones civiles. No hay duda que la «edad de oro» de la literatura francesa tuvo en gran parte su origen en ese período de interregno entre los dos dominadores inflexibles, el cardenal de Richelieu y el rey Luis XIV.

Este, que recibió el poder en el lecho de muerte de Mazarino, en 1661, no tenía entonces más que veintidós años, y su parte en las fatigas del gobierno había sido nula; mas por una ilusión muy natural en los reyes, pudo creerse muy grande desde el primer día, puesto que sus dominios habían desbordado por todas partes las antiguas fronteras, las cosechas llenaban los graneros y la población aumentaba en todas las provincias, sus ejércitos eran los más sólidos y los mejor mandados de Europa, y su hacienda, en muy buen estado, le permitía intervenir con autoridad en la política de todos sus vecinos. Ocupaba el primer lugar entre todos los soberanos de Europa antes de haber reinado, y él mismo tenía plena conciencia de la altura de su destino. Noble y digno en su ademán, rebosaba también la gracia; no le bastaba ser majestuoso, tenía además el cuidado de agradar y lo conseguía á maravilla porque apreciaba igualmente el valor ajeno. Poseía el verdadero sentido del fausto, porque no sólo era magnífico en su persona, sino que sabía serlo también en el conjunto de su corte, en el orden de cuanto le rodeaba, en las instituciones que se fundaron bajo su nombre, en el funcionamiento y en la armonía de sus ministerios; en todo el organismo del Estado.

En todas partes supo arreglar esas bellas perspectivas arquitectónicas que realizó material y simbólicamente al fin en su inmenso palacio de Versalles, en ese mundo sin límites de piedra y de mármol, en el cual las galerías y las terrazas, las suntuosas escaleras, las calles de árboles con fuentes de poderosos surtidores y el pueblo de estatuas se prestan admirablemente á la magia de los colores, á la elegancia de los grupos y á la pompa de los cortejos. La cohorte de los cortesanos se transformaba en su rededor en una bella figuración teatral, y todo lo que no podía entrar en esa decoración incomparable, el pueblo de brazos remangados y de grosero lenguaje, los burgueses apresurados que se ocupan de su comercio y de su profesión, todos los sujetos á servidumbre y pagadores de

impuestos eran rechazados y permanecían á distancia. El lujo se ostentaba en Versalles, mas en París se hacía el trabajo que repugnaba á los bellos ojos; en París se pensaba y se obraba, cosas indelicadas que no eran permitidas cerca del amo. Así se establecía claramente el contraste de la «corte» y de la «ciudad», sedes de dos monarquías, una orgullosa, invasora, seguida de famas que pregonaban su gloria; la otra casi ignorándose ella misma y empequeñeciéndose, pero conteniendo en sí las promesas del porvenir. A pesar de todas las apariencias, allí se encontraba la fuerza y á ella se dirigían los escritores, aunque enviando humildemente sus dedicatorias al rey.



Gabinete de las Estampas.

LABRUYÈRE, 1645-1696

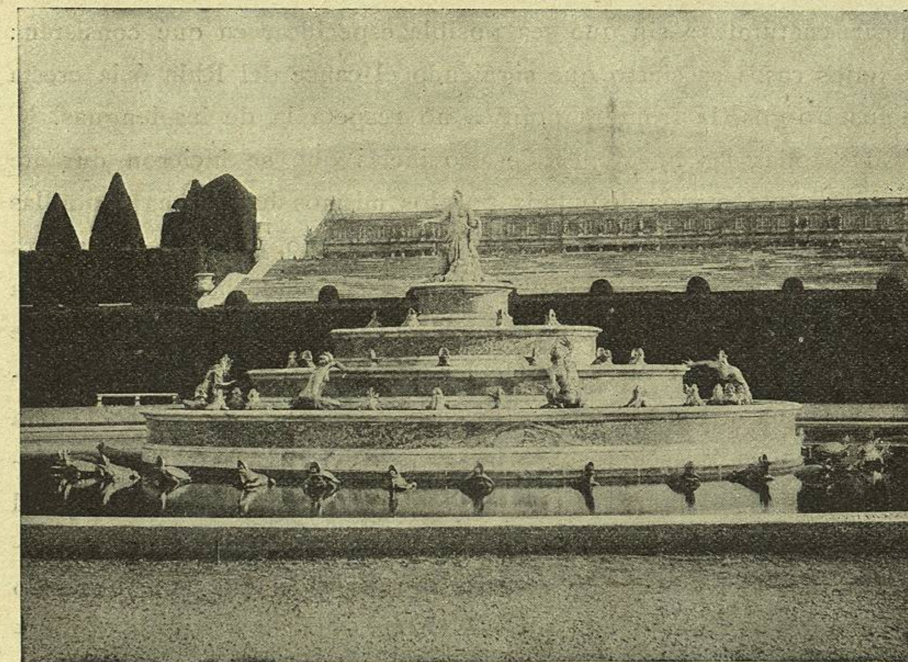
Toda oposición formal había desaparecido: no se oía el menor murmullo. Los magistrados de los parlamentos, tan ruidosos cuando esperaban triunfar de Mazarino, se habían vuelto silenciosos y se limitaban á registrar los edictos que se les daba para leer y copiar. Las franquicias de las provincias y de las corporaciones que no concordaban con las reglas de la centralización general eran suprimidas. Ya no se trataba de libertades municipales desde algunos reinados anteriores, pero al menos quedaban de ellas algunos símbolos, y esos símbolos quedaron también abolidos. El regidor de

Marsella, Glandavés, conforme al derecho tradicional de los magistrados de la antigua ciudad, se presentó ante el soberano sin descubrirse; pero la tradición fué bruscamente cortada por un nuevo y más riguroso ceremonial, y el orgulloso regidor estuvo á punto de ser decapitado, de lo que le salvó la adhesión de sus colegas, que, solidarios de su orgullo, le hicieron escapar, y por ello sufrieron una larga prisión.

Católico severo, porque la religión con su bella jerarquía, sus ritos y sus fiestas pertenecía á la magnificencia del Estado, Luis XIV no sufría la menor oposición de parte de los prelados. La Iglesia llamada «galicana», porque se cuidaba de los intereses reales de las Galias contra la dominación de los papas, se constituyó victoriosamente bajo Luis XIV, y todos los cuerpos del Estado tuvieron que ayudarle á triunfar. En diversas ocasiones, la ingerencia del papa fué rechazada con firmeza, y finalmente, en 1682, un concilio á que asistían treinta y cinco obispos, acogió por su voto respetuoso las «cuatro proposiciones» formuladas por Bossuet, según las cuales «príncipes ni reyes no están sometidos al poder de la Iglesia en el orden material, mientras que los papas deben, hasta en materias religiosas, conformarse con las resoluciones de los concilios y observar, especialmente en Francia, los principios establecidos, las costumbres, las instituciones». Esos cuatro artículos hubieran sido considerados doscientos años después como verdaderas herejías, y dos siglos antes hubieran conducido su autor á la hoguera, pero eran entonces la misma ortodoxia para los prelados franceses, y no les impedían lo más mínimo perseguir los herejes de la época, jansenistas y protestantes.

En sus dominios todos se prosternaban ante el rey y hasta delante de su imagen resplandeciente como un sol. Naturalmente debía tomar en serio ese nombre de «Grande» con que sus cortesanos le saludaban y dejarse tentar por la ambición de hacer que brillara su gloria hasta los confines del mundo. Si su extraña divisa, *Nec pluribus impar*, tiene algún sentido, ¿no significa que se sentía con fuerza para luchar contra varios adversarios á la vez y que los desafiaba de antemano tomando sus reinos como premio de su victoria? La locura del dominio universal le había tomado por víctima, como otros

á quienes la fortuna ha colocado en la región del vértigo, y, en el vasto organismo militar que se agrupaba á su alrededor, sobre la multitud de los productores que no piden más que la paz, ¡cuántos jóvenes ociosos, audaces é inteligentes estaban dispuestos á secundar sus ambiciones! A pesar de los tratados que habían asegurado á Francia una situación dominante, su amo necesitaba la guerra para la gloria, y su reinado no fué, en efecto, más que una guerra sin fin.



Cl. J. Kuhn, edit.

VERSALLES — LA FUENTE DE LATONA Y EL PALACIO

No podían faltar motivos á un hombre colocado sobre la moral humana. Casado con una hija de España, reclamó, á la muerte de Felipe IV, en 1665, una parte de herencia á la que no tenía ningún derecho. Tal fué el principio de la interminable lucha en que sus generales, habituados á la victoria, encontraron pronto dignos rivales, mientras que los recursos en hombres y en dinero se agotaban poco á poco. El final del siglo marcó el apogeo de la potencia territorial del rey Sol: en 1700, uno de sus nietos subió al trono de España; pero el Imperio, Inglaterra, Holanda y Portugal se ligaron contra él, y al período de las victorias sucedió el de las cam-

pañas indecisas, después el de las batallas perdidas y las retiradas desastrosas. De 1704 á 1710, Marlborough y el príncipe Eugenio de Saboya derrotaron repetidas veces á los Franceses: Blenheim, Ramillies, Oudenarde (Audenarde), Malplaquet, é hicieron que fuera casi nula la obra de Turena, de Condé y de Vauban; sin embargo, una última y suprema jornada, la de Denain, en 1712, tres años antes de su muerte, permitió á Luis XIV extinguirse en cierta altura de majestad y dejó á Francia en los límites que se ha convenido en llamar «naturales» sin que sea posible especificar en qué consisten: en todos casos es cierto que siguiendo el cauce del Rhin ó la cresta de los Vosgos, la frontera política no respeta la de las lenguas.

De todas las anexiones de provincias que se hicieron durante su reinado, la menos disputada por los mismos habitantes y por las potencias extranjeras fué la del Franco-Condado, que, por una rareza de los juegos de la política y de la casualidad, había sido hasta entonces una dependencia de España. Verdad es que la pendiente general del país, la dirección de los valles, las relaciones comerciales, la lengua y las costumbres de la población daban á Francia una gran fuerza de atracción sobre las gentes del país, y éstas se hubieran unido siempre á sus vecinos occidentales en una misma comunidad nacional si hubieran estado seguros de conservar las franquicias locales, de que tan justamente estaban orgullosos y que habían valido un nombre glorioso á su patria. Otra fuerza de atracción, procedente también de la vecindad y de la semejanza debida á instituciones análogas, tendía á unir el Franco-Condado á los cantones «libres» de Suiza; pero en aquella época los Estados confederados no ofrecían un buen ejemplo. La venta de los jóvenes á título de mercenarios había envilecido la nación, y los burgueses de las ciudades, privando á los campesinos de las tierras comunales les forzaban á la servidumbre, de lo que resultaron en 1653 sangrientas rebeliones que fueron reprimidas con la misma crueldad que lo fué un siglo antes el levantamiento de los campesinos de Alemania. El «Condado» no hubiera podido encontrar, pues, apoyo en los cantones suizos para mantener su independencia después de la retirada de los ejércitos españoles en 1674, cuando fué solicitado por la monarquía francesa. De hecho la ocupación se hizo en pocos días, casi sin lucha, y fué definitiva.

Del lado del Nordeste, entre el litoral de Flandes y el macizo de los Ardenes, toda frontera ha de ser puramente artificial. Unas vías históricas fáciles la franquean por diversos puntos, y el límite de las lenguas — flamenco y walón, — la única línea de separación que podría justificar en apariencia la creación de una barrera política se desarrolla casi en línea recta de Oeste á Este, transversalmente á



Grabado de «Sites et Monuments de France»

FRANCO-CONDADO — EL MANANTIAL DEL LISON

la línea de plazas fuertes, doble ó triple, según el peligro presumido, que los soberanos enemigos levantaron en medio de los campos disputados. Los historiadores hablan sonriendo de los prodigiosos y vanos esfuerzos de los emperadores de China que construyeron la «Gran Muralla» para detener las incursiones mongolas; pero ¿qué diremos de esas cadenas de fortalezas que se alinean amenazadoras á lo largo de una frontera móvil, incesantemente variada y que ha sido necesario reconstruir varias veces, proveer de nuevos instrumentos de guerra, transformarlas para arrasarlas después y reconstruirlas últimamente? Un muro de plata no hubiera costado tanto

N.º 402. Batallas de la Marca belga.



1: 2500000
0 50 100 150 Kil.

Los puntos negros indican lugares de batallas; los puntos abiertos, ciudades cuyos sitios tuvieron alguna importancia.

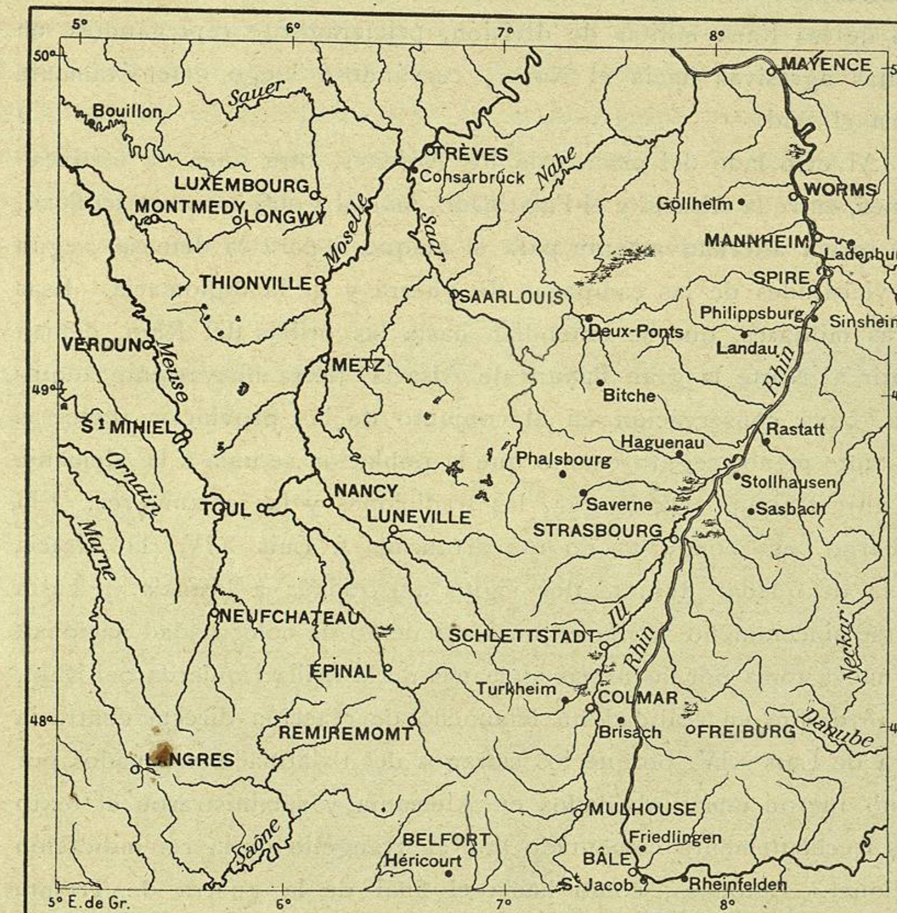
Sucesión de las batallas en campo raso y sitios. — s, victoria del Sud; n, victoria del Norte.

1214	Bouvines	s	1479	Guinegatte	n	1678	Saint-Denis	s	1745	Fontenoy	s
1297	Furnes	s	1513	Guinegatte	n	1689	Walcourt	n	1792	Jemappes	s
1302	Courtrai	n	1554	Renty	s	1690	Fleurus	s	1793	Wattignies	s
1304	Mons-en-Pévèle	s	1558	S. Quintín	n	1692	Steenkerk	s	1794	Fleurus	s
1328	Cassel	s	»	Gravelines	n	1693	Neerwinden	s	»	Hondschoote	s
1340	L'Ecluse	n	1643	Rocroy	s	1703	Eeckeren	s	»	Seneffe	s
1346	Crécy	n	1648	Lens	s	1706	Ramillies	n	1815	Ligny	s
1382	Roosebeek	s	1658	Dunes	s	1708	Oudenarde	n	»	Waterloo	n
1408	Halbain	s	1659	Marienbourg	s	1709	Malplaquet	n	1870	Sedan	n
1415	Azincourt	n	1674	Seneffe	?	1712	Denain	s	1871	Bapaume	s

1213	Lille, y 1297, 1667, 1708, 1792	1539	Gand	1646	Dunkerque, y 1658, 1793	1692	Namur, y 1695, 1745, 1792
1347	Calais	1544	Boulogne	1676	Bouchain, y 1711, 1712	1710	Douai, y 1712
1467	Liège	1555	Rocroy, y 1656	1677	Cambrai, Cassel	1712	Landrecies
1414	Arras, y 1479, 1640, 1654	1572	Mons, y 1691, 1746, 1792	»	Valenciennes, y 1793, 1794	1745	Tournay
1521	Mézières	1585	Anvers, y 1832			1793	Maubeuge
		1604	Ostende			»	Condé

como esas murallas bañadas en sangre humana, donde cada fuerte lleva un nombre en la historia de las matanzas. Las guerras de

N.º 403. Batallas de la Marca alsaciana.



1: 2500000
0 50 100 150 Kil.

Actualmente la línea de las fortificaciones francesas pasa por Verdun, Saint-Mihiel, Toul, Epinal; Remiremont, Belfort, con fuertes destacados hacia Montmédy, Nancy, Lunéville, Neufchâteau; Langres forma parte de la segunda línea. Las líneas alemanas comprenden Thionville, Metz, Estrasburgo y Maguncia. — e, victoria del Este; o, victoria del Oeste.

1298	Göllheim	e	1638	Rheinfelden	o	1675	Turckheim	o	1703	Höchstädt	o
1444	Saint-Jacob	o	1674	Sinsheim	o	»	Consarbrück	e	»	Spire	o
1474	Héricourt	e	»	Ladenburg	o	1702	Friedlingen	o	1707	Stollhoffen	o
1524	Saverne	o	1675	Salsbach	e	1703	Stollhoffen	o	1796	Rastatt	o

1445	Metz, y 1572	1632	Worms, y 1689	1677	Freiburg	1689	Mannheim
1477	Nancy	»	Schlettstadt, y 1815	1680	Landau, y 1702, 1704, 1713, 1793	1689	Spire
1551	Verdun, y 1792	1657	Montmédy	1681	Strasbourg, y 1814	»	Rastatt
1558	Thionville, y 1639, 1643, 1792, 1814	1675	Trèves	1684	Luxembourg, y 1795, 1814	1744	Phalsbourg, y 1814, 1815
1631	Mayence, y 1644, 1688, 1793, 1796	»	Haguenau			1793	Bitche
		1677	Philippsburg, y 1688 y 1734			1795	Bouillon
						1815	Longwy

Luis XIV nos muestran, durante más de medio siglo, el brusco vaivén de esa línea militar de división, primeramente replegándose en puntas agresivas hacia el Norte, curvándose luego defensivamente hacia el Sud.

Al otro lado del macizo de los Ardenes, otra línea de fortificaciones, entre la Alsacia y el Palatinado, marcaba otra frontera artificial, que servía alternativamente para el ataque ó para la defensa, según las vicisitudes de las campañas de guerra y de la diplomacia. Esas obras militares, que se extendían hasta las orillas del Rhin, debían cubrir al Norte la gran llanura de Alsacia, tierra nuevamente adquirida, cuya conservación en el conjunto de las provincias francesas era tanto menos segura cuanto que la población se unía á la Alemania de ultra-Rhin por la lengua, las tradiciones y las costumbres. Sin embargo, esa conquista no fué arrancada á Luis XIV; la Alsacia había de quedar durante dos siglos anexionada á Francia, y hasta unirse sinceramente á ella en un sentimiento de colectividad nacional. La nueva toma por las armas alemanas de la orilla izquierda del Rhin, en 1870, fué en realidad un fenómeno de reacción directa contra la obra de Luis XIV, porque los estragos del Palatinado ordenados por él no fueron jamás olvidados en Alemania y suministraron el texto más frecuentemente comentado por el evangelio de la reivindicación nacional. Entonces, como hacia el final de la guerra de Treinta años, la única estrategia consistía en privar de alimentos al ejército enemigo y á las poblaciones que hubieran podido proporcionárselos. «Comer el país, ó no dejar en él nada comestible, tal era la obra que se procuraba realizar». (Carlyle.)

En su infatuación, el amo infalible, Luis XIV, en guerra con Europa, no temió enviar á sus propios enemigos el refuerzo más precioso, el de sus súbditos protestantes. Nunca fué leal en la aplicación del edicto de Nantes, promulgado por su abuelo: primeramente prohibió toda ceremonia de respeto en los entierros de hugonotes, que en lo sucesivo habían de enterrarse como los de los ajusticiados; después dió una prima infame á la apostasía descargando á los convertidos de las deudas contraídas con sus antiguos correligionarios; luego, sucesivamente, todas las vejaciones y persecuciones, todos los fraudes y violencias fueron declarados legítimos respecto de aquellos

herejes sin derechos: los sacerdotes les atormentaban en su lecho de muerte, se les privaba de sus hijos, se demolían sus templos. Por último, en 1685, Luis XIV, á quien el miedo á la muerte había hecho devoto, se dejó persuadir y dió el gran golpe: revocó el edicto de Nantes bajo la doble influencia de sus confesores jesuítas y de una mujer insinuante y pérfida, madama de Maintenon, interesada en su propia salvación y que quería hacerse perdonar sus orígenes



Cl. J. Kuhn, edit.

VALLE DEL JONTE, CERCA DE MEYRUEIS

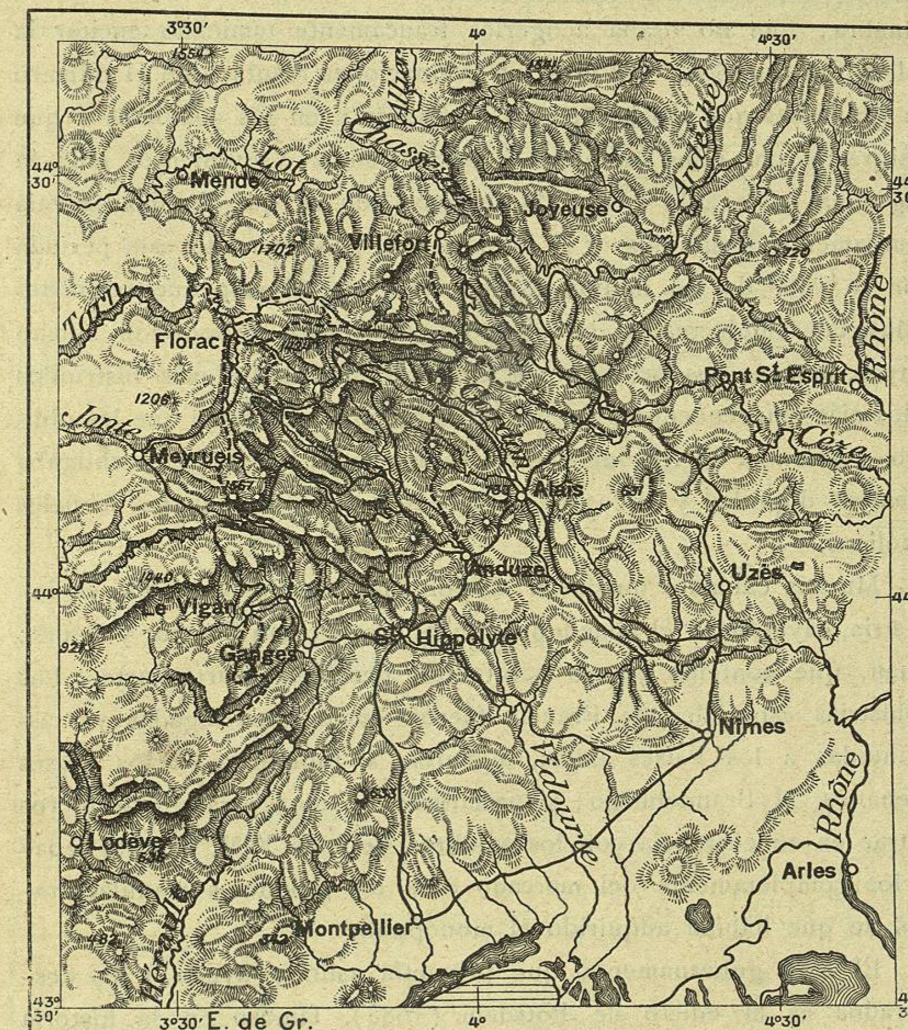
protestantes. Libre de todo compromiso con aquellos Franceses que iban al sermón en vez de ir á misa, Luis XIV castigó desde entonces la herejía como un crimen. Miles y miles de protestantes llegaron á conocer las «galeras» del rey, nombre que hace temblar todavía á los campesinos de Francia en las comarcas apartadas. El palo, el látigo, el cepo, los instrumentos de tortura reinaban en aquellas galeras sobre los desgraciados, cautivos moros ó Franceses culpables, inocentes ó mártires que la desgracia ó la maldad de los hombres habían reunido en ellas. ¿Dónde eran mayores los horrores, en la Mauritania, donde los cautivos cristianos remaban para el dey musul-

mán, ó en los mares del León que recorrían silenciosamente las galeras del gran Rey?

Más dichosos que los cautivos fueron los que sucumbieron como hombres libres. En los valles de los Cevennes, sobre las dos vertientes, los protestantes eran bastante numerosos para constituir una verdadera nación en la nación, que hubiera querido vivir en paz con sus vecinos, pero que tenía el sentimiento de su fuerza y se sentía defendida por sus ásperas rocas sin caminos. Resistió, frecuentemente victoriosa, y fué necesario enviar contra ella verdaderos ejércitos mandados por mariscales de Francia que se habían medido en las guerras extranjeras con los más ilustres capitanes. En todo tiempo, las «expediciones al interior», no sometidas al derecho de gentes, fueron más bárbaras que las campañas dirigidas oficialmente contra los enemigos del exterior, y las «dragonadas» que organizaron los que convirtieron á los habitantes de los Cevennes fueron una de esas horribles empresas militares acompañadas de toda clase de abominaciones.

La guerra propiamente dicha no estalló hasta mucho tiempo después de la revocación oficial, en 1702, y no duró más que dos años y medio, pero tuvo por consecuencia la despoblación casi completa del país. Lo que dió á la bella lucha de los montañeses contra ejércitos enteros un aspecto tan democrático y tan digno, fué que los nobles no tomaron en ella la más mínima parte, como en los levantamientos anteriores de los reformados. Tampoco los pastores participaron en la lucha; se abstuvieron, entristecidos y contrariados, repitiendo sin cesar su cobarde y cómoda fórmula: «Obedeced á los poderosos». Pero los «camisardos», que habían hecho un «pacto con la muerte», no tenían necesidad de señores ni de pastores para resistir victoriosamente en su ciudadela de montañas. Para reducirles por hambre y obligarles á descender á la llanura, donde querían perseguirles como á la caza, fué preciso proceder metódicamente á la demolición de todos los lugares y aldeas del país insurrecto, que quedó completamente arrasado. Desde aquella época, la marca de separación formada por los Cevennes entre la vertiente del Mediterráneo y la cuenca del Loira, entre la Francia del Mediodía y la del Norte, se ha prolongado mucho. La mano de Luis XIV pesa todavía sobre las soledades.

N.º 404. Teatro de la Guerra de los Camisardos.



1 : 1 000 000

0 10 25 50 Kil.

Los caminos señalados sobre este mapa están copiados de un mapa publicado durante la guerra: «Las Montañas de los Cevennes donde se retiran los fanáticos del Languedoc y las llanuras de las inmediaciones donde hacen sus correrías, con los grandes caminos reales hechos por orden del Rey para hacer practicables esas montañas, bajo los cuidados de M. de Baville, intendente del Languedoc, dibujados sobre el terreno ... 1703».

El intendente del Languedoc hizo devastar 446 lugares y aldeas habitados por 19,500 personas.

Todos los protestantes que pudieron escapar á la persecución aceptaron el asilo ofrecido con un celo á la vez generoso é interesado por Inglaterra, Holanda y varias ciudades ó principados de Alemania,

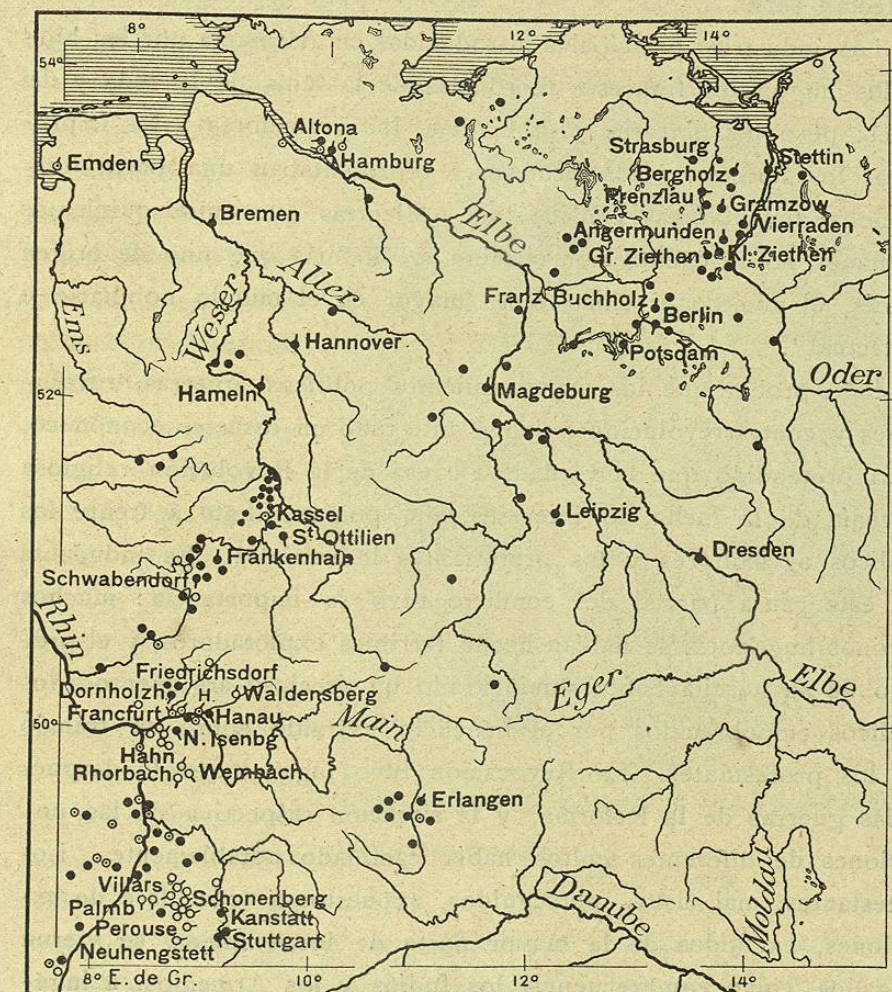
ó bien lograron deslizarse en algunas ciudades del extranjero, como Ginebra, que no osaba acogerlos francamente temiendo excitar la cólera del rey Sol. De diversas evaluaciones resulta que el número de Franceses que murieron en las cárceles y en los combates ó que emigraron del reino se eleva á cuatrocientos ó quinientos mil; la trigésima parte á lo menos de su población de que Francia se veía bruscamente disminuída, y si hubiera sido posible medir esta pérdida por el valor de los individuos, se vería que el empequeñecimiento industrial, intelectual y moral representaba una proporción mucho mayor, porque los protestantes eran con mucho los más instruídos y los más emprendedores de los súbditos, y la necesidad que les obligaba á defender su fe contra la malevolencia de los amos les obligaba á mayor dignidad y circunspección que la del gran rebaño de fieles católicos.

Muchas ciudades quedaron despobladas; otras, perdiendo su industria, cayeron en el abandono y la pobreza, como Saumur y Tours; Ruan, que contenía 80,000 habitantes, perdió la cuarta parte. Las industrias especiales de Francia fueron como desarraigadas y trasplantadas á los Países Bajos, á Suiza, á Inglaterra, á los países rhenanos, al Brandeburgo; y permitieron á esos países extranjeros entrar en concurrencia con los súbditos de Luis XIV, ó hasta separarlos completamente del mercado para los productos manufacturados de que habían adquirido el monopolio.

El acto gubernamental que prometía asilo y ayuda á los desterrados es el edicto de Potsdam (1685), famoso en la historia germánica. Quince años después, en 1700, las colonias francesas de Prusia contaban 14,484 habitantes, prescindiendo de los militares que habían entrado en el servicio. Cerca de doscientas de esas colonias se fundaron en el conjunto de Alemania, pero las más débiles no tardaron en desaparecer en el medio ambiente, sobre todo por el efecto de la entrada gradual de los calvinistas en la iglesia luterana: la conciencia de la raza que resistía á la pérdida de la lengua se borraba rápidamente cuando la religión cesaba de diferenciar los fieles. Cierto número de esos grupos se reforzaron después por los emigrados de «Coblentza», algunos de los cuales continuaron residiendo en el país y en él dejaron su descendencia; por último, unos arte-

sanos, entre los cuales figuraban principalmente peluqueros y sastres, tomados frecuentemente como tipos por excelencia del «Francés»,

N.° 405. Colonias de Hugonotes en Alemania.



Este mapa está á la escala de 1 á 5000000

Los puntos jalonados indican colonias que existían todavía en 1902. Están acompañadas de su nombre, excepto Walldorf y Hamburgo, cerca de Francfort, y Untermuschelbach, Corres, Serres, Durrmenz y Pinache, en las inmediaciones de Stuttgart.

se establecieron en las grandes ciudades de Alemania. En todo, se cuentan en nuestros días unos cien mil individuos de genealogía francesa que han conservado su nombre sin traducirlo ni deformarlo, y

hasta se consideran como constituyendo una especie de aristocracia por el hecho de su descendencia, cuya memoria conservan cuidadosamente, hasta los que se han hecho exagerados patriotas alemanes ó afectan serlo.

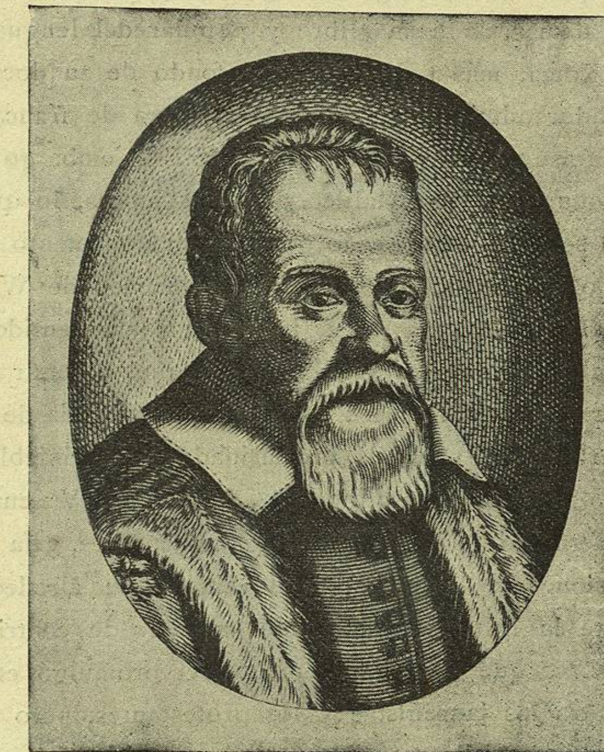
Las industrias principales introducidas en Alemania por los hijos de los hugonotes franceses fueron las de la lana, de la seda y del papel; pero los pintores y dibujantes, los grabadores y los impresores, los libreros y los profesores representaban una parte proporcional todavía más considerable. Mientras que entre quinientos Alemanes no se cuenta por término medio más que uno de origen francés, el número es cinco veces mayor en el mundo nobiliario é intelectual [1].

Para probar que los acontecimientos políticos, guerras, revoluciones y contrarrevoluciones tienen ante todo un carácter económico, se ha pretendido que la verdadera causa de la Revolución religiosa provenía de la lucha de intereses que ponían frente á frente los católicos agricultores y los protestantes industriales. Es indudable que esta causa parcial del conflicto tuvo su importancia: muchos patronos hugonotes se habían hecho terribles explotadores, y el pretexto de su herejía había suministrado un precioso argumento á los católicos empobrecidos por el beneficio extraído sobre su trabajo por los protestantes. La Revocación tuvo lugar un siglo después de las guerras de la Reforma, y la situación respectiva de las poblaciones de diferentes cultos había cambiado notablemente. Los protestantes, mal vistos, perseguidos, expuestos á toda clase de extorsiones, excluídos de la mayor parte de los empleos, se vieron obligados, como con frecuencia los Judíos y los Armenios, á ingeniarse para vivir, á desarrollar su iniciativa, á inventar nuevos procedimientos, hasta nuevas industrias, y hallaron, aun en las condiciones de inferioridad á que se les había reducido, los recursos necesarios para conquistar á lo menos una superioridad, la que da el dinero.

Como quiera que sea, las causas económicas fueron ciertamente muy secundarias en el acto de suicidio parcial que cometió Francia privándose de su clase más industriosa. La persecución vino de

[1] Jacques Blainville, *Revue des Revues*, 1.° Febrero 1900.

arriba, de ese mundo devoto de la corte que destila pérfidamente el veneno de la calumnia. De esa misma gente vino también la intolerancia rencorosa contra aquellos católicos á quienes no se podía reprochar más que un rigorismo excesivo en la observancia de su fe. Los jansenistas eran odiados, porque, siendo demasiado fervientes, no podían esperarse de ellos bajas complacencias: no permitían á los elegantes cortesanos ni á las bellas damas transitar á su gusto sobre el «camino de terciopelo». En cuanto á los pensadores libres, su prudencia estaba justificada cuando buscaban un asilo en las provincias de Holanda ó en los cantones suizos. Pedro Bayle, denunciado como blasfemo por los mismos protestantes, tuvo sufrimientos hasta en su destierro, puesto que le fué prohibida la enseñanza por la magistratura de Rotterdam. Descartes comprendió también el peligro que había en permanecer bajo la vigilancia de Richelieu, adversario de las teorías de Copérnico, y se guardó bien de profesar ó de escribir en Francia. Siempre fugitivo, en Alemania, en Holanda, en Suecia, no se apresuró á publicar los manuscritos en que trataba de asuntos peligrosos, especialmente de aquellos que habían causado la sentencia inquisitorial contra Galileo, su gran predecesor en los estudios físicos y mecánicos.



Gabinete de las Estampas.
GALILEO, 1564-1642

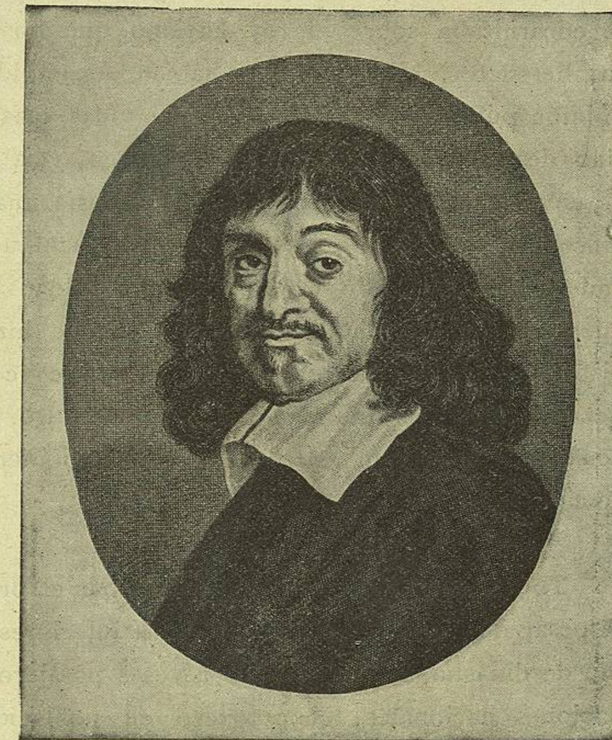
Sabido es que, más de un siglo después del descubrimiento del Nuevo Mundo, el admirable astrónomo y pensador de Italia fué juz-

gado dos veces por los tribunales religiosos, en 1615 y en 1633. El gran sabio fué condenado por unos inquisidores ignaros á arrodillarse para abjurar la doctrina «absurda» de la rotación terrestre, y después fué aprisionado y obligado á vivir hasta el fin de sus días en «domicilio forzado» en la ciudad de Arcetri [1], asumiendo su propio hijo el cargo de vigilante por cuenta del Santo Oficio. Por lo demás, la forma libre y popular del lenguaje de Galileo alarmó á Roma, más todavía que el fondo de su doctrina: gran escritor y orador admirable, Galileo hacía obra de franca propaganda [2]. Que la frase sublime *Eppur si muove* (sin embargo se mueve) haya sido pronunciada por Galileo ante sus jueces, lo que no es probable y no se halla atestiguado por ningún documento histórico, ó que haya sido imaginada en 1744 por Steinacher de Wurzburgo [3], poco importa, porque la frase ha tomado un sentido épico y se emplea simbólicamente para toda verdad que, á pesar de la opresión de los curas, del odio de los reyes y de la envidia de los ignorantes, acaba por irradiar sobre la inmensidad de las tinieblas.

El último acto notable de Luis XIV, cuando ya misántropo, enfermo, inquieto por su próxima muerte, veía desvanecerse sus ambiciones y derrumbarse su reino á su alrededor, fué prosternarse ante la Iglesia por un acto supremo de contrición. La bula *Unigenitus* que el papa Clemente XI promulgó en 1713, en apariencia contra los jansenistas y los protestantes, pero principalmente contra la iglesia galicana y contra el rey mismo, fué, no obstante, exigida por éste. La autoridad del pontífice infalible, representada por los directores de conciencia, debía elevarse sobre todo, sobre el Estado mismo. ¡Por un suicidio terminaba la carrera del soberano que había intentado hacerse el dominador del mundo! Pero se estaba en la aurora del siglo XVIII, y ya el papa y el rey, la Iglesia y el Estado, no eran los únicos que se disputaban la posesión de los hombres. Estos comenzaban á pensar por sí mismos, riéndose á la vez de esos dos amos, frecuentemente tan terribles, y, sin embargo, ilusorios, puesto que reinan solamente á causa del terror universal.

[1] White, *History of the warfare of Science...*, trad. de Varigny.
[2] Th. H. Martin, *Galilée;* — Picavet, *Revue Rose*, 1895.
[3] Seb. Gunther, *Kepler, Galilei.*

Francia, relativamente rica y próspera al principio del reinado de Luis XIV, se hallaba al final de aquella larga dominación en un estado de extrema miseria, hasta peor que la que sufrió un siglo después en víspera de la Revolución. Los impuestos se habían doblado y la vigilancia sabia y metódica que habían organizado las «reformas» de Colbert no permitía absolutamente á nadie substraerse á la rapacidad del fisco. Seguro de hallar en todos los caminos y á la puerta de todas las ciudades inexorables cobradores de impuestos, el comercio local había cesado, y el hambre podía dominar en una provincia cuando en la provincia vecina las cosechas habían sido abundantes. La residencia casi forzada de todos los nobles en la corte y la irresistible atracción de Versalles habían causado la ruina de los castillos lejanos de la residencia. Los señores cesaban de visitar sus tierras ó hasta no las habían visto jamás, pero continuaban reclamando las rentas habituales, sin que se hiciera restituir á la tierra la menor partícula de sus elementos de riqueza; resultando, por consiguiente, que gran parte de las tierras del reino quedaron yermas y no tenían ya el valor de las hipotecas con que el propietario empobrecido las había gravado.



Gabinete de las Estampas.

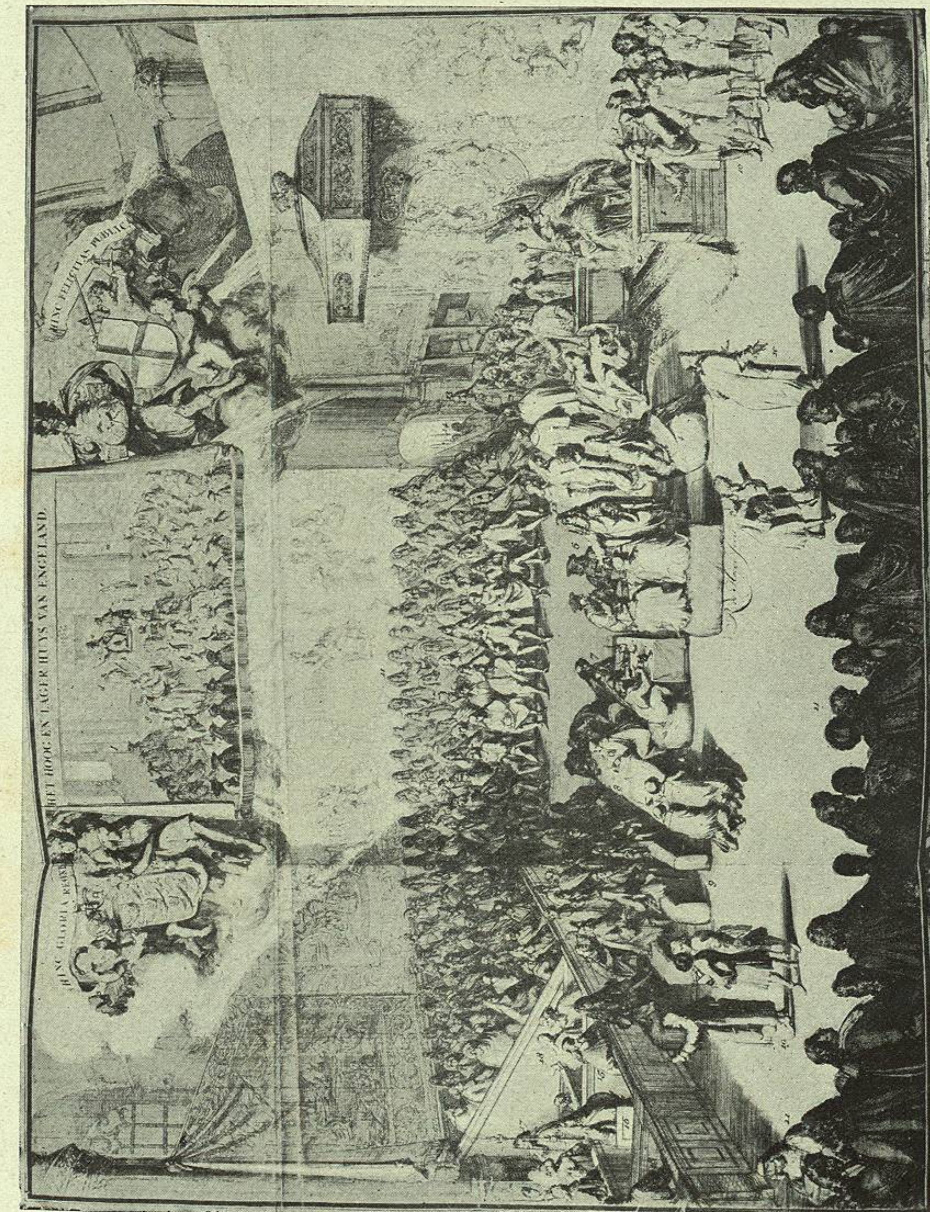
RENATO DESCARTES, 1596-1650

Muchos yermos se crearon así, no por culpa de la Naturaleza, sino por la del hombre. Si la tierra quedaba estéril no podía culparse al clima ni al suelo, sino á las guerras, á los impuestos, á las

costumbres de los cortesanos reales y á su imprevisión. Entre esas tierras inútiles al hombre, puede citarse la Sologne, que fué devastada durante las guerras de religión, y cuyos propietarios nobles acabaron por abandonar completamente á la maleza y á los pantanos.

Por esas causas el fin del régimen fué acogido con alegría, aunque no anunciara el fin de los males. Parecía además que el Destino se encarnizaba sobre el rey anciano que no quería morir, cuando sus herederos, hijos y nietos habían sucumbido sucesivamente. La opinión pública no podía creer que todas esas muertes no hubiesen sido deseadas, y sospechando el crimen, veía en la corte un antro de envenenadores. Difícilmente se hallaría una gran época de magnificencia y de fausto que acabara de manera tan lamentable. Sin embargo, «el mundo quiere ser engañado», y á pesar del hundimiento del reino, la apoteosis del rey se hizo poco á poco en la historia tal como la refieren los escritores cortesanos. Luis XIV tiene siempre sus aduladores como Alejandro, César y Carlomagno; ¡cuántos reyes, aun entre los contemporáneos, siguen todavía su ejemplo!

Tocó á Inglaterra el turno de ocupar el primer lugar en Europa. A pesar de las revoluciones políticas interiores y de un doble cambio de dinastía, á pesar de los reveses pasajeros y hasta de las humillaciones nacionales, el progreso en población y en comercio no había cesado de producirse durante la segunda mitad del siglo XVII. El rey Carlos II, llamado del destierro después de la muerte de Cromwell y la renuncia de su hijo al protectorado, trató naturalmente de reaccionar contra todo lo que se había realizado durante su ausencia, intentando la obra imposible de suprimir la historia; llegó á encarnizarse contra los cadáveres é hizo decapitar los cuerpos de los regicidas; hasta hubiera querido volver Inglaterra al catolicismo, y se dejó llevar al punto de convertirse en pensionado de Luis XIV. Sin embargo, tuvo que contar mucho tiempo con su Parlamento, es decir, con la burguesía creciente. Si hacia el fin de su vida logró que prevaleciera su poder absoluto y se desembarazó de sus más fieros adversarios por la mano del verdugo, hasta hacer que la universidad de Oxford declarara que la doctrina de la soberanía



Cl. Sellier.

EL PARLAMENTO EN TIEMPO DE LA REINA ANA

popular transmitiéndose al príncipe por contrato es blasfema y criminal, su hermano y sucesor Jacobo II (1685) fué un vivo testimonio de que la fuerza pertenece á ese pueblo despreciado.

Jacobo II sólo reinó tres años; su yerno Guillermo III de Orange desembarcó para combatirle so pretexto de que era heredero legítimo del trono, pero en realidad como campeón del protestantismo y del legalismo parlamentario contra el catolicismo y el régimen del capricho. Apenas tuvo tiempo Jacobo de resistir, porque reducido á prisión y libertado después con desprecio como personaje sin importancia, tuvo que refugiarse en Francia cerca de su modelo, el «Gran Rey». Es interesante observar que ese cambio de dinastía lleva en la historia de Inglaterra el nombre de Revolución de 1689 — el advenimiento del nuevo rey y la «declaración de los derechos» datan en realidad de Febrero de 1688: el año comenzaba entonces el 25 de Marzo —. En concepto de las clases burguesas, la guerra civil, la muerte de Carlos I y el Commonwealth no constituyeron más que una especie de episodio preparatorio para su toma de posesión del poder.

Guillermo III, plenamente reconciliado con el Parlamento, que encontraba con la nueva rama real el ejercicio incontestado de sus antiguos derechos, fué pronto bastante fuerte para ser el jefe de los aliados contra Luis XIV. Su cuñada Ana, proclamada reina á su vez (1702), representa un período de la Gran Bretaña todavía más triunfante desde el punto de vista militar, puesto que las victorias de Blenheim, Ramillies, Audenarde y Malplaquet, obtenidas por su general Marlborough, se sucedieron bajo su reinado. El tratado de Utrecht (1713) aseguró la alta posición de Inglaterra en los consejos de Europa y aumentó en enormes proporciones su imperio colonial á expensas de Francia: le dió Nueva Escocia, Tierra Nueva y los mares inmediatos; le aseguró también la posesión del peñón de Gibraltar, insulto permanente al pueblo de España y, preciosa ventaja para una nación de mercaderes, le concedió el derecho exclusivo de la importación de los negros, en número de 4,800 al año, en las Antillas españolas. Inglaterra conquistó el monopolio del comercio de carne humana.

En aquella época, la historia de Inglaterra y la de Francia presentaban un notable paralelismo en las vicisitudes dinásticas que

repercutían en todo el organismo del gran cuerpo político. En tanto que la muerte de la reina Ana (1714) colocaba en el trono de la Gran Bretaña la familia alemana de los Jorge de Hanover, la muerte de Luis XIV (1715), cuyo biznieto Luis XV era un niño, traía consigo la intervención temida del Parlamento y el nombramiento de un regente de Francia, el duque de Orleans, que precisamente el rey difunto hubiera querido apartar del poder.

Alemania, dividida en numerosos Estados y principados á consecuencia de las guerras entre católicos y reformados inspiradas en sus ambiciones particulares, hasta apoyándose en el extranjero, se reponía lentamente de la terrible guerra de Treinta años. El antagonismo del Sud y del Norte, de Austria y del electorado de Brandeburgo, destinado á convertirse en 1701 en el reino de Prusia, había disuelto materialmente el imperio germánico, y el fragmento más considerable que de él quedaba, Austria, tenía harto que hacer para conservarse contra los Turcos, que se hallaban todavía animados de la furia conquistadora.

Turquía se venía debilitando hacía un siglo, es decir, desde la época en que las flotas de Solimán el Magnífico dominaban en el Mediterráneo. La expansión turca hacia el Occidente había cesado desde el inútil sitio de Malta, en 1565, y la batalla de Lepanto, en 1571, y los sultanes, encerrándose en sus palacios, rodeados de conspiraciones y de intrigas, habían encargado á sus mercenarios la prosecución de la obra de la conquista. Sin embargo, Alemania estaba mucho más agotada que Turquía, y el gran visir Kara-Mustapha, «Mustapha el Negro», dueño del vasto hemiciclo entre los Alpes y los Carpatos, vencedor de todos los ejércitos austriacos en campo raso, hasta osó aventurarse contra Viena, la capital del imperio (1683).

Kara-Mustapha fracasó delante de Viena, en cuyo socorro se lanzó Sobieski, rey de Polonia: el segundo ataque no fué más afortunado que el de Solimán en 1529, y de nuevo comenzó el reflujo. La retirada de los Turcos les originó la pérdida de Bude y de gran parte de Hungría; luego, á continuación de la batalla de Mohacs (1687), les fué preciso evacuar la Eslavonia y la Croacia. Los Imperiales penetraron hasta Belgrado. Al final del siglo, la paz de Carlowitz obligó

á los Turcos á entregar la Hungría y la Transilvania á los Austriacos, Azov á los Rusos, la Ukrania y la Podolia á los Polacos, el Pelopo-

N.º 406. La gran Turquía.



El rayado claro indica el país que perdió Turquía al fin del siglo XVII; el territorio en blanco es el que le quedó después de la batalla de Zenta, 1697, y la paz de Carlowitz, 1698.
El campo de batalla de Mohacs, que vió la derrota de los Turcos en 1687, era el de su triunfo sobre Hungría, en 1526.

neso á los Venecianos: era en superficie y en población más de la tercera parte de su imperio de Europa. Sucediéronse otros conflictos

de vicisitudes variadas durante los años siguientes hasta la paz de Passarowitz (1718), que aseguró la posición dominante de Austria en las comarcas del Danubio, fuera de Alemania. De ese modo el centro de gravedad del Imperio se trasladó desde Occidente hacia Oriente.

Extraños acontecimientos complicaron á Suecia y Rusia en esas guerras danubianas: los reinos lejanos del Norte tomaban también su parte en los grandes movimientos de la historia de Europa. Ya Suecia, como potencia protestante que comprendía en sus dominios extensos territorios germánicos, había sido arrastrada en el remolino de la guerra de Treinta años; pero Rusia, aunque librada de la dominación de los Mongoles y de los Tártaros, quedaba casi ignorada de las naciones de la Europa occidental y no tenía con ellas relaciones directas: puede decirse que estaba oculta, por el lado de Occidente, por Hungría, donde cristianos y musulmanes sostenían incesantes guerras, y por Polonia, que, con Suecia y los pequeños Estados bálticos, cerraba completamente el paso entre Alemania y Rusia, tipos de esos «Estados-obstáculos» que existieron en todo tiempo, antes de haber sido inventados de nuevo por la diplomacia moderna.

La dominación de los Tártaros de la Horda de Oro había ya cesado en la Rusia central desde el final del siglo XV, y el «gran príncipe y autócrata» Ivan III había tomado por símbolo el antiguo blasón bizantino del águila de doble cabeza buscando su presa á los dos lados del horizonte; sin embargo, Rusia no era enteramente europea, puesto que cerca de un siglo después, en 1571, los Tártaros de la Crimea, dando un rodeo ofensivo, habían penetrado hasta el centro de la gran llanura rusa, incendiado Moscou y reducido cien mil cautivos á esclavitud. En aquella época reinaba Ivan IV, á justo título llamado el «Terrible». Ese amo temible, que queda en la historia como uno de los tipos de la ferocidad brutal, era también un protestante á la manera de su contemporáneo Enrique VIII: aunque aceptando los dogmas tradicionales y practicando las ceremonias acostumbradas, entendía que el clero había de someterse á sus órdenes y á su merced.

El metropolitano de Moscou aventuró algunas tímidas observaciones acerca de actos sangrientos cometidos por el czar, y éste, inmediatamente, sin aviso y en pleno invierno, sale de Moscou y se

instala con su guardia en un pueblecillo inmediato, desde donde significa al metropolitano su intención de abandonar su imperio, cuyo



Cl. Sellier.

PATRIARCA RUSO Y SU CLERO, SIGLO XVII

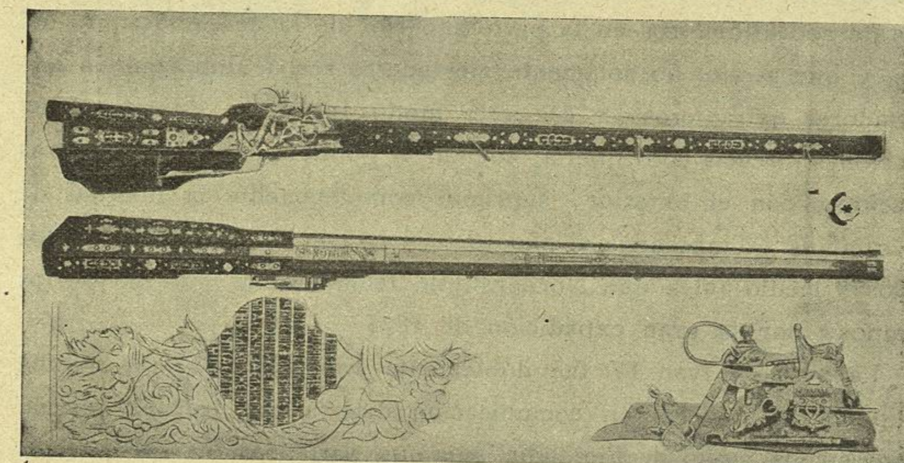
clero protege á los boyardos culpables y los sustrae á la cólera del soberano. Aterrados por esta misiva que consideran llena de amenazas, y demasiado acostumbrados á la servidumbre para imaginarse

una nación libre capaz de administrarse por sí misma, los Moscovitas se apresuran á llamar á su czar, quien en lo sucesivo puede atormentar y matar individualmente ó en masa á su antojo. Se hace dar en propiedad privada gran número de ciudades y de distritos, cuya juventud le pertenece como cosa propia; de ella hace, según las ocasiones, sus soldados ó sus verdugos, castigando en seguida al irrespetuoso metropolitano.

Guerreando por todos lados, al Sud contra los Tártaros, al Este y al Norte contra las poblaciones asiáticas y finlandesas, Ivan odiaba particularmente á sus vecinos occidentales, más ricos, más instruídos, más civilizados que él. La ciudad antes gloriosa que fué la «gran Novgorod» era la más odiada de todas porque la tradición de independencia vivía en ella todavía, y por ello dió orden de despoblarla: durante cinco semanas se mataron diariamente cientos ó miles de individuos, sesenta mil en junto, dicen los anales, y el curso del río Volkhov se halló atestado de cadáveres. El czar desembarazó de obstáculos las inmediaciones del golfo de Finlandia y del mar Báltico, pero al mismo tiempo cortaba las comunicaciones naturales que su imperio poseía ya por mediación de Novgorod con la Europa occidental, y en las luchas que se entablaron, siendo Polacos y Suecos los más fuertes, impidieron á los Rusos llegar á la costa.

La digna república de Novgorod, que se halla en el origen de todas las grandes empresas del mundo eslavo-oriental, había ya abierto sus vías de tráfico, no por conquistas, sino por hábiles alianzas y por los intereses directos del cambio, hasta el mar de Escandinavia, siempre libre de hielos, accesible en toda estación. Había fundado la ciudad de Kola desde el principio del siglo XI, y construía barcos de tráfico y de pesca que navegaban en los fjords de la costa «murmana» ó normanda, así llamada por los navegantes con quienes cambiaban sus mercancías. Los Novgorodianos hasta ejercían entonces un derecho feudal que se extendía sobre un espacio más considerable que aquel cuya extensión territorial reivindica actualmente Rusia, puesto que su jurisdicción comprendía las orillas del Varangerfjord, que hoy día pertenece á Noruega: la influencia eslava ha disminuído, pues, desde hace ocho siglos en aquellos parajes. En el año 1553, cuando el marino inglés Chancellor se presentó en

el mar Blanco, el puerto de la Nueva Kholmogori, donde echó el ancla, no era más que el heredero de la ciudad del mismo nombre que habían fundado los Biarmianos ó Permianos, aliados desde hacía siglos á la gran Novgorod. Se atribuye, pues, injustamente á los navegantes ingleses la apertura de la entrada comercial por la vía de Arkhangelsk: lo utilizaron en beneficio propio por un tratado directo con Ivan IV, pero estaba abierto hacía lo menos cinco siglos.



Cl. Sellier.

FUSIL DE ALEJO MIKAILOVITCH, VISTAS Y DETALLES

Lo mismo sucedió con el pretendido descubrimiento de Siberia por Yermak, cosaco fugitivo cuya cabeza había sido puesta á precio. Aquel jefe de bandoleros que recorrió Siberia en 1579, en tiempo de Ivan IV, se abrió con la espada un camino que los mercaderes novgorodianos y birmianos habían practicado pacíficamente durante siglos. Pero el espíritu de los esclavos es de tal modo que no da valor á los acontecimientos si no son consagrados por la violencia y la sangre. Mucho antes que Yermak, los mapas de Sebastián Munster y de Herberstein representaban las comarcas de Siberia, es decir, del «Gran Norte», que recorrían los mercaderes de Novgorod; verdad es que al otro lado del Ob', Asia se hallaba completamente condensada en una estrecha zona, puesto que Cumbalik, ó sea Pekin, y el reino de Kitai, nombre ruso de China, ocupan la orilla derecha del río en el mapa de Herberstein. Pero la verdad sobre la posición relativa de las diversas comarcas hubiese sido pronto conocida si el gobierno, que

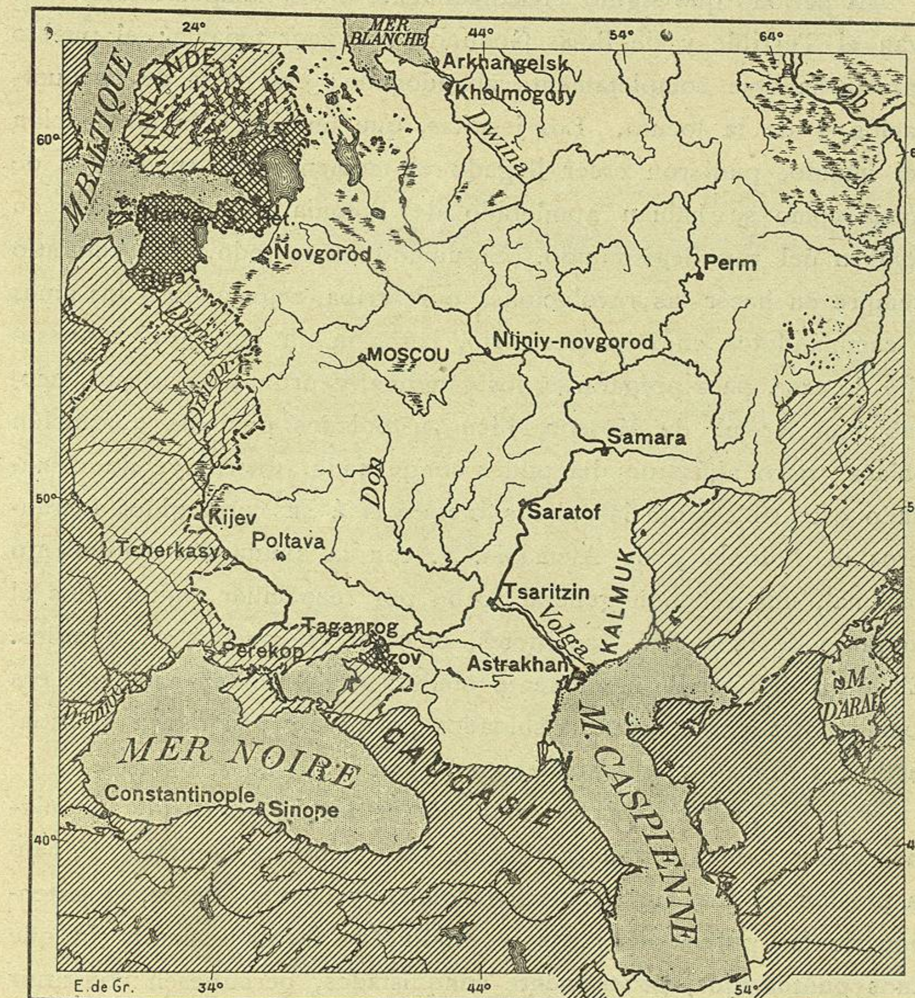
tiende siempre á suprimir el comercio so pretexto de protegerle, no hubiera dedicado todos sus esfuerzos á interrumpir las relaciones. Desde 1580, un año después de la expedición de Yermak, los navegantes ingleses Pet y Jackman, que habían penetrado en el mar de Kara, siguieron el ejemplo de los barcos rusos que encontraron en aquellas aguas y comunicaron con la cuenca del Ob' por el istmo de Obdorsk. Esta expedición, por lo demás, no dejó de tener influencia en la fundación de Mangaseia, que se edificó en 1601, á más de 200 kilómetros en la parte superior de la desembocadura del Taz, y que atrajo, no solamente mercaderes rusos, sino también importadores extranjeros [1]. De este modo Inglaterra estaría ya en relaciones directas con Siberia, cuando el gobierno, inquieto por esas relaciones con el exterior, suprimió completamente la libertad de los cambios. Transcurría el año 1620, y habían de pasar más de dos siglos y medio antes que Nordenskjold reanudase la «cadena de los tiempos» por su gran expedición de 1875.

La obra de Ivan IV fué doblemente contradictoria. Si trataba de poner su imperio en comunicación directa con Europa por la conquista del golfo de Finlandia, por otra parte cortaba los caminos de comercio desguarneciendo su frontera occidental para entregarla así, sin quererlo, á las empresas de los reyes de Polonia y de Suecia. Cuando murió en 1584, dejó los pueblos aterrorizados, dispuestos á todas las bajezas, á todas las tiranías. Entonces fué cuando el regente Boris Godunov, quien después se apoderó del poder supremo (1598), pudo consumar el crimen de reducir nuevamente los campesinos á la gleba como «almas» sujetas, como verdaderos esclavos, y esto bajo el pretexto de mejorar la situación del pobre pueblo. Tampoco podía obrar de otro modo. La autocracia absoluta lleva consigo la sujeción completa de las poblaciones. La nobleza, ó más bien el conjunto de los cortesanos, *dvorianstvo*, ya sujeta y sin ninguna garantía á la voluntad dominadora, habiendo sido transformada en una pura jerarquía de funcionarios desprovistos de todo derecho político y hasta sometidos durante mucho tiempo á las penas corporales, resultaba que la servidumbre repercutía en todo el organismo

[1] A. Kintoch, *History of the Kara sea trade route to Siberia.*

social hasta al más ínfimo individuo, sobre la multitud de los mujiks. Ya existía la esclavitud de hecho cuando una ley de Boris Godunov,

N.º 407. **Rusia, desde Ivan á Pedro el Grande.**



El espacio blanco representa el imperio de Ivan el Terrible y de sus sucesores inmediatos; las partes en rayado cruzado indican las adquisiciones de Pedro el Grande, y el rayado claro las de Catalina II, 1762-1796. La reunión de Finlandia al imperio no data, por tanto, sino de 1809, cuando una parte del Cáucaso obedecía ya al czar.

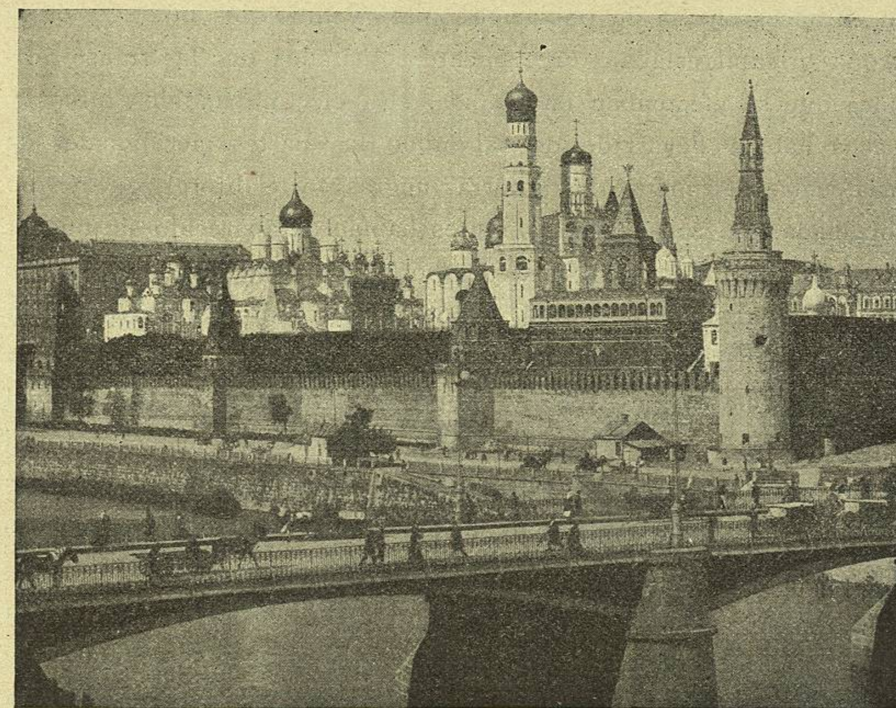
en 1590, prohibió á los trabajadores cambiar de residencia para no robar sus brazos á los propietarios del suelo. El número de los campesinos sujetos de ese modo á la gleba moscovita se evaluó en

las familias de los agricultores, habiendo llegado á ser demasiado numerosas, iban extendiéndose como enjambres, añadiendo municipio á municipio como células prolíferas en un organismo. La fuerza sin límites conquistada rápidamente por el poder central se explica también en parte de la misma manera: el amo que la horda triunfante tenía á su cabeza no encontraba obstáculos delante de sí; en parte alguna tropezaba con ciudadelas de rocas fortificadas, y, por consecuencia, ningún cuerpo feudal, compuesto de numerosos señores, á la vez subordinados y rivales del soberano neutralizaban su poder. Los compañeros de guerra y de mando que rodeaban al amo no formaban un grupo de pequeños príncipes vasallos como los señores de Occidente: constituían una *droujina*, es decir, una «camaradería», un grupo de amigos que vivían de la parte de pillaje ó de impuestos que les estaba señalada por el jefe, pero no estableciéndose en el territorio y no transmitiendo tierra señorial á sus primogénitos. La banda tumultuosa de los compañeros del jefe no podía intervenir ni censurar su capricho, pero frecuentemente era arrollada por el mismo impulso de locura y de furor, como en tiempo de Ivan el Terrible.

En su voluntad feroz de hacer que reinara en todas partes la obediencia perfecta, política y religiosa, los czares tenían principalmente por enemigos los cosacos «zaporogos», es decir, «los que habían acampado al otro lado de las cascadas», sobre las orillas pantanosas y arboladas, ó en los islotes del Dniepr. ¡Cuántas veces aquellos hombres valientes se habían sacrificado en defensa de los pacíficos cristianos de la Rusia interior! ¡Cuántas veces, devolviendo incursión por incursión, habían penetrado á lo lejos en los países musulmanes, anticipándose á las campañas de la «guerra santa» por otra «guerra santa»! Hasta osaban atravesar en ligeros barcos el terrible mar Negro en persecución del adversario ó en busca del botín. Se les vió en Asia Menor, en Sinope, que incendiaron, en el Bósforo, en Constantinopla, cuyos suburbios quemaron también. Sin ellos, el imperio de los czares, que carecía al Sud de frontera natural protectora, hubiera llegado á ser ciertamente simple provincia del islam bizantino. Tenían, pues, derecho al reconocimiento de sus vecinos y compatriotas, Pequeños-rusos y Grandes-rusos.

A ellos debía Rusia su independencia política; pero así como el

vetché de Novgorod, la *sitch* ó *setch* de los Cosacos Zaporogos, es decir, su asamblea popular, acampada bajo alguna roca del Dniepr ó en algún pliegue de la estepa protegida por un muro de carros, formaba un consejo republicano, que no se cuidaba de la voluntad del czar. De ahí odios furiosos: el libre Zaporogo, tenido por enemigo, fué mucho más detestado que el Turco mahometano. Además,



EL KREMLIN, MOSCOU — Cl. J. Kuhn, edit.

¿cómo hubieran podido coexistir en una llanura ilimitada como Rusia, sin más obstáculos interiores que bosques, pantanos y ríos, dos instituciones tan esencialmente diferentes como la servidumbre de los campesinos y una república guerrera? Es evidente que los propietarios de territorios cultivados por manos esclavas, no podían tolerar á su lado una sociedad de hombres orgullosos de su independencia que recorrían libremente la estepa en todas direcciones. Si la inquieta comunidad de los Cosacos se hubiera conservado, habría sido imposible impedir la huída ó la rebelión de los esclavos más enérgicos, los que tenían que satisfacer pasiones ó vengar injurias; necesariamente

1.500,000, ejército de desgraciados que debía aumentarse y multiplicarse en el curso de tres siglos, á pesar de todos los progresos y revoluciones realizadas alrededor de Rusia en el resto del mundo.

El período que siguió inmediatamente á los tiempos malditos de Ivan el Terrible y de Boris Godunov fué peor todavía: el pueblo parecía haberse completamente abandonado; era presa de la alucinación y de la locura. Los jesuítas, que tendían á la dominación del mundo, pudieron creer llegado el momento de apoderarse de Rusia como se habían apoderado de Polonia para gobernarla en nombre del rey Segismundo. Siguiendo su método, que consistió siempre en hacer las revoluciones por arriba, engañando á los amos y cambiándolos en caso necesario, lanzaron un impostor, supuesto hijo de czar, para prepararles los caminos, y pronto, en efecto, ocupaban el Kreml' de Moscou, bien custodiados por una guarnición polaca; pero abusaron del poder conquistado, distribuyendo demasiado ostensiblemente las plazas lucrativas á sus protegidos extranjeros de Polonia y de Alemania, y, con la ayuda del sentimiento nacional, una rebelión general acabó por reconciliar contra ellos el conjunto de la nación, sacerdotes, mercaderes, pueblo y boyardos. En 1613, el Kreml', monumento simbólico del poder nacional, era tomado otra vez contra los soldados polacos, y una nueva dinastía, la de los Romanov, se establecía en Moscou.

Pero la guerra había de continuar en las fronteras que los mismos czares habían desguarnecido de sus defensores naturales, y, bajo la presión de los Turcos, de los Polacos y de los Suecos, la extensión de las posesiones rusas se modificaba incesantemente sin que unos puntos fijos, penosamente conquistados, permitiesen constituir límites artificiales por un cordón de fortalezas. Sin embargo, por numerosas que fuesen las vicisitudes sobre los confines occidentales del imperio, los mayores cambios, después de la reconciliación momentánea que se había producido contra los amos extranjeros, habían de ser los que se realizaban en el interior de Rusia, bajo un doble esfuerzo, absolutamente contradictorio por las consecuencias, procedentes de la naturaleza misma del medio geográfico y del monopolio de las tierras, incluso el hombre que las cultivaba. Mientras que en la llanura ilimitada, el sol de cada tarde, invitando al viaje,

desaparecía tras los bosques del horizonte, un amo, armado con un látigo, encerraba al campesino en una villa de donde le estaba prohibido salir. Nuevas emigraciones y la colonización de tierras vírgenes respondían á un impulso natural, casi irresistible, y todo el conjunto del poder, representado por los decretos y las leyes, las penas y los suplicios imponía la inmovilidad de la servidumbre. De



Cl. Sellier.

ALDEA RUSA EN EL SIGLO XVII

ese modo la historia de Rusia es doble en su aspecto: alternativamente ó á la vez fué la historia de las invasiones por los pueblos nómadas y la de la colonización por las poblaciones agrícolas; los anales de la comarca están llenos de narraciones relativas, unas á la repentina irrupción del país por extranjeros, otras al establecimiento de los mujiks en otros países [1].

La llanura inmensa de Rusia facilitaba la amplitud alternativa de esos movimientos contrarios, sea cuando las hordas asiáticas se derramaban en un diluvio de hombres sobre los campos, sea cuando

[1] Al. Tratchevski, *Revue internationale de Sociologie*, Agosto 1895.

una de las dos instituciones suprimía la otra, y la moral de la nación que, no reivindicando la libertad para todos, no veía en ello más que una feliz casualidad ó un privilegio de raza ó de clase, podía hacer posible la previsión de que el rudo interés de los posesores de «almas», rusas ó polacas, acabaría por dominar en la república del Dniepr.

El contraste de las dos sociedades en lucha se hacía tanto más agudo, cuanto que las comarcas en litigio del sud de Rusia se hallaban entonces en vía de población rápida y todos los intereses de la Europa oriental estaban directamente solicitados por las transformaciones que se efectuaban en el país. En efecto, bandidos turcos y cosacos habían devastado de tal modo las partes meridionales de Rusia, entre la zona de las «tierras negras» y el litoral, que ya no había nada que robar, los habitantes habían desaparecido sin quedar uno, y las incursiones en busca de botín se hacían demasiado largas para que el resultado pudiera compensar las fatigas y los peligros. Hasta una comarca de unos 50,000 kilómetros cuadrados fué delimitada al sud de Tcherkasi, entre el Dniepr y las fuentes del Ingul y del Ingulets, para constituir una marca completamente vedada. Pero si la despoblación de esas tierras fértiles ponía al fin un término á las incesantes luchas de los Turcos mahometanos y de los Cosacos cristianos, esa misma despoblación atraía de todas partes la multitud de los emigrantes. Al mismo tiempo que los libres Zaporogos, afluían siervos fugitivos, lo mismo que colonos más ó menos dependientes de señores que se habían hecho conceder ó que á la fuerza se habían apropiado tierras.

Sin embargo, los ricos concesionarios, Polacos en su mayor parte, no podían atraer inmigrantes á sus tierras sino á condición de prometer á los paisanos una libertad á los menos temporal, y la multitud de desgraciados hambrientos del Norte cayó con entusiasmo sobre las fértiles campiñas del Mediodía, donde debía encontrar una gleba que pronto había de ser su propiedad. En algunos años, Lituanios á millares habían acudido á la región antes desierta, y cada arroyo y cada río se guarnecía de un collar de aldeas y villas. La población fué tan rápida como dos siglos después en los campos del Oeste americano. El feudalismo del señor se hacía tanto más difícil de conservar cuanto más rápidamente se poblaba su territorio y más

se acostumbraban los colonos á la práctica de la libertad. Sin embargo, el pretendido amo continuaba reivindicando lo que llamaba su derecho sobre los campesinos colonizadores, y buscaba alianzas entre los soberanos y los bandidos: de tal situación resultó un remolino de guerras entre Cosacos, Polacos y Rusos, que cambiaba constantemente las fronteras de las señorías y de las comunidades más ó menos libres.



Cl. Sellier.

CASCO RUSO, SIGLO XVII

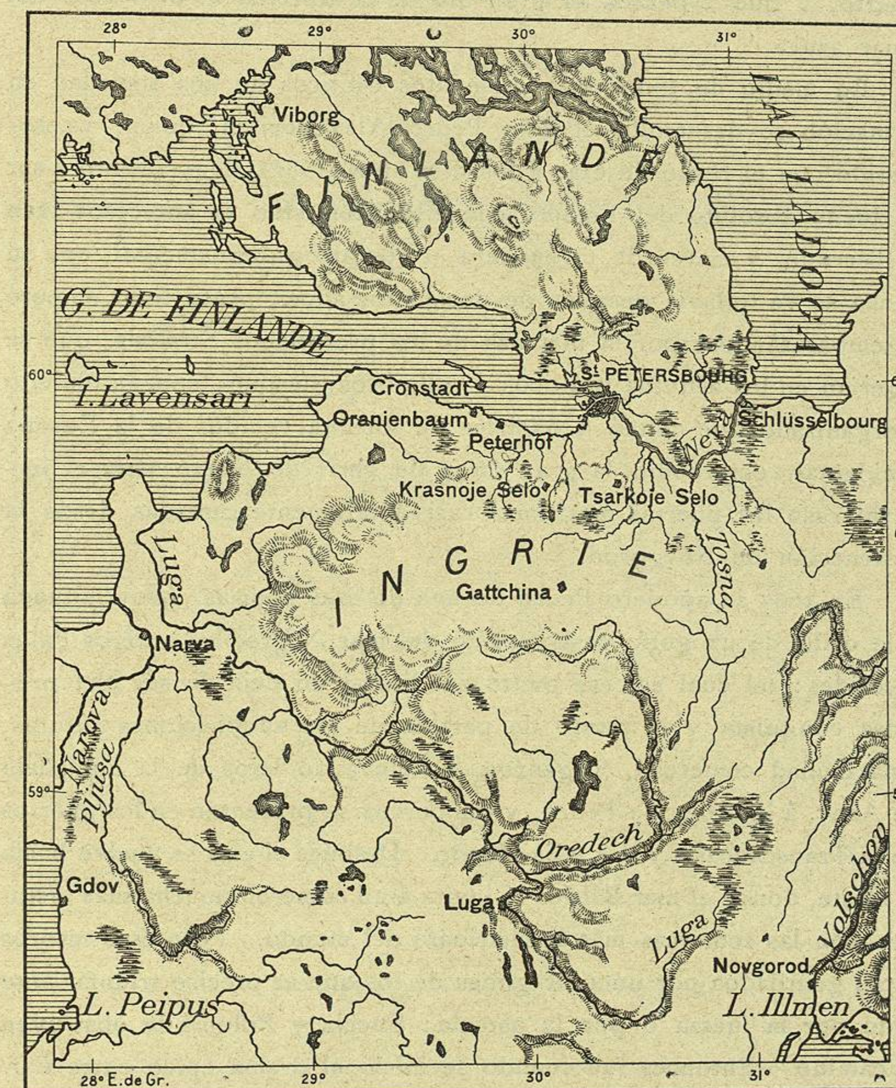
Otro elemento, el de las luchas religiosas, venía á añadirse y frecuentemente á confundirse al movimiento social y político de la colonización de las tierras nuevas. Rusia no podía exceptuarse del trastorno general que agitó á Europa en tiempo de la Reforma; pero la crisis fué allí naturalmente más tardía y debió su carácter especial á un medio completamente diferente. El gobierno de los czares, que quería tener bajo su dominio una multitud sin pensamiento que se conformara con la imposición de arriba, había hecho adoptar por un concilio de prelados (1666) todo un conjunto de cambios litúrgicos y confesionales que parecieron otras tantas blasfemias á los viejos creyentes. Estalló la rebeldía de las conciencias, y como suele suceder á consecuencia de la complejidad infinita de los sentimientos y de los pensamientos, resultó que los conservadores más ardientes de la práctica de los abuelos eran al mismo tiempo los inno-

vadores más atrevidos en concepto político. Los campesinos, habituados á las ceremonias tradicionales, consideraron como un crimen la ingerencia del poder civil en lo que era del dominio de su conciencia privada, pero es evidente que ese rencor religioso participaba en gran parte del triste sentimiento de la libertad perdida: las prácticas del culto les parecían como el consuelo supremo desde que, reducidos á la servidumbre, ni siquiera tenían el derecho de escapar de la tierra, que ya no les pertenecía. De ahí nacieron aquellas sectas del *raskol* (escisión), procedentes todas del espíritu de conservación y que, no obstante, presentan multitud de formas diversas. Hubo pocos levantamientos á mano armada, porque los campesinos no tenían más que palos y látigos contra espadas y fusiles. La mayor parte huyeron á las soledades de los pantanos y de los bosques ó traspasaron las fronteras del imperio; otros fueron á unirse á los cosacos de la estepa; otros todavía, que quedaban adscriptos á la gleba, se limitaban á oponer constantemente una fuerza pasiva ó activa á todos los mandatos del poder, á todas las «reformas» religiosas, administrativas ó políticas. Cualquiera que fuese la insurrección que se produjera, reclutaba partidarios entre los disidentes *raskolniki*. La mayor parte de los viejos creyentes tenían por primer artículo de fe en la vida civil la abolición del pasaporte y de los papeles administrativos; se oponían á todo recuento y evitaban cuidadosamente toda relación con las autoridades: su ideal era la vida anárquica, lejos de todo representante del poder. Y tal era su amor á la libertad, que con frecuencia preferían la muerte al servicio militar y al pago del impuesto. Se han visto *begunis*, exaltados en éxtasis, encender su propia hoguera ó encerrarse en algún reducto para morirse allí de hambre. Los restos de esos mártires son venerados como reliquias por los campesinos de las inmediaciones.

De todas las rebeliones que estallaron en Rusia, la más peligrosa para el trono de los czares fué la que dirigió Stenko (Esteban) Razin en las orillas del Don y del Volga hasta el Ural. En 1669, Razin, que tenía que vengar la muerte de un hermano, saqueó los bienes de los señores y de los burgueses en toda la región de Tsaritsin, Samara, de Saratov y se estableció sólidamente en Astrakhan, cuya población le había aclamado. Convertido en el gran justiciero, llamaba á sí

á los «ofendidos» y los «humillados», á todos los que sufrían por su fe ó por su lealtad; corrió el rumor de que tenía consigo á Nikon, el patriarca perseguido, y á un hijo del czar, verdadero heredero del

N.° 408. San Petersburgo y sus inmediaciones.



imperio. Después de cuatro años de guerras crueles que costaron la vida á más de cien mil individuos, Stenko Razin fué vencido en una gran batalla, capturado y entregado á la muerte en el tormento.

La ciudad rebelde de Astrakhan intentó en vano resistir; toda rebeldía material fué aniquilada, y no quedó en la masa esclavizada del pueblo más que los odios sordos y las esperanzas invencibles. Mucho tiempo después la tradición popular sostenía que Stenko Razin no había muerto, y que esperaba el gran día de la libertad al otro lado del «mar azul» [1].

En medio de todos esos elementos caóticos de una sociedad en formación se desarrolló el niño Pedro Alexeyevitch, quien, ya revestido con el título de czar á los diez años (1682), llegó pronto á ser el dueño absoluto del Estado, como lo había sido su antecesor Ivan el Terrible, y marcó de tal manera el aparato gubernamental, que su huella se ve todavía después de doscientos años. Ante todo empezó desembarazándose por la matanza de los pretorianos Streltsis, que se ingerían en los asuntos políticos y religiosos; después, con un ejército reorganizado que confió á oficiales de fortuna venidos de la Europa occidental, emprendió la gran tarea de abrir de nuevo para el imperio ruso las puertas marítimas casi enteramente cerradas desde la destrucción de Novgorod.

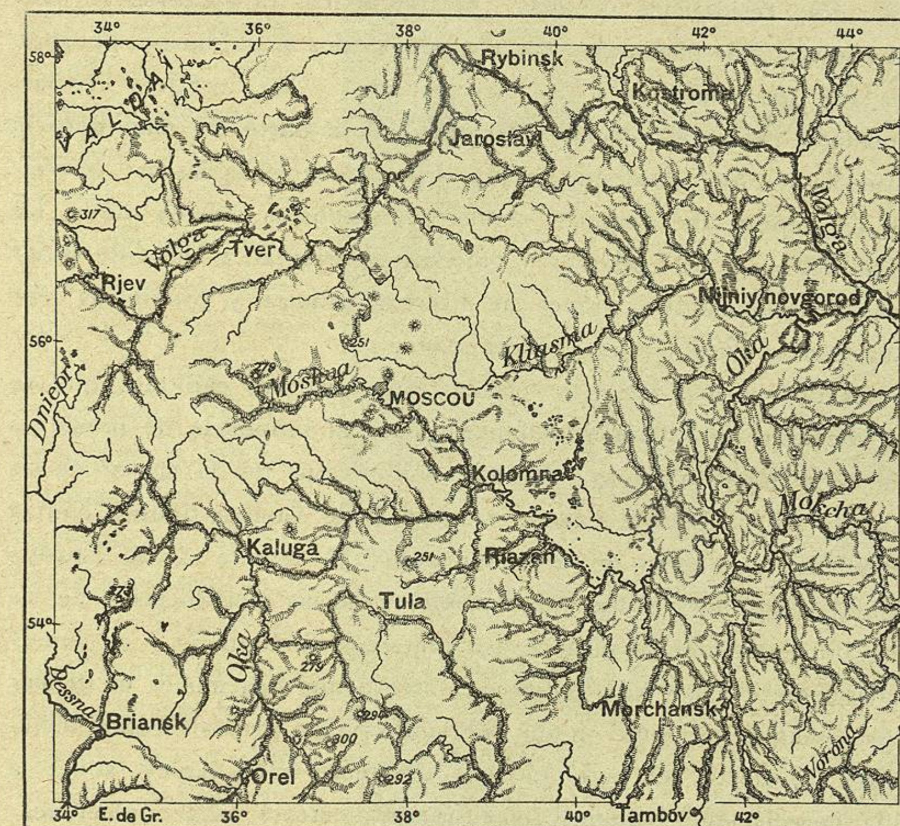
En 1697 se apoderó Pedro de una de esas puertas, Azov, situada á la orilla de un golfo casi perdido del mar Negro, los antiguos Palus Meotides: tal cual es, ese punto del litoral no deja de ser una preciosa conquista y el punto de partida de las adquisiciones futuras. Una ciudad comercial, Taganrog, se eleva no lejos de la ciudadela de Azov, á la orden de Pedro, y sus barcos se presentan en los puertos de la Transcaucasia y del Asia Menor. Después el czar se vuelve hacia el Oeste, donde el mar Báltico le invita á un comercio mucho más lucrativo con las comarcas más industriosas del mundo. Pero esos tesoros están guardados por unos dragones de los que es preciso triunfar ante todo por la fuerza ó por la astucia: Suecia y Polonia le obstruyen el camino. Entonces fué cuando se inició el drama épico entre Carlos XII y Pedro el Grande, entre la fantasía heroica y la voluntad tenaz.

Esta acabó por triunfar. Vencido una primera vez en la batalla de Narva en 1700, Pedro quedó victorioso en Poltava, nueve años después, y rechazó á su adversario sobre el territorio turco. Caído

[1] P. Mérimée, *Etude littéraire sur Tourguenef.*

en una emboscada, de la que salió felizmente por una hábil diplomacia, no dejó de proseguir su obra capital, consistente en desplazar el centro de gravedad de su imperio de modo que le pusiera en comunicación constante con los países de la Europa occidental. El delta pantanoso del Neva, aunque muy húmedo, difícil de consolidar

N.° 409. Moscou y sus inmediaciones.



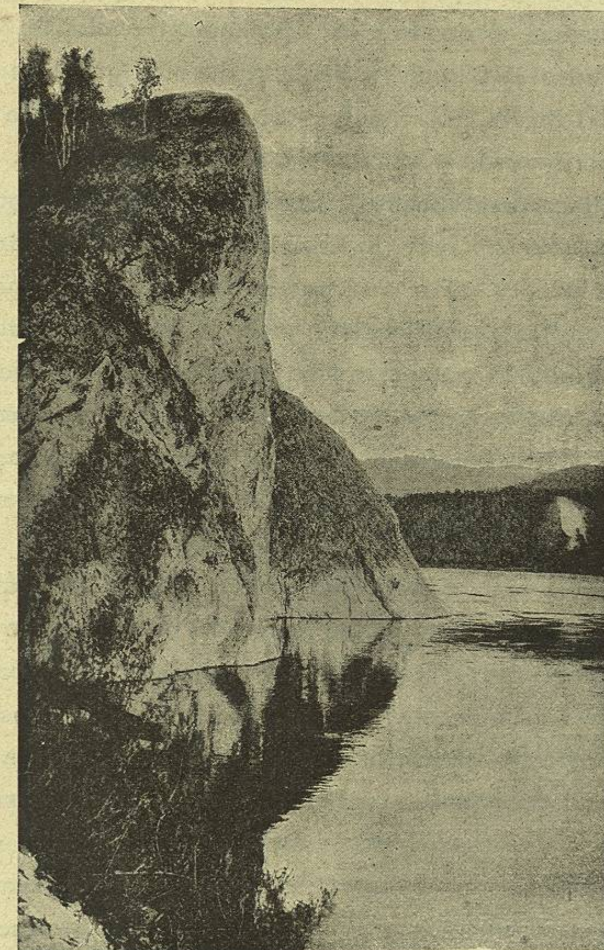
y de protegerse contra las inundaciones fluviales y marítimas impulsadas por el viento del Oeste, era el punto más favorable que pudiera escogerse como depósito de comercio y lugar de residencia vuelto hacia Occidente. Los Suecos, primeros poseedores de aquella parte del litoral, no dejaron de utilizarle para el tráfico y la guerra: allí habían edificado Landskrona, después Nyskans. Pedro no hacía más que comenzar de nuevo la obra en su provecho, y en tales condi-

ciones, que allí empeñaba todo el destino de su imperio. No se contentó con edificar una ciudad con sus primeras disposiciones, esperando que el desarrollo natural de la vida económica trajese consigo el progreso normal determinado por el crecimiento regular de la nación y de sus recursos, sino que concentró en ella todas las fuerzas del imperio, hasta con violencia, obligando á los señores á construirse residencias urbanas, reclutando los trabajadores en verdaderos ejércitos para aumentar con todos ellos la población, llenando á la vez los cuarteles y los cementerios. Una fortaleza insular, Kronstadt, protegía la ciudad naciente por la parte del mar, pero la tendencia de San Petersburgo era principalmente agresiva: convertida en capital del imperio, tenía que despejar delante de sí las orillas del golfo de Finlandia y del Báltico oriental, y había de trazar además ampliamente á través de Polonia, Suecia y provincias alemanas un extenso círculo de conquista.

Es una curiosa serie la formada por esas tres capitales que se han sucedido en la inmensa llanura, bajo la influencia de presiones y de atracciones variadas. Primero Kiyev, que fué la mayor de las ciudades de la Eslavia cuando la ciudad de Constantinopla ejercía plenamente su fuerza de atracción sobre el mundo de la Europa oriental. Entonces el foco de repartición de las mercancías y de las ideas debía hallarse al alcance del comercio de Bizancio y en comunicación directa con ella, sobre el afluente que desemboca en el mar Negro y hacia el punto donde se ramifican los grandes valles tributarios; en efecto, el lugar preciso donde se halla Kiyev, sobre la orilla derecha del Dniepr, llena admirablemente esas condiciones: en ninguna parte existe una ramificación de las vías naturales mejor trazadas avanzando hacia la cuenca del Vístula, hacia los golfos de Riga y de Finlandia, hacia la alta ramificación de la cuenca del Volga. Pero esta ciudad, tan bien situada para aprovecharse de las ventajas de la paz, veía llegar los ejércitos del Este, del Sud y del Oeste, Mongoles, Tártaros ó Polacos, tan fácilmente como los convoyes de mercaderes, y frecuentemente fué destruída; hasta dícese que en 1584 el solar quedó absolutamente desierto después de la retirada de los incendiarios tártaros. Sin embargo, había de renacer, lo mismo que una planta reflorece sobre una tierra fecunda donde dormía la

semilla, y si Kiyev no es ya la ciudad principal de Rusia, es probablemente la más santa para la multitud de los peregrinos: su antigüedad le asegura el prestigio.

Moscou, que fué capital de Rusia después de Kiyev, debía evidentemente sucederle, ella ó cualquiera otra ciudad de la región de las llanuras, cuando la presión asiática comenzó á disminuir y la cuenca del Volga, cesando de estar bajo la dominación mongola, pudo ser considerada como la continuación del territorio de la Eslavia. Entonces llegó verdaderamente á ser Moscou un centro etnográfico de todas las poblaciones del inmenso campo, no solamente eslavas, sino también finlandesas, tártaras, uralianas y hasta lituanias. Verdad es que la ciudad no tuvo el privilegio de nacer á la orilla de un gran río: sin embargo, el Moskva, que serpentea en una región suavemente ondulada, lleva ya barcos y comunica con la «madre Volga» por el Oka, afluente poco inferior á la corriente principal. Además Moscou se halla muy cerca de la vertiente meridional de las llanuras rusas en la dirección del mar Negro, y ya á una corta distancia al Oeste y al Sud se derraman



Cl. Aitoff.

EL JENISSEI, EN LAS INMEDIACIONES DE KRASNOIARSK

las primeras aguas del Dniepr y del Don. A centenares de kilómetros alrededor de ese punto central, admirablemente situado como punto de cita, se extienden uniformemente las llanuras fáciles de recorrer: allá se encontraban los mercaderes llegados de Polonia, de Constantinopla y de Asia. Uno de los barrios de Moscou tomó con justicia el nombre de Kitai-gorod ó ciudad china. Así, á pesar de Pedro el Grande y de la residencia que hizo surgir de los pantanos del Ingria, Moscou ha continuado siendo una capital natural del imperio ruso, y, en las grandes circunstancias nacionales, vuélvese á ella necesariamente. Si esta ciudad no es completamente santa como la abuela Kiyev, lo es á lo menos como madre: es la «Moskva Matouchka». Por otra parte, Rusia no ha de mirar ya en nuestros días con tanta obstinación hacia la Europa occidental: de ese lado el equilibrio parece mucho más estable que del lado de Asia, donde tantas anexiones se han sucedido recientemente.

A la muerte de Pedro el Grande, «emperador de todas las Rusias» (1725), el poder de los czares penetraba ya en Asia: el Cáucaso se hallaba rodeado del lado de Oriente por el Caspio, y hasta Persia había sido más profundamente perjudicada que lo es en el día: el litoral caspiano formó parte del imperio ruso durante una docena de años (1727-1734); pero á esa distancia del centro político, el brazo de Rusia no era bastante poderoso para conservar la anexión de un territorio que se hallaba, por decirlo así, «en el aire», y Nadirchah, otro conquistador del temple de Pedro, reconstituyó por algún tiempo el imperio de Irania. Del otro lado de los montes Urales, los Cosacos, representantes de la dominación rusa, habían penetrado de una manera definitiva en los extensos bosques siberianos sin encontrar enemigo que le cerrara el paso. Cazadores de martas cibelinas, habían viajado de río en río por los pasos, acompañados de los indígenas, y, sin darse mucha cuenta de la inmensidad del espacio recorrido, habían acabado por alcanzar los confines del imperio chino.

De ese modo se había producido materialmente el contacto entre las dos grandes potencias territoriales de Europa y de Asia, y el poder del czar estaba ya representado por compañías de soldados sobre las orillas del Océano Pacífico, cuando dedicaba tan ruda energía á abrirse una salida hacia los mares occidentales. Pero desde el

mar Báltico al lago Baikal y al mar de Okhotsk, los espacios eran demasiado vastos y completamente desprovistos de recursos para que pudiera el gobierno utilizar los golfos siberianos del Océano, helados durante más de una mitad del año, sea protegiendo un comercio cualquiera, sea desplegando orgullosamente la bandera del águila de dos cabezas sobre los mares próximos. Las soledades de Siberia, unidas á Europa por una sola pista de barro, polvo ó nieve, trazada á través de las estepas y de los bosques, sólo servían para el tránsito de aquellos de quienes el czar y los señores querían desembarazarse, vivos ó muertos: criminales y viejos creyentes, favoritos que habían cesado de agradar, hombres honrados que dificultaban las intrigas de la corte, enemigos políticos, todos aquellos que quedaban sin clasificación por sus faltas ó por sus virtudes; á Siberia se enviaban los peores y los mejores. Una sociedad cuya institución fundamental era la esclavitud no podía menos de completarse con un lugar de destierro considerado en toda su extensión como una cárcel inmensa. Había presidios especiales, donde la existencia estaba reglamentada de una manera metódicamente atroz, que recibían á los desgraciados á quienes se quería que murieran con acompañamiento de tormentos; pero la gran mayoría de los desterrados iban á aumentar el número de los inmigrantes, cazadores, comerciantes, aventureros ó fugitivos que se establecían donde podían, todo lo lejos posible de los funcionarios representantes del poder central. Llegados de todas las partes del imperio, Rusos y Polacos, Eslavos y Alófilos, los desterrados y los inmigrantes de razas diversas que se cruzaron con los escasos habitantes del país, Turkmenos y Buriatos, Tunguses y Yakutas, constituyeron una nación nueva en la que domina el tipo Gran-ruso, pero que conserva, no obstante, un carácter original en el conjunto de las provincias de la Eslavia rusa [1].

Simple lugar de destierro y territorio de caza de pieles, la colonia siberiana no tenía condiciones suficientes al final del siglo XVII para encontrar por sí misma su frontera por el lado de China: algunos individuos aislados eran los únicos que se aventuraban en compañía de caravanas mongolas ó mandchues. Dícese que en 1567 se pre-

[1] N. Yadrinzev, Webers von Petri, *Sibirien*, p. 62.

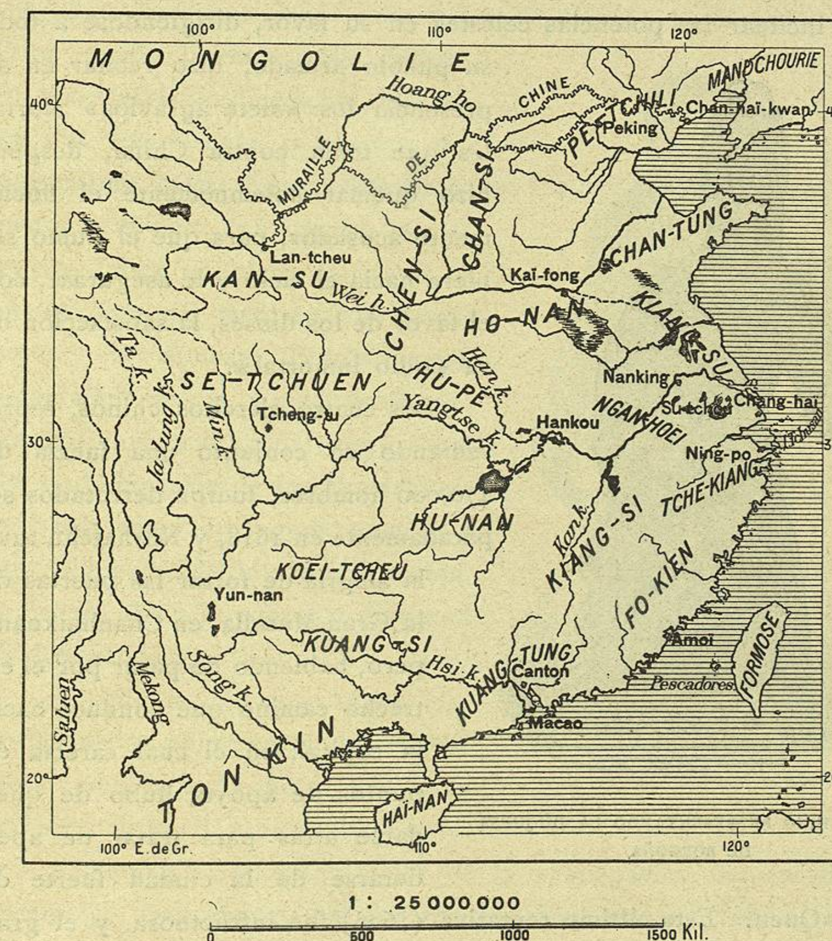
sentaron por primera vez los Cosacos rusos en la corte de Pekin, pero no fueron recibidos porque no llegaban con las manos llenas en calidad de tributarios. En 1619, un Ruso se vió también negar audiencia por el mismo motivo, y en 1653, un embajador directo del czar Alexis, Baikov, tuvo que retirarse porque se negó, dicen los documentos rusos, á prosternarse ante el trono del dragón. Sin embargo, las relaciones comerciales adquirían importancia entre los súbditos de los dos emperadores, amarillo y blanco; en 1689, los gobiernos limítrofes firmaron su primer tratado, el de Nertchinsk, según el cual la China, que era entonces la potencia incontestablemente preponderante, obtuvo, en efecto, la conservación de su preeminencia haciendo arrasar algunos campamentos en el Amur y fijar el límite ideal de los dos Estados sobre la cresta del Stanovoi.

China había tenido sus revoluciones como Europa, y, por un notable paralelismo de los acontecimientos, las disensiones religiosas tuvieron también gran parte en ese caos político. El emperador Chi-Tsung, que pertenecía á la dinastía de los Ming, fué, al otro lado del Mundo Antiguo, un protestante á su manera, que ordenó nada menos que la destrucción de todos los templos budhistas de la capital (1536) y el empleo de todos los tesoros que contenían en la construcción de un templo para su madre; es decir, quería volver á la pureza de la fe, al culto primitivo de los antepasados, lo mismo que Lutero volvía á la palabra del Evangelio. Al fin de su vida (1566), Chi-Tsung hizo derribar todos los altares taoistas de su palacio, porque la intercesión de los sacerdotes no había conseguido procurarle el elixir de inmortalidad [1] que Catalina de Médicis y tantos otros personajes supersticiosos de Occidente buscaban en la misma época y por medios análogos. Pero, en lucha consigo misma, China era tanto menos fuerte para resistir la presión de los enemigos del exterior; como Europa invadida por los Turcos, China se veía periódicamente atacada por los piratas japoneses y por los nómadas mongoles. Los primeros se apoderaron por cierto tiempo de Ningpo, de las islas Tchusan, de Changhai, de Sutchou, de Amoi y de otros puntos de la costa del Fo'kien; los segundos, mandados por Anta

[1] J. Macgowan, *A History of China*, ps. 495, 499.

ó por su hijo Sihlina, caían cada año sobre las provincias septentrionales de China para extraer de ellas tanto botín como deseaban: al fin fué preciso comprar muy cara la paz.

N.º 410. La China en la época mandchue.



Después tocó el turno á los Mandchues: un jefe de clan muy audaz y de gran inteligencia, Nurhatchu, de quien dice la leyenda que descendía de una virgen fecundada por la «urraca divina» [1], habiendo tenido queja de una falta de fe de los representantes de los Ming, resolvió unir todos los Mandchues en una sola nación para lanzarlos contra el imperio. Preparó lentamente pero con seguridad su ven-

[1] J. Macgowan, *A History of China*, p. 105.

ganza, y en 1616, habiendo organizado sus fuerzas de ataque, tomó oficialmente el nombre de emperador «por decreto del Cielo», y eligió, tomadas de caracteres mongoles, doce radicales simbólicas de las cuales debían derivarse todas las demás palabras de la lengua mandchue, queriendo de ese modo oponer civilización á civilización. Para inclinar las potencias celestes en su favor, dirigiéndose á todo su pueblo armado, hizo recitar en su presencia los «siete agravios» mortales que tenía contra China, después hizo quemar solemnemente el documento acusador, para que el humo subiere hacia el cielo y le asegurase, con el favor de los dioses, la satisfacción de su «odio inmortal».


VASO CHINO REPRESENTANDO LA DUQUESA DE BORGOÑA

Los cuatro ejércitos chinos, representando en conjunto una fuerza de 470,000 hombres, fueron derrotados separadamente en 1618, y Nurhatchu tuvo la alegría de forzar las puertas de la Gran Muralla, en Chanhaikuan; pero, habiendo de pasar por el estrecho camino que conduce hacia la capital, en el cual carecía de puntos de apoyo, hubo de quedarse atrás para tratar de apoderarse de la ciudad fuerte de Ming-Quen. Esta última tentativa (1626) fué infructuosa, y el gran jefe murió de pena por no haber realizado su obra. Pero lo que él no pudo hacer, lo hicieron para su dinastía las revoluciones interiores de China, ayudadas por una incursión temporal de los Holandeses en Formosa, en los Pescadores y en el distrito de Amoi. Un primer sitio de Pekin, intentado por los Mandchues en 1629 no tuvo éxito; defendida por el cañón, la ciudad resistió vigorosamente á los bárbaros; pero no resistió á los Chinos rebeldes que, una quincena de años después trastornaron el imperio. En 1644, acababa de instalarse en Pekin el jefe de los insurrectos y de proclamarse emperador, y cuando apenas había tenido tiempo de sentirse «Hijo del Cielo» fué destronado. Uno de sus generales ofendidos, el que vigilaba en las fronteras del Nordeste, llamó á los Mandchues para vengar á la dinastía legítima de los Ming. El nuevo amo fué completamente vencido en Chanhaikuan, y el joven rey de los Mandchues, niño de seis años, fué proclamado emperador de China: la dinastía de los Tsing quedó fundada. Sin embargo, transcurrieron dieciocho años antes que los últimos defensores del legitimismo chino fuesen definitivamente vencidos: fué preciso perseguirlos hasta en plena Barmania y en las islas del mar, en los Pescadores y en Formosa. El más famoso emperador de la China moderna, Kanghi, que estaba en el trono cuando la dominación de los Mandchues, se había adaptado ingeniosamente á las exigencias de la etiqueta china, y recibió al fin la adhesión universal de los súbditos.


VASO CHINO REPRESENTANDO AL REY LUIS XIV

Aquella fué la gran época histórica de la penetración del cristianismo en el imperio chino. No había habido continuidad entre las edades del cristianismo nestoriano y las de la propagación del catolicismo europeo. Los nestorianos habían sido exterminados en su mayor parte, y es indudable que la larga duración del tiempo que permanecieron alejados de su medio de origen, entre poblaciones de raza y de costumbres muy diferentes, no les había dejado por herencia religiosa más que fórmulas y ceremonias cuyo simbolismo no comprendían: puede decirse que el culto de Roma no hizo su aparición en el Extremo Oriente hasta el fin del siglo XIII, con el italiano Montcorvino, que agrupó numerosos practicantes en su rededor, merced á la tolerancia natural de los Chinos para todas las ceremonias que no excluyen los ritos tradicionales de la veneración

de los antepasados. El cristianismo era tolerado á condición de disfrazarse, y cuando los comerciantes europeos, entre ellos los Portugueses y otros, pudieron establecerse como huéspedes en las ciudades del litoral chino, fueron los primeros en desvirtuar los esfuerzos de los misioneros cristianos, temiendo con razón que la propaganda de aquellos sacerdotes comprometiese sus intereses. Macao, la factoría concedida á los Portugueses para su tráfico, no fué, como lo esperaba Roma, el atrio de la gran Iglesia de Oriente.

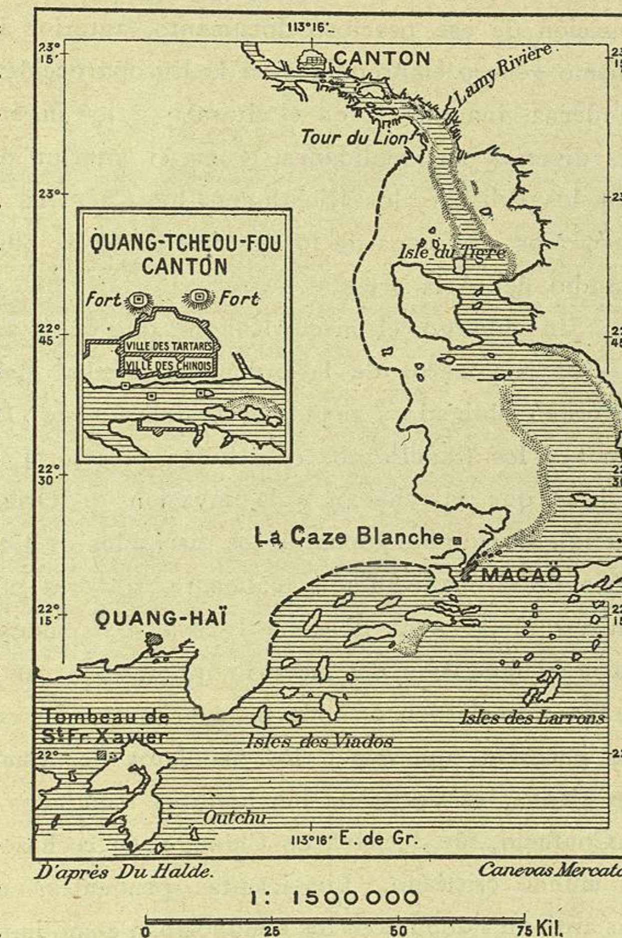
Sin embargo, un jesuíta italiano, Ruggiero, vestido de Chino, logró en 1581 penetrar en Cantón, y al año siguiente fué seguido por el famoso Ricci, que acabó por llegar á ser un gran mandarín y por representar un papel político importante. Llegó al imperio en una época de las más críticas para los destinos de la nación, puesto que los Mandchues comenzaban entonces sus invasiones, que habían de tener como consecuencia la caída de la dinastía china de los Ming. Los sencillos sacerdotes extranjeros supieron moverse fácilmente y sin tropiezos en aquel mundo de astucias y de intrigas que agitaba el conflicto de los intereses entre los partidos, y pronto se hicieron indispensables. Sabido es cuán grandes eran entonces las ambiciones de la orden: se proponía el imperio del universo; sus enviados, sabiendo hacerse «todo á todos», iban á vivir sencillamente en medio de los salvajes, y como sabios diplomáticos entre los civilizados. En todas partes les era necesario triunfar, entre los Guaranis del Paraguay como entre los Chinos y los Mandchues del Oriente de Asia. Mas para preparar á estos últimos un «camino de terciopelo» hacia el cristianismo occidental, los misioneros hubieron de extremar la tolerancia hasta hacerse Chinos ellos mismos, adaptando su fe á las costumbres de la nación, insistiendo mucho más sobre el único verdadero Dios que sobre las tres personas divinas, no viendo en el culto de los antepasados más que un acto laudable de piedad filial y cerrando los ojos sobre los casos de poligamia justificados por el deseo de perpetuar una descendencia varonil [1]. Gracias á todas esas complacencias, en las cuales el dogma cristiano acababa por desaparecer, la religión católica pudo aspirar á ocupar un lugar en el imperio al

[1] A. de Pouvourville, *L'Empire du Milieu*, p. 150.

lado de las otras religiones oficialmente registradas, confucionismo, budhismo, taoismo, y los padres jesuítas llegaron á ser elevadísimos personajes: Adam Schaal hasta fué nombrado doctor de Kanghi, pero ese puesto «demasiado» envidiable le costó caro, puesto que los regentes le encerraron en una cárcel y le condenaron á ser «cortado en mil pedazos», pena que fué conmutada por la de prisión perpetua [1].

N.° 411. El río de Cantón y Macao.

Reproducción del trazado de los jesuítas.



El gran período de honor para las misiones de los jesuítas data del reinado de Kanghi, que tomó el gobierno personal en 1667, hombre inteligente y deseoso de dejar un gran recuerdo en la historia. Kanghi reconoció en seguida el valor científico de los misioneros de que le había rodeado la orden de los jesuítas y que habían sido escogidos cuidadosamente entre los padres más instruídos; astrónomos, matemáticos, geógrafos. Después de haber establecido una especie de concurso entre los sabios indígenas y los misioneros extranjeros, Kanghi designó al padre Verbiest para redactar un nuevo calendario, y el astrónomo flamenco, más

[1] J. Macgowan, *A History of China*, p. 528.

intransigente en ciencia que en el dogma religioso, mantuvo con rigor las correcciones que dictaba á sus colegas chinos. El carácter científico de los padres jesuítas adquirió tal importancia, que Kanghi les encargó de explorar el imperio, trazar el mapa detallado y les abandonó todo un personal de mandarines para esta obra capital. En 1708 los misioneros Bouvet, Regis y Sartoux comenzaron la construcción de ese precioso documento, anterior aún á los trabajos del mismo género emprendidos en la Europa occidental. Hasta la época moderna, inaugurada en el litoral por los ingenieros hidrógrafos de las diversas nacionalidades, y en el interior de la Flor del Medio por los Fritsche, los Richthofen, los Chevalier y otros geodésicos y geógrafos, ese mapa de los jesuítas sirvió de punto de apoyo para el estudio del Asia oriental.

Sin embargo, el mismo Kanghi, que debía amplio reconocimiento á esos misioneros de la orden, en nombre del progreso científico, se creyó obligado á perseguir la religión de Occidente. Los dominicos y los franciscanos constituían el grueso del ejército de catequistas que marchaban á la invasión de Oriente, pero no tenían los talentos diplomáticos de los discípulos de Loyola: seres sencillos, poco desarrollados intelectualmente, sin otra pasión que la de conquistar almas para la santa Iglesia y dejándose ir voluntariamente hasta el fanatismo del martirio, predicaban cándidamente su fe chocando, con desdén de toda prudencia, con las costumbres chinas que les parecían opuestas á los mandatos de Roma. La «cuestión de los ritos», es decir, de los honores tributados á los antepasados y á Confucio, fué decisiva en China, y su rechazo fué temible en todo el mundo cristiano. Los jesuítas, prudentes, autorizaban esos ritos; los ardientes dominicos los denunciaban como impíos, y las autoridades de la Iglesia, solicitadas de una parte y de otra entre sus intereses, se mostraban muy perplejas. En 1645, Inocencio X condenaba los ritos chinos en vista de la exposición del dominico Morales. En 1656, Alejandro VII los autorizó en vista de una nueva exposición del jesuíta Martini. En 1669, Clemente IX confirmó á la vez los dos decretos de sus predecesores [1], esperando escapar así al peligro de una

[1] H. Hauret, *La Mission de Kiangnan*, p. 24.

solución. Luego, en 1693, tuvo lugar, por último, el acto de condenación oficial, casi inmediatamente después de un edicto de tolerancia absoluta.

Bajo el «cayado» de los pastores dominicos, los católicos se contaron pronto por centenas de miles en las provincias del Sud y en las del valle del Yangtse; pero quizá el éxito de la propaganda



Cl. J. Kuhn, edit.

JAPÓN — UNA PUERTA DE TOKIO

en esas regiones del Mediodía era debido parcialmente á los sentimientos de rebeldía que todavía fermentaban en la población contra los conquistadores venidos del Norte, por lo cual el virrey de Cantón suplicó al emperador, en una larga Memoria (1716), que hiciera frente al peligro y expulsara á los misioneros, esos hombres «cuyo único objeto es seducir las almas para inducirles á creer doctrinas contrarias á las de los grandes sabios de la China». Kanghi aceptó la demanda del virrey de Cantón, y, aunque tomando medidas de excepción en favor de algunos de los residentes en Pekin, decretó el destierro de todos los demás sacerdotes católicos, con penas severas contra los que continuaran viviendo secretamente en las provincias. La razón determinante del acto de proscripción, análogo al

que Luis XIV, el Kanghi de Occidente, acababa de adoptar contra sus súbditos de religión protestante, procedía de la audaz intervención de Roma en los negocios interiores de China. Celoso de su autoridad, Kanghi se había indignado viendo un legado del papa que se permitía establecerse en Pekin para decidir de cosas que interesaban directamente á su imperio, y además quería poner fin á las molestias que le causaban las disensiones entre jesuítas y religiosos de otras órdenes.

En realidad, esos acontecimientos constituían un triunfo de la Iglesia católica tradicional contra los jesuítas, pero un triunfo muy costoso, puesto que la misma Iglesia perdía una de las más importantes provincias de su dominio. Porque la persecución fué eficaz: la religión de los Occidentales, después de su era de prosperidad, desapareció casi por completo del imperio hasta la nueva invasión de los misioneros que se produjo en el siglo XIX, bajo la presión comercial y política de la sociedad europea. Pero la fase moderna de la propaganda no presenta las mismas condiciones que la antigua, porque se dirige mucho menos á la población residente y trabajadora de las «Cien familias», que á los habitantes, más ó menos desclasificados, que tienen interés en hallar protectores mundanos en sus «padres espirituales» [1] y, por su mediación, en los consulados de las potencias extranjeras.

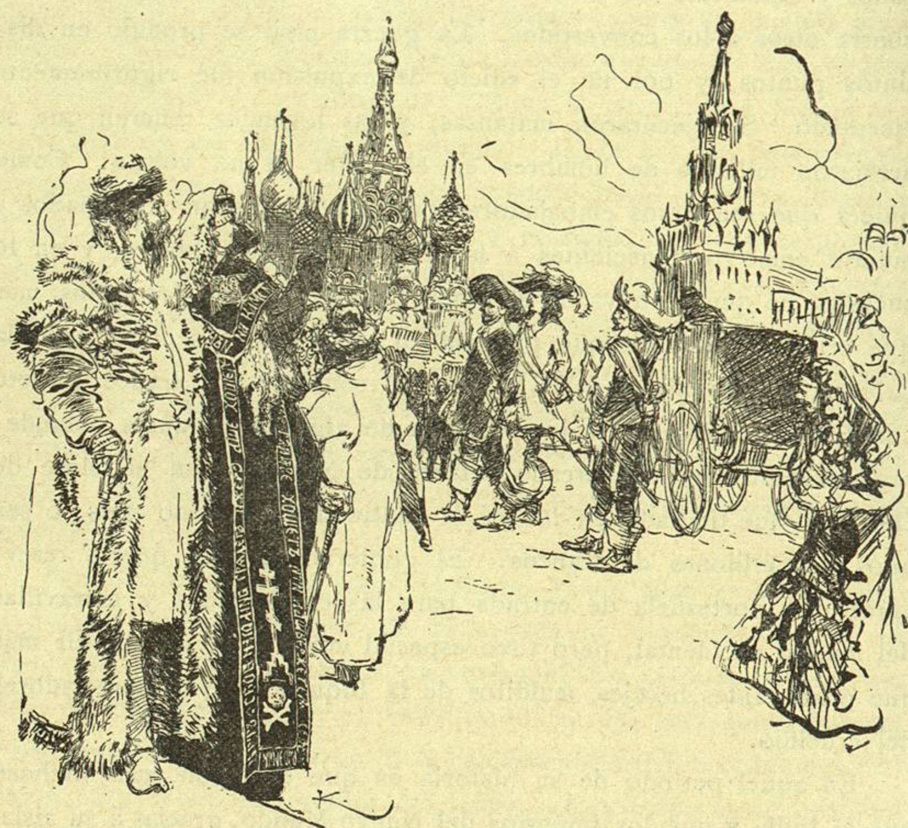
También en la parte meridional del Japón hizo el cristianismo su mayor progreso después de la llegada de Francisco Xavier en 1549. Si han de creerse las Memorias de los misioneros jesuítas, cerca de doscientos mil fieles, constituídos en dos centenares de localidades religiosas, confesaron la fe católica antes del final del siglo XI. Según Charlevoix, historiador del Japón, un príncipe envió una embajada al «grande, universal y santísimo Padre del mundo entero, el señor el Papa», para atestiguar su obediencia y su docilidad como inquisidor y destructor de broncerías. Pero el dictador Kaikosama, el poderoso amo japonés que se había despojado de la señoría feudal más ó menos decorativa del emperador de China, tuvo celos de esa ingerencia política de enviados extranjeros que tomaban aires de

[1] A. de Pouvourville, *L'Empire du Milieu*, p. 150.

amos, pretendiendo dirigir las conciencias y hasta reemplazar á los padres para bautizar los recién nacidos. En 1587 lanzó un edicto contra los misioneros jesuítas, ordenándoles salir del país en el plazo de veinticuatro días. Los religiosos se apresuraron á conformarse en apariencia con aquella orden, y, cambiando de vestidos, se convirtieron oficialmente en simples traficantes, como los tratantes portugueses que se habían establecido junto á ellos en los puertos. Se consintió en tolerar su presencia bajo ese disfraz, pero franciscanos y dominicos les denunciaron al poder, después de excitar unos contra otros á los convertidos. La guerra civil se produjo en distintos puntos, y por fin el edicto de expulsión fué rigurosamente ejecutado. Se ejecutaron matanzas, y las leyendas refieren que se arrojaron millares de hombres en el cráter de un volcán. Como quiera que sea, unos embajadores portugueses fueron condenados á muerte como pertenecientes á la religión de los rebeldes, y en lo sucesivo no quedaron ya en el Japón, durante más de dos siglos, más que cristianos tímidos que practicaban sus ritos en secreto, bajo la cubierta del budhismo ó del sinto. El conjunto del tráfico directo con Europa, mediante la intervención de algunos tratantes holandeses, residentes en un cercado delante de Nagasaki, en el islote de De Sima, fué limitado en 1685 á la cantidad de 300,000 taels, ó sea unos dos millones de francos. El gobierno japonés quería reservarse una portezuela de entrada para las curiosidades y maravillas del mundo occidental, pero tuvo especial cuidado de no admitir más que protestantes herejes, malditos de la Inquisición y despreciadores del crucifijo.

En aquel período de su historia en que el Japón, más dichoso que la India y que los Imperios del Nuevo Mundo, gracias á su aislamiento y á su naturaleza insular, lograba arreglar prudentemente sus relaciones con los Occidentales, realizaba también una importante revolución interior. Verdadero Richelieu del Japón, Taikosama y su sucesor Iya Yassa lograron romper el poder del feudalismo aumentando el número y disminuyendo el valor de los feudos, y sobre todo atribuyéndoles vanos honores y privilegios quiméricos en la corte de un príncipe quimérico también, el emperador ó mikado, á quien la adoración tradicional de sus súbditos anegaba en su gloria y pri-

vaba de todo contacto con los hombres, de toda participación enérgica en los acontecimientos. En cuanto al regente ó *siogun*, se reservaba el derecho del mando, la acción; el nombre de «Rey Sol» se dejaba al príncipe encerrado, pero al siogun correspondía la fuerza para suscitar ó para destruir.



EL SIGLO XVIII. — NOTICIA HISTÓRICA

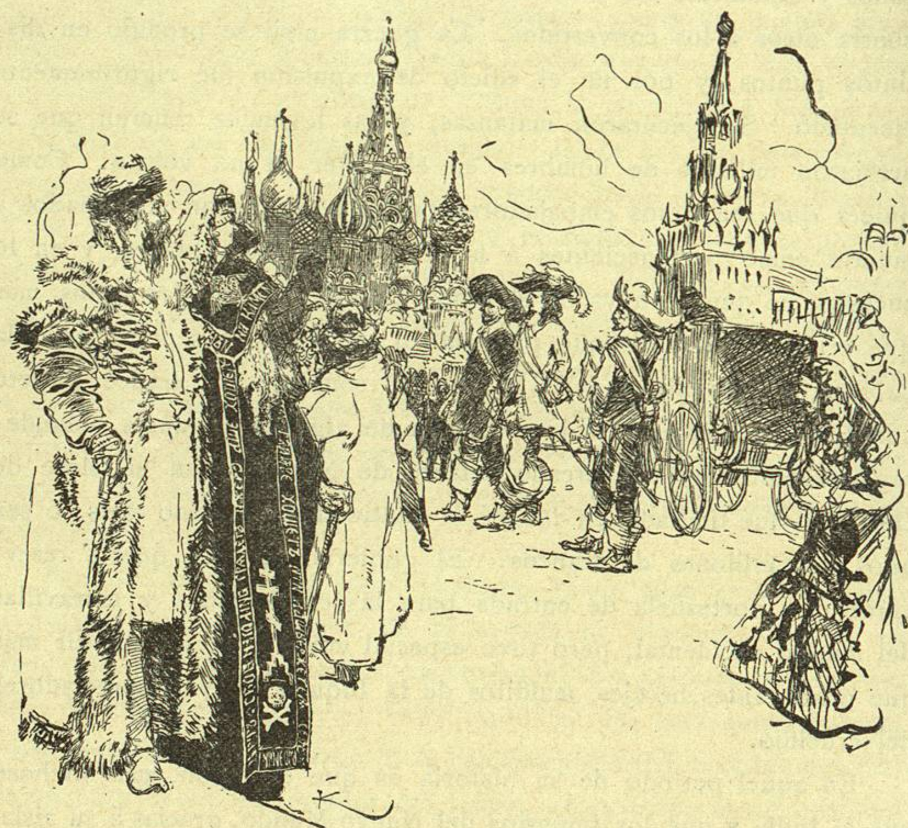
FRANCIA. Luis XIV nació en 1638, reinó desde 1643 y gobernó desde 1661 á 1715. Entre otros hijos, tuvo de María Teresa, muerta en 1683, el Gran Delfín, y de la señora de Montespan que, sucesora de la señorita de la Vallière, fué querida titular desde 1668 á 1682, el duque de Maine (1670-1736); la señora de Maintenon, esposa del rey á partir de 1684, murió sin hijo. El Gran Delfín murió en 1711; su primogénito, el duque de Borgoña, en 1712; el duque de Bretaña, hijo de éste, en 1712; el duque de Berry, segundo hijo del Gran Delfín, en 1714. A la muerte de Luis XIV sólo quedó el duque de Anjou, nacido en 1710, segundo hijo del duque de Borgoña, que llegó á ser el rey Luis XV. El Regente, Felipe de Orleans, nieto de Luis XIII, murió en 1723, poco después de la mayor edad de Luis XV. Bajo el nuevo reinado, Fleury estuvo en el poder desde 1726 hasta 1743. Luis, hijo de Luis XV, murió antes que su padre, en 1765, por lo que el nieto de este último, nacido en 1754, subió al trono en 1774 y reinó hasta la Revolución.

PRUSIA. En 1415 un Hohenzollern llegó á ser margrave de Brandeburgo. Federico Guillermo, gran elector desde 1640 hasta 1688, acogió á los Hugonotes; su hijo Federico III se hizo rey y como tal se le conoce con el nombre de Federico I, Federico Guillermo I, el rey sargento, que reinó desde 1713 á 1740, y Federico II el Grande, de 1740 á 1786. Le sucedió un sobrino, Federico Guillermo II, seguido de otros Federico Guillermo.

AUSTRIA. Carlos VI, emperador y rey (1711-1740), no dejó más que una hija, María Teresa. Esta ejerció el poder de 1740 á 1780, pero el elector de Baviera fué nominalmente emperador de 1742 á 1745, después Francisco I, esposo de María Teresa, y José II, su hijo (1765-1790). Le sucedió su hermano Leopoldo, después Francisco II, hijo de este último (1792-1835).

GRAN BRETAÑA. Á la muerte de Ana (1714), excluído su hermano Eduardo Estuardo por su religión, el heredero de la corona fué Jorge de Hanover, descendiente por su madre de Jacobo I. Cuatro Jorges se suceden de 1714 á 1830.

vaba de todo contacto con los hombres, de toda participación enérgica en los acontecimientos. En cuanto al regente ó *siogun*, se reservaba el derecho del mando, la acción; el nombre de «Rey Sol» se dejaba al príncipe encerrado, pero al siogun correspondía la fuerza para suscitar ó para destruir.



EL SIGLO XVIII. — NOTICIA HISTÓRICA

FRANCIA. Luis XIV nació en 1638, reinó desde 1643 y gobernó desde 1661 á 1715. Entre otros hijos, tuvo de María Teresa, muerta en 1683, el Gran Delfín, y de la señora de Montespan que, sucesora de la señorita de la Vallière, fué querida titular desde 1668 á 1682, el duque de Maine (1670-1736); la señora de Maintenon, esposa del rey á partir de 1684, murió sin hijo. El Gran Delfín murió en 1711; su primogénito, el duque de Borgoña, en 1712; el duque de Bretaña, hijo de éste, en 1712; el duque de Berry, segundo hijo del Gran Delfín, en 1714. A la muerte de Luis XIV sólo quedó el duque de Anjou, nacido en 1710, segundo hijo del duque de Borgoña, que llegó á ser el rey Luis XV. El Regente, Felipe de Orleans, nieto de Luis XIII, murió en 1723, poco después de la mayor edad de Luis XV. Bajo el nuevo reinado, Fleury estuvo en el poder desde 1726 hasta 1743. Luis, hijo de Luis XV, murió antes que su padre, en 1765, por lo que el nieto de este último, nacido en 1754, subió al trono en 1774 y reinó hasta la Revolución.

PRUSIA. En 1415 un Hohenzollern llegó á ser margrave de Brandeburgo. Federico Guillermo, gran elector desde 1640 hasta 1688, acogió á los Hugonotes; su hijo Federico III se hizo rey y como tal se le conoce con el nombre de Federico I, Federico Guillermo I, el rey sargento, que reinó desde 1713 á 1740, y Federico II el Grande, de 1740 á 1786. Le sucedió un sobrino, Federico Guillermo II, seguido de otros Federico Guillermo.

AUSTRIA. Carlos VI, emperador y rey (1711-1740), no dejó más que una hija, María Teresa. Esta ejerció el poder de 1740 á 1780, pero el elector de Baviera fué nominalmente emperador de 1742 á 1745, después Francisco I, esposo de María Teresa, y José II, su hijo (1765-1790). Le sucedió su hermano Leopoldo, después Francisco II, hijo de este último (1792-1835).

GRAN BRETAÑA. Á la muerte de Ana (1714), excluído su hermano Eduardo Estuardo por su religión, el heredero de la corona fué Jorge de Hanover, descendiente por su madre de Jacobo I. Cuatro Jorges se suceden de 1714 á 1830.

RUSIA. La viuda de Pedro el Grande, Catalina I (1725-1727), una sobrina de Pedro, Ana Ivanovna (1730-1740), una hija de Pedro, Isabel (1741-1762), Catalina II (1762-1796), esposa de un nieto de Pedro, fueron en el siglo XVIII los principales monarcas de aquel país.

POLONIA. Entre 1697 y 1732, Augusto II, de la casa de Sajonia, y Estanislao Leczinski, alternaron sobre el trono. Augusto III, muerto en 1764, y Estanislao Poniatovski, fueron los últimos y poco gloriosos reyes polacos.

INDIA. Akhbar (1555-1605), Djihan-guir, Chah-Djihan (1627-1657), Aureng-Zeb, muerto en 1706, son los principales Gran-Mongoles.

He aquí indicaciones sobre algunos hombres de la época:

BERKELEY, filósofo irlandés	1680-1753
Alejandro POPE, poeta, nacido en Londres	1688-1744
Juan Bautista VICO, filósofo é historiador, nacido en Nápoles	1688-1744
MONTESQUIEU, nacido cerca de Burdeos	1689-1755
QUESNAY, economista, nacido en Montfort-l'Amaury	1694-1774
VOLTAIRE (Francisco-Arouet), nacido en París	1694-1778
MAUPERTUIS, matemático, nacido en Saint-Malo	1698-1759
LA CONDAMINE, viajero y sabio, nacido en París	1701-1774
Benjamín FRANKLIN, físico, nacido en Boston	1706-1790
MABLY (Gabriel Bonnot de), escritor, nacido en Grenoble	1709-1785
Juan Jacobo ROUSSEAU, nacido en Ginebra	1712-1778
Denis DIDEROT, nacido en Langres	1712-1784
VAUVENARGUES, filósofo, nacido en Aix, Provenza	1715-1747
CONDILLAC (Esteban Bonnot de), escritor, nacido en Grenoble	1715-1780
D'ALEMBERT, enciclopedista, nacido en París	1717-1783
BUFFON, naturalista, nacido en Montbard	1717-1788
MORELLY, escritor francés	1720? — ?
Adam SMITH, economista, nacido en Kirkaldy	1723-1790
Emmanuel KANT, filósofo, nacido en Königsberg	1724-1804
James COOK, navegante, nacido en Yorkshire	1728-1779
Ephraim LESSING, poeta y crítico, nacido en Sajonia	1729-1781
BOUGAINVILLE, navegante, nacido en París	1729-1814
Thomas JEFFERSON, hombre de Estado, nacido en Virginia	1743-1826



EL SIGLO XVIII

¡Cuántas veces se renovó la ilusión del buen tirano que realiza el ideal de la libertad y de la igualdad de los ciudadanos! Esos tesoros han de ser conquistados; no se darán jamás.

CAPÍTULO XV

HERENCIA DE LUIS XIV. — LAW Y LA BURGUESÍA FINANCIERA. LUCHAS DEL PENSAMIENTO Y DEL DERECHO DIVINO. CONSTITUCIÓN INGLESA. — REINADO DE FEDERICO II. — LA COMPAÑÍA DE LAS INDIAS. — EL GRAN TRASTORNO. — EL CANADÁ CAMBIA DE DUEÑO. — ENCICLOPEDIA; PRÍNCIPES Y FILÓSOFOS. REPARTICIÓN DE POLONIA. — HUÍDA DE LOS KALMUKOS. REVOLUCIÓN DE AMÉRICA. — LUIS XVI Y LOS ECONOMISTAS. MEDIDA DE LOS ARCOS DE MERIDIANO.

LA dominación del «Gran Rey» acabó de una manera deplorable; no solamente su intervención fué funesta en Europa, cuyos destinos había querido dirigir, sino que su gobierno fué sobre todo fatal para Francia, que arruinó en hombres y en dinero, que empobreció en su suelo y sus cosechas. Abandonado por la suerte,

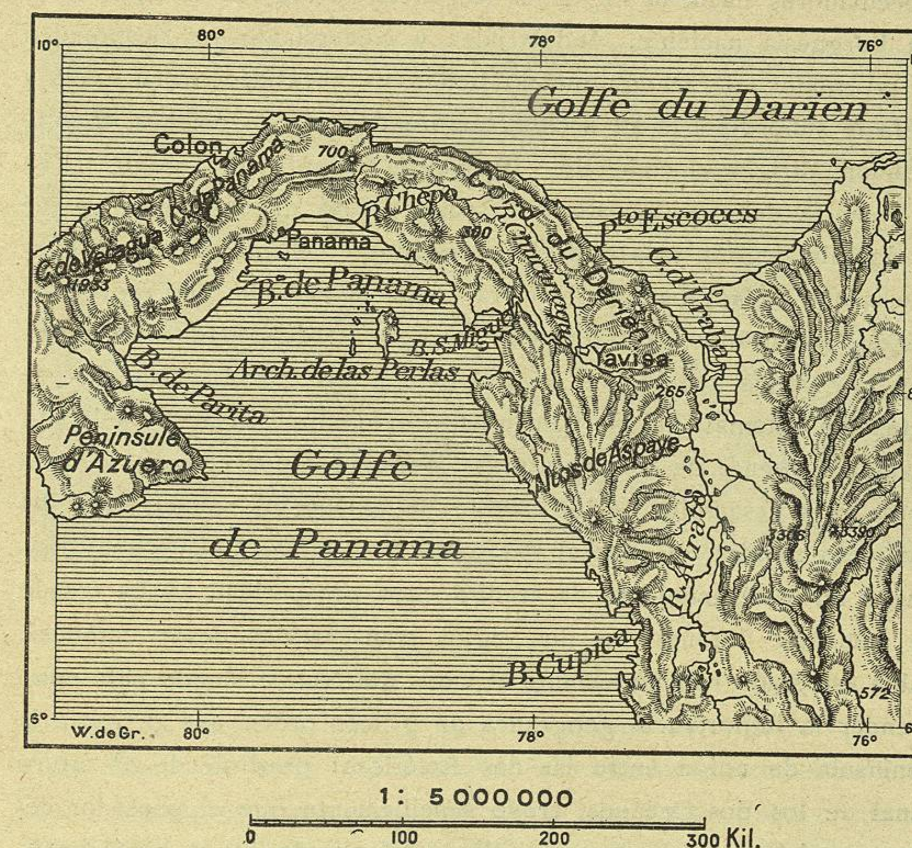
desagradaba hasta á sus cortesanos, y todos le abandonaban para volverse hacia uno ú otro de los dos personajes, el duque de Orleans ó el duque del Maine, entre quienes flotaban todavía inciertas las probabilidades de la herencia. Mas por grande que fuera el desengaño sobre el hombre cuya grandeza había antes parecido sobrenatural, el principio monárquico en su esencia no había sido menoscabado en lo más mínimo; la superstición de la monarquía absoluta había penetrado de tal modo en las conciencias, que los mismos innovadores, los genios de pensamiento más libre no concebían mejora posible sino por la concentración de todos los poderes en manos de un buen tirano, de un príncipe afable y dulce, llegado á la omnisciencia por los cuidados de un preceptor perfecto, de un filósofo virtuoso como lo eran ellos mismos: necesitaban un duque de Borgoña educado por un Fenelon, un «Telémaco» que recordara siempre las lecciones de un «Mentor». Ninguno comprendía que la libertad pertenece solamente á los que la conquistan; se confiaba cándidamente en que la buena educación de un príncipe tendría por feliz consecuencia la educación del pueblo cuyos destinos debía regir.

Afortunadamente para la fama del duque de Borgoña, ese príncipe devoto, indeciso, inepto, aprobador entusiasta de la San Bartolomé y de la revocación del edicto de Nantes, murió á tiempo para que no se pudiera escoger precisamente su ejemplo y mostrar que la educación más atenta y más sabia produce un resultado negativo cuando tiene como punto de apoyo el orgullo del nacimiento y del poder. Además, si Luis XV careció de verdaderos educadores ó, por mejor decir, sólo tuvo á su alrededor incitadores á la perversidad, sólo se le pedía una cosa, no morir: sus pueblos, que veían en él un «hijo del milagro», escapado al naufragio de toda su familia, hubieran dado todo por conservar aquella preciosa vida, y de todo corazón se precipitaron ante él en una explosión de entusiasmo proclamándole el «Muy Amado» cuando renació á la vida después de una enfermedad grave. Las duras experiencias pasadas no bastaban á aquella multitud servil, que, sin confianza en sí misma, todo lo esperaba de sus amos.

Un intervalo de algunos años separó los dos reinados de Luis XIV y de su biznieto, y casi todo ese período fué ocupado por la regencia

de Felipe de Orleans, quien al menos tendrá en la historia el mérito excepcional de haber dejado hacer, aunque sin hacer nada él mismo; se le puede reconocer también la cualidad de haberse interesado por las cosas de la industria, del arte y del pensamiento. A no ser regente, hubiera sido un hombre bueno, muy distinto de su pupilo,

N.º 412. Puerto Escocés y el Istmo de Panamá.



El «istmo» del Darien une la desembocadura del Atrato á la bahía de San Miguel.

que fué el egoísta por excelencia, el rey que llevó alegremente su reino al desastre con perfecta indiferencia del porvenir: «Después de mí el diluvio», decía irónicamente, convencido de que tenía tiempo de divertirse y de que todavía el cadalso no se levantaría para él. Sin embargo, ya bajo el regente, se anunciaban de una manera evidente los acontecimientos que habían de dar al final del siglo un carácter tan trágico: los antiguos cuadros de la sociedad no con-

venían á los elementos nuevos que en ella se movían y buscaban un equilibrio en relación con sus intereses; la burguesía que con los Colbert había puesto su gloria en servir al rey, se ejercitaba ya en emanciparse, en crear fuerzas económicas correspondientes á su omnipotencia próxima.

Las empresas de banca, cuyo derrumbamiento arruinó tantos especuladores hacia el fin de la Regencia, atestiguan la audacia de esa burguesía naciente. Industriales y comerciantes se desprenden de tal modo del Estado, que no tienen ya necesidad de su tutela y hasta le subordinan á su acción: emprenden por sí mismos la colonización, dirigen el comercio y la banca, reemplazan al gobierno en la gerencia del presupuesto y el pago de las deudas. Law no fué en aquella ocasión más que el representante, el paladín de la burguesía que se lanzaba á su primera locura juvenil con una especie de frenesí, arrastrando naturalmente tras de sí tardíos arrepentimientos.

Law había tenido un predecesor en los grandes negocios de extensión colonial, en ese llamamiento al crédito, es decir, á la utilización presente de rentas futuras, aseguradas por el cultivo de la tierra y el desarrollo de los cambios. Uno de los compatriotas del banquero escocés, el general Patterson, que había fundado en Edimburgo un establecimiento de crédito cuya prosperidad no ha cesado de aumentar durante los dos siglos transcurridos desde entonces, había estudiado suficientemente el mapa del Nuevo Mundo para comprender la importancia geográfica de primer orden que presenta la península de unión entre las dos Américas: presintiendo el futuro canal de los dos Océanos, creyó sencillamente que el poseedor del istmo tendría en sus manos la «llave del mundo» y se había apresurado á anticiparse con la esperanza prematura de poder, si no realizar, al menos preparar la obra de las generaciones siguientes. A la cabeza de un pequeño grupo de Escoceses, Patterson acampó en 1698 á la orilla de una ensenada poco distante del golfo de Uraba, cerca de los senderos que seguían los indios Cunas para atravesar el istmo y llegar al golfo de San Miguel en el Pacífico. Allí se hallaba sobre territorio considerado como dominio español por los tratados internacionales, y su posición no hubiera sido duradera si la Gran Bretaña, tan ambiciosa como él, no le hubiera sostenido resueltamente

por el envío de una flota y por la construcción de un camino. Pero no osó en aquella época lanzarse á la gran aventura, y en el año 1700 se presentaron unos barcos españoles á destruir lo que quedaba de Puerto Escocés.

Los proyectos de Law tenían mucho más ancha base geográfica y se aplicaban además á un territorio perteneciente á Francia por el



Cl. Sellier.

LOS ESPECULADORES EN LA CALLE DE QUINCAMPOIX
según una estampa de la época.

derecho de descubrimiento y hasta de colonización comenzada: en 1717, cuando se fundó la «compañía de Occidente», setecientos Franceses, labradores ó cazadores, se habían establecido á las orillas del Missisipi ó de sus afluentes. Los hombres de presciencia ó de imaginación creadora, como lo era Law, podían predecir ya con toda seguridad el porvenir prodigioso que se preparaba en aquellas comarcas tan fecundas y tan bien dispuestas para la expedición de los productos. Ni aun en sus sueños más exagerados podían llegar á forjar un cuadro de remota semejanza con el que presenta hoy la cuenca del «Padre de las Aguas» con sus grandiosas poblaciones, sus ricos cultivos, sus poderosas fábricas y sus ciudades magníficas, las metrópolis gemelas de San Pablo y de Minneapolis, San Luis cerca de la confluencia de los dos grandes ríos Missouri y Missisipi, las ciudades del Ohio ó

«Río Hermoso»: Cincinnati y Louisville, y la guardiana de las bocas fluviales, la Nueva Orleans, tan bien situada antes de llegar á los canales de paso y próxima á un lago en libre comunicación con el mar. Pero ya era muy bello el presente y suministraba una amplia garantía á los cuatro millones de libras de que disponía el fundador de la empresa, en el principio de aquella enorme remoción de capitales que lanzó el mundo de los jugadores á la locura furiosa de la especulación.

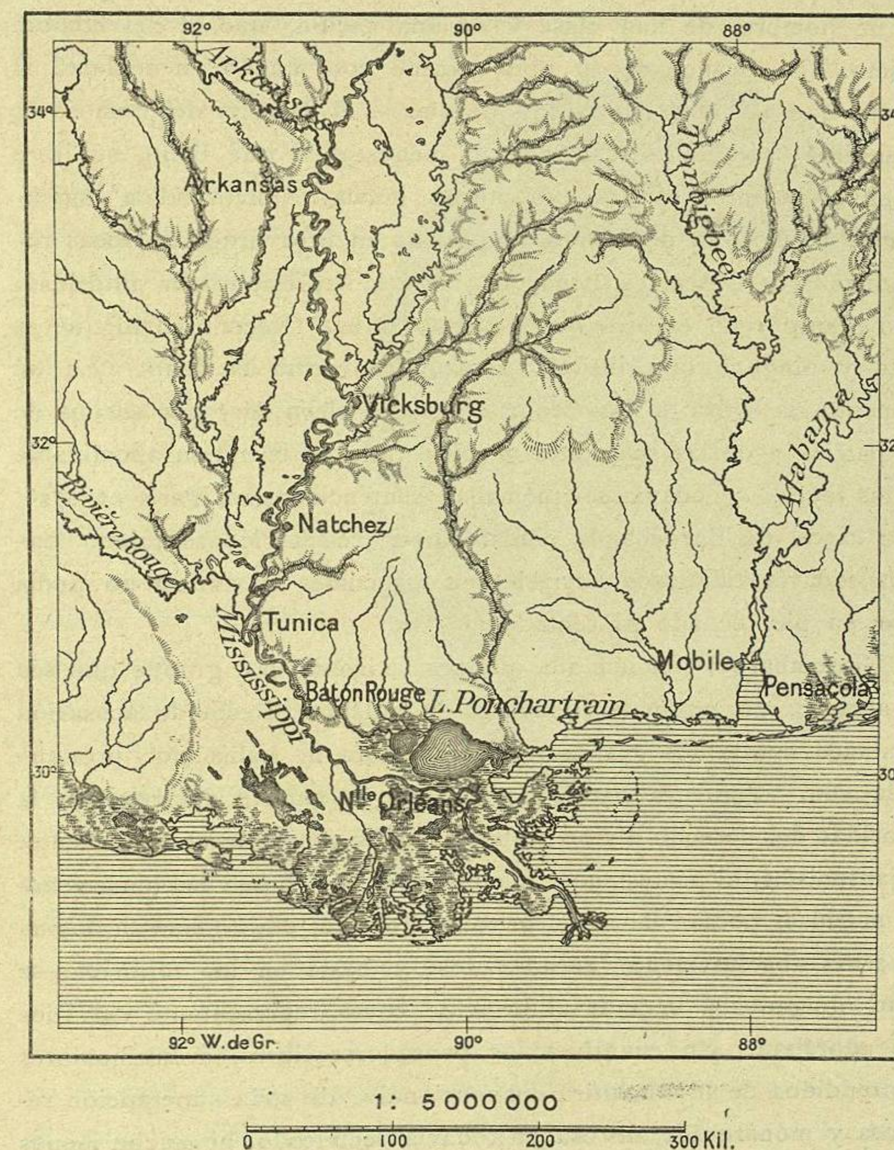
No hay duda que las acciones del Mississipi hubiesen podido conservar su valor y llegar á ser una fuente regular de rentas para sus poseedores, si el «sistema» de Law, impulsado por el frenesí del juego, no se hubiera complicado al mismo tiempo con la renovación de todo el régimen fiscal y hacendista de Francia y de Europa. Todo había de transformarse á la vez, pero aquellos cambios amenazaban á los numerosos funcionarios y parásitos que vivían de la rutina, los asentistas generales y los recaudadores, las gentes de ley y las de iglesia, que pronto se ligaron contra el innovador. Por otra parte, éste no podía menos de ser vencido, puesto que obrando fuera del Estado, por su plena iniciativa, se proponía que «la abolición del abuso se hiciera por el abuso supremo, que la revolución se operase por el poder ilimitado, indefinido, por el vago absolutismo, por el gobierno personal que no se gobierna á sí mismo»[1]. Como quiera que sea, el banco de Law y los que nacieron por la misma época en Inglaterra, Ostende y Holanda, dando lugar á los mismos abusos y á las mismas catástrofes, no dejan de marcar una fecha capital, el principio de una era en la historia de la burguesía: en el mercado de los escudos — esperando mejor ocasión — todos se han hecho iguales; la banca no distingue ya entre hombres y mujeres, jesuítas y jansenistas, nobles y campesinos, amos y criados.

Pero el advenimiento especulador y rentista de la burguesía era poca cosa comparado con la libertad de palabra y de pensamiento reconquistada por los escritores, heraldos de la sociedad futura. Ya Voltaire, que había de personificar el siglo XVIII, había comenzado su obra de revolución por la ironía, rimando sus primeros versos, de

[1] Michelet, *Histoire de France*, XV, la Régence, p. 242.

escaso mérito por cierto, á la gloria de un rey que quedó medio hugonote, y proclamando la tolerancia religiosa.

N.º 413. Desembocadura del Mississipi.



El hecho constituía una bella audacia tratándose de un joven que ya conocía la Bastilla[1]; pero, más elevado que Voltaire en su

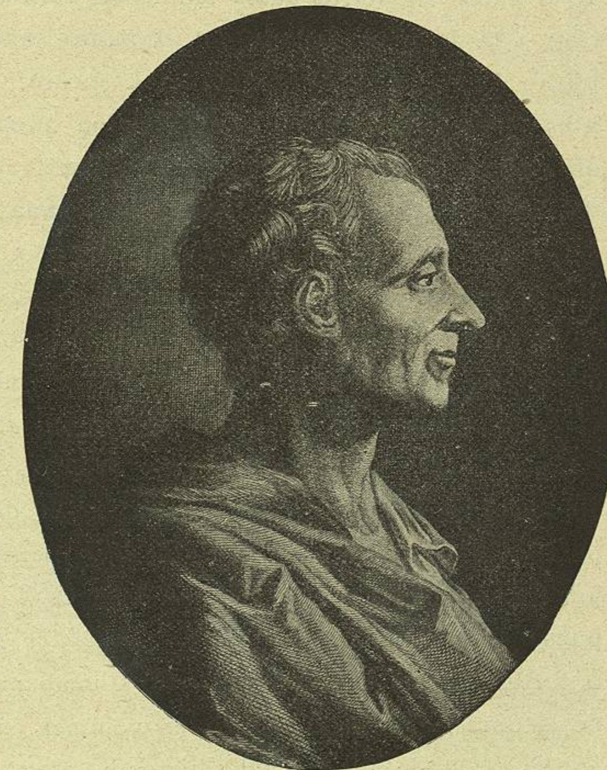
[1] Michelet, *Histoire de France*.

concepción de la historia, Montesquieu no se dirige solamente á los opresores, no se limita á recurrir á la piedad, sino que se presenta como el defensor de la justicia, y en el conjunto de las edades y entre todos los pueblos investiga qué es el derecho en su esencia, no el de un hombre, de una clase y de una nación, sino el del hombre mismo. El alcance de su obra excede con mucho en realidad al objeto que se había propuesto, porque si el derecho del hombre es intangible, toda autoridad que lo menoscabe, que limite su libre desenvolvimiento, es por eso mismo inicua. Comprendida lógicamente, la filosofía de Montesquieu, que en otro orden de ideas reproduce la de Descartes, llega también á la supresión de la autoridad: «Yo pienso y no es otro quien piensa en mí. Reconozco lo que es justo y ninguna otra justicia prevalecerá contra la mía». En tal concepto, la sátira de las *Cartas Persas* se eleva muy por encima de las patrias y de las religiones y sobre todo de la rutina abominable de las leyes. ¡Todavía se quemaban sentenciados en París en 1726, y la cárcel de Burdeos, la ciudad donde residía Montesquieu, contenía todavía calabozos horribles en los cuales la víctima no podía estar en pie, echado ni sentado!

Sin embargo, por acerada que sea la ironía, por grande que sea su alcance, no equivale todavía á la palabra directa de acusación fulminada contra los grandes, y esa palabra no había sido pronunciada aún. Por otra parte, después de la muerte del regente, la autoridad del derecho divino se había vuelto á establecer plenamente. Ni jansenistas, ni protestantes, cualesquiera que fuesen las persecuciones sufridas, podían lanzar el grito de libertad, puesto que su dogma les tenía absolutamente encadenados, y hasta en los suplicios, se veían obligados á venerar al príncipe como representante del Dios que adoraban. En cuanto á los pensadores libres, á los hombres desprendidos de la «mentira convencional», de toda superstición religiosa y monárquica, no osaban todavía decir todo, ni mucho menos escribir, por miedo á la Bastilla ó al verdugo; su elocuente audacia no solía manifestarse comunmente más que en los salones y en los cafés, excusada de antemano por la animación del discurso y de las réplicas, la alegría y el ingenio de las ocurrencias. Además el pensamiento no vive solamente de sí mismo, sino que se acomoda fácil-

mente á su medio. Escasos eran los escritores á quienes las condiciones ambientes les llevaron hacia la independencia del carácter y de la palabra; entre ellos, los que eran funcionarios, el cargo acababa por dominar á la valentía: el bello heroísmo que en un principio se había atrevido contra todo el mecanismo social, se limitaba á la crítica de tal ó cual abuso y no pedía más que reformas.

Así fué que Montesquieu, recibido solemnemente por los altos personajes de Inglaterra como gran señor que era, volvió á Francia fascinado por aquel Parlamento que había visto funcionar con bastante poder para contrarrestar el poder de la monarquía. En realidad la constitución británica sólo se aplicaba á una parte mínima de la nación, la que comprende los nobles, ricos antiguos, y los delegados de los municipios, enriquecidos recientes: la gran masa del pueblo, campesinos, obreros, proletarios, quedaba fuera de ese funcionamiento electoral. No obstante, aquel mecanismo de donde había de salir el equilibrio entre los dominadores de la nación, monarquía, nobleza, burguesía, pareció tal obra maestra á Montesquieu, que su entusiasmo, hecho comunicativo, fué compartido durante siglo y medio por todo el mundo civilizado, y después de tanta clase de ensayos acabó ese sistema por ser adoptado casi universalmente hasta por los amarillos del «Sol levante» y por los negros de Liberia [1]. Tal fué la reforma que, para



Gabinete de las Estampas.
MONTESQUIEU, 1689-1755

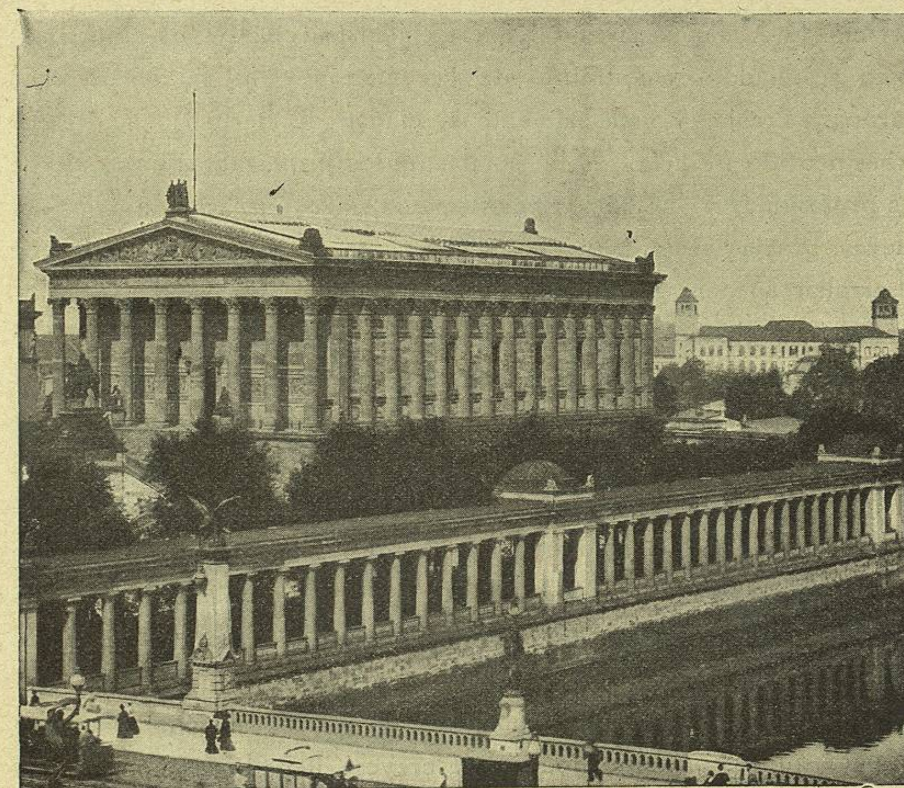
[1] Maxime Kovalevskiy.

gran número de políticos, ocultó en su conjunto el verdadero problema de la emancipación humana.

A lo menos, bajo el régimen de ese Parlamento inglés, el pensamiento se manifestaba más libremente que bajo la dictadura del cardenal Fleury, aterrorizado él mismo por los jesuítas. Más de un siglo antes Inglaterra había tenido su período literario por excelencia; á la sazón se hallaba en el punto supremo de su gloria científica: después de haber tenido Shakespeare, tenía á Newton. Gracias á él, la ley universal de la gravitación quedaba conquistada para la observación y para el cálculo, y una era nueva se abría para el genio del hombre. Al mismo tiempo, toda una escuela de filósofos se desprendía de la influencia del cristianismo y hasta reaccionaba contra él. De su viaje á Inglaterra, Voltaire aportaba, no sólo las teorías de Newton, sino también las doctrinas racionalistas de Locke, cuya exposición escrita tuvo el honor de ser quemada por la mano del verdugo. Bajo una forma más grave, menos brillante y menos literaria, pero tan profunda como en Francia, el pensamiento humano abordaba en Inglaterra todas las ciencias de observación; hasta la obra de la Enciclopedia, dirigida por pensadores libres, tomó allí una forma análoga á la que le dió después el genio fogoso de Diderot, puesto que el *Diccionario universal de las Artes y de las Ciencias* ó *Ciclopedia*, publicado por Efraim Chambers en 1728, sugirió la idea de la obra francesa, cuyo primer volumen, de los diecisiete de que consta, data de 1751, y el último de 1765.

Sin embargo, los Estados de Europa no podían abandonar el pasatiempo de la guerra. Los ejércitos continuaban yendo y viniendo, frecuentemente sin saber apenas cuál era el amigo ó el enemigo, y cambiando de adversario, de aliados, de política, según los consejos de un confesor ó los caprichos de una dama de la corte. Pero cuando comenzó de nuevo la gran guerra, hubo á lo menos un capitán, Federico II de Prusia, que tomó la cosa muy en serio, y cuya clara voluntad, desprovista de todo escrúpulo, necesariamente había de triunfar de gentes que no sabían querer. En el dualismo de los Estados principales de Alemania, era el príncipe cuyo reino representaba la mayor unidad nacional. Mientras que Austria era un agregado de pueblos hostiles entre sí, con tradiciones, costumbres

é idiomas diferentes y siempre difíciles de poner en línea y de retener bajo una misma dirección, Prusia abarcaba un conjunto de poblaciones, si no muy unidas, al menos sólidamente clavadas y sujetas: Alemanes y Eslavos, más ó menos organizados, formaban una masa compacta, bien adiestrada en la obediencia, lo mismo que el ejército



BERLÍN — MUSEO DE ANTIGÜEDADES Y LUSTGARTEN
Estas construcciones datan de principios del siglo XIX.
Cl. Kuhn, edit.

reglamentado por los soberanos de Prusia con un celo que tocaba ya en manía.

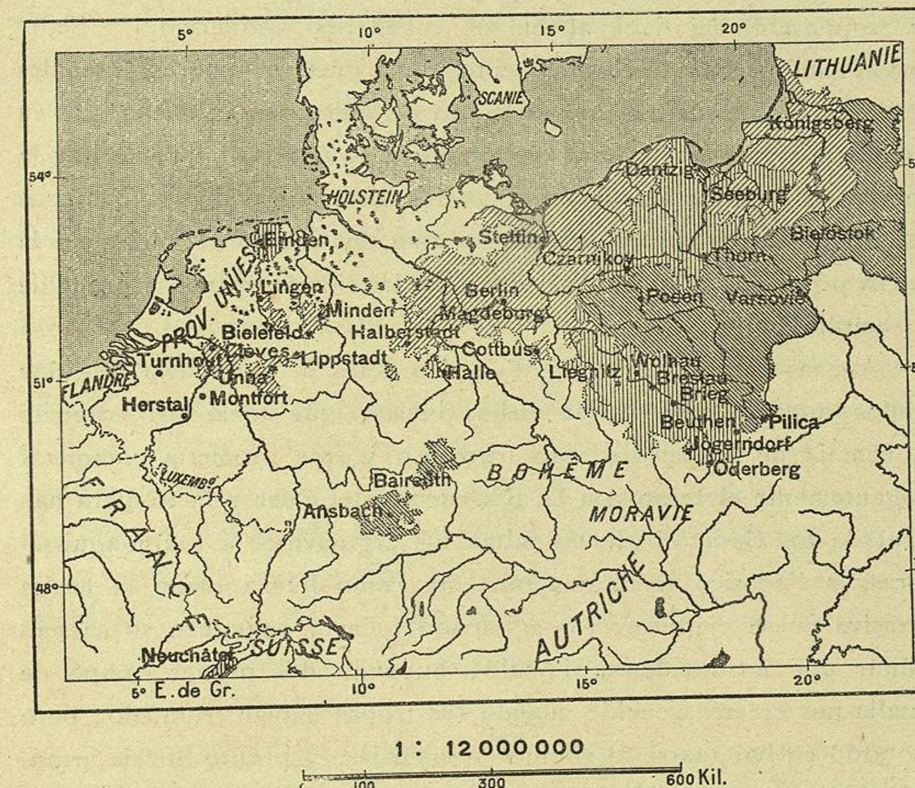
Desde la paz de Westphalia, el pequeño Estado de Prusia gradualmente se había aumentado, consolidado y desprendido de las potencias vecinas, Suecia, Polonia é imperio de Austria. Muy ambicioso y tomando parte en todas las intrigas diplomáticas de Europa, el «gran Elector» Federico Guillermo había llegado á querer, casi sin marina, darse un imperio colonial; á riesgo de enemistarse con sus celosos vecinos, los mercaderes holandeses, había mandado esta-

blecer una factoría en el cabo de las Tres Puntas, uno de los promontorios de la Costa del Oro. Pero poco después de esta empresa, que no había de producir resultados útiles, tuvo Prusia un golpe de fortuna, la revocación del edicto de Nantes, que supo utilizar acogiendo benévolamente á los protestantes fugitivos. Más de quince mil Franceses, aprovechándose del edicto de Postdam, pusieron al servicio de Alemania su inteligencia, su instrucción y sus industrias: como resultado, el equilibrio de las fuerzas vivas se desplazó en Europa. Prusia, y especialmente la ciudad de Berlín, ganó lo que había perdido Francia. Y no solamente los protestantes introdujeron sus profesiones y sus oficios en Alemania, sino que crearon empresas nuevas, gracias al espíritu de iniciativa que forzosamente habían de desarrollar so pena de humillación y de miseria: necesitaban acomodar sus capacidades diversas á un medio cuyas condiciones diferían por completo de las que les eran familiares. De ese modo, progresos muy importantes en el trabajo y en los procedimientos científicos compensaron, en beneficio particular del Brandeburgo y de Europa en general, las enormes pérdidas sufridas por los distritos protestantes franceses. La colonia hugonote de Berlín se ha conservado durante cerca de dos siglos, á pesar de los cruzamientos, los cambios y traducciones de nombres y la penetración íntima del ambiente germánico.

En el año 1701, Prusia constituía un Estado bastante poderoso ya para que el príncipe Federico I creyese llegado el momento de declararse rey. Con sus manos ciñó la corona, pero su vida de fausto, de dilapidación irreflexiva y de raros caprichos, demostró que la vanidad dominaba en él sobre el orgullo, porque con el título de rey hacía concesiones humillantes al imperio. A fuerza de debilitarle, estaba á punto de deshacer aquel reino que como tal había proclamado, cuando le sorprendió la muerte. Federico Guillermo I era un hombre muy diferente, un estúpido, orgulloso de su ignorancia, con tal estrechez de miras que fué objeto de burla general, pero tan rudo en su voluntad que todo cedía ante él. Era tan económico, que su primer acto consistió en reducir en una quinta parte los sueldos de las gentes de su corte, y tan rígido sobre la disciplina, que con gran dificultad se le arrancó la gracia de su hijo, condenado á muerte

como «desertor». Su manía particular era la de las revistas y las paradas militares: había dividido el reino en distritos correspondientes á los regimientos de su ejército; la alineación, la simetría y

N.º 414. La Prusia en el siglo XVIII.



Al advenimiento de Federico II (1740), Prusia estaba formada por trozos separados: el gran ducado de Prusia, alrededor de Königsberg, Pomerania y Brandeburgo, el ducado de Magdeburgo, el principado de Halberstadt, los distritos de Cottbus, Halle, Lippstadt, Minden, Lingen, Bielefeld, Unna, Cleves y algunos otros, Herstal (1732-1740), Turnhout (1732-1753) y Montfort (1732-1754), por último el principado de Neuchatel (1707-1807).

Federico ocupó Silesia en 1742, pretextando derechos á varias ciudades (Leignitz, Oderberg, etc.), después en 1772 reunió las dos fracciones principales del reino por la adquisición del bajo Vístula, desde Seeburgo á Czarnikov. El distrito de Emden se agregó á Prusia, y el ducado de Mansfeld, cerca de Halle, en 1780.

El sucesor de Federico añadió á sus dominios los territorios de Baireuth y de Ansbach (1792), Dantzig (1793) y parte de Polonia, desde Posen á Bielostok (1793-1795).

la regularidad de los cuerpos de tropa era su gran preocupación; sobre todo tenía empeño en sus compañías de buenos mozos, reclutados por todos los medios, incluso la compra y el rapto en países extranjeros. Pero tanto amaba á su ejército, que se negaba á dete-

riorarlo por la guerra: á su sucesor Federico II tocó el empleo de aquel formidable instrumento. La preparación de la guerra no es una razón de paz, como dice un proverbio falso; al contrario, esa preparación trae consigo siempre la guerra. Si, como se ha dicho, la industria de Prusia fué durante mucho tiempo el arte de la guerra, su responsabilidad debe atribuirse á Federico Guillermo I. Federico II halló preparados los elementos de la guerra, hombres, arsenales y dinero, é inmediatamente se sirvió de ellos. El celo con que su pueblo le siguió en la obra de conquista se explica en parte por la pobreza natural de los páramos, de los arsenales y de los pantanos del Brandeburgo y otras provincias que constituían el núcleo de la Prusia propiamente dicha: la riqueza de las tierras próximas prometía un amplio botín.

Apenas elevado al trono, Federico trató de redondear sus dominios apoderándose de la bella Silesia, que tenía precisamente la ventaja de un rendimiento fructuoso y que prometía completar elegantemente el reino con la alta cuenca del Oder y la frontera natural de los Sudetes. Jamás faltan los argumentos á los conquistadores, y Federico tenía generalmente como buena razón la fuerza agresiva de su ejército. No aguerrido todavía, inauguró su carrera militar por un incidente ridículo, huyendo del primer campo de batalla por creerse vencido cuando sus tropas habían triunfado; pero no tardó en habituarse al silbido de las balas, y pronto Silesia arrancada á Austria engrandeció Prusia hasta las fuentes del Vístula (1742). Tal fué el primer acto de aquellas dos guerras de Siete años, 1741-1748 y 1756-1763, que se desarrollaron principalmente alrededor de la desgraciada Silesia, devastada y arruinada, y en Bohemia, más desgraciada aún á causa de su valor estratégico como centro de Europa.

Durante la primera mitad de la lucha, Federico fué en un principio sostenido parcialmente por Francia, cuya política tradicional consistía en combatir la potencia austriaca; pero esa alianza francesa estaba constantemente neutralizada por las intrigas de corte y de confesionario, que daban á Austria y á su soberana María Teresa el apoyo de las maquinaciones secretas, urdidas contra su propio país por el cardenal Fleury, inspirador oficial de sus intrigas. Después, cuando la segunda guerra, triunfó abiertamente la influencia de los

jesuitas: Francia pactó una alianza ofensiva con Rusia y Suecia para sostener Austria y Sajonia contra Federico II. Este se hubiera visto completamente rodeado por un círculo de enemigos si no hubiera tenido por aliados algunos pequeños príncipes alemanes, y, al otro lado del estrecho, el concurso de la flota inglesa; pero en ese peligro inminente se manifestó táctico incomparable en el arte de dividir sus adversarios para sorprenderles y batirles aisladamente. Primeramente libróse de Francia por la victoria de Rossbach (1757), jornada de «inmortal ridículo», en que dispersó delante de sí más damas, peluqueros y cocineros que soldados, y que le valió, no sólo la admiración entusiasta de sus propias tropas, sino también la de sus enemigos, sobre todo la de la Francia misma. Sin embargo, le hubiera sido imposible resistir hasta el fin contra el diluvio de hombres que del Sud, del Este y del Norte inundaba su reino, si no hubiera podido reconstituir sus ejércitos, terriblemente disminuídos, con la multitud de los aventureros y desertores extranjeros que hacia él acudían de todas partes, y si Inglaterra no le hubiera sostenido con sus millones. Por último, cuando parecía casi fatalmente cogido como entre dos mandíbulas, entre los Austriacos y los Rusos, la muerte del czar, un cambio de reinado, le salvaron repentinamente y le permitieron elevarse como vencedor inatacable.

Por primera vez en la historia del mundo, las guerras de Europa habían tenido rechazo directo en los demás continentes: los conflictos se habían propagado sobre una gran parte de la superficie planetaria, que trataban de apropiarse los emigrantes de las diversas naciones occidentales. La guerra de Siete años se proseguía también en las Indias Orientales y en la América del Norte, de ambas partes con gran ventaja para Inglaterra, cuya potencia militar se apoyaba sobre una industria cada vez más activa y sobre un comercio exterior en constante aumento. En la lucha de navegación que se continuaba entre la Holanda y la Gran Bretaña, ésta sobresalía rápidamente, á pesar de las ventajas adquiridas y de la habitual práctica que poseía su rival. Durante la segunda mitad del siglo XVII, período de su gran prosperidad, aquel pequeño pueblo bátavo poseía por sí solo cerca de la mitad del tonelaje de todas las flotas comerciales pertene-

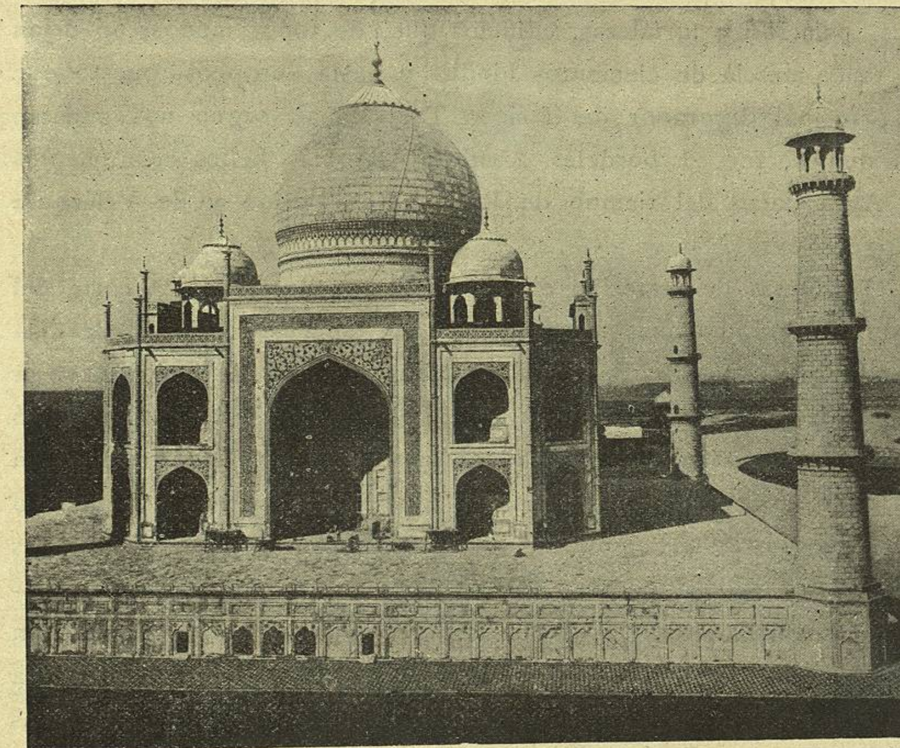
cientes á las naciones europeas, ó sea unas 900,000 toneladas sobre dos millones [1]. Pero la gran isla disponía á la vez de puertos más numerosos y más seguros, de una población más considerable y sobre todo de una industria propia más activa, más fácil de desarrollar y más rica en productos variados. Al principio del siglo XVIII, Daniel de Foe señala la prosperidad creciente de Manchester, cuya población había doblado en algunos años, gracias á la fabricación de los tejidos [2]. Desde el año 1585, Manchester y Bolton, su vecina, habían sido el refugio de los tejederos de algodón de Amberes, escapados á las matanzas que mandaba el duque de Alba. Sin embargo, en medio del siglo XVIII el mecanismo de las manufacturas inglesas era todavía tan rudimentario como el de los humildes talleres hindus: los descubrimientos industriales que se habían hecho ya en varios países, Italia, Francia, Alemania y Flandes, no se habían aplicado al norte del paso de Calais. La gran revolución del trabajo que había de producirse al final del siglo no se anunciaba aún.

Después de su gran triunfo sobre Luis XIV, la política inglesa había sido relativamente pacífica, especialmente bajo el largo ministerio de Robert Walpole, cínico filósofo que prefería dirigir los hombres por la corrupción á obligarles por la violencia. Además el gobierno inglés tenía entonces dos grandes dificultades que vencer: en primer lugar consolidar el poder de la dinastía de Hanover que reinaba en las islas Británicas, salvando al mismo tiempo, sin desplazar el centro de gravedad, sus intereses sobre el continente; en segundo lugar prevenir ó reprimir toda tentativa de restauración de parte de los representantes de la antigua dinastía de los Estuardos. Constantemente se urdían nuevas conspiraciones dirigidas por infatigables jesuítas que disponían de todas las fuerzas ocultas de la Iglesia. El peligro no fué desvanecido definitivamente hasta 1746, en que Carlos Eduardo, el hijo del pretendiente Jacobo III desembarcó en Escocia, ocupó el palacio de Edimburgo y penetró en Inglaterra, pero pronto hubo de retroceder y su pequeño ejército fué aniquilado en los eriales de Culloden. Las matanzas, el cadalso, los calabozos y las confisca-

[1] Harry Petty, *Political Arithmetic.*
[2] G. de Greef, *Essais sur la Monnaie, le Crédit et les Banques,* VIII, ps. 6 y 7.

ciones dieron razón á la lealtad de introducción reciente sobre la lealtad tradicional.

Libre ya de la cuestión de Escocia y no teniendo que temer más que los rencores de Irlanda, no seguidos de efecto, la potencia británica podía ejercerse libremente en el mundo y con especialidad en



Cl. J. Kuhn, edit.

EL TADJ-MAHAL, CERCA DE AGRA, Á LA ORILLA DEL DJEMNA

Este edificio, mausoleo de Chah-Djihan y de su esposa, fué construído al final del siglo XVII. Su altura sobre la plataforma es de 78 metros.

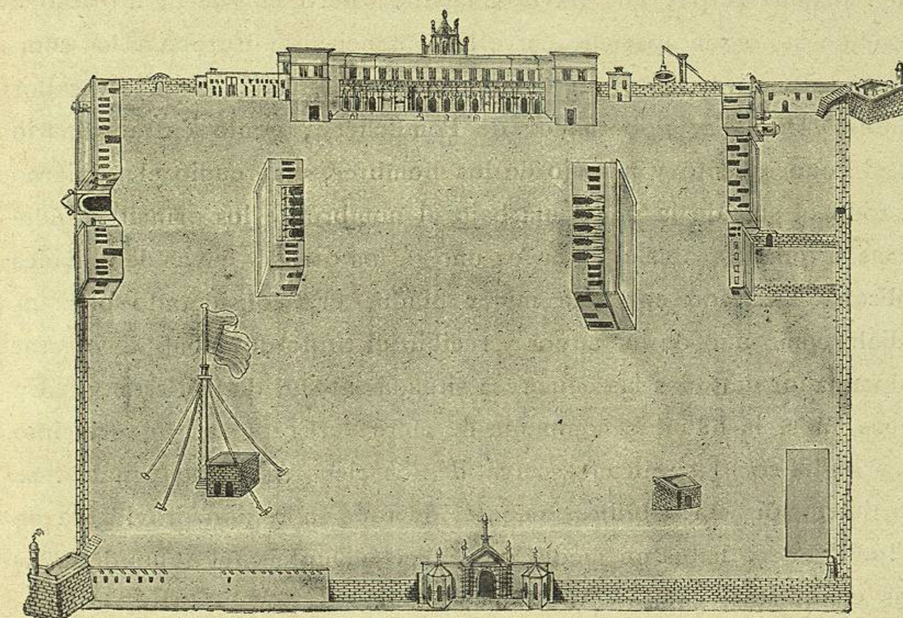
las Indias Orientales. La influencia de Portugal se había debilitado rápidamente en ellas, y, por otra parte, no había pasado de la vertiente occidental de los montes. En aquella época la dominación del Hindostán, desde el golfo del Indo hasta el de Bengala, pertenecía á la dinastía llamada del «Gran Mongol», que se había apoderado de Delhi en la primera mitad del siglo XVI y que había hecho de aquella ciudad un lugar suntuoso donde venían á reunirse las riquezas extraídas, desde el Himalaya hasta el Dekkan, sobre una

población quizás de cien millones de habitantes. En el reflujo de la civilización irania que se había dirigido á la India con el sultán Baber y su cortejo de Mongoles y de Tártaros iranizados, las ciudades hindus ocupadas por el Gran Mongol se habían aprovechado singularmente del arte de los constructores persas: las ciudades del Noroeste, donde habían establecido la residencia de su poder, conservan todavía admirables construcciones de aquel período, torres, palacios y fortalezas, edificios que, de todos modos, no dejan de tener mezcla de elementos hindus y hasta europeos, puesto que el principal decorador del famoso Tadj-Mahal, según nos cuentan los anales, fué el bordelés Austin. Los más bellos monumentos de Agra datan del tiempo de Rubens, de Pusino y de Velázquez (Roger Peyre).

La fuerza de atracción ejercida por aquella magnífica corte del Gran Mongol, con sus tesoros llenos de metales preciosos, de diamantes y de perlas, llevó allá muchos viajeros de Europa, entre los cuales se contaron sabios como el médico Bernier, que vivió muchos años cerca del emperador Aureng-Zeb; se establecieron en los puertos de la India compañías bancarias, sostenidas por medio de privilegios de sus gobiernos respectivos, para entrar en relaciones comerciales con el poderoso soberano y con sus vasallos. La compañía neerlandesa fué la que se constituyó la primera, cerca de un siglo después del viaje de Vasco de Gama, y la compañía británica la siguió de cerca (1600). Sus progresos fueron rápidos: en diversas ocasiones aumentó sus atribuciones, hasta en sentido político; adquirió el privilegio de alta y de baja justicia. Los mercaderes de la compañía ejercían en realidad el poder real, bajo una pretendida intervención que la distancia hacía ilusoria. La flota de transportes pacíficos era también una escuadra de guerra: se distinguía difícilmente entre sus empleados y sus oficiales. Las conquistas de la compañía eran al mismo tiempo las de la Gran Bretaña.

Antes de realizar la de la India, lo que no entraba todavía en las ambiciones de nadie — de tal modo parecía inatacable la potencia del Gran Mongol —, era preciso despejar las inmediaciones, y eso es lo que hicieron los Ingleses arrasando la ciudad de Ormuz (1622), que había sido durante mucho tiempo el centro del comercio de los

Portugueses en el mar de las Indias [1]. Las factorías que establecieron después sobre la costa de la India, en Surate al Oeste, en Masulipatam al Este, llegaron á ser gradualmente puntos de apoyo políticos; de tal modo, que en 1639 la compañía recibió de un radjah del litoral autorización para construir el fuerte de San Jorge para la protección de la factoría que en nuestros días, bajo el nombre de Madras, se cuenta en el número de las grandes ciudades: tal fué el primer paso



Gabinete de las Estampas. Cl. Sellier.

LA FACTORÍA DE LOS FRANCESES EN CHANDERNAGOR

en la obra prodigiosa de la conquista. Poco á poco las adquisiciones formaron como un collar á lo largo del litoral hindu. La isla de Bombay, que la mujer portuguesa de Carlos II le había aportado en dote, fué transmitida á la compañía en 1668; después, antes del final del siglo, tres ciudades de la orilla derecha del Hougli sirvieron de núcleo á la creciente ciudad de Calcuta, protegida por los cañones del fuerte William.

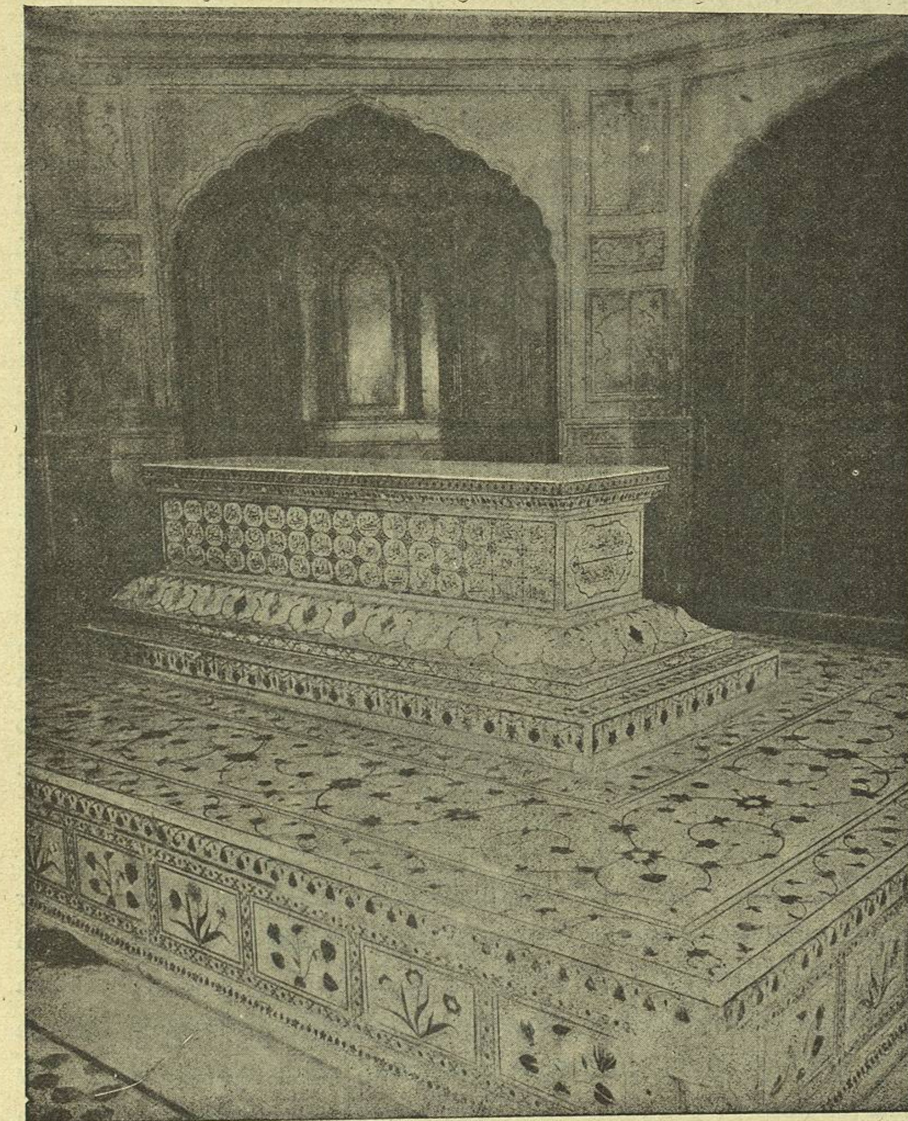
Pero ya la compañía francesa de las Indias, fundada por Colbert en 1664, entraba en conflicto directo de intereses con la compañía

[1] Arthur Stiffe, *R. Geograph. Journal*, Junio 1896, ps. 644 y siguientes.

británica, sobre todo en los distritos donde los puntos de operación eran próximos, como entre Madras la inglesa y Pondichery la francesa, entre Calcuta y Chandernagor. Las rivalidades eran permanentes y las declaraciones de guerra hechas en Europa se aprovechaban inmediatamente en las posesiones hindus. En 1746 los Franceses se apoderaron del fuerte San Jorge y de la ciudad de Madras, que se vieron obligados á ceder á sus anteriores poseedores dos años después cuando la paz de Aix-la-Chapelle; pero la guerra no cesó á pesar de la tregua aparente entre las potencias de Europa y las compañías respectivas, sino que se continuó con los aliados y los vasallos hindus. Dupleix, gobernador de Pondichery, genio extraordinario en el conocimiento y manejo de los hombres, emprendió el gobierno de todo el sud de la península bajo el nombre de los príncipes indígenas, á quienes sabía oponer los unos á los otros y cuyas debilidades utilizaba. Casado con una mujer hindu, era considerado por los radjahs como uno de los suyos y recibió el título de nabab «protector ó dominador de todas las comarcas situadas al sud de la Kistna». En pocos años, la humilde compañía de mercaderes que en un principio se arregló como suplicante cerca de los ricos soberanos hindus, se vió dueña, directa ó indirectamente, de toda la región dravidiana de la India. Pero había un medio de vencer á Dupleix, el autor de todas esas conquistas, consistente en hacerle llamar por la corte de Versalles: en aquel centro de maquinaciones, de perfidias y de bajezas, donde los asuntos de la lejana India no interesaban á nadie, Dupleix no halló quien pudiera comprender sus vastos proyectos; fué abandonado por todos y poco después murió en la obscuridad. Participó de la suerte de Labourdonnais, el vencedor de Madras, con quien había cometido alguna injusticia, y como él hubo de sufrir la desgracia y la miseria. El tratado de 1763 volvía las cosas al estado que había precedido á la guerra; es decir, Francia perdía todo su imperio colonial, conservando solamente algunas factorías amenazadas por el cañón de los Ingleses.

Sin embargo, éstos habían realizado en el norte de la India una obra de conquista análoga á la que había sido realizada temporalmente por Dupleix en el sud de la península. Clive, joven favorito de la guerra, había sido tan afortunado como audaz. En la batalla

de Plassey, que tuvo lugar en 1757 en las márgenes del Baghirati Ganga, en campos que han sido arrastrados por la corriente del río, Clive no solamente logró desprender la ciudad de Calcuta, sino que



Documento comunicado por la Sra. Massieu.

TUMBA DEL CHAH DJIHAN

fundador de la ciudad actual de Delhi, padre de Aureng Zeb.

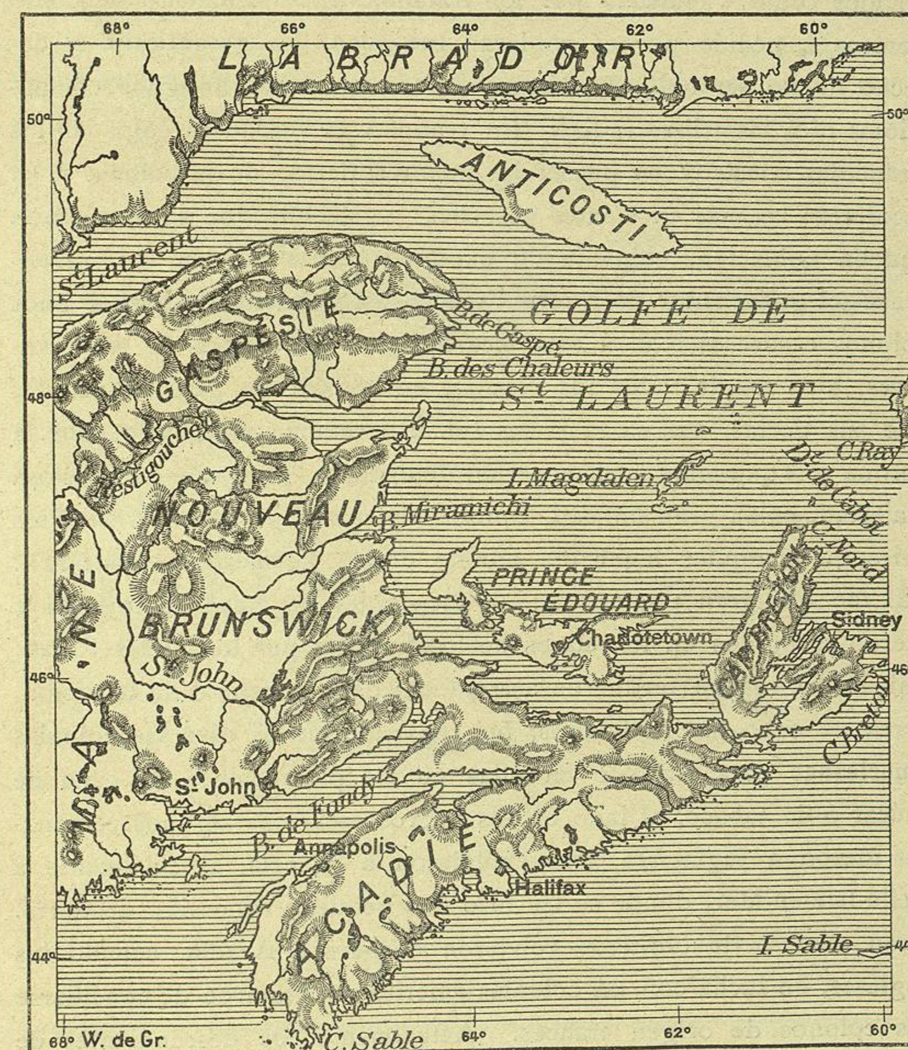
alcanzó también una victoria decisiva que hizo de la compañía la potencia dominante en el Bengala. El botín conquistado, que representaba un valor de 50 millones, le animaba á pasar adelante, á

medirse con el Gran Mongol, cuyos palacios eran más ricos aún. La batalla de Bagsar (1764) estableció definitivamente la potencia británica representada por la compañía. «Somos dueños del Aoudh, escribía Clive, y mañana podremos apoderarnos, si lo deseamos, del imperio del Gran Mongol». Los conquistadores no tuvieron necesidad de apresurarse. El inmenso territorio de la India, desde los altos valles del Himalaya hasta el promontorio de Comorín, cayó gradualmente en sus manos por fragmentos de diferentes dimensiones, y si la obra de anexión halló obstáculos imprevistos, á lo menos el añejo poder de los príncipes que reinaban en Delhi no la dificultó en lo más mínimo: al contrario, los Ingleses se sirvieron del nombre del Emperador para reemplazar poco á poco su poder por el suyo. Todavía en nuestros días, después de más de un siglo de dominación, Inglaterra, heredera de la compañía, gobierna sus posesiones de la India, no según los usos británicos, sino mucho más en conformidad con los métodos persas que prevalecían bajo el emperador Akhbar. Como lo exige la ley común de la historia, los Ingleses, débil grupo perdido en un mar de hombres extranjeros, fueron mucho más conquistados que conquistadores: el trabajo de egalización de las razas, que se efectúa al contacto de los diferentes pueblos, ha comenzado en el país de las castas por la constitución de una casta británica no menos rígida y cerrada que la de los brahmanes. El Oriente domina todavía al Occidente.

En el Nuevo Mundo, el conflicto entre Inglaterra y Francia por la expansión del imperio colonial tuvo el mismo resultado que en Asia. Ya á principios del siglo, 1713, el tratado de Utrecht había favorecido á los Ingleses, transfiriéndoles las posesiones de Francia sobre el contorno del continente americano, desde la bahía de Fundy hasta el mar de Hudson. Casi todas aquellas comarcas no tenían todavía más que su escasa población indígena; sin embargo, la pequeña península de Acadia — hoy Nueva Escocia —, que recibió durante el siglo precedente algunos inmigrantes franceses, casi todos originarios de Normandía y del Perche, constituía en 1713 una colonia de 2,100 individuos. Los conquistadores ingleses instalaron su guarnición en la plaza de Port-Royal, convertida en Annapolis,

mientras que los campesinos franceses que habían permanecido en sus heredades, continuaban prosperando en paz: á la mitad del siglo

N.º 415. Desembocadura del San Lorenzo.



1 : 6000000

0 100 200 300 Kil.

eran más de 14,000, se habían sextuplicado en cuarenta años sin el socorro de ninguna inmigración de Europa [1].

Los Ingleses se sobresaltaron de ese aumento rápido de colonos

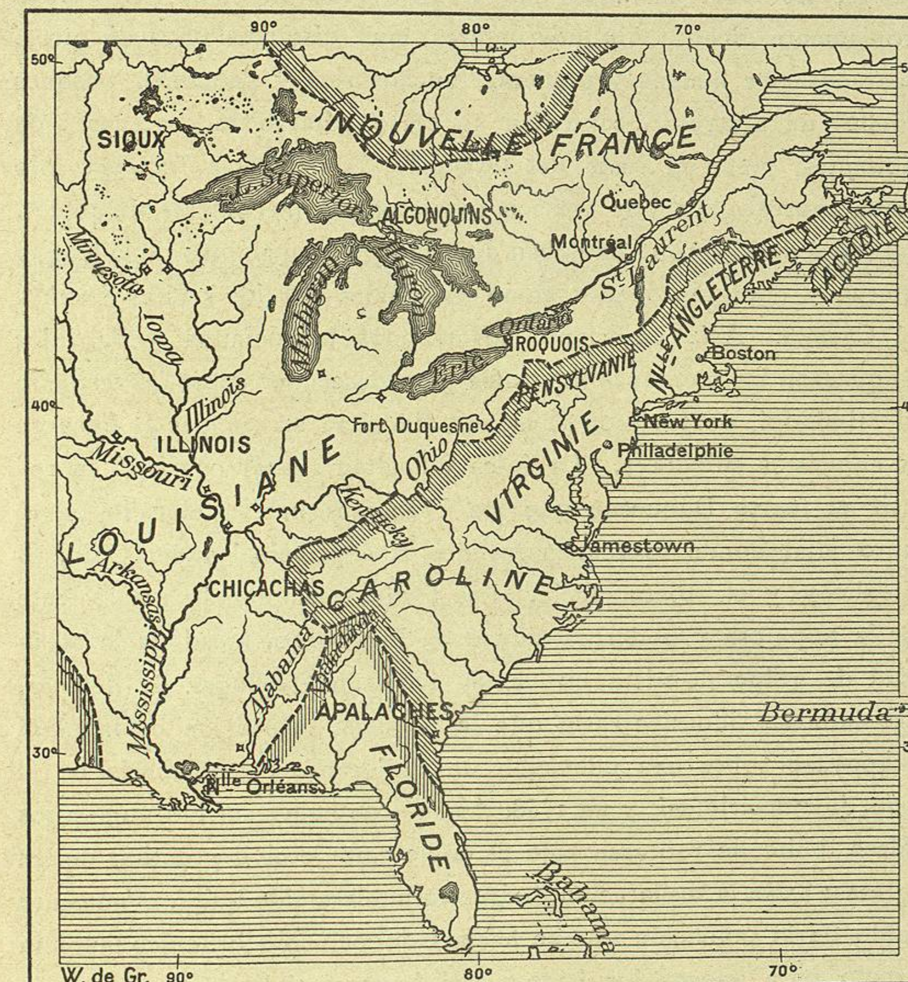
[1] Rameau de Saint-Père, *Une colonie féodale en Amérique*, tomo I, p. 12.

extranjeros por su origen, que hablaban una lengua y profesaban una religión diferentes de las suyas. El peligro les pareció tanto más inminente cuanto que esos católicos franceses habían sido reconocidos como «neutros» por los tratados, y el juramento de pleito homenaje, pedido por el gobierno británico, les garantizaba el derecho de no ser obligados jamás á combatir á sus antiguos compatriotas ni á las tribus indias. En realidad, la verdadera culpa de los Franceses consistía en poseer las mejores tierras de la colonia y en recolectar las más excelentes cosechas: se decidió que se desplazaría aquella población, culpable de excesivo bienestar. En 1755, Laurence, el gobernador de Nueva Escocia, así denominada porque unos colonos escoceses iban á establecerse sobre los campos de los Franceses, hizo reunir todos los Acadios en las iglesias para anunciarles que sus tierras, sus casas y sus rebaños estaban confiscados por la corona y «que ellos mismos serían deportados, pero que su graciosa majestad, en su gran bondad, contaba tener siempre en ellos súbditos fieles en cualquier lugar del mundo donde la suerte les lanzara». Tal fué «el gran trastorno»: algunos miles de Acadios huyeron y fueron recogidos en los claros de los bosques por los Pieles Rojas; quienes les resistieron fueron asesinados; pero el grueso de la nación, cerca de ocho mil individuos, fué repartido en las diversas colonias americanas para trabajar en ellas en las plantaciones de caña de azúcar ó de tabaco, al lado de los negros esclavos: algunos centenares fueron á Inglaterra, otros volvieron á Francia, especialmente á Belle-Isle-en-Mer, donde se les hizo una pequeña concesión de tierra. Gran número de fugitivos volvieron después á Acadia, cuando los Ingleses, en lucha con las colonias americanas, trataron de conciliarse los colonos de origen francés. Actualmente los descendientes de los Acadios son allí lo menos diez veces más numerosos que á la víspera del «gran trastorno»; pero no forman ya grupo homogéneo desde el punto de vista etnológico y se mezclan de diversos modos á los elementos escoceses, ingleses, irlandeses, escandinavos y alemanes. El poema *Evangelina*, en que Longfellow refiere las abominaciones del destierro, ha llegado á ser clásico para los hijos de los colonos que despojaron á los desgraciados Acadios.

La pérdida de la Acadia y de las tierras próximas situadas de-

lante del estuario del San Lorenzo había de dificultar mucho las comunicaciones de Francia con las colonias canadienses que bordean

N.º 416. El Nuevo Mundo en 1740.



Los Franceses cedieron la Acadia á Inglaterra en 1714; luego la compañía del Hudson los empujó al Norte; por último, en 1763, hubieron de abandonar el resto de su territorio, excepto la Luisiana. Los Ingleses ocuparon el país al Este del Mississipi, mientras que los Españoles cambiaron la Florida por la orilla derecha del río.

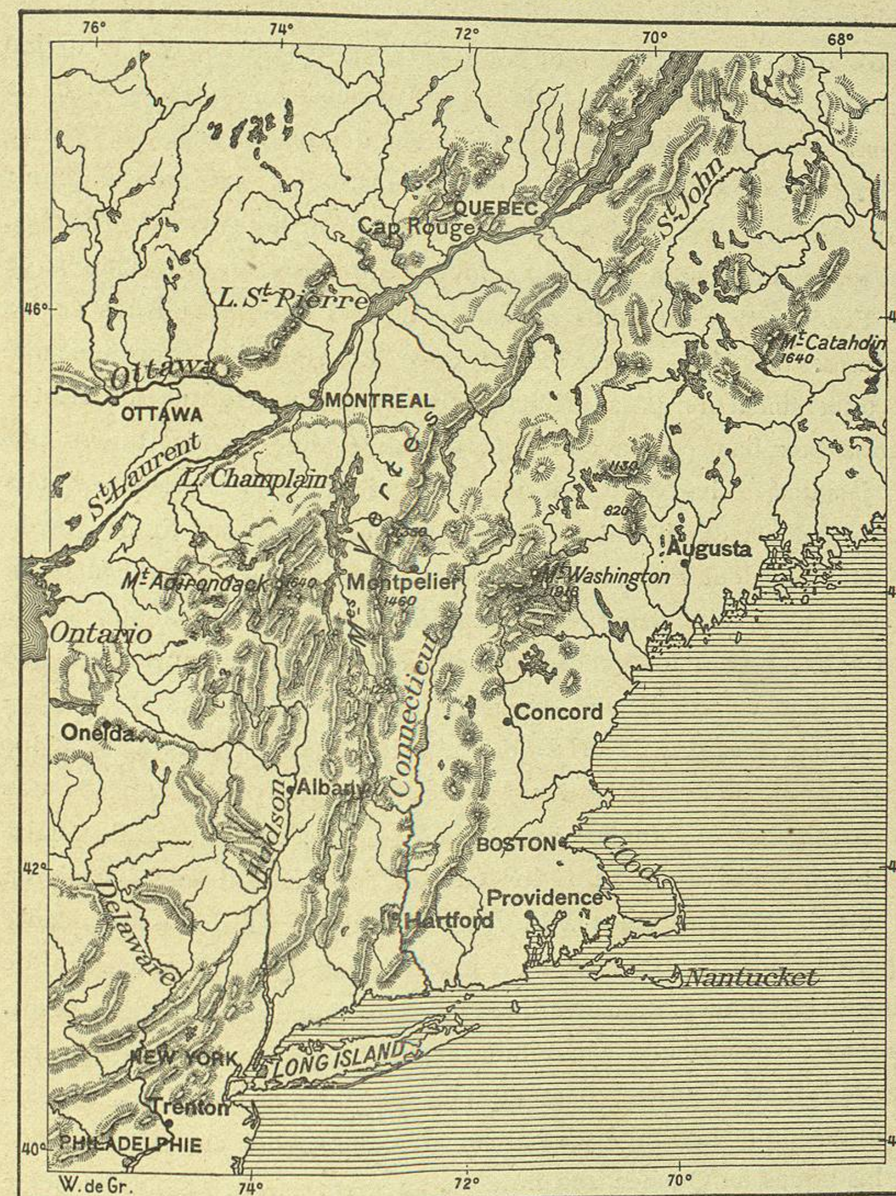
la parte superior de las dos orillas del río. El semicírculo de las posesiones francesas que se desplegaba alrededor de las colonias británicas, desde la desembocadura del San Lorenzo á las bocas del

Mississipi, se hallaba roto en su punto de partida. Además, ese círculo de acordonamiento era en gran parte ficticio: el gran hemiciclo de Nueva Francia, en su formidable desarrollo de 2,500 kilómetros, no tenía más que una ilusoria realidad fuera del Canadá propiamente dicho. Algunos lugares, muy distantes unos de otros, separados por inmensas praderas, anchos ríos y pantanos, bosques difíciles de atravesar, contenían un corto número de centenares de habitantes, y, en el resto del territorio, la influencia francesa sólo estaba representada por escasos «viajeros» ó mercaderes de pieles, casi todos mestizos que hablaban apenas algunas palabras de la lengua paterna y eran reprobados como criminales por los padres jesuítas del Canadá. Así, en cuanto los colonos bostonianos y virginios franquearon las montañas limítrofes para descender sobre la vertiente del Mississipi, no tuvieron la menor dificultad en romper la línea de los supuestos sitiadores. La única dificultad militar consistió en reducir el fuerte Duquesne que los Franceses habían elevado en el punto vital donde se reunen los dos ríos principales del Ohio, el Allegheny y el Monongahela. Ese fortín, reemplazado actualmente por la populosa y poderosa ciudad de Pittsburgo, atestigua la seguridad de golpe de vista que había indicado ese lugar de defensa, pero hubiese sido necesario que la pequeña guarnición de la plaza se apoyase sobre una población de inmigrantes: permanecía en el vacío, por decirlo así, y en 1758, después de haber sufrido numerosos asaltos, hubo de retirarse bajo el doble empuje civil y militar de los Ingleses; hasta la declaración de guerra hubiera sido inútil, el aumento rápido de la población que se hacía bajo pabellón británico hubiera bastado para anegar los islotes casi imperceptibles de procedencia francesa diseminados á grandes distancias sobre la vertiente del Missisipi. Si esos pequeños grupos no hubieran representado simbólicamente la nación enemiga que, durante siglos, había sostenido contra sus abuelos una lucha hereditaria, los Ingleses hubiesen podido considerarles como cantidad inapreciable.

Pero había los Indios: los colonos franceses del San Lorenzo y del lago Champlain, aunque poco numerosos en comparación de los Ingleses del litoral atlántico, estaban, no obstante, bien arraigados en aquellas regiones del tras-país para impedir la extensión y la

inmigración británica en la dirección del Norte y del Noroeste; además estaban aliados á tribus indias que les servían de vanguardia en

N.° 417. Bostonia y Canadá.



la guerra casi incesante de las fronteras. Los «Bostonianos», como se llamaban entonces los blancos de la Nueva Inglaterra actual, se

habían visto obligados á cambiar de política respecto de los Pieles Rojas á consecuencia del obstáculo que les oponí la colonización francesa. Mientras que en los primeros tiempos, siendo lectores asiduos de la Biblia, se consideraban como un nuevo «pueblo elegido» que entraba en una nueva «Tierra prometida», con el divino mandato de exterminar en ella á los Filisteos, la continuación de la guerra de exterminio hubiera podido ser demasiado peligrosa, y para resistir á los Franceses y sus confederados indios, hubieron de entrar á su vez en la vía de los tratados con poderosas tribus aborígenes. Así se inició aquella inexpiable lucha entre los Hurones, amigos de los Franceses, y las cinco naciones de los Iroqueses, aliados de los Ingleses. Un siglo antes, los Hurones hubieran sido probablemente de talla suficiente para medirse con los Iroqueses, que los Bostonianos lanzaban contra ellos; pero habían sido «convertidos» por los jesuítas, privados de su valor primitivo, transformados en una pasta blanda y dúctil, como lo eran en la otra mitad del Nuevo Mundo los Guaranis del Paraguay. También los Iroqueses, conscientes de su fuerza, aunque desconocedores de la obra funesta á que se les destinaba, fueron los vencedores en aquella lucha á muerte, en que en realidad se trataba del exterminio de su propia raza.

Desembarazados de los Indios por la fuerza ó por la astucia, los Bostonianos, ayudados por un ejército inglés, podían considerarse de antemano como dueños del Canadá francés. Cuando al fin estalló la guerra decisiva en 1759, los cuerpos de ejército que invadieron la colonia por tres lados á la vez, el centro y las dos extremidades superior é inferior, formaban un efectivo casi igual en número al de todos los habitantes franceses de la comarca, hombres, mujeres y niños. Apenas se comprende cómo fué posible la resistencia, hasta entremezclada con victorias, para aquella pequeña nacionalidad, vencida de antemano. Los Ingleses habían sido derrotados cuando, entrando en las aguas de Quebec una flota de socorro, aseguró definitivamente la anexión del San Lorenzo al imperio colonial de Inglaterra. Los puertos de Francia, bloqueados por los buques ingleses, no pudieron enviar refuerzos al Canadá. Además, ¿quién, entre las fiestas y las intrigas de Versalles, se inquietaba por un territorio que sólo representaba «algunas arpentas de hielo»?

FRO FRO 333

dans les buissons & dans les haies, où il s'éleve à 5 ou 6 piés, & quelquefois jusqu'à 10 dans des lieux frais & à l'ombre; ses branches peu flexibles & qui se croisent irrégulierement, sont couvertes d'une écorce cendrée, qui fait sur-tout remarquer cet arbrisseau, dont les feuilles un peu ovales & sans dentelures, sont aussi d'un verd blanchâtre; ses fleurs d'un blanc sale sont peu apparentes, quoiqu'assez ressemblantes à celles du chevrefeuille; elles paroissent au commencement de Mai, viennent toûjours par paire à la naissance des feuilles, & durent environ quinze jours. Son fruit mauvais & nuisible, est une baie de la grosseur d'un pois, qui devient rouge & molle en mûrissant au mois de Juillet, & qui ne tombe qu'après les premieres gelées. Cet arbrisseau vient dans tous les terreins, résiste à toutes les intempéries, se multiplie plus qu'on ne veut, & de toutes les façons.

Le chamæcerasus à fruit rouge, marqué de deux points. Cet arbrisseau ne s'éleve qu'à quatre ou cinq piés; ses branches qui se soûtiennent droites, permettent de l'amener à une forme réguliere; sa fleur qui a une teinte legere d'une couleur pourpre obscure, est plus petite que dans l'espece précédente, & n'a pas meilleure apparence; elle paroît au commencement du mois de Mai, & dure environ quinze jours. Ses fruits qui mûrissent au mois de Juillet, sont des baies rouges de mauvais goût, qui sont remarquables par les deux points noirs qui se trouvent sur chacune. Cet arbrisseau qui est originaire des Alpes & d'Allemagne, est très-robuste, réussit par-tout, se multiplie aussi aisément que le précédent, & par autant de moyens; mais on ne lui connoît pas plus d'utilité.

Le chamæcerasus à fruit bleu: c'est un arbrisseau fort rameux qui s'éleve au plus à quatre piés; ses fleurs pâles & petites paroissent de très-bonne heure au printems, dont elles ne font pas l'ornement. Son fruit qui mûrit à la fin de l'été, est une baie de couleur bleue, dont le suc aigrelet n'est pas desagréable au goût. Cet arbrisseau n'est nullement délicat; on peut le multiplier de graine & de branches couchées, qu'il faut avoir la précaution de marcotter, si l'on veut qu'elles fassent suffisamment racine, pour être transplantées au bout d'un an; mais il ne réussit que difficilement de bouture.

Le chamæcerasus à fruit noir: c'est un fort petit arbrisseau qui ne s'éleve qu'à trois ou quatre piés; ses feuilles le font distinguer des autres especes par leurs dentelures. Ses fleurs qui sont petites & d'une couleur violette très-tendre, paroissent au mois de Mai, & sont suivies d'une baie noire de mauvais goût qui mûrit au mois de Juillet. Cet arbrisseau aime l'ombre & un terrein humide; il est extrèmement robuste, & on peut le multiplier de graine, de branches couchées, & de bouture; on ne lui connoît encore aucun usage. (*c*)

* FROMAGE, le lait est composé de trois substances différentes: la creme, la partie séreuse, & la partie caséeuse, ou le *fromage*.

On sépare ces trois substances de toutes sortes de lait. Ainsi on a tout autant de sortes de *fromages* au-moins qu'il y a d'animaux lactiferes.

Nos *fromages* ordinaires sont de lait de vache. Les bons *fromages* se font au commencement du printems ou au commencement de l'automne. On prend le lait le meilleur & le plus frais. On fait le *fromage* avec ce lait, ou écremé ou non écremé.

Pour faire du *fromage*, on a de la presure ou du lait caillé, qu'on trouve & qu'on conserve salé, dans l'estomac du veau, suspendu dans un lieu chaud, au coin de la cheminée. Prenez de ce lait: délayez-le dans une cuilliere avec celui que vous voulez tourner en *fromage:* répandez de cette presure délayée une demi-dragme, sur deux pintes de lait; & le lait se mettra en *fromage*.

Alors vous le séparerez avec une cuilliere à écremer: vous aurez des vaisseaux percés de trous par les côtés & par le fond: vous y mettrez votre *fromage* pour égoutter & se mouler.

Quand il est moulé & égoutté, alors on le mange, ou on le sale, ou on lui donne d'autres préparations. *Voyez l'article* LAIT, où l'on entrera dans un plus grand détail sur les différentes substances qu'on en tire.

FROMAGE, (*Diete.*) le *fromage* est, comme tout le monde sait, un des principes constitutifs du lait, dont on le retire par une véritable décomposition, pour l'usage de nos tables.

On prépare deux especes de *fromage*; un *fromage* pur, c'est-à-dire qui n'est formé que par la partie caséeuse proprement dite du lait; & un autre qui renferme ce dernier principe, & la partie butyreuse du lait, ou le beurre.

Le *fromage* de la premiere espece est grossier, peu lié, très-disposé à aigrir; il est abandonné aux gens de la campagne. Tous les *fromages* qui ont quelque réputation, & qui se débitent dans les villes, sont de la seconde espece; ils sont moëlleux, gras, délicats, peu sujets à aigrir; ils ont une odeur & un goût fort agréables, au moins tant qu'ils sont récens: on les appelle communément *gras* ou *beurrés*. Plusieurs cantons du royaume en fournissent d'excellens. Le *fromage* de Rocquefort est sans contredit le premier *fromage* de l'Europe; celui de Brie, celui de Sassenage; celui de Marolles, ne se cedent en rien aux meilleurs *fromages* des pays étrangers: celui des montagnes de Lorraine, de Franche-Comté, & des contrées voisines, imitent parfaitement celui de Gruyere: le *fromage* d'Auvergne est aussi bon que le meilleur *fromage* d'Hollande, *&c.*

Tous les Medecins qui ont parlé du *fromage*, l'ont distingué avec raison en frais ou récent, & en vieux, ou fort & picquant; ils ont encore déduit d'autres différences, mais moins essentielles, de la diversité des animaux qui avoient fourni le lait dont on l'avoit retiré; de l'odeur, du goût, du degré de salure, *&c.*

Les anciens ont prétendu que le *fromage* frais étoit froid, humide, & venteux, mais qu'il excitoit moins la soif que le vieux; qu'il resserroit moins le ventre; qu'il ne fournissoit pas un suc si grossier; qu'il nourrissoit bien, & même qu'il engraissoit; que cependant il étoit de difficile digestion; qu'il engendroit le calcul; qu'il causoit des obstructions, *&c.*

Le vieux étoit chaud & sec, selon leur doctrine, & à cause de ces qualités, difficile à digérer, très-propre à engendrer le calcul, sur-tout s'il étoit fort salé. Galien, Dioscoride, & Avicenne en ont condamné l'usage, pour ces raisons; & encore, parce qu'ils ont prétendu qu'il fournissoit un mauvais suc; qu'il resserroit le ventre, & qu'il se tournoit en bile noire ou atrabile: ils ont avoüé cependant, que pris en petite quantité, il pouvoit faciliter la digestion, surtout des viandes, quoiqu'il fût difficile à digérer lui-même.

La plûpart de ces prétentions sont peu confirmées par les faits. Le *fromage*, à-moins qu'il ne soit absolument dégénéré par la putréfaction, est très-nourrissant: la partie caséeuse du lait est son principe vraiment alimenteux.

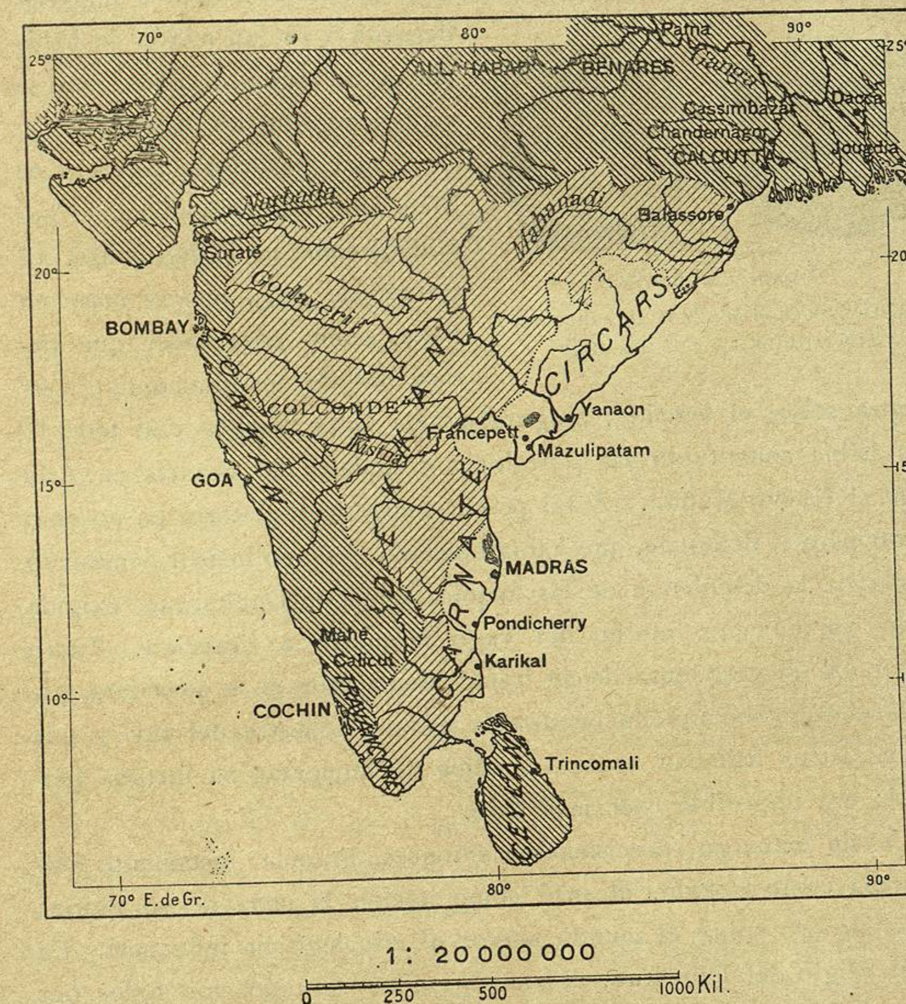
Le *fromage* frais assaisonné d'un peu de sel, est donc un aliment qui contient en abondance la matiere prochaine du suc nourricier, & dont la fadeur est utilement corrigée par l'activité du sel. Les gens de la campagne, & ceux qui sont occupés journellement à des travaux pénibles, se trouvent très-bien de l'usage de cet aliment, qui devient plus salutaire encore, comme tous les autres, par l'habitude.

Le *fromage* fait, c'est-à-dire qui a essuyé un com-

UNA PÁGINA DE LA ENCICLOPEDIA

Sin embargo, los Canadienses, aunque execrando al traidor Luis XV, que les había abandonado con tanta negligencia, no dejaron de continuar Franceses á su manera y hasta con una fidelidad sin-

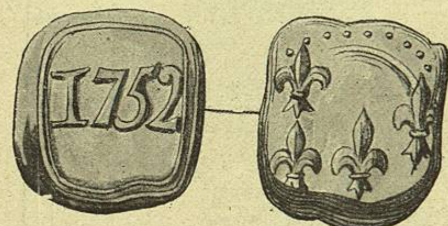
N.º 418. La India de Dupleix.



Los establecimientos franceses están inscritos en letra minúscula de carácter pequeño; la factoría de Pondichery data de 1674; Chandernagor, de 1688; Mazulipatam, de 1724; Mahé, de 1725; Karikal, de 1739; Yanaon, de 1750. La costa oriental se hallaba bajo el dominio de los Franceses y su influencia se extendía hasta la proximidad de la costa del Konkan.

gular, que se explica por el aislamiento relativo en que se hallaron durante el siglo siguiente, por su agrupación sólida en una sociedad aislada respecto de la lengua y de la religión, á la par que por la

extraordinaria vitalidad de su raza, que, bajo aquel dichoso clima, merced al bienhechor trabajo de la tierra, se desarrolló numéricamente en proporciones casi sin ejemplo: los setenta y siete mil Franco-Canadienses que vivían en las márgenes del San Lorenzo en 1763, cuando el tratado de París los convirtió en súbditos ingleses, llegaron á ser un millón de habitantes un siglo después; en la actualidad son dos millones.



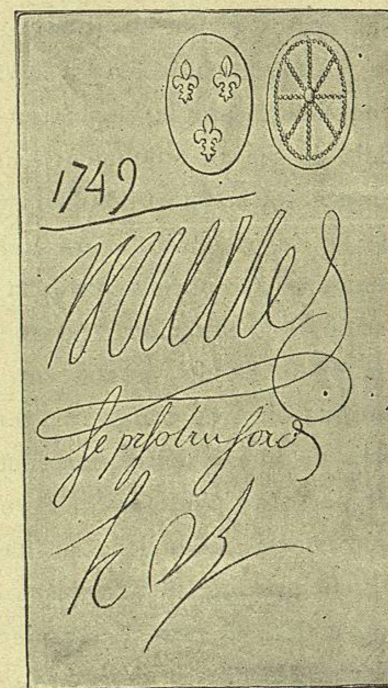
Gabinete de las Medallas.
MONEDA DE BILLÓN ACUÑADA EN PONDICHERY LLAMADA DE LA «DEMI-BICHE»

Francia salió de la guerra de Siete años tan profundamente humillada como no lo fué jamás. El tratado de 1763, que se firmó en París, como para hacer que pesara más abrumadoramente la vergüenza sobre el vencido, aseguraba á la Gran Bretaña casi todo lo que había constituído las posesiones coloniales de Francia en Asia y en el Nuevo Mundo. A tal precio consintió Inglaterra en no conservar para sí Belle-Isle, que había ocupado, y en no insistir demasiado acerca de la demolición de las fortificaciones de Dunkerque, exigida como «monumento eterno del yugo impuesto á Francia». Tanto mayor era la vergüenza de un tratado semejante, si se considera que París elevaba en aquella ocasión la estatua ecuestre del rey y que sus ministros hallaban todavía medios de aumentar su fortuna personal: era imposible caer más bajo.

Y sin embargo, precisamente entonces, Francia, justamente despreciada como Estado, alcanzó como nación la cima de su gloria: jamás alcanzó sobre el mundo mayor ni más legítima influencia. En aquel «siglo del Espíritu», el «más grande» de todos los siglos por el movimiento del pensamiento libre, resonaron en Francia las voces más elocuentes para clamar todo lo que podría engrandecer la inteligencia de los seres humanos, todo lo que contribuía á unirlos en una misma comprensión de la verdad.

Mucho más que el siglo del Renacimiento, y en proporciones mucho más considerables, el siglo de la filosofía tomó un carácter ampliamente objetivo, ignorando las fronteras de las estrechas patrias

para extenderse, no sólo á Europa, sino también á toda la humanidad, con sus razas diversas por las lenguas y los colores: se dirigía á todos los hombres de buena voluntad en la patria universal. El amor de todos los seres abrazados en el mismo ideal de justicia y de bondad se extiende hasta las estrellas: «Si, en la Vía láctea, un ser pensante ve otro ser que sufre, y no le socorre, peca contra la Vía láctea. Si, en la estrella más lejana, en Sirio, un hijo, mantenido por su padre, no le mantiene á su vez, es culpable contra todos los globos». (Voltaire.) Ese bello carácter de unidad de los mundos se manifiesta admirablemente en la obra de Montesquieu el *Espíritu de las Leyes*, que se cierne muy por encima de la Francia de Luis XV para buscar en todos los países y en todos los tiempos, en las relaciones del hombre con la Naturaleza, las causas de las diferencias políticas y sociales.



Archivos Nacionales. Cl. Sellier.
MONEDA DE TARJETA EMITIDA EN EL CANADÁ EN 1749
Valor 7 sueldos 6 dineros.

Voltaire emprendió una obra análoga en su *Ensayo sobre las Costumbres*, con menos serenidad, pero con mayor ardor. Este libro es un libro de combate dirigido principalmente contra la «infame», es decir, contra los hombres negros, inventores de mentiras, fautores de obscuridad, artesanos de ignorancia, que pervertían, embrutecían y corrompían las multitudes para oprimirlas con más seguridad. Buffon, el más majestuoso de los escritores del siglo XVIII, se apartó de la lucha ardiente, pero su paciente labor tenía por objeto rechazar también las leyendas absurdas y las explicaciones de la Iglesia sobre el origen del mundo, y exponer, en su magnífica sucesión, las *Épocas de la Naturaleza*, determinadas, no por una creación de arriba, sino por una evolución gradual de la materia. Vino después el maravilloso, el incomparable Diderot, que,

en su candidez sublime de hombre honrado, intenta realizar el imposible asociando todos los sabios, todos los artesanos, todos los pensadores á la redacción de la *Enciclopedia*, gran libro que expone todos los conocimientos, todas las industrias y que da luz sobre todas las cosas, con intento de evitar la vuelta ofensiva de esos sacerdotes que, no obstante, tenían todavía una buena parte del poder material en sus manos y que el mismo Diderot no desafió siempre sin peligro.

Aunque nadie lea ya la *Enciclopedia*, reemplazada desde hace mucho tiempo por la ciencia en sus progresos incesantes, esta obra no deja de ser un monumento simbólico del bello ideal que se mostraba entonces á la humanidad consciente: el siglo XVIII es ante todo el siglo de la *Enciclopedia*. Para atenuar su efecto, los jesuítas, obligados á renunciar temporalmente á la prisión y á la hoguera, su método preferido de refutación, trataron de luchar valiéndose de una empresa análoga. Desde su convento de Trévoux lanzaron su *Diccionario*, antigua obra de Furetière, revisado por el protestante Basnage, después de nuevamente acomodado por los reverendos padres al uso de las personas piadosas [1]. Pero desde el punto de vista de la conmoción moral producida, no había comparación posible entre las dos «Enciclopedias». Los mismos jesuítas desertaban de su orden para convertirse al libre pensamiento, á la investigación desinteresada de lo verdadero. El clérigo Raynal fué uno de esos tránsfugas, y dió una bella garantía de la sinceridad de sus convicciones publicando la *Historia filosófica de las dos Indias*, en la que colaboró el gran Diderot, y que fué acogida con entusiasmo en el extenso mundo conquistado entonces á la lengua francesa.

Juan Jacobo Rousseau, que resplandeció todavía con Voltaire en plena apoteosis como uno de los representantes por excelencia del período de evolución que precedió á la Revolución francesa, fué un retardatario en la lucha, puesto que su famoso *Discurso sobre los orígenes y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, no se publicó hasta 1753, pero pronto removió la sociedad entera: se vió en él el precursor de un nuevo orden de cosas. Habiendo llegado al momento psicológico en que la clase elegante y refinada, desarro-

[1] Gaston Paris, *Revue des Deux-Mondes*, 15 IX, 1901.

en los zarzales & en las hayas, donde se eleva á 5 ó 6 pies, & algunas veces hasta 10 en los sitios frescos & á la sombra; sus ramas, poco flexibles & que se cruzan irregularmente, están cubiertas de una corteza de color ceniciento, que distingue especialmente este arbusto, cuyas hojas, algo ovaladas & sin dentellones, son también de un verde blanquizco; sus flores, de un blanco sucio, son poco notables, aunque muy semejantes á las de la madreselva; aparecen á principios de Mayo, vienen siempre á pares al nacimiento de las hojas & duran unos quince días. Su fruto, malo & nocivo, es una baya del tamaño de un guisante, que se vuelve roja & blanda cuando madura en el mes de Julio, & que no cae hasta las primeras heladas. Ese arbusto se da en todos los terrenos, resiste á todas las intemperies & se multiplica más que lo que se desea & de todas maneras.

El chamæcerasus de fruto rojo, marcado con dos puntos. Este arbusto no pasa de cuatro ó cinco pies de elevación; sus ramas, que se sostienen rectas, le permiten una forma regular; la flor, que tiene un ligero matiz púrpura obscuro, es menor que la de la especie precedente, & sin mejor apariencia; aparece á primeros de Mayo y suele durar quince días. Sus frutos, que maduran en Julio, son unas bayas rojas de mal gusto, notables por los dos puntos negros que se hallan en cada una. Este arbusto, originario de los Alpes & de Alemania, es muy robusto, arraiga en todas partes, se multiplica tan fácilmente como el anterior & por los mismos medios; pero tampoco se le conoce utilidad.

El chamæcerasus de fruto azul: es un arbusto muy ramoso de unos cuatro pies; sus flores, pálidas & pequeñas, se presentan pronto en la primavera, de la cual no son el ornamento. Su fruto, que madura al final del verano, es una baya azul, cuyo jugo ácido no es desagradable al gusto. Este arbusto no es delicado; se le puede multiplicar por semilla & por ramas tumbadas, las cuales han de ser acodadas si se quiere hagan suficiente raíz, para ser trasplantadas al cabo de un año; pero que se obtiene difícilmente por estaca.

El chamæcerasus de fruto negro: es un arbusto muy pequeño que se eleva á tres ó cuatro pies; sus hojas le distinguen de las otras especies por sus dentellones. Sus flores, que son pequeñas & de un color violeta poco acentuado, aparecen en el mes de Mayo, & les siguen unas bayas negras de mal gusto que maduran en Julio. Este arbusto prefiere la sombra & un terreno húmedo; es muy robusto, & se puede multiplicar por semilla, por ramas tumbadas & por estaca; no se le conoce todavía ningún uso. (*c*)

* QUESO, la leche está compuesta de tres substancias diferentes: la nata, la parte serosa & la parte caseosa, ó el *queso*.

Esas tres substancias pueden separarse en toda clase de leches, formando así tantas clases de *quesos* á lo menos como animales lactíferos existen.

Nuestros *quesos* ordinarios son de leche de vaca. Los buenos *quesos* se hacen al principio de la primavera ó del otoño. Se toma la leche mejor & la más fresca, & con ella, desnatada ó no, se hace el *queso*.

Para hacer *queso* se toma el cuajo ó leche cuajada, que se halla en el estómago del becerro, & que se conserva salada, colgada en un sitio caliente en el rincón de la chimenea. Tómese esa leche: deslíase en una cuchara con la leche que se quiera convertir en *queso*: extiéndase de ese cuajo desleído medio dracma sobre dos pintas de leche; & la leche se convertirá en *queso*.

Entonces se le separa con una cuchara de desnatar: se tendrán preparadas unas vasijas agujereadas por los lados & por el fondo, & en ellas se pone el *queso* para enjugarse y moldearse.

Cuando está moldeado & seco, se come ó se sala, ó se le dan otras preparaciones. *Véase el artículo* LECHE, donde se dan más detalles sobre las diferentes substancias que de la misma se extraen.

QUESO, (*Dieta.*) sabido es que el *queso* es uno de los principios constitutivos de la leche, de la que se le extrae por una verdadera descomposición para el uso de nuestras mesas.

Se preparan dos especies de *queso*; uno puro, es decir, únicamente formado por la parte caseosa propiamente dicha de la leche; otro que contiene ese mismo principio & la parte mantecosa de la leche ó la manteca.

El *queso* de la primera especie es grosero, poco ligado & muy propenso á agriarse; se le abandona á los campesinos. Todos los *quesos* que tienen alguna reputación & que se venden en las ciudades son de la segunda especie: son blandos, grasos, delicados & poco sujetos á agriarse; tienen olor & gusto agradables, á lo menos mientras son recientes: se les suele denominar *grasos* ó *mantecosos*. Varios cantones del reino suministran clases excelentes. El *queso* de Rocquefort es considerado como el primero de Europa; los de Brie, de Sassenage & de Marolles no ceden en nada á los mejores *quesos* de los países extranjeros: los de las montañas de Lorena, de Franco-Condado & de las comarcas inmediatas imitan perfectamente el de Gruyere: el *queso* de Auvernia es tan bueno como el mejor de Holanda, etc.

Todos los médicos que han hablado del *queso* le han distinguido con razón en fresco ó reciente & en añejo, ó en fuerte & picante; han deducido otras diferencias, más ó menos esenciales, de la diversidad de los animales que han suministrado la leche; del olor, del gusto, del grado de salazón, etc.

Los antiguos pretendían que el *queso* fresco era frío, húmedo & ventoso, pero que excitaba menos la sed que el añejo; que estreñía menos el vientre; que no suministraba un jugo tan grosero; que nutría bien, & hasta que engordaba; sin embargo, era de digestión difícil, engendraba el cálculo & causaba obstrucciones, etc.

El añejo era caliente & seco, según su doctrina, & á causa de esas cualidades, difícil de digerir, muy propenso á engendrar el cálculo, sobre todo si era muy salado. Galeno, Dioscórides & Avicena condenaron su uso por esas razones, & además porque suponían que suministraba mal jugo; que estreñía el vientre & que se convertía en bilis negra ó atrábilis: declararon, no obstante, que tomado en pequeña cantidad, podía facilitar la digestión, especialmente de las carnes, aunque fuese difícil de digerir él mismo.

La mayor parte de esas pretensiones se hallan poco confirmadas por los hechos. El *queso*, á menos de hallarse absolutamente degenerado por la putrefacción, es muy nutritivo: la parte caseosa de la leche es su principio verdaderamente alimenticio.

El *queso* fresco, sazonado con un poco de sal, es, pues, un alimento que contiene en abundancia la materia aproximada al jugo nutricio, cuya insulsez se corrige útilmente con la actividad de la sal. A las gentes del campo & á los que se dedican diariamente á trabajos pesados les conviene el uso de este alimento, que se hace más saludable todavía, como todos los demás, por la costumbre.

El *queso* hecho, es decir, que ha sufrido un

TRADUCCIÓN DE LA PÁGINA 333 DE LA ENCICLOPEDIA

llándose aparte de la humanidad laboriosa de abajo, tenía ya mala conciencia de sus privilegios, de sus vicios, de su pretendida civilización, predicaba atrevidamente á aquellas gentes hastiadas y desengañadas de la vida, la vuelta hacia la Naturaleza y el trabajo renovador. Además, proclamaba la igualdad entre los hombres: cuando Voltaire escribía la historia de un Luis XIV y de un Carlos XII, Rousseau evocaba una sociedad en que el derecho público había de nacer del contrato de todos los ciudadanos. Las reivindicaciones que habían de originar el socialismo del siglo siguiente se formulaban ya en sus escritos: «ciudadano de Ginebra», no le bastaba dar á los pueblos la forma republicana, quería también asegurarles el bienestar y la instrucción. Indudablemente no había llegado aún á la concepción de que esas transformaciones políticas y sociales debieran realizarse por la libre voluntad de los individuos agrupados en sociedades que se formarían y deformarían para reconstituirse de nuevo, siguiendo las iniciativas personales y el juego de los intereses comunales creados por las condiciones del medio. Todavía muy simplista en sus concepciones, sólo contaba con la poderosa organización del Estado, al que concedía una fuerza irresistible. La razón de Estado, apoyada sobre la religión de Estado, hubiera podido aniquilar toda oposición; lógicamente, Rousseau había de



Gabinete de las Estampas.

DIONISIO DIDEROT, 1713-1784

Retrato por J.-B. Greuze.

producir un Robespierre. Sin embargo, la obra del siglo en general y la de Rousseau en particular eran infinitamente complejas, preñadas de consecuencias diversas, buenas ó malas, y ya era un gran progreso en el conjunto de la evolución que un autor presentara sus ideas sobre el funcionamiento normal de las sociedades, no como una utopía, sino como un plan propuesto á los pueblos para su realización. El hombre salía del ensueño para entrar en el mundo de la acción.

Otra revolución se había realizado, sobre todo por mediación de Rousseau: había mujeres que tomaban parte ardientemente en la propaganda de las ideas nuevas contra el mundo antiguo de la autoridad clerical y monárquica; quedaba definitivamente iniciado el ataque á la ciudadela por excelencia de la fe tradicional y del obscurantismo. La literatura nueva les autorizaba á salir de la ignorancia en que el siglo XVII — especialmente por la comedia de las *Mujeres sabias* — había querido mantenerlas. Las mujeres se habían apasionado y habían llorado á la lectura de la *Nueva Eloísa;* comprendiendo que el amor era cosa grave y no una sencilla diversión, aprendían á conocer la seriedad de la vida. Sabían, gracias á Rousseau, que la madre ha de ser «maternal» y no delegar sus cuidados y su amor á una mercenaria. *Emilio* les enseñaba también la importancia mayor de todos sus actos en la educación de los niños, que mañana habían de ser hombres y realizarían grandes cosas. La mujer del siglo XVIII, aunque tenida por inferior al hombre por Rousseau y reducida á una parte secundaria en su instrucción, se asoció de todo corazón á la obra de liberación intelectual, y ¡cuántas veces intervino para socorrer á los escritores pobres ó afligidos, para dar un asilo á los perseguidos, para salvarlos de la cárcel ó de la muerte! ¡Cuán eficaz fué su acción para desorganizar la represión, para impedir el funcionamiento de la autoridad, ridiculizada á los ojos mismos de los que la ejercían! Cada salón se rebelaba contra el altar y contra el trono.

¡Pero cuán escaso era el número de los que osaban llegar hasta el término de sus principios de igualdad y de libertad! Todos se detenían, cada uno en el punto del camino donde personalmente le convenía. La mayor parte se conformaban con la existencia de un «gran Arquitecto del Universo», pero sin su cortejo de sacerdotes, y con la dominación de un rey, siempre que se rodease de filósofos.

Admitían la jerarquía de clases, hasta se llegaba á vituperar la «multitud», y se manifestaba satisfacción con que nadie careciera de pan.

El más lógico y el más atrevido entre los innovadores de la época fué Morelly, quien, ya en 1755, en su *Código de la Naturaleza*, exponía francamente la doctrina comunista, en los siguientes términos: «Conservar la unidad indivisible del fondo y de la convivencia común; establecer el uso común de los instrumentos de trabajo y de las producciones; hacer la educación igualmente accesible á todos; distribuir los trabajos según las fuerzas y los productos según las necesidades; no conceder al talento más privilegio que el de dirigir los trabajos según el interés común, y no tener en cuenta, para la repartición, la capacidad, sino solamente las necesidades, que preexisten y sobreviven á toda capacidad; no admitir retribución en dinero, porque toda retribución es inútil ó perjudicial: inútil en el caso en que el trabajo, libremente escogido, diera la variedad y la abundancia de los productos en cantidad superior á nuestras necesidades; perjudicial en el caso en que la vocación y el gusto no llenaran todas las funciones útiles». El comunismo tenía, pues, sus representantes, y hasta se propagó entre los hombres políticos, entre ellos Mably, uno de los más finos diplomáticos de Europa y enemigo de la Academia, quien acogió el *Código de la Naturaleza* y reconoció también que los hombres, desiguales de hecho por sus facultades y sus necesidades, son iguales en derechos.

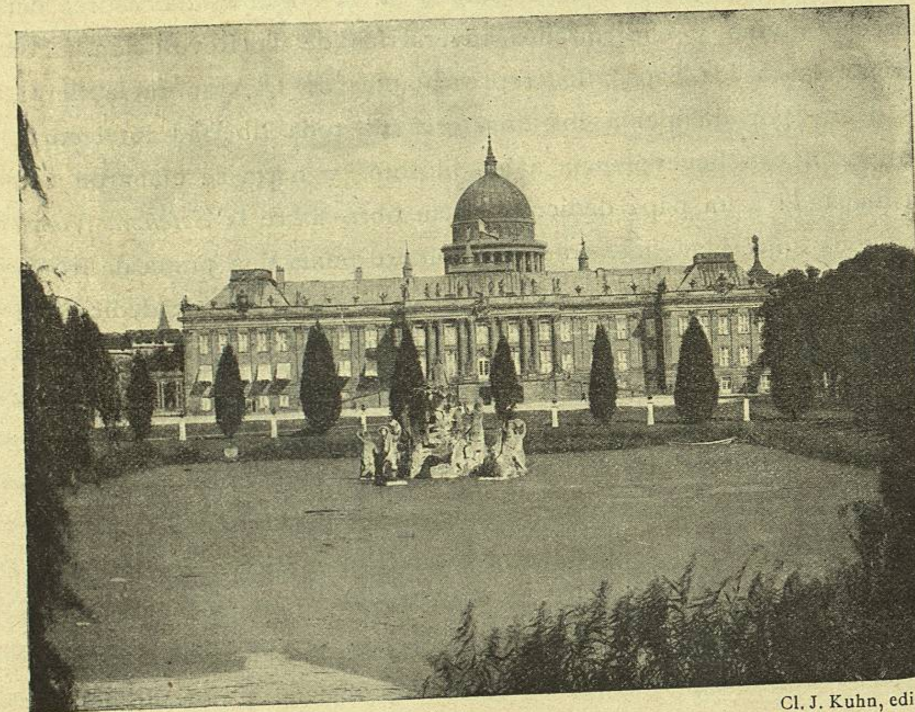
Es evidente que la Revolución esperada se hubiera cumplido de una manera más pronta y segura si los protagonistas de la gran transformación hubieran estado á la altura de su enseñanza por la fuerza y la nobleza del carácter. Frecuentemente se hallaban desunidos, puesto que cada uno, más ó menos libre de antiguas preocupaciones, defendía sus convicciones personales; pero también muchos de ellos comprometían su propia causa por sus desviaciones ó sus vicios. Aparte del incomparable Vauvenargues, en su dulce austeridad, y del generoso Diderot, que extendía sobre todos su amplia benevolencia, ¿quiénes fueron los grandes escritores del siglo que honraban verdaderamente á la humanidad por la conformidad de su vida con sus principios? ¡Cuán grande fué el número de los rendidos, comenzando por los dos personajes más ilustres, Voltaire,

que fué un rey y como tal tuvo todos los caprichos y todas las debilidades; Rousseau, que fué un misántropo, y conoció todas las sospechas y todos los rencores propios de la misantropía! Sin embargo, ese mundo incoherente, en el que se producen á veces torbellinos de odios y de calumnias, no deja de presentar un conjunto prestigioso por la vehemencia de la pasión y el brillo y la verdad del pensamiento. De cerca era el caos, y en la perspectiva del porvenir fué una armonía superior á las mil voces concordantes en su diversidad.

Los mismos soberanos, á quienes su profesión de reyes obligaba á perseguir á librepensadores y rebeldes, estaban subyugados por la filosofía, si no personalmente, al menos en el círculo de su intimidad. Lo que Luis XV no hubiera hecho, la Pompadour le obligaba á hacerlo: tan pronto perseguía á los autores de la *Enciclopedia*, como les protegía ó les animaba en su nombre. Casi toda la aristocracia se hizo liberal y sonreía á la aurora de una sociedad mejor; parecía natural que los mismos amos se prestasen á un papel que apenas habían ensayado hasta entonces, el de «bienhechores de sus súbditos». El poder de la filosofía, en aquel medio encantador é intelectual de los salones, llegó á ser tal, que hasta los mismos príncipes afectaban ser filósofos ó creían serlo con toda candidez. A lo menos, por medio de embajadores, podían dejarse representar como tales: si circunstancias especiales, costumbres difíciles de cambiar bruscamente, inconveniencias debidas á falta de inteligencia de los funcionarios condenaban sus reformas al fracaso, no por eso dejaban de haber dado muestra de buena voluntad aparente, y después no tenían más que cargar sobre otros el mal éxito de sus proyectos. Si no llegaban á ser los «padres del pueblo», á lo menos hablaban sabiamente como si lo fueran.

Las pretensiones filosóficas no impedían á los soberanos entregarse al «noble juego de la guerra» con todas sus atroces consecuencias, ni aplicar las antiguas leyes represivas, ni proclamar otras nuevas á su capricho, ni conservar todo su cortejo de exactores, gendarmes, carceleros y verdugos, conforme con las antiguas prácticas del derecho divino. El landgrave de Hesse-Cassel, que se había erigido en preceptor de justicia y de mansedumbre en su escrito

titulado *Pensamientos diversos sobre los Príncipes*, era aquel mismo Federico de Hesse que en 1776 vendió 12,000 hombres á Inglaterra para combatir los colonos rebeldes de América, y que en 1781, hacia el fin de la guerra, tenía en reserva unos 22,000 hombres [1], muchos más que los que podía suministrar su principado de tres-



Cl. J. Kuhn, edit.

POTSDAM — PALACIO DE FEDERICO II

cientos mil habitantes. Llegó á hacerse chalán de hombres para procurarse fuera de la Hesse la cantidad de carne humana que necesitaba.

¡Y sin embargo, el pueblo cándido, esos mismos filósofos que se daban por misión estudiar el alma humana y presentir las intenciones secretas, se dejaban seducir por la ilusión de los «buenos príncipes!» Esperaban que un brazo poderoso detuviera esa revolución cuyo rumor próximo se oía ya. Evidentemente, Voltaire obedecía al imperio de esa ilusión, unida además á un pueril sentimiento de vanidad y de adulación cortesana cuando se hacía el íntimo

[1] Ernest Nys, *Notes sur la Neutralité*, ps. 91, 92.

de Federico II, su consejero y el corrector de sus desahogos poéticos; Diderot creía también en la transformación de los pueblos por una voluntad soberana, cuando peroraba ante la emperatriz Catalina y le exponía cándidamente todos sus planes de renovación social. Los emperadores de Alemania fueron también filósofos á su manera, á la vez que escrupulosos observadores de la etiqueta, defensores del derecho divino y encarnizados adversarios de la Revolución. Por último, hasta los papas, los representantes de Dios sobre la tierra, es decir, por definición los opresores de toda libertad intelectual, acogieron con benevolencia á los filósofos y hasta se ufanaron con su amistad: á un papa dedicó Vico su obra sobre la *Scienzia Nuova* con toda sinceridad, mientras que Voltaire ponía una punta de ironía inscribiendo el nombre de otro papa sobre la página de dedicatoria de su *Mahomet*. Además se vió á Clemente XIV, siguiendo el ejemplo de los reyes reformadores, disolver oficialmente la Compañía de Jesús (1773), que, mejor adaptada á la lucha que el Papado, había de subsistir, tanto más fuerte cuanto que obraría en secreto, y readaptar la Iglesia á las exigencias contemporáneas. Los acontecimientos ulteriores demostraron á cada nuevo ensayo cuán funesta era la ilusión de la cándida confianza en los «buenos tiranos»; ¡pero cuántas veces había de renovarse esa ilusión bajo otras formas, con la monarquía parlamentaria, luego con la burguesía republicana y por último con los socialistas de Estado, que se comprometieron, sucesivamente impulsados por las excitaciones populares, á realizar el ideal de la libertad y de la igualdad de los ciudadanos: esos tesoros serán conquistados, no serán dados jamás.

En su sencillez de niños, los delegados de las naciones desgraciadas ó de los Estados en formación se dirigían á los filósofos más famosos para obtener de ellos una constitución modelo. Las Carolinas, cuya carta feudal fué concedida en 1663 á algunos señores, Berkeley, Shaftesbury y otros, pidieron á Locke que les redactara una constitución que sirviera de «gran modelo» á los pueblos venideros. Ni Locke ni los señores concesionarios conocían el país ni los hombres á quienes había de aplicarse la constitución futura, la cual, naturalmente, no pudo ser experimentada jamás con plena convicción ni con buen éxito. También los Corsos y los Polacos

consultaron á Rousseau, quien les respondió por «Cartas» y «Consideraciones», que no podían menos de quedar inútiles.

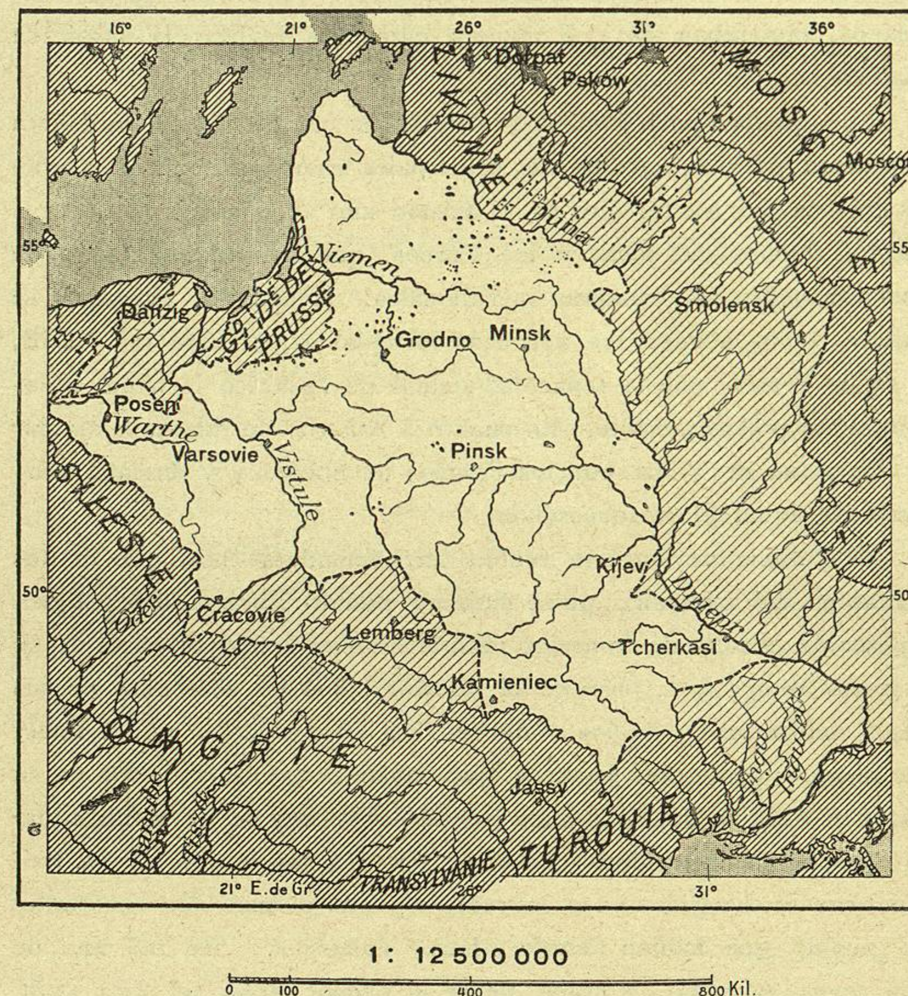
En tanto que los filósofos hablaban de la felicidad de los pueblos, los soberanos, cuyo talento esclarecido celebraban tantos cortesanos, mostraban de qué manera entendían realizar la suspirada edad de oro.

En aquella época hallábase Polonia en un estado de verdadera disolución política. Antes sus principales enemigos exteriores eran los Suecos del Norte, que en el mismo año 1656 creyeron llegar á ser los dueños del país, y los Turcos, que no habían cesado de guerrear sobre las fronteras meridionales. A aquellos enemigos se unieron otros adversarios aún más formidables, al Este los Rusos, al Oeste Prusia, que la tenacidad genial de Federico II había constituído tan poderosamente. En cuanto á Austria, no intentaba olvidar la liberación de Viena por los Polacos de Sobiesky y deseaba vengarse de aquel glorioso servicio.

Si Polonia no hubiera tenido que defenderse más que de los asaltantes del exterior, quizá hubiera podido librarse del peligro, á pesar de la falta de fronteras naturales sobre la mayor parte de su contorno geográfico; pero en el interior había de desconfiar de sus falsos defensores y de los traidores: en primer lugar podía temer sus amos y confesores jesuítas, que tenían todas las escuelas en su poder y dirigían la instrucción según el interés de su política, no en el de la nación polaca; había de temer á sus propios reyes, frecuentemente escogidos en el extranjero y que permanecían ignorantes del pueblo que habían jurado «hacer dichoso». ¿No fué uno de esos reyes, Augusto II, quien, desde el primer tercio del siglo XVIII, propuso despedazar su propio reino para satisfacer los apetitos furiosos de las potencias vecinas? A los Rusos hubiera dado la Lituania, á los Prusianos todo el bajo territorio regado por el Vístula, y Austria por su parte hubiera recibido el distrito de Szepas (Zips, Scepusia), es decir, la parte montañosa del Tatra entre Tisza y Vístula. De ese modo, desde aquella época, la suerte de Polonia quedó sellada: la política de las potencias colindantes quedó orientada en el sentido del reparto.

Se atribuye con frecuencia la disolución de Polonia á una práctica fundamental de los electores del reino, el *liberum veto*, es decir, la intervención libre de todo miembro del Congreso para anular las

N.º 419. **Primer reparto de Polonia.**



1 : 12 500 000

0 100 400 800 Kil.

El gran ducado de Prusia quedó mucho tiempo bajo el dominio feudal de Polonia; no fué realmente independiente hasta el siglo XVII. En 1772 tomó Rusia la orilla izquierda del Dniepr, Austria se apoderó de Galicia y Prusia del bajo Vístula.

resoluciones tomadas: en una palabra, toda decisión había de ser unánime. En sí, no hay principio más equitativo que ese respeto absoluto de la voluntad de uno solo por la mayoría, y no se concibe que se le pueda violar en toda sociedad de iguales que no se abandone á la moral fácil de la razón de Estado. La regla

del *liberum veto* era también practicada en las órdenes de caballería germánica desde la época de su fundación, y no puede formarse grupo alguno de hombres adictos individual y colectivamente á una misma

N.º 420. **Segundo y tercer repartos de Polonia.**



1 : 12 500 000

0 100 400 800 Kil.

En el segundo reparto, en 1793, Rusia ocupó la orilla derecha del Dniepr, desde la Duna á Kamieniec (Kamenets Podolsk), y Alemania se apoderó de la Poznania.

Después de la rebelión de Kosciusko, en 1795, Curlandia y Polonia oriental pasaron á poder de Rusia, la pequeña Polonia al Austria y el resto á Prusia.

Las fronteras de los reinos coparticipantes en el reparto se modificaron en favor de Rusia en el congreso de Viena (1815).

causa sin que se admita implícitamente una regla idéntica. Mas en el caso especial de Polonia, precisamente porque esa ley del «veto libre» era incesantemente violada, la nación, violentada y destrozada

en todos sentidos por las ambiciones de las grandes familias, cayó en una desorganización completa. Además de las dinastías extranjeras, como las casas de Sajonia y de Condé, los grandes señores y propietarios de las tierras de Polonia, los Czartorysky, los Poniatowsky, los Leszczynsky, solían colocarse sobre todos los votos y todas las libertades, comprando los congresos ó reemplazándolos por la fuerza de los ejércitos prestados por alguna potencia vecina. Así fué que el rey de Polonia bajo cuyo reinado se cumplió el primer reparto en 1772, Estanislao Augusto, uno de los antiguos amantes de la emperatriz llamada la «gran Catalina», no era más que un cómplice de Rusia, y bajo su gobierno, el general Repnin, nombrado por la czarina, fué el verdadero amo.

Al final fué inútil el fingimiento, y las tres potencias limítrofes de Polonia procedieron tranquilamente á la obra de despedazar el país, que nada característico defendía, ni rasgo del suelo ni diferenciación bien clara de sus habitantes. Austria tuvo el trozo mayor: además de las montañas de Szepas, tomadas en garantía hacía ya dos años, se adjudicó las extensas llanuras de Galicia y de Lodomiria, países eslavos recortados á despecho de la homogeneidad de las razas, con que no se contaba en aquella época como se pretendería hacerlo hoy. Prusia hizo más que redondear sus posesiones, reunió sus provincias orientales y las del Brandeburgo, que eran la cuna de la monarquía: se pudo comenzar á hablar de unidad política á propósito de un Estado compuesto de varios fragmentos que gravitaban alrededor de centros muy lejanos unos de otros. Rusia, cuyas dimensiones eran ya enormes, aumentó menos en proporción, aunque dos millones de súbditos nuevos, Lituanios en su mayor parte, hubiesen sido transferidos al gobierno de la czarina. En total, lo que quedaba de Polonia perdió más de cinco millones de habitantes; sin embargo, el Estado, reducido sin batalla á más de la mitad de su extensión, no quiso tocar á la jerarquía de clases hostiles, nobleza, burguesía, pueblo, que había conducido á la fatal disgregación del reino: quedó la desunión sobre todos los asuntos de orden interior, y sólo se estuvo de acuerdo en apariencia para aprobar, por una decisión formal de la Dieta, la terrible amputación que las tres potencias habían hecho sufrir al país. ¡Tanta bajeza y cobardía pudo formularse en lenguaje elegante en las asambleas deliberantes!

En aquella época Rusia era ya bastante poderosa para obrar á la vez sobre sus fronteras occidentales del lado de Polonia, y al mediodía del lado de Turquía. En 1771 los Rusos forzaron los atrincheramientos de Perekop, en la raíz de la Crimea, y se habían apoderado de la gran fortaleza natural formada por la península. La flota rusa, partiendo del Báltico, llevó su atrevimiento á rodear Europa para combatir á los Turcos. Los barcos de Catalina penetraron en el Archipiélago, tratando de insurreccionar los cristianos de la Morea y de las islas; se llegó hasta á intentar una desviación en Egipto, pero tales esfuerzos eran prematuros, y Turquía no perdió durante esa guerra la menor parte de su dominio mediterráneo, aunque su flota fué destruída en la bahía de Tchesmé, entre la isla de Chios y el continente de Asia.

Al mismo tiempo la lucha se prolongaba en las regiones danubianas con éxitos diversos. Cuando aquel acto del gran drama varias veces secular terminó en 1774 por el tratado de Kutchuk Kainardji, cerca de Silistria, Rusia había adquirido ya una posición mucho más fuerte en el juego de la conquista: se había asegurado la posesión de todo el litoral del norte del mar Negro, incluso Crimea, donde indirectamente ejercía el poder; había llegado también á ser potencia protectora de la Moldavia y de la Valaquia, al norte del Danubio, y su derecho de libre navegación sobre el mar Negro, el mar de Mármara y los estrechos había sido definitivamente reconocido por la Sublime Puerta. Era evidente, sin embargo, que ese tratado, en la intención de sus autores, no pasaba de un convenio puramente dilatorio, á causa de que los Turcos mahometanos no podían abandonar la idea de la guerra santa contra los cristianos, y Catalina II sufría continuamente la obsesión de la conquista. Indudablemente el espejismo de Constantinopla ó Tsargrad, denominada la «Ciudad de los Tzars», flotaba ante los ojos de los soberanos del Norte, perdidos en su país de hielos y de nieve. Entonces fué cuando se imaginó la existencia de un «testamento de Pedro el Grande», ordenando á sus sucesores la conquista del Bósforo, y desde aquella época el nombre de «Constantino» entró en el repertorio familiar de la dinastía rusa, como para reunir las edades y hacer del imperio moderno de los czares la continuación legítima de la antigua Bizancio.

La «cuestión de Oriente», no resuelta todavía un siglo después de Catalina, hubiera podido anticiparse algunos años si la guerra no hubiera sido dirigida de la manera más desordenada por favoritos mucho más hábiles para hacer la corte que para mandar ejércitos. Aparte de que, hasta en el interior de Rusia, que de lejos parecía un conjunto homogéneo, tambien existía el caos entre las razas yuxtapuestas.

Un ejemplo admirable de ese desorden étnico es el presentado por la huída de los Kalmukos Tourgot, acampados desde el principio del siglo al norte del Caspio. Esos Kalmukos, que fueron expulsados de su territorio por un conquistador mongol y á quienes Rusia había dado en sus estepas orientales una hospitalidad que no tardó en transformarse en dura opresión, echaban de menos el país de sus antepasados, que les describían las narraciones de los supervivientes y que fué después embellecido por la leyenda. Los cobradores de contribuciones y los reclutadores de soldados les tomaban los mejores animales de sus rebaños y los jóvenes más fuertes de sus familias: la existencia se hacía intolerable en aquella tierra del extranjero.

En un día del año 1763 se verificó el gran trastorno de la nación: ciento sesenta mil individuos, hombres, mujeres y niños, tomaron el camino del Asia central, y, perdiéndose en seguida en unas soledades todavía desconocidas de los Rusos, se libraron de toda persecución. En ocho meses, después de un lento viaje, de pasto en pasto, á través de las llanuras entre Siberia y Turkestán, hallaron unas tribus kirghises que les impidieron el paso al país de Ili, entre las estribaciones principales del Tian-chañ y los montes septentrionales. El combate, el movimiento de retirada y el penoso rodeo del territorio enemigo á través de los montes Altai, escarpados, cubiertos de nieve, casi desiertos, y la falta de pastos para los rebaños costaron al pueblo en marcha más de la mitad de su efectivo; setenta mil Kalmukos solamente llegaron á la Tierra de las Hierbas, dependiente del imperio chino, donde el emperador ordenó acogerles.

El espacio evacuado en Rusia por los Kalmukos fué invadido, como lo haría un remolino de aguas desbordadas, por fugitivos de razas diversas, en medio de los cuales un atrevido rebelde, Pougatchev, reclutó á miles los descontentos Raskolnikis, escapados de

la servidumbre, Bachkires, Turcos y Tártaros, con los cuales tuvo en jaque durante dos años á las fuerzas del Imperio.

Europa, es decir, el conjunto de civilización procedente del mundo mediterráneo y continuado por los invasores bárbaros, al mismo

N.º 421. Teatro del Exodo de los Kalmukos.



tiempo que influía poco á poco sobre los Turcos, los Uralianos y otros pueblos de Asia, comenzaba á anexionarse el Nuevo Mundo á través del Atlántico.

En el espacio de tres siglos, las comunidades de blancos europeos, establecidos en los dos continentes occidentales, habían ganado bastante en fuerza y en iniciativa nacional para sentirse capaces de conquistar su propia vida autónoma sin otro lazo con las metrópolis

respectivas que el intercambio de las ideas y de las mercancías. La primera gran escisión de esta naturaleza, análoga al fenómeno de fisiparidad que puede observarse en el mundo animal, es la que se efectuó con la constitución de los Estados Unidos de la América del Norte. Esa emancipación política fué un acontecimiento capital en la historia de la humanidad, sobre todo por la interpretación que le dieron los filósofos contemporáneos. Pero considerada únicamente en sí, como un fenómeno aislado, la revolución de la Independencia

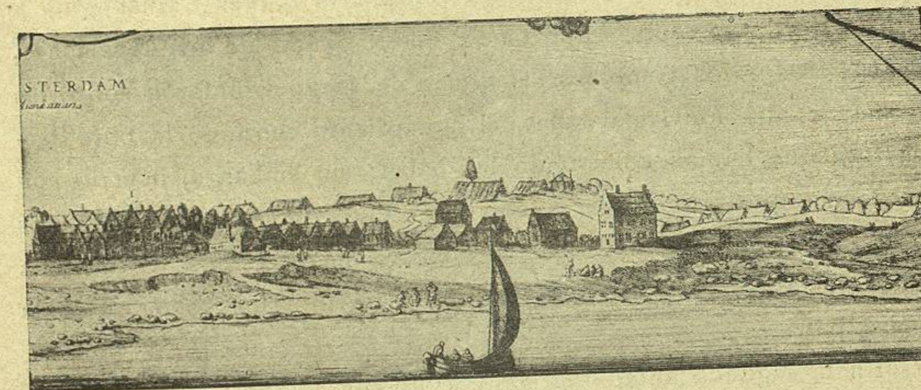


NUEVA YORK EN EL SIGLO XVII
Las diferentes letras indican el fuerte, la casa comunal, la iglesia, la horca, etc.

americana fué el admirable nacimiento de una Europa nueva que florecía sobre una tierra extranjera, realización del símbolo antiguo: Eneas llevando la ceniza del hogar troyano á los surcos de Roma.

La ruptura de las colonias norteamericanas hubiera sido imposible durante los dos primeros siglos de la colonización, mientras los grupos de emigrantes desembarcados sobre el litoral atlántico del Nuevo Mundo, entre Nueva Escocia y la península de la Florida, permanecían en su aislamiento primitivo: perteneciendo á clases, á religiones y hasta á nacionalidades diferentes, los diversos enjambres de blancos que se sucedían sobre aquella larga costa de 1,500 kilómetros, sin contar las irregularidades de la orilla, entraban difícilmente en relaciones unos con otros y apenas podían borrar las preocupaciones y las prevenciones hereditarias que les tenían separados ni comprender la comunidad de intereses que les creaba un nuevo medio. Antes de pensar en una rebelión común era preciso

que los Puritanos de Nueva Inglaterra se reconocieran solidarios de los colonos de Nueva York, entre los cuales el elemento neerlandés se hallaba aún en gran mayoría; necesitaban además haberse asimilado más ó menos los Suecos del Delaware y los hugonotes de las dos Carolinas; y no sólo esto, sino que habían de olvidar el odio religioso que les hacía mirar con una especie de horror á los católicos del Maryland, los cuákeros de Pennsylvania y los «caballeros» con pretensiones aristocráticas de la Virginia.



NUEVA YORK EN EL SIGLO XVII
Sobre esa misma tierra, la punta de Manhattan, se elevan actualmente casas de veinticinco pisos.

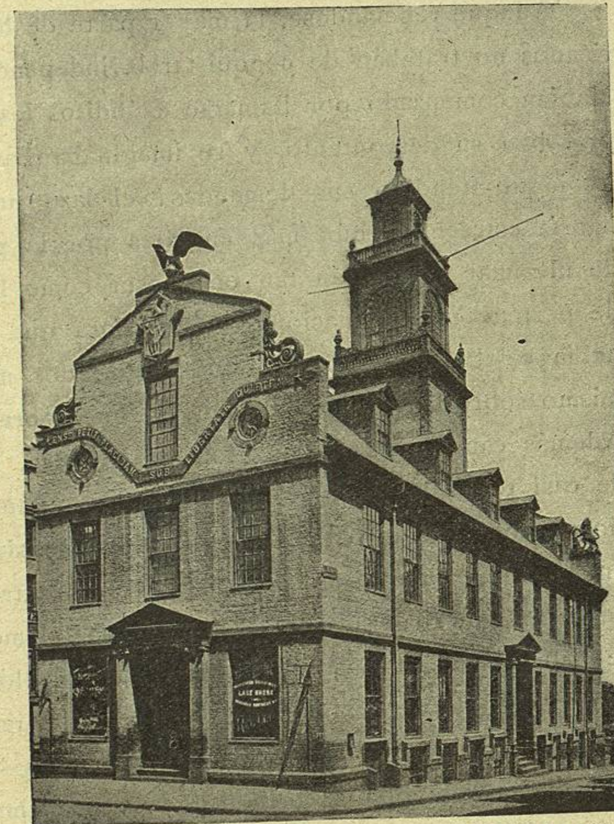
Durante mucho tiempo, cada una de las colonias, contrastando mutuamente por el origen y por la historia, permaneció en la dependencia directa de la Gran Bretaña, de donde recibía el impulso vital, y de la cual, en muchas circunstancias, esperaba socorros en hombres y en dinero, debido á que los emigrantes británicos no habían ido á establecerse sobre un territorio desocupado, y que casi siempre habían tratado como enemigos á los indígenas. Á excepción de William Penn, que supo obrar como hombre justo y verdaderamente noble respecto de los Indios, los demás fundadores de colonias se condujeron contra las tribus con la brutalidad ordinaria de los conquistadores. En toda la extensión de la frontera, en las montañas, los bosques, los pantanos, no cesaba la guerra de exterminio. Al Norte, los hijos de los puritanos trabajaban por la destrucción de los Albenakis, Narraganvatts, Pequods, Mohicanos y otros pertenecientes á la gran raza de los Algonquinos; más al Sud,

en el Estado actual de Nueva York, los Ingleses se hallaban en contacto con las Cinco naciones de los Iroqueses, de quienes se constituyeron en vanguardia contra la tribu congénere de los Hurones; los colonos de Pennsylvania luchaban con Indios menos belicosos, los Lenni-Lenap, mientras que los Virginios guerreaban encarnizadamente contra los Powhattans y otros clanes de la misma familia. En cuanto á las colonias meridionales de los blancos, sólo se extendían en el interior apoderándose de los territorios que habían habitado los Tcherokis (Cherokee), los Cris (Creek, Muskoghi) y otras tribus de menor importancia en el grupo de los Apalaches. En casi todos los combates las armas de fuego triunfaron sobre las flechas, y, durante las treguas, el aguardiente continuó la obra destructora que habían comenzado las balas; sin embargo, ocurrió con frecuencia que los invasores corrieron el riesgo de ser rechazados hacia el Océano por una reacción ofensiva de los Indios, y que para evitar justas represalias, hubieron de recurrir á los soldados de la madre patria.

En la segunda mitad del siglo XVIII, los colonos, en número de cerca de dos millones de individuos, habían llegado á ser bastante poderosos para no temer las guerras con los Indios; por otra parte, se habían desembarazado al Norte y al Oeste de una vecindad molesta por la sumisión del Canadá á las armas británicas. Conscientes de su fuerza y unidos en un principio de nación que tomaba un carácter cada vez más homogéneo, sufrían con creciente impaciencia la intervención superior del gobierno metropolitano representado por sus gobernadores, sus generales, sus cobradores de contribuciones, todos gente de ultramar en quienes sólo se veía extranjeros. Poco á poco los ingleses de América se dirigían á la idea de autonomía, y los actos de indisciplina se cambiaban en rebelión verdadera. El ministerio británico, muy vacilante en su política, pasaba de la insolencia á la debilidad y del miedo á la arrogancia en la represión del contrabando y en la fijación de los derechos de timbre y de los impuestos aduaneros, y esas mismas vacilaciones constituían otras tantas excitaciones en pro de las reivindicaciones coloniales.

El primer acto de rebeldía tuvo lugar en el puerto de Boston, al final del año 1773, cuando unos cincuenta ciudadanos, dis-

frazados de Pieles Rojas, se apoderaron de un barco inglés cargado de té y arrojaron al mar toda la carga. Sin embargo, transcurrió más de un año sin que los crecientes odios llegasen á convertirse en conflicto sangriento, y esto á consecuencia del desprecio en que se tenían aquellas lejanas colonias, en las cuales la principal era calificada en los documentos oficiales de Isla de Nueva Inglaterra [1]. El ataque por los Ingleses del pequeño arsenal de Lexington, en Massachusetts, fué la señal de la guerra. Un mes después, la defensa de Bunkers'hill, débil elevación próxima á Boston, determinaba las tropas británicas á evacuar aquella ciudad, y el mismo día del combate, el congreso de los representantes coloniales residente en Filadelfia elegía un general en jefe para dirigir la resistencia armada contra los Ingleses, considerados en lo sucesivo como enemigos.



Cl. J. Kuhn, edit.

BOSTON, FANEUIL-HALL

Centro de la resistencia americana.

Jorge Washington, el oficial militar que, por su nombramiento, llegó á ser, como ciudadano y jefe de Estado, el personaje representativo de la nueva federación política, fué nombrado, no solamente en razón de su experiencia de la guerra — había tomado parte en las campañas contra los Indios y contra los Franceses —, sino prin-

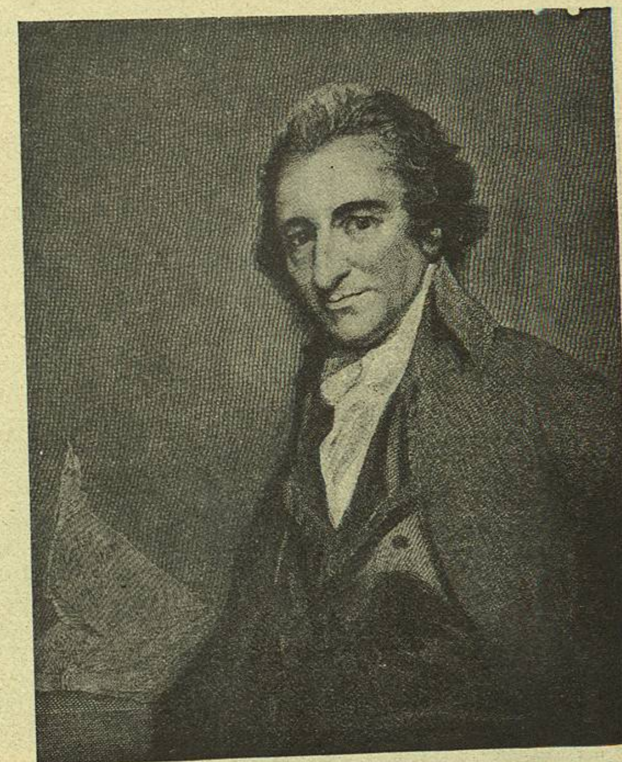
[1] E. Boutmy, *Eléments d'une psychologie politique du peuple américain*, p. 130.

cipalmente á causa de su posición eminente entre los grandes propietarios virginios. Aristócrata por su fortuna, sus territorios y sus esclavos, ofrecía á los Americanos un ejemplo de prudencia y de respeto escrupuloso á las leyes establecidas. Si fué un rebelde, lo fué á su pesar obligado por la fuerza irresistible de los acontecimientos.

Aunque rebelándose, la mayor parte de los revolucionarios americanos no trataban de conquistar la independencia política absoluta. Habían comenzado por llamarse «súbditos leales» á la vez que expresaban su descontento, y se imaginaban que si en alto lugar se hubieran atendido sus demandas, el lazo nacional de fidelidad se habría estrechado aún más en ellos por la gratitud. Los Ingleses de ultramar se sentían tan orgullosos como los de la madre patria de pertenecer á la nación conquistadora que en aquel mismo siglo había celebrado tantos triunfos en las dos mitades del mundo, lo mismo sobre las orillas del Ganges, que sobre las del San Lorenzo. Además causaban la admiración de Voltaire, de Montesquieu, y la de casi todos los pensadores sus contemporáneos por aquella «gloriosa» constitución parlamentaria, que se consideraba como formando un admirable mecanismo de compensación entre todos los elementos de la nación, realeza, nobleza, burguesía, elementos entre los cuales se había olvidado clasificar la masa del pueblo que trabaja y sin la cual reyes, nobles y burgueses morirían de inanición. Por último, todos los que eran cristianos, ó se creían tales — que eran la inmensa mayoría en las colonias británicas, y especialmente entre los Bostonianos, los más empeñados en la lucha —, se hallaban en gran confusión para conciliar sus escrúpulos de conciencia con la reivindicación de sus intereses. No hay duda que podían leer y releer el famoso episodio [1] que refiere cómo el profeta y juez de Israel desaconsejaba á los Judíos que tomaran rey, inútil por lo demás; pero á ese curioso pasaje, que atestigua la rivalidad constante de los dos poderes, teocrático y monárquico, ¿cuántas otras citas de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento, podían oponer para convencerse del deber de obediencia hacia los soberanos y todos aquellos que empuñan el cuchillo, símbolo de la voluntad divina?

[1] *Samuel*, cap. VIII.

La idea, el deseo, la voluntad de hacerse independientes vinieron tarde y gradualmente á los Americanos rebeldes; la guerra duraba un año cuando los cuerpos constituídos de la mayor parte de las colonias hablaban todavía de su fidelidad al rey y recomendaban al generalísimo que procurara un arreglo con la madre patria como el «voto más querido de todo corazón americano». En Mayo de 1775 Nueva York conservaba todavía la esperanza de conservar la unión con la metrópoli y hasta hizo una tentativa aislada para llegar al acuerdo. Uno de los delegados de Georgia en el congreso de 1775 declaraba que en su provincia toda proposición de proclamar la separación sería inmediatamente castigada con la muerte por la multitud irritada [1]; por su parte, Washington exclamaba: «¡Si alguna vez me hallarais dispuesto á reivindicar la separación con la Gran Bretaña, consideradme dispuesto á todas las infamias!»



Gabinete de las Estampas.

THOMAS PAINE, 1737-1809 según el cuadro de Romney.

Del exterior, de la misma Inglaterra llegaron las excitaciones á la independencia. El admirable Tom Paine, á quien se halla después participando en la revolución francesa como miembro de la Convención, tomó más parte que nadie en la revolución americana, y por su libro *Common Sense* determinó á miles de vacilantes á de-

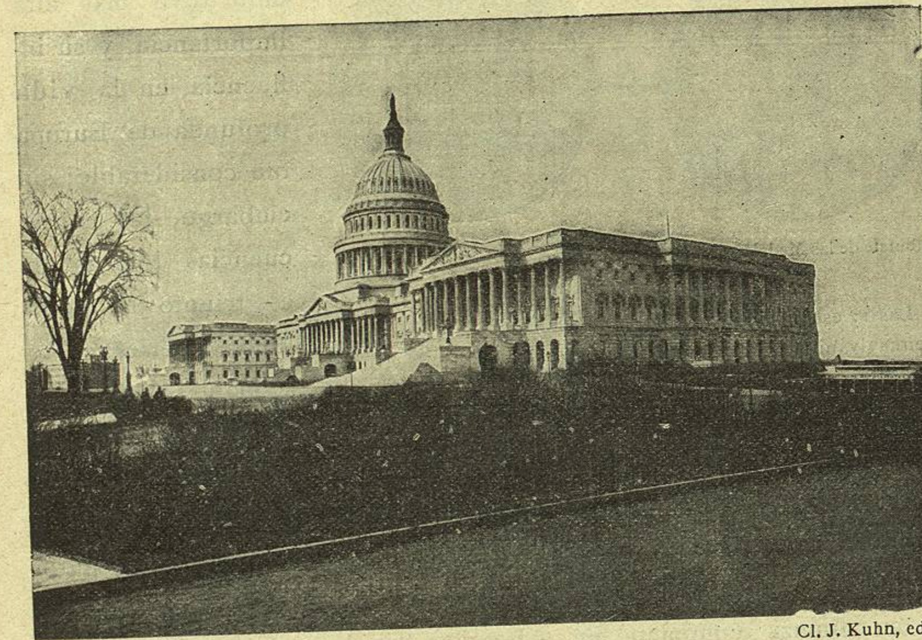
[1] Boutmy, *obra citada*, p. 131.

clararse francamente rebeldes, libres para siempre del lazo moral que les unía al país de sus abuelos. El acta de independencia, proclamada el 4 de Julio de 1776, se redactó ciertamente en sus partes esenciales bajo la influencia de las ideas filosóficas y morales profesadas en aquella época por los librepensadores de la Europa occidental. Además, los veinticuatro artículos de la constitución de Pennsylvania que sirvieron de fondo primitivo á la carta nacional eran obra de Penn, cuákero convencido, y, como tal, profundamente penetrado de las ideas de tolerancia y de equidad humana. Jefferson, que, entre los fundadores de la República, fué el más activamente responsable de la declaración de Independencia, se había inspirado más en la *Enciclopedia* y en el *Contrato Social*, que en las tradiciones conservadas por los puritanos de Massachusetts: ni una palabra bíblica se halla en aquella proclamación solemne del nacimiento de un pueblo [1]. Es indudable que los Americanos de nuestros días, si hubieran de formular su razón de ser como nación, no darían semejante amplitud ni tan extenso sentimiento de humanidad á sus palabras.


JORGE WASHINGTON, 1732-1799
según el cuadro de John Jenninbull.

[1] Michelet, *Histoire de France*, XVII, p. 233.

La guerra fué muy larga, penosa y en muchas ocasiones casi desesperada para los rebeldes. El gobierno británico, en posesión de todo el dinero que podían suministrar los empréstitos y de una flota poderosa, tenía también en número suficiente los hombres que producían las levas en las tabernas y en las calles, como también la carne de cañón que por dinero contante le vendía el príncipe filósofo, el landgrave de Hesse. Por su parte, las trece colonias del litoral americano, que tenían intereses diferentes, rencores mutuos y no se habían desprendido moralmente en igual grado de la madre patria, no siempre obraban en perfecto acuerdo.


Cl. J. Kuhn, edit.

WASHINGTON, EL PALACIO DEL CONGRESO
Se halla situado en medio de unas soledades (Véase pág. 620).

Sin embargo, acabaron por triunfar, gracias á la duración de la lucha, á la simpatía de los hombres de libertad, hasta de la misma Inglaterra, y sobre todo á la ayuda material de Francia, arrancada á la mala voluntad de Versalles por la triunfante opinión pública. En 1781 el ejército inglés se hallaba encerrado en medio de los estuarios pantanosos de Virginia, en la plaza fuerte de Yorktown, teniendo á un lado una columna de asalto americana dirigida por Lafayette, mientras, por el otro, una columna de Franceses fran-

queaban los reductos. Los sitiados se vieron obligados á rendirse antes que la flota inglesa pudiera llegar á socorrerles. La paz se firmó el año siguiente: la escisión definitiva entre la metrópoli y las colonias quedó realizada, y una nación, destinada á ser en el curso de un siglo la más poderosa de la Tierra, acababa de nacer en aquel estrecho litoral del Nuevo Mundo.



Gabinete de las Medallas.

DOLLAR DE PLATA, 1799

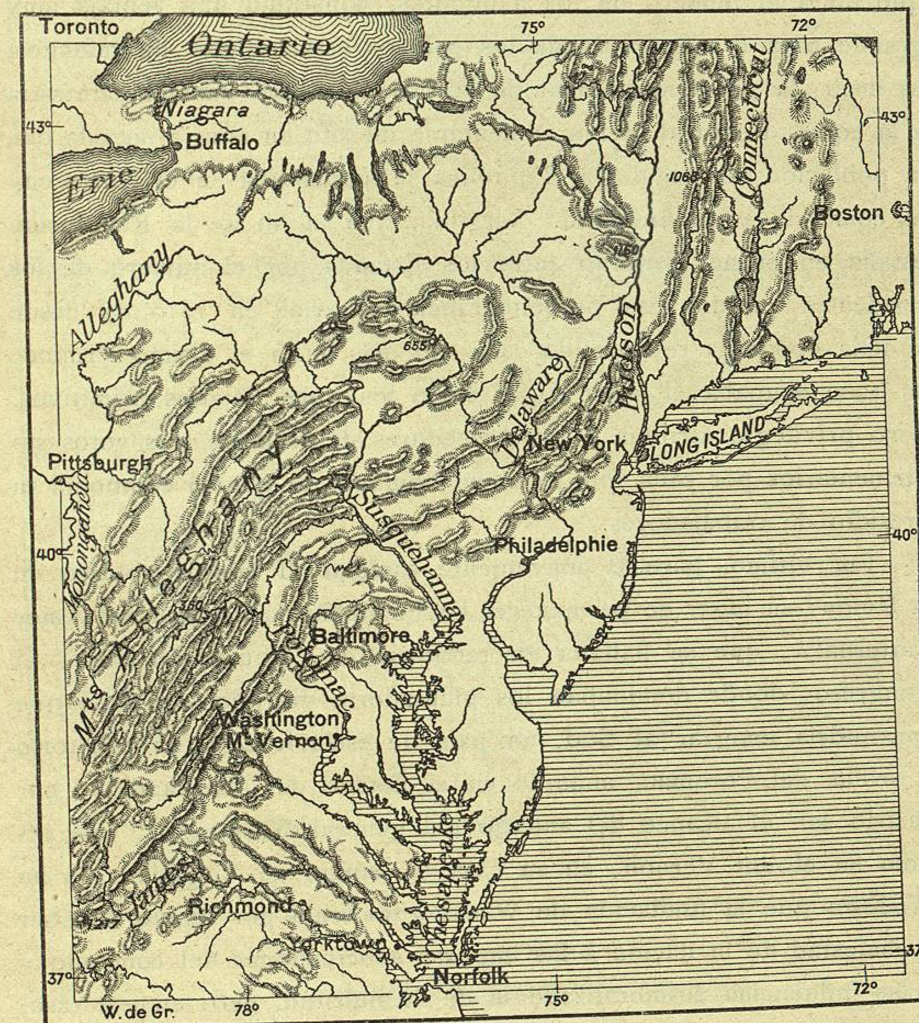
Las 13 estrellas representan los 13 Estados de la Unión: Pennsylvania, Nueva Jersey, Delaware, Massachusetts, Nueva Hampshire, Conneticut, Nueva York, Maryland, Virginia, Carolina del Sud, Georgia, Carolina del Norte, Rhode-Island.

Ninguna revolución tuvo más alta importancia, y su influencia en la vida profunda de Europa fué considerable; sin embargo, las consecuencias lógicas de ese triunfo de los colonos americanos no se manifestaron en seguida. Agotada por el inmenso esfuerzo, á la pequeña nación le costó mucho trabajo hallar su equilibrio normal: comenzó por recogerse sobre sí misma, tratando de establecer lo mejor posible las condiciones de la autonomía personal para cada una de las trece repúblicas coloniales y de su alianza compacta en «Estados Unidos», presentándose en bella unidad política frente al extranjero. En realidad, la obra que se cumplió durante la reconstitución de las colonias en potencia independiente fué una obra de reacción. La gran mayoría de los colonos, todavía completamente monárquica por la educación primera y las ideas, se halló republicana de ocasión por la fuerza de las circunstancias, y en cuanto el restablecimiento de la calma lo permitió, se apresuró á reconstituir la monarquía bajo otra forma, por la organización del poder presidencial, al que se atribuían prerrogativas más que reales, como la irresponsabilidad en el nombramiento de los ministros y de los embajadores, de los generales y de los funcionarios.

Y lo que es más grave todavía: la nueva república, cuyo nacimiento era ciertamente obra de las ideas de libertad que le habían

dado un alma, hubiera debido considerar como su primera obligación la emancipación de los esclavos, que los tratantes ingleses habían introducido en su territorio antes de la guerra, en número de unos

N.° 422. Capitales americanas.

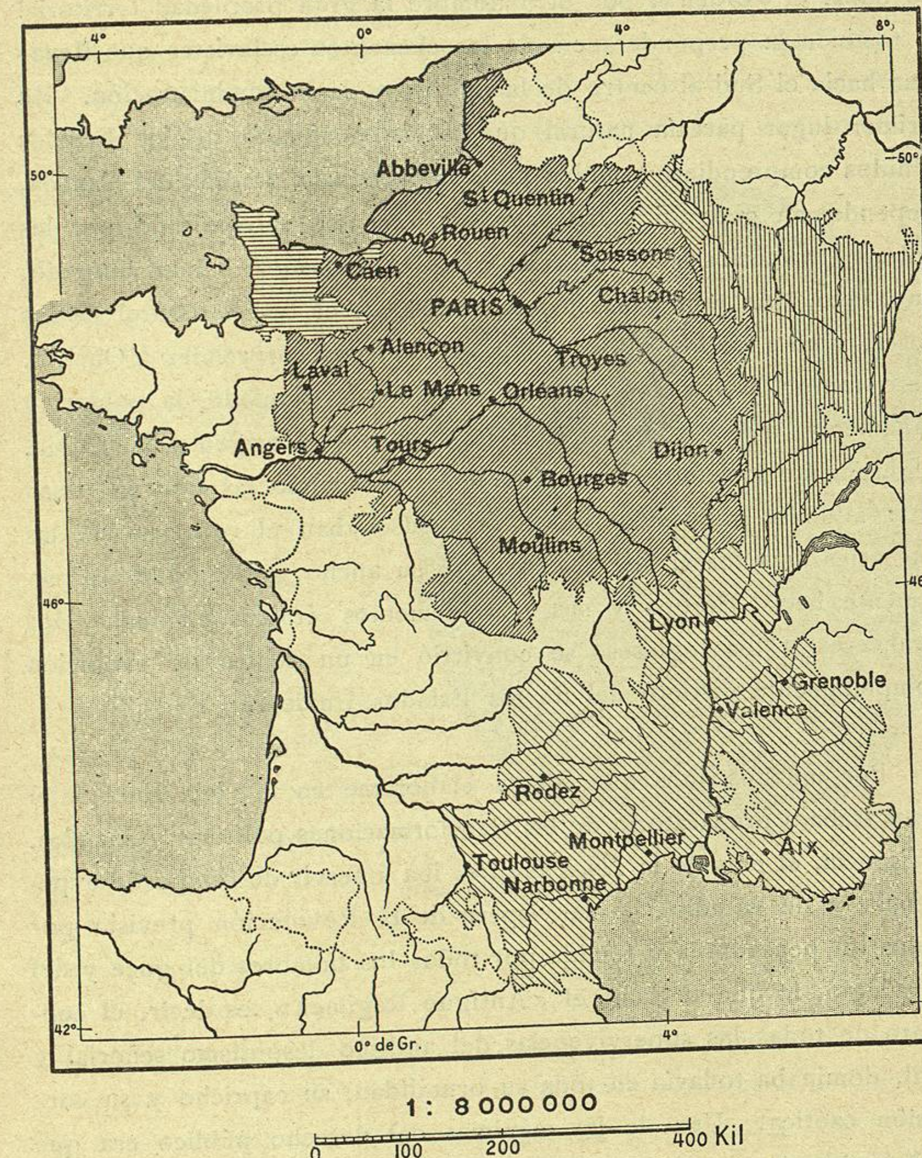


diez mil al año; pero no lo hizo. Algunos plantadores, en muy corto número, dieron la libertad á sus negros, en tanto que la nación misma, representada por sus delegados oficiales y votando su constitución solemne fingía ignorar la existencia de la abominación consistente en la apropiación absoluta del hombre negro por el hombre blanco.

Evitábase pronunciar el nombre de la institución maldita, pero se daba la preponderancia á los Estados del Sud, donde la influencia de los propietarios de esclavos dominaba sobre la de los trabajadores libres: el número igual de senadores para cada Estado, cualquiera que fuera el número de los habitantes, constituía una ventaja muy grande para la región donde los colonos estaban más diseminados, es decir, la parte meridional de la Unión, y esta ventaja, contraria á la equidad natural, debía aumentarse de año en año, á medida que la población normal de la República se aumentaba en el Norte con el comercio y la industria. Virginia, que al fin de la Revolución estaba en primer término entre los Estados por el número de los residentes, perdió esa preponderancia material en 1810, y desde aquella época ha retrocedido cada vez más hacia el último término; en 1900 ocupaba el sexto lugar entre los trece Estados primitivos. Otro privilegio atribuía á los poseedores de esclavos tres votos suplementarios por cada lote de cinco hombres de que se componía su presidio de trabajadores.

Por último, pareció conveniente cambiar el centro político de la Unión: en lugar de permanecer en Filadelfia, la «ciudad del Amor Fraternal», que se hallaba en territorio de colonización libre, el Congreso, donde dominaban los plantadores virginios, decidió que convendría emigrar al Sud, en país de esclavitud, á un territorio á orillas del Potomac, incluído en el Estado del Maryland, y, por decirlo así, al alcance del anteojo del general Washington, que residía en Mount Vernon, en su casa de campo de Virginia. Se ha supuesto que la fundación de Washington tenía por objeto sustraer la majestad de la nación á las impuras solicitaciones del comercio y á las influencias desmoralizadoras de la multitud, pero en ese caso, corría también el peligro de exceptuarse del examen é intervención de la opinión pública para ser entregada á la omnipotencia oculta de las camarillas. Como quiera que sea, la ciudad capital fué construída sobre un extensísimo plano con la esperanza de que rápidamente llegaría á ser una nueva Memphis ó Roma, pero el territorio pantanoso y el aire impuro de la comarca retardaron mucho la afluencia de los inmigrantes, y durante más de un siglo Washington mereció ser conocida con el nombre de «Ciudad de las distancias magníficas»:

N.º 423. Gabelas de Francia (Véase página 622).



El precio de la sal era de unas 60 libras en el país de *gran Gabela* (principales alfolíes desde Abbeville á Angers y á Moulins), de 30 en los países de *pequeña Gabela* (desde Lyon á Aix y Tolosa), de 20 en los *Países de Salinas* (Este de Francia), de 15 en el Rethelés, de 13 en los países de *quart bouillon* (Cotentin), de 7 en las provincias *redimidas* (Poitou, Auvernia, Guyena y Gascuña), de 3 ó de 4 en las provincias francas (Flandes, Artois, Bretaña, Bas-Poitou y Bearn). — A. Debidour en el *Atlas Schrader*.

los grandes edificios del Estado se elevaban en medio de las soledades.

Si la revolución no se propagó hacia el Norte al otro lado del San Lorenzo, ha de atribuirse en gran parte al movimiento de reacción de los Estados Unidos en el sentido de lo que ordinariamente

se llama el «orden», por otro nombre la gran propiedad territorial ó también la preponderancia de los elementos esclavistas que llevaban hacia el Sud el centro de la política y de la administración. En primer lugar parecía natural que la independencia de los Estados Unidos comprendiera también para Inglaterra la pérdida del Canadá, dependencia geográfica del inmenso territorio reivindicado por las colonias victoriosas del litoral. Los Americanos habían juzgado, en efecto, que esta consecuencia estaba en el orden natural de las cosas, y en 1775 los «Bostonianos» intentaron sorprender á Quebec, pero fueron rechazados, y aunque hubieran triunfado, la población canadiense, á la sazón casi toda francesa por el origen y la lengua, seguramente los hubiera acogido mal, recordando las injurias pasadas: aquellos supuestos libertadores suscitaban el recuerdo de las barbaries anteriores. El Canadá, con su ancho golfo abierto directamente hacia Europa y sus dos elementos étnicos en lucha, los Franceses y los Ingleses, se convirtió en un centro de evolución completamente distinto del de los Estados Unidos.

Por muchos años aún, debía elaborarse en la vieja Europa el gran trabajo preparatorio de las transformaciones políticas y sociales, y Francia, el país de la *Enciclopedia*, iba á servir de campo de experiencia y de estudio. A la víspera de la Revolución prevista por todos los pensadores y temida por todos los hombres del goce y del privilegio, lo que se llama el «Antiguo Régimen», es decir, el conjunto de todas las supervivencias del antiguo despotismo señorial y real, dominaba todavía en toda su brutalidad, su capricho y su confusión caótica. Una de las máximas del derecho público era que «al pueblo pueden imponérsele, arbitrariamente, tributos, y obligaciones personales» y no era menos establecido que si nobles y sacerdotes contribuían con su hacienda á la cosa pública era á título excepcional y protestando de su derecho normal á la exención de todo impuesto. La «gabela» (impuesto sobre la sal) era, entre todas las tasas, la más odiada, porque ninguna fué más inicua, y daba lugar á verdaderas persecuciones, toda vez que el consumo de la sal era obligatorio, y cada individuo mayor de siete años debía comprar anualmente lo menos siete libras, la «sal del deber».

Por miles se contaban las prisiones de salineros y contrabandistas, por centenares los sentenciados á galeras; en caso de reincidencia, los desgraciados convictos de haber traficado con «sal falsa» morían en la horca. Las fronteras de las aduanas interiores, que todavía subsisten á la entrada de las ciudades bajo la forma de casilla de consumos, recortaban el reino en Estados distintos y enemigos, cuyos pasos estaban guardados por el ejército, y á lo largo de esos límites de provincias y distritos, el caos de leyes, de restricciones, de exenciones locales ó personales, tan intrincado que nadie podía entenderse en él, dejaba toda licencia al capricho de los exactores. De todas las infamias cometidas de ese modo, el Estado podía declararse inocente, puesto que la mayor parte de los orígenes de rentas se arrendaban á grandes personajes, los «arrendatarios generales», que disponían á su antojo de la fuerza armada y podían hacer que se pronunciaran sentencias á la cárcel, á galeras, á la horca. Después repartían los beneficios con los cortesanos y cortesanas para quedar bien en la corte y no suscitar demasiada envidia contra su insolente fortuna. En cuanto á los miles y miles de individuos arruinados por semejante régimen que pesaba sobre todo el trabajo de la nación, les quedaban los «encierros» y las galeras, á que de derecho se condenaba á todos los vagabundos, «aunque no se les acusase de ningún crimen ó delito».



Gabinete de las Estampas.

TURGOT

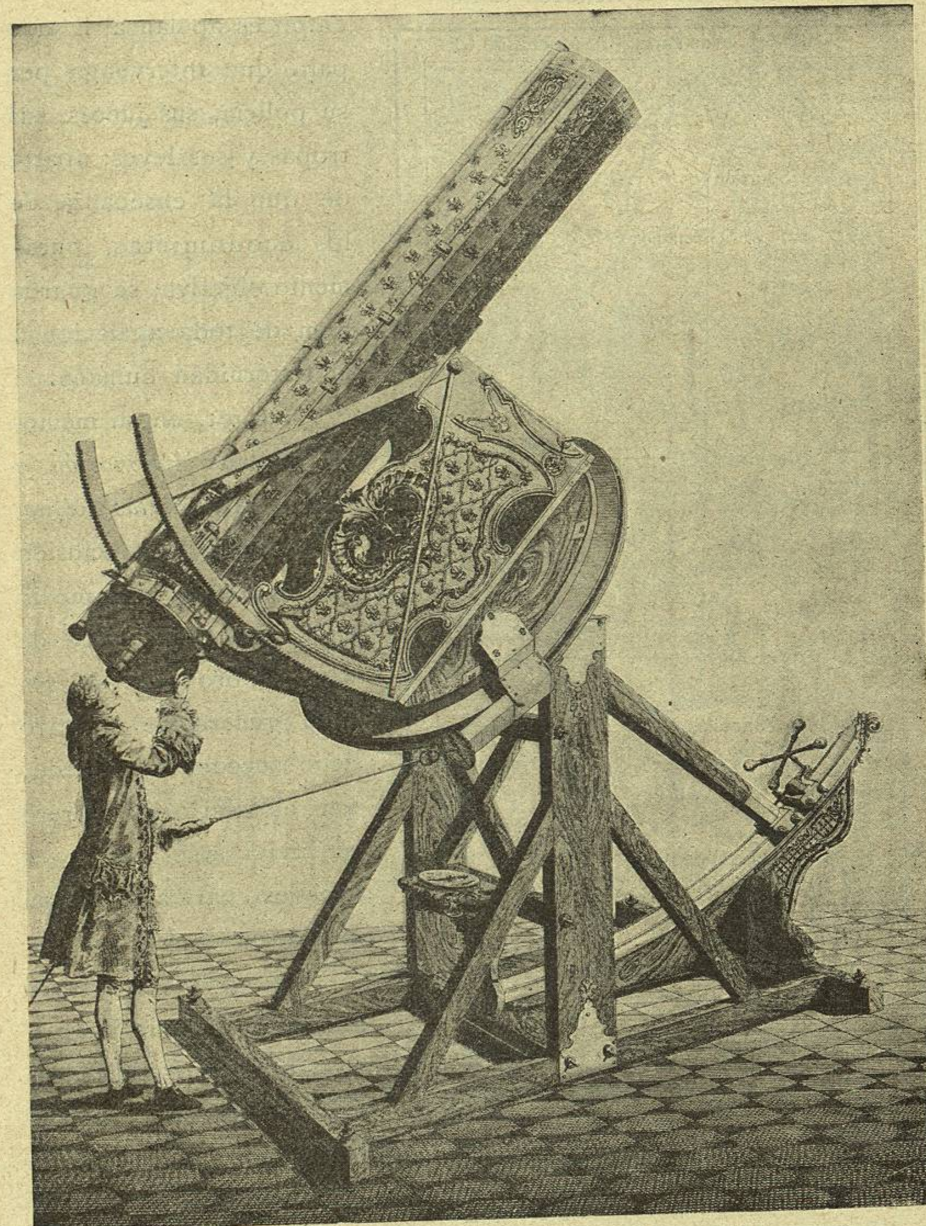
nació y murió en París 1727-1781.

Con ocasión del cambio de reinado, en 1774, cuando el tímido y dulce Luis XVI sucedió á su abuelo, caído en el egoísmo repug-

nante de la baja disolución, los eternos cándidos que miran siempre hacia el poder, con la esperanza de que el buen tirano realice el ideal de justicia que por sí mismos son incapaces de realizar, no dejaron de sentir confianza y clamaron hacia el joven rey para que hiciere la felicidad del pueblo. Acudieron reformadores de todas partes y cada uno se creía en posesión de la panacea. Al menos la opinión exigía que la monarquía se prestase á una tentativa leal, y, en efecto, después de largas vacilaciones y de inhábiles tanteos, Luis XVI designó, ó por mejor decir, dejó designar á Turgot, de quien la fama decía ser á la vez el más inteligente y el más probo, y quien, en su intendencia del Limousin, había atestiguado una bondad real y una solicitud activa en pro del pueblo. Turgot, por una labor de todos los instantes, intentó la gran reforma nacional que se esperaba de él. Pertenecía, aunque de una manera independiente, á la escuela de los «fisiócratas», es decir, de los que querían, con el médico Quesnay, «gobernar por la naturaleza»; Turgot comprendía que, de todas las reformas, la más urgente era liberar la tierra, pero quería también establecer la libertad de la industria, del trabajo en todas sus formas, y sobre todo emancipar el trabajador. Su primer acto fué asegurar la libre circulación de los cereales (Septiembre 1774), y el último, durante su corto ministerio de lucha que duró dieciocho meses, fué abolir el servicio personal.

Era demasiado: todos los beneficiarios del régimen de opresión se sintieron perjudicados y se ligaron contra él; desde la reina, á quien se negaban los anticipos, hasta el último de los frailes, de los nobles arruinados y de los ministriles, y cayó bajo la coalición de las personas interesadas en conservar los abusos, «porque, como decía el mismo Turgot, no hay ningún abuso del que no viva alguien»; cayó bajo la maldición universal de los parásitos, pero con la conciencia, tan rara en un ministro, de haber permanecido hasta lo último fiel á su programa. Si ejerció el poder, y hasta con severidad, puesto que tambien hizo levantar horcas, no fué bajo muchos aspectos más que un hombre de oposición y de rebeldía contra los abusos de la corte y de la nobleza; en realidad representaba una escuela cuya divisa es absolutamente contraria á los mismos principios del Estado: «¡Dejad hacer! ¡Dejad pasar!»

Tal era la doctrina que formularon siempre los economistas, y que en el siglo XIX pareció la única ley del trabajo. En realidad,

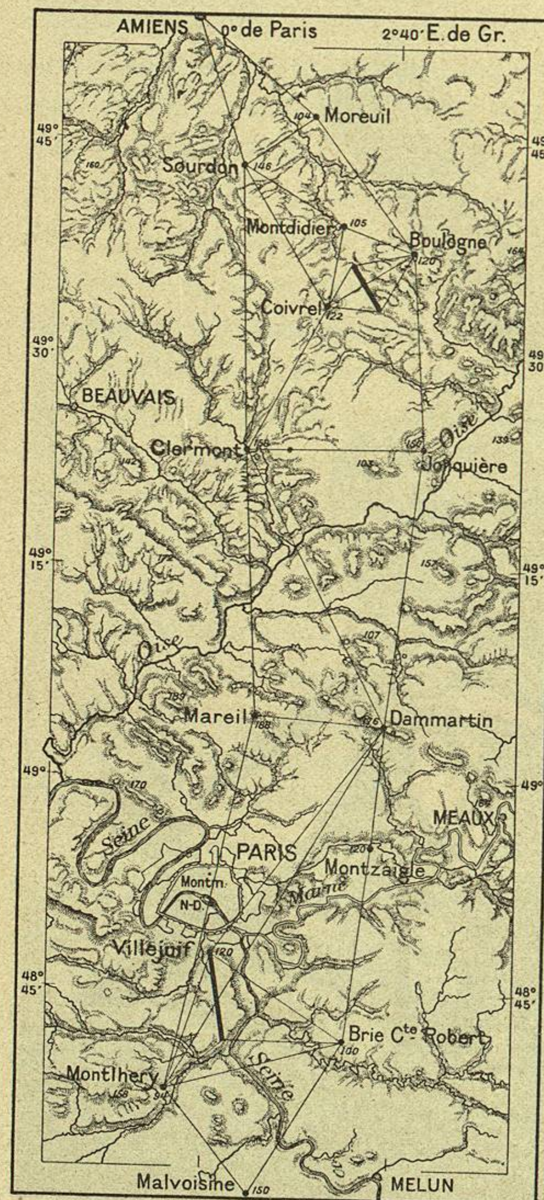


UN TELESCOPIO EN EL SIGLO XVIII

hasta el presente, esa doctrina, de la que se ha reído mucho sin razón, no ha sido aplicada nunca, sobre todo, preciso es decirlo, por culpa de los mismos economistas: suelen dejar hacer y dejar pasar

cuando conviene á los intereses de su casta, pero no dejan hacer ni pasar cuando las reivindicaciones de los trabajadores les parecen demasiado apremiantes; entonces apelan al Estado para que intervenga por su policía, sus jueces, sus tropas y sus leyes; aparte de que la enseñanza de los economistas, puramente objetiva, se guarda bien de toda apelación á la fraternidad humana.

N.º 424. Medida del Arco Malvoisine-Amiens.



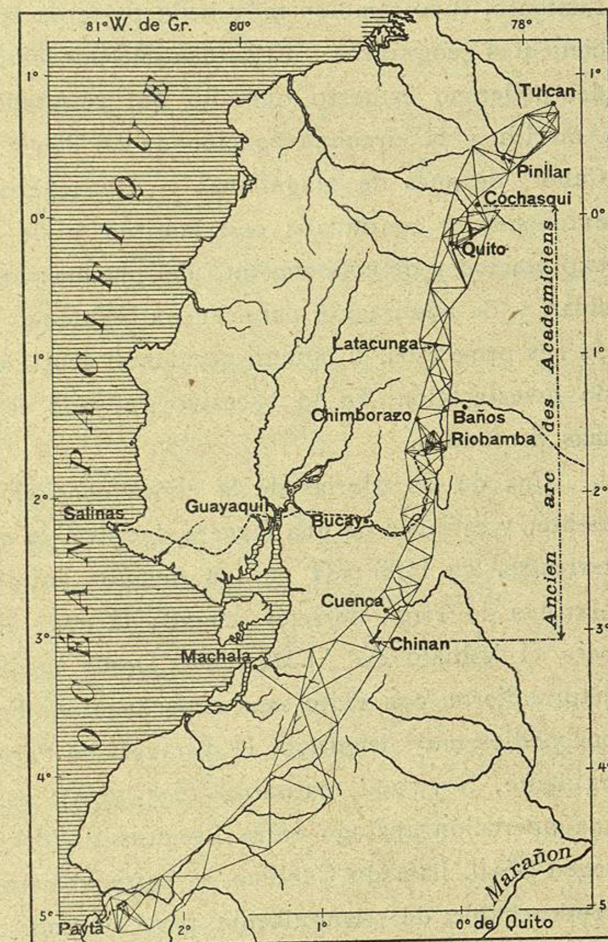
El mapa está á la escala de 1 á 1 000 000.
Este trazado se efectuó en 1666 por el clérigo Picard, y se renovó en 1739 por Francisco Cassini.

Turgot, en su memoria titulada *Formación y distribución de las Riquezas*, formuló la conclusión que se conoce hace medio siglo con el nombre de «ley de bronce»: — «En todo género de trabajo debe suceder, y sucede, que el salario del obrero se limita á lo que le es necesario para asegurar su existencia».

En 1776, el mismo año de la caída de Turgot, se publicó en Inglaterra la Biblia de la Economía política, la obra capital de Adam Smith sobre la *Riqueza de las Naciones*. ¡Cuántas obras preciosas se publicaron en aquella hermosa época, de que los gobiernos hubieran podido aprovecharse, si las buenas y más sinceras voluntades no se hubieran aniquilado

por los apetitos y los caprichos de los parásitos de la corte y de los privilegiados de todas clases que pululan alrededor de las iglesias y de los palacios! En Francia especialmente, el pillaje de la fortuna nacional continuó desenfrenado bajo los diversos ministros que el favor y las intrigas llevaban al poder: no se hizo nada constante para conjurar aquella Revolución que todos preveían hacía ya mucho tiempo y cuya sombra aumentaba formidable sobre las iluminaciones, las comedias y las fiestas. Danzando, como en los cuadros macabros de Holbein, los grupos de bellas damas y señores elegantes corrían en turbulento remolino obedeciendo al llamamiento de la muerte.

N.º 425. Triangulación en el Ecuador.



Esta triangulación es en realidad la efectuada de 1902 á 1906; mide las tres bases de Payta, Riobamba y Tulcan. Las dos bases de Chinan y de Quito son las del arco de los Académicos entre Chinan y Cochasqui.

Durante aquella época, arrastrada por un movimiento general de libertad, hasta la misma España participó en la transformación de las ideas. La potencia clerical perdió su carácter de dominación franca y hubo de subordinarse al poder civil. Un concordato celebrado con el papa en 1753, libertaba ya un poco al pueblo del capricho absoluto de los sacerdotes: la Inqui-

sición, menos arrogante, no osaba ya perseguir á los escritores que repetían, atenuándolas, las palabras revolucionarias de ultra-Pirineos.

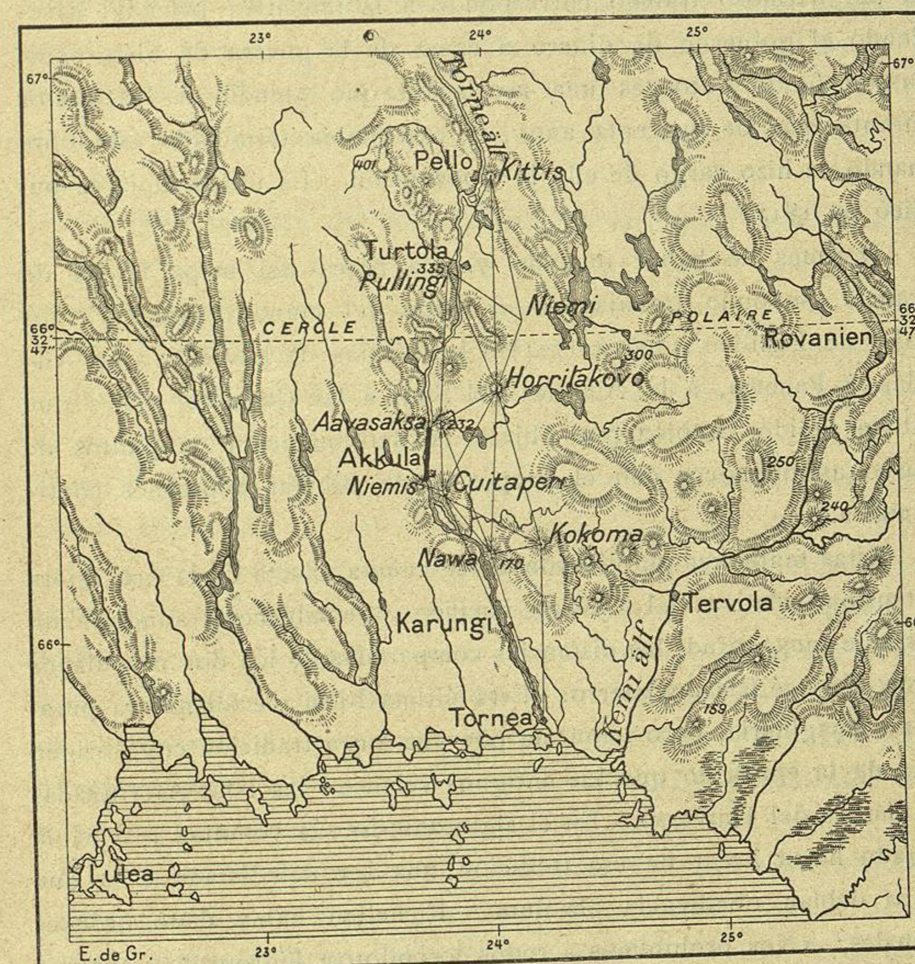
El siglo XVIII, tan grande en la exploración del mundo del pensamiento, tuvo también muy bella parte en la extensión de los conocimientos geográficos. El entusiasmo por los viajes disminuyó después del poderoso esfuerzo que dió por resultado el descubrimiento de América y la circunnavegación de la Tierra. Después de Colón y Cabot, después de Magallanes y Alburquerque, Europa se hallaba extenuada y continuaba con lentitud y sin entusiasmo la obra de exploración y de conocimiento del planeta: los sentimientos de curiosidad y de admiración parecían extinguidos. Pero con la conciencia de sus progresos, el mundo occidental sentía despertar todo su ardor de investigación, en lo sucesivo apoyado sobre estudios científicos más profundos.

Una de las glorias de la época consistió en emprender nuevamente, y esta vez de una manera decisiva, la medición de la redondez terrestre, ya intentada en los tiempos antiguos por Eratóstenes y Marinus de Tiro; después, cuando la gran floración de los Arabes, bajo el kalifato de Al-Mamun. Desde mediados del siglo XVI se emprendieron con éxito esos experimentos: Fernel (1497-1558) medía por medios muy primitivos la distancia de París á Amiens; en el siglo siguiente, Norwood realizaba (1633-1636), con mucho más cuidado, una operación análoga entre Londres y York, y el holandés Willebroed Snell, llamado Cnellius, se entregaba (1617) á un procedimiento irreprochable de triangulación para determinar las latitudes exactas de Bergen-op-Zoom y de Alkmaar.

Además se viajaba fuera de Europa para obtener medidas de mayores dimensiones. En 1672, Richer fué á Cayena, cuya posición verdadera respecto á París fijaba con una precisión sorprendente, y en ese mismo viaje comprobaba, por las observaciones del péndulo, que la Tierra está abultada en el ecuador: fué el primer dato que poseyó la ciencia sobre las desigualdades del esferoide planetario. Otras observaciones hechas en Gorea confirmaron el descubrimiento de Richer. Poco después se ocupaba, no ya de medir simplemente una distancia sobre la superficie terrestre, sino de trazar toda una

red de líneas entre puntos fijados por trabajos astronómicos. Así fué como, bajo la dirección de Picard, se hizo (1666) un trazado de arco entre Malvoisine, cerca de Melun, y Amiens, y como, por extensión gradual de los triángulos en dos direcciones perpendiculares,

N.º 426. Triangulación en Laponia.



La base fué medida sobre el hielo del río Tornea durante el invierno de 1736.

La Hire y Jacques Cassini, aprovechando las mejoras introducidas por Huyghens en los aparatos de la visión, supieron apreciar la distancia de Dunkerque al Canigou y la posición respectiva de las grandes ciudades del reino.

Francisco Cassini pudo dibujar pronto el mapa de Francia, no por apreciación é impresión personales, sino según las mismas indicaciones que suministraban los astros y los cálculos de la triangulación. En 1747 mandó Luis XV que se publicara el mapa á gran escala, y la primera hoja apareció diez años después, pero la gloria de tan hermoso trabajo corresponde á la iniciativa privada: careciendo el gobierno de dinero á causa de la guerra de Siete años, Cassini fundó entonces una asociación que atendió á los gastos durante más de cuarenta años, y casi había terminado esta obra cuando se hizo cargo de ella la Convención. La última hoja se publicó en 1815.

Después de haber fundado ya las bases del mapa inicial de Francia, se pudo trabajar en el mapa del mundo, gracias á los viajes de Feuillée (1700 á 1724) á las escalas de Levante, á las Antillas, á Panamá, á la América del Sud, á las Canarias, viajes que habían tenido también por objeto la determinación de puntos de apoyo astronómicos con el propósito de dibujar contornos continentales.

Estas tentativas permitieron darse cuenta exacta de la prodigiosa extensión relativa del Océano Pacífico y establecer, aunque con bastante inexactitud, las distancias comparadas de los dos meridianos tipos, París é isla de Hierro. Esta última línea meridiana era puramente imaginaria, pero impuesta por una larga tradición cuyo origen data de la época en que los antiguos veían en las Islas Afortunadas los límites del Universo. En el siglo anterior, la voluntad real había llegado hasta hacer de esa tradición una ley del Estado á la que todos debían obediencia absoluta. Richelieu había dado órdenes formales: «Nos prohibimos á todos los pilotos, hidrógrafos, compositores y grabadores de mapas ó globos geográficos, de reformar y cambiar el antiguo establecimiento del Meridiano, constituyendo el primer meridiano en la parte más occidental de las islas Canarias... y por tanto queremos que en lo sucesivo reconozcan y coloquen en sus globos y mapas el primer meridiano en la isla de Hierro [1]. Este meridiano, que se supone conforme al que había designado vaga-

[1] *Declaración real de 1.º de Julio de 1634.*

mente Ptolomeo, ofrecía dos ventajas, continuar la tradición clásica y trazar una línea de separación entre el Mundo Antiguo y el Nuevo; además, para los marinos y sabios franceses ofrecía la gran comodidad de ser de hecho el meridiano de París, aumentado ó disminuído de veinte grados, según las posiciones occidental ú oriental de los lugares. Como la isla de Hierro no poseía observatorio, todos los cálculos se hacían en París [1]. Sábese actualmente que el grado 20 de longitud occidental no atraviesa la isla de Hierro, sino que pasa en plena mar, á unos veinte kilómetros al Este, del lado de la isla Gomera.

La gran cuestión del aplanamiento de la Tierra en la dirección de los polos exigía la partida de dos expediciones, una hacia las regiones polares, otra hacia las tierras ecuatoriales. Los viajeros de Laponia, Maupertuis, Clairaut, el sueco Camus y Lemonnier comenzaron sus trabajos en 1736 en Tornea, al extremo del golfo de Botnia, y midieron la comarca de cerca un grado en la dirección del Norte, y el resultado fué el que se esperaba: el grado era más largo que en Francia.

Por otra parte, los físicos y astrónomos de la expedición ecuatorial hallaron el fenómeno contrario respecto de la longitud del grado sobre el abultamiento de la cintura terrestre. Los sabios franceses y españoles Bouquer, Godin, La Condamine, Ulloa y Jorge Juan desembarcaron en Guayaquil, en la parte de la América meridional conocida hoy con el nombre de Ecuador, y, subiendo á la meseta que domina paralelamente las dos cadenas del Chimborazo y del Cotopaxi, reputadas entonces como las montañas más altas de la Tierra, se dedicaron á medir un arco de meridiano terrestre de más de tres grados de longitud de Norte á Sud. El trabajo, proseguido con el mayor cuidado, duró seis años y permitió trazar un mapa de la comarca de una exactitud admirable, superior hasta á la que cincuenta años después pudo obtener Humboldt en su memorable *Viaje á las regiones equinocciales* [2]. Esta medida de arco de la expedición ecuatorial, llevada á buen fin, á pesar de las dificultades y los peligros,

[1] J. Gebelin, *Essai de Géographie appliquée*, «Bull. de la Soc. de Géogr. Commercial de Bordeaux», 3 Febrero 1896.
[2] Theodor Wolf, *Verhandlung der Gesell. für Erdkunde zu Berlin*, 1891.

la aspereza del clima, los temblores de tierra, la falta de subsidios, el hambre y hasta la discordia, fué un gran acontecimiento científico, y se cuenta también en la historia de la fraternidad de los pueblos, puesto que en nombre de la ciencia, el territorio cerrado de la América española se abrió á los sabios de raza extranjera. Verdad es que después de la partida de aquellos huéspedes se vengaron de ellos derribando las pirámides que habían levantado en los dos extremos de su línea de base. El patriotismo de la época lo quería así: á lo menos le bastaba con derribar aquellas piedras que una nueva y costosa expedición ha restablecido en la actualidad.

La era de las grandes exploraciones científicas quedaba definitivamente abierta. El conocimiento del cielo, cuyos movimientos eran ya medidos por el cronómetro, ayudaba á conocer la Tierra, que se estudiaba más á fondo en todos sus fenómenos físicos y en sus productos de toda especie, incluso el Hombre. Una ardiente emulación de descubrimientos se producía entre las diversas naciones de Europa, y muchos buques llevaron, y muchas tierras albergaron sabios de patrias diferentes, sintiéndose dichosos de colaborar fraternalmente en la misma obra de ciencia útil para todos los pueblos. Entre tantos viajes memorables que contribuyeron á hacer del planeta un conjunto armónico sometido á las mismas leyes, deben citarse especialmente las peregrinaciones de Carsten Niebuhr en Arabia y en el Asia Anterior, lo mismo que las expediciones oceánicas de Bougainville, de Cook y Forster. Niebuhr dejó un incomparable resumen de sus investigaciones de siete años, modelo difícil de igualar por los viajeros que le sucedan. Bougainville descubrió muchos archipiélagos del Pacífico, entre otros el de Tahiti, la «Nueva Citerea», de la cual la imaginación de los lectores, entusiastas por el ideal de una transformación próxima, quiso hacer á toda costa un lugar de delicias, un paraíso de libertad, de abandono fraternal y de amor; por último, James Cook, marino de una audacia y de una sagacidad insuperables, casi no dejó problemas geográficos sin descubrir en la inmensa extensión del Pacífico; hasta franqueó (1773) el círculo polar meridional, llegó á los hielos antárticos en busca del gran continente boreal, y, el primero entre los navegantes, dió

la vuelta al mundo en el sentido de Oeste á Este, contrario al movimiento de los alisios.

A James Cook se debe también la fijación de los límites del continente australiano. Los Portugueses establecidos en las Indias orientales en el siglo XVI tenían ciertamente noción de una gran tierra de la cual percibían algunos cabos á menos de 500 kilómetros al Sudeste de Timor. Sus sucesores, los Holandeses, en su período heroico, hicieron muchas expediciones para estudiar los sitios accesibles de aquel territorio; á consecuencia de los dos viajes de Tasman (1642-1644), las costas de Nueva Holanda fueron vagamente marcadas sobre más de la mitad de su periferia, desde el estrecho de Torres á la tierra llamada entonces Van Diemen, del nombre del gobernador establecido en Batavia. Pero el litoral reconocido era el menos hospitalario de aquella tierra que se pensaba generalmente que se extendía hasta el polo sud, y pasaron ciento veinte años antes de que se hiciera una nueva exploración. En 1770 Cook exploró la costa oriental y abordó á Botany-bay. Los primeros inmigrantes, llegados de Inglaterra, se instalaron en 1788, pero el interior no fué visitado hasta el siglo XIX: entonces comenzaron las dificultades particulares que allí había de encontrar el Europeo.

A aquella conquista extensiva del mundo por los grandes exploradores correspondía en Europa el estudio intensivo de los lugares, de las montañas, de todos los fenómenos terrestres. Martel trazaba en 1741 el «plan de los glaciares de Chamouny y de las más altas montañas» [1], luego Horacio de Saussure recorría los Alpes como sabio, y después Balmat se dirigía al gigante de las «montañas malditas», el Mont Blanc, recientemente descubierto por los ingleses Pococke y Wyndham; Franklin y Nollet jugaban con el rayo, y Montgolfier lanzaba globos á la atmósfera. Verdad es que en otras épocas tuvieron lugar ensayos del mismo género; pero esta vez los experimentos habían interesado poderosamente la opinión para ser continuados regularmente y para que viajeros audaces, como Pilatre des Roziers, tomasen el camino de los aires. Se imaginó que la fuerza de la gravedad quedaba dominada para siempre, sin com-

[1] Joseph y Henri Vallot, *Annuaire du Club alpin français*, 1894.

prender aún cuántos obstáculos había que superar, cuántas dificultades que resolver y hechos que conocer, clasificar y condensar en leyes. Así era como el pueblo iba á lanzarse á la gran aventura de la Revolución francesa, de la cual habían de nacer tantas otras sobre ese camino que siguen los hombres en busca de la felicidad.



ÍNDICES

ALFABÉTICO

DE LOS MAPAS

Y DE LAS MATERIAS DEL CUARTO TOMO

prender aún cuántos obstáculos había que superar, cuántas dificultades que resolver y hechos que conocer, clasificar y condensar en leyes. Así era como el pueblo iba á lanzarse á la gran aventura de la Revolución francesa, de la cual habían de nacer tantas otras sobre ese camino que siguen los hombres en busca de la felicidad.



ÍNDICES

ALFABÉTICO

DE LOS MAPAS

Y DE LAS MATERIAS DEL CUARTO TOMO

ÍNDICE ALFABÉTICO

de los nombres propios contenidos en el tomo IV

Los nombres de pueblos están en **letra negra**; los nombres de autores, personajes históricos, etc., en *cursiva;* los países, montañas, ciudades, ríos, etc., en carácter común ó redondo.

Las cifras rectas se refieren al texto, las cifras inclinadas indican que el nombre correspondiente está localizado en un mapa en la página indicada.

A

Aa, río, *65*.
Aar, río, 20, *21*, *376*.
Aarau, loc., *376*.
Aavasaksa, monte, *629*.
Abadía de San Miguel, 325.
Abasia, *242*.
Abbeville, loc., *621*.
Abenaki, 611.
Abisinia, Abasia, 232, *242*.
Abisinios, 192.
Abraham, 350.
Acadia, *véase* Nueva Escocia.
Acadios, 588.
Acapulco, loc., *433*.
Acklin, isla, *261*.
Aconquija, monte, 450, 452, *475*.
Adda, río, *376*.
Adige, río, 33, *35*, 40, *41*, *376*.
Adirondack, montes, *591*.
Adolfo de Nassau, 98, 318.
Adria, loc., *35*.
Adriano, IV, papa, 10, 46, 408.
Adriático, mar, 33 á 37, *531*.
Adur, río, 264.
Afghanes, 222.
Afghanistan, ter., 236.
Africa, 15. 41, 53. 172, 192, 230, 233. 243 a 245, 250. 251, 254. 270. 276, 290, 316, 332. 338, 340, 412, 414, 506.
Agassiz (Sra), 419.
Agemés, 359.
Agnadell, oc., *331*.
Agnani, 127, 128.
Agra, loc., 581, 582.
Ahriman, 220.
Aiguesmortes, loc., 138.
Ailly (Pedro de), 255. 258.
Aimaras, 405, 451, *455*, 458.
Ain, río, *19*.
Aisne, río, 61, *63*, *109*.
Aitoff, 549.
Aix-en Provenza, loc., *81*, 90. 564. *621*.
Aix-la-Chapelle, loc., *349*, *381*, 584.
Akbar, 564. 586.
Akkula, loc., *629*.
Aksu, loc., *183*.
Alabama, río, *473*, *571*, *589*.
Alaguilak, lengua, *445*.
Alainos, 214.
Alai, montes, 218.
Alais, loc., *521*.
Alaska, ter., 420, *421*.
Alava, ter., *25*.
Albacete, loc., *410*.
Alba (Duque de), 378, 379, 580.
Alban, monte, 446.
Albaneses, 228.
Albania, ter., 25. *225*, *531*.
Albany, loc., *591*.
Albenakis, 611.
Albert, emp. al, 98.
Alberti (Battista), 288, 306.
Albi, loc.. 10, *57*, *81*.
Albigenses, 10, 11, 49, 51. 57, 107, 108, 164.
Albo, 283.
Alboran, isla, *339*.
Alburquerque, 231, 232, 278, 282, 401, 628.
Alcalá de Henares, loc., 403.
Alcantara, loc., 173, 174.
Alcira, loc., *410*.
Alcoy, loc., *410*.
Aldgate y Aldersgate, en Londres, *112*.
Alejandría, Egipto, *71*, 278.
Alejandrinos, 255.
Alejandro el Grande, 228, 405. 528.
Alejandro II, III, Escocia, 97, 108.
Alejandro, III, IV, papas, 10, 46, 102.
Alejandro VI, (Borgia), 269. 302, 304, 343, 408, 466.
Alejandro VII, papa, 558.
Alemán (Diego), 462.
Alemanes, 46, 120, 121, 122, 162, 330, 334, 524, 575.
Alemania, 9. 10, 19. 34, 37, 40. 46. 54, 64, 66. 67, 70, 94, 98 a 102, 104. 113, 114, 116. 118, 120, 122, *124* á 128, 165. 206, 210, 239, *242*, 287, 289. 302, 310, 311. 314 316, 319, 320, 326, 334. 335, 336, 345. 347, 351, 361, 363, 364, 365. 370. 371. 372, 373, 374, 377. 378, 395, 495, 496, 498. 500, 514, 518, 521. 522 á 525, 530, 532, 538, 574. 576, 580, 600, 602, 605.
Alençon, loc., *329*, *621*.

Alessandria, Italia, 43, 45.
Alexis, emp. ruso, 481, 552.
Alfinger, 465.
Alfonso III, Portugal, 184
Alfonso de Castilla, 120.
Alfonso de Tolosa, 16.
Algarve, ter., 174.
Algeciras, loc., 173.
Algoa (Bahía de), 251, 252.
Algonquinos, 589, 611.
Alhambra de Granada, 84.
Alhucemas, isla y bahía, 339.
Alicante, loc., 410, 411.
Alienor de Aquitania, 97.
Alkazar-el kebir, loc., 407.
Alkmaar, loc., 380, 381, 383, 628.
Allahabad, loc., 593.
Alleghany, río y monte, 473, 590, 619.
Aller, río, 369, 499, 523.
Allgau, ter., 369.
Allier, río, 111, 521.
Almaghmirin, 235.
Almagro, 402, 403, 413, 466, 477.
Al-Mamun, 235, 628.
Almansa, loc., 410, 411.
Almeida (De), 231, 278.
Almería, loc., 172, 173, 339.
Alnwick, 167.
Alófilos, 551.
Alost, loc., 65.
Alpes, 9 á 21, 33, 34, 40, 43, 48, 61, 100, 102, 113, 115 á 118, 121 á 124, 206, 306, 328, 330, 347, 358, 430, 484, 504, 530, 633.
Alsacia, ter., 329, 365, 498, 499, 518.
Alta Lorena, 47.
Altai, montes, 199, 205, 206, 609.
Altmansdorf, loc., 118.
Altmuhl, loc., 313, 369.
Altona, loc., 523.
Alto Palatinado, 499.
Altorf, loc., 376.
Altos de Aspaye, 567.
Amalecitas, 351, 476.
Amalfi, loc., 29, 48.
Amara-Mayo, Madre de Dios, río, 462.
Amazonas, 230, 250, 267, 451, 463, 466, 475, 489.
Amazonia,
Amberes, loc., 65, 329, 335, 381, 403, 404, 516, 580.
Amboina, loc., 402, 417.
Ameraca, Amaracapana, 270.
América, 233, 262, 269, 332, 408, 409, 420, 422, 426, 443, 446, 460, 465, 477, 504, 565, 568, 600, 601, 612, 628.
América Central, 260, 269, 273, 440, 443, 445, 446, 447, 452.
América del Norte, 237, 264, 420, 431, 479, 579, 610.
América del Sud, 263, 401, 406, 422, 447, 630, 631.
Americanos, 423, 614, 615, 616, 622.
Amerindianos, 430.
Amiens, loc., 60, 68, 81, 83, 88, 90, 101, 109, 149, 329, 626, 628, 629, 632.
Ammanati (Jacopo), 302.
Amoi, 552, 553, 554.
Amorrheos, 476, 502.
Amru, 236.
Amsterdam, loc., 69, 381, 404, 506.
Amu-daria, Oxus, río, 189, 218, 277, 609.
Amur, río, 215, 237, 421, 552, 609.
Amurat I, II, véase *Murad*.
Anabaptistas, 345, 370.
Ana de Austria, 509.
Ana de Beaujeu, 287.
Ana de Bretaña, 329.
Ana de Inglaterra, 563.
Ana de Rusia, 481, 529, 530, 564.
Anahuac, ter., 430, 431, 433, 436, 440, 442, 443, 450.
Anatolia, ter., 531.
Anchieta, 401.
Ancona, loc., 9, 24, 331.
Andaluces, 412.
Andalucía, ter., 411.
Andernach, loc., 69.
Andes, 27, 450, 452, 454, 462, 463, 465.
Andhra, loc., 183.
Andrea del Sarto, 299, 344.
Andrea del Verocchio, 293.
Andrinópolis, Edirneh, loc., 225, 226, 531.
Anduze, loc., 521.
Angermunden, loc., 523.
Angers, loc., 81, 90, 101, 103, 621.
Angkor, loc., 188.
Anglo-Sajones, 474.
Angora, Ancyre, loc., 225, 228.
Angoumois, ter., 78.
Angulema, loc., 103.
Aniane, loc., 57.
Anjou (Duque de), 561.
Anjou, ter., 48, 103, 104, 107, 137.
Annam, Ciamba, 188, 189.
Annapolis, loc., 469, 470, 586, 587.
Annecy, loc., 329.
Ansa, 11, 66, 68 á 70.
Ansbach, Anspach, loc., 313, 577.
Anta, 552.
Antakja, Antioquía, loc., 225.
Anticosti, isla, 469, 587.
Antiguo Mundo, 248, 255, 258.
Antillas, 237, 260, 262, 264, 266, 274, 420, 422, 425, 426, 431, 464, 466, 467, 473, 474, 475, 529, 630.
Antioqueños, 405, 448.
Aosta, loc., 43.
Aoudbn, ter., 586.
Apalaches, 589, 612.
Apalachicola, río, 589.
Apeninos, montes, 40 á 42, 306.
Apolo, 302.
Appenzell, loc., 376.
Apt, loc., 81.
Apura, río, 203, 449.
Apurimac, río, 463.
Aquilea, loc., 33.
Aquitania, ter., 100, 104, 106, 133, 144.
Aquitanos, 138.
Arabes, 26, 36, 46, 48, 50, 72, 80, 84, 171, 172, 174, 179, 193, 194, 234, 235, 241, 243, 244, 256, 279, 306, 310, 322, 323, 415, 422, 628.
Arabia, 12, 80, 223, 256, 257, 277, 632.
Arabia feliz, 242.
Aragón, ter., 55, 57, 172, 174, 238, 259, 287, 337, 338.
Aragoneses, 57, 58.
Aral, mar, 191.

Araucanos, 405, 434, 455, 462, 466.
Araxe, río, 225.
Arbois de Jubainville (De), 296.
Arcetri, loc., 525.
Archipiélago de las Perlas, 274.
Archipiélago egeo, 235, 238.
Archipiélago indonesio, 189.
Archipiélago Polar, 428.
Ardeche, río, 521.
Ardenes, montes, 110, 515, 518.
Arequipa, loc., 463.
Arezzo, loc., 98, 288, 344.
Argel, loc., 339, 506, 507.
Argelia, ter., 412.
Argentina, 372, 422, 450, 452, 455, 475.
Aria, loc., 242.
Arica, loc., 451, 455.
Ariege, ter., 57.
Ariosto (Ludovico), 299, 330, 344.
Aristófanes, 72, 235, 319.
Aristóteles, 319, 388, 389, 393, 394.
Arizona, ter., 436.
Arkansas, río y loc., 571, 589.
Arkhangelsk, loc., 535, 537.
Arles, loc., 19, 47, 57, 103, 123, 329, 521.
Armagnac, ter., 108, 153.
Armenia, 213, 224, 225, 234, 235, 242.
Armenios, 524.
Armingaud (J.), 37.
Armoricanos, 142.
Arnaldo de Brescia, 9, 42, 50.
Arnolfo di Lapo, 88.
Arno, río, 39, 42, 303.
Arnould (Víctor), 72.
Arras, 62, 63, 65, 66, 97, 109, 149, 516.
Artemis, 229.
Artevelde (van) J. y Ph., 98, 135, 150.
Artois, ter., 66.
Ascelín, 211.
Ascensión, isla, 251.
Asia, 35, 53, 80, 177, 178, 182, 186, 190, 192, 193, 200, 257, 270, 272, 274, 277, 310, 322, 414, 422, 490, 506, 535, 550, 556, 586, 594, 607, 609.
Asia Anterior, 632.
Asia Central, 191, 241, 420, 608.
Asia Menor, 94, 207, 224, 234, 242, 278, 540, 546.
Asia Oriental, 259, 290, 490, 558.
Asiáticos, 420.
Asiria, 242.
Aspern, loc., 118.
Asti, loc., 43.
Astier (Sra.), 237, 249.
Astrakhan, loc., 537, 544, 546.
Atacama, 455, 458.
Atahualpa, 403, 460.
Atchuba, río, 216.
Atenas, loc., 234, 299, 300.
Athos, monte, 178.
Atila, 206, 406.
Atlántico, 235, 238, 251, 254, 258, 262, 263, 265, 266, 269, 275, 283, 349, 408, 463, 464, 489, 609.
Atlas, montes, 339.
Atrato, río, 266, 449, 567.
Aube, río, 107.
Aubin, 437.
Auch, loc., 81, 90.
Audenarde, loc., 514, 516, 529.
Aude, río, 23, 55, 57, 138.
Audh, loc. y ter., 183.
Augsburgo, loc., 115, 124, 310, 335, 344, 353, 377, 465.
Augsburgueses, 334.
Augusta, loc., 591.
Augusto, II, III, Polonia, 564, 602.
Aureng Zeb, 564, 582, 585.
Austin, 582.
Australia, 416, 421.
Austrasianos, 55.
Austria, 22, 47, 116, 117, 124, 126, 164, 287, 416, 484, 496, 497, 498, 530, 532, 563, 574, 575, 577, 578, 579, 603, 604, 605, 606.
Austriacos, 531, 579.
Authie, 65.
Autun, loc., 111.
Auvernia, ter., 78, 100, 103, 144, 153.
Auxerre, loc., 81, 111,
Avempace, Ibn Badja, 322, 323.
Avendt, 186.
Avesnes, loc., 65.
Avezac (De), 237, 246, 254, 268.
Avicena, Ibn Sinna, 323.
Aviñón, loc., 10, 98, 128, 129, 317, 318, 329, 331, 349.
Avon, río, 491.
Aymonnier (E.), 189.
Ayr, loc., 169.
Azay-le-Rideau, loc., 323.
Azerbeidjan, ter., 209.
Azincourt, loc., 97, 140, 151, 153, 516.
Azore Flores, 274.
Azores, islas, 245, 247, 255, 256, 258, 268, 269, 489.
Azov, loc. y mar, 206, 225, 531, 537, 546.
Aztecas, 405, 435, 436, 438, 440, 441, 442, 443, 466.
Azuero, loc., 567.

B

Baber, 582.
Babilonia, loc., 80, 278.
Babilonia, ter., 180.
Babilonios, 298.
Bachkires, 210, 609.
Bacon (Francis), 403.
Bacon (Roger), 98, 258, 403.
Bactriana, ter., 177, 182.
Badajoz, loc., 173, 339.
Baden, ter., 344.
Baffin, 490.
Battindand, 265.
Baghavati, 189.
Baghivati Ganga, río, 585.
Bagsar, loc., 586.
Bahama, islas, 239, 260, 261, 263, 27[illegible], 589.
Bahía, loc., 267, 269, 475.
Bahía de Arguin, 247, 249.
Bahía de Baffin, 489.
Bahía de Cruz (de Algoa), 251.
Bahía de Hudson, 489.
Bahía de las Conchas, 280.
Bahía de las Rocas, 280.
Bahía del Choco, 449.
Bahía de los Calores, 469.
Bahía de San Julián, 281.

Bahía de Santa Elena, 251.
Bahía Rillens, 280.
Baikal, lago, 191, 551
Baikov (Alexis), 552.
Baireuth, loc, 313, 377, 577.
Baissac (Jules), 347.
Baja Alemania, 364, 370.
Baja Lorena, 47.
Balassore, loc., 593.
Balboa (Vasco Núñez de), 231, 272, 273.
Baldaya (González), 248.
Baleares, islas, 174, 248, 349.
Balkanes, montes, 226.
Balkh, loc., 183, 213, 219, 227.
Baliol, Escocia, 97, 168.
Ballesteros (Sixto L.), 462.
Balmat, 633.
Báltico, mar, 34, 66, 67, 69, 201, 216, 534, 537, 546, 548, 551, 607.
Baltimore, Estados Unidos, 619.
Baltimore, Irlanda, 506.
Baltimore (Lord), 478.
Bamberg, loc., 313, 317, 318, 353, 369, 377.
Banavasi, loc., 183.
Banda, mar, 279.
Bandar Abbas, loc., 224.
Bandelier (A. F.), 431, 436, 453, 462.
Baner, 481.
Bannockbum, loc., 97, 168, 169.
Baños, loc., 627.
Bapaume, loc., 65, 516.
Bárbaros, 23. 228.
Barbarroja (Bab' Aroudj), 507.
Barbarroja, véase *Federico*.
Barcelona, loc., 32, 57, 103, 173, 243. 247.
Bardvan, loc., 183.
Barents, 490.
Barine (Arvè de), 306.
Barmania, ter., 555.
Barros, 252.
Basilea, loc., 21, 98, 164, 344. 348, 353, 376.
Basnage, 596.
Bas Poitou, 621.
Bassiano, loc., 288.
Bastidas (Rodrigo de), 230, 266, 464.
Bastilla en París, 571, 572.
Batavia, loc., 402, 633.
Bátavos, véase **Holandeses.**
Batissier, 86.
Baton-Rouge, loc., 571.
Batu-khan, 177, 206.
Baumgarten, loc., 118.
Baviera, 9, 44. 47, 92, 114, 122, 124, 128, 393, 496, 499.
Baville (De), 521.
Bayaceto I y III, 177.
Bayeux, loc, 81.
Bayle (Pedro), 482, 525.
Bayona, loc., 18, 25, 81, 92.
Bazas, loc., 81, 140, 137.
Beachy Head, 495.
Bearn, ter., 621.
Bearnais, 24.
Beaucaire, ter., 148.
Beauce, ter., 111.
Beaumont, 403, 413, 492.
Beauvais, loc., 60, 81, 88, 90, 101, 109. 127. 626.
Beauvoisis, ter., 146.
Beazley (Raymond), 209.
Becket (Thomas), 102.
Behaim (Martín), 252, 256, 257, 258, 316.
Belalcázar, 465.
Belfort, loc., 517.
Bélgica, 61, 63, 64, 100, 111, 355, 388, 494.
Belgrado, loc., 530, 531.
Belize, loc., 444.
Bellagio, loc., 43.
Belle-Ile, isla, 469, 588, 594.
Belle-Ile, estrecho de, 468, 469.
Bellini (Giovanni), 288.
Bellinzona, loc., 331, 376.
Bellune, loc., 35. 43.
Bel (Thomas), 270.
Benares, loc., 593.
Bender-Abbas, 277.
Benedictinos, 295.
Benevento, loc., 331.
Bengala, ter. y golfo, 242, 277, 581, 585.
Bengali, 278.
Beni, río, 451, 463.
Beni-Israel, 351.
Ben-Jonson, 482, 492.
Benito XI papa, 98.
Benito de Sainte-Maure, 10.
Berbería, ter., 339.
Berberiscos, 465, 506.
Bereberes, 47, 171, 246.
Bergamo, loc., 43.
Bergen, loc., 68, 71.
Bergholz, loc., 523.
Berg-op-Zoom, loc., 381, 628.
Berkeley, 564, 602.
Bering, estrecho y mar de, 274.
Berlín, 124, 523, 575, 576, 577.
Bermudas, islas, 263, 589.
Berna, loc., 376.
Bernal Díaz del Castillo, 436.
Bernier, 582.
Beroe-Boedhoer, loc., 189.
Berri (Duque de), 563.
Berri, ter., 100, 144, 153.
Berruguete, 53.
Bertacchi (Cosimo), 240.
Bertran, 15.
Bertrand de Goth, véase *Clemente V*.
Berwick, 154, 170.
Besançon, loc., 81, 329, 349. 376.
Bettencourt (Juan de), 246.
Beuthen, loc., 577.
Beverley, loc., 91.
Bèze (Teodoro de), 344, 394.
Beziers, loc., 10, 53. 57.
Biarmianos, véase **Permianos.**
Biblioteca Nacional, *véase* Museos diversos.
Bielefeld, loc., 577.
Biclostock, loc., 577.
Bicocca (La), loc., 331.
Biddle, 264.
Bilbao, loc., 25.
Birkenhead, loc., 493.
Birmanos, 422.
Bisenzio, río, 303.
Bishopsgate, Londres, 112.
Biskra, loc., 243, 247.
Bitche, loc., 517.
Biterrois, 51.
Bitinia, 225.
Bizancio, *véase* Constantinopla.
Bizantinos, 80, 214, 228.
Bjornis, 252.
Blackpool, loc., 493.
Blainville, 524.
Blanc (Eduardo), 222.
Blaye, loc., 140, 153.
Blenheim, loc., 514, 529.
Blessich (Aldo), 236.
Blies, río, 115.

Blois, loc., 103, 333.
Blondel (Jorge), 69.
Boavista, isla, 247.
Boccacio (Giovanni), 288, 296, 304.
Boeblingen, loc., 369.
Boetie (Etienne de la), 344.
Bogded, 207, 209, 225, 274, 420, 421, 489.
Bogotá, loc., 449.
Bohemia, 47, 116, 122, 124. 126, 162, 164, 343, 495, 577, 578.
Bohemios, 495.
Bohmerwald, monte, 116.
Boileau, 482, 509.
Bojador, cabo, 247, 248, 251, 268.
Bojardo, 288, 299.
Bokhara, loc., 220, 323.
Boleyn (Ana), 344, 485.
Bolivia, 450, 454, 462, 475.
Bolonia, loc., 43. 315, 331.
Bolton, loc., 493. 580.
Bombay, loc., 583, 593.
Boness, loc., 169, 171.
Bonifacio VIII, papa, 98, 126, 334.
Bonn, loc., 115, 377.
Borbón (Condestable de), 330, 331.
Borbonesado, 140, 153.
Bordelés, 137, 142.
Borgofranco, loc., div., 29, 31.
Borneo, isla, 417.
Bornholm, isla, 68, 69.
Bósforo, 36, 227, 234, 540, 607.
Bossuet, 352, 482, 512.
Boston, 469. 476, 564, 589, 591, 613, 619.
Bostonia, 405, 591.
Bostonianos, 591, 592, 614, 622.
Botany Bay, 633.
Botnia, golfo de, 631.
Botticelli, 288.
Bouchain, loc., 516.
Boudet (Marcelino), 147.
Bougainville, 564, 632.
Bougie, loc., 339.
Bouillon, loc., 508. 517.
Boulogne, loc., 65, 72, 495, 516, 626.
Boulogne, loc., Oise, 626.
Bouquer, 631.
Bourbon, isla, l. s.
Bourg, loc., 331.
Bourges, loc., 81, 101, 133, 149, 621.
Bourg-l'Abbé, París, 111.
Borgoña, 54, 99, 103, 148 á 153, 165, 287, 326, 328, 329.
Borgoña (Duques de), 98, 326, 327, 563, 565.
Burguiñones, 148, 328.
Buriatos, 551.
Boutmy (E.), 613, 615.
Bouvet, 558.
Bouvines, 9, 108, 114, 516.
Brabante, ter., 65.
Bradorel (Bahía de), 468, 469.
Brahmaputra, río, 205, 277.
Bramante (Lazzari), 288.
Brandan, isla mítica, 235, 256, 275.
Brandeburgo, ter., 47, 121, 122, 124, 126, 499, 522, 530, 576, 577, 606.
Brasil, 231, 245, 262, 266, 268, 269 420. 467, 475.
Braud (Luis), 388.
Brazi, *véase* Brasil.
Breda, loc., 381.
Breisach, Brisach, 499.
Breitenfeld, loc., 499.
Brema, loc., 15, 84, 69, 124, 353, 523.
Brenner, col., 40, 41.
Brenta, río, 33, 35.
Brescia, loc., 43, 292.
Breslau, loc., 69, 334, 577.
Brest, loc, 468.
Bretaña, 87, 100, 103, 104, 142, 153, 239, 329.
Bretones, 142.
Bretigny, loc., 97, 153.
Briansk, loc., 547.
Brie-Comte-Robert, loc., 626.
Brieg, loc., 577.
Brissand (D.), 137, 140.
Britannia, *véase* Gran Bretaña.
Bristol, loc., 154, 236, 247, 262, 275, 334, 475, 490, 491, 492.
Brouage, ter., 240.
Brousse, loc., 225.
Bruce (Robert), 97, 168.
Bruchsal, loc., 369.
Brujas, loc., 63 á 65, 66, 67, 70, 71, 75, 101, 134, 138, 141, 149, 150, 247, 329, 349, 381.
Brühl, loc., 508.
Brunei, loc., 417.
Brunelleschi, 301.
Brünn, loc., 499.
Bruno (Giordano), 299, 389, 394, 403.
Bruselas, loc., 65, 329, 381.
Bruyeres, loc., 63.
Bucay, loc., 267.
Buchholz (Franzsoch), loc., 523.
Buckingham, 480.
Budapest, loc., 206, 225.
Bude, loc., 530, 531.
Budha, 184, 187, 188.
Buenos Aires, 454, 464.
Buffalo, loc., 619.
Buffon, 564, 594.
Bug, río, 531.
Bukovine, ter., 605.
Bulgaria, ter., 225, 227, 531.
Bunbury (E. H), 255.
Burkers hill en Boston, 613.
Burdeos, 57, 81, 92, 97, 103, 136, 137, 138, 140, 153, 329, 474, 564, 572.
Burgondios, 148.
Buriatos, 551.
Burgos, loc., 91, 173, 397.
Burrough, 490.

C

Caballeros, 501, 502.
Caballeros teutónicos, 120, 363.
Cabires, 199.
Cabo Blanc, 247, 249, 251.
Cabo Bretrón, loc. y ter., 247, 264, 265, 469, 587.
Cabo de Buena Esperanza, 230 á 233, 251, 282.
Cabo de la Nao, 410.
Cabo de las Tormentas, *véase* Cabo de Buena Esperanza.
Cabo de las Tres Puntas, 251.
Cabo de los Aromas, *véase* Guardafui.
Cabo Norte, 587.
Cabo Rojo, 468, 591.
Cabo Verde, 247, 249, 251, 489.
Cabot, estrecho de, 469, 587.

Cabot (J. y S), 230, 231, 237, 262, 264, 274, 275, 464, 490, 628.
Cabral (Pedro Alvarez), 230, 231, 262, 267, 268, 269.
Cabriel, río, 410.
Cádiz, loc., 173, 334, 335, 339, 409.
Caen, loc., 81, 621.
Caffa, loc., 71.
Cahors, loc., 81.
Cairo (El), loc., 225, 296.
Cajamarca, loc., 403, 455, 460.
Çakya-Muni, véase *Bdha.*
Calabria, ter., 299, 403.
Calais, loc, 97, 149, 153, 343, 491, 516, 580.
Calatayud, 173.
Calatrava, loc., 173, 174.
Calcedonia, ter., 296.
Calchaquis, 422.
Calcutá, loc, 583, 584, 585, 593.
Caldea, ter., 234, 441.
Caldeos, 298.
Calderón de la Barca, (Pedro), 404, 412.
Calicut, loc., 230, 276, 277, 278, 593.
California, ter., 421, 433.
Callao, loc., 463.
Camargo, ter., 138.
Camboyanos, 88, 107.
Camboya, ter., 188, 189.
Cambrai, loc., 60, 65, 329, 516.
Camino del Jade, de la Seda, 182.
Camisardos, 520, 521.
Camoens (Luis de), 344, 412.
Campanella (Thomas), 299, 324, 388, 403.
Campeche, loc. y golfo, 444.
Camus, 631.
Canadá, 264, 372, 405, 428, 468, 469, á 472, 475, 477, 565, 590, 591, 592, 594, 612, 622.
Canadienses, 472, 593.
Canal de Irlanda, 166.
Cananea (Bahía de), 266, 269, 475.
Canarias, 215, 246 á 248, 251 á 256, 258, 489, 630.
Canche, río, 65.
Candía, Creta, isla, 71, 531.
Canigou, monte, 629.
Cano (Sebastián del), 231, 283, 417.
Canossa, loc., 91, 102.
Canterbury, loc., 403, 495.
Canton, loc., 198, 205, 417, 553, 556, 557, 559
Cao (Diogo), 230, 250.
Calvinistas, 394.
Calvino (Juan), 344, 358, 372, 373, 384, 386, 394.
Capetos, 97, 287.
Capuchinos, 345.
Carcasona, loc., 55, 57.
Caribes, 260, 425, 445.
Carintia, ter., 47, 116, 124.
Carlisle, loc., 91, 169.
Carlomagno, 24, 26, 55
Carlos V, 275, 280, 283, 287, 330, 340, 343, 348, 349, 356, 361, 362, 363, 406, 407, 435, 447, 465, 506.
Carlos IV, Alemania, 98.
Carlos VII, Austria 562.
Carlos de Anjou, 10, 49, 122.
Càrlos Eduardo, véase *Estuardo.*
Carlos el Temerario, 98, 287, 289, 326, 327, 328, 329
Carlos II, España, 343
Carlos IV, V, VI, VII, VIII, IX, Francia, 97, 146, 150, 152, 153, 236, 287, 328, 329, 330, 331, 338, 343.
Carlos I, Nápoles, 122.
Carlos IX, X, XII, Suecia, 481, 546, 596.
Carlos I y II, Inglaterra, 480, 481, 500, 501, 528, 529, 583.
Carlowitz, loc., 530, 531.
Carlyle, 518.
Carnate, ter., 593.
Carnuntum, loc., 117, 125.
Carolina del Norte y del Sud, 264, 265, 428, 472, 473, 589, 618.
Carolinas, islas, 421, 602, 611.
Carpaccio, 297.
Carpatos, montes, 530.
Cartagena de Am., 449.
Cartagena, loc., 410.
Cartago, loc., 38, 235, 488.
Cartier (Jacques), 468, 469.
Carvalho (Aug. de), 268.
Casas (B. de las), 426.
Casimiro de Brandeburgo, 368.
Caspio, mar, 176, 205, 206, 213, 216, 219, 225, 238, 537, 550, 608.
Cassel, loc., 516.
Cassimbazar, loc., 593.
Cassini (Juan, Jac. F.), 626, 629, 630.
Castellanos, 24, 58.
Castellon, loc., 410.
Castelnaudary, loc., 57.
Castilla de Oro, ter., 272.
Castillas, 128, 172 á 174, 238, 246, 259, 272, 287, 337, 403, 414, 436.
Castres, loc., 329.
Catahdin, monte, 591.
Catalanes, 58.
Catalina de Aragón, 344, 382, 485.
Catalina I y II de Rusia, 537, 564, 600, 602, 606, 607, 608.
Cataluña, ter, 55 57.
Cathaia, *véase* China.
Cat Island, isla, 260, 261.
Catoche, cabo, 444.
Cauca, río, 449.
Caucasia, ter., 537.
Cáucaso, montes, 205, 217, 235, 240, 537, 550.
Caudebec en Caux, 81.
Cayena, loc., 628.
Cay verde, isla, 261.
Cebuneyes, 425, 426, 428.
Celebas, isla, 417.
Celestino IV, papa, 10.
Celles, loc., 63.
Celtas, 214
Centurione (Paolo), 236.
Cerdeña, ter., 55, 57, 174, 327, 349.
Cerines, loc., 94.
Cerisola, loc, 319, 331.
Cervantes (Miguel), 412.
César, 302, 528.
Ceuta, loc., 173, 175, 248, 251, 254, 339, 340.
Cevennes, montes, 51, 351, 358, 520, 521.
Ceylan, isla, 184, 194, 231, 242, 277, 415, 593.
Ceze, 521.
Chablais, ter., 19
Chaca, véase *Budha.*

Chafarinas, isla, 339.
Chah Djehan, 564, 581, 585.
Chalco, loc. y lago, 437.
Chaleurs, bahía de, 469, 587.
Chalon-sur-Saone, 81.
Chalons-sur-Marne, 81, 101, 353, 621.
Chamberes (Efraim), 574.
Chambery, loc., 19, 331.
Chamouny, loc, 633.
Champagne, ter, 98, 103
Champ-des-Merles, *véase* Kossovo.
Champlain (Lago), 590, 591.
Champlain (Samuel), 470.
Chancellor, 490, 534.
Chanchan, loc., 454.
Chandernagor, loc, 583, 584, 593.
Changai, Chansay, loc., 198, 201, 242, 552, 553
Chanhaikuan, loc., 553, 554, 555.
Chan-si, ter., 553.
Chantung, ter., 195, 197, 557.
Charente, río, 18, 79, 91.
Charing Cross en Londres, 112.
Charleston, loc., 472, 473.
Charlevoix, 421, 560.
Charlotetown, loc., 587.
Charney (Desiré), 84, 440.
Charoles, 165, 357.
Charolles, loc., 149.
Chartres, loc., 81, 90.
Chassezac, río, 521.
Chatam, loc., 495.
Chatayo, 243.
Chateauroux, loc., 103.
Chateau-Tierry, loc., 404.
Chatelet en París, 111.
Chattahvochee, río, 473.
Chaucer (Geoffroy), 98.
Chavers (Alfredo), 440.
Chavonne, 63.
Chavonne, loc., 63.
Chelif, río, 339.
Chemnitz, loc., 499.
Chen-si, ter., 553.
Chepo, río, 567.
Cheret, loc., 63.
Cherokee, véase **Tcheroki.**
Cher, río, 79, 149.
Chesapeake, río, 619.
Chester, loc., 91 493.
Chetumal (Bahía de), 444.
Chevalier, 558.
Cheviott-hills, 167.
Chibchas, véase **Muyzcas.**
Chicachas, 589.
Chilenos, 462.
Chile, ter., 403, 421, 422, 455, 462, 475.
Chimborazo, monte, 449, 627, 631.
Chimus, 461.
China, Cathaia, Kitai, 133, 176 á 241, 257, 276, 277, 290, 318, 401, 406, 418, 483, 515, 535, 551, 552, 553, 554, 555, 558, 559, 560.
Chinan, loc., 627.
Chinchas, islas, 457.
Chinon, loc, 97, 103, 105, 133, 344.
Chinos, 176 á 215, 278, 423, 428, 554, 555, 556.
Chioggia, loc., 35.
Chios, isla, 607.
Chipre, isla, 71, 93, 94, 95, 238.
Chiraz, loc., 80.
Chiriqui, laguna, 272.
Chi-tsung, 552.
Choco, bahía, 449.
Cholula, loc, 443.
Chontales, 446.
Christian IV, Dinamarca, 496.
Chucunaque, río, 567.
Chunchos, río, 458.
Chuquiabo, loc., 455.
Church (George Earl), 454.
Ciamba, *véase* Annam.
Cibola, ter., 421, 436.
Cicerón, 12,
Cid (El), 172.
Cincinate, loc., 570.
Cinco Puertos, 491, 493.
Cipangu, *véase* Japón.
Circars, ter., 593.
Cirenaica, ter, 242.
Citeaux, loc., 51, 52, 54, 85, 296.
Clairac, loc., 142.
Clairaut, 631.
Clairvaux, loc., 296.
Clamecy, loc., 111.
Clarendon, loc., 90, 102.
Clemente III, IV, V, papas, 10, 98, 127.
Clemente VIII, IX, XI, XIV, papas, 343, 526, 558, 602.
Clermont-Ferrand, loc., 404.
Clermont (Oise), loc., 81, 147, 329, 626.
Cleves, loc., 577.
Clive, 584, 585, 586.
Clodoveo, 55.
Clwyde, río, 169, 493.
Clyde, río, 166, 168, 171.
Coalzocoalcos, loc., 433.
Coblenza, loc., 115, 369, 377, 522.
Cochasqui, loc., 627.
Cochinchina, ter., 188.
Cochin, loc., 232, 277, 278, 593.
Cod, cabo, 469, 591.
Coire, Chur, loc., 376.
Coivrel, loc., 626.
Colbert, 480, 505, 527, 568, 583.
Coligny, 472.
Colima, monte, 433.
Colmar, loc., 377.
Colombianos, 448.
Colombia, ter., 263, 266, 422, 434, 449, 465, 475.
Colón (Cristóbal), 13, 29, 213, 230 á 276, 281, 290, 420, 425, 426, 464, 479, 628
Colonia, Koln, loc., 47, 66, 101, 114, 115, 122, 124, 149, 153, 159, 329, 371, 377, 381, 508.
Colon, loc., 567.
Comines, 330.
Como, loc., 43, 259.
Comorín, cabo, 586.
Compañía de Jesús, véase *Jesuítas.*
Compiegne, loc., 90, 147, 153.
Comptoirs de las Indias,
Conan, 88.
Concepción, isla, 261.
Concord, loc, 591.
Condé, 63, 516, 606.
Condé (Luis de y casa de), 480, 508, 509, 514.
Condillac, 564.
Condom, loc., 81.
Condottieri, 294.
Confucio, 180, 194, 214, 558.
Congo, río, 250, 251, 489.

Cabot (J. y S), 230, 231, 237, 262, 264, 274, 275, 464, 490, 628.
Cabral (Pedro Alvarez), 230, 231, 262, 267, 268, 269.
Cabriel, río, *410*.
Cádiz, loc., *173*, 334, 335, *339*, 409.
Caen, loc., 81, *621*.
Caffa, loc., *71*.
Cahors, loc., *81*.
Cairo (El), loc., *225*, 296.
Cajamarca, loc., 403, *455*, 460.
Çakya-Muni, véase *Bdha.*
Calabria, ter., 299, 403.
Calais, loc, 97, *149*, 153, 343, 491, 516, 580.
Calatayud, *173*
Calatrava, loc., *173*, 174.
Calcedonia, ter., 296.
Calchaquis, 422.
Calcuta, loc, 583, 584, 585, *593*.
Caldea, ter., 234, 441.
Caldeos, 298.
Calderón de la Barca, (Pedro), 404, 412.
Calicut, loc., 230, 276, *277*, 278, *593*.
California, ter., 421, 433.
Callao, loc., *463*.
Camargo, ter., 138.
Camboyanos, 88, 107.
Camboya, ter., 188, 189.
Cambrai, loc., 60, *65*, *329*, *516*.
Camino del Jade, de la Seda, 182.
Camisardos, 520, 521.
Camoens (Luis de), 344, 412.
Campanella (Thomas), 299, 324, 388, 403.
Campeche, loc. y golfo, *444*.
Camus, 631.
Canadá, *264*, 372, 405, 428, 468, *469*, á 472, *475*, 477, 565, 590, *591*, 592, 594, 612, 622.
Canadienses, 472, 593.
Canal de Irlanda, 166.
Cananea (Bahía de), 266, 269, *475*.
Canarias, 215, 246 á 248, 251 á 256, 258, *489*, 630.
Canche, río, 65.
Candía, Creta, isla, 71, *531*.
Canigou, monte, 629.
Cano (Sebastián del), 231, 283, 417.
Canossa, loc., 91, 102.
Canterbury, loc., 403, *495*.
Canton, loc., 198, 205, *417*, *553*, 556, *557*, 559
Cao (Diogo), 230, 250.
Calvinistas, 394.
Calvino (Juan), 344, 358, 372, 373, 384, 386, 394.
Capetos, 97, 287.
Capuchinos, 345.
Carcasona, loc., 55, *57*.
Caribes, 260, 425, *445*.
Carintia, ter., 47, 116, *124*.
Carlisle, loc., 91, 169.
Carlomagno, 24, 26, 55
Carlos V, 275, 280, 283, 287, 330, 340, 343, 348, 349, 356, 361, 362, 363, 406, 407, 435, 447, 465, 506.
Carlos IV, Alemania, 98.
Carlos VII, Austria 562.
Carlos de Anjou, 10, 49, 122.
Carlos Eduardo, véase *Estuardo*.
Carlos el Temerario, 98, 287, 289, 326, 327, 328, 329
Carlos II, España, 343
Carlos IV, V, VI, VII, VIII, IX, Francia, 97, 146, 150, 152, 153, 236, 287, 328, 329, 330, 331, 338, 343.
Carlos I, Nápoles, 122.
Carlos IX, X, XII, Suecia, 481, 546, 596.
Carlos I y II, Inglaterra, 480, 481, 500, 501, 528, 529, 583.
Carlowitz, loc., 530, *531*.
Carlyle, 518.
Carnate, ter., *593*.
Carnuntum, loc., 117, *125*.
Carolina del Norte y del Sud, 264, *265*, 428, 472, *473*, *589*, 618.
Carolinas, islas, *421*, 602, 611.
Carpaccio, 297.
Carpatos, montes, 530.
Cartagena de Am., *449*.
Cartagena, loc., *410*.
Cartago, loc., 38, 235, 488.
Cartier (Jacques), 468, 469.
Carvalho (Aug. de), 268.
Casas (B. de las), 426.
Casimiro de Brandeburgo, 368.
Caspio, mar, 176, *205*, 206, *213*, 216, 219, *225*, *238*, *537*, 550, 608.
Cassel, loc., *516*.
Cassimbazar, loc., *593*.
Cassini (Juan, Jac. F.), 626, 629, 630.
Castellanos, 24, 58.
Castellon, loc., *410*.
Castelnaudary, loc., *57*.
Castilla de Oro, ter., 272.
Castillas, 128, 172 á 174, 238, 246, 259, 272, 287, 337, 403, 414, 436.
Castres, loc., *329*.
Catahdin, monte, *591*.
Catalanes, 58.
Catalina de Aragón, 344, 382, 485.
Catalina I y II de Rusia, 537, 564, 600, 602, 606, 607, 608.
Cataluña, ter, 55 57.
Cathaia, *véase* China.
Cat Island, isla, 260, *261*.
Catoche, cabo, *444*.
Cauca, río, *449*.
Caucasia, ter., *537*.
Caucaso, montes, 205, 217, 235, 240, *537*, 550.
Caudebec en Caux, 81.
Cayena, loc., 628.
Cay verde, isla, *261*.
Cebuneyes, 425, 426, 428.
Celebas, isla, *417*.
Celestino IV, papa, 10.
Celles, loc., *63*.
Celtas, 214
Centurione (Paolo), 236.
Cerdeña, ter., 55, 57, 174, 327, *349*.
Cerines, loc., 94.
Cerisola, loc, 319, *331*.
Cervantes (Miguel), 412.
César, 302, 528.
Ceuta, loc., *173*, 175, 248, *251*, 254, *339*, 340.
Cevennes, montes, 51, 351, 358, 520, 521.
Ceylan, isla, 184, 194, 231, *242*, 277, 415, *593*.
Ceze, *521*.
Chablais, ter., *19*
Chaca, véase *Budha.*

Chafarinas, isla, *339*.
Chah Djehan, 564, 581, 585.
Chalco, loc. y lago, *437*.
Chaleurs, bahía de, *469*, *587*.
Chalon-sur-Saone, 81.
Chalons-sur-Marne, *81*, *101*, *353*, *621*.
Chamberes (Efraim), 574.
Chambery, loc., *19*, *331*.
Chamouny, loc, 633.
Champagne, ter, 98, 103
Champ-des-Merles, *véase* Kossovo.
Champlain (Lago), 590, *591*.
Champlain (Samuel), 470.
Chancellor, 490, 534.
Chanchan, loc., 454.
Chandernagor, loc, 583, 584, *593*.
Changai, Chansay, loc., 198, *201*, *242*, 552, *553*
Chanhaikuan, loc., *553*, 554, 555.
Chan-si, ter., *553*.
Chantung, ter., *195*, 197, *557*.
Charente, río, 18, *79*, 91.
Charing Cross en Londres, 112.
Charleston, loc., 472, *473*.
Charlevoix, 421, 560.
Charlotetown, loc., *587*.
Charney (Desiré), 84, 440.
Charoles, 165, *357*.
Charolles, loc., *149*.
Chartres, loc., *81*, 90.
Chassezac, río, *521*.
Chatam, loc., *495*.
Chatayo, *243*.
Chateauroux, loc., *103*.
Chateau-Tierry, loc., 404.
Chatelet en París, 111.
Chattahvochee, río, *473*.
Chaucer (Geoffroy), 98.
Chavers (Alfredo), 440.
Chavonne, *63*.
Chavonne, loc., *63*.
Chelif, río, *339*.
Chemnitz, loc., *499*.
Chen-si, ter., *553*.
Chepo, río, *567*.
Cheret, loc., 63.
Cherokee, véase **Tcheroki.**
Cher, río, *79*, *149*.
Chesapeake, río, *619*.
Chester, loc., *91* *493*.
Chetumal (Bahía de), *444*.
Chevalier, 558.
Cheviott-hills, 167.
Chibchas, véase **Muyzcas.**
Chicachas, *589*.
Chilenos, 462.
Chile, ter., 403, 421, 422, 455, 462, *475*.
Chimborazo, monte, *449*, *627*, 631.
Chimus, 461.
China, Cathaia, Kitai, 133, 176 á 241, *257*, 276, *277*, 290, 318, 401, 406, 418, 483, 515, 535, 551, 552, *553*, 554, 555, 558, 559, 560.
Chinan, loc., *627*.
Chinchas, islas, 457.
Chinon, loc, 97, 103, 105, 133, 344.
Chinos, 176 á 215, 278, 423, 428, 554, 555, 556.
Chioggia, loc., *35*.
Chios, isla, 607.
Chipre, isla, 71, 93, 94, 95, 238.
Chiraz, loc., 80.
Chiriqui, laguna, 272.
Chi-tsung, 552.
Choco, bahía, *449*.
Cholula, loc, 443.
Chontales, 446.
Christian IV, Dinamarca, 496.
Chucunaque, río, *567*.
Chunchos, río, 458.
Chuquiabo, loc., *455*.
Church (George Earl), 454.
Ciamba, *véase* Annam.
Cibola, ter., *421*, 436.
Cicerón, 12,
Cid (El), 172.
Cincinate, loc., 570.
Cinco Puertos, 491, *493*.
Cipangu, *véase* Japón.
Circars, ter., *593*.
Cirenaica, ter, 242.
Citeaux, loc., 51, 52, 54, 85, 296.
Clairac, loc., 142.
Clairaut, 631.
Clairvaux, loc., 296.
Clamecy, loc., 111.
Clarendon, loc., 90, 102.
Clemente III, IV, V, papas, 10, 98, 127.
Clemente VIII, IX, XI, XIV, papas, 343, 526, 558, 602.
Clermont-Ferrand, loc., 404.
Clermont (Oise), loc., *81*, 147, *329*, *626*.
Cleves, loc., *577*.
Clive, 584, 585, 586.
Clodoveo, 55.
Clwyde, río, 169, *493*.
Clyde, río, 166, 168, 171.
Coalzocoalcos, loc., *433*.
Coblenza, loc., *115*, *369*, *377*, 522.
Cochasqui, loc., *627*.
Cochinchina, ter., 188.
Cochin, loc., 232, *277*, 278, *593*.
Cod, cabo, *469*, *591*.
Coire, Chur, loc., *376*.
Coivrel, loc., *626*.
Colbert, 480, 505, 527, 568, 583.
Coligny, 472.
Colima, monte, *433*.
Colmar, loc., *377*.
Colombianos, 448.
Colombia, ter., *263*, 266, 422, *434*, *449*, 465, *475*.
Colón (Cristóbal), 13, 29, 213, 230 á 276, 281, 290, 420, 425, 426, 464, 479, 628
Colonia, Koln, loc., 47, 66, *101*, 114, *115*, 122, *124*, *149*, *153*, 159, *329*, *371*, *377*, *381*, 508.
Colon, loc., *567*.
Comines, 330.
Como, loc., *43*, 259.
Comorín, cabo, 586.
Compañía de Jesús, véase *Jesuítas*.
Compiegne, loc., 90, 147, 153.
Comptoirs de las Indias,
Conan, 88.
Concepción, isla, *261*.
Concord, loc, *591*.
Condé, *63*, *516*, 606.
Condé (Luis de y casa de), 480, 508, 509, 514.
Condillac, 564.
Condom, loc., *81*.
Condottieri, 294.
Confucio, 180, 194, 214, 558.
Congo, río, 250, *251*, *489*.

Enrique III, Francia, 343.
Enrique IV, Francia, 360, 480, 507.
Enrique (Infante), 248, 250.
Enrique II, III, IV, V, VI, Inglaterra, 97, 100, 102, 108, 156, 408, 483, 484, 485.
Enrique VII, Inglaterra, 480.
Enrique VIII, Inglaterra, 262, 275, 382, 383, 485, 532.
Ensisheim, loc., *369*.
Enz, río, *115*.
Epinal, loc., *517*.
Eppingen, loc., *369*.
Erasmo, 346, 347.
Eratósthenes, 259, 628.
Erbach, loc., *369*.
Erfurt, loc., *69*.
Erie, lago, *473, 589, 619*.
Erikson (Leif), 252.
Erin, *véase* Irlanda.
Erlangen, loc., *523*.
Ermenonville, loc., 143.
Errera (Carlo), 242.
Ertogrul, 225.
Erzgebirge, montes, *115*.
Escalas de Levante, 41.
Escandinavia, ter., 61, 67, 351, 409, 420, 497, 534.
Escandinavos,
Escaut, río, 61, 64, *65, 79*, 101, 109, 153, *381*.
Escayrac de Lauture, 191.
Eschenbach (Wolfram von), 10.
Esclavones, 310.
Esclusa (La), *véase* Sluis.
Escoceses, 166, 168, 169, 170, 501, 568.
Escocia, 18, 97, 99, 156, 160, 166, 167, *169* á 171, 314, 345, 355, 372, 384, 480, 494, 500, 580, 581.
Escorial, loc., 407, 413.
Esdras, 255.
Eslavia, ter., 116, 207, 548, 549.
Eslavonia, ter , 530.
Eslavos, 120, 162, 210, 216, 217, 551, 575.
España, 22 á 28, 33, 72, 80, 92, 129, 165, 174, 214, 238, 239, 242, 252, 268, 269, *273*, 287, 289, 290, 306, 322, 332, 334, 335, 340, 343, 354, 356, 381, 386, 387, 388, 391, 403, 406, 409, 410, 413, 426, 445, 463, 472, 479, 484, 488, 496, 497, 500, 513, 514, 529.
Española, 260, *263*, 268, 269, *273*, 354, 425.
Españoles, 173, 214, 269, 279, 337, 340, 379, 403, 408, 418, 419, 436, 437, 440, 442, 448, 449, 450, 461, 462, 466, 468, 474, 488, 508, 589.
Espartanos, 322.
Espinosa, cardenal, 306.
Esquimales, 420.
Essex, ter., 156, 160.
Estados Unidos, 372, 429, 472, 476, 610, 618, 621, 622.
Estados Unidos, 372, 472, 476.
Estanislao II, 606.
Estienne (Enrique), 389.
Estrasburgo, loc., 114, *115*, 124, *317*, 318, *329, 353, 369, 377, 517, 523*.
Estuardo, 563.
Etampes, loc., 101, *109*.
Etiopía, 230, 242, 243, *257*, 276, 279.
Etsch, *véase* Adige.
Eufrates, 17, *205*, 223, *225*, 253.
Eugenio de Saboya, 514.
Eugenio IV, papa, 304.
Eurasie, 256.
Eurípides, 320.
Europa, 13 á 170, *passim*, 179, 190, 200, 204, 210 á 219, 222, 224, 226, 228, 230, 234, 235, 239, 241 á 244, 252 á 262, 265, 269, 270, 277, 279, 289, 290, 296, 302, 310, 316, 319, 332, 334, 336, 340, 347, 352, 354, 355, 372, 374, 391, 400, 406, 432, 434, 443, 483, 492, 497, 498, 506, 507, 510, 518, 528, 531, 532, 536, 543, 546, 547, 550, 551, 552, 561, 570, 574, 575, 576, 578, 579, 582, 584, 587, 594, 598, 607, 610, 616, 618, 622, 628, 632, 633.
Europa central, 61, 68, 118, 120, 384.
Europa occidental, 12, 13, 61, 142, 200, 290, 309, 340, 384, 494, 532, 534, 558.
Europa oriental, 206, 542 548.
Europeos, 188, 224, 249, 338, 419, 420, 506.
Euscaldunac, Eúscaros, véase **Vascos.**
Evreux, loc., *81*, 90.
Exeter, loc., *91*.
Extremadura, ter., 173, 174, 403.
Extremo Occidente, 212, 213, 223.
Extremo Oriente, 212, 278, 290, 555.

F

Faenza, loc., *43*.
Fa-hian, 182.
Falsburgo, loc., *517*.
Famagusta, loc., 94, 95,
Far West americano, 432.
Fatimitas, 296.
Faucigny, ter., *19*.
Fear, cabo, *473*.
Federico II, Alemania, 9 á 11, 46, 48, 49, 114, 118, 120, 122, 577, 578, 579.
Federico III, Alemania, 287.
Federico Barbarroja, 9, 45, 102, 506.
Federico I, II, III, de Brandeburgo, 563, 603.
Federico de Hesse, 600, 601.
Federico II, de Prusia, 563, 601, 603.
Federico el Prudente, 362.
Federico Guillermo I, Prusia, 563, 575, 576, 578.
Felipe Augusto, Francia, 66, 107, 111, 151.
Felipe de Alsacia, 7.
Felipe de Borgoña, 98, 148.
Felipe de Orleans, regente, 563, 567.
Felipe de Suavia, emp. 17.
Felipe III el Atrevido, Francia, 122.
Felipe el Bueno, 98, 150, 327.
Felipe IV el Hermoso, 97, 98, 126, 127, 129, 134, 352.
Felipe I, España, 287.

Felipe II, España, 102, 344, 379. 402, 406, 407, 408, 409, 410, 416, 417, 420, 485,
Felipe III, IV, España, 343, 513
Felipe V, VI, Francia, 97.
Feltre, loc., 43.
Fenelon, 482, 566.
Feodoro I, III, 481.
Fer, loc., *256, 339*, 412.
Fernando de Bohemia, 343.
Fernando el Católico, 259, 340, 362.
Fernando I, II, III, España, 238, 287, 480.
Fernel, 628.
Ferrante, rey de Nápoles, 338.
Ferrara, loc., *43*, 288, 303.
Ferrarenses, 356.
Feuillée, 630.
Ficin (Marsile), 253, 300.
Fidji, isla, *421*.
Fierens-Gevaert, (H.), 150, 327.
Fiesoli, loc., 288, 301, *303*.
Filadelfia, loc., *589, 591, 619*, 620.
Filadelfia, loc., 613.
Filain, loc., *63*.
Filelfo, 302.
Filipepi, véase *Botticelli.*
Filipeville, loc., *473*.
Filipinas, islas, 231, 282, 408, 417, 418, *421*.
Filisteos, 351, 592.
Finisterre, cabo, 490.
Finlandeses, 210.
Finlandia, ter. y golfo, 67, *242*, 534, 536, *537, 545*, 548.
Firths (Forth, Tay, etc.) 169.
Flamencos, 134, 138, 141, 149, 334, 380.
Flandes, 11, 16, 17, 32, 37, 60 á *65*, 66, 69, 70, 75, 92, 98, 99, *103*, 134, 135, 138, 141, 148, 149, 150, 165, 170, 239, 254, 287, 345, 372, 491, 509, 515, *517*, 580.
Flavio (Biondo), 288, 298.
Fleetwood, loc., *493*,
Flessinga, loc., 495.
Fletcher, 403.
Fleurus, loc., *516*.
Fleury, cardenal, 563, 574, 578.
Florac, loc., *521*,
Florencia, loc., *43*, 47, 88, 269, 283, 288, 292, 299, 300, 301, 302, *303*, 304, 310, *317*, 318, 321, 344, *349*, 356.
Florentinos, 334, 356.
Flores, isla, *247*.
Florida, ter., 231, *263*, 264, 271, *273*, 432, *473*, 477, *589*, 610.
Florisdort, loc., *118*.
Foe (Daniel de), 580.
Foix, loc., *57*, 482.
Fokien, ter., 552, *553*.
Folkestone, loc., *495*.
Fonseca, bahía de, *444*.
Fontarabia, loc , 23.
Fontenoy, loc., *516*.
Forli, loc., 288.
Formby Point, *493*.
Formigny, loc., 97.
Formosa, isla, *553*, 554, 555.
Fornoue, loc., *331*.
Forster, 632.
Fort Duquesne, *589*, 590.
Forth, río y estuario, 166, 168, 169.
Fort William, *véase* Calcuta.
Foulques, 54.
Fountain Abbey, *91*.
Fouquard de Merle, 134.
Foutcheou, loc., l. s.
Fox Charnel, *265*, 274.
Fra Angelico, 288, 308.
Fra Filippo Lippi, 288.
Fra Mauro, 242, 243.
Francas Montañas, *31*.
France (Anatole), 389.
Francepett, loc., *593*.
Franceses, 55, 58, 65, 140, 153, 212, 236, 289, 310, 330, 331, 338, 467, 472, 506, 508, 514, 519, 522, 523, 576, 584, 588, 590, 592, 593, 613, 617.
Francfort-sur-l'Oder, *349, 523*.
Francfort-sur-Mein, *47*, 113, 114, *115*, 117, *124*, 312, *369, 377*.
Francheville, 29, *31*.
Francia, 9 á 26, 31, 51, 58, 60 á 68, 72, 78, 86, 88, 89, 92 97 á 102, *103* á 110, 114, 122, 129, 132 á 153, 165, 169, 189, 239, 326, 327, 328, *329*, 330, *331*, 335, 348, 350, 353, 355, 356, *357*, 358, 360, 386, 388, 405, 409, 413, 470, 472, 477, 483, 484, 485, 494, 497, 505, 507, 508, 509, 512, 518, 519, 520, 522, 524, 525, 527, 529, 563, 565, 569, 570, 573, 576, *577*, 579, 583, 584, 586, 588, 589, 592, 593, 594, 617, 627, 630, 631.
Franciscanos, 558.
Francisco I, II, Austria, 563.
Francisco I, Francia, 287, 330, 331, 332, 333, 343, 349, 352, 361, 362, 563.
Francisco II, Francia 343.
Franco-Canadienses, 593.
Franco-Condado, 135, 514, 515.
Franconia, ter., 17, 114, 344, *369, 499*.
Francos, 29, 55, 113.
Frankenhain, loc., *523*.
Frankenhusen, loc., *369*.
Franklin (Benjamin), 564, 633.
Franz, loc., *523*.
Franzosisches Buchholz, loc., *523*
Franz von Sickingen, 365.
Fredemann, 465.
Freiberg, loc., *376*.
Freiburgo en Brisgau y varios, 29, *31*, 499, *517*.
Freistadt y Freiestad diversos, 29, 31.
Friburgo (Suiza y varios), *376*, 377.
Friedlingen, loc., *517*,
Friedrichsdorf, loc , *523*.
Frigia, ter., 224, 225.
Frinztal, loc., *523*.
Frischer (J.), 558.
Frisia, ter., 32, *124, 381*.
Frisones, 16.
Fritscher, 270.
Frobisher, 490.
Froissart, 98, 146.
Froriep, (A.), 316.
Fruart ó Froward, cabo 280.
Fuente de los Inocentes, en París, 359.
Fugger, 465.

Connaught, ter., 502.
Conneticut, río, *473*, *591*, 618, *619*.
Conquistadores, 440.
Conradino, 122.
Conrado de Hohenstaufen, 44.
Conrado III, IV, 9, 10, 122.
Consarbruk, loc., *517*.
Constantina, loc., 412.
Constantino, 12.
Constantino Paleólogo, 228.
Constantinopla, Bizancio, 11, 26, 37, 71, 78, 79, 80, 118, 179, 210, *213*, 224, *225*, 226, *227*, 228, 235, 236, 239, 288, 290, 298, 505, *531*, *537*, 540, 548, 550, 607.
Constanza, loc. y lago, 20, *21*, 162, 163, 164, 348, *376*.
Conway, río, *493*.
Cook (James), 564, 632, 633.
Copan, loc., 423, *475*.
Copayapu, loc., *455*.
Copenhague, loc , 68.
Copérnico (Nicolás), 344, 378, 394, 525.
Corbie, loc., 68, *101*.
Córcega, isla, 71, *349*.
Cordeiro (Luciano), 264.
Córdoba, loc., *173*.
Coreanos, 192.
Corea, ter., 176.
Corneille (Thomas), 404, 413, 509.
Cornwall, ter., 166.
Coroados, 467.
Coromandel, ter., *277*.
Corregio (El), Antonio Allegri, 299, 344.
Corres, loc., *523*.
Corrientes, cabo, 244, *251*, 276.
Corroyer (Ed.), 78.
Corsos, 602.
Cortereal (Gasp. Joao, Michele), 231, 265.
Cortereal, *véase* América del Norte.
Cortés (Hernán), 231, 275, 401, 402, 413, 429, 434, 435, 440, 460, 466, 477, 506.
Cosacos, 541, 542, 543, 550, 552.
Cosa (Juan de la), 230, 266, 464.
Cosentini (Fr.), 38.
Cosmas Indicopleustes, 177.
Costa de Oro, dep. de Francia, 111.
Costa de Oro, ter. de Africa, 576.
Costa Firme, ter., 237, *263*, 266.
Costa Rica, ter., 446.
Cotentin, ter., 621.
Cotopaxi, monte, *449*, 631.
Cottbus, loc., *577*.
Courtrai, loc., *65*, *103*, 134, 141, *381*, *516*.
Cousin (Juan), 262.
Coutances, loc., *81*.
Coutinho, 278.
Coventgarden en Londres, *112*.
Covilhao (Pedro de), 230, 232, 276.
Cracovia, loc., *604*, *605*.
Cranach (Lucas), 344.
Crecy, loc., 97, 140, 141, 151, 153, 153, 155, *516*.
Creek, véase **Cri**.
Cremona, loc., *43*, 292.
Creta, 38, 235, 238.
Cretenses, 235.
Creuse, río, 28.
Crimea, ter., 216, 235, *531*, 532, 607.
Cripplegate en Londres, *112*.
Cris, Creek, 612.
Cristina de Suecia, 489.
Cristo, véase *Jesús*.
Croacia, ter., 530.
Cromwell (Olivier), 480, 502, 503, 528.
Cromwell (Ricardo), 480.
Cronstadt, isla, *543*.
Crooked, isla, *261*,
Cuba, isla, 230, 232, 260, *263*, 272, *273*, 354, 402, 425, 426, 432, 435, *444*
Cuenca, loc., *455*, *627*.
Cuerno de Oro en Constantinopla, 227.
Cuitaperi, monte, *629*.
Culloden, loc., 580.
Cumana, loc., 270.
Cumbalik, *véase* Pekin.
Cumbre (La), col., 454.
Cunas, 568.
Cundinamarca, loc., *449*, 465.
Cupica (Bahía de), *567*.
Curco, loc., 403, 422, *451*, 452, *455*, 459, *463*.
Curlandia, ter., 120, *605*.
Cyamba, Tchampa, *véase* Annam.
Czarnikov, loc., *577*.
Czartoryiski, 606.

D

Dacca, loc., *593*.
Daghestem, 218.
Dahn (F), 26.
D'Alembert, 564.
Dalmacia, 36, 120, 206.
Daly (César), 326.
Damasco, loc., *225*.
Dammartin, loc., 80, 626.
Damme, loc., 65, 69.
Danae, 389.
Dante Alighieri, 44, 98, 254.
Danubio, 20, 72, 113, 116 á *118*, 119, 124, 126, 162, *225*, 228, *313*, *369*, *376*, 395, *499*, *517*, *523*, *531*, 532, *537*, *604*, *605*, 607.
Danzig, loc., *121*, *124*, *577*, *604*, *605*.
Dardanelos, estrecho, 226.
Darien, istmo y golfo, *449*, *567*.
Darmstadt, loc., *115*.
Darsur, Darfur, ter., *242*.
Daru, 38.
David, 351.
David, rey de Escocia,
Davis, 490.
Davis, estrecho, *489*.
Davisstrait, *265*.
Debardt (Raoul), 324.
Debidour, 621.
Dee, río, *169*, 492.
Dekkan, río, *277*, *493*, 581, *593*.
Delaware, río, *591*, 611, 618, *619*.
Del Cano (Sebastián), véase *Cano*.
Delfineses, 358.
Delft, loc., 352, *381*.
Delhi, loc., *183*, 581, 585, 586.
Delisle (Leopoldo), 88.
Deloche, véase *Kupka*.
Demolins (Edmond), 360.
Demóstenes, 320.

Denain, loc., 514.
Denia, loc , *173*, 410.
Deniker, 190, 422.
Denton (W.), 104, 110, 151, 155 á 160, 170, 228, 242.
Descartes (René), 410, 525, 528, 572.
Deshain, 91.
Desima, islote, 561.
Dessau, loc., *499*.
Dessna, loc , *547*.
Deventer, loc., *381*.
Devon, ter., 481.
Díaz (Bartolomé), 39, 230, 231, 250, 251, 276.
Díaz (Dinis), 249.
Diderot (Denis), 564, 574, 595, 596, 599, 600, 602.
Diepenses, 250.
Dieppe, loc., *109*, *247*, 250.
Dieulafoy, 80, 81.
Digne, loc., 81.
Dijon, loc., 61, *81*, *101*, *103*, *149*, *329*, 482, *621*.
Dimitri-Donskoi, 177.
Dinamarca, 68, *499*.
Dinamarqueses, 499.
Dinan, loc. de Francia, 98.
Dinant, loc. de Bélgica, *69*.
Diniz, Portugal, 249, 254.
Dirian, lengua, *445*.
Dithmarsohem, 15, 16.
Ditte (Ed.), 412.
Djaggatai, ter., 177, 218.
Djemna, río, 581.
Djenghis-khan, 176, 199, 200 á 210, 216, 219, 220, 406.
Djerba, isla, 339.
Djihan-Guir, 564.
Dniepr, río, *225*, *531*, *537*, 540, 541, 542, *547*, 548, 550, *604*, *605*.
Dniestr, río, *225*, *531*.
Dol, loc., *81*.
Dole, loc , *149*.
Dolet (Etienne), 388.
Dominico, 52, 54.
Dominicos, 558.
Domremy, loc., 98.
Donau, *véase* Danubio, *377*.
Donauworth, loc., *499*.
Donnatello, 288.
Don, río, 216, *225*, *537*, 544, 550.
Dordoña, río, 79, 140.
Doria (Andrés), 254, 465.
Dormundt, loc., *371*.
Dornbach, loc , *118*.
Dornholzh, loc., *523*.
Dorpat, loc., *604*, *605*.
Dos Puertas, Zweibruck, *517*.
Dos Sicilias, 9, 48, 49, 287.
Douai, loc., 65, 72, *109*, 134, *516*.
Doubs, río, *376*.
Douvres, loc., *65*, *495*.
Downs, the, rade, *495*.
Dozy (Reinhart), 172.
Drake, 409, 419, 472.
Drave, río, *531*.
Drentthe, ter., *381*.
Dresde, loc., *124*, 441, *499*, *523*.
Dreux, loc., 59, *109*, 404.
Drouin, 182.
Dryburgh, loc., *169*.
Dsungares, 210.
Dsungaria, 206.
Dublin, loc., 482.
Duchan (Etienne), 227.
Duglesclin, 141, 153.
Du Halde, 557.
Dumbarton, loc., *169*, 171.
Dumesnil (Alfredo), 163.
Dumfries, loc., *169*.
Dumont (Arsenio), 73.
Duna, río, *537*, *604*, *605*.
Dunas (Batalla de las), *516*.
Dunbar, loc., *169*.
Dundee, loc., *169*.
Dunge Nesi, *495*.
Dunkerque, loc., 18, 61, *65*, *516*, 594, 629.
Dupleix, 584.
Duponchel (A.), 138.
Duque de Alba, véase *Alba*.
Duquesa de Borgoña, 554.
Duques de Anjou, de Berry, etc., 97, 122, 147.
Durance, río, *79*.
Durero (Alberto), 305, 344.
Durham, loc., *91*.
Duro (Fernando), 468.
Durrmenz, loc., *523*.
Duruy (Victor), 319, 409.
Dusseldorft, loc., *371*.
Dutreuil de Rhins, 182.
Dvina, río, *537*, *609*.

E

Eannes (Gil), 248.
Eastbourne, loc., *495*.
Ebro, río, 23, 55, 56, *57*, 58, *79*.
Echaide (Juan de), 266.
Ecuador, 250, 421, 455, *449*, 463, 631.
Edessa, loc., 80.
Edimburgo, loc., *169*, 171, 385, 494, 568, 580.
Edirneh, *véase* Andrinópolis.
Edrisi, 244, 245, 253.
Eduardo I, II, III, IV, Inglaterra, 97, 99, 100, 136, 140, 150, 156, 166, 344, 488, 490.
Eduardo, Portugal, 288.
Eeckeren, loc., *516*.
Efeso, loc., 296.
Eger, loc., *499*, *523*.
Egipcios, 415.
Egipto, 130, 207, 234, 235, *257*, 607.
Ehstonia, ter., 67, 120.
Eichstatt, loc., *353*.
Eider, río, 15.
Einsideln, loc., 344, *353*.
Eisack, río, 40, *41*.
Eisenach, loc., *369*.
Eisleben, loc., 344.
Elba, río, 15, *18*, *69*, 116, *124*, 126, 162, *225*, *369*, *499*, *523*.
Elberfeld, loc., *371*.
Elche, loc., *410*, 411.
El Dorado, 465.
Elector de Baviera, 563.
Electores de Brandeburgo, de Sajonia, 378.
Eleut, 210.
Elizondo, loc , 24, *25*.
Elminas, loc., *251*.
Ely, loc., *91*.
Ema, río, *303*.
Embrum, loc., *81*.
Emden, loc., *523*, *577*.
Ems, río, *124*, *371*, *523*.
Encapuchados, 144.
Eneas, 610.
Enjoy (Paul de), 194.
Enkhuysen, loc., *69*.
Enlart (Camilo), 90, 94.
Enrique VI, VII, Alemania, 9.
Enrique Beauclerc, Inglaterra, 88, 105.
Enrique (Cardenal), 343.
Enrique de Portugal, 41, 268, 288.
Enrique el Soberbio, el León, Baviera, 9, 44.
Enrique II, Francia, 343.

Fulda, loc. y río, 115, *353*, *369*.
Fulin (Rinaldo), 236.
Funchal, isla, 237.
Fundy (Bahía de), 469, 586, 587.
Furetiere, 596.
Furnes, loc., *516*.
Fu-sang, ter., 423.
Fust (Johann), 318.

G

Gabotto, véase *Cabot*.
Gaedertz (A.), 197.
Gaeta, loc., 237, *331*.
Gaiuk, véase *Kujuk khan*.
Galápagos, islas, 450.
Galata en Constantinopla, *227*.
Gales, ter., 100.
Galias, 26, 49, 50, 53, 80, 100, 148, *242*, 290, 512.
Galice, ter., *604*, *605*, 606.
Galicia, ter., 174.
Galileo, 403, 525, 526.
Gallipolis, *225*, 226.
Galo célticos, 166.
Gampon, *véase* Kampu.
Ganga, río, 184, *205*, *277*, *593*, 614.
Ganges, loc., *521*.
Gante, loc., 63, 64, *65*, 77, *149*, *381*, *516*.
García (Pedro), 239, 240.
Garcilaso de la Vega, 459.
Gardon, río, *521*.
Gargantua, 320.
Garona, río, 23, 51, *57*, 78, *79*, 140.
Gascones, 137, 142.
Gascuña, golfo y ter., 266.
Gaspé (Bahía de), *469*, 470, *587*.
Gaspesite, ter., *587*.
Gattchina, loc., *543*.
Gaya, ter., *183*.
Gdov, loc., *543*.
Gebelin (I.), 631.
Geddes (Jenny), 500.
Gedeon, 502
Geis, isla, *véase* Kais.
Gemiste, llamado *Plethon*, 302.
Génova, 11, 34, 40 á *43*, *47*, *153*, 213, 237, *247*, 248, 288, 310, *331*, 335, *349* 465, 488.
Genoveses, 37, 39, 235, 239, 244, 245, 254, 281.
Georgia, ter., *263*, *473*, 615, 618.
Gerardo, obispo, 60.
Germania, 20, 26, 40, 65, 113, 114, 116, 120, 199, 364 y *véase* Alemania.
Germanos, 21, 162, 200, 212,
Gerson, 98, 130.
Gevaudan, ter., *103*.
Ghio (Paul), 300.
Ghirlandajo, 283, 288.
Gibelinos, 9, 11, 44.
Gibraltar, loc. y estr., 234, 237, 240, 254, 264, *339*, 506, 529.
Ginebra, 19, 20, *71*, *149*, *329*, 344, *349*, *357*, 372, 373, *376*, 384, 522, 564, 596.
Ginebrinos, 394.
Gioccondo, 288.
Giorgione, Barberelli, 308, 344.
Giotto, Bondone, 288.
Giraudon, 72, 73, 186, 197, 199.
Gironda, río y ter., 18, 55, 137.
Gir, río, *339*.
Glamorgan, ter., 490.
Glandavès, 512.
Glaris, Glarus, loc., *21*
Glasgow, loc., *169*.
Glocester, *91*.
Glogau, loc., *499*.
Goa, loc., 231, 232, *277*, 278, 400, 415, 416, 418, *593*.
Godaveri, río, *593*.
Godín, 631.
Godos, 13, 192, 330.
Godunov, 481, 536, 537, 538.
Golconda, loc., *593*.
Goldoni, 299.
Golfo Arábigo, *277*.
Golfo de León, 100, 520.
Golfo de Méjico, 432, 445
Golfo Pérsico, 224, 234.
Gollheim, loc., *517*.
Gomera, isla, *339*, 631.
Gondinava, país de l. s Gondos, 422.
Gorea, loc., 628.
Gorgona, isla, *449*.
Gosse (Edm.), 458.
Gotha, loc., *377*.
Gotland, isla, 66.
Gotz von Berlichingen, 388.
Goudzerati, 278.
Goujon (Juan), 359, 360.
Gourgues (Dominico de), 474.
Gourmont (Remy de), 318, 386.
Grampians, montes, 166.
Gramzov, loc., *523*.
Granada, loc., *173*, 239, 319, 333, *339*.
Gran Atlas, *339*.
Gran Bretaña, 61, 106, 158, 166, 167, 177, 274, 350, 472, 485, 486, 488, 490, 494, 504, 506, 529, 530, 563, 568, 579, 582, 593, 611, 616.
Gran Canal de China, *195*, 196, *201*.
Gran Canaria, isla, 249.
Gran Chimu, loc., *455*, 461.
Grandes Mongoles, 564, 581, 582, 586.
Grandes-rusos, 540.
Grange-Batéliere en París, *111*.
Gran Grecia, 298.
Gran Muralla, 191, 199, 215, 515, *553*, 554.
Gran Norte, *431*, 535.
Granson, loc., 98, 328.
Gravelines, loc., *516*.
Gravesend, loc., *495*.
Gravier (Gabriel), 255, 262.
Grays Inn en Londres, *112*.
Great Fish River, 252.
Great Ormes Head, *493*.
Grecia, 180, *225*, 238, 298, 439.
Greef (Guill. de), 37, 29, 131, 580.
Green (Rich.), 27.
Greenwich en Londres, *495*.
Gregorio el Grande, papa, 296.
Gregorio VII, IX, papas, 10
Gregorio XI, 98.
Grenoble, loc, 81, 137, *153*, *329*, 564, *621*.
Greuze, 595.
Greve, río, *303*.
Grey (Jane), 485.
Gribaudi, 237.

Griegos, 36, 47, 72, 244, 298, 319, 320.
Grijalba, río, *444*.
Grimm, 314.
Grisnez, cabo *495*.
Grodekov, 219.
Groduo, loc., *604*, *605*.
Groenlandia, 258, *265*, 420, 422, 428, *489*.
Groningen, loc. y ter., *381*.
Gross (Karl), 422.
Guadalaviar, río, *410*.
Guadalquivir, río, 280, 284, *339*.
Guadiana, río, *173*, *339*.
Guam, Guayam, isla, l. s.
Guanahani, isla, 230.
Guanaja, isla, *263*.
Guanches, 246, 247, 249.
Guaranís, 556, 592.
Guatemala, ter., *444*, 447.
Guatimozin, 402.
Guaviare, río, *449*.
Guayaquil, loc., *449*, *451*, 475, *627*, 631.
Gucirat, ter., *242*.
Gueldre, ter., *381*.
Guelfes, 9, 11, 44.
Guercheville (Señorita de), 470.
Guerra (Cristóbal), 230, 266, 464.
Guibert de Nogent, clérigo, 60.
Guiena, 51, 132, 138, 142, 153.
Guillermo de Escocia, 97.
Guillermo de Holanda, 120.
Guillermo III de Orange, rey de Inglaterra, 480, 481, 529.
Guillermo el Conquistador, 60, 97, 104, 106, 108, 136, 156.
Guillermo el Taciturno, 378, 380, 381.
Guillermo, jardinero, 212.
Guillermo Tell, 22.
Guines, loc., *65*, 153.
Guipea, ter., 254, 414, *475*, 476.
Guipegatte, loc., *516*.
Guipúzcoa, ter., 25, 27.
Guisa, 343, 360, 484.
Gulfstream, 274
Gunther (S.), 308, 394, 526.
Gustavo Adolfo, 481, 498.
Gustavo Wasa, 378, 481.
Gutenberg, 290, 318, 319.
Guyana, 230, 266, *267*.
Guy (Bernard,) 56.

H

Haarlem, loc., *317*, 318, *381*.
Habsburgo, 98, 287.
Habsburgo, loc., *21*.
Haddington, loc., 344.
Hadramaut, ter., 193.
Hadrianópolis, *véase* Andrinópolis.
Haguenau, loc., *517*.
Hahn, loc., *523*.
Hainan, islas, *553*.
Hainaut, ter., *65*, *103*.
Haitianos, 426.
Haiti, isla, *véase* Española, 230, 232, 260, 425.
Halbain, loc., 516.
Halberstadt, loc., *577*.
Halep, loc., 80.
Halicarnaso, loc.,
Halifax, loc., *469*, *587*.
Halle, loc., *369*, *577*.
Hamburgo, 15, 47, 68, *69*, 116, *124*, *349*, *499*, *523*.
Hameln, loc., *523*.
Hami, loc., 183.
Hamilton, río, *469*.
Hamm, loc., *371*.
Hanau, loc., *523*.
Han (din.), 176, 192, 197.
Hang-tcheu, 194, 198, *201*.
Han Kiang, *553*.
Hankou, loc., *553*.
Hanoteau (Gabriel), 88.
Hanover, loc., *523*, 530, 563, 580.
Harfleur, loc., 68.
Harira, loc., 224.
Hartford, loc., *591*.
Hartmann, 367.
Harz, ter., 120.
Haslital, *21*.
Hastings, loc., 491, *495*.
Hatteras, cabo, *473*.
Hauret, 558.
Hauteville (Alfonso de), 138, 150.
Havai, islas, *421*.
Havi-ngan, loc., *201*.
Hawick, loc., 169.
Hawkins, 419, 472, 476.
Heath (Edwin), 454.
Heat (Richard), 316, 352, 363, 384, 454, 488.
Hebberstadt, *353*.
Hebert, 470.
Hebreos, 350.
Hébridas, islas, 409.
Hecate, 229.
Hedinger (A.), 40.
Hegau, ter., *369*.
Heidelberg, loc., *115*.
Heide, loc., 15.
Heikel, 190, 208.
Heiligensladt, loc., *118*.
Helenos, 94, 308.
Helgoland, isla, 15.
Herault, río, 57, 138.
Herberstein, 535.
Hércules, 254.
Hereford, loc., *91*,
Hericourt, loc., *517*.
Hermanos Moravos, 372.
Hermanos Recoletos, 558.
Herodoto 319.
Herrera (Antonio de), 412.
Herrera (Fernando de), 403.
Hersfeld, loc., *369*.
Hers, río, 51.
Herstal, loc, *577*.
Hérulos, 199.
Hesiodo, 319.
Hesse, ter., 126, 365, 377,
Heulard (Arthur), 326.
Heyd (W.), 34.
Hien-Thsang, 182, 183.
Highlands de Escocia, 355.
Hijos del Cielo, *véase* Chinos.
Hildburghausen, loc., *369*.
Hildebrando, véase *Bonifacio VIII*.
Hildesheim, loc., *353*.
Himalaya, montes, 184, *205*, 430, 581, 586.
Hindostan, ter., 177, *277*, 581.
Hindukuch, montes, *205*, 206, *609*.
Hindus, 277, 278, 414, 422.
Hoai-ngan, *201*.
Hoang-ho, 176, *195*, 196, 198, *205*, 215, *277*, *553*, *609*.
Hochstadt, *517*.
Hochst, loc., *499*.
Hodge (F. W.), 436, 453.
Hohenstaufen, 9, 10, 49, 122.
Hohenzollern, 563.

Hoi-hoi, véase **Ouigour.**
Hojeda (Alonso de), 230, 232, 266.
Holanda, 34, 65, 371, 381, 476, 481, 513, 525, 554, 570, 579.
Holandeses, 310, 380, 415, 420, 467, 488, 506, 633.
Holbein, 275.
Holbein (Hans), 344, 347, 627.
Holin, loc., 208.
Holmes (W.-H.), 440, 441, 442, 447.
Holstein, ter., 18, 120, 124, 499, 577.
Home (Bruce), 90.
Honan, ter., 553.
Hondschoote, loc., 516.
Honduras, ter. y golfo, 260, 263, 444, 445.
Honein, puerto, 339.
Honfleur, loc., 68, 240, 247.
Honorio III, 10.
Horda de Oro, 217, 532.
Hornos, cabo, 281.
Horrilakovo, monte, 629, 631.
Hotel-Dieu en París, 111.
Ho-ti, 167.
Hougli, río, 583.
Hsi Kiang, 553.
Hsi-ngan, loc., 191.
Huanuco, loc., 463.
Huaraz, loc., 455.
Hudson, bahía y estr., 265, 473, 586, 589.
Hudson, río, 476, 591, 619.
Hugonotes, 563.
Huitziloputzli, 438.
Hulago-khan, 177, 207, 209, 217, 220.
Humboldt (A. de), 274, 631.
Hu-nan, Hu-pe, ter., 553.
Húngaros, 228, 310.
Hungría, ter., 206, 225, 242, 530, 531, 532, 604, 605.
Hunos, 26.
Hurones, 591, 612.
Hurón, lago, 473, 589.
Husinetz, loc., 98.
Hussitas, 164.
Huss (Juan), 98, 163, 164, 347, 362.
Hutingdon, loc., 480.
Hutteldorf, loc., 118.
Hutten (Ulrich von), 320, 344, 346.
Huyghens, 629.
Hylacomilus, 270.
Hyte, loc., 491, 495.

I

Iakutsk, loc., 609.
Iberia, 413.
Iberos, 214.
Ibn Badja, Ibn Sinna, véase *Avempace, Avicena.*
Ibn Khaldun, 253, 298.
Ienissei, río, 205, 489, 549, 609.
Ijssel, río, 381.
Il Colleone, 294.
Ili, río, 517.
Illimani, monte, 463.
Illinenses, 589.
Illinois, río, 589.
Illmen, lago, 545.
Imola (Benvenuto de), 297.
Imperio alemán, 513.
Imperio británico, 207.
Imperio de Oriente, 36, 190, 226.
Imperio mongol, 176, 207, 208.
Imperio romano, 12, 13, 121, 192, 199, 214, 396.
Imperio ruso, 546, 548.
Imperio Zeng, 405, 418.
Incas, 403, 405, 454, 455, 456, 462.
India, 40, 133, 176, 180 á 190, 218, 222, 224, 230, 231, 236, 248, 254, 257, 258, 267, 268, 272, 276, 278, 279, 280, 290, 310, 316, 334, 335, 400, 423, 561, 564, 582, 583, 584, 586, 633.
India prima, 242.
India secunda, 242.
Indias Occidentales, 233, 252, 260, 270, 276.
Indias Orientales, 233, 252, 260, 270, 276.
India terza, 242.
Indios, 403, 428, 434, 437, 439, 446, 447, 460, 467, 590, 592, 611 á 613.
Indo-China, 187, 188, 189, 277, 517.
Indonesia, 405.
Indo, río, 205, 277, 581, 609.
Indre, río, 139.
Inglaterra, 18, 51, 68, 97, 103, 105 á 110, 135 á 142, 148, 150, 153, 156, 158, 160, 164 á 166, 170, 239, 254, 264, 301, 344, 345, 382 á 386, 405, 407, 413, 476, 483, 485, 486 á 488, 491, 493, 494, 501 504, 513, 522, 528, 529, 536, 570, 574, 579, 580, 586, 592, 593, 600, 601, 615, 622, 633.
Ingleses, 65, 140, 142, 151, 152, 168, 169, 179, 310, 386, 467, 474, 488, 494, 506, 582, 584, 586, 587, 588, 589, 590, 592, 613, 614.
Ingolstadt, loc., 313, 369, 393, 395.
Ingria, ter., 545, 550.
Ingul, Ingulets, ríos, 531, 542, 604.
Inn, río, 41, 117, 124, 376, 499.
Innsbruck, loc., 40, 41,
Inocencio III, IV, papas, 10, 52, 107.
Inocencio VIII, IX, X, papas, 343, 558.
Insulinda, 188, 194, 279, 418.
Iowa, río, 589.
Irán, Irania, 180, 206, 214, 218, 220, 224, 254, 255, 272, 278, 550.
Irkutsk, loc., 609.
Irlanda, 100, 128, 166, 256, 355, 385, 386, 408, 409, 506, 581.
Irlandeses, 386.
Iroqueses, 589, 592, 612.
Irravadi, río, 277.
Irtich, río, 205, 218, 609.
Isabel de España, 238, 259, 287, 362.
Isabel de Inglaterra, 156, 344, 385, 409, 474, 483, 485, 486, 487, 494.
Isabel de Rusia, 564.
Isar, río, 499.
Isenberg, loc., 523.
Isere, río, 19, 79.
Isla de Francia, Mauricio, 54, 58, 60, 91, 92.
Isla de Hierro, 630.
Islandeses, 258.

Islandia, 254, 256, 262, 420, 489.
Islas Afortunadas, *véase* Canarias.
Islas Británicas, 488, 504.
Islas del Bacalao, *véase* Terranova.
Islas de los Ladrones, del Tigre, de los Viados, 557.
Islas de los Pinguinos, 280.
Islas de los Tiburones, de San Pablo, l. s.
Isles, 149.
Islote de la Marina en Argel, 507.
Ispahan, loc., 70.
Israel, 502.
Israelitas, véase **Judíos.**
Issel, río, 381.
Istmo de Suez, de Panamá, *véase* Suez, etc.
Italia, 9, 10, 22, 23, 37, 39, 40, 46, 50, 72, 92, 93, 113, 118, 119, 121 a 123, 210, 214, 235, 289, 291, 298, 299, 302, 319, 330, 331, 334, 338, 340, 347, 361, 580.
Italianos, 45, 212, 298, 299, 334, 508.
Itchou, loc., 195.
Ivan el Terrible, 481, 532, 535 á 538, 540, 546.
Ivan Feodorowitch, 481.
Ivan III, Rusia, 177, 217.
Ivreé, loc., 43.
Iya-Yassa, 561.

J

Jackman, 490, 536.
Jacob, 130.
Jacob, maestro cartógrafo, 242.
Jacobo I, Inglaterra, 480, 494, 500, 563.
Jacobo II, Inglaterra, 480, 481, 529.
Jacobo III, véase *Estuardo.*
Jaén, loc., 339.
Jageman (G.), 365.
Jagst, río, 115.
Jalung, río, 553.
Jamaica, isla, 260, 263.
Jámblico, 319.
James, 474.
James, río, 619.
Jamestown, loc., 474, 589.
Janssen (Juan), 32, 74, 302, 310, 312, 314, 336, 363, 395.
Japón, 180, 181, 187, 207, 257, 400, 406, 421, 423, 559, 560, 561.
Japoneses, 420, 433.
Jaroslav, loc., 547.
Jassy, loc., 604, 605.
Jaufen, col., 40, 41.
Java, 189, 190, 207, 256, 279, 417, 418.
Javaneses, 189, 278.
Jefferson, 564, 616.
Jeffreys, 481.
Jemmapes, loc., 516.
Jenninbull (John), 616.
Jenofonte, 320.
Jerusalem, loc., 9, 80, 191.
Jesuitas, 345, 390, 391, 392, 400, 406, 407, 471, 483, 484, 538, 557, 558, 560, 590, 592, 602.
Jesús, 350, 390, 400.
Joao, véase *Juan de Portugal.*
Joaquín de Flora, 306.
Jogerndorf, loc., 577.
Jongdia, loc., 593.
Jonquieres, loc., 626.
Jonte, río, 519, 521.
Jordaens, 150.
Jordan (n'Anfoss), véase *Alfonso de Tolosa.*
Jordan, río, 416.
Jorge I, II, III, IV, Inglaterra, 530, 563.
Jorge Juan, 631.
José I, II, Austria, 480, 563.
Josué, 502.
Jourdain (Ch.), 131.
Joyeuse, loc., 521.
Juana de Arco, 97, 98, 152, 153, 155.
Juana la Loca, 287.
Juan V de Bizancio, 39.
Juan de Carignan, 240, 241.
Juan de Echaide, véase *Echaide.*
Juan de Leyde, 370.
Juan el Bueno, Francia, 97, 98, 142.
Juanito Fluteux, 364.
Juan II, Polonia, 481.
Juan I, II, III, Portugal, 250, 288, 333.
Juan (Preste), 191, 192, 276.
Juan sin Miedo, Borgoña, 98.
Juan sin Tierra, Inglaterra, 97, 104, 105, 107, 108, 137.
Juby, cabo, 247.
Júcar, río, 410, 411.
Judea, ter., 180.
Judíos, 47, 128, 131 á 133, 179, 192, 193, 218, 238, 239, 290, 332 á 334, 336, 355, 416, 614.
Julianillo, 387.
Julio II de la Rovere, papa, 343.
Julio (Estanislao), 188, 196.
Jurados, véase *Capuchonados.*
Jura, montes, 20, 100, 484.
Jurna, río, 451.
Justiniano, 78, 396.
Juterbog, loc., 499.

K

Kabul, loc., 183.
Kachgaria, 182, 184, 277.
Kachgar, loc., 183, 213.
Kachmir, ter., 182.
Kadikeni, loc., 227.
Kaese-Broeder, 364.
Kaffa, Theodosia, loc., 42, 235.
Kahira, *véase* Cairo (El).
Kai Fong, 553.
Kaikosama, 560.
Kaiser Ebersdorf, loc., 118.
Kais, Geis, isla, 223, 224, 277.
Kalita (Juan), 177.
Kalmukos, 537, 608, 609.
Kaluga, río, 541.
Kamienec, Kamenetz Podolok, 604, 605.
Kampu, Gampon, 201.
Kamtchatka, 421.
Kanghi, 555, 557, 558, 559, 560.
Kan Kiang, 553.
Kannon, diosa, 188.
Kanstatt, loc., 523.
Kansu, ter., 193, 553.
Kant (Manuel), 564.
Karakach, río, 182.
Kara-Khitan, 191.
Karakorum, loc., 178, 179, 182, 205, 208, 209, 213, 214.

Karakorum, montes, 182.
Kara, mar, 489, 490, 536.
Kara Mustapha, 530.
Karikal, loc., *593*.
Karlsruhe, loc., *115*, *377*.
Karungi, río, *629*.
Kassel, loc., *523*.
Kathai, Khitai, *véase* China.
Kau-ju-hu, *201*.
Kazan, loc., 216.
Kazar el Kebir, loc., *339*.
Kemi alf, río, *629*.
Kempten, loc., *353*, *376*.
Kent, ter., 154, 156.
Kentucky, río, *473*, *589*.
Kepler (Juan), 388, 403.
Kerulen, río, *609*.
Khalka, 210.
Khambalik, *véase* Pekin.
Khan, 205, 209, 210.
Khatmandu, loc., *183*.
Kheir-el-Din Barbarossa, 507.
Khirgiz, 210.
Khitai, Kathai, *véase* China.
Khitan, 176, 190, 191.
Khmer, 188.
Kholmogori, loc., *537*.
Khorassan, 224.
Khorin, *véase* Karakorum.
Khotan, loc., 182.
Kiangsi, Kiangsu, ter., *195*, *553*.
Kiaotchu, loc., *195*.
Kiating, loc., 187.
Kijev, loc., 225, *537*, 548, 549, 550, *604*, *605*.
Kinsay, loc., *213*.
Kintoch (A.), 536.
Kiptchak, 216.
Kirkaldy, loc., 564.
Kistna, río, 584, *593*.
Kitaigorod en Moscou, 550.
Kittais, monte, *629*.
Klementz, 190.
Kliasma, río, *547*.
Knox (John), 344, 384, 385.
Koblentz, *véase* Coblenza.
Koeitcheu, *553*.
Kokoma, río, *629*.
Kola, ter., 534.
Koln, *véase* Colonia.
Kolomna, loc., *547*.
Kondjeveram, loc., 183.
Konia, loc., 224, *225*.
Konigshofen, loc., *369*.
Konisberg, loc., 121, 564, *577*.
Konkan, ter., *593*.
Koributh (Miguel), 481.
Kosciusko, 605.
Kossovo, llanura, *225* á 228.
Kostroma, río, *547*.
Koumanes, 210.
Kovalevsky (Max), 573.
Krafft (Adam), 288, 310.
Krasnoiarsk, loc., 549.
Krasnoje Selo, loc., *545*.
Kremlin en Moscou, 216, 538, 541.
Kretschmer, 273.
Kreuznach, loc., *115*.
Kronstadt, isla, 548.
Kropotkine (Pedro), 26, 76, 216.
Kuang-si, Kuang-tung, *553*.
Kublaikhan, 176 á 178, 200, 207, 212, 215.
Kuhn (J.), 13, 23, 27, 67, 77, 83, 85, 89, 93, 127, 129, 135, 137, 139, 143, 155, 159, 163, 165, 167, 171, 291, 297, 301, 305, 307, 308, 311, 321, 323, 333, 335, 337, 347, 359, 361, 373, 375, 379, 383, 385, 391, 395, 397, 407, 411, 487, 491, 497, 501, 507, 513, 519, 541, 559, 575, 581, 601, 613, 617.
Kulguyev, isla, 489, 490.
Kuntsmann (F.), 335.
Kupka y Deloche, 11, 96, 99, 175, 179, 229, 233, 285, 289, 342, 345, 401, 405, 479, 483, 562, 565.
Kurth (Godofredo), 12.
Kutchuk Kainardji, 607.
Kuyuk-Khan, 177, 206, 207, 212.
Kwitse, lengua, *445*.

L

Labe, *véase* Elba.
La Boetie, 344, 389.
La Bourdonnais, 584.
Labourd, ter., *25*.
Labrador, 231, *265*, 274, *587*.
La Bruyere, 509, 511.
La Caze Blanche, *557*.
La Chaise-Dieu, loc., 81.
La Condamine, 563, 631.
Ladenburgo, loc., *517*.
Ladislao, Polonia, 481.
Ladrones, islas, *557*.
La Esclusa, *véase* Sluys.
La Fayette, 617.
La Ferté-Milon, 482.
La Fontaine (Juan), 404, 509.
Lago Ladoca, *545*.
Lago Mayor, *43*.
Lago San Pedro, *591*.
Lago Superior, *589*.
La Haya, loc., *381*.
La Hire, 629.
Lahn, río, *115*, *369*.
Lahore, loc., *183*.
Laiaz, loc., *118*.
Lainez, 390.
La Mas-Latrie, 339.
Lambeth en Londres, *112*.
Lamy, río, *557*.
Lancelot de Maloisel, 246.
Landau, loc., *517*.
Landes, ter., 18.
Landgrave de Hesse-Cassel, 377, 617.
Landrecies, loc., *516*.
Landriano, loc., *331*.
Landskrona, río, 547.
Landstuhl, loc., *369*.
Lang (Andrew), 384.
Langensalza, loc., *369*.
Langres, loc., *81*, *101*, *103*, *353*, *517*, 564.
Languedoc, *16*, 24, 41, 51, 52, 55, 388, 506, *521*.
Languedocenses, 214.
Lantcheu, loc., *183*, *213*, *553*.
Lanzarote, isla, 246, *247*.
Laonesado, 28.
Laon, loc., 60, 62, *63*, *81*, 88, *101*, *109*, 147, *353*.
Laotse, 180.
La Paz, loc., *451*, 462, *463*.
La Plata, est. y ter., 219, 232, 274, 464, 466, *475*.
Laponia, 490, 631.
La Reveillere, 240.
La Rochelle, loc., 68, *247*.
La Ronciere (Ch. de), 48.
Lascaris (Constantino), 288, 319.
Las Casas (Bart. de), 426.
Las Palmas, loc., 249.
Latacunga, loc., *627*.
Latinos, 214.
Laud, arzobispo, 480.
Lauigen, loc., *499*.
Laurence, 588.

Lausitz, *véase* Lusace.
Laval, loc., *621*.
Lavaur, loc., 81.
Laveleye (Emilio de), 157.
Lavenvari, isla, *545*.
Lavisse (Ernesto), 29, 60, 101.
Law, 565, 568, 569, 570.
Lazare, Servia, 226.
Lazzari véase *Bramante*.
Leadenhall en Londres, *112*.
Lech, *499*.
Leczinski, 564.
Lefevre (Andrés), 133.
Legname, *véase* Madera.
Legnano, loc., 9, 46.
Lehugeur, 133.
Leibnitz (Gottfried), 482.
Leicester (Conde de), 108.
Leiden, loc., *véase* Leyde.
Leipheim, loc., *369*.
Leipzig, loc., *124*, 334, 482, *499*, *523*.
Lelewel (Joachim), 240.
Leliaerts, 120.
Leman, lago, *19*, 20.
Le Mans, loc., 60, *81*, *101*, *109*, *621*.
Lemberg, loc., *604*, *605*.
Lemonnier, 631.
Lena, río, 205, *489*, *609*.
Lenka, lengua, 445.
Lenni-lenap, 612.
Lenormant (Fr.), 199, 299.
Lens, loc., *516*.
Leonardo de Vinci, 360.
León Isaurio, Bizancio, 80.
León X, papa, 236, 343, 362.
Leon, ter. y golfo, 100, 436, 520.
Leopoldo de Austria, 563.
Leopoldo I, emp., 480.
Leopoldo II, emp., 563.
Lepanto, loc., 530, *531*.
Lepe (Diego de), 267.
Lérida, loc., 55, 57, *173*.
Lesghiens, 218.
Lessing (Efraim), 564.
Leszczynsky, 606.
Letoure, loc., *81*.
Letourneau (Ch.), 87.
Leucate, loc., 138.
Levantinos, 290.
Le Vigan, loc., *521*.
Le Villemarqué, 87.
Lewes, loc., 90, 106, *495*.
Leyde, Leiden, loc., 380, *381*, 482.
Lexington, loc., 613.
Lhassa, loc., 184, 185, 203.
Liberia, ter., 573.
Libourne, loc., *153*.
Librería en Venecia, 291.
Lichfield, loc., *91*.
Lichtenau, loc., *313*.
Lichtenberger (Andrés), 456.
Lido en Venecia, 39, 339.
Liegnitz, loc., 120, *124*, 206, 225, *516*, *577*.
Lieja, loc., *101*, *103*, *149*, *329*, *353*, *381*, *516*.
Lierre, loc., *381*.
Ligny, loc., *516*.
Liguria, ter., 40.
Lille, loc., 64, *65*, *149*, *329*, *381*, *516*.
Lima, loc., 403, 422, *451*, 453, 460, *463*, 475.
Limmat, río, *21*.
Limoges, loc., *81*, *103*, *329*.
Limousin, ter., 624.
Lincoln, loc., 91, 108, 482.
Lincolns Inn en Londres, *112*.
Lingen, loc., *577*.
Lionardo, véase *Leonardo*.
Lippe, loc., *369*, *371*.
Lippincott, 439, 443.
Lippstadt, loc., *577*.
Lisboa, loc., 71, *173*, 174, 230, 236, 241, *247*, 253, 254, *256*, 269, 278, 279, 316, 334, 335, *339*, 344, *349*, *475*.
Lisieux, loc., *81*,
Lison, río, 515.
Lituania, ter., 242, *577*, 603, *605*.
Lituanios, 542, 606.
Livenza, loc., 33, *35*.
Liverpool, loc. y bahía, 492, *493*.
Livonia, ter., 120, *604*.
Livorno, loc., 39. *43*.
Llanduno, loc., *493*.
Llaneros, 202.
Locke (John), 482, 574. 602.
Lodeve, loc., *521*.
Lodomiria, ter., *605*. 606.
Loira, río, 58, 59, 62, 78, *79*, *101*, 111, 114, 148, 149, 374. 520.
Loja, loc., *455*.
Lombardía, ter., 42, 46, *47*, 57.
Lombardos, 214, 334.
Lomber, loc., *81*.
Lombroso (César), 33.
Londres, loc., 27, 66, 68, *71*, 98, 99, *101*, 105, 110, 111, *112*, 113, 153, 156, 160, 170, *247*, 275, 344, *349*, 403, 482, 487, 491, *495*, 503, 506, 564, 628.
Longfellow, 588.
Long Island, *261*, *591*, *619*.
Longjumel (Andrés de), 211.
Longwy, loc., *517*.
Lookout, cabo, *473*.
Lope de Vega (Félix), 403, 412.
Lorca, loc., *410*.
Lorch, loc., 117, *125*.
Lorrain (Claudio Gelli), 404.
Lorraine, ter., *103*, 111.
Lorris (G. de), 10.
Lorris (Robert de), 143.
Losana, loc., 374, 376.
Lotario, 148.
Lot, río, *521*.
Louvois, 453.
Louvre (El) en París, 309, 347.
Lovaina, 288.
Lowlands de Escocia, 168.
Loyola (Ignacio), 390, 392, 558.
Loyola, loc., *25*, 391.
Loyson (Jacinto), 376.
Lubeck, loc., *47*, 66, 68, *69*, *71*, 116, *124*, *349*, *353*, *499*.
Lucca, loc., *43*, 292, 306
Lucera, loc., 21, *47*, 48, 114.
Lucerna, loc., 47, *376*.
Luce (Simeón), 141, 143, 146.
Luchaire (A.), 29, 60, 62, 101, 145.
Lucio III, papa, 10.
Luçon, *81*.
Lucques, loc., *331*.
Ludgate Londres, *112*.
Luga, río, *545*.
Lugra, río, *545*.
Luis VI, VII, Francia, 28, 29, 97, 102.
Luis VIII, 108.
Luis IX, 126, 137, 191, 211.
Luis X, 97.
Luis XI, 155, 287, 289, 327, 328, 329, 330.
Luis XII, 287, 329, 331.

Luis XIII, 480, 507, 563.
Luis XIV, 338, 480, 483, 485, 508, 510, 512, 514, 518 á 520, 522, 526 á 529, 555, 560, 563, 565, 566, 580, 596.
Luis XV, 530, 563, 594, 599.
Luis XVI, 623, 624.
Luis el Germánico, 113.
Luis, emp. de Alem., 98.
Luisiana, ter., 589.
Luisville, 570.
Lulan, loc., 183.
Luneville, loc., 517.
Lusace, ter., 121, 499.
Lustgarten en Berlín, 575.
Lutea, loc., 629.
Lutero (Martín), 344, 347, 358, 361, 362, 363, 365, 367, 368, 372, 382, 386, 394, 396, 552.
Lutter, río, 499.
Lutzen, loc., 481, 498, 499.
Luxemburgo, loc., 98, 149, 517, 577.
Lyonesado, ter., 28.
Lyon, loc., 47, 81, 103, 113, 329, 331, 621.
Lys, río, 61.

M

Mably, 564, 598.
Macao, loc., 553, 556, 557.
Macgowan (J.), 552, 553, 557.
Machala, loc., 627.
Mackenzie, río, 421.
Mackinder (H.-J.), 488, 492.
Macon, loc., 149.
Mactan, loc., 282, 417.
Madagascar, 251, 257, 276.
Madeira, río, 451, 454.
Madera, isla, 233, 237, 244, 247, 251, 489.
Madidi, río, 451, 454.
Madjapahit, ter., 279.
Madras, loc., 583, 584, 593.
Madre de Dios, río, 462, 463.
Madrid, loc., 349, 403, 404, 407.
Maestrich, loc., 64, 381.
Magdalena, río, 263, 449.
Magdeburgo, loc., 353, 499, 523, 577.
Magdelen, isla, 586.
Magallanes, estr., 280, 281, 409.
Magallanes (Fern.), 231, 279, 280, 281, 282, 284, 417, 628.
Magelang, isla, 190.
Maguncia, Mainz, loc., 47, 114, 115, 122, 124, 317, 318, 369, 499, 517.
Mahanadi, río, 593.
Mahé, loc., 593.
Mahendri, loc., 183.
Mahoma, 228, 279, 302, 340.
Mahoma I, II, 177, 228, 239.
Mahometanos, 298.
Maidstone, loc., 495.
Maine (Duque de), 564, 566.
Maine, ter., 469, 586, 626.
Main, río, 113, 115, 124, 126, 313, 369, 377, 499, 523.
Maintenon (Sra. de), 519, 563.
Mainz, *véase* Maguncia.
Maio (Giuniano), 338.
Maiollo, 273.
Malabar, ter., 242, 244, 277.
Malacca, loc., 231, 277, 280, 282, 416, 417.
Málaga, loc., 173, 339.
Malasia, 276, 417.
Malayos, 188, 189, 241, 414.
Malcolm IV, Escocia, 97, 100.
Maldstone, 495.
Malebranche (Nicolás de), 482.
Mallorca, isla, 248.
Malplaquet, loc., 514, 516, 529.
Malvoisine, loc., 626, 629.
Malsch, loc., 369.
Mals, loc., 41.
Malta, isla, 530.
Mame, lengua, 445.
Mamelucos, 467.
Mancha, mar, 58, 100, 101, 149, 165, 228, 349, 405.
Manchester, loc., 493, 580.
Mandchues, 113, 198, 553, 554, 555, 556.
Mandchuria, 553.
Mandeville, 243.
Mangaseia, 536, 609.
Mangu-khan, 177, 211, 212.
Manhadoes, Manhattan, en Nueva-York, 476.
Man, isla, 494.
Mannheim, loc., 114, 115, 517.
Mansfeld, loc., 577.
Mantegna (Andrea), 288.
Mantes, loc., 59, 109.
Mantua, loc., 43, 300, 331.
Manucio (Aldo), 288, 319.
Manzanillo, loc., 433.
Maraca, 270.
Maracaibo, golfo, 449.
Maragha, loc., 209, 210.
Mar Amarillo, 195.
Maranhao, isla, 467.
Maranhao, isla, 467.
Marañón, río, 451.
Mar Arábigo, *véase* golfo Pérsico.
Marathon, loc., 234, 627.
Mar Blanco, 462, 489, 490, 537.
Marburgo, loc., 377.
Marcel (Etienne), 143.
Marche, ter. de Francia, 103, 359.
March, *véase* Morava.
Marcou (Jules), 270.
Mar de Aral, 537.
Mar de China, 201.
Mar de Holanda, 36.
Mar de Irlanda, 409.
Mar de Kara, 462, 536.
Mar de las Antillas, 432, 464.
Mar de las Indias, *véase* Océano Indico.
Mar del Norte, 65, 101, 149, 201, 349, 381, 495.
Mar de los Caribes, 263, 266, 272, 274.
Mar de los Cortereals, 266.
Mar del Sud, 263.
Mar Dulce, 267.
Mar Egeo, 236, 531.
Mareil, loc., 626.
Marez (O. des), 134.
Margarita de Flandes, 98.
Margate, loc., 495.
Margry (Pedro), 332.
María de Inglaterra, 344, 384, 407, 485, 487.
María Estuardo, 385, 494.
María Teresa de Francia, 563.
María Teresa de Austria, 563, 578.

Marienburgo, loc., 516.
Marienthal, loc., 499.
Marignan, loc., 331.
Marina, río, 303.
Maquiavelo (Nicolás), 344.
Marinus de Tyr, 255, 628.
Mar Jónico, 36, 42, 531.
Marlboroug, 481, 514, 529.
Marlowe (Cristóbal), 413, 492.
Mármara, mar de, 607.
Mar Negro, 42, 205, 216, 225, 234, 531, 537, 546, 548, 549, 607.
Marne, río, 79, 109, 111, 149, 479, 517.
Marquesas, islas, 421, 422.
Mar Rojo, 231, 234, 236.
Marruecos, 242, 247, 248, 280, 343, 412.
Marsella, loc., 32, 49, 113, 329, 331, 512.
Martel, 633.
Martín (A.-S.), 306.
Martín (Ch.), 219.
Martini, 558.
Martín (T. H.), 526.
Maryland, ter., 473, 478, 611, 618, 620.
Mascareñas, islas, 251.
Mascate, loc., l. s.
Massachusetts ter., 473, 479, 613, 616, 618.
Massaoua, loc., l. s.
Massieu (Sra.), 217, 221, 223, 585.
Massudi, 223, 244.
Masulipatam, 583.
Matagalpa, loc., 444.
Mathías, emp. de Alem., 480.
Maubeuge, loc., 61, 516.
Maupertius, loc., 141.
Maupertius, 564, 631.
Maurer, 314.
Mauriac, loc., l. s.
Mauricio, *véase* Isla de Francia.
Mauritania, 214, 242, 243, 246, 298, 338, 339, 340, 41?, 475, 505, 506, 507, 519.
Maximiliano, emp. de Alem., 287, 312.
Maximiliano II, 343.
Maya, 426, 427, 441, 442, 443, 445, 447, 451, 466.
Mayaguana, isla, 260.
Mayapan, loc., 442.
Mazarino, 480, 504, 507, 508, 510, 511.
Mazulipatam, loc., 593.
Meaux, loc., 81, 357, 626.
Mecklemburgo, 120, 124, 377, 499.
Médicis (Cosme, Lorenzo, etc.), 269 288, 300, 321, 356.
Médicis (María y Catalina de), 484, 552.
Mediterráneo, 24, 32, 34, 58, 78, 93, 177, 225, 228, 234 á 238, 240, 241, 243, 255, 278, 338, 340, 349, 465, 488, 489, 504, 506, 520, 530.
Medway, río, 495.
Meiningen, loc., 369, 376, 377.
Mejicanos, 422, 433, 434, 438, 439, 441, 442, 443.
Méjico, loc., 231, 274, 402, 409, 413, 421, 423, 430, 431, 432, 433, 434, 435, 438, 440, 445, 452, 460.
Méjico, 441.
Mekong, río, 205, 277, 553.
Mekran, 277.
Melanchton (Felipe), 344, 394.
Melck, loc., 395.
Melilla, loc., 339, 340.
Melinde, loc., 244, 251, 276, 418.
Melrose, loc., 169.
Melun, loc., 626, 629.
Memling, 288.
Menapios, 61.
Mende, loc., 81, 521.
Menfis, loc., 461, 619.
Mennonitas, 371.
Meran, loc., 40.
Mercator, 421, 475, 557.
Mérida, loc., 172, 444.
Merimée (Prosper), 546.
Merrakech, loc., 339.
Merseburgo, loc., 353.
Mersey, río, 492, 493.
Merv, loc., 205, 213, 219.
Mesopotamia, 177, 223, 224.
Messina, loc., 48.
Meta, río, 449.
Metelin, loc., 236.
Metz, loc., 101, 103, 149, 329, 343, 353, 498, 501, 517.
Metzys (Quintín), 288.
Meudon, loc., 344.
Meulan, 61.
Meuse, río, 64, 79, 101, 149, 381, 517.
Meyrneis, loc., 519, 521.
Mexcala, río, 433.
Mezieres, loc., 516.
Micalovicht (A.), 535.
Michelet (Jules), 16, 87 129, 142, 305, 414, 570, 571, 616.
Michigan, lago, 428 473, 589.
Miguel Angel Bnonarotti, 321, 344.
Mijares, río, 410.
Milanesado, 330, 331.
Milán, loc., 9, 43, 45, 47, 153, 292, 319, 331, 349.
Milet, loc., 42.
Milton (John), 482.
Minden, loc., 353, 577.
Ming (din.), 176, 215, 552, 555, 556.
Ming-Quen, loc., 554.
Ming-ti, 176.
Minkiang, 187, 198, 553.
Minneapolis, 569.
Minnesota, río, 589.
Minsk, loc., 604, 605.
Min, ter., 197.
Miquelon, isla, 469.
Miramichi (Bahía de), 587.
Mirecourt, loc., 404.
Mise, lengua, 445.
Mississippi, río, 231, 419, 421, 431, 432, 475, 489, 569, 570, 571, 589, 590.
Missouri, río, 569, 589.
Mitla, loc., 433, 439.
Mobile, loc., 571.
Módena, 43, 288, 315, 331.
Moen, isla, 68, 69.
Mogador, loc., 412.
Mogudchar, montes, 206.
Mohacs, loc., 530, 531.
Mohicanos, 611.
Moisés, 350, 351.
Moisés de Narbona, 322.
Mokcha, río, 547.
Moldau, río, 124, 162, 499 523.
Moldavia, ter., 531, 605, 607.
Moliere (Juan Poquelin), 404, 509.
Molucas, archipiélago, 231, 279, 282, 402, 409, 414, 417, 418.

Mombasa, loc., 244, 276, 418.
Mongoles, 120, 176, 179, 198 á 210, 218 á 222, 224, 228, 305, 424, 532, 548, 582.
Mongolia, 177, 187, 191, 206, 207, 216, 222, 241, 242, 306, *609*.
Monk, general, 480.
Monnier (Felipe), 291, 297, 301, 348.
Monnier, (Marcel), 187, 197, 307.
Monongahela, río, 590, *619*.
Mons-en-Pevele, loc., *516*.
Mons (Hainaut), *65*, *516*.
Montaña Blanca, 496.
Montaigne (Michel), 344, 389.
Montañas Verdes, *591*.
Montargis, loc., *109*, 111.
Montauban, loc., *81*.
Montbard, loc., 564.
Montbeliard, loc., *376*.
Mont Blanc, 633.
Montcorvino, 555.
Montdidier, loc , *626*.
Monte Alban, 446, 447.
Monte Athos, 178.
Monte Cassino, 295, 297.
Montenegro, 25.
Monte Omei, *183*.
Montereau, loc., 98, 109, 111.
Montespan (Sra. de), 563.
Montesquieu, 564, 572, 573, 594, 614.
Monte Tabor, 363.
Montevideo, loc., 464.
Monte Washington, *619*.
Montezuma, 402, 430, 435.
Montfort l' Amaury, *101*, 564.
Montfort, loc. de Belg., *577*.
Montgolfier, 633
Montmartre en París, *626*.
Montmedy, loc., *517*.
Montpelier, loc., Vernon, *315*.
Montpellier, loc., Francia, *81*, *521*, *591*, *621*.
Montreal, loc., *589*, *591*.
Montthery, loc., *626*.
Montzaigle, loc., *626*.
Moorgate Londres, *112*.
Morales, 558.
Morat, loc., 98, 328, *329*.
Morava, March, río, 117, *124*.
Moravia, 120, *577*, *605*.
Morecambe Bay, *493*.
Morchansk, loc., *547*.
Morea, Peloponeso, ter., *531*, 607.
Morelly, 456, 564.
Moreuil, loc., *626*.
Moreno (E.-P.), 281, 423, 452.
Morgarten, loc., *21*, 22, 134.
Moro (Thomas), 158, 324, 344.
Morins, 61.
Moros, Moriscos, 92, 238, 239, 290, 322, 337, 340, 356, 411, 416, 506.
Mortillet (Gabriel de), 422.
Morton, regente, 385.
Morvan, ter., 110.
Mosa, río, 378.
Moscou, loc., 236, 336, 337, 481, 532, *537*, 538, *547*, 549, 550, *604*, *605*.
Moscovia, ter., *604*.
Moscovitas, 534.
Mosela, río, *79*, 92, *101*, *115*, *124*, *149*, *377*.
Mosko, lengua, *445*.
Moskva, río, 218, *547*, 549.
Motte (Emilio), 84.
Mougeolle (P.), 443.
Moulins, loc., *621*.
Mount Vernon, loc., *619*.
Moyobamba, loc., *455*.
Moyos, 462.
Mozambique, ter., *251*, 276.
Mugnone, río, *303*.
Mujiks, 539.
Mulda, río, *499*.
Mulhausen, loc., Turingia, *369*.
Mulheim, loc., *371*.
Mulhouse, Mulhausen, loc., Alsacia, *369*, *376*.
Muluya, río, *339*.
Munck (S), 322.
Munich, Munchen, loc , *41*, 115, *124*, 305, *369*, *377*, *499*.
Munster, loc., *353*, 370, *371*, 498, *499*
Munster (Seb.), 535.
Munzer (Thomas), 368.
Murad, I, II, 117, 226 á 228.
Muralla de China, 198, 553.
Murcia, loc., *173*, 307, *339*, *410*, 411.
Muret, loc., 10, 56, *57*, 107.
Murillo (Bart.-Est.), 404, 412.
Museos diversos, 45, 53, 186, 187, 197, 199.
Muskoghi, 612.
Musulmanes, véase **Mahometanos.**
Muyzcas, 448.

N

Naarden, loc., *381*.
Nadir-chah, 550.
Naefels, loc., 125.
Nagasaki, loc., 561.
Nahe, río, 118, *115*, *369*, *517*.
Nahuas, 440, 451.
Nahuatl, lengua, *445*.
Namur, loc., *381*, *516*.
Nancy, loc., *149*, *329*, *517*.
Nangrandan, lengua, *445*.
Nanking, 201, 205, 242, *553*.
Nantes, loc., 81, 100, *329*, 343, 471, 483, 484, 519, 566, 576.
Nantucket, isla, *469*, *591*.
Nantwich, loc., *493*.
Nápoles, loc., 10, 122, *331*, 338, *349*, 564.
Napolitana, ter., 330.
Napo, río, 449, 464.
Narbada, río, *593*.
Narbona, loc., *81*, *621*.
Narova, río, *545*.
Narrangavatts, 611.
Narva, loc., *545*, 546.
Narváez (Pánfilo de), 271.
Nasca, loc., *455*.
Nasr Edin, 209.
Natchez, loc., *571*.
Navarra, ter., 24, *25*.
Navarrete, 272.
Navas de Tolosa, loc., 172.
Nawa, monte, *629*.
Neckar, río, *115*, *124*, 126, *369*, *377*, *517*.
Neckarsulm, loc., *369*.
Neerwinden, loc., *516*.
Negroponto, isla, 71.
Negros, 414.
Nemours, loc., *109*.
Nepal, ter., 184.

Nertchinsk, loc., 552.
Nesle, loc., 68, 101.
Nestorianos, 191, 192, 208.
Netze, río, *124*.
Neuchatel, loc., *376*, *577*.
Neufchateau, loc., *517*.
Neuhengstett, loc., *523*.
Neuvy Saint-Sepulchre, loc., 139.
Neuwied, loc., *115*.
Neva, río, *545*, 547.
Nevada de Toluca, monte, *433*.
Nevers, loc., *81*, *149*, *329*.
Newbury (William de), 132.
Newgate en Londres, 112.
New-Plymouth, loc., 476.
Newton (Isaac), 482, 574.
New-York, *473*, 476, *589*, *591*, 610, 611, 612, 615, 618, *619*.
Nganhoei, ter., 201, *553*.
Niágara, *473*, *619*.
Nibia, ter., *véase* Nubia.
Nicaragua, lago y ter., 270, 444, 446.
Nicea, loc., 226.
Niclashausen, loc., 364.
Nicolás V, papa, 98, 302.
Nicosie, loc., 94.
Nicoya, pen. de, *445*.
Niebuhr (Carstens), 632.
Niemen, río, 121, *604*, *605*.
Niemi, Niemis, montes, *629*.
Nietzsche, 347.
Niger, río, 251, *489*.
Nijniy Novgorod, *537*, *547*.
Nijwegen, Nimega, *381*.
Niko, faraón, 236.
Nikon metropolita, 545.
Nikopoli, loc., *225*, 228.
Nilo, río, *225*, *251*, *489*.
Nimes, loc., 51, *521*.
Ning-po, loc., 198, *201*, 552, *553*.
Niño (Peralonso), 230, 266, 464.
Niquivan, lengua, *445*.
Nith, río, *169*.
Niza, loc., *43*, *329*, *331*.
Niza (Marcos de), 436.
Noel (Eugenio), 326.
Nogaret, 127.
Nola, loc., 403.
Nollet, 633.
Nordenskjold, 536.
Nordlingen, loc., *313*, *369*, *377*, *499*.
Norfolk, loc., Virginia, *619*.
Normandía, 91, 100, *103*, 104, 268, 586.
Normandos, 26, 92, 114, 237, 262, 420.
North Foreland, cabo, *495*.
Northumberland, 167.
Noruega, ter., 39, *242*, 534.
Norwich, loc., 91, 155.
Norvood, 628.
Nova Scotia, *véase* Nueva Escocia.
Novara, loc., *43*, *331*.
Novaya Zemlia, isla, *489*, 490.
Novgorodianos, 336, 534.
Novgorod, loc., 67, *71*, 216, 336, 534, 535, *537*, *545*, 546.
Novicow (S), 107.
Noyon, loc., 60, *81*, 88, *101*, *109*, 344.
Nuestra Señora de Guadalupe, 436.
Nuestra Señora de París, 77, *111*, 296.
Nueva Amsterdam, isla, l. s.
Nueva Brunswick, ter., *469*, *587*.
Nueva Citerea, 632.
Nueva Escocia, Acadia, 264, *265*, *469*, 470, 529, 586, 588, 610.
Nueva Francia, 470, *589*.
Nueva Georgia, 269.
Nueva Granada, 447, *449*.
Nueva Hamsphire, ter., 618
Nueva Holanda, *véase* Australia.
Nueva Inglaterra, *265*, 476, *589*, 591, 611, 613.
Nueva Jersey, ter., 618.
Nueva Jerusalem, Nueva Sión, 370, 416.
Nueva Kholmogori, 535.
Nueva Orleans, loc., *571*, *589*.
Nuevas Hébridas, 416, *421*.
Nueva Zelanda, *421*.
Nuevo Méjico, ter., 436.
Nuevo Mundo, 13, 213, 234, 237, 239, 248, 252, 260, 262, 269, 270, 274, 281, 287, 290, 316, 336, 337, 340, 354, 408, 413, 414, 419, 420, 423, 434, 454, 462, 466, 468, 469, 476, 477, 478, 488, 492, 525, 561, 568, 586, 592, 610, 618, 631.
Nubia, *242*.
Nuées, 425.
Numidia, *242*.
Nun, cabo, *247*, 248, *251*.
Nurchatchu, 553, 554.
Nuremberg, Nurnberg, 115, *124*, *247*, 257, 288, 310, 311, 312, *313*, 335, 344, *369*, *377*, 379, *499*.
Nys (Ernest), 27, 34, 68, 132, 269, 276, 322, 500, 600, 601.
Nyskans, loc., 547.

O

Oaxaca, loc., 447.
Ob', río, 176, *205*, 336, *489*, 490, 535, 536, *537*, *609*.
Obdorsk, loc., 536, *609*.
Occidentales, 80, 213, 234, 279, 560.
Océano, 16, 39, 100, 180, 234, 236, 246, 252, 257, 432, 434, 450, 488, 504, 551, 612.
Océano Indico, 235, 236, 243, 244, 278, 418.
Odenwald, monte, *369*.
Oder, río, 18, *69*, *121*, *124*, 126, *225*, *499*, 523, *604*, *605*.
Oderberg, loc., *577*.
Odessa, loc., *577*, *605*.
Ofen, *véase* Budapest.
Ogatai-khan, 177, 206, 208.
Ohio, río, *473*, 569, *589*, 590.
Ohsson (D'), 207.
Oise, río, 61, *79*, *109*, 111, *149*, *626*.
Oka, río, *547*, 549.
Okhotsk, golfo de, 207, 551.
Olafson y Palson, 506.
Oleson, isla, *69*.
Oldham, 269.
Olmutz, loc., 124, 206, 225.
Olimpos diversos, 225, 234.
Oman, golfo, 224.
Omei, monte, *183*, 186.
Oneida, loc., *591*.
Ontavio, lago, *473*, *589*, *591*, *619*.
Opper (Gustavo), 191.
Oranienbanm, loc., *545*.
Orán, loc., *339*, 340.

Orb, río, 57, 138.
Ordos, 210.
Oredech, río, 545.
Orel, loc., 547.
Orellana, 403, 464.
Orfeo, 300.
Orientales, 416.
Orihuela, loc., 410.
Orinoco, río, 263, 266, 449.
Orizaba, monte, 433.
Orkham, 177, 225, 226.
Orlamunde, loc., 369.
Orleans (Duque de), 287, 566.
Orleans, loc., 62, 81, 101, 109, 153, 329, 621.
Ormuz, loc., 213, 224, 231, 277, 278, 582.
Ornain, río, 517.
Orotinas, lengua, 445.
Osma, loc., 52.
Osman, 225.
Osmanli, 179.
Osmanli, 225.
Osnabruck, loc., 353, 371, 498, 499.
Ostende, loc., 381, 495, 516, 570.
Ostfriesland, 15, 499.
Ostrogodos, 214.
Otón IV, 9, 10, 104.
Otranto, tierra de, 299.
Ottawa, loc. y río, 591.
Oudenarde, *véase* Audenarde.
Ouigour, 190, 193, 210.
Outchu, isla, 577.
Overyssel, ter., 381.
Oxenstiern (Axel), 481.
Oxford, loc., 244, 315, 394, 528.
Oxus, *véase* Amudaria.

P

Pablo II y III, papas, 343.
Pachacamac, loc., 453.
Pacífico, 201, 272, 274, 282, 421, 422, 431, 432, 445, 461, 489, 550, 568, 627, 630, 632.
Pacíficos, 144.
Paderborn, loc., 353.
Paderin, 208.
Padua, loc., 35, 43, 288.
Paine (Thomas), 615.
País de Gales, 18.
Países Bajos, ter., 64, 68, 378, 380, 402, 409, 494, 522.
País Vasco, 391.
Paithau, 183.
Palata (Duque de), 460.
Palatinado, ter., 496, 499, 518.
Paleólogo (Const. y Juan), 304.
Palermo, loc., 349.
Palestina, ter., 390.
Palma, loc., 227.
Palmas, cabo, 247, 257.
Palmberg, loc., 523,
Palos (Cabo de), 410.
Palos, loc., 213, 230, 247, 339.
Palus Meotides, 546.
Pamiers, loc., 81.
Pamir, montes, 205, 218, 219, 609.
Pamplona, loc., 25, 390.
Panamá, loc., golfo, bahía, cordillera, 263, 274, 449, 567, 630.
Panartz, 319.
Pantagruel, 320.
Panuco, río, 433.
Papua, 422.
Papuasia, ter., 421.
Paraguay, río y ter., 267, 466, 475, 592.
Para, loc., 466.
Paramauca, loc., 455.
Parana, río, 267, 275, 466, 475.
Pardessus, (J. M), 276.
Pargny, loc., 63.
Paria, (golfo de), 263, 266.
París, 47, 59, 72, 73, 81, 99, 101, 103, 104, 109 á 114, 118, 142, 143, 149, 151, 153, 247, 288, 312, 315, 329, 332, 357, 390, 404, 472, 482, 511, 564, 572, 593, 621, 623, 626, 628, 630, 631.
París (Gaston), 596.
Parita, loc, 567.
Parma, 43, 331.
Parmesano (El), 299.
Partsch (J.), 334.
Pasaje del Noroeste, 274.
Pascal, 404.
Paso de Calais, estr., 495.
Passarowitz, loc., 531, 532.
Passau, loc., 115, 124.
Pasto, loc., 449, 450, 475.
Patagonia, ter., 422, 424, 475.
Patna, loc., 183, 393.
Patterson, 568.
Paulistas, 468.
Paulnier de Gonneville, 268.
Pavía, loc., 43, 292, 331.
Pawloski (A.),
Payta, loc., 627.
Pedro de Castelnau, 52.
Pedro el Grande, 357, 546, 547, 550, 564, 607.
Pedro II, III, Rusia, 481.
Peebles, loc., 169.
Pegnitz, río, 379.
Peiho, río, 195, 196.
Peipus, lago, 545.
Peking, loc., 195, 205, 213, 535, 552, 553, 554, 559, 560.
Pelasgos, 299.
Pellice, valle, 358.
Pello, monte, 629.
Peloponeso, *véase* Morea.
Península hindu, *véase* India.
Península, *véase* España, Italia, etc.
Pennsylvania, ter., 473, 478, 581, 611, 612, 616, 618.
Penn (William), 478, 611, 616.
Pensacola, loc., 571.
Peñón de Vélez de la Gomera, isla, 339.
Pequeño Dieppe, 250.
Pequeños-rusos, 540.
Pequod, 611.
Perche, ter., 110, 586.
Peregrinos, 476.
Perekop, loc., 531, 537, 607.
Perigord, ter., 103, 344, 482.
Perigueux, loc., 13, 78, 329.
Perlas, archipiélago, 274, 567.
Permianos, 535.
Perm, loc., 537.
Pernambuco, loc., 420, 467, 475.
Peronne, loc., 97, 103, 523.
Perrault (Charles), 482, 509.
Perrot (George), 299.
Persas, 80, 298, 457.
Persia, 12, 177, 222, 223, 242, 277, 320, 550.

Perth, loc., 169.
Peruanos, 403, 456.
Perugino, Pietro Vannuci, 288, 299.
Perú, ter., 274, 402, 409, 422, 434, 450, 460, 475.
Pescadores, islas, 553, 554.
Peschel (Oscar), 32, 256, 269, 272.
Pest, *véase* Budapest.
Pet, 490, 536.
Petchenegues, 210.
Petchili, ter. y golfo, 195, 197, 553.
Peterborough, loc., 81.
Peterhof, loc., 545.
Petrarca (Fran.), 98, 288, 294, 308, 348.
Petty (Henry), 580.
Peyrat (Nap.), 85.
Peyre (Roger), 582.
Pfeifers-Hanslein, 364.
Phalsburg, 517.
Philippsburg, 517.
Philippson (Martín), 387.
Piacenza, loc., 43.
Piamonte, ter., 45, 331.
Piave, río, 23, 35.
Piazetta en Venecia, 291.
Picard, clérigo, 629.
Picardía, ter., 60.
Picavet, 526.
Pic de la Mirandola, 288.
Pictes, 170.
Pieles Rojas, 429, 472, 476, 588, 592, 613.
Pigafetta (Antonio), 283.
Pilastre des Rosiers, 633.
Pilica, loc., 577.
Pinache, loc., 523.
Pinard (Alfonso), 270.
Píndaro, 320.
Pindo, monte, 228.
Pineda (Alonso de), 231.
Pinllar, loc., 627.
Pinsk, loc, 604, 605.
Pinzón (Vicente Yáñez), 230, 231, 262, 266, 274.
Pío II, V, papas, 235, 343.
Pipils, 443, 444, 445.
Pirenne (H.), 17, 30, 61, 64, 66, 70, 75.
Pirineos, 22, 23, 25, 48, 92, 100.
Pisa, loc., 11, 39, 43, 47, 164, 292, 331, 403.
Pistoya, loc., 43.
Pitágoras, 234, 378.
Piteas, 253.
Pittier, 446.
Pittsburgo, loc., 590, 619.
Pizarro (Francisco), 402, 403, 413, 459, 460, 477.
Pizarro (Gonzalo, Hern., Juan), 403, 452, 460.
Plana Cays, isla, 261.
Plan Carpin, 211.
Plassey, loc., 585.
Platon, 320, 322.
Pleton, 288.
Pleton, véase *Gemiste*.
Plutarco, 320.
Pluysa, río, 545.
Plymout, loc., 469, 489, 492.
Pococke, 633.
Podolia, ter., 531, 605.
Poey (Felipo), 428.
Pokontsi, lengua, 445.
Poitiers, loc., 62, 81, 97, 101, 127, 140, 141, 151, 153, 156.
Poitou, ter., 62, 91, 148, 359.
Polacos, 481, 531, 534, 538, 543, 548, 551, 602, 603.
Poli (Marco, Maffeo, Nicolás), 177, 188, 200, 212, 213, 259, 272.
Polinesios, 420.
Polonia, Peq. y Gr., 121, 378, 481, 532, 536, 546, 605.
Polonia, ter., 242, 355, 530, 538, 548, 550, 575, 577, 603, 605, 606, 607.
Polo Norte, 489.
Poltava, loc., 481, 537, 546.
Pomerania, ter., 120, 121, 124, 377, 605.
Pompadour (Sra. de), 599.
Ponce de León, 231, 232, 271.
Pondichery, loc., 584, 593.
Poniatowski, 564, 606.
Pontchartrain, lago, 571.
Ponthieu, ter., 65, 153.
Pontigny, loc., 81, 85.
Pontoise, loc., 61.
Pont Saint Esprit, loc., 521.
Popayan, loc., 455.
Pope (Alexander),
Popocatepetl, monte, 433, 443.
Pordenone, 243.
Po, río, 23, 34, 35.
Port Royal de Acadia, *véase* Annopoli.
Portugal, 68, 92, 128, 174, 175, 238, 249, 254, 259, 268, 269, 288, 302, 333, 335, 339, 343, 409, 416, 472, 504, 581, 633.
Portugueses, 231, 244, 248, 266, 276, 277, 278, 279, 290, 400, 415, 418, 420, 466, 467, 556, 586.
Posen, loc., 121, 577, 604, 605.
Potamios del Turkestan, 219.
Potencia del Canadá, 469.
Potomac, río, 619, 620.
Potosí, loc., 455.
Potsdam, loc., 522, 523, 576, 601.
Potzlamdorf, loc., 118.
Pougatchev, 608.
Pourtraincourt (De), 470.
Pouvourville (De), 556, 560.
Powhattan, 612.
Poznania, ter., 605.
Praga, Praha, 124, 162, 163, 165, 349, 393, 496, 498, 499.
Prat (Celestin), 457.
Pregel, río, 121,
Prenzlau, loc., 523.
Preston, loc, 493.
Primatice (El), Francesco Primaticcio, 360.
Príncipe Eduardo, isla, 469, 587.
Príncipe de Gales, 146.
Príncipe Negro, 140, 141.
Promontorio de Sagres, *véase* Sagres.
Provenzales, 214.
Provenza, 34, 41, 52, 144, 153, 338, 506, 564.
Providencia, loc., 591.
Provincias Bálticas, 120.
Provincias Unidas, *véase* Países Bajos.
Prusia, 121, 124, 126, 378, 522, 530, 563, 575, 576, 577, 578, 603, 605, 606.
Prusia, Gran ducado, 604.
Prusianos, 603
Prut, río, 531.
Pskov, loc., 67, 71, 216, 336, 604, 605.
Ptolomeo, 240, 243, 244, 373.

Pucara, loc., 452.
Puerta de la Campana Grande en Burdeos, 137.
Puerto de Teodosio en Constantinopla, *227*.
Puerto Escocés, loc., *567*, 569.
Puerto Rico, isla, 260, *263*.
Pulci, 288, 299.
Pullingi, monte, *629*.
Punta Arenas, 281.
Pupulaka, lengua, *445*.
Puritanos de América, 611.
Purus, río, *451*.
Pusino (Nicolás), 582.
Pusisio, 582.

Q

Quang-hai, loc., *557*.
Quang-tcheu-fou, *véase* Cantón.
Quarnero, loc., 34.
Quatremere, 296.
Quatre-Metiers, ter., *65*.
Quebec, loc., *469*, 470, 471, *589*, *591*, 622.
Queensborough, loc., *495*.
Quesada, 465.
Quesnay, 564.
Quevedo (Lafone), 464.
Quichuas, 443, 444, 447, 455, 458.
Quimper, loc., *81*.
Quinet (Edgar), 299.
Quinsay, loc., 198.
Quiroga (Adam), 423, 425, 457.
Quiros (Petro Fern. de), 416.
Quito, loc., 403, *449*, *451*, *455*, 458, 465, 627.
Quitus, 463.

R

Rabaldoni (Vittorino), 300, 301.
Rabelais (François), 325, 350, 360.
Racine (Juan), 482, 509.
Radlow 208.
Rafael Sanzio, 299.
Raimundo VI, VII, Ramón de Tolosa, 51, 52.
Rain, loc., *499*.
Raleig (Walter), 419, 474, 488.
Rameau de Saint-Père, 587.
Ramihrdus, 60.
Ramilliers, loc., 514, *516*, 529.
Ramsgate, loc., *495*.
Ramus, Pierre la Ramée, 344, 394.
Rashdall (Hast), 315.
Rastatt, loc., *517*.
Ratisbona, Regensburg, loc., *349*, *353*, *499*.
Ratzeburgo, loc., *353*.
Ratzel (Friedrich), 36, 70, 258.
Ravaillac, 484.
Rávena, loc., 34, *43*, *331*.
Ray, cabo, *469*, *587*.
Raynal (clérigo), 596.
Razin (Stenko), 544, 545, 546.
Read (Howard), 18.
Read (Winwood),
Recalde (Migo López de), véase Loyola.
Reclus (Elie), 398.
Rednitz, río, *313*.
Regente, véase *Felipe de Orleans*.
Reggio, loc., 43, *315*.
Regis, 558.
Reims, loc., *81*, 84, 88, *101*, *109*, 145, *153*, *329*, *353*.
Reinaud, 234.
Reino de Arles, *47*.
Reino Unido, 480.
Rembrandt, van Ryn, 482.
Remesal, 437.
Remiremont, loc., *517*.
Rems, loc., *369*.
Rennes, loc., *329*.
Rentería, loc.,
Renty, loc., *516*.
Repnin, 606.
República Argentina, 372, 422, 450, 452.
Reschen, monte, *41*.
Restigouche, río, *587*.
Ret, loc., *537*.
Rethel, loc., 149, *329*.
Rethelés, 621.
Reuss, río, *21*.
Revillagigedo, islas, 433.
Rheinfelden, *499*, *517*.
Rhin, río, 20, 21, 64, *69*, 72, 92, *101*, 113, *115*, 116, 122, 123, *124*, 126, *149*, 159, *369*, *371*. 374, *376*, *377*, *381*, *499*, *517*, 518, *523*.
Rhode-Island, ter., 618.
Riazan, loc., *547*.
Ribaud, 472.
Ribble, río, *493*.
Ribera (José), 403.
Ribera (Julián), 174.
Ribero (Diego), 269.
Ricci, 556.
Ricardo Corazón de León 9, 97.
Ricardo de Cornwales, emp., 120.
Ricardo II y III, Inglaterra, 160.
Richard (Gastón), 130.
Richelieu, 480, 483, 497, 507, 510, 630.
Richer, 628.
Richmond, loc., *473*, 619.
Richthofen (Fernando de), 182, 558.
Rienzo, 98.
Riga, loc. y golfo, 548, *605*.
Rimini, loc., *43*.
Río Amarillo, *véase* Hoang-ho.
Río Bamba, loc., *627*.
Río de Infante, *véase* Great-Fish River.
Río de Janeiro, *267*, 268, 467, *475*.
Río de Oro, bahía, 248, *251*.
Río de la Plata, 274, 275, 464, 466, *475*.
Río de Padrao, *véase* Congo.
Río Grande del Norte, 431, *433*, 436.
Río Negro de Patagonia, 422, 451, *475*.
Riom, loc., *81*.
Ripon, loc., *91*.
Riviere Rouge, loc., *571*.
Rizi (Francesco), 387, l. s.
Rjev, *547*.
Robert, emp. de Alem., 98.
Robespierre, 597.
Rochelleses, 65.
Rocosas, mont., 428, 432.
Rockhill (W. W), 305.
Rocroi, loc., *516*.
Ródano, río, *19*, *57*, *79*, *149*, 375, *376*, *521*.
Rodez, loc., *81*, *329*, *621*.
Rodolfo de Hapsburgo, 123.
Rodolfo, emp. de Alem., 98, 343, 480.
Rodrigo, véase *El Cid*.

Rodríguez, isla, l. s.
Roger II, 244.
Rogers (Th.), 89.
Roma, 11, 13, 22, 27, 42, 44, *47*, 48, 50, 98, 113, 114, 121, 123, 229, 257, 292, 298, 299, 302, 304, 330, *331*, 332, *349*, 357, 390, 439, 481, 506, 526, 555, 556, 619.
Roma de Oriente, *véase* Constantinopla.
Romanías, ter., 310, 330.
Romanos, 21, 40, 86, 117, 454.
Romanov (Miguel), 481.
Roma protestante, *véase* Ginebra.
Romer en Francfort, 114, 117.
Romney, 491, 615.
Romney, loc., *495*.
Roncal, loc., *24*, 25.
Roncesvalles, col., *25*.
Ronciere, 46.
Ronsard (Pedro de), 344.
Roosebeek, loc., *516*.
Rorbach, loc., *523*
Rosellón, ter., *103*, 122.
Rosenplut, 310.
Rossbach, 579.
Rothenburgo, loc., *369*.
Rotrou (Jean), 413
Rotterdam, loc., 344, 381.
Rottweil, loc., *499*.
Roumi, 412.
Rousseau (J.-J.), 596, 597, 599.
Rovanien, 629.
Rozières (Raoul), 88, 152.
Ruan, loc., *81*, 88, *101*, *103*, *109*, 110, 152, *153*, 155, *329*, 404, 522, *621*.
Rubens (Pedro Pablo), 403, 582.
Rubruk (Guill. de), Ruysbroek, 178, 203, 210, 211, 212, 305.
Rue des Pretres, *véase* Rhin.
Ruge (Sophus), *41*.
Ruggiero, 556.
Ruhr, río, *369*, *371*.
Rum Cay, isla, *261*.
Runcorn, loc., *493*.
Runnymede, loc., 90, 107.
Ruskin (John), 299.
Rusia, 42, 131, 177, 206, 207, 216, 217, *225*, *242*, 336, 371, 374, 483, 532, 534, 538, 539, 540, 542, 543, 549, 550, 564, 579, 606, 607, 608.
Rusia blanca, Rusia roja, Rusia negra, *605*.
Rusos, 216, 534, 543, 551, 579, 603, 607.
Rybinsk, loc., *547*.
Rye, loc., 491, *495*, 497.
Rysselberghe (Theo van), 389.

S

Saale, río, *124*, *369*, *499*.
Saar, río, *115*, *517*.
Saarbruck, Saarlouis, *517*.
Sabba, 242.
Sable, isla, cabo, *469*, *587*.
Sabsbach, loc., *517*.
Safi, loc., 253.
Saguenay, río, *469*, 474.
Sagres, loc. y prom., 247, 248, *339*.
Sahara, 248, 249.
Saint-Albans, loc., 91.
Saint-Andrew, loc., *169*.
Saint-Asaph, loc., *91*.
Saint-Brieux, loc., *81*.
Saint-Claude, loc., *19*, *81*.
Saint-Davids, loc., *91*.
Saint-Denis, cerca de París, *81*.
Saint-Denis, cerca de Mons, *516*.
Saint-Dié, loc., *81*, 269.
Saint-Dunstan en Londres, 105.
Saint-Efflamm, 87.
Sainte Genevieve en París, *111*.
Sainte-Marie-Nouvelle en Florencia, 304.
Sainte-Marie-Overs en Londres, 105.
Saintes, loc., *81*, 97.
Saint-Eustache en París, 111.
Saint-Flour, loc., *81*, 147.
Saint-Gall, loc., *353*, *376*.
Saint-Germain en Laye, 481.
Saint-Germain l'Auxerrois en París, *111*.
Saint-Georges, fortaleza, 583, 584
Saint-Gilles, loc., del Gard, *57*.
Saint-Gilles de Edimburgo, 500.
Saint-Gilles-sur-Vic, loc., 240, *247*.
Saint-Goar, loc., 115, 123.
Saint-Gothard, col., *531*.
Saint-Hipolyte, loc., *521*.
Saint-Jacob, loc., *517*.
Saint-John, loc. y río, *469*, 473, *587*, *591*.
Saint-Laurent en Londres, 105.
Saint-Lazare en París, *111*.
Saint-Luis del Mississippi, 569.
Saint-Macaire, loc., 140.
Saint-Malo, loc., *81*, 564.
Saint-Marc en Venecia, 201.
Saint-Martin de Boscherville, loc., l. s.
Saint-Martin-le-Grand en Londres, *112*.
Saint-Merry en París, *111*.
Saint-Mihiel, loc., *517*.
Saint-Olawes en Londres, 105.
Saint-Omer, loc., *65*.
Saintonge, ter., 78, 539, 471.
Saint-Ottilien, loc., *523*.
Saint-Papoue, loc., *81*.
Saint-Paul del Mississippi, 569.
Saint-Paul en Londres, 105, *112*.
Saint-Philibert en Tournus,
Saint-Pol, loc., *65*, *81*.
Saint-Sebastian, loc., *25*.
Saint-Sepulcre, *véase* Jerusalem.
Saint-Sulpice en París, *111*.
Saint-Veth, loc., *118*.
Sajonia (Casa de), 606.
Sajonia, ter., 47, 115, 122, *124*, 362, 367, 377, 564, 579, 606.
Salamanca, loc., *173*.
Salamina, isla, 234.
Salat, ter., 57.
Salinas, loc., *627*.
Salenga, río, 208.
Salerno, río, *315*.
Salisbury, loc., *91*, 154.
Salmón (Philippe), 422.
Salónica, loc., *225*, *531*.
Saluces, loc., *329*, *331*.
Saluen, río, *277*. *553*.
Salza (Hermann von), 120

Salzburg, loc., 126.
Samana, isla, 260, *261*.
Samara, loc., *537*, 544.
Samarkand, loc., *123*, *205*, 219, 220, 223, 242.
Sambre, río, *65*.
Samuel, 350, 614.
Sana, loc., *455*.
San Agustín, 72, 295.
San Agustín, loc., *473*.
San Antonio, cabo, *444*.
San Bartolomé, 389, 484.
San Bernardo, 85, 86, 358.
San Brandan, 253.
San Brandan, isla, *256*.
San Carlos, río, 468, 470.
San Cristóbal, loc., *444*.
Sandocourt (Basin), 270.
Sandwich, loc., islas, 154.
San Francisco, río, *267*.
San Francisco Javier, 400, 560.
San Front en Perigueux, 13, 78.
Sangonera, loc., *410*.
San Jorge, isla, 245, *247*.
San Julián, bahía de, *475*.
San Lorenzo, río y golfo, *265*, 468, *469*, 472, *473*, *489*, *587*, *589*, 590, *591*, 592.
San Lorenzo, *véase* Madagascar.
Sanlúcar de Barrameda, loc., 231, *247*, 280, 283, *339*.
San Marin, loc., *43*.
San Miguel, bahía, *567*, 568.
San Pablo, 295, 304, 351, 386.
San Pedro, 98, 128, 383
San Petersburgo, loc., *545*, 548.
San Quintín, loc., 343, 485, *621*.
San Salvador, ter., *444*.
San Sebald, 310.
Sansimonianos, 306.
Santa Capilla en París,
Santa Cruz, 230, *267*, 268, 467.
Santa Elena, bahía, 250, *251*.
Santa Fe de Bogotá, loc., 465.
Santa Marta, *449*, 465.
Santa Sofía en Constantinopla, *227*.
Santa Ursula, 297.
Santa Virgen, 341, 390, 416, 436, 438.
Santiago del Estero, loc., 422, *475*.
Santiago, loc., España, 341, 435.
Santo Domingo de Guzmán, 53.
Santo Imperio Romano Germánico, 36, *153*.
San Vicente, cabo, 247.
San Zorzo, *véase* San Jorge.
Sao Miquel, isla, *247*.
Saona, río, *517*.
Sao Paulo, 467.
Sao Thome, isla, *251*, 319.
Sao Tiago, isla, 247.
Sapper, 446.
Sarai, loc., 177, *205*, *213*, 216, 217, *225*.
Saratov, loc., *537*, 544.
Sarbat, loc., *81*, 344.
Sarracenos, 24, 114.
Sartoux, 558.
Saubinet, 84.
Sauer, río, *517*.
Saul, 502.
Saumur, loc., 522.
Saussure (Horacio de), 693.
Sauve, Sauveté, Sauveterre, Salvatierra, diversos, 29, *31*.
Savannah, río, *473*.
Save, río, *531*.
Saverne, Zabern, loc., *369*, *517*.
Savonarola (Jerónimo), 304.
Savone, loc., *43*.
Savoya, ter., *19*, *47*, 514.
Scania, *59*, 403, *577*.
Scepusie, Szepas, ter., 603.
Schaal (Adam), 557.
Schaffouse, loc., *376*.
Scherwiller, loc., *369*.
Schitbergen, 243.
Schlettstadt, loc., *517*.
Schlusselburgo, loc., *545*.
Schmoller, 311.
Schonenberg, loc., *523*.
Schrader (Franz), 621.
Schverin, loc., *353*.
Schwalbendorf, loc., *523*.
Schweidwitz, loc., *499*.
Schweinheim, 319.
Schwytz, loc., *21*, *376*.
Scutari, loc., 227.
Sebastián de Portugal, 339, 343, 407, 416.
Sedan, loc., *516*.
Seeburg, loc., *577*.
Segismundo III, 481.
Segismundo (Alem.), 98, 163.
Segismundo de Polonia, 538.
Segismundo (Hungría), 227.
Segovia, río, *444*.
Segre, río, 23.
Segura, loc., *410*.
Selby, loc., *91*.
Seldjoucidas, 224.
Seler, 446.
Sellier, 427, 435, 438, 459, 461, 471, 505, 533, 539, 543, 569, 583, 594.
Selliet, 325.
Selma (Ferdin), 279.
Selva Negra, 20, *369*.
Semlin, loc., *531*.
Sempach, loc., 21, 125.
Sena, río, 18, *79*, 92, *101*, *109*, *111*, 114, 148, *149*, 626.
Séneca, 258.
Seneffe, loc., *516*.
Senlis, loc., *81*, *109*.
Sens, loc., *81*, 88, *101*, *109*.
Serchio, río, 39, 42.
Serrallo en Constantinopla, 227.
Serres, loc., *523*.
Servet (Miguel), 373.
Servia, ter., 226, *531*.
Servios, 228.
Se-tchuen, *553*.
Sevilla, loc., *173*, 236, *247*, 266, *339*, 402, 404, 408.
Sevre, río, 18.
Seychelles, islas, 231.
Seymour (Juana), 344.
Shaftesbury, 602.
Shakespeare (Will.), 403, 413, 492, 509.
Shoreditch en Londres, *112*.
Siberia, 190, 222, *242*, *421*, 483, 535, 536, 551.
Sicilia, 41, 46, 80, 92, 174, 244, *349*.
Sidney, loc. de Cabo Breton, *587*.
Sieci, río, *303*.
Sieg, río, 115.
Siemiradski (Jos. von), 423.
Siena, loc., 26, 292, *331*, *349*.
Sierra Amerrique, 270.
Sierra de las Cabras, S. Enguera, S. de Espuña, S. de las Salinas, 410.

Sierra Leona, ter., 250.
Sierra Nevada, *339*.
Siberia, ter., 608.
Sigmaringen, loc., *376*, *377*.
Sihlina, 553.
Silesia, ter., 120, 124, 206, *577*, 578, *604*, *605*.
Silistria, loc., 607.
Simón de Montfort, 10, 54, 48, 106, 107, 108.
Simón el Orgulloso, 177.
Sinaí, monte, 363.
Singapur, loc., *417*.
Singora, loc., 189.
Sinka, lengua, *445*.
Sinope, loc., *537*, 540.
Sinsheim, loc., *517*.
Sion, loc., *43*, *353*, 374, *376*.
Sioux, 425, *589*.
Siracusa, loc, 235, 339, 488.
Sir daria, Iaxartes, río, *277*, *609*.
Siraf, loc., 223, *277*.
Siria, *257*.
Siria, 12, 80, 94.
Siriagird, loc., 219.
Sirios, 298, 322.
Siva, 186, 189.
Sixto IV, papa, 296.
Sixto V, papa, 343, 408.
Skardo, loc., 183.
Skeat, 189.
Sluis, L'Ecluse, 97, 141.
Smith (Adam), 564, 626.
Smolensk, loc., *604*.
Snell (W.), 628.
Sobieski (Juan), 481, 530, 603.
Socotra, isla, l. s.
Soderini, 270.
Soest, loc., *69*, *371*.
Sofala, loc., *242*, 244, *251*, 276.
Sofía, emp. de Rusia, 481.
Sófocles, 319.
Soissonesado, ter., 62.
Soissons, loc., 60, 61, *81*, 88, *109*, *329*, *621*.
Soleure, loc., *376*.
Solimán, 177, 530.
Solis (Juan Díaz de), 231, 274.
Sologne, ter., 528.
Solomoka, lengua, *445*.
Solway, río y estuario, *169*, 170.
Somerset, ter., 482.
Somme, río, 18, 61, *65*, 100, 109.
Sonda, estrecho de la, 402.
Son K., río, *553*.
Sorato, monte, *463*.
Sorbona en París, 332.
Sorrento, loc., 403.
Soule, 25.
Sourdon, loc., *626*.
Soutend, loc., *495*.
South Cay, islas, *261*.
Southport, loc., *493*.
Southwart en Londres, 112.
Southwell, loc., *91*.
Souzdal, loc., 216.
Speier, 465.
Speyer, loc., *353*, *377*.
Spinola, 496.
Spinoza (Baruch), 404.
Spire, Speyer, loc., 114, *115*, *517*.
Spitzberg, archipiélago, *489*, 490.
Srinagar, loc., *183*.
Stade, loc, *499*.
Stadlau, loc., *118*.
Stadlohn, loc., *499*.
Stambul, *véase* Constantinopla.
Stanovoi, montes, 552, *609*.
Staufen, loc., *47*.
Stavoren, loc., *69*.
Steenwerk, loc., *516*.
Steinacher, 526.
Sterzing, loc., 40, *41*.
Stettin, loc., *121*, *499*, *523*, *577*.
Stiffe (Arthur W.), 224, 583.
Stiria, ter., 47, 116, *124*.
Stirling, loc., 168, *169*, 171.
Stobnicza (Joannes von), 273.
Stoke upon Trent, loc., *493*.
Stollhausen, Stollhoffen, loc., *517*.
Strabon, 259.
Strafford, 480.
Stralsund, loc., 496, *499*.
Strand en Londres,
Strattford on Avon, 403.
Streltsis, 546.
Stuttgart, loc., 115, *369*, *377*, *523*.
Suavia, ter., 44, *47*, 116, *124*, 365, 367, *369*.
Suavios, 334.
Subiaco, loc., 319.
Sudan, ter., 243.
Sudetes, 578.
Suecia, 242, 481, 498, 532, 536, 548, 575, 579.
Suecos, 498, 534, 538, 547, 611.
Suevos, 171.
Suez, istmo, 236.
Sugana, valle, 40.
Suiza, 19 á 25, 116, *124*, *125*, 326, 328, 358, 373, 374, 498, 514, 522, *577*.
Suizos, 328, 365.
Suleiman, 194, 226.
Sully, 480
Sulte (Benjamín), 468, 470, 472.
Sulzberg, loc., *369*.
Suma Paz, monte, *449*, 465.
Sumatra, isla, 194, 231, 242, *277*, *417*.
Sung (din.), 176.
Surate, loc., 583, *593*.
Suse, loc., Piamonte, *43*.
Susquehanna, río, *619*.
Sussmarsch, loc., *499*.
Su-tchou, loc., 552, *553*.
Swift (Jonalhan), 482.
Szepas, *véase* Scepusia.
Szetchuen, ter., 186.

T

Tabor, monte, 363.
Tabriz, loc., 209.
Tadjmahal, 581, 582.
Tafi, loc., 423, 546.
Taganrog, loc., *537*.
Tagliamento, río, 23, *35*.
Tahiti, isla, *421*, 632.
Tai-hu, lago, 201.
Taikosama, 561.
Taine, 494.
Tai-tsang, 176.
Tajo, río, 174, *339*.
Ta-kiang, *véase* Yangtse.
Talamanka, lengua, *445*.
Talbot, 153.
Tambo, loc., *463*.
Tambov, loc., *463*, *547*.
Tamerlan, 177, 179, 219, 220, 221, 228.
Támesis, río, 156, *495*.
Tamluk, loc., *183*.
Tampico, loc., *433*.
Tang (din.), 176, 194, 198.
Tánger, loc., 339.
Tanka, lengua, *445*.

Tapajoz, río, 267.
Tarapaca, loc., 455
Tarbes, loc., 81, 103, 329.
Tarim, río, 277, 609.
Tarn, río, 79, 521.
Tarragona, loc., 173.
Tartaria, ter., 242, 420.
Tártaros, 176, 177, 179, 198, 211, 217, 534, 548, 582, 609.
Tartugai, loc., 183.
Tas, 609.
Tasman, 633.
Tasso (Torquato), 324, 389.
Tatra, montes, 603.
Tauber, río, 369.
Taus, loc. y col., 125.
Tay, río y estuario, 109.
Taz, río, 536.
Tchames, 188.
Tcharak, loc., 223.
Tche-kiang, ter., 194, 201, 553.
Tcheng-tu, loc., 213, 553.
Tcheques, 162.
Tcherkasi, loc., 357, 542, 604 605.
Tcherkesses, 218.
Tcherokis, 612.
Tchesme, isla, 607.
Tchili, golfo, 195.
Tchin-kriang, loc., 201.
Tchondales, véase Chontales.
Tchoudes, 190.
Tchuktchis, 420.
Tchusan, islas, 552, 553.
Tegleciguata, 438.
Tegucigalpa, loc., 444.
Tehuantepec, loc., 432, 433.
Tell (Gui.), 22.
Templarios, 128, 129, 133, 355
Temple en París, 111.
Temud chin, 177, 206.
Tenerife, isla, 247.
Teniers (D.), 404.
Tenkate, 422.
Tennent (Em.), 415.
Tennessee, río, 473.
Tenochtillan, *véase* Méjico.
Teodosia, *véase* Kaffa.
Teodosio II, 72.
Terceira, isla, 245, 247, 266.
Termas de Juliano en París, 111.
Ternate, loc., 417.
Terouanne, loc., 81.
Tervola, loc., 629.
Tessino, río, 376.
Texas, ter., 432.
Texeira, 464.
Tezcuco, lago y loc., 437.
Thanet, ter., 154.
Thierry (A.), 30.
Thionville, 517.
Thomas (Cyrus), 440.
Thomsen, 208.
Thorn, loc., 344, 577.
Thrace, ter., 225.
Tian-chañ, montes, 205, 206, 218, 608, 609.
Tian-chan-pe-lu, etc., 182.
Tibet, 182, 184, 203, 277, 609.
Ticiano (El), Tiziano Verellio, 344.
Tiefenkasten, loc., 376.
Tientsin, loc., 195.
Tierra de Fuego, Tierra de los Humos, 282.
Tierra de las Hierbas, 208, 229, 608.
Tierra Nueva, Terranova, 230, 262, 264, 265, 266, 469, 477, 529.
Tierra Santa, 9.
Tierra Zeng, 418.
Tiflis, loc., 217, 225.
Tigre, isla, 557.
Tigris, río, 17, 205, 225.
Tilbury, loc., 495.
Tilly, 496.
Timor, isla, 417, 418, 633.
Timurlenk, véase *Tamerlan*.
Tintern Abbey, 91.
Tintoretto (El), Jacopo Robusti, 344.
Tiro, loc., 80, 488.
Tirol. ter., 47, 116, 124, 126, 354.
Tisza, río, 531, 603, 604, 605.
Titicaca, lago, 453 457, 463.
Tlacopan, loc., 437.
Tlahuanti Suyu, *véase* Perú.
Tlemcen, loc., 247, 338, 339, 412.
Tocantins, río, 267.
Tobolsk, loc., 609.
Tokio, loc., 559.
Toledo, loc., 173 339, 381.
Tolima, monte, 449.
Tollins, 523.
Tolosa, 10, 15, 16, 49, 52, 55, 81, 103, 104, 107, 329, 621.
Tolosanos, 50, 57.
Toltecas, 440.
Tomás de Aquino, 98, 132.
Tombigbee, río, 571.
Tombuctu, loc., 113, 243, 247.
Tomsk, loc., 609.
Tong-ho, río, 187.
Tonkin, ter., 176, 188, 553.
T. Pellice, 357.
Tordesillas, loc, 268, 269, 466.
Tormentas, cabo de las, *véase* Cabo de Buena Esperanza.
Tornea, loc. y río, 629, 631.
Toronto, loc., 619.
Torre alf., 629.
Torre del León, cerca de Cantón, 557.
Torre de Londres, 105.
Torres, estr. de, 633.
Torstenson, 481.
Toscana, ter., 42, 288, 306.
Toscanelli (Paolo del Pozzo), 252, 253, 256, 316.
Toscanos, 356.
Tosna, río, 545.
Tostona, loc., 43.
Touat, ter., 243, 247.
Tou-Kioue, 140.
Toul, loc., 81, 101, 103, 343, 353, 498, 517.
Tourgot, véase **Kalmukos**.
Tournai, loc., 516.
Tournus, loc., 49, 80.
Tours, loc., 81, 101, 329, 522, 621.
Tower Londres, 112.
Transcaucasia, 546.
Transilvania, 531, 604.
Tratchevski, 539.
Travancore, loc., 593.
Trebizonda, loc., 209, 225, 228.
Treguier, loc., 81.
Trent, río, 493.
Trento, Trient, loc., 40, 41, 343, 353.
Trenton, loc., 591.
Treves, Triev, 47, 101, 124, 149, 517.
Trevise, loc., 35, 43.
Trevoux, loc., 596.
Triaguanaco, loc., 452, 453.

Trier, loc., 353.
Trieste, loc., 39.
Trincomali, loc., 593.
Trípoli de Africa, 257, 339, 412.
Trípoli de Siria, 15.
Tristao de Acunha, isla, 251, l. s.
Tristao (Nuño), 249.
Trokevlowe, 155.
Trópicos, 244, 273.
Troyes, loc., 81, 97, 109, 621.
Trujillo, 422, 444, 451, 453.
Tsaidam, ter., 190.
Tsang-bo, río, 277.
Tsaritsin, loc., 537, 544.
Tsarkoje Selo, loc., 545.
Tsieng-tang, río, 201.
Tsiganes, 218.
Tsi-hai, loc., 198.
Tsi-nan, loc., 195.
Tsing (din), 555.
Tsolu, Tsoluteka, Tsorti, Tsorotegas, lenguas, 445.
Tsondales, leng., 445, 447.
Tuaregs, 113, 243.
Tubinga, loc., 314, 377.
Tuchins, 147.
Tucídides, 319.
Tudela, loc., 173.
Tula, loc., 547.
Tulcan, loc., 627.
Tuli, 177.
Tumba San Fr.º Javier, 557.
Túmbez, loc., 402, 403, 451, 454.
Tunica, loc., 571.
Túnez, loc., 122, 339, 349.
Tungouses, 551.
Tunguses, 551.
Tupis, 467.
Turan, ter., 220.
Turcos, 11, 176, 178, 193, 208, 218, 226, 228, 233, 334, 504, 530, 552, 603, 607, 609.
Turena, ter., 480.
Turena, loc., 403, 542.
Turena, 480, 514.
Turgot, 622, 624, 626.
Turkestan, ter., 219, 220, 222, 277, 608.
Turkheim, loc., 517.
Turkmenos, 222, 551.
Turingia, 47, 114, 115, 116, 124, 126, 362, 367, 369, 499.
Turín, loc., 43, 331.
Turnhout, loc., 577.
Turquía, 177, 239, 483, 530, 604, 607.
Turtola, loc., 629.
Tusakina, 177.
Tuttlingen, loc., 499.
Tver, loc., 547.
Twed, río, 169, 170.
Tyler (Wat), 161.
Tylor (E. B.), 422.
Tyne, río, 501.
Tzargrad, *véase* Constantinopla.
Tzendal, lengua, 445.

U

Ucayali, río, 451.
Udjein, loc., 183.
Uigur, véase **Ouigour**.
Ukrania, 531.
Ukrania, ter., 531.
Ular (Alexandre), 185, 203, 209.
Ulloa, 631.
Ulm, loc., 369, 377.
Ulugbeg, 220.
Umbría, ter., 306.
Unna, loc., 577.
Untermuschelbach, loc., 523.
Unterwalden, ter., 21.
Upsala, loc., 191.
Uraba, golfo, 260, 263, 266, 567, 568.
Urales, montes y río, 206, 336, 544, 550, 609.
Uralianos, 609.
Urbano III y IV, papas, 10.
Urbino, loc., 43, 288.
Urcos, 455.
Uri, ter., 21.
Urmiah, lago, 209.
Uruguay, 275.
Ust urt, ter., 205, 216.
Usumacinta, río, 444.
Utrecht, loc., 149, 353, 381, 529, 586.
Uxmal, loc., 441.
Uzés, loc., 521.

V

Vabre, loc., 81.
Vaigatch, isla, 489, 490.
Vailli, 63.
Valais, ter., 374.
Valaquia, ter., 531, 607.
Valdai, montes, 547.
Valdenses, 504, 523.
Valdenses, secta, 18, 504.
Valdepeñas, loc., 339.
Valeggio, loc., 331.
Valence, loc., 103, 621.
Valencia, loc. España, 173, 339, 403, 410, 411.
Valenciennes, loc., 65, 98, 211, 381, 516.
Valentine, 503.
Valentinois, ter., 103.
Valladolid, loc, 173, 268, 444.
Valla (Lorenzo), 348.
Valle de Pellice, 358.
Valliere (Srta. de la), 563.
Vallot (J. y H.), 633.
Vallouise, 357, 358.
Valois, 343, 360.
Valparaiso, loc., 454, 475.
Vambery (Arm.), 226.
Vándalos, 13, 194, 214, 330.
Van Diemen, 633.
Van Dyck (Antonio), 403.
Van Eyck (Hubert y Juan), 288.
Vannes, loc., 81.
Varangerfjord, 534.
Varigny, 526.
Varman, 189.
Varsovia, loc., 121, 577, 604, 605.
Vasa (Gustavo), 344.
Vasari (G.), 253.
Vasa (Segismundo), 481.
Vasco de Gama, 213, 230, 231, 244, 251, 276, 401, 418.
Vascos, 22, 24, 266, 582.
Vassy, loc., 343.
Vaticano en Roma, 296.
Vauban, 480, 514.
Vaucouleurs, loc., 153, 155.
Vaud, ter., 374.
Vauvenargues, 564, 599
Vela, cabo, 263, 266,
Velay, ter., 144, 153.
Velázquez (Diego), 389, 404, 412, 435, 582.
Vendée, ter., 240.
Vendome, loc., 344.
Venecia, 11, 26, 32, 40, 43, 47, 71, 156, 177, 237, 247, 248, 278, 288, 291, 292, 297, 320, 331, 344, 349, 488.

Venecianos, 36, 38, 78, 237, 290, 331, 415.
V nezuela, ter., 202, 230, 266, *449*.
Venlo, loc., *381*.
Ventoux, monte, 308.
Vera Cruz del Brasil, 231, 268.
Vera Cruz de Méjico, 231, *433*, 434.
Veragua, ter., *263*, 272.
Vera Paz, ter , *444*, 447.
Verbiest, 401, 557.
Verceil, loc , *43*.
Verdun, loc , *81*, *101*, *103*, *149*, *329*, 343, *353*, 498, *517*.
Vermandois, ter., *65*, *103*, 344.
Verneilh (F. de), 78.
Vernón, monte, *619*. 620.
Verona, loc., 40, *41*, *43*, 288, 344.
Veronés (Pablo), Paolo Caliari, 344.
Versailles, loc., 510, 511, 527, 584, 59/, 617.
Vesnitch (Milenko R.), 39.
Vespucci (Amerigo), 13, 230, 253, 262, 266, 269, 271, 283, 464.
Vezelay, loc., 344.
Viados, Islas, *557*.
Viborg, loc , *545*.
Vicenza, loc., *35*, *43*.
Vicitra Sagara, 189.
Vicksburgo, loc., *571*.
Vico, 12, 299, 564, 600, 602.
Vidourle, río, *521*.
Viena, loc., *79*, *81*, *103*, 116, 117, *118*, 119, 124, 206, *225*, *349*, *499*, 530, *531*, *605*.
Vierraden, loc , *523*.
Viking, 258.
Villafranca, Villefranche diversas, 29, *31*.
Villars, loc., *523*.
Villefort, loc., *521*.
Villehardouin, 10.
Villejuif, loc., *626*.
Ville l'Eveque en París, *111*.
Vingone, río, *303*.
Vinland, ter , 258.
Vintimille, loc., *43*.
Viollet le Duc, 440.
Viollet, 130.
Vipitenum, *véase* Sterzing.
Virgilio, 290, 300, 320.
Virginia, ter., *473*, 474, *475*, 564, *589*, 611, 617, 618, 620.
Virginios, 612.
Viru, loc., *455*.
Vischer (Pedro), 288, 310.
Visigodos, 169.
Vístula, río, 69, *121*, *205*, 548, *577*, 578, 603, *604*, *605*.
Vittoria, loc., *25*.
Vivaldi (hermanos), 254.
Vivarés, ter , *103*.
Vivien de Saint Martin, 31, 183.
Viviers, loc., *81*, *103*.
Vizcaya, ter , *25*.
Vltava, *véase* Moldau.
Volga, río, *205*, 206, 216, *225*, *357*, *547*, 548, *609*.
Volinia, ter., *605*.
Volkhov, río, *545*.
Voltaire, 373, 564, 570, 571, 574, 594, 596, 599, 600, 601, 602, 614.
Vorges, loc., *43*.
Vorona, río, *547*.
Vosgos, montes, 20.

W

Wace, 10.
Waiblinger, 44.
Waibling, loc., 44, *47*.
Walcourt, *516*.
Waldshut, loc , *369*.
Waldensberg, loc., *523*.
Waldseemuller, Hylacomilus, 270.
Waldvogel, 317.
Wales, *véase* Galles.
Wallace (Escocia), 97, 168.
Walldorf, loc., *523*.
Wallenstein, 496, 497.
Wallons, 523.
Walpole Robert, 580.
Walter v. der Vogelweide, 10.
Wartburg, loc , 362, 365.
Warmkœnig-Gheldof, 66.
Warthe, río, *124*, *604*, *605*.
Washington, loc., *591*, 613, *619*, 620.
Washington, monte, *véase* Mont Washington.
Washington, 615, 616, 617, 620.
Waterloo, *516*.
Wattignies, *516*.
Webers von Petri, 551.
Wei-ho, río, 198, *553*.
Weimar, loc., *377*.
Weinsberg, loc., *369*.
Weissenhorn, loc , *369*.
Weisserberg, loc., *499*.
Welf, véase *Güelfos*.
Wells, loc., *91*.
Welser, 465.
Wembach, loc , *523*.
Wenceslao, emp , 98.
Wenti, 196.
Wentworth Webster, 106.
Werra, río, *369*.
Wesel, río, *15*, *69*, 116, *124*, *369*, *381*, *499*, *523*.
Westkapelle, loc., *69*.
Westmann, islas, 506.
Westminster en Londres, *91*, *112*.
Westphalia, *124*, 370, 402, 498, *499*, 575.
White, 526.
Whitehall en Londres, *112*, 503.
Wiblingen, *véase* Waibling.
Wiclef, 162, 163, 164, 347.
Wiener (Carlos), 458.
Wight, isla, 154.
Willebroed Snell Cnellius, 628.
William, fortaleza, 583.
Willoughby, 490, *499*.
Wimpffen, loc., *499*.
Winchelsea, loc., *495*.
Winchester, loc., 91.
Windisch, Vindonissa, 29, *31*.
Windsor, 106.
Wisby, loc., 67, *69*, *71*.
Wisconsin, ter., 428.
Wittemberg, loc., 347.
Wittstock, loc., *499*.
Wladimir, loc., 216.
Wohlau, loc., *577*.
Wolfenbuttel, loc., *499*.
Wolf (Theo.), 631.
Worcester, loc., 91.
Worms, loc., 114, *115*, *353*, 362, *369*, *377*, *517*.
Wrangel, 481.
Wurtemberg, ter., 364, 403.
Wurzburgo, loc., *353*, *369*, *377*, 526.
Wyndham, 633.

X

Xaltocan, loc. y lago, *437*.
Xauxa, río, 463.
Xenofonte, 320.

Y

Yadrintzev, 190, 551.
Yakutas, 551.
Yalung kiang, 553.
Yanaon, loc., *598*.
Yangse, río, 176, 195, 196, 198, *201*, *277*, *553*
Yapura, río, *449*, *451*.
Yarkand, loc., *183*.
Yavisa, loc., *567*.
Yayavarman el Grande, 190.
Yelintache, 191.
Yemen, ter., 193
Yermak, 336, 535, 536.
Yonne, río, 85, *109*.
York, loc., 89, *91*, 98, 628.
Yorklown, loc., 617, *619*.
Yorkshire, ter., 564.
Yougo-Eslavos, 227.
Ypres, loc., *65*, 75, 135.
Ysiama, loc., 454.
Yucatan, ter., 231, 432, 442, 443, *444*.
Yuen (din.), 215.
Yuen-liang-ho, *195*, 197.
Yukon, río, *421*.
Yun-ho, río, 196.
Yunnan, ter., 193, *553*.

Z

Zaire, *véase* Congo.
Zambeze, río, *251*, 276, 418
Zamorin, 260, 278.
Zanzíbar, 244, *251*, *257*, 418.
Zapcrogos, 541, 542.
Zapotecas, 439.
Zaragoza, 57, 173, 302, 368, 322, 323, 393.
Zeeland, Zeland, *65*, *381*.
Zeinzenim, 456.
Zengul, ter., 242.
Zenta, loc., *531*.
Ziethen, Gross et Klein, 523.
Zingu, río, *267*.
Zokwe, lengua, *445*.
Zipango, *véase* Japón.
Zurbarán (Francisco), 412.
Zurich, loc., 21, 22, 124, *349*, *376*.
Zwingli (Ulrich), 344, 372, 373.
Zwyn, 17.

LISTA DE LOS MAPAS

Núm.		Páginas
317	País de los Frisones y de los Dithmarschen	15
318	Ginebra y el boquete del Ródano	19
319	Primer núcleo suizo	21
320	País Vasco	25
321	Sauveterre, Freiburg y otras ciudades francas	31
322	Venecia y el litoral	35
323	Vía del Brenner	41
324	Ciudades Lombardas	43
325	Imperio de Federico II	47
326	Guerra de los Albigenses	57
327	Villas federadas del Laonesado	63
328	Condado de Flandes en el siglo XII	65
329	Ciudades de la Ansa germánica	69
330	La Ansa y Venecia	71
331	Algunas iglesias bizantinas	79
332	Algunas catedrales góticas	81
333	Catedrales inglesas	91
334	Territorio real en 1154	101
335	Francia é Inglaterra en 1180	103
336	Llanura del norte de Francia	109
337	París en tiempo de Felipe Augusto	111
338	Londres en el siglo XIII	112
339	El Rhin, desde Estrasburgo á Colonia	115
340	Viena y el Danubio en la Edad Media	118
341	Viena y el Danubio en el siglo XX	116
342	Tierras de los Caballeros teutónicos	121
343	Ciudades y Provincias de Alemania	124
344	Relieve de Alemania	125
345	Ducado de Borgoña	149
346	La Francia de la guerra de Cien años	153
347	Baja Escocia	169
348	Avance gradual de los cristianos en España	173
349	Viajes de Hiuen-Thsang	183
350	Gran Canal de China	195
351	Dique-viaducto de Ning-po	201
352	Imperio de los Hijos de Djenghis-khan	205
353	Viajes de Marco Polo	213

Núm.		Páginas
354	Territorio atacado por los Osmanlis	225
355	Constantinopla	227
356	Europa y Mediterráneo, según Juan de Carignan	241
357	Mapa del Mundo, según Fra Mauro	242
358	Primeras costas descubiertas	247
359	Etapas del periplo africano	251
360	Hemisferio occidental de Martín Behaim	256
361	Hemisferio oriental de Martín Behaim	257
362	Bahama, primer grupo de islas hallado por Colón	261
363	Viajes de Cristóbal Colón	263
364	Costas de los dos Cabot	265
365	Costas de Vespucci y de Cabral	267
366	Teatro de las conquistas portuguesas	277
367	Estrecho de Magallanes	281
368	Florencia y sus contornos	303
369	Nuremberg y su territorio	313
370	Universidades en principio del siglo XVI	315
371	Imprentas en 1500	317
372	Francia al final del siglo XV	329
373	Campañas francesas en Italia	331
374	España y Mauritania	339
375	Carlos V y Francisco I	349
376	Algunos territorios eclesiásticos	353
377	Algunas iglesias calvinistas en Francia	357
378	Teatro de la Guerra de los Campesinos	369
379	Munster y sus inmediaciones	371
380	Protestantes y católicos en Suiza	376
381	Protestantes y católicos en Alemania del Sud	377
382	Las Siete Provincias Unidas	381
383	Campiñas de Murcia y de Valencia	410
384	Islas de Indonesia	417
385	Corrientes del Pacífico	421
386	El inhabitable gran Norte	431
387	La meseta de Anahuac	433
388	Tenochtitlan y su laguna	437
389	Penínsulas de Yucatán y de Honduras	444
390	Lenguas de la América Central	445
391	Nueva Granada y Ecuador	449
392	Meseta de los Incas	451
393	Caminos de los Incas	455
394	Perú meridional	463
395	Desembocadura del San Lorenzo	469
396	Litoral norteamericano	473
397	Océano Atlántico	475

Núm.		Páginas
398	Plymouth y el Atlántico	489
399	Chester y Liverpool	493
400	Los Cinco Puertos	495
401	Teatro de la guerra de Treinta años	499
402	Batallas de la Marca belga	516
403	Batallas de la Marca alsaciana	517
404	Teatro de la guerra de los Camisardos	521
405	Colonias de Hugonotes en Alemania	523
406	La gran Turquía	531
407	Rusia, desde Ivan á Pedro el Grande	537
408	San Petersburgo y sus inmediaciones	545
409	Moscou y sus inmediaciones	547
410	La China en la época mandchue	553
411	El río de Cantón y Macao	557
412	Puerto Escocés y el Istmo de Panamá	567
413	Desembocadura del Mississipi	571
414	La Prusia en el siglo XVIII	577
415	Desembocadura del San Lorenzo	587
416	El Nuevo Mundo en 1740	589
417	Bostonia y Canadá	591
418	La India de Dupleix	593
419	Primer reparto de Polonia	604
420	Segundo y tercer repartos de Polonia	605
421	Teatro del Exodo de los Kalmukos	609
422	Capitales americanas	619
423	Gabelas de Francia	621
424	Medida del arco Malvoisine-Amiens	626
425	Triangulación en el Ecuador	627
426	Triangulación en Laponia	629

Mapas sueltos

Principales religiones del Mundo Antiguo	196 y 197
Descubrimiento de la Tierra desde 1400 á 1542	276 y 277

ÍNDICE DE LAS MATERIAS

del Tomo cuarto

LIBRO TERCERO: Historia Moderna

CAPÍTULO VII

MUNICIPIOS

Páginas

Edad Media. — Pantanos y montes, protectores de la independencia. — Formación de los municipios libres. — Venecia, Pisa, Génova. — Güelfos y Gibelinos. — Los dos Federico. — Guerra de los Albigenses. — Ciudades del Norte de Francia y de Flandes. — Ansa germánica. — Fundación de las Universidades. — Conflictos y caducidad de los municipios. — Arquitectura ojival 11

CAPÍTULO VIII

MONARQUÍAS

Francia feudal. — Carta magna. — París y Londres. — Alemania sin capital. Viena. — Príncipes electores. — Extensión del poder real en Francia. Judíos y usura. — Guerra de Cien años. — Jacquerías. — Borgoña y Flandes. — Peste, bandidaje, esclavitud, posesión del suelo. — Wiclef y Huss. — Escocia é Inglaterra. — Cristianos y moros. 99

CAPÍTULO IX

MONGOLES, TURCOS, TÁRTAROS Y CHINOS

Nuevas religiones en Extremo Oriente. — Misiones búdhicas. — Nestorianos, Judíos y Arabes. — Era de los grandes trabajos en China — Invasiones mongolas. — Cabalgatas guerreras. — Karakorum. — Rubruk y Marco Polo. — Disgregación del imperio mongol. — Rusia y Oriente mediterráneo. — Tamerlán y sus mezquitas. — Cetrería. — Comercio. — Osmanli. Toma de Constantinopla 179

ÍNDICE DE LAS MATERIAS

del Tomo cuarto

LIBRO TERCERO: Historia Moderna

CAPÍTULO VII

MUNICIPIOS

Páginas

Edad Media. — Pantanos y montes, protectores de la independencia. — Formación de los municipios libres. — Venecia, Pisa, Génova. — Güelfos y Gibelinos. — Los dos Federico. — Guerra de los Albigenses. — Ciudades del Norte de Francia y de Flandes. — Ansa germánica. — Fundación de las Universidades. — Conflictos y caducidad de los municipios. — Arquitectura ojival 11

CAPÍTULO VIII

MONARQUÍAS

Francia feudal. — Carta magna. — París y Londres. — Alemania sin capital. Viena. — Príncipes electores. — Extensión del poder real en Francia. Judíos y usura. — Guerra de Cien años. — Jacquerías. — Borgoña y Flandes. — Peste, bandidaje, esclavitud, posesión del suelo. — Wiclef y Huss. — Escocia é Inglaterra. — Cristianos y moros. 99

CAPÍTULO IX

MONGOLES, TURCOS, TÁRTAROS Y CHINOS

Nuevas religiones en Extremo Oriente. — Misiones búdhicas. — Nestorianos, Judíos y Arabes. — Era de los grandes trabajos en China — Invasiones mongolas. — Cabalgatas guerreras. — Karakorum. — Rubruk y Marco Polo. — Disgregación del imperio mongol. — Rusia y Oriente mediterráneo. — Tamerlán y sus mezquitas. — Cetrería. — Comercio. — Osmanli. Toma de Constantinopla 179

CAPÍTULO X

DESCUBRIMIENTO DE LA TIERRA

Páginas

Cambio de equilibrio en el Mediterráneo. — Santa Hermandad. — Estado de los conocimientos geográficos. — Mapas, derroteros, portulanos. — Africa, desde Madera al cabo de las Tormentas. — Obsesión del Nuevo Mundo. Colón en las Indias occidentales. — Costas de las dos Américas. — División del mundo. — Amerigo Vespucci. — Cuestión del estrecho. — Rutas de las Indias orientales. — Primera circunnavegación de la Tierra . . . 233

CAPÍTULO XI

RENACIMIENTO

Renacimientos. — Quattrocento. — Humanistas. — Bibliotecas. — Educación. Rehabilitación de la carne. — Amor á la Naturaleza. — Renacimiento en Alemania. — Imprentas. — Utopías. — Luis XI y Carlos el Temerario. Franceses en Italia. — Judíos y banqueros alemanes. — Desplazamiento del comercio. — Conquistas españolas. — Prestigio y decadencia de España 289

CAPÍTULO XII

REFORMA Y COMPAÑÍA DE JESÚS

Esterilidad del humanismo. — Aborto del Renacimiento. — Vuelta al Antiguo Testamento. — La Reforma, la burguesía y el pueblo. — División geográfica de los cultos. — Guerra de los campesinos. — Anabaptistas. Suiza, Alemania, Flandes, Inglaterra, Escocia. — Identidad de las religiones enemigas. — Capuchinos. — Compañía de Jesús. — Educación. Libre examen. — Las sectas y el arte. — Misiones lejanas 345

CAPÍTULO XIII

COLONIAS

Monarquía absoluta. — Armada. — Grandeza artística de España. — Portugal, Indonesia, Imperio Zeng. — España y posesiones americanas. — Inmigraciones y civilizaciones precolombianas. — Condiciones naturales. Aztecas, Mayas, Pipils y Quichuas, Muizcas, Antoqueños, Aimaras é Incas. — Comunismo peruano. — Araucanos. — Viajes de descubrimientos continentales. — Francia y Canadá. — Inglaterra y Bostonia. — Evoluciones diversas de las colonias. 405

CAPÍTULO XIV

EL REY SOL

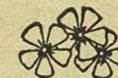
Páginas

Enrique IV é Isabel. — Inglaterra, dueña de los mares. — Equilibrio religioso. — Guerra de Treinta años. — El Commonwealh. — Richelieu, la Fronda, el Rey Sol. — Guerras y fronteras de Luis XIV. — Revocación del edicto de Nantes. — Agotamiento de Francia. — Revolución y hegemonía de Inglaterra. — Turquía, Polonia, Rusia, Siberia. — Colonos, siervos y raskolnikis. — Capitales rusas. — China y los jesuítas 483

CAPÍTULO XV

EL SIGLO XVIII

Herencia de Luis XIV. — Law y la burguesía financiera. — Luchas del pensamiento y del derecho divino. — Constitución inglesa. — Reinado de Federico II. — La Compañía de las Indias. — El gran trastorno. — El Canadá cambia de dueño. — Enciclopedia: príncipes y filósofos. — Repartición de Polonia. — Huída de los Kalmukos. — Revolución de América. — Luis XVI y los economistas. — Medida de los arcos de meridiano 555



PAUTA

para la colocación de las láminas sueltas

Páginas

Jerusalem. — Callejuela ascendente al palacio de Herodes 53
San Martín de Boscherville (Sena inferior) 89
Estilo Brillante. — Iglesia de Caudebec, en Caux 157
Convento Tchova en Tanski, en los confines del Kachmir y del Tibet . . 221
Mapa-Mundi de Diego Ribero, 1529 269
Una página de la primera Biblia de Gutenberg 317
Francesco Rizi. — Un auto de fe. — Museo de Madrid 413
El Parlamento en tiempo de la reina Ana 529
Una página de la Enciclopedia 593
Traducción de la página 333 de la Enciclopedia 597

